



CIUDAD DE REFUGIO

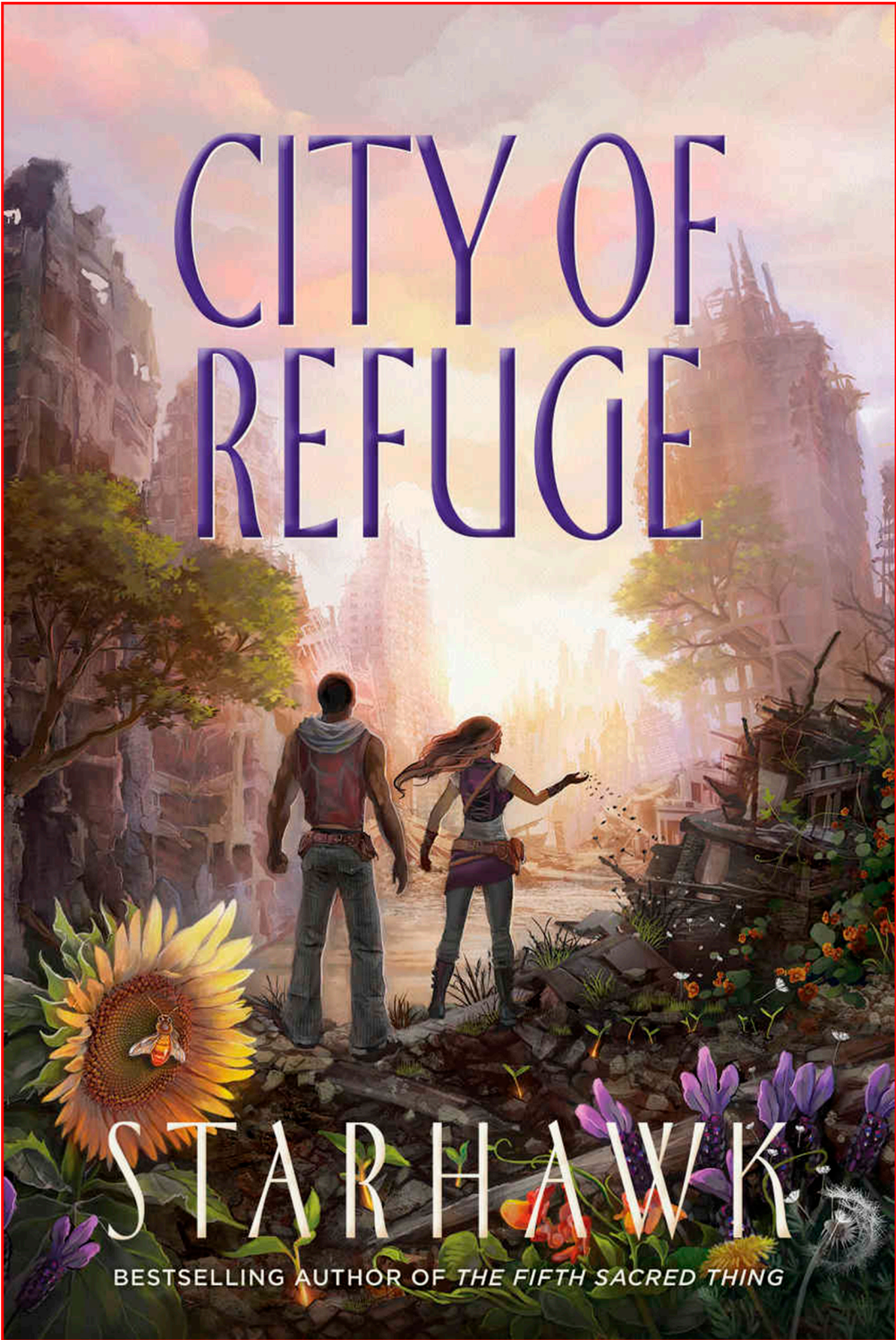
Starhawk

Ciudad de Refugio, es la tercera parte de la trilogía del universo de *La Quinta Cosa Sagrada* y está concebida como una continuación de la novela que proporciona el título genérico de la trilogía, *La Quinta*. La segunda parte de la trilogía, la constituye *Caminando hacia Mercurio*, que es una precuela de las otras dos, que mantienen argumentos secuenciales en el tiempo.

La Quinta Cosa Sagrada, es una obra de ciencia ficción, anarquista, ecologista y feminista cuya acción se desarrolla en un futuro cercano en torno a dos ciudades: San Francisco y Los Ángeles.

Ambientada a partir del año 2048, cuando los autoritarios Stewards herederos de la sociedad capitalista actual tras el Colapso, han establecido un Estado de apartheid en la zona de Los Ángeles y donde el área de la Bahía de San Francisco y su zona Norte han conseguido escapar inicialmente a su dominación.

La acción de esta tercera novela, narra la caída del régimen de los Stewards y la liberación de la zona de Los Ángeles mediante una revolución anarquista.



CITY OF REFUGE

STARHAWK

BESTSELLING AUTHOR OF *THE FIFTH SACRED THING*

Starhawk

CIUDAD DE REFUGIO

Tercera parte de la trilogía “La Quinta Cosa Sagrada”

Cubierta original: 2015 de Jessica Perlstein

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

ÍNDICE DE CONTENIDO

Declaración de las Cuatro Cosas Sagradas

Parte I: LAS SECUELAS DEL DERROCAMIENTO

- I. Cómo hacer una revolución I
- II. ¿Cómo un raza llega a ser una persona real?
- III. Smokee estaba sentada
- IV. Bird estaba sentado al piano
- V. El general Demarcus
- VI. Despertar y soñar...
- VII. La mayoría de los días
- VIII. El sol de la mañana
- IX. La Cúpula del Consejo
- X. ¿Qué hace que una persona...
- XI. Rosa bajó pesadamente
- XII. Los mejores clubs nocturnos
- XIII. El fuerte viento del mar
- XIV. La Ceremonia de Nombramiento
- XV. Isis todavía no estaba segura
- XVI. Livingston estaba fuera
- XVII. Pájaro soñaba
- XVIII. Uno de los regalos

Parte II: UNA PLAZA, UN HOGAR Y UN ÁRBOL SAGRADO

- XIX. ¡Libélula!
- XX. Todo está bajo control
- XXI. Bird y Madrone
- XXII. ¡Aprieta esa línea!
- XXIII. Los hombros de Madrone

XXIV. El letrero decía “Vista Point”
XXV. Como muchos de los pobres
XXVI. Las tierras baldías
XXVII. Tenemos que encontrar los manantiales
XXVIII. El Ejército de Liberación
XXIX. El Día de la Victoria
XXX. Soy un soplo de viento
XXXI. ¡Brindemos por el ejército!
XXXII. Estoy bajando ahora
XXXIII. Resultó que Emily
XXXIV. Necesitamos formar un Consejo
XXXV. “Es espeluznante”
XXXVI. Emily abrió una escuela
XXXVII. Cuanto más al sur iba el Ejército
XXXVIII. Durante un interludio
XXXIX. Isis llevó a Sara
XL. Cuando Madrone se acercó
XLI. Así que vamos a discutir
XLII. Livingston se despertó en la oscuridad
XLIII. A pesar del peligro
XLIV. Sólo los técnicos estaban felices
XLV. Livingston había intentado
XLVI. Beth se puso a trabajar
XLVII. La luz que se filtraba
XLVIII. Vale, A, B, C,
XLIX. Livingston bostezó
L. Tengo algo que podría interesarte
LI. La fortaleza se alzaba
LII. Bird esquivó
LIII. “Duerme”, se dijo Madrone
LIV. Cress y River
LV. El cielo se había aclarado
LVI. Cuando cayó el anochecer

Parte III: CUANDO CAMBIA EL SUBSUELO

LVII. Cómo hacer una revolución II

LVIII. Wendell estaba sentado

LIX. Cómo hacer una revolución III

LX. El general Wendell estaba sentado

LXI. Cómo hacer una revolución IV

LXII. Rosa se despertó de repente

LXIII. ¡Malditos Primes arrogantes!

LXIV. Rosa se acurrucó con el niño

LXV. Los ojos de Cress ardían

LXVI. ¡Boom! ¡Crack! Un olor a algo acre

LXVII. Cómo hacer una revolución V

LXVIII. Un sonido como de trueno

LXIX. “¡Sí!” Wendell levantó el brazo

LXX. La señorita Ruby les gritaba

LXXI. Un resplandor de luz

LXXII. Como riachuelos de agua

LXXIII. Isis se paró en la cubierta

LXXIV. Había un largo, largo camino

LXXV. “Sara...”

LXXVI. Wendell, encerrado en el búnker

LXXVII. El sol salió

LXXVIII. Los Primes habían acercado el buque

LXXIX. Al atardecer, el templo quedó limpio

LXXX. Con la mirada puesta en las velas

LXXXI. Madrone esperaba

EPÍLOGO Y AGRADECIMIENTOS

ACERCA DE LA UTORA

DECLARACIÓN DE LAS CUATRO COSAS SAGRADAS

La tierra es un ser vivo y consciente. A similitud de culturas de muchas épocas y lugares diferentes, denominamos sagradas estas cosas: el Aire, el Fuego, el Agua y la Tierra.

Ya sea que las veamos como el aliento, la energía, la sangre y el cuerpo de la Madre, o como los dones benditos de un Creador, o como símbolos de los sistemas interconectados que sustentan la vida, sabemos que nada puede vivir sin ellos.

Llamar sagradas a estas cosas es decir que tienen un valor que va más allá de su utilidad para fines humanos; que ellas mismas se convierten en los estándares mediante los cuales deben ser juzgados nuestros actos, nuestra economía, nuestras leyes y nuestros propósitos. Nadie tiene derecho a

apropiarse de ellas ni a lucrarse con ellas a costa de otros. Cualquier gobierno que no las proteja pierde su legitimidad.

Todas las personas, todos los seres vivos, son parte de la vida terrestre y, por tanto, son sagrados. Ninguno de nosotros está más alto o más bajo que otro. Sólo la justicia puede asegurar el equilibrio. Sólo el equilibrio ecológico puede sostener la libertad. Sólo en libertad puede florecer en toda su diversidad esa Quinta cosa sagrada que llamamos Espíritu.

Honrar lo sagrado es crear condiciones en las que puedan prosperar el alimento, el sustento, el hábitat, el conocimiento, la libertad y la belleza. Honrar lo sagrado es hacer posible el amor.

A esto dedicamos nuestra curiosidad, nuestra voluntad, nuestro coraje, nuestros silencios y nuestras voces. A esto dedicamos nuestras vidas.

Parte I

LAS SECUELAS DEL DERROCAMIENTO

Capítulo I

Cómo hacer una revolución I

La yesca está seca en estos tiempos en los que vivimos. Los resentimientos y las injusticias se acumulan como la maleza, esperando una chispa que los encienda. Cualquier tonto puede tirar una colilla humeante y provocar un incendio.

Antes de hacerlo, considera: ¿Cómo sobrevivirás al infierno?

Una tormenta de fuego crea su propio viento, crea su propio clima.

Sé como las secuoyas.

Déjalo ir, esa maraña de maleza, ese campo de helechos cubierto de maleza. No necesitas. Liberarlo.

Canta a los viejos dioses de la tormenta y la lluvia, Oyá, Orisha del torbellino, del cambio repentino. Aprende a amar los relámpagos y los truenos.

La disrupción, la destrucción son los agentes necesarios de renovación. Acepta la perturbación.

Cuida tu duramen¹, dirige tu atención bajo tierra, a la masa de raíces, los hilos miceliales que unen un árbol con otro.

El muro de llamas pasará. E incluso si lo único que queda arriba son postes ennegrecidos, conserva tu fe.

La vida se renueva desde abajo, desde lo oculto.

De la corteza chamuscada asoman nuevos brotes. Una gasa verde cubre la tierra carbonizada.

Y un trino rompe el silencio.

1 Parte más seca, compacta y de color más oscuro por lo general, del tronco y ramas gruesas de un árbol.

*En lo alto del esqueleto del árbol más alto,
posado sobre una rama quemada, un pájaro
desafiante levanta la cabeza hacia el cielo y canta.*

***Un siglo de buenos consejos:
La autobiografía de Maya Greenwood***

Yerba Buena: Prensa de Califia, 2049²

Belleza de nariz rota, eso es lo que somos, pensó Madrone mientras se abría paso a través del enredado laberinto de árboles destrozados y trozos de pavimento dejados por el Ejército de los Stewards (los Mayordomos) en su última invasión.

Golpeados en la cara, ojos ennegrecidos, labios partidos. Pero somos más duros de lo que parecemos. Simplemente escupimos un par de dientes y seguimos.

A su alrededor yacía la evidencia de la destrucción. Y a su alrededor, mientras se abría camino a través de la maraña de senderos y jardines destrozados, los equipos estaban trabajando, limpiando los escombros, cavando nuevos parterres y podando árboles dañados.

² Califia, es el nombre adoptado para el norte de California, tras el Colapso y la revolución (el Levantamiento).

Tropezó con el profundo surco dejado por una topadora y salió a un espacio despejado con vista a los terrenos del centro de curación. Antes de la invasión, el viejo edificio de ladrillo había estado rodeado de exuberantes jardines llenos de hierbas utilizadas para curar heridas o tratar enfermedades, y flores para refrescar el espíritu, ya que la medicina de la Ciudad integraba el antiguo conocimiento de las mujeres y los hombres forjados en la alopátia³ occidental, junto con la acupuntura, el Ayurveda y la física de Oriente.

Ahora las plantas estaban pisoteadas, el bosquecillo de ginkgos era un terreno baldío, y los arrayanes y los castos árboles del Bosque de las Mujeres dominaban una ruina de hojas arrancadas y tallos destrozados.

El Ejército de los Stewards había disfrutado especialmente destruyendo jardines y arrancando arboledas sagradas, como si la belleza y la abundancia los ofendieran.

Elegimos no luchar con balas, sino hacer de la belleza misma nuestra arma principal, pensó Madrone. Ofreciéndolo a los invasores, haciéndoles señas... Únete a

3 Los términos medicina alopática, medicina alópata y alopátia son vocablos arcaicos peyorativos, mayoritariamente usados por especialistas en homeopatía y por quienes defienden otras formas de medicina integrativa para referirse a la medicina moderna basada en la ciencia que usa ingredientes activos o intervenciones físicas para tratar o suprimir los síntomas o los procesos fisiopatológicos de las enfermedades. La expresión fue acuñada en 18484 por el fundador de la homeopatía, Samuel Hahnemann.

nosotros, conviértete en nosotros, prueba nuestros frutos. Hasta que, al final, los soldados de las Tierras del Sur cayeron en nuestro abrazo y quedaron destruidos.

¡No es de extrañar que persiguieran los árboles frutales y macizos de flores! Reconocieron nuestro verdadero arsenal.

A Madrone le dolió ver la destrucción del lugar más sagrado de todos. Ella era una sanadora, y estos jardines habían sido durante mucho tiempo su santuario, su lugar de descanso y consuelo en todas las crisis y epidemias. Ahora echaba de menos ese refugio. En el mes transcurrido desde que el pueblo del Norte de Calafia derrotase a los invasores de las Tierras del Sur, la demanda de habilidades de sanador había sido implacable.

Subió lentamente las escaleras del edificio, sintiendo su cansancio. Su turno aún no había comenzado, pero todavía estaba cansada del día anterior y del anterior. En la cima, se detuvo para contemplar la escena de abajo.

El peor daño se produjo en el frente donde antes se encontraba el templo, un pabellón con columnas cubierto de fragantes enredaderas. Aquí, donde una vez los convalecientes habían venido a meditar en paz, donde los familiares y amigos de los enfermos traían sus esperanzas y sus ofrendas para depositarlas en los nichos dedicados a Hebe, Asclepio, Brígida, la Madre María o Kuan Yin, ahora yacía una ruina de escombros destrozados.

Pero el templo estaba siendo reconstruido. Mientras ella hacía su trabajo de curación dentro de los pabellones, los equipos de trabajo de la Ciudad estarían curando los terrenos y jardines exteriores.

Somos resistentes, pensó. Usaremos hormigón roto como base para nuevas esculturas y bancos sobre los que descansar, y fundiremos vidrios rotos para hacer nuevos recipientes. Usamos todo, incluso nuestras heridas.

Ella suspiró. La resiliencia requería energía y la de ella estaba flaqueando. Se sentía mucho mayor que sus veintinueve años. Lista para ser una anciana en una mecedora, o si no eso, al menos lista para unas pequeñas vacaciones, acampando en la tranquilidad de un lago de alta montaña. Sin nadie cerca que la necesitase. Bueno, tal vez Pájaro...

Por un momento, se permitió imaginarlo, los dos nadando desnudos en aguas cristalinas, sumergiéndose y emergiendo a la superficie como un par de focas. Como lo habían hecho en su adolescencia, explorando los cuerpos de cada uno sobre lechos de ramas de cedro.

Y entonces, de repente, lo vio en medio de los trabajadores. Bird (Pájaro) estaba desnudo hasta la cintura y su piel color chocolate con leche brillaba por el sudor a pesar de la niebla que helaba el aire del verano.

Bird, su amante, su mejor amigo, su prueba milagrosa de que algún hilo de beneficencia aún se tejía entre las marañas del destino desafortunado. El aire vibraba de alegría: él había regresado a ella, liberado de las prisiones y el polvo de las Tierras del Sur; y después de todas las batallas, los viajes y los errores devastadores, contra todo pronóstico, estaban juntos.

Ella lo vio agacharse y levantar el enorme tronco, y la canción se transformó en un agudo gemido de ansiedad. Había un tono gris bajo su piel, un temblor en su pierna mala. Se lastimaría irreparablemente si seguía así. Algo lo atraparía de nuevo y ella lo perdería para siempre...

¡Para! Se dijo a sí misma. Sólo entra. Tu turno está por comenzar. Tienes pacientes que te piden ayuda. Déjalo que enfrente su dolor a su manera.

Empujar las puertas y confiar. Eso era lo que ella debería hacer. Su mano estaba en la puerta...

¡Mierda! ¡Ese hombre era tan preocupante como un carbunclo!

Bird subió penosamente la pendiente y dejó el tronco en el embarcadero con un secreto suspiro de alivio. Se estaba esforzando demasiado, mucho más allá de cualquier necesidad, y lo sabía, llevando cargas demasiado pesadas

para su cadera dañada, estresando un cuerpo que apenas se había recuperado de la última ronda de palizas y hambre.

Pero el trabajo físico, el sudor, aliviaron otras tensiones. Cuando lo llevaban al límite, no había preguntas, no había necesidad de examinar lo que estaba haciendo o por qué, ni dilemas imposibles de revisar con juicio severo.

Le dolía la pierna, pero el dolor físico ahuyenaba un dolor más profundo. Este trabajo no era tan diferente de lo que había hecho en los campos de prisioneros de las Tierras del Sur. Podría tolerar cosas mucho peores. Y lo había hecho.

Los terrenos del centro de curación estaban llenos de actividad. El equipo de trabajo alrededor de Bird comenzó un canto rítmico mientras se alineaban a lo largo de un tronco de árbol caído. Él se unió con su voz clara y musical todavía ronca un mes después de la batalla final. Le tembló la pierna mala, pero la ignoró y ejerció su función.

“¡Uno, dos, tres y LEVANTAR!” corearon.

Bird puso toda su fuerza, aliento y músculos en el levantamiento, y el tronco se elevó. El dolor lo atravesó. Un agudo momento de agonía, como si alguien le hubiera clavado un carámbano en el interior del muslo y profundamente en sus entrañas.

Familiar como una sonda neural hasta la base de la columna. Inaguantable.

Sin embargo, cada vez que lo soportaba, confirmaba nuevamente que *podía* soportarlo.

Entonces alguien le arrebató el peso del tronco y el dolor pasó. ¡El alivio fue dulce! Una sensación de bienestar recorrió su cuerpo, y sólo por un momento cerró los ojos y disfrutó de ello.

Sí, se acabó. Realmente terminó. Había sobrevivido.

Abrió los ojos y vio a Madrone mirándolo. Ella fue quien intervino y cargó con el peso del tronco, y ahora éste la presionaba.

Ella le fijó la mirada, las cejas arqueadas, los labios fruncidos y la expresión de desaprobación general que tantas veces había visto, cuando era niño, en el rostro de su abuela Johanna. Él le dedicó una sonrisa arrepentida.

Estaba creciendo, pensó, con su piel canela sonrojada, sus labios carnosos apretados, su salvaje nube de cabello oscuro rebotando sobre sus hombros mientras sacudía tristemente la cabeza.

“¿Quieres volver a romperte la cadera?” dijo ella, pero él escuchó lo que ella no dijo en voz alta y el tema era “¡idiota!”

Ella tenía razón. Él lo sabía. Pero eso no significaba que lo admitiera. Y ahora todos lo miraban. Había sido tan felizmente anónimo sólo un momento antes. Ahora todos

recordaban quién era él, qué había hecho, toda su letanía de fracasos y traiciones.

“¿Crees que necesitas soportar mi carga además de la tuya?”, dijo él. “¿Cargar toda la maldita ciudad sobre tus hombros no es suficiente?”

“¡No cambies de tema!” Sus ojos oscuros le lanzaron chispas. Su ceño se frunció, lo suficiente como para fruncir la pequeña cicatriz en el centro de su frente, la marca de su iniciación por las abejas sacerdotisas, las Melissas de las Tierras del Sur. “Adelante, dilo: tienes razón, Madrone”.

Bird respiró hondo.

“Tienes razón, Madrone.” No fue Bird quien lo dijo, sino Kria, la *responsable* del equipo de trabajo. Uno de los muchos en la Ciudad que trascendieron las polaridades binarias de él o ella, Kria le sonrió a Bird con un rostro de huesos delicados mientras tomaba el tronco de Madrone con un par de brazos musculosos como los de un culturista. “Y tiene razón. La reconstrucción no se terminará en un día. Todos tenemos que controlar nuestro ritmo. Pero no se logrará si veinte personas tienen que esperar aquí con un tronco al hombro mientras ustedes dos discuten”.

“Lo siento”, dijo Bird.

Madrone, avergonzada, se quitó los trozos de corteza de los hombros de su túnica de sanadora, deseando haberlo dejado en paz.

“Hay almuerzo en la cantina”, dijo Kria. “Vayan a buscar un poco”.

Madrone siguió a Bird hasta la cola de la cantina. Ahora que lo pensaba, supuso que tenía hambre y que sería bueno comer antes de comenzar otro largo turno. Tenía un poco de tiempo y sería bueno pasarlo con Bird. En realidad, no tuvieron suficiente tiempo; nunca tendrían suficiente tiempo para recuperar los años perdidos mientras él había estado en prisión en las Tierras del Sur y ella no sabía si estaba vivo o muerto.

Una calidez la llenó como un rayo de sol derritiendo hielo, y deslizó su mano en la de él para hacerle saber que lo había perdonado.

Él tomó su mano, pero todavía estaba irritado.

¡Al diablo!, tal vez él sabía lo que necesitaba mejor que ella. Tal vez valía la pena un poco de dolor físico para desviar ese otro dolor más profundo.

Pero sintió un bálsamo fluir de su mano a la de él, bañándola, liberando parte del dolor de los dedos que le habían roto y nunca habían sanado correctamente. Ella lo miraba con esos ojos oscuros y luminosos, y él estaba

perdido en la gracia de su boca generosa, la suave curva de su mejilla. Incluso la cicatriz le parecía una flor, no una imperfección.

No podía seguir enojado. Él le apretó la mano.

La cantina estaba repleta de trabajadores, sudorosos y sucios, formando una fila que se arrastraba junto a la larga mesa donde los ayudantes servían platos de ensalada y guiso de verduras. En una segunda mesa, un gran dispensador contenía una tina de té de hierbas helado.

Bird se debatió entre tomar una copa y volver con el equipo de trabajo. Supuso que tenía hambre, pero no lo sentía. Había estado con raciones escasas durante tanto tiempo que a su cuerpo le resultaba difícil comprender la abundancia de comida que ofrecía la Ciudad. Pero Madrone lo observaba, esperando compartir un dulce momento con él, comiendo juntos en medio de la multitud exuberante. Uno de esos momentos por los que ambos habían luchado duro y que deberían atesorar.

Mesas improvisadas y bancos toscos tallados con troncos llenaban el área despejada. En una mesa lejana estaba sentado un grupo de *sojuhs*, los antiguos soldados del Ejército de Stewards cuya deserción masiva había conseguido la victoria de la Ciudad sobre los invasores.

“Hay un lugar reservado para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”, murmuró Bird a Madrone. Eso era lo que les habían dicho a las tropas sureñas, y ahora estaban sentados a la mesa, jugando a las cartas y bebiendo té helado, aunque despreciaban la comida. En cambio, se repartían paquetes de patatas fritas, y las obleas de soja prensadas mezcladas con vitaminas y medicamentos que habían alimentado al ejército de los Stewards.

Si preferían las patatas fritas a la comida real, tenían que ser sojuhs: razas nacidos en las granjas de reproducción, pensó Bird. Nunca habían probado comida de verdad antes de desertar y la miraban con sospecha.

En cambio, los *quiebras* (los desafortunados reclutas obligados a ingresar en el ejército de los Stewards por delitos menores o deudas impagadas) comían con avidez. Había una mesa llena de ellos al otro lado de la cantina, riéndose estridentemente y repitiendo una segunda ración.

Madrone y Bird ocuparon su lugar en la fila, y él siguió observando la mesa de sojuhs, con cierta cautela. Lo preocupaban. Los *razas*, como se autodenominaban se aferraban a sus antiguas unidades, alarmados y abrumados por la complejidad de la Ciudad, exhibiendo una capacidad aparentemente infinita para dedicarse a las cartas, las fichas y el licor, para relajarse y dejar que otros hicieran el trabajo. Parecían estar siempre esperando órdenes que nunca llegaban.

Una joven camarera llevó una bandeja de comida a la mesa de los sojuhs. Dejó platos de ensalada y tazones de estofado.

“Aprovechad”, dijo con una gran sonrisa en su cara redonda y pecosa. Tenía grandes e inocentes ojos color avellana y dientes blancos y uniformes, y Bird imaginó que nunca en su vida había conocido una razón para sentirse menos que bien consigo misma. “¡Esto es para vosotros!”

Sacudieron la cabeza.

“Esta unidad no come esa mierda”, dijo el más grande y fuerte.

Parecía herida.

“Es bueno”, dijo. “Ayudé a hacerlo yo misma. ¡Inténtalo!”

“Tengo comida”, dijo un sojuh flaco, acercándole un paquete de patatas fritas. “¡Inténtalo!”

Cogió una patata, la tomó con cautela entre los dedos y mordisqueó el borde. Ella hizo una mueca.

“Sabe a productos químicos y a sal”, dijo.

“¡Sabe bien!” dijo el Gran sojuh, pasándose la lengua por los labios y mirándola de reojo mientras todos reían.

Voy a tener que hacer algo, pensó Bird. Sé cómo llegar a ellos, cómo hablar con ellos. Yo he estado entre ellos.

Alguien tendrá que hacer algo antes de que esta ociosidad e inquietud se vuelvan desagradables.

Madrone lo observó monitoreando la situación. Estos días siempre estaba alerta, siempre cauteloso. Bird había regresado, pero no era Bird, ni el chico hermoso, el cantante de voz dorada, el amante risueño, el protector amable, el mago engreído, arrogante, lleno de sí mismo pero tan encantador que ella había conocido. Me enamoré a los dieciséis años y hoy es un hombre que sufre.

Y yo soy una sanadora que no puede ayudarlo.

Madrone y Bird llegaron al puesto de servicio y llenaron sus platos con guiso de verduras y ensalada de quinoa. Bird miró a Madrone para ver si aceptaría y los condujo a los asientos al final de la mesa de los sojuhs.

Todavía está en primera línea, pensó. Debe ser algún tipo de instinto de perro guardián: ubícate donde sea probable que surjan problemas. Pero supongo que también lo comparto. La Diosa lo sabe, he curado suficientes razas como para saber cómo manejarlos con ellos.

El corpulento luchador al otro lado de la mesa los miró furioso. Madrone le devolvió la sonrisa.

“¿Qué pasa?” –preguntó Bird suavemente, en el discurso entrecortado y truncado de los sojuhs.

Recibió un gruñido como respuesta del Gran sojuh. Todos debían ser de la misma unidad, decidió Bird, porque todos parecían iguales, de piel pálida y rubios con el pelo rapado. El ejército de Stewards estaba estrictamente dividido por colores: los sojuhs comían, dormían y entrenaban con otros que se parecían mucho a ellos. Bird se preguntó si mantenían registros de reproducción: ¿cuántos de los razas eran en realidad medio hermanos? Seguramente toda esta tripulación tenía un parecido familiar, sus mandíbulas cuadradas y sus ojos azul grisáceos hundidos. Tenían tatuajes de unidades en la nuca, códigos de barras encerrados por una forma felina que debía ser su mascota.

Bird gruñó en respuesta. El Gran sojuh lo miró fijamente y él le devolvió la mirada, midiéndose mutuamente, cautelosos, pero no hostiles. Podría arriesgarse al siguiente movimiento.

“¿Quieres ayudar con la limpieza?”

El Gran sojuh se rió. “¡Estos no son jorobados! ¡Son luchadores!

“Los luchadores son fuertes”, dijo Bird. “Podríamos utilizar hombres fuertes para ayudarnos a reconstruir, ahora que la lucha ha terminado”.

Ahora el soldado flaco se rió. “La lucha continúa”, dijo. “Esta unidad se relaja para la siguiente ronda”. La comida

que había traído la joven estaba intacta sobre la mesa. El sojuh la apartó. “No como comida trugger”.

“¿Por qué no lo intentas?” –sugirió Madrone–. “Quizás te guste. Y tarde o temprano nos quedaremos sin patatas fritas”.

El Gran sojuh le dio la espalda.

“¡La comida de los truggers crece en la tierra!” –objetó el sojuh flaco.

“Podría tener bichos”, coincidió el Gran sojuh. “Escupitajo de cucaracha. Mierda de araña”.

Bird abrió la boca para responder, luego la volvió a cerrar con un suave suspiro. ¿Por dónde empezar? ¿Se atrevería a decirles que era mucho más probable que sus amadas patatas estuvieran llenas de excrementos y cucarachas molidas de las fábricas no reguladas que las producían?

“Ay, semental”, le dijo el gran soldado a Bird, mientras ignoraba deliberadamente a Madrone. “He oído que las perras pichonas tienen rajas laterales. ¿Es verdad?”

Está buscando pelea, pensó Bird, y lanzó una mirada furtiva a Madrone, que simplemente parecía divertida.

“Anatómicamente, no hay diferencia”, dijo ella.

La miraron sin comprender.

“Abajo, todo es igual”, tradujo Bird.

“Un agujero, es un agujero”, comentó filosóficamente el sojuh flaco.

“¡Tengo que probar un poco de carne de paloma!” dijo el Gran sojuh.

“Todas las mujeres de la Ciudad saben cómo defenderse”, dijo Bird. “Hay que persuadirlas”.

“No hay diversión en eso. Oye, ¿por qué los peces gordos cierran las salas de recreo? ¡Un luchador tiene necesidades!

“También lo hacen las chicas del corral. Tienen sus propias necesidades”.

“¡Necesitamos perforar! Esta unidad obtuvo las herramientas para el trabajo”.

Las risas recorrieron la mesa. El Gran sojuh dejó caer una carta y la atención volvió al juego.

Bird observó su ensalada con disgusto, pero se obligó a comerla bocado a bocado. Fijar un ejemplo. El guiso estaba lleno de verduras y garbanzos. Sería sabroso, si no todo le supiera a madera. Pero se obligó a comérselo todo. Desperdiciar comida era el peor de los pecados. Hubo

momentos en que habría matado por esa tina de té helado, este plato de verduras. Debería sentirse agradecido. Debería disfrutarlo, en lugar de tomarlo a la fuerza como si fuera una medicina.

Mantuvo una mirada cautelosa sobre los sojuhs mientras comía. Sin duda, había una catástrofe a punto de suceder. Debería hacer algo al respecto. Pero él no sabía qué.

Smokee había estado caminando desde primera hora de la mañana. Se despertó en la desconocida suavidad de su cama y sintió que las paredes de su habitación la limitaban demasiado. La Ciudad le había asignado un pequeño apartamento después de su liberación, sólo una habitación con una pequeña cocina y un baño, en un edificio antiguo en el corazón de la Ciudad. Era el espacio más grande que jamás había tenido para ella, tan grande como el apartamento que había compartido con sus padres y su hermano antes de su propia Renuncia. Y lo atesoraba, los amplios ventanales por donde entraba el sol, la pequeña cocina como la de una muñeca con estufa, fregadero, nevera portátil y alacenas llenas de porcelana china, gruesas tazas azules y un juego de sartenes de hierro fundido. Lo más importante, una puerta que podría cerrar con llave desde dentro y abrir cuando quisiera.

Por la noche dormía con la llave en la mano, para recordar, cuando despertara de las pesadillas, que era libre.

Pero a veces las paredes a su alrededor se parecían demasiado a una jaula. Luego caminaba, hora tras hora, a zancadas por los jardines verdes destrozados que bordeaban las calles y esquivaba los escombros, tratando de alejarse de su ira.

Años y años de ira reprimida brotaron, desbordándose y coloreando todo lo que veía. Cada flor brillante que bailaba en la brisa, cada cereza que colgaba roja de la rama, cada fronda que la llamaba parecía burlarse de ella. Mira, este es tu derecho de nacimiento, lo que deberías haber tenido y nunca tuviste. Este es el mundo que su hija perdida debería haber heredado y que nunca verá.

Ahora había niños frente a ella, charlando tan jodidamente felices mientras jugaban en una fuente que los stewbos de alguna manera no habían logrado destruir. Quería gritarles que se callaran, pero solo eran niños felices. No era culpa suya que su propia hija no pudiera volver la cara hacia el chorro y reír de alegría.

La niña. Smokee estaba atormentada por ello: sus dedos delicados, sus ojos dulces y confiados que sólo habían conocido el consuelo del cálido cuerpo de Smokee hasta el Día Terrible.

Smokee se alejó del parque y se obligó a subir una de las muchas colinas de la Ciudad que se elevaban como un vientre redondeado detrás de ella. El camino era empinado y le tomó todo el aliento y la concentración llegar a la cima. Todavía estaba débil por el encierro y el largo hambre, pero cada día se hacía más fuerte.

No pienses en la niña. Simplemente siente cómo bombea la sangre y trata de reivindicarlo como un triunfo. Deleita tus ojos con el color y la belleza. Intenta dejarlo entrar, le habían dicho los sanadores, y ella lo había intentado. Pero cuando derribó el muro de entumecimiento, todo lo que pudo sentir fue una pura rabia roja.

Llegó a la cima de la colina y continuó bajando por la ladera sur, donde se encontró en la cantina del centro de curación. Se estaba sirviendo el almuerzo y una larga fila de trabajadores se extendía por el jardín destrozado. Ella no tenía hambre; su estómago se había reducido a casi nada en los días de hambre y cautiverio, pero les había prometido a los sanadores que comería cuando la liberaran de las barreras. Y la revisaron.

“¿Estás comiendo?” “¿Duermes?” “¿Te gustaría comer con una familia de vez en cuando?” “¿Te gustaría unirte a un grupo de aprendizaje y capacitarte en alguna habilidad nueva?” “¿Como podemos ayudarte?”

¡Vámonos a la mierda! Smokee quería llorar, pero un débil eco de la voz de su propia madre la detuvo, recordándole que debía ser educada.

“No, gracias”, dijo en su lugar.

Sí, una vez había tenido una madre, un padre y también un hermanito. No podía soportar pensar en su destino. Cuando pensaba en sus padres, los gritos de su madre resonaban en sus oídos. Vio los brazos de su padre extenderse hacia ella mientras la porra del Billie se estrellaba contra su cráneo y el Escuadrón de Renuncia se la llevaba a rastras. Todavía podía oír el crujido y los gemidos que se desvanecían en el silencio.

Se llevó las manos a los oídos para bloquear el sonido de esos recuerdos y sacudió la cabeza para aclarar la vista.

“¿Estás bien?” Un rostro inclinado sobre el de ella, otra Glossy, toda sencilla y radiante con dientes blancos y brillantes. Bueno, no todo es fácil. Tenía una pequeña cicatriz arrugada en el centro de la frente. ¡Otra maldita sanadora!

“¡Bien!” gruñó y se apartó de los ojos que la seguían con preocupación.

Madrone había visto a la muchacha tensa y nerviosa y se había acercado a ella. Más que eso, había sentido la angustia, la había olido en la brisa. La iniciación con las

abejas que había recibido en su duro viaje a las Tierras del Sur le había regalado la conciencia del olfato, el tacto, las feromonas y las energías más profundas. Los olores la informaban, la excitaban, la alarmaban. Ahora hablaban de daño y dolor.

“¡Déjame en paz!”, gruñó Smokee.

Madrone se debatió. Ahora reconoció a la joven. La había cuidado después de la liberación, cuando los victoriosos habitantes de la Ciudad la encontraron al borde de la muerte por hambre y abuso sexual. ¿Debería retroceder? ¿O presionarla con ofertas de la ayuda que tan claramente necesitaba?

Pero Madrone sabía que sus heridas provenían de la violación, del derribo de todos sus muros protectores. No puedo ayudarla traspasando sus límites.

Madrone volvió a la mesa, donde el guiso se estaba enfriando. Bird seguía vigilando con cautela a los sojuhs, Madrone a la chica del antiguo redil-prostíbulo. Este es nuestro tiempo de inactividad, pensó Madrone, pero todavía estamos de servicio.

Smokee se dirigió al final de la fila de comida y se quedó de pie con los brazos alrededor del pecho, mirando con ceño a cualquiera que intentara entablar conversación.

La fila avanzaba lentamente. Smokee captó ráfagas de fragancia en la brisa, algo caliente y sabroso. Al menos sería comida real, no patatas fritas, esas finas rodajas de vitaminas y nutrientes artificiales fritas con suficiente grasa y sal para hacerlas apetitosas. Las patatas fritas y los dulces eran el único alimento que se ofrecía en los corrales y las demás chicas los devoraban con avidez. A Smokee le había costado mucho tiempo y un hambre inmensa antes de rendirse y comérselas.

Las mesas ya estaban llenas, y esperaba poder tomar su bandeja y encontrar un lugar para sentarse sola, donde nadie la molestara, lo más lejos posible de la sanadora entrometida. No estaba de humor para hablar con nadie en este momento.

La fila la acercó a una mesa llena de sojuhs. La enfermaban. Tuvo que alejar los recuerdos confusos y drogados de algo pesado y maloliente que la sobaba y la golpeaba mientras pensaba en el mar. Ahora pensó en ello, en la luz que brillaba sobre las olas, en los encajes de la espuma y en el olor penetrante y salado del aire. Allí era donde ella vivía, en ese recuerdo, mientras los sojuhs gruñían y taladraban. Ahí era a donde ella iba ahora, cuando la ira amenazaba con quemarla desde adentro hacia afuera.

Apartó la cabeza de los sojuhs, pues no quería reconocer a ninguno de ellos, recordar sus gruñidos de cerdo y su olor. Estaba parada en la arena, con las olas alejándose y la

sensación de que corría hacia atrás, corriendo hacia otro tiempo, antes, antes....

“¡Ahí! ¡La pistola necesita un objetivo!

La ola se estrelló. La ira estalló. Ella fue consciente de un rostro pálido y lascivo. Y ya no estaba aprisionada, ya no enjaulada, drogada y atada, indefensa. Sobre la mesa había un cuchillo.

Bird escuchó la burla, vio la furia en los ojos verdes, el rubor en el rostro pálido y pecoso de la mujer de la fila. Un destello de metal...

Antes de poderlo pensar, ya estaba de pie, agarrando la muñeca que sostenía el cuchillo. La mujer le echó el brazo hacia atrás, pero él aguantó como un bulldog. Ella apretó los dientes en el dorso de su mano. Escuchó una voz gritar; podría haber sido la suya.

Luego otras manos la agarraron y le sujetaron los brazos. Ella se retorció, maldijo y pateó.

Bird la soltó y se curó la mano herida.

Madrone miró de Smokee a Bird, sin estar segura de quién la necesitaba más. ¡Su mano! Sus manos de músico fuertes, flexibles y hábiles que ya estaban maltratadas, rotas y

permanentemente rígidas por la tortura en las prisiones de los Stewards... ¡Había trabajado tan duro para recuperar incluso una parte de su antigua habilidad! Y ahora...

Pero la niña... porque en realidad no era más que una niña. Estaba aterrorizada, debajo de su bravuconería. El aire vibraba con el gemido subsónico de su miedo.

Se acercó y se paró junto a la niña, sin tocarla, ni siquiera mirarla, simplemente estando allí, cerca. Madrone cerró los ojos y pensó en la paz, la luz del sol sobre los pétalos y el aroma de la miel. Una gota se acumuló en su lugar de abeja.

Calma. Seguridad. Ella envió el pensamiento, un aroma que tembló suavemente en el aire.

Se había reunido una multitud, algunos que habían terminado de comer y otros que habían estado cerca en la fila. Se apiñaron alrededor, zumbando de conmoción e indignación. Una mujer delgada, de boca apretada y barbilla prominente, señaló a Bird.

¡Tenía un cuchillo! dijo con una voz llena de justa indignación.

“¿Yo?” dijo Bird. Dado que el cuchillo todavía estaba apretado en la mano de la mujer enojada, parecía un uso notablemente pobre de las reglas de la evidencia.

Madrone salió de su ensoñación. “¡No lo tenía!”

“¡Ella te lo quitó!” Cress, representante del Consejo del Agua, dio un paso adelante, con sus ojos oscuros ardiendo de ira. Se echó hacia atrás su mechón de pelo negro y avanzó a grandes zancadas.

Joder, pensó Bird. Cress. Su principal enemigo en la Ciudad, su autoproclamado juez y fiscal. Bueno, por supuesto, tendría que ser Cress. Y la mujer delgada a su lado era su novia, Flo.

Kria hizo un firme movimiento de cabeza a Cress. “¡Eso no es lo que pasó!”

“¡Círculo de justicia!”, gritó alguien y la gente empezó a mover mesas y a acomodar sillas.

Los ojos de Madrone se abrieron de golpe. ¿Un círculo de justicia? ¡*Diosa*, no tenía tiempo para eso! Podría durar todo el día. Odiaba abandonar a Bird en ese momento, pero ya llegaba tarde a su turno.

Pero ¿y la chica? Tal vez necesitaría un aliado, alguien que la apoyara. Madrone suspiró y acarició el cristal que colgaba de una tira de cuero alrededor de su cuello. Brillaba con un luminoso color blanco perla y rápidamente susurró un mensaje a su equipo de trabajo, advirtiéndoles que llegaría tarde.

Bird se sintió aliviado al ver a Salal dar un paso adelante. Era una de las mediadoras y facilitadoras más destacadas de

la Ciudad, una mujer mayor con un rostro cuadrado y paciente bajo una sorprendente mata de pelo rojo brillante.

“Siéntense y compórtense”, dijo a la multitud, y se hizo cargo del círculo.

“Mi nombre es Salal”, dijo. “Me ofreceré como voluntaria para anclar este círculo de justicia, si a todos os parece bien”. Casi todos asintieron o levantaron las manos y movieron los dedos en un gesto de aprobación. “Está bien, entonces, ¿qué acaba de pasar?”

“¡Esa maldita perra se volvió loca con un cuchillo!” dijo el soldado flaco. Señaló con la barbilla hacia Bird. “¡Él salvó el lamentable trasero de este sojuh!”

“¿Quién te salvó? Lo siento, ¿quién te salvó?”

El soldado señaló a Bird. “Ese palo”.

“¿Y quién te atacó?”

“Esa Slit”.

“¿Cómo te llamas?”

“No tengo nombre. El número es cuatro treinta y siete dieciocho cincuenta. La unidad llama a este sojuh Cincuenta”.

“Está bien, Cincuenta, sé que estás molesto, pero te pediré que hables respetuosamente en este círculo y uses términos respetuosos con las mujeres”.

Cincuenta parecía profundamente confundido. Bird reprimió una sonrisa y el impulso de explicarle a Salal que el pobre individuo probablemente nunca antes había escuchado las palabras “respeto” y “mujer” combinadas en la misma frase.

Salal se volvió hacia la mujer.

“¿Y cuál es tu nombre?”

El Gran sojuh resopló. “Slit no tiene nombre, tiene una dirección. Sala C, corral treinta y ocho.

“Cállate, asqueroso pedazo de banquero. ¡No tengo que aceptar una mierda tuya ni de nadie! –replicó Smokee–.

“¡Suficiente!”, dijo Salal con una voz tranquilizadora pero sensata. “Sojuh, espero que guardes silencio a menos que te pregunten, ¿entiendes?” Se volvió hacia Smokee y la miró fijamente. Salal tenía una mirada de buen perro pastor, pensó Bird, intensa, penetrante, hipnótica.

Funcionó con la mujer, que se sentó dócilmente.

“Mi nombre es Smokee”, dijo. “Smokee Ann Dawson”. Decir su nombre le devolvió una pequeña porción de orgullo.

No se arrepintió de haber atacado al sojuh. El raza malhablado necesitaba aprender algunos modales. Los ojos del círculo estaban fijos en ella como un aluvión de reflectores, y aunque no estaba exactamente asustada (pensaba que nada de lo que podría pasarle volvería a asustarla jamás) era consciente de que habría consecuencias. Ella se recompuso y le devolvió la mirada desafiante.

Salal miró a la creciente multitud.

“¿No tienen ustedes trabajo que hacer?”, preguntó. “A menos que estéis directamente relacionados con este incidente, ¡os sugiero que sigáis adelante!”

Nadie se movió. Salal amplió la mirada, cruzándose de brazos y ladeando la cabeza.

“¿Estamos teniendo una epidemia de sordera? Esto no está sucediendo para vuestro entretenimiento. Así es que por favor, a menos que estés involucrado, ¡vuelve al trabajo! Vamos gente, tenemos una ciudad que reconstruir aquí. ¡Vayan a transportar un poco de pavimento!”

De mala gana, gran parte de la multitud comenzó a alejarse, dejando atrás un pequeño círculo. Madrone se mantuvo cerca de Smokee.

“Está bien, ¿alguien más vio lo que pasó?”

Kria dio un paso adelante. “Ese sojuh hizo un comentario muy crudo y sexual y esta mujer, Smokee, pareció enfadarse e ir tras él. Agarró el cuchillo de pan de la mesa pero Bird la agarró de la muñeca y la bloqueó”.

Salal se volvió hacia Smokee.

“¿Es eso lo que pasó?”

“No tengo que aceptar esa mierda de él o de sus genes de mono. ¡No tengo que aceptar esa mierda de nadie!

Salal asintió. “¿Puedes decirle a Cincuenta cómo te hizo sentir su comentario?”

Smokee miró a Salal como si le acabaran de pedir que bailara como un pingüino o que compusiera un aria de ópera. Salal le devolvió la mirada.

“¡Siento que voy a cortar sus bolas mohosas en trozos pequeños y delgados, freírlas para hacer papas fritas y metérselas en la garganta!” dijo finalmente Smokee.

Bird reprimió una sonrisa. Le palpitaba la mano donde los dientes de Smokee habían dejado sus marcas, pero disfrutaba viendo a Salal intentar hacer frente a la situación.

“Entenderé que eso significa 'enojada'", dijo Salal. Se volvió hacia el sojuh.

“Cincuenta, ¿puedes entender el enojo que tu comentario produjo a esta mujer?”

“Eso no es una mujer, es un trapo. ¡Tiene un coño del tamaño de un tanque!

Smokee comenzó a levantarse pero Kria la sujetó. Un murmullo recorrió la multitud. Bird pudo sentir que la simpatía se desplazaba hacia la mujer.

–Ya no –dijo Salal con firmeza–. Ya no hay más esclavas del sexo en esta ciudad; nadie que exista para ser utilizado por otros. Aquí todos somos personas, cada uno de nosotros merece respeto.

Barrió a la multitud de sojuhs con una mirada severa, como el rayo de un faro, y en respuesta ellos asumieron expresiones vacías de deferencia.

“Sin embargo, Smokee”, continuó, “has respondido a las palabras con violencia. Eso no es aceptable. Has usado un arma. Eso es motivo de destierro o de una larga estancia con los sanadores mentales.

“¡Vete a la mierda!” Dijo Smokee, sin ayudar a su causa. “¡Nunca pedí venir aquí!”

Bird se sintió repentinamente impulsado a defenderla.

“Con el debido respeto, Salal, estos no son tiempos normales”.

“Lo sabemos”, dijo Salal. ¡Pero no podemos permitir que ex esclavas del sexo indignadas apuñalen a ex sojuhs por toda la Ciudad! Smokee, si estabas enojada con el soldado o te sentiste amenazada, ¿por qué no pediste ayuda?

Ahora Bird estaba enojado. ¿Pedir ayuda? ¡Que te jodan, Salal!, quiso decir. No puedes pedir ayuda si has gritado a todo pulmón noche tras noche pidiendo ayuda que nunca llegó. ¡No puedes pedir ayuda a un grupo de extraños que no tienen ni puta idea de lo que es estar encerrado, enjaulado, agredido sexualmente y maltratado y no tener salida! Se lo tragó todo y cerró la boca con fuerza. Se estaba acercando, estaba demasiado cerca, a todo aquello de lo que nunca hablaba. Y éste no era el momento de romper ese silencio.

Se volvió hacia los sojuhs.

“¡Escuchen, tubos! Se acabaron las putas, las salas de recreación, toda esa mierda. Si tienes necesidades, encuentras otra manera de satisfacerlas. Si ves a cualquier mujer en la calle, cualquier cosa que se parezca remotamente a una mujer, alguna ex-repartidora o seguidora del campamento o cualquier cosa, ¡mantén la maldita boca cerrada! Y eso es una orden. ¿Entender?”

Detrás llegó el sonido de un suave aplauso. Bird se giró y vio a Isis, la bucanera que lo había traído de regreso desde las Tierras del Sur cuando escapó de la prisión. Estaba de pie con su amante, Sara, otra sureña, que había huido de su rico y brutal marido. Entendían algo de trampas.

Estaba gesticulando mientras hablaba y se dio cuenta de que una fina salpicadura de sangre yacía sobre la mesa. Le sangraba mucho la mano, no sólo por la mordedura sino también por un corte más profundo en la palma. Debió haber agarrado la hoja del cuchillo en la lucha.

Madrone sacó un pañuelo y rápidamente envolvió bien el corte. Empujó el codo de Bird hacia arriba para elevar la mano.

“Y usted, señorita Hellcat⁴”, Bird se volvió hacia Smokee, “deje los cuchillos, los puños y las peleas callejeras. Si algún imbécil dice algo estúpido, tú simplemente cierras los oídos y te vas. ¿Tú entiendes?”

Smokee asintió.

“Está bien, esto está hecho”, dijo Bird. “¿Podemos irnos ahora?”

4 Gata del infierno, bruja, víbora.

“¡Eso no es suficiente!”, objetó Flo. “Ella sacó un cuchillo. ¡Eso tiene que tener una consecuencia más fuerte que simplemente 'no volver a hacerlo'!”

“¿Y por qué la defiendes?” –le preguntó Cress a Bird.

“¡Tal vez porque entiendo algunas cosas que tú no entiendes!”

“¿Cómo qué? ¿Entiendes tan bien la mente del enemigo porque has sido uno de ellos?”

Ahora Madrone estaba enojada. Sintió que el aire vibraba a su alrededor, como si emitiera un zumbido de alarma.

“¡Para!” –tronó Salal. “¡Cress, estás fuera de tema! ¡No vamos a ir por ahí!”

“Entonces, ¿adónde vamos? ¿Ella simplemente puede marcharse después del intento de asesinato?, se burló Cress. “¿Porque *él* lo dice?”

“La entiendes tan bien, Bird... deberías responder por su comportamiento”, dijo Flo.

Bird vaciló. No quería enfrentarse a la mujer; apenas podía responder por sí mismo. Pero no podía decir eso en este círculo. Si admitía cualquier debilidad, Cress le hundiría los afilados dientes en la garganta.

Madrone abrió la boca para ofrecerse y luego la volvió a cerrar. No, no podía soportar a esta mujer y todas las demandas de sus pacientes y a una Maya enferma y un Bird herido. No podía. Pero a medida que el silencio se prolongaba, ella sintió que vacilaba. Tal vez, sólo tal vez, si ella...

Sara dio un paso adelante.

“Seremos responsables de ella, yo e Isis”, dijo. “Somos de las Tierras del Sur. Sabemos de qué está hablando Bird”.

Flo la miró fijamente. Cress puso los ojos en blanco. Madrone dejó escapar un largo suspiro de alivio.

Smokee miró a Isis con recelo.

“¿Eres un semental o una gata?” exigió. De hecho, era difícil saberlo. Isis estaba vestida para el mar, con zapatos con suela de goma y pantalones cargo holgados que cubrían sus piernas de corredora. Tenía los hombros anchos, los brazos desnudos y los músculos esculpidos y bien definidos. Llevaba el pelo rapado en forma de espiral y su rostro estrecho y de mandíbula cuadrada tenía huesos prominentes, una boca ancha y ojos oscuros e intensos. No había nada convencionalmente femenino en ella, excepto por la ligera curva de los pechos bajo la ajustada camiseta, cuya blancura brillante contrastaba fuertemente con su piel de obsidiana.

Isis le dedicó una sonrisa llena de misterio y promesa. “Soy Isis”, dijo. “Eso es todo lo que necesito ser”.

Sara, a su lado, era esbelta y elegante con su tosca ropa de trabajo. Su camisa estaba desabrochada hasta el valle entre sus propios pechos hinchados. Madrone observó que se había endurecido en los últimos meses. Su rostro estaba quemado por el viento, su cabello rubio descolorido por el sol, la mano de huesos delicados que acariciaba el brazo de Isis estaba áspera y callosa. Pero aun así se las arregló para lucir tan pálida y elegante como una azucena.

Isis lucía un anillo de oro en una oreja, como para anunciar su condición de pirata. Su gemelo adornaba el lóbulo rosado y translúcido de Sara. Estaban muy juntas, rozándose los brazos.

“¿Qué dices?”, le preguntó Salal a Smokee.

Isis le guiñó un ojo. “Vamos, chica del foque. Salimos a navegar”.

Navegación. Hace mucho tiempo, antes de su Renuncia, la familia de Smokee había hecho una peregrinación al mar. Lo pensaba de esa manera, porque había sido necesario mucho tiempo, tantos cambios de autobús, largas esperas y paseos bajo el sol deslumbrante.

Esa mañana encontró un billete de veinte dólares en la calle y lo trajo a casa maravillada. Y su padre había dicho:

“Deberíamos destinar eso a la deuda”. Pero su madre dijo: “Hemos estado en Angel City⁵, durante más de un año y aún no hemos visto el océano. Vamos, Jake. Llevemos a los niños y vayamos a la playa”.

“La deuda”, volvió a decir su padre, pero por su voz se dio cuenta de que en realidad no lo decía en serio.

“Siempre tendremos la deuda”, dijo su madre. “No importa cuánto dinero le dediquemos. Así que tomemos un día para nosotros y démosles a los niños un recuerdo que puedan atesorar”.

Smokee recordó ese día, el rugido y el silbido del océano, las grandes olas cayendo. Ella y su hermano pequeño chapoteaban en las aguas poco profundas. No tenían trajes de baño, pero su madre los dejaba nadar en ropa interior y camisetas, mientras ella y su padre se arremangaban los pantalones y caminaban. Las pequeñas olas habían llegado con luces bailando sobre sus espaldas. Su madre les mostró cómo construir castillos de arena, y ellos construyeron torres, fosos y canales para la marea entrante, y los vieron desaparecer.

Ese fue el único recuerdo que nunca la lastimó, que siempre le ofreció refugio. Ella iba allí, cuando los tubos perforaban su cuerpo. Llenó su mente con el silbido de la

⁵ Tras el Colapso, la ciudad de Los Ángeles paso a denominarse oficialmente Angel City, debido a la prohibición del castellano por parte de los Stewards.

marea y la cerró a los sonidos que la rodeaban, tratando de ser dura e impermeable como un guijarro rodando entre las olas.

¿Y ahora este *heeshee*⁶ le estaba ofreciendo el mar?

Smokee sabía que había playas en la Ciudad y grandes diques que contenían la crecida del océano, pero nunca había ido a ellos. No iría, se dijo, ni sin su familia, ni sola. Sería demasiado injusto para ella disfrutar del sol, la arena y el olor a sal en la brisa cuando ellos no podían.

Pero navegar, flotar sobre las olas, rodeada de la luz que se reflejaba en todas direcciones como mil estrellas, sí, si alguna vez había querido algo, era eso. Incluso si fuera egoísta y mala por querer lo que su madre, su hermanito y su propia hija perdida nunca tendrían.

“Está bien, entonces”, dijo Salal. “¡Izad el ancla, piratas! Ella es toda vuestra”.

Y antes de que Smokee se diera cuenta de lo que estaba pasando, ya se alejaba entre el *heeshee* y la mujer delgada y pálida, con sus brazos sostenidos con amabilidad pero firmeza.

Madrone miró a Bird y sonrió aliviada. Pero la sangre roja ahora empapaba su pañuelo.

⁶ Persona de sexo no identificado (he-e-shee él-ella).

“Vamos”, dijo. “¡Tengo que arreglar eso!” Sosteniendo aún su mano sangrante, lo ayudó a subir las escaleras hacia el centro de curación.

Isis y Sara condujeron a Smokee fuera de la cantina, pasaron junto a los equipos de trabajo que restauraban el ala dañada del centro de curación, caminaron por senderos aún fragantes con flores de verano y rodearon la base de una de las imponentes colinas de la Ciudad. Sobre un paseo marítimo que se extendía por los humedales donde la subida del mar había mordido el borde oriental de la Ciudad, hasta la cuenca donde yacían atracados barcos brillantes. En medio de los rojos, azules y verdes, un velero estaba pintado de negro. Estaba colgado con una colección heterogénea de paneles solares y molinillos de viento, y lucía una bandera negra con una calavera estampada en blanco.

“Bienvenidas al Día de la Victoria “, dijo Isis mientras subían a bordo.

Capítulo dos

¿Cómo llega un raza a ser una persona real?

Maya miró a River, quien la seguía mientras limpiaba las encimeras de la gran cocina abierta de la casa del Dragón Negro. Estaban limpiando las consecuencias del derrocamiento. A ella le gustaba el sonido de eso, las suaves *f* y *las th*. Un suspiro de alivio. Una relajación de la tensión, tras la batalla.

Estaban solos en la casa grande, y ella sospechaba que habían asignado al Gran sojuh para que la cuidara esa tarde, mientras Madrone estaba en el centro de curación y Bird se unía a un equipo de trabajo. A sus noventa y nueve años, supuso que quizá una niñera no fuera mala idea. O tal vez deberían llamarlo cuidadora de mayores. Cuidadora. Esa sería la palabra.

Probablemente estoy babeando sobre las esponjas mientras limpio las encimeras, pensó. Ah bueno. A estas alturas de la vida, tengo derecho a babear un poco. He limpiado después de tantas batallas. Ésta será la última.

“¿Cómo llega un raza a ser una persona real?”, preguntó River pacientemente. Ella realmente no sabía qué responderle. Allí estaba: River, anteriormente el sojuh Ohnine, criado para ser el peor de los despiadados combatientes de los Stewards, un asesino de sangre fría. Torpe pero deseoso de complacer cuando era un cachorro, su piel oscura y brillante, su cuerpo fornido y musculoso, pero de algún modo tan frágil como las patatas fritas con las que había crecido. Su propio asesino de mascotas, que ahora lucha por las migajas.

Hay un lugar reservado para usted en nuestra mesa, si decide unirse a nosotros. Fue idea mía, mi arrogancia, pensó Maya, decirle eso a los ocupantes. Mi visión era enfrentarlos con una oferta de bienvenida, no con armas. Y ahora aquí está el invasor, quitándome la esponja de la mano.

Su mesa era redonda vieja y destartalada, hecha de roble. A Maya le parecía bien, y la silla al lado lucía aún mejor. River la condujo suavemente hacia un asiento.

“Siéntate ahí, mamá”, dijo. “Mira.”

A Maya no le importó que la llamara mamá. Los soldados desertores llamaban mamá a todas las mujeres mayores. Era el único término de respeto hacia una mujer que conocían. Arrancados de los brazos de sus propias madres presas y enjauladas cuando apenas podían hablar o caminar, solo recordaban a medias algún momento maravilloso de amor y crianza.

Miró alrededor de la cocina, la casa donde había vivido durante tanto tiempo que se había convertido en algo así como una segunda piel. Hacía mucho tiempo que había llegado a esta casa como a un refugio, y Johanna la había acogido en sus brazos y en su vida. Había alimentado a la hija de Johanna, Rachel, en esa mesa, y a su propia hija, Brigid, muchos años después. Allí estaban las cicatrices donde el hijo mayor de Brigid, Marley, había practicado sus tambores con cucharas de madera. Frente a ella, Bird se había sentado en su silla alta, gorjeando sus canciones infantiles, absolutamente afinadas incluso a los nueve meses de edad, tarareando mientras cantaba ese viejo clásico:

*“Hoy es el día en que regalamos bebés,
Con media libra de té.
Si conoces a alguna mujer que quiera un bebé,
Sólo envíamela”.*

River la miraba extraño y se dio cuenta de que estaba cantando en voz alta. Ella le guiñó un ojo.

“Envejeciendo”, dijo. “No lo recomiendo. Aunque supongo que es mejor que la alternativa”.

Parecía aún más confundido.

“Nunca antes había visto a nadie viejo. Los sojuh mueren jóvenes”.

“La juventud es inescrutable”, le dijo Maya, aunque era muy consciente de que él no tenía idea de lo que quería decir. “Sus rostros son tan suaves, inexpresivos, opacos... Cuando eres viejo, tu cara cuenta tu historia. Cada línea registra cómo has afrontado los acontecimientos de tu vida, con fortaleza o debilidad, con humor o con odio, con sonrisas o burlas”.

Había un guiso en la estufa para la cena que Bird había preparado antes de que él y Madrone se fueran por la mañana. Maya pensó en levantarse y darle vuelta.

“No es divertido”, admitió. “Las cosas duelen. Pierdes tus facultades. Levantarse de la mesa se convierte en un proyecto. Pero hay compensaciones”.

“¿Qué significa eso?” –Preguntó mientras ella colocaba con cuidado una mano sobre la mesa y la otra en el respaldo de la silla, y se ponía de pie, con las rodillas gimiendo en señal de protesta. Él se dio la vuelta y le ofreció una mano mientras ella caminaba hacia la estufa. Sacó una cuchara de

madera del frasco que había sobre la encimera y empezó a revolver el guiso.

“Sabes quién eres”, dijo ella.

Su ceño se arrugó.

“¡Tú, Maya!” Fue una lucha para él sacarlo. Los razas rara vez usaban pronombres personales.

“¿Y quién es Maya?” Agitadora de guisos, limpiadora de encimeras y narices, madre, abuela, narradora de cuentos, creadora de problemas durante todos estos largos años. “¿Pero quién es River?”

Mientras se detenía a pensar, Maya se dio cuenta de que la cuchara había manchado su cabello. River se la quitó con cuidado y la volvió a poner en la olla. Sacó un trapo del fregadero y, con una mirada atrevida en los ojos, le secó la cabeza con suavidad.

Su toque fue vacilante, un suave golpe de esa gran zarpa asesina; luego se echó hacia atrás, esperando quizás ser regañado por su presunción. Maya tomó su mano y la sostuvo por un momento. La parte inferior del dedo del gatillo todavía estaba dura y llena de callos.

Las marcas del pasado, pensó. No se borran fácilmente. ¿Y de dónde, se preguntó, vendría esa gentileza? Nadie, hasta donde ella sabía, le habría ofrecido nunca gentileza.

Golpeado hasta la sumisión desde que era un niño, criado y perfeccionado para ser un asesino desalmado y despiadado, ¿quién hubiera sospechado que en lo más profundo de su ser vivía un potencial de bondad? Sin embargo, estaba allí. Enterrado profundamente como una semilla dormida que cobró vida cuando se expuso a la humedad y el calor.

Tal vez este toque ligero como una pluma fuera un débil eco de la mano de una madre en la mejilla del bebé, la huella fantasmal de una mujer enjaulada que no tenía nada más que amar.

“Eres alguien”, le dijo Maya. “Tienes un nombre”.

“Nunca antes había tenido un nombre. Nací y fui criado para ser un sojuh, no una persona real. Quizás sea la mitad de alguien”.

“Alguien es suficiente. Tienes la base para ser alguien. Ahora puedes construir el resto”.

“¿Cómo?”

River tomó su mano como un setter⁷ de boca suave sostiene un pájaro.

⁷ Setter hace referencia a tres razas de perros de caza. Probablemente originarias de España en el transcurso de la Edad Media, estas razas evolucionaron a partir de un perro de caza que durante la cacería se echaba

“Tus opciones. La persona en la que te conviertes es la suma total de las decisiones que tomas”.

Estaba pensando en sus propias decisiones, en las muescas y cicatrices que dejaron en las mesas, en los maltrechos sofás cubiertos ahora con mantas brillantes donde había acurrucado a una sucesión de amantes y niños, en las manchas de una cabalgata de perros en la alfombra. Elecciones que llevaron a la felicidad; decisiones que llevaron a la desesperación. Elecciones, algunas de ellas, que habían conducido a este momento de libertad, donde aguardaban más opciones.

Sus opciones, ahora, parecían muy limitadas. Para empujar su cuerpo dolorido y sus frágiles muñecas a moverse, cuando podría estar durmiendo. Pero revolver, frotar y limpiar eran parte de su alguien, madre Maya, abuela Maya, o algo más básico que eso. Alguien que hacía su parte. ¿Quién tiene todavía algo que ofrecer?

Bird estaba de pie junto a la puerta de la cocina, observándolos. Escuchó a Maya hablar sobre opciones y alejó su mente de sus propios recuerdos, que amenazaban la paz de este momento. El sol del final de la tarde entraba a raudales por los grandes ventanales orientados al Oeste. Las

cuando encontraba aves para que pudieran ser atrapadas con una red por sus amos.

cortinas de cretona con forro térmico estaban descorridas. Maya las había hecho hacía mucho tiempo, para reemplazar un juego de cortinas que la rata mascota de su hermano Marley había devorado. ¡Qué enojada había estado! Sintió un repentino y agudo anhelo de tener a Marley de nuevo con él, su hermano mayor, alguien en quien apoyarse. Las epidemias se lo habían llevado cuando Bird estaba encarcelado en las Tierras del Sur, y ni siquiera habían tenido la oportunidad de despedirse.

Se dio cuenta de que las cortinas estaban un poco raídas. Eso lo entristeció, porque Maya ya no podía hacer cortinas, incluso si alguien tuviera tiempo para pensar en esas cosas. La pintura del techo se estaba descascarando en algunas zonas donde la lluvia había penetrado desde una canaleta bloqueada. El sofá rosa brillante que una vez perteneció a la madre de Johanna se había descolorido hasta convertirse en un rosa suave y polvoriento y se hundía en el centro. Una habitación cutre, pero cómoda. Era su hogar, y había pasado suficientes horas sombrías fuera de él como para estar agradecido ahora simplemente por estar allí.

Le dio a Maya un beso en la mejilla y la llevó de regreso a la silla, asintiendo y sonriendo a River. La habitación se llenó del abundante olor del guiso. Sobre la encimera había una cesta de tomates maduros y la acercó a la mesa con un cuchillo y una tabla de cortar. La ensalada iría bien con el guiso.

Maya se quedó sentada mirando alrededor de la habitación, con los ojos vagos pero el rostro radiante. Bird se preguntó qué vería. ¿Era esta habitación, llena de cocina y conversación, tal como ella la amaba? ¿O era una habitación de otro tiempo, con alguna otra configuración de amantes y bebés, Johanna removiendo sopa, su propia madre Brigid alimentando a su hermano o él mismo?

Ella se estaba yendo, pensó. No era tanto que perdiera sus facultades, sino que divagaba su enfoque de ahora hacia adelante, de aquí al otro lado. Estaba lleno de ternura hacia ella. Tenía noventa y nueve años, no podía ser eterna, pero él no podía imaginar la casa, su vida, sin ella, ancla y corazón.

Colocó un tomate en la tabla de cortar y tomó el cuchillo. Pero el vendaje en su mano derecha hacía que cortar fuera incómodo.

“¿Que te pasó?” Preguntó Maya, sus ojos se enfocaron de golpe.

“Me puse entre el sonido y la furia”, dijo.

“¿Qué significa eso?” Preguntó River mientras revolvía el guiso.

“Una pelea”, dijo Bird. “Traté de pararla”.

River murmuró algo en voz baja.

“¿Qué fue eso?” Preguntó Bird.

“No eres el más listo del gallinero, chico-Pájaro”⁸. River movió la cabeza con tristeza hacia Bird.

“Ya me di cuenta”, admitió Bird.

“Es un problema”, dijo Maya. Sus ojos se aclararon ahora cuando su mente volvió a enfocarse. “Logramos subvertir el ejército de los habitantes del sur y atraer a los sojuhs a nuestro lado, pero ¿qué hacemos ahora con ellos?

“Los Sojuhs fueron entrenados para recibir órdenes”, dijo River.

“Podríamos ordenarles que empiecen a ayudar y que dejen de mirar de reojo a las mujeres”, dijo Bird.

“Pero eso no los cambiará”, dijo Maya. “Tienen que querer cambiar, elegirlo ellos”.

“De ninguna manera dejarán de querer mirar lascivamente”, dijo Bird. “Pero unas cuantas patadas oportunas en los *huevos*⁹ podrían enseñarles a no hacerlo”.

“Los sojuhs no toman decisiones”, dijo River.

⁸ Recordemos que Bird significa pájaro.

⁹ En español en el original. De ahora en adelante las palabras en *itálicas* significará que están en español en el original.

“Tú lo hiciste”, replicó Maya.

River se puso de pie y de repente pareció estupefacto, como si la idea fuera un shock para él.

River había tomado una decisión, pensó Bird. El Gran sojuh había matado a tiros a toda una familia, padre, hermano, hermanas, uno por uno. Para eso estaban entrenados y programados los sojuhs.

Pero luego River se había detenido. Le había disparado a una niña de ocho años en la cabeza, pero cuando su hermana pequeña y su hermano pequeño se pararon frente a él, llorando, algo se rompió dentro de él. Se había desplomado, gritando y gimiendo como si todos los gritos que el ejército le había arrancado a golpes se liberaran al mismo tiempo.

Bird lo había observado todo, disfrazado de sojuh, pero en realidad, siendo su prisionero, sujeto al control de estos. A veces, cuando miraba a River, el sabor nauseabundo de la impotencia todavía subía en su garganta.

Si nuestras decisiones nos hacen quienes somos, se preguntó Bird, ¿qué decimos de esos momentos amargos en los que no tenemos otra opción? ¿Qué nos destruye la impotencia?

Al final, River había tirado el arma y abierto la puerta a su propia transformación y a la victoria de la Ciudad.

Tal vez, sólo tal vez, Bird pudiera reclamar parte de esa elección. Obligado a vivir y trabajar con los sojuhs y a usar su uniforme, todavía había resistido como pudo, acercándose al sojuh Ohnine que había sido River. Tal vez ese hilo de conexión se había convertido en un cordón umbilical que alimentaba el ser embrionario del sojuh. Y eso significaría que él, Bird, estaba en cierta medida redimido.

“Tomé una decisión”, dijo River lentamente. “A mí. Yo elegí unirme a vosotros”.

Yo, pensó Bird. Él dice “yo”. Eso es progreso.

“Esa elección te valió tu nombre”, le dijo Maya a River. “Y tu libertad para tomar más decisiones. Para construirte a ti mismo, elección tras elección. ¿Quién quieres ser?”

“Hay que ser alguien, querer”, dijo con cierta sabiduría.

“Tengo que querer, ser alguien”, le corrigió Maya.

“¿Cuántos esta noche?” –preguntó Bird, bajando de los estantes tazones de sopa de gres hechos a mano.

“Solo nosotros, y tal vez Holybear”, dijo Maya.

“Debería terminar su turno”, dijo Bird. “Acabo de verlo; ayudaba a Madrone”. Acunó los cuencos con un poco de torpeza en su mano dolorida. “Ella llegará tarde, como siempre”.

Maya movió la cabeza. “La están hundiendo”.

“Créeme, lo he notado”, dijo Bird. “Pero a ella le gusta así. ¿Qué pasa con Katy, Mary Ellen y los pequeños?”

“Hoy se mudaron a la Casa de las Madres”, le dijo Maya. “el Gremio del Alojamiento les encontró sitio y se fueron allí”.

Bird asintió. Cuando Madrone regresó de las Tierras del Sur, trajo consigo un tren de refugiados. Durante un tiempo, habían llenado la casa de vida, de llantos de bebés y de pañales sucios, como en los viejos tiempos. Pero era mucho ruido para Maya y, admitió, para él. Apreciaba el silencio.

River puso una cuchara frente a Maya y otra frente a Bird.

“Siéntate con nosotros”, le dijo Bird. “Come.”

Todavía hay que invitarlo, pensó Bird. Todavía no comprende realmente que él es parte de este hogar.

River se sentó y extendió las manos. Madrone siempre insistía en la bendición y River la esperaba. Bird unió su mano buena a la de River y Maya apoyó suavemente sus dedos sobre las vendas de Bird. Miró a Maya, pero ella simplemente sonrió y le hizo un gesto con la cabeza para que comenzara.

“Gracias, Madre de la Vida, por este alimento y por todas las vidas de todas las criaturas, las plantas y los animales. Gracias a las manos humanas que cultivaron, cuidaron, nos lo trajeron y lo cocinaron para nosotros. Sean bendecidos.”

La puerta del piso de abajo se cerró con un portazo y oyeron unos pasos rápidos que subían las escaleras. Holybear abrió la puerta de la cocina, se quitó la bata médica blanca y dejó al descubierto las gasas que le gustaba llevar debajo. Contrastaban con su cabello rojo y las pesadas botas de trabajo que usaba no eran el calzado adecuado. Pero permanecía en pie durante horas en sus turnos en el centro de curación. Aunque su verdadera vocación era la investigación biológica, ahora, cuando la necesidad era tan grande, dado que tenía formación médica y estaba disponible, trabajaba junto a Madrone.

“¡Justo a tiempo!” Maya le dedicó una sonrisa.

“¡Excelente! ¡Tengo tanta hambre como el proverbial oso que me da nombre!”¹⁰

Rápidamente se lavó las manos en el fregadero y se unió a ellos.

“¿Cómo va la mano?” –le preguntó a Bird.

10 Holybear significa oso sagrado.

“No se ha caído todavía. A pesar de tus mejores esfuerzos. ¿Qué usaste para limpiar la herida, piel de puercoespín?

Holybear sonrió.

“La minuciosidad es mi consigna”. Holybear se sirvió un gran plato de estofado. “Me tenía preocupado. La boca humana es un pozo negro. Y no me refiero sólo al lenguaje que Madrone dijo que usó”.

“¿De qué estás hablando?” –Preguntó Maya.

Bird les contó toda la historia mientras comían el fragante guiso. Era abundante, lleno de calabazas del huerto y carne desmenuzada de una gallina vieja. Tenían una hogaza de pan recién hecho que Katy había horneado antes de irse, y tomates y lechugas frescas del jardín.

“Saborea el estofado”, se dijo Bird. Saborea el momento. Habían pasado muchos años en los que habría cambiado su alma por un momento como este, con el sol tardío derramándose sobre la mesa, con sus *compas* sirviendo un crumble¹¹ de pera como postre y su abuela a su lado. Sorbiéndose, una mancha de estofado en la barbilla, junto a unos pocos pelos ralos. Y dándole su propia versión de la mirada. Atesóralo, porque no durará.

11 Pastel de frutas.

“¿Qué?” Bird se volvió hacia Maya. “Puedo sentir que piensas en mí. Sólo dilo, sea lo que sea”.

Maya enarcó las cejas. “Supongo que no puedes evitarlo, al igual que un gallo”.

“¿Evitar qué?”

“Arrojarte al peligro de manera tan imprudente”.

Bird se encogió de hombros. “Soy un jodido héroe”, dijo en un tono calculado para poner fin a la discusión. “Así que, por favor, ¿podrías darme un poco más de ese crumble?”.

“El hombre no puede evitarlo”. Dijo Holybear. “No más de lo que puede hacerlo un gallo. Pero necesita calcio para curarse. Receto crema”.

Cumpliendo su palabra, Holybear sacó una jarra de crema fresca de la nevera y la derramó generosamente sobre el postre de todos.

“Los sojuhs necesitan aprender a comer esta mierda”, dijo River, moviendo la lengua para atrapar una gota de crema que se le escapaba por la comisura de la boca. “Las patatas se van a acabar”.

“Es cierto”, dijo Holybear.

“Los sojuhs necesitan aprender mucho”, añadió River, pensativo.

“Tal vez esa sea la clave”, dijo Maya. “Tenemos que educarlos”.

“Ah, sí, la educación, siempre es la clave”, coincidió Holybear, levantando un tenedor lleno de crumble goteando a modo de saludo. “¡Brindemos por la educación superior!”

Sí, educar a los sojuhs. Bird guardó sus pensamientos para sí mismo. ¿Pero para qué? ¿Ser ciudadanos libres de Califia, jardineros, poetas y artistas? ¿O ser las fuerzas de combate invencibles que podrían derribar a los Stewards?

El ejército de Stewards, lo que quedaba de él, se había retirado, pero tarde o temprano regresarían. Estaba seguro de eso. No podían permitirse el lujo de admitir una derrota permanente. Más que eso, necesitaban un enemigo, un estado de guerra constante para justificar su régimen de control. Si bien Califia había elegido alimento en lugar de armas, el Sur había hecho lo contrario, y ahora las armas y el armamento eran prácticamente lo único que producían, el único sustento de su tambaleante economía. Sí, volverían.

A menos que alguien los derribara primero. A menos que las propias Tierras del Sur pudieran ser incitadas a la rebelión, las facciones contenciosas de la Resistencia se unieran y el pueblo se inspirase para realizar su propio

levantamiento. Y esta chusma de ex soldados conformaría un Ejército de Liberación, para marchar de regreso a casa y recuperar lo que por derecho les pertenecía.

Ahora era el momento. Ahora, mientras los Stewards todavía estaban débiles, antes que reconstruyan un nuevo ejército.

Pero él había pasado diez años de lucha, guerra y prisión, y este último año infernal de tortura y culpa. Y ahora, por fin, este respiro. De vuelta con Maya y Madrone. A salvo, por el momento. ¿No se merecía más que unas pocas semanas de ello?

“Lo que quieren los sojuhs es pelear”, dijo River. “La guerra aún no ha terminado. Los Stewards la siguen hasta las Tierras del Sur, lamen las heridas. Pero el ejército volverá”. Miró pensativamente a Bird. “¿Qué elección vas a hacer esto... tú...? ¿Sojuh o pichón de ciudad?

Ésa era la pregunta de oro, pensó Bird. Una vez había deseado más que nada ser músico, y había sido dotado con toda la habilidad y el talento que cualquiera pudiera desear. Pero había decidido lanzarse a la batalla.

“No lo sé”, admitió.

Holybear se levantó. “Vamos, River. Lavaremos los platos. Lo mejor es mantener esa mano fuera del agua”. Él y River

limpiaron la mesa, llevando los platos al fregadero trasero para lavarlos, dejando a Bird con sus pensamientos.

¿Cantante o luchador? –reflexionó Bird. ¿Quedarse aquí o regresar? Ahora las Tierras del Sur también eran su lugar. Había pasado suficiente tiempo allí para pensar en ello, tal vez no como su hogar, sino como algo con lo que sentía una conexión, un parentesco con cada pobre tejón, ave o anfibio. Los Stewards habían conquistado aquello, pero la Resistencia aún acechaba en las sombrías calles y estaba escondida en las secas colinas. No podía simplemente abandonarlos a todos al régimen de los Stewards.

Pero con Maya tan frágil, necesitando ser cuidada y su tiempo desvaneciéndose, ¿cómo podría volver a correr peligro?

Maya se volvió hacia él como si pudiera oír sus pensamientos.

“Quieres bajar allí, ¿no?”

Sacudió la cabeza. “Ya terminé de ser el gallo sacrificial. Quiero quedarme aquí, contigo”.

“No. No naciste para cuidar de un viejo murciélago tambaleante.

“No te preocupes”.

“Sí. Me tambaleo. Estoy babeando. ¿Por qué no debería hacerlo? Tengo noventa y nueve años”.

“Márchate, si eso es lo que quieres hacer. Tal vez me vaya contigo. Seré compañía”, dijo Bird.

Ella sacudió su cabeza. “Ese no es tu trabajo”.

“¿Cuál es entonces?”

“Hacer que el mundo sea seguro para los tontos”.

La mano de Bird le picó, como para recordarle a lo que ya había renunciado. Se apartó de la mesa y trajo la barra de pan de la encimera. La cena había terminado, pero a menudo concluía con una rebanada extra de pan, como para demostrarse a sí mismo que el tiempo de necesidad realmente había terminado. Volviendo a sentarse, sostuvo con cuidado el cuchillo en su mano herida y cortó un nuevo trozo.

“Pensé que querías que fuera cauteloso, sensato y seguro”

Maya golpeó su mano sana. “¡No sobre la mesa! ¡Bárbaro!”

“¿Por qué no? Ya está tan marcada como un campo de batalla”. Cómo soy, pensó. Pero ella tiene razón. Quiero volver.

Sacó una tabla de cortar de debajo de la encimera y reanudó su corte.

“Yo no dije eso”, continuó Maya. “Solo quiero que seas estratégico. Tú y yo sabemos lo que hay que hacer”.

Bird la miró a los ojos. Eran nítidos y claros. Ella vio su deseo y lo que él ni siquiera admitiría ante sí mismo: su miedo.

“No hace falta ser un genio militar para darse cuenta de que volverás si algo no cambia allí abajo”, dijo Maya. “Incluso una anciana con la cabeza confusa puede ver eso a través de una catarata de niebla”. “Estás tan borroso como un láser”.

Maya puso una mano suave sobre su mano vendada. “¿Asustado?” –Preguntó en voz baja, para que sólo él pudiera oírla. “Eso es normal. Nada de que avergonzarse.”

“No. O al menos sí, claro que tengo miedo, no soy idiota”, admitió. “Pero eso no me detendría”. ¿Cómo decirle tengo miedo de que te estés muriendo y no quiero dejarte ahora? “Es sólo que quiero saborear este tiempo que tenemos juntos”.

“Pero el momento de irse es ahora”, dijo ella.

“¡Entonces deja que vaya alguien más!”

Maya le dirigió una mirada larga y firme desde debajo de sus cejas.

“Nadie más puede hacer lo que tú debes hacer”.

“¿Qué?”

“¿Cómo vas a liberar a un grupo de personas que no tienen idea de lo que significa la liberación?”, preguntó ella.

“No sé. Créeme, ¡aunque lo he pensado!”

“Eres mi nieto”, dijo Maya. “Cuenta la historia. Canta la canción.”

Capítulo tres

Smokee estaba sentada en la proa del Day of Victory, mirándolo surcar las olas y dejar un rastro de espuma a su paso. Tenía la cabeza fría y el viento acariciaba la pelusa incipiente de su pelo, que apenas empezaba a crecer tras el último afeitado en los corrales. Se levantó la capucha de la suave sudadera gris que Sara le había prestado.

El viento olía bien, salvaje y libre, y la luz jugaba con el agua, formando una estela brillante entre el barco y el sol. No importaba qué tan rápido avanzara el barco o en qué dirección girase, la huella permanecía, un camino de luz que conducía a un gran resplandor blanco.

Algo tenso y caliente dentro de ella comenzó a disolverse. Pero al instante, volvió a estar en guardia, aferrándose con fuerza a todos sus motivos de rabia y desesperación. Si se permitía relajarse, si se dejaba inundar por esta belleza, ¿cómo podría soportar perderla, como seguramente haría?

Sin embargo, sin algo, sin un poco de felicidad, nadie podría vivir. Se había imaginado ese día en la playa una y otra vez, sintiendo la suave arena que quemaba sus pies descalzos y a su hermano pequeño yendo y viniendo al agua con su pequeño cubo, riendo mientras las olas cubrían sus dedos de los pies. Allí era donde ella iba, mientras su cuerpo era usado para el servicio. Su refugio en el peor de los momentos. Su santuario. Si la vida no le ofrecía nada más de alegría o gracia, al menos tenía eso.

Y este, este día inesperado en el agua. Podría duplicar su riqueza de recuerdos en un día, si se atreviera a hacerlo. Los recuerdos eran mejores que la esperanza. Los recuerdos no pueden decepcionarte.

¿Pero quería nuevos recuerdos? ¿Quería ella esta nueva vida que le cayó encima?

Al principio, después de su Renuncia, cada respiración le había parecido una victoria. Cada mañana, cuando abría los ojos, aún viva, vencía las fuerzas que la negaban. Y, a pesar de estar enjaulada, seguía albergando una pequeña esperanza de poder encontrar una grieta en los barrotes.

Pero la esperanza era la tramposa, la engañadora. Esa pesadilla de dolor, violación y absoluta impotencia había comenzado a abandonarla en los corrales. Se escurrió con su sudor en esa celda sofocante y sin aire, se filtró a través del dolor de sus brazos mientras luchaban contra los grilletes

que la ataban día y noche, brotó con sus gritos cuando la “disciplinaron” con las sondas neuronales que no dejaban marca, pero que provocaban maremotos de dolor. Cuando decidieron que ya se había ablandado lo suficiente, dejaron que los gruñidos la dominaran, uno tras otro, hora tras hora, y cada embestida la había quitado la esperanza, hasta que finalmente martilló en sus lugares más profundos e íntimos la verdad: que no había escapatoria, ni refugio, ni barrera que no pudieran traspasar, ni santuario que no pudieran despojar.

Y luego, cuando la esperanza se había ido por completo, la recompensaron con su primer dulce: un bollo de pastel esponjoso envuelto en crema sintética.

Después de semanas de comer nada más que patatas fritas saladas, su cuerpo recibió el azúcar con alegría. Se comió uno y empezó a sentir una deliciosa sensación de liberación y relajación, una calidez y languidez recorriendo sus extremidades. Se comió otro y luego otro.

A su euforia le llegó la conciencia de algo pesado encima de ella, gruñendo, sudando y apestando a hierro y sangre. Pero a ella no le importó. Se sentía bien, flotando en algún lugar muy por encima del surco de su cuerpo. Y cuando terminó, y empezó a sentir los moretones y el dolor, hubo otro cariño para quitarle el borde.

De vez en cuando, se despertaba en medio de la noche, cuando las drogas habían desaparecido, y miraba la oscuridad con horror, como si fuera un espejo del vacío en el que se había convertido. Quería rechazar los dulces, pero cada día, cuando llegaban, su cuerpo la traicionaba, ansiando la dulzura y la liberación. Con cada bocado, se despreciaba más a sí misma, hasta que en sus breves momentos de conciencia Smokee quiso no vivir sino anular los últimos humos y vapores. Luego vendría otro cariño, trayendo el bendito olvido, y ella flotaría hasta que ya no importara.

Hasta que un día sintió algo nuevo, una chispa en su interior. Algo que crecía. Aunque estaba maltratada, violada, encadenada y magullada, tenía dentro de sí el poder de los dioses. Ella había creado vida. Y hubo dentro de ella un repentino aleteo de orgullo que volvió a despertar.

Al principio era su propio secreto. Acunando ese destello de vida dentro de los confines de su cuerpo, una vez más se volvió distinta. Tenía fronteras, e incluso cuando las traspasaban, la sensación misma de violación le demostraba que había alguien allí a quien violar. Tenía una voluntad, una energía, separada de sus usos y fines.

Los dulces empezaron a darle asco. Ya no podía soportar su dulzura química y su grasa empalagosa. Los trituraba y los arrojaba al inodoro con sus desechos.

Sin ellos, las sesiones de servicio eran casi insoportables: el hedor, el gran peso aplastando su delgado cuerpo, exprimiendo toda su voluntad como si fuera agua de fregar en una esponja. Sin embargo, ella aguantó. Mientras los sojuhs usaban su cuerpo, ella iba al mar, construía castillos de arena y los veía desaparecer.

Cuando su embarazo empezó a notarse, le dieron un respiro. Entonces comprendió por qué las chicas estaban tan ansiosas por quedar embarazadas. La condición trajo consigo nuevas ventajas: pasar tiempo en la sala de recreación con otras chicas, sin hablar mucho porque tenían poco que decirse, pero mirando la pantalla de video en compañía. Haga ejercicio, camine alrededor del “patio”, un páramo de asfalto rodeado de alambre de púas, pero con el cielo arriba y, a veces, nubes formando formas y patrones. Meses de relativa comodidad antes del nacimiento.

Cuando llegó la fecha prevista, la ataron a una mesa, le dieron medicamentos para inducir el parto según lo previsto y le inyectaron otros medicamentos para producir una neblina de inconsciencia mientras sacaban bruscamente al bebé de su útero. Cuando terminó, se despertó agotada y dolorida, pero con el consuelo de la propio niña a la que sostener, amamantar y acunar. Algo vivo y precioso para amar.

La niña generó su propia niebla de anestesia. Abrazarla, observarla, reflejar los sonidos y expresiones de su bebé,

sonreír y verla sonreír, era más eufórico que cualquier cariño. A pesar de su mejor juicio, a pesar de la certeza de que lo que les esperaba a ambas era dolor, Smokee se encontró adorando al pequeño ser que había llegado a ella y procedía de ella. La falta de cualquier otra fuente de consuelo o placer sólo realzaba la gracia milagrosa de cada gesto de la niña, la maravillosa música de cada arrullo y llanto.

Aunque estaba prohibido, le puso un nombre a la niña. Ella misma recibió su nombre de las montañas, las Great Smokies de Tennessee, de donde provenía su familia. Pero ella le pondría a su hija el nombre del mar. Azure, la llamó, una palabra que sabía que significaba “azul”.

Mientras tanto, un destino se cernía sobre ella que simplemente no se atrevía a mirar. Tendría tiempo: dos años como mínimo, hasta que la niña pudiera caminar y hablar, tal vez tres. A veces los dejaban hasta los tres años. Habían descubierto, mediante experimentos en los que ella no se permitía pensar, que los bebés extraídos demasiado pronto simplemente no prosperaban y morían, que era más rentable dejar que las madres los alimentaran, los cuidaran y les enseñaran los rudimentos de la vida, la lengua y la humanidad antes de encaminarlos hacia su destino final.

Una mujer más fuerte, pensó, se mataría a sí misma y a la niña antes de aceptar el destino que era seguro para una niña. Ella lo pensó, consideró cómo hacerlo. Podría doblar su

manta andrajosa hasta convertirla en una almohada y presionarla suave y firmemente sobre el rostro de Azure. Le canturrearía: “Mami lo siente, lo siente mucho, pero es mejor así. No llores, niña, no sufras, sólo duerme. Duerme”. ¿Realmente podría hacerlo? ¡Ella lo haría! Pero no esta noche, tal vez mañana...

Ella tenía tiempo. Todavía podría pasar algo. Ella podría encontrar una manera. La esperanza la sedujo.

Pero de repente no tuvo tiempo. Había estado durmiendo, con la niña envuelta en sus brazos y soñando con caminar con ella por la playa. Azure corrió hacia adelante con sus graciosos pasos de niña pequeña y cayó justo en el borde donde la arena seca se volvió húmeda. Al caer, se rió, sus redondos ojos azules contemplaron la brillante luz del sol que bailaba sobre el lomo de las olas, las marcas de arena mojada en sus rodillas regordetas. Volvió a mirar a Smokee con su mirada de adoración.

“Adiós”, saludó Azure, y Smokee se preguntó brevemente cómo había aprendido la palabra en este lugar donde la única gracia salvadora era que nunca nadie se despedía.

“Adiós”, Smokee le devolvió el saludo, sonriendo, llena de una calidez y una ligereza que lenta y cautelosamente se permitió identificar como felicidad. Saludaron, sonrieron y rieron durante mucho tiempo.

Y entonces una ola surgió del mar, arrastrando a Azure hacia adentro, succionándola con la marea.

Smokee se despertó con el corazón acelerado. Sus brazos rodearon con más fuerza a la cálida y dormida niña. Tuvo un dulce momento de alivio; fue sólo un sueño... despertaba de nuevo a un día que sería como cualquier otro día, horrible pero familiar.

La puerta de la celda se abrió de golpe. De repente, dos tipos rudos la sujetaban mientras otro agarraba a la niña y la empujaba hacia la puerta hacia los fríos brazos de una “madre”. Ella se fue, así de rápido, sin saludos, sin sonrisas, sin despedidas.

Azure había llorado y Smokee gritó “¡No!” Gritó como si pudiera arrancarse la garganta, como si las tripas le salieran de la boca, como si pudiera expulsar el último aliento y morir. Quería que la niña escuchara su protesta. Quería que Azure entendiera en algún lugar profundo debajo de la memoria que su madre se había resistido a esta ruptura con cada fibra de su ser.

Uno de los soldados le dio una bofetada en la cara. Contra su propia voluntad, jadeó y tomó aire.

“Cállate”, ladró el soldado. “Haz otro ruido, y arrancaré los brazos del cachorro uno por uno”.

Otro grito surgió en su interior y se lo tragó, por el bien de la niña, se tragó toda la rabia y la inmensa pérdida, y la empujó con fuerza hacia algún lugar muy profundo de su interior.

Y ahora era como si ese grito tragado todavía estuviera allí, todavía tratando de salir.

Quizás ahora era el momento de dejarlo salir, pensó. Grítalo a las olas y déjalo volar como un estandarte hecho jirones al viento, ¡un gran No! No a este mundo jodido y todo lo que hay en él. No a esta belleza que la lastimaba porque su hija nunca la vería, nunca arrastraría sus manitas en el agua, ni gritaría ¡Mira, mami! a un pez saltador.

Pero el grito permaneció atascado. Las olas estaban cambiando de color ahora, la luz dorada se hacía más profunda y proyectaba sombras de color púrpura. El cielo estaba veteado de naranja y fucsia cuando el sol se hundía en el horizonte.

Isis y Sara se acercaron detrás de ella y se quedaron juntas, con las manos entrelazadas, observando cómo se ponía el sol. La bola dorada se hundió en el azul, se convirtió en media bola, un arco llameante, una única estrella de luz. Y entonces, sin más, desapareció.

“Vamos a comer”, dijo Isis.

Smokee las siguió hasta la cabina bajo cubierta. Por muy heterogéneo que pareciera el Día de la Victoria arriba, estaba meticulosamente limpio abajo. Una pequeña estufa y un fregadero ocupaban un extremo de la cocina. Habían colocado una mesa con bisagras entre dos literas que hacían las veces de bancos. Estaba decorado con platos coloridos y bandejas repletas de comida: trozos de pollo, maíz dulce y un gran plato de ensalada. La cabina se llenó de tentadora fragancia y Smokee de repente se dio cuenta de que tenía hambre.

Pero comer era vivir, un compromiso que no estaba segura de querer hacer.

Después de que se llevaron a la niña, ella intentó morir. Un gran sojuh la había golpeado en el estómago y le había atado las manos a la espalda. Los billies la habían metido en una camioneta con su camisón, su vestido y su cepillo de dientes, y luego ella estuvo en un camión de carga lleno de otras niñas, escuchando a una madre darles un sermón sobre su nueva oportunidad de servir. Iban hacia el Norte, con el ejército de ocupación.

Sus pechos clamaban por su hija. Acurrucada en un rincón de la furgoneta, magullada a cada paso y golpeada contra la pared cuando hacía paradas repentinas, deseó morir. Pero la esperanza volvió y la engañó. La niña ya no estaba, pero tal vez, sólo tal vez, en este viaje habría una oportunidad. Alguna pequeña grieta, una ventana de escape. Una vez

libre, se convertiría en una furia y nunca descansaría hasta que le devolvieran a la niña.

Así que ella observó y esperó. En la camioneta, había encontrado un pequeño agujero, un pequeño punto donde el óxido había atravesado las paredes de metal. Podía girarse y pegar el ojo al agujero y observar el paisaje pasar, colinas verdes y marrones, cosas que alguna vez le habían resultado familiares y que ahora eran solo una parte de sus sueños.

Pero no había habido ninguna posibilidad de escapatoria. En medio de la noche, llegaron a su destino y, de repente, le apuntaron con una pistola en la cabeza, le pusieron grilletes en las muñecas y la encerraron en una nueva jaula.

En las Tierras del Sur, los corrales habían sido largos barracones bordeados por hileras de celdas sin ventanas, cada una con su pequeña pantalla de vídeo y su amplia cama, su diminuto nicho con retrete, lavabo y ducha. Las chicas del corral debían estar limpias y ducharse entre cada sesión. Las celdas eran mortalmente silenciosas, insonorizadas para que nadie pudiera escuchar a escondidas a los sojuhs mientras gruñían al liberarse, o escuchar los gritos de miedo o dolor de una mujer.

Pero en el Norte, los corrales que habían creado para servir al ejército de invasión eran mucho más primitivos. Un círculo de camas con mosquitero, improvisadas en un viejo edificio de hormigón en el que siempre hacía frío. Cada una tenía

una cama desnuda y un cubo para los desechos, detrás de una puerta cerrada. Las paredes de cartón prensado separaban visualmente aunque no podían ocultar los sonidos. Eso animó a los sojuhs a competir entre sí, alardeando de sus proezas y comparando la estridencia y la duración de los gritos de sus víctimas mientras perforaban y golpeaban la carne viva.

Gruñendo, jadeando y golpeando sin cesar, golpeando, llevando a sus entrañas la verdad de que ella no era nada, nadie, solo un trapo para limpiar los derrames.

Y por eso se había rebelado contra la esperanza. La esperanza era más potente que los puños o las drogas para mantenerla encadenada. Arrancaría su esperanza y tomaría el único camino de resistencia que le quedaba.

Ella dejó de comer. Trituró las patatas fritas y los dulces y los desmenuzó en un cubo de agua. Se debilitó, pero agradeció su debilidad.

Pero las mamás se dieron cuenta. Se dieron cuenta de todo. Cuando los billies vinieron por ella, se defendió, pateando y mordiendo con toda la furia que había en ella y toda su fuerza menguante. Cuando la golpearon, ella agradeció el dolor, ansiosa por morir. Pero ella no lo hizo. Los billies querían alimentarla a la fuerza, pero los peces gordos dijeron que no. En cambio, harían de ella un ejemplo. La enjaularían en el centro de la sala de recreación y la

dejarían morir de hambre lentamente, a la vista de las demás.

“Adelante, pide comida”, dijo la madre superior con una sonrisa tan fría como un Aviso Final.

Pero ella no suplicó. Yacía en el duro suelo de su jaula, imaginando su cuerpo acolchado por arena cálida, la marea subiendo y bajando, llenando fosos y desgastando las torretas. Y cuando el último de los muros desapareciera, por fin sería libre.

Cuando llegó el Día de la Liberación, no quedaba mucho de ella. Un montículo bajo en una playa suave que una última onda podría derribar. Vagamente, se había dado cuenta de gritos y golpes, de voces y alaridos y, a lo lejos, de disparos. Pero ella estaba muy, muy lejos debido a la marea baja, y eso no significaba nada para ella.

“No importa cuánto tiempo mires ese pollo, no dirá una palabra”, Isis rompió su ensueño. “También podrías sentarte y comértelo”.

“Tal vez no pueda comer comida de verdad”, sugirió Sara a Isis en voz baja. “La mayoría de ellos no pueden”.

“¡No soy ninguna raza!” dijo Smokee, poniéndose en movimiento. Ella se sentó. No una raza, sino una criadora, pensó con amargura.

“¿Carne blanca u oscura?” –Preguntó Sara. Smokee la miró fijamente, sin comprender. “¿Qué parte del pollo te gusta?”

No recordaba la última vez que había comido pollo. En los años previos a la Renuncia, habían comido principalmente frijoles, tratando de estar al tanto de la deuda. Había diferentes partes y ¿cuál era la diferencia? Ella no tenía idea. Se encogió de hombros y Sara puso un trozo de pechuga en el plato.

“¿Vino blanco o tinto?” –Preguntó Isis. Smokee se encogió de hombros. Ella nunca había probado ningún tipo de vino. Antes de la Renuncia, su madre dijo que era demasiado joven. Los borrachos lo bebían en los callejones, y ella era vagamente consciente de que los Primes lo bebían en sus fincas privadas, pero su familia se contentaba con agua y ahorrraba sus centavos para pagar la deuda. Les hizo mucho bien.

“Prueba esto.” Isis le sirvió una copa de rubí llena. Lo recogió y tomó un trago. Tenía un sabor extraño, un poco ácido y amargo. Había pensado que sería dulce, como ponche de frutas. De repente recordó el ponche de frutas: su madre lo hacía con polvo y decía que era bueno para ella. Era una delicia, a la vez dulce y agrio.

“Bébelo lentamente”, dijo Isis. “Mantenlo en tu boca. Saborealo.”

Smokee tomó un sorbo más pequeño y lo sostuvo. Todavía no le gustó mucho, pero mientras tragaba sintió que una calidez la invadía. Sus brazos todavía estaban apretados como si nunca hubieran soltado por completo a su hija perdida. Con un sorbo más, empezaron a relajarse.

Se encontró mirando a Isis, los brazos esculpidos, las largas piernas llenas de músculos. Isis observó su mirada y le dedicó una larga y lenta sonrisa.

“¿Una corredora?” –Preguntó Smokee.

Isis asintió con orgullo. “Top diez de las Valquirias del Valle, tres años seguidos. En camino de participar en los campeonatos regionales”.

“Entonces eres un raza”, dijo Smokee para bajarle el nivel. Que se joda, pensó, ¿por qué estar orgullosa de ser un juguete de los peces gordos? “¿Cómo saliste?”

“Limpia tu plato y tal vez te lo diga”.

Smokee obedeció, en parte porque tenía curiosidad y en parte porque tenía hambre. Y la comida sabía mejor de lo que quería admitir.

“Tenía un palo dulce”, continuó Isis. “Solía ir a navegar, solo el papá con su potra favorita, mientras la señora Trofeo iba a la iglesia. Entonces, un día triste, el Sr. Sweet y la chica se cayeron por la borda y ella se convirtió en pirata”.

¡Y resultó ser una buena bucanera! Sara levantó su copa a modo de brindis. “Yo también era un Trofeo, un raza de un orden diferente. Casada con un Prime. Lo tenía todo: la casa grande, la finca cerrada, el jardín acuático. Odié cada minuto de eso. Así que me fui corriendo con una sanadora loca y una hermosa pirata, ¡y aquí estoy!

Chocó su vaso con Isis, dedicándole una larga y prometedora sonrisa, y luego se volvió hacia Smokee. “¿Y tú? ¿Cuál es tu historia?”

“La misma historia de un millón de personas más”, Smokee se encogió de hombros. “La familia tenía deudas. No pudo pagarlas. Cuando aprobaron la Ley de Renuncia, no corrimos lo suficientemente rápido”.

Se hizo el silencio. Sara se levantó y recogió los platos. Isis sirvió lo último del vino. Smokee permaneció sentada, alimentando su ira.

Nunca había encontrado su oportunidad. Ella nunca había tejido su destino. Su único intento de hacerlo, su último acto de resistencia, había sido frustrado por la liberación, y aunque sabía que debía estar agradecida, en ese momento simplemente estaba loca.

Se había sentido bien. La liberación, al final, fue simplemente otra cosa que le hicieron.

Sara colocó pequeños cuencos llenos de frambuesas y cubiertos de nata. Smokee se quedó mirando las bayas rojas, la crema blanca y el rosa pálido de los cuencos de porcelana. Otra cosa buena que su hija nunca tendría. Pero se las comió, saboreando el sabor dulce y picante de las bayas, la crema suave y rica.

“Entonces, ¿qué vas a hacer contigo misma?” –le preguntó Sara a Smokee.

Smokee se encogió de hombros.

“Aquí arriba es un mundo diferente”, dijo Sara. “Podrías obtener una educación. Convertirte en ingeniera, o no sé. Una poeta. Una escultora. Lo que quieras.”

“No quiero nada”, dijo Smokee.

“Date tiempo”, dijo Sara. “Algo harás”

“O podrías contraatacar”, dijo Isis.

Smokee la miró. Isis lamía su cuchara y sonreía como un gato con un secreto. “¿Cómo?”

“Eres una luchadora, marinera. Vi eso en la cantina. No han matado tu espíritu”.

“No es que puedas andar apuñalando a ex soldados en la mesa del almuerzo”, dijo Sara, poniendo otra porción de

bayas en el plato de Smokee. “Aunque se lo merezcan con creces”.

Isis se encogió de hombros. “Un chipster¹² más o menos, no es ninguna pérdida para el mundo, y su mamá ya lo lloraba. Pero hay un trabajo mejor para una chica como tú. Hay un pequeño momento aquí, un respiro. Los Stewards corren a casa con la cola entre las piernas. Pero no durará. Tarde o temprano, tenemos que bajar allí y terminar el trabajo, o los tiburones volverán aquí y acabarán con nosotros”.

“Vamos a necesitar combatientes”, dijo Sara.

“Y no sólo penes y chorros y de gelatina”, dijo Isis. “Las mujeres son más inteligentes”.

“Y más malas”, añadió Sara.

“No sé nada sobre pelear”, dijo Smokee.

“Ella te entrenará”, dijo Sara, mirando a Isis. “Ella nos entrenará a todos”.

Isis ya no se centraba en ellos. Tenía la cabeza erguida y la oreja inclinada hacia la portilla abierta. Ella les hizo señas para que se callaran.

12 Comedor de papas fritas.

Al principio, Smokee no oyó nada más que el batir de las olas. Entonces se dio cuenta de una vibración baja, como el zumbido de un motor lejano.

“¿Escucháis eso?” –Preguntó Isis. Sara asintió.

Isis abrió la puerta y subió a cubierta. Sara y Smokee la siguieron.

El último resplandor del crepúsculo de verano permanecía en el horizonte. Las estrellas brillantes arrojaban luz desde arriba, lo suficiente como para distinguir algo achaparrado y desgarrado que se acercaba hacia ellas. El zumbido se hizo más fuerte.

“¿Qué Jesús es eso?” –Preguntó Sara.

“Es grande”, dijo Isis. “Y viene del sur. Vamos a echar un vistazo”.

“¿Cómo? Esta noche no hay mucho viento para navegar.

“Hay mucho jugo en las baterías”.

Smokee observó cómo Isis y Sara silenciosamente armaban una vela ligera para atrapar el ligero soplo del viento. Isis encendió el fueraborda eléctrico y tomó el timón. El barco empezó a deslizarse hacia el sonido.

La silueta oscura creció y se resolvió en formas geométricas, largas, bajas, cuadradas, grandes como un campo de fútbol. Era difícil ver los detalles en la penumbra, pero tenía la proa de un buque de guerra improvisada con el campo plano de un viejo portaaviones. En su parte trasera había una enorme variedad de algún tipo de equipo, un disco parabólico, como una antena de radar, y una torre de metal.

“Han vuelto”, dijo Sara. “Creo que por la mañana, si no antes, nos daremos cuenta de que volvemos a estar en silencio de radio”.

Smokee escuchó un silbido agudo, apenas audible, y de repente Isis se subió al timón y aceleró el motor. El barco se deslizó hacia adelante en una trayectoria diagonal alejándose del buque de guerra, justo cuando el mar explotó detrás de ellos.

“¡Agarraros!”, gritó Isis cuando la estela de la explosión arrojó el pequeño bote hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados. Debajo de la cubierta, la porcelana se estrelló y los cristales tintinearón. Smokee se agarró a la barandilla y se aferró con fuerza mientras la cubierta se sacudía bajo sus pies. Una ola la invadió y la empapó hasta la cintura. Luego, el barco se sacudió hacia estribor y tomó un rumbo en zigzag alejándose del buque de guerra.

“¿Es esa una forma amigable de saludar?” Isis negó con la cabeza.

“¿Cómo nos vieron?” –Preguntó Smokee.

“Deben tener un buen radar. Me pregunto cuál es el alcance de sus armas.

“Estamos a punto de descubrirlo”, dijo Sara, mientras otro proyectil silbaba sobre sus cabezas. Isis se ladeó bruscamente y no los alcanzó por cien metros, pero esta vez la estela de la explosión los lanzó bruscamente por los aires.

“¡Agacharse!” gritó Sara cuando se produjo el boom. Smokee cayó al suelo y se balanceó sobre su cabeza, pero luego la cubierta pareció hundirse debajo de ella. Ella estaba cayendo, pero luego se levantó de nuevo, golpeándose. Por un momento, no pudo respirar. Otra ola la invadió, dejándola empapada y temblando. Se sintió invadida por un terror agudo y primario mientras luchaba por respirar. Sus manos arañaron las tablas mojadas de la cubierta y se agarraron a un poste. Se aferró mientras la cubierta de popa se hundía en el seno de una ola solo para ser atrapada por el estallido de otra explosión a su derecha. Se estaban hundiendo. Ella se estaba ahogando. Y estaba ardiendo de rabia porque sabía, ahora, cuánto quería vivir.

Es irónico lo duro que había trabajado para morir. Pero ella quería navegar y luchar y buscar a su hija, rescatarla si

todavía estaba viva o vengarla si estaba muerta. Y sí, ella también quería más para ella, más días como hoy en el mar tranquilo. Un maldito día de felicidad no era suficiente para toda la vida.

“¡Vete a la mierda!” Gritó al viento y se dio cuenta de que el barco se había enderezado y había levantado la proa hacia el aire dulce. Ella lo tragó con entusiasmo. ¡Qué bien se sentía en sus pulmones! Lo aspiró profundamente y luego se echó a reír mientras el barco avanzaba. Otro proyectil retumbó detrás de ellos, pero ahora estaban fuera del alcance del peligro, la estela era suave como una canción de cuna en comparación con lo que había sucedido antes.

“¿Estás bien?”, le preguntó Isis a Smokee.

Estaba encima de ella, el agua pegando su ropa a su forma esculpida, con Sara a su lado, el cabello rubio goteando y su camisa mojada pegada a ella.

“Sabes, en el pasado, siempre fantaseaba con tener aventuras”, dijo Sara. “Pero nadie me advirtió que tendría frío y estaría mojada”.

Smokee se puso de pie. “¡Hagámoslo de nuevo!”

“¡Ese es el espíritu guerrero!” Sara le devolvió la sonrisa y le entregó un chaleco salvavidas. “Recuérdame que la próxima vez que vayamos a perseguir buques de guerra, me lo ponga primero. ¿Sabes nadar?”

Smokee negó con la cabeza.

“Nosotros te enseñaremos”, dijo Sara.

“Enséñadme a luchar”.

Capítulo cuatro

Bird estaba sentado al piano en su propio dormitorio. A su alrededor estaban los recuerdos de su niñez: guitarras, cuadros en la pared, un viejo guante de receptor y una pelota de baloncesto guardada en un rincón. La habitación era pequeña y el media cola ocupaba la mayor parte. No había lugar para una cama. Compartía la habitación de Madrone; en su habitación, tiraba un saco de dormir al suelo si necesitaba privacidad.

Probó una balanza. Le dolía la mano vendada. Todos sus dedos estaban rígidos por viejas roturas, reliquias de su última gira por las Tierras del Sur. Pero había hecho que Holybear y Madrone dejaran sus dedos libres para poder tocar. Su mano sanaría con más flexibilidad si la ejercitaba, aunque nunca tendría la habilidad y flexibilidad que el joven

Bird había dado por sentado. Pero se obligó a practicar a diario, incluso aunque le doliese.

A pesar de cualquier otra cosa que hiciera o no hiciera, podría hacer sus escalas. Fue un acto continuo de resistencia, una negativa a permitir que le quitaran más de quién era él.

De vez en cuando, mientras recorría el teclado de un lado a otro, aburriéndose con los ejercicios más sencillos con los dedos, oía algo, algún eco o rastro de la Gran Música. Cuando lo hacía, tomaba la tablet que había sobre la parte superior del piano y cantaba en ella, y ésta grababa su voz y anotaba la melodía. Entonces podía programar guitarra o ritmo o teclados. Los instrumentos sintetizados no mantenían el tono, esas ligeras variaciones que daban a una actuación en vivo su calidad vibrante, pero permitían que la música que llevaba dentro saliera a la luz.

Cantó, introdujo un acompañamiento rítmico y escuchó. Nada mal. Podría agregar una orquestación y eso lo enriquecería.

Escuchó un golpe en la puerta. Madrone entró sin esperar respuesta y se sentó en el banco a su lado.

“¿Por qué llamar si vas a entrar de todos modos?” dijo, sin detener su práctica.

¿Por qué la estoy alejando?, se preguntó él. Cuando lo que realmente quiero hacer es simplemente rodearla con mis brazos y enterrar mi cabeza en sus pechos y no volver a moverme nunca más.

“¿Cuál es el punto de llamar si ni siquiera vas a dejar de tocar y mirarme?”, replicó ella.

“Lo haré en un minuto, tan pronto como termine esto”.

Porque si cedo a ese deseo, nunca tendré la fuerza de voluntad para alejarme de esa dulce distracción a este tedio frustrante, este recordatorio continuo de lo que no soy.

Ella se apoyó contra él. ¡*Diosa*, estaba tan cansada! Ella aspiró su aroma, absorbiendo algo de energía vital de su presencia. Estaba tan ensimismado, tan concentrado en sus ejercicios, que por un momento se sintió como si volviera a tener ocho años intentando que saliera a jugar, dando patadas de aburrimiento mientras él practicaba sin cesar. Ella presionó con un dedo experimentalmente una tecla.

“¡No, no lo hagas!”, dijo él. Era su juego. Finjamos que no nos necesitamos uno a otro tan desesperadamente, que no escuchamos la puerta y mantenemos los oídos siempre atentos a alguna nueva catástrofe. Finjamos que tenemos tanto tiempo que desperdiciar que podemos darnos el lujo de desperdiciarlo.

Apartó la mano, pero unos minutos más tarde volvió a golpear una tecla.

“¡Estás presionando!”, advirtió él.

“Vaya, te pareces al Gran Oso Gruñón”. Madrone empezó a tocar las teclas con la única melodía que conocía.

“¡Ahora estás viviendo peligrosamente!”

“Es un piano grande. ¡Aprende a compartir!”

“Este piano no es lo suficientemente grande para los dos”.

“¡Mierda!”

“Si quieres aprender a tocar, te daré lecciones”. Se acercó más a ella y deslizó sus brazos alrededor de ella.

“Lo hiciste cuando yo tenía ocho años. Esto es lo que aprendí”. Ella aceleró el ritmo y golpeó las teclas con entusiasmo, riéndose mientras él intentaba agarrarle las manos.

“Nunca practicaste”. Ahora la tenía, colocó sus dedos sobre los de ella, su mano vendada contra su delicada mano, su cuerpo cálido contra el suyo, el aroma de su cabello envolviéndolo.

“¿Cómo podría practicar si siempre ibas tan por delante de mí?”

“Ahora he vuelto a tu nivel. Podríamos empezar de nuevo”.

“Se me ocurre algo más que podríamos empezar”. Realmente no importaba lo que dijeran. Eran como pájaros cantores emparejados, espiando de un lado a otro para confirmar la presencia del otro. Ella estaba feliz simplemente sentada a su lado, sintiendo el consuelo de su cercanía. Había pasado horas allí cuando era pequeña, inquieta pero sin querer separarse de su lado. Algo en él, incluso entonces, la hacía sentir segura cuando tanto necesitaba una sensación de seguridad. Cuando la Ciudad y la casa y Maya y su abuela Johanna, y su abuelo Rio, eran todos extraños para ella, y había sentido nostalgia por su madre, que estaba muerta.

Ella había tratado de esconderse bajo ese mismo piano cuando era niña el día del Levantamiento, cuando los soldados de la entonces recién formada Stewardship entraron. Bird la había convencido de que saliera y le había dado su escudo favorito.

“Esto te protegerá”, dijo, y en todo momento estaba recogiendo su guante de receptor y su patineta y saliendo a la acción. Y en cierto sentido, la acción nunca había terminado, ni para él ni para ella. Más de dos décadas después, estaba agotada después de pasar un día limpiando las heridas de su último turno.

“¿Qué estás pensando?” ella se volvió hacia él y le acarició la oreja.

“Estoy pensando en la disciplina. La fuerza de voluntad. Y qué influencia tan destructiva eres”.

“Estoy siendo muy comedida”, dijo. “¿Y si hiciera... esto?” Ella sacó sus manos de debajo de las de él y pasó los dedos por su espalda, acariciando su nuca. Ella lo sintió temblar bajo su toque.

Resueltamente, él volvió a sus escalas.

“O esto...” Ella tocó una escala en su muslo, luego continuó subiendo hasta sentir una dura hinchazón en sus jeans.

Dejó de tocar.

“No me dejes que interrumpa tu práctica”. Ella presionó su mano contra él. Estaba cálido, duro y lleno bajo su tacto.

“Un luchador tiene necesidades”, respiró.

“¿Eres un luchador?”

“Podría ser un amante”.

“¿Lo intentamos?”

Hay muchas maneras en que hacer el amor restaura el alma, pensó Madrone mientras lo llevaba a su dormitorio. No sólo la pasión animal, sino las elecciones. Vestidos o desnudos. Suave o áspero. Encendió una vela, luego le quitó la camisa y pasó la mano por los duros músculos de su pecho y vientre. Estaba tan lleno de melladuras y cicatrices como un viejo gato maltratado, pero bajo su tacto su piel se sentía nueva, eléctrica, inocente.

Él le desabrochó la bata de sanadora, la dobló con el cuidado con el que un soldado doblaría una bandera al final del día y la colocó sobre una silla. Se desabrochó sus propios jeans y los dejó caer al suelo, parándose frente a ella orgulloso y listo. Ella se levantó la túnica por encima de la cabeza y se bajó las medias. Durante un largo momento, se miraron el uno al otro bajo la luz parpadeante.

Todavía somos jóvenes, pensó. Con todo lo que nos ha pasado, todo lo que hemos hecho. Todavía tenemos mucha vida en nosotros.

Sus labios encontraron los de ella. Su lengua trazó un rastro de caracol por su garganta, alrededor de sus pechos, sobre el ligero montículo de su vientre, entrando y saliendo de su ombligo, dejando un rastro de fuego. En lo profundo de ella, un carbón ardiente quemaba y cuando él la puso encima de él, mientras la sondeaba con la lengua, los labios

y el aliento caliente, ella ardía de necesidad y deseo. Y luego ella estaba cabalgándolo, más allá del pensamiento, hundiéndose más y más profundamente como para atraer su calor hacia sus mismas células. Era la vida misma, pulsando a través de ella, la llama lamiendo la llama hasta que dos fuegos se convirtieron en uno.

El calor la invadió, genes y células ardiendo con un deseo primordial: encender una nueva vida. Un bebé, pensó. Quiero uno. Uno de los nuestros. Nuestro propio bebé.

Ella gritó de alegría, y los gritos de él se unieron a los de ella en un gran y estremecedor estallido. Luego ella yació en sus brazos, disfrutando de esa sensación de comodidad y paz.

Todos esos cientos de bebés que he dado a luz, pensó. Ahora mi cuerpo anhela uno propio. Ella escaneó su propio útero, usando sus sentidos de sanadora. ¿Ya había concebido? No, era el momento equivocado de su ciclo lunar. Pero si hubieran sido sólo unos días después...

Tendrían que hablar, se dio cuenta. Pero no ahora. Ahora se había sumido en un sueño tranquilo, un sueño que tanto necesitaba y que le resultaba tan difícil de conseguir. Su cansancio volvió a ella. Ella se acurrucó en sus brazos y se dejó llevar.

Bird y Madrone estaban a orillas de un lago azul, acunados entre los brazos verdes de las altas montañas. Estaban de pie, desnudos a la luz del sol, con las manos en alto y las palmas tocándose. Y sus manos volvieron a estar enteras, intactas, llenas de fuerza.

Así que eso fue todo lo que hizo falta, pensó, para la curación. Se sonrieron el uno al otro. Estaba lleno de paz.

Pero entonces sus manos estaban sobre una mesa en una fría habitación de cemento, y un guardia sin rostro se paró encima de ella con un martillo.

“¿Qué va a ser, baba, tú o ella?”

“¡Su!” Gritó y el martillo cayó. Escuchó los huesos crujir, la escuchó gritar mientras sus manos curativas se convertían en gelatina y su propia voz seguía gritando: “¡Ella! ¡Su! ¡Yo no, yo no!”

Él se sentó muy erguido en la cama, con el sudor frío en su espalda desnuda, y ella lo acariciaba y lo tranquilizaba.

“Está bien. Está bien, Pájaro. Es solo un sueño.”

Pero su toque le dolía. Se sintió tan culpable como si realmente la hubiera traicionado. Seguramente había traicionado a alguien, a algo, para ganarse ese profundo remordimiento.

Pero nunca lo hice, se recordó. Cada vez que nos tenían en esa habitación –no a Madrone sino a Rosa, pobre niña desafortunada–, cada vez que me enfrentaban a esa elección, yo decía “yo”. Puedo aferrarme a eso. Y si me enfrento a eso nuevamente, en la cambiante suerte de estas guerras, puedo recordar que hay una pequeña parte de mí que nunca se rompió.

Pero su sentimiento de culpa persistió.

Soy una sanadora, pensó Madrone. Acompaño a mis pacientes hasta lo peor de su dolor, incluso hasta el borde de los pilares oscuros, el umbral final. Es mi trabajo estar a su lado, para que cuando les suceda lo peor no estén solos.

Sin embargo, no podía acompañar a Bird a los lugares a los que él había ido. Las puertas estaban cerradas con combinaciones secretas que ella no podía adivinar.

¿Los abriría alguna vez? Las pesadillas eran cada vez más frecuentes. La guerra aún no había terminado. Sospechaba que él estaba tratando de reunir el coraje para regresar, a las Tierras del Sur otra vez. Que si alguna vez pudiera realmente regresar a casa, lo haría sólo arrastrando detrás de él a las Tierras del Sur liberadas.

La idea la aterrorizó, porque sabía que si él iba, querría acompañarlo en ese peligroso viaje.

¿Y qué hay de tener un bebé? pensó. No podría bajar allí si estuviera embarazada, no podría arriesgarme a tener un hijo que podría sufrir un destino inimaginable. Sin embargo, si él se iba, yo no podía quedarme atrás, a salvo en el jardín con su hijo.

Ahora no es el momento de tener un bebé, admitió de mala gana. Incluso hablar de ello sería imponerle otra carga insoportable. Ya tenía suficiente culpa.

Sin embargo, no hablar de ello, guardarse el deseo de cantar para sí misma, creó una puerta cerrada más, una cámara oculta más. Algo más que ocultar.

Pero eso es parte de mi carga, pensó. Los sanadores por naturaleza son guardianes de secretos.

“¿Quieres hablar sobre el sueño?” preguntó suavemente. “Eso puede ayudar.”

Sacudió la cabeza.

“No puedes hacer esto”, le dijo con amargura. “No puedes curar todo el día y follar toda la noche y luego despertarte antes del amanecer con mis malditas pesadillas”.

“Soy una sanadora”, dijo, sus dedos trazando un tierno círculo sobre su tercer ojo. “Puedo hacer lo que sea necesario para mejorarlo”.

“Algunas cosas no mejoran”, dijo. “Algunas heridas no sanan”.

Capítulo cinco

El general Demarcus John Wendell tenía un dolor de cabeza punzante. Había permanecido bajo la abrasadora luz del sol durante más de una hora mientras los Primes pronunciaban discursos y los predicadores retribucionistas cantaban y la ceremonia que marcaba su ascenso a general se prolongaba. Se consideraba un hombre profundamente religioso, pero ¿en qué parte de la Biblia o del Libro de la Retribución estaba escrito, se preguntaba, que hay que pontificar con tanta extensión cuando el calor es sofocante? Él, por supuesto, tenía que permanecer firme, con cara de piedra e imperturbable, sin importar que acababa de salir del hospital y estaba recuperándose de la lesión que todavía le hacía palpar la cabeza.

Supuso que debería estar agradecido y bendecir el dolor. Si no hubiera quedado inconsciente en la batalla final en esa

ciudad impía, sin duda habría sentido que era su deber permanecer junto al tonto general Alexander, hasta el amargo final. Y que ahora estaría en una tumba del norte, o peor aún, en una celda de prisión plagada de demonios.

En cambio, se había despertado hacía tres semanas de un coma de cinco días en el hospital militar de la guarnición de Slotown donde lo habían llevado los restos de su ejército mientras huían. Si hubiera estado en condiciones de dar órdenes, habría exigido que se quedaran y lucharan hasta el último sojuh esquivo y torpe. La inconsciencia había comprado su derrota, pero también su vida.

Suspiró y se sentó con cautela en el arcón de la esperanza a los pies de la cama tamaño rey que compartía con su esposa, Pammela. Lentamente, se inclinó hacia su zapato, pero el movimiento le provocó un ataque de vértigo, como si alguien le estuviera clavando un clavo en la frente. Él gimió suavemente.

Había sido difícil permanecer allí en silencio, escuchando al primer ministro Mather Culbertson decir mentiras. “¡Una gran victoria!” había proclamado. ¡Ojalá eso fuera cierto! Una derrota completa y absoluta habría sido más preciso.

No importa. Wendell se benefició de la mentira. Tuvieron que ascenderlo, en parte para ayudar a mantener la ilusión de que la guerra en el Norte había sido algo más que un fracaso absoluto. Además, no quedaba nadie más que

tuviera la experiencia y los conocimientos necesarios para ocupar el lugar vacío de Alexander. El ascenso fue más de lo que podría haber esperado en cualquier otra circunstancia, ya que él y su familia se aferraban a las creencias de la Antigua Iglesia en lugar de subirse al carro retribucionista, o debería decir, al carro. Apreciaba que Alexander siempre hubiera protegido a la iglesia de Wendell, de Los Primeros Fieles, del impulso de los Retros de reunir a todos los rebaños de todas las denominaciones antiguas. Ahora él estaría en condiciones de hacer lo mismo.

Y habría beneficios secundarios. Podrían ampliar la casa, como quería Pammela. Paige y Palin podrían tener cada una su propia habitación y podrían conseguirle un coche a Landry.

Pammela era una buena esposa, modesta y desinteresada. Si se hubieran vuelto retros, podría haber agregado algunas concubinas o un establo de baratijas de las que oficialmente no tenían almas inmortales, si así lo hubiera querido. Con este ascenso, si hubiera querido, podría haberla apartado y conseguir un Trofeo.

Pero él no aprobaba eso. En su opinión, una esposa era una esposa, como sostenía la doctrina de la Antigua Iglesia, y desconfiaba de las dispensas que los predicadores retribucionistas estaban ansiosos por otorgar a los Primes y comandantes poderosos. Pammela no era la más joven de la zona, ni tampoco era una gran belleza, no a su edad, aunque

era bastante bonita cuando se casaron. Rizos rubios que ahora sospechaba que se teñirían de gris si ella no los coloreaba. Senos generosos que luego se volvieron flácidos con el parto. Pero ella le había dado seis hijos, cuatro de ellos varones, y era sosegada y tranquila y lo cuidaba.

No, era su deber quedarse con ella y conservarla.

Como si le hubiera oído pensar, apareció, se arrodilló con gracia a sus pies y le desató los zapatos. Ella se los quitó y le quitó los calcetines. Él la favoreció con un pequeño movimiento de cabeza, indicando que estaba abierto a la conversación. Ésa era una de las cosas que apreciaba de ella. No irrumpía en una habitación agrediendo a un hombre con cada pensamiento a medias en su mente, sino que esperaba para sentir si él estaba de humor para hablar o no.

“¿Cómo está el dolor de cabeza, querido?” preguntó en voz baja. A veces le irritaba que ella hablara tan bajo que tenía que esforzarse para oírla. Pero ahora era un alivio para su cráneo palpitante.

“‘Yo soy el yunque, Dios empuña el martillo’”, citó. Era del *Libro de la Retribución*, no de la antigua Biblia cristiana, pero hablaba de su condición.

Ella lo miró con preocupación. “Deberías descansar”, dijo. “Te traeré un buen vaso de agua fría y tus analgésicos”.

La cama a su espalda era tentadora como el pecado, pero sabía que tenía que resistir un poco más. Empezó a negar con la cabeza y luego hizo una mueca.

“¿Está Livingston aquí?”

“Está en el estudio. Pero podría volver más tarde”.

“Mejor ahora. Sólo ayúdame a quitarme este traje de circo y podrás traernos bebidas”.

“Ya sabes lo que dijo el médico acerca de beber con la lesión en la cabeza...”

“No regañes. ¡No soy un imbécil! Agua helada para mí, whisky para él. ¡Ahora sácame de esta camisa de fuerza tan adornada!

Wendell había dado rienda suelta a Pammela en la decoración de su estudio, y ella había apostado con todas sus fuerzas por la atmósfera de paneles de madera y cuero viejo de un club masculino inglés. Las paredes oscuras atenuaban la luz estridente de la tarde de verano en las Tierras del Sur, y Wendell estaba agradecido por eso y por la comodidad del sillón de orejas que lo envolvía. Su esposa, obediente, les trajo una bandeja con una jarra de agua helada y una selección de bebidas más fuertes para su acompañante, junto con cuñas de queso y galletas saladas y

una almohada fría que ella moldeó suavemente para sostener su cabeza. Debería regalarle algo, pensó, para celebrar su nuevo estatus. Tal vez una bonita pieza de joyería o ese espejo antiguo en el que había puesto su corazón.

Y luego, como debe hacer una buena esposa, se fue.

El teniente naval Adam Livingston estaba de pie junto a la chimenea, mirando los jarrones griegos que se alineaban sobre la repisa. Eran el orgullo de la colección de Wendell, o al menos, eran los que consideraba seguros para su exhibición pública, sin mostrar desnudez abierta ni actos sexuales pervertidos. Aquellos, que podrían ser heréticos pero que todavía consideraba muy hermosos, estaban guardados a salvo en su santuario interior. Había rescatado a muchos de ellos de museos durante las purgas retribucionistas.

Estos jarrones desfilaban sobre la repisa de la chimenea en formación militar, acordes con las escenas de batallas y victorias de épocas pasadas que adornaban sus costados.

“Veo que es algo así como un ‘connaisseur’, general”, dijo Livingston, volviéndose hacia él. Rubio y de rostro juvenil, se alzaba por encima de Wendell. “Felicitaciones por su ascenso, por cierto”.

“En un mundo más amable y gentil, habría sido un buen arqueólogo”, dijo Wendell. “Siéntate.”

Livingston dobló con gracia su desgarrado cuerpo en un sillón y observó a Wendell a través de unos ojos fríos y grises que parecían divertidos ante algún secreto que sólo ellos conocían. Wendell señaló la bandeja de bebidas. “Sírvase usted mismo.”

“Gracias Señor.” Livingston sirvió una pinta de whisky en un vaso que ya tenía hielo. Lo levantó.

“¡Por el nuevo comandante de nuestro ejército. A su salud!”

Wendell levantó su vaso y Livingston se inclinó hacia delante y chocó el suyo contra él.

“¡Y por nuestra gran victoria en el Norte!” añadió Livingston con un giro irónico en su sonrisa. Wendell no estaba del todo seguro de que le agradara, pero había revisado los archivos y Livingston era el más brillante de los jóvenes en ascenso de la marina, el mejor de su clase en todas las pruebas de potencial o desempeño.

“No perdamos el tiempo”, dijo Wendell. “He leído tus archivos y sé que no eres idiota. ¿Supongo que sabes cuál es la verdadera situación en el Norte?”

Livingston asintió y su sonrisa se hizo más profunda cuando levantó su copa.

“Aunque lamentablemente estaba incapacitado”, prosiguió Wendell, “los oficiales posteriores a cargo de la marina decidieron enviar un nuevo buque de guerra allí. ¡Debieron haber estado ausentes el día que el Buen Dios repartió los cerebros!

“No citaré sobre eso, señor”, dijo Livingston.

“No me citarás en nada”, le aseguró Wendell. “Pero créeme, ellos conocen mi opinión. ¡Idiotas! Sólo tenemos tres destructores en la flota, tenemos corsarios del Giro untándose las mandíbulas para atacar nuestros barcos, nos acaban de patear el trasero seriamente y envían un tercio de nuestra flota a aguas hostiles, ¿para qué? ¿Qué diablos esperan que haga?

“Creo que el objetivo estratégico es mantener al Norte bajo silencio de radio, señor”.

—¡Depósitos de toros! ¿Para qué? ¿Para cinco minutos? ¿Ahora que han tenido un par de semanas para hacer contactos y establecer bandas y códigos de onda corta? ¿Qué harías si fueras el Norte?

—¿Yo, señor? —Sonrió y se encogió de hombros—. O lo capturaría y lo usaría yo mismo, o lo haría volar por los aires.

“Exactamente. Y eso es exactamente lo que no podemos permitirnos en este momento”. Wendell tomó un sorbo de agua. El frío helado empeoró su dolor de cabeza. Querido Jesús, ¡debiste haberme mantenido en ese coma por más tiempo!

“No te mentiré, Livingston. Eres un hombre inteligente. Debes saber que nuestras defensas están al límite. No bromeo cuando digo que si el Norte decidiera atacarnos ahora, estaríamos en malas condiciones para luchar contra ellos”.

Livingston asintió. “Entonces, ¿qué puedo hacer por usted, señor?”

“Necesitamos saber cuáles son sus planes. Necesitamos un espía en sus filas”.

Livingston dejó su bebida, se levantó y se volvió hacia la repisa de la chimenea. Cogió una de las tazas y examinó el trazado en forma de figura roja del combate entre dos héroes con los escudos y las espadas en alto.

“Estoy buscando al hombre adecuado para enviarlo al norte, para unirse a la tripulación del buque de guerra y luego encontrar una manera de desertar”.

“Suenas como una tarea peligrosa”, observó Livingston.

“La verdad es que no. Los pichones adoran a los desertores. Los acogen, les abren su corazón de gusano y los abrazan con fuerza. El mayor peligro serían los piojos, en mi opinión, o la asfixia. Pero un hombre inteligente sería capaz de informar de todos sus planes. ¿Lo serías tú?

Livingston dejó la taza.

“Los griegos eran héroes”, observó. “Imagínese la sangre, el hedor y el desorden: batallas con espadas y carros de bronce”.

“Eres mi mejor opción para esta misión. Pero no te ordenaré que lo hagas. Es el tipo de cosas que un hombre sólo puede hacer por su propia voluntad”.

“Le daré mi más profunda consideración, señor”. Livingston se volvió y dedicó a Wendell una sincera sonrisa.

Wendell asintió. “Como dije, he leído tu expediente. Tu padre dirige una fábrica de patatas fritas. Tu madre tiene aspiraciones sociales. Tú y tus hermanos sois todos hombres de la marina, pero nunca llegaréis al mando superior a pesar de que sois diez veces más inteligentes que esa tripulación de idiotas. No, eres de la clase equivocada. Nunca llegas más

alto que XO ante un capitán tonto¹³. Pero eso podría cambiar. La guerra brinda oportunidades para un militar”.

Livingston dedicó otra larga y lenta sonrisa y levantó su copa hacia el general.

“Entiendo. Señor, sería un honor”.

El general levantó su copa. “¡Aquí está el honor!”

“¡Por la victoria!”

13 El Oficial Ejecutivo del Destacamento (XO) es el segundo al mando y dirige a los Oficiales del Estado Mayor.

Capítulo Seis

Despertar y soñar... soñar y despertar. La frontera entre ellos se volvió borrosa para Maya estos días. Pero ella estaba despierta, acostada en una cama cálida con débiles rayos de sol intentando abrirse paso a través del manto de niebla estival. O tal vez estaba soñando.

Estaba tendida en un borde. Al borde del mar, con las pequeñas olas de la marea entrante. Desnuda, nada entre su piel y el viento, el sol y la arena. Oh, era joven, la carne aún rebosante de jugo, suave como una nectarina. Río estaba con ella, joven, fuerte e intacto, con los músculos hinchados en sus brazos dorados y aquella fina piel amarilla cubriéndole la espalda como la pelusa de un polluelo.

Estaban haciendo el amor a la orilla del agua, con el sol en las nalgas de él, sus manos explorando sus estanques y

afloramientos secretos. El deseo surgió en ella, hinchándose como la marea arrastrada por la luna, y ella rodó sobre él y lo montó como los caballos salvajes del mar hasta que la gran ola alcanzó su punto máximo y se estrelló.

Debe estar teniendo un dulce sueño, pensó Bird, con esa expresión de felicidad en su rostro. No tuvo el valor de despertarla. Se llevó la bandeja de sopa y un sándwich de queso a la cocina, con sus preocupaciones. Madrone estaba en el centro de curación, como siempre. Hoy era el día de River para estar de paseo por la Ciudad. Y él estaba aquí, limpiando lo mejor que podía con su mano herida. Cuidando a una anciana a quien amaba. Y, sin embargo, sentía ese amor como una atadura. ¡Su vínculo más profundo, su limitación!

¡Un buque de guerra! Isis y Sara habían informado de un buque de guerra más allá del Golden Gate. Había comenzado.

Como si no hubieran aprendido nada de la última invasión, la Ciudad continuaba con su camino lento y deliberado. Cuidando flores, plantando semillas como si nada pudiera arrancarlas. Debatiendo y reflexionando en todos sus intrincados niveles de consejos, gremios y grupos de trabajo.

Los técnicos se rieron del manto de silencio que el buque de guerra transmitía sobre la bahía. Les divertía. Hicieron agujeros en él, indetectables para los instrumentos de los sureños. Cuando les apeteciera, afirmaban, podían bloquear el sistema por completo.

Déjarlo ahí, fue el sentimiento general. Que creyeran que nos tienen bajo vigilancia. Es más fácil lidiar con el buque de guerra que vemos que con cualquier otra cosa que pudieran enviar si lo hacemos retroceder. Que crean que nos tienen bajo su control.

Pero Bird no estaba tan seguro. El buque de guerra que podían ver podría ser simplemente una tapadera para espías o ataques peores que no podían ver.

Llevó su inquietud y sus preocupaciones al jardín. Bien cubiertos con mantillo y bien cuidados, los arriates ofrecían pocas oportunidades para perderse en el trabajo físico. Arrancó las pocas malas hierbas que vio como si fueran los elementos atípicos de una fuerza de asalto, tomó una horca y atacó la pila de abono.

El jardín ocupaba todo el centro del bloque de antiguos edificios victorianos. Hace mucho tiempo, Maya y sus vecinos habían combinado patios traseros, derribado cercas, cavado estanques y construido arriates, gallineros e islas para patos. Era un espacio hermoso y fragante, lleno de flores, calabazas y tomates maduros, ricos en verduras. La

luz del final de la tarde hacía brillar las cannas carmesí y convertía las hojas de acelgas en vidrieras veteadas de rojo.

Se dio cuenta de una sombra que se alejó rápidamente. Se giró y dejó la horca.

Rosa, que vivía con las Hermanas en el convento de al lado. Rosa, a quien tanto había intentado proteger de las torturas de los Stewards. Rosa, a quien tanto le había fallado.

“Ey”. Él le dedicó una sonrisa insegura. Ella se dio la vuelta.

¿Por qué no estaba ella con su grupo de aprendizaje? ¿Todavía se estaba recuperando de su encarcelamiento?

“¿Quieres unos tomates?”

Ella huyó, subió las escaleras y cerró la puerta.

Eso duele. Pero él no la culpó.

Se quedó mirando las plantas de tomate, inclinadas bajo el peso de los frutos escarlatas. Pero ya no los vio. Vio el linóleo viejo y rayado en el suelo de la celda donde lo habían retenido los Stewards, esas últimas semanas de la invasión después de su captura. Después de haber sido torturado, presionado más allá de su capacidad de resistir, después de haber cedido, retractado y cedido de nuevo.

Su celda había sido improvisada a partir de un antiguo edificio de oficinas. Entre episodios de tortura, se había tendido en el frío suelo cubierto de maltratados cuadrados de linóleo. Al principio los había contado, de izquierda a derecha, de arriba a abajo, sólo para mantener a raya el miedo. Y luego había dejado de contar, porque le repugnaba ser una criatura que se pasaba los días contando cuadro tras cuadro para no volverse loco.

Tal vez la locura hubiera sido preferible a ese incondicional esfuerzo por reprimirla. Pero ya había probado la locura antes, durante su estancia en prisión en las Tierras del Sur. O al menos, había intentado encerrar su mente, convirtiendo sus recuerdos en piedra para protegerlos de las sondas de los Stewards.

Había funcionado, parcialmente. Entonces había guardado silencio durante el interrogatorio, incluso cuando le habían roto las manos. Los había convencido de que también le habían roto la cabeza.

Y tal vez lo habían hecho. Ese era su miedo secreto. Cuando despertaba sudando por sus pesadillas, no siempre podía convencerse de que no era así.

Y por eso, cuando lo capturaron nuevamente, no pudo refugiarse en la locura, fingida o real. No, era como el niño del cuento que tenía el dedo en el dique para protegerse del aumento del mar, y la ola que amenazaba con inundarlo no

era un oleaje cualquiera, sino un tsunami. Si lo golpeará, se hundiría y nunca volvería a salir a la superficie.

Así que volvió a contar. Cincuenta y tres a la derecha, cuarenta y siete abajo si no contamos el que estaba roto, con esa hendidura en el borde. Podrías pasar mucho tiempo reflexionando sobre las formas que tenía, tratando de decidir si era el rostro enojado de un dios ultrajado o el rostro risueño de un conquistador.

Llegó a odiar los malditos cuadrados. Después de un tiempo, en lugar de mantener a raya el miedo, la visión del suelo no le devolvía el dolor, sino lo que era peor: las náuseas enfermizas de la anticipación del dolor.

Sin embargo, no pudo evitar contar. No había nada mas que hacer.

Había ido a ver a Rosa al día siguiente de la victoria, cuando ella aún estaba en el centro de curación. Tenía heridas que estaban siendo tratadas y otros daños sobre los que él no preguntó. Le habían cortado sus hermosas trenzas castañas y le habían afeitado la cabeza en la prisión Steward. Con sus moretones y los huecos oscuros bajo sus enormes ojos, su rostro tan dolorosamente delgado, parecía una refugiada de un campo de concentración o una víctima de cáncer.

Le había traído rosas del jardín, un ramo rojo como la sangre, y había entrado en su habitación y había esbozado

una sonrisa, un fragmento que había tenido que excavar de algún depósito enterrado hacía mucho tiempo.

Ella se lo devolvió estirando los labios y luego volvió la cabeza.

“¿Cómo estás?” había preguntado.

Ella no respondió. Había añadido las rosas a jarrones que ya estaban demasiado llenos, metiendo sus tallos espinosos y sintiendo cómo desgastaban los tallos más suaves de lirios y acianos.

“¿Puedo traerte algo? ¿Hacer algo por ti?

Ella giró la cabeza hacia el otro lado y cerró los ojos.

“Pronto estarás mejor”, había tratado de sonar cordial y alegre, pero incluso a él mismo le pareció un intento poco convincente. “Podríamos volver a tus lecciones de piano, si aún quieres”.

Ante eso ella se sentó. Ella le escupió palabras. “¡Odio el piano!”

Él entendió. No había logrado mantenerla a salvo y ahora su presencia siempre sería un recordatorio viviente de su violación.

Él era su linóleo.

Rosa observó desde la ventana trasera hasta que Bird salió del jardín y luego volvió a bajar para sentarse a la luz del sol. Le gustaba el jardín porque lo sentía cerrado y seguro, un tranquilo oasis de paz y quietud. Siempre había algo que hacer: gallinas que alimentar o comprobar si había huevos, excremento de conejo que recoger y hacer abono, o nuevas plántulas que plantar. Algo que podía hacer sin tener que hablar con nadie ni ver a nadie.

No sabía qué decirle a la gente. Había intentado volver a su grupo de aprendizaje pero no podía soportar la forma en que la miraban con esas miradas compasivas y repugnantes. O peor aún, desviaba la mirada y no miraba en absoluto.

De hecho, no sabía muy bien cómo estar consigo misma. No estaba muy segura de quién era.

Es como si todo lo que te pasa te convirtiera en una persona diferente, pensó. Lo había aprendido por primera vez cuando su padre murió en la gran epidemia, y de la noche a la mañana había pasado de ser la pequeña Rosa afortunada y feliz a alguien a quien otras personas miraban con lástima. Su madre también se había convertido en una persona diferente, no en la madre acogedora, risueña y cariñosa que amaba, sino en una madre silenciosa y llorosa. Y luego ella también había muerto, y el bebé cuyo nacimiento habría convertido a Rosa en una hermana mayor

había muerto, y ella había vuelto a ser otra persona, una huérfana que ya no vivía con su propia familia sino con las Hermanas, que vivían en la casa de al lado de Bird, Madrone y Maya. La hermana Marie, amiga de su madre, la había fundado mucho antes de que naciera Rosa como satélite de la casa madre, mucho más grande, donde ahora vivían las antiguas corresponsales.

Fue la hermana Marie quien la acogió después de la muerte de su madre, y ahora ella también estaba muerta, y las otras hermanas eran más extrañas que amigables y familiares. La miraban con esa lástima en sus ojos y ella se esforzaba por ser buena porque se sentía como su invitada. Tal vez después de unos años más se habría adaptado y habría empezado a sentirse como en casa, pero antes de que eso sucediera, el ejército entró. Y todo cambió de nuevo.

Deseaba poder hablar con Maya sobre eso. Pero Maya vivía en la casa grande con Bird y no podía soportar verlo. A una Rosa diferente le encantaba acercarse sigilosamente y hablar con Maya en la gran mesa de la cocina. Ella siempre había estado rogando a Bird que le permitiera tocar el piano, antes de que él marchara. En la pared, frente al piano, colgaba su foto, vestido de camuflaje, sonriendo con valentía y confianza, el valiente guerrero que había ido a las Tierras del Sur a luchar y nunca había regresado. Le gustaba contemplarlo mientras tocaba sus canciones e imaginar cómo se sentiría ser un héroe.

Ella había querido ser como él, como pensaba que era. Alguien valiente, que afrontó enormes peligros y se rió de ellos. Pero entonces él regresó, no como el héroe que ella había imaginado, sino como un hombre atormentado, que le enseñaba piano con las manos rotas.

¡Oh, había sido estúpida, estúpida! Ella los había guiado ese horrible día y se habían arrojado frente a las víctimas de los Stewards porque no creían que los soldados dañarían a los niños. Pero lo habían hecho.

Ella había sobrevivido. De algún modo, Bird también lo había hecho. No siendo un héroe, sino cediendo ante ellos, vistiendo su uniforme. Como ella se había rendido ante ellos. Él dijo que lo sentía y trató de sonreírle como si estuviera contento de verla, pero ella sabía que no era así. Él rondaba la sala de música como un fantasma de sí mismo, y ella no quería verlo, no quería tocar su piano ni ningún otro piano nunca más.

Él no había sido un héroe, y ella tampoco. Los héroes no eran reales. Existían en las historias, pero no en la vida real. En la vida real todo era dolor, hasta que cedías.

Estaba segura de que se avergonzaba de ella por no saberlo. Había intentado advertirle. Y estaba enojado con ella. Porque ella había sido tan estúpida.

No podía mirarlo, porque cuando lo hacía lo único que veía era su cara, tratando con todas sus fuerzas de no gritar mientras lo lastimaban, y lo lastimaban por su culpa.

¿Con quién vamos a trabajar, con ella o contigo? preguntaban. Él siempre decía conmigo, y ella se sentía avergonzada de que nunca, ni una sola vez, se había atrevido a decir que con ella.

Aunque lo habían hecho, la habían lastimado de una manera que ella nunca había imaginado que las personas pudieran ser lastimadas. Luego lo habían obligado a hacer cosas terribles, y ella sabía que lo hacía para tratar de protegerla, y ¿cómo no odiarse por convertirlo en un traidor? Y ella estaba avergonzada de él, a pesar de que él lo hacía por ella, y tal vez aún más avergonzada de querer que él lo hiciera, de querer rogarle que hiciera lo que le pidieran, cualquier cosa, porque el dolor era tan grande y ella Estaba tan, tan asustada.

En casa de Maya había calidez, risas y gente que quería ser su amiga. Pero Rosa no podía ir allí.

Para ella sólo existía el jardín, los cloqueos chismosos de las gallinas que no se burlaban de su estupidez sino que sólo comentaban los insectos que encontraban entre los restos que buscaban. Si podía encontrar consuelo, era aquí, en el silencio de las rosas que se agitaban alegremente con la

brisa, los girasoles somnolientos y cabeceantes sobre sus altos tallos. Solo aquí.

Maya observó a Bird mientras hacía sus rondas diarias, mientras, a pesar de su mano herida, abordaba armarios que no habían sido limpiados desde la primera Guerra del Golfo, alejaba la estufa de la pared para desalojar a una familia multigeneracional de ratones, limpiaba los cubos del compost. La cocina no había estado tan limpia en años.

“Veo lo que estás haciendo”, dijo. “Lo sé. Yo también limpié. Cuando Rio disparó a la televisión, eso es exactamente lo que hice”.

“¿Rio disparó a la televisión?” preguntó. Salió de debajo del fregadero, donde había reparado una fuga en el desagüe; el sifón ahora volvía a ser hermético. Había oído la historia una docena de veces antes, pero sabía que a ella le gustaba contarla, así que fingió que era nueva para él.

“Fue durante la guerra. Alguna guerra. La guerra de Vietnam. Y su hermano había muerto en ella, y Rio recibió una carta suya después de su muerte. De Jim, eso es. El hermano de Río. Se emborrachó, tomó las armas que habíamos estado almacenando para la revolución y le disparó a la televisión. Y a todos los espejos de la casa”.

Las historias brotaban de ella como los últimos restos de vino antes de que se vaciase la botella, todas las cosas que alguna vez podría haber ocultado. Como si ya no tuviera necesidad de ocultarlas. La estoy perdiendo, pensó. Pero no estoy listo.

“Ah, fue un desastre demencial y sangriento y una mujer inteligente se habría marchado en ese momento y nunca habría mirado atrás. Pero yo no era tan inteligente en aquellos días. ¿Qué puedo decir? Me criaron para ser una boba. Apoyar a tu hombre, poner excusas y tapar los puntos complicados.

“Así que limpié. Limpié el desorden, los vidrios rotos y la sangre donde se había cortado las manos, tratando de juntar fragmentos de espejo y volver a colocarlos. Limpié y limpié porque si limpias lo suficiente, puedes fingir que nunca sucedió. Que todo está realmente bien, ¿sabes? Ocultas la evidencia e incluso podrías convencerte de que no hay nada roto.

“Las mujeres siempre han tenido eso. Nos ha mantenido cuerdas. También nos mantuvo atrapadas, pero así es como sobrevivimos a las trampas. Pequeñas cosas que puedes lograr. Quizás si lavo los platos nadie notará los moretones. Quizás no salvé al mundo hoy, ni liberé a los oprimidos, ni acabé con el hambre en el mundo. Pero ya lavé la ropa y eso es algo. Eso es bueno.”

“Exactamente”, sonrió Bird. “Y al final, es mejor morir con ropa interior limpia”.

“Lo siento”, dijo. “Ojalá te hubiera dejado un mundo mejor. Ojalá fuera más fácil para ti”.

“No tienes nada de qué lamentarte”.

“O todo.”

Tenía lágrimas en los ojos y él la abrazó. Se agachó para poder rodearla con sus brazos mientras ella estaba sentada, y un rayo de sol jugaba con su corona de cabello blanco. Se sentía frágil en sus brazos, como si se estuviera escapando de su abrazo. Y no puedo protegerla, pensó. ¿Quién puede proteger a los viejos contra la llegada de la muerte?

“Ah, bueno”, dijo. “Haces lo que haces y, al final, esperas que lo bueno supere lo malo en la balanza. Y las cosas de las que me arrepiento, principalmente, son las que no hice”.

“¿Cómo qué?” Se sentó, saboreando el momento, la luz que entraba por la ventana, el halo de su cabello, las rosas blancas iluminadas sobre la mesa. Esos momentos ordinarios eran tan preciosos para él, brillantes oasis de placeres simples: una taza de té por la mañana, una cocina limpia, una conversación en la hora dorada, mientras el sol aún brillaba en el camino hacia la oscuridad. Más aún porque sabía que no durarían, como lo ordinario, para él, nunca había durado.

“No fui a la India en 1972, cuando podía. Siempre me he arrepentido de eso. Lamento no haber follado más cuando era joven, aunque la Diosa sabe que follé cada vez que pude. Lamento no haber tenido una docena de hijos y cincuenta nietos, cada uno exactamente como tú”.

“No quiero que mueras”, dijo abruptamente.

“¿Por qué no? Heredarás la casa, aunque eso ya no importa. Y mi patrimonio literario. Sin mencionar la histórica bandeja de té del Príncipe Carlos y Lady Di. Aunque quizá por derecho eso debería ir a parar a Madrone”.

“Quiero que vivas para siempre”.

“¡Ah, qué maldición sería esa!” Ella se inclinó y lo besó en la frente. “Eres un muchacho querido, a pesar de todas las veces que tiras el abono al contenedor de la Ciudad en lugar de sacarlo al jardín. Y esa vez que rompiste una lonchera sobre la cabeza del hijo de Andy Corbin en la escuela secundaria. O pintaste el espejo plateado de mi abuela con esmalte de uñas rojo”.

“Ese no fui yo, esa fue Madrone”, sonrió Bird.

“Estuviste involucrado en ello. Pero no importa. Te perdono.” Le dio una palmadita amorosa en su mano vendada.

“¡No!” dijo involuntariamente, no porque le doliera sino porque su perdón parecía tan definitivo, como un adiós.

Sus ojos volvieron a ser suaves y lejanos. “Intenta perdonarte a ti mismo”.

Capítulo Siete

La mayoría de los días, cuando no era su día de ocuparse de la casa, River se reunía en un café de la esquina de la manzana con su antigua unidad. Jugaban a las cartas y apostaban por piedras y baratijas, observando trabajar a la gente de la Ciudad. Esperando, como siempre esperaban los sojuhs. Órdenes, acciones o un objetivo a atacar.

Ese día podría llegar pronto. Un barco de guerra en el puerto. Tarde o temprano incluso estas suaves palomas urbanas tendrán que descubrir lo que eso significa. Pero parecían apenas preocupados, todavía concentrados en plantar, limpiar y embellecerlo todo.

“Tal vez esta unidad ayude a estas personas”, sugirió River una mañana. La verdad era que estaba aburrido, cansado de repartir partida tras partida sin sentido. Se sentía saludable,

lleno de energía al comer la auténtica comida de la Ciudad y su cuerpo ansiaba hacer algo físico.

“No hay órdenes”, respondió Threetwo mientras arrastraba los pies.

“¿Qué pez gordo va a dar órdenes? El general murió. El resto murió o huyó hacia el sur. La gente de la Ciudad nos dice que los sojuh son libres”.

“Alguien tiene que estar a cargo”.

“Tal vez estos luchadores... tal vez seamos *nosotros* ese alguien”, dijo River. “Tal vez cada uno de nosotros tengamos que ser nuestro propio comandante”.

Los rostros lo miraron sin comprender. Eran sus compañeros de unidad, sus compañeros familiares. Los habían golpeado juntos hasta someterlos cuando eran niños, les habían enseñado a ponerse de pie y marchar en formación, a usar sus armas, a soportar e infligir dolor. Sin embargo, algo lo separaba ahora. Tenía un nombre.

River se puso de pie. Un adolescente luchaba con un gran trozo de hormigón que llevaba en equilibrio sobre su cabeza. Con una sensación de temor y de osadía, River se lo quitó.

“¿A dónde?”

El chico sonrió. “Sígueme.”

Los otros sojuhs observaron con cierta alarma cómo River desaparecía por una esquina. Pero pronto regresó y se dirigió con el niño y un grupo de adolescentes mayores hacia la pila de trozos de concreto rescatados de las numerosas demoliciones del ejército invasor.

El resto de su unidad lo observó hacer viaje tras viaje. Ohnine estaba sonriendo.

“¿Por qué el Chipster sonríe?” preguntó Threetwo a los demás.

Fiveforty se encogió de hombros. “Por sentirse bien, tal vez”.

“¿Llevando esa mierda pesada? Eso no sienta bien”. Objetó Seveneighy.

“¿Por qué el tubo no ordenar a esta unidad ayudar a soportar la carga?” preguntó Threetwo.

“Oí lo que dijo el palo: no más palos”, dijo Fourteentwenty.

“¿Qué significa eso?” Threetwo preguntó.

“Significa que si un luchador quiere soportar la carga, ¡que lo haga!” Fiveforty se levantó y caminó hacia un grupo de excavadores. Una hermosa joven le entregó una pala y él les guiñó un ojo a sus compañeros. Lo miraron fijamente por un momento, luego se levantaron y se unieron al trabajo.

River se sentía bien. Cada carga pesada que llevaba parecía fortalecer ese algo dentro de él, como si fuera un músculo que se desarrollaba con el ejercicio. Quizás lo hiciera. Había destruido muchas cosas en su época y esa era una forma de sentir poder. Hacer que alguien se estremeciera o gritara de dolor, cerrar un par de ojos para siempre y borrar a ese alguien... siempre lo había disfrutado, porque en comparación se sentía vivo, sentía por un momento que esos músculos, estos huesos, esta mano y la voluntad adjunta se destacaban unidas como una unidad propia.

Pero éste era un tipo diferente de placer. Más lento, más profundo, observando cómo la pared se elevaba lentamente, trozo de hormigón tras trozo de hormigón.

“¿Para qué es esto?” le preguntó a un niño.

“Estamos construyendo un lecho elevado para que los mayores puedan cultivar su jardín sin tener que agacharse ni arrodillarse. Cuando terminemos, lo llenaremos con tierra y abono”.

A River le gustó eso. Pensó en Maya, la imaginó en la calle, plantando una flor con sus manos de piel de papel. Se dio cuenta de que los trabajadores que lo rodeaban eran en su mayoría adolescentes e incluso niños pequeños. Los adultos estaban trabajando en estructuras y edificios, dejando la reparación de los jardines a los más jóvenes.

En el centro del jardín había una esfera roja sobre un pedestal.

“¿Qué es eso?” le preguntó River a una de las chicas mayores.

“Eso es Marte”. Ella lo miró, su cabello oscuro y liso enmarcaba un rostro de búho.

“¿Qué pasa con Marte?”

Unas gruesas gafas ocultaban sus ojos oscuros. Su blusa ocultaba unos pechos recién nacidos, notó River, pero intentó y falló al imaginar cómo sería ella en la sala de recreación. Ella era un poco joven para ser asaltada, recién desangrada, tal vez, pero ya tenía los ojos de las mujeres californianas, mirándolo directamente sin miedo ni sumisión. Como si fuera una persona mirando a otra persona, alguien en quien no pensaba mucho.

“Es nuestro planeta vecino”, le dijo.

“¿Qué es un planeta?”

Ella lo miró fijamente, como si sospechara que estaba bromeando. “Estamos parados en uno. La Tierra es un planeta, como una bola gigante que gira alrededor del sol”.

“¡Mierda loca!”

“Es cierto.”

“¿Cómo es que entonces no nos caemos?”

“La gravedad nos sostiene”.

“¿Qué es la gravedad?”

“La gravedad es el amor de la Tierra por sus hijos, y nos mantiene cerca”, dijo como si repitiera algo que había memorizado.

“¡Oye, tubos!” –les gritó River a su antigua unidad. “¡Venid a escuchar esto!”

La niña llamó a sus amigas y los niños pronto descubrieron que los sojuhs no sabían casi nada sobre el mundo. Les habían enseñado a leer, escribir y contar, principalmente para comodidad de sus comandantes, pero nunca les habían dado libros de cuentos ni siquiera libros de texto sobre otra cosa que no fueran armas y las tácticas militares más simples. Su entretenimiento consistía en pantallas de televisión, videojuegos y, en su defecto, juegos de cartas. No sabían que la Tierra giraba alrededor del sol ni que el abono formaba la tierra. No sabían nada de historia y no sabían que Califia y las Tierras del Sur alguna vez habían sido parte del mismo Estado, uno de los cincuenta del mismo país.

Rara vez habían visto el cielo nocturno antes de emprender la larga marcha hacia el Norte, y a la mayoría de ellos no se les había ocurrido preguntarse qué eran esos puntos de luz en el cielo. Había que explicarles las estrellas.

“Ayúdanos a reconstruir esta pista de aprendizaje”, dijo la niña. “Y te enseñaremos cosas”.

“¿Es una orden?” –Preguntó Threetwo.

La chica frunció el ceño. “Si quieres que así sea. Es una oferta”.

“Una orden”, dijo River con firmeza.

La niña le tendió la mano. “Soy Jazmín. ¿Cómo te llamas?”

“River.” Él tomó su mano y se quedó mirándola, sin estar seguro de qué hacer con ella o por qué se la extendió. Ella agarró la suya, la agitó vigorosamente y la dejó caer. “Estos otros chipers de aquí no tienen nombres, sólo números”, le dijo River. “Entonces, ¿de qué trata eso de la pista?”

“Así es como aprendemos aquí. Hay diferentes pistas que recorren toda la Ciudad, con diferentes estaciones de aprendizaje. En este momento estamos en la pista del Sistema Solar, y esta es la estación de Marte. El próximo sería Júpiter y luego Saturno. Es como un modelo a escala gigante. Esta bola es lo grande que sería Marte si el sol fuera tan grande como el modelo gigante del sol que solía estar en

la Plaza Central. Y está tan lejos como estaría Marte si fuera tan grande”.

River y los otros soldados simplemente la miraron desconcertados. Entonces Jasmine explicó que en la Pista del Sistema Solar, cada planeta era una estación de aprendizaje. Marte tenía su esfera, y a su alrededor había jardines con hierbas que simbolizaban a Marte y flores de colores marciales junto con estatuas de dioses de la guerra de muchas culturas, Ares, Changó y Thor. Cada uno tenía un puerto para los cristales inteligentes que los niños llevaban alrededor del cuello. Cuando tocaban a los puertos, saltaban hologramas con historias, mitos y explicaciones. Podrían escuchar los mitos griegos y romanos, o escuchar las Eddas escandinavas, y luego compararlas con el Thor de Marvel Comics y las películas. Podían ver vídeos de los primeros exploradores de Marte o acceder a los informes científicos de las expediciones que los científicos habían organizado cuando la gente todavía podía hacer esas cosas, antes del Colapso.

En sus grupos de aprendizaje, podrían profundizar más en los misterios de la exploración espacial, escribir y representar su propia ópera espacial sobre Marte, leer ciencia ficción centrada en Marte o crear un juego de estrategia sobre una expedición a Marte.

River entendió poco de su explicación, pero dedujo que los niños habían asumido el proyecto de replantar los jardines y

limpiar las pistas, mientras los técnicos reparaban los aparatos electrónicos destrozados y el Gremio de Artistas reconstruía las esculturas. Al final, Jasmine se ofreció a reunirse con ellos a la mañana siguiente y llevarlos a los planetas exteriores que no habían sido dañados durante la invasión. Allí podrían ver cómo era una estación en pleno funcionamiento.

Madrone, de camino al centro de curación a la mañana siguiente, quedó encantada al ver a dos niños de diez años en bicicleta flanqueando a un corpulento sojuh corriendo salvajemente por el sendero, gritando a todo pulmón. Jasmine y su grupo de aprendizaje rodearon a un grupo de ex soldados montados en una variedad de bicicletas tomadas prestadas de la Ciudad. En tiempos normales, en cada barrio había aparcamientos para bicicletas pintadas de blanco que podían usarse libremente y dejarse en el siguiente depósito. Algunas de ellas fueron reconstruidas a partir de piezas más antiguas. Las más nuevas tenían marcos de bambú y sólo los engranajes y mecanismos de dirección estaban hechos de metal.

Los sojuhs miraban las bicis con una mezcla de sospecha y alarma. Al parecer, el ciclismo no formaba parte del programa de entrenamiento del ejército.

Madrone sintió su propia punzada de alarma al pensar en los niños inocentes de la Ciudad en contacto tan estrecho y sin supervisión con los sojuhs. Pero entonces se dio cuenta

de que un hombre de pelo oscuro que limpiaba las malas hierbas de su jardín vigilaba de cerca al grupo, y una mujer de aspecto fuerte con el pelo gris recogido en trenzas de mediadora estaba tejiendo en su puerta con el grupo a la vista. Los ojos vigilantes de la Ciudad estaban sobre ellos, y los niños y los sojuhs eran mantenidos bajo escrutinio.

Mientras observaba, un sojuh fibroso montó una bicicleta, se tambaleó peligrosamente, luego encontró el equilibrio y avanzó a toda velocidad por el sendero. Una enorme sonrisa apareció en su rostro y rió, un sonido fresco como la primera lluvia, como si nunca antes hubiera reído con tan puro disfrute, libre de escarnio o burla.

Una risa curativa, mientras los otros sojuhs se unían a él.

Tal vez no tenga que hacer toda la curación yo misma. Maya le diría eso, y el Doctor Sam, quien dirigía el Gremio de Sanadores y dirigía el centro. Los niños y los ojos vigilantes de los mayores, eran el sistema inmunológico de la Ciudad, trabajando en los sojuhs, cambiándolos.

Sólo por un momento, tuvo un deseo salvaje de subirse a una bicicleta y unirse a ellos, recorrer los senderos de la Ciudad con el cabello ondeando detrás de ella, riendo y gritando de alegría.

Pero tenía pacientes esperándola y un turno que cubrir. De mala gana, se alejó por el camino.

A la hora del almuerzo, los niños comprobaron que los sojuhs estaban en condiciones de emprender el viaje. Jasmine repartió paquetes de sándwiches y todos recogieron ciruelas y bayas de los árboles que habían sobrevivido a los ataques de los Stewards. Los sojuhs negaron con la cabeza ante la comida, pero bajo la severa mirada de River, guardaron sus patatas fritas y las tomaron.

Luego, con sus bicicletas, todos subieron a un transporte con forma de delfín gigante. Habían podido elegir entre eso, un pastel de cumpleaños gigante o un barco pirata. Los llevaron hasta los límites de la Ciudad y más allá de las montañas de San Bruno, donde encontraron la estación de Plutón.

Aquí había estatuas de Plutón, dios del inframundo, y aquí los cristales todavía funcionaban. Exploraron la superficie del planeta y observaron con asombro cómo un holograma contaba la historia del secuestro de la doncella Kore por parte de Plutón y la ira de su madre Deméter. Luego recorrieron el largo camino de regreso a Neptuno, donde montaron estatuas animadas de los caballos salvajes del Dios del Mar surgiendo de las olas. Para entonces ya era hora de cenar.

Se reunieron nuevamente a la mañana siguiente para cubrir el terreno desde Urano hasta Saturno con sus anillos, pasando por el gigante Júpiter y de regreso a Marte.

“¿Qué importa esta mierda?”, refunfuñó Threetwo. “Esta unidad no irá a ningún planeta”.

“Ahora tienes que ser una persona real, no sólo un tubo gruñón, y la gente real sabe cosas”, le dijo River. “Además, es algo que hacer”.

Algo que hacer, pensó, hasta que llegara de nuevo el momento de actuar. Y así sería. Estaba seguro de eso. Estas semanas en la hermosa ciudad, esta vez para aprender mierda como si fuera una persona real con derecho a aprender, era como tiempo de sala de recreación entre sesiones de entrenamiento, R & R entre batallas¹⁴. No tenía ninguna duda de que pronto le aguardarían polvo, humo y sangre. Pero una cosa que todo sojuh aprendía temprano era a tomar cada momento de placer tal como se presentase.

Los niños celebraban su propia asamblea una vez por semana y Jasmine hizo una propuesta exitosa de que cada uno de los grupos de aprendizaje adoptara una unidad de los sojuhs. Pronto, grupos de niños pastorearían, darían órdenes y sermonearían diariamente a bandas de fornidos combatientes. Observarían modelos de ADN y se agacharían para observar el hábitat de las ranas en la pista de biología. Seguirían El Camino de Historia que trazaba una larga línea de luchas por la justicia, desde las rebeliones chinas por la

14 R & R: Programa de Licencia de Descanso y Recuperación.

deuda hace dos mil años, hasta las rebeliones de los campesinos medievales y el levantamiento de veinte años antes. Por la noche, pararían y contemplarían el cielo, mirando las estrellas.

Siempre, en silencio, entre bambalinas, se mantenía una guardia silenciosa. No interfería, pero estaba presente en caso de cualquier indicio de peligro.

Algunos de los soldados estaban aburridos, otros inquietos por volver a sus juegos de cartas y a descansar. Hubo una alta tasa de desertión. Algunos sucumbieron a la frustración, abrumados por más información de la que estaban preparados para asimilar. Los adultos que rondaban cerca de los grupos de aprendizaje interrumpieron las peleas ocasionales e impidieron que más de un sojuh le arrancara las tripas a patadas a alguna escultura animada que no podían comprender.

Pero muchos de los ex soldados absorbían información con entusiasmo, ávidos de todo lo que la Ciudad pudiera enseñarles. No todas las unidades estaban compuestas por razas. Algunos eran *quiebras*, reclutados para el ejército por robar agua o porque sus familias no habían pagado sus compromisos. Muchos de estos reclutas tenían rudimentos de educación, pero en las Tierras del Sur el aprendizaje avanzado estaba reservado a los Primes y Subprimes. De modo que los quiebras veían la educación como un lujo que

antes siempre había estado fuera de su alcance, y muchos estaban ansiosos por permitirse ese lujo.

Los niños encontraron libros sencillos para prestarles a los sojuhs y los animaron a leer. En la casa del Dragón Negro, River estaba rodeado de libros. Estantes y cajas de ellos se alineaban en las paredes y se derramaban por el suelo. Incluso los baños estaban bien provistos de material de lectura. River tomó prestados libros ilustrados de niños que ya habían crecido hace mucho tiempo, para descifrar las historias por sí mismo.

Estaba lleno de asombro y rabia. “Toda esta mierda en el mundo, ¡y nunca lo supimos! ¡Nadie nos dijo nada! le dijo a Maya, agitando hacia ella un libro infantil ilustrado sobre murciélagos. “¡Ni siquiera sabía lo que había que saber!”

Maya le sonrió. “Y ahora lo haces. Ahora sabes cuánto no sabes y en eso eres más sabio que un profesor”.

River la miró confundido.

“El mundo es un vasto lugar de misterios”, dijo. “La educación puede darnos la impresión errónea de que sabemos mucho. Pero si somos sabios, admitiremos que ninguno de nosotros sabe realmente una mierda sobre el universo. Somos un punto en el brazo de una inmensa galaxia, una gota en un mar sin límites”.

Su ceño se hizo más profundo y luego se suavizó. Él le dirigió la mirada a la que ella empezaba a acostumbrarse por tantas razones: la sonrisa amable, el tono que uno podría usar con un niño pequeño o un cachorro.

“¿Quieres una siesta, mamá?” le preguntó. “¿Estás cansada?”

“Esa es sólo tu manera de decir que me he adentrado en la espesura de la demencia”, espetó. “Pero no lo he hecho. Quizás ahora no me entiendes, River. Pero lo harás. Recuerda mis palabras, lo harás”.

River había sido entrenado como luchador, pasó por un campo de entrenamiento, aprendió a marchar a tiempo y correr hasta empaparse de sudor. Pero nunca, antes de llegar a la Ciudad, había sido caminante. Nunca antes tuvo un lugar adonde ir.

Ahora descubrió el placer de caminar por los senderos que serpentean por las calles verdes de la Ciudad. Su visión parecía más nítida, los colores más brillantes, aunque sólo fuera porque en la Ciudad siempre había algo que ver. Al doblar una esquina, un brillante mural adorna una vieja pared. En una calle lateral, había una serpiente gigante cubierta con mosaicos brillantes, lo suficientemente grande

como para que los niños pequeños caminaran sobre ella, con niños pequeños trepando por su espalda.

Sintió que la buena comida le hacía más fuerte. Sus huesos ya no tenían el dolor interior que solían tener, su estómago ya no tenía ese ardor leve, su mente se sentía menos confusa. Su paso se alargó y sus brazos comenzaron a balancearse con el movimiento fácil de un hombre libre.

Caminar alivió la tensión que sentía crecer dentro de él. No era dolor, no era exactamente picazón, sino más bien una sensación de dislocación. Como si no estuviera donde se suponía que debía estar. O fuera quién se suponía que era. Él había cambiado. Y eso estuvo bien. Todo está bien. Pero no era cómodo. No era familiar. Era como un uniforme nuevo y diferente que no estaba acostumbrado a usar. O un par de botas nuevas que aún no se han adaptado.

Botas que no creía que pudieran durar. Tenía miedo de acostumbrarse demasiado a ellas, porque en el fondo sabía que tarde o temprano se desgastarían en una pista larga y polvorienta. De regreso; de regreso a las Tierras del Sur, donde aún quedaban batallas por librar.

A las personas que lo rodeaban también valían la pena mirarlas. Les gustaba vestirse con colores brillantes y decorar su piel con elaborados tatuajes. Las mujeres siempre llevaban flores frescas en el pelo... y los hombres

también, por no hablar de los que no se podía distinguir si eran un hombre o una mujer o un intermedio.

Esa mujer frente a él, ahora, con su cabello rojo ondeando como una bandera en la brisa, y su pequeño trasero con mejillas de manzana moviéndose de izquierda a derecha, de izquierda a derecha. ¡Será agradable pasar una hora con ella en una sala de recreación!

Pero las mujeres de la Ciudad estaban prohibidas. Bird se lo había explicado detalladamente. Si te quieren, había dicho, se acercarán a ti ellas mismas. Si intentas forzarlas, es probable que te saquen un ojo.

Él suspiró. Un sojuh tiene necesidades y él era consciente de las suyas. Una cosa buena del ejército: siempre hay una sala de recreación al final del pasillo del cuartel. Mientras no estuviera en el destacamento de castigo, podría satisfacer esas necesidades. Ahora era complicado.

Pero al observar a la mujer pelirroja, comenzó a preguntarse cómo sería tener una potra que no fuera una chica del servicio, que tal vez hubiera tomado sus propias decisiones. Que lo eligiera.

De repente, la mujer que tenía delante se detuvo, tan bruscamente que casi chocó con ella. Se detuvo, justo a tiempo, consciente de lo cerca que estaban sus cuerpos, de cómo casi se habían encontrado.

“Lo siento”, dijo.

Ella se giró y lo escudriñó de cerca. Ahora podía ver su rostro, marfileño cubierto de pecas. Su boca pequeña y atrevida parecía contener una sonrisa. Tenía una especie de concha ondulada tatuada en la frente y sus ojos grises estaban fríos, evaluándolo.

“Me estabas mirando”, dijo. “Podía sentir tus ojos”.

“No pude evitarlo. Estabas justo enfrente”.

Ella le dedicó una larga sonrisa de evaluación. “¿Te consideras un hombre valiente?” preguntó en voz baja con un ronroneo casi como el de un gato.

River la miró fijamente, confundido. “¡Que nadie llame cobarde a este luchador!”

Agitó su largo cabello con la brisa y lentamente se desabrochó el botón superior de su diáfana blusa.

“¿Qué tan valiente?”

River tragó saliva. De repente se sintió aterrorizado, aunque no sabía por qué.

Ella desabrochó otro botón. No sabía qué hacer. La curva de sus pechos atrajo sus ojos como un rayo tractor, y parecía que no podía apartarse, aunque pensó que tal vez debería

hacerlo. Pero estaban en medio de una vía pública. La gente podría pasar y verlos. ¿No le importaba? No lo parecía. ¿Qué se suponía que debía hacer?

“¿Bien?” Su sonrisa se hizo más profunda, como si le divirtiera su malestar. Ella lo miró de arriba abajo. Podía sentir la caliente hinchazón en sus pantalones y sus ojos se detuvieron pensativamente en ello. Creció bajo su mirada.

“¿Alguien te ha enseñado alguna vez el arte del amor?” preguntó ella.

“No necesito enseñanza. Natural.”

“Comer es natural, pero cocinar bien requiere conocimiento”, dijo, ahora sin sonreír, pero sí seria. “¿Cómo te gustaría que me hiciera cargo de tu educación?”

River sintió una sensación de pánico más profunda. ¿Qué estaba proponiendo?

“Voy de camino al mercado, tengo que comprar algo de fruta fresca”, dijo.

“Puedo darte melocotones y fresas maduras”, ronroneó ahora, y sus pechos se elevaron, los pezones duros debajo de la blusa y empujados hacia adelante, como si fueran la fruta que ella ofrecía. “A menos que tengas miedo”

“¡Nunca he tenido miedo de ninguna potra!”

Ella le tendió la mano. “Entonces ven. Déjame llevarte al Templo del Amor y del Deseo”.

“¿Quién eres?” River se contuvo, todavía receloso.

“Soy devota de Afrodita, amante del amor. Y sacerdotisa de Oshun, Diosa del río”.

“River es mi nombre”, le dijo con cierto orgullo.

“Lo sé”, asintió. “Ahora deja que sea tu destino”.

El Templo del Amor se encontraba justo detrás de un alto muro que bordeaba el camino. La pelirroja abrió una discreta cancela y lo condujo a un patio perfumado de jazmines y adornado con rosas. Dentro había piscinas azules, algunas muy calientes, otras cristalinas y frescas, otras con hierbas en remojo.

Una pequeña habitación daba a la esquina del patio. Dentro había un sillón blando, donde se sentó. Las paredes estaban decoradas con voluptuosos desnudos y escenas de hacer el amor en muchos estilos diferentes. No se parecían mucho a los paquetes porno que los sojuhs podían comprar con sus vales; estaban dibujados, pintados o esculpidos, lo que los pichones llamaban “arte”. Aún así, lo estaban haciendo desde el frente, desde atrás, boca abajo y en todas

direcciones, con la boca en el taladro, la lengua en la cosa; River no estaba muy seguro de qué pensar.

La puerta se abrió y entró una mujer. Tenía el pelo gris y un vientre redondeado y lleno, con unos pechos enormes e hinchados bajo una bata sedosa y vaporosa. No es lo que River habría pensado para una sacerdotisa del amor; más bien una comandante con su aire de autoridad y su rostro antiguo.

“Soldado”, se dirigió a él. Sus ojos lo miraron de arriba abajo como reflectores. “¿Entonces deseas ser educado en los caminos del amor?”

“Uh, sí”, dijo, aunque sobre todo se sentía nervioso. Quizás todo esto fue un gran error.

“¿Estás dispuesto a pagar el precio?”

“¿Cuánto coste?” preguntó ansiosamente. Si ella decía una tarifa, él diría que no tenía dinero y eso sería el final. Quizás sea mejor así.

“No dinero”, sonrió como si leyera sus pensamientos. “Ni siquiera tus créditos laborales. Sino tu tiempo y tu voluntad de someterte a nuestra disciplina y aceptar nuestras reglas. Entiende, si pasas por esto, al final no serás el mismo hombre”.

“Uh... ¿cuánto tiempo?” bajó los ojos. “Se supone que traeré a casa algo de comida para la cena”.

“No podrás llegar a casa para cenar. No durante muchas noches. Pero te daremos de comer”.

“La gente de este luchador, mi gente, se va a preocupar”. Y de repente se dio cuenta de que eso era verdad. Le hacía sentirse extraño pensar en Bird, Madrone y la anciana, todos preocupándose por él si no aparecía. Casi como si fuera parte de algo, un tipo diferente de unidad. Casi como una persona real.

“Les enviaremos un mensaje”.

River tomó una bocanada de aire. Esta era una elección, pensó, como dijo Maya. Di que sí y podría convertirse en una persona diferente. Di que no, joder, sólo un cabeza de mazo flácido le dice no a esa potra pelirroja.

“Sí”, dijo y con esa respuesta de repente supo algo más sobre sí mismo. Él era un elector. Un arriesgado. Había elegido dejar atrás su vida de raza y decir sí a la Ciudad, a la curación de Madrone, a un lugar en la mesa. Les había dicho que sí a los niños cuando se ofrecieron a guiar su unidad en las Vías de Aprendizaje. Ahora había dicho sí a esto, y fuera lo que fuera, ahora era parte del yo que estaba construyendo.

Ese yo nunca podría sentirse cómodo, no como el viejo Ohnine que había sido un número y simplemente existía. Siempre significaría más riesgo, más peligro. Sin embargo, había nacido, sido criado y entrenado para el peligro. Le habían inculcado terribles fortalezas que ahora podía utilizar para sus propios fines.

Sólo por un momento, sintió que le gustaba ese nuevo yo. La idea lo sobresaltó. Gustarse a sí mismo era casi obsceno, como golpear su propio taladro, una actividad que el ejército desalentaba porque perturbaba la tranquilidad del cuartel por la noche. Y con una sala de recreación siempre disponible, no había esa necesidad.

“Aquí están las reglas”, dijo la anciana. “Te someterás a lo que te hagamos. Algunas cosas parecerán extrañas y otras pueden parecer incómodas. Si llega un momento en el que quieres que algo se detenga, lo único que tienes que decir es que no. Pero le animamos a que amplíe sus límites. Así es como aprendemos.

“Si le estás haciendo algo a otra persona y te dice que no, dejarás de hacerlo. Instantáneamente. Sin argumentos. Y créeme, te pondremos a prueba en esto. Si desea hacer algo que no le han ordenado, pregunte. Aprenderás a dar un gran placer y a recibir un placer que nunca has imaginado. ¿Estás de acuerdo?”

River tragó saliva y asintió.

“Di que sí.”

“Sí”, dijo en una voz apenas superior a un susurro.

“Entonces ven conmigo.”

Ella lo llevó a un pequeño camerino, donde le ordenaron que se quitara la ropa y se duchara. Una bata de terciopelo suave colgaba de la puerta y se la puso. Salió y la mujer pelirroja lo saludó y le entregó una taza de un líquido rojo rubí.

“Bebe esto”, dijo. Tenía un sabor dulce y afrutado, y mientras lo tragaba empezó a sentirse extraño, como si sus sentidos se intensificaran y su cautela interior disminuyera. Notó cómo la suave bata acariciaba su piel desnuda, cómo la piedra se sentía cálida bajo sus pies mientras ella lo conducía de regreso al patio.

La sacerdotisa le quitó la túnica de los hombros y sintió el aire frío en la piel. Dio un paso hacia la piscina del medio y otro, sumergiéndose lentamente. El agua se sentía cálida y sedosa, y olía fragante, a especias y flores.

“Cierra los ojos y recuéstate”, dijo, quitándose la bata y deslizándose con él. “Déjame acunarte”.

La piscina era lo suficientemente profunda como para flotar, y ella lo abrazó y lo meció hacia adelante y hacia atrás, canturreando una canción que sonaba como una canción de

cuna. Manos suaves lo acariciaban, frotando una suave loción en su piel, acariciando cada orificio. Había una boca en su verga, no chupando sino tarareando una vibración profunda y sonora. Y luego había incontables bocas sobre él, cada una tarareando un tono diferente en el vientre, los pezones y la frente. Se arriesgó a echar un vistazo rápido y se sorprendió al ver una multitud de sacerdotisas, mujeres, hombres. Se quedó helado, pero el balanceo continuó.

“Relájate”, dijo una voz masculina profunda. “No temas el placer que los hermanos y otras personas pueden darse unos a otros. Respira hondo y deja ir tus miedos”.

Respiró hondo. El balanceo y el zumbido se reanudaron.

“Déjanos apreciarte, porque esta es nuestra adoración”, le susurró la mujer pelirroja al oído. “Adoramos al Dios vivo escondido dentro de ti. Déjanos mecerte y bañarte como una madre baña a un niño”.

No recordaba a su madre. Dudaba que alguna vez lo hubiera bañado en algo más que un balde en una celda. Sin embargo, tal vez ella lo había querido, a su manera, como las chicas del servicio amaban a sus bebés. Tal vez había llorado cuando se lo llevaron, como había oído llorar a tantas. De repente eso le pareció triste, muy triste. Sus ojos comenzaron a derramar lágrimas, lágrimas que nunca antes había llorado. El tarareo y las caricias rompieron alguna barrera dentro de él, y estaba respirando con dificultad y

gritando, sollozos profundos y gemidos, todo el dolor que nunca antes había podido sentir.

“Buen chico, chico valiente”, canturreó la sacerdotisa. “Déjalo salir. Déjalo ir. Deja que la tristeza fluya, porque si la retienes bloqueará el placer. Respira.”

“Bebe esto”, le dijo la sacerdotisa pelirroja mucho tiempo después. Tomó un sorbo de algo oscuro y aterciopelado, amargo pero no desagradable. Lo sacaron del baño y lo acostaron sobre una manta en un lugar iluminado por el sol. La relajación se apoderó de él. No podía mover sus extremidades. No estaba paralizado, sino tan profundamente relajado que no podía reunir la voluntad para levantar un brazo o mover una pierna. Incluso el esfuerzo por formar palabras en su mente empezó a parecer demasiado grande. Le pusieron una suave venda en los ojos.

“Ahora volverás a aprender el más primario de los sentidos”, susurraron, y le colocaron unas orejeras en las orejas.

En la oscuridad y el silencio, sólo había contacto. Comenzaron con los dedos de los pies y continuaron, masajeando, acariciando, estimulando cada parte de su cuerpo. Estaba excitado, pero demasiado lánguido para levantarse; yacía inerte y pasivo como un bebé. A veces su tacto era doloroso, cuando los dedos palpaban profundamente para liberar un músculo anudado, pero más

a menudo era puro placer, la caricia aterciopelada de las manos sobre la piel aceitada.

Cuando el sol empezó a ponerse, sintió que muchas manos lo levantaban y lo llevaban adentro, a una cama suave. Sintió que cada uno de sus pies era agarrado por un par de manos que frotaban, palpaban y masajearan las plantas. El toque envió corrientes eléctricas a través de su cuerpo. Entonces percibió una deliciosa fragancia. Rica, dulce y afrutada, pareció colarse por sus fosas nasales y acariciarlo desde dentro. Justo cuando su nariz se acostumbró, unos dedos suaves separaron sus labios y deslizaron una fresa madura. El sabor explotó dentro de su boca como un estallido de luz rubí, mientras otra mano suave recorría con el más suave de los toques, ligeros como una pluma desde sus labios hasta su ingle. Entonces una suave brisa recorrió la habitación, el aire se aclaró y un nuevo aroma lo rodeó. Floral, salado, especiado... le enseñaron toda la gama de fragancias, y entre el perfume de las rosas y el aroma de la menta fresca surgieron los aromas de la excitación, de la carne calentada por el sol, de los lugares húmedos y secretos del cuerpo.

Y luego lo pusieron boca abajo y le quitaron las orejeras. La música lo rodeó, suave y melodiosa, mientras sentía que alguien se sentaba a horcajadas sobre sus nalgas y comenzaba a trabajar los músculos a ambos lados de su columna. Los dedos se movían al ritmo de la música, reuniendo energía y moviéndola hacia arriba y hacia abajo mientras los músculos de su espalda parecían derretirse. La

música adquirió ritmo y poder, y las manos la siguieron, mientras las voces le susurraban cosas que nunca antes había escuchado. “Eres santo. Eres sagrado. Tienes un alma brillante e inmortal”.

La música tocó la tristeza que lo invadió y lloró de nuevo, esta vez suavemente, con lágrimas empapando la almohada, llorando por el dolor de su madre perdida cuando lo arrancaron de sus brazos, llorando por ese mundo grande y hermoso que había existido durante tanto tiempo y que durante mucho tiempo se le había ocultado, llorando por todo lo que nunca antes había conocido. Le vino un recuerdo, claro y vívido. Era pequeño, muy pequeño, y la extrañaba, los brazos cálidos, su olor, los pechos suaves con su dulce leche. Estaba haciendo cola con un grupo de niños pequeños, el sol calentaba demasiado, estaba cansado y tenía que orinar. Abrió la boca y empezó a gemir, y una mano enorme le abofeteó la cara. El dolor y la conmoción le hicieron llorar con más fuerza y la mano volvió a abofetearlo. Cuanto más lloraba, más fuerte lo golpeaban, hasta que finalmente entendió y contuvo las lágrimas.

No fue el único niño que lloró: todos lo hicieron. Todos fueron abofeteados y golpeados. Luego tomaron al más pequeño de ellos, el que no podía contener las lágrimas, pusieron palos en las manos de los demás y les dijeron que ellos mismos golpearan al niño. Con un gran golpe, había sido él quien apagó la luz en los ojos asustados del niño,

porque no podía soportar mirarlos, llenos del dolor y terror que reflejaban los suyos.

Recordó el crujido del hueso. Y entonces fue como si un gran ruido cesara y hubo silencio y paz.

Le dieron una recompensa, por dar el golpe mortal. El dulce era suave y azucarado, y algo en él alivió su dolor y lo hizo sentir un poquito como si estuviera en los brazos de su madre.

Había aprendido a ser un asesino. Y con el tiempo había aprendido a disfrutarlo.

Ahora una ira lo invadió y lo empujó hacia arriba. Se soltó las manos y se puso de rodillas y luego se puso de pie. Las palabras brotaban de él. Las gritó, chillando y bramando. Alguien le puso algo en las manos. Una porra. La agitó una y otra vez. Pero de alguna manera era suave, y todo a su alrededor era suave. Aún con los ojos vendados, no podía ver. Parecía que no podía hacer daño a nada, y eso lo enfureció aún más. Y, sin embargo, al mismo tiempo se sentía seguro, contenido. Gritó, lloró y golpeó las paredes hasta que por fin se calmó su ira. Salió de él y detrás de él surgió un dolor aún más profundo. Todos los años de lágrimas no derramadas se desbordaron, mientras la música lo bañaba en sonidos que parecían perdón.

“Estarás completo”, murmuraron las voces. “Hay una joya preciosa dentro de ti que nunca fue aplastada. Apréciala. Límpiala. Báñala en el río del amor”.

Finalmente, exhausto, cayó en un sueño profundo y sin sueños.

Se despertó por la mañana, todavía con los ojos vendados. Manos invisibles lo guiaron hacia arriba, al baño, a una ducha al aire libre donde el agua tibia lavaba el sudor de la noche, a una mesa al sol donde le alimentaron con huevos y trozos de tostada con mermelada dulce y le sirvieron tazas de humeante café y té de hierbas para que bebiera. Finalmente le quitaron la venda de los ojos y lo colocaron en un banco profundo y cómodo.

“Esta mañana”, le dijeron, “descansarás y observarás”.

Estaba encerrado en un emparrado de rosas, fragantes pero espinosas. A través de las ramas, tuvo una visión clara de una glorieta elevada, y allí estaban una mujer joven y un hombre joven, con los ojos fijos el uno en el otro, las manos levantadas y las palmas tocándose. Llevaban mallas y leotardos brillantes que revelaban cada curva y músculo de sus cuerpos. De nuevo escuchó música. Comenzaron a bailar.

Sus movimientos eran líquidos y elegantes, no abiertamente sexuales y, sin embargo, había un trasfondo

erótico en todo lo que hacían, la forma en que sus manos acariciaban el aire, la forma en que sus ojos se seguían. A medida que la música cambiaba, los bailarines abandonaban el escenario para ser seguidos por otras combinaciones, un hombre con un hombre, una mujer con una mujer, bailarines que no parecían ni hombre ni mujer, pero habitaban algún estado mágico intermedio o diferente de ambos. Había bailarines de todas las formas, edades y colores, y el movimiento pasó del elegante ballet al rítmico flamenco y a la danza africana contundente.

Al principio, River se sintió tranquilo pero un poco aburrido por el baile. Todavía estaba en carne viva por las tormentas emocionales del día anterior y profundamente cansado. Se quedó dormido, entrando y saliendo de la vigilia, cayendo en sueños eróticos en los que los bailarines se convertían en amantes desnudos. Pero cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que el baile había cambiado. Los bailarines ya no llevaban leotardos y medias, sino túnicas transparentes que revelaban sus cuerpos desnudos debajo. Ahora las miradas conducían al tacto, el tacto a las caricias, las caricias a los besos. Y luego el baile se convirtió en hacer el amor de forma lenta y elegante. Ahora estaba completamente despierto, fascinado por la exhibición de cada género, combinación y posición. Había danzas lentas y otras salvajes, ásperas y más rápidas, acróbatas que se entrelazaban en posiciones impensables y bailarines aéreos que se balanceaban sobre cuerdas y se acoplaban en el aire. Estaba casi demasiado

asombrado para excitarse, pero pronto su verga comenzó a elevarse y su mano la buscó a tientas. Luego, detrás de él, sintió el cuerpo de una mujer desnuda presionarse contra él. Deslizó sus brazos bajo sus hombros y sus manos agarraron las de él.

“Resiste la tentación de liberarte”, respiró ella. “Debes aprender a tolerar el placer”.

Sus dedos se entrelazaron con los de él. Sus pulgares acariciaron el dorso de sus manos, sus palmas, reflejando los movimientos del baile ante ellos hasta que sus cuerpos parecieron hincharse de deseo. Estaba palpitando con una necesidad que era casi insoportable.

“Respira”, le susurró al oído. “Aprende el poder de la moderación, porque intensificará tu máximo placer. Respira conmigo.”

Podía sentir su respiración subiendo y bajando, presionando sus pechos contra su espalda, su suave humedad frotando la base de su columna. Ella lo atrajo hacia la silla y envolvió sus piernas alrededor de sus muslos. No podía ver quién era ella y de alguna manera eso lo excitaba de una manera diferente.

“Respira”, susurró ella, y sus dientes le cortaron suavemente el lóbulo de la oreja. Él respiró profundamente, igualando su ritmo, y respiraron juntos, su inhalación

presionándolos más cerca, más fuerte, su exhalación dándole suficiente espacio para hacerlo anticipar más la inhalación. Y tenía razón: esto era mejor, más profundo, el placer mil veces más fuerte que cualquier cosa que hubiera experimentado alguna vez en los rápidos actos de la sala de recreación.

Luego sintió sus caderas balanceándose contra él, balanceándose y empujando, y se dio cuenta de que se estaba dando placer a sí misma. Podía sentir pequeños movimientos suaves, como si los labios de su vulva le estuvieran dando suaves besos en la base de su columna, y le enviaron escalofríos por la espalda. Quería enfrentarla, girarse, tomarla y ayudarla, pero ella era sorprendentemente fuerte, lo mantenía inmovilizado y sólo murmuraba: “¡Respira! ¡Respira!” Su respiración se aceleró y la de él la siguió. Respiraban juntos, un solo aliento, fuerte y rápido mientras la música se aceleraba y los bailarines se balanceaban al unísono.

La energía palpitó a través de él. La música alcanzó un clímax. No pudo contenerse más, y con un gran y estremecedor grito sintió la semilla brotar de su verga, mientras ella dejaba escapar un profundo gemido y se presionaba con fuerza contra su espalda.

“Deja que este sojuh te vea”, suplicó mientras su mutuo aliento se calmaba. “A mí. Déjame mirarte.”

“¿De verdad quieres ver?”, murmuró ella.

“¡Sí!”

Ella le soltó los brazos y lo giró suavemente para mirarlo. Él la miró a los ojos con sorpresa, porque ella no era la sacerdotisa pelirroja sino la anciana que había visto al principio. Sus ojos tenían arrugas en las comisuras. Sus pechos llenos colgaban. Pero él todavía estaba ardiendo de deseo por ella, y en ese momento ella era la mujer más hermosa que jamás había visto.

“Soy Oshun, Diosa del amor”, dijo. “Soy antigua y profunda como el río”.

Estaba sintiendo cosas que nunca antes había sentido: ternura, gratitud y una profunda sensación de asombro. Nada en su vida le había enseñado cómo expresarlos. Hizo algo que había visto hacer a Bird y a Madrone. Se inclinó y la besó suavemente en la frente. Recordó cómo, mirándolos, había sentido un dolor profundamente enterrado del que apenas era consciente. Pero ahora sabía lo que era, ese anhelo de tener algún indicio de esto, lo que tenía la gente real.

“Gracias”, susurró.

La miró a los ojos y se sintió flotando, fluyendo río abajo, inundado de su amor. Más profundamente que lo humano, ella lo conocía, sabía todo lo que había hecho y lo perdonó.

Más que eso, vio algo en él, posibilidades y dones que él aún no sabía que poseía.

Lo dejaron solo esa tarde para bañarse en las piscinas calientes o nadar en la piscina fresca que ocupaba la mayor parte de otro patio. “Descansa”, dijeron. “Integra lo que has aprendido hasta ahora. Si quieres hablar, acércate a esta ventana y una sacerdotisa se acercará a ti. Si quieres guardar silencio, también está bien. Pero mañana tu instrucción se intensificará. Eso requerirá trabajo y concentración por tu parte”.

No quería hablar. No podía hablar. Dormitó, nadó y volvió a dormir. No tengo que volverme real, pensó. Soy real. Siempre lo fui. Intentaron convertirme en una cosa, una máquina de matar. Y lo hicieron. Pero mientras tanto, mi verdadero yo se escondía debajo.

No es un uniforme diferente. A este sojuh... le he quitado el viejo y lo he tirado a la basura. Este soy yo, y mi verdadera piel.

“Llámalo la flor”, dijo la sacerdotisa pelirroja. Ella se sentó frente a él, con las piernas abiertas. “Y aquí, estos son los pétalos de la flor. Y ésta, ésta es la joya escondida en el loto. Y ahora te mostraré las diferentes formas en que puedes

pulir la joya. Primero mirarás y luego practicaremos. Hoy aprenderás a ser un dador de placer”.

Y así comenzó su instrucción. A lo largo de ese largo día, conoció todos los puntos de placer del cuerpo, el de ella y el suyo. Ella le enseñó las muchas maneras de tocar y acariciar, de pulsar y vibrar, de olfatear y saborear, cómo leer los signos de excitación, cómo alternar lo delicado y lo fuerte como los movimientos de una sinfonía. Pasada la primera hora, un joven de piel oscura entró y comenzó a demostrar posibilidades del cuerpo masculino que River nunca había imaginado. Él observó, respirando a través de su propia excitación, y luego hizo lo que le mostraron, recompensado cuando lo hizo bien con su respiración acelerada y su boca abierta.

No recibió ningún toque a cambio. Llegaría el momento de recibir. Lo limitaron a las manos y la boca, porque, decían, cuando llegara el momento de usar su eje, estaría dando y recibiendo al mismo tiempo.

De vez en cuando lo ponían a prueba. “¡Detente!” gritaban y se esperaba que él se detuviera en ese instante, hiciera lo que estuviera haciendo. Cuando no lo hizo, simplemente abandonaron la habitación, dejándolo solo durante media hora. Cuando lo hizo, fue elogiado y recompensado permitiéndole dar un poco más.

Nadie le había dicho nunca que las chicas de los corrales debían recibir placer, o incluso que eran capaces de conseguirlo. Estaban allí para servir a los sojuhs, como receptáculos, no como las parejas enamoradas. Pero dar, ver sus ojos empañarse, su respiración agitarse, su flor abierta a su tacto, lo llenó de una sensación de poder. Él era real: sus labios abiertos lo demostraban. “Eres un dador de placer, un artista, un Dios”, le susurraron, y él empezó a creerles. Dar y dar hasta que supo que dar era recibir, hasta que las mareas de placer crecieron dentro de él y no pudieron contenerse.

Al cuarto día lo condujeron a un patio interior, un jardín salvaje y fragante con un círculo de manzanos en el centro. En medio de los árboles había un profundo hueco lleno de barro. Nuevamente le taparon los ojos y lo tumbaron en el barro. Empezó a entrar en pánico: ¡había tierra que lo cubría, lo tocaba, lo enterraban vivo!

“Respira”, decían las voces. “No temáis el abrazo de la madre”.

Tragó aire. Pero el miedo persistió. Lo enterrarían vivo. El miedo se convirtió en pánico. Su pecho estaba agitado. Estaba jadeando, temblando de terror primario. No podía controlar su rostro, su cuerpo. Con un gran esfuerzo se impulsó y rodó sobre manos y rodillas. Tener miedo era ser un cobarde, indigno de ser un sojuh. Estaba temblando como una bestia esperando el golpe mortal. Lo derribarían, su sangre se mezclaría con el barro. Respira, le decían, pero

ya no podía respirar, su pecho se agitaba en espasmos vacíos.

Luego hubo cuerpos presionados contra él, pechos subiendo y bajando, pechos suaves empujándolo. Estaban respirando por él, podía sentir los lentos latidos de su corazón contra su pecho palpitante. Su garganta apretada se liberó y un sonido surgió de él, un bramido que se convirtió en un grito estridente de niño. Gritó y tembló mientras unas manos lo masajeaban, los brazos lo sostenían y las voces murmuraban: “Está bien. Está bien.”

La tormenta de miedo amainó y su respiración comenzó a llegar, profunda y plena, llegando a lugares que antes siempre habían estado bloqueados contra ella. El aire se sentía fresco y húmedo, acariciando sus pulmones, trayendo consigo el aroma de la tierra viva.

“Entrégate al Aire”, murmuraron. “La primera de las cuatro cosas sagradas, elemento de la vida, nuestro amante más íntimo. El aire penetrará en tu sangre y en cada célula de tu cuerpo. Ábrete a él. Ábrete profundamente”. Y se abrió, llenando el hueco donde había estado el miedo con el toque del aire, abriendo cada poro y orificio hasta que ya no supo qué lo acariciaba, lo tocaba, sondeaba en él excepto que era toda la vida, el gran regalo de la vida.

Lo recostaron nuevamente, cubriéndolo con barro con las manos, frotándolo y esculpiéndolo nuevamente en arcilla. Sintió que la tierra lo abrazaba y ya no tuvo miedo.

“Respira. Entregate a la Tierra, otra de las cuatro cosas sagradas, nuestra Madre. Siente el peso de la gravedad, su amor acercándote”. Parecía como si la tierra, ahora, respirara con él, un ser vivo que lo tuviera entre sus brazos, una voz profunda que murmurara: “Yo soy tu Madre. No podrán separarte de mí, jamás. Te tengo cerca. Yo nunca te dejaré marchar.”

Descansó allí durante mucho tiempo, sintiendo una profunda sensación de paz. Las barricadas habían caído. Ya no tenía que mantenerlas ni temer lo que había detrás. Por primera vez desde que lo habían arrebatado de los brazos de su madre hacía tanto tiempo, podía descansar de verdad.

Después de mucho tiempo lo despertaron, lavándolo con agua tibia, otra forma de caricia. Luego siguieron corrientes calientes que recorrieron su columna y limpiaron las arrugas de su piel. Y luego el shock de una repentina avalancha de frío. Jadeó, pero de repente cada poro de su piel se sintió eléctrico, vivo.

“Bebe”, escuchó, y le acercaron una taza a los labios llena de agua fresca y clara. De repente se dio cuenta de la sed que tenía. Bebió y bebió, y cuando apuró la taza apareció otra. Luego tuvo que orinar. Le dolía la necesidad, pero no

sabía cómo preguntar. Parecía una necesidad tan mundana que rompería el hechizo. Pero si no lo hacía, iba a estallar u orinar sobre cualquier cosa.

“Tengo que orinar”, se obligó finalmente a murmurar. Ahora se reían de él. No de manera mezquina, sino como si lo entendieran.

“Por supuesto que sí. No te avergüences, todos orinamos”, murmuró el moreno.

Lo guiaron hasta un lugar donde sintió tierra bajo sus pies y olió la fragancia de hierbas y flores. “Déjalo ir”, dijeron. No podía ver, no sabía hacia dónde apuntar, pero unas manos se alzaron y le apuntaron el pene. Palpitó con el toque y soltó su chorro, sintiéndolo fluir a través de él con un alivio que se sentía sensual. Al mismo tiempo, otras manos acercaron la taza a sus labios. El agua entraba y salía.

“Eres un recipiente”, murmuraron. “Entrégate al Agua, Agua sagrada, matriz de vida. Deja que ella te sane y te limpie”.

De pronto sintió frío y tembló. Lo guiaron afuera, hacia la luz del sol. Sintió su calor y volvió su rostro hacia él.

“Ábrete a la luz, al sol”, dijeron. “Entrégate al Fuego, encendedor de la vida, la última de las cuatro cosas sagradas. Deja que te caliente, te sane”.

Extendió los brazos, abrió la boca y sintió el calor sensual en su piel desnuda. Se giró lentamente para dejar que acariciara cada parte de él. Oyó música de nuevo, lenta y melódica, y giró al compás de ella, moviéndose a su ritmo. El ritmo se hizo más rápido, la melodía más intensa y él daba vueltas y vueltas. Estaba bailando él, River, que nunca antes había hecho algo así. Había música en el cuartel, ritmos fuertes que los animaban antes de una batalla, pero nada como esto.

Luego unas manos le quitaron la venda de los ojos. La sacerdotisa pelirroja estaba frente a él. Estaban solos en el jardín. Llevaba algo fluido y diáfano que seguía sus movimientos mientras giraba y extendía la mano. Y luego estaban bailando juntos. Él hizo un movimiento y ella lo imitó. Ella se tambaleó y él la siguió. El baile fue una promesa, una provocación. Él la estaba estudiando, y ella a él, hasta que por fin ya no hubo guía ni seguimiento, sólo sus cuerpos se movían al unísono.

No necesitaba llevársela, pensó. Ni siquiera necesitaba tocar su suave piel. Esto fue suficiente. Pero mientras pensaba eso, empezó a imaginar cómo se sentiría su cuerpo, balanceándose contra el suyo, cómo se sentirían sus pechos bajo sus manos. Él comenzó a palpar y a levantarse, y ella le sonrió, acercándolo y presionándolo para que sus cuerpos se movieran juntos, luego provocándolo mientras se alejaba. Y luego de nuevo, aún más apretado, sus caderas formando

un círculo contra su ingle. Él la acercó, la rodeó con sus brazos y buscó su boca.

Ella le puso un dedo en los labios.

“Puedes tener lo que quieras”, dijo. “Pero primero hay que pedirlo. Y di 'yo', River. Y tú.”

“¿Puedo besarte?”

“Sí.”

Ella sabía dulce. Tenía los ojos abiertos cuando su lengua sondeó la de ella, y de repente vio algo allí, como si pudiera mirar a través de sus ojos y ver un alma, otra persona con sus propios pensamientos, sentimientos y deseos. Soy una persona real, pensó. Y ella también.

De repente, quería algo más que saborearla, complacerla. Él quería conocerla.

“¿Quién eres?” preguntó, interrumpiéndose.

“Soy Lilith”, dijo.

“¿Pero quién eres tú? Quiero... quiero... saber quién eres.

“Soy una sacerdotisa”. De nuevo le dedicó esa sonrisa cómplice, esa curva de los labios como si estuviera en posesión de secretos profundos. Lo que más le excitaba era esa sonrisa.

Se tocó la frente. “Nos entrenamos para dejar de lado nuestro yo personal, para poder convertirnos en un recipiente y hacer surgir el poder curativo. En esta arboleda, soy la Diosa”.

Se sentó, de repente, en un banco de piedra. Podía oler la lavanda y todavía podía oler su propio aroma rosado y especiado. Y podía sentir su polla encogiéndose. Ya no estaba excitado, sino confundido, sintiendo un deseo diferente, no tomarla como una vez había tomado irreflexivamente a las chicas del corral, ni siquiera practicar su recién aprendido arte de excitación y satisfacción. Quería saber qué desayunaba y qué la enojaba. Pensó en Bird y Madrone, en cómo discutirían, peleaban y se reconciliaban. Eso era lo que significaba ser una persona real.

“No quiero a la Diosa”, dijo. “Solo quiero saber quién eres”.

“Ah, dulce muchacho, quieres lo único que no puedo darte”. Ella le sonrió. “Pero si eso es lo que realmente quieren, entonces hemos hecho bien nuestro trabajo. Estás curado. Has encontrado tu alma inmortal”.

“No entiendo”.

“Aquí en este templo adoramos la fuerza primordial del amor. Está más allá de lo personal. Cuando prestamos juramento de sacerdotisa, renunciamos a ese tipo de amor romántico e individual. Aquí está mi sello, una marca de mi

promesa, la concha de Afrodita. Así que no puedes enamorarte de mí, ni yo de ti. Pero lo que aprendes aquí en la arboleda puede abrir tu corazón para encontrar el amor afuera”.

Sacudió la cabeza, aún más confundido. Pero sintió que surgía una pregunta candente. “Solo di una cosa. ¿Quieres hacer esto? ¿Alguien te obliga?

“Sí, quiero”, se inclinó hacia delante y le tocó ligeramente la nariz con los labios, sonriendo. “Es mi vocación y mi gran placer dar, enseñar y abrir corazones”.

“¿Por qué me trajiste aquí?” preguntó.

“Me gustó tu apariencia”, bromeó, pero luego su voz se volvió seria. “Pero esa no es toda la historia. La verdad es que hemos estado debatiendo qué hacer con todos ustedes, sojuhs y chicas de los corrales. Pudimos ver que estabas profundamente herido, y las heridas eran como llagas supurantes que generaban cosas desagradables, cosas con las que no hemos tenido que lidiar aquí en esta ciudad desde hace mucho tiempo. Pensamos que podríamos tener algo que ofrecer. Así que decidimos hacer una prueba”.

“¿Conmigo? ¿Así que soy un experimento? dijo, enojado ahora. Se sintió traicionado. No, esto no era lo que quería. Quería lo que veía en los ojos de Madrone cuando miraba a Bird. Anhelaba que alguien lo mirara así.

“Conocemos tu historia”, dijo Lilith, retrocediendo ligeramente al sentir su enojo. “Sabemos que has matado a muchos y que elegiste parar, que eres capaz de cambiar. Y trajiste al ejército a nuestro lado, en gran parte. Tenemos una deuda de gratitud contigo”.

“¿Cómo puedes saber eso... conocerme? ¡Ni siquiera yo mismo lo conozco!

“Sé mucho sobre ti”, le aseguró, pasando la punta de un dedo a lo largo de su brazo. “Te he observado durante cuatro días. Yo diría que quizás seas el hombre más valiente que he conocido”.

“¿A mí?” River la miró sorprendido. “¿Este luchador? Nada más que un desastre aullante, justo esta mañana.

“El coraje no se trata de no sentir miedo”, dijo Lilith. “Se trata de enfrentar el miedo. Permitiéndote sentirlo plenamente, pero sin detenerte. Durante cuatro días te he visto tocar profundos pozos de dolor, pero ni una sola vez te volteaste ni dijiste basta.

Ella tomó su cabeza entre sus manos y la giró suavemente para mirarla. “Eres valiente. Y siento que en lo más profundo de tu alma eres amable”.

“No”, dijo River. “No grato. Nunca tuve la oportunidad de serlo”.

“Ahora lo haces”, dijo. “Entonces la pregunta es, ¿quieres continuar?”

Respiró hondo y se obligó a pronunciar una frase usando “tú” y “yo”. Eso todavía le parecía mal. Pero era la única manera de preguntar lo que quería saber.

“¿Me quieres?”

Ningún puño cayó. Dejó escapar el aliento.

“Sí, lo hago”, dijo con firmeza.

“¿Quieres que el experimento tenga éxito?”

“Te quiero, River. La Diosa te quiere para ella. Pero más que eso, en el fondo admito que yo, como mujer, te quiero. Quiero saborearte y conocerte en la intimidad más profunda. Creo que será un regalo para mí, una de las experiencias más importantes de mi vida”. Ella lo miró, sus ojos ahora muy abiertos, suaves y plateados por las lágrimas. “¿Entonces? ¿Me quieres?”

“¡Oh sí!”, sonrió él.

Ella le devolvió la sonrisa y sus ojos volvieron a ser burlones. “Entonces juguemos un juego. Te pediré algo y luego pedirás tú. Cualquiera de nosotros puede decir “no” en cualquier momento o “sí”. Pero quiero que me describas detalladamente todo lo que quieres hacerme y todo lo que

quieres que te haga a ti. Aumentará el placer. ¿Estás de acuerdo?”

“Darle una oportunidad.”

“Entonces pídemelo algo”, le susurró al oído. “Y di 'yo'. Di siempre 'yo'”.

“¿Puedo yo besarte de nuevo?” susurró suavemente.

“Sí.”

Besos. Nunca se habían molestado en realizar esos preliminares en la sala del redil. Pero le gustó. Sus labios tocaron los de ella, su atrevida lengua buscó la cueva de su boca, un anticipo de esa cueva más profunda.

Después de un largo momento, ella se echó hacia atrás y con voz ronca le preguntó: “¿Acariciarás mi pezón con tus dedos, a través de mi bata?”

Interpretaron un dúo de petición y cumplimiento.

“¿Besarte una vez más? ¿Con los ojos abiertos?”

“Y ahora desabotona mi bata, si quieres, y haz lo mismo en mi carne desnuda... por favor...”

“¿Y puedo tocar tu trasero?”

“¿Y ahora acariciarías los bordes de la flor?”

El juego duró horas. El sol se puso y Lilith lo llevó adentro, a una cámara iluminada por velas con una cama grande y suave en el centro y espejos en las paredes. River descubrió que hablar y describir ralentizaba su forma de hacer el amor a un ritmo enloquecedor. Pero luego se relajó y empezó a disfrutarlo. Experimentó todo dos veces, una en la descripción y otra en la acción.

Hasta que finalmente ella le preguntó: “¿Puedo preparar tu eje para entrar a la cámara?”

“¡Oh sí!”

Le deslizó un preservativo, lo acarició mientras lo hacía y murmuró lo que sonó como una oración: “Pongo esto aquí como señal de nuestro más profundo amor y respeto por los grandes poderes que generan la vida. Coloco esto para honrar el acto que estamos a punto de realizar con reverencia y cuidado unos por otros, por nuestra salud y seguridad. ¡Todos los actos de amor y placer son mis rituales!

Ella lo atrajo hacia ella. Sus ojos se encontraron.

“Ahora, no hables más”, dijo. “Ya no es necesario preguntar. Soy toda tuya. Eres mío”.

Sus miradas se encontraron, sus cuerpos se movían, arqueándose en la danza de las danzas. Se sumergió en ella, buscando sus profundidades, sus propias profundidades, el

placer de él, el placer de ella, esforzándose a través de la carne para tocar su alma y en esa conexión restaurar la suya. Ella respiraba en él como la tierra había respirado con él, su cuerpo cálido y radiante como el sol. Se movió dentro de ella mientras el aire entraba en sus pulmones, se disolvía en ella, el placer corría a través de él como una corriente danzante llena de riachuelos y ondas, rápidos de aguas danzantes, una catarata que se hundió sobre el borde del mundo y se derramó en su océano.

Durmió y se despertó con un hambre voraz. Se dio cuenta de que no había comido en todo el día. Ella se despertó cuando él lo hizo y trajo una bandeja llena de fruta, pan y quesos. Cuando él hubo satisfecho su primera oleada de hambre, ella le dio de comer bocados con los dedos. Luego volvieron a hacer el amor, durante toda la noche y hasta el amanecer.

Cuando llegó la mañana, ella lo besó por última vez.

“Duerme ahora. Hoy es un día para descansar, para integrar lo aprendido”.

“¿Alguna vez te veré de nuevo?” –Preguntó, repentinamente lleno de pánico.

“No te enamores de mí”. Ella lo besó en la frente.”

Pasó el día en el jardín, caminando y pensando, oliendo hierbas y mirando las flores con nuevos ojos. Estaba lleno de una tristeza conmovedora. Había recibido más de lo que jamás había imaginado. Se le abrieron nuevos mundos. Pero a pesar de lo que ella dijo, él la amaba. Ella era la primera mujer que lo había deseado, que sabía lo que era y todavía lo deseaba. ¿Habría alguna vez otra? Ya la extrañaba, extrañaba su tacto, su olor, su voz.

¿Por qué no podía encontrarla, abrazarla y retenerla? ¿Por qué todo lo dulce tenía que terminar?

Sin embargo, de alguna manera comprendió que estaba aprendiendo la lección final. Porque todo lo dulce se acabó. Así era la vida. O luchabas contra eso y tratabas de atar y enjaular lo dulce, matándolo antes de tiempo, o lo aceptabas, y eso hacía que cada momento de amor fuera aún más intenso.

“Entonces, ¿qué has aprendido?” le preguntó la vieja sacerdotisa. Se sentaron en el jardín, ante una mesa repleta de un abundante almuerzo. Tenía hambre otra vez, su cuerpo ansiaba energía para compensar toda la que había gastado.

Él la miró a los ojos y se dio cuenta con sorpresa de que ella también era una persona real. Ella tenía pensamientos, sentimientos y juicios ocultos que él nunca conocería.

Él sonrió y se encogió de hombros. No podía empezar a responder su pregunta, a poner todo lo que había experimentado en meras palabras.

“Ahora que has pasado por esto, ¿crees que la experiencia beneficiaría a tus hermanos soldados?”, preguntó ella.

Él le dedicó una sonrisa larga, lenta y cómplice.

“El ejército lo sabe y no necesita ninguna otra arma”.

Capítulo Ocho

El sol de la mañana entraba a raudales por el gran ventanal del dormitorio de Maya. Yacía en el abrazo de su cama, y la pálida luz de la mañana acariciaba los surcos y crestas de su suave piel, la mata plateada de su cabello extendiéndose sobre las almohadas.

Madrone dejó la pesada bandeja en el suelo. Era una reliquia de otra época, la superficie de metal estaba tan rayada y abollada que los rostros del Príncipe Carlos y Lady Di quedaban casi borrados. Encima, una tetera humeaba junto a una taza y un platillo adornados con capullos de rosa y una delicada jarra de porcelana contenía leche. En un plato pequeño había una tostada. Una vez, Madrone podría haber revuelto huevos de sus gallinas o haber preparado una gran olla de avena para Maya. Pero estos días la anciana comía poco.

Madrone estaba cansada. Había acabado su turno de noche y ahora estaba lista para irse a la cama. Podría haber despertado a Bird y haberle dejado que le trajera el desayuno a Maya, pero él estaba consiguiendo un sueño reparador hasta tarde después de lo que ella sospechaba que había sido otra noche de sueños de espectáculos de terror. Y saboreó ese tiempo con Maya, esos raros momentos de tranquilidad.

¿Cuántas mañanas más tendremos así? Se preguntó Madrone. Ella era sanadora y partera. Podía ver lo que le estaba pasando a su *madrina*. Es como si se estuviera poniendo en posición. El cuello uterino se abre, la cabeza encaja. Pronto nacerá a otra dimensión.

Y entonces, ¿qué haré? ¿Con quién hablaré mientras sale el sol y me siento como una tetera vacía, sin nada dentro más que los posos?

Maya murmuró suavemente. ¿Con qué estaba soñando? ¿Estaba abrazada a la abuela Johanna, su amante de toda la vida? ¿O al abuelo Rio, su otro amante de toda la vida? Madrone sonrió. ¡Debieron haber tenido algunas discusiones tormentosas para formar ese trío! Pero cuando era niña, ella no vio nada de eso. Cuando Rio la trajo desde Guadalupe, los tres ya se habían establecido en un compañerismo pacífico y habían sido sus pilares de estabilidad en esos pocos años de paz entre la muerte de su madre y la primera invasión de los Stewards.

Maya abrió los ojos.

“Crees que estoy durmiendo, pero no es así. Puedo sentir que me miras”.

“Si estás despierta, siéntate”, le dijo Madrone. “Te traje algo de desayuno. Buen té caliente”.

“¿Negro?” Maya levantó la cabeza esperanzada.

“¡Negro! Justo como te gusta. La mejor imitación del desayuno inglés del condado de Sonoma”.

Maya se levantó y Madrone le acomodó las almohadas en la espalda y colocó la bandeja frente a ella. Maya levantó la tapa de la tetera, inclinó la cabeza y olfateó.

“No es lo mismo que una buena taza de Yorkshire Blend o PG tips. Pero servirá. Tendrá que ser así. Al menos no es una insulsa bebida a base de hierbas.

“¡Cuidado, vieja! Estás hablando con una herbolaria”, sonrió Madrone.

“Estás hablando con una anciana, para que lo sepas”, replicó Maya. “¡Muestra algo de respeto!”

Levantó la tetera con manos temblorosas y Madrone la sostuvo. La bebida era rica y marrón. Maya añadió leche y removió.

“¡Me inclino ante tu gusto superior en mezclas de té, oh anciana!” Dijo Madrone.

Maya resopló. “No es que signifique mucho. ¡Tan pronto como empezaron a llamarme anciana, supe que ya no pensaban en mí como una chica atractiva!

Madrone se rió. “No sé sobre eso. Me parece que incluso ahora estás un poco ardiente.

“No. El doctor Sam fue mi última aventura salvaje. Y eso se acabó. Se desvaneció en mero afecto. El peligroso final del sexo con personas mayores”.

Madrone se sentó a un lado de la cama, agradeciendo unos momentos de tranquilidad mientras Maya tomaba sorbos de su té.

“¿Echas de menos tu juventud salvaje?” –Preguntó Madrone.

“Me entristece pensar que nunca volveré a hacer cosas sucias. Pero me cansa pensar en hacerlo”. Maya dejó el té y miró a Madrone con ojos que de repente se volvieron agudos y claros. “¿Pero qué hay de ti? ¿Qué le está pasando a tu juventud salvaje?

“No soy tan joven. Tengo casi treinta”.

“¡Treinta! ¡Ja! A los treinta apenas me estaba poniendo en marcha. Mientras que tú y Bird os parecéis cada vez más a un matrimonio de ancianos. Ha pasado un tiempo desde que escuché esos felices golpes y gemidos de una orgía grupal en el ático”.

Madrone sonrió. “Bueno, la mitad de los *compis* están dispersos, o concentrados en otras cosas. Y... no lo sé. Con Bird, es como si se intensificara”.

Estaba herido, fue lo que ella no dijo. Sus necesidades y las de sus pacientes juntas consumían toda la energía que tenía de sobra.

Maya le dio otra mirada penetrante. “No lo hagas el centro de tu vida, eso es todo”.

“¿Qué quieres decir?” Madrone sintió un arrebató de ira. “¡Él no es el centro de mi vida!”

Pero lo es, admitió para sí misma. ¿Cómo podría no serlo ahora mismo? Mi amor, mi corazón, mi propio milagro resucitado.

“¡No es así! Te veo mirándolo, con esa expresión en tu cara”.

“¿Cuál mirada?”

“La mirada de mujer. El '¿Está bien? ¿Qué más puedo hacer por él? ¿Cómo puedo adaptarme más a su estado de ánimo, calmar su dolor y sublimar sus sentimientos?’”

“Oh, *esa* mirada”.

“¡Diosa! ¡Como si no hubiera luchado todos esos años en el frente feminista para ahorrarte eso! Los oídos zumban por los chistes misóginos, los ojos pican por el humo de los sujetadores quemados...”

Ahora Madrone se reía. “¡No lo hiciste! Al menos no de esa manera. En realidad, nunca nadie quemó un sostén”.

–¿Cómo, en nombre de Hella, lo sabrías?

“Lo aprendí en nuestro Módulo de Historia Radical”.

“¡Ja! Yo estaba allí, mientras la Sra. Módulo de Historia Radical estaba amamantando a su bebé tonta”.

“Eres incorregible. Cómete tu tostada”.

Maya le dio un mordisco. “Solo quiero que seas la Hera de tu propia vida”¹⁵.

Ahora Madrone estaba irritada. “¿Y quién bajó a las Tierras del Sur? ¿Quién trajo los antídotos de los biogérmenes?

15 Hera es la reina del Olimpo, monarca de los cielos junto a Zeus, su hermano y consorte.

¿Quién fue al centro de investigación y rescató a Katy y luego ayudó a dar a luz a su bebé? ¡Mis credenciales de Hera son impecables!”

“No diré que no hayas tenido tus momentos”, admitió Maya. “Pero no dejes que se te escape. Te veo siendo absorbida por el interminable agujero negro de las necesidades de todos los demás. No pierdas de vista a las tuyas.”

¿Las mías? Pensó Madrone. ¿Pero qué necesidades tengo? Aparte de dormir un poco más. Estoy sana, bien alimentada y soy amada. Más que eso, soy un recipiente, con poder fluyendo a través de mí y el canto de las abejas zumbando en mis oídos.

“¿Pero no es eso lo que hacen las Heras? ¿Dejar de lado sus necesidades para servir a un bien mayor? Nadie ha librado nunca una batalla heroica para dormir ocho horas ininterrumpidas y comer un desayuno saludable y rico en vitaminas”.

“Solo asegúrate de ser el centro de tu propia historia. No Pájaro. No tus pacientes. Ni si quiera yo. Tú, Madrone. ¿Cuál es tu visión? ¿Qué deseas?”

¿Quién soy? ¿Si no estoy sanando, nutriendo o alimentando? Quiero un bebé, pero ¿es simplemente alguien más cuyas necesidades tendrán prioridad sobre las

mías? ¿Otra boca abierta que llenar? No soy pintora ni cantante ni narradora de cuentos.

No extraño ser una guerrera. Felizmente nunca más podría volver a saborear esa mezcla particular de terror, euforia, sed y pánico.

¿Qué pasa si mi centro *está* para servir a otros? ¿No es esa la esencia de lo que es un sanador?

Un barco. Una tetera. Inclinar me y servir.

“No lo sé”, admitió.

Madrone estaba lavando los platos del desayuno cuando entró Katy, con su bebé Lucía atada al cuerpo con un cabestrillo. Su cabello negro ondulado estaba recogido con una rosa detrás de su oreja, e incluso cargada con el bebé, su porte era majestuoso y elegante como el de una bailaora de flamenco. Madrone observó que se había saciado un poco con la buena comida de la Ciudad, y aunque todavía era esbelta, ya no parecía demacrada. Había un saludable y rosado rubor en su piel color miel oscura.

“He venido a pasar el día con Maya”, dijo. “¡Déjame hacer eso! Pareces exhausta. ¿Por qué no duermes un poco?

“¡No hasta que le dé una dosis a ese bebé!”

Katy desenvolvió a la niña y la puso en brazos de Madrone. Madrone la tomó y se hundió en el sillón del rincón más alejado de la habitación, mientras Katy se ocupaba de los pocos platos restantes en el fregadero. Lucía miró a Madrone con una mirada inocente e hizo una mueca.

“Juro que fue una sonrisa”, dijo Madrone.

“Ella sabe quién la trajo al mundo”.

Madrone sonrió al bebé. Lucía entrecerró los ojos y le devolvió la sonrisa, todo su cuerpo se retorció de alegría. Se sonrieron la una a la otra.

Esto es mejor que dormir, pensó Madrone, absorbiendo el puro y ridículo placer de dormir, emitiendo pequeños sonidos tontos y hablando como si fuera un bebé. Mi recompensa por ser una Hera. Por todo ese miedo y terror y por obligarme a ignorarlo e ir tras Katy de todos modos. Para esos momentos desgarradores en el barco de Isis, mientras escapaban, Katy gimiendo de dolor y terror y el bebé atrapado. Este momento de paz, ahora, con Katy tarareando en el lavabo y la luz del sol bañando las ventanas, Maya roncando suavemente en su cama y Bird todavía dormido, por fin, en la suya. Y esta niña, que me encanta con su sonrisa.

“¿Cómo es la vida en la Casa de las Madres?” –Preguntó Madrone.

“¡Feliz! Siempre hay alguien ahí para cuidar al bebé, si necesito un descanso. ¡Pero no hay silencio! Hay alrededor de un millón de niños pequeños, todos ellos bien dotados de pulmones y cuerdas vocales. Es agradable volver aquí de vez en cuando. Puedo tener un poco de paz y sentir que estoy haciendo algo útil”.

“Estoy segura de que siempre eres útil”.

“Tal vez. No es indispensable, como si estuviera en casa en las Tierras del Sur”.

En las Tierras del Sur, Katy había dirigido el hogar urbano de la Resistencia como una combinación de una madre superiora y de Wendy¹⁶ entre los niños perdidos. Hasta el allanamiento.

Katy suspiró. “Pero, en cualquier caso, ahora estoy dispensada y tendrán que arreglárselas sin mí”.

Parecía preocupada.

“¿Lo extrañas?”

“No el hambre, el polvo y el miedo. Extraño sentir que estaba haciendo algo importante. Algo para hacer un futuro

16 Nombre inventado por J.M. Barrie para la pieza teatral Peter Pan y conocido como una expresión en inglés para decir "amigo", luego de que una niña llamara al autor su "friendly-wendy".

mejor”. Parecía triste y preocupada. Los platos estaban lavados y se dejó caer en el sofá debajo de la ventana.

“Extraño a Hijohn. Ojalá pudiera ver a su hija”.

“Lo hará algún día”. Madrone puso toda la seguridad que pudo reunir en su voz.

“¿Cuándo?”, respondió Katy, y Madrone no tenía una respuesta real para eso.

Hace muchos años, alguien había colgado los prismas de una vieja lámpara de araña en los marcos de las ventanas, y ahora la luz del sol entraba a raudales y hacía que bailaran arcoíris por la habitación. Los ojos de Lucía los siguieron, sus brazos se agitaron como si estuviera tratando de agarrarlos con sus manos de bebé, su boca se movió con frustración.

Madrone la levantó y la sostuvo para que un arcoíris bailara cerca de su rostro. Ella pateó con alegría y obsequió a Katy con una sonrisa radiante.

“Perseguir el arcoíris”, Katy le devolvió la sonrisa. “No podemos hacer eso en las Tierras del Sur. Pero...” se detuvo.

“Pero no puedes evitar sentir que las Tierras del Sur también merecen unos cuantos arcoíris. Lo sé.” Ahora Lucía tenía los ojos fijos en Katy y extendía los brazos. Madrone la recostó en los brazos de Katy.

Katy miró a la niña y la acunó.

“Nunca tuve la intención de quedar embarazada de ella. Fue una locura, una locura. Pero sucedió”.

“Lo hizo.”

¿Le podría pasar a ella? ¿Podría ser así de fácil, sin largas discusiones, sin elecciones agonizantes? ¿Sólo un feliz accidente?

Katy continuó: “Y pensé: 'Bueno, ella será una niña de las Tierras del Sur, siempre en peligro, siempre necesitada, pero ella eligió entrar en esto y tal vez tenga un papel que desempeñar'. Lo acepto. Pero ahora... ahora hay una opción. Y no puedo elegir llevarla de nuevo a ese peligro, cuando podría estar a salvo aquí. Pero...”

“Pero quieres volver”, dijo Madrone en voz baja.

Katy asintió lentamente. “Quiero volver. Algunos días creo que me volveré loca, sentada en el jardín, con Lucía amamantando y mirándome con amor, y una parte de mí deseando envolverla en un saco y seguir el sol del mediodía de regreso a esas colinas polvorientas.”

“Lo sé.”

“¿Tú también lo sientes?”

“Bird lo siente. Es lo que puedo decir.” ¿Y qué tendría que decir Maya al respecto? Vale, lo admito, lo estoy haciendo, lo de la mujer. Ella me pregunta qué siento y yo le digo lo que él siente. Sin embargo, ella continuó. “Y si él va, querré ir con él”.

“¿Pero tú qué quieres?”

“¡Todo el mundo está preguntándome eso hoy!” Ella chasqueó. “¿Pero qué importa realmente lo que quiero? ¡Iré a donde me necesiten!”

“Te necesitarán dondequiera que vayas”, dijo Katy. “Así que es mejor que decidas por ti misma dónde quieres estar. ¿O acabarás siendo una de esas mujeres lloronas y amargadas que dicen: 'Lo dejé todo por ti y este es el agradecimiento que recibo?' Renuncié a mis sueños, a mis ideales, a mis ideales revolucionarios, a mi...” Su voz se quebró.

“No vas a renunciar a ello”, le aseguró Madrone. “Tal vez lo pongas en 'pausa' por un tiempo. O tal vez puedas confiar en que aprenderás cosas aquí que eventualmente pondrás en práctica cuando regreses”.

“¿Cuándo? ¿Qué edad es lo suficientemente mayor y lo suficientemente segura? ¿Otros diez años? ¿Una docena? ¿Cuándo tendrá edad suficiente para estar a salvo de los corrales de los Stewards?”

“Cuando liberemos las Tierras del Sur y no haya más corrales”. Salió de la boca de Madrone como una promesa.

¿Es esa mi tarea? Si la necesidad de una sanadora es grande aquí, ¿cómo será si vuelvo allí? Y cuanto más poder gano, mayor es la necesidad de él.

Pero Katy tenía razón. Maya tenía razón. No podía simplemente seguir a Bird hasta allí si él iba.

Tenía que encontrar su propia atracción gravitacional, su propio sol alrededor del cual girar.

Capítulo Nueve

La Cúpula del Consejo había sido una de las estructuras que sufrió más daños bajo el mando de los Stewards, quienes habían hecho pedazos sus ventanas geodésicas. Las reparaciones estaban en marcha, pero llevarían muchos meses, sobre todo porque el Gremio de Constructores decidió aprovechar la oportunidad para mejorar los sistemas de aislamiento y energía.

Mientras tanto, los habitantes de la Ciudad se reunían para tomar decisiones en el anfiteatro del cerro destinado a rituales y teatro al aire libre. Un camino procesional serpenteaba por las laderas, pasando por altares a la Tierra, el Aire, el Fuego y el Agua y esa quinta cosa sagrada que no tenía un solo nombre. En lo alto había santuarios para todas las religiones imaginables, con estatuas y relicarios,

estandartes y esculturas, campos de baile y un montón de piedras para honrar a los muertos.

Abajo se extendía el colorido tapiz de calles verdes, las brillantes cintas de los arroyos, los coloridos molinos de viento y las banderas ondeando alegremente. La vista casi, pero no del todo, compensaba el viento que arrancaba sombreros y enredaba bufandas ondeantes.

Bird se sintió ansioso cuando metió a Maya entre la multitud y le encontró un lugar de honor en el frente, junto a Lily, su antigua amiga del Consejo de Defensa. Maya había insistido en ir, y aunque a Bird se le ocurrían diez razones por las que debería quedarse en casa, no se atrevía a armar un argumento. ¿Cómo podía decirle: “Puede que sea demasiado para ti” sin dar a entender que ahora estaba demasiado débil para participar en la vida de la Ciudad? ¿Cómo podría decir: “Toda la Ciudad verá que te estás volviendo cada vez mayor”, sin admitir ante sí mismo y ante ella que ella se estaba escapando?

Amani, de ojos oscuros, estaba facilitando, vestido con una túnica bordada de color rojo carmesí, su cabello negro recogido en cien largas trenzas con pequeñas campanillas en los extremos. Bird habría deseado que fuera Salal, pero ella no podía coordinar todas las reuniones. Smokee se sentó junto con Isis y Sara, las tres vestidas con pantalones cortos de pirata y sudaderas voluminosas. Holybear estaba sentado junto al doctor Sam, todavía sano y vigoroso de unos

ochenta años, en medio de una multitud de sanadores. Frente a él estaban sentados Cress y su grupo del Gremio del Agua, quienes se fijaron en Bird con miradas hostiles.

El intérprete para sordos miró a Amani inquisitivamente y él asintió para indicar que agradecía la interpretación. Los jóvenes de la Ciudad, que habían crecido después del Levantamiento, hablaban el lenguaje de señas americano con tanta facilidad como el inglés, pero incluso a los más fluidos a veces les resultaba difícil hablar inglés y señas al mismo tiempo.

En las estaciones que marcaban los cuatro cuartos del anfiteatro se sentaban cuatro figuras enmascaradas. En el Este, Alcón estaba sentado cubierto de pico y plumas, listo para hablar en nombre de las criaturas del Aire. En el Sur, Coyote escuchaba atentamente los mensajes del Fuego. En Occidente, Salmón hablaba del agua y de todos sus largos esfuerzos por restaurar los cursos de agua y recuperar los peces sagrados que unían el océano con la tierra. En el Norte, Ciervo alzaba sus orgullosas astas de mensajero de la Tierra. La portavoz de las Voces, con una barba suelta y faldas arremolinadas, se movía entre ellos, lista para agacharse y escuchar un susurro.

Amani plantó los pies, observó a la multitud, sacudió la cabeza de modo que sus trenzas se agitaran hacia adelante y hacia atrás y las campanas tintinearan.

“Hay un buque de guerra anclado en alta mar”, dijo. “En la agenda de hoy hay que decidir qué hacer al respecto. Hasta ahora, lo que hemos hecho es observar durante semanas. ¿Es eso lo que queremos seguir haciendo? ¿O algo más? Primero solicitemos un informe del Gremio Técnico”.

Beryl, una de las técnicas, se puso de pie. Delgada, pálida, con la cabeza afeitada y un cuerpo casi sin género, oculto bajo una túnica plateada, Beryl hablaba con una voz quebrada y chirriante, como un sistema de sonido anticuado y poco utilizado. “Están interfiriendo nuestro contacto por radio con Cascadia y Heartlands. O creen que lo hacen. Hemos podido evitar su obstrucción utilizando tecnología de resonancia mórfica. Hasta ahora.”

Un hombre corpulento se encontraba detrás de la multitud y gritó con voz resonante. “¿Cómo sabemos que simplemente se dedicarán a interferir con las comunicaciones? ¿Qué pasa si empiezan a disparar proyectiles contra la Ciudad?

El zumbido se hizo más fuerte, con un trasfondo de miedo.

“¡Están atacando de nuevo!” gritó una mujer.

“Siempre supimos que lo harían. ¡Tenemos que bajar allí y erradicarlos! –tronó un hombre fornido.

“¡Eso es belicismo!” Llegó un grito desde atrás.

“¿Qué es un buque de guerra: una brigada de paz?”, respondió el.

“¡Tranquilos!”, gritó Amani. Golpeó con el pie, agitó las trenzas y lo gritó muchas veces antes de que cayera el silencio.

“Vamos a hacer un turno de palabra”, dijo. “Los llamaré de uno a la vez, ¡así que esperen su turno! Lily, eres la número uno”.

Lily se levantó. Debía tener casi la edad de Maya, pensó Bird, pero era delgada, erguida y grácil, y aunque ahora se apoyaba en un bastón, su columna estaba recta y su postura era tan orgullosa como la de una bailarina. Su rostro era un mapa de contornos de arrugas. Sus ojos oscuros, medias lunas rodeadas por una red de líneas, todavía eran agudos y claros, enmarcados en un rostro que era un mapa de contorno de arrugas. Su cabello todavía era negro medianoche. Maya la acusaba de teñirlo, pero Bird de alguna manera no podía imaginar a Lily preocupada por esas cosas. Sus labios se curvaron en una serena sonrisa.

“Deberíamos acercarnos a los marineros”, dijo, “y ofrecerles la oportunidad de desertar”.

Cress resopló. Amani lo miró fijamente y él guardó silencio, pero levantó la mano para pedir un turno. Amani asintió en reconocimiento y luego señaló a Sara, que era la siguiente.

Cress esperó su turno. Le dio tiempo para prepararse para la recepción hostil que generalmente recibía del Consejo. ¿Por qué? Se preguntó cuando decía la simple verdad. Pero la gente generalmente no quiere oír la verdad. Prefieren escuchar tópicos reconfortantes y palabrerías que respalden sus creencias.

“El problema es”, dijo Sara, “que no podemos acercarnos lo suficiente al barco para ofrecerles nada. Cualquier barco que se acerque, por pequeño que sea, lo bombardean con sus proyectiles”.

“Prueba de que temen nuestra estrategia”, dijo Lily. “Temen que la lealtad de sus tropas no resista la exposición a nuestras costumbres”.

Cress se puso de pie y se rodeó el torso con los brazos; su chaqueta azul del Consejo del Agua era demasiado fina para protegerle del viento. Había perdido carne durante la invasión y la ropa le colgaba. Tomó un respiro profundo.

“Tal vez sea así”, dijo. “Pero también han descubierto una buena manera de evitar que se ponga a prueba esa lealtad. Tenemos que sacarlos. No podemos simplemente sentarnos aquí pasivamente y esperar a que vuelvan a por nosotros”.

Miró desafiante a través de las gradas a Bird, que estaba sentado solo en una fila superior. Adelante, idiota, discútelo,

ansiaba decir. Haz algún discurso conmovedor y arrogante sobre el amor. ¡Te reto!

Bird percibió la impaciencia en su voz y aventuró una breve sonrisa conciliadora. Simpatizaba con Cress, aunque el hombre lo odiara. Si bien Bird admiraba a Lily, a veces encontraba irritantes sus certezas absolutas e inquebrantables. Tal vez él y Cress podrían hacer una alianza y dejar que parte de la hostilidad entre ellos disminuyera.

Pero Cress sólo le devolvió la mirada.

Ya no parecía tan arrogante, pensó Cress. Los Stewards lo derribaron. ¡Tonto arrogante! Bird fue quien había apoyado a Lily y Maya, defendiendo la resistencia no violenta. Pero no había tardado en traicionarlos a todos, sentado allí en la Plaza Central, vistiendo el uniforme del enemigo, y repartiendo sus cartillas de racionamiento de agua.

Cress pensaba que debería haber sido juzgado por traición. Desterrado para irse a vivir con el pueblo jabalí. Pero si bien decían que no había jerarquía en Calafia, que nadie estaba por encima o por debajo de otro, eso no era funcionalmente cierto. Se hacían concesiones al nieto de Maya el narrador de historias de la Ciudad y una de las figuras clave del Levantamiento, que no se harían a un hombre común y corriente.

Se dio cuenta de que estaba mirando a Bird. Podría haberlo dejado ir y perdonarlo. Pero se aferró a su resentimiento latente, un carbón de calidez contra el frío.

“Sácarlos, ¿cómo?”, –respondió Lily, interrumpiendo sus pensamientos.

“Bueno, no podemos ofrecerles un lugar en nuestra mesa”, escupió Cress con impaciencia. “No cuando disparan primero y parlamentan después. ¿Por qué no simplemente los sacamos del agua? Tenemos artillería que capturamos a los Stewards”.

“Fue al invitar al ejército a nuestra mesa por lo que obtuvimos la victoria”, dijo Lily.

“O a pesar de ello”, respondió Cress. Es la presunción lo que me afecta, pensó. Casi habría valido la pena la victoria de los Stewards para no tener que mirar esa sonrisa de Kuan Yin en el rostro de Lily¹⁷. Pero cuidado. Toma un respiro. No te aproveches de ella o perderás el apoyo que tienes entre la multitud.

“¡Y ahora mira lo que nos consiguió!” continuó. “¡Tenemos una ciudad llena de sojuhs comiendo nuestra comida,

17 Cuenta la historia que Kuan Yin o Kwan Yin fue una maestra, que por su bondad fue ascendida a diosa. Se la conoce como la diosa del amor, la compasión, la misericordia y el perdón. Fue discípula amada de Buda.

sentados en nuestros cafés, acosando a nuestras mujeres y amenazando la paz!”

Una mujer alta, con rastas, se puso de pie de un salto. “¿*Tus* mujeres?”, tronó ella. “¿Desde cuándo las mujeres de esta ciudad se han convertido en *tus* mujeres?”

Mierda, eso fue un grave error, admitió Cress para sí mismo.

Una rubia pequeña pero musculosa que estaba a su lado saltó. “Y somos perfectamente capaces de defendernos, muchas gracias”.

“No me refiero a 'nuestras' mujeres en el sentido de posesión”, retrocedió Cress rápidamente. “Lo dije en el sentido de 'todos somos parte de la misma ciudad'”.

El representante de los sojuh se quedó estupefacto. “¡Vete a la mierda!” escupió a Cress.

“Bateando a cien”, murmuró Flo detrás de él. “¿A quién más puedes cabrear?”

“¡Callate!” le espetó. Ese tipo de comentario era la razón por la que su relación estaba más apagada que encendida. Lo que necesitaba de un socio era apoyo, no crítica. Alguien que estuviera de su lado, como siempre lo había estado Valeria.

Valeria. Mejor no pensar en ella en este momento, ni en su hijo que nunca había tenido la oportunidad de vivir.

“¡Silencio!”, llamó Amani. “Gente, recuerden, no realizamos ataques personales”.

Flo puso una mano en el brazo de Cress para contenerlo. Cress se sentó abruptamente.

“Los sojuhs están trabajando ahora”, objetó Allie, la guía que trabajó con el Grupo de Aprendizaje de Rosa. “Están ayudando a los niños a reconstruir las Rutas de Aprendizaje. Y obtienen una educación”.

“Algunos de ellos”, gritó una voz desde atrás.

River se puso de pie. “Ya no van a acosar a nadie más”, dijo. “El Templo del Amor se encargará de eso”.

“Dulce”, dijo Cress. “El resto de nosotros nos estamos rompiendo las venas limpiando la mierda que el ejército dejó, mientras los sojuhs se divierten en el Templo del Amor. ¿Qué más podemos hacer por ellos? ¿Pelarles unas uvas?”

“No lo sabes”, dijo River con dignidad. “No sabes lo que hacen. Los luchadores deben convertirse en personas reales antes de poder ayudarte. En el Templo del Amor, ellos se dan cuenta de eso”.

“Sin ofender”, dijo Cress. “¿Pero una semana en el Templo del Amor realmente va a transformar a una banda de asesinos despiadados en sensibles capullos de rosa de la paz?”

Flo lo pellizcó.

“Es un comienzo”, respondió River. “Tenemos que empezar por alguna parte”. Estaba mirando a Cress, sin bajar los ojos. Cress lo miró fijamente. Como dos gallos adolescentes, pensó, intentando demostrar quién la tiene más larga. En un momento empezarán a cacarear.

Flo volvió a pellizcarlo, pero él la ignoró y se volvió hacia la multitud.

“Entonces, ¿por qué son sólo los sojuhs?” preguntó. “¿Qué pasa con las chicas de los corrales? ¿No merecen ellas también un poco de amor?”

Ante esto, la representante de las chicas de los corrales, sostenida por muchas manos alentadoras, se puso de pie con dificultad. Parecía aterrorizada y su voz temblaba.

“No quiero eso”, dijo. Miró a su alrededor después de hablar como si esperara que cayera un golpe. Amani levantó una mano pidiendo silencio. Todos esperaron expectantes.

“Adelante”, dijo Amani suavemente. “Si tienes más que decir, estamos aquí para escucharte”.

La chica meneó la cabeza. “Dejen en paz a las chicas de los corrales”.

“¿Eso es todo lo que quieres decir?” –Preguntó Amani.

La representante era pequeña y ligera, dolorosamente delgada, como si nunca hubiera comido lo suficiente. Tenía la piel de color chocolate, ojos redondos y oscuros y rasgos finos y delicados. Si no pareciera tan asustada, sería bonita, pensó Cress. Pero frágil, como si fuera a romperse si la miraras demasiado fijamente. Él suspiró. Lo que no quería era un conflicto con las chicas de los corrales. Sólo verla temblar le hacía sentirse como un matón.

“Sólo una cosa quieren las chicas de los corrales”, murmuró, mirando hacia abajo.

“¿Cuál es? Adelante, no tengas miedo”, la animó Amani. “Si podemos ayudarlas a conseguirlo, lo haremos”.

La representante sacudió la cabeza y cerró los labios con fuerza. El Consejo esperó.

“Está bien”, dijo Amani. “No importa lo que sea. Puedes decirlo aquí”.

La muchacha miró a su alrededor, abrió la boca y la volvió a cerrar.

“Respira hondo”, la animó Lily. “Encuentra tu coraje, niña, y habla”.

La chica levantó la mirada. Inhaló un suspiro tembloroso y luego, rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión, habló. “Bebés.”

De nuevo el Consejo esperó.

“Las chicas de los rediles quieren recuperar a sus bebés”, espetó.

El representante de los sojuhs resopló. “Los bebés ya comen carne de perro. Alimentos para mascotas.”

Ella se giró hacia él. “¡Vete a la mierda, bolas de baba!” Las palabras salieron de ella. Ya no estaba asustada, sólo estaba furiosa. “¿Cuántas veces han estado los idiotas en la sala de recreación? ¿De dónde vienen esos bebés, chorro de pus? ¡Ellos también son bebés de sojuhs!

Ella se sentó, pareciendo a la vez asustada y triunfante. El Gran sojuh quedó atónito y en silencio. Parecía confundido, como si una nueva idea estuviera trabajando en su cerebro.

River miró fijamente a la chica. Él también estaba luchando con una serie de ideas nuevas. Nunca había pensado que los bebés tuvieran alguna conexión con él, con los gruñidos en la sala de recreación. Pero por supuesto que lo hacían. Podría ser no sólo una persona sino un padre. Podría haber

cualquier cantidad de pequeños Rivers por ahí, que hubieran sido arrancados de los brazos de sus madres, sufriendo las palizas y el simulacro. O peor aún, acorralados en los rediles, aprendiendo a tolerar los sondeos, las palizas y las violaciones.

De repente, él también se sintió invadido por una sensación de indignación. ¿Cómo es posible que nunca hubiera pensado en esa violación definitiva de sí mismo, de su semilla, de su futuro? Fue como una tormenta que lo sacudió, y cuando pasó, supo sin lugar a dudas que regresaría, regresaría a las Tierras del Sur. Lo habían criado y entrenado para ser un luchador, bueno, entonces él pelearía y ellos llegarían a arrepentirse de haber forjado tal arma.

Él se paró. Amani le hizo un gesto con la cabeza para que hablara.

“Este luchador...” se detuvo. “No, yo. Yo, River, volveré a las Tierras del Sur. Norte nunca estará realmente seguro mientras gobiernen los Stewards. Pero las Tierras del Sur están llenas de gente, gente real también. Personas que merecen algo mejor que lo que ofrecen los peces gordos.

“Es hora de poner fin a este lío. Cualquier luchador que quiera ir conmigo, es bienvenido. Pero iré aunque sea solo”.

Miró a la chica. Ella lo miraba con algo en los ojos, algo parecido a la admiración. Lo excitó. También su miedo, su fragilidad. Ohnine, el raza que había sido, podía romperla en pedazos, y eso lo excitaba, lo hacía sentir poderoso a la vieja manera. Pero ahora también le repugnaba un poco, le daba vergüenza.

Sin embargo, había algo más, un impulso diferente que podría sentir River, el bailarín del Templo del Amor. ¿Cómo sería abrazarla, sentir su cuerpo estremecerse bajo el de él no de miedo sino de placer? Ese sería un tipo diferente de poder, y la idea lo excitó aún más.

¿Podría hacer eso?, se preguntó. ¿Podría enseñarle lo que le enseñaron las sacerdotisas?

Y había algo más. Era una chica del corral, pero también era una persona real. Ella había hablado: era valiente y eso le gustaba.

Cress volvió a mirar a River, pero esta vez se permitió sonreírle al sojuh. De repente lo invadieron las ganas de ir con él. Para deshacerse de esta ciudad empalagosa con sus calles perfumadas de flores, sus facciones que lo despreciaban y sus rincones llenos de dolor. Difícilmente había un parque o un cenador donde no hubiera estado alguna vez con Valeria. Ni un patio de recreo ni una estación de aprendizaje donde no se hubiera imaginado a su hijo riéndose y corriendo hacia él con los brazos extendidos.

Él se puso de pie. “No estarás solo, *compañero*”. Y de repente se sintió ligero, liberado. Sí, esto era para lo que estaba destinado, lo que estaba llamado a hacer.

Uno por uno, por todo el teatro, otros se pusieron de pie. Venían de todos los diferentes gremios, agricultores, técnicos y algunos de los sanadores más jóvenes.

“¿A cuántos sojuhs crees que podrás persuadir para que te acompañen?” –le preguntó Cress a River, manteniendo su voz cuidadosamente calmada y neutral. Había un pequeño trozo de piel en el interior de su mejilla y se dio cuenta de que lo estaba masticando por la tensión.

“No todos”, admitió River. “Pero muchos.”

“¡Y no sólo los que tienen el pene por cerebro!” Smokee se puso de pie. “Vamos a recuperar a nuestros propios bebés, ¡gracias!”

“¿Las chicas de los corrales?” Dijo Cress, incapaz de permanecer en silencio por más tiempo. “¿En realidad? ¿Crees que son capaces de eso?”

La representante de ellas se levantó. ¡Las chicas de compañía también pelean!

“¡Con las piernas por el aire!” se burló un ex sojuh. “¡Con el culo al cielo!”

De repente, los antiguos sojuhs, las dependientas y la mitad de la gente de la Ciudad empezaron a gritarse unos a otros.

“¡Tranquilos!”, gritó Amani. Pero su voz se perdió en el caos. “¡TRANQUILOS!” gritó a alto volumen. “Repetid conmigo: '¡SILENCIO!'”

“¡TRANQUILOS!” –tronó gran parte de la multitud, y se hizo el silencio.

Isis y Sara se levantaron juntas y llevaron a Smokee con ellas.

“Entrenaremos a las ex chicas de entretenimiento”, dijo Isis. “Tenemos un plan”.

“¿Podemos volver al buque de guerra?” –Preguntó Cress. La irritación había vuelto a aparecer en su voz. Respiró larga y profundamente.

“Lily, realmente respeto tus puntos de vista”, dijo en un tono neutral y controlado. “Y lo admito, la no violencia funcionó bien para nosotros en la defensa de esta ciudad. Pero una cosa es ofrecerles a los soldados un lugar en nuestra mesa cuando están en tu jardín trasero. ¿Cómo podemos conquistarlos cuando ni siquiera podemos verlos? ¿Cómo evitamos que nos lancen un ataque desde lejos? Podrían tener cualquier cosa, incluso un viejo misil nuclear”.

Lily permaneció en silencio.

“¿Bien?” Cress estaba perdiendo la paciencia.

“¡Estoy pensando!, dijo ella.

Maya se puso de pie. “En la época en que yo era un cuadro revolucionario, en el escuadrón de explosivos...”

“¿Tú?” Cress la interrumpió sorprendido. ¿Qué estaba tratando de hacer ahora?

Bird le dirigió una mirada aguda y ansiosa. Pero sus ojos estaban claros y concentrados, con una leve sonrisa en su rostro. Era uno de sus días buenos, cuando estaba plenamente presente. Debería simplemente relajarse.

“¡Pensé que eras pacifista!” dijo Cress. Solo cuando conviene a tus propósitos, pensó con amargura.

“Hay muchas cosas que no sabes sobre mí”, resopló Maya. “Nunca fui pacifista; ya no lo soy”.

“¿'Hay un lugar para ti en nuestra mesa, si decides unirme a nosotros'? ¿No fuiste tú quien inventó esa frase?” Cress no estaba seguro de si estar enojado o simplemente confundido.

“Esa fue una visión”, dijo Maya. “Nunca dije que fuera un dogma para todas las ocasiones. Esto es lo que he aprendido

después de una vida larga y malgastada: ganarle al enemigo es preferible a masacrarlo. Pero siempre es un experimento. No tengo la pura fe de Lily. Pero estoy dispuesta a intentarlo. Y creo que si aceptamos la necesidad de la matanza, no nos esforzamos en emplear nuestra imaginación, nuestra magia, nuestra compasión. Volvemos a caer en la vieja historia”.

“Pero la vieja historia sigue ahí, anclada en alta mar”, objetó Cress. Y ahora sabía por qué estaba tan enojado. ¿Por qué siempre tenía que ser él quien los devolviera a la realidad? ¿Estaba anhelando la guerra? ¡No! ¿Tenía ansia de batalla, sed de la sangre de su enemigo? ¡No! ¡Quería cavar hoyos en la tierra que pudieran convertirse en estanques primaverales y canalizar aguas grises para cultivar flores frágiles!

Pero los Stewards le estaban quitando eso, como ya le habían quitado mucho, las pérdidas en las que no podía soportar pensar. Y estos idiotas que lo rodeaban todavía no parecían poder lidiar con hechos claros.

Maya suspiró. “Creo que todo el mundo tiene algo redimible dentro de sí. Pero al final todo se reduce a elegir. No todos tomarán la decisión de ser redimidos”.

“¿Y el buque de guerra?” –incitó Cress. “¿Cómo atajamos eso?”

“Estoy tratando de decírtelo, si dejas de interrumpir. En aquel entonces, en la Guerra de Vietnam, claro está, cuando habíamos perdido la fe en las marchas y manifestaciones y algunos de nosotros creíamos que se requería una acción más energética. Pensábamos que atacando la infraestructura del sistema revelaríamos su debilidad. Nos considerábamos activistas no violentos, es decir, en realidad no queríamos hacer daño a nadie. Sólo queríamos volar algunos de los pilares que apuntalaban el sistema, como los campos de tiro o los transportes de armas.

“En retrospectiva, eso no funcionó bien para nosotros. La fisicalidad del sistema era su punto fuerte. Habríamos hecho mejor en atacar su punto débil: su legitimidad”.

“¿Cómo hubierais hecho eso?” –Preguntó Sara.

“Exponiendo la violencia que lo sustentaba. Nuestros mayores éxitos se produjeron cuando hicimos visible esa violencia”. Sara todavía parecía confundida, por lo que Maya continuó. “Cuando marchamos, cuando nos manifestamos, cuando enviaban a la policía a atacarnos, quedaba claro que el sistema necesitaba la fuerza para mantenerse. No podía sostenerse sólo por sus propios méritos. Por supuesto, con la guerra la gente espera violencia, pero lo que revelamos fue que la violencia estaba integrada en el sistema. No fueron sólo las jaulas de los tigres, las ejecuciones y los niños quemados hasta los huesos con napalm, aunque eso era malo y estaba más allá de lo que la gente más inocente de

esa época estaba dispuesta a aceptar como costo de la guerra. Fue la injusticia subyacente, la forma en que los ricos podían evitar servir pero los pobres no tenían otra opción. Las mentiras, la codicia a la que servía la guerra... todo eso estaba empaquetado en cada porra que caía sobre la cabeza de un manifestante por una nación pacífica.

“Nuestras voladuras de edificios simplemente confundieron el asunto. La mayoría de la gente no logró comprender la sutil distinción entre los radicales que atacan a una junta de reclutamiento y no lastiman a nadie, y el ejército en Vietnam masacrando a civiles. Pero estoy divagando, lo sé”.

“La cuestión es, ¿cómo lo hicimos? ¿Es decir, evitar lastimar a la gente? Colocamos la bomba y luego llamamos para avisar. Les daba a todos una clara oportunidad de salir”.

“Entonces, ¿qué sugieres que hagamos con el buque de guerra?” –Preguntó Sara.

“Es simple”, dijo Maya. “Minarlo y luego darles una advertencia. Ofrecerles una opción”.

“¿Cómo hacemos eso cuando no podemos acercarnos lo suficiente a ellos para hablar?” Preguntó el doctor Sam.

Maya sacudió la cabeza hacia él como si fuera irremediablemente oscuro. “¿No tenemos una ciudad repleta de técnicos e ingenieros?”

“¿Y minar el barco?”, preguntó Beryl, la técnica.

“Tenemos buzos”, dijo Shakir del Gremio del Agua. “Y podríamos usar kayaks y balsas. Lo suficientemente pequeños como para pasar desapercibidos. Entrar de noche o al amparo de una tormenta...”

Siguió una larga discusión y poco a poco idearon un plan.

“Eliminar el buque de guerra y luego dirigirse hacia el sur”, dijo River. “Necesitamos algo de tiempo para prepararnos”.

Lily se levantó y se dirigió a River.

“Entonces, soldado. Te propones ir a liberar tu patria... ¿y quién podría culparte? ¿Pero cómo te propones librar esa batalla?

“Tengo armas. El ejército nos dejó armas y estos tubos... nosotros... sabemos cómo luchar”.

“Las armas pueden matar”, dijo Lily. “Y con ellas es posible que puedas dañar o incluso destruir sus fuerzas. Pero las armas no pueden liberar. Para hacer eso, necesitarás iluminar las mentes de los habitantes del sur, no solo destruir sus cuerpos. De lo contrario, simplemente reemplazaréis una tiranía por otra”.

River se encogió de hombros. “El trabajo del Sojuh es simplemente despejar el camino”.

“¿Despejar el camino para qué?” –Preguntó Lily. “¿Cómo liberaréis a las personas que no comprenden lo que puede significar la liberación?”

Bird se sentó librando su propia batalla interior. Lo que le hacía dudar no era el miedo por sí mismo. Había entrado en una especie de zona de calma mortal, más allá del miedo. No, era más la incertidumbre sobre cómo empezar y qué hacer.

Había bajado el arma. Había elegido, en el momento de la prueba definitiva, confiar en un tipo de poder diferente. Había jurado que sus manos, rotas como estaban, ya no matarían.

Sin embargo, todo dentro de él anhelaba volver a tomar las armas y llevar a los soldados de regreso al Sur, abriendo camino hacia la liberación, poniendo fin para siempre a la amenaza de los Stewards. Soñaba con armas de fuego por la noche. Le dolían las manos por sostener el peso de una.

Él había estado allí abajo. Sabía cómo era la vida en sus barrios marginales, en las colinas sedientas, en sus prisiones. No podía trazar una línea alrededor del Norte y decir: éste es mi único pueblo, nadie más cuenta. Porque las Tierras del Sur también estaban llenas de gente y, aunque sufrían, él no podía perder por completo su propio dolor ni curar sus cicatrices.

Soy un luchador. Sé pelear. Y sé contra qué estamos luchando.

Sin embargo, su poder más profundo le había llegado como cantante, como creador de música. Podía sentirlo surgir dentro de él, llevándolo noche tras noche a su piano y sus partituras, escuchando canciones, escribiéndolas nota por nota a pesar de que ya no podía tocarlas mientras las escuchaba.

¿Haré estallar ese poder en el olvido?, pensó. ¿Se escapará con la primera sangre que derrame? Sin embargo, ¿cómo, en nombre de Hela¹⁸, podemos liberar las Tierras del Sur sin luchar por ellas? No podemos invitarlos a nuestra mesa; estaremos invadiendo la de ellos. No podemos ganarnos a los soldados con amabilidad ni perseguirlos con culpa.

¿Cómo podrían inspirar a la población a luchar cuando dicha población no tenía idea de lo que era o a lo que podría conducir un Levantamiento?

Y allí estaba Maya. Cuéntales la historia, había dicho. Canta la canción. Sin embargo, ¿cómo podría dejarla al final de su propia historia? ¿Cómo podría no estar allí para cantarle cuando llegara el momento de irse?

18 Hela o Hel era la encargada en el inframundo de los muertos sin honor en la mitología nórdica.

Cuando la asamblea terminó, River vio a la representante de las chicas de entretenimiento salir del anfiteatro y dirigirse por el camino. Él la siguió. Tenía la cabeza gacha y no miraba ninguno de los santuarios, las esculturas, los árboles y las flores a su alrededor, sólo el camino frente a ella. Entonces él pudo acercarse por detrás.

“Aya”, dijo.

Se giró, sorprendida, buscando un lugar donde correr. Levantó las manos.

“No tengas miedo. No te haré daño. Sólo quiero hablar”, dijo tan suavemente como pudo.

“¿Hablar?” dijo, como si nunca hubiera escuchado la palabra.

“Me gustó lo que dijiste”. Él se apresuró a alcanzarla y se sintió incómodo, grande y pesado. “Nunca había pensado en eso antes. Los bebés. Sobre... sobre que quizás algunos de ellos también sean míos.

Ella lo miró de arriba abajo con sospecha.

“¿Qué quiere este tubo?” exigió.

“Nada.” Tomó una gran bocanada de aire y pensó en los riesgos que había corrido antes. Decir sí a la Ciudad. Sí al Templo del Amor. Habían funcionado bien. ¿Qué le diría Maya que hiciera? Probablemente diría: “Adelante, sojuh”. ¿Qué tienes que perder? “Solo... ¿puedo acompañarte de regreso al convento?”

¿A cuántas chicas del corral había cogido, sin pensarlo dos veces? Santo Jesús, ¿por qué le tenía miedo ahora?

“No hay nadie que pueda detenerte”, dijo. Él lo tomó como un sí y se puso a caminar junto a ella.

River pensó que debería decir algo, pero no se le ocurrió nada que decir. Finalmente, forzó una pregunta suave.

“¿Feliz, en el convento?”

“Sin quejas.”

Siguieron caminando más, hasta la fila de las góndolas del teleférico que llevaban a la gente de una colina a otra sobre la Ciudad.

“¿Quieres montar o caminar?” preguntó él.

“No te montes en esas tonterías”, respondió ella.

“¡Es maravilloso!” dijo con entusiasmo. “Como volar. Ver toda la Ciudad extendida abajo”.

“Caer del aire no es tan maravilloso”.

“Nunca sucederá. ¡Promesa! ¿Quieres probarlo?”

Ella le dirigió otra mirada larga y sospechosa, pero se puso en fila a su lado.

“Tienes espíritu. A este luchador le gusta eso”, dijo.

“No le pido a ningún tubo que le guste o no”, replicó ella, pero la línea rígida de su columna se suavizó un poco y, a medida que se movían con la fila, ella se acercó un poco más a él.

“Mi nombre es River”, dijo. “¿Cómo te llaman ellos... a tí?”

“Hallby”.

“¿Eso es un nombre o una dirección?”

“No tengo nombre.”

“Deberías tener un nombre”, dijo, consciente de su ligereza, de lo pequeñas que eran sus muñecas, de lo frágil que parecía. “No voy a decir ninguna dirección. Esa mierda se acabó”.

“No pido que me llamen de ninguna manera”. Ella se puso rígida y se alejó de él.

Había un gatito en el jardín de la casa del Dragón Negro al que ella le recordaba. Lo veía en el patio cuando salía a regar las plantas o cuidar las gallinas. Era pequeño y parecía muy delicado, pero cuando acechaba a un insecto era feroz, y si intentabas agarrarlo o acariciarlo cuando no estaba de humor, te arañaba y bufaba.

“Kit”, dijo. “Te llamaré... Kit”.

“¿Kit?”

“¿Te gusta?” preguntó. Ella se encogió de hombros.

Eran los siguientes en la fila para subir a la góndola, que se detuvo frente a ellos. River saltó. Kit vaciló en la plataforma.

De repente, encontró irritante su miedo. Él salió, la agarró del brazo y la impulsó hacia adentro.

Ella bajó los ojos, como hacían las chicas de servicio, y él sintió la misma extraña mezcla de excitación y vergüenza. Sí, ella le dejaría hacer lo que quisiera con ella. ¿Pero era eso lo que quería?

Sintió un cosquilleo eléctrico, como un pulso que los uniera, donde su mano agarró su brazo. Tal vez la estaba abrazando demasiado fuerte, lastimándola. Su eje se calentó ante la idea de forzarla, y no quería hacer eso. ¡Mierda! Él dejó caer sus brazos.

La góndola arrancó con un bandazo y ella tropezó y cayó contra él. Sin pensarlo, sus brazos la estrecharon. Ella se quedó helada, rígida contra él.

¿Qué le habían enseñado en el Templo del Amor?
¡Pregunta!

“¿Está bien hacer esto?” preguntó. “¿Quizás sentirte más segura?”

Ella lo miró sin comprender.

“Sojuh hace lo que sojuh quiere”, dijo con tono aburrido.

“¿Qué quieres tú?” preguntó. Ella simplemente se quedó mirando, como si no entendiera las palabras. Pero su cuerpo se relajó, sólo un poco. Podía oler el aroma a hierbas de su cabello, crecido desde la liberación, un fino gorro cubierto de musgo que delineaba la forma de su cabeza. Lo invadieron algunos de los mismos sentimientos que había sentido en el templo: el calor, la electricidad, la dulzura.

“Mira”, dijo, señalando el panorama debajo de ellos. Los arroyos corrían por verdes jardines. Navegaban bajo las copas de los árboles frutales cargados. Las bicicletas se deslizaban por los senderos y los niños jugaban en los parques. Él cruzó los brazos alrededor de ella, respirando con ella, sintiéndola cálida contra él.

La góndola atracó en lo alto de otra colina y él la ayudó a bajar. Caminó junto a ella por el empinado sendero que conducía al antiguo convento sobre Buena Vista Park.

Se detuvo a la puerta del convento. A ningún hombre se le permitía entrar.

“¿Quizás volver alguna vez?” preguntó.

Kit lo miró con sospecha.

“¿Se trata de golpear el clavo?”, preguntó ella.

“No. Esto se trata de mí, River, de que me gustas, Kit. Me gustas.” Respiró hondo. “¿Te agrado?”

Dio un paso atrás y pensó durante un largo momento. “No tengo quejas”, admitió finalmente.

“¿Quieres que vuelva por ti?”

“Está bien”, dijo, y se deslizó por la puerta.

Capítulo Diez

¿Qué hace que una persona le guste a otra persona? –Preguntó River. Él y Maya estaban solos en la cocina, rodeados de cubos de ciruelas que debían deshuesar y convertir en lo que Maya llamaba su mundialmente famosa salsa barbacoa de ciruelas. Durante muchos años, había sido uno de sus rituales de verano. Esta sería la última vez, pensó. El dolor en sus huesos le dijo que el próximo verano emprendería un viaje muy diferente.

Mi legado. Salsa para las barbacoas de las próximas décadas. Y una receta.

En realidad, River estaba haciendo el picado. Maya estaba sentada con un cuchillo, una ciruela y una tabla de cortar, mirándolos vagamente, su mente vagando en algún lugar lejano. Le dolía verla de esa manera. Era como los jardines

destrozados de la Ciudad, medio arruinados, pero todavía eran hermosos a su manera. Él se acercó y suavemente le quitó el cuchillo. Ella se quedó mirando la ciruela durante un largo momento y luego la comió distraídamente. Lentamente, como si se llamara a sí misma desde un país lejano, sus ojos se enfocaron.

“¿Quieres agradarle a alguien?”, preguntó.

El asintió.

“Una persona especial. ¿Una chica?

“Sólo una chica de los corrales. Pero... no sé nada sobre... sobre ella.

Parecía reservado y tímido, como un niño pequeño. O como el adolescente torpe que en realidad era, se dio cuenta Maya. ¿Cuándo habían comenzado los Stewards sus programas de cría? No hasta después de la caída del viejo mundo, y entonces les debió haber llevado un tiempo ponerlo en funcionamiento. Incluso si estuviera en la primera cohorte, no podría tener mucho más de diecisiete años.

“Bueno, tienes que cortejarla”, dijo con una leve sonrisa, como si estuviera recordando a sus propios pretendientes muertos hace mucho tiempo.

“¿Cortar?”

“Estar atento a ella. Cuidar su bienestar. Podrías llevarle cosas: flores.

“¿Flores? Hay flores por todas partes”. Dijo River, confundido.

“Es cierto”, admitió Maya. “Pero si le llevas algunas, hazle un ramillete, eso es diferente. Y luego, podrías invitarla a salir”.

“¿Qué es eso?”

“Es cuando dos personas salen juntas a divertirse, a conocerse. Escuchar música, ver una película o disfrutar de una pequeña cena romántica en algún restaurante a la luz de las velas...”

“Las chicas de corral no comen más que patatas fritas”, dijo River, desanimado.

“Entonces llévala al teatro”, sugirió Maya.

“¿Qué es eso?”

“Es como las historias en las pantallas de vídeo, sólo que representadas en vivo”.

River se sintió abrumado. Parecía mucho más complicado de lo que había imaginado esa cuestión de gustar y ser gustado.

“O simplemente invítala a caminar”, sugirió Maya. “O ir a algún lugar juntos”.

“Le pregunté si este tubo podría volver en algún momento”, dijo River con cierto orgullo de haber asumido ese riesgo.

“¿Dijo 'sí'?”

“Llevé a la potranca a casa en góndola”. Sonrió ante el recuerdo.

“River, sólo una advertencia”, dijo Maya con un ligero ceño de preocupación. “No te muevas demasiado rápido. Si ella es una ex chica de recreo, ¿cómo digo esto? Ha sido maltratada y abusada toda su vida. Ella nunca ha tenido opciones, nunca ha tenido la oportunidad de desarrollarse o convertirse en una persona real. Si la presionas demasiado, podrías asustarla.”

“No quiero simplemente perforar”, le aseguró River. “Quiero que a la chica le guste... yo”.

“Intenta decir 'hacer el amor'”.

“¿Qué es eso?”

“¿No te lo enseñaron en el Templo del Amor? Martillo y taladro son palabras Sojuhs. Pero la gente real hace el amor con otra gente real”. Maya puso su mano sobre la de él. “Y

River, puede que no esté preparada para eso. No pronto. Si ella no te quiere de esa manera, no quiero que te lastimen.

“La chica es una cosita, no puede hacer daño”, le aseguró River.

“No herir físicamente. Herir emocionalmente. Rechazarte.” Sentía ternura hacia él, como la había sentido hacia su propia hija cuando Brigid era pequeña. Había sido un poco tímida y nerd, y mucho más inteligente que nadie en cinco cuencas hidrográficas. Maya había la tenido que dejar flotar el primer día que fue al preescolar. ¿Les agradaría a los otros niños? Luego llegó a casa llorando después de que una chica la mordiera. Maya había sufrido más que Brigid por ese mordisco.

“¿Qué es eso?”

“Eso significa cuando te gusta alguien y tú no le agradas a esa persona”.

“Oh. Entonces, ¿cómo puedo yo agradarle a la chica? River volvió al punto. Pronunció “yo” con cuidado, con cierto orgullo al usarlo.

“Eso es todo.” Maya suspiró. “No puedes *agradarle*; sólo puedes ofrecerle tu amistad. Y si llega el punto de hacer el amor, hay que ir despacio, muy despacio. Y ser gentil. Déjala tener el control. Pídele permiso en cada paso del camino”.

“Como en el templo”.

“Sí, todo se trata de consentimiento como en el Templo del Amor”.

Bird cruzó la puerta, arrojó una cartera sobre el sofá y se dejó caer en una silla junto a Maya. Se inclinó y besó su mejilla.

“Te ves intensa. ¿Estoy interrumpiendo alguna conversación profunda?”

“Estamos hablando de citas”, dijo Maya.

Bird sonrió con cansancio. Había estado en los astilleros, tratando de convencer al club de kayaks para que le permitieran unirse a los relevos de pequeñas embarcaciones que vigilaban subrepticamente el buque de guerra. Hasta el momento, simplemente se había quedado allí, sin atacar pero sin moverse, mientras las antenas de su cubierta emitían un sonar que bloqueaba las ondas de radio de onda corta.

El club de kayaks no le había dado la bienvenida. Le habían dicho que ya tenían todos los voluntarios que necesitaban. Eso podría ser cierto, pero también podría ser cierto que simplemente no confiaran en él. Y en lo más profundo de su corazón sintió que estaban justificados. Ya no creía realmente que pudiera confiar en sí mismo.

Bird se sacudió sus pensamientos sombríos y le guiñó un ojo a River. “¿Tienes a alguien en mente?”

River miró su ciruela y se concentró intensamente en deshuesarla.

“¡Lo haces! ¿Has conseguido una novia?” Bird se metió una ciruela en la boca.

River negó con la cabeza.

“¿Novio?”

“¡No!” River protestó rápidamente. “Tengo a alguien que me gusta”, admitió. “Una mujer.”

“Lo he estado alentando a que la invite a salir”, dijo Maya.

“¿Por qué no animarlo a que la traiga a casa y conozca a la familia para que podamos ver si ella es lo suficientemente buena para él?” Bird tomó un cuchillo y empezó a trabajar en las ciruelas.

Maya resopló. “He perdido demasiados posibles buenos rollos cuando los llevé a casa para conocer al colectivo. Mucho peor que simplemente conocer a los padres”.

“¿Qué esperabas, cuando la mitad del colectivo eran tus otros amantes? Pero eso no se aplica en el caso de River.

Podemos ser un jurado agradable y neutral para examinarla y asegurarnos de que sus intenciones sean honorables”.

“¿Qué tal si haces algo útil?”

Bird levantó una ciruela sin hueso. “¡Ya lo hago!”

“No, me refiero a ayudarlo. Tal vez podríais organizar una cita doble con él y mostrarle cómo se hace. ¿Todavía no hay ningún restaurante en funcionamiento?”

“Conoces esta ciudad”, se rió Bird. “Los clubes de cena estaban en funcionamiento antes de que la cola del ejército de Stewards hubiera salido de Daly City”.

“Así que toma a Madrone y salid los cuatro”, dijo Maya. “Será bueno para ella. No puede trabajar todo el tiempo”.

“¿Quieres apostar?” dijo Pájaro.

Madrone caminó a casa bajo la tenue luz del verano, abriéndose paso entre las ruinas del Parque de las Matemáticas. Allí, en tiempos más felices, los niños se balanceaban sobre péndulos o subían por una escalera helicoidal hasta el ojo del tobogán espiral de Fibonacci. Una enorme arpa eólica había hecho música con el viento. En el centro había un tablero de ajedrez gigante, con peones y caballos que un niño podía montar y que se movían hacia

adelante, hacia los lados y en diagonal. En las tranquilas noches de verano, en tiempos de paz, los equipos competían en torneos de ajedrez mientras los seguidores asaban maíz y patatas al horno en fogones geométricos.

Ahora todo era una ruina de restos destrozados, brócolis y girasoles arrancados. Se sentó por un momento sobre los restos de un banco de barro esculpido y luego se dio cuenta de que había sido un error. El cansancio se apoderó de ella y tendría que hacer un esfuerzo de voluntad para volver a levantarse. ¡Estaba tan cansada!

Había estado entrando y saliendo de la mente de las abejas desde antes del amanecer, usando los poderes que había obtenido de las Abejas Sacerdotisas de las Tierras del Sur. A lo largo de un largo turno de noche y un día interminable, había probado el sudor de sus pacientes enfermos y había dejado que su cuerpo elaborara sólo la gota homeopática de miel que podía curar. Magia. O alguna ciencia tan avanzada que sólo su intuición podría seguirla.

Era un regalo, el don sanador que había hecho posible su victoria. Porque los químicos podían analizar sus pociones y reproducirlas, y así fue como la gente de la Ciudad había podido derrotar las epidemias diseñadas por los Stewards. Y cómo habían arrancado a los desertores de los refuerzos inmunológicos que los habían mantenido esclavizados al ejército, y cómo los habían liberado para ocupar el lugar en

la mesa que les ofrecían. Fue la magia la que había permitido que la visión de Maya y la estrategia de Lily funcionaran.

Y ahora era la magia la que curaba las heridas y los residuos de enfermedades. Pero el trance requería energía y concentración. Energía para deslizarse hacia adentro y energía para salir, para apuntalar los muros que mantenían su ser humano distinto a la mente de abeja. Ahora estaba cansada y las paredes estaban resbalando.

Una abeja zumbaba y un río de aromas fluía sobre ella: lavanda, polvo de hormigón, girasoles, metal, sudor humano. Dos adolescentes se llevaron la cabeza de caballo cortada de una de las enormes piezas. Un grupo de niños más pequeños estaba barriendo los fragmentos de las cuentas de vidrio soplado que habían sido ensartadas en los postes del ábaco de tamaño natural. Un niño recogió el desorden de resortes y engranajes para reciclarlos.

Se sacudió y con un esfuerzo de voluntad se levantó. “Da un paso y luego otro”, se dijo. Por el sendero a través de los jardines replantados: olas de lavanda, olores a rosas. ¡Estaba hambrienta! Sumérgete y deja que los pétalos de flores de terciopelo te envuelvan en fragancia y tacto suave. Escucha el canto de las abejas, el canto del bienestar, ese tono bajo y armónico que tarareaba: *Todo está bien, todo es flor, todo es polen dorado, dulce miel, y la Reina está contenta con la cría.*

“¡Está atenta!” Un niño en una patineta se deslizó a unos pocos centímetros de su nariz. Ella saltó hacia atrás. En su ensueño, había caminado por el sendero para patinetes y bicicletas. Una bicicleta de carreras pasó zumbando. Sacudió la cabeza y saltó sobre un trozo de salvia hacia el sendero. El ciclista dejó un rastro a su paso, como si cien bicicletas entraran y salieran de su campo de visión. Iba a tener que controlarse a sí misma.

Pero sólo un poco más, pensó, y todo volverá a estar bajo control. Y podré volver a trabajar en horario habitual y dormir un poco.

Luego, sólo por un momento, el mundo se dividió en un caleidoscopio de imágenes, el manzano cargado frente a ella se multiplicó en mil árboles. Cerró los ojos y se tocó la mancha de abeja.

Madroño. Mi nombre es Madroño.

Le gustaba volver a casa por la puerta lateral que daba al jardín. Conducía a través de un pasillo estrecho junto al garaje, fresco y oscuro y que olía un poco a humedad. Una segunda puerta se abría a un tramo de escaleras, con sus contrahuellas decoradas con mosaicos y trozos de espejos brillantes, y daba a un patio con hierbas aromáticas creciendo entre los ladrillos.

Bird estaba regando las macetas. Ella se quedó quieta por un momento y lo miró. El rocío del agua formaba arcoíris bajo la tenue luz de la tarde, y las hojas de las acelgas brillaban de color esmeralda y rubí. ¿Y cómo distinguirlo de ella, o a ella del jardín, cuando todo era luz, colores jugando unos contra otros, envueltos en aromas, tierra rica y cítricos? El propio Bird no era más que una esfera de turquesa y oro, salpicada de vetas más oscuras. Almizcle, sudor y piel calentada por el sol. Inhaló, preguntándose qué elixir podría elaborar a partir de este momento de perfecta belleza.

Un zumbido. Él estaba hablando. Quería que él dejara de hablar, que la dejara permanecer en este éxtasis de olor y color. Pero ahora estaba cambiando a tonos de miedo escarlata y púrpura, y no dejaba de hablar. Incluso cuando se obligó a que las palabras salieran de sus labios.

“Deja de hablar.”

Pero el zumbido y el run run sólo se hicieron más fuertes. Pronto volvió a perder las palabras. Sólo había sonido y los colores brillantes que los acompañaban. Se hicieron más ruidosos y más rápidos, dando vueltas y vueltas, como el niño que corría tan rápido que se convirtió en mantequilla. Todo se estaba derritiendo.

Una ráfaga de agua fría la golpeó en la cara y empapó su túnica de sanadora. La conmoción y el escalofrío la sacaron

de la mente de las abejas. De repente el jardín se volvió claro, cada hoja y tallo distintos. Allí estaba Bird, apuntándola con la manguera y riendo.

Una oleada de pura furia se apoderó de ella.

¡Eres el primo ciego de un idiota!, le gritó ella.

Las abejas llenaron el aire, zumbando con furia. Mientras observaba con horror, convergieron en una masa furiosa y zumbante y se dirigieron directamente hacia Bird.

Dejó caer la manguera y corrió hacia el cobertizo de herramientas, cerrando la puerta detrás de él. Las abejas se lanzaron contra él como balas.

“¡Llámalas!” escuchó desde el cobertizo.

Madrone estaba temblando. Luchó por respirar, tranquilizarse y calmarse. Envió pensamientos de seguridad, imágenes y aromas de comodidad y claridad. Después de un largo rato, las abejas empezaron a calmarse. Salieron por la puerta del cobertizo de herramientas y se dispersaron de regreso hacia las flores de finales de verano.

“Está bien. Puedes salir ahora”, llamó.

Bird entreabrió la puerta y miró con cautela.

“Se fueron.” *Diosa*, estaba temblando. Las abejas podrían haberlo matado, haberlo picado ante sus ojos. *¡Madre de la tierra*, estaba perdiendo el control!

Salió con cautela. Ella lo miró nerviosamente. ¿Qué diría? ¿Todo su amor y pasión se convertirían en miedo y horror? ¿La odiaría?

“No es justo”, dijo. “Peleas sucio”.

Ella exhaló un suspiro de alivio. Todo iba a estar bien.

“Quédate en mi lado bueno”, le aconsejó ella.

Luego lo rodeó con sus brazos y él la besó ferozmente, presionando su cuerpo contra el de ella. Ella se aferró a él, sintiéndolo temblar y estremecerse debajo de ella. ¿Estaba llorando? No, él se reía, y luego ella se reía con él, riendo hasta que se le doblaron las rodillas y se hundió en el suelo, tirándolo tras él. Rodaron juntos hacia el sol, todavía consumidos por la risa. La puso encima de él.

“¿Cuál es, tu lado bueno? ¿Éste?” Él rodó encima de ella, presionándola contra la cama lavanda. “¿O este?”

Ella tragó aire.

“Necesito un descanso”, admitió.

“¡Lo necesitas!”

¿Alguna vez tendré ese descanso? Se preguntó ella. ¿Lo haría?

Bird la tomó en sus brazos y se sentó, abrazándola y acunándola suavemente, como si fuera un bebé al que estuviera meciendo para dormir. Quizás esto era todo, este momento de respiro entre batallas. Porque sintió que se acercaba otra. Ya sea que hayan venido aquí para atraparlos o que los hayan perseguido hasta las Tierras del Sur para luchar en el territorio de ellos, esta guerra aún no estaba ganada.

Pero no todavía. No mientras sus brazos me rodeen, no mientras el sol ilumine las flores ondulantes del cosmos púrpura y las abejas canten. Por favor, Diosa, todavía no.

Él la abrazó, disfrutando de esos últimos y largos rayos del sol de finales de verano. Estaba mojada y embarrada, y él vio cómo sus ojos se cerraban y se quedaba dormida, agotada de curar a las víctimas de la última batalla. La tierra del jardín estaba ensuciando la ropa blanca de la sanadora. Debería despertarla y obligarla a ponerse algo cálido y seco, antes de que se resfriara. Pero él simplemente la abrazó, sin querer que el momento terminara. Este jardín, esta luz dorada, Maya entretenida con las ciruelas en la cocina. Y Madrone, con su respiración uniforme subiendo y bajando. Descansando, para este momento brillante, que ambos sabemos que no puede durar.

Madrone soñaba con cemento, hectáreas de escombros bajo un sol abrasador. Se movía por pasillos oscuros. Tenía que guardar silencio y tener cuidado. Algo la acechaba. Los esqueletos se alineaban en las paredes, con sus cráneos fijos en la sonrisa de la muerte. No habían sido cuidadosos, lo suficientemente cuidadosos.

Pero todo el mundo necesita un refugio, escuchó. Todo el mundo necesita un lugar adonde ir.

Luego los túneles se abrieron a un gran espacio vacío bajo un cielo azul. En el centro, un árbol desgarrado luchaba por crecer, con las hojas cubiertas de polvo y el tronco torcido hacia el cielo.

Cada ciudad necesita tres cosas, escuchó. Una plaza. Un hogar. Y un árbol sagrado.

Construye una ciudad de refugio en el corazón del enemigo.

Capítulo once

Rosa bajó pesadamente las escaleras de madera llevando en una mano un cubo con sobras para las gallinas y agarrándose a la barandilla con la otra. No confiaba del todo en su equilibrio; ella, que una vez había cruzado con tanta confianza la cuerda floja en el circo del campamento. Otros habían caído en la red de abajo, pero ella se había reído y bailado sobre un pie, presumiendo. Ahora se sentía como una persona mayor, temblorosa y cansada.

Arrojó el cubo de sobras en el corral de las gallinas. Corrieron hacia adelante, cloqueando alegremente a su manera. Solía encontrarlas infinitamente entretenidas y divertidas. Ahora quería gritarles: ¡Pájaros estúpidos! ¿No sabéis lo que os va a pasar al final?

“¡Rosa, llegarás tarde!” La hermana Elizabeth la llamó desde el balcón del segundo piso.

Se suponía que hoy iría a su grupo de aprendizaje. Ella había aceptado ir. La noche anterior, su guía Allie había venido a ver cómo estaba y mantuvo una conferencia susurrada y preocupada con las Hermanas. Allie le trajo un libro que el grupo había decidido leer: *el diario de Ana Frank*, sobre una niña que se escondió de los nazis.

“Te extrañamos”, había dicho Allie, posando su esbelto cuerpo en el borde de la estrecha cama de Rosa en la habitación austera y desnuda del último piso. “Todo el mundo pregunta por ti. Queremos que regreses”. Los cálidos ojos marrones de Allie brillaron con sinceridad y sus rizos castaños rebotaron con énfasis.

Rosa acababa de mirar por la ventana. Afuera había una gran palmera que funcionaba como hotel para pájaros. En su tronco anidaban palomas y petirrojos. Un arrendajo grande y gordo con una alta cresta negra se posó en el borde de una rama y los regañó como hacen los arrendajos.

—¿Rosa?

Rosa se encogió de hombros. Allie era amable, pero cuando pensó en intentar explicárselo, se sintió cansada.

“¿Son los sojuhs?” —preguntó Allie. “Nadie te culparía por no querer salir con ellos. Pero no estamos con ellos esta

semana. Vamos a leer el libro, discutirlo y hacer un viaje de excursión al campo para el conteo de aves de otoño”.

Rosa simplemente se encogió de hombros nuevamente.

Allie se levantó y deslizó un brazo alrededor de los hombros de Rosa. Ella no se apartó, pero tampoco se acercó, simplemente se quedó allí, sin ofrecer resistencia, observando cómo el arrendajo sermoneaba a todos los pájaros menores.

“Sabemos que has pasado por mucho”, dijo Allie en voz baja. “Nos preocupamos por ti. Queremos que sanes y seas feliz”.

Pero Rosa no la miraba.

Esa mañana, la hermana Elizabeth la había despertado con una taza de té y un plato de avena y se había sentado en el borde de la cama hasta que se lo comió todo. Eran muchos escalones con una bandeja para una anciana con las piernas hinchadas. La hermana Elizabeth tenía que usar medias especiales para sus varices y Rosa se sentía un poco avergonzada de causarle tantos problemas.

Entonces comió. Luego la hermana la supervisó mientras empacaba una muda de ropa, ropa interior extra y sus botas de montaña, y ahora estaba observando. Si Rosa no iba, recibiría un sermón, y no de los arrendajos. Peor aún,

recibiría esas preguntas comprensivas e inquisitivas. ¿Cómo te sientes? ¿Quieres hablar?

Enjuagó el cubo de basura con la manguera y subió las escaleras. La hermana Elizabeth la recompensó con una sonrisa preocupada mientras volvía a colocar el cubo debajo del fregadero, se lavaba las manos y tomaba su mochila.

“Que tengas un buen viaje, querida”, dijo la hermana. “Intenta divertirte”.

Rosa caminó con dificultad por el sendero. Se dio cuenta de que se había olvidado del libro, pero en realidad no importaba. No le había dicho a Allie que ya había leído a *Ana Frank*. Maya se lo había prestado mucho antes de que llegaran los Stewards.

Y no tenía ganas de acampar con todos sus viejos amigos, comer juntos y recordar lo divertido que había sido en los viejos tiempos. Si su madre todavía hubiera estado viva, si hubiera estado en su propia casa, simplemente habría pisoteado y dicho ¡De ninguna manera! y entonces su madre le habría gritado y ella le habría respondido y cuando la pelea hubiera terminado, el ferry ya habría desaparecido.

Pero, por supuesto, si su madre hubiera estado viva y nada de eso hubiera sucedido, estaría emocionada de emprender el viaje. El conteo de aves de otoño siempre había sido uno

de sus momentos favoritos del año. Tenía lugar justo antes del equinoccio, cuando el clima aún era cálido, no como el conteo invernal, cuando ella siempre estaba temblando tras su persiana. Los arces de hojas grandes ya estaban empezando a adquirir un color dorado limón y el aire traía un indicio de lluvias venideras. Le encantaban los momentos tranquilos en las colinas y en el bosque.

Eso fue lo peor, pensó. No sólo lo que le habían hecho, sino cómo habían arruinado todos sus placeres ordinarios y cómo habían dejado su desagradable huella en todo.

Se subió a un autobús con forma de salmón gigante. A través del sistema de sonido se escuchaban sonidos del océano y de los arroyos, junto con canciones sobre la migración del salmón del arroyo al mar y viceversa. Todo eso la irritaba. ¿Por qué no podían simplemente tener un simple autobús que llevara a la gente de un lugar a otro, sin entretener, instruir e inspirar cada estúpido minuto del día?

El Edificio del Nuevo Ferry llenaba un hueco en el malecón que impedía que las aguas de la creciente bahía subieran aún más por Market Street. A media milla de distancia, la torre del Edificio del Viejo Ferry se elevaba sobre el agua, un faro para los veleros que surcaban la bahía. En el medio se alzaban las agujas de los rascacielos medio hundidos, cuyos pisos superiores eran un refugio para las aves marinas y una rica fuente del guano que mantenía fértiles los jardines de la Ciudad.

Los altos diques reforzados estaban hechos de urbanita (trozos reciclados de hormigón usado) y cubiertos de césped. Las rosas marinas, los altramuces económicos y los de bajo crecimiento formaban un jardín con su masa. Los muelles del ferry se extendían hasta la bahía, y el propio Edificio del Nuevo Ferry era un poliedro lleno de luz de altísimos puntales de bambú que se elevaban hacia el cielo como la proa de un barco.

Su grupo de aprendizaje estaba concentrado en el pasillo junto a las amplias puertas de entrada de cristal. Rosa vio que el rostro de Allie se iluminaba mientras saltaba del autobús y se acercaba para unirse a ellos. Su alguna vez mejor amiga Lumi le dedicó una pequeña y delgada sonrisa, pero los demás miraron hacia abajo o hacia otro lado, como si no estuvieran seguros de cómo estar con ella. La hizo sentir incómoda y enojada.

“¡Bien, estás aquí!”, dijo Allie alegremente. “Me alegra mucho que hayas decidido unirme a nosotros, Rosa. ¡Vamos a pasar un tiempo maravilloso!”

Rosa no estaba convencida. Mantuvo la cabeza gacha y no habló con nadie mientras Allie guiaba a sus pupilos a través del área de embarque en el vestíbulo y hacia los largos muelles más allá.

El puente Golden Gate todavía estaba siendo reparado por los daños que había sufrido durante la ocupación, pero los

ferries cruzaban la bahía con frecuencia y, como todo lo demás en la Ciudad, estaban contruidos para la belleza y el placer, además de la función. Las velas solares se extendían como orgullosos estandartes, parpadeando con destellos de luz. En la borda estaban inscritos pasajes de *Moby Dick*. Molinetes pintados bailaban sobre las barandillas y la música flotaba desde la cubierta superior, donde la gente bailaba al son de una banda en vivo.

Algunos miembros del grupo de aprendizaje de Rosa subieron para unirse a ellos, pero ella no tenía ganas de bailar. Se dirigió a la proa del ferry y se paró en la V donde se unían las barandillas, observando cómo se abría paso a través de las aguas de la bahía. De alguna manera la hizo sentir mejor ver la quilla atravesar las olas, dejando atrás un rastro de espuma blanca a su paso. Sabía que eso era lo que tenía que hacer: dejarlo atrás. Pero no sabía cómo... cómo ser aguzada como una proa, audaz como uno de esos viejos mascarones de proa que miraban al viento. Abrió los brazos y el viento azotó a su alrededor, le echó el pelo hacia atrás y le picó en los ojos.

Esto no es tan malo, pensó Rosa. Estaba acurrucada en una cornisa sobre un pequeño promontorio de roca expuesta, con un termo de té de hierbas y su cuaderno. Sola. Tranquila, después del ruido y el bullicio de desembarcar, encontrar el autobús de transporte y acampar. Debajo de ella, un pequeño arroyo bajaba por una cascada de rocas en una grieta de las colinas cubiertas de arbustos y matorrales de

saucos. Cuesta arriba, los robles extendían sus atractivas ramas sobre una pradera de pastos y altramuces ya sin semillas. En la cresta se alzaba una línea oscura de abetos de Douglas, bordeada de tanoaks¹⁹ y madroños. El aire olía a salvia y, a lo lejos, un halcón lanzó su llamado de caza.

Puso una marca en su libro. Contaron todos los pájaros que escucharon y mantuvieron una cuenta especial para los que vieron realmente. Levantó sus binoculares y miró al cielo en la dirección de donde provenía la llamada.

¡Allá! Un punto en lo alto del cielo. Lo siguió con sus gafas.
¡Un cernícalo!

El resto de su grupo de aprendizaje estaba estacionado arriba y abajo de la cresta, ayudando a los biólogos a obtener un recuento preciso de cuántas especies había al comienzo de la migración de otoño. Podrían comparar el recuento con registros antiguos y tener una idea del éxito que habían tenido en la preservación de la biodiversidad.

La mayoría de los estudiantes estaban en grupos de dos y tres, pero ella se alegraba de estar sola, de no tener que hablar con nadie. Los demás todavía la miraban con torpeza

¹⁹ El tanoak es un árbol de madera dura perenne que pertenece a la familia de las hayas (Fagaceae). Tiene características similares tanto al roble como al castaño.

y ella seguía sentada sola durante las comidas, aunque Allie hacía todo lo posible para entablar conversaciones con ella.

El largo día fue tranquilo, pero cuando llegó la noche, su soledad terminó. Allie deliberadamente le hizo espacio alrededor del fuego y, de mala gana, Rosa se unió al círculo, sentándose en silencio mientras asaban salchichas en palitos y las comían en panecillos crujientes que el grupo había preparado especialmente para el campamento. Cantaron canciones, pero sin mucho corazón. El año pasado, Mira había tocado la guitarra y su hermano Ozzie los había hecho reír a todos con sus divertidas canciones, parodias del himno de la City. Los soldados habían volado su casa, con ellos dentro, mientras Rosa estaba encarcelada.

Ahora la música parecía extinguirse en los ecos vacíos. Charity había preparado panqueques de desayuno para todos el año anterior. A Charity siempre le gustaron los panqueques. Había sido alcanzada por una bala perdida en el enfrentamiento final en la plaza.

¿Dónde estaban ahora? ¿Regresarían sus almas, montadas en las corrientes de viento como halcones? ¿Estaban incluso ahora luchando contra vendavales y turbulencias, luchando por volver a la vida y al nacimiento? ¿La culparon? ¿La odiaban? ¿Por qué ella seguía viva mientras ellos estaban muertos?

“Está bien, hablemos de ello”, había dicho Allie cuando otra canción más se perdió en el silencio del bosque oscuro. “Todos los extrañamos, Pienso en Ozzie y Charity. Extraño sus risas, sus voces y sus travesuras. Me duele que no estén aquí. ¿Quién más quiere hablar?”

“Mira era mi mejor amiga”, dijo Keira. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Rosa. Había sido la más bonita de todas, con su piel color caramelo y su melena de rizos castaños, pero ahora una cicatriz irregular le estropeaba la mejilla izquierda y su mandíbula estaba cerrada en un ángulo extraño. Habló con un leve insulto, marca de la bala que le había alcanzado en la cara. “Desde que éramos bebés. Ella debería estar aquí. Charity y Ozzie deberían estar aquí. No deberían estar muertos”.

“Fueron valientes”, dijo Allie. “Todos ustedes fueron valientes”.

“Todos éramos estúpidos”, le espetó Rosa. “¡Y yo era la más estúpida de todos! ¿Vale?”

“Oye”, dijo Allie débilmente, “no os culpéis por lo que hicieron los Stewards”.

Pero sí la culpaban. Rosa pudo verlo en sus ojos. Ella los había alentado a considerarse luchadores. Ella los había incitado el día que fue capturada. Ella se culpó a sí misma.

Keira atizó el fuego con un palo y saltó una lluvia de chispas. Como almas que van al cielo, dirían las Hermanas. Pero Rosa no creía en el cielo.

Deseó no haber venido en el viaje.

No quería amigos ni consejeros con sonrisas comprensivas. Todo lo que quería era que la dejaran sola, con el viento salvaje azotando su cabello, demasiado feroz para pensar.

Capítulo Doce

Los mejores clubs nocturnos estaban en el centro, le dijo Bird a River. La amplia avenida peatonal a lo largo de la antigua Market Street estaba llena de mesas al aire libre y pequeños escenarios, fruto de alianzas entre chefs, músicos y otros intérpretes. Eran lugares animados, siempre repletos de multitudes ataviadas con los atuendos festivos y coloridos que deleitaban a la gente de la Ciudad.

Incluso después de un duro día de trabajo, la gente de la Ciudad parecía tener energía para salir, cotillear, escuchar música y bailar. La amenaza de un buque de guerra no los amedrentaba, y los preparativos en marcha para un asalto a las Tierras del Sur sólo parecieron incitarlos a acicalarse y pasear como si el sol nunca fuera a apagarse.

Había otros clubes además de los grandes del centro, por supuesto: lugares informales y sociables en los vecindarios, dirigidos por grupos de amigos que juntaban sus productos de la huerta y se turnaban para cocinar, servir, comer y cuidar a los hijos de los demás. Una buena alternativa a comer solo o en grupos familiares aislados.

Pero los clubes del centro estaban para ver y ser visto. Antes de ir al Sur, Bird habría tocado en ellos, un artista estrella favorito que podía garantizar llenar una sala. Pasaba una hora feliz eligiendo su ropa, afeitándose cuidadosamente y asegurándose de que sus zapatos estuvieran limpios y relucientes. Le gustaba saber que se veía bien.

Esa noche, simplemente se había duchado y se había puesto lo primero que tuvo a mano en su armario, haciendo el mínimo esfuerzo para no faltarle el respeto a River y a la chica. Pasó la mayor parte de la noche vistiendo a River, hurgando en baúles llenos de ropa vieja que dejaron sus compañeros de casa para encontrar un par de pantalones negros que le quedaran bien a River. Maya sacó una camiseta deportiva roja que alguna vez había pertenecido a su antiguo amante, Rio, y Bird planchó cuidadosamente las arrugas más pequeñas. No había salido a escuchar música desde que regresó de las Tierras del Sur con las manos dañadas. Era demasiado doloroso escuchar a otros tocar cuando él ya no podía.

No estaba del todo seguro de por qué lo estaba haciendo ahora. Podrían haber ido a ver una obra de teatro o a uno de los clubes de comedia. Pero una obra exigiría muchas explicaciones para River y Kit, y dudaba que siguieran los chistes internos y las referencias de la comedia de la City.

Además, sus viejos amigos músicos estaban tocando en uno de los mejores clubes y sabía que estarían encantados si viniera a escucharlos. También estaban probando algunas de sus canciones más nuevas, las cosas que componía en secreto por las noches. Se las había enviado a su violinista Sachiko, y ella había estado llena de elogios. Si iba a seguir escribiendo canciones y creando música, no podría esconderse en su habitación para siempre y negarse a escucharla.

Madrone vio a Bird y River esperándola en la entrada del centro de curación. Sabía que llegaba tarde, pero sólo unos quince minutos y no pondría excusas por ello. Bird la tomó del brazo y ella se sintió feliz, de repente, como un niño al abandonar la escuela. Había diez docenas de cosas en el centro de curación que podrían necesitar su atención, pero siempre había cosas que podrían necesitar su atención, y Sam había sido firme con ella cuando le pidió la noche libre.

“¡Absolutamente!” dijo él. “Has estado trabajando turnos de doce horas los siete días de la semana, por lo que puedo ver. ¡Puedes apostar que puedes tener una noche libre!

“Creo que escucho a la olla criticar al cazo”, le respondió Madrone. “Y tú eres mayor que yo”.

“Sí”, estuvo de acuerdo Sam. “Por derecho debería estar pescando en Florida. Si todavía existiera Florida, la mitad del Estado estaría bajo el agua. Pero en cualquier caso, la carga está disminuyendo. Si hay una nueva epidemia entre hoy y mañana por la mañana, te enviaré un mensaje. O podríamos simplemente morir todos y finalmente descansar un poco”.

Madrone se había quitado la bata y la había metido en su casillero. Debajo llevaba un vestido azul que a Bird le había gustado diez años atrás, cuando eran jóvenes y no tenían cicatrices y ella salía por las noches a escucharlo tocar. El hecho de que el vestido le quedara suelto era un tributo al estrés y las escasas raciones de su propio tiempo en las Tierras del Sur, y las constantes exigencias desde entonces. Se saltaba comidas con demasiada frecuencia debido a la presión del trabajo. Pero esa noche, decidió, pediría porciones dobles y comería postre.

De hecho, estaba sorprendida de que Bird le hubiera pedido que fuera a escuchar a su antiguo grupo. Él nunca había estado dispuesto antes y ella se preguntó qué lo había hecho decidir enfrentar su propia pérdida y dolor.

Ésta también es una misión curativa, pensó. Si está preparado para irse, quiero estar con él. Para apoyarlo.

River parecía tan diferente, pensó. La camisa roja brillante resaltaba los tonos cálidos de su piel y lucía bien contra los ajustados pantalones negros. Su pelo rizado estaba recién cortado. Alguien se había tomado tiempo con él, probablemente Bird, y sintió una cálida emoción al imaginarlo ayudando a River a arreglarse. Eran esos pequeños gestos humanos los que más amaba de Bird, no el héroe, no el brillante guitarrista que alguna vez había sido, sino el tipo que planchaba una camisa para su amigo. Ella lo rodeó con sus brazos y le dio un beso grande y descuidado como recompensa. Para ella también: una recompensa por liberarse finalmente de las incesantes exigencias de los demás, por atreverse a salir una noche de fiesta en la Ciudad.

“Te ves hermosa”, dijo Bird, enterrando la nariz en su cabello revuelto. “Qué bueno verte en algo distinto a la bata”.

“Bueno, si me la dejara puesta probablemente no nos cobrarían la cena”, dijo Madrone. De hecho, como sanadora, era difícil gastar su estipendio porque la gente agradecida de la Ciudad le hacía muchos regalos e invitaciones.

“Vale diez veces el precio sacarte de esas cosas. Además, tengo créditos que gastar”.

Era así. Todos los tenían. Cuanto más trabajaban, más créditos obtenían. Cuanto más obtenían, más necesitaban gastarlos antes de que expiraran, lo que hacían después de

un año. No era necesario salvarlos. Todas las cosas para las que la generación de Maya había ahorrado (una casa propia, la jubilación, la educación universitaria de los niños, emergencias médicas) ahora eran derecho de nacimiento de cada persona. Cuando se totalizaba el superávit cada año (porque la City inevitablemente terminaba con un superávit neto) era simplemente una medida de que habían producido más de lo que consumieron, dado más de lo que recibieron.

Sin embargo, todos tenían suficiente. Más que suficiente: abundancia de buena comida, ropa brillante y pequeños lujos.

El resultado era una ciudad llena de vida nocturna y repleta de deliciosa cocina, apenas unas pocas semanas desde que los invasores fueron repelidos.

Desde el centro de curación, tomaron un tranvía hasta la cima de Potrero Hill y una góndola para cruzar la Ciudad para sacar a Kit del convento. Los dos hombres esperaron en la puerta mientras Madrone entraba por ella.

El convento era un enorme edificio de estuco de estilo español que ocupaba gran parte de la cima de la colina sobre Buena Vista Park. Contenía una gran iglesia parroquial, una capilla, un enorme comedor y cien dormitorios pequeños. En la década de 1920, cuando se construyó, albergaba a una próspera comunidad de niñas inmigrantes, en su mayoría irlandesas, que trabajaban en las escuelas católicas de la

Ciudad y servían comida a las personas sin hogar. Habían generado docenas de Casas Hermanas, incluida la que estaba al lado de la Casa del Dragón Negro, donde pequeñas comunidades de monjas servían como maestras o enfermeras en barrios pobres.

Pero hacia el cambio de siglo, las jóvenes monjas habían llegado a la vejez o habían ido a reunirse con su esposo celestial. Cada vez menos nuevos reclutas ocuparon sus lugares. A principios de los años veinte, las Hermanas habían convertido la mitad de los dormitorios en un refugio para mujeres y niños sin hogar. Luego, después de que amainó el caos del Levantamiento, el recién formado Consejo de Vivienda de California encontró vivienda permanente y trabajo para todos. De repente, al instante, ya no hubo más personas sin hogar.

A medida que el refugio se vació, las monjas abrieron las habitaciones a los ancianos que no tenían familias que los acogieran y a los enfermos que necesitaban cuidados de enfermería continuos. Pero aún así gran parte del complejo permaneció vacío. Así que cuando los califianos vencieron a los Stewards invasores, dejando atrás a las chicas que habían servido en el ejército, las Hermanas se ofrecieron a cuidar de las chicas abandonadas.

Madrone atravesó el patio exterior y observó lo hermoso y bien cuidado que parecía ahora que un grupo de chicas estaban allí para regar los limoneros que crecían en macetas

y cortar las rosas trepadoras. Tocó el timbre junto a la puerta curva de madera y una chica oscura y silenciosa la condujo al comedor, donde encontró a Kit siendo el centro de atención.

Al parecer todo el convento le había hecho de la cita su proyecto. Kit estaba de pie sobre una mesa, con un vestido blanco salpicado de pequeñas flores negras. Dos de las hermanas estaban doblando frenéticamente el vestido mientras una de las recaderas cepillaba las pestañas de Kit con rímel.

“Ya casi terminamos”, cantó una monja con alfileres en la boca. “¡Señoritas, esta es Madrone, la sanadora más famosa de la Ciudad! Es un gran honor que haya venido a acompañar a nuestra querida amiga esta noche. ¡Por favor, dadle la bienvenida!

El discurso tuvo el impacto contrario, ya que las chicas se quedaron paralizadas de asombro y bajaron la cabeza, negándose a mirarla a la cara. Una de ellas finalmente se atrevió a ofrecerle una taza de té, que ella rechazó. Otra señaló el ramo de rosas y lavanda que adornaba el piano de cola que ocupaba un rincón del comedor.

“Sojuh, trajo eso a esta”, dijo, lanzando una mirada a Kit.

Al parecer, River había causado una impresión muy favorable el día anterior al llegar con el ramo para invitar a salir a Kit.

Las Hermanas cortaron los últimos hilos del dobladillo. A Kit le dijeron que hiciera una pirueta y el vestido fue declarado perfecto.

“Recuerda, si no lo estás pasando bien, si él te pide que hagas algo que no quieras hacer, simplemente regresa a casa”, dijo la hermana Camilla, la mayor de las monjas presidentas. “Madrone no permitirá que sufras ningún daño”.

“Te ves hermosa, Kit”, dijo Madrone. “Vamos, los chicos están esperando”.

“¿Kit?” La hermana Camilla repitió sorprendida. “¿Ese es tu nombre?”

“El gran luchador del tubo dice que llamará así a esta chica”, murmuró.

“¡Kit! Que nombre tan bonito. Todos lo usaremos a partir de ahora, ¿no, chicas? Buenas noches, Kit. Que tengas un maravilloso momento.”

Madrone la tomó del brazo y la condujo por el pasillo hasta el patio.

“Y yo que pensé que era malo para mí, en el pasado, cuando mis citas venían a recogerme bajo los ojos de águila de mi hogar colectivo. ¡Tienes todo un convento respirando en el escote de ese vestido!”

Kit no respondió, sólo se quedó mirando sus zapatos mientras abrían la puerta hacia los hombres que esperaban.

“Te ves preciosa”, dijo Bird. Tocó a River, que estaba estupefacto. “¿No lo crees?”

“¡Sí!” asintió River. No parecía una chica del corral, excepto por su mirada baja. Parecía un Trofeo, algo que estaba mucho más allá de sus aspiraciones. “¡Como en las pantallas de video!”

Ante esto, ella levantó la cabeza de golpe. “Algo anda mal en los ojos del Tubo”, dijo. “Damas de la pantalla todas blancas”.

“Más vale que te veas entre todas ellas”, pronunció River con audacia. Kit simplemente negó con la cabeza en respuesta.

Regresaron a la plataforma de la góndola. River tomó suavemente la mano de Kit, sosteniéndola tentativamente como si en cualquier momento esperara que ella se la arrebatara.

La góndola los llevó sobre la Ciudad. Bird deslizó su brazo alrededor de Madrone y River siguió su ejemplo. Kit, todavía aterrorizada mientras se elevaban por encima de los árboles, aceptó su abrazo y se aferró a él.

Abajo, la Ciudad ardía con luces alimentadas por abundante energía solar, eólica y mareomotriz que iluminaban los senderos para caminar y montar a caballo y brillaban entre los árboles.

El grupo desembarcó al pie de Market Street y recorrió el amplio paseo, salpicado de jardines circulares y esculturas imponentes. Los artistas de la Ciudad se habían comprometido, antes de la invasión, a sustituir todo el antiguo asfalto por mosaicos de ladrillos y guijarros. Muchas de ellas estaban ahora destrozadas o todavía tenían las huellas de los tanques, y los jardines eran escasos. Pero los clubes nocturnos estaban abiertos y sus mesas sobresalían de las puertas iluminadas.

Mientras los cuatro paseaban por la avenida, captaron fragmentos de música de cada club por el que pasaban, baladas melodiosas o dubstep machacón, riffs de baile electrónicos o gruñidos de sonido contundentes de los clubs del revival punk.

Bird los condujo a uno de los clubes más grandes con una marquesina prominente y mesas iluminadas con velas que se extendían hasta el pasillo. El vestíbulo de entrada estaba

lleno de espejos y Kit vislumbró a una chica extraña con un vestido abullonado.

Con sorpresa, se reconoció a sí misma. ¿Cómo había llegado hasta aquí, vestida de mujer, del brazo de un tubo que la trataba como a un bombón que podría derretirse si le daba la espalda? Se sintió al borde del pánico, como si estuviera fingiendo ser otra persona, alguien real, alguien con derecho a esa mirada de admiración en el rostro del sojuh. Pronto, pronto la descubrirían y entonces ocurriría algo terrible.

Pero se echó otra mirada a sí misma. No parecía una chica que fuera “del corral”. Las chicas de ese tipo no usan vestidos bonitos, sólo camisas rotas. Las chicas de servicio no tenían por qué tener buen aspecto. Cuando se apagaba la luz, decían, todas eran iguales. Pero ahora ella era diferente.

Los condujeron a una mesa junto a la pista de baile. Un hombre grande como un oso se acercó pesadamente y abrazó a Bird.

“¡Gusto en verte!” dijo él. Llevaba una camiseta sin mangas que dejaba ver un oso pardo tatuado en su hombro izquierdo y un panda comiendo bambú en el derecho. Se volvió hacia los demás. “Soy Walker. Bird y yo nos conocemos hace mucho tiempo. Tocamos juntos en una banda durante un par de años. ¡Sigue haciendo música! La

oiréis esta noche. Pero mientras tanto, ¿qué podemos ofreceros? Esta noche tenemos una buena selección de carnes, cordero asado de las colinas de Sonoma con algunas buenas verduras y una ensalada de verduras frescas. O, si lo preferís vegano, hay un increíble guiso de garbanzos servido con ensalada de tomate y pan de pita casero”.

Todos tomaron sus decisiones excepto Kit, que negó con la cabeza. “Las chicas del corral no comen esas cosas”, dijo. “¿Tienes patatas fritas?”

“Lamento decepcionarte”, dijo Walker.

“Vamos a traerle un poco del guiso de garbanzos”, dijo Madrone.

“¿Véis esa luz en el centro de la mesa? Cuando se encienda, acercaos a la ventana de servicio y coged vuestra cena”, dijo Walker. “El bar de vinos está en la esquina, y el bar de atrás tiene jugo de uva, agua con limón y zumo de frutas. Estamos un poco bajos de existencias de vino después de que los chupasangres jefes de los Stewards se bebieran nuestras mejores cosechas, pero hay suficiente para una copa para cada uno y es un excelente *pinot noir* de Wild Hog Vineyards del oeste del condado de Sonoma.

Bird siguió a Walker hasta el fondo de la habitación y regresó con cuatro copas de vino. Levantó la suya a modo de brindis.

“Por la cita”, dijo.

Madrone levantó la copa. River y Kit simplemente se sentaron, mirando las suyas.

“Ahora levanten sus copas y brindemos todos juntos”, les dijo Madrone.

“¿Por qué?” –Preguntó River.

“Es una costumbre”.

Se levantaron y tintinearón.

“Primero toma un pequeño sorbo, mira si te gusta”, sugirió Bird. River obedeció e hizo una mueca.

“¡Agrio!” Advirtió River.

“Así es como se supone que debe saber”, dijo Bird. “No está destinado a ser dulce”.

Kit tomó un sorbo cauteloso y luego apartó el vaso.

“¿Qué tal si les traigo un poco de jugo de manzana?” –sugirió Bird.

Mientras estuvo fuera, Madrone estudió a Kit. Sabía todo acerca de las dificultades para lograr que las chicas de entretenimiento y los sojuhs dejaran de comer patatas, y

sospechaba que en realidad podrían carecer de la flora intestinal adecuada para ayudarles a digerir la comida real.

“¿Has probado a comer la comida de aquí?”, preguntó ella. “Me pregunto, ¿te dio dolor de estómago?”

Kit asintió.

“Tengo algo que ayudará con ese problema”. Madrone había preparado un frasco de probióticos y cuando Bird regresó con dos vasos más, dejó caer la poción en el jugo de Kit. “Bebe esto. Ayudará a prevenir los problemas de estómago”.

“Papas fritas lo suficientemente buenas”.

“Pero la oferta de patatas fritas es limitada. Tan pronto como acabemos con las últimas reservas de los Stewards, desaparecerán”, le dijo Madrone.

Kit pareció alarmada. “Entonces, ¿qué comer las chicas del entretenimiento?”

“Por eso queremos que aprendas a comer comida real. Además, es mejor para ti”.

“Papas fritas nutricionalmente completas. Las pantallas de vídeo lo dicen.

“Las videopantallas ofrecen relatos interesados. No siempre muestran la verdad”, dijo Madrone. “Las patatas fritas tienen algunos nutrientes, pero les faltan otros. Hay cosas que tu cuerpo necesita, pequeños oligoelementos, que las patatas fritas no pueden proporcionar. Así que bebe ese jugo de manzana y trata de comer un poco cuando llegue”.

Kit volvió a bajar la cabeza. Aparentemente no estaba lista para discutir con la sanadora más famosa de la Ciudad.

La banda tocaba música dance del siglo pasado. Las parejas comenzaron a dar vueltas en la pista de baile, haciendo sus propias versiones creativas del vals y el swing.

“¿Ustedes dos van a bailar?” Preguntó Bird.

“No sé cómo”, dijo River.

“No importa. Simplemente inventa algo”, dijo Bird. Señaló a dos hombres que bailaban juntos y que simplemente se balanceaban al ritmo. “Míralos, no es un gran baile, pero parecen divertirse”.

“¿Querer?” River le preguntó a Kit. Al principio ella negó con la cabeza, pero mientras él seguía mirándola esperanzado, empezó a sentirse más atrevida. La chica que llevaba el vestido, esa chica bailaría.

“Pruébalo”, dijo vacilante.

“Di yo, Kit”, le dijo River. “Ahora eres una persona. Ni una cosa, ni una dirección. Nadie te reprenderá por decir “yo”.

Kit contuvo la respiración. Decir yo, como si fuera tan fácil como eso. Decir “yo” y ella podría convertirse en la chica del vestido, que era una persona tan segura como Kit era una chica del corral. Pero claro, si ella fuera Kit, no sería una chica de entretenimiento. Ella era otra cosa, alguien más. Era aterrador. Y, sin embargo, ser una chica de compañía no era algo tan maravilloso como para aferrarse a ello. Lo que ella conocía era simplemente lo que le era familiar.

Se había puesto el vestido, había venido a esta cita, sólo había dicho que estaba dispuesta a probar un baile. ¿Por qué no dar un paso más? Tomó una gran bocanada de aire.

“Yo lo intentaré”, dijo, y se estremeció involuntariamente. Pero River tenía razón. Ningún puño surgió del aire para estrellarse en su cara. Madrone le sonrió con aprobación.

River tomó su mano y la llevó a la pista de baile. La rodeó con sus brazos, no demasiado apretados, recordando las advertencias de Maya. Él se balanceó hacia adelante y hacia atrás, y su cuerpo siguió al de ella. Recordó el templo, cómo había bailado allí con la luz del sol, y respiró hondo. No podía dejarse llevar así allí, no con la gente alrededor mirándolo. Pero él podía mecerse y balancearse, y se sentía bien abrazándola.

Comenzó a sentir ese calor en su eje. Pero no con sentido de exigencia. No, era suave, como en el templo. Podía saborear el momento, sintiendo que ella comenzaba a balancearse y ceder al ritmo.

Al principio, a Kit le resultó difícil tolerarlo cerca de ella. Lo que más le gustaba de la liberación era no tener que estar cerca de nadie, soportar su olor o la presión de otro cuerpo contra el suyo. Pero olía bien, admitió. No picante y sudoroso como los soldados en los corrales, sino como jabón y algo picante.

Se atrevió a echar un vistazo a la pista de baile. En los bordes había algunas otras parejas, balanceándose simplemente como lo hacían ella y River. Pero en el centro, los mejores bailarines giraban y revoloteaban. Observó a dos mujeres bailando juntas. Se tomaban de la mano. Una se alejó y la otra la empujó hacia atrás.

River la sostenía ligeramente, tan ligeramente que podía escapar si así lo deseaba. Ella se alejó de él, entusiasmada por su osadía, por la libertad de que nadie la tocara en absoluto. Él se quedó mirándola por un momento y luego se dio la vuelta. Para su propia sorpresa, ella le tendió la mano y él la tomó. Sintió el calor de su mano, la fuerza de esos grandes dedos. Ella giró hacia él y luego se apartó. Una y otra vez ella giró, amando la sensación de libertad, de ser ella quien lo abandonara y se alejara. Pero retrocedía, una y otra vez, por la alegría de sentir esa libertad una vez más.

Retraída también, se dio cuenta, porque le gustaba esa sensación de un cuerpo cálido junto al suyo, que no la presionaba sino que simplemente la rozaba suavemente, la provocaba y la bañaba con una cálida mirada. Ella se arriesgó a mirarle a la cara. Se reía, como si no pudiera creer su suerte. Encontró su propia boca estirándose en una sonrisa.

Bird los observaba atentamente, como un entrenador que observa a un nuevo bateador salir al centro. Tenía tantas ganas de que a la chica le agradara River, que él fuera feliz, aunque solo fuera por un rato. Probablemente sólo les daría un poco de tiempo, en todo caso, pero incluso una gota de felicidad podría colorear todo un pozo de miseria.

Madrone observó a Bird que los observaba. Había sido un gran bailarín, flexible e inventivo. Habían ganado concursos. Ella había pasado tanto tiempo desde que había estado en la pista de baile... no desde que Sandy murió, pensó, el amante que la había abrazado y consolado durante esos largos años en que Bird estuvo lejos. Otra pérdida, otra que no había podido salvar.

Pero había llorado a Sandy, y esta noche no era noche para pasarla reviviendo viejos dolores. Era su noche libre, una noche para bailar.

¿Se atrevería a preguntarle? ¿Qué pasaría si le devolviera todo su dolor y pérdida, o si le lastimara la cadera mala? No, es más seguro no hacerlo.

Pero ella lo miró, recordando un tango apasionante hacía mucho tiempo. ¿Todavía podría doblar la espalda casi hasta el suelo?

Había una pequeña media sonrisa en sus labios. Sus ojos eran soñadores. De repente, Bird se cansó de ver bailar a Kit y River. Era como espiar a una nueva pareja haciendo el amor. Madrone lo estaba mirando. Ella le estaba ofreciendo una invitación. Él lo sabía. ¿Por qué, en nombre de Hella, no debería aceptarla?

Llega un momento en el dolor, pensó, de dolor implacable, en el que simplemente dejas de sentirlo. Dejas de rehuir y avergonzarte, y todo se vuelve sin sentido y muy aburrido. Quizás lo estaba en ese momento.

Se volvió hacia Madrone.

“Estoy muy fuera de práctica”, dijo, “pero ¿te importaría arriesgarte a bailar?”

Ella sabía lo que él le estaba diciendo.

“Si tú quieres, lo estoy”, dijo. Le tendió la mano y la condujo a la pista de baile.

No vamos a ganar ningún concurso, pensó, pero aún así somos mejores bailarines que la mitad de esa gente en la cancha. Madrone se movía con gracia en sus brazos y él la seguía, consciente de que si bien ella parecía

completamente abandonada al ritmo de la música, planeaba cuidadosamente sus movimientos para que él pudiera seguirlos sin forzar la cadera. Sus cuerpos eran muy familiares el uno para el otro. Él conocía sus ritmos como ella conocía sus fuentes más profundas de placer y sus heridas más profundas. Y por sólo un momento, estuvo feliz.

Recordó algo que Maya le había dicho.

“Estás deprimido porque ya no eres todo lo que alguna vez fuiste”, le había espetado. “Bueno, supéralo. Ninguno de nosotros somos lo que alguna vez fuimos. Todos envejecemos. Perdemos el uso de nuestras rodillas u otras facultades. ¿Pero sabes qué? La vida continua. Y aún queda mucho por disfrutar”.

Así que ésto es una victoria, pensó. Puedo bailar. Puedo ser feliz.

Más tarde, todavía estaba de buen humor, cuando volvieron a sentarse, sonrojados y sudorosos. La banda de baile se retiró entre muchos aplausos y sus viejos amigos Walker, Anna y Sachiko se levantaron para tocar. Cuando Walker lo llamó y le preguntó si cantaría una de las nuevas canciones, la que había escrito para Madrone, no dijo que no. Subió al escenario, tomó el micrófono y la cantó con tanta ternura que la sala estalló en lágrimas, seguido de una tormenta de aplausos.

Disfrutó de los aplausos. Se dio cuenta de lo que había perdido. Tal vez era una parte superficial de él, pero disfrutaba de ella. Y de repente comprendió que no había ninguna razón por la que no debería tenerlo. No podía ser todo lo que era, pero aún podía ser músico, cantante, compositor. Un amante. Todavía tenía mucho. Había mucho que apreciar.

Tenía mucho que perder.

Capítulo trece

El fuerte viento del mar soplaba sobre el dique. Isis acercó a Sara un poco más para abrigarse mientras contemplaban la fila de ex chicas de entretenimiento con sus coloridos pantalones cortos y camisetas de carreras. Al menos el viento alejó la niebla y permitió que luciera un sol brillante. Aún así, las chicas temblaban y se rodeaban con sus delgados brazos mientras esperaban comenzar la carrera.

¡Una carrera! Había pasado mucho, mucho tiempo desde que Isis se había agachado en una línea de salida y no correría en ésta. Pero ahora doscientas de sus protegidas estaban listas para competir, y cada una que cruzara la línea de meta sería su victoria.

Había sido un largo viaje llegar hasta aquí y preparar a las chicas. La idea nació una noche en la cabina del barco

amarrado, compartiendo vino con Sara y Smokee y debatiendo cómo podrían convertir un grupo oprimido de robots de carne en una fuerza de combate.

“De alguna manera tienen que pasar de estar aterrorizadas y deprimidas a enojarse”, dijo Sara, pasando la lengua por uno de los mejores syrahs del Norte²⁰. Los enólogos le habían regalado a Isis muchas cajas de sus mejores productos como agradecimiento por traer a Madrone de regreso a la Ciudad. Sentada en la cálida cabina, repleta de buena comida y con la lengua viva ante sabores complejos, a Sara le costaba creer que pudieran volver a la guerra.

“Las ex chicas de entretenimiento están enojadas”, había dicho Smokee. Seguía siendo una tragona, no una catadora, y en lugar de desperdiciar una excelente cosecha en ella, Isis le había preparado un batido de frutas con solo un toque de brandy. “¡Mordiéndolo, escupiendo, arañando como locas! ¡Una vez que se levanten esas cabezas, arrancarán algunas gargantas!

“Pero eso no es lo mismo que ser una fuerza de guerreras”, había dicho Isis, dejando su vaso sobre la mesa con un golpe. “Necesitan disciplina. Estrategia.”

²⁰ La syrah, también conocida como shiraz, es una uva tinta que se cultiva en todo el mundo y se usa sobre todo para producir vino tinto.

“Y para disciplinarte, necesitas tener un yo”, dijo Sara, pensativa. “Tienes que ser una persona real, con un nombre”.

“¿Cómo va a pasar eso?” –Preguntó Isis.

Sara se encogió de hombros. “Maya dice que necesitan un rito de iniciación”.

“¿Qué es eso?” –Preguntó Smokee.

“Es como una ceremonia. Pero primero hay que afrontar desafíos. Pruebas. Y al final, recibes un nuevo nombre”.

“¿Qué tipo de pruebas?” –Preguntó Smokee.

Isis estaba pensando. Ella había sido otra especie de corresponsal en las Tierras del Sur, una corredora, criada para correr desnuda ante multitudes de Primes que la vitoreaban y luego servir a los grandes Primes cuando la carrera terminaba. Ella tenía un nombre, a diferencia de las chicas del servicio, porque a los dueños les gustaba ponérselo a los corredores como a los perros y a los caballos. Cita, la habían llamado, en honor al primer caballo de carreras que ganó un millón de dólares, allá por el siglo anterior. Se cambió el nombre cuando se liberó y se convirtió en pirata. Uno de los montañeses que había transportado lo había sugerido. Les gustaba tomar los nombres de héroes míticos, dioses y diosas. Y por eso se

había puesto el nombre de la antigua diosa egipcia, gobernante del agua que fluye y del amor.

Había odiado gran parte de la vida de los corredores: su cuerpo a disposición de los dueños del equipo y los grandes Primes, su fuerza en exhibición para que un grupo de imbéciles de culo pálido la penetraran.

Pero a ella le encantaban las carreras en sí, la adrenalina corriendo por sus extremidades, aunque aumentada por las drogas y esteroides que los comisarios habían añadido a sus raciones. Le encantaba esa sensación de ser fuerte, rápida y estar viva.

Cuando ganaba, sentía verdadero orgullo. Podían obligarla a asistir a las sesiones de práctica, pero fue ella quien eligió poner su corazón en los ejercicios y se esforzó por mejorar su tiempo en cada vuelta. Podrían obligarla a correr, pero fue ella quien eligió correr a toda velocidad, esforzándose hasta el límite.

Y eso la había diferenciado de las chicas de placer. Porque si bien los entrenadores asignaban su cuerpo de ganadora al Prime que hiciera la oferta más alta, al final su velocidad, su fuerza y su voluntad se convirtieron en propias.

Las corresponsales nunca habían tenido esa oportunidad, nunca habían podido poseer ninguna parte de sí mismas.

Isis levantó la vista. “Podrían correr”.

Y así nació la idea. Entrenadas para la carrera, comenzarían el entrenamiento de luchadoras. Luego correrían y se ganarían sus nombres.

Ahora miró por encima de la línea de cuerpos perfeccionados con sus orgullosos colores de carrera mientras pateaban, agitaban los brazos y se inclinaban para estirarse. Hacía apenas seis semanas, ella, Sara y Smokee se encontraban en el comedor del antiguo convento mirando a la multitud de chicas dolorosamente delgadas y con los ojos bajos.

Smokee había plantado los pies y estaba, con las manos en las caderas, contemplando las cabezas inclinadas y los hombros encorvados que tenía delante. Eran de todos los tonos, desde chocolate hasta trigo, vestidas con una variedad de prendas usadas de los armarios traseros de las monjas: jerseys holgados y camiseros modestos que las hacían parecer extrañamente recatadas.

“¡Escuchen!” dijo en voz alta y enérgica. “¡Levantad los ojos y miradme!”

Tímidamente, miraron hacia arriba con cejas cautelosas.

“¿Queréis que os devuelvan los bebés?”, preguntó.

Durante un largo momento, un silencio sepulcral llenó la habitación. Entonces una niña pálida en la primera fila de asientos murmuró: “Bebés muertos”.

“Tal vez. O tal vez no. ¿Quién quiere ir a descubrirlo? Los sojuhs van a las Tierras del Sur para expulsar a los Stewards y dejarlas libres como en este lugar. No más servicios, todas libres. ¿Quién irá con ellos?

Las chicas la miraron sin comprender. Kit estaba sentada en las sillas delanteras, levantó la cabeza y lanzó una mirada rápida y atrevida a los ojos de Smokee.

“¿Chicas de placer para atender a los soldados?” preguntó ella.

“No. Si vamos, iremos a pelear”, dijo Smokee con firmeza.

Estalló una risa tímida.

“Las chicas de la cama no pelean”, dijo una mujer pequeña.

“Podemos aprender”, le aseguró Smokee.

A las siete de la mañana siguiente, Isis, Sara, Smokee y todas las chicas estaban haciendo yoga en el gimnasio del convento, dirigidas por Kerali, una de las maestras más destacadas de la Ciudad. A las ocho, Isis las había puesto a correr alrededor del parque. Se tambalearon y gimieron; la mayoría de ellas sólo habían caminado hasta su sala de atención de forma regular y sus músculos estaban débiles y casi atrofiados. Pero ella había ladrado órdenes y ellas obedecieron porque a ninguna de ellas todavía se le había ocurrido que una orden podía ser rechazada.

En el almuerzo, les sirvieron sopa, ensalada y batidos de frutas, mezclados con probióticos para ayudarlas a digerirlo todo. Clamaron por patatas fritas, pero Isis les informó que ya no estaban en el menú.

“Eso es comida de esclavos”, anunció. “Ahora sois libres; tenéis que aprender a comer comida real para fortaleceros”.

La mayor parte de ese primer almuerzo quedó sin consumir. Pero a la hora de cenar, después de entrenar con pesas y una larga sesión de baile aeróbico, la mayoría de las chicas tenían tanta hambre que cedieron y comieron.

Y todas sobrevivieron a la noche, pensó Isis con satisfacción. Ahora, unas pocas semanas después, estaban listas para correr.

Sara estaba mirando el rostro de Isis. Los ojos de la pirata brillaban, sus labios se abrieron con emoción y por un momento Sara vio lo joven que era en realidad. Oh, ella era tan cínica como un corredor en muchos sentidos, y aun así era producto del primer programa de cría de los Stewards, lo que significaba que no podía tener más de diecinueve años. Ahora sus ojos brillaban con la emoción de una niña, la niña que nunca le habían permitido ser.

Sólo yo podré ver la inocencia en ella, pensó Sara. Sólo yo podré ver el núcleo blando bajo esa frágil cáscara. Ella se acurrucó cerca.

“Eres un genio”, murmuró.

Isis resopló. “¡Dulce charla! Sé lo que quieres.”

“¿Qué?”

“¡Quieres que un marinero atractivo acaricie tu timón!”

Sara soltó una suave carcajada de asentimiento en lo profundo de su garganta.

Isis siempre haría eso, siempre lo mantendría ligero y desviaría los verdaderos elogios. Pero la carrera había sido un golpe de genialidad. Isis entendió que el sentido del yo debe ser físico antes de que pueda ser conceptual.

Sara también sintió eso. Ella e Isis se habían unido a las chicas en su entrenamiento, y su propio cuerpo era más fuerte, su propio sentido de quién eran estaba más seguro. Para Sara, el régimen fue un desafío, a pesar de que estaba en mucho mejor forma que las chicas de los corrales. Allá en las Tierras del Sur, en sus días como Trofeo Prime, ella había corrido obedientemente en una cinta y había hecho abdominales religiosamente y esculpido sus muslos. Era parte de su trabajo y de su supervivencia mantener un buen aspecto.

Pero esto era diferente.

LeeSing, el principal instructor de la Ciudad, les había enseñado *pacha-jitsu*, la forma de arte marcial propia de Califia que fusionaba judo, tai chi y karate con acrobacias y danza. Se centraba en desarmar y someter al enemigo, no en matar. Pero requería fuerza muscular y control, y un agudo sentido del equilibrio, junto con una profunda concentración mental. Pacha-jitsu era una meditación, una disciplina.

“Centraos”, les había dicho LeeSing, “y os convertiréis en un canal para el flujo de la energía universal. Baila con esa corriente, abrázala y te volverás invencible”.

Como contrapeso, habían tenido al Viejo Max, un ex instructor de la Marina de los días anteriores a los Cambios, ahora viejo, lleno de cicatrices y maltratado, pero todavía un experto en lo que él llamaba “la buena lucha sucia a la antigua”.

Entonces Sara había aprendido a usar su cuerpo de una manera nueva. No sólo para pulir la joya de su belleza, sino para reunir fuerza y generar impacto. Comenzó a caminar con un ritmo diferente en sus pasos, con una sensación de poder contenido, como un gato. Sentía las articulaciones aceitadas y suaves, los músculos listos para saltar.

Por la noche, cuando ella e Isis estaban solas, se encontraba intercambiando con Isis, tomando la iniciativa y atreviéndose a asumir nuevos roles.

Ahora Sara miró las listas de chicas ansiosas, listas para competir. Sus ojos viajaron hasta el rostro de Isis, observando atentamente, emocionada. Qué bien se sentiría hacer que esa emoción surgiera y se agitara, inflar sus velas y acelerar su embarcación hacia el oleaje, enfrentando las olas de frente.

“Esta noche”, le murmuró a Isis, “es mi turno de conducir”.

Isis le dedicó una larga sonrisa de agradecimiento.

Sonó el gong de salida y el primer relevo de chicas partió entre los fuertes aplausos de la multitud. Isis contuvo el aliento y Sara se acercó y le tomó la mano. Había comenzado.

Smokee sintió que el aliento le chirriaba en la garganta y que sus músculos empezaban a calentarse a pesar del viento helado. Ella estaba corriendo en el primer relevo, con las otras chicas que habían sido abandonadas en lugar de criadas para los corrales. Eran un grupo pequeño, no más de una docena entre los cientos que quedaban cuando los Stewards se retiraron, y habían tenido una ventaja en el entrenamiento, porque al menos habían llegado a cierta

edad libres para moverse, correr y usar sus cuerpos para algo más que el servicio.

Ahora el primer relevo discurrió junto a lo largo del amplio dique, el sol de otoño brillaba en las olas debajo de ellos en el lado del océano, los gritos y aplausos de la multitud en sus oídos. Era un recorrido largo, media milla, y Smokee había trabajado duro para recuperar su resistencia y su fuerza, todavía comprometidas por su ataque de hambre. Sabía que el objetivo de la carrera era simplemente terminar, sentir esa creciente fuerza de voluntad y músculo que las ayudaría a superar un desafío. Pero de repente ella quería más que eso.

Ella quería ganar. Quería demostrarles a todos que no era una víctima lamentable, ni un trapo patético y quejumbroso. Ella era una campeona.

Había otras dos chicas delante y un largo recorrido hasta la meta. Tranquilízate, había dicho Isis. No es necesario tomar la iniciativa de inmediato. Reserva algo de fuerza para el final.

Aún así aceleró su respiración y aumentó su velocidad.

El gong volvió a sonar y el siguiente relevo partió, diez minutos detrás del primero. Éstas eran las chicas más antiguas y fuertes, tal vez de quince o dieciséis años. El resto

seguiría ola tras ola, hasta las más jóvenes que apenas tenían diez años.

Isis disfrutaba viéndolas ahora, mientras mostraban la fuerza y la resistencia que ella les había ayudado a desarrollar. En las sesiones que dirigió, también descubrió algo nuevo sobre sí misma. Le gustaba entrenar. Le daba placer mostrarle a alguna chica tímida cómo cambiar su peso o respirar al ritmo de su paso. Cuando una niña temerosa daba un fuerte golpe a un muñeco, cuando una niña que arrastraba los pies con los ojos bajos aprendía un nuevo paso y miraba hacia arriba con una sonrisa tímida, sentía un escalofrío de logro.

Podía sentir a Sara mirándola, esa conciencia constante como una lámpara de calor, manteniéndola caliente. Si hubiera sido cualquier otra persona, Isis habría cerrado los ojos y habría asegurado su expresión. No les dejes saber, ni lo que te agrada, ni lo que te repugna: esa había sido una de sus primeras lecciones. Porque usarían ese conocimiento en tu contra, para solidificar su control.

Pero Sara sostuvo sus partes suaves con manos tiernas y atesoró sus secretos. Tenía una manera de decir exactamente lo que Isis más ansiaba oír. No es que Isis fuera a admitirlo alguna vez.

Ahora Sara mostró su sonrisa nacarada, su cabello como una lámina dorada a la luz del sol y su rostro radiante.

“¡De vez en cuando, marinero, se te ocurre una buena idea!”

Livingston escuchó los aplausos de la multitud y caminó hacia el ruido por la parte superior del dique. Había llegado a tierra esa noche desde el buque de guerra, remando en una pequeña zodiac hasta la playa y aterrizado sin ser visto. Había sido un alivio escapar de los estrechos confines de la vida en el barco. Habían pasado dos semanas desde que el barco de reabastecimiento hizo contacto y lo dejó en el gran barco, con la tapadera de que era un oficial de comunicaciones que preparaba comunicados de prensa para los medios. Había aprovechado la oportunidad para entrevistar a tantos hombres como pudo, tomando una copa en la cantina y conversando, para aprender todo lo que pudo sobre el funcionamiento del barco. Todavía no tenía ningún plan, pero estaba empezando a sentir que se formulaba uno en el fondo de su mente, y la información era poder. Y potencialmente, moneda.

Aún así, había algunas cosas importantes que aún no había decidido. Quizás no lo decidiera, hasta que llegase el momento de actuar.

También se sintió aliviado de escapar durante unas horas de la atenta vigilancia de su compañero de litera Kline, un joven y serio oficial cuyos ojos azul pálido parecían seguir a

Livingston dondequiera que fuera. Kline estaba empezando a perder el pelo y, cuando no miraba subrepticamente a Livingston, pasaba gran parte de su tiempo libre mirándose en el espejo, pasando la mano por la creciente calva de su coronilla y luego por las cerdas de su corte de pelo rubio, luciendo preocupado. Aparte de eso y de la forma en que olían sus pies, no era mal tipo. Livingston dividía el mundo en chicos buenos y chicos malos y Kline era un chico bueno de principio a fin, meticuloso a la hora de obedecer órdenes, seguir reglas y llegar a tiempo.

El propio Livingston era un chico malo, por supuesto, pero había aprendido a fingir un comportamiento de chico bueno cuando convenía a sus fines. Y sospechaba que Kline lo observaba por razones que iban más allá de los celos por su espesa melena rubia que, en cualquier caso, se mantenía demasiado corta para lucir sus rizos naturales debido al corte militar obligatorio. No, Kline indudablemente tenía una misión secundaria: asegurarse de que Livingston no desertara de verdad.

Podría ser una idea, pensó Livingston mientras se acercaba a la colorida multitud. Hoy era un viaje de exploración, para conocer el terreno y ayudarlo a hacer algunos planes. Había elegido un día en el que Kline estaría ocupado supervisando la revisión de los motores y no lo extrañaría. Pero tendría que regresar durante la guardia nocturna.

La zodiac fue cargada con piedras y enterrada en la arena junto a un antiguo muelle más al sur. Sería complicado sacarla a través del oleaje, pero era un remero potente y confiaba en su fuerza. Con su ruta de escape asegurada, podría concentrarse en la tarea del día.

Se había colocado una peluca sobre su cráneo recortado, con una caída de negro cabello que le rozaba los hombros. Había oído que a los lamecortezas de la Ciudad les gustaba que sus hombres tuvieran un aspecto femenino. Llevaba un par de vaqueros azules anodinos, un par de zapatillas deportivas viejas y gastadas y una sencilla camiseta blanca. Nada en él era distintivo ni estaba diseñado para llamar la atención. Su plan era mezclarse entre la multitud y observar, buscando oportunidades.

Un fuerte rugido más adelante le hizo acelerar el paso. Se puso un par de gafas de sol de espejo sobre los ojos, aunque el día estaba brumoso y el cielo era más perlado que azul. Si alguien estuviera tomando fotografías de la multitud, lo protegerían de los sensores biométricos.

Pero a medida que se acercaba a la multitud que vitoreaba reunida en el dique, comenzó a sentirse cada vez más llamativo. Nadie más parecía estar solo entre la multitud. Todos saludaban ansiosamente a sus amigos, o se pasaban botellas y se reían en grupo, o estaban parados en lugares con trabajos que hacer, como los de túnica blanca con

estetoscopios alrededor del cuello que parecían ser médicos de algún tipo.

Su misma suavidad estaba fuera de lugar. Todos los demás parecían llevar algún tipo de disfraz que proclamaba en voz alta quiénes pensaban que eran. Rayas, manchas y patrones se mezclaban sin pensar en una moderación sutil. Los colores brillantes asaltaron sus ojos. Vio a una cazadora de aspecto salvaje, vestida de piel de ante, empuñando un cuchillo, con largas rastas rubias y una especie de algo indeterminado con un tatuaje de serpiente que recorría su espalda desnuda, asomando un hocico triangular en la parte superior de una grieta en el trasero. Observó a una pelirroja musculosa con una diáfana túnica rosa saludar a una belleza oscura y bien formada vestida con plumas y lentejuelas. En su compañía, su atuendo anodino parecía gritar: “¡Mírenme! ¡Soy un espía!

Bueno, ya no se puede hacer nada. Seguramente había algunos desertores del ejército que aún no habían sido disfrazados para que parecieran un carnaval ambulante. Sí, allí estaban, con vaqueros y sudaderas, aunque con espirales y soles serigrafiados por toda la camisa, el pelo corto creciendo y expresiones hoscas o cínicas.

Se dio cuenta de que había cometido otro error con la peluca. Los pichones llevaban el pelo corto o largo o afeitado en elaborados diseños, trenzados, con rastas, cayendo en masas de rizos que parecían encajar con sus disfraces. Si bien

vestía como un antiguo sojuh, su peluca era demasiado larga para haberle crecido a partir de una cosecha militar en tan sólo estas últimas semanas. Pero ahora tampoco había ayuda para eso.

Ah bueno. Era un hermoso día. Se acercaba a los grupos de sojuhs y disfrutaba de la escena festiva mientras reflexionaba sobre si destruirlos y cómo hacerlo.

El sudor corría por la cara de Smokee. Sintió un dolor agudo en el costado y recordó que Isis les había dicho que hiperventilaran por un momento y respiraran. Delante de ella, el pelo rubio recogido con alfileres de la última corredora caía con el viento y le azotaba la cara. Smokee se alegró de haber mantenido sus propios mechones castaños cortos y resistió los servicios del Gremio de Peluqueros, que habían ofrecido sus servicios a las ex chicas de placer. “Sacaremos a relucir tu belleza interior”, habían dicho, combinando asesoramiento y estilismo para ayudar a que la apariencia de cada chica reflejase su creciente sentido de sí misma. Sí, la Ciudad no había escatimado esfuerzos, desplegando entrenadores, peluqueros y amantes de la moda para ayudar a cada chica a elegir sus colores de carrera y coser su propia camiseta y pantalones cortos.

Estaba ganando terreno a la chica rubia. La multitud era más escasa a lo largo de este tramo, la mayoría de ellos

concentrados en la línea de salida o más adelante, en la meta, y los rostros pasaban rápidamente mientras ella corría demasiado rápido para captar más que un atisbo de reconocimiento. Ese que había visto en el Consejo. Ese brillante destello rojo que repartía comida en la cantina. Esos blancos... sanadores apostados a lo largo de la ruta para caso de emergencias.

Pero no podía permitirse el lujo de distraerse. Estaba ganando terreno a la chica rubia, cuyo enredo de cabello la frenaba mientras se lo apartaba una y otra vez de los ojos. Sólo algo más adelante, iba una chica larguirucha con la piel como el café negro y el cabello afeitado con patrones geométricos.

Más rápido, se dijo Smokee. Puedes hacerlo. Mueve esas piernas. ¡Ya casi llegamos al final! ¡Es hora de dejar de caminar y acelerar un poco!

Eran puntos en el plano blanco del camino del dique, cada vez más cercanos, más grandes. Luego empezaron a disolverse en figuras, miembros brillando y rostros todavía demasiado lejanos para ser reconocidos.

Kit debía correr en el segundo relevo, River lo sabía, y se había colocado a medio camino, donde la multitud era menos y ella lo vería. La buscó ansiosamente.

El primer relevo pasó junto a él, uno por uno. Vio a Smokee, resoplando cerca del frente, y la saludó con la mano, pero ella pasó junto a él tan rápido que no estaba seguro de que se hubiera dado cuenta. Detrás venían la mayoría de las chicas apiñadas, con algunas rezagadas cerrando la marcha. Y luego pasaron.

Tendría que estar atento a Kit, llamarla y asegurarse de que supiera que él estaba allí para animarla. Sus colores eran turquesa y verde. A todas les había llevado mucho tiempo elegir, porque en sus vidas muy rara vez se les había permitido elegir algo. No se les permitía cambiarse de ropa ni siquiera elegir el peinado en los corrales. Si su cabello era rubio y fino, se lo dejaban largo, y las rubias servían a los oficiales y unidades de élite. Si era delgado o simplemente oscuro, se afeitaba.

Dejar que una chica del corral tomase una decisión; podría empezar a pensar en elegir qué tubo servir y cuál rechazar. Podría convertirse en una persona real.

¿Y si aprendiera a elegir? ¿Lo elegiría ella?

Allí estaba ella, todavía muy abajo en el dique. Ella no estaba al frente de su relevo, sino hacia atrás, corriendo, pero sin suicidarse, notó. Agitó su bandera y comenzó a llamarla por su nombre.

“¡Kit! ¡Kit! ¡Ánimo, Kit!

Kit corría hacia la parte trasera de su relevo, sin pensar en ganar sino en la comida. Ahora que se estaba acostumbrando, le fascinaba. Los diferentes gustos. Al principio le habían parecido alarmantes, desconocidos, pero ahora empezaba a disfrutarlos y a tener ganas de probar algo nuevo. Las Hermanas animaron a las chicas de compañía a ayudar con la cocina y la limpieza, y ella se ofrecía como voluntaria para las tareas de cocina todos los días. Una de las Hermanas le había enseñado a limpiar patatas y pelarlas, y le gustaba ver cómo se desprendía la áspera piel marrón, dejando al descubierto la pulpa blanca y húmeda de debajo. Y al cortar cosas, ese ruido sordo satisfactorio, cuando un cuchillo se deslizaba a través de una zanahoria, la cosa larga y delgada se convertía en círculo tras círculo dorado. La sensación estimulante del cuchillo en su mano, un borde afilado que podría hacer sangrar si lo apuntaba contra alguien. No es que ella lo hiciera. Pero ella podría. Nadie podría forzarla con un cuchillo en la mano.

Ella no quería ser una luchadora. Ella quería ser cocinera. Para conocer todos los secretos para convertir patatas, zanahorias, cebollas y remolachas en esas cosas que empezaban a saberle tan bien.

Aún así, ella siguió adelante tenazmente. Oyó un ruido delante de ella, una voz rítmica, aguda y retumbante que se convirtió en un nombre.

“¡Kit! ¡Kit!”

Ella miró a su alrededor sorprendida. Allí estaba el tubo, grande como un cuartel, gritando como una mamá con un alambre caliente en el culo. Gritando ese nombre... *su* nombre. ¿Por qué?

Ella redujo la velocidad para mirarlo. Sonriendo, mostrando grandes dientes, moviendo la cabeza.

“¡Ánimo, Kit!” gritó. “¡Puedes hacerlo! ¡Vamos! ¡Corre!”

Kit se detuvo y se giró hacia él.

“¡No necesito órdenes!” Ella chasqueó. “¡No acepto más órdenes!”

Él la miró confundido y herido.

“No es una orden”, dijo en voz baja. “Sólo un aplauso. Significa que este tubo... yo... te estoy animando.

“¡No necesito aplausos! Funciona muy bien”.

“Se supone que te hará sentir bien”, dijo en ese tono pequeño y herido. “Quiero que termines. Que tengas éxito.”

Ella lo miró fijamente durante un largo momento, claramente confundida. Tubo se rompió, pensó.

“Voy a terminar”, le aseguró.

“Sé que lo harás”.

“Entonces, ¿por qué tanto grito?”

Él no sabía cómo responderle. Él se encogió de hombros.
“Lo siento.”

Ella negó con la cabeza, pero algo cálido brillaba en su vientre. Recordó bailar, girar, alejarse y regresar.

“¡Tengo que correr, no hablar!” –le dijo, pero le dedicó una breve sonrisa.

Sonrió de nuevo y agitó la bandera.

Ella se dio la vuelta y salió corriendo.

Luego sintió un escalofrío en la nuca, una sensación de amenaza. Sus instintos de luchador lo alertaron. Alguien estaba mirando.

Se dio la vuelta. Pero no había nadie allí.

¿Quién estaba a cargo, se preguntó Livingston? Encuentra a los líderes y podrás idear un plan. Subvertirlos, socavarlos, eliminarlos. Pero no era fácil saberlo a simple vista. Estaba cerca de la meta, por lo que debería haber jueces. Pero si es así, no podría decir quiénes eran. Había una anciana sentada

en una silla plegable, un grupo de médicos y adolescentes sosteniendo coronas de flores.

¿Seguramente al final de la carrera habría discursos? Sintió que volvía a llamar la atención y decidió regresar caminando por la pista hasta el punto de partida. A lo largo de la ruta, había grupos más pequeños de simpatizantes e incluso algunos fanáticos solitarios. Se quedó de pie por un momento mirando a un hombre corpulento y oscuro con la postura encorvada de un raza que parecía estar animando a su novia. Avanzó rápidamente antes de que el sojuh pudiera verlo.

Allí, al final del camino había un tramo casi vacío. Una joven estaba sola, con gotas de niebla adornando sus cortos rizos oscuros y su rostro solemne. Caminó hacia ella. Parecía bastante inofensiva. Quizás podría arriesgarse a hacer algunas preguntas.

Rosa estaba sola, observando la carrera. Ella había ayudado obedientemente a la hermana Elizabeth y a la hermana Clare a cargar sus sillas plegables y cestas de picnic, y las había instalado en un buen lugar a lo largo del camino de rodadura. Todos estaban emocionados, charlando alegremente sobre lo bien que se veían las niñas, lo brillantes que eran sus colores y lo fuertes que estaban creciendo. Tan pronto como pudo, Rosa se escabulló. No se

sentía particularmente alegre y no le gustaba mirar a las chicas del corral y recordar... o esforzarse tanto para no recordar.

Encontró un lugar hacia el centro de la pista, donde podía quedarse sola, contemplando el mar al otro lado de la pista. ¡Ojalá pudiera huir hacia el mar, como un héroe de antaño! Estaban leyendo *Moby Dick* en su grupo de aprendizaje, y mientras ella evitaba unirse al grupo, avanzaba laboriosamente por su cuenta esa densa novela, disfrutando del lenguaje divertido y anticuado. ¿Qué decía al principio? Algo sobre querer salir a la calle y quitarle el sombrero a la gente, y saber que ya era hora de hacerse a la mar. Así era como ella se sentía.

Entonces, de repente, alguien estaba parado junto a ella. No lo había oído acercarse a ella y se sobresaltó. Era un hombre alto, con el pelo largo y oscuro, y había algo gracioso en él. La forma en que estaba vestido, por ejemplo. Todos los demás vestían sus mejores galas, incluso ella. Esa mañana se había puesto una blusa azul brillante aunque sólo fuera para evitar una discusión con las Hermanas, y cogió una cálida sudadera con capucha verde para cubrirla contra la fría niebla. El hombre vestía lo que parecía su ropa de trabajo, excepto que estaba demasiado limpia, demasiado fresca, como si en realidad nunca hubiera trabajado con ella.

Le dio un repelús. Por supuesto, la mayoría de los hombres se lo producían en estos días.

“¿A qué equipo estás apoyando?” preguntó en tono conversacional.

Ella se giró y lo miró fijamente. ¿Bajo qué roca se había estado escondiendo, que no sabía que no había equipos en esta carrera? Sólo las chicas de consuelo competían entre sí por sus nombres. Ella se estremeció de repente.

“¿Por qué llevas gafas de sol en la niebla?”, le preguntó ella.

Él le dedicó una sonrisa tranquilizadora. “Infección ocular”, dijo. “No es contagioso”, añadió mientras ella se alejaba un paso de él.

Algo en él la asustó. Ella se alejó otro paso.

“¿No te sientes amigable?”

¿Qué era? ¿Por qué se le erizaba la piel y sentía el estómago como si las ardillas estuvieran anidando allí?

Entonces el viento cambió y le trajo su olor, acre y floral como el jabón barato. La golpeó una oleada de náuseas tan intensa que se dobló por un momento, luego giró y corrió playa abajo, dejando atrás a las corredoras.

Era el olor de los sojuhs, el olor del cautiverio.

Madrone no estaba exactamente de servicio, pero estaba atenta mientras permanecía detrás de la silla plegable de Maya en la línea de meta, con un ojo en la primera ola de corredoras que aún estaba en el dique, y el otro en Maya, que estaba sonriendo y ondeando una bandera arcoíris.

Era un día festivo, un día glorioso con la niebla filtrando la luz del sol en un brillo nacarado que daba un suave resplandor a los corredores y a la multitud que vitoreaba salvajemente. Un día para disfrutar, incluso cuando su sueño la perseguía. Lo había tenido de nuevo, después de que ella y Bird fueran a bailar. Y de nuevo, anoche.

Una plaza, un hogar y un árbol sagrado.

¿Qué significaba?, se preguntó. Pero ella sabía lo que significaba. Una plaza: aquí había una plaza, una de las muchas en su ciudad, los lugares de reunión que permitían que la gente se reuniera. Aquí había un hogar, una fuente de calidez y resplandor, y un árbol sagrado de crecimiento y conexión. Aquí estaba todo y todos los que amaba.

Pero el sueño la llevó a regresar al corazón del enemigo.

Bueno, quería tener mi propia visión, pensó. Pero ese era el problema de las visiones. Una vez que las invocabas, debías seguirlas.

“¡Aquí vienen!” Dijo Maya emocionada mientras las figuras se acercaban. Agitó su bandera con renovado vigor.

Una mujer alta iba a la cabeza, su piel negra como una barra de chocolate agridulce, ¡y cómo deseaba Maya poder saborear eso otra vez! Corría como un antílope, con paso ligero y pausado, casi hasta la línea de meta.

Pero detrás de ella venía una chica pecosa con el pelo corto y castaño, resollando con determinación, sus brazos bombeando como los pistones de una Pequeña Locomotora. Era todo voluntad y feroz concentración, nada fácil en ella, y avanzaba metro a metro. ¿Pero tendría suficiente tiempo?

“¡Smokee!”, gritó Bird detrás de ella. “¡Adelante, Smokee!”

Quería que ella ganara, de repente, quería que ese rayo de furia conociera un momento de dulce victoria. Ella pareció oír su voz, levantó la cabeza y luego aceleró de nuevo.

Ya no había nada en el mundo de Smokee excepto sudor, respiración agitada y pies palpitantes. Corrió con toda la fuerza que pudo reunir, tragando aire, deseando que sus pies fueran más y más rápido. Y aún así no fue lo suficientemente rápida. Estaba cerca de la corredora que iba delante. Podía ver el sudor corriendo por la piel oscura de su cuello y sentir la arena levantada por sus zapatos. Un poco más de velocidad bastaría. Pero la línea de meta ya estaba

cerca, un poco más adelante, la cinta se extendía a lo largo del camino y la chica iba a llegar primero.

“¡Smokee!”

Creyó oír su propio nombre. Como si alguien fuera de ella la estuviera animando, alentándola.

Ella giró la cabeza. ¿Quién podría ser?

“¡Vámos, Smokee!”

Pero ella iba demasiado rápido para verlo. Aún así, como si la alegría llevara consigo una ráfaga de velocidad, su paso se alargó un poco, se aceleró y, justo cuando llegaba la línea de meta, pasó a la chica que tenía delante y rompió la cinta. ¡Era ganadora!

Vítores y aplausos la siguieron mientras recorría la pista de enfriamiento y regresaba a la tribuna final. Un médico le puso una bebida en las manos y una niña pequeña le entregó un ramo.

“La primera ganadora, ¡felicidades!”, gritó Salal. Colgó una medalla sobre el cuello de Smokee y sonrió ampliamente a la chica que Smokee había logrado vencer. “¡Y tú también, bien hecho! ¡Qué carrera! Colgó una segunda medalla en el cuello de la chica morena.

Smokee sonrió, un poco arrepentida, al segundo lugar. De repente se sintió avergonzada, como si hubiera hecho trampa de alguna manera, o hubiera deseado una victoria que no se merecía. ¿Y si esta chica también tuviera algo que demostrar?

Pero la chica simplemente se rió, y ahora llegaban otra niña, y otra, y los vítores se convirtieron en un rugido de gritos alegres y risas. Smokee seguía jadeando y Madrone le frotó los hombros sudorosos con una toalla.

Bird le sonrió. “¡Smokee, te las fumaste!”

Ella lo miró. Por un momento fugaz, una sonrisa cruzó por su rostro. Al instante, cerró la boca y frunció el ceño con su habitual mirada furiosa.

Pero él lo había visto.

Los gritos de felicitación se hicieron más fuertes a medida que llegaban relevo tras relevo. Cada niña recibió un ramo y una medalla. Todas las chicas ganaron.

Los más fuertes fueron los vítores para las más jóvenes, niñas que sólo tenían nueve o diez años. Corrieron las últimas, para ser recibidas por los brazos abiertos de la gente de la Ciudad que les hacía señas y gritaban: “¡Bienvenidas! ¡Bienvenida! ¡Ven y únete a nuestra familia!

Ninguna de las más jóvenes iría a la guerra. El Consejo había dictaminado de forma general que sólo aquellas que parecieran tener al menos dieciséis años serían elegibles para ir a las Tierras del Sur. Las demás permanecerían seguras en la Ciudad, con familias ansiosas por adoptarlas y darles al menos una muestra de la infancia que nunca habían tenido.

Brindaron por todas las chicas con jugo de manzana y champán, sacaron bandejas con golosinas para recuperar energías y repartieron carros llenos de ramos. Los músicos sacaron tambores y guitarras, y una gran fiesta se extendió por todos los malecones, extendiéndose a lo largo de media milla desde la línea de meta hasta la salida.

Rosa se paró junto a la línea de la marea, contemplando el sol hundirse bajo las olas. Había corrido por la playa, muy, muy abajo, sola hasta que su respiración acelerada se convirtió en grandes jadeos y sintió una punzada en el costado. Y allí se había quedado toda la tarde, simplemente mirando las olas entrar y salir, y los diminutos playeros persiguiéndolas.

Las Hermanas estarían preocupadas por ella, pero a ella no le importaba. No podía regresar, todavía no. No a las multitudes donde alguien peligroso estaba esperando.

Debería decírselo a alguien, pensó, pero ¿qué podría decir? Vi a un tipo espeluznante. Olía como los sojuhs.

Realmente no le había hecho nada. Quizás tenía una infección en los ojos.

Lo has pasado mal, le decían con lástima en los ojos que ella no quería ver. Estás imaginando cosas, es lo que estarían pensando. ¡Loca!

Entonces lo vio, esquivando las olas. Una mancha oscura, una mancha negra en el agua, subiendo y bajando, abriéndose paso entre las olas. Un bote de goma, negro, lo suficientemente grande como para que un hombre espeluznante con cabello oscuro remase, desde la orilla, hacia el océano abierto.

Donde esperaba el barco enemigo.

Así suena la victoria, pensó Bird, escuchando los vítores, las risas y los tambores. Victoria no manchada por culpas y recriminaciones. Por un momento deseó que su cadera estuviera ilesa y su pierna todavía sana y poder correr. Correr por su propia victoria. Correr por la playa, correr kilómetros y kilómetros, fuera de la Ciudad, fuera de esta vida, lejos de todos los que amaba y de todos a los que había fallado.

¿Pero adónde iría? ¿De vuelta a las Tierras del Sur, clamando por la liberación? ¿Dónde tenía su propia historia de fracaso y dolor?

¿Qué haría allí? ¿Cómo podría luchar contra esa tiranía sólo con las armas de la historia y la canción?

De repente apareció una pequeña figura frente a él, de pie, con la cabeza gacha, bloqueándole el paso. Estuvo a punto de tropezar con ella, pero se detuvo sorprendido cuando la escuchó pronunciar su nombre.

“Pájaro”.

–¿Rosa? Se agachó y la miró a la cara. ¿Estaba dispuesta a perdonarlo? ¿Volverían a ser amigos?

Había necesitado toda su determinación para volver a la fiesta, abrirse camino entre la multitud en su búsqueda y luego decidirse a enfrentarlo por fin. Pero ya sea que él la despreciara o ella lo despreciara, él era la única persona que podía creerle.

“¿Qué pasa, *querida*?” –Preguntó suavemente, porque claramente ella estaba angustiada. Su respiración sonaba de pánico y sus ojos se alejaron de él.

“Vi a alguien... alguien espeluznante”, dijo en una voz apenas superior a un susurro. “Llevaba gafas de sol, en la niebla”.

Bird asintió, sin atreverse a interrumpirla. Había más.

“Y él olía... él olía...” Ella tomó una larga bocanada de aire y se armó de valor. “Olía como el jabón que nos dieron... después...”

Santa Madre de todos los dioses, pensó. ¡Un espía!

Bueno, por supuesto. Deberían haberlo esperado.

¿Se atrevía a tomarle la mano? ¿Se alejaría de él? Tentativamente, la alcanzó y sintió sus dedos fríos en los suyos.

“¿Sabes dónde está el?”

“Debería habértelo dicho antes; fue hace mucho tiempo. Esta tarde.”

“Está bien.”

“Pero vi un barco. Un pequeño barco, como una balsa inflable, en el oleaje. Justo al atardecer. Y se dirigía hacia el mar”.

“Has hecho bien”, le aseguró Bird, aunque deseaba amargamente que ella hubiera acudido a él de inmediato, cuando podrían haber atrapado al troll y descubrir lo que estaba haciendo. Pero fue un milagro que ella hubiera acudido a él, que estuviera dispuesta a confiar tanto en él.

“Y oye”, añadió. “Gracias. Gracias por decírmelo.”

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos por un breve instante. Ella, más que nadie, había ido con él a los peores lugares, y aunque él le había fallado allí, no había logrado protegerla o mantenerla a salvo, o incluso proteger su imagen de él como el héroe que nunca se doblegaría, era un vínculo entre ellos.

“Sabía que me creerías”, dijo Rosa, y sus palabras cayeron en las fauces de su culpa como un bálsamo, como una gracia.

Ella le dedicó el más mínimo atisbo de sonrisa que se desvaneció tan pronto como él la vislumbró.

Una señal, pensó. Como la sonrisa fugaz de Smokee, como la mirada de asombro en los rostros de las niñas más jóvenes mientras sus nuevas familias las acogían, como la luz en los ojos de River mientras tímidamente tomaba la mano de Kit. Una bandera arcoíris, animándolo hasta la próxima carrera. Un estandarte ondeando al viento, proclamando las listas para la próxima batalla.

Era todo por lo que había luchado, sufrido y sacrificado tanto; todo lo que había fracasado y traicionado.

Era todo por lo que volvería a luchar.

Capítulo Catorce

La Ceremonia de Nombramiento tuvo lugar en el anfiteatro en lo alto de la colina del Ritual. Estaba llena de gente de la Ciudad que había venido a presenciar la celebración de las chicas de placer. Maya se paró en el podio y miró hacia abajo, hacia un arco iris de capas coloridas apretadas contra el frío de la niebla del verano. Era una nueva moda tejerlos o pintarlos con diseños elaborados y símbolos personales. Como si nos estuviéramos quedando sin paredes, pensó, y ahora tuviéramos que adornarnos con obras de arte.

Sara la había invitado a entregar los certificados oficiales, pero Maya se negó. Principalmente, admitió sólo para sí misma, porque no estaba segura de poder estar de pie durante tanto tiempo, y sentarse sería una admisión de

debilidad. Pero ella se había ofrecido a pronunciar un breve discurso.

No pude resistir la tentación de lucirme por última vez. Y ahora aquí estoy, temblando con el viento, con Isis merodeando por el escenario dando los últimos toques a los arreglos y Lily sonriendo entre bastidores.

Sara estaba detrás del escenario, ayudando a las chicas con su arreglo final. Los miembros de la orquesta de la Ciudad estaban sentados en el foso tocando una melodía alegre. Maya se volvió con una mirada inquisitiva hacia Bird, que estaba a su lado, sosteniéndola.

“No es mi música”, dijo. “Es Mendelssohn.”

La música se detuvo. Isis asintió con la cabeza a Maya, Bird le entregó una varita tallada rematada con un micrófono y ella comenzó.

“Los nombres tienen poder”. Su voz era suave, un poco quebrada, pero el sistema de sonido la transmitió fácilmente entre la multitud. “Es una vieja enseñanza mágica que cuando conoces el verdadero nombre de alguien, puedes exigir su lealtad. Por esa razón, los sabios mantienen en secreto sus verdaderos nombres.

“Un nombre confiere identidad. Traza una línea alrededor de lo que se nombra. Dice: “Yo soy esto y no aquello; yo y no tú”. Los Stewards lo entienden. De ahí que no den nombres

a los desafortunados sujetos de sus programas de reproducción, las chicas de placer y los sojuhs. Les prohíben el uso de la palabra “yo”. No pones nombre a los pollos que pretendes sacrificar”.

Hubo un tiempo en su vida en el que había intentado eludir nombres, renunciar a sustantivos y verbos y experimentar con el mundo directamente, sin separar el árbol del bosque o la montaña del arroyo. Había pasado ese verano sola en la montaña, sin hablar, intentando perder incluso el diálogo interior con el que nos hablamos a nosotros mismos. Por momentos, había alcanzado un estado en el que todo se fusionaba en un flujo; las energías se disolvían en formas, las formas se disolvían en energías. Todo era una canción, un acorde que reverberaba a través de un millón de cuerdas.

Ella escuchaba ese acorde ahora.

Bird le apretó el codo.

Bien. Ella no podía quedarse dormida. ¡Que embarazoso! Ella estaba dando un discurso. No es momento de perder palabras, sino de emplearlas. Quizás su última oportunidad de ser públicamente inspiradora.

“Así que un nombre es una victoria”, afirmó.

La multitud aplaudió.

Pero lo que realmente quería decir era que un nombre es como un globo. Sujétalo con una cuerda, ligeramente, deja que se eleve por encima de la multitud para que otros puedan encontrarte. Pero recuerda que puede alejarse flotando con una ráfaga de viento.

Bird volvió a apretarle el brazo. La multitud estaba esperando.

“Cada joven que hoy se ha ganado su nombre ha ganado mucho más que una simple carrera. Cada nombre es una piedra, arrancada al edificio de control que construyeron los Stewards. Libera suficientes de ellos y la fortaleza caerá. ¡Y con ellos construiremos las bases de un mundo mejor!”

“¡Salud de nuevo!” Bird la condujo suavemente hacia los escalones que bajaban del escenario y los vítores aumentaron. Alguien se puso de pie, y luego otro, y otro, y de repente toda la multitud se puso de pie, animándola.

No por mis palabras, pensó. No es mi peor discurso, pero está lejos del mejor.

No, están aplaudiendo porque sienten que este es el final. Ahora sostengo mi propio globo con mucha suavidad entre el pulgar y el índice. En un momento, tal vez con el próximo soplo de brisa, llegará un tirón. Mis dedos se abrirán y lo soltarán.

Los vítores se habían convertido en un rugido. Éste es un buen momento, pensó. Podría pararme en él y disfrutar de él. Como le gustaba decir a mi madre, ahora podría morir.

Pero este no es mi momento. Es el de las chicas.

Así que le dio un codazo a Bird y le dejó ayudarla a bajar del escenario para que pudiera comenzar la ceremonia.

Se sentaron en primera fila, el lugar de honor, donde Madrone les había reservado asientos.

Un coro de niños de la Ciudad se unió y cantó una vieja canción de derechos civiles.

“¡Esta pequeña luz mía, la dejaré brillar!”

Una por una, cada ex chica de entretenimiento cruzó el escenario, tomó el micrófono por un momento y le dijo a la Ciudad su nuevo nombre, entre grandes aplausos. Lily les entregó a cada una un certificado oficial de renacimiento y una tras otra se alejaron con orgullo.

Bird lanzó una rápida mirada por encima del hombro. Desde que Rosa le contó lo que había visto en la carrera, había estado en hiperalerta, esperando espías en cada rincón. Pero, ¿qué podrían aprender aquí que ayudase a la Mayordomía? ¿Entenderían la amenaza subversiva en esta ceremonia en honor a sus liberadas esclavas?

Maya no quedó impresionada con la ceremonia.

“Es como sacado del concurso de Miss América”, refunfuñó en voz baja a Madrone. “¿Cuándo salen en traje de baño? ¿O a mostrarnos su talento?”

Madrone le dio un suave golpe. “No te quejes. Te pidieron que te unieras al comité y dijiste que no”.

Maya simplemente resopló.

Pero a medida que avanzaba la ceremonia, después de todo, empezó a sentirse profundamente conmovida. En lugar de arrastrar los pies con la cabeza gacha y los ojos bajos, cada joven cruzó el escenario con orgullo. Ahora cada una parecía única, su cabello con un nuevo estilo, su ropa cómoda pero en colores y formas que resaltaban su belleza especial. Y cada una habló con claridad, mirando al público y levantando la cabeza con orgullo.

Era una graduación, pensó. Una muestra de lo que me perdí al abandonar la escuela secundaria y rechazar todas las súplicas frenéticas de mi madre para volver a la universidad. Pero es más que eso. Es para todos nosotros. Nuestros premios Oscar de la insurrección. El testimonio de que nuestra estrategia funcionó, de que derrotamos a los Stewards no matando, sino despertando a toda la humanidad de sus harapos y desechos.

Esto era lo que necesitaba ver, pensó. Es mi ceremonia de graduación también. Puedo *morir* ahora.

La alarma en los rostros de Bird y Madrone le indicó a Maya que había hablado en voz alta. Madrone le agarró la mano como para anclarla firmemente en la vida.

“¡No digas eso!”, susurró ella.

Maya le apretó la mano. “Eres partera. No tengas miedo de este pasaje”.

“No tengo miedo. Soy egoísta. Te quiero alrededor. ¡Te extrañaría muchísimo!

Maya resopló. “Tenéis otro trabajo que hacer, vosotros dos. Puedo verlo.”

Bird no dijo nada, sólo la rodeó con un brazo como para impedir que se acercara a un precipicio.

“No creas que tienes que morir para liberarnos. ¡No queremos eso! dijo Madrone bruscamente. Sus voces bajas se habían alzado y la gente detrás de ellos les silbaba “¡shhh!” Maya no respondió.

Después de la ceremonia, caminaron lentamente de regreso a casa. El carro eléctrico que transportaba a los enfermos y a los ancianos se detuvo para recibirlos, pero Maya lo despidió con un gesto. Todavía le encantaba

caminar, aunque lentamente, apoyándose en el brazo de Bird. Quería un último paseo por las verdes calles de la Ciudad, una última oportunidad de saborear la belleza de sus jardines de verano, los girasoles cabeceando sobre sus altos tallos, las ramas colgantes y cargadas de frutos en los árboles dispersos que habían escapado de los estragos de los Stewards. Recolectaban mientras caminaban, Madrone recogía un puñado de bayas y Bird se estiraba para arrancar una ciruela perfectamente madura.

Esta ciudad sigue siendo hermosa, pensó Maya. Un poco maltrecha y con cicatrices, pero resistente. Sobrevivirá, y eso significa que hay esperanza para todos nosotros.

Bird la ayudó a subir los escalones que conducían a la puerta principal de la antigua casa victoriana que Maya había llamado hogar durante casi tres cuartos de siglo.

La última vez, pensó Maya. Esta podría ser la última vez que arrastre este viejo cadáver por estas escaleras. La primera vez, hacía mucho tiempo, ella había sido una joven forajida, saliendo de las sombras para asustar a Johanna mientras hacía malabarismos con burritos para llevar, papeles y la pequeña mano de Rachel. Johanna había hecho hacía mucho tiempo el pasaje que ahora llamaba a Maya. ¿Se encontrarían pronto? ¿La estarían esperando Johanna y Rio, con los brazos extendidos y los rostros haciéndole señas al final de un túnel de luz?

Escuchó un resoplido en su oído, sintió una presencia.

“Te he estado esperando durante una década o más, novia”, murmuró la cálida voz de Johanna en su oído. Estaba sosteniendo el brazo derecho de Maya, fuerte y vibrante y al mando. Y Rio la apoyaba a la izquierda, su cabello rubio ondeando como la bandera de un pirata, su rostro iluminado con picardía como lo había estado hace mucho tiempo cuando remó hasta ella en un bote robado en Stow Lake y se la llevó. *“¡Siempre tarde a la fiesta! Tengo que hacer una entrada”.*

“Di la palabra y estaré listo para robarte de nuevo”, prometió. *“En cualquier momento.”*

Tropezó y un brazo fuerte la sostuvo en alto.

“Tranquila, abuelita. No hay necesidad de apresurarse.”

Pero esa no era la voz de Rio, ni era el hombro de Johanna en el que se apoyaba. Durante un terrible momento de confusión, no pudo recordar dónde estaba ni quién era ni quién la sostenía con miradas de preocupación en sus rostros jóvenes. Luego volvió a ella. Madrone. Pájaro.

Le dolían las rodillas y la espalda y tenía que detenerse entre pasos para recuperar el aliento. Desgastado, ese cuerpo, como un par de zapatos favoritos tan usados que los clavos sobresalían de las suelas y el cuero se había agrietado.

Casi es hora de descartarlos y emprender otro camino.

Después de una larga cena (*coq au vin* hecho con un gallo irritantemente agresivo), se quedaron en la mesa. Por una vez, estaban todos juntos, nadie atrapado en una larga reunión en otro lugar o atado a alguna emergencia de vida o muerte. Katy y el bebé se quedarían a cenar, y Holybear y Madrone estaban fuera de servicio. Incluso el Doctor Sam se había escabullido del centro de curación para unirse a ellos.

Recogieron los platos y Bird sirvió una tarta de manzana que había preparado ese mismo día. Nadie se movió para irse, como si todos sintieran que un momento como este podría no volver a ocurrir.

Holybear sacó una baraja de cartas del tarot e hizo que Katy jugara lo que él llamó el tarot del destino, una forma de blackjack.

“¡Tarot del destino!” Dejó una carta con gesto de showman. “Tienes el nueve de Oros”, le dijo a Katy. “La mujer en casa, en su jardín, segura y protegida. Recuerda, el tarot del destino te dice no el futuro que tendrás, sino el que podrías tener. ¿Arriesgarás otra carta?”

“¡Continúa!”, dijo Katy, riendo.

Con un gesto de su mano, Holybear dejó el siete de copas. “Ah, una carta de sueños y fantasías, esperanzas y deseos. ¿Se harán realidad? ¡Todo depende de la suerte! Tienes un total de dieciséis ahora. ¿Te atreverás con otra carta para intentar conseguir veintiuno? ¿O descansarás con lo que ahora tienes, sueños solitarios?

“Viviré peligrosamente. ¡Golpéame otra vez!

Maya inspeccionó la gran sala común, pensando en todos los años de comidas, conversaciones y reuniones que había compartido allí. Un elenco de personajes en constante cambio que iban y venían. Casi siempre había habido un bebé, como el bebé de Katy que ahora yacía acunado en sus brazos. Niños pequeños y grandes, amantes y cómplices. Un montón de cocineros.

El doctor Sam, el último de una larga fila de amantes y pretendientes, se relajaba en el gran sillón bajo la ventana. Esperaba que no tuviera celos de Rio, que yacía desplomado en el sofá, de regreso de un largo turno en el comedor de beneficencia donde alimentó a las personas sin hogar durante tantos años. Él la miró y le guiñó un ojo. ¿O había parpadeado? No, ese era Bird, descansando allí con esa mirada preocupada que se posaba en su rostro cuando no se daba cuenta de que ella estaba mirando. Pero seguramente esa espalda ancha y recta en el fregadero del rincón era Johanna lavando los platos, tarareando para sí y tomando la tetera humeante del fuego para preparar una taza de té.

Maya deseaba que terminase, para que las dos pudieran tener uno de sus largos y picantes chismorreos sobre los recientes acontecimientos.

¿Pero de dónde había sacado Johanna esa melena de pelo, esa bata blanca de sanadora?

“Tienes que dejar la hierba”, le dijo Johanna con firmeza al oído. *“Te está confundiendo la mente”.*

“¡No es la hierba!”, protestó Maya.

Una sala llena de ojos se volvió para mirarla y ella se dio cuenta de que había vuelto a hablar en voz alta. Ella sonrió con tristeza.

“Bueno, no lo es”, dijo. “¡Hace años que no fumo! Aunque ahora no me importaría tener un poco, ahora que lo pienso”.

“Podría traerte algo de grado médico del hospital”, ofreció Holybear.

Pájaro sonrió. “Tengo amigos músicos. Tienen las cosas que realmente te drogarán. ¿Qué quieres, *abuelita*? ¿Alivio para esas articulaciones doloridas o un viaje de regreso a la tierra de Nunca Jamás?

“Tengo todo lo que quiero”, le aseguró. Mirando alrededor de la habitación, supo que eso era cierto. Si existía un cielo o una Tierra del Verano, esperaba que fuera así. Sin arpas ni

ángeles, ni siquiera manzanos siempre florecientes, sino el consuelo cotidiano de la comida y el compañerismo que tanto habían adornado su larga, larga vida. Nunca se cansaría de ello, pero estaba dispuesta a dejarlo pasar.

“¡El cuatro de bastos!” Holybear volvió al juego. “¡Una tarjeta de banquete y celebración! ¡De los tranquilos sueños del jardín algo se hace realidad! ¡Pancartas, banderas, múltiples dulces! Y una puntuación de veinte. ¡Oh, muy cerca! ¿Te atreverás a jugar una carta más?”

“Creo que me quedaré con lo que tengo”, dijo Katy. “No está tan mal, aunque esperaba que el Caballero de las Bellotas viniera de visita”.

“Nunca se sabe”, dijo Holybear. “¿Quién es el siguiente? ¿Madrone? ¿Te atreverás a conocer tu destino?”

Los ojos de Madrone estaban lejos. Lentamente volvió a centrar su atención en la habitación y sacudió la cabeza.

“Conozco mi destino”, dijo. “Tuve un sueño.”

Se volvió para mirar a Bird a los ojos y le dedicó una pequeña sonrisa vacilante, casi como una disculpa.

“¿Qué clase de sueño?” preguntó él, sabiendo antes de que ella hablara lo que iba a decir.

“Ese tipo de sueño”, dijo a la ligera. “Del tipo que arruina tu vida. Decía: 'Construid un refugio en el corazón del enemigo'”.

Parecía muy triste, pensó Bird. Su salvaje nube de cabello oscuro brillaba como un halo en la luz del atardecer de verano que entraba por la ventana detrás de ella. Parecía la Diosa de la Tristeza, *La Llorona*, lloriqueando. Recordó un momento del Levantamiento, cuando eran niños. Había estado transmitiendo mensajes de la batalla en las calles a los médicos que habían instalado una clínica en el garaje del sótano. Estrictamente en contra de las órdenes de sus padres, dejó a Madrone aterrorizada ayudando a los médicos, agarró su patineta y salió a la calle.

Los médicos le habían enseñado cómo lavar los ojos a las víctimas de gases lacrimógenos. Y fue entonces cuando la vio, mientras hacía zoom en su tabla, luciéndose un poco con un caballito. Iluminada por un rayo de sol que se colaba entre las nubes de aquel día lluvioso, ella se mantuvo en medio de sus pacientes, arrodillados como adoradores. Su miedo fue olvidado; su rostro estaba resplandeciente. Y en ese momento ella se había transformado de su pequeña y molesta amiga en su Diosa, su faro, su estrella del Norte.

Y ella todavía lo era. Sintió un repentino destello de ira y pánico. Había luchado mucho para volver con ella. La necesitaba tan desesperadamente. ¡Cómo se atrevía a tener una visión que podría volver a separarlos!

Porque por mucho que anhelaba decir: “Iré contigo”, no pudo. Ambos no podían dejar a Maya.

Y más que eso, no podía ver claramente cuál sería su papel en la historia que se desarrollaba.

“Lo intentemos”, dijo Katy con voz sombría. “Lo intentamos una y otra vez. Cada vez que establecíamos una base urbana, los Stewards la encontraban y la destruían”.

“Lo sé”, dijo Madrone. Los ojos de Katy se oscurecieron con el recuerdo del día de pesadilla en el que los Stewards atacaron el Nido de Rata, como llamaban a la base que ella había anclado en Angel City. Para Madrone, había sido terror y caos, gritos y sangre y una carrera desesperada por las calles con los Ángeles que la habían rescatado. Pero para Katy, que en ese momento estaba embarazada de nueve meses, había sido el comienzo de una pesadilla: captura, tortura, infección con las enfermedades de los Stewards creadas por bioingeniería que utilizaban a sus cautivos como animales de experimentación. Madrone todavía a veces captaba una expresión de preocupación en el rostro de Katy, mientras amamantaba a Lucía, y sabía que todavía temía que esos días de horror hubieran dañado de alguna manera a la niña.

“Pero eso es lo que decía el sueño”, prosiguió.

“Esos viejos sueños sólo están en tu cabeza”, dijo el doctor Sam.

“Ojalá”, dijo Madrone.

Sam se volvió hacia Katy. “¿Cómo encontraban los campamentos urbanos? ¿Informantes?

“A veces”, dijo Katy. “Pero lo más probable es que fuera el agua. Aprovechábamos las líneas de la Ciudad, ilegalmente. No es fácil de hacer, pero podría decirte cómo. Pero después de un tiempo se daban cuenta. Sus sistemas de seguimiento estaban parcheados y eran defectuosos, como todo lo que hacen los Stewards. Pero tarde o temprano funcionaban y nos descubrían”.

Hubo un largo momento de silencio en la mesa. Holybear volteó tarjeta tras tarjeta, como si buscara una respuesta. Todas eran deprimentes: copas derramadas, bastos chocando, un corazón atravesado por espadas.

Y luego el As de Copas, el agua que brota de un cáliz rebosante.

“Hay manantiales debajo de las calles de Los Ángeles”, dijo Maya.

Todos se volvieron para mirarla.

“¿Qué quieres decir?” –Preguntó Madrone.

Maya le dio una mirada impaciente. “Quiero decir que hay manantiales debajo de las calles de Los Ángeles. ¿Qué parte de eso no entiendes?

“¿Manantiales de agua?” –Preguntó Katy.

“No me refiero a manantiales”, replicó Maya. “Sí a corrientes de agua. Aguas termales. Solían ser centros turísticos a principios del siglo XX. Allí se alojaban las estrellas de cine. Hubo un grupo que los revivió, allá por los años noventa. Una vez di allí una charla para escritores”.

“¿Manantiales potables?” Preguntó pájaro.

“¿Has oído hablar de los filtros de agua alguna vez?” espetó Maya. “¿Tenemos un mapa en alguna parte?”

Madrone tocó el cristal que colgaba de su cuello. La Red se había cerrado cuando los Stewards invadieron, porque los cristales vivientes no cooperarían en una atmósfera de miedo e ira. Pero una vez que los Stewards se fueron, los técnicos rápidamente lograron que la Red volviera a funcionar. Con un simple comando de voz, pulsó y arrojó un holo sobre la mesa.

Katy negó con la cabeza. “A mí todavía me parece magia. Allá en las Tierras del Sur, las computadoras son cosas con pantallas y cables”.

“Es mágico”, dijo Holybear. “Si piensas en la magia como la aplicación dirigida de la mente a la materia. Y la comprensión de que hay muchas formas de sensibilidad con las que podemos comunicarnos”.

“La madre de Bird”, le dijo Maya a Katy. “¡Mi pequeña Brígida! Jugaba con cristales cuando otras niñas jugaban con muñecas. Inventaba historias, hablaba con ellos. Y finalmente, comenzaron a responderle. Nos preocupamos mucho por su cordura, hasta que vimos qué podía conseguir que lo hicieran”.

“Los avances tecnológicos del viejo mundo surgieron de la descomposición de cosas”, dijo Holybear. “De desarmarlas, enfocar un estrecho haz de investigación en partes cada vez más pequeñas. Pero los avances tecnológicos de nuestra Ciudad provienen de la conciencia, la expansión de la conciencia y la apertura de la comunicación y la cooperación a niveles cada vez más profundos del ser. Cooperamos con los cristales y ellos disfrutaban ayudándonos a jugar nuestros pequeños juegos”.

“Estábamos hablando de manantiales”, dijo pacientemente Madrone.

Maya miró el mapa y frunció el ceño.

“Quiero un mapa antiguo”, dijo. “Uno de antes del Colapso”.

Holybear murmuró en su cristal y apareció otro mapa, uno que se remontaba a los viejos tiempos antes de los terremotos, las epidemias y la toma de poder de los Stewards. Maya lo miró entrecerrando los ojos y Holybear hizo un gesto con el pulgar y el índice para hacerlo más grande.

Maya trazó una línea de las antiguas autopistas con el dedo.

“¡Allá!” Señaló un lugar entre Hollywood y el antiguo centro de la Ciudad.

Holybear movió el mapa de Madrone al suyo y los sincronizó.

“¡Pero esa es la Zona de la Muerte!”, objetó Katy. “¡Nadie va allí!”

“Mucho mejor para una base secreta”, dijo Maya.

Madrone miró el mapa. Se sintió bien. Colocó su propio dedo en el lugar que Maya había indicado y sintió un zumbido en lo más profundo de su interior, como el canto de las abejas cuando la reina estaba con las crías. De hecho, el destino estaba tirando de ella.

Miró esperanzada a Bird. El sueño había llegado a ella, pero ¿vendría él con ella? Él la miró a los ojos, luego sus ojos

se dirigieron a Maya y de nuevo a Madrone. Se encogió de hombros con una sonrisa arrepentida.

Y eso fue todo, pensó Maya, observando la angustia subyacente en la sonrisa de Bird. La última información útil. El último consejo. La última ceremonia, la última cena. Esta noche había sido buena, justo lo que ella habría pedido para su última comida. Nada especial, ni pastel, ni velas, ni despedidas desgarradoras. Sólo la compañía de sus seres queridos en una comida normal y corriente que, no obstante, podía saborear en secreto como un festín de despedida.

Llorarían y se afligirían por ella, y era justo que lo hicieran. Se sentiría herida si no lo hicieran.

Pero Maya esperaba que no lloraran demasiado.

Dejaos llevar, quería decirles. Soltad las palabras y los nombres, aflojad los dedos y confiad.

Confiad en que cuando el globo se aleja, la mano permanece, sólo por un momento, iluminada con la luz diamantina de lo verdaderamente real.

Y que luego se disuelve en resplandor.

Capítulo Quince

Isis todavía no estaba segura de cómo había terminado en este papel. Estaba de pie en la cubierta del *Day of Victory*, tratando de ver a través de la lluvia torrencial mientras miraba simultáneamente la pantalla de mano atada a su muñeca como un reloj antiguo. Pequeños puntos de luz bailaron en la pantalla. Cada uno representaba uno de su pequeña flota de veleros y transbordadores a vapor.

La habían elegido capitana del equipo de asalto. De todos ellos, ella tenía la mayor experiencia esquivando y ejecutando bloqueos en el agua. Pero en todas esas redadas, ella había estado sola. Nunca antes había estado al mando de otros y no estaba segura de que le gustara.

El fuerte viento hacía difícil mantenerse en pie, y la lluvia parecía encontrar cada hueco en su equipo, deslizándose

por su espalda en un riachuelo helado. Sabía que en algún lugar más adelante se encontraba el buque de guerra. Al menos sería difícil pasarlo por alto, por grande que fuera: podría albergar un torneo de fútbol en su cubierta. Tan grande que fácilmente podría sortear esas olas que amenazaban con hundir el *Victory* si Deva, al mando del timón, dejaba que su atención se relajara y giraba en dirección contraria al viento.

Le gritó órdenes a Deva para que ajustara las velas y corriera a favor del viento. A quien se le ocurrió este plan nunca había intentado navegar en un pequeño bote en medio de un fuerte vendaval. Ella había argumentado en contra de programar el ataque para el inicio de las tormentas de otoño, pero al final estuvo de acuerdo principalmente porque no se le ocurrió un plan mejor.

En la pantalla de mano, los puntos se movían de un lado a otro. Navegaban en un amplio arco alrededor del gran barco, que aparecía en su pantalla como un rectángulo negro incluso cuando la lluvia torrencial le impedía verlo directamente. Los transbordadores y botes formarían un arco hacia el Este entre el barco y la Ciudad. Pero el *Victory* y los otros barcos de ataque convergerían en el Oeste, para permitir que los remolcadores y los buzos aprovecharan la marea entrante.

Cada barco remolcaba un pequeño kayak de mar, atendido por el club de kayak. En tiempos más felices, sus miembros

construían réplicas casi perfectas de kayaks, umiaks y coracles tradicionales con sauces, lonas y pieles. En ellas exploraron toda la costa, realizando carreras y concursos para poner a prueba sus habilidades en tiradas y rescates.

Estaban bien, admitió Isis, pero se estremeció sólo de pensarlo. Mejores ellos que yo, allá abajo entre las olas en esas cestas agujereadas. Ya hace bastante frío aquí en cubierta.

Los kayakistas subieron a sus embarcaciones, agarraron sus remos de dos manos y se prepararon para atravesar el mar embravecido. Isis volvió a consultar su pantalla. Entre la oscuridad y la lluvia torrencial, no podía ver nada, pero la pantalla le dijo que estaban cerca del buque de guerra.

Ya era hora, si es que alguna vez iban a hacerlo. La tormenta era lo suficientemente fuerte como para cubrir su aproximación. Si esperaban más y la situación empeoraba, podría inundar los pequeños barcos. Si la tormenta amainaba, los cielos más despejados podrían revelar su presencia.

“¡Lanzar kayaks!” ella ladró la orden en la pantalla.

Detrás de ella una presencia oscura se acercó. Sara, cubierta de pies a cabeza con el traje de neopreno negro de buceador, deslizó un brazo frío y cubierto de goma alrededor del hombro de Isis.

“Bésame para tener suerte”, susurró.

Isis la besó, en parte por suerte y en parte por lujuria.

“Buena suerte”, dijo.

“¡Buena suerte para ti!”, respondió Sara. Durante un largo momento, miró a Isis, queriendo decir te amo, pero temiendo que sonara como unas últimas palabras para recordarme. En cambio, trató de irradiar amor de sus ojos.

Se había ofrecido voluntaria para el equipo de buceo, porque en las Tierras del Sur ella y su Prime a menudo habían ido de vacaciones a una de las colonias de los Stewards en la Baja California. Había aprendido a bucear y le encantaba escapar a un reino diferente lleno de extrañas criaturas que vivían sus propias vidas sin preocuparse por la política o las Purezas.

Pero nunca se había sumergido en agua tan oscura y fría, no con un viento cortante que azotaba la cubierta con agujas de lluvia, y nunca antes con explosivos atados a su espalda.

Ella se estremeció.

Simplemente hazlo, se dijo a sí misma, y le dedicó a Isis una última y valiente sonrisa. Luego regresó a la popa.

Comprobó su equipo por última vez. Baterías y faro, están bien. Chip de localización. Sujeción magnética. Incendiaros. Oxígeno durante dos horas. Control.

El barco cabeceaba y se sacudía entre las olas turbulentas y Sara se aferraba con fuerza a los peldaños metálicos de la escalera mientras deslizaba las piernas y los pies en el mar helado. El frío glacial la heló incluso a través del traje de neopreno. Era un traje muy usado, conservado de algún trabajo anterior, y en algunos parches el aislamiento estaba desgastado. Su pecho izquierdo se sentía como si una mano helada lo estuviera agarrando.

Con un grito ahogado, soltó la escalera, se empujó y se sumergió en las oscuras olas. El kayak de mar se acercó a ella cuando salió a la superficie y Mitch le arrojó una cuerda. Con brazadas poderosas, remó en dirección al buque de guerra, atravesando las olas.

Sara agarró la cuerda y pataleó con sus aletas. Cada vez que llegaba a una cresta del oleaje, vislumbraba un casco oscuro contra el cielo. Los truenos retumbantes fueron interrumpidos por relámpagos que revelaron una forma cuadrada y voluminosa en el horizonte. Cayó un nuevo chaparrón. El viento estaba tan cargado de lluvia torrencial y humedad que era difícil distinguir el aire del mar.

El viento azotó las olas hasta formar una cresta imponente que golpeó el costado del kayak y lo derribó. Mitch cayó y

Sara jadeó, pero al momento él estaba rodando hacia arriba con una sonrisa. Gritó “está bien” y siguió remando.

En cubierta, Isis observaba en su pantalla cómo los puntos de kayak se movían lentamente hacia el buque de guerra. Habían tenido largas discusiones sobre esta estrategia en las reuniones de comando marítimo, sobre si usar fuerabordas y zodiacs, si el aumento de potencia valdría el riesgo de que el ultrasonido de los Stewards detectara el zumbido de los motores. Pero los kayakistas confiaban en que podrían soportar incluso las condiciones más duras.

Isis estaba menos segura. Ninguno de ellos había imaginado la ferocidad de esta tormenta.

“¡Listo!” gritó mientras el viento los azotaba de costado hacia un oleaje que se aproximaba. El vendaval le arrebató sus palabras, pero Deva hizo girar el barco a tiempo para que la ola rompiera sobre su proa en lugar de inundarlos. Isis se agarró al mástil mientras una marea helada se precipitaba contra sus piernas, amenazando con arrastrarla con ella. Entonces el *Victory* se resistió, se encabritó y saltó, subiendo el oleaje y descendiendo sano y salvo al otro lado.

“¡Buena niña!”, dijo Isis, sin estar segura de si se refería a Deva, al barco o a ambos. “¡Sí, ja!”

El kayak luchó contra otra ola monstruosa y, de repente, la mole del buque de guerra apareció sobre ellos. Bajo la lluvia torrencial y la oscuridad, Mitch se había arriesgado a acercarse: ningún guardia de cubierta los vería y ningún infrarrojo podría detectarlos en medio de esta avalancha de viento. En cualquier caso, pensó Sara, no tenían suficiente calor para aparecer en los infrarrojos. Mitch silbó y levantó el brazo: la señal para que ella soltara la cuerda de remolque y se lanzara al agua. Por un momento, sintió una oleada de miedo absoluto y luego, de repente, sintió una oleada de euforia.

Recordó los años que había pasado sirviendo a su odioso marido a cambio de apáticos viajes de compras y cafés con damas, preguntándose si se volvería loca por el aburrimiento embrutecedor y la inutilidad de todo ello. Nunca había imaginado que estaría sumergiéndose en una tormenta furiosa para volar un barco enemigo, con su salvaje amante pirata esperando ansiosamente su regreso.

Pase lo que pase, ella estaba feliz, muy feliz de estar en este momento, de ser esta nueva persona en la que de alguna manera se había convertido. Sonriendo, mordió la boquilla, se ajustó la mascarilla y se deslizó bajo la superficie.

Se dejó caer unos tres metros antes de encender la linterna. El rayo guía no se activó, por lo que nadie había llegado todavía al barco para colocar una baliza. Pero la luz

de la brújula se encendió y apuntó con un fuerte rayo hacia el Norte.

Sara se dirigió hacia el Este, en dirección al barco. Ella contó sus golpes. Veinticinco, treinta y cinco, cincuenta... ella estaba allí.

La mayor parte del barco era como un muro de hierro en el mar. Se movía lentamente a través del agua, navegando de un lado a otro en un amplio arco fuera de la entrada a la bahía. La fuerza de su arrastre a través del agua creaba una zona de turbulencia que era difícil de atravesar. Una y otra vez, Sara nadó casi hasta la pared sólo para ser arrastrada y retroceder. Era como si un rápido arroyo corriera a lo largo de la borda. Frustrada, probó diferentes profundidades y niveles y, finalmente, se aceleró, con el asidero magnético en la mano, y se impulsó hacia adelante con todas sus fuerzas.

¡Allá! Sintió el hierro contra su mano, buscó su imán y lo golpeó con fuerza contra el costado del barco. Se aferró con fuerza y ella lo agarró con la mano izquierda, mientras con la derecha sujetaba la baliza. Al instante su faro se activó con un rayo láser verde dirigido directamente a la baliza.

Bien, ya está, pensó Sara. Ya se sentía un poco cansada, pero la adrenalina todavía corría por sus venas. Tenía otra tarea que hacer.

Con el brazo izquierdo se aferró con fuerza al asidero. Con el derecho extrajo de su bolsa el artefacto explosivo, un paquete de gel con un cristal incrustado en el centro. Lo colocó en el imán y presionó el cristal para prepararlo para recibir la señal que desencadenaría la explosión.

Entonces, de repente, el barco se sacudió. Una ráfaga de turbulencia la atrapó, la hizo girar a su paso y golpeó su cabeza contra el costado del barco. Oscuridad...

“Apriete la mayor, ¡traiga el foque!” Isis estaba ronca por gritar órdenes. Si alguna vez salía de este barco jodido por demonios y de esta lluvia, habría terminado con las incursiones. Un Consejo loco y tonto enviándolos a esta tormenta. “¡Listo!

No es una buena idea tener a Sara ahí abajo en el agua, estando ella aquí arriba en cubierta. Ella misma debería haber estado con los buceadores, no viendo pequeños puntos de luz bailar en una pantalla mientras todas las lágrimas de rabietta de los enojados demonios marinos caían sobre ellos.

Una a una, las luces de los kayak parpadearon, lo que significaba que habían dejado caer a sus buzos. La pantalla titiló en azul: se había activado la baliza de localización. Si el

viento se detuviera sólo por un momento, tendría tiempo para preocuparse.

Sintió un miedo enfermizo en la boca del estómago que enfureció a Isis. Se suponía que ella no debía sentirse así. Se suponía que no debía preocuparse por alguien como se preocupaba por Sara. Le gustaban los coqueteos, no las alianzas. No quería que una jockey sujetara sus riendas.

Las luces parpadearon y destellaron: los kayaks recogieron a su tripulación y regresaron fuera de la vista del barco. Pero todavía había cuatro, tres, dos kayaks al alcance del buque de guerra... y uno de ellos, estaba segura, era el de Mitch. Por un lado, estaba segura porque él aún no había regresado. ¡Maldita sea y joder! Parecía una zorra novata... ¿Dónde diablos estaba ese trozo de cebo para tiburones? ¿Qué la retenía?

A Sara le dolía la cabeza. Lentamente abrió los ojos. Estaba a la deriva en la oscuridad, ingrávida, dando vueltas. ¿Estaba muerta? No, los muertos no tienen dolores de cabeza. ¿Dónde estaba ella?

No podía decir en qué dirección estaba arriba o abajo. Tenía tanto frío que apenas podía pensar ni sentir. Su boca sabía a sangre y tenía algo atascado entre los dientes. Lo escupió y respiró hondo. Pero el agua entró en su boca y bajó

por su garganta, quemándola y asfixiándola. Tosió y escupió, agua en el agua. Un pánico primario se apoderó de ella, los pulmones gritaban por aire. ¿Qué carajo?

Algún instinto apretó sus labios. Perra estúpida, se dijo a sí misma. Escupiste tu boquilla.

Ella luchó contra el miedo. ¡Piensa, idiota! Levantó los dedos entumecidos para buscar su tanque, sus tubos, su boquilla. Allá. Allí estaba. Se lo metió en la boca y tomó un trago de oxígeno. Y otro. El alivio la inundó. Ella flotó durante mucho tiempo, simplemente respirando, agradeciendo cada inhalación.

Poco a poco volvió la conciencia. Ella estaba en el océano. En una misión. Tenía frío, un frío que le helaba los huesos bajo el traje de neopreno. ¿Qué carajo había pasado?

Su cabeza... levantó la mano y la palpó. Los fragmentos de su linterna se soltaron y flotaron entre sus dedos. Ella los miró sin comprender. Luego, poco a poco, se dio cuenta de que flotaban hacia la superficie. Eso era, hacia arriba era la dirección en la que iba, y de alguna manera podía verlo porque había una cantidad muy débil de claridad, una gradación de oscuridad, en esa dirección. Y eso era bueno... bueno conocerlo, orientarse. Pateó y se retorció hasta que su cabeza apuntó hacia arriba y sus pies hacia abajo, y sintió un momento de orgullosa satisfacción.

Ella estaba en el océano, y arriba era arriba y abajo era abajo. Ese era un buen comienzo. Ahora, ¿dónde diablos estaba el barco? ¿Y el kayak y el barco de Isis? Con su faro y sus balizas rotas, ¿cómo diablos iba a encontrarlos?

Aire. El aire era un problema. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Tenía dos horas de oxígeno en sus tanques y, según podía recordar, había utilizado unos cuarenta y cinco minutos. Pero no podía recordar qué la había dejado inconsciente. ¿Cuánto tiempo le quedaba antes de que los primeros explosivos estallaran en el barco?

Tenía que alejarse de allí. Esa era la primera prioridad. Y tenía que volver a la superficie antes de que se le acabara el aire. ¿Pero qué tan profunda estaba? ¿Dónde estaba el barco? No podía ver ninguna señal de ello en esta oscuridad.

Sara luchó contra el pánico. No, ella no cedería ante ello. Ella estaba teniendo una aventura. Ella siempre había querido tener una aventura y nunca pensó que realmente la tendría, ¡y por Dios que iba a sobrevivir!

El pánico es el peor asesino, recordó que su instructor de buceo les había dicho hacía mucho tiempo. Y pensó en los ejercicios de respiración que había aprendido de su instructor de yoga. ¿Podría hundirse en el agua? ¿Por qué no? Ahora que sabía dónde estaba abajo. Respiró larga y profundamente unas cuantas veces.

“Ve primero a la superficie”, pensó. Entonces, tal vez, habrá luz para ver. La pregunta era: ¿a qué profundidad había llegado? Si había estado en lo profundo durante mucho tiempo y salía a la superficie demasiado rápido, podría sufrir descompresión. Debería hacer una parada de seguridad, como mínimo, a tres o cinco metros de profundidad. ¿Pero dónde era eso?

Su cronómetro y profundímetro fueron destrozados junto con el localizador. Tendría que hacer su mejor suposición. Ella sabía contar, ¿no? Nadaría hacia arriba, tres o cuatro brazadas largas, contaría diez minutos y luego nadaría hacia arriba otra vez.

Un mil, dos mil, tres mil... lentamente, contó sesenta y luego empezó de nuevo. Un minuto, dos minutos... parecieron interminables. Ella perdería la cabeza. Tres minutos, cuatro minutos... recuerda sus lecciones. Respirando lentamente, ajustando la respiración a la cuenta. No pienses en nada más. Deja que la cuenta y la respiración traigan la calma.

Iba a perder el control, iba a enloquecer y salir a la superficie... no, no lo haría. Ella iba a ser estoica y valiente como esos héroes de la pantalla. Ocho minutos. Nueve.

El último minuto pareció el más largo de todos los tiempos. Estaba segura de sentir que el aire en su tanque disminuía, gorgoteando al mínimo... ¡Diez! Ella lo había hecho. Había

esperado hasta diez, y ahora se impulsó de nuevo hacia arriba, tres brazadas largas, cuatro... y ahora sí, podía sentirlo, estaba de nuevo en la zona alta, la turbulencia aumentada, podía oír el chapoteo del agua olas arriba y ver la tenue luz del cielo antes del amanecer. Entonces ella no había estado demasiado abajo. Podría arriesgarse a salir a la superficie, respirar aire fresco, mirar a su alrededor...

Sara nadó hacia arriba, hacia la luz creciente. Tenía frío hasta los huesos y todos sus miembros se movían rígidamente. Su cabeza salió a la superficie. Joder, ya estaba amaneciendo, el cielo ya no era negro sino añil, y eso significaba que los kayaks se habrían largado. Ella giró la cabeza lentamente.

No entres en pánico, se dijo a sí misma. Isis no permitirá que te quedes perdida.

Isis puede pensar que ya estás muerta, le susurró una vocecita. Isis tiene una misión que cumplir.

Sara giró lentamente. No había botes pequeños, pero detrás de ella, demasiado cerca, se alzaba la mole del barco. Con o sin barco, tenía que alejarse antes de que hubiera una pequeña llamada de atención en forma de explosión. Ella estaba en el lado Oeste del barco. Sabía que el plan era que los barcos del lado occidental se reagruparan hacia el Este y formaran una barrera entre el barco y la entrada a la bahía. Si nadaba más hacia el Oeste para alejarse del barco, sería

un nado muy, muy largo para regresar a la bahía. Demasiado tiempo... todavía tenía demasiado frío. La hipotermia la atraparía incluso antes de que se ahogara.

Pero para nadar alrededor y más allá del barco, o debajo de él, no estaba segura de tener tanto oxígeno, y los peligros de las turbulencias y explosiones...

Ahora podía ver un color pálido en el cielo del Este, detrás del barco. Muy bien, entonces iría hacia el Oeste, y luego retrocedería formando un amplio arco, y utilizaría el amanecer, cuando llegara, para orientarse. ¿Hasta dónde era seguro? Trescientos metros, habían dicho los expertos, para las pequeñas explosiones. Media milla, para las grandes. Está bien, lo haría; al menos nadar la calentaría. Partió, con brazadas largas y fuertes, hacia el Oeste.

Otra luz parpadeó: se realizó otra recogida. Ahora sólo faltaba uno. Eso no estaba tan mal, para una misión así en medio de una tormenta así, pensó Isis; excepto que si esa luz faltante fuera Sara, le iba a retorcer el cuello a alguien. Maldita sea, ¿cómo le había pasado esto? Si pensaba en ese hermoso rostro, hinchado y ahogado, esas finas manos... no, no podía pensar en eso. Tenía que ejecutar la misión. Contrólate.

El cielo empezaba a aclararse. No podía esperar más, tenía que sacar las pateras de allí. Ella envió la orden y observó cómo las pequeñas líneas de luz se alejaban del centro. Una se demoró... pero al final también se dio la vuelta y regresó.

Todos los botes y kayaks se habían alejado de la línea de visión del buque de guerra. Isis no pudo demorarse. Alejaría ese trapo de Sara de su mente y se concentraría en la tarea que tenía entre manos. Cuando todo terminara, la encontraría o la lloraría, y luego, si la perra vivía, sería el final. No volvería a pasar por esto por nadie.

El viento estaba amainando y las olas ya no eran montañas sino colinas, y luego simplemente olas bajas. Ahora, a medida que el cielo del Este se aclaraba, una densa niebla se elevaba desde el océano. Eso era bueno para la misión, aunque malo para sus esperanzas de encontrar a Sara si simplemente estaba perdida y no muerta.

No lo pienses.

Isis dio órdenes de tensar las velas y, captando el soplo de brisa que quedaba, navegó hasta divisar el gran barco.

“¡Buenos días, tripulación del *Retribution*! ¿Os gustó nuestra pequeña tormenta? Resonó el altavoz sobre las olas.

Como respuesta, un misil guiado por láser explotó en el lugar desde donde Isis los había arengado. Afortunadamente, el *Victory* ya había huido de ese lugar,

pero la explosión empapó la cubierta con espuma y sacudió el barco con un enorme oleaje.

“¡Alto el fuego!”, gritó Isis por el altavoz. “Es más educado parlamentar. Y además de eso, los buzos minaron vuestro barco. Por cada tiro que disparéis, haremos un agujero en vuestro casco. Pequeño, al principio, sólo para mostrarles que no estamos bromeando. Pero reúne los suficientes y vuestro buque de guerra hará lo mismo que el *Titanic*.”

Se dejó caer de golpe sobre la cubierta cuando un disparo pasó silbando por encima de su cabeza. Pronunció una suave orden en la pantalla de su muñeca y un estallido tronó desde debajo de la proa del buque de guerra.

Lily, en otro barco, atendió la llamada. Los técnicos de sonido se habían superado, pensó Isis. Su voz llegó sobre las olas, resonante y clara.

“Hay un lugar para vosotros en nuestra mesa, si decidís uniros a nosotros. Hablo en nombre del Consejo de Defensa: marineros, abandonen sus intentos de bombardearnos y avísennos por radio. ¡Quítense las cadenas y únanse a nosotros y serán miembros libres de nuestra ciudad!

Un misil pasó zumbando por la proa del *Victory* y explotó en las olas más allá.

“Esto es una advertencia”, dijo Isis. “Entreguen su barco y les garantizaremos toda la seguridad. Pero tengan cuidado:

su barco ahora está minado y tienen veinte minutos para salir de él antes de que lo exploremos.

“¡Únase a los rebeldes jodidos por los demonios en el infierno!” Llegó el áspero eco de un megáfono desde el buque de guerra. Si estuviéramos librando esta guerra con megáfonos, pensó Isis, los mataríamos a golpes. Ella gritó una advertencia más. “¡Puedes elegir unirse a nosotros o puedes navegar en el barco de la muerte!”

“¡Que os jodan!”, fue la respuesta.

Y el barco de la muerte zarpó.

Apareció entre la niebla y creció a medida que se dirigía hacia el buque de guerra, hasta que se elevó por encima de la cubierta, donde los soldados de las Tierras del Sur lo contemplaban, paralizados por el horror. Aparecía y desaparecía a medida que cambiaba la niebla y, a la luz del amanecer, tenía un aspecto nacarado e iridiscente. Más grande que la vida, blanco como la nieve, su casco estaba hecho de huesos translúcidos y sus velas eran jirones de carne.

Un barco fantasma, lleno de fantasmas.

Listo para más...

Capítulo Dieciséis

Livingston estaba fuera de la guardia, tratando de dormir bajo cubierta mientras el barco se agitaba en la tormenta. La primera explosión, que tuvo lugar en el casco directamente debajo de sus habitaciones, lo despertó por completo. Las sirenas de alarma sonaron y buscó a tientas su ropa y su mochila de emergencia gracias a la práctica de un largo entrenamiento.

Abriéndose paso entre la multitud de hombres aterrorizados, subió las estrechas escaleras de acero hasta la cubierta de mando a tiempo para escuchar el ultimátum de Isis y la rígida negativa del capitán a considerarlo.

Livingston había considerado a menudo que tenía un gran don como oficial. No era el más valiente de los hombres, ni el más fuerte, ni el mejor tirador. Como había señalado el

general, ciertamente no estaba bien relacionado. Su familia seguiría siendo para siempre Subprime, los mandos intermedios que proporcionaban el cerebro mientras los alfa se llevaban el crédito y la mayor parte de las ganancias. Su padre, cuyo talento para la organización y la eficiencia había quintuplicado la producción en su fábrica, había tenido que endeudarse para comprarle este mando y mantener a sus hermanos.

Sin embargo, tenía una habilidad que lo había llevado tan lejos en las filas como un hombre podía llegar sólo por mérito y, creía, le había valido su asignación actual. Podía evaluar instantáneamente una situación y tomar medidas.

Evaluó la situación ahora. Había unos veinte oficiales entre una fuerza de cerca de doscientos hombres; hombres cuyos intereses estarían mucho mejor servidos, por lo que había visto en sus expediciones de exploración, si desertaran al Norte en lugar de permanecer leales a unas fuerzas armadas que no les ofrecían nada más que una vida cercana a la esclavitud.

La pregunta era, ¿veían eso?

Una pregunta aún más interesante era: ¿Qué era lo mejor para él?

No tenía grandes motivos para ser leal a una armada que lo mantenía subordinado a hombres de menor talento e

inteligencia. Pero, si el general cumplía su palabra, tenía oportunidades de ascender. Tenía su familia en las Tierras del Sur, por las que todavía sentía cierta lealtad y apego sentimental. Puede que no esté sobrecargado de fervor moral, pensó, pero me gustaría evitar hacer algo que enviaría a mi querida madre y a mi hermanita nerd a los corrales de placer.

“¡Nunca nos rendiremos!” –gritó el Capitán a través del megáfono hacia la niebla.

Pomposa bolsa de agua de sentina. El propio Livingston no tenía ningún deseo de hundirse con el barco. Los clasificados podrían preferir la muerte al deshonor, pero él preferiría un golpe a su ego machista a una tumba de agua cualquier día de la semana.

Y esa no era su misión. De hecho, la deserción era su deber. La pregunta era, ¿cómo trabajar para mantener abiertas sus opciones?

Los soldados rasos no tenían ningún honor que perder. Grupos de ellos ya estaban luchando contra sus superiores por el control de los cabrestantes que bajaban los botes salvavidas. Era mucho mejor adelantarse a esa oleada.

Sacó su pistola y tranquilamente le disparó al Capitán en la cabeza. Lo vio caer con cierta fría satisfacción. El hombre era un idiota fanfarrón y un bruto. Por supuesto,

indudablemente ahora había excedido el alcance de su misión, pero ¿qué sentido tenía una misión secreta si no podías divertirte un poco?

“¿Estás loco?” –jadeó el teniente Kline, acercándose detrás de él. “¡Eso es un motín!”

“Correcto”, dijo Livingston. “¿Estás dentro o fuera?”

Kline podría ser su vigilante, pero era lo más cercano a un amigo que Livingston tenía en el barco, y se arrepentiría de tener que dispararle, aunque eso no lo detendría.

Livingston se agachó, cogió el megáfono y gritó: “Pensándolo bien, ¿cuáles son sus condiciones para la rendición?”

Kline no era el más rápido de los pensadores. Bajo su ralo cabello, los engranajes dentro de su cabeza giraban tan lentamente como un molinete de manivela.

“Pero, pero te azotarán por eso... te enviarán a los corrales de castigo...”, farfulló Kline.

“Intenta pensar para variar, Steve”, dijo Livingston. “¿Qué ellos? Tenemos un puñado de trenzas en este barco y doscientos hisopos que están armados y son peligrosos... o al menos, estarán armados tan pronto como se les ocurra irrumpir en la armería. Ninguno de los cuales tiene ninguna razón real para ser leal a los Stewards. Nosotros tampoco,

excepto por el accidente de nacimiento que nos puso allí. Ciertamente no hay ninguna razón de peso para hundirse con el barco.

“¿Pero qué pasará si nos unimos al Norte? ¿No nos matarán? ¿O nos meterán en prisión?

“No por lo que he oído. Pero incluso si nos meten en la cárcel, tiene que ser mejor que ser los primeros del menú del Tiburón Café”.

Una cosa buena de Kline: puede que fuera un poco lento, pero una vez que comprendía la situación, tomaba medidas. El Segundo al mando corrió, miró el cuerpo del Capitán y agarró el megáfono de la mano de Livingston. Kline apuntó con cuidado y le disparó.

“Siempre quise hacer eso”, admitió Kline. “¡Qué estúpido!”

“Ahora nos estamos divirtiendo”, dijo Livingston. Y ahora tenía algo sobre Kline, algo que podría aprovechar si Kline intentaba delatarlo.

“Depongan las armas, entréguennos el barco sin derramamiento de sangre y serán bienvenidos en nuestra ciudad como ciudadanos libres, con plenos derechos y privilegios”, dijo una voz de anciana sobre las olas. “Hay un lugar reservado para vosotros en nuestra mesa, si decidís uniros a nosotros”.

“O tomar un largo y frío sueño bajo las olas”, dijo una voz más joven y ronca. “Es vuestra elección.”

Livingston gritó por el megáfono.

“Negociaremos. Pero dadnos un poco de tiempo”.

“Diez minutos”, fue la respuesta. ¡Aquí hace tanto frío como en el corazón de un banquero!

Hubo peleas, gritos y altercados por toda la cubierta. Los marineros habían logrado el control de una de las líneas que bajaban los botes salvavidas y la soltaron, pero los soldados habían subido por el otro lado y ahora colgaba de popa hacia abajo, balanceándose como un péndulo. Un individuo agarró una manivela y golpeó a un oficial en la cabeza. Uno de ellos disparó balas contra la multitud de marineros.

Livingston disparó tres veces al aire.

“¡Hombres del barco Retribución!” –exclamó Livingston–.
“¡Soltad las armas! ¡Es una orden!”

No estaba seguro de que lo seguirían en vez de dispararle, pero apostaba a que responderían a una voz de confianza y mando. Estaban acostumbradas a seguir órdenes, a no pensar por sí mismos, los cargos menores aún más que los superiores. Si un líder avanza en la dirección que desean, probablemente estarán felices de seguirlo.

Por un momento, todos se congelaron.

Y entonces el barco fantasma navegó hacia ellos, brillando como un hueso en la niebla, con calaveras en la proa y sus velas hechas jirones de almas destrozadas. Se cernía sobre ellos y la niebla parecía volverse más fría y húmeda. Una gota de agua helada resbaló por el cuello de Livingston y se estremeció.

A su alrededor escuchó jadeos de miedo y vio rostros congelados por el terror.

Un rifle láser cayó ruidosamente a la cubierta. Siguió otro, luego una lluvia de metal cayendo sobre metal.

“¡Muerte!” –gritó Livingston, levantando una mano para saludar al barco de la muerte. “¡La muerte viene por nosotros! Nuestros líderes están muertos y ahora tenemos que elegir entre vivir o morir. Bueno, no sé ustedes, pero para mí, nuestro deber es claro. Como nos dice la Biblia, ¡elige la vida!

“¡Vida!”, repitió lealmente Kline.

“¡Vida!” –gritaron los hombres.

“Con su permiso, me comprometeré a negociar con los cojines del Norte. ¿Estáis conmigo? ¡Decid que sí!”

“¡Sí!” –gritaron los hombres.

Livingston cogió el megáfono. “¡Retirad vuestro barco de la muerte!” gritó. “Hemos tomado nuestra decisión. ¡Nos uniremos a ustedes!

Un brillo, un estremecimiento y el barco fantasma se disolvió.

“Lily, ¿puedes hacerte cargo de la rendición?”, ladró Isis en la pantalla de su muñeca. “Los remolcadores saben qué hacer. Voy a buscar a Sara”.

“¿Sara? ¿Ella no regresó? La voz de Lily transmitía preocupación.

“Aún no. Pero esta pirata la encontrará”, dijo Isis.

Su propia voz sonaba mucho más segura de lo que sentía.

Isis tomó el timón de manos de Deva y puso rumbo hacia el Oeste. Sara tenía aire para dos horas y ese tiempo se acabó. Si estaba muerta, tal vez nunca encontrarían su cuerpo, o al menos no durante semanas, a menos que alguna corriente casual lo arrastrara a la costa, comido por cangrejos e hinchado. No pienses en eso. Si estuviera viva, tal vez herida o perdida, ¿qué haría? Podría haber regresado a la superficie.

Si tiene sentido común, pensó Isis, se desharía de las pesas y de los tanques vacíos y trataría de regresar nadando. ¿Qué eran? ¿Cinco millas? Un buen maratón de natación. No cuando estás cansada y tienes frío, pero ella sabría que no la dejaría. ¿Lo haría? Quizás no. ¿Le dije alguna vez que la quiero? ¿Alguna vez te dije que te amo, Sara?

Mierda, no lo hice; odio a esa perra, por lo que a mí respecta puedo dejar que se ahogue, otras igual de buenas salen de los corrales todos los días.

Oye tú, Diosa. No creo en ti, lo sabes, pero si existes, me la traes de vuelta. Y luego le diré, se lo diré a su gorda cara blanca: Te amo, maldita perra.

Ahora vete y no dejes que te vuelva a ver nunca más, porque no quiero sentir esto. No quiero volver a sentir esto nunca más.

Sara escuchó los estruendos y los disparos. Para entonces ya estaba mar adentro, pero la repercusión generada por la explosión aún la elevó en una enorme ola en lo alto del aire. Por un momento, se vio flotando en la cima de una montaña, mirando hacia el mar, muy lejos. Luego amainó, pero la marea la había llevado más hacia el Oeste.

¡Oh Dios, Diosa, seas lo que seas, no dejes que le disparen a esa loca! Isis estaría en primera línea, Sara lo sabía... ¡y

Diosa, no puedes llevártela! Si sobrevivo a esto, no puedes dejarla caer. No. Eso no sería justo. Aunque si algo sabía Sara era que la vida no era justa.

Pero no es que simplemente esté caliente por ella, suplicó Sara al destino. Aunque lo estoy. No son sólo las miradas y el cuerpo cincelado y esas manos tan hábiles, sin mencionar las otras partes –no, es que puedo sentir lo que hay dentro de ella como lo que hay dentro de mí, el suave centro de caramelo debajo de esa dura cáscara de chocolate. La niña vulnerable que nunca llegó a ser niña, que nunca estuvo protegida, nunca protegida.

Veo esa parte de ella porque es mi espejo. La amo, hasta lo más profundo de ella, las partes que nunca mostrará. Me encanta lo que le da vergüenza dejarme ver.

Y aunque nunca lo admitiré, me necesita. Mi amor le permite ser real.

Los estallidos, las explosiones... y a lo lejos, sobre las nubes brumosas, el barco fantasma surcaba el cielo. Por un momento, Sara vio su propio destino escrito allí. Venía por ella. Esas manos esqueléticas se agacharían, la subirían a bordo y la llevarían a la Isla de los Muertos en el lejano mar occidental...

“¡Es un maldito holograma!”, gritó en voz alta para darse valor.

Como si sus palabras hubieran roto un hechizo, el barco fantasma se disolvió en la niebla.

Más gritos desde el barco... y entonces las explosiones cesaron. Los barcos dieron media vuelta y comenzaron a moverse hacia el Este y el Norte, hacia el Golden Gate. La estaban dejando y ella no podría alcanzarlos. Estaba nadando tan fuerte como podía y el esfuerzo la calentaba pero también la cansaba. Sus brazos se sentían pesados. Las corrientes que atravesaban el Golden Gate eran fuertes y traicioneras; no había manera de que pudiera resistirlas en su estado de agotamiento. Se dirigió directamente hacia el Este. Tal vez podría llegar a la playa y subirse a uno de los diques. Era un camino muy, muy largo, pero podía lograrlo, porque tenía que hacerlo...

Entonces uno de los barcos se separó de los demás y se dirigió formando un largo arco hacia el Oeste. Era Isis. Sara lo sabía. Isis no la abandonaría. Isis la necesitaba. Isis la amaba. ¡Ahora, si tan solo Isis pudiera encontrarla!

Tal vez su amor podría ser un faro de referencia. Podría proyectarlo, podría lanzarlo como una bengala...

¡Una llamarada! Tenía una bengala: todos los trajes de neopreno tenían bengalas de emergencia metidas en sus chalecos. Pudo encontrarla, allí estaba, tenía las manos tan entumecidas que los dedos no funcionan, torpe, torpe, ¡allí! ¡Allí va!

Isis, escudriñando el horizonte, vio surgir una fuente de luz. Una vista gozosa, un glorioso chorro de luz y agua. Se inclinó hacia el viento y se dirigió hacia allí...

¡Maldito cerebro de rodaballo idiota con cara de pez!
¿Dónde carajo has estado?

Isis la miraba fijamente desde la cubierta del *Victory*, demasiado enfurecida y aliviada durante un largo momento como para arrojarle a Sara un salvavidas.

“¡Yo también te amo!” Dijo Sara.

Los labios de Sara estaban azules, le castañeteaban los dientes y respiraba con dificultad. Isis la desnudó, la envolvió en una manta en el banco, se quitó la ropa y la tapó con ella. En cubierta, Deva tenía el timón y las velas, acelerándolos de regreso a la Ciudad. Estaría completamente ocupada y allí abajo, ella y Sara estaban solas.

“Tengo que calentarte”. Isis presionó su propio cuerpo cálido contra la carne fría de Sara. Fría, como un cadáver, con un frío glacial que amenazaba con penetrar su corazón.

“¡Nena, no puedes hacerme eso!” –susurró Isis–. “No quiero volver a sentirme así nunca más”.

“¿No?” –murmuró Sara. “Siente esto... y esto...”

“Oh Dios, pensé que nunca más te volvería a ver...”

“Y esto... ahora dime: ¿vale la pena?”

“No, no lo merece, ¡no te preocupes así por mí!”

“¿Y esto? ¿Sientes esto... y esto? Te guste o no, vas a sentir. Necesitas sentir. Debes sentir. Dime que lo quieres”.

Sara insistió. Le castañeteaban los dientes y temblaba tanto que apenas podía hablar, pero se frotó contra Isis, carne fría de delfín contra el calor.

Isis sintió que toda la sangre corría hacia su piel, como si las profundidades de su propio cuerpo quisieran envolver a Sara, calentarla y ayunar.

“Yo... yo no...” Isis vaciló.

“No lo dices en serio”, jadeó Sara. “Lo deseas. Sé que lo quieres. Te conozco, Isis. Conozco las partes de ti que no muestras a nadie más. Me encantan esas partes. ¡Te amo!”

“Yo... oh mierda. Oh Jesús, yo...”

Isis estaba llorando. Sara la acunó y la meció como a un bebé, cantándole con jadeos temblorosos. Y entonces ya no la abrazó como a una madre, sino como a una amante, compartiendo calidez, compartiendo dolor, compartiendo la gran alegría que hacía que todo valiera la pena.

“Te amo”, susurró Isis. Lo dijo tan suavemente que Sara apenas pudo oírlo. Isis pensó que le arderían los labios, pero respiró hondo y lo intentó de nuevo, esta vez más fuerte.

“Te amo.”

“¿Realmente has dicho eso?”, respiró Sara.

“Sí. Juré cuando desapareciste que si volvías, te lo diría.

“Dilo otra vez.”

“Te amo.”

“Yo también te amo.”

Se quedaron allí, tomadas de la mano, en un silencio ligeramente aturdido.

“¡Por supuesto que también juré que te iba a matar!”, admitió Isis.

“Elige una cosa o la otra. Recomendando el amor, si en verdad tienes que elegir”.

“Bueno, no voy a matarte”, admitió Isis. “¡Pero Sara, no puedes hacer esto!”

“¿Hacer esto?”, murmuró Sara, y la acarició en el lugar que sabía que Isis no podía resistir. “Y esto... y esto...”

Por una vez, Isis se recostó y la dejó. Isis la hacedora, la dadora, la que tiene el control; simplemente se quedó allí tumbada y dejó que Sara navegara por los mares de su cuerpo, explorara sus bajíos y cabalgara sobre sus profundas mareas. El placer se apoderó de ella, como el juego de las olas arrastradas por el viento, formándose, curvandose y rompiendo. Pero debajo había algo oscuro y frío como las profundidades ocultas del mar.

Capítulo Diecisiete

Bird soñaba con una fortaleza. Inexpugnable, formada por fríos bloques de piedra gris, se elevaba sobre él. Sonó una corneta. Las puertas se abrieron y salieron legiones de soldados. Enmascarados y con casco, armados y protegidos, marcharon al unísono. Izquierda, derecha, izquierda. Una fuerza invencible.

“¿Pero, cómo luchamos contra esto?” Preguntó Bird.
“¿Cómo lo derribamos?”

No estaba seguro de a quién o qué estaba preguntando, pero escuchó una voz baja y sin tono.

La fortaleza cae cuando el suelo debajo de ella se mueve.

Un estruendo... la tierra se estremeció y tembló bajo sus pies. Se acercó a las murallas de la fortaleza. Un rayo de luz

se abrió paso entre las nubes que descendían y jugueteó sobre la superficie de las piedras. Formó un patrón ondulado, como redes rotas de luz jugando a través del agua. Pero de repente se dio cuenta de que la luz brillaba a través de las piedras. Las paredes que parecían tan sólidas estaban plagadas de grietas. Eran frágiles y estaban a punto de caer.

Y ahora, a través de las grietas, serpenteaban enredaderas, y de las piedras brotaban hierbas y pastos. Las paredes comenzaron a desmoronarse, pero las raíces y los tallos entrelazados mantuvieron unida la estructura mientras el mortero se convertía en polvo. Los árboles echaron raíces entre los escombros y se arquearon sobre sus cabezas, con sus ramas cargadas de frutos.

Donde antes se encontraba la fortaleza había ahora un salón frondoso, abierto, con espacio para las multitudes.

Remolcaron el buque de guerra a través del Golden Gate y lo anclaron en la bahía. Los viejos muelles y embarcaderos estaban ahora bajo el agua, ahogados por el aumento del nivel del mar, y no habían tenido motivos para construir nuevos puertos de aguas profundas en los últimos veinte años. El bloqueo de los Stewards había impedido que llegaran barcos grandes.

Todo eso podría cambiar ahora. Pero mientras tanto, el buque de guerra estaba anclado fuera de los bajíos recientemente inundados, que eran traicioneros para navegar con los viejos rascacielos rotos como nuevos bancos de arena.

Los marineros de a bordo, pobres en su mayoría, fueron incorporados al programa de integración de la Ciudad, se les asignó alojamiento y se les asignaron trabajos que realizar. Se les animó a enviar un representante al Consejo y Livingston se nombró a sí mismo. Es decir, se puso de pie en la primera reunión y dijo: “Me gustaría hacerlo. ¿Alguien se opone?”

Nadie lo hizo, en parte porque estaban acostumbrados a seguir a los líderes, pero también porque los mandos todavía estaban aturdidos por la visión del agua fluyendo libremente por las calles, por los exuberantes jardines y los árboles frutales y los muchos pequeños regalos que la gente metía en sus manos diez veces al día: una pera madura, el dibujo de un niño, la talla de un ave marina.

Livingston estaba tan cautivado como el resto de ellos, pero no se dejó distraer por el dulce sabor de los higos maduros en los árboles o la gloria de un macizo de rosas tardías, o incluso la sensación de que de alguna manera se había deslizado hacia abajo en el agujero del conejo a un país de las maravillas sacado de algún soleado cuento infantil del viejo mundo.

Mantuvo su mente siempre en su objetivo, y su objetivo era el poder. Y ese recaía en el Consejo, en la medida en que residiera en alguna parte de este extraño lugar. En su opinión, el Consejo era el lugar donde se tomaban decisiones, se planificaban estrategias y se asignaban recursos. Y necesitaría poder para recorrer la peligrosa línea que tenía que recorrer.

Había hecho un rápido informe por radio desde el barco mientras lo remolcaban hacia la Ciudad, en su propia línea especial. Le habían comunicado con el propio general Wendell.

“¿Hiciste qué?” –le había gritado el general, furioso. ¡Tus órdenes eran desertar y espiar, no entregar todo el carnaval de amantes de las putas al enemigo! ¡Eso es un tercio de nuestra flota abandonada de Dios, por el amor de Dios!

“Sí, señor”, dijo Livingston con calma. “Pero la elección era rendirse o dejarlo caer. Si se hundiera, no tendríamos forma de recuperarlo. De esta manera, estaré en condiciones de recuperarlo”.

No mencionó la parte sobre dispararle al propio Capitán. Sin duda, esto no se vería desde un punto de vista favorable.

“Haré todo lo posible para informar, señor, pero puede que no sea posible. Hasta que aprenda más sobre las capacidades tecnológicas del enemigo, no me arriesgaré a

usar la onda corta. Es posible que puedan monitorearla. Así que, por favor, confíe en mí, señor”.

Un fuerte resoplido de burla le llegó de vuelta. “Tienes un hermano, según tengo entendido”, dijo cordialmente el general. “Una hermana. Pequeños sobrinos y sobrinas. ¿Los padres aún viven?”

“Sí, señor.”

“Encuentra una manera de informar”.

“Podría haber espías en la Ciudad”. Bird se puso de pie ante el Consejo y gesticuló mientras hablaba. Eso significaba que sus manos maltratadas estaban visibles, expuestas para que todos las vieran, pero siempre se había enorgullecido de su capacidad para hablar y hacer señas al mismo tiempo, y si no lo hacía, estaría cediendo a su propio sentimiento de vergüenza y humillación.

El clima era ahora demasiado frío para reuniones al aire libre en el anfiteatro y la Cúpula del Consejo aún estaba en reparación. Así que este Consejo se reunió en la gran sala del sótano del ayuntamiento, y Bird tenía la espalda pegada al frío mármol de las paredes porque simplemente no había espacio para dar un paso adelante.

Todos los ojos estaban puestos en él, algunos con aprobación, otros ardiendo con una hostilidad velada.

“Uno fue visto en la carrera”, continuó Bird.

Cress dejó escapar un fuerte bufido de burla. “Se necesita uno para reconocer a otro”, se burló.

Bird no le hizo caso. “Somos un Consejo abierto; eso es parte de nuestra fortaleza. No queremos cambiar eso. Pero no seamos estúpidos. No tenemos que publicar cada detalle de nuestros planes”.

Podríamos comenzar nuestro programa contra la estupidez si no confiamos en ti, pensó Cress.

Beryl, sentada entre los técnicos, habló. “Hemos estado captando algunas señales interesantes que ninguno de nuestros cristales reconoce. No forman parte de ninguna de sus familias. Señales de onda corta, pero con algún tipo de cifrado. Estamos trabajando ahora para romperlo”.

Livingston no permitió que nada más que una muestra de leve interés y ligera sorpresa llegara a su rostro, pero por dentro estaba lívido. ¡Kline, ese idiota! Tenía que ser él. ¡Eso es tan seguro como el esperma de Jesús, no yo!

Kline no estuvo en el Consejo. Livingston lo había enviado a hacer un inventario de las embarcaciones de la Ciudad. No quería que el hombre mirara por encima del hombro

mientras jugaba su delicado juego de revelación y ocultamiento para ganarse la confianza de la Ciudad. Después de ese breve informe mientras remolcaban el barco, Livingston había evitado usar sus comunicaciones. Hasta que entendiera mejor la tecnología de la Ciudad, era un riesgo demasiado grande.

Pero Kline era un burro. Tendrían que detenerlo antes de que descubriera su tapadera. Los técnicos parecían mucho más sofisticados a su extraña manera de lo que él les había dado crédito, y dudaba que Kline pudiera ser más astuto que ellos por mucho tiempo. Quizás peor aún, podría envenenar las aguas en casa antes de que Livingston tuviera la oportunidad de defender su caso. La pérdida del buque de guerra iba a requerir más justificación, y quería ser él quien la hiciera.

Podría entregar a Kline a los cojines. ¿Qué hacían con los espías y los traidores?, se preguntó. Probablemente los mataban con amabilidad, alimentándolos con cuchara con unas gachas saludables mientras sonreían amablemente con sus dientes perfectos.

Por un momento estuvo tentado de dejar que la Ciudad lo apresara. Pero ¿qué pasaría si Kline escapara, regresara a las Tierras del Sur y se consiguiera un ascenso denunciando a Livingston como traidor? No, no podía arriesgarse a eso. Después de todo, tenía familia.

Tendría que manejar la situación él mismo.

La conversación había avanzado mientras él reflexionaba. Ahora Bird se levantó de nuevo.

“Estamos pensando mal en esto. Estamos planeando una guerra, cuando lo que necesitamos es un motín. Como lo que pasó con los soldados, aquí. Sólo tenemos que descubrir cómo lograr que eso suceda a mayor escala, allí abajo”.

Vio algunos gestos de aprobación, pero también escuchó resoplidos de burla. Bueno, había algunas personas que se opondrían a él sin importar lo que dijera o hiciera. Nunca le perdonarían su papel en la última lucha. Tal vez habría hecho mejor no haber hablado él mismo en absoluto, sino dejar que otros expresaran sus puntos. Podía condenar una propuesta simplemente apoyándola.

Pero si se dejaba silenciar, entonces su voz se convertiría en una cosa más que los Stewards le habrían arrebatado.

Para su sorpresa, la primera persona que salió en su defensa fue el propio Livingston, el oficial naval que había entregado el barco. Se había colocado entre los representantes del ejército y la gente de la Ciudad, desenredó sus largas piernas y se levantó con gracia del suelo.

“Exactamente”, dijo Livingston. Su voz era culta, educada, y el oído musical de Bird captó la ligera diferencia de

inflexión que marcaba el acento de las Tierras del Sur. Veinte años, pensó, y ya estamos empezando a divergir.

Livingston prosiguió: “Quienes tienen el dinero y el poder podrían ser los jefes, emitiendo directivas y órdenes al resto. Pero la cabeza no puede funcionar sin brazos, piernas y manos. La cabeza de los Stewards se ha hecho cada vez más pequeña, y cuanto más se encoge, más estúpida se vuelve”.

Y esa es la pura verdad de Jesús, pensó para sí mismo. ¿Qué les digo, qué más les ofrezco, para plantar buenas y sólidas credenciales?

“Con cada vez menos que ofrecer, los Stewards dependen cada vez más del imperio de la fuerza y el miedo. Pero mantener el miedo es costoso. Se necesitan cada vez más manos para empuñar el látigo, para domar las prisiones, los guardias y el ejército, para mantener los registros de la deuda y hacer cumplir las reglas. Si esas manos se niegan a cumplir sus fines, el sistema cae”.

“¿Por qué no se rebelan?” Preguntó Shakir del Consejo del Agua.

Livingston se encogió de hombros. “No han pensado en eso. O tienen miedo. O no tienen idea de que pueda haber una alternativa”.

“Entonces, ¿cómo les mostramos que existe otra posibilidad?” –Preguntó Lily. En deferencia a su edad, tenía

una silla y un asiento en primera fila en la cabecera de la sala, cerca de Akirah, quien estaba coordinando la asamblea. “Esa es nuestra mayor fortaleza”.

“Con el debido respeto, Lily, eso es lo que siempre dices”, respondió Cress desde atrás. Había pasado toda la mañana haciendo cálculos difíciles relacionados con la pendiente, la presión y los caudales para la reparación de la línea principal de agua, y se había cumplido un año desde que Valeria y el bebé habían muerto. No estaba de humor para escuchar a Lily, ni para intentar ser razonable y diplomático, por mucho que Flo le frunciera el ceño. Estaba de humor para emborracharse y romper cosas.

“Y funcionó”, sonrió Lily. “Los invasores entraron y luego su ejército se disolvió cuando vieron la posibilidad de otra forma de vida”.

“Sí, pero el punto es que entraron aquí y lo vieron”, dijo Cress. Su voz era demasiado alta, pensó Bird. Tal vez estaba tratando de hacerse oír entre la multitud, pero eso lo hacía sonar estridente, casi gritando. “Estamos hablando de que *nosotros* marchemos allí. ¿Qué sugieres que hagamos: arrastrar un huerto, un jardín orgánico y una tropa del Templo del Amor?

“La batalla que libramos es por los corazones y las mentes del enemigo”, insistió Lily. “Planta las semillas de nuestros

ideales y nuestra visión, y brotarán y desarrollarán raíces que pueden derribar el concreto”.

“A veces hay que quitar las malas hierbas antes de poder sembrar la semilla”, dijo un joven vestido del gremio de agricultores.

“No me gusta matar más que a ti”, dijo Cress. “Preferiría pasear por allí, darles unas cuantas margaritas y verlos venir a nuestro lado. Simplemente no creo que vaya a suceder tan fácilmente”.

Si sigue así, pensó Bird, podría perder la cabeza. Cress y Lily habían esgrimido los mismos argumentos antes de la invasión, y seguirían discutiendo si Genghis Khan y sus hordas surgieran del pasado y cruzaran el puente Golden Gate. Una persona inteligente simplemente se callaría y se mantendría al margen.

Pero claramente no soy inteligente, pensó mientras se encontraba de pie y hablando.

“Está la pura no violencia”, dijo Bird. “*La satyagraha* de Gandhi. Y también está la no violencia estratégica, donde no se trata tanto de ganarte a tus mayores enemigos sino de cambiar la lealtad de las masas que apoyan el sistema. Entonces es como si el suelo se moviera debajo de un muro de hormigón. El sistema no puede soportarlo”.

“Veo que prestaste atención durante la unidad de Teorías de la Revolución”, espetó Cress. “Qué lástima que te quedases dormido en el módulo de la solidaridad”.

Bird no respondió, en parte porque responder sería desviar la discusión hacia acusaciones y contraacusaciones, en parte porque en alguna cámara secreta de su corazón sentía que merecía la puñalada.

“¿Y cómo haces eso?” –Preguntó Livingston, interesado.

“Hay que socavar la fe de la gente en el sistema”, dijo un hombre bajo a quien Bird reconoció como uno de los profesores de la universidad. “Maya lo dijo antes. Hacer visible la violencia, para que las masas se den cuenta de que la violencia es la única base sobre la que puede sostenerse el régimen. Entonces hay que mostrarles que hay una alternativa”.

Isis resopló. Se sentó con Livingston, que no formaba parte del ejército ni de la Ciudad. “No hay problema con eso. La violencia allí abajo es tan evidente como una ballena”.

“Pero no socava la fe de la gente”. Sara se levantó. “La mantiene. O al menos, su miedo. Todo el mundo tiene miedo de crear problemas. Las masas hambrientas no tienen idea de cómo derrocar el sistema o qué poner en su lugar. Y apenas queda clase media, no hay partidarios tácitos a los que recurrir”.

“Los Stewards tienen la mayor maquinaria militar que es posible montar en estos días de ruina”, les dijo Livingston. “Un enorme porcentaje de la población está en el ejército, apoyando al ejército o alimentándolo. Pero eso en sí mismo es un síntoma de su debilidad, así como el ataque al Norte fue una expresión de su desesperación”.

Estaba disfrutando, disfrutando de la discusión. Encubrimiento profundo, pensó. Qué excusa perfecta para decir las cosas que siempre quise decir. Podría haber otros observadores además de Kline, se preocupó por un momento, observando en la multitud. Alguien más podría haber aquí, que informase. Pero claro, Livingston no les estaba diciendo nada que no pudieran descubrir entrevistando a otros desertores. Y su plan sólo funcionaría si se ganaba su confianza.

“¿Como es eso?” preguntó Sachiko, el amigo músico de Bird. Bird se preguntó qué estaría haciendo allí, en un Consejo de Guerra.

“Necesitan un enemigo”, dijo Livingston. “Aparte de la guerra, no les queda otra economía. Bueno, y prisiones. Ha habido tanta concentración de riqueza que básicamente no queda nadie que pueda comprar nada. La agricultura está literalmente en crisis. Los rendimientos han disminuido, la capa superior del suelo de las tierras que solían ser productivas ha desaparecido y mucha tierra está contaminada. No hay ningún lugar donde expandirse.

“La única entidad que puede permitirse el lujo de comprar algo a gran escala es el ejército. Realmente es irónico que este sea el fin de todas esas economías de libre mercado. Todos esos políticos que querían reducir y minimizar el gobierno... bueno, al menos tuvieron la sensatez de no reducir nunca el presupuesto de defensa, porque ahora, si no fuera por las fábricas que fabrican armas y las granjas que crían soldados y las prisiones, la amenaza de lo que mantiene a todos los demás a raya: ¡nadie compraría, vendería ni ganaría mucho de nada! Incluso los Primes tienen que tener algún tipo de fuente última para su riqueza y algún tipo de base para su poder. Por no hablar de algo para intercambiar por los artículos de lujo que traen del extranjero. Y son cada vez más los artículos de primera necesidad que no producimos”.

“Entonces, ¿cómo usamos eso para nuestro beneficio?”
–Preguntó Shakir.

“No ataques su fuerza. Ataca sus debilidades”, dijo Bird.

“Y eso qué podría ser...?” –Preguntó Cress.

“Suministros de comida. Agua. Pero sobre todo, lealtad”.

Livingston le dirigió una mirada penetrante. ¿Quién era el líder aquí? Todavía estaba tratando de resolverlo, pero no lo tenía claro. Este tipo, al que llamaban Pájaro, parecía tener cierta autoridad, pero cada vez que hablaba había muchas

caras amargas y ojos en blanco. La anciana... mucha gente la escuchaba con respeto, pero él no podía creer que incluso aquí en la tierra de nunca jamás dejaran gobernar a una vieja. El tipo enojado de cabello oscuro con el traje de mono azul también tenía una facción, pero maldita sea si pudiera descubrir quién estaba realmente al cargo.

“¿Pero cómo podemos ganarnos su lealtad cuando no pueden ver lo que ofrecemos?” preguntó una mujer joven con el vestido del gremio de constructores.

“¿Radios Libres en Tierras del Sur?” sugirió Logos, que ocupaba un lugar destacado en el gremio de los técnicos.

“Eso podría funcionar si la gente todavía tuviera radios”, dijo Livingston. “Pero las radios privadas fueron confiscadas en los años treinta, y los Stewards tienen un control total sobre lo que aparece en las pantallas de televisión. Y en cuanto a la web, a menos que puedas pagar por el servicio Prime, estás restringido a lo que los grandes deciden que es alimento apropiado para las masas. E incluso es terriblemente lenta.

“Pero en algún lugar de todos los rangos siempre encontrarás a alguien lo suficientemente inteligente como para ver la escritura en la pared. Generalmente en los rangos medios, donde los chicos inteligentes ascienden por méritos y no pueden llegar más lejos. Con las conexiones adecuadas, la estupidez flota hasta la cima.

“De los que hay que preocuparse es de los que son inteligentes y están bien conectados. Si tuvieran algunos más de esos, el imperio de los Stewards no se estaría hundiendo como el barco de guerra agujereado que es. Pero no los tienen. Así que hay que seguir facilitando que la gente se pase a tu bando”.

Esa era nuevamente la honesta verdad de Dios, y no más de lo que ellos mismos podrían descubrir si pensaran en ello.

Ahora fue River quien se puso de pie. Miró a un lado y a otro de la habitación, como si debatiera consigo mismo si debía hablar. Era otro riesgo, pensó. Una idea que se le había ocurrido. ¿Debería hablarlo? Podrían reírse de él, un raza que se está volviendo arrogante. Pero ese era el viejo Ohnine. River, el nuevo, tenía tanto derecho a hablar como cualquiera.

“No ataquen al ejército”, dijo. “Dejemos que el ejército se siente en Slottown, esa base de allí. En la carretera. El Ejército de Califia tomar un camino diferente. La ruta del valle. Golpear las plantaciones. Cortar las patatas fritas”.

Livingston lo miró fijamente. Parecía y hablaba como un raza, excepto que había perdido el andar arrastrando los pies y la cabeza gacha. Pero esa era una sugerencia inteligente, más inteligente de lo que cualquier raza tenía derecho a ser. Justo lo que él mismo podría haber

propuesto, si hubiera estado en el negocio de ayudar al Norte a ganar.

¿Y si lo hicieran? Por un momento, estuvo tentado de ayudarlos sólo para ver qué pasaba. Sin duda, ese sería un giro interesante de los acontecimientos. ¿Qué significaría para él y para su familia?

“Todavía tienen grandes granjas en el extremo sur del Valle Central”, admitió Livingston. Después de todo, eso no era ningún secreto de Estado. “El problema es que décadas de agricultura, irrigación y productos químicos se suman a tierras saladas y profundamente dañadas. Así que las granjas producen cada vez menos a medida que pasa el tiempo. A la soja y al maíz los siguen modificando para que toleren la sal y los productos químicos, y los rendimientos siguen cayendo. Cada vez más, tenemos que traerlos desde la Baja California o incluso desde Panasia. Lo sé porque mi padre dirige una de las fábricas que elaboran las patatas fritas. Tiene una lucha constante para conseguir suministros.

“El hecho es que no se puede hacer nada en absoluto y las Tierras del Sur podrían morir de hambre en una década o dos más. Pero probablemente no morirían de hambre en silencio”.

“Entonces, si hacemos esto, tenemos que descubrir cómo alimentar a la gente, cómo conseguirles agua”, dijo Erik Farmer. “No podemos, con la conciencia tranquila, destruir

sus líneas de suministro y luego dejar que cientos de miles mueran de hambre y sed”.

“Tendremos que resolverlo de todos modos, una vez que ganemos”, dijo Lily.

“*Si* ganamos”, dijo Shakir.

“*Cuando* ganemos”, replicó Lily.

“¿Cómo transportamos un ejército?” –Preguntó Erik.

“El ejército puede marchar”, dijo River. “Eso es lo que hacen los ejércitos”.

“Es la época más seca del año”, dijo Cress. “Y casi la más caliente. Crecí en el Valle Central, antes del Colapso. ¡Lo sé! La temperatura puede llegar a superar los 50 grados, incluso en octubre”.

River se encogió de hombros. “Marchar de noche. Dormir de día”.

“¿Y qué usamos como agua?” –Preguntó Cress.

“Hay fuentes de agua”, dijo Livingston. “Y no necesitas miles. Las granjas están atendidas por esclavos por deudas, que viven vidas cortas e infelices recolectando cultivos bajo el sol abrasador. Casi todos mueren de cáncer o desnutrición en unos pocos años, pero siempre hay otros nuevos que

ocupan su lugar. Si las plantaciones se quedan cortas, simplemente aumentan las tasas de interés y eso les genera una nueva cosecha de deudores que ya no pueden mantener los pagos de sus préstamos. Libéralos y tendrás masas de reclutas”.

River se volvió hacia Livingston. “¿Nos vas a guiar?” preguntó.

“¿Yo? ¡Diablos, no! Livingston se rió. “Soy un hombre de la marina”.

“La Marina va por la costa para aislar los barcos de alimentos y los plásticos del Giro y los lujos”, dijo Isis. “El ejército va tierra adentro, baja por el Valle Central y corta el suministro de patatas fritas”.

“¿El Giro?” –Preguntó Sachiko.

“'Girando y girando en el creciente giro, el halcón no puede oír al halconero'”, declamó Livingston. “Las cosas se desmoronan, el centro no puede sostenerse...”

“El Giro”, explicó Sara. “Ese remolino del Pacífico donde todas las corrientes convergen y todo el plástico se acumula. Es un área del tamaño de un continente, llena de detritos de un siglo de desechos. Es donde los mineros del plástico realizan sus operaciones”.

“Sin ley”, dijo Livingston. “Una tierra de nadie, sin sometimiento a ningún país, ni gobierno, ni policía. Hay rumores de bases piratas e islas flotantes construidas con botellas de plástico cubiertas con tierra importada colocada sobre esteras de algas. Donde la gente vive de la captura de agua de lluvia y de la pesca del atún. El Giro, la última tierra libre”.

Isis resopló. “A menos que te vendan a los mineros del plástico”.

“Barcos de esclavos, sin siquiera el rumor de una ley que los mantenga civilizados”, dijo Sara. “Hacen que las plantaciones parezcan una granja de descanso”.

“Los mineros venden cargamentos de pellets de plástico a los Stewards”, dijo Livingston. “Aproximadamente su única fuente de materia prima para fabricación. Los Stewards pagan con carga humana y patatas fritas para alimentarla”.

Cress no estaba pensando en el Giro, a miles de kilómetros mar adentro, sino en el Valle Central, la tierra donde nació. De repente sintió una imperiosa necesidad de regresar allí, de regresar a ese valle llano y devastado donde en los raros días despejados se podían ver los altos picos de las Sierras alzándose cubiertos de nieve en el Este. Allí lo esperaban recuerdos dolorosos, pero allí también estaban los ecos de la voz de Valeria rondando las calles y los bebés que no eran suyos moviéndose en los brazos de sus madres.

Y ahora tenía herramientas, habilidades y conocimientos que podía utilizar contra el dolor. Sabía cómo esculpir la tierra para retener el agua, cómo capturar la humedad de la niebla y cosechar la lluvia para reponer los manantiales. Junto con los agricultores (llamó la atención de Erik) podrían devolver la vida al suelo, plantar almendros y naranjas y campos dorados de amapolas para que florecieran en primavera.

Este nuevo sueño se apoderó de él, lo agarró como un pitbull apretándole la garganta. Él se detuvo.

“Iré con el ejército”, anunció Cress. “De vuelta al lugar donde nací. ¿Quién vendrá conmigo?”

“Este luchador”, dijo River. “Lo haré. Yo.”

“Y yo”, dijo Smokee, un poco para su propia sorpresa, aunque una parte de ella anhelaba quedarse en la marina, ir con Isis y Sara y permanecer en el mar azul y resplandeciente.

Pero ella siempre tendría el mar y su recuerdo de él, claro y sin mancha. Si había que luchar y derramar sangre, prefería permanecer en tierra firme. Y las chicas de los corrales necesitarían una líder. No serían de gran ayuda para la marina, pero podrían constituir una fuerte unidad de combate en tierra.

“Vamos con la marina”, anunció Isis. Nos dirigiremos hacia la costa, cortaremos las líneas de suministro de alimentos que entran y de esclavos y armas que salen. ¿Y tú, marinero? Miró largamente a Livingston.

Sí, se decía a sí mismo en silencio. Sí. Todo esto está funcionando según lo planeado.

“La Marina, por supuesto”, dijo sonriendo. Y eso me colocará en la posición perfecta para devolver tanto el buque de guerra como la armada del Norte, si decido honrar mi misión. O no, según sea el caso.

El ejército que descendiera por el Valle Central no le preocupaba. Si su heterogéneo grupo de razas peludos y sin líderes matara a unos cuantos guardas y a uno o dos capataces, eso no sería una gran pérdida para el mundo. Si se enfrentaban a algún combate serio, apostaría su dinero a que las tropas de los Stewards ganarían. Si él tuviera el mando, podría estar seguro de ello.

Bird permaneció en silencio. Sabía que tenía un papel que desempeñar, pero todavía no podía ver cuál era. No quedarse aquí a salvo, de eso estaba seguro. Porque, en verdad, aquí no había seguridad para él, sólo una forma más refinada de sufrimiento. Había días en que todo era tan brillante que dolía: los niños sonrientes, los jardines cantores. Estaba dolido porque parecía no tener relación con las sombras profundas dentro de él. Dolido porque era

muy duro vivir aquí, con la condena de quienes no tenían idea de los terribles lugares en los que había estado.

Madrone no dijo nada durante todos los argumentos y discusiones. Pero ahora ella se puso de pie. “Tuve un sueño”, dijo. “En el sueño, me dijeron que regresara a las Tierras del Sur. 'Construye una Ciudad de Refugio, en el corazón del enemigo'”.

Todos la estaban mirando. Podía sentir la mirada de Pájaro como una quemadura de sol en su mejilla izquierda. Ella tragó saliva. Éste era el momento del compromiso. Si abría la boca y continuaba, quedaría atada.

Pero ya estoy atada, pensó. Por la visión. Mi visión. No sólo por la inquietante angustia de Bird, sino por mi propia necesidad. Ahora hagámoslo público.

“Creo que estoy llamada a ir allí, no con el ejército ni con la marina. Bajaré y haré un lugar de curación, una ciudad dentro de la ciudad, un refugio en medio de la fortaleza. Para que la gente pueda ver una alternativa allí donde vive”.

Bird estaba sentado un poco lejos de ella. No podía ver sus ojos, sólo su perfil, la postura orgullosa de su cabeza, la forma en que inconscientemente cuadraba los hombros como si se preparara para una pelea. Y todavía se sentía desgarrado por su propia confusión, su terrible incertidumbre.

Ella lo estaba mirando, esperando, invitándolo.

Ella lo había respaldado, sostenido y sanado tantas veces. Nunca podría dejarla ir sola. Ahora él la respaldaría. Harían esta tarea juntos, en todo caso. Dejó escapar el aliento que no se había dado cuenta que había estado conteniendo.

Ella le había hecho un regalo, un gran regalo, se dio cuenta. Ella le estaba ofreciendo una salida a su dilema, otra forma de luchar donde las armas no les servirían, pero donde la canción, su historia, sí podrían hacerlo.

“Iré contigo”, se puso de pie y dijo. “Yo contaré la historia. Yo cantaré la canción”.

¿Y Maya? Pero esa era una pregunta sin respuesta.

Ya era bastante pasada la medianoche cuando Livingston regresó al antiguo club náutico, donde encontró a Kline jugando a las cartas con algunos marineros y un contingente de kayakistas. Había necesitado hacer algunos preparativos. Ahora todo estaba listo para que regresaran al buque de guerra.

Soltaron el fueraborda y Livingston tomó el timón, abriéndose camino con destreza más allá de la aguja del Edificio del Viejo Ferry que sobresalía de las aguas como el brazo de un hombre que se ahogase haciendo un último

intento de pedir ayuda. La noche era oscura, el viento era frío y la bahía estaba solitaria. Livingston se permitió una punzada de arrepentimiento mientras fijaba el timón en su posición y gritaba el nombre de Kline.

“¿Qué?”

“¡Allí, mira!”

Kline se volvió y miró hacia el puente. Livingston agarró la pesada palanca de metal que había escondido debajo del asiento y la lanzó con todas sus fuerzas hacia la cabeza de Kline.

¡Crack! Kline se desplomó y Livingston rápidamente empujó su cabeza hacia un lado para que no sangrase en la borda. Registró los bolsillos de Kline hasta que encontró la unidad de comunicaciones, un pequeño rectángulo de plástico con una pantalla borrosa. Demasiado peligroso para conservarlo. Lo aplastó y lo lanzó al agua, tomó una bolsa de piedras pesadas que había atado antes alrededor del cuello de Kline y lo arrojó por la borda.

Nadie lo extrañaría. Si lo hicieran, simplemente diría que lo había llevado al barco y que no lo había visto desde entonces. Con suerte, su cuerpo nunca sería encontrado, o al menos no hasta que Livingston estuviera muy, muy lejos.

Supuso que un hombre mejor podría sentir remordimiento, pero lo que él sintió fue alivio. Nadie lo

vigilaría ahora, cuestionaría sus motivos ni delataría a los Stewards al respecto.

Se inclinó con cuidado sobre la borda y se lavó las manos en el agua salada de la bahía. Sólo los pequeños rizos levantados por el ligero viento rompían su superficie. Aceleró el motor y se dirigió hacia el barco.

Capítulo Dieciocho

Uno de los regalos de una vida larga es partir con una nota de victoria. Es prerrogativa del narrador decidir cuándo terminar.

Cuando era joven, me quedaba en todas las fiestas hasta el amargo final, exprimiendo los últimos restos de placer de cada ocasión. Pero los últimos en irse se quedan atascados con la limpieza, y simplemente ya no tengo valor para ello, otra vez no. Ya reconstruí esta ciudad una vez; hice mi parte. Lo mejor es irme mientras la música sigue sonando y las luces están brillantes.

Tengo noventa y nueve años y hace mucho que ya superé mi fecha de caducidad.

Vale, lo admito, me gustaría ver los cien. Un número redondo y satisfactorio. Un logro.

Pero eso significaría muchos meses más de espera antes de que Bird y Madrone se sintieran libres de seguir su destino, mientras yo voy perdiendo mis facultades una a una. El oído ya ha desaparecido a medias o más, lo siguiente que desaparecerá será la vista y el olfato y lo que a los médicos les gusta llamar función ejecutiva, hasta que esté babeando en el babero y tengan que cambiarme los pañales. Prefiero solidarizarme con mis viejos amigos.

¿Pero cómo? Descarto los medios activos de suicidio, tan confusos, dolorosos y fáciles de malinterpretar. Podría dejar de comer, pero nunca en mi vida he sido el tipo de persona que deja de comer. La edad y las privaciones de la insurrección pueden adelgazarme, pero me niego a salir como una adolescente anoréxica, rechazando los últimos sabores de placer que me quedan.

Me gustaría tener un último y glorioso orgasmo, dejando que el placer reverbere como el sonido de la cuerda de un arco para disparar la flecha de mi alma hacia el más allá. ¿Pero a quién podría recurrir para que me lo proporcionase?

Durante el calor de la invasión, el Doctor Sam había complacido con placer y comodidad, pero ahora la marea había bajado y, en cualquier caso, el sexo con una intensidad que ponga fin a la vida es mucho pedirle a un médico pragmático.

¿Quizás las Sacerdotisas del Templo del Amor lo harían? Ah, podría imaginarlo muy bien. Me ofrecería a Oshun. “Dame placer”, diría. “Llévame a lugares en los que nunca he estado, usa todas tus habilidades para llevar este venerable cuerpo a alturas que nunca ha conocido y no cedas hasta que este viejo corazón se detenga”.

Pero las repercusiones, para ellos, serían impensables. Ah, me imagino los argumentos en el Consejo, las acusaciones de irresponsabilidad, las investigaciones. No, no podría hacerles eso.

Mientras reflexiono, termino mi última tarea. Nunca había querido escribir una autobiografía. Prefiero la ficción a la realidad. Es más veraz y nadie puede acusarte por ello. Siempre dije que nunca escribiría la historia de mi propia vida hasta que recibiera algún diagnóstico terminal, con solo unas semanas o meses de vida. Y si me dispararan en la plaza pública o me atropellara un autobús, mientras mi alma salía catapultada de mi cuerpo, mi último pensamiento sería: “¡Alabada sea la Diosa, ahora no tengo que escribir mis memorias!”

Pero ahora que llega el final, me gustaría que mis historias sigan vivas. Me gustaría que otros supieran algo de la verdad de mi vida, o al menos, tuvieran los hechos desnudos para compararlos con las verdades más profundas de mis ficciones. Por eso escribo temprano en la mañana, cuando

mi energía está fresca, aunque cada palabra que escribo es la firma de mi propia sentencia de muerte.

Y por eso coloco aquí las últimas palabras, este último disco. Está hecho. Un siglo de buenos consejos.

Ahora la veo, la Anciana, la vieja Falda de Serpiente, con la cara como dos serpientes frotándose la frente. Coatlicue, la llamaban.

“Nos conocimos en México”, digo. “Estás muy lejos de casa”.

Su rostro cambia, se oscurece... ahora me recuerda a Johanna, si Johanna tuviera una red plateada de líneas grabadas en su piel caoba y ojos que se abrieran al corazón de las galaxias.

“¿Qué deseas?”, pregunta ella.

“Venir a ti. Es la hora.”

Ella resopla. “¿Oh sí? Aún te aferras a la vida como una stripper se aferra a su barra. Si quieres venir a mí, novia, déjate ir”.

Dejarse ir. Es más fácil decirlo que hacerlo. El cuerpo lucha por seguir viviendo, mucho después de que ese objetivo se vuelve inútil. El corazón sigue latiendo, incluso cuando deseas que se detenga. La respiración se hace más lenta,

pero justo cuando piensas: Está bien, ya está, un espasmo del diafragma obliga a los pulmones a inhalar.

Estoy soltando mis dedos y aflojando mis muslos. Los instintos curativos de Madrone la llevan a mi lado, me toma la mano. Bird canturrea y las lágrimas le caen por la cara, pero yo me río. Sí, río. De repente, todo esto me parece hilarante, todos los problemas insignificantes y las preocupaciones chillonas de la vida; todos los parloteos, las quejas, las ansiedades y las carreras, como un montón de ratones frenéticos, y el miedo ¿miedo de qué? Una grieta y, al otro lado, algo luminoso como un ondulante banco de nubes iluminado por los rayos dorados del sol.

Cuando mi propia madre estaba muriendo, les dijo a los médicos: “¿Cómo sabré cuando estoy muerta?” El doctor realmente no sabía qué decir, aunque pensé que era una pregunta razonable.

“Yo te lo diré”, le prometí, y lo hice, para consternación de las enfermeras.

“Ya estás muerta, mamá”, le dije. “Ahora estás muerta”.

“Dime cuando esté muerta”, le susurro a Madrone. Creo que lo digo, pero mi voz es débil y susurrante y no estoy segura de que ella pueda oírme. Considero hacer un esfuerzo mayor, pero estoy dejando el esfuerzo atrás y cualquier esfuerzo me hará retroceder. Considero cuáles deberían ser

mis últimas palabras. ¿No debería decir algo inspirador, algo que puedan atesorar y que sea parte de mi legado?

La verdad es que después de noventa y nueve años, incluso morir conlleva expectativas. Me están mirando los jóvenes. Oh, están tomando mi mano y llorando y cantando sus cánticos para ayudarme, pero debajo de todo, están mirando, todavía pidiéndome algo, preguntando: ¿Cómo hago esto cuando llegue mi momento? Muéstrame cómo morir con gracia.

Sí, puedo verlos: Madrone decidida y pacífica, aunque las lágrimas corren por sus mejillas. Bueno, ella es una sanadora, conoce bastante bien la muerte. No debería necesitar que le muestre el camino. Y Bird, acariciándome el pelo, canturreando una de sus canciones.

“Si cantas, no tendrás miedo”, solía decirle. “¡No tengo miedo!” siempre decía. Ahora no sé si se lo digo a él o él a mí. Pero no tengo miedo y veo las pesadillas acechando detrás de sus ojos. Quizás todavía me necesite a mí, su abuela, para calmarlo por la noche.

Y sólo por un momento, estoy enojada. ¿No he dado lo suficiente en noventa y nueve años? ¿No fue suficiente con educarte, reprenderte y ocasionalmente inspirarte? ¿Para pelear todas las batallas que has peleado? Pero la rabia pasa como un sofoco, dejando atrás la paz. Es un regalo, poder

dar algo incluso con mi muerte. La última gracia. Lo doy generosamente.

“Ustedes son los grandes regalos de mi vida”, les digo. Por supuesto, también está el sexo, la comida, la emoción creativa de escribir y dejar un legado, la aclamación y la victoria revolucionaria, pero busco algo memorable e inspirador, no un maldito catálogo. Ahora recuerdo el día, el Levantamiento de hace mucho tiempo, cuando Las Cuatro Viejas, las cuatro ancianas con picos salieron frente a los tanques para abrir el pavimento y plantar árboles jóvenes.

Todo el mundo merece un día de gracia en la vida. Un día de luz dorada, un pirata loco en un bote de remos robado, un beso loco en el vestuario, un pecho suave y sorprendente bajo tu mano que abra las puertas del cielo, una fresa colocada entre tus labios con un roce de la yema del dedo y una sonrisa secreta.

Un día en el que des un paso más allá del miedo y cometas un acto de valentía que pueda cambiar el mundo.

“Amplíen las grietas”, digo. “Simplemente ampliad las grietas”.

Y la brecha se abre, y estoy parada en la orilla, viendo cómo un barco se acerca a través de un mar muy, muy oscuro, como una vez hace mucho tiempo en el Golden Gate Park,

Rio remó hacia mí en un bote de remos robado y me llevó a una nueva vida.

El barco roza la proa en la orilla. Y el Marinero extiende un brazo, como Rio me alcanzó, como hace mucho tiempo Johanna me alcanzó y el mundo se abrió. Y subo a bordo. Lo siento balancearse bajo mis pies, escucho el crujido del casco sobre la arena.

Y entonces Rio está al timón, su cabello dorado otra vez, brillando al sol, su rostro joven y sin marcas, y Johanna tiene su brazo alrededor de mí, cálido y tangible, y huelo la fragancia de su cabello. Mi cuerpo jadea por respirar y ellos se desvanecen. Siento el toque de la mano de Madrone, escucho la canción de Bird. Dejo escapar el aliento y Johanna se muestra cálida y cercana, Rio joven, orgulloso y riendo. Un respiro que me arrastra hacia atrás... una liberación que me deja ir, que deja que el barco navegue hacia un mar bañado de luz.

El nacimiento, la muerte, el sexo... cada uno tiene su propio tipo de clímax. Un último gran empujón, una oleada, una convulsión palpitante del corazón, los pulmones y los intestinos, y luego... ¡libertad! Un destello verde en el horizonte, un gran viento agita las velas y partimos, impulsados por la corriente, hacia un esplendor de púrpura, azul y oro.

Se acabó”, murmuró Madrone. “Ya estás muerta, madrina. Te amamos.”

Sostuvo una de las manos de Maya, mientras Bird sostenía la otra. Se enfrentaron a través de su cuerpo, y Bird extendió la mano y cerró suavemente los ojos de Maya. Detrás de ellos, el sol de la mañana entraba a través de las cortinas de su dormitorio y formaba un halo en su cabello blanco.

Bird no podía hablar. Se sintió desposeído como un niño, repentinamente a la deriva, sin ancla. Maya había sido más que una abuela: había sido un imán, una estrella polar, siempre ahí en el centro. Sin ella, ¿dónde estaba su norte?

*“Que el viento lleve suavemente su espíritu
Que el Fuego libere su alma,
Que el Agua la limpie,
que la Tierra la reciba,
Que la Diosa la tome en sus brazos
y la guíe hacia el renacimiento”.*

Madrone murmuró la bendición. Maya yacía, luciendo pacífica y serena, en la cama donde había pasado tantas mañanas escribiendo, donde habían tomado tantos desayunos acogedores y tazas de té. Nunca más.

Renacimiento, ¡ja! Madrone casi podía oír la voz de Maya. *¡No hasta que tenga unas buenas y largas vacaciones!*

Bird se puso de pie, luciendo afligido.

“Canta para ella”, dijo Madrone. “Sigue cantando”.

Cantó un *Réquiem*, una canción de dolor y tristeza que brotaba de él. Si cantas no tendrás miedo, le había dicho ella tiempo atrás. No estaba asustado, no por ella. Su rostro era pacífico, beatífico. La mirada en sus ojos, al final, había sido de alegría.

Se sentaron juntos durante una hora larga, tranquila y pacífica, mientras la luz dorada de una nueva mañana llenaba la habitación. Entonces Madrone fue a buscar una palangana con agua. Le añadió un poco de romero fresco y lavanda. Bird observó mientras ella bañaba tiernamente el cuerpo de Maya. Le acarició la cara con el paño y le untó un ungüento que Madrone le pasó. Pero no podía tocar el resto de su cuerpo en la muerte más de lo que lo habría hecho en vida. Él simplemente observó, con una mano en la espalda de Madrone para sostenerla mientras bañaba a Maya en agua de hierbas y lágrimas.

Esa hora fue la última de paz que tuvo en mucho tiempo. Cuando terminó, dejó a Madrone sentada junto al cuerpo mientras enviaba mensajes a través de la red al doctor Sam, a Lily, a Holybear y a sus viejos amigos Sage y Manzanita, que estaban río arriba protegiendo sus líneas experimentales. Luego salió a contárselo a la casa.

Katy vino, con la bebé Lucía, y reclutó a River para que la ayudara a cubrir todos los espejos de la casa. Luego empezó

a cocinar. Mantenía a River tan ocupado ayudándola, cortando, removiendo y extendiendo la masa del pastel, que apenas tuvo tiempo de sentir cuánto extrañaría a la anciana. Pero mientras él fregaba la vieja mesa redonda de la cocina, de repente se dio cuenta de que ella nunca más se sentaría allí a hablar con ella, nunca más agitaría vagamente su cuchillo de pelar, nunca más le daría consejos sobre las cien nuevas e inquietantes ideas y sentimientos que lo atormentaban.

Se detuvo, completamente inmóvil. Respiraba de una manera extraña y una lágrima le corría por un lado de la nariz. Resopló, se sacudió y se atragantó.

No había llorado desde que tenía tres años, salvo aquellos espasmos de alivio en el Templo del Amor. No creía que pudiera llorar más. Se lo habían sacado a golpes y nunca había sentido la necesidad de hacerlo. Pero algo sospechosamente parecido a un sollozo intentaba atravesar su garganta apretada. Emitió un sonido áspero y un resoplido, como un ladrido. Katy lo estaba mirando. Avergonzado, intentó convertirlo en tos.

Ella se acercó y le rodeó con un brazo torpe. Principalmente ella le daba órdenes o lo evitaba, pero ahora había afecto en su toque.

“Está bien”, dijo. “Adelante, llora. Nadie te va a reprender por eso”.

Pero las ganas desaparecieron. No podía llorar, no con un testigo. Incluyó la cabeza y empezó a limpiar la mesa.

“Dolor”, dijo Katy. “Es el precio que se paga por el amor. Pero es bueno que la amaras”.

“¿Lo hice?”

“Yo diría que sí. Vi con qué ternura la cuidaste. Sé que hablaste con ella sobre cosas que nunca nos contarás al resto de nosotros.

¿Eso es amor?, se preguntó River. Esa sensación de consuelo que había sentido cuando estaba con ella, el dolor que sentía ahora. Sin embargo, era un dolor agradable, como el que sentían los músculos después de una sesión de entrenamiento. Había algo hermoso en ello.

“Tuvo una vida buena y larga”, dijo Katy. “Tuvo una muerte tan pacífica como cualquiera podría desear. Así que llora por ella, River, pero no te aflijas demasiado. Todos tenemos que morir y a ella le había llegado su hora”.

Sam vino tan pronto como recibió el mensaje. Bird y Madrone lo dejaron solo con Maya mientras comenzaban a hacer los arreglos para el funeral. La muerte, para los supervivientes, no es una perspectiva tranquila. Había mil detalles que arreglar. Tan pronto como Holybear envió un anuncio formal a la Red, hubo argumentos para debatir. Porque Maya era una figura pública que no pertenecía sólo

a Bird y Madrone sino a la Ciudad en su conjunto. Y todos en la Ciudad tenían opiniones sobre la mejor manera de honrarla.

Algunos querían que la enterraran en la Plaza Central, otros querían erigir su monumento en la calle donde Las Cuatro Viejas se habían levantado ante los tanques durante el Levantamiento, plantando árboles. Algunos querían cargar su ataúd por las calles, pero entre ellos, una facción quería seguir la Ruta de la Literatura y otra la Ruta de la Revolución.

El Consejo Judío insistió en que su funeral debería celebrarse al día siguiente, de acuerdo con la ley judía. El Gremio de Sacerdotisas quería un velorio que durara tres días seguido de una gran cremación, junto con todos sus libros y un pico a sus pies.

“Ella odiaría esto”, se quejó Bird a Madrone mientras tomaban el calor del sol de la tarde en el jardín. “Todas estas disputas por sus restos. ¡Me da asco!”

“A ella le encantaría”, dijo Madrone. “Todas estas personas que sienten que ella les pertenece. Todo el alboroto y la atención. Pero al final eres su nieto. Simplemente piensa en lo que quieres y en lo que ella querría, y decide”.

Holybear les sirvió té en la bandeja de té de Lady Di y el Príncipe Carlos. También les trajo una nota que River había encontrado en su cómoda cuando fue a cubrir el espejo.

Acerca de mi funeral

Lo que más quiero que hagan con mi cuerpo es llevarlo a las colinas y dejárselo a los buitres. La diosa lo sabe, me han mirado bastante a menudo y les he dicho muchas veces: "Aún no estoy muerta". Les debo un festín. Y si eres lo que comes, entonces es lógico que también seas lo que te come a ti. ¡Cómo me encantaría volar sobre las colinas, cabalgando las corrientes ascendentes con ese bamboleo ligeramente borracho, con las fosas nasales alerta por el olor de algo pútrido y delicioso debajo!

Pero si esa solución parece irrespetuosa, poco práctica o antihigiénica, entonces me gustaría que me incinerasen y que mis cenizas se esparzan en los jardines de la Ciudad. Y háganlo rápido. Soy lo suficientemente judía como para querer que mi cuerpo se deshaga de mí rápida y eficientemente. No dejen que me quede tirada apestando el ambiente mientras la gente convierte mi cadáver en un fetiche.

Había muchas más instrucciones, pero Bird se sintió aliviado de saber qué hacer. No se atrevió a arrojar su cuerpo a los buitres. Por muy salvaje que pudiera ser, para él no era lo suficientemente respetuoso. Y la Ciudad tendría su

cabeza. La mitad de ellos lo odiaba tal como era, el resto lo seguiría.

No pudieron realizar el funeral en veinticuatro horas, como exigía la ley judía. Simplemente no era posible moverse tan rápido. Pero lo planearon para la tarde del día siguiente, y él aplacó al Consejo Judío asegurándoles que haría Shiv'ah durante los siete días tradicionales²¹. Quería hacerlo, en cualquier caso. Necesitaba tiempo, lo anhelaba: un tiempo fuera del tiempo para integrar la pérdida.

Sin embargo, rechazó la conflagración de sus obras completas. Olía demasiado a las quemaduras de libros nazis y retribucionistas.

Comenzaron sacando el ataúd por la puerta principal de la casa en la que había vivido durante casi ochenta años. Bird y Madrone encabezaron el primer relevo de porteadores, junto con el Doctor Sam y Holybear, Sage y Manzanita que habían regresado de las montañas. Pero era una ruta muy, muy larga y había muchos deseosos de ayudar con la carga.

²¹ Shiv'ah (shivá, nombre hebreo para "siete") es un antiguo ritual de duelo judío que dura siete días. Se trata del nombre del período de duelo observado dentro del judaísmo, para los primeros siete grados de parentesco: padre, madre, hijo, hija, hermano, hermana, o esposa; abuelos y nietos no se incluyen.

La llevaron más allá de la intersección donde ella y las demás se habían enfrentado a los tanques en el Levantamiento.

Los árboles jóvenes que habían plantado se habían convertido en árboles fuertes, sólo para caer ante las topadoras de los Stewards durante la invasión. Ahora Bird, Lily y Madrone se arrodillaron y plantaron nuevos esquejes, manzanas que algún día alimentarían a una nueva generación.

Siguieron adelante y la procesión se convirtió en una marcha. Parecía que todos en la Ciudad acudieron. Algunos iban vestidos con los trajes de esqueleto del Día de los Muertos, otros con el blanco de los fantasmas que habían perseguido a los soldados de la Mayordomía. Otros vestían sus ropas más brillantes y festivas y cantaban mientras llevaban cestas de flores y hierbas frescas de los jardines, mientras los tambores mantenían un ritmo constante. Marionetas gigantes de dioses y diosas flotaban sobre la multitud, los acróbatas hacían volteretas y giros y los zancudos realizaban asombrosas hazañas de equilibrio. La procesión fluyó por las calles, un río de arcoíris.

La llevaron hasta la Plaza Central por la Ruta de la Liberación, deteniéndose para rendirle homenaje en las estaciones que celebraban rebeliones y revoluciones, el Ferrocarril Subterráneo y la Resistencia antinazi. Luego regresaron por el Camino de la Literatura, leyendo poemas y pasajes de algunas de sus propias obras y de sus autores

favoritos, y finalmente subieron por el camino procesional hasta la cima de la Colina del Ritual.

Maya yacía en solemnidad mientras la gente de la Ciudad desfilaba, hora tras hora, enterrando el ataúd bajo un montículo de flores y hierbas traídas como tributo. Las sacerdotisas cantaron cánticos a la Diosa que Maya había seguido durante toda su larga vida. Los rabinos dijeron las oraciones de sus antepasados. Los Ohlone bailaron un baile de honor²². Tamborileros y bailarines honraron a los Orishas²³, copal y caracolas invocaron a los antiguos dioses de los mayas y aztecas²⁴, un dragón bailó desde Chinatown para rodear la colina mientras un centenar de yoguis y yoguinis hacían el saludo al sol. Monjas, sacerdotes y ministros ofrecieron oraciones cristianas, y un imán cantó versos del Corán mientras los monjes budistas se sentaban a meditar y hacían sonar los cuernos tibetanos. Los músicos

22 Ohlone es el nombre colectivo dado a las tribus de la bahía de San Francisco, también conocidos como costanos, lingüísticamente emparentados con los miwok e incluidos en el grupo uti de la macrofamilia penutí.

23 Los orishas son espíritus que desempeñan un papel fundamental en la religión yoruba de África occidental y en varias religiones de la diáspora africana que derivan de ella, como la santería cubana y puertorriqueña y el candomblé brasileño.

24 El copal es el nombre que reciben varias resinas aromáticas vegetales, en una etapa intermedia de polimerización y endurecimiento entre la resina y el ámbar.

tocaron y, liderados por Bird, miles de voces se alzaron juntas en la “Canción del levantamiento” y su *Réquiem*.

A medianoche, la hora de las brujas, Bird y Madrone encendieron juntos una antorcha en la pira. Ardió en un glorioso resplandor que iluminó el cielo y lo hizo durante horas. Cuando finalmente cesó, tres días después, la gente de la Ciudad regresó nuevamente con bolsas y cestos y recogió cenizas que esparcieron en los jardines y las vías verdes, entre las huertas y los prados nativos y los bosques urbanos de la Ciudad. Y Maya se fue.

Bird realizó el shivá durante una semana sentado en el suelo de casa o en el suelo del jardín, vestido con ropas rotas. Madrone se unió a él tanto como pudo, pero las necesidades de los vivos la obligaban a regresar al centro de curación durante horas cada día. Estaba trabajando, pero también estaba entregando sus responsabilidades, preparándose para partir.

Al tercer día después del funeral, Bird recibió en la red un aviso del Gremio de Escritores, con un grueso archivo adjunto. Era la autobiografía de Maya. *Un siglo de buenos consejos*, lo había llamado. Lo habían recibido esa mañana; aparentemente ella lo había puesto en un horario de liberación el día antes de morir. En el prefacio había una nota para él.

“Paso demasiado tiempo hablando con los muertos para pensar que la muerte es un final definitivo”, escribió. “Espera que te persiga. Lloro por mí, por supuesto, pero no demasiado. Estoy pasando el mejor momento de mi vida, en todos los sentidos de la palabra. Ahora haz lo que tengas que hacer”.

Al final de la semana, Bird se duchó y se afeitó, destapó los espejos y volvió a dormir en su cama. Entonces él y Madrone empezaron a hacer planes.

SEGUNDA PARTE

Una plaza, un hogar y un árbol sagrado

Capítulo Diecinueve

“¡Libélula!”, llamó Madrone a Bird mientras recorría la carretera reconstruida por los Stewards en la bicicleta nueva que le había regalado el Gremio de Transporte.

Era algo hermoso: el marco ligero y elegante estaba hecho de bambú para ahorrar el metal escaso, y los veinte engranajes estaban formados de una nueva aleación que el Gremio de Materiales había forjado a partir de aluminio extraído de viejos vertederos, con rastros de otros metales para dale fuerza. En las subidas empinadas, un pequeño motor ayudaba a las piernas cansadas. Grandes alas de panel solar se desplegaban cuando las bicicletas estaban en reposo para recargar las baterías, por lo que parecían libélulas gigantes, posadas para despegar.

“¡Libélula!”, llamó de nuevo.

“¿Qué?”, gritó Bird en respuesta.

Él estaba justo delante de ella, en su propia bicicleta nueva.

“Voy a llamar a la mía Libélula”, gritó Madrone.

“No es justo”, le respondió Bird. “¡Iba a llamar a la mía así!”

“¡Yo lo dije primero!”

“¿Por qué no llamas a la tuya Caballito del Diablo?” Redujo la velocidad por un momento para dejar que ella lo alcanzara.

“Eso sería un estereotipo de género”. Madrone se acercó para acompañarlo. “¡Llama a la tuya Caballito del Diablo!”

Ella y Bird se dirigían por la antigua autopista 280 que seguía la columna vertebral de las colinas de la Península. Extendido debajo de ella, como una colcha de cuadrados de todos los tonos de verde, se encontraba el mosaico de minigranjas que habían transformado las ruinas de los suburbios en algunas de las tierras de cultivo más productivas del Área de la Bahía. Los jardines florecían en lo que alguna vez habían sido amplios prados y grandes patios traseros.

Los Stewards, en su última invasión, no habían tenido tiempo de arrasar los suburbios. Franjas de jardines

forestales bordeaban las antiguas avenidas, con árboles aún altos y verdes. Madrone sabía que debajo de su alto dosel, capas de arbustos con bayas comestibles y hierbas medicinales proporcionaban cobertura a la vida silvestre y ofrecían caminos secretos para que los niños exploraran.

Afuera, en la bahía, muy por debajo de ellos, hacia el Este, ocasionalmente se alzaba sobre el mar una triste torre de un edificio de oficinas como una isla desolada, coronada con colonias de aves marinas. Pequeñas embarcaciones, pintadas con el verde y dorado del gremio de agricultores, navegaban de un lado a otro. Madrone se preguntó qué habrían pensado los magos tecnológicos de Silicon Valley, desaparecidos hace mucho tiempo, si hubieran sabido que sus rascacielos estaban destinados a terminar como torres de recolección de guano.

Por supuesto, podrían haberlo sabido, deberían haberlo sabido. Los científicos habían advertido al país durante décadas sobre los peligros del calentamiento global, pero aún así construyeron en terrenos bajos hasta que las inundaciones de los años 20 finalmente los obligaron a detenerse. Allí, debajo de ella, estaba la prueba de que incluso las mentes más agudas podían seguir siendo estúpidas, egoístas y ciegas.

Bird aceleró delante de ella, pero ella pedaleó furiosamente y ganó terreno cuando el camino se niveló. Se retrasó un poco, dejándola avanzar, sintiéndose

repentinamente feliz. Andar en bicicleta lo hacía sentir nuevamente como un niño, embarcado en una aventura. Con cada milla que pedaleaban alejándose de la City, se sentía más ligero, fuera de la densa niebla de la vergüenza y la culpa, del interminable cuestionamiento circular de sus propias decisiones, del reproche en los ojos de Rosa. Todo eso yacía como una nube de smog sobre la Ciudad. Déjalo atrás, pensó. Déjalo atrás.

Y Maya. A veces su dolor lo invadía como una ola. Se alegraba de escapar del vacío que lo golpeaba cada vez que entraba a la casa que ella había habitado durante tanto tiempo, aliviado de escapar por un momento de la desgarradora pérdida que sentía cada vez que miraba su silla.

Ella se fue. Ella había tenido una buena y larga vida y una hermosa muerte, pero aun así él la extrañaba terriblemente.

En el camino, el dolor estaba presente pero era menos agudo. Ella estaba con él, como siempre lo había estado incluso en los peores de sus viajes; su fe en él era como una profunda vena de roca bajo sus pies.

Y ahora tenía sus memorias, grabadas en el cristal que colgaba de su cuello. Lejos de los bancos de cuarzo de la Ciudad, no podría acceder fácilmente a la Red. Pero el cristal todavía tenía muchas funciones útiles. Llevaba toda una biblioteca codificada y podía convertir el contenido de mil

libros en holos que brillaban con luz propia. Se cargaba automáticamente con el sol y, en la oscuridad, podía iluminar como una luz o enfocar un estrecho rayo láser para iniciar un incendio o atravesar un obstáculo. Podría reproducir música o grabar canciones.

Así que por la noche, si Bird quería escuchar el aliento o la sabiduría de Maya, podía emitir el holo y leer sus palabras, o reproducir algunas de las grabaciones que había hecho a lo largo de los años de sus historias. Si su propio pasado amenazaba con abrumarlo con culpa o arrepentimiento, podría sumergirse en el de ella.

¿Y su futuro? Lo mejor era no preocuparse. Su rumbo ya estaba fijado. Todo lo que tenían que hacer era seguirlo. Había aprendido el truco, en horas desesperadas, de suspender el tiempo, caminar entre momentos como esquivando gotas de lluvia, evadiendo tanto el miedo, el debilitador, como la esperanza, la tramposa. No mires hacia adelante. No mires atrás. Deja que el presente te envuelva, y hasta en los peores momentos, al menos por un instante aquí y allá, podrás sentirte feliz.

Ahora Bird respiraba aire libre bajo un cielo soleado, con un viento fresco a sus espaldas. Él se rió y Madrone se giró para mirarlo, con una sonrisa en su rostro. Ella redujo la velocidad, él cambió de marcha y se alejó de ella. El camino descendía y él avanzaba sin manos, abriendo los brazos como si fueran alas.

“¡Presumido!” gritó, y aceleró más. Ella también estaba feliz al verlo disfrutar. Lo recordaba cuando era niño, en su bicicleta, en su patineta, flotando sobre su tabla de surf entre las olas. ¡Cómo amaba la velocidad! Siempre estaba volando. Estaba bien llamarlo como una criatura del aire.

Había estado muy triste últimamente, su dolor por la muerte de Maya agravaba su lucha con su propia culpa y dolor. Soportándolo, sin dejar que se notara, pero ella lo sentía, tal vez incluso más de lo que él quisiera.

No puedo soportar su pena por ella, se dijo. No puedo curar sus pérdidas y mejorarlo todo. Sin embargo, parecía que no podía evitar intentarlo.

¿Y dónde está mi propio dolor? Maya fue como una segunda madre para mí, y ahora se ha ido y parece que realmente no puedo sentirla. ¿Cómo puedo estar disfrutando de un paseo en bicicleta un día que ella está muerta?

¡Superalo! escuchó una voz ronca decir dentro de su mente. *¿Crees que te envidio una breve hora de felicidad? ¡Tenía noventa y nueve años! ¡Pedalea a fondo, niña!*

Ella se rió y pisó con más fuerza los pedales, ganando terreno centímetro a centímetro a medida que el camino se elevaba ante ellos. La pierna mala de Bird lo retenía ligeramente hacia atrás, y ella se puso a la altura de él y

luego un poco adelante. Llegaron a la cima, riendo y jadeando.

“Está bien, tú ganas”, dijo Bird. “Voy a llamar a la mía Skimmer”²⁵.

El camino era una suave cinta tendida sobre las colinas. Cada día se levantaban antes del amanecer y pedaleaban en el fresco de la mañana. Cuando el sol de octubre se volvió demasiado caliente para soportarlo, buscaron sombra y agua y discutieron si debían llamar a su comida un desayuno tardío o un almuerzo temprano. Madrone hizo que Bird calentara sus músculos al sol y estirara su pierna mala con los ejercicios que le había recetado el doctor Sam. Día a día se ponía más fuerte. Acampaban en prados o en pequeños huecos en el bosque y se tumbaban juntos a la sombra para dormir la siesta.

Es extraño, pensó Madrone. Estamos en una misión de regreso al infierno. Quizás nunca volvamos. Nos pueden suceder cosas terribles e inimaginables, y todas las probabilidades dicen que probablemente fracasaremos.

²⁵ Picotijera, cualquiera de un pequeño género (Rynchops) de aves marinas de alas largas que tienen la mandíbula inferior más larga que la superior.

Sin embargo, se sentía casi ingrátida, como si estuviera de vacaciones. Por primera vez en mucho tiempo, nadie dependía de ella para aliviar el dolor o salvar la vida.

En esas largas tardes, Madrone descubrió una nueva conciencia que zumbaba en lo más profundo de su interior. Era hiperconsciente de los olores, la fragancia de las flores, el penetrante aroma de las hierbas, el propio sudor de Bird mientras yacía a su lado. Cuando el agua estaba cerca, lo sabía por el indicio de humedad en el aire. Y los sonidos. Era como si cada insecto le hablara. El zumbido de una mosca era una conversación. El canto de los saltamontes resonaba con un encanto erótico.

Cuando se dejaba llevar por la mente de las abejas, tumbada al sol en algún campamento que hacían en un prado bajo los árboles o en el borde de un bosque, las abejas se acercaban a ella y cantaban sobre la fuerza y el bienestar de la colmena. Le encantaba escuchar su dulce canción de relajación, el suave zumbido que decía que *todo está bien*.

Más que eso: las abejas le hablaron de las alegrías de la colmena, la unidad, la comodidad de tener un lugar y saber cuál era, sabiendo por el instinto más profundo qué tarea había que realizar y cómo hacerla.

¿Cuál es realmente mi tarea?, se preguntó ella. ¿Estoy destinada a ser parte de una colmena, subsumiéndome en el todo? ¿O simplemente una mujer que hace lo que tantas

veces hacen las mujeres, dejarme definir por las necesidades de los demás?

Y, sin embargo, no soy como Maya, ni una narradora ni una poeta ni una creadora de música.

Aún así, de alguna manera, alguna vez en mi vida me gustaría hacer algo hermoso, algo puramente mío. Un jardín. Una canción. Un niño.

Las abejas cantaban sobre el roce del polen sobre el terciopelo de un muslo, del raso satinado de un pétalo contra el ala. Eran ante todo criaturas eróticas, y aunque entre ellas sólo se apareaban la reina y algunos de los zánganos más fuertes, toda la colmena vivía en una bruma de placer, vibración, olor y el tacto de la miel. Madrone entendió todo esto, a un nivel más allá del pensamiento, y descubrió que su canción la excitaba hasta que todo su cuerpo vibraba con el anhelo de tacto, el olor y las dulces caricias del amor.

Bird sintió su excitación. Dondequiera que el sol besaba su piel color miel oscura, desprendía una dulce fragancia que lo atraía. Ansiaba enjabonarse con su néctar, sumergirse en ella y dejar que el penetrante aroma del propóleo lo envolviera²⁶.

26 El propóleo es una mezcla resinosa obtenida por las abejas de las yemas de los árboles, exudados de savia u otras fuentes vegetales y que luego

De pronto sintió hambre, hambre de vida. Necesitaba el toque de Madrone, necesitaba sus manos para aliviar su dolor, frotar sus cicatrices y borrar el recuerdo del dolor. Necesitaba desesperadamente convertirse en alguien diferente de lo que era, alguien más parecido a lo que había sido cuando era niño, más cantante y menos luchador golpeado y lleno de cicatrices. Porque para construir un refugio, tenía que encarnar algo más dulce que el martirio, algo más esperanzador que el dolor.

En el calor del día, se tumbaron juntos e hicieron el amor durante mucho tiempo, lenta y lánguidamente. Se redescubrieron mutuamente, con una piel aterciopelada y suave como un pétalo, cómo evocar placer con delicadeza, introduciendo una lengua en el hueco del lóbulo de una oreja, acariciando una antera erecta²⁷.

No hablaron del pasado ni del futuro. Simplemente permanecieron en el presente, aprovechando la dulzura del momento para alimentar los tiempos difíciles que estaban por venir.

Les tomó dos días a un ritmo pausado llegar a Santa Cruz, girando desde la 280 para seguir el camino sinuoso que bajaba a través de las colinas costeras. Santa Cruz había sido

procesan en la colmena como sellante de pequeños huecos, en ocasiones mezclado con cera y para "barnizar" todo el interior de la colmena.

27 Antera, parte del estambre de las flores, que forma a modo de un saco pequeño, sencillo o doble, en donde se produce y se guarda el polen.

duramente golpeada por los Stewards, pero se estaban reconstruyendo con entusiasmo. Bird y Madrone se alojaron en una casa de huéspedes, y Bird habló de estrategia con los líderes locales mientras Madrone consultaba con el Gremio de Sanadores y les preparaba pociones de abejas para contrarrestar la persistente amenaza de resurgimientos de epidemias.

Desde Santa Cruz, se dirigieron hacia el interior por la antigua autopista 101. Habían debatido regresar a lo largo del océano a través de las montañas, por la antigua carretera de la costa. Pero la carretera estaba bloqueada en muchos lugares por deslizamientos de tierra y desprendimientos de rocas, y en puntos clave, ahogada por el aumento del nivel del mar. Tendrían que abandonar sus bicicletas y caminar, y luego las necesitarían para transportarse cuando llegaran a las Tierras del Sur.

Así que siguieron la ruta del ejército de Stewards hacia atrás por la reconstruida 101 a través del Valle de Salinas. Gran parte estaba ahora desierta: la mayoría de los granjeros y ganaderos habían huido del último asalto de los Stewards. Pero era una tierra rica y hermosa, con colinas y valles fértiles intercalados entre las montañas costeras y las cordilleras del interior.

Los días se hicieron más calurosos a medida que avanzaban hacia el sur. A su derecha estaban las montañas del Big Sur, a su izquierda se elevaban los Pináculos y mucho

más allá, a través de la desolación del Valle Central, las Sierras. Las colinas atrapaban el calor entre ellas, que se extendía sobre la tierra como una manta sofocante. Bird y Madrone terminaban su viaje más temprano esos días y se levantaban mucho antes del amanecer, desayunando en la oscuridad pan de ruta y té para poder partir con las primeras luces del día.

Después de otros cuatro días, la carretera giró hacia el Oeste, de regreso a la costa. Comenzaron a escuchar los sonidos de los motores a lo lejos a medida que se acercaban al casco antiguo de San Luis Obispo, que los Stewards habían rebautizado como Slottown²⁸.

“¿Quién es nuestra madre?”, los desafió el centinela, con el rifle en alto.

Estaban de regreso en el territorio de los Monstruos. El rostro del centinela que sostenía el rifle estaba partido por la mitad, como si alguien hubiera cogido un hacha y se lo hubiera abierto desde la nariz casi hasta la barbilla. Sus palabras eran casi indistinguibles; si Madrone no hubiera conocido el desafío y petición de contraseña, no habría entendido lo que decía.

28 Ciudad de las tragaperras, barrio bajo, ciudad ranura.

“La tierra es nuestra madre”, respondió ella. “Soy Madrone, sanadora. Y este es Bird. Hemos vuelto para traerles noticias de la victoria en el Norte”.

“Soy Heph”. Cuando Madrone apartó los ojos de su rostro, vio un cuerpo delgado y musculoso que parecía saludable y en forma. Bajó el rifle. “Hemos visto al ejército regresar al sur, como un perro azotado. ¡Buen trabajo!”

Madrone observó cómo los ojos de Bird se fijaban largamente y supo con tanta claridad como si hubiera dicho en voz alta exactamente lo que estaba pensando. Buen trabajo. Dos breves palabras para resumir todo ese sufrimiento y terror.

Pero ella simplemente asintió en reconocimiento.

“¿Os encontrásteis con algún explorador en el camino?”
–Preguntó Heph.

“Nadie”, le dijo Bird, regresando al presente. “Esta todo limpio, desde aquí hasta Santa Cruz y hasta la Ciudad”.

“¡Bien!”, sonrió Heph. Cuando lo hizo, las mitades de su rostro dividido se separaron aún más. Y luego estaban sus ojos, color avellana, hermosos como el agua en un arroyo iluminado por el sol. “Patrullamos la carretera, intentamos mantenerla abierta ahora que los Stewards la reconstruyeron. ¿Adónde váis?”

“Al Sur”, dijo Madrone.

“Eso será peligroso”.

“Lo sabemos.”

Estaban en lo alto de una cresta que miraba hacia el Oeste. Muy, muy lejos, Madrone podía vislumbrar el océano como un horizonte azul. Delante de ellos se extendían colinas, marrones y secas por el calor de finales del verano.

Heph los condujo de regreso al bosque, a través de un laberinto arbustos de coyote²⁹ y manzanita, de regreso a un campamento escondido resguardado bajo un banco rocoso. Junto al fuego estaba en cuclillas un montañés con una chaqueta de camuflaje remendada. Tenía la piel de color marrón nuez, una mata de pelo color arena y un rostro arrugado que Bird reconoció.

“¡Appleseed!”³⁰

“¡Pájaro! ¡Sabía que eras demasiado malo para morir!

29 La hierba del coyote (*Euphorbia furcillata*) es una especie de planta fanerógama perteneciente a la familia Euphorbiaceae. Es endémica de México. Llega a medir hasta 1 m de altura, las flores no tienen pétalos y sus frutos tienen forma de cápsulas.

30 Semillas de manzana.

“¡Tú, viejo boca fruncida, estás demasiado seco para sangrar!”

Se abrazaron con golpes en la espalda.

Mientras tomaban tazas de lata de papilla de bellota, hablaban de viejos amigos y pérdidas, o de rutas y estrategias.

“Ven a visitarnos”, le suplicó Heph a Madrone. “Necesitamos tus habilidades curativas”.

Pero ella negó con la cabeza. Tanto ella como Bird habían conocido a los Monstruos en sus viajes a las Tierras del Sur, y la tentación de regresar y ayudarlos era fuerte. Pero eso era una desviación de su propósito, algo que podría atarlos durante semanas o meses si se lo permitieran.

El enclave principal de los Monstruos estaba junto a la costa. Pero la ruta más segura estaba hacia el interior. Podrían rodear el campamento militar que todavía bloqueaba y custodiaba la carretera costera justo al norte de Slottown, y recorrer en bicicleta las colinas por caminos más pequeños y menos vigilados que se reconectarían con la carretera al sur de la base. Luego, cuando regresaran al territorio de los Stewards, viajarían de noche y se esconderían durante el día hasta terminar su viaje.

“No puedo ir”, dijo Madrone disculpándose. “Ojalá pudiera. Pero les traigo un mensaje del Consejo de

Sanadores. El camino ya está abierto. Id a nosotros. Venid a visitar nuestra hermosa ciudad y los sanadores harán todo lo posible por vosotros. Tu paladar hendido, podemos arreglarlo. Se necesitarán una serie de operaciones, pero se puede hacer. Por supuesto, no podemos arreglarlo todo. Pero lo que pudiéramos hacer, lo haríamos”.

Pasaron ese día en el campamento, contando historias. Bird dejó que Madrone hablara de la resistencia en el Norte, de cómo habían debilitado al ejército y lo habían invitado a su mesa, de cómo habían alentado y protegido a los desertores y de cómo el motín en sus filas había propiciado la victoria definitiva de la Ciudad. Appleseed les contó cómo los Monstruos y los montañeses combinados habían acosado la carretera y la base del ejército, haciendo volar los firmes de las carreteras, tendiendo emboscadas a convoyes y asaltando almacenes de suministros.

“Gracias”, dijo Bird. “Hicistéis posible que enviáramos a los chupasangres a casa”.

La temperatura subió con el sol y por la tarde estaban agobiados por el calor. Appleseed tomó el turno de centinela, mientras Bird y Madrone dormían.

Por la noche partieron. Appleseed llenó su bolsa de comida con sémola de bellota, un alimento básico que Madrone recordaba de su paso por la Resistencia en las Tierras del Sur.

Era sabroso y nutritivo si las bellotas estaban bien lixiviadas, pero para ella siempre sabría a miedo y privación.

Se acabaron las vacaciones, pensó, y ahora comienza el peligro.

Bird y Madrone se dirigieron hacia el Este, hacia las colinas, por caminos más pequeños que rodeaban las puertas con barrotes y alambre de púas de las granjas de escala industrial de los Stewards. La luna menguante todavía era una gruesa media luna y daba la luz suficiente para que pudieran evitar usar las suyas.

Los caminos giraban y serpenteaban a través de cañones y trepaban crestas. Después del anochecer, estaban casi vacíos. De vez en cuando pasaba una patrulla, pero en el silencio de la noche, Bird y Madrone podían oír el sonido de sus motores lo suficientemente lejos como para esconderse entre la maleza, cubrir las bicicletas y permanecer escondidos hasta que pasara el peligro.

Después de otros dos días, llegaron al tramo inferior de la 101. Ahora estaban en las Tierras del Sur propiamente dichas, y los Stewards mantenían bien esta parte del camino, que discurría suave y ancho como una flecha negra que apuntaba al sur. Desafortunadamente, también era frecuentado por convoyes del ejército, por trabajadores que se dirigían al campo y por vehículos que transportaban a los

esclavos por deudas que hacían los trabajos más duros del campo.

Los sentidos de abeja de Madrone acudieron en su ayuda. Por la noche, su sexto sentido parecía amplificado. Podía sentir la perturbación en la atmósfera cuando se acercaban extraños. Podía oír el grito subsónico de la miseria cuando los transportes de esclavos por deudas estaban cerca.

Durante el día las abejas eran sus centinelas. Mientras Madrone y Bird dormían en escondites excavados en bancos poco profundos o ahuecados en matorrales, las abejas estaban de guardia. Incluso en sueños, Madrone las oía cantar y respondía a los tonos de alarma con un despertar inmediato.

Pero las alarmas fueron pocas: un contingente de soldados desfilando por la carretera. Un transporte que se detuvo para que el conductor pudiera orinar, justo enfrente de donde yacían escondidos Bird y Madrone. Un pinchazo que un par de centinelas cambiaron en el arcén de la carretera.

Madrone y Bird estaban ahora demasiado tensos para hacer el amor lánguidamente. Tampoco podían arriesgarse al ruido ni a la distracción. Estaban en alerta, incluso mientras dormían.

Por fin, el camino volvió a tomar rumbo Oeste, iniciando la gran curva alrededor del cabo que se adentraba en el

océano. Bird sabía que en ese promontorio se encontraba la antigua base de la fuerza aérea y el campo de tiro de misiles, ahora el campo de recuperación de desechos tóxicos donde casi perdió la vida y de donde finalmente escapó.

Fragmentos enteros de su vida, su juventud y su memoria se perdían en las Tierras del Sur.

Quizás por eso vuelvo, pensó. Quizás haya algo que necesite recuperar.

El camino ya no era seguro. Lo abandonaron y se dirigieron hacia las colinas, siguiendo caminos estrechos y de tierra, recorriendo el campo. Appleseed les había advertido que había puntos de control en todas las rutas principales. Las colinas estaban infestadas de montañeses rebeldes y los Stewards temían su movimiento incontrolado.

Bird y Madrone giraron hacia el Este. Appleseed también les había aconsejado que se mantuvieran alejados del gran lago que los Stewards habían rebautizado como Galilee West. El área alrededor de sus costas era una gran comunidad cerrada de segundas residencias para Primes ricos. Así que abandonaron la ancha carretera y subieron por los caminos forestales hacia las colinas.

Antiguos caminos madereros del siglo pasado formaban un laberinto de senderos. Algunos todavía se mantenían despejados como cortafuegos, y allí Bird y Madrone podían

pedalear y ganar buen tiempo. Pero la mayoría estaban cubiertos de maleza o bloqueadas por árboles caídos.

Bird había traído una pequeña hacha y Madrone llevaba la antigua y preciada sierra de podar plegable de Maya. Juntos eliminaron las obstrucciones y transportaron las bicicletas por encima, por debajo y alrededor de matorrales de maleza y árboles jóvenes. Pero era un camino lento, e incluso en los tramos en los que podían montar, tenían suerte de recorrer diez millas por día.

Su necesidad de agua también los frenó y pasaban gran parte del día buscándola. Madrone descubrió que podía olerla, a veces a casi una milla de distancia, pero muchas veces después de haber trepado al lecho de un arroyo seco, esquivando rocas y balanceándose sobre troncos caídos, lo que encontraron fue más un agujero de barro que un manantial claro. Tenían un buen filtro de cerámica que habían traído de la ciudad, pero necesitaba líquido para trabajar, no lodo.

La semana extra de duro trabajo trepando por las colinas pasó factura a sus suministros de alimentos, que comenzaron a escasear. Racionaron el pan de ruta que habían traído de la ciudad, cocinaron sémola de bellota a fuego lento para la cena y recogieron con entusiasmo los rodales de moras que ya estaban maduras en otoño. Pero todo eso también llevaba tiempo.

Madrone se encontró cayendo en el estado que recordaba de su estancia en las Tierras del Sur: la sed constante, el hambre persistente. Mareada, descubrió que sus sentidos de abeja se hacían cargo. Las abejas también tenían hambre. Los bosques secos ofrecían poca floración al final de la estación seca. El olor a polvo y hojas de roble le ahogaba la nariz y a menudo se encontraba tarareando un agudo gemido de angustia.

En el noveno día de su viaje por las montañas, Madrone percibió un olor a algo claro y dulce. Las abejas cantaban sobre el agua.

Condujo a Bird por un barranco y cruzó una cresta. Llevaban sus bicicletas al hombro y tardaron una buena hora en despejar el camino a través de los setos de moras espinosas que les bloqueaban el paso.

“¿Estás segura de que valdrá la pena?” –gruñó, sacándose una espina del pulgar. “Parece que cada vez que sientes el agua, pierdo sangre”.

“Sé que lo es”, dijo Madrone. “Éste se siente diferente”.

“Eso es lo que dijiste la vez que nos llevaste a un pozo de barro”.

“Esto no parece un pozo de barro. Confía en mí.”

“Confío en tu integridad. No necesariamente confío en tu navegación. O tu obsesión”.

En verdad, estaba empezando a preocuparse por ella. Por momentos parecía muy lejana, escuchando algo que sólo ella podía oír. A veces la sorprendía caminando con los ojos cerrados, la nariz levantada, olfateando, tarareando un extraño y desafinado zumbido.

“¡No soy obsesiva!”, objetó Madrone.

“¡Lo eres!”, respondió él.

“¡No lo soy!”

“¡Lo eres. Lo eres. Lo eres!”

“Bueno, si soy obsesiva, ¡tú no eres gramatical!” Con una llave, sacó su bicicleta de las garras de un tallo de mora entrelazado. Debajo de ellos había una pendiente empinada que descendía hasta un barranco seco.

“Ah, pero ¿puedes amarme a pesar de ello?” –preguntó Bird, cortando una maraña de zarzas que se había enganchado alrededor de su rueda.

“Puedo amarte, pero no puedo respetarte”, dijo Madrone, con la cabeza ladeada, escuchando. Bird notó que sus ojos estaban otra vez enfocados. Las bromas la habían devuelto a ella misma.

“Pero entonces podrías aprovecharte de mí”, dijo Bird, rodeándola con sus brazos. “Podrías dejarme aquí mismo en el polvo y hacer lo que quieras conmigo”.

“Me saldré con la mía”, dijo Madrone. “¡El camino es por ahí!” Señaló a través de la ladera de la colina hasta la cabecera del barranco.

Suspirando, Bird se cargó la bicicleta al hombro y la siguió.

Pero a medida que se acercaban, empezó a escuchar una suave nota musical, el sonido del agua cayendo sobre la roca. Resonaba en el aire tranquilo y reverberaba a través de él con un canto de gracia. Abundancia después de escasez. Seguridad después del peligro. Perdón.

Llegaron a la cima de una pequeña elevación y miraron hacia abajo, por una empinada pendiente, hasta un estanque por el que corría el hilo de una cascada. El agua reflejaba el cielo, plateado y azul.

“¿Vas a decirlo?” preguntó Madrone.

“¿Decir qué?”

“Di: 'Tenías razón, Madrone. Nunca volveré a dudar de ti'”.

“Lo haré si podemos besarnos y reconciliarnos”. La rodeó con los brazos. “Tenías razón, Madrone.” Le rozó los labios. “Nunca, nunca, nunca dudaré o cuestionaré o vacilaré en

seguir tu más mínima orden”. Pegó sus labios a los de ella en un largo y apasionado beso.

“Cállate”, dijo cuando se quedaron sin aliento, luego le devolvió el beso.

“¡Agua!” dijo con firmeza mientras se separaban. “Antes de que nos sumerjamos en una deshidratación terminal”.

Bajaron la pendiente, apoyaron sus bicicletas en la orilla, sumergieron la cabeza en la piscina y bebieron profundamente. *Diosa*, pensó Pájaro, ¡qué bien se siente beber hasta saciarse! El agua tenía un sabor limpio, vivo y potente con los minerales de la roca. Bebieron y bebieron y llenaron todos sus recipientes de agua. Luego se quitaron la ropa y se sumergieron.

Madrone sintió que su piel cobraba vida mientras se hundía en el agua fría. La piscina era pequeña y no muy profunda, solo le llegaba hasta la cintura, pero dejó que todo su cuerpo se deslizara hacia abajo, saboreando el lujo de estar completamente sumergida.

Bird observó su cabello flotar como algas a su alrededor. Sus pezones se endurecieron por el frío. Habían pasado días desde que habían tenido energía para hacer el amor, ¡oh, cómo la deseaba él ahora! Sintió el calor correr hacia su

verga; le sorprendió que la piscina no empezara a chisporrotear ni a humear.

Madrone salió a la superficie, tomó una gran bocanada de aire y abrió los ojos.

“Conozco este lugar”, dijo. “He estado aquí antes, con los montañeses. Lo hemos logrado, Pájaro. Hemos regresado”.

“¿Lo celebramos?” preguntó esperanzado.

Ella le sonrió. “¿Así que ahora quieres hacer lo que puedas conmigo?”

Él la rodeó con sus brazos, presionándola. Podía sentir su dureza, su calor calentando su piel fría como un pez.

“¿Cómo lo adivinaste?” preguntó.

Su mano se deslizó sobre su vientre y sus dedos separaron los suaves rizos de su cabello.

“¿Qué estás haciendo?”, murmuró ella.

“Explorando las Tierras del Sur”, le susurró al oído. “Hagámoslo juntos”.

Él la atrajo hacia él y se bebieron el uno al otro, dejando que la cascada cayera sobre sus cabezas, meciéndose y gimiendo.

Ella es mi cascada, pensó. Ella es la música del agua cantando sobre las rocas, mi gracia, mi indulto. De repente empezó a escuchar la música, notas líquidas que trinaban un canto de perdón, una amnistía por todos los errores del pasado. Y con ello, de repente, le llegó una punzada de miedo al pensar en todo lo que deberían afrontar en el futuro en las Tierras del Sur. La necesitaba tanto y había muchas fuerzas en el mundo que podían arrebatársela.

Ella sintió el cambio en su humor, el frío de su calor, y lo abrazó con más fuerza.

“No vayas allí”, murmuró. “Quédate aquí. Quédate conmigo ahora, en este momento”.

Ella lo atrajo más profundamente hacia sí, meciéndolo, hacia adelante y hacia atrás, en grandes olas de placer que crecieron, repuntaron y abrumaron el miedo. Y cabalgó sobre las olas como un surfista, en perfecto equilibrio dentro de un túnel azul, consciente de las olas de placer de ella que se elevaban y se curvaban a su alrededor. Cuando ya no pudo resistir más, la ola creció y se estrelló en una cúspide de espuma blanca, y flotaron juntos en ese lugar de perfecta paz donde ya no había miedo.

Caminando y pedaleando, los dos cubrieron el terreno entre la piscina y el campamento principal de los maquis montañeses en poco más de dos horas. Los montañeses se alegraron de ver a Bird, pero estaban encantados de darle la

bienvenida a Madrone. Madrone miró a su alrededor con una sensación de familiaridad y regreso a casa. Un grupo de polvorientos muchachos y algunas mujeres estaban acucillados alrededor del fogón, limpiando rifles y remendando equipos. Un viejo bidón oxidado de cincuenta y cinco galones contenía agua. Se alegró de ver un filtro de agua hecho en casa al lado. Bolsas de bellotas colgaban suspendidas de las ramas de un enorme roble, y una olla de gachas burbujeaba sobre las brasas.

Sintió una repentina punzada al recordar a Littlejohn, que siempre había estado ahí antes con sus preguntas y su afán por ayudar. Ahora estaba muerto, asesinado cuando derribó a tiros el helicóptero de los Stewards mientras atacaba el escondite urbano donde Katy había intentado establecer su propio refugio. Ese recuerdo enfrió sus propios planes. Podrían construir su ciudad sobre los escombros de lo antiguo, de eso no tenía ninguna duda. ¿Pero podrían defenderlo si los Stewards lo descubrían?

Pero tenía poco tiempo para preocuparse o incluso pensar. Había viejos amigos a los que saludar, Begood, Baptist, Joan Dark y el propio Hijohn, que se acercó corriendo a ellos y abrazó a Bird con un gran abrazo de oso.

“¡Así que lo lograste! ¡Escuché que te atraparon pero te soltaron de nuevo!”, sonrió Hijohn.

La sonrisa de Bird se congeló y su rostro de repente se convirtió en una máscara. Luego se liberó de sus recuerdos y forzó una sonrisa. “Ya sabes como soy. Demasiado testarudo para morir, demasiado feo para conservarlo. ¿Y tú? ¿Cuántas vidas salvajes te quedan?”

“¡Una o dos, no te preocupes! Madrone, ¡bienvenida de nuevo! ¡Por el roble y la salvia, me alegro de verte!”

La sonrisa de Hijohn iluminó su rostro arrugado. Había envejecido, observó Bird. Nunca había parecido joven. La sed crónica había grabado líneas en su rostro que lo hacían parecer de mediana edad a los veinticinco años. Ahora había nuevas arrugas de dolor que marcaban sus ojos. Su pelo negro y liso ya empezaba a encanecer y cojeaba mucho.

“¿Katy?”, preguntó Hijohn en voz baja.

“Katy te envía su amor”, dijo Madrone. “Ella y el bebé están bien y felices en el Norte”.

Abrió su mochila y le entregó un pequeño cristal. “Sostenlo en tu mano por un momento, hasta que se caliente”.

Lo tomó con expresión perpleja.

“¿Qué es?”

“Ahora abre tu mano y dile que hable”.

El cristal comenzó a brillar y, de repente, apareció un holograma allí en su mano: una pequeña Katy meciendo a Lucía. Lo miró con expresión de asombro.

“Hijohn, viejo tejón, ¡mira a nuestra hermosa bebé!” Katy levantó a la niña. Ahora el holo la mostraba, regordeta y sonriente. “Estamos a salvo y bien aquí en el Norte. Pero te extraño. Y Lucía quiere conocer a su padre. ¡Trae tu culito reseco de bellota aquí en una visita! Las carreteras están abiertas en su mayor parte ahora. Y necesitas ver este lugar. Ver por qué estamos luchando. Te dará ánimo”.

“¡Magia!”, respiró Begood.

“Tecnología”, respondió Baptist. “Han estado trabajando en holos desde antes del Colapso”.

“Estamos llegando en el Norte a un lugar donde la tecnología y la magia se encuentran”, dijo Bird.

Hijohn simplemente acercó el holo a la cara y lo reprodujo una y otra vez. Madrone se conmovió al ver cómo la alegría y el asombro iluminaban su rostro marcado por la batalla. Su cojera parecía dolorosa y a ella le picaba por la necesidad de examinarle las piernas.

Hijohn notó su mirada y le dedicó una sonrisa arrepentida.

“Recibí una bala en ese ataque al Nido de Ratas”, dijo. “Ese fue el final de mi carrera de bailarina”.

“Podemos cojear juntos”, dijo Bird.

“O puedes seguir el consejo de Katy”, dijo Madrone.
“Visítala y nuestros cirujanos ortopédicos podrán ayudarle”.

Rocky, una joven delgada como un palo con vaqueros rotos y un chal gris, saludó a Madrone con deleite y alivio. Parecía, si era posible, incluso más delgada de lo que Madrone recordaba, y su piel tenía un matiz gris y seco. Se llevó a Madrone para que examinara algunos de sus casos más preocupantes, mientras Bird e Hijohn se ponían al día con los acontecimientos y hablaban de estrategia.

A Hijohn no le agradó oír hablar de sus planes para construir un refugio en el corazón de la ciudad.

“Teníamos nuestros campamentos urbanos”, dijo. “Cada uno de ellos fue erradicado. Quedaos aquí con nosotros. Podemos daros un buen uso a ambos y también somos un refugio”.

Bird se sintió tentado. Pero la visión de Madrone no había sido la de las colinas, y sus propios sueños ahora eran paisajes de cemento y escombros.

Se quedaron con el maquis durante una semana. Al tercer día, una vez realizadas las curaciones más urgentes, Madrone caminó sola hacia las colinas y envió un llamado a

las abejas. Esperó, tomando el sol, hasta que escuchó un rumor y un zumbido.

Una mujer caminó hacia ella, rodeada de abejas. Se arremolinaban a su alrededor, en constante movimiento, cantando tanto de prudencia como de advertencia. Era Melissa, una de las Sacerdotisas de las Abejas, y aunque Madrone ahora estaba familiarizada con la colmena, la visión de la mujer alta vestida con un manto viviente de abejas todavía era impresionante.

Recordó su propia iniciación, ese momento transformador en la colmena cuando todos sus sentidos humanos habían sido despojados y se le habían conferido nuevas formas de ver, sentir y curar. Ahora lo que sentía era una sensación de pertenencia y bienvenida, como si volviera al campamento de los montañeses. De regreso a casa.

Cuando Melissa se acercó, una cautelosa abeja exploradora rodeó a Madrone. Dejó que una gota de miel se acumulara en su lugar de abeja, enviando un saludo de bienvenida.

Parte del enjambre se separó y la rodeó. Estaba rodeada por el zumbido, encerrada en vibraciones. Miles de delicados pies de hilo bailaron sobre su piel y cada célula cobró vida. Sus oídos resonaban con matices de satisfacción y deleite; su nariz estaba llena del dulce aroma de la miel.

Ella y Melissa se dieron la mano entre una nube de abejas cantoras.

Madrone entró en la mente abeja, sintiendo una profunda sensación de comodidad y rectitud. La canción la calentó hasta los huesos. No podía decir exactamente cómo se comunicaban ella y Melissa: no con palabras, sino mediante alguna transmisión de olores, sonidos y sentimientos de mente a mente. Sintió aprobación, como si Melissa le estuviera diciendo que le había ido bien con el poder que le habían otorgado. Y ella fue consciente de una apertura. La invitaban a volver, a entrenar más profundamente.

Madrone le contó a Melissa los poderes curativos que había descubierto por sí misma, cómo la mente de abeja le permitía probar el sudor de un paciente y, en su propio cuerpo, preparar antídotos contra el veneno y las enfermedades.

Melissa se estremeció. Madrone sintió su aguda sensación de desaprobación y habló no con la mente sino con palabras. “Las hermanas no toleran las enfermedades”.

“Podría enseñarte”.

“Las hermanas no toleran las enfermedades”, repitió.

“Pero podrías...”

“¡Las hermanas no toleran las enfermedades!”

El canto de las abejas había cambiado, adquiriendo un tono más áspero, como si se estuvieran preparando para una batalla. Madrone respiró hondo y envió pensamientos de armonía y salud, hasta que la canción se volvió serena una vez más y la sacerdotisa volvió a sonreír tranquilamente.

“Pero necesito ayuda”, admitió ante Melissa. “A veces encuentro que la mente abeja toma el control cuando yo no quiero. Esa sombra en mi mente sobre la que me advertiste hace mucho tiempo, esos recuerdos dolorosos, los he enfrentado todos ahora y sé cuáles son. Conozco mi propia ira. Pero no siempre puedo controlarla. Y cuando me inunda la ira, a veces las abejas vienen y no puedo hacer nada para evitar que piquen a alguien. ¿Qué puedo hacer?”

“Debes volver con nosotras”, dijo Melissa. “La colmena está llamando”.

“Pero no puedo vivir en la colmena”, dijo Madrone con pesar. “Tengo otra misión”.

“El llamado de la colmena es fuerte”, le dijo Melissa. “Cuando desaparecen los obstáculos, el camino está abierto”.

Y Madrone se dio cuenta de que Melissa no podía ayudarla. La Sacerdotisa Abeja sabía cómo abrir las puertas, cómo liberar el ser humano y dejar que se fusionara con la colmena. Pero lo que Madrone necesitaba saber era cómo ir

y venir, abrir y cerrar el portal, seguir siendo a la vez humana y abeja. Ella ya había ido a lugares donde Melissa no podía o no quería seguirla. Estaba sola.

Capítulo veinte

“Todo está bajo control”, afirmó el general Wendell con mucha más seguridad de la que sentía.

“Defina 'bajo control'”, dijo Culbertson con su voz fría y entrecortada. “Me parece que podríamos tener diferentes interpretaciones de lo que eso significa”.

El jefe principal Mather Culbertson se recostó en el banco de la máquina de pesas y dio un tirón largo y fuerte que hizo que sus tríceps se abultaran. Las venas se le marcaban en el cuello. Llevaba sólo un par de pantalones cortos y Wendell podía ver pequeñas gotas de sudor formarse en el pelo canoso de su pecho.

Apesta, suda, está casi desnudo... y aun así consigue hacerme sentir demasiado vestido e ineficaz, pensó Wendell con tristeza. Llevaba su uniforme formal completo para esta

reunión, recién planchado y alisado, sus zapatos cuidadosamente lustrados y sus cuatro estrellas relucientes. Sin embargo, se sentía como un niño disfrazado de soldado de juguete, mientras Culbertson rezumaba poder y desdén por cada poro sudoroso.

“El buque de guerra pronto regresará a nosotros con la Armada del Norte”, le aseguró Wendell. “Es una estrategia brillante y tengo plena fe en nuestro agente”.

O eso deseaba. ¿Por qué estaba en esta posición, teniendo que defender acciones que de ninguna manera había autorizado y en las que no creía? Pero si dijera: “Livingston actuó sin mis órdenes y estoy cagado de miedo por que simplemente haya desertado de verdad”, entonces parecería un tonto y un torpe. Podría perder su mando, con sus ventajas y su bienvenido aumento de sueldo, justo cuando vencieran las cuotas escolares de los gemelos. O peor. Culbertson podría enviar a los perros retro contra los Primeros Fieles.

Culbertson hizo una pausa en sus repeticiones y volvió sus fríos ojos grises hacia él.

“La fe puede mover montañas”, dijo, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. “Pero no gana batallas ni asegura posiciones. Eso requiere planificación y competencia”.

Wendell resistió su impulso instintivo de murmurar “sí, señor”. Todo este montaje era un insulto, diseñado para humillarlo, para decir que no era digno de una conferencia en la sala de guerra, o incluso en un estudio o comedor civilizado. No, Culbertson no hizo nada, no dijo nada, esto no era una afirmación de poder. Si Wendell no tenía cuidado, quedaría reducido con la cabeza gacha y los ojos desviados al estatus de la pequeña de la toalla que frotaba el sudor del torso de Culbertson.

Bueno, ¡que se joda! No voy a temblar como un trapo. Soy general del ejército, aunque en un puesto un poco por encima de mi clase. Pero sobreviví cuando todos mis superiores cayeron como fichas de dominó. Eso tiene que contar para algo.

“Su armada se dirige por la costa, hacia nuestra trampa”, afirmó Wendell. “Su ejército va a morir de sed en el Valle Central. Este es el momento de dar nuestro paso. La guarnición de Slottown está lista para regresar al norte, pero necesitamos refuerzos. Ese fue el error de Alexander. Subestimó al enemigo. Yo no haré eso. Todo lo que necesitamos son recursos. Y ahí es donde entran usted y el Consejo”.

Culbertson inclinó lentamente la cabeza para mirar a Wendell con frialdad.

“¿Alguna vez consideraste una carrera como cómico?”

“Lo digo en serio.”

“Nunca cometas el error de pensar que no lo sé”.

Pasó las piernas por encima del banco y se sentó con las piernas abiertas formando una amplia V.

Es como si me estuviera empujando las bolas en la cara, pensó Wendell con amargura. La pequeña de las toallas corrió hacia adelante y Culbertson le dio un revés en la cara. Cayó desplomada sobre el duro suelo de baldosas sin un grito o un gemido. Wendell se sintió un poco enfermo. Los Primes tenían sus propios caminos y todos nacían para un puesto, pero independientemente de lo que dijeran los predicadores Retro, Wendell no lo aprobaba. Y lo que pasara en la parte de atrás de las salas de vapor y los baños antes de que la niña tuviera seis años... no, no quería pensar en eso. Era demasiado consciente de que ni siquiera sus propias hijas eran inmunes a ese destino. No si él seguía fracasando tan estrepitosamente.

Y por eso lo hacen, se dio cuenta de repente. Es por lo que hacen alarde de sus mascotas y baratijas. Para mantenernos a raya.

Pero no son los Primes a quienes realmente sirvo. No. Ellos, como yo, son meras herramientas que debemos utilizar para preservar lo que queda de todo lo que hace que

la vida sea decente y posible. Hay Destructores y Preservadores en este mundo, y sé de qué lado estoy.

La niña de las toallas se levantó y le trajo a Culbertson una bata de felpa blanca que colgaba de un gancho en la pared. Ella era demasiado pequeña para ayudarlo a ponérsela, y él se la quitó sin mirar la marca roja en su piel blanca como porcelana o la película de lágrimas en sus ojos violetas. Palin tiene ojos así de grandes, pensó Wendell. Pero los suyos están llenos de alegría y picardía. Ella apenas estaba empezando a aprender el decoro.

“Los ejércitos funcionan con dinero”, dijo Wendell sin rodeos, tratando de volver a centrarse en el objetivo. “Si desea proteger sus inversiones, deberá proporcionarnos los recursos para hacerlo”.

“¿Me estás chantajeando?”, dijo Culbertson con una voz que casi era un gruñido.

“Solo estoy diciendo la verdad”.

“No obtuvimos mucho beneficio de nuestra última inversión en el ejército”. Culbertson se levantó ahora. “Tu nos debes.”

Culbertson era unos centímetros más alto que Wendell, y el general se irguió en toda su altura, pero todavía sentía que el Prime se alzaba sobre él.

“Yo no estaba al cargo entonces”, dijo, proyectando toda la confianza que pudo reunir.

Culbertson simplemente le dio la espalda y se alejó, con la niña de las toallas trotando detrás de él.

Capítulo veintiuno

Bird y Madrone hicieron el viaje hasta la ciudad por la noche, para aprovechar la oscuridad. Ambos todavía estaban en la base de datos de los Stewards como criminales buscados, y cuantos menos ojos los vieran, mejor. Las patrullas y los puestos de control eran más estrictos después del anochecer y tendrían que estar atentos para evitarlas. Hijohn les aseguró que las bicicletas eran bastante comunes en la mejor parte de la ciudad. A falta de transporte público confiable, los profesionales y trabajadores de oficina que podían ahorrar unos dólares extra a menudo invertían en bicicletas. En los sectores más pobres de la ciudad, las opciones eran caminar o quedarse. Sólo los ricos podían permitirse coches o taxis.

Pero nadie tenía bicicletas como las suyas, con velas solares y cuadros de bambú. Tendrían que utilizar los

sentidos de las abejas de Madrone para permanecer fuera de la vista.

Se dirigieron a la Universidad de la ciudad, ahora hospital de primer nivel para Primes y centro de investigación de armas biológicas. Madrone quería visitar a Beth, quien dirigía una pensión para estudiantes de enfermería en las afueras de los terrenos del centro de investigación.

“¿Quién es Beth?” Preguntó Bird mientras pedaleaban por el camino cortafuegos que corría a lo largo de la cresta de montañas que separaba Angel City del valle. Había suficiente luz ambiental de la ciudad reflejada en las nubes para ver si viajaban lentamente.

“Es una amiga de Sara”, dijo Madrone. “Ella era médica antes de que los retribucionistas expulsaran a las mujeres de esa profesión. Ahora aloja a estudiantes de enfermería y dirige un comedor de beneficencia los domingos al que acuden mujeres adineradas para hacer el bien y, además, ella puede procurar atención médica clandestina. Había estado intentando que ella y los maquis trabajaran juntos antes de irme.

“¿Cómo la conociste?”

Realmente nunca he hablado con él sobre mi tiempo en las Tierras del Sur, se dio cuenta Madrone. Cuando finalmente regresó al Norte, Bird había sido cautivo de los Stewards. Y

cuando finalmente se liberó y estuvo de vuelta, tenían otras cosas más urgentes de qué hablar.

“Fue el día en que fui una mala revolucionaria y cedí a la tentación de nadar en la piscina de Sara”.

Ella acababa de recibir la iniciación con las abejas, estaba deshidratada y probablemente algo insolada por el sol abrasador en los caminos de las colinas. Todavía no había aprendido cómo sus nuevos sentidos podían inundarla de olores y sonidos y abrumar su juicio humano.

“Eso es lo que me encanta de ti”, dijo Bird. “Lo poco que cedes a la tentación”.

“Bueno, esa vez casi me matan. Pero tuve suerte: Mary Ellen, la criada de Sara, me rescató, y luego ella y Sara me limpiaron y me invitaron a comer con las señoras que almorzaban. Una de ellas era Beth”.

“¿Había once señoras almorzando?” Preguntó Bird.

“Alrededor de siete u ocho. ¿Por qué?”

“Debería haber once, como en la canción... En el primer día de la Revolución, mi verdadero amor me dio...”, canturreó. “Once damas almorzando ... Diez campesinos, ¿qué hacían los campesinos? ¿Arar? ¿Sembrar?”

“Cultivando”, sugirió Madrone.

“Nueve Ángeles rebeldes...”

“No puedes tener Ángeles rebeldes”, rió Madrone. “Para empezar, rebelde no es un verbo”.

“Licencia poética”, replicó. “De todos modos, ¿cuándo te convertiste en policía de la gramática?”.

“Y no se angustian. No se inquietan, ni se enfurecen, ni se preocupan, ni se atormentan con culpa y arrepentimiento. Simplemente se vengan con calma”.

Los Ángeles. Los había conocido en su primer viaje a las Tierras del Sur. Delgados de ojos fríos, cuerpos esculpidos y rostros con rasgos perfectos y uniformes, eran fugitivos de las granjas sexuales de los Mayordomos. Pensar en sus rostros marmóreos, en sus ojos acerados, le produjo un pequeño escalofrío. Ahora estaba de vuelta en ese mundo.

“Nueve ángeles vengando... Ocho retribucionistas despotricando...” continuó Bird. Ella sabía lo que él estaba haciendo. Se estaba aferrando a sus últimos vestigios de ligereza juntos, ese interludio relativamente despreocupado que había sido su viaje.

“¿Siete soldados cambiando de bando?” ella sugirió.

Yo también, estaba pensando realmente. No quiero que termine. Todavía no estoy lista para tomar el manto del miedo.

“Silencio. Nos estamos acercando al puente”.

Había un puente sobre la antigua autopista que atravesaba un paso profundo que separaba la cresta de colinas occidental de la cordillera oriental. El puente ya no tenía una guardia permanente, les habían dicho los montañeses. Con todas sus pérdidas en el Norte, los Stewards tenían demasiado poco presupuesto para mantener una. Pero todavía era patrullado regularmente.

Madrone recordaba muchos cruces de su época con los montañeses maquis, arrastrándose por los andamios que mantenían intacta la estructura en ruinas. Esperaba sinceramente que no tuvieran que hacer esa caminata de araña esta noche, no con sus bicicletas en precario equilibrio sobre sus hombros.

Desmontaron y caminaron silenciosamente por el camino cortafuegos. Madrone forzó todos sus sentidos para escuchar la noche. No había abejas volando en la oscuridad, pero había otros insectos, polillas y mosquitos halcones, y ella podía abrir su mente y compartir vislumbres de lo que percibían. Tocó el brazo de Bird y se agacharon en un hueco al costado de la carretera, arrastrando sus bicicletas con ellos y escondiéndolas bajo un montón de salvia negra. Al moverla, se liberó su penetrante aroma, que Madrone aspiró con un escalofrío de placer. Resueltamente, salió de su mente de insecto. Mantente presente, se dijo a sí misma. Mantén el control. ¡No hay nada loco esta noche!

Permanecieron en silencio hasta que oyeron débiles pasos a lo lejos. Desde su escondite, pudieron ver las piernas de un par de soldados que caminaban hacia el puente desde el lado este, se detenían y miraban a su alrededor, luego lo cruzaban y se detenían para inspeccionar el tramo occidental. Estaban lo suficientemente cerca como para que incluso en la tenue luz Bird pudiera ver los desgastados tacones de sus botas.

Los tenemos bajo presión, pensó. Ni siquiera pueden mantener al ejército con calzado nuevo. Es el momento adecuado.

Luego los soldados siguieron adelante, marchando hacia el Oeste por el camino cortafuegos. Madrone y Bird esperaron hasta que sus pasos se apagaron y luego esperaron otro largo momento.

“¡Ahora!” Dijo Madrone. Sacaron sus bicicletas, se subieron a ellas y pedalearon furiosamente sobre el puente y hacia el Este por la carretera.

Después de eso todo fue fácil. Recorrieron una corta distancia por el camino cortafuegos y luego descendieron al laberinto de caminos más pequeños que serpenteaban a través de los cañones. Las laderas de las colinas del lado norte de la ciudad estaban cubiertas por los enclaves cerrados de los Primes, pero había caminos alrededor de los perímetros y rutas que evitaban los puestos de control. Justo

antes del amanecer, caminaron libremente por la calle que rodeaba la Universidad y el centro de investigación, y cuando el cielo se aclaró, empujaron sus bicicletas hacia el pasillo lateral de la casa de Beth y llamaron secretamente a su puerta trasera.

La abrió una mujer joven con un pañuelo azul en la cabeza.

“¿Qué deseáis?” –les siseó.

“Dígale a Beth que su colega del Norte ha vuelto”, dijo Madrone.

La mujer cerró la puerta y esperaron ansiosamente en el pasillo. Un alto seto de vegetación los rodeaba, arqueándose sobre sus cabezas hacia un túnel que los protegía de todos, excepto de los observadores más decididos. Sin embargo, Madrone se sintió incómoda cuando el cielo se aclaró.

Pero pronto la propia Beth abrió la puerta.

“Rápido”, dijo. “¡Chica estúpida por dejarte ahí tirada!”

Los hizo entrar con sus bicicletas, cerró la puerta detrás de ellos y corrió el cerrojo.

Sólo entonces agarró a Madrone en un fuerte abrazo.

“¡Regresaste!”, exclamo ella. “¡Siéntate! ¡Descansad! ¿De dónde venís?”

“Del Norte”, dijo Madrone. “A través de los campamentos de los montañeses”.

“¡Todo ese camino! Parece otro mundo. ¡Y aquí estás, de nuevo! ¡No puedo expresar lo feliz que estoy de verte sana y salva!

“Éste es mi *compa*, Bird”, les presentó Madrone.

Madrone se dejó caer en un viejo sofá con resortes rotos y Bird saludó a Beth mientras dejaba su mochila y se reunía con ella en el sofá. Se sentía tan bien, tan reconfortante, volver a sentarse sobre algo suave.

Beth se volvió hacia Bird. “¡Bienvenido! La última vez que vi a esta chica, estaba vestida con un uniforme de auxiliar de enfermería, lista para un ataque ninja al Centro de Investigación. ¡Dios mío, solo pensé que era sólo una forma elaborada de suicidarse!

Bird miró fijamente a Madrone. Sabía que ella había rescatado a Katy, pero la historia completa era una cosa más que nunca le habían contado.

Beth vio la mirada. “Ella entró allí y de alguna manera, sólo Dios sabe cómo, sacó a su amiga. ¡Fue como algo salido de una película!”

Bird le hizo un pequeño gesto de respeto. “¡Siempre dije que era más que una cara bonita!”

Ella le sacó la lengua.

“Sara conducía el coche de fuga”, dijo Beth. “Estaba esperando desde una distancia segura. Madrone salió corriendo por la puerta, empujando a Katy en una silla de ruedas, con guardias y estudiantes de medicina pisándole los talones, y de repente, de la nada, apareció un enorme enjambre de abejas. Todos los guardias corrieron a esconderse y al poco el coche de Sara avanzaba a toda velocidad por la carretera. ¡Nunca supe que la mujer supiera conducir, y mucho menos de esa manera!

Madrone sonrió, un poco avergonzada. “Dijo que aprendió a hacerlo jugando videojuegos”.

“Sara, ¿cómo está?” –preguntó Beth.

“Prosperando. Mary Ellen y la niña también. Vino toda la familia. Y Katy está a salvo en el Norte, con un hermoso bebé”, le dijo Madrone.

“¡Gracias a Dios! O a la Diosa, si lo prefieres. Quiero saber todos los detalles. Pero primero, apuesto a que os gustaría ducharos mientras os preparo una comida de verdad. Abrió una puerta interior y los condujo a una pequeña cocina. “Nada especial, pero tengo algunos huevos y una barra de pan nueva. Sé lo que es con los maquis. ¡El hombre no puede vivir sólo de atole de bellota, y la mujer ciertamente no!

Beth tenía su propio apartamento en el sótano de la casa, mientras que los pisos superiores y la gran cocina de la antigua fraternidad quedaban en manos de sus huéspedes. Madrone y Bird se turnaron para ducharse en el pequeño pero immaculado baño. Beth sacó dos batas de felpa para que las usaran mientras arrojaba toda la ropa a la lavadora. Madrone sabía que era un acto generoso, porque Beth compraba agua por galones racionados y probablemente tendría que renunciar a lavar su ropa esa semana. Luego se sentaron en su cómodo sofá y comieron patatas, huevos revueltos y pan casero de Beth mientras Madrone le contaba todas sus aventuras. Era una comida sencilla, pero después de semanas en la carretera y en las colinas, sabía deliciosa.

Pero cuando abordaron el tema de los planes de Madrone y Bird de establecer un refugio, los ojos de Beth se preocuparon.

“Nunca durarás una semana”, dijo. “Cada vez que alguien intenta algo así, lo arrestan y lo fusilan, o lo llevan a campos de trabajo o a los corrales”.

“Tenemos un ejército en camino” dijo Bird. “Incluso tenemos una marina. Dios los ayude, son solo unos pocos veleros viejos y un barco de guerra unidos con cinta adhesiva. Pero tenemos que intentarlo. El pueblo necesita levantarse y liberarse. Y no pueden hacerlo a menos que vean una alternativa”.

“Los Stewards no toleran alternativas”, dijo Beth. “¿Y qué vas a hacer con los suministros para comida y agua?”

“Trajimos algunas cosas para intercambiar”, dijo Madrone. “Holos y cristales. Pero sabemos que hay manantiales subterráneos en algunas partes de Angel City. Vamos a intentar encontrar uno”.

“Sabemos aproximadamente dónde hay uno”, dijo Bird. Él le contó lo que habían aprendido de Maya.

“¡Pero nadie entra en la Zona de la Muerte!”, objetó Beth.

“Así nadie nos molestará”, dijo Bird.

“Pero nadie acudirá a ti tampoco. ¿Cómo puedes mostrarle a la gente una alternativa en un lugar al que temen ir? ¡Todos creen que todo el sector abandonado de Dios está embrujado!

“Bien”, dijo Bird. “Fantasmas y espíritus; venimos de una línea de brujas, ¿sabes? Tendremos amigos”.

Aunque estaba descontenta con sus planes, Beth les brindó toda la ayuda que pudo. En lo profundo de su patio trasero, cubierto de moras espinosas, había una vieja carreta. Bird y Madrone pasaron gran parte de la mañana preparándola.

“Si alguien pregunta, sois jardineros”, dijo Beth.

Nadie preguntó. Los patios traseros y los callejones estaban desiertos, y nadie los vio podar las enredaderas y sacar el carro. Bird se sacó una espina del pulgar y la chupó mientras sangraba.

“Siento que estamos de vuelta en las colinas”, se quejó. “Si hubo alguna parte de mí que escapó de ser arañada antes, las bayas la obtuvieron ahora. Creo que están conspirando”.

“¡Quejica!” Dijo Madrone. “Deberías estar agradecido, incluso podríamos hacer un pastel con ellas”. Estaba quitando sistemáticamente las bayas maduras de los restos de poda y, cuando sacaron el carro, efectivamente tenía lleno un cuenco grande.

El carro, cuando fue liberado, resultó estar viejo y oxidado. Lo llevaron al antiguo garaje en la parte trasera de la propiedad, donde Beth guardaba herramientas y muebles desechados. Madrone lijó la madera astillada mientras Bird quitaba las ruedas y engrasaba los ejes. Lo pintaron con una capa de base blanca. Mientras se secaba, tomaron una siesta en la trastienda de Beth. Luego, Bird hizo un montón de todas las podas y eliminó las malas hierbas para abrir algo de espacio utilizable en el jardín, como agradecimiento a Beth. Madrone pintó lemas retribucionistas en el carro en un intenso color rojo sangre: “¡Arrepiéntanse!” en la parte posterior y “¡Temed la ira!” en los lados más largos.

El carrito era lo suficientemente grande como para contener sus bicicletas, tumbadas de lado. Madrone las cubrió con arpillera. En lo profundo de las entrañas del almacén de Beth, desenterró una figura de papel maché del Cristo Vengador, restos de algún espectáculo de la escuela dominical, con un látigo algo masticado por un ratón y un cayado en el brazo para sostener una copia real del *Libro de la Retribución*. Centrarón la figura encima de las bicicletas y la anclaron. El resultado fue un carro de Expiación de aspecto bastante auténtico.

Beth les dio sopa para la cena, preparada con caldo de pollo con sabor a arroz y algunas verduras.

“Se podría cultivar un gran jardín en el patio trasero, ahora que hemos controlado la invasión de las moras”, sugirió Bird. Era lo suficientemente californiano como para que un trozo de tierra cultivable sin uso le pidiera a gritos que lo transformara en un sitio productivo.

Beth negó con la cabeza. “No tenemos agua”.

“¿Por qué no utilizar el agua residual de las duchas y la lavandería? Eso sería más que suficiente para cultivar algunas verduras”, dijo Bird.

“Y las hierbas no requieren mucha agua”, dijo Madrone. “Se podría cultivar suficiente para té y tinturas”.

“Una vez que tengamos nuestro refugio en marcha, podría regresar y desviarle las aguas grises”, ofreció Bird.

“Las aguas grises son ilegales”, dijo Beth. “Podrías ir a los corrales por contaminar el agua, como lo llaman”.

“Eso es una locura, por supuesto, pero ¿quién necesita saberlo? O simplemente podrías poner baldes en la ducha para recoger el agua que se escurre”.

“Tal vez”, dijo Beth, pero no parecía convencida.

Bird lo dejó caer. Pronto tendría suficiente trabajo por delante y, si todo iba bien, muchas oportunidades de meter las manos en la tierra.

Esa noche durmieron en la cama de Beth. Ella insistió en que la tomaran y tuvieran una noche de consuelo. Ella durmió en el sofá y los despertó al amanecer para un último desayuno. Se cubrieron con un velo, se frotaron la piel con tierra y se engancharon al carro. Beth colgó carteles de cartón alrededor de sus cuellos: Madrone vestía “Pereza” y Bird “Glotonería”. Cada uno llevaba un pequeño látigo con el que golpearse. A la primera luz del amanecer, partieron.

Capítulo veintidós

¡Aprieta esa línea!, gritó Isis. Sara enrolló el extremo de su cuerda sobre un listón mientras Isis extendía otra sábana. La vela mayor se izó, orzándose y aleteando, e Isis se apresuró a arriarla de nuevo, maldiciendo. Una de las cuerdas estaba mal sujeta y rápidamente la liberó, se agachó y la volvió a atar.

Las nuevas velas solares eran el orgullo de su corazón. Livianas, flexibles, brillantes e inmensamente fuertes, estaban hechas de una película fotovoltaica que produciría electricidad para las luces y el motor del velero incluso mientras se hinchaban con el viento que impulsaba el barco.

Y eran hermosas. Si hubiera ángeles, pensó Isis, y tuvieran alas, estarían hechas de esta materia, iridiscentes con rosas

nacarados y dorados como un amanecer reflejándose en las nubes.

“¡Está bien, listo!”, gritó ella. Lo intentaron de nuevo, y esta vez la vela se elevó elegantemente, formando un brillante triángulo de luz. Ella revisó el medidor. Sí, ya estaba acumulando luz solar, generando energía. De mala gana, la izó y la hizo rodar hacia el mástil. No quería que una ráfaga de viento perdida las atrapara atados al muelle aquí y golpeará el pequeño bote.

“Bien, ahora hagamos el trinquete”, dijo.

“¿Qué tal un descanso?”, preguntó Sara. “¿Quieres una cerveza?”

“¿Un pez quiere agua?”

Sara se dejó caer junto a Isis en el banco acolchado que rodeaba la pequeña terraza y le entregó una cerveza helada. Era una de las cosas que Isis apreciaba de la ciudad: excelentes cervezas, todas elaboradas en cervecerías artesanales de pequeña escala. Rica, espumosa, lo que hacía que la comida producida en masa en las Tierras del Sur parezca insípida e insulsa en comparación.

“Entonces quieren que yo me haga cargo de los buzos”, dijo Sara, acurrucándose en la curva del brazo de Isis. “Los capacite y, cuando lleguemos a eso, los despliegue”.

Isis se quedó helada y dejó su botella.

“Entrenamiento, claro”, dijo. “Serías buena en eso. Pero será mejor que te quedes aquí para hacerlo. No es necesario desplegarlo”.

“Sabes que no quiero quedarme aquí mientras tú te vas”.

“Quiero mantenerte a salvo”, dijo Isis, murmurando en su oído. Lo lamió y respiró, y Sara sintió un pequeño escalofrío de placer.

“No me fui con una pirata salvaje para estar a salvo”, dijo Sara en voz baja, acariciando la mejilla de Isis y mordisqueándole el lóbulo de su oreja a su vez. “Podría haberme quedado en las Tierras del Sur si hubiera querido estar segura”.

“¡Ah, pero de esta manera quedaste segura y satisfecha!” ronroneó Isis.

“Tal vez quiera estar satisfecha y más que satisfecha”. Sara se sentó abruptamente. “¡Satisfecha de saber que estoy haciendo todo lo que puedo para derribar a esos cabrones!”

“¿Qué hay de mí?”, preguntó Isis en un tono bajo y peligroso.

“¿Qué pasa contigo?”

“¿Cómo se supone que voy a dirigir una marina y preocuparme por ti al mismo tiempo?”

“No lo hagas”, dijo Sara alegremente. “No te preocupes por mí. Déjame correr mis propios riesgos”.

Isis se apartó y tomó un largo trago de su cerveza.

“Nunca te detuve”.

“Lo harías si pudieras”, respondió Sara.

Isis se puso de pie.

“¿Quieres ser la Reina de los Buceadores? Ve siempre recto.”

“¿Pero?” –Preguntó Sara.

“¿Pero qué?”

“Eso es lo que te estoy preguntando. Escucho el 'pero'”.

“Pero nada”. Los ojos de Isis brillaron. “¡Adelante! Entrena a buzos, lidera misiones. ¡No creas que puedo vivir contigo, dormir contigo, follarte y no preocuparme por ti!

“¿Qué hay de mí, preocupándome por ti?”, preguntó Sara en voz baja.

“Eso es diferente.” Isis dejó su cerveza con un ruido sordo.

“¿Diferente cómo?”

“Sólo diferente.”

“Sí. ¡Tú eres la pirata y tú tendrás las aventuras! Y se supone que yo soy la mujercita que se mantiene a salvo en casa. Bueno, ¡a la mierda eso!”

“Eso no”, dijo Isis en voz baja. Ella dejó escapar un largo suspiro. “Simplemente no puedo soportarlo”.

“Pensé que eras una chica tan dura que podía manejar cualquier cosa”.

“Eso no.”

Sara se echó hacia atrás y miró a Isis con ojos serios.

“Lo lamento. Pero tendrás que endurecerte. ¡No voy a volver, Isis! Se levantó y se agarró a los cabos. “No voy a volver a ser la que complace. Pasé mi vida haciendo eso, y cuando dejé a Lance juré que nunca lo volvería a hacer. ¡Para nadie! Ni siquiera para ti”.

“No te estoy pidiendo que regreses. Solo digo...”

“¿Dices qué?”

Isis tomó una profunda bocanada de aire limpio del océano. “Tal vez deberíamos enfriarlo. Quieres ser la Reina Tiburón del Mar, por mí está bien. Eres una mujer libre. Pero

luego te quedas con tus buzos”. Eso le demostrará que lo digo en serio, pensó. Entonces tal vez no sea tan testaruda.

“De acuerdo entonces. Lo haré”, replicó Sara. Es un farol, pensó. Ella se dará la vuelta, me agarrará y todo estará bien.

Pero Isis no se volvió. Inclino la cabeza sobre las velas y siguió comprobando los nudos.

Sara vaciló. Ella no sabía muy bien qué hacer. ¿Debería alejarse, dejarlo ir? ¿Era este el final? Pero no podía ser. Seguramente lo que tenían era más fuerte.

“Entonces iré a buscar mis cosas”, dijo. Bajó y empezó a recoger su ropa, sus pocas posesiones. Isis bajaría, pensó. En cualquier momento ella estará aquí abajo, pidiéndome que me quede, rogándome que me quede, admitiendo que no fue razonable.

Metió su mochila y la arrastró escaleras arriba de la cabina, haciendo ruido deliberadamente.

Pero cuando llegó a cubierta, Isis ya no estaba.

Capítulo veintitrés

Los hombros de Madrone estaban irritados por las cuerdas. El carro era tan pesado como ella imaginaba que sería el pecado si ella creyera en el pecado. La sal del sudor le picaba mientras los regueros goteaban sobre sus llagas en carne viva. Le picaban los ojos y la frente por el cilicio que cubría su cabello, y cuando agachaba la cabeza para evitar mirar a los ojos a algún transeúnte, sus fosas nasales se llenaban de polvo y le daban ganas de estornudar.

Una vez cada hora, ella y Bird se detenían en un callejón para tomar un trago rápido de agua. Pero no se atrevieron a detenerse por mucho tiempo. Si realmente fueran los Buscadores de la Expiación que pretendían ser, se azotarían con cuerdas anudadas mientras caminaban y evitarían el agua para inflamar aún más su sed de redención.

Madrone sospechaba que una buena proporción de los Buscadores de la Expiación errantes eran en realidad como ellos mismos: simplemente adoptaban un disfraz conveniente que les permitía atravesar las calles de Angel City mientras evitaban los ojos omniscientes del Lash, la policía secreta que mantenía una estrecha vigilancia sobre ellos, disidentes y delincuentes. ¡El arrepentimiento era una buena excusa para mantener la cabeza gacha!

Habían estado caminando desde temprano en la mañana y todavía les quedaba mucho por recorrer. Había al menos diez millas desde la casa de Beth en el Barrio Oeste hasta su objetivo cerca del antiguo centro de la ciudad.

Caminaron desde los lugares ricos de los Primes cerca de la Universidad, a través de las amplias calles arboladas de Beverly Hills. Siguieron avanzando, pasando por gigantescos edificios de apartamentos que albergaban a los técnicos y profesionales que constituían los últimos restos de la clase media. Los que tenían la suerte de tener trabajo se apresuraban a ir a sus puestos y prestaban poca atención a Madrone y Bird mientras la pareja caminaba con dificultad por las calles.

Aquí y allá quedaron algunas casas unifamiliares entre los gigantescos edificios. Algunas incluso tenían pequeños jardines con vegetación en el frente, aunque la mayoría de los patios eran parches de tierra yermos o habían sido

pavimentados. Bird miró los indicadores de la calle y se detuvo de repente.

“¿Qué? ¿Qué es?” Preguntó Madrone, aplicando su mayal mientras una mujer apresurada, con un niño pequeño a cuestas, pasaba junto a ellos en la acera.

“Esto es todo”, dijo Bird. “Aquí es donde crecieron Maya y tu abuela”.

Madrone miró hacia la calle. Sabía que había sido una casa de esquina, pero ahora en cada esquina de la intersección había un gran edificio de apartamentos, con la pintura descascarada y agujeros en el estuco. Cuando Maya y Johanna vivían allí, el barrio era medianamente próspero. Ahora, como gran parte de la clase media, había caído en el olvido.

“La casa desapareció”, dijo Madrone. Aún así, sintió una pequeña emoción de conexión. Bajo este pavimento yacen sus raíces. Le hubiera gustado hacer una ofrenda, derramar una pequeña libación a los antepasados, a la bisabuela que nunca había conocido. Pero un hombre con un traje demasiado ajustado para él los observaba con sospecha. Bird empezó a cantar un himno retribucionista. Rápidamente se azotaron a sí mismos, aunque sin el entusiasmo de los verdaderos Buscadores de la Expiación, y siguieron adelante.

Las calles se volvieron más vacías a medida que avanzaba el día. La gente estaba trabajando o refugiada para protegerse del calor. Bird y Madrone se dirigieron hacia el este por las amplias avenidas donde rondaban algunos coches, vehículos del ejército o limusinas de los Primes.

Por la tarde ya estaban en lo más profundo de los barrios marginales, donde las atestadas viviendas de hormigón se alzaban hacia el cielo. Aquí había más vida: niños harapientos que pateaban una pelota de fútbol en medio de la calle, portales donde mujeres chillonas discutían en voz alta, rincones donde los hombres jugaban a las cartas encima de los cubos de basura y fumaban cigarrillos liados a mano, tirando las colillas a la basura del terreno. No prestaron atención a Bird y Madrone.

Las calles volvieron a quedar más vacías a medida que se acercaban al antiguo centro de la ciudad. Ahora Bird los condujo de nuevo ligeramente hacia el norte. El terreno era llano y tuvieron que abrirse paso entre bloques vacíos de edificios derrumbados, cañones de ruinas separados por barrancos secos de asfalto llenos de escombros, completamente desiertos.

Por fin llegaron a unas ruinas donde una avenida que alguna vez fue ancha estaba coronada con un cartel roto que decía "Harm ny Vil·lage" (Villa Harm nía). Detrás había un paisaje de pesadilla de edificios semiderruidos apoyados unos contra otros en ángulos imposibles. Habían caído

enormes trozos de hormigón, bloqueando la avenida con una montaña de escombros. Una losa de techo gigante formaba un túnel triangular contra el costado de una pared relativamente intacta. El pasillo conducía hacia el interior.

“Bienvenidos a la Zona de la Muerte”, dijo Bird. “¡Bienvenidos a casa!”

La Zona de la Muerte abría una franja a través del centro de la ciudad, a lo largo del camino de la peor de las catástrofes que habían azotado la ciudad durante el Colapso. Cuando la falla de San Andrés se desplazó, allá por el 28, desató un terremoto mayor que cualquier otro que se recuerde, y barrios enteros se derrumbaron, especialmente las secciones más nuevas construidas después de que los recortes en las regulaciones hubieran abierto la puerta a contratistas turbios que escatimaban en reforzar cimientos y utilizaban hormigón de mala calidad.

Pero el terremoto había desatado algo aún peor, aunque nadie estaba muy seguro de qué. Una reserva de gas nervioso, tal vez, en algún búnker del ejército, o los ingredientes tóxicos almacenados en una fábrica de insecticidas. Una columna de humo se había posado sobre la ciudad, causando la muerte instantánea a decenas de miles de personas. Mientras que el West Side, bañado por el viento predominante del océano, había escapado en su mayor parte a sus efectos, barrios enteros en el centro y el este de la ciudad se convirtieron instantáneamente en

osarios. Nadie había contado nunca el número total de víctimas y durante muchos, muchos años nadie entraría voluntariamente en la zona.

Después del desastre, junto con las inundaciones en Florida y los convenientes rumores de un ataque terrorista planeado, el presidente Brandon declaró la ley marcial y suspendió las elecciones. Sus partidarios en el partido de los Stewards entraron y asumieron el poder.

El país se había fragmentado. En la parte norte de California, se rebelaron y expulsaron a los Stewards. Pero las Tierras del Sur no fueron tan afortunadas. Allí la gente buscaba desesperadamente a sus seres queridos desaparecidos o excavaba frenéticamente en sus propias casas derrumbadas. No habían tenido tiempo ni energía para organizarse. Y muchos otros habían perdido la fe en la vieja democracia, desilusionados por su ineptitud para responder a los desastres. Estaban felices de ceder el poder a los Stewards, quienes prometían orden y seguridad.

Los refugiados y disidentes huyeron a las colinas, y sus sucesores todavía estaban allí, librando la perpetua guerra de guerrillas del maquis montaños. Y la Zona de la Muerte todavía estaba desierta.

Pero la crisis ocurrió hace más de veinte años. Madrone creía que a estas alturas el aire estaría limpio y, en caso

contrario, confiaba en que sus sentidos de abeja detectarían cualquier peligro.

Se quedó mirando las ruinas, luchando contra el impulso de sentarse y llorar. Tenía sed, polvo y dolor, agotada por el día de autoflagelación y la larga caminata por la ciudad. Su visión había sido muy fuerte, pero la realidad era abrumadora, la escala de destrucción estaba más allá de cualquier cosa que hubiera imaginado.

Ella y Bird nunca podrían mover estas ruinas. Necesitarían un año o más para siquiera hacer mella en el lamentable ejército de la Mayordomía.

“¿Quieres que te lleve hasta el umbral?” Preguntó pájaro.

“¡No vamos a entrar allí!”, objetó Madrone.

“¿No es por eso que vinimos?”

“¡No es seguro!”

“¿Seguro?” Pájaro se rió. “¡Lo 'seguro' está a quinientas millas de distancia!”

“Sabes lo que quiero decir. Podría ser inestable”.

“Yo diría que ha encontrado su ángulo de reposo hace mucho tiempo. Mira, hay cardos creciendo en la tierra que el viento ha metido entre las grietas. Yo exploraré”.

Antes de que ella pudiera protestar, él se metió en el túnel. Su linterna dio al cemento un brillo cálido, pero luego se adentró más en las ruinas y sólo había oscuridad.

¡No te vayas! ¡No me dejes sola!, quiso gritar Madrone, pero ya se había ido.

Caía la noche y el aire traía un frío amargo. Madrone oyó un movimiento entre los escombros y se estremeció. Odiaba las ratas. Quería estar en casa, en su verdadero hogar. Quería un baño largo y caliente, una cama suave y un edredón de plumas. Y una taza de té y un buen libro donde pudiera leer sobre las malditas e incómodas aventuras de otra persona.

Luego regresó Bird.

“Está bien”, dijo. “De hecho, no podría ser mejor”.

“¡Podría discutir eso!”

“El túnel recorre unos cien metros y luego hay una abertura y un pasadizo a través de los escombros. Debe ser lo suficientemente ancho para el carro. Vamos.”

En los años noventa, les había dicho Maya, la zona donde se encontraba Harmony Village había sido un barrio de viejos edificios de la década de 1920, decayendo silenciosamente de manera elegante en tranquilas calles detrás de una arruinada franja de licorerías y

estacionamientos. En la era del jazz, había sido un balneario popular, con aguas termales naturales donde empresarios y contrabandistas acudían a tomar las aguas.

Setenta años más tarde, emprendedores neourbanistas habían renovado el antiguo hotel y Maya había impartido allí talleres de escritura que eran especialmente populares en invierno entre los aspirantes a escritores del Medio Oeste. Mientras las tormentas de nieve azotaban las calles de Chicago o Minneapolis, ellos podían sentarse en el jardín con sus computadoras portátiles o reunirse por la noche en la terraza para tomar una copa y charlar sobre “Mito e historia” o “La escritura como trabajo en la sombra”.

Pero en la década de 2020, la zona se convirtió en el escenario de una de las últimas grandes empresas del antiguo régimen. Los promotores expulsaron a los pobres y construyeron un centro comercial a lo largo de la calle, con condominios de gran altura detrás. Dos años de ruido de construcción habían terminado en un spa y los nuevos edificios bloqueaban la luz del sol de los jardines de las casas más antiguas. Muchos de los residentes más estables se marcharon y la zona volvió a caer en decadencia.

Harmony Village abrió sus puertas en 2025. Los desarrolladores se embolsaron una fortuna, en parte escatimando en el cemento de su hormigón. Las deficiencias se hicieron evidentes cuando se produjo el terremoto. Las paredes se agrietaron y los techos se derrumbaron.

Doblemente desafortunado, Harmony se encontraba en el camino directo de los vapores tóxicos que diezmaron la ciudad.

Ahora Bird y Madrone se abrieron paso a través del túnel y forzaron la carreta por un estrecho pasadizo entre acantilados de escombros de hormigón. Después de unos cientos de metros, llegaron a una zona abierta, los restos de la calle peatonal donde antes los compradores habían paseado entre las cadenas de tiendas. Los bancos de hormigón respaldados por maceteros estaban cubiertos de hojas secas de maleza. Algunos de los edificios inferiores habían sobrevivido casi intactos, aunque sus ventanas de vidrio estaban rotas y el viento y la lluvia habían hecho su trabajo sobre su contenido. Vidrios rotos y trozos de escombros caídos cubrían el paseo.

No vieron huesos ni signos evidentes de muerte. Todo lo que alguna vez estuvo vivo había sido despojado y esparcido hace mucho tiempo por las ratas que escucharon correr entre las ruinas en una búsqueda desesperada de algo que comer. El polvo de hormigón lo cubría todo como un fino manto gris.

Serpentearon entre bloques de concreto caídos y se abrieron paso entre rocas de cemento. El pavimento se combaba formando crestas como los lomos de bestias prehistóricas gigantes que reaparecieran lentamente del suelo. Hacia el sur, los suelos desmenuzados de un

rascacielos caído yacían inclinados como capas geológicas de un lecho marino fósil. Al norte, el suelo se rompía en valles y picos como olas congeladas en el tiempo.

Treparon montículos de cemento. Detrás, otro estrecho pasaje entre paredes inclinadas se abría a un amplio espacio que alguna vez había sido, tal vez, un parque. Los esqueletos de los árboles se alzaban negros contra el tenue crepúsculo. Unas matas secas de hierba muerta cubrían el suelo compactado como una alfombra raída.

Madrone se sintió oprimida por el silencio, el polvo y la escala de las ruinas. Ella no había imaginado esto en su visión. Le había parecido muy sencillo, a quinientas millas de distancia, en los jardines con sus fuentes cantarinas. Pero las visiones eran convenientemente confusas y vagas, lo que te engañaba para que confiaras en ellas. Luego te entregaban a una realidad nítida e irregular, como este paisaje árido y concreto con su olor a muerte.

Bird se sintió feliz, casi mareado de alivio. Habían cruzado el peligroso terreno abierto de la ciudad y evadido sus patrullas. Este paisaje surrealista de ruinas con dientes afilados le parecía un refugio. Ningún ojo traspasaría los muros de hormigón. Ningún Lash penetraría estos restos para buscarlos. El alcance mismo de la devastación despertaba en él un instinto juvenil de explorar, de hurgar en sus rincones oscuros y sondear sus cavernas secretas.

“¡Mira!” gritó emocionado. “Aquí está, ¡como en tu visión! ¡Está vivo! Tu árbol sagrado”.

En la baja pendiente del terreno se excavaba un pequeño anfiteatro de cemento. Quizás alguna vez fue pensado como un escenario al aire libre, donde un poeta podía declamar unos versos o un cantante entonar una canción de amor. De una grieta en el suelo cubierto de barro crecía un árbol valiente y larguirucho con hojas plumosas.

Madrone encontró irritante la alegría de Bird.

“Ese no es un árbol sagrado”, dijo. “Eso es un ailanto. Es un árbol de maleza. Invasor.”

“Es un fijador de nitrógeno”. Bird la rodeó con un brazo y la abrazó. “Un árbol generoso. Y un superviviente. Eso tiene que contar para algo”.

Ella se apartó de él y se sentó en uno de los asientos de cemento agrietados. “Ni siquiera es nativo”.

“Árbol chino del cielo”, dijo Bird. “Alguien piensa que es sagrado. Y es el árbol de *El árbol crece en Brooklyn*. ¿Recuerdas ese libro?

“No es como mi visión”, insistió.

“Pero es como la mía”, dijo Bird. “Las cosas verdes que se abren paso a través de las grietas de los muros de la fortaleza”.

“Bien, ¡puedes quedártelo entonces!”

“Podemos acampar aquí esta noche”, dijo, ignorando su estado de ánimo. Ella se sentó abrazada a sus rodillas mientras él descargaba el carro, sacaba las bicicletas y las cuatro garrafas de agua de cinco galones que Beth les había dado generosamente. Extendió las colchonetas y los sacos de dormir sobre la plataforma del carro.

“No hay lluvia, y esto nos mantendrá alejados de cualquier bicho que pueda confundirnos con un último cadáver solitario. ¿Por qué no te subes y tomas una siesta mientras preparo la cena?

“Estás tratando de quedar bien conmigo”.

“Siempre.” Él se acercó y la rodeó con sus brazos. “Oye, *querida*, ya estamos aquí. Lo hemos logrado. Seguimos vivos, libres y juntos. ¡Y sigo pensando que eres la mujer más hermosa que existe!

Ante eso ella se rió. “No hay mucha competencia”.

“No importa. Las venciste a todas”.

Por la mañana, después de un rápido desayuno de gachas de bellota, partieron a explorar. Una noche de sueño y una ración extra de agua habían devuelto el ánimo a Madrone, y aunque no podía sentirse alegre en aquel lugar en ruinas, sí se sentía interesada en lo que pudieran descubrir.

Sintió la muerte rodeándolos, aún más presente por los restos de vida que observaban mientras exploraban más profundamente las ruinas. En el camino yacía la cabeza cortada de un muñeco infantil, llena de marcas de dientes de algún roedor que había tardado mucho en convencerse de que no era carne. Restos de aparatos electrónicos cubrían el suelo, carcasas rotas de ordenadores arcaicos. Montones de fragmentos de plástico amontonados contra trozos de hormigón.

Soplaba un viento seco y el sol candente ardía. Polvo y arena se acumulaban para formar un nuevo Sahara. Sólo algún lagarto que se escabullía rompía el silencio.

Bird husmeó en lugares oscuros, abrió puertas que llevaban mucho tiempo cerradas. Cuando era niño, él y su hermano jugaban, imaginándose descubriendo tumbas egipcias perdidas hacía mucho tiempo o cofres de oro pirata. Debajo de ellos, estaba seguro, se encontraban tesoros, los recursos que necesitarían para convertir aquellas ruinas en un refugio.

Bird desplazó un resto y algo traqueteó y se estrelló en la distancia.

“¡Déjalo!” –gritó Madrone–. “¡Lo desestabilizarás!”

Con cautela, desplazó el haz unos centímetros más. No pasó nada.

“Creo que está bien”, dijo.

“¡No creas!”

Pero Bird había logrado descubrir una puerta que se había caído de lado, de modo que ahora se abría hacia arriba, como una trampilla. La abrió de un tirón y alumbró con su luz el amplio espacio de abajo.

Dejó escapar un silbido suave y grave. “¡*Diosa!* ¡Santa Madre de todos los Dioses!

A su lado, Madrone se asomó. Poco a poco, la luz reveló un cuadro espantoso. La muerte yacía por todas partes, y ella se estremeció y retrocedió, como si ésta fuera a salir corriendo y agarrarlos si exponían sus obras.

“Está bien.” Bird la rodeó con un brazo. “El aire está bien ahora”.

Su cristal irradiaba una luz que jugaba sobre una escena de horror, como una grotesca exhibición del Día de los Muertos

de *esqueletos* y Catrinas, esqueletos con vestidos y esqueletos con trajes, esqueletos compradores sosteniendo bolsas desmoronadas en huesos de dedos con forma de garras. Los esqueletos se agarraban la garganta o se agazapaban, formando tristes montones de huesos. Una madre esquelética rodeaba con brazos de hueso las escápulas de su hijo esquelético, en un último e inútil gesto de protección.

Madrone conocía la muerte; habría dicho que era íntima de la muerte. Pero ella nunca había visto algo así. Se estremeció y atrajo más estrechamente el brazo de Bird a su alrededor. Era cálido, vivo y fuerte.

“Que el viento lleve vuestros espíritus suavemente”, murmuró la oración por los muertos, y Bird se le unió.

“Que el Fuego libere vuestras almas.

Que el Agua os limpie, que la Tierra os reciba.

Que la Diosa os acune y os traiga el renacimiento”.

“Podemos usar esto”, dijo Bird cuando terminaron. Tenía una luz peligrosa en sus ojos.

“¿Utilizar esto?” Madrone lo miró sin comprender.

“Los muertos serán nuestra defensa”.

“No soy aprensiva”, le dijo Madrone durante su magro almuerzo. Estaban de regreso en lo que habían llegado a llamar la plaza, guisando una ración de quinua y chía en un pequeño fuego abierto.

“¡Soy médico, por el amor de Dios! Viví con un esqueleto durante toda la escuela de medicina. Lo mantuvimos en la sala común del dormitorio. Freddie, lo llamábamos. Era un anciano que dejó su cuerpo a la ciencia. Pero esto es diferente. ¡Estos muertos no se ofrecieron voluntarios para ser nuestros materiales! Al menos merecen un entierro. Un honor”.

“¿Qué podría ser más honrado para los muertos que darles un papel que desempeñar al servicio de la vida?” –replicó Bird–. “Estoy seguro de que les agradaría saber que sus desechos fueron útiles”.

“No lo sabes”.

“No sabes que no lo harían”.

“Tal vez sólo quieran descanso y paz”.

“Así que pregúntales. ¿No hablas con los muertos?”

“No”, dijo Madrone. “Los muertos me hablan”.

Y hablaron con ella. Se acercaron a ella mientras ella y Bird yacían en su carro. Lo habían llevado bajo el alero de una

losa suspendida para proporcionarse algo de sombra durante su siesta. Pero las ruinas que los rodeaban absorbían el calor, y después lo irradiaban para competir con el sol abrasador, y ella durmió ligera y febrilmente.

¡Utilízanos! Escuchó los susurros en sus sueños. *Utilízanos. Seremos tus guardianes.*

El estrecho túnel que atravesaba el antiguo arco proporcionaba una entrada natural y defendible al Refugio. Aquí Bird planeaba colocar su guardia. Las puertas de la muerte marcarían la entrada a otra vida.

“Bajaré y te los daré”, ofreció Bird. “Sé que no te gustan las alturas. O profundidades, según sea el caso”.

“Solo soy una chica intermedia, ¿es eso lo que estás diciendo?” Dijo Madrone a la ligera, sin querer admitir lo agradecida que se sentía de no tener que bajar ella misma a ese osario. “Bueno, estás equivocado. Soy Escorpio. Vivo para las alturas y las profundidades. Lo que no me gusta es escalar con cuerdas”.

“Como estaba diciendo”, asintió Bird. Habían traído líneas de escalada y equipo del Norte en sus mochilas, y Bird se puso el arnés y se lo sujetó. Madrone lo aseguró mientras descendía hacia la caverna.

“¿Cómo está el aire?” preguntó ansiosamente.

“Bien.”

El aire olía a humedad, con un ligero olor a orina de roedor, pero había una corriente fresca que flotaba desde alguna abertura más alejada. Bird descendió lentamente en rápel hacia la oscura caverna. Tocó su cristal y murmuró: “Luz, por favor”.

La cámara estaba iluminada con un brillo nacarado, en el que los huesos parecían aún más espeluznantes, como si de repente pudieran levantarse y seguir con sus asuntos. Se estremeció, luego apartó resueltamente la imagen de su mente y examinó el esqueleto que yacía más cerca de sus pies. Todavía vestía un traje de negocios a la moda de los últimos días del imperio, pero la tela gris, de aspecto caro, estaba plagada de agujeros.

“¡Listo!” –gritó, y Madrone soltó la honda que habían preparado. Con cuidado, levantó el esqueleto y lo acunó como si fuera una víctima viviente de la guerra. Mientras lo colocaba en el cabestrillo, la cabeza se cayó y rodó ruidosamente por el suelo, dejando una huella en el polvo. Bird hizo una mueca. Los ojos huecos y oscuros lo miraron con muda acusación.

“Lo siento”, murmuró mientras lo recuperaba y lo colocaba firmemente en el cabestrillo con el resto de los huesos. Dio un tirón a la cuerda y Madrone la izó.

Durante una larga tarde, continuaron con la espantosa tarea. Bird recogía esqueletos y Madrone los izaba y los disponía, manteniendo los huesos juntos lo mejor que pudo. Algunos todavía estaban unidos por tendones duros, pero a otros les habían comido todas las partes blandas y caían en un montón al menor movimiento.

Madrone murmuró la oración por los muertos sobre cada montón de huesos blanqueados. Fue una pequeña expiación, un reconocimiento de que cada uno había sido un individuo con amigos, familiares y sueños.

Sin embargo, incluso los huesos contaban historias a los ojos experimentados de Madrone. Aquí había un fémur roto que había sanado. Aquí una rodilla artrítica que debió doler al subir o bajar. Aquí una anciana con mala dentadura, demasiado pobre para permitirse el cuidado dental en los últimos días del imperio.

Después de un par de horas, le dolían los brazos y los hombros. Los huesos tenían peso y, aunque era fuerte, trabajaba músculos que normalmente no usaba.

“Haré negocios contigo”, le gritó a Bird.

“¿Pensé que no te gustaba escalar?”

“No lo hago, pero mis brazos se caerán si hago más levantamiento”.

“Tomemos un descanso”, sugirió.

Lo que quiso decir con “un descanso” fue otra tarea laboriosa: llevar los esqueletos a la entrada de “la ciudad”, disponerlos para que sirvieran de guardia o se sentaran como observadores. Bird atravesó montones de escombros y sondeó las habitaciones traseras de las tiendas destrazadas en busca de postes y cables, dispersando nidos de ratas chillonas que huyeron quejándose. Sostuvieron los esqueletos y unieron sus huesos, trabajando a la luz de sus cristales hasta bien entrada la noche. Madrone estaba a punto de caer del cansancio, pero Bird estaba poseído por una energía maníaca. Si pudieran establecer suficientes Vigilantes, como él los llamaba, y animar a un número suficiente de Muertos, estarían a salvo.

Sus días siguieron un patrón. Por las mañanas sacaban esqueletos de las ruinas. Limpiaron lo mejor que pudieron, guardando su preciada agua, y prepararon un almuerzo de atole de bellota o de quinua, igual que su desayuno y su cena. Era un plato insípido y a Madrone se le hizo la boca agua por las especias y las verduras frescas. Se encontró fantaseando con tomates maduros y ciruelas jugosas, o incluso con un simple salteado de verduras con tamari. Sus menguantes reservas de quinua, chía y amaranto eran sus semillas, y las conservaban cuidadosamente para el día en que encontraran agua para comenzar sus jardines. Aquí y

allá crecían dientes de león entre las ruinas, pero ahora, al final de la temporada de crecimiento, las hojas verdes estaban duras y amargas. Una vez encontró un trozo de cenizo³¹ y casi lloró de alegría. Ya habían pasado su mejor momento, ya se habían convertido en semillas, pero ella salteó sus hojas en un poco de su preciado aceite de oliva y ambos pensaron que nunca habían probado algo más delicioso.

Por las tardes organizaban su cuadro de esqueletos. Para su sorpresa, Madrone empezó a disfrutar del proyecto. Una vez superada la conmoción y la tristeza, la tarea adquirió sus aspectos creativos. Nunca había sido muy buena dibujando o pintando, pero disfrutaba construyendo altares y arreglando cosas. Y esto es como un altar, pensó. El altar del Día de los Muertos más grande jamás visto.

Y si fuera honesta consigo misma, admitiría que incluso estar inmersa en la muerte era más relajante que sentirse abrumada por las necesidades de los vivos.

Pronto *los esqueletos* montaron guardia en la boca del túnel y se posaron sobre todos los precipicios de hormigón

31 Lambsquarters (Cuartos de cordero, Cenizo, *Chenopodium album*). El cenizo es una maleza común en los campos y a lo largo de los caminos, pero también es una verdura de hoja versátil y deliciosa. Está emparentada con varias otras verduras, incluida su prima cercana, la quinua, junto con la remolacha, la espinaca, la armuelle y el epazote. Esta planta resistente se puede cultivar en granjas y jardines, pero también se recolecta fácilmente, y crece en toda América del Norte

circundantes, acechando en nichos dentro del pasillo. Bird encontró una tienda de regalos que tenía un tesoro de velas votivas empaquetadas lo suficientemente apretadas en plástico para que escaparan de los dientes de las ratas. Las colocó dentro de las calaveras donde, iluminadas por la noche, creaban una atmósfera verdaderamente espeluznante. Para el cuarto día, la entrada al Refugio habría hecho honor a cualquier casa embrujada o exhibición del Día de los Muertos.

“Ojalá tuviéramos algunas caléndulas”, dijo Madrone. “Y algunas pancartas de papel recortado”.

“Ojalá tuviéramos un poco de agua”, dijo Bird.

Capítulo veinticuatro

El letrero decía “Vista Point”. Cress se detuvo, levantó el brazo y gritó la orden de pararse. “¡Alto!” resonó a través de la columna de mil personas a pie, que se extendían en una larga fila a lo largo de la antigua Interestatal 5 que conducía a través del Valle Central.

Estaban a cinco días de la ciudad, todavía lo suficientemente cerca como para que los transportes pudieran ir y venir con suministros en un par de horas, pero lo suficientemente lejos como para llegar al borde de las tierras colonizadas de Calafia. A su alrededor, se extendían colinas bajas, suaves y redondeadas, como si una mano gigante hubiera tomado colinas reales y las hubiera pulido hasta lograr una perfección uniforme. Verdes con las primeras lluvias del invierno, parecían atractivas en el frescor de la niebla de tul que las rodeaba. Pero Cress

recordó el camino que le quemaba los pies, hacía mucho tiempo, bajo el implacable resplandor del sol de verano, y no se dejó engañar. Había una razón por la que esta tierra de rico aspecto todavía estaba despoblada.

“¡Tomar un descanso!” –gritó, y a lo largo de la línea los antiguos sojuhs y los nuevos reclutas de la Ciudad desengancharon sus pesadas mochilas y las arrojaron al suelo. Salieron cantimploras, paquetes de frutos secos, nueces y cecina, sus raciones para la marcha.

River se acercó a él, masticando un trozo de torta de semillas que los cocineros llamaban “lembas”.

“Esta mierda es dura como la piel de un sargento”, se quejó.

“Los cocineros dicen que es bueno para la salud”, le dijo Cress. “Fibra celulósica. Fortalece el carácter”.

Juntos andaron por un camino agrietado y subieron un pequeño montículo. Desde lo alto, podían ver kilómetros de colinas onduladas, cuyo color esmeralda se convertía en un azul nebuloso bajo la luz pálida y brumosa.

“¿Cuánto ha avanzado el ejército hoy?” –Preguntó River.

“Yo diría que unas siete millas desde el amanecer”, dijo Cress. “Me gustaría hacer al menos otras diez antes del

anochecer. Todavía queda un largo camino hasta las Tierras del Sur”.

Marchaban a pie, como habían marchado los ejércitos desde tiempos inmemoriales, porque no había suficiente transporte en toda Calafia para mover las tropas en autobuses, camiones o coches eléctricos. Tampoco había estaciones de recarga en las Tierras del Sur. Los transportes los habían seguido con suministros.

La marcha también tenía otro objetivo. En el mes o más que estimaron que llevaría mover el ejército a pie hacia el sur, tendrían tiempo de unirlo en una sola fuerza. En este momento era sólo un heterogéneo grupo de desertores mezclados con gente de la ciudad que nunca antes había empuñado un arma. Necesitaban tiempo para sazonar, pensó Cress. Como un guiso necesita tiempo para hervir a fuego lento.

“Bonita tierra”, observó River, mirando hacia las colinas. “Muy suave”.

“Deberías verla en una ola de calor de verano, cuando hay 54 grados a la sombra”.

Y, sin embargo, Erik, del Gremio de Agricultores, creía que se podía recuperar.

“Hay que plantar árboles”, sugirió cuando discutieron lo que harían después de la victoria. “Mitigar el clima”.

Cress recordó con cierto escepticismo los huertos muertos por los que habían pasado, hileras de palos disecados convertidos en esqueletos negros. Pero su mente del Gremio del Agua ya estaba calculando la superficie y las precipitaciones: tal vez diez o doce pulgadas al año en esta parte del Valle, eso sería un pie por acre, capturada e infiltrada con algunos pantanos y estanques... Podrían captar parte del flujo manantial que baja de las Sierras, reinfiltrar los acuíferos deshidratados...

Se dio cuenta con una ligera sensación de sorpresa de que estaba sonriendo ante la idea. Su ira, esa sensación de indignación constante como un dolor de muelas, se atenuaba aquí, como si la hubiera liberado con el movimiento de marcha, el compromiso de actuar.

“¿Almorzar aquí?” –Preguntó Smokee. Había subido la colina para unirse a ellos y al instante la irritación de Cress volvió.

Ella era la tercera del triunvirato de comandantes. Sus Valquirias ascendían a unas veinte de las antiguas chicas de corrales, todas a las que se pudo persuadir para que abandonaran las comodidades del Norte y regresaran a las Tierras del Sur. Había sido sugerencia de Maya, en sus últimos días, ponerle a la unidad de chicas el nombre de las mujeres luchadoras de la leyenda nórdica.

River era el comandante de unos seiscientos ex soldados, y Cress era el primer representante de los cuatrocientos reclutas de la ciudad que estaban dispuestos a cederle la autoridad de tomar decisiones, reconociendo que no se puede librar una guerra llevando todas las decisiones a la asamblea. Pero nunca le permitieron olvidar que podían retirarle esa autoridad en cualquier momento.

Cress también asumió la responsabilidad de organizar el transporte y los suministros, y se puso en contacto con los técnicos y el soporte. Podía delegar mil tareas, pero al final el peso recaía sobre sus hombros.

A pesar de los escasos números bajo el cargo de Smokee, ella se colocaba en pie de igualdad con él y River, insistiendo en ser parte de cada decisión del cónclave.

Intentó darle un poco de holgura. Sin duda, había sufrido por culpa de los Stewards tanto como cualquiera. Al menos ella estaba dispuesta a luchar. Sin embargo, ella lo molestaba. Se tragó su irritación y respondió simplemente: “Es un lugar tan bueno como cualquier otro”.

Ella asintió, se sentó sobre una roca que alguna vez había marcado el borde del estacionamiento de Vista Point y sacó sus raciones de marcha.

“Las valquirias quieren saber, cuándo llegaremos allí” preguntó.

“A este ritmo, en unos veinte días”, dijo Cress.

“¡Veinte días!”

“Eso es si aceleramos el ritmo a unas veinte millas por día”, dijo. “Menos de lo que solían hacer las antiguas legiones romanas, pero más de lo que la mayoría de nuestras tropas están acostumbradas. Y eso sin contar el tiempo de lucha. Hay un largo camino a pie hasta las Tierras del Sur.

“¿Y cuando lleguemos a las plantaciones?” –Preguntó Smokee. “¿Cuál es el plan?”

“Reconocimiento”, dijo River. “Primero reconocer, luego decidir”.

“*Todos decidimos*”, dijo con firmeza.

“Eso es lo que dice este luchador”, dijo River. Se había acostumbrado a decir “yo” en la ciudad, pero era demasiado fácil, en este entorno demasiado familiar de tropas y marchas, el volver a caer en los viejos patrones. Pensó en Maya, en cuántas veces ella lo había corregido y alentado. Pensaba en ella y luego se sentía triste, deseando poder seguir hablando con ella, sentarse con ella. Era un sentimiento desconocido, algo que Cress llamaba “duelo”.

Kit estaba marchando con las Valquirias, y eso preocupaba a River, porque no confiaba en Smokee como comandante. Era demasiado impulsiva y demasiado inexperta. Había

intentado persuadir a Kit para que se quedara atrás. Por mucho que le gustara estar con ella, hubiera preferido saber que estaba a salvo en la Ciudad en lugar de preocuparse por ella durante la marcha o en la batalla.

Él suspiró. Todavía no había taladrado... no..., hecho el amor con ella. Se recordó a sí mismo pensar en los nuevos términos que Maya y el Templo del Amor le habían enseñado. De vuelta en la ciudad, al principio había tenido cuidado de ir muy, muy despacio... y luego, de repente, estaban en medio de los preparativos para la incursión hacia el sur y no había tiempo.

Todavía no podía decir realmente lo que ella sentía por él. A veces pensaba que ella quería estar cerca de él y que por eso había venido con el ejército. La idea lo calentó, como un trago de salsa en el estómago, pero también lo preocupaba, porque si algo le sucediera a ella, sería culpa suya.

A veces sentía que ella no se preocupaba por él en absoluto, que él era sólo una molestia para ella, un doloroso recordatorio de sus días en los rediles. Y cuando se sentía así, todo acalorado, herido y enojado, quería darle un puñetazo en la cara, tirarla al suelo y clavarla en la tierra, lo quisiera ella o no. Todavía encontraba esa idea emocionante, aunque no quisiera.

Lo mejor es no pensar en ello. Tengo un ejército que dirigir.

“Podríamos llegar al extremo norte de la influencia de los Stewards en una semana si mantenemos el ritmo” dijo Cress. Tendremos que tomar decisiones allí, mucho antes de llegar a las Tierras del Sur propiamente dichas.

River asintió y se levantó. Abajo vio a las Valquirias relajándose bajo el sol. Se alejó y volvió a bajar para buscar a Kit.

Estaba sentada junto a su mochila en medio de las otras mujeres. River se acercó a ella, tratando de parecer como si hubiera pasado accidentalmente por allí. Parecía cansada. Marchar y acarrear cargas pesadas era duro para las chicas, la mayoría de las cuales sólo habían hecho una cosa en el ámbito físico hasta el Día de la Liberación. Pero seguían adelante sin quejarse, y sólo en esos momentos de descanso se manifestaba su agotamiento.

Kit miraba sin entusiasmo un puñado de nueces y pasas.

“Prueba una a la vez”, sugirió River. “Bajan más fácilmente de esa manera”.

“Esta Val sabe comer”, le informó Kit. Ella todavía decía “yo” sólo de mala gana, pero parecía estar muy orgullosa de llamarse a sí misma “esta Valquiria” o su forma abreviada, Val. Se metió todo el puñado en la boca y empezó a masticar con valentía.

“Buena manera de morir asfixiada”, dijo River.

Kit se encogió de hombros.

“¿Estás bien?” Se sentó junto a ella y sacó un trozo de lembas.

Ella se encogió de hombros de nuevo, pero se acercó infinitamente más a él. Se sentaron y masticaron amigablemente.

Cuando terminaron sus raciones, él le hizo una seña para que lo acompañara hasta el mirador. Él buscó su mano pero ella se la arrebató.

“No necesito ningún perro guía”, dijo.

Pero ella caminó junto a él por el camino y se sentó junto a él en la gran roca. Cuando él deslizó su brazo alrededor de ella, ella no se apartó. Incluso se acurrucó contra su costado y él podía sentir su respiración, el ascenso y descenso de su torso. Aspiró su aroma, fétido a sudor del día pero con algo de melocotón y dulce en el fondo.

Cress había bajado con las tropas, y Smokee con él. No había nadie alrededor y la pendiente de la colina los ocultaba desde abajo.

Audazmente, River dejó que sus labios rozaran su sien. Su piel era suave, el borde de su cabello suave de una manera diferente. Ella no se apartó de él. Más atrevido aún, le dio un

beso suave y tentativo justo donde su cabello caía hacia la oreja.

“¿Por qué haces eso?”, le preguntó ella.

“Porque me gustas. Me gusta besarte”.

“Aquí no hay ejército que pueda detenerte”, dijo.

“¿Pero te gustaría?”

“¿Le preguntas a esta chica del corral?” dijo ella, su voz bajando casi a un susurro.

“Te pregunto.”

Ella le dirigió una mirada larga y penetrante que se suavizó hasta convertirse en un atisbo de sonrisa.

“El luchador no lo sabe hasta que lo intenta”, dijo.

Rozó sus labios con los suyos. Suavemente, tan suavemente que era como un cosquilleo, una vibración. Ella no retrocedió. Un calor lo llenó. Él la rodeó con sus brazos, la abrazó con fuerza y sus labios se cerraron. Su boca se abrió, él podía sentir su aliento contra el suyo, su corazón latiendo rápidamente. Su lengua se deslizó dentro de su boca, la abrazó y la acarició durante un largo, largo momento.

Finalmente se separaron.

“¿Gusta?” preguntó.

“Sin quejas.”

“¿Hacerlo otra vez?”

Ella no dijo nada, pero se inclinó ligeramente hacia adelante. River sintió que todo su cuerpo cobraba vida mientras la abrazaba, como si cada parte que tocaba su cálida carne fuera dolorosa, anhelante, eléctrica. Pero éste no era lugar para ello. Él la deseaba, pero la quería lenta, cuidadosa y privada, como en el Templo del Amor, no en la cima de una colina con el ejército justo debajo.

Suspiró y se alejó.

“No es el lugar para eso”, dijo. “No es el momento adecuado”.

Ella asintió.

“Recuperar a esos bebés”, dijo. “Entonces tal vez haga más”.

Él la miró con una repentina sospecha.

“¡Realmente no quieres hacer esto en absoluto!”, la acusó. “Solo intentas asegurarte de que vayamos a buscar los bebés”.

“Consigue bebés, haz lo que quieras con esta... con Kit”.

“¡Vete a la mierda!” dijo, repentinamente furioso. Se levantó y se dio la vuelta, temblando. Tuvo que recuperar el control de sí mismo. Los grandes garrotes le habían inculcado esta furia, y no importaba lo que aprendiera en el Templo del Amor, o cuántas veces decidiera no actuar en consecuencia, siempre sería parte de la base de quién era. La idea le hizo sentir pesadez, lo que podría haber llamado desesperación si hubiera tenido las palabras. En algún lugar profundo de su memoria, un niño pequeño lloró por su mamá. Madre tiró a este cachorro, le dijo una voz ronca. Sintió un golpe en el estómago, pero las palabras dolieron más. Ya no soy el cachorro. Pero luego el ejército convertir el chiplet en un sojuh.

Y uno era un sojuh y siempre lo sería.

Después de un largo momento, se volvió. Ella simplemente estaba sentada allí, con los ojos vidriosos y húmedos de chica del corral.

“Vamos”, dijo. “He estado aquí demasiado tiempo”.

Ella se puso de pie, alarmada. Podía ver miedo en sus ojos y eso lo enojó.

“Consígales bebés”, dijo. Entonces sé bueno. Realmente.”

Ahora toda su rabia se había convertido en una tristeza sorda. ¿Por qué enfadarse con ella? Rajas, llamaban los sojuhs a las chicas de placer, entre otros muchos insultos. Y

eso era Kit, una raja andante con patas. ¿Cómo podía saber algo sobre el deseo y el amor?

“No hay que comprarlo ni sobornarlo”, dijo. “Los luchadores vamos a buscar a los bebés, si podemos, porque ellos también son nuestros bebés. Porque son bebés. No quiero que los bebés pasen por la mierda por la que pasaron estos luchadores... No, tú y yo pasamos. ¡No importa si me besas o no, fóllame o dime 'vete a la mierda'! ¡Ahora somos personas reales, y las personas reales protegen a los suyos!

Se alejó colina abajo. Después de un momento escuchó pasos detrás de él. Se dio la vuelta. Ella lo había seguido y, tentativamente, extendió una mano y la colocó sobre su brazo.

“Eres una persona real”, dijo en un tono apenas más alto que un susurro. “Esta... esta chica... yo... estoy aprendiendo”.

Él inclinó la cabeza y dejó que sus labios volvieran a rozarle la frente.

“Aprender juntos”, dijo. “Aprenderemos juntos”.

Día tras día continuaron por la antigua carretera. Al principio atravesaron un paisaje de colinas bajas, una tierra bastante agradable, pensó Cress, con las montañas

elevándose hacia el Oeste y la sombra de las Sierras colgando en el horizonte oriental como una nube amenazadora. Tierra que alguna vez fue rica y fértil y que aún podría recuperarse.

Pero los terremotos de los años 20s habían tenido un efecto devastador en el Valle, especialmente en aquellas áreas donde décadas de bombeo habían drenado los acuíferos, dejando una costra de tierra situada sobre grandes huecos debajo. Durante años, la tierra se había ido hundiendo, y cuando se produjo el gran terremoto del 28, la tierra no sólo tembló. Se derrumbó.

Ahora atravesaban un paisaje nuevo y espantoso, sedimentos antiguos desmenuzados en tierras baldías, losas de roca colocadas en ángulos extraños como enormes libros caídos de las estanterías de gigantes. En algunos lugares, la antigua carretera quedó sepultada bajo deslizamientos, ríos secos de barro lo suficientemente profundos como para ahogar pueblos enteros. Cress sabía que hacia el Este, las antiguas ciudades de Fresno y Stockton yacían en ruinas, aplastadas hasta convertirlas en palos y escombros, o reducidas a cenizas hasta convertirlas en parches de suelo ennegrecidos donde columnas retorcidas de acero proclamaban que alguna vez hubo algún rascacielos. Los huesos de su madre y su hermana yacían enterrados en algún lugar allí.

Aquí, en la I-5, nunca había habido ciudades, pero a largos intervalos pasaban por las reliquias de las comodidades que alguna vez habían servido a camioneros y viajeros. Un cartel descolorido, inclinado en un ángulo extraño, ofrecía sopa de guisantes de Andersen. Vallas rotas y montones de huesos de vaca marcaban los restos de cercados. Aquí y allá había automóviles viejos, destrozados en choques, con el capó doblado y las ventanas rotas congeladas en el tiempo, aunque los carroñeros habían esparcido los huesos de los conductores. Se toparon con más de un atasco, con largas colas de coches parados permanentemente, con las partes blandas roídas por las ratas y el acero empezando a oxidarse.

Unos pocos aún conservaban restos, aunque los huesos esparcidos a lo largo del camino indicaban cómo la mayoría había abandonado sus vehículos e intentado llegar a algún oasis a pie. Pero algunos albergaban familias enteras, pequeños esqueletos acunados en largos huesos de brazos. Muchos, cuando se dieron cuenta de que no iban a escapar, simplemente giraron el escape hacia adentro y convirtieron sus autos en tumbas.

Cress lo sabía. Él había estado allí. Había visto a su propio padre luchar con un hombre enloquecido por la desesperación, metiendo tierra en el tubo de escape. Había tres niños en ese auto y un bebé en brazos de su madre, y su propio padre pronto se dio cuenta de que podía gastar sus fuerzas para evitar el suicidio pero no podía ofrecerles realmente la vida. Había ochenta millas hasta la bahía,

donde habían oído que había reservas de agua y comida, y apenas tenía suficiente agua para que sobrevivieran él y Cress. Así que siguieron adelante, cerrando los oídos a los gritos que los rodeaban.

Los restos le trajeron todo de vuelta, los sonidos que había intentado con tanto esfuerzo borrar. El bajo gruñido de la tierra en movimiento, el caos del hormigón cayendo y los gritos de su madre interrumpiéndose cuando un bloque de hormigón cayó sobre ella. Y lo peor de todo, los gritos agudos y temblorosos de su hermana mientras yacía enterrada en las ruinas, pidiendo ayuda, pidiendo agua.

Él y su padre habían cavado entre los escombros, su padre como un loco, arrojando enormes trozos de hormigón a un lado, arrancando vigas de las ruinas y provocando nuevas avalanchas, hasta que llegó a una sólida pared de hormigón, demasiado pesada para que pudieran levantarla no importó cuánto se esforzaron y lo intentaron. Cress había emprendido una búsqueda frenética de ayuda y había traído hombres que se alejaban de los cadáveres de sus propias familias, hombres fuertes con enormes troncos, con piernas y brazos como barras de hierro, que cavaban entre los escombros con sus propias manos hasta que alguien tiró del extremo equivocado de una viga, una losa cayó con un gran estrépito de polvo y los gritos cesaron abruptamente.

El peor sonido de todos, entonces, el silencio.

Había visto a su padre lloriquear, sollozando por su hija y su esposa que yacían en algún lugar entre las ruinas. Como había llorado a su vez por su propia esposa e hija. Un legado familiar, pérdida y duelo.

Pero su padre nunca volvió a llorar. Después de eso, Cress sólo vio la sombría determinación de su padre de que al menos saldrían con vida. Habían huido, no por esta carretera sino por la antigua 99, al norte y luego al Oeste hasta la Ciudad, que les abrió sus brazos generosos y acogió a todos los refugiados que se dirigieron hasta allí.

Su padre había custodiado a Cress, lo había protegido lo mejor que pudo, había luchado por él, había robado comida y había sacado agua de los canales de riego agrietados para mantenerlos con vida. Había llevado a Cress a un lugar seguro, pero él mismo estaba destrozado y, poco después de llegar a la ciudad, murió en una de las primeras epidemias.

Las ruinas lo trajeron todo de vuelta. En algún lugar debajo de este valle yacían los huesos de su madre y su hermana. Se habían convertido en esta tierra, y la tierra reseca y rota todavía lloraba con sus voces, pidiendo ayuda, pidiendo agua.

Capítulo veinticinco

Como muchos de los pobres de Angel City, Madrone y Bird se convirtieron en ladrones de agua. Los veinte galones que habían traído de casa de Beth se habían agotado en tres cuartas partes cuando terminaron de arreglar la Puerta de los Muertos. No estaban en los registros de los Stewards, por lo que incluso si hubieran querido pasar gran parte del día esperando en las filas del agua por una escasa ración, no tendrían opción. Peor aún, eran criminales buscados. El rostro de Madrone todavía estaba incluido en las fichas de la policía de Angel City. Bird todavía estaba en su base de datos como un criminal fugitivo.

Sabían que los antiguos manantiales continuaban en algún lugar debajo de las ruinas, pero saberlo no les confería superpoderes para mover toneladas de hormigón y vigas de acero retorcidas.

Bird esperó un sueño, pero no llegó ningún sueño. Madrone invocó sus poderes de abeja, pero no pudo detectar ningún olor a humedad. No había avellanos en cuarenta millas que pudieran cortar en un palo bifurcado para buscar. Probaron con alambres doblados y experimentaron con ramas de ailanto, sosteniéndolas con esperanza, esperando una contracción o una caída. Pero no obtuvieron resultados.

Pasaron días buscando en vano. Los pasillos prometedores no conducían a ninguna parte. Los pozos inevitablemente quedaban bloqueados.

“En este momento, una topadora sería útil”, dijo Bird, mientras él y Madrone intentaban desencajar un pesado trozo de concreto de una abertura prometedora. “O un equipo de ex-sojuhs enloquecidos por la testosterona”.

“O un superpoder”, dijo Madrone.

“¿Las abejas no te enseñaron a levitar concreto?”

“No cuando hay toda esta kriptonita por ahí”.

“Una simple retroexcavadora sería suficiente”. Bird se secó un chorro de sudor de la frente. Se miraron sombríamente.

“Podríamos volver a casa de Beth”, sugirió Madrone. Tenía calor y estaba cubierta de un polvo gris que se le pegaba a la piel. Tenía la garganta seca, pero ya estaba en la mitad de su

ración de agua del día. El sótano de Beth parecía un oasis de comodidad y lujo.

Pájaro negó con la cabeza. “Es demasiado peligroso, para ella y para nosotros. Su casa podría estar vigilada. Y no puede permitirse el lujo de seguir dándonos sus raciones. Tendremos que usar el mapa”.

Durante los preparativos para el viaje, Bird había consultado con el Colectivo de Investigadores, una rama del Gremio de Técnicos. Habían buscado en bases de datos arcaicas y habían llegado a un precioso mapa de las líneas de agua subterránea que alimentaban Angel City. El mapa era antiguo, pero los Stewards habían añadido poco o nada a la infraestructura existente. El mayor problema era que muchas de las líneas sin duda habían sido destruidas en los desastres de los años 20.

Las líneas que alimentaban Harmony Village hacía tiempo que estaban cortadas, pero a aproximadamente un kilómetro y medio de distancia, una arteria importante llegaba hasta los puertos del sur de Long Beach. Esa canalización todavía debería estar funcionando, o eso creía el Colectivo de Investigadores. Si no fuera así, los puertos estarían desiertos y secos. Era la mejor apuesta para una intervención ilegal.

Katy les había enseñado las técnicas para conectar una tubería de agua. Traían consigo un taladro y enchufes. Estaban preparados.

La oscuridad los cubrió como una manta. No utilizaron luz, pero se movían por la ciudad lentamente mientras sus ojos se acostumbraban a la noche. Habían dejado las bicicletas y la carreta en el Refugio. Si necesitaban esconderse, no podían permitirse el lujo de cargas. Y, por útil que fuera el carro para transportar el agua, no podían arriesgarse a dejarlo vulnerable a los ladrones mientras exploraban bajo tierra. Entonces caminaron. El objetivo estaba a sólo una milla de distancia, en el borde donde la Zona de la Muerte se fusionaba con los tramos simplemente abandonados del antiguo centro de la ciudad.

Era extraño, pensó Madrone, este vacío oscuro en el centro de una gran ciudad que alguna vez estuvo llena de luz, ruido y movimiento. Recordó que Maya les había contado que el cielo nocturno de su infancia en Los Ángeles era de un brillo brumoso, el smog reflejaba las farolas y el neón. Sólo unas pocas de las estrellas más brillantes habían sido visibles alguna vez. Hasta que Maya creció y huyó a lugares salvajes no vio la Vía Láctea.

Ahora las estrellas eran lo suficientemente brillantes como para seguir el rumbo. No había luces brillando en la Zona de

la Muerte ni en las calles desiertas del viejo centro. Nadie salía después del toque de queda. Nadie más que ellos, y aquí y allá, otras sombras reptantes, otros ladrones.

Madrone sintió una sensación de vacío en el estómago. Envidiaba la capacidad de Bird para ignorar el miedo, o más bien, para atravesarlo y llegar a otra zona de calma. Más que eso, él estaba disfrutando esto, se dio cuenta. Había estado absorto y con ansiedad mientras preparaba su equipo, como un niño entusiasmado ante la perspectiva de la aventura. Pero no podía ignorar la inquietud que sentía, la sensación de que algún destino oscuro acechaba en las sombras y que cambiaría sus vidas para siempre.

Las tuberías de agua corrían muy por debajo del nivel original de las calles, incluso más profundamente debajo de los montones de escombros y los estratos de basura y restos que yacían sobre la vieja ciudad como una nueva geología. Sin embargo, aquí y allá había oportunidades. Algunos antiguos registros todavía daban acceso a las alcantarillas, por donde pasaban tuberías de agua limpia por encima de los desagües. Los viejos sótanos de rascacielos en ruinas, abandonados por falta de energía y mantenimiento, a veces todavía daban acceso a tuberías donde no se había cortado el flujo de entrada. Incluso había uno o dos grifos que todavía funcionaban, que en otro tiempo habían regado céspedes y arbustos, cuando esas cosas eran comunes en esta parte de la ciudad.

“No haremos las alcantarillas”. Madrone había sido clara en eso. “No, a menos que no tengamos otra opción. Nunca podremos conseguir suficiente agua para eliminar el hedor”.

“Las alcantarillas probablemente serían la oportunidad más segura”, había dicho Bird.

“No tan seguras si nos muerden ratas o contraemos alguna enfermedad infecciosa”.

“¡Entonces podrías curarla, sanadora!”

Ella sacudió su cabeza. “No apuestes por eso. ¿Qué pasa si enfermo demasiado para curarme? ¿Por qué no buscamos una bonita fuente abandonada?”

“Porque si tal cosa existiese, cada ladrón de agua en un radio de cincuenta millas la tendría cubierta”.

Al final, se decidieron por un rascacielos en ruinas que ahora era su objetivo. La oscuridad apenas los frenó, y al poco tiempo vieron que se alzaba sobre ellos, una sombra rectangular que bloqueaba las estrellas.

Era un gran complejo que cubría una manzana completa de la ciudad. Madrone y Bird bordearon el perímetro, buscando una manera de entrar. Afiladas y dentadas lanzas de grueso vidrio, como el dibujo infantil de una cadena montañosa, rodeaban la planta baja.

Se movían lentamente, con cuidado de permanecer fuera de la vista. El circuito les tomó casi una hora, pues cada vez que escuchaban un sonido se quedaban inmóviles, esperando escuchar si los pasos de una patrulla se acercaban hacia ellos. Pero los sonidos resultaron ser roedores al acecho, o la ligera brisa moviendo un viejo trozo de cartón.

Finalmente, en el lado más alejado de la ruina, encontraron un trozo de pared en pie con una puerta cortafuegos en su costado. Era de metal, pintado de un verde oscuro que se desconchaba por partes. El óxido había grabado su superficie con vetas rojas como runas misteriosas. Su cerradura electrónica estaba oxidada desde hacía tiempo, y Pájaro tiró de ella con fuerza. Con un gemido como el de una bestia enfurecida, se abrió.

“Tú vigila”, dijo Bird a Madrone. “Yo entraré”.

“De ninguna manera”, dijo Madrone. “Iremos juntos”.

“Podría ser peligroso”.

“Eso sí que sería un cambio, ¿no?”. Empujó y entró.

Se atragantó con el olor a moho que se levantaba con las nubes de polvo de los restos de una alfombra podrida.

“¡Alto!” le advirtió Bird. Dentro, la oscuridad se hizo total. Arriesgó una luz rasante. Enormes secciones del suelo se

habían desprendido, revelando un entramado de vigas de acero dobladas y retorcidas como si una mano gigante las hubiera estrujado hasta deformarlas. Un grupo de sillas de plástico naranja se hallaba incongruentemente aislado en una isla intacta del suelo, como si alguien las hubiera juntado para celebrar una reunión. Tal vez sí, porque otros también merodeaban por la noche.

Bordearon los bordes de una sima y encontraron un pasillo que sólo había sobrevivido con algunas grietas en la otrora blanca pared de yeso y con puertas torcidas en sus marcos. Se apresuraron a recorrerlo en busca de una escalera.

Un letrero en una puerta de metal gris decía “Salida”. Pero cuando abrieron la puerta, el interior era una masa de hormigón y escombros metálicos caídos.

“No hay forma de pasar”, negó Bird con la cabeza. “Vamos.”

Al lado de la escalera estaban los ascensores: seis puertas cerradas, tres a cada lado del vestíbulo. Madrone presionó el botón de llamada de manera experimental, pero ningún sistema eléctrico que llevara mucho tiempo muerto volvió a la vida. Las puertas permanecieron cerradas.

Bird sacó una palanca corta de su paquete de herramientas. La metió en la abertura entre dos de las puertas, tiró y empujó. La ranura se ensanchó.

“Ayúdame”, dijo.

Madrone sumó su fuerza a la de él. Con un chirrido, la puerta cedió y se abrió.

“Puedo pasar”, dijo Bird. “Espera aquí, asegúrame con la cuerda”.

No, no me dejes, quiso suplicar Madrone, pero se obligó a permanecer en silencio, simplemente asintiendo mientras él se ponía su cinturón de escalada. Buscó por un momento en el vestíbulo oscuro y lleno de escombros hasta que encontró unas pequeñas cuñas de metal que clavó en la base de las puertas del ascensor.

“No quiero que de repente decidan cerrarse”, dijo, sonriendo.

Sacó la cuerda que habían traído y la desenrolló mientras él la enganchaba. Envolviéndola alrededor de su cintura, se apoyó contra la puerta mientras él se metía por la abertura y se empujaba, descendiendo en rápel por el pozo en una serie de largos saltos. Ella soltó cuerda mientras él descendía, hasta que por fin sintió que se aflojaba.

Y luego sólo quedó esperar. Para evitar que su mente imaginara horrores, comenzó a escuchar profundamente, buscando cualquier sonido de vida.

No había abejas en kilómetros a la redonda, ni aliados que los salvaran si alguien llegaba. Le pareció oír el crujido y el gemido del metal, el ligero movimiento de los escombros. Si se produjera otro terremoto mientras Bird estuviera allí abajo... pero no, ella no lo imaginaría. Pensaría en su Refugio, los jardines que construirían, el centro de curación que establecerían. Encontrarían agua. Tenía que creer en ello.

A Bird siempre le había gustado escalar, y lo que más le gustaba era hacer rápel, soltar la cuerda y deslizarse hacia abajo con largos saltos, rebotando por las paredes de los acantilados en el brillante aire azul. Una vez, en su juventud, en uno de los viajes del Grupo de Aprendizaje a las Sierras Altas, él y sus compañeros de estudios habían explorado cuevas. Después de largas conferencias sobre seguridad, Jacquez, su instructor les había hecho repasar una y otra vez los nudos, las señales, el protocolo, les había hecho atar las linternas a sus muñecas como había hecho Bird ahora.

Mientras descendía, se sintió otra vez como aquel joven pájaro, libre e ingrátido. Con el arnés, cayendo en la oscuridad a grandes saltos, su pierna mala no le molestaba. La rigidez de sus dedos no era un obstáculo sobre las cuerdas.

Descender al pozo fue como adentrarse en las profundidades de una cueva. Las tuberías de agua de la torre corrían a su lado y las golpeaba ligeramente con su llave de metal a intervalos, esperando que saliera agua. Sonaron huecas y vacías. Pero en el fondo esperaba encontrar el tubo de alimentación que conectara con una línea principal y, que con suerte, estuviera llena.

Cuando llegó al final de su línea de treinta metros, todavía estaba muy por encima del nivel del sótano. Tiró de la cuerda, indicándole a Madrone que iba a añadir más hilo, y con un nudo firme aseguró los quince metros extra que había tenido atados sobre sus hombros. La cuerda vibró cuando estiró hacia atrás, indicando que todo estaba bien.

Continuó hacia abajo. Con cuidado y precisión como les había inculcado Jacquez. Pensando en cada paso. Tomar precauciones para no perder la cuerda y dejarla oscilar libremente y fuera de su alcance. Para no dejar caer la linterna y quedar atrapado en la oscuridad informe. Su estómago estaba revuelto por la adrenalina pero se encontró sonriendo. Está bien, lo admito, pensó. Estoy disfrutando esto. ¡No me había divertido tanto desde que aprendí a hacer snowboard!

Bajando y bajando, como en aquellos trances que solía conducir Maya, hacia el inframundo. Cuando la cuerda finalmente terminó, todavía estaba a tres metros por encima de la parte superior de una caja de metal, la cabina

del ascensor, que esperaba firmemente que estuviera al nivel del suelo. Había una escalera de mantenimiento de acero oxidada fijada a la pared, en un pequeño nicho que subía y bajaba junto al ascensor. Se separó de una de las cuerdas y se balanceó salvajemente por el espacio hasta que pudo agarrarse a un peldaño. Aferrándose a la escalera, desató la cuerda, con cierta desgana. Era su salvavidas, y de repente sintió que si la abandonaba, podría aislarse irreparablemente del mundo superior, de la luz, del aire y de Madrone. Tiró de ella con cinco tirones bruscos, indicando que la estaba soltando, y luego la ató firmemente a uno de los peldaños.

Se deslizó por el estrecho canal y llegó al fondo. Debajo de él, en una zanja, había líneas de tuberías de hierro. Una la reconoció como una tubería de agua y la tanteó. Fue genial. Lo golpeó con la llave y se produjo el ruido sordo de una tubería llena de agua. *¡Gracias a la Diosa!*

Enfocó su luz sobre el conducto. Si el agua estuviera bajo presión, podría hacer un agujero en la parte superior y saldría a borbotones, pero sería más difícil capturarla de manera eficiente y el tiempo era esencial para llenar sus contenedores. Cuanto más permanecían aquí abajo, más crecía el peligro de ser descubiertos.

Es mejor hacer un agujero más cerca de la parte inferior de la tubería. Abajo había suficiente espacio para que pudiera apretar y bajar un envase.

Habían tenido una larga discusión, alrededor de la chimenea, sobre cuántos contenedores llevar. Cada vasija de cinco galones, cuando estuviera llena, pesaría más de cuarenta libras³².

Bird se había ofrecido a llevar dos, pero Madrone había vetado esa idea.

“Tal como está, ya te estresas bastante la pierna mala”, había dicho.

“Puedo llevar dos”.

“¿Ochenta libras?” había preguntado con escepticismo.

“He viajado con esa cantidad”.

“No por mucho tiempo. Y tendremos que actuar rápido”.

Se habían comprometido a aceptar que cada uno llevara un envase e intercambiaran el tercero entre ellos. Quince galones les bastarían para una semana, si tenían mucho cuidado, y tal vez para entonces encontrarían los manantiales.

Sacó el taladro de diamante y seleccionó su lugar, haciendo una mueca ante el ensordecedor chirrido de la broca mientras devoraba el metal. Se preguntó si Madrone

32 1 libra, aprox. 0,5 kg. 1 galón aprox. 3,8 litros.

podría oírlo desde arriba o si alguien más podría oírlo. ¿Atraería alguna persecución?

Había hecho un pequeño agujero, de sólo media pulgada de diámetro. Un agujero demasiado grande podría registrarse como una pérdida de presión en los monitores de los mayordomos. Pero un agujero demasiado pequeño requeriría más tiempo para llenar sus envases, y cada minuto extra aumentaba su peligro. Como tantas cosas en la vida, fue un compromiso.

Puso la primera vasija a llenar y cronometró el tiempo. Cuatro minutos y medio. La quitó, la tapó y puso a llenar el segundo recipiente, mientras tomaba la primera y subía de nuevo a la escalera, la ataba al extremo de la cuerda y le daba la señal a Madrone para que la subiera.

“Todo está bien”, respondió ella, y el envase comenzó a subir.

Madrone no se había quedado de brazos cruzados. Cuando Bird le indicó que estaba fuera de la cuerda, comenzó a explorar, porque se le ocurrió que transportar cuarenta libras de agua a una altura de 150 pies no iba a ser fácil. Nada en el pasillo parecía útil, así que de mala gana se introdujo por la puerta y se metió en el hueco.

A lo lejos, muy abajo, podía ver el pálido brillo de la luz de Bird. Ella usó la suya. La puerta se abría directamente a la larga caída, pero un pequeño estante al lado conducía a una viga de acero que separaba el pozo de su gemelo al lado. La viga era lo suficientemente ancha como para sostenerla. Encima de ella había otra viga más estrecha que serviría de soporte para la cuerda.

No lo pienses, simplemente hazlo. Eso le había dicho su instructor de escalada cuando se quedó congelada en medio de un acantilado. Madrone lo repitió tres veces antes de obligarse finalmente a hacer el movimiento. Ella hizo una señal hacia abajo de la cuerda “¡Espera!” aunque pensó que para entonces Bird ya se había soltado y rápidamente deslizó un pie a través de la estrecha puerta, buscando la cornisa. Arriba, sus manos encontraron un agarre, como si la cornisa hubiera sido construida para que la usara alguien como ella.

Probablemente era para mantenimiento, en caso de emergencia, pensó. Se deslizó a lo largo hasta que pudo descender hasta la viga, sentándose a horcajadas con sus muslos sobre ella. Una escalera de mantenimiento de metal bajaba por la pared en el lado opuesto del pozo, y ella la cruzó. Pasó un pequeño lazo de hilo de repuesto a través de un peldaño de la escalera y lo enganchó. ¡Ahí, un seguro!

Haciendo equilibrio con cuidado, tendió un largo bucle de la línea principal. Lo sujetó firmemente, porque si lo perdía, Bird no tendría manera de volver a subir. Respiró hondo y

arrojó el extremo suelto por encima de la viga. ¡Falló! Golpeó contra la viga y volvió a caer. Soltó un poco más de cuerda, se inclinó más hacia afuera de la escalera y lanzó. ¡Sí! Pasó por encima de la viga y quedó colgando lo suficiente como para que pudiera enganchar un dedo en el mosquetón que sostenía su extremo.

Sujetó el mosquetón a la escalera. Eso aseguraría el final y evitaría que se le cayera accidentalmente y condenara a Bird. Y ahora la viga soportaría el peso del agua y serviría como punto de apoyo, para poder tirar hacia abajo y levantar los envases de agua. Eso sería mucho, mucho más fácil que intentar izarlas.

Se sentó de nuevo con un gran suspiro de alivio. Sabía que su línea de seguridad la atraparía si resbalaba, pero saberlo no era lo mismo que confiar. Respiró hondo para calmarse. Tierra, pensó. En algún lugar muy por debajo de nosotros está la tierra. Echar raíces en ella, aporta solidez, estabilidad.

Cuando Bird dio la señal, estaba lista. El recipiente pesaba y pronto le dolieron los brazos, pero apretó los dientes y se alejó.

Por fin, el envase apareció a la vista de su linterna frontal. Se obligó a ignorar sus músculos doloridos y tirar más rápido. Cuanto más rápido enviara la cuerda a Bird, antes podrían salir de allí. Podía sentir el peligro acechándolos, como una presión sutil en su oído interno, como si la altitud a su

alrededor estuviera cambiando, empujándolos a la zona de la muerte.

Desató la vasija, la colocó firmemente detrás de un peldaño de la escalera que subía por la pared y luego la ató a un pequeño trozo de metal que habían traído como peso. Inclinandose con cuidado, arrojó la cuerda hacia abajo, rezando para que no se enganchara en nada. Con alivio, sintió que Bird le devolvía la señal. Todo está bien.

El segundo y tercero recipientes se habían llenado mucho antes de que Madrone lograra sacar la primera. Ahora Bird ató otro envase y tiró de la cuerda. Poco a poco empezó a subir.

Volvió a bajar y empujó un tapón de goma suave en el agujero de la tubería para taparla. Podrían volver, si fuera necesario, y sería más rápido y más fácil la segunda vez. Pero cuanto más a menudo regresaran, más probabilidades había de que los vigilaran y los atraparan. Así atrapaban a los ladrones de agua.

Cuando levantó el segundo recipiente y lo aseguró en el estante junto al primero, los brazos de Madrone gritaban. Ella ignoró el dolor. Valdría mucho más la pena reponer sus reservas de agua.

Sólo faltaba una más. Ató otro peso a la cuerda y la dejó caer. Pero se desvió y el peso atrapó los peldaños de la escalera que bajaba por el costado del pozo.

Maldiciendo, Madrone intentó sacarla, pero estaba atascada. Tratando de no entrar en pánico, tiró y tiró, pero no se movió. Se preguntó si debería atreverse a arriesgarse a llamar a Bird. ¿Pero qué diría ella? ¿Que podía hacer? La cuerda quedó atrapada cerca de la parte superior; no había manera de que pudiera liberarla desde abajo.

Tendría que bajar y liberarla. La escalera descendía hacia la oscuridad. Si no se separaba de la pared... si los peldaños no se rompían bajo sus pies... si sus manos no resbalaban... pero no había ayuda para ello. Independientemente del peligro, tendría que bajar y desatarla.

Un tirón más... nada. Denigrando con cada maldición retribucionista que se le ocurrió, se desabrochó, ató firmemente el extremo de la línea principal a la viga, agarró la escalera con las manos sudorosas y comenzó a bajar. No mires hacia abajo. No pienses en la caída. Piensa en Bird, atrapado abajo si fallaba. No, no pienses en eso, es muy aterrador. Piensa en bebés jugando en la arena. En hacer montañas de arena y pequeños estanques... no, eso distraía demasiado. Despertó en ella demasiado anhelo de volver a casa, de estar a salvo, de tener esos bebés...

Los peldaños de la escalera estaban resbaladizos y tenía las manos sudorosas. Piensa en tus nietos, bisnietos. Y ella convertida en una mujer vieja, vieja, anciana como Maya...

De repente, sus pies se debilitaron. Un peldaño se soltó y cayó ruidosamente por el pozo. Se agarró con fuerza, sintiendo que sus manos sudorosas comenzaban a deslizarse mientras tomaban el peso de su cuerpo. Sacó los pies, buscando el siguiente peldaño. Aire. Su mano izquierda se estaba resbalando...

Allí estaba: su punta del pie lo sentía. ¿Se atrevía a comprometer su peso? Pero tenía que hacerlo. No había otra opción. ¡*Diosa*, no puedo hacer esto!

Pero ella lo hizo. Deslizó su pie sobre el peldaño, sacó una mano del peldaño que agarraba y la dejó deslizarse por el riel de soporte lateral de la escalera.

Y entonces su pierna izquierda se engancho con algo. ¡La cuerda!

Engancho un brazo en la escalera y se agachó con cautela, esforzándose por liberar el peso. Con gran alivio, sintió que se soltaba. ¡Gracias Diosa! La levantó y se inclinó lo más que pudo para dejarla caer con cuidado en el eje hacia abajo.

Oyó un ruido metálico abajo y un ruido sordo. El sonido resonó en la oscuridad como si fuera una campana para

llamar sobre ellos todas las fuerzas de destrucción. Luego silencio.

Ella volvió a subir la escalera. Subir era más fácil que bajar a tientas en la oscuridad. Cuando llegó al peldaño roto, pudo agarrar por encima de él e izarse. Con gran alivio, volvió a colocarse en la seguridad de su posición.

La cuerda vibraba con la señal de Bird. La agarró y empezó a sacar el último envase de agua.

De repente ella se quedó helada. Resonaron voces por el pasillo y pasos. Escuchó gruñidos y golpes, como si empujaran y arrastraran a algo o a alguien que se resistía.

¿Qué hacer? No tenía tiempo de bajarse de la viga, cruzar la cornisa y salir por las puertas, ni ningún lugar donde ponerse a cubierto y correr, incluso si hubiera estado dispuesta a abandonar a Bird. Deseó que la puerta del ascensor estuviera cerrada, pero entonces, por supuesto, no habrían podido abrirla de nuevo y quedarían atrapados. Lo mejor era quedarse donde estaba, escondida y en silencio, oculta tras el manto de la oscuridad.

En silencio, sin apenas atreverse a respirar, volvió a bajar el envase y tiró de la cuerda para indicar: “¡Peligro! ¡Tranquilo!”

Afuera de la puerta se oyó un ruido de forcejeo. Escuchó el ruido de múltiples pasos y luego se detuvieron.

“Pis de los dioses, alguien estuvo aquí antes que nosotros”, ladró una voz áspera.

“Nos ahorraron tiempo con las puertas”.

“Lo más probable es que llegue el Lash”.

“Entra. Conecta el engendro.

Un gemido resonó a través del pozo. Era el llanto de un niño, alto y aterrorizado. Una fuerte bofetada lo cortó.

“¡Cállate, cachorro de puta! ¡Cierra esa boca engendrada por demonios o te la cerramos!

Se oyó un sonido jadeante y ahogado, como un sollozo atragantado.

“Mejor. Ahora, baja con la cuerda, en silencio, o baja rápido, sin cuerda. ¿Qué va a ser?

Los sollozos desaparecieron.

“Ya basta de esta mierda. ¡El ruido seguramente atraerá a los Lash!

Otro forcejeo, un grito y luego algo caía volando, gimiendo de terror. Madrone olvidó su propio miedo, se abalanzó sobre él y lo agarró. Su impulso lo llevó fuera de la viga, pero su arnés aguantó. Agarró una tela áspera que comenzó a deslizarse lentamente. Balanceándose sobre su corta

cuerda, se agitó frenéticamente y logró agarrar una muñeca pequeña y delgada. Con un movimiento rápido, levantó al niño y le tapó la boca. Los lamentos se extinguieron. Un trozo de hormigón cayó con un ruido sordo y rebotó contra las paredes. Se balanceaban como un péndulo en la oscuridad.

Presionó al niño contra su cuerpo, sosteniéndolo con fuerza. No sabía si era niño o niña, pero olía a agrio y a sucio. Ella luchó contra el impulso de tener arcadas.

“¿Y ahora vas a crear problemas, idiota?”

“No, señor”, dijo una vocecita.

“Lleva a Jesús allí abajo, haz el trabajo”.

“¿Seguro que esa pequeña enredadera no está en alguna parte de la pared?”

“No importa. ¡No se bajará de la pared!

El haz de una potente linterna iluminó el pozo y pasó por encima de la pared, justo encima del lugar donde estaba atada la cuerda de Madrone. Ella se quedó quieta, agarrando al niño aterrorizada. La luz pasó junto a su pie y apuntó hacia las profundidades.

“Demasiado hondo, no puedo ver una mierda”, dijo la segunda voz.

“No seas cojo. Hazlo y lárgate”.

Con un crujido, bajaron otra cuerda con una pequeña figura aferrada a ella. Bajaba y bajaba en un silencio helado, el único sonido era la respiración pesada y las suaves maldiciones de arriba.

Madrone abrazó al niño que había agarrado cerca de ella, ahogando el sonido de su respiración en su camisa. Se preguntó cuánto tiempo tendrían que permanecer allí colgados y cómo podría volver a subirlos a la seguridad de la viga. Era fuerte, pero no lo suficiente como para subir por la cuerda con una mano mientras sostenía al niño. Pero si no lo hacía, ¿cómo regresaría Bird? ¿Morirían todos, ella y el niño balanceándose lentamente hasta que su brazo se debilitara y el niño cayera, o morirían de sed y deshidratación? ¿Perecería Bird solo, abajo, sin saber nunca lo que les había sucedido?

No. Ella no podía pensar de esa manera. Castillos de arena. Bisnietos. Tal vez redecoraría su dormitorio cuando llegaran a casa. Pintaría las paredes de un nuevo color.

No podía congelarse. No aquí, no ahora. El azul sería agradable y relajante. Tenía que permanecer alerta, escuchar, estar lista, una vez que los hombres se fueran, para de algún modo volver a subir ella y al niño aterrorizado a su posición, y luego sacar otros cinco galones de agua, y luego al propio Bird. No, no pienses en eso. Piensa en el

verde, o tal vez en un bonito amarillo ocre natural. Y sábanas nuevas. Ella misma se cosería las sábanas nuevas. Y fundas de almohada. Con bordes tejidos a crochet. Habían pasado años desde que había tejido algo, pero todavía podía recordar cómo. Se imaginó la aguja, envolviendo el hilo y atravesándolo, agarrándolo y tirando de él hacia atrás. Podía sentir el agarre suave, el tirón, la liberación mientras el rizo se deslizaba a través del bucle. Un buen hobby para una abuela, una bisabuela. Podía sentir que envejecía con esta espera, su cabello se volvía gris.

Por fin, los hombres de arriba soltaron una nueva serie de maldiciones y comenzaron a levantar algo pesado. Golpeó y golpeó los lados del pozo mientras ellos maldecían furiosamente. Lo pesado que subía con la parte inferior de la cuerda se balanceó y Madrone pateó con fuerza para apartarlo de su camino. Casi los rozó: el niño jadeó y Madrone apretó la boca más cerca de él. Se balancearon violentamente y chocaron contra la pared del pozo. Sintió que el borde de la escalera le lastimaba el muslo y rápidamente liberó una mano para agarrarse.

Seguridad. Esa escalera, que hace tan poco tiempo era lo más aterrador y peligroso que podía imaginar, ahora parecía un refugio seguro. Podía enganchar una pierna y estabilizar su balanceo, y cuando fuera seguro, podía volver a subir, un peldaño a la vez. ¡La salvación!

Por fin, los hombres de arriba arrastraron su pesada carga por el borde y salieron al vestíbulo del ascensor. Un momento de silencio y luego el espacio estalló en juramentos y maldiciones. Un enorme trozo de hormigón cayó por el pozo. Esperaba ante la Diosa que Bird se hubiera puesto a cubierto.

“¡Quédate ahí abajo, maldito engendro de cucaracha! ¡Estúpido pedazo de pus! ¡Muere lentamente, en la oscuridad!

“¡Cierra las puertas!” –ordenó la segunda voz.

“¿Por qué? Ratspill no tiene alas, no puede volar”.

“No dejes pruebas”.

Gruñendo y resoplando, raspando... Madrone se quedó helada de miedo. ¿Cómo podrían volver a abrirlas?

“¡La hija de puta está atascada!” se quejó la segunda voz.

“Déjalo”, dijo la primera voz. “Hemos estado aquí demasiado tiempo. Vámonos antes de que el Lash venga a husmear.

Un resoplido y luego el suave arrastrar de sus pasos alejándose. Era el sonido más hermoso que Madrone había oído jamás.

“¿Puedes agarrarte a mi espalda?” le preguntó al niño. “Así es, rodea mi cintura con tus piernas y rodea mi cuello con tus brazos. No demasiado apretado, ¡no me estrangules! Bien. De acuerdo, aguanta.”

Rápidamente subió la escalera, con el niño aferrado con fuerza a ella. Con manos temblorosas, se sujetó con fuerza a sí misma y al niño, luego tiró de la cuerda para darle a Bird el visto bueno. Durante un largo momento no pasó nada. ¿Qué haría ella si él no respondiera? ¿Y si estuviera muerto, o hubiera perdido la cuerda, o...?, pero se produjo un bendito tirón en respuesta. Tiremos.

Subió el tercer recipiente en un tiempo récord, a pesar de que le dolían los brazos. El pánico le confería un bendito entumecimiento. La desenganchó y dejó caer la cuerda, rezando para que esta vez cayera bien. Lo hizo. Pronto sintió que Bird daba la señal: tirar. Se preguntaba cómo encontraría la fuerza para levantarlo, pero para su sorpresa no había ningún peso en la cuerda, sólo una serie de tirones que le decían que tensara la cuerda y asegurara. Debe estar usando la escalera, pensó. Subió rápidamente. Sólo en un tramo pudo sentir su peso, tal vez la escalera se había oxidado y se vio obligado a trepar por la cuerda. Luego, para su bendito alivio, el peso volvió a aflojarse.

Podía ver algo moviéndose en las profundidades. Una figura trepaba por la pared, como una araña gigante. Ahora podía oírlo, jadeando un poco. Todo el tiempo el niño se

aferraba a su espalda, en silencio excepto por su respiración jadeante.

Finalmente estuvo justo debajo de ella. Miró hacia abajo y vio que él también tenía un niño aferrado a su espalda. Levantó la vista y la vio en la viga.

“¿Estás bien?” preguntó.

“Sí. ¿Y tú?”

Bird subió hasta que su cara estuvo al nivel de la de ella. Él estaba sonriendo, observó con un repentino destello de ira. ¡Estaba disfrutando esto!

“He penetrado en los profundos pozos de las Tierras del Sur”, dijo. “Y ahora...”

“¿Qué?”

“¡Ahora veo que estás embarazada!”

“¡Cállate y sácanos de aquí!”, le espetó.

“Asegurado”.

Ella se preparó cuando él se subió a la viga.

“¿Cómo, en nombre de Hella, llegaste hasta aquí, señorita Miedo a las Alturas?” Él silbó mientras contemplaba su estrecha posición.

“No preguntes”.

Suavemente, aflojó los dedos apretados del niño que tenía sobre su espalda y lo colocó sobre la viga.

“No te muevas. Estarás bien.”

Luego aflojó la cuerda y saltó hacia la puerta. Su pie derecho logró asirse, agarró ambos bordes con las manos y se encajó con los codos. Tiró de la cuerda y la acortó hasta que llegó a la plataforma de Madrone.

Ella ató los recipientes de agua, una a una, y él las arrastró. Improvisando una eslinga con un lazo, ató al niño más pequeño y Bird tiró de él hasta ponerlo a salvo. El más grande sacudió la cabeza y se arrastró con confianza por la viga, se subió a la cornisa y salió por la puerta.

Bird volvió a lanzarle la cuerda. Ella se enganchó, desenganchó la cuerda de seguridad y regresó a la repisa lo más rápido que pudo.

“Menos mal que las atascaste”, dijo mientras se colaba por las puertas. “Esos hombres iban a cerrarlas. Nos habrían encerrado”.

“No pienses en eso”, dijo Bird. “No lo hicieron. Ahora saquemos al pato peludo de aquí”.

Levantaron los recipientes y corrieron rápidamente por los pasillos, con los dos niños pegados a ellos. Su huida dejó un rastro claro a través del polvo y Madrone rezó para que pudieran salir antes de que los Lash los detectaran y los encontraran.

Llegaron a la puerta cortafuegos sin ser molestados y Bird le dio un fuerte empujón. No se abrió. Dejó los recipientes, apoyó todo su peso sobre ellos y empujó. Se movió uno o dos milímetros.

“¡Mierda!” dijo Pájaro. “No es la cerradura; alguien la bloqueó desde afuera. ¡Estamos atrapados!”

“Tiene que haber otra salida”, dijo Madrone.

Regresaron apresuradamente por los pasillos, apretujándose entre gigantescos trozos de cemento caídos. Fragmentos de vidrio roto se alzaban como montañas bidimensionales a cada lado de ellos.

El niño mayor corrió hacia adelante.

“¡Aquí!” gritó.

Estaba de pie junto a una pared de cristal, ahora quebrada y agrietada, demasiado alta para trepar a ella. Pero había un pequeño agujero en una esquina. Los chicos podrían pasar. Bird y Madrone tendrían que seguirles.

Madrone se cubrió las manos con las mangas de su chaqueta, se arrojó al suelo y se abrió camino hacia el otro lado. Bird le acercó los recipientes de agua. Mientras los sacaba, oyeron el sonido de botas marchando y voces. Bird se zambulló a través de la grieta, ajeno a los cortes y rasguños.

Una vez afuera, recogieron su preciada agua y corrieron. Oyeron cómo se movían bloques de hormigón cerca de la puerta contra incendios, que estaba a la vuelta de la esquina.

“Vamos”, susurró Bird. “Con suerte, les tomará un tiempo revisar el interior, pero encontrarán nuestras huellas a través del polvo y verán por dónde salimos”.

Corrieron con los envases en brazos, mientras los chicos corrían justo delante. Bird los dirigió por una ruta indirecta a través de callejones y patios, alejándose del rascacielos y del Refugio.

Finalmente se detuvieron en la entrada de una tienda con los cristales rotos. Silenciaron su respiración y escucharon cualquier sonido de persecución. Pero sólo se oían los sonidos ordinarios de la noche, el susurro de las ratas en las sombras y el suave ulular ocasional de alguno de los búhos que se habían instalado en las ruinas.

Madrone no tenía idea de dónde estaban, pero Bird parecía tener un mapa en la cabeza. Los condujo rápidamente de regreso a través de las ruinas.

Cuando el cielo negro se tornó índigo, llegaron a lo que habían comenzado a llamar la Puerta de los Muertos. Los primeros rayos del sol naciente se arrastraron como dedos explorando las vacías cajas torácicas, las prominentes mandíbulas y las vacías cuencas de los ojos. Las figuras esqueléticas parecieron cobrar vida con la luz, brillar con una animación espeluznante.

Los chicos se quedaron paralizados, mudos de terror.

“Está bien”, murmuró Madrone. Al ver su efecto en los niños, comenzó a sentirse más segura de que su cuadro de muerte podría realmente funcionar para ahuyentar a los intrusos. “No tengáis miedo. Los muertos no os harán daño. Ellos son nuestros amigos. Nuestros defensores”.

“Mientras estéis con nosotros, estaréis a salvo”, dijo Bird. “Pero no intentéis escaparos por vuestra cuenta ni traer a la policía de vuelta aquí. Los muertos lo sabrán y os atraparán”.

Madrone le dirigió una mirada furiosa. “Estoy tratando de tranquilizarlos”, siseó.

“Lo sé. Pero no queremos que intenten escapar y traigan de vuelta a los Lash”, le susurró al oído.

A casa, pensó Madrone mientras atravesaban el pasillo, seguidos por los apagados chicos. A pesar de todo, en este montón de escombros había llegado a sentirse como en casa.

Capítulo veintiséis

Las tierras baldías terminaban abruptamente en un acantilado que se alzaba sobre ellas, marcando el borde del gigantesco sumidero por el que habían estado marchando. En el lado Oeste, la erosión había arrojado una montaña de tierra suelta y troncos de árboles volcados. En el lado Este, una sección rota de asfalto yacía inclinada desde el fondo del valle hasta la meseta de arriba, como una mesa inclinada.

Ya llevaban más de una semana marchando y habían desarrollado un ritmo, una rutina a la que Cress se encontró adaptándose. Caminar penosamente todo el día y luego acampar. Instalar tiendas de campaña y refugios, realizar ejercicios de entrenamiento y prácticas de tiro mientras la cocina les prepara una cena de guisos sencillos y abundantes y patatas al horno o platos de quinua. Comer, poner la guardia y desplomarse en un saco de dormir o permanecer

despierto haciendo esas cosas que siempre han hecho los soldados, jugar a las cartas, intercambiar cuentos, alardear de sus proezas físicas. Era incómodo, a veces agotador, a veces aburrido, pero extrañamente familiar ahora, como si su vida en la Ciudad antes de la invasión fuera sólo un sueño confuso de flores, frutas maduras y cálculos hidrológicos.

Detuvieron al ejército en la base de la pendiente, y Cress y River treparon hasta el borde donde pudieron tumbarse en el suelo y explorar las tierras más allá. Smokee los siguió y se arrojó junto a ellos.

Una valla de alambre de púas marcaba el límite de las tierras de cultivo en un terreno más afortunado que no se había derrumbado. Debajo de ellos se extendía una extensión plana de campos que brillaban con olas de calor que se elevaban incluso cuando el sol se hundía bajo el borde de las montañas detrás de ellos en el Oeste. El suelo blanco y decolorado reflejaba el resplandor rojo del atardecer y la tierra parecía bañada en sangre.

Cress sacó sus binoculares. Filas de trabajadores avanzaban por el campo, arrancando mazorcas de las plantas de maíz que crecían en la tierra reseca. Llevaban harapos incoloros y gorras de béisbol viejas y hechas jirones o trapos sucios en la cabeza. Captó un destello de luz: alrededor de la muñeca de cada trabajador había un brazalete de metal. Así los controlaban. Los guardias podían aumentar el dolor para mantener a raya a cualquier

trabajador rebelde. No vio otras vallas ni barrotes, ni barreras físicas.

Sus ojos siguieron a una vieja bruja encorvada que llevaba sobre su espalda una enorme canasta de maíz casi tan grande como ella. Cayó de rodillas bajo el peso y durante un largo momento pareció que no volvería a levantarse. Entonces se acercó una joven con un pañuelo rojo descolorido alrededor de la cabeza y le ofreció el brazo. Lenta y dolorosamente, la anciana se levantó.

Desde el otro lado del campo surgió una figura alta, caminando con una confianza enojada que se mostraba claramente incluso a distancia. Le largó un largo bastonazo a la anciana. Incluso desde la distancia, Cress pudo escuchar el crujido que la derribó y le partió el cráneo.

El guardia abofeteó a la joven en la cara y le golpeó el trasero como si fuera una pelota de béisbol mientras ella se apresuraba a regresar a las filas de trabajadores. La anciana yacía boca abajo en el suelo, con las extremidades temblando como un perro que sueña con ardillas. Luego se quedaron quietas.

Después de la puesta de la luna, en la parte más oscura de la noche, Cress y River recorrieron sigilosamente la colina para explorar la plantación. Era un pequeño pueblo en sí

mismo, con un enorme granero de metal y barracones improvisados de hojalata corrugada. Deben ser hornos imposibles durante el calor del día, pensó Cress, y no mucho mejores por la noche. Pero en el calor del día los trabajadores salían a los campos, bajo el sol abrasador.

No merecía la pena pensar en ello. A su alrededor se extendía un terreno desnudo y compactado. Más lejos, una hilera de destartalados remolques de doble ancho albergaba a los supervisores. Podían escucharse voces roncas y risas ásperas.

En el centro, había un tanque cilíndrico de metal encaramado en lo alto de una torre de agua oxidada. Encima había una torre de radio hecha de metal que sostenía una antena parabólica y un pequeño transmisor.

En un extremo se alzaba una antigua granja de madera, pintada de un blanco desconchado, con un porche delantero largo y hundido donde tal vez una vez una granjera había mecido a un bebé o pelado frijoles en el frescor de una ligera brisa veraniega. Las habitaciones de los jefes, pensó Cress. A su alrededor estaban los esqueletos ennegrecidos de los árboles de sombra. Dentro había una luz.

River lideró a Cress en un lento avance alrededor del perímetro. Observaron dónde era baja la cerca y dónde estaban ubicados los transformadores que la mantenían cargada de electricidad. Estaba rematada con líneas de

alambre de púas que no se inclinaban hacia afuera sino hacia adentro, diseñadas no tanto para proteger contra ataques desde el exterior como para impedir el escape desde el interior.

Cuando River y Cress regresaron al campamento, le explicaron sus planes a Smokee. Por una vez, se limitó a escuchar sin decir mucho. Parecía contenta de seguir el ejemplo de River.

Una hora antes del amanecer, despertaron silenciosamente al ejército. Muchas veces habían sermoneado a las tropas sobre la necesidad de eficiencia y silencio, y habían practicado el desmantelamiento silencioso del campamento. Ahora Cress se sintió satisfecho al ver que la formación había dado sus frutos. Plegaron las tiendas y recogieron las mochilas y las armas. Se formaron pelotones, grupos de afinidad y divisiones, y apenas un murmullo de sonido flotaba en la brisa del amanecer.

Colinas bajas como nudillos de manos juntas acunaban los llanos campos de las plantaciones. Los barrancos dividían las crestas y Cress llevó dos divisiones, de unos cien hombres, por el tramo oriental. Smokee se llevó a sus mujeres y a otros cincuenta combatientes hacia el Oeste.

Se arrastraron silenciosamente por el lecho seco del arroyo, agachándose para evitar el radar. Cress sintió una mezcla de emoción y temor. Esta era su primera batalla real.

Él había sido quien abogó por la resistencia armada durante la invasión, pero fue rechazado y se limitó al sabotaje hasta la batalla final, cuando muchos de los soldados de los Stewards se rebelaron y se volvieron contra sus amos. Se había enfrentado a la muerte y al peligro muchas veces, pero en realidad nunca había estado a cargo de tropas, nunca fue responsable, como lo era ahora, de vidas que no eran la suya. En realidad, nunca había matado a otro ser humano.

Le temblaban las manos, sólo un poco, y se obligó a respirar profundamente unas cuantas veces para practicar las técnicas de calma y conexión que usaban en la ciudad. El barranco olía a polvo y percibió un olor químico procedente de los campos.

Cuando estuvieron dentro del alcance, un francotirador apuntó a la torre de radio con una de las bazucas de largo alcance que habían confiscado del buque de guerra. Un silbido, un crujido: el transmisor cayó. Desde el cuartel surgió un fuerte y unificado grito de sorpresa y dolor, luego silencio. Las pulseras, pensó Cress. Esperaba que no hubieran matado a los prisioneros cuando hicieron un cortocircuito.

River llevó a sus tropas cuidadosamente seleccionadas, reclutadas de su antigua unidad, a la granja. Se arrastraron boca abajo para pasar desapercibidos hasta que llegaron a

la valla de eslabones rematados con alambre de púas que rodeaba el corral. Threetwo, que ahora se hacía llamar Ace, empuñaba un par de pesados cortapernos para cortar el metal.

Dos enormes pitbulls corrieron hacia ellos, ladrando furiosamente. La puerta se abrió y salió un guardia con el arma amortillada. Uno de los francotiradores se la quitó de las manos mientras otro disparaba a los perros y Ace abría un agujero en la cerca.

El guardia gritó y otros cinco guardias salieron por la puerta, para enfrentarse a una falange de rifles mientras los hombres entraban por la abertura.

River ladró una orden. Ace y su tripulación rompieron la cerradura de las grandes puertas que daban a los campos y las abrieron. Las tropas de Cress y Smokee entraron en tropel. Rodearon los remolques mientras Smokee y sus Valquirias rompían la puerta del cuartel de los trabajadores.

Figuras harapientas salieron en tropel, llevando tristes fardos de pertenencias y corriendo hacia la carretera. Smokee se quedó allí un momento, indefensa, sin saber qué hacer. Si entraran en pánico y huyeran, seguramente morirían sin agua o serían recapturados rápidamente. Peor aún, podrían alertar a las plantaciones en el camino hacia el Sur y el ejército perdería la ventaja de la sorpresa.

Cress se acercó rápidamente detrás de Smokee y disparó una serie de tiros por encima de las cabezas de los esclavos de la deuda que huían. “¡Trabajadores de las Tierras del Sur, que no cunda el pánico!” gritó con la voz más fuerte que pudo. “¡No estamos aquí para haceros daño, estamos aquí para liberaros!”

“¡Detenedlos!”, gritó River a sus tropas, quienes cerraron la ruta de escape.

Aún no tranquilizados, los fugitivos se detuvieron con sus bultos y miraron con cautela en busca de otras aberturas.

“No estamos aquí para haceros daño”, gritó Cress de nuevo. “Somos el Ejército de Liberación del Norte, y estamos aquí para liberaros”.

Hubo un largo momento de silencio, luego uno de los trabajadores soltó un gran aplauso y los demás lo imitaron. El ruido aumentó y resonó en las barracas de metal, llenando el patio con sonidos de júbilo y rabia.

Mientras tanto, el grueso de las tropas de la ciudad había rodeado los remolques. Cuando estuvieron en posición, Cress disparó un rifle al aire y ordenó a los supervisores que salieran. Salieron en fila: diez de ellos, pálidos y temblorosos al amanecer mientras el sol salía sobre las colinas.

River había enviado a su antigua unidad a la granja, y empujaban ante ellos a cinco guardias lamentables, esposados y aterrorizados.

Detrás de ellos, dos de los soldados medio arrastraban, medio empujaban a un hombre musculoso vestido con ropa informal pero cara, algodón y lana auténticos en lugar de los sintéticos de los uniformes del ejército. Se retorció entre sus manos y escupió desafiante.

“¡Moriréis por esto, maldita escoria rebelde! ¡Os clavaré el culo con un clavo y os clavaré la cabeza en el polvo!

“Cállate”, le dijo River y lo abofeteó. “Los billies ya no están al cargo. Ahora estás en la fila para ser comida de cucarachas, y un hombre inteligente estaría pidiendo clemencia”.

River formó un doble círculo de sus tropas alrededor del hombre y los supervisores. El círculo interior tenía sus armas apuntando a los cautivos, el círculo exterior mantuvo a raya a los furiosos trabajadores liberados. Luego él, Cress y Smokee mantuvieron una rápida conferencia en un rincón oscuro detrás del cuartel.

“¿Qué hacemos con ellos?” –Preguntó Cress.

“Dispárales”, dijo Smokee.

“No”, dijo River. “No es la forma de empezar.”

“No tenemos los recursos para protegerlos”, dijo Cress con cierta desgana. Ahora que llegaba el momento, no estaba seguro de poder dispararle a otro ser humano a sangre fría. Pero había una lógica en la situación que tenía que seguir. “Si los dejamos ir, alertarán a las otras granjas y nuestra tarea será mucho más difícil. Morirá más gente, incluidos más de nosotros”.

“Tal vez se unan a nosotros. ‘Siéntate a la mesa’”. Dijo River.

“¿Pero cómo podemos confiar en ellos?” –Preguntó Cress.

“Voy a liberar a la gente, habrá que confiar en ellos”. Dijo River.

“Ellos son el enemigo”, objetó Smokee.

“Yo era el enemigo, antes de convertirme en una persona real”, le respondió River. “Tú también eras el enemigo”.

“No”, dijo Smokee. “Yo no.”

River se encogió de hombros. “Los esclavos sabrán cuál de estos látigos es genial y cuál cruel”.

Cress asintió. “Buena idea. Que decidan los trabajadores liberados”.

El juicio se celebró en el terreno desnudo entre el cuartel y los remolques. Limpiaron un círculo, mientras los soldados retenían a la bulliciosa turba de esclavos por deudas liberados. Sólo las tropas con sus armas impidieron que se desbordaran y destrozaran a los capataces, miembro por miembro.

Pero River parecía saber instintivamente cómo conseguir su cooperación.

“Quieres quemar el lugar, ¿no te culpo!” gritó él. “Pero es mejor pensar primero. Otra plantación igual a esta sobre esa colina, y otra después de esa. Liberar este lugar... ¡fácil! Los supervisores no esperan un Ejército de Liberación. Quédense en silencio, tal vez eso aguante para el próximo lugar y el siguiente. Tarde o temprano, los peces gordos se darán cuenta y estarán listos, pero hasta ese momento, lo más inteligente es estar fuera del radar”.

Cress continuó. “Hemos liberado esta granja y eso es un éxito. Pero no podemos defender este lugar contra el ejército de los Stewards si regresan con fuerzas para vengarse. Pero esto es lo que podemos hacer: podemos liberar otra granja, y otra más, hasta que tengamos un terreno lo suficientemente grande que podamos *conservar*. Entonces controlaremos el suministro de alimentos. Tienen que venir a pedirnos patatas fritas. ¡Y entonces se acabó la fiesta!”

Se levantó una fuerte ovación.

Animado por su éxito, Cress se expandió. “No somos una mafia, somos una democracia. Y vamos a demostrar que lo somos dándole a esta escoria un juicio justo. ¡Todos ustedes decidirán su destino!

Arrastraron al primer supervisor al centro. Era un hombre corpulento, con un mechón de pelo negro alrededor de un rostro pálido.

“Así es como lo haremos”, dijo Cress. “Cualquiera que tenga algo que decir puede dar un paso al frente. Habla por ti mismo: cuéntanos lo que has visto con tus propios ojos o lo que has experimentado, no repitas chismes. Bueno o malo, a favor o en contra de él, sea lo que sea, queremos escucharlo. Al final, cuando hayamos escuchado a todos los que quieran hablar, decidiremos su destino entre todos. ¡No seas tímido!

La mujer del pañuelo rojo dio un paso adelante. Cress notó que todavía se movía como una niña, con el cuerpo erguido y el paso elástico, pero su rostro estaba arrugado y marchito por el sol, y sus ojos azules se habían descolorido.

“Tú mataste a la anciana ayer”, lo acusó. “Eres un asesino. No mereces vivir”.

El supervisor le espetó. “¡Era una holgazana, como el resto de ustedes, escoria!”

¡Era vieja! Ahora las lágrimas corrían por su rostro. “Mariah era el corazón de este lugar. Ella fue amable conmigo cuando me trajeron aquí. Ella era amable con todos, incluso en este infierno. Ella nos dijo que nos ayudáramos unos a otros. Y ahora está muerta; nunca llegó a ver la liberación”.

“¿Tiene algo que decir en su defensa?” –le preguntó Cress.

“Mátame, adelante. Los Stewards te colgarán en un frigorífico y alimentarán a las ratas con tus pelotas.

Una tras otra, las víctimas del capataz dieron un paso adelante para recitar una larga letanía de sus crueldades. El sol ya estaba en lo alto y el calor se hacía cada vez más incómodo cuando terminaron.

“¿Veredicto?”, preguntó Cress a la multitud.

“¡Muerte!” Gritaron con voz unida.

Cress cogió su pistola y luego vaciló. Había capturado peces y los había destripado. Había matado gallinas, con una oración y un rápido tajo en el cuello. Esto era igual, se dijo, sólo que más grande. El hombre se estaba hinchando para parecer duro y valiente, pero el sudor se acumulaba en su frente y su pálido rostro estaba demacrado. Seguramente había alguna oración que debía ofrecerse, a la Diosa de la batalla Morrigan tal vez, o a Huitzilopochtli, Dios de la Guerra...

Smokee le quitó el arma a Cress, apuntó y apretó el gatillo. El disparo atravesó la cabeza del hombre. La sangre brotó de su boca. Murió con los ojos bien abiertos en una mirada de aterrorizada sorpresa.

Ella lo vio caer con una fría sensación de satisfacción. Un pequeño golpe por su hija perdida, por su vida perdida. Ya no era una criatura hambrienta enjaulada, a merced de todos los caprichos del poder y la crueldad. Ahora ella era la que podía hacer que los hombres fuertes se encogieran y suplicaran. Sintió una oleada de placer, algo parecido al sexo pero más parecido a limpiar una estufa muy sucia, cuando tenía una casa, viendo desaparecer la grasa y la superficie brillar de color blanco. Un desagradable trozo de suciedad eliminado de la superficie esmaltada del mundo.

Cress se abrió paso entre la multitud, tropezó hasta el campo detrás de los remolques y vomitó.

Ace y Deuce, otro soldado de la antigua unidad de River, empujaron a un segundo supervisor al ring. Era un hombre gigante, hinchado de grasa no saludable. Estaba lloriqueando y sollozando, y la entrepierna de sus pantalones estaba empapada.

La misma joven dio un paso al frente. Para River quedó claro que ella era la líder del grupo, y de eso tomó nota.

“¿Nombre?” le preguntó a ella. Sabía que los abandonados tenían nombres. Pedir un nombre era reconocer que eran personas reales que habían caído en este infierno.

La mujer se tomó un momento para recomponerse, como si decir su nombre fuera una declaración, algo que requería fuerza y una postura firme.

“Judith”, dijo finalmente.

“Judith, tú estás al cargo aquí. Todos nos dirán cuáles de estos chupasangre mueren y cuáles son dignos de vivir”.

“Lo siento lo siento. ¡Por favor, no me mates! Nunca quise ser supervisor. ¡Sólo lo hice porque me dijeron que si no lo hacía, tendría que renunciar a mi esposa y a mi hija! ¡Sólo lo hice por ellas! suplicó el guardia.

“No fuiste el peor”, admitió Judith.

Un hombre mayor dio un paso adelante. “Una vez me dio agua cuando estaba a punto de desmayarme”.

“Solía darme comida extra”, dijo una adolescente. “Y no intentó follarme por eso”.

Otros dieron un paso al frente para testificar sobre actos ocultos de humanidad.

“Está bien, está bien”, dijo Smokee. Se volvió hacia River y sacudió la cabeza. “Díselo.”

“Hay un lugar para usted en nuestra mesa, si decide unirse a nosotros”, dijo River.

El hombre asintió con entusiasmo. “¡Sí. Sí! Puedo ayudar. ¡Os contaré todo lo que sé!

Smokee fue consciente de sentir una pequeña sensación de decepción.

“Te estaré observando”, advirtió River. “Unidad Uno. Oh Uno, tú estás a cargo de este palo. Un movimiento en falso... Formó una pistola con el pulgar y el índice y apretó el gatillo.

A continuación, el hombre vestido con buenas ropas de la granja fue conducido al ring. Miró desafiante a su alrededor.

“¿Y cuál fue tu papel?” –le preguntó Cress.

El hombre simplemente escupió. Cress se volvió hacia Judith, quien se encogió de hombros.

“Nunca lo había visto antes”.

“Soy un hombre de negocios”, ladró el hombre. “No tengo nada que ver con esta operación. Simplemente estoy aquí para asegurar suministros”.

“¡Demasiado bueno para ensuciarte las manos!” se burló un trabajador corpulento que parecía haber sido alguna vez muy musculoso pero que ahora estaba simplemente demacrado. “¡Pero para quedarte con las ganancias!”

“Es un agente de las fábricas”, dijo con entusiasmo el capataz gordo. “Ellos establecen las políticas y las cuotas de trabajo”.

“¿Que tienes que decir sobre esto?” –Preguntó Cress.

El hombre escupió de nuevo y, antes de que pudiera hacer ningún otro comentario, Smokee le disparó en la sien.

A medida que avanzaba la mañana, todos los supervisores fueron juzgados en el círculo. Se consideró que cinco más podían salvarse y los demás fueron fusilados en el acto. Smokee ejecutó a los primeros, luego River le quitó el arma.

“¿Qué carajo estás haciendo?” exigió.

“Lo estás disfrutando demasiado”, dijo.

Ella lo estaba disfrutando. Cada bala borraba una de las lágrimas de su hija. Una mancha más de grasa desaparecía. Un pequeño peso para restablecer un equilibrio que nunca podría recuperarse.

“¿Por qué no debería hacerlo?”

“El día que encuentres a tu cachorro, ¿quién quieres ser?” preguntó.

Después de que los últimos guardias y supervisores fueron juzgados, Cress se dirigió a la multitud de alrededor de cien trabajadores liberados. “Tenéis una opción. Puedes unirte al ejército y venir con nosotros para liberar las otras granjas y las propias Tierras del Sur. O podéis quedaros aquí. Esta finca es vuestra, si la queréis. Nuestros sanadores de suelos y permaculturalistas están en camino y os ayudarán a restaurar su salud. No todo el mundo es un luchador, aunque podemos utilizar a todos los que quieran venir. Pero también necesitaremos comida: comida real, comida sana, no forraje, para alimentar a las Tierras del Sur una vez que las hayamos liberado”.

“¿Qué pasa si no queremos hacer ninguna de las dos cosas?” Un hombre encorvado y de pelo gris se puso de pie. Su cuerpo estaba torcido y sus extremidades casi esqueléticamente delgadas, pero Cress se dio cuenta de que no era realmente viejo. Solo estaba agotado.

“Tenemos familias, la mayoría de nosotros”, continuó. “Para mí, estaría feliz de unirme a tu ejército, ¡pero primero necesito localizar a mi esposa e hijos y liberarlos!”

Hubo un fuerte rugido de aclamación. River y Cress intercambiaron miradas de alarma. No habían contado con esto. Una vez que una docena de ex esclavos de la deuda

comenzaran a interrogar a sus antiguos vecinos sobre sus familias desaparecidas, los Stewards seguramente se darían cuenta de lo que estaba sucediendo. Pero Smokee habló.

“Soy tu hija”, gritó. “Me abandonaron. Mi familia no corrió lo suficientemente rápido ni lo suficientemente lejos. Sé por lo que has pasado”.

Ella respiró hondo. Se sentía cálida, resplandeciente, como si estuviera llena de un fuego parecido a la ira pero mejor que la ira. Todos los ojos estaban puestos en ella. La atención era un viento que avivaba sus llamas, y a ella le gustaba, le gustaba la sensación de limpieza que dejaba cuando la recorría. Era como aire cuando te ahogabas, agua cuando te morías de sed.

Smokee, la impotente chica de los corrales, había sido despojada de todo y de todos a los que amaba. Smokee, la luchadora, la comandante de las Valquirias, la verduga de los torturadores, la defensora de los débiles, tenía poder.

“Sé lo que es despertarse todos los días y preguntarse: ¿Qué puedo hacer hoy? ¿Intento vivir o intento morir? ¿De qué manera puedo hacerles más daño?”

“Si estás vivo frente a mí ahora mismo, es porque pensaste que tu muerte no les haría daño. Mil muertes, un millón, no les harán daño. ¡Trafican con la muerte, se alimentan de la muerte!”

“Pero si vives, entonces existe una posibilidad. Una oportunidad tonta, una oportunidad de estafa que te romperá el corazón mil veces, pero sigue siendo una oportunidad. Y así, en contra de tu mejor juicio, sobrevives.

“Bueno, ahora tenemos esa oportunidad. Somos los supervivientes y podemos hacerles daño. Podemos derrotarlos y recuperar todo lo que nos quitaron. Bueno, no todo. No los años, ni las muertes, ni la esperanza que nos robaron, sino que podemos recuperar nuestra tierra, nuestras vidas y lo que queda de nuestras familias.

“Pero sólo si nos mantenemos unidos. Si cada uno de nosotros nos vamos aislados, seremos débiles y volveremos a trabajar para ellos antes de que un perro pueda tirarse un pedo. ¡Pero si nos mantenemos unidos, nada podrá detenernos! ¡Tomamos esta granja y tomaremos otra y otra, hasta que no haya más plantaciones, no más esclavos por deudas, no más corrales!

“¡Encontraremos a sus familias si todavía están vivas! ¡Juntos! ¡Solo juntos! Las liberaremos. ¡Juntos, solo juntos! No correr, escondernos y vivir una vida con miedo a los lash y los soplones, sino cultivar nuestras propias tierras, criar a nuestros propios bebés y llevarlos a la playa a jugar en la arena, para darles un nuevo y brillante día tras día de buenos recuerdos para seguir creciendo.

“Lo haremos, tú y yo y todos los ex esclavos de deudas, chicas de entretenimiento y sojuh que podamos liberar. ¡Juntos! ¡Solo juntos! Y la esperanza ya no nos engañará. ¡La esperanza será el pan que nos mantenga en el camino de la libertad! ¡Juntos!”

“¡JUNTOS!” –repitió la multitud. Se escuchó un fuerte aplauso. Cress y River se miraron asombrados.

“La perra todavía puede ganarse la vida”, dijo River en voz baja.

“¿Y si nos quedamos y cultivamos?” gritó Judith. “¿Cuánto deberemos por la tierra, las semillas y el fertilizante? ¿Cuánto van a cobrar por el agua?”

Cress dio un paso adelante. “El agua es gratis. El agua es una de las cuatro cosas sagradas que no se pueden poseer: Tierra, Aire, Fuego y Agua. Por donde pasa el Ejército Libertador se cancelan todas las deudas”.

Los trabajadores liberados se miraron fijamente unos a otros durante un largo momento, como si no pudieran comprender lo que significaban las palabras. Entonces Judith lanzó una ovación vacilante que poco a poco se hizo más fuerte a medida que otras voces la imitaban.

Smokee se sentó en el suelo. De repente se sintió débil, fría, como si una llamarada interior hubiera quemado su combustible y se hubiera apagado. ¿Realmente había hecho

eso: pararse frente a la gente y compartir pensamientos íntimos que nunca antes había admitido ante otro ser humano? Pero había visto esos ojos en rostros sombríos y polvorientos iluminarse mientras hablaba. Y se sintió bien.

“Todas las deudas están canceladas”, estaba diciendo Cress. “Pero necesitaremos vuestra ayuda. Si lo logramos, cortaremos el suministro de alimentos a los Stewards, pero necesitaremos algo que ocupe su lugar. Les pediremos que cultiven más de lo que necesitan para alimentarse, para que podamos liberar las Tierras del Sur, no matarlas de hambre”.

“¿Entonces lo que estás diciendo es que saldaremos nuestra deuda con la producción de alimentos?” Dijo Judit.

“No tenemos deudas en el Norte”, continuó Cress. “Nuestra economía se basa en el trabajo, no en el dinero”.

“¿Qué carajos significa eso?” preguntó un hombre de cuerpo duro y ojos enojados.

“Significa que obtienes crédito por tu trabajo. Todos trabajamos, y trabajamos duro, pero no hay esclavos ni amos”.

“¿Como es eso posible?” preguntó una mujer mayor.

“Dedicas tus horas cada semana y se acreditan en tu cuenta. Si necesitas más que su estipendio básico (todos reciben créditos para cubrir sus necesidades básicas como

comida y alojamiento), retiras tu dinero de su cuenta”, le dijo Cress.

“¡Eso no puede cuadrar!” “¿Qué pasa con los tramposos?” “¿Qué pasa si no puedes trabajar, si estás enfermo?” “¿Entonces los holgazanes no van a hacer nada?” Un murmullo de preguntas y exclamaciones surgió de la multitud.

Cress parpadeó. El sol abrasador caía a plomo y el sudor le goteaba en los ojos. Los cadáveres que cubrían el suelo empezaban a apestar y las moscas zumbaban a su alrededor.

“Les diré una cosa”, dijo a la multitud. “¿Qué tal si enterramos a los muertos, nos hacemos un poco de sombra, filtramos un poco de agua y luego podemos sentarnos cómodamente y discutir sobre economía? ¡Y me imagino que a todos os apetecerá algo de comer y beber!

Los equipos del Ejército de Liberación ya estaban instalando filtros de agua de carbón para eliminar los productos químicos del agua del grifo. Otros rápidamente erigieron un pabellón de tela de sombra, que se extendía sobre el terreno abierto como un ala gigante. Los voluntarios comenzaron a cavar tumbas detrás de los remolques y los demás arrastraron los cuerpos y los dejaron caer mientras los capellanes rezaban.

El equipo de cocina repartió panecillos, mantequillas de nueces y mermeladas dulces para calmar el hambre abrumadora de los esclavos por deudas mientras los cocineros preparaban el almuerzo. Colocaron jarras de agua filtrada y durante mucho tiempo los trabajadores liberados sólo pudieron beber, masticar y beber un poco más, con lágrimas de alivio en los ojos.

Pero cuando por fin se cubrieron sus necesidades inmediatas, se agacharon juntos bajo la lona que estaba colocada en el lado norte de uno de los laterales dobles. Para su alivio, Cress encontró a un joven estudiante de economía entre sus filas. Salim estaba encantado de hablar ante una multitud fascinada.

“Nuestra unidad de valor es la caloría. Analizamos todo por la cantidad de energía que contiene: energía incorporada, tanto de recursos naturales como de trabajo humano. El trabajo está organizado por los gremios. Sí, podrías hacer trampa al contar tus horas, pero tus compañeros de gremio lo sabrían y todos los registros están abiertos. Y no se puede hacer tanta trampa, porque el día tiene un número finito de horas”.

Salim era joven y estaba lleno de entusiasmo por su tema. Cress lo observó y se dio cuenta de lo elegante, húmedo y bien alimentado que parecía, con sus ojos oscuros y brillantes y sus dientes uniformes. A su lado, la multitud de antiguos esclavos por deudas parecían cáscaras arrugadas y

secas, con los ojos febriles demasiado grandes en comparación con sus rostros encogidos. Miraron a Salim con una mirada vidriosa, apenas entendiendo lo que estaba diciendo. Podría haber estado hablando chino.

“No animamos a la gente a acumular créditos”, dijo Salim. “Queremos mantenerlos circulando porque representan un trabajo productivo y regenerativo y hay mucho por hacer”.

“¿Qué tal si ahorramos dinero?” preguntó una anciana. “¿No quieres que la gente ahorre para su vejez?”

“No es necesario ahorrar para mucho, porque tomamos en serio a Franklin Delano Roosevelt cuando hablaba de 'libertad frente a la miseria, libertad frente al miedo'. Hemos eliminado la miseria y el miedo del sistema”. Salim sonrió amablemente mientras ella lo miraba sin comprender. “No necesitas ahorrar para tu vejez, porque siempre recibirás tu estipendio básico y aumenta cada año después de cumplir los sesenta. No es necesario ahorrar para los desastres, porque los enfrentamos juntos”.

Kit estaba de pie al borde de la multitud. Sintió los ojos de River sobre ella, lo sintió moverse hacia ella. Se abrió camino hacia adentro y se sentó, fijando sus ojos en Salim y tratando de parecer interesada, aunque en realidad sus palabras fluían sobre ella como una lluvia de sonidos tranquilizadores pero sin significado.

“Si se enferma o se lesiona, si necesita atención médica o ayuda en casa, todas esas horas cuentan para los créditos de alguien, pero se restan de los totales de la ciudad, no de los suyos. La atención médica es gratuita. La enfermería es gratuita. La educación es gratuita. Algunos grupos de trabajo, como médicos, sanadores o artistas, reciben un estipendio en lugar de contar sus horas, ya que su trabajo no se presta a llevar un registro del tiempo de esa manera”.

“Eso es una locura”, objetó un joven rubio cuya boca estaba abierta y le faltaban dientes. “¿Cómo puedes permitírtelo?”

“¿Cómo podemos permitirnoslo?” Salim sonrió y agitó ampliamente los brazos. “¿Cómo *no* podemos permitirnoslo? Cuanto mejor eduquemos a nuestros jóvenes, más productivos serán durante toda su vida y más tendremos para todos”.

Kit se arriesgó a mirar hacia arriba y detrás de ella. Captó la sombra de la corpulenta figura de River moviéndose hacia el grupo y rápidamente apartó la mirada. Estaba empezando a ponerla nerviosa con su constante charla sobre gustos y deseos. ¿A quién podía gustar o querer una chica de los corrales, incluso una antigua ex chica de placer? ¿Qué significaba, de todos modos? Cuando él estaba cerca, ella sintió una sensación placentera, hasta que él se acercaba demasiado. Luego su estómago se contraía y su mandíbula se tensaba, y aun así a veces se encontraba inclinándose

hacia él, o respirando un poco más profundamente de lo necesario para absorber su olor, sudoroso y varonil. Y, sin embargo, el olor le revolvió el estómago, recordándole demasiadas violaciones, demasiado dolor. Pero al mismo tiempo, algo en su gran e inminente presencia la hacía sentir segura.

“Cuando su sistema dice que no pueden permitírselo”, continuó Salim, “lo que realmente quieren decir es que ellos no pueden permitirse el lujo de renunciar a las ganancias que obtienen con el interés compuesto de todos esos préstamos a lo largo del tiempo, y eso se debe en parte a que ya no fabrican prácticamente nada de verdadero valor. Minar los recursos naturales, agotarlos, en lugar de conservarlos y regenerarlos. Cada hora de trabajo en esta tierra degrada su valor. Pero nuestros agrónomos, científicos del suelo y permaculturistas vendrán aquí para curar el suelo y replantar, y cada hora que dediquen reconstruirá la capa superior del suelo y aumentará la capacidad de producción de la Tierra. Ese es el verdadero 'interés' de nuestras inversiones”.

River la confundía. Esa era la palabra. Las otras chicas, las Valquirias, se burlaban de ella. Están celosas, pensó, porque River es el pez gordo de este ejército.

Era una buena sensación, ese gran luchador se dio cuenta de esta chica del redil. No, no la chica de los corrales, tenía

que dejar de pensar eso. Valquiria. Val. Esta Val. Yo. Le gusto a él. ¿Me gusta? ¿Qué es *malo*, de todos modos?

Me gustan los dulces. Le gustaban los bebés. Más que gustar.

El primero, ese dulce niño. Recordó su calidez y su olor a leche y los pequeños maullidos de placer mientras amamantaba. Casi valió la pena vivir por eso. Pero los billies se llevaron al cachorrito. Entonces Kit habría querido morir, pero no lo hizo. Aún así, el segundo no fue lo mismo. Una niña, para empezar. No recibí el bono de chico, el tiempo extra en la pausa, las raciones extra de patatas fritas y dulces.

Pero más que eso. Cada dulce minuto contenía una sombra de lo que estaba por venir.

¿Como ella? ¿Cómo podría gustarle a un tubo? Realmente ni siquiera la conocía. Realmente no se conocía a sí misma. No sabía quién era su yegua, si el pobre trapo había llorado cuando se la llevaron. Ni siquiera sabía cuándo nació ni qué edad tenía, ni qué sojuh la había engendrado, ni por qué había venido a este mundo cruel y odioso. ¿Como ella? ¿Quién era una chica del corral para agradar?

“Dirigimos nuestro trabajo de manera regenerativa y creamos mucha más riqueza verdadera de la que aprovechamos”, decía Salim con una sonrisa confiada. “Al

final de cada año hacemos una contabilidad para ver dónde estamos. Todavía tenemos que tener un año en el que dediquemos más horas de lo que hicimos, incluso durante las grandes epidemias. Usualmente tenemos un excedente, que invertimos en proyectos a largo plazo: plantar árboles, curar la tierra, crear arte”.

Los cocineros interrumpieron la lección y colocaron grandes ollas de chile y pan de maíz que habían horneado en hornos solares. Los esclavos de la deuda liberados se alinearon y cayeron sobre la comida con gritos de alegría.

“¡Comed lento!” advirtieron los cocineros. “¡Tenéis que acostumbrar el estómago a comer comida real otra vez!”

Pero los trabajadores liberados no habían sido criados con patatas fritas, sino con los alimentos que sus familias podían ganar o mendigar, hasta que al final las deudas los abrumaron y fueron llevados a las plantaciones de trabajo. Estaban encantados de comer frijoles de verdad, pan de maíz dulce y húmedo con pequeños trozos de granos blandos y, maravilla de maravillas, mantequilla y miel reales para untar. Salim se sentó a una mesa y siguió respondiendo las preguntas de quienes podían alejarse de los sabores y olores de la cena.

Cress tomó su plato de chile y se alejó de la multitud. Se agachó un momento a la sombra del cuartel, pero una cuadrilla estaba cavando tumbas cerca y arrojando en ellas

los cadáveres de los capataces. La vista le revolvió el estómago.

Ya no quería comer, pero sabía que tenía que mantener las fuerzas, así que cogió su plato y se agazapó en la estrecha franja de sombra del porche hundido de la antigua granja. Estaba avergonzado de su reacción ante los asesinatos, como si hubiera fallado en alguna prueba básica de dureza y resolución. Había estado bien en la batalla real, preparado para luchar e incluso para morir. Pero no había estado preparado para esas frías ejecuciones que Smokee y River realizaron de manera tan superficial y con tanta alegría.

Sin embargo, no veía otra opción. Tendría que endurecerse.

River tomó su plato de comida y buscó a Kit. Estaba sentada en una mesa improvisada, con madera contrachapada colocada sobre bidones de agua vacíos, en medio de una multitud de Valquirias. Había un espacio en el banco junto a ella y él dejó su plato.

“¿Está bien si me siento aquí?” le preguntó a ella.

“No veo ningún cartel que diga que está reservado para un hombre guapo”, dijo una valquiria pelirroja, y todas estallaron en un coro de risas y risitas.

Les dedicó una mueca de sonrisa y se sentó. Los ojos de Kit estaban fijos en su plato. Los ojos de otras cinco Vals estaban puestos en él. Los sintió, calientes y escrutadores, como las miras de una pistola láser.

Tomó una cucharada de chile, masticó y tragó. No llegarían hasta él.

“¿Te gustan estas cosas?” –le preguntó a Kit.

Ella se encogió de hombros. “Comiéndolo”.

Dio otro mordisco. Los ojos lo siguieron. Empezaban a irritarlo, pero decidió no demostrarlo.

“Los cocineros dicen que sumerjas el pan de maíz en los frijoles”, le dijo a Kit mientras metía un trozo de pan en el tazón. Salió rojo y goteando, y cuando se lo metió en la boca, una pequeña mancha de chile le goteó por la barbilla. La pelirroja se rió. Él la ignoró.

“¿Estás bien?” –le preguntó a Kit. “Primera pelea real hoy. ¿Asustada?”

Ella volvió a encogerse de hombros. “Esta chica se queda con los cocineros”.

“¿Tubo asustado?” preguntó la pelirroja.

River negó con la cabeza. “Criado para luchar. Nacido para ello, entrenado para ello. Entrenado para ser un arma, no un hombre. Ahora esa arma se vuelve contra ellos”.

Ella volvió a reír y River finalmente perdió la paciencia.

“¿Nunca has visto comer a un hombre antes?” preguntó.

“¿Llamar a eso comer? ¿O babear?”

La ira se apoderó de él. ¿Cómo se atrevía una chica del corral a hablarle así a un sojuh? Su brazo se movió involuntariamente hacia arriba para abofetearla, pero Kit lo sujetó. Él la sacudió con brusquedad, agarró su cuenco y se alejó pisando fuerte. La risa resonó detrás de él.

Caminó hasta un tocón al otro lado del cuartel, todavía temblando de rabia. Una parte de él esperaba que Kit lo siguiera, pero no lo hizo. En lugar de eso, se sentó solo, tratando de respirar profundamente como Maya le había enseñado. ¡Estúpidas y malditas rajas! No tenía por qué aguantar esa mierda.

Pero se dio cuenta de que eso no era realmente lo que lo enojaba. Era Kit. ¿Le gustaba a ella o no? ¿No podía escupir dos palabras de su boca? “Me gustas.” O no. ¿Lo estaba usando, como su boleto para recuperar a su jodidamente precioso bebé, un bebé que probablemente estaba muerto, vendido a los pozos de placer para aquellos que se excitaban con el dolor?

Y de repente se perdió en un lugar de tan yerma desolación que quiso gritar él mismo, aunque sólo fuera para romper el silencio. Pero sus propios gritos reprimidos, sus propios gritos ahogados, eran el tejido mismo de ese silencio.

Su chile se había enfriado. Lo arrojó en un arbusto. Joder, no era un imbécil para llorar por una raja. Era un luchador, con un trabajo que hacer.

Cuando cayó la noche, los técnicos instalaron una pantalla y un proyector y mostraron películas que el Gremio del Espectáculo había preparado antes de que el ejército abandonara la ciudad. Mientras los trabajadores liberados realizaban un recorrido virtual por el Norte, los exploradores salieron a reconocer las granjas vecinas. Cress, River y Smokee se reunieron en consejo con representantes de diferentes divisiones y unidades, utilizando la sala de estar de la antigua granja. Apestaba a humo de cigarrillos viejos, a cerveza derramada y a comida podrida, pero con todos trabajando juntos con escobas, fregonas y trapos, lo hicieron habitable en media hora.

“Tengemos que seguir adelante”, dijo Smokee mientras acercaban sillas o se hundían en sofás con muelles malos. Sus ojos brillaban y su rostro enrojecía de emoción. “Ataquemos la próxima granja mañana, tal vez incluso esta

noche, antes de que los trilladores averigüen qué los golpeó”.

“Tenemos que considerar a cien esclavos de la deuda liberados”, dijo Lee del Gremio de Médicos. “Puede que estén dispuestos a luchar, pero no están en condiciones de salir de aquí. Es un milagro que sigan en pie”.

“Y necesitarán capacitación”, dijo Cress. “No te conviertes en un ejército sólo por desearlo”.

“Tenemos muchas unidades listas para funcionar”, dijo River. “Tomemos los razas y los pichones, dejemos a los plumeros aquí para que se alimenten y entrenen”.

“No los llares plumeros”, objetó Erik del gremio de agricultores. “O esclavos de la deuda. Eso los mantiene victimizados. Llámalos *liberados*”.

“¿Qué significa eso?” –Preguntó Smokee.

“Que ahora son libres”.

“En la lengua prohibida”, dijo.

“Ya no está prohibida”, dijo Cress con firmeza. “*¡Vivan los liberados! ¡Viva el ejército de liberación!*”

Capítulo veintisiete

“Tenemos que encontrar los manantiales”, dijo Madrone. El sol alto acababa de despertarla. Bird se movía a su lado en el nicho de cemento donde habían colocado sus colchonetas y sacos de dormir a un lado de la plaza.

Los niños yacían dormidos en un nicho cercano. Tenían los brazos y las piernas flexionados como si estuvieran vigilando incluso mientras dormían.

“Necesitamos encontrar las fuentes”, repitió Madrone. El calor del sol le sentaba bien en los hombros doloridos. Le dolían los brazos y sentía todo el cuerpo magullado y maltratado. “No puedo volver a hacer eso. No *puedes* hacerlo, independientemente de lo que creas que puedes hacer. En cualquier caso, nunca podremos recolectar

suficiente agua de esta manera para cultivar un jardín. Por no hablar de la higiene”.

Lavar había subido más alto en su lista de prioridades después de pasar la noche cerca de los niños rescatados. Madrone deseaba limpiarlos, cortarles el pelo y quitarles la mugre endurecida. Debajo de la suciedad, podrían ser niños bastante atractivos, pero por ahora estaban demasiado sucios para saberlo. Quería abrazarlos y cuidarlos, pero ahora que la adrenalina se había ido, su nariz se rebeló ante su olor agrio y fétido y su estómago tuvo arcadas. No es una buena manera de establecer un vínculo de confianza: combate las náuseas.

Bird se despertó, se estiró y puso a hervir agua en una olla para preparar gachas.

“Los manantiales”, estuvo de acuerdo. “¡En lo más alto de nuestra lista de prioridades!”

Añadió bellotas molidas y un puñado de su preciosa avena y removió la mezcla. Mientras burbujeaba, los niños se despertaron, sentándose y mirándolos con los ojos muy abiertos.

“¡Desayuno!”, dijo Bird alegremente. Sirvió las gachas en un par de latas viejas que habían buscado como vajilla y les entregó a cada uno de los niños una cuchara de su equipo de campamento.

Los chicos miraron la papilla sin comprender.

“¿Qué pasa?” preguntó el mayor.

“Eso es comida. Papilla. Es bueno. Cómetelo.”

“¿Tienes patatas fritas?” preguntó.

“Sin patatas fritas”, dijo Bird con decisión. “Las patatas fritas son comida de esclavos. Esta es comida de verdad”.

“No me gusta”, dijo el niño más joven.

“Inténtalo.”

“¡Enfermo!”

“Mira, ¿quieres comer? Esto es lo que tenemos”.

El chico más joven le dio un mordisco, hizo una mueca y lo escupió. El niño mayor hizo lo mismo, pero escupió al menor. Al cabo de un minuto se vieron envueltos en una pelea por escupir comida.

“¡Parad!” tronó Bird con una profunda voz de mando. Madrone lo miró sorprendida, reprimiendo una sonrisa. La Voz de Papá, pensó. Era un lado completamente nuevo de él.

“Mirad, si queréis comer, os daremos de comer”, dijo Bird con severidad. “Si no queréis comer lo que os damos de

comer, seguid adelante y morid de hambre. Pero no tenemos comida que desperdiciar”.

Retiró los cuencos de avena y los colocó en un saliente alto. Los chicos empezaron a quejarse.

“¿Cuáles son vuestros nombres?” –Preguntó Madrone. Los chicos la miraron sin comprender. “¿De dónde sois? ¿Tenéis padres?”

Todas estas preguntas fueron recibidas con el mismo silencio. Madrone suspiró. “Bueno, tendremos que llamaros de alguna manera”.

“Ponle nombre al tuyo y yo nombraré al mío”, sugirió Bird.

Madrone miró atentamente al pequeño niño que había atrapado en el aire. Su rostro cauteloso brillaba bajo una espesura de cabello enmarañado. Tenía ojos marrones hoscos bajo pestañas con costras, y todo lo que podía decir de su piel era que no era más oscura que la capa de tierra que lo cubría.

“¿Qué tal Zapata?”, dijo ella. “Un buen nombre insurreccional”.

“Genial”, dijo Bird. “Entonces llamaré al mío Moctezuma. Podemos llamarlos Zap y Zoom”.

“¡Lo digo en serio!”

“Yo también. Zap y Zoom, primeros ciudadanos de la Ciudad de Refugio”.

Zap y Zoom no eran niños mimosos, incluso si estuvieran lo suficientemente limpios como para abrazarlos. Miraban mucho y rara vez hablaban. Cuando hablaban, se quejaban, peleaban y se insultaban uno al otro en la áspera jerga de las Tierras del Sur. No comieron durante todo un día y exigieron patatas fritas. Finalmente, tuvieron suficiente hambre como para probar la sopa de frijoles que Madrone preparó para la cena, la engulleron con avidez y luego vomitaron. Se pellizcaron, golpearon y mordieron, y sólo el miedo les impidió hacer lo mismo con Madrone y Bird.

Zap tenía una llaga supurante en la espinilla, que Madrone limpió y vendó, pero él retiró el vendaje y lo arrancó. Zoom tenía úlceras supurantes en el cuello, pero se apartaba cada vez que ella intentaba limpiarlas y cubrirlas con un ungüento curativo.

Por las noches no querían un cuento ni un abrazo ni un beso de buenas noches. En cualquier caso, estaban plagados de piojos y Madrone no tenía muchas ganas de abrazarlos hasta que pudiera lavarlos y desinfectarlos. Sólo esperaba que ella y Bird no hubieran recogido a ningún paracaidista durante el rescate de los niños. El solo pensamiento le provocó comezón en la cabeza y tuvo que evitar rascarse.

Madrone se dijo a sí misma y le dijo a Bird, que todo esto era el resultado del trauma y la privación. Bird simplemente empezó a referirse a ellos como los Nasty Little Boys (Chicos Malos).

Pasaron los siguientes días buscando los manantiales. Por los mapas topográficos y el registro histórico, sabían que tenían que estar en algún lugar bajo, pero la entrada podía estar en cualquier lugar, debajo de bloques de concreto caídos, o enterrados profundamente bajo toneladas de escombros y relleno. Aún así, cuando se construyó Harmony Village, uno de los grandes atractivos fue el balneario con sus aguas termales naturales. Deberían estar cerca de la superficie.

Si no podían encontrar los manantiales, no podrían construir el Refugio; eso estaba claro. Ni siquiera Bird estaba ansioso por emprender otra incursión por el agua. Racionaron la que tenían y la hicieron durar lo más que pudieron, bebiendo cantidades mínimas y fregando las ollas con arena. Pero al final de la semana se había reducido a medio contenedor y había que tomar una decisión.

“O la encontramos hoy”, dijo Madrone, “o...”

“¿O que?” Bird raspó la olla de gachas con una piedra, limpió el interior con un trapo dedicado a ese propósito y

luego sumergió el pañuelo en un puñado de agua, lo exprimió y lo colgó para que se secara. El agua de enjuague rápidamente se estaba volviendo más papilla que agua.

“¿Nos damos por vencidos?” Sugirió Madrone, con un tono ligeramente esperanzado en su voz.

“¿Como hacemos eso?” Preguntó Pájaro.

“¿Qué quieres decir?

“¿Cómo es darse por vencido?”

“¿Volvemos a casa de Beth?” sugirió ella.

“¿Qué hacemos con Zap y Zoom?”

Madrone no pudo responder. Aquí no había hogares serviciales de Hermanas que los acogieran; cualquiera que existiera se vería inundado, ahogado bajo las existencias de niños no deseados. No eran atractivos en su estado sucio. Era probable que ninguno de los antiguos amigos de Sara quisiera adoptarlos. Tampoco podían entregárselos a los montañeses, que eran un grupo de guerrilleros, no niñeras. Sin embargo, no podía, en conciencia, dejar a los Nasty Little Boys en la calle para que se las arreglaran solos.

“Está bien, no podemos rendirnos”, dijo Madrone. “A menos que regresemos al Norte y nos llevemos a los NLB con nosotros”.

“¿Es eso lo que quieres hacer?” Preguntó Bird.

Era tanto lo que quería hacer que todo su cuerpo le dolía por el deseo de hacerlo. Su piel ansiaba la humedad del aire brumoso de la ciudad, su garganta seca anhelaba las dulces aguas de sus arroyos.

“No”, dijo con firmeza. “No hasta que hagamos lo que vinimos a hacer. ¿Y qué quieres?”

“Quiero un baño”, dijo a la ligera. “Un baño largo y caliente en un jacuzzi, contigo. Y Zap y Zoom ocupando con seguridad algún lugar lejano”.

“Así que será mejor que encontremos esos manantiales”, dijo Madrone.

Al final, fue Zoom quien los encontró. Tenía la aterradora costumbre de desaparecer en pequeños agujeros, sumergirse en grietas y explorar tentadoras cavidades. Madrone emitió advertencias, Bird le ordenó que se detuviera, pero él los ignoró a ambos.

“¿Por qué un niño que se vio obligado a bucear en agujeros tan terroríficos para los ladrones de agua volvería a hacerlo solo?” –Preguntó Madrone. “Uno pensaría que lo último que querría volver a hacer es espeleología en las ruinas”.

“Pero regresa”, dijo Bird en voz baja. “Vuelve porque el miedo de afuera es más difícil de afrontar que el residuo que deja dentro”.

Madrone le tomó la mano. Él le dedicó esa sonrisa arrepentida y le apretó la mano en respuesta.

Estaban explorando una nueva zona de las ruinas, más al Este de lo que habían ido antes. Un edificio derrumbado se alzaba junto a un espacio abierto parecido a un parque, ahora marrón y seco. Pilares griegos enmarcaban una entrada que estaba llena de escombros de hormigón.

“Parece un ‘spa’”, dijo esperanzada Madrone.

“O una funeraria”, respondió Bird.

Zap trepó por una montaña de escombros mientras Bird y Madrone escogían un camino cuidadoso entre huecos que podrían atrapar un pie o romper un tobillo. En algunos lugares, losas de hormigón se habían apilado formando escaleras gigantes. En otras laderas, pequeños trozos de escombros yacían como pedregal, esperando ser desalojados y deslizarse hacia abajo en una avalancha.

Zoom se sumergió en un agujero que parecía prometedor y desapareció.

“¡Vuelve aquí!” Gritó Bird. “¡Moctezuma! Este montículo no es estable. ¡Podría moverse y aplastarte como a un insecto!

Pero Zoom lo ignoró y Zap corrió y siguió al niño mayor hacia la oscuridad.

La grieta era demasiado estrecha para que Bird y Madrone pudieran entrar, así que esperaron en la entrada, molestos y un poco asustados.

Desde abajo, oyeron a Zap hacer sonidos extraños, gorgoteos que, por un momento, Madrone temió que fueran sonidos asfixiantes. Pero mientras escuchaba, se dio cuenta de que él estaba haciendo algo que nunca antes había oído. Se reía.

“¡Aquí!” Pájaro había encontrado una pila de escombros que incluía unas cuantas tablas de dos por cuatro y una sección de una viga de acero. Juntos la llevaron lejos y con mucho cuidado excavaron una entrada más ancha, apuntalándola con las tablas.

Cuando finalmente lograron atravesar el estrecho pasillo, salieron a un espacio de oscuridad. Sus luces de cristal iluminaban una habitación amplia y cavernosa, con suelo de mármol agrietado y salpicada de bancos y piscinas. Arriba, como si algún ángel del terremoto hubiera decidido custodiar las aguas, una gran losa de muro de hormigón

había caído pero permanecía intacta, formando un nuevo techo piramidal que protegía todo lo que había debajo.

Frente a ellos se extendían piscinas, baños y fuentes, algunas de ellas agrietadas y vacías, pero muchas todavía llenas de agua que burbujeaba desde abajo y se derramaba sobre los bordes bajos revestidos de mármol. Una piscina estaba muy caliente y olía a azufre, otras estaban frescas y claras.

En el centro había una gran piscina rectangular, lo suficientemente grande como para nadar, y Madrone se arrodilló junto a ella. Olió el agua y la probó con sus sentidos de abeja. Sin sabor químico, sin indicios de contaminación, sin bestias desagradables. Solo agua: agua de manantial pura y filtrada por la tierra. Agua abundante, hermosa y que salva vidas.

Murmuró una oración de agradecimiento mientras hundía las manos y la recogía para beber. Una losa rota se clavó en su rodilla y el borde áspero, el dolor, le hicieron sentir bien. Demostraba que esto era real.

Bird comenzó a cantar una canción acuática y su voz resonó en la cámara en señal de acción de gracias. Madrone se levantó y le tomó la mano, sumando su voz a la de él. Tenían agua. Vivirían. La visión seguiría adelante.

Los niños estaban tumbados boca abajo, con la cabeza en la piscina, tragando agua tan rápido como podían. Madrone les devolvió la llamada.

“Tómadlo con calma. Os enfermaréis. Bebed un poco ahora y no os preocupéis. Podemos conseguir más después”.

Llenaron sus recipientes de agua, regresaron a la superficie e hicieron una buena cena con sopa y té, y tanta agua como quisieron beber. Luego se enfrentaron al desafío de bañar a Zoom y Zap.

“Es el viejo libro de recetas: ¿cómo se baña a un niño desagradable? Primero, atrápenlo”, dijo Bird. Zap y Zoom, que presumiblemente nunca se habían bañado en sus vidas, no estaban ansiosos por someterse al experimento. Al principio habían ayudado a Madrone a transportar cubos de agua caliente a la superficie. Había preparado una vieja tina de lavar que habían encontrado en las ruinas de una ferretería, y en algunos viajes la había llenado fácilmente con una mezcla de agua fría y caliente. Pero tan pronto como los niños se dieron cuenta de que el propósito de este ejercicio era la inmersión, desaparecieron.

“¿Cuál atrapamos primero?” –Preguntó Madrone.

“Zoom. Si lo bañamos, Zap estará de acuerdo. Si hacemos a Zap primero, es posible que nunca volvamos a ver a Zoom”.

Atrajeron a Zoom con un paquete de galletas que Madrone había encontrado entre sus suministros, prometiéndole algo muy parecido a un chip. Se acercó a Madrone con cautela y Bird se abalanzó por detrás, atrapándole los brazos e inmovilizándolos. A Madrone le recordó las muchas veces que habían recapturado pollos y gallinas descarriados que se habían escapado de sus corrales. Había sido una de sus tareas cuando eran jóvenes, tan pronto como los rebaños se multiplicaron después del Levantamiento. Habían nombrado a la escapista más experta, Red Emma³³.

“El amor anarquista por la libertad no es una cualidad deseable en un pollo”, solía decir Maya. Ni en un Nasty Little Boy, pensó Madrone.

Zoom pateó y gritó, pero Bird lo sostuvo firmemente mientras Madrone le aseguraba una y otra vez que estaba a salvo y que no iban a lastimarlo, solo limpiarlo. Pero gritó, se retorció y mordió hasta que Madrone empezó a temer que tendrían que hacerle daño aunque sólo fuera por accidente.

Fue una lucha terrible quitarle la ropa, y cada capa que se desprendía liberaba un olor más pútrido y revelaba nuevas llagas purulentas. Pero finalmente lo metieron en la tina de agua tibia. Gritó, entonces, que lo estaban hirviendo, que lo estaban cocinando vivo. Bird simplemente mantuvo sus hombros en el agua y, después de un rato, comenzó a

33 Emma la roja, en honor a Emma Goldman, la anarquista considerada la mujer más peligrosa de América en su tiempo.

calmarse. Madrone le dio jabón y una toallita y le enseñó a lavarse. Le lavó el cabello con una enzima natural de su botiquín que mataba los piojos y sacó unas tijeras para cortárselo. Ella le dijo que se lavara su pequeño pene y sus nalgas.

Después del baño, Madrone le untó ungüento en las llagas y lo vistió con unos vaqueros nuevos y una camisa, parte del botín que habían encontrado en las bolsas de la compra de los muertos. Se encontró mirando a un niño pequeño y atractivo con cabello rubio áspero, ojos azul grisáceo y piel pálida. Parecía tener unos ocho años, pero era difícil saberlo. Era demasiado delgado, con costillas prominentes y vértebras nudosas. Pero ahora parecía un niño de verdad.

Una vez limpio y vestido, Zoom se pavoneó con orgullo. Se burló del Zap aún sucio y lo llamó sucio penspawn (engendro de corral). Zap, para no quedarse atrás, fue tranquilamente a bañarse y se sometió sin luchar, lo que Madrone le agradeció devotamente. Estaba agotada por la batalla con Zoom y lamentablemente necesitaba un baño propio.

Zap, debajo de la tierra, demostró tener cabello oscuro y rizado y grandes ojos negros. Su piel aceitunada era pálida, bronceada de manera desigual bajo las manchas de suciedad. Él también era innegablemente un hombre, e igual de flaco y desnutrido. Parecía más joven que Zoom, tal vez seis o siete años. Pero ambos podrían ser mayores y haber tenido un crecimiento atrofiado... o más jóvenes. No tenían

idea de cuándo nacieron ni recuerdo de cómo llegaron a estar con los ladrones de agua.

Una vez limpios los niños, hicieron nuevos palés para sus camas. Madrone bendijo a los compradores fantasmas: las bolsas habían arrojado muchos tesoros. Dijo una pequeña oración de agradecimiento a la mujer que se había comprado numerosos pares de sábanas nuevas que nunca había podido llevarse a casa y poner sobre la cama. Eso entristeció a Madrone. Tal vez ella había roto una relación amorosa. Maya siempre decía que compraba sábanas nuevas cada vez que se deshacía de un amante. Tal vez esas sábanas estaban destinadas a ser el comienzo de un nuevo y valiente capítulo en una vida que nunca llegó a vivir.

En cualquier caso, ahora eran un comienzo: podía tomar la ropa de los niños y quemarla, lavar las mantas en agua caliente con azufre y mantener a raya a los parásitos.

Una vez que los niños se acostaron, ella y Bird descendieron a los manantiales. Encendieron velas votivas de su tienda de regalos alrededor de las piscinas. De la piscina caliente, sacaron cubos de agua para limpiarse, luego se sumergieron en una bañera caliente y calmaron sus dolores.

“Así es como se hace la revolución aquí en las Tierras del Sur”, dijo Madrone.

Bird sonrió y la acarició, dejando que sus manos se acercaran para acariciar sus senos llenos, levantados por el agua.

“Esto es todo”, dijo Bird. “Este es el refugio. El corazón de la ciudad nueva que construimos dentro de la ciudad vieja”.

“¿Y cómo lo defenderemos?” –murmuró Madrone.

“Los muertos serán nuestros defensores”.

“¿Quién vendrá?”

“El perdido. Los desesperados”.

“¿Cómo lo encontrarán?”

“Contaremos la historia. Cantaremos la canción”.

Capítulo veintiocho

El Ejército de Liberación fue recompensado por su misericordia con los supervisores con una avalancha de información. Al día siguiente fueron interrogados por el Consejo del ejército, compuesto por River, Cress y Smokee, así como por representantes de todos los servicios de apoyo clave: cocineros, técnicos, médicos, logística, comunicaciones y restauración, y Judith como representante de los liberados. Estaba demostrando rápidamente talento para el liderazgo y Cress sospechaba que se encargaría de la granja una vez que el ejército se hubiera marchado.

“Tenéis que lidiar con los chips”. Ron, el primer supervisor regordete que habían salvado, habló con fervor mientras estaban sentados en la sala delantera de la antigua granja. Había visto los vídeos de la Ciudad con gran atención y ahora

estaba ansioso por complacer, sus ojos azul pálido parpadeaban constantemente como si la luz de la liberación fuera casi demasiado para ellos.

“¿Papas fritas? ¿Te refieres a la comida? Preguntó Cress, confundido.

“No, el otro tipo de chip. Computadora. Chipeamos a todos los esclavos de la deuda, así si huyen, podremos encontrarlos. O destruirlos. Pon una ráfaga de energía a través de los chips y quémalos desde adentro hacia afuera.

“¡Mierda! ¿Quieres decir que podrían estar rastreando a todos los liberados? dijo Cress alarmado.

“Tan pronto como el Comando Central se entere de la redada, lo harán”, dijo Ron.

“¡Mierda!” dijo Smokee. “¿Hasta dónde pueden llegar?”

“Quizás diez millas”.

“¡Tenemos que extirpar los chips!” dijo Susan, la jefa médica. “¡De inmediato!”

Salió de la reunión sin esperar confirmación y corrió a la tienda de los médicos.

La mano de Judith subió hasta la nuca. Sus ojos se dirigieron nerviosamente hacia la puerta, pero permaneció en la reunión.

River notó su agitación.

“No es probable que envíen todavía un mensaje a Comando Central”, dijo con calma.

“¿No es probable, pero sí posible?” Preguntó Cress, preocupado.

“Es posible”, reconoció River.

“¡Ve a sacar esa maldita cosa de tu cuello!”, ladró Smokee. Judith salió corriendo. Smokee se volvió hacia Ron. “¿Qué otras pequeñas sorpresas tienes que deberíamos conocer?”

“Cada puesto de mando tiene un área central de comunicaciones”, continuó Ron. “Siempre está bien protegido, en el corazón de las dependencias de los oficiales, generalmente bajo tierra, si hay un sótano o algo así. Ahí tienen las computadoras. Pueden comunicarse con otras plantaciones y con el CenCo. Tienen una pantalla mapa que muestra la ubicación de cada voluntario y cada oficial”.

“¿Quiénes son los voluntarios?” –Preguntó Cress. “¿Para qué se ofrecen como voluntarios?”

“Voluntarios es como llaman a los esclavos de la deuda”, dijo Smokee.

“Los oficiales son puntos amarillos, los voluntarios son puntos rojos. Haces clic en uno y encuentras el nombre o el número”, explicó Ron.

“Algo así como una versión de alta tecnología del mapa encantado de Hogwarts”³⁴, murmuró Topaz, uno de los técnicos.

“Tienen una guardia diurna y otra nocturna y dos turnos rotativos”, dijo Ron. “Hay dos tipos, siempre en las pantallas, siempre buscando fugas. Ven un punto fuera de lugar y lo golpean con jugo. Un poquito y caes al suelo gritando. Demasiado, o tienes el corazón débil o algo así y estás muerto.

“Así oímos sus comunicaciones a su personal, pero si están en contacto con otras plantaciones, o algún Comando Central, podríamos perder nuestro margen de sorpresa en la siguiente granja”, dijo Cress con ansiedad.

“En el campo, cada uno de nosotros tenemos un muc”, continuó Ronald. “MUC, significa Unidad Móvil de

34 Se refiere al Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería. Una escuela a la cual asisten jóvenes magos para desarrollar sus habilidades. Pertenece al universo de la saga de libros de Harry Potter.

Comunicaciones. Podemos llamar o acceder a la pantalla del mapa si necesitamos rastrear a un fugitivo”.

“¿Alguien todavía tiene el suyo?”, preguntó Topaz con entusiasmo.

“Yo sí”, dijo Ron. “No trabaja, ahora que se han cortado las comunicaciones”.

“Lo hará”, dijo Topaz. “¡Funcionará para nosotros!”

Cuando los demás salieron de la reunión, los médicos ya habían instalado un hospital de campaña para retirar los chips. Se encontraban cerca de la superficie de la piel en la base del cráneo, no profundamente incrustados, pero a veces era una cuestión delicada localizarlos si habían estado allí durante mucho tiempo, y la infección siempre era una preocupación. Pero los liberados agradecían entre lágrimas que se los sacaran.

Los técnicos retiraron los restos de basura, botellas y pequeños y tristes restos de condones usados de la sala de recreación, y formaron un círculo. La habitación todavía olía levemente a orina y sangre, incluso después de que la limpiaran, pero los técnicos encendieron un poco de incienso y cerraron las puertas. Debido a que tenían poco personal y solo cinco de ellos acompañaban al ejército hacia el sur, le pidieron a Cress que asistiera y escribiera. Fue un

gran honor y siempre había sentido curiosidad por saber qué hacían, pero también era tarde después de un largo día y le hubiera gustado dormir un poco. Aunque ninguno de ellos podría dormir hasta que idearan una estrategia que pudiera hacerles avanzar y salvaguardar lo que ya habían logrado.

Los técnicos instalaron su equipo en un gran espacio que habían despejado en el centro de la sala. Colocaron una alfombra de seda y colocaron un enorme cristal en el centro.

Topaz le entregó a Cress una caña de bambú envuelta en seda. “Sostenga esto”, dijo, y procedió a desplegar una cúpula geodésica con un marco de bambú y paneles de seda, como una tienda de campaña gigante que llenaba la mayor parte de la habitación. Debajo, dispusieron cojines y almohadas y una silla baja plegable para Cress con un reposabrazos sobre el que se encontraba un teclado.

Los técnicos estaban anormalmente pálidos, como si rara vez vieran la luz del día. Incluso la piel caoba de Jet tenía una palidez subyacente. Sus cuerpos estaban demasiado perfectamente esculpidos, como si se perfeccionaran en un gimnasio haciendo ejercicio pero rara vez realizaban trabajo físico. Llevaban el pelo corto o afeitado y, aparte de los adornos de jade, amatista o cuarzo rosa en aretes y pulseras, su ropa era holgada, sencilla y de color neutro. Lucían tatuajes cristalinos en la frente, intrincadas redes de líneas y ángulos. Era difícil saber de qué género eran y, para ellos, eso parecía importar muy poco. Se referían unos a otros no

como “él” o “ella”, sino como “ello”, singular o plural, y de hecho su individualidad a menudo parecía sumergida en el todo.

“Uno pensaría que tendrían una forma más tecnológica de registrar sus hallazgos que yo tecleándolos en un teclado”, dijo Cress.

“Oh, lo hacemos”, le aseguró Jasper. “Pero tenemos que presentaros a los cristales. Eres uno de los comandantes del ejército, el único que creemos que puede manejar esto. Queremos que te conozcan y respondan a tus órdenes cuando sea necesario”.

“No soy un comandante”, dijo Cress. “Soy el primer coordinador”.

“Bien. Como decíamos,” prosiguió Jasper, “al acompañarnos y registrar lo que dicen, muestras respeto. Es un ritual”.

Cress respiró hondo y esperó poder permanecer despierto mientras las luces se atenuaban. Los técnicos le entregaron una gorra para que se la pusiera. Estaba tejido con alguna fibra sintética brillante, como una red que abrazara su cuero cabelludo. Jet separó con cuidado el espeso cabello negro de Cress para que los nudos pudieran hacer contacto con su piel.

“Ahora entiendes por qué mantenemos el nuestro corto”, murmuró Topaz.

Los demás se estaban poniendo sus propias gorras. Se acostaron con las cabezas formando un círculo, sus cuerpos irradiando como una estrella de cinco puntas, y comenzaron a respirar a un ritmo lento y unificado para entrar en trance. Cress sincronizó su respiración con la de ellos y se obligó a relajarse.

Las luces se atenuaron y la cúpula de arriba adquirió un brillo nacarado. Aparecieron rayos de luz que brotaban en todas direcciones, en colores ópticos puros: rojo, amarillo, violeta. Estaba dentro de una esfera de luz con ejes que se extendían como espinas de erizo de mar. Luego empezaron a plegarse unos sobre otros en un revoltijo como un juego cósmico de líneas, un laberinto tridimensional, un nido de rayos.

Vio cinco globos de luz veloces que lo arrastraban tras de sí. Eran confiados y estaban familiarizados con este extraño mundo. Obligó a su cuerpo a respirar, para no entrar en pánico mientras lo remolcaban a velocidades inimaginables. A la velocidad de la luz.

Estarás bien. La tranquilidad no la proporcionaron tanto las palabras sino un estallido de tono emocional, un color verde suave y frondoso que lo envolvió incluso a medida que aumentaba su velocidad. Corrían a lo largo de líneas de

fuerza, siguiendo su camino a través de un laberinto de colores puros, senderos de rojos, azules y púrpuras que eran brillantes y claros, la esencia de la luz. Siguieron y siguieron, y Cress se preguntó cómo, en nombre de Hella, se suponía que podía identificar algo a esa velocidad para grabarlo, y mucho menos escribirlo. Pero al final se detuvieron en el centro de una cámara resplandeciente donde unos dedos de luz inquisitivos jugaban sobre las paredes como los rayos de un reflector.

¿Estás bien? Una vez más, no fue tanto una pregunta sino una ola de contacto, controlándolo. Se obligó a respirar de nuevo. Vagamente podía recordar a uno de sus profesores advirtiéndoles sobre los viajes tecnológicos, una moda entre los adolescentes cuando comenzaron a explorar el uso de la tecnología de cristales inteligentes. Se necesita formación y preparación, había advertido la señora Winslow. De lo contrario, es fácil distraerse tanto que el cuerpo literalmente se olvida de respirar.

Los rayos irradiaban desde una esfera brillante y pulsante. Cress podía oírlo como los armónicos de un cuenco de cristal, pulsando en ritmos que comenzaban a formar música. Viajaron hacia allí y el tono se dividió en hebras de sonido, notas que se entrelazaban unas con otras y se fusionaban en acordes. La esfera le cantaba.

Música. La música de las esferas, como la llamaban los antiguos.

La canción en sí estaba hecha de luz, múltiples filamentos tejidos y anudados con increíble complejidad. No podía imaginar cómo alguien podría alguna vez comprender las complejidades de esa maraña, sin embargo, los técnicos comenzaron a buscar, probar y descartar caminos con sorprendente rapidez.

¡Escribe esto! escuchó un comando de voz. Respiró de nuevo y buscó sus dedos, el plástico duro del teclado debajo de ellos. La voz leyó una serie de números y Cress luchó por registrarlos con precisión. No podía decir si estaba escuchando la voz con sus oídos físicos o simplemente con su mente, pero el esfuerzo por escuchar y escribir lo mantuvo atado a su cuerpo.

Siguieron y siguieron, rastreadores a la caza, hasta que llegaron al corazón del resplandor y encontraron otro globo de luz pulsante y cantor. Este también estaba compuesto de múltiples filamentos entrelazados, y los técnicos se lanzaron sin dudarlo, deteniéndose sólo de vez en cuando para desgranar una serie de números. De un nexo a otro y a otro, hasta que Cress sintió como si hubieran estado viajando a toda velocidad a través de la eternidad. Globo dentro de globo, cuerda dentro de cuerda, mundo dentro de mundo, abajo y abajo para siempre.

Y entonces se encontraron frente a un cristal brillante y de bordes duros. Emitía una luz blanca brillante que se rompía en arco iris contra los prismas de los cristales que los

rodeaban. Cress y los técnicos eran seis globos de luz en una cámara tachonada de cristales, como el corazón de una geoda. Sus reflejos en las facetas del cristal enviaban rayos que rebotaban y zumbaban a su alrededor, emitiendo tonos puros como un carillón celestial.

Cress miró a sus cinco compañeros. Ellos también eran nudos y marañas de filamentos, armonías y melodías, cada una de ellas un millón de veces más compleja que los nodos que habían explorado.

¿Era él así?, se preguntó. Sintió que los técnicos estaban mostrando sus mentes al corazón de cristal. Hablaban, no tanto con palabras sino con imágenes, tonos y estallidos de emoción.

De repente se sintió en exhibición. Las otras luces se atenuaron a su alrededor y pudo ver rayos que se extendían desde su propio centro, algunos de hermosos y brillantes colores, otros del rojo apagado y coagulado de la sangre o el dolor. Bueno, eso soy yo, pensó un poco avergonzado. No elegí ese dolor, él me eligió a mí.

Era un acorde, una canción, los tonos profundos de su dolor daban peso a las ondulantes notas azules del agua que fluía.

Alguna vez quiso ser músico. De hecho, Bird lo había animado a postularse para el Gremio de Músicos. Sintió un

destello de ira al recordar la sonrisa engreída de Bird y su incuestionable suposición de que él, por supuesto, estaba en condiciones de juzgar. Pero Cress creía que la música era un lujo. El agua era una necesidad.

¿Era eso realmente todo? susurró una vocecita. ¿O tenías miedo, miedo de ser rechazado, miedo de tener que mostrar tu talento y no dar la talla?

¡Que se joda! No necesitaba que Bird ni nadie más le dijera si era bueno o no.

Su ira, su resentimiento y, sí, admitió, sus celos se tejieron a su alrededor como cuerdas disonantes, estridentes y chirriantes, tan diferentes de los tonos tristes pero hermosos de su dolor por Valeria y la niña y su dolor más antiguo por su madre y su hermana. Esto fue como un arañazo de una aguja en un disco de vinilo, haciéndole rechinar los dientes. Quería que se detuviera.

Entonces, ¿por qué sigues profundizando más y más? ¿Por qué te preocupas una y otra vez, como si te doliera un diente?

¿Era la voz del cristal o alguna voz propia? ¿Alguna advertencia medio recordada de su madre? ¿Estaba recibiendo lecciones de perdón de una maldita máquina?

Pero se dio cuenta de que podía dejarlo pasar. Después de todo, él y Bird no estaban compitiendo. Había puesto su vida

al servicio de algo mucho más primario y vital que la música, y podía hacer cosas que Bird nunca podría hacer. Podía dar vida a la tierra muerta.

Y con ese pensamiento, el chillido se apagó y en su lugar escuchó el rugido de un río desbordado, las notas líquidas de una corriente impetuosa que desembocaba en el océano, el canto silencioso de los estanques quietos que se hundían en la tierra reseca.

Entonces los cinco globos que lo acompañaban se congelaron, atrayéndolo hacia ellos. Sintió un momento de puro terror cuando los hilos se entrelazaron con los de su propia mente, un pánico de que se enredarían para siempre y que él nunca más volvería a liberarse y ser él mismo.

Pero luego lo soltaron. *Respira*, le dijo algo, y su cuerpo lo hizo, y los globos unidos comenzaron a pulsar y vibrar con un gran tono como una campana, llamando a todo a despertar.

Una ola de luz lo envolvió. Fue lavado, absuelto, perdonado. El aire resonaba con una canción como un coro de ángeles regocijándose.

Respira de nuevo. No dejes de respirar, esa era la cuestión. Respira y pide ayuda con humildad. No en palabras, sino en imágenes, sentimientos, canciones.

Recordó a la anciana cayendo, derribada al suelo. Vio a su esposa tendida en un charco de su propia sangre y volvió a sostener a la cosa inerte que habría sido su hija viva. Escuchó los gritos de su hermana.

Y luego pensó en el agua, agua clara y dulce. Oyó el gorgoteo de los arroyos que corrían por las calles de la Ciudad, vio el verde exuberante de los jardines, el chapoteo de una fuente, los niños iluminados por el sol jugando con los chorros. Y lo envió como una súplica. Si hubiera podido formar palabras, habrían sido *¡Ayúdadnos, por favor! ¡Estad del lado de eso!*

Horas más tarde, se despertó con un terrible dolor de cabeza. Le habían quitado la gorra, yacía debajo de la cúpula y Beryl sostenía una taza de un brebaje de hierbas para que bebiera.

“Bebe”, dijeron. “Te hará sentir mejor”.

“¿Como fue?” preguntó.

“Bien. Hemos despertado el corazón de la red y le gustamos. Le gustaste. No le gustan mucho los Stewards, quienes lo hicieron servirles sin siquiera reconocer que había una conciencia allí. Funcionará con nosotros. Tuvimos que sostenerlo por un tiempo, para su propia protección y para que pudiéramos trabajar a mayor velocidad. Es un poco lento, solo somos cinco”.

“¿Eso es lo que llamas lento?” –Preguntó Cress.

“Deberías ver cómo es cuando obtenemos una combinación de cincuenta o quinientos”.

“No. Sólo de pensarlo me duele aún más la cabeza. Se sentó. “¿Y ahora qué?”

“Ahora necesitamos un ordenador central, una placa o algo más. En la próxima incursión, mira qué puedes capturar para nosotros. Ahora entendemos cómo funciona esto, pero necesitamos ingresar a su sistema principal si queremos buscar registros o trabajar”.

Cuando los exploradores regresaron, en las primeras horas de la mañana, informaron que las granjas circundantes todavía parecían ajenas a cualquier peligro.

Antes del amanecer, se dispusieron a realizar múltiples redadas. Cress tomó una división, Smokee tomó otra, River tomó una tercera y atacaron las tres granjas más cercanas; cerca es un término relativo cuando cada plantación podría cubrir cientos de acres.

Durante el día, descansaron sus tropas y luego partieron nuevamente al atardecer para atacar otra plantación después del anochecer.

Al tercer día de la campaña, las tropas del Norte controlaban casi mil acres de tierras de cultivo.

La parte fácil había terminado.

Capítulo veintinueve

El Día de la Victoria nunca había tenido mejor aspecto, pensó Isis mientras contemplaba el zumbido de los molinos de viento y las nuevas velas solares brillando como láminas de cristal. Su casco fue reparado y repintado y lucía elegante, como una mujer esbelta temblando con la marea. Como una mujer particularmente esbelta, temblando de... pero no iba a pensar más en Sara. Había sacado firmemente a esa perra de su mente. Isis era dueña de su propio barco, de su propio destino, almirante (o primera representante, como la llamaba la ciudad) de una armada. Ella no necesitaba distracciones.

Está bien, admitió, tal vez no fuera una gran armada. Una variada colección de veleros, remolcadores y ferries requisados, con algunos cruceros viejos y, tras ellos, el buque de guerra capturado, recién bautizado como *Harvey*

*Milk*³⁵, ahora renovado y reparado. No mucho, pero era su marina y eso era algo de lo que estar orgullosa.

Habían pasado semanas entrenando y preparándose, cargando suministros y practicando simulacros de emergencia. Renovar transbordadores y barcos pesqueros para convertirlos en una armada de combate llevó tiempo. Mientras tanto, a medida que llegaban informes del Valle Central y llegaban mensajes a través de las redes de los maquis montañeses de que Bird y Madrone habían comenzado su Refugio, Isis se impacientaba cada vez más por unirse a la diversión. ¡Pero ahora, por fin, habían partido!

El sol brillaba en las olas cuando zarpaban de los muelles. Los barcos más pequeños se embarcaban en los muelles reconstruidos de San Francisco, los transbordadores y remolcadores llegaban desde East Bay y el buque de guerra desde su fondeadero en aguas profundas cerca de Hunters Point. Como una bandada de gaviotas, convergieron y se dirigieron hacia el Golden Gate.

Isis necesitó toda su concentración para guiarlos a través de las traicioneras corrientes y la marea, y eso era bueno

35 Harvey Bernard Milk (Woodmere, Nueva York; 22 de mayo de 1930-San Francisco, California; 27 de noviembre de 1978) fue un político y activista estadounidense que se convirtió en el primer hombre abiertamente homosexual en ser elegido para un cargo público en los Estados Unidos, como miembro de la Junta de Supervisores de San Francisco en 1977.

porque significaba que no tenía tiempo para pensar, ni tiempo para lamentar el espacio vacío a su lado donde alguna vez Sara pudo haber estado. Sola y libre. Eso es lo que soy, pensó. Quien quiero ser. Libre. Y sola.

Salieron, pasaron por el peñón de Alcatraz, pasaron por la salvaje Isla del Ángel, donde generaciones de niños de la ciudad fueron a aprender a acampar, a encender una fogata sin cerillas y a remar en una canoa. Bajo las ruinas del puente Golden Gate, donde los equipos de reparación interrumpieron sus tareas para soltar grandes vítores. Luego, a través del canal, las verdes colinas de Marin a su derecha, las playas solitarias de la ciudad y los senderos para caminar a su izquierda.

En mar abierto, meciéndose con las olas. Y luego hacia el Sur, aprovechando el fuerte viento que los impulsaba hacia nuevos peligros y aventuras.

Libre y sola, como debería ser una pirata.

Sara cogió una hoja de papel nueva y se quedó mirando un momento su superficie en blanco. Frente a ella, sobre el pequeño escritorio de su diminuta cabina, su cristal proyectaba el holograma de un calendario. “Horas”, ordenó, y los días se dividieron en 24 espacios.

En ese momento, su equipo de buzos se estaba instalando en el pequeño crucero que habían requisado y bautizado Toypurina, en honor a un sanador que había liderado una revuelta contra las misiones de las Tierras del Sur, allá por el siglo XIX. Había sido capturado en la ciudad durante el Levantamiento, décadas antes, y ahora estaba asignado a los buzos porque en cubierta tenía una piscina donde podían practicar maniobras bajo el agua.

Los otros buzos estaban ocupados llevando sus mochilas hasta sus camarotes, eligiendo sus literas y compañeros de literas, o simplemente parados en cubierta para observar el barco pasar bajo las ruinas del puente Golden Gate y salir de la bahía. Pero Sara tenía trabajo que hacer.

Mañana, a primera hora de la mañana, su equipo de treinta buzos comenzaría la última fase de su régimen de entrenamiento y ella estaba al cargo. Estaba haciendo un horario, dividiéndolos en grupos de diez que recorrerían tres estaciones: el gimnasio para el entrenamiento físico, la piscina para practicar maniobras y la práctica de buceo fuera del costado del barco. Luego estaban todas las tareas de mantenimiento, cocina y limpieza que debían dividirse y compartirse. Tenían un jefe de cocina y un equipo de cocineros experimentados, pero todos los buzos se turnaban para ayudar con la preparación y los platos. Ésa era la manera de actuar de la Ciudad.

Sí, estaba ocupada, y estaría demasiado ocupada para pensar en esa idiota de Isis. Estaba segura de que con el tiempo la pirata testaruda se recuperaría. Se sentiría sola, todas esas noches, sola en su pequeño barco, cuando podrían haber estado juntas. Ella admitiría que estaba equivocada. Hasta entonces, Sara tenía mucho que hacer. Había mucho en qué pensar.

Suspiró y volvió a su horario.

La flota ancló en Half Moon Bay (Bahía de la Media Luna) para pasar la noche. Había sido un viaje corto ese día, pero lo habían planeado, queriendo tener suficiente tiempo para que todos se pusieran en marcha y se organizaran y practicasen moverse como un convoy. Mañana llegarían a Santa Cruz, donde recogerían otro contingente antes de seguir costa abajo. Poco podían esperar en cuanto a oposición hasta que estuvieran mucho más al sur.

Así que esta noche era una noche para relajarse. Habría sido una noche perfecta para compartir una botella de vino con Sara en la terraza, bajo la luna menguante, contemplando las estrellas. Pero éste no era un crucero de placer, y cuánto mejor, se dijo Isis, no tener tales diversiones.

Isis podría haberse quedado a cenar en el gran buque de guerra. Remó en el bote y subió a bordo para la reunión del Consejo Naval, un nombre elegante para un grupo que estaba formado por ella, Livingston, Sara y representantes de los otros barcos. Podría haberle pedido a Sara que volviera con ella, pero no quería darle esa satisfacción a la perra. Así que cuando terminó la reunión, saltó de nuevo a su bote y remó hasta su refugio privado. Nadie la molestaría, nadie de quien preocuparse.

Ahora estaba sentada, disfrutando de una merecida copa de vino. Las estrellas no eran menos hermosas cuando estaba sola. Podría disfrutarlas más sin que alguna potra de labios finos intentara acariciarle el cuello. Podía apreciar el silencio de la noche, roto sólo por los sonidos de la fiesta que transportaba el agua desde el destructor, el chapoteo de las olas y el golpe de...

¿Golpe de? Isis se sentó, repentinamente alerta. Se oyeron ruidos abajo, en la cabina, un golpe y un suave chirrido. Alguien había allí.

¡Mierda! Su arma estaba abajo, escondida como siempre junto a su almohada. Eso le enseñaría a relajarse, incluso allí, donde todo parecía tan seguro. Miró a su alrededor en busca de un arma y agarró una barra de metal corta que se usaba para girar el cabrestante. Agarrándola con fuerza, descendió sigilosamente el corto tramo de escaleras que conducía a la

cabina y abrió la puerta de una patada, irrumpiendo con un grito y blandiendo su arma.

“¡Muere, maldito fango!” gritó y se abalanzó sobre una figura oscura que se alojaba en un rincón.

“¡Para, no! ¡Isis, soy yo! ¡Rosa! gritó la figura.

Isis se controló, justo a tiempo, y dejó que la barra cayera al suelo.

“¡Rosa! ¿Estás loca? Isis miró fijamente la litera que albergaba a la niña. “¿Estás tratando de que te maten?”

Con cautela, Rosa miró desde debajo de la litera.

“Lo lamento.”

“¿Lo lamentas? ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

“Quiero ir contigo”, dijo Rosa firmemente. Salió de debajo de la litera y se sacudió el polvo de sus pantalones deportivos fucsia. Isis, con las manos en las caderas y la cabeza ladeada, la observó.

“La última vez que lo comprobé, la marina no reclutaba niños”, dijo Isis.

Rosa levantó la barbilla. “No soy una niña. Tengo catorce. Casi.”

“Sí. Sobre la colina”, resopló Isis. A esa misma edad, había estado corriendo tres carreras por semana y atendiendo a los Primes por la noche. “Eres una chica de ciudad. Tu gente dice que todavía eres una niña”.

“Bueno, no lo soy”, dijo Rosa, dejándose caer en la litera. “Ya no.” Tenía la cabeza gacha y de repente parecía puramente miserable.

“Está bien, te lo concedo”, admitió Isis. Sintió lástima por la muchacha y comprendió exactamente que un viaje largo y peligroso como polizón en un barco pirata podría parecer preferible a quedarse en la ciudad, donde todo le recordaría su violación. “¿Pero, qué pasa con la escuela y el aprendizaje?”

“¡Odio mi grupo de aprendizaje!” dijo Rosa con amargura. “Todos me odian”.

“Eso no puede ser verdad”.

“Es verdad. Me culpan de todo”.

“Entonces son estúpidos”, dijo Isis. “¡No te preocupes por lo que piensen los retorcidos! ¿Cómo diablos llegaste aquí?”

“Fue fácil. Mientras te reunías con el Consejo Naval esta mañana, subí a bordo y me escondí en el armario de velas”, le dijo Rosa.

“¿Qué hiciste cuando tuviste que orinar?”

“Hice eso cuando fuiste a la reunión de la noche”, dijo Rosa con aire de suficiencia.

Isis negó con la cabeza. “¿Comiste algo hoy?”

“No tengo hambre.”

“Sí, y yo soy un oso polar. Vamos, te prepararé unos huevos”.

¿Qué hacer con la chica? Se preguntó Isis. Envíala de vuelta, diría el Consejo. No hay duda de eso. Pero tal vez yo vea las cosas de otra manera. Trece años; de donde yo vengo, eso no es un niño. Es lo suficientemente mayor para saber lo que piensa.

Isis preparó huevos revueltos y preparó tostadas en el pequeño horno tostador que funcionaba con la electricidad generada por la brisa nocturna por la hilera de sensibles cañas de viento en el techo de la cabina. Rosa comió con hambre y guardó silencio. Pero, de alguna manera, parecía más brillante de lo que había sido desde su terrible experiencia a manos de los Stewards. Sus hombros estaban echados hacia atrás con orgullo, no encorvados. Su cabeza estaba más alta.

Quería algo, pensó en cómo conseguirlo, se propuso hacerlo y lo había conseguido, pensó Isis. Y eso tenía que ser

una mejora con respecto al escabullirse y esconderse con la cabeza gacha que había estado haciendo. Madrone había notado la depresión de la niña, a pesar de todas las preocupaciones que había tenido durante los últimos días de Maya y los preparativos para el viaje al sur. Le había pedido a Isis que ayudara a la niña, pero Isis no había encontrado nada parecido a una oportunidad.

Pero ahora Rosa estaba aquí.

“¿Qué esperas hacer en la marina?” –Preguntó Isis.

“Puedo ayudar. Soy muy buena navegante”, dijo Rosa. “Necesitas que alguien te ayude a manejar este barco; no puedes hacerlo sola”.

“¡He estado navegando sola en este barco desde antes de que fueras una mancha de sangre en las bragas de tu madre!”

“Pero no cuando estabas al mando de la marina al mismo tiempo. ¿Qué sucede si necesitas ir a una reunión? ¿Qué pasa si necesitas ejecutar una misión y ajustar las velas al mismo tiempo?”

La chica tenía razón, admitió Isis. Pero en la marina había decenas de buenos marineros. Podría conseguir una pareja mayor, si quisiera. Ella no lo hizo. El barco era demasiado pequeño para tener compañía, a menos que esa compañía fuera..., ¡basta! ¡Ella no iba a ir allí!

Aún así, fue bueno ver a Rosa luciendo esperanzada y ansiosa.

“Tengo que gestionarlo con el Consejo Naval”, dijo Isis. “Dudo que estén de acuerdo en mantenerte. Pero mañana te haré una prueba”.

Preparó la segunda litera para Rosa, y la niña se durmió tan pronto como se cubrió con las mantas. Isis se sentó por un momento, escuchando su suave respiración. Era un sonido. Era compañía.

“¡Arriza la vela! ¡Afirma la escota! Isis ladraba órdenes a un ritmo rápido y Rosa aceleró a través de la pequeña cubierta para seguirle el ritmo. Isis tuvo que admitir que era una buena marinera. Reaccionaba con rapidez y precisión, sin ponerse nerviosa ni perder la calma. Cuando Isis le permitió tomar el timón, ella forjó una estela recta, sin desvíos. Mantuvo la vela en orden y parecía tener una sensación instintiva de cómo aprovechar el más mínimo cambio en el viento. Lavó los platos del desayuno y guardó todo en orden, sin que nadie se lo dijera.

Por supuesto, está intentando impresionarme, pensó Isis. Pero, diablos, está teniendo éxito.

“Tenemos un problema”, dijo al Consejo. Se encontraban reunidos en el comedor del capitán del viejo crucero, en sillas con cojines de cretona ahora raídos, apiñados alrededor de una mesa circular de caoba. Los apliques de la pared arrojaban una luz suave sobre los gráficos y los papeles extendidos ante ellos.

“¿Ya?” preguntó Miguel, quien capitaneaba uno de los ferries.

“Un polizón”, les informó Isis.

“¿Qué, en tu barco? ¡Apenas hay espacio para guardar un gatito, y mucho menos una persona! –exclamó Belle, que era piloto de remolcadores y se sentía superior a cualquiera que no conociera las complicadas corrientes de la bahía.

“Es Rosa”, les dijo Isis. “Estaba escondida en el armario de velas. La encontré anoche. Quiere ir con nosotros y ayudarme a manejar el barco.

“Es una niña”, dijo Bronwyn, jefe del equipo kayak. “¿Cuántos años tiene? ¿Doce?”

“Trece. Casi catorce”.

“Entonces la dejaremos en el puerto de Santa Cruz esta tarde y podrán llevarla de regreso a la ciudad”, dijo Bronwyn.

“¿Qué pasa si ella no quiere ir?” –Preguntó Isis.

“No reclutamos ejércitos de niños. ¡O armadas! Dijo Miguel con firmeza.

“Uno pensaría que ya habría pasado por suficientes traumas y peligros. ¿Por qué quiere venir a buscar más? –preguntó Bronwyn.

Isis miró los rostros a su alrededor. Parecían tan seguros, con esa presunción de la ciudad que la ponía de los nervios. Entendió por qué Rosa quería alejarse de todos ellos, de los lugares donde alguna vez había sido feliz y de los lugares donde se había sentido tan herida.

“Anoche me senté con ella”, dijo Isis. “La chica parece feliz ahora, en el barco. En la tierra, su cabeza siempre está gacha, no te mira a los ojos. En el agua, tiene la barbilla al viento, la mano en el timón y sus ojos miran hacia delante.

“Ella debería estar en terapia”, dijo Bronwyn.

“La terapia no mejora la situación”, dijo Isis.

“Te ayuda a sobrellevar la situación”. Dijo Bronwyn.

“Tal vez esta sea su manera de afrontar la situación”, sugirió Sara. “Eso es lo que pasa con el trauma. Cuando ya has pasado por lo suficiente, tu antigua vida ya no encaja. La seguridad puede resultar más dolorosa que el riesgo”.

Le lanzó una rápida mirada a Isis, quien se alejó de ella.

Livingston permaneció en silencio, un poco molesto por todo el tiempo que dedicaban a este tema periférico. ¡Reuniones! Los pichones estaban enamorados de ellas, programando decenas al día, cortas, largas... por los tiernos cojones peludos de Jesús, ¡cómo amaban las reuniones!

“¿Y si la dejamos quedarse un tiempo?” –sugirió Isis. “No habrá peligro real hasta dentro de días, tal vez semanas. ¿Enviarla de regreso antes de que lleguemos a una zona de combate, pero dejarla navegar en el barco por un tiempo?”

Por casualidad miró a Sara, quien le dedicó una rápida sonrisa de complicidad.

“Ella podría tener la aventura que ella misma eligió”, dijo Sara. “Una que ella pueda controlar y sobrevivir”.

“No hay garantía de que no nos topemos con lanchas patrulleras u oposición más al norte de lo que anticipamos”, objetó Miguel.

“No hay garantía de que una gárgola no la golpee en la cabeza en la ciudad”, dijo Sara.

Perra, tratando de volver a estar en mi lado bueno, pensó Isis, y le lanzó a Sara una mirada como de daga sólo para hacerle saber que no estaba funcionando. O al menos, ella pretendía que fuera una mirada como de daga. Sintió que sus ojos se detenían en el rostro de Sara y se obligó a apartar la mirada.

Es hora de intervenir, pensó Livingston. O estaremos aquí para siempre.

“La marina nunca patrulla al norte de Point Sal”, les aseguró. “Simplemente no tiene la capacidad. Se concentran en las rutas marítimas hacia Angel City. No habrá problemas”.

“Tráela aquí”, sugirió Sara. “Déjala hablar por sí misma”.

Rosa se puso de pie y miró al Consejo. Había decidido que no agacharía la cabeza. Los miraría a los ojos y les demostraría que no era alguien a quien compadecer.

“Quiero quedarme en la marina”, dijo. “Puedo navegar. Me gusta navegar. Puedo ayudar.”

“Pero eres demasiado joven, *mi vida*”, dijo Bronwyn. “Eres demasiado joven para correr peligro”.

“Bueno, ¡no estuve segura en la ciudad!”, dijo Rosa, y eso los silenció a todos.

Ella miró a su alrededor. Isis permaneció impasible, Sara mirándola con una sonrisa alentadora. Algunos de los demás parecían culpables, otros simplemente aburridos. Como el tipo que estaba detrás, con los brazos cruzados y una media sonrisa de complicidad en sus labios.

Ella se estremeció. Algo en él le resultaba espeluznante. De algún modo le parecía familiar, como si lo hubiera visto antes. ¿Dónde? ¿A quién le recordaba?

Y entonces, de repente, ella lo reconoció. ¡El tipo espantoso de las carreras, con gafas de sol en la niebla y oliendo a sojuh!

Livingston estaba intentando ubicarla. ¿Dónde había visto esa mata de pelo rizado, ese rostro de niña con ojos atormentados?

Sus ojos se clavaron en él por un momento, luego se desviaron abruptamente.

Mierda. Ese día en la carrera. Ella había sido la chica que huyó de él.

¿Lo había reconocido? Difícil de decir. Si lo hacía, él tenía una historia lista. Había estado pensando en desertar y realizó un pequeño viaje de exploración para ayudarse a tomar una decisión y quedó impresionado con lo que vio. ¿Quién puede discutir con eso?

Rosa apenas escuchaba lo que decían de ella, estaba demasiado absorta con el hombre. Tuvo que obligarse a permanecer concentrada, para mantener la respiración lenta y uniforme. ¿Qué debería hacer ella? ¿Debería decirles que había estado espiando en la City? ¿Pero quién la creería? Por un momento se encontró deseando que Bird

estuviera allí, a pesar de que él era una de las personas de las que se alegraba de estar lejos. Pero él *sí* la creyó. ¿Quién más lo haría?

Isis. Isis lo haría. Pero ¿qué prueba eso? Que ella lo había visto en la carrera. Podría decir que simplemente había estado mirando a su alrededor. Quizás eso fuera cierto. ¿Pero tal vez era un agente doble y todavía trabajaba para los Stewards? ¿Y si estuviera llevando a toda la armada a una trampa?

¡Debería decírselo, advertirles a todos! O tal vez sería mejor contárselo a Isis en secreto. Entonces, si él estaba tratando de atraparlos, ellos tal vez podrían atraparlo a él.

Todos estaban hablando de nuevo y ella deseaba que se dieran prisa y terminaran con esto. Sara, que vio lo incómoda que se veía, le sugirió que bajara a la cocina y almorzara algo mientras terminaban la discusión.

Al final, pero no sin otro debate de media hora, el Consejo aceptó a regañadientes dejar que Rosa se quedara hasta que llegaran a una zona de más peligro.

Isis y Sara estaban inclinadas sobre la barandilla del viejo crucero, observando la brisa provocar pequeñas ondas en la parte posterior de las olas como un cachorro acariciando la piel de un viejo perro dormido.

Sara amaba a su viejo perro, un Rottweiler que tenían para vigilar la casa en los días en que ella fue un Trofeo de un Prime. Una bestia salvaje, con un ladrido feroz, pero ella había encontrado su lado dulce. Se acercó imperceptiblemente a Isis.

Sara estaba tan cerca que Isis podía sentir su calor, oler su aroma a especias y flores en pequeñas bocanadas en medio del fuerte olor del aire del mar.

“¿No podemos ser amigas?” –Preguntó Sara.

“Somos amigas”, dijo Isis.

“Tu sabes lo que quiero decir. ¿No podemos simplemente pasar el rato? ¿Hablar? Como novias”. La voz de Sara era baja, ronca y seductora.

Isis se encogió de hombros. “Hablar.”

“Creo que es algo bueno lo que estás haciendo por Rosa”, Sara se reclinó contra la barandilla, robando una pequeña mirada al rostro de Isis, que permanecía de espaldas, con los ojos fijos en las olas como si fuera algo vital para el destino del mundo lo que estaba sucediendo allí.

Isis volvió a encogerse de hombros. “Es lo que ella quiere”.

“A veces, cuando has sido feliz y luego no lo eres, simplemente tienes que alejarte de donde eras feliz”.

“Por eso tengo un barco”.

“Yo lo llamo la cura de 'Huir con una hermosa pirata'”. Sara ofreció una de sus increíbles sonrisas, lenta, dulce, sus labios lánguidamente curvándose en forma de media luna y su mejilla izquierda luciendo un hoyuelo. “Debería estar en todos los textos de psicología”.

“Nuestro objetivo es servir”. Isis se dio la vuelta. Si seguía mirando esa sonrisa, estaría perdida.

Se quedaron en silencio. Sara se volvió de nuevo para observar el juego de la luz del sol sobre las olas.

“Tengo que regresar a mi barco”, dijo Isis.

Sara extendió un brazo y le tomó la mano.

“Isis”, la acercó. Tan cerca que sus labios casi se tocaron. Entre ellas había un campo magnético. Isis podía sentirse atraída, oler el almizcle de Sara, sentir su calidez y la marea de su propio deseo aumentando.

“Todavía te amo”, susurró Sara. “Yo siempre lo haré.”

Con un gran esfuerzo de voluntad, Isis se alejó. Ceder, sumergirse en el perfume y el calor, y sería aún más difícil hacer lo que tenía que hacer.

“Mejor así”, murmuró, y huyó.

Isis encontró a Rosa en la cantina, sentada en una de las largas mesas de acero inoxidable comiendo un plato de sopa de verduras que le había servido la cocinera.

“Te dejarán quedarte un tiempo”, le dijo Isis. Livingston dice que no hay peligro de interceptaciones hasta que lleguemos a sus rutas marítimas, más al sur. En ese punto, regresarás al norte con uno de los barcos mensajeros. ¿Lo entiendes?”

Rosa asintió. Serviría, por ahora. Podía pensar en lo que sucedería más tarde cuando llegara el momento. En ese instante tenía una preocupación más apremiante.

Rosa miró a su alrededor. No había nadie cerca. El cocinero estaba de nuevo en la cocina, haciendo ruido con las ollas y silbando una alegre canción de amor que era popular en la ciudad.

“¡Isis, lo vi!”, dijo. “A ese tipo de la marina. Lo vi en la ciudad”.

“Sí, se ha estado quedando en la ciudad”, dijo Isis, sentándose frente a ella. “¿Así que qué?”

“Lo vi antes... antes de que capturaras el buque de guerra”.

“¿Cuándo, antes?”

“En la carrera. El día de la gran carrera”.

“¿Que estaba haciendo?”

“Simplemente... observar a la gente. Me hizo preguntas y pensé que era espeluznante”.

Isis la miró fijamente. “¿Seguro?”

“Olía mal”, dijo Rosa. “Como los... como los sojuhs. Se lo dije a Bird.

¿Por qué Bird no les había dicho, no les había advertido? Se preguntó Isis. ¿Fue él...? Les había advertido que podría haber espías en la ciudad. No tendría forma de saber que fue Livingston a quien vio Rosa. Si ella lo viera. La chica estaba un poco enredada mentalmente, pero Isis no pensó que inventaría una historia como esta.

No, pensó Isis, Livingston querría mirar. Si lo pensaba bien, no confiaba plenamente en él. Había desertado tan fácilmente y tan completamente. Es cierto que las atracciones de la ciudad eran poderosas, pero podría tener familia en las Tierras del Sur e intereses que proteger.

Si no hubiera estado tan enredada en sus sentimientos hacia Sara, habría sido más suspicaz, menos ansiosa por llevar a toda la marina, tal como estaba, de vuelta a las fauces de los Stewards por su palabra.

Pero la chica tenía otra vez esa mirada demacrada y preocupada. ¡Maldita Sara! Si la perra no fuera tan terca, podrían haber estado juntas otra vez y hablar sobre esto.

“Está bien”, dijo Isis. “Te creo. Buen trabajo, detectándolo”.

“¿Qué vas a hacer?”

“Tomarlo en cuenta. ¡Mientras tanto, mantente fuera de su camino!

Solo en la timonera durante la guardia de medianoche, Livingston miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más estuviera al alcance del oído. Sacó su propia pequeña unidad de comunicaciones y dictó en voz baja un informe completo. Editado, sin duda, pero completo de todos modos. Cubrió la fuerza de la marina, los planes del ejército en la medida en que los conocía. Alertados por la advertencia de Bird sobre los espías, los comandantes de cada rama se reunieron por separado y ya no compartieron sus estrategias en un Consejo abierto y pleno. Pero no importa. Sabía que se dirigirían hacia el Valle Central y conocía sus objetivos.

También expresó su alarma por la desaparición de Kline. Nunca apareció a su última cita. Esperaba que hubiera decidido regresar a casa y estuviera sano y salvo.

Lo grabó todo en el comunicador, luego pulsó un botón y lo envió en una ráfaga cifrada. Mejor así. Más seguro frente a la interceptación... y él estaba descuidado de tener que escuchar cualquier respuesta.

La noche era fría, pero clara. Las estrellas brillaban. ¡Por fin estaba al timón de su propio barco!

Había tantas piezas en el tablero que podía moverlas de un lado a otro, maniobrarlas donde quisiera y mantener abiertas sus opciones.

Le hizo un alegre guiño a la estrella del Norte y dirigió el barco hacia el Sur.

Capítulo treinta

Soy un soplo de viento.

Soy un carbón en el corazón del sol.

Soy la marea que retrocede, esperando cambiar.

Soy alimento para los millones de bocas hambrientas de la tierra.

Soy memoria.

Hay tantas cosas que tengo prohibido decirte.

Soy una historia medio recordada, el fantasma de una canción.

He sido un traficante de palabras, un nombrador habitual,

un adicto a los sustantivos.

He tratado de cercar fuerzas incipientes que escapaban como pájaros a través de una red.

*Las he seguido, con el viento en mis alas,
girando en espiral sobre las corrientes ascendentes,*

cada vez más alto...

Todavía no estoy listo para aterrizar.

Ahora que el Refugio contaba con una fuente de agua, Bird y Madrone comenzaron a construir y plantar. Recogieron tuberías y accesorios de las ruinas y montaron una bomba con las entrañas de una vieja lavadora que encontraron en un apartamento abandonado. A Madrone siempre le habían gustado la fontanería y la carpintería. Las tuberías y válvulas eran muy simples y directas en comparación con el funcionamiento sutil de los sistemas del cuerpo. Las tuberías no sufrían, ni gritaban, ni la miraban con ojos suplicantes.

Muchas veces al día bendecía a su abuela por su educación variada y práctica. Una vez que Johanna se hizo cargo de las escuelas después del Levantamiento, ya no hubo más largas jornadas sentadas en los pupitres. Johanna creía en el aprendizaje práctico. Los niños, sostenía, necesitaban saber qué les sería útil para interpretar y mantener su entorno. Todo lo académico vendría de ahí.

Hicieron jardines y cultivaron alimentos, y así aprendieron matemáticas, geometría, biología y química orgánica. Habían aprendido a mantener todos los sistemas de sus casas, desde las tuberías hasta los paneles solares, y así aprendieron hidrología y física. Cuando necesitaban memorizar algo, la fórmula para convertir yardas a metros o

las fechas clave de las luchas contra la esclavitud del siglo XIX, componían canciones y bailes que fijaban los hechos sin esfuerzo y de forma indeleble en sus mentes.

Bird había aprendido carpintería de su padre, que era manitas durante el día y músico de jazz por la noche. Desde que empezó a caminar, había seguido a su padre a todas partes, primero observando y cogiendo herramientas, luego aprendiendo a usarlas. Pensaba en su padre mientras medía, serraba y martillaba. Había muerto en el Levantamiento, pero su voz seguía viva en los hombros, los brazos y las manos de Bird. “No presiones la sierra, simplemente muévela hacia adelante y hacia atrás. Deja que el movimiento haga el trabajo”. “No es el martillo de Thor lo que estás balanceando, hijo. Obtén la acción en tus muñecas. Tienes que buscar precisión, no fuerza bruta”.

Ésos eran algunos de los recuerdos más felices de Bird. Ahora se encontró tratando de impartir algunas de las mismas habilidades a Zoom y Zap: las cosas simples, como cómo clavar un clavo. Descubrió que tenía que vigilar de cerca los martillos para evitar que se golpearan entre sí.

Su capacidad de atención era corta. Cinco o diez minutos de concentración y luego se marchaban, dándose puñetazos o corriendo hacia las ruinas para jugar al escondite. Bird aprendió rápidamente a no decir nunca “Eso está mal” o “No se hace así”. Cualquier corrección enfurecía a Zoom,

mientras que Zap simplemente se cerraba, dejaba caer el martillo y se ponía de mal humor.

“Lo estás haciendo muy bien”, decía en su lugar. “Ahora, inténtalo de esta manera y puede que resulte aún mejor... afloja esa muñeca. ¡Así es! Tienes una habilidad natural para esto”.

Con abundantes elogios y paciencia, a veces podía lograr que se concentraran durante quince minutos.

El suelo en los pequeños espacios abiertos era duro como una roca y casi blanco. Pero Madrone y Bird estaban ansiosos por empezar un jardín. Eligieron una zona abierta, cercana a la plaza. Unas cuantas jardineras de hormigón agrietadas indicaban que alguna vez pudo haber sido un pequeño parque.

Bird improvisó una barra para cavar con un trozo de hierro y Zap descubrió un cobertizo para herramientas detrás de uno de los complejos de apartamentos en ruinas que contenía un par de palas y, maravilla de maravillas, una azada. Madrone y Bird disfrutaron de largas discusiones en la piscina caliente sobre la mejor manera de preparar el terreno. Se sentía bien hablar de algo tan común y tan esperanzador.

Les llevó tres largos y duros días preparar una pequeña parcela. Bird golpeó la corteza parecida al cemento con la

azada, y Madrone siguió con el horquín. Carecían de abono o cualquier cosa para enriquecer el suelo, pero airearlo era un comienzo.

Hacer abono fue un desafío, ya que tenían poco o nada de materiales orgánicos o desechos. Habían instalado un pequeño inodoro de compostaje, cubriendo sus depósitos con trozos de papel, pero el “humabono” necesitaría digerirse durante mucho tiempo antes de que fuera seguro usarlo en un huerto. Sus escasas comidas de bellotas molidas y frijoles cuidadosamente acumulados dejaban poco o nada en cuanto a restos.

La mochila de Bird contenía un frasco de preciados gusanos rojos de abono. Durante todo el camino los había alimentado con cuidado, asegurándose de que tuvieran humedad, aire y sombra. Ahora construyeron un contenedor con una caja de madera y lo cubrieron con cartón y papel triturado. Alimentaron a las lombrices con hojarasca y hojas de ailanto y comenzaron a multiplicarse, pero hasta el momento sólo producían una pequeña cantidad de excrementos. Los usaron de forma homeopática, disolviendo una cucharadita en un balde de agua y rociando la tierra para inocularla con las bacterias beneficiosas que los gusanos llevaban en sus intestinos.

Madrone encontró dientes de león en los bordes de viejos parterres ornamentales. Con su nueva fuente de agua, podría cocinar sus hojas verdes para obtener una verdura y

ofrecer los tallos a las lombrices. El llantén asomaba a través de las grietas del cemento, y ella hizo cataplasmas para las llagas en la piel de los niños y dejó que los gusanos se deshicieran de las hojas usadas. Pero a las lombrices les llevaría tiempo producir cantidades significativas de fertilizante.

Temprano en la mañana y en el fresco crepúsculo, cavaron. Durante las calurosas horas del mediodía, bajo tierra, exploraban las ruinas, despejaban caminos y recogían herramientas útiles. Bird construyó bancos con restos de madera y mesas para su campamento y para la plaza que podía imaginar cerca del árbol sagrado. A veces simplemente dormían una siesta y se desplomaban a la sombra, lejos del sol abrasador.

Zap y Zoom no eran buenos trabajadores. De hecho, resistieron todas las expectativas de que hicieran cualquier tipo de trabajo o colaboraran en cualquier proyecto que necesitara manos adicionales. Solían salir corriendo, riéndose y luego peleando. Madrone intentó preguntar amablemente, suplicar, engatusar y ordenar, pero a lo sumo podía obtener ayuda de mala gana cuando era necesario mover algo.

“No estoy diciendo que alguna vez golpearía a un niño”, dijo Madrone exasperada mientras ella y Bird se acomodaban en sus sacos de dormir después de otro largo día. Ella le había pedido a Zoom que la ayudara a limpiar

después del almuerzo, y él se entretuvo, evitó y empujó a Zap hasta que ella perdió la paciencia y le ordenó que lavara los platos. Después de lo cual él le gritó que era una raja sin valor y llena de gusanos y se fue corriendo.

“No estoy diciendo que le daría una paliza. Pero ahora entiendo por qué alguien podría querer hacerlo”.

“Bueno, en realidad no tienen que ayudar”, dijo Bird. “Después de todo, son sólo niños pequeños”.

“No es tanto para nosotros, es para ellos. Están aburridos e inquietos, y si trabajaran con nosotros, aprenderían cosas tal como nosotros aprendimos a hacer cosas. Y tal vez comenzarían a desarrollar algo de orgullo, algún sentido de logro”.

“Dales tiempo. Tal vez será como lo fue con los soldados en la ciudad: recuerda que al principio simplemente se quedaron sentados y les tomó tiempo unirse a la reconstrucción. Estos niños nunca han tenido la oportunidad de ser niños. Dales un poco de tiempo para que se adapten”.

El suelo, una vez excavado, todavía no era lo suficientemente rico como para sustentar mucha vida, a pesar de haber estado en barbecho durante tanto tiempo. Necesitaban abono. Recorrieron el entorno en busca de cualquier cosa que alguna vez estuviera viva: hojas muertas, trozos de papel, viejas bolsas de la compra. Podían

encontrar papel y cartón en abundancia, y sería un mantillo excelente para evitar que las malas hierbas se propagaran, en caso de que lloviera lo suficiente como para sustentarlas. Pero los materiales que tenían no se descompondrían rápidamente en ese clima seco ni contribuirían mucho en forma de nitrógeno para nutrir las plantas en crecimiento.

También necesitaban más manos para hacer el trabajo. Bird empezó a ver mentalmente el Refugio construido, pero él y Madrone por sí solos no podían levantar los trozos de hormigón más pesados. Y no habían recorrido todo ese camino para buscarse un refugio solo para ellos, ni siquiera para los pilluelos rescatados. Había llegado el momento de aventurarse y reclutar.

“Hemos sido ladrones de agua”, le dijo a Madrone mientras se sumergían en la piscina tibia a altas horas de la noche. Se había convertido en su ritual diario, su recompensa por el trabajo agotador de todo el día. Los dos muchachos se unían a ellos a menudo. Después de su primera resistencia de pánico, descubrieron que estar limpios se sentía bien y sumergirse en la piscina tibia era aún mejor. Habían aprendido a lavarse en el baño que Madrone o Bird les preparaban todas las noches, y después de enjuagarse se les permitía relajarse en la piscina. El agua cubría la cabeza de Zap y él se aferraba con fuerza al borde, pero poco a poco Bird lo animaba a soltarse y le enseñaba a flotar. Zoom apenas podía tocar el fondo con los dedos de los pies, y Madrone le hizo practicar contener la respiración

y agachar la cabeza en el agua. Esperaba que pronto aprendiera a nadar.

“¡Y espero devotamente que esta etapa de mi vida haya terminado!” Dijo Madrone.

“Bueno, ahora tenemos mucha agua. Podríamos convertirnos en comerciantes de agua”, sugirió Bird.

“¿Cómo?”

“Podríamos llenar nuestros contenedores, colocarlos en el remolque de la bicicleta, arrastrarlo nosotros mismos y ofrecerlos para el comercio. ¿Agua por basura?

“Cáscaras de verduras, papel, comida no consumida...”

“¡No habrá mucho de eso!” dijo Bird. “Tengo entendido que venden las sobras de sus platos a niños de la calle a cambio de favores sexuales”.

“Tal vez podamos encontrar un restaurador célibe”, dijo Madrone. “De todos modos, una vez que la gente conozca nuestra ruta, nos buscarán”.

Bird se convirtió en showman. Hicieron un disfraz con los restos que encontraron en el centro comercial y él partió, tirando de su carro: el carro que habían adornado con

harapos de muchos colores que Madrone y los niños retorcieron en trenzas y flores. Mientras se resistían a cavar y fregar, Zap se había mostrado muy interesado en verla trenzar trapos y cintas.

“¡Querer hacer eso!”, dijo.

“Di 'Yo', Zap”, lo corrigió Madrone automáticamente. “'Me gustaría hacer eso. Por favor.'”

“Por favor.”

Entonces ella le mostró cómo atar las cintas a un riel y trenzar tres de ellas. Ella lo observó mientras trabajaba, su pequeño y duro cuerpo inclinado en concentración, su lengua ligeramente fuera. Por un momento vislumbró el niño que podría haber sido si alguien lo hubiera cuidado y criado. Tal vez alguien lo había hecho, seguramente en algún momento alguien le había dado un poco de leche materna, ofrecido unos brazos amorosos, o no habría sobrevivido. Se preguntó qué calamidad le había sucedido a su madre desconocida. ¿Era una miserable criatura de los corrales, o tal vez una joven de familia pobre que había quedado embarazada y perdido su alma inmortal? ¿Le fue robado a alguien que tenía su pelo oscuro y áspero y sus profundos ojos castaños?

De pronto sintió lástima por aquella mujer desconocida que lo había dado a luz, y la inundó una repentina oleada de

amor. Él era realmente un niño querido, a pesar de todo, y ella haría todo lo que estuviera a su alcance para reparar el daño que le habían hecho y darle la oportunidad de ser lo que nació para ser.

Al principio, Zoom despreció el trenzado y la decoración, y se burló de Zap, llamándolo potranca y pony de picar. Pero cuando Bird empezó a coser su propio disfraz, Zoom observó con una mezcla de fascinación y confusión.

“¿Por qué haces eso? ¡Eso es lo que debe hacer tu potranca!

“¿Por qué?” Preguntó Pájaro. “Es mi disfraz. Y soy bastante bueno con la aguja y el hilo”.

En realidad, sus manos rígidas no eran tan flexibles como antes y sus puntos eran más toscos de lo que le hubiera gustado. Pero hicieron el trabajo y mantuvieron unida la tela. Y pensó que era un buen ejercicio para sus dedos. No tenía piano para practicar aquí ni guitarra, pero la costura los ayudó a mantenerse ágiles y mantuvo la rigidez a raya.

Cuando terminaron y se vistió, parecía un juglar medieval. El carro, adornado con colores, podría haber adornado las calles adoquinadas del antiguo Londres o París. Madrone había transformado al Cristo Vengador del sótano de Beth en un ángel floral, cubierto con cintas, margaritas y lirios, todos cortados y cosidos con restos de la ropa de los

muertos. Debajo de un banco de flores de tela escondieron los recipientes con agua.

Zap y Zoom exigieron ir con él. Zap quería una chaqueta que combinara con la de Bird, adornada con un arco iris de cintas. Pero Bird sugirió que, en cambio, podrían explorar. Podrían correr delante del carro y estar atentos a los Lash. Hizo la sugerencia con cierta inquietud, porque temía que simplemente huyeran los apresaran y tal vez los vendieran al primer postor. Pero no podía verlos corriendo hacia las autoridades, o que cualquier autoridad que valiera sus galones creería la loca historia de un enclave en ruinas custodiado por esqueletos y dirigido por poderosos magos.

“¡Absolutamente no!”, objetó Madrone. “Son niños. Se quedan aquí y los mantendremos lo más seguros posible”.

“¡Querer ir con Bird!”, insistió Zoom. Madrone le dirigió una mirada severa y él rápidamente se corrigió. “Quiero ir. Por favor.”

“Podrían ser útiles”, dijo Bird.

“¿Qué, como niños soldados? ¡No vamos a hacer eso! Madrone tenía las manos en las caderas, la boca fruncida, las cejas arqueadas y se parecía notablemente a Johanna tal como Bird la recordaba, regañándolos cuando se habían pasado de alguna manera.

“Más bien como niños en el gueto de Varsovia luchando en la última batalla”, dijo Bird. “Es su batalla también”.

“¡Absolutamente no!”

“Madrone, ¿recuerdas el día del Levantamiento?”

“¿Qué pasa con eso?”

“¿Recuerdas lo mucho que mis padres intentaron mantenerme fuera de la pelea y cuánto éxito tuvieron?” preguntó.

“Eras un niño malo”, declaró.

“Yo era un ángel de la obediencia en comparación con Zap y Zoom”.

Al final, aceptaron a los muchachos porque no había manera práctica, salvo atarlos, de retenerlos. Y aunque Zap y Zoom eran trabajadores reacios, demostraron ser exploradores natos. Estaban felices de volverse a untar un poco de tierra en la cara y correr delante del carro en un amplio arco, con los ojos bien abiertos por si aparecían policías. Eran pequeños y rápidos, y se mezclaban perfectamente con la multitud de la calle. De modo que Bird podía cantar su canto y cambiar su agua por desechos con cierta seguridad, sabiendo que recibiría un aviso si se avecinaban problemas.

“Consíguela aquí, no temas: ¡agua pura, agua clara!” cantaba. “¿Qué quiero a cambio? Bueno, usted podría preguntar, querida señora. No tu virtud, ¡como si la tuvieras! ¡Ja! No tu alma inmortal, si es que tuvieras una de esas. Ni siquiera tu dinero en efectivo. No, soy un tonto, y por lo tonto que soy, sólo quiero tu basura. Cáscaras de tus patatas. Pelo de tu cabeza”.

Estaba parado en una esquina en lo más profundo de los barrios bajos, un vecindario donde incluso los Lash rara vez se aventuraban, y sólo en grupo. Los edificios medio derruidos estaban apuntalados con las vigas caídas de sus vecinos menos afortunados. Detrás de él, una ventana de vidrio agrietada unida con cinta adhesiva mostraba algunos pares de zapatos de segunda mano y un vestido de gala de satén rosa con manchas marrones en la falda. Al otro lado de la calle, un vendedor ofrecía un carrito lleno de juguetes de plástico gastados, ejércitos de soldados caqui y verde grisáceo, una princesa con una corona maltrecha y un Mickey Mouse con el color de las orejas borrado. Todos ellos databan de antes del Colapso. La Mayordomía no producía nada tan frívolo como juguetes para las clases bajas.

Más abajo en la calle había unos cuantos carritos de comida que vendían paquetes de patatas fritas del ejército y botellas polvorientas de refrescos azucarados. Uno o dos

ofrecían cebollas marchitas o naranjas costrosas, otros tenían ropa interior barata y camisetas gastadas.

Las multitudes pasaban veloces. Los pocos afortunados iban camino al trabajo, los demás corrían para asegurarse un buen lugar en alguna cola vital para su supervivencia. Avanzaban en chanclas; los zapatos reales eran raros como las codornices de cola anillada. Los hombres llevaban camisetas descoloridas adornadas con eslóganes retribucionistas, o incluso camisas aún más descoloridas que todavía lucían algún logotipo corporativo reliquia del viejo mundo. Las mujeres preferían vestidos monótonos con botones delanteros, excepto una o dos que vestían faldas cortas que ceñían las caderas y medias de red, cuando regresaban a casa después de una noche de trabajo.

Todos parecían caminar con la cabeza gacha y la mirada fija en el pavimento. Se inclinaban hacia adelante, como si un peso aplastante se posara sobre sus hombros, y apenas levantaban la vista para escuchar su charla.

“¡Agua por basura! ¡Qué trato! ¡Da un paso adelante y sabrás que es real!

“¿Por qué?” Un joven se detuvo frente a él. Su lacio cabello castaño caía alrededor de un rostro delgado con la pátina polvorienta de los deshidratados crónicos, y miró a Bird con sospecha. “¿Por qué cambiar agua por basura?”

“Soy un mago: convierto la basura en oro”. Dijo Bird, agachándose y sacando una taza pequeña. “Toma, toma una muestra”.

El hombre sorbió lenta y cautelosamente, sosteniendo cada gota en su lengua y dejando que se arremolinara y mojara su boca. Como alguien de las colinas, pensó Bird. Cuando terminó su taza, una mujer estaba a su lado, con un niño sentado en su cadera y otro a cuestas. Era de piel oscura y su cuerpo estaba cargado de esa falsa grasa que a veces produce la desnutrición crónica. El bebé lloraba y el niño mayor arrastraba los pies en el polvo. Llevaba chanclas que no combinaban y una era al menos dos tallas más grande. Su cuero cabelludo era crujiente bajo sus rizos muy cortos.

“¿Repartir agua?” preguntó con incredulidad.

“Muestras gratis hoy”, dijo Bird con repentina inspiración. “Mañana volveré al comercio. ¿Y qué quiero? Sólo tu basura. ¡Sin plástico, por favor! Simplemente cualquier cosa que alguna vez estuvo viva, o que esté hecha de algo que alguna vez estuvo vivo sin demasiados pasos intermedios”.

“¡Hombre loco!” –pronunció, pero tomó la copa que él le tendió y se la dio al niño, quien la sostuvo solemnemente como una oración entre sus dos manos y se la bebió. Le dio una taza para ella y otra para el bebé. Y para entonces ya tenía una fila de indigentes, apiñándose, empujándose y discutiendo.

“¡Escuchen!” gritó. “Si queréis mis productos, tenéis que portaros bien. Empiezas a pelear y atraes el Lash, y me voy de aquí. Pero te cantaré una pequeña canción mientras esperas”.

Cantó mientras repartía agua, una melodía que le había llegado en los manantiales, el estribillo de una canción que esperaba que trajera reclutas a su Refugio.

*“Venid, sedientos,
Tú que tienes hambre,
Todos lo que anheláis ser libres.
“Encontrad el camino
A través de los caminos en ruina
hacia el hogar
Y el árbol sagrado”.*

La fila seguía creciendo al cabo de una hora cuando escuchó un silbido agudo. Era la señal que le habían enseñado a Zap y Zoom, y rápidamente empacó sus mercancías, agarró el asa del carro y se disculpó ante la fila que esperaba.

“¡Lo siento mucho, señoras y señores, pero me encuentro con una cita urgente en otro lugar! Y mi intuición de mago me dice que los Lash están en camino. ¡Os recomiendo que practiquéis vuestra propia forma de magia y desaparezcáis!

Al oír la mención del Lash, la multitud se disolvió. Bird se deslizó entre las sombras, se quitó su colorida chaqueta y la reemplazó con una camiseta descolorida que proclamaba ¡Arrepiéntete y sé libre! Arrojó un saco gris sobre los adornos florales del carro y se abrió paso por calles laterales y callejones antes de que los Lash llegaran a su esquina.

“¡Estás disfrutando esto!”, lo acusó Madrone cuando regresó al Refugio para reabastecerse. Zap y Zoom se habían reunido con él en su cita preestablecida, mezclándose entre la multitud hasta que llegó. Juntos regresaron al Refugio para almorzar y esperar a que pasara el calor del día.

“¿Es un crimen, que tenga quizás uno o dos momentos de disfrute en mi vida?” Preguntó Bird.

“No, es sólo...”

“¿Sólo qué? ¿Seríamos mejores en esto si yo fuera miserable? ¿Ganaríamos algunos puntos extra de mártires? Créeme, Madrone, si buscas oportunidades para sufrir, ¡aparecerán!

Pero no pudo decirle qué era lo que tanto la molestaba cuando él regresó por la Puerta de los Muertos, silbando y sonriendo. No era que quisiera que él sufriera, sólo que no podía evitar recordar cómo había sufrido en casa, entre los jardines y los arroyos y la gente amable y risueña. Él había

mirado con furia, cavilando y encerrado en sí mismo. Y aquí, entre las ruinas, con la sed y el trabajo implacable y sombrío, era como el viejo Pájaro, riendo, juguetón, como si se hubiera quitado un peso de encima.

Y eso la hizo sentir miedo: miedo de que él nunca regresara con ella a esos jardines, de que nunca estarían juntos en paz, viendo jugar a sus propios hijos.

Pero él estaba feliz. La felicidad, siempre decía Maya, no era situacional. “Existe un cierto tipo de personas: los organizadores; activistas; luchadores. No importa cuán sombría sea la situación o cuán malas sean las probabilidades. ¡Mientras haya algo que puedan hacer, serán felices!” decía ella.

Bird y los niños se aventuraron de nuevo a salir por la noche, cuando la gente regresaba de su búsqueda diaria de medios de supervivencia. De nuevo dio agua, tarareó sus melodías y logró evadir a los Lash en sus rondas.

Al día siguiente volvieron a visitar los rincones que había marcado en su primera incursión. Llegaron algunas personas tímidas, trayendo trozos de cáscaras de cebolla o frijoles quemados. Se dio cuenta de que pocas personas cocinaban, y quienes lo hacían utilizaban todos los restos comestibles, pero un joven emprendedor había arrancado una bolsa llena de yerbas de un lote vacío, y cuando Bird las aceptó con elogios, otros siguieron su ejemplo. Todavía daba alguna que

otra muestra gratuita, especialmente a los niños, pero a menudo regresaban con un puñado de bermuda seca o un puñado de verdolaga.

De regreso al Refugio, cubrieron las verduras con papel triturado y construyeron una pila de abono, reservando algunos restos para alimentar a las lombrices. Colocaron la hierba seca y los restos de malas hierbas disecados como mantillo. Los contornos de un jardín comenzaron a tomar forma.

Las incursiones de Bird en el mundo también sirvieron para otro propósito. Porque mientras recorría su ruta cantaba melodías del Norte, viejas canciones populares del siglo pasado, himnos a las Cuatro Cosas Sagradas. Pero siempre volvía al *Canto del Refugio*.

Era una melodía fuerte, un poco triste, pero esperanzadora, solemne como un himno, pero “pegajosa”, una de esas melodías tan pegadizas que se quedaban una y otra vez en tu cabeza. La gente ya no cantaba como antes, antes de los discos, la radio, los mp3 y los iPod. Pero los reproductores de música ya no eran baratos ni omnipresentes: en esta parte de la ciudad, valían el suministro de agua para un año de una persona pobre. Y así la gente tarareaba y cantaba, a veces desafinadamente, fuera de tono, ronca o chirriante. Bird supo que estaba teniendo éxito cuando escuchó a un niño entre la multitud silbando la *Canción del Refugio*.

Mientras tanto, Madrone comenzó a trabajar en la creación del centro de curación. Uno de los edificios cercanos a los manantiales parecía estructuralmente intacto. Tenía una gran sala en la entrada, luego un largo pasillo con muchos cubículos que alguna vez habían sido salas de tratamiento. Encontró camillas de masaje aún intactas bajo montones de polvo y astillas de concreto, y almohadas y sábanas mohosas.

“Si no se ha derrumbado en veinte años, es muy probable que pueda sobrevivir unos cuantos más”, dijo Bird cuando le mostró el edificio.

Comenzó a limpiar los escombros y los muebles viejos mientras Bird y los niños estaban afuera, y a explorar más profundamente las ruinas. No muy lejos de la entrada a los manantiales había un antiguo supermercado. Sus estantes se habían derrumbado con el terremoto y el suelo estaba cubierto de cajas masticadas y excrementos de roedores hasta los tobillos. Todo lo perecedero desapareció hace mucho tiempo. Pero se ató un trapo alrededor de la cara para protegerse del polvo y el moho, y rebuscó entre los restos.

Su recompensa fue encontrar un tesoro de artículos de limpieza. Las etiquetas de los envases estaban agrietadas y descoloridas, pero encontró lavavajillas, gel y jabón para

lavarse, un par de escobas intactas en envoltorios de plástico, así como tazas, platos y cacerolas de cocina.

Aunque estaba preocupada por Bird y los niños, le agradaba tener un poco de tiempo a solas. Había pasado demasiado tiempo desde que había estado sola. Y agradeció la sencilla y satisfactoria tarea de limpiar. Eso evitó que se preocupara y se preguntara qué le estaba pasando a Bird.

Movía cargas pesadas, acarreaba agua y fregaba paredes y pisos con manos y rodillas. El trabajo físico cansaba, pero compensaba con endorfinas. La curación requería un tipo diferente de energía y la llevó a un tipo distinto de agotamiento, como si el esfuerzo le quitara fuerza vital. Con todas las exigencias del trabajo y el estrés, todavía sentía que este tiempo en el Refugio era un respiro.

Le llevó una larga tarde dejar la gran habitación medianamente limpia. Al final, estuvo muy por debajo de los inmaculados estándares del centro de curación en casa. Pero consideró que serviría.

Estaba oscureciendo y Bird y los niños aún no habían regresado. Se dijo a sí misma que no debía preocuparse. Empezaría a cenar y se prepararía una merecida taza de té de hierbas. Estaba recogiendo una chispa del ensayo de incendio cuando escuchó el ruido de ruedas de carro y un alegre silbido. El alivio la invadió como un baño tibio.

Bird y los niños arrastraron el carro por el pasillo de entrada. Él la abrazó intensamente y ella se apretó contra él como para ahuyentar incluso el recuerdo de la separación. Ahora tenía hambre de él; quería, necesitaba su carne cantante para afirmar que ambos todavía estaban vivos. Podía sentirlo endurecerse contra ella, sentir el calor de respuesta aumentando en él.

Las risitas rompieron el hechizo. Zap y Zoom los observaban de cerca, sonriendo.

De mala gana, se separaron.

“¿Buen día?” –Preguntó Madrone.

“Vagamos, cantamos nuestra canción, recolectamos trece dólares y cuarenta y siete centavos del Nuevo Imperio junto con un carro lleno de futuro abono, evadimos con éxito a guardias y policías ambulantes. ¿Qué más se le puede pedir a un día?

“Se me ocurre algo”, dijo Madrone con nostalgia. “Pero no parece que vayamos a tener muchas posibilidades de lograrlo”.

En las primeras horas de la noche, Bird se despertó. Podía escuchar suaves ronquidos de Zap y Zoom. Sintió a Madrone acurrucada en la curva de su brazo, y de repente la deseó, necesitó sentir su suave piel contra la suya, su boca sobre la

de él. Pero ella estaba tan cansada. ¿Era correcto despertarla?

Besó suavemente la parte superior de su cabeza y le acarició suavemente la espalda. Ella suspiró y se arqueó como un gato al que acariciaran, y de repente él supo que estaba despierta. Sus manos acariciaron sus nalgas, su boca encontró la de él y comenzaron la danza de excitación y pasión, sofocando cada jadeo y gemido para no despertar a los chicos. El silencio forzado dio intensidad al placer, como si se hubiera convertido en algo secreto, peligroso y emocionante. Ella estaba húmeda y lista, él estaba ansioso y desenfrenado, y ella se dio la vuelta para montarlo...

Las risas irrumpieron en su ritmo. Madrone miró y vio a los chicos mirándolos, con los ojos muy abiertos y sonrisas en sus rostros.

“¡Vuelvan a dormir, mocosos!” Gritó Bird, mientras Madrone agarraba la manta y se cubría.

“La paternidad está arruinando nuestra vida sexual”, se quejó Madrone mientras se bañaban en la piscina la noche siguiente.

“Se rumorea que hace eso”.

En medio de la piscina, los niños se esquivaban uno al otro, gritando y farfullando. Habían progresado rápidamente con sus lecciones de natación, y ahora ambos podían flotar como delfines y recorrer la piscina con una combinación de chapoteo de perros y patadas.

“No puedo soportarlo”. Al amparo de su ruido, ella se acercó a él, dejando que su cuerpo se presionara contra el de él. “Cada vez que te vas, te anhelo más y más, y luego cuando vuelves...”

“Lo sé. ¿No hay un bonito orfanato en algún lugar al que podamos enviarlos? Tal vez como algo sacado de Dickens. Lino gris y gachas.

Un gran chapoteo los dejó a ambos farfullando. Bird se lanzó desde la pared y persiguió a Zoom por la piscina, salpicándolo mientras el niño se reía incontrolablemente.

Era bueno verlos reír, pensó Madrone, recordando los aterrorizados pilluelos que habían sido hace apenas unas pocas semanas. Valió la pena algún sacrificio para verlos convertirse en niños de verdad. Pero una de sus prioridades más altas era encontrar un lugar con una puerta que pudieran cerrar.

Unos días más tarde, se aventuró a subir a un segundo nivel en unas ruinas de apariencia sólida y abrió la puerta de

lo que alguna vez debió ser un departamento. El pasillo terminaba abruptamente en un precipicio donde las habitaciones traseras habían desaparecido, pero había una sala de estar intacta con un sofá enmohecido y un rincón de cocina amueblado con cubiertos y porcelana de gres azul, platos y tazas a juego y una gran tetera todavía utilizable aunque su pico estaba desconchado.

Las paredes de la cocina estaban revestidas de pizarra y la encimera era una larga losa de granito pulido. Alguien había pensado en esta cocina, había elegido cuidadosamente los platos y los cubiertos, había admirado los profundos tonos del azul contra la pizarra gris plateada. Alguien a quien le gustaban las líneas limpias y los colores naturales. Madrone podía imaginarse a la mujer que había cocinado allí, decidida, sensata, una joven profesional, tal vez una doctora como ella. Se preguntó cuál había sido su destino.

Una puerta cerrada conducía al pasillo y Madrone probó el picaporte. Se abría a un dormitorio, polvoriento y mohoso, pero sorprendentemente libre de excrementos o daños de roedores. Una colcha de retales cubría una cama de verdad. Aunque se levantaron nubes de polvo cuando se sentó, no olía a moho ni a podredumbre. Supuso que la habitación estaba lo suficientemente bien construida y que la puerta era lo suficientemente hermética como para mantener alejadas a las alimañas. Debajo de la colcha había mantas de lana natural, estropeadas sólo por unos pocos agujeros de polilla, y sábanas rosas.

Encima de un escritorio, había estantes con libros en buen estado: un texto de biología de la escuela secundaria, algunos libros de matemáticas, un diccionario. Aquí había vivido un estudiante, alguien pulcro, bien organizado, con tendencias ligeramente románticas. En la pared había un cartel gigante del grupo pop Zanadu, muy popular en los años 20, y una fotografía ampliada de *Vogue* de Soleil, que había sido la top model de Estados Unidos allá por el 26, cuando todavía existían los Estados Unidos. Los carteles estaban descoloridos y una esquina de Zanadu se había despegado de la pared y colgaba libre, ligeramente curvada.

Debajo de los libros de texto había un estante entero de ciencia ficción y fantasía: tesoros para saborear si alguna vez tenía tiempo libre para leer, o más probablemente, una reserva para el centro de curación cuando tuviera pacientes en recuperación. Otro estante contenía una colección de libros infantiles muy leídos que Madrone observó con alegría: algo para leerles a Zap y Zoom en caso de que alguna vez se volvieran lo suficientemente civilizados como para quedarse quietos y escuchar.

Cogió un ejemplar de *The Velveteen Rabbit* (El conejo de terciopelo) con la cubierta rota y manchada. Dentro había una inscripción: “Para Sherine en su quinto cumpleaños, con mucho amor, mamá”. Junto a él había un conejo de peluche muy maltrecho, remendado y gastado.

Se preguntó si Sherine y su madre habían sobrevivido al terremoto y sus consecuencias, y por qué no había ningún padre en la inscripción. ¿Habrían sobrevivido? De ser así, nunca habría regresado para reclamar sus libros y su querido conejo.

Lo mejor de todo es que la puerta tenía una cerradura que se podía abrir desde el interior. Lo intentó... ¡y funcionó!

Se sentó con cautela en la cama y hojeó la vieja y familiar historia del juguete que amaba tanto que se volvió real.

Quizás ese sea nuestro desafío, pensó. Zap y Zoom, si los amamos lo suficiente, ¿se convertirán en niños de verdad? ¿En lugar de pequeños orcos en ciernes magullados y maltratados?

Bueno, ¡a ella le encantarían aún más si tuviera una puerta cerrada!

Mantuvo la habitación como su secreto. Al día siguiente, trabajó toda la mañana, quitando la cama y lavando a mano las cortinas de color beige pálido en la gran tina de lavado. Mientras se secaban al sol, sacó las alfombras y barrió el suelo. Limpió las paredes y lavó las ventanas. Sería una sorpresa para Bird y, aunque una parte de ella temía estar tentando al destino, siguió adelante.

Al cabo de dos días, estaba lista. Bird y los niños condujeron la carga más grande hasta el momento de materiales de abono a través del pasillo, y Madrone ayudó a colocarlos en las pilas apropiadas. Luego los hizo subir las escaleras y les reveló sus nuevas habitaciones. Había limpiado la sala de estar y preparado camas para los dos niños, con cómodas para guardar sus escasas pertenencias. En cada cama, había colocado uno de los animales de peluche rescatados.

“¿Qué pasa?” Preguntó Zoom, recogiendo el oso pardo que guardaba su almohada.

“Es un regalo para ti”, dijo Madrone. “Un juguete. Algo con lo que jugar”.

Él la miró como si estuviera hablando un idioma que él no entendía. Zap recogió el desgastado conejo que yacía en su cama, lo balanceó con fuerza y golpeó a Zoom en la cabeza con él. Siguió una batalla que envió mechones de relleno volando por la habitación. Bird finalmente agarró a Zoom y le sujetó los brazos mientras Madrone agarraba la muñeca de Zap.

“¡Suficiente! Si quieren usar sus juguetes para lastimarse uno al otro, ¡se los quitaremos! Bird tronó y confiscó los animales maltratados.

“Ven a ver nuestra habitación”, le dijo Madrone a Bird. Abrió la puerta de golpe y vio cómo su rostro se iluminaba de asombro.

“¡Una cama de verdad! ¿Y ninguna rata? dijo esperanzado.

“¡Ni una sola! Y lo mejor de todo... –Les mostró la cerradura de la puerta.

“¡Ahora veo cómo te ganas la reputación de hacer milagros!”

Examinó las estanterías, el escritorio, las cortinas frescas colgadas en la pared. Abrió de golpe la puerta del armario y le mostró perchas listas para guardar la ropa, cuando adquirieran un vestuario. A los pies de la cama había un cofre lleno de ropa de cama recién lavada.

Pero a medida que ella señalaba más y más comodidades de la habitación, la sonrisa de él poco a poco se transformó en un ceño fruncido.

“¿Qué ocurre?”, preguntó ella. “Pensé que estarías feliz de tener una habitación propia, un poco de privacidad y comodidad”.

“Estoy feliz”, le aseguró. “Pero estás anidando”.

“¿Por qué no debería anidar? ¿No es eso parte de crear un refugio?

“Simplemente no...” Se detuvo.

“¿No qué?”

Estaba mirando hacia el arcón de lino. Dejó caer la tapa con un golpe. “No olvides que esto es una guerra”.

“Soy muy consciente de lo que es esto”, dijo Madrone, enojada. Había trabajado muy duro en el espacio y esperaba que él estuviera satisfecho. “No tienes que decírmelo”.

“No te pongas sarcástica”.

“¡No soy sarcástica! Si quieres quejarte, está bien, vete a dormir entre los escombros. ¡No te arriesgues a perder tu dureza!

“No quiero dormir entre los escombros”. Él se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

“¡Para!” Ella lo apartó.

“Definitivamente no quiero dormir solo, cuando podría dormir aquí contigo. Detrás de una puerta que se cierra con llave. Es sólo... Se dio la vuelta y miró por la ventana.

“¿Solo qué?”

“Solo que todo lo valioso es un riesgo”, dijo en voz baja. “Algo más que perder”.

“¡Trata con ello!” Ella salió pisando fuerte por la puerta, cerrándola dando un portazo.

Estaba cortando una preciosa cebolla forrajeada con el aire de un verdugo cortando cabezas. Bird se agachó y sopló sobre el fuego humeante hasta que encendió una llama.

“Lo siento”, dijo.

“¿Cuánto lo sientes?”

“Estoy arrodillado a tus pies”.

“¡Arrodíllate!”

“¡Me estoy arrastrando! Pido disculpas. No he logrado apreciar adecuadamente lo maravilloso, lo fantástico, lo increíble, lo asombroso, admirable y absolutamente fabuloso de tu...”

“Está bien, está bien”, lo interrumpió ella. “¡Eso es suficiente!”

“Podría hacer más. Ahora que tenemos una puerta que se cierra con llave, podría hacer casi cualquier cosa para volver a estar contigo.

“Simplemente no cierres la puerta entre nosotros”, le dijo. Ella todavía sostenía el cuchillo y gesticulaba mientras

hablaba, y parecía feroz como una Diosa guerrera. Una sanadora, pensó, no es sólo una consoladora. Una sanadora lucha. Ella nunca se limitaría a poner una venda. Ella siempre abriría la herida.

“Puedes cerrarte y tratar de protegerte para no lastimarte”, continuó. “O puedes abrirte y vivir lo mejor que puedas. Y si quieren quitarte eso, hazles luchar por ello. Lucha por cada centímetro de tu vida que te quieran expropiar. ¡No se lo entregues por miedo a que vengan a buscarlo!

“Estoy aquí”, dijo. “Estoy contigo. No voy a huir”.

“¡Entonces quédate conmigo!”

Le quitó el cuchillo de la mano, lo dejó y la besó. “Está bien, madre pájaro. Haznos un nido agradable y acogedor. Pero nada de gorrioncitos, ¿vale? Aparte de los dos cuervos que tenemos”.

“¿Alguna vez quisiste tener bebés?” preguntó ella en voz baja.

“¿Y tú?”

“He entregado tantos a otras mujeres. Sí, sí, quiero el mío”. Ella le lanzó una mirada furtiva para ver cómo respondería a esta admisión.

“¿Aquí?” La besó en la frente. “¿En medio de los escombros y los excrementos de rata?”

“No. Pero de alguna manera, algún día. ¿No es así?”

Él se alejó de ella. “No puedo pensar en algún día. Tengo que pensar en el ahora. Si empiezo a esperar algún día, no podré hacer las cosas que necesito hacer. Ya es bastante malo tener que pensar en ti.

“¡Oh gracias!” Se apartó y arrojó las cebollas en la sartén caliente, donde sisearon como un gato enojado. “¡Lamento interponerme en tu enfoque guerrero!”

“Sabes lo que quiero decir.”

“¡No, no lo hago!”

“Si algo te sucediera, si te atraparan y tuviera que ver cómo te lastimaban...”

Estaba temblando y sudando ahora. De nuevo en la habitación, con la pequeña Rosa, viendo su rictus sonreír de dolor y terror. ¿Con quién trabajamos, contigo o con ella?

Madrone dejó el cuchillo que sostenía y le tomó la mano. Haría todo lo que pudiera para aliviar su dolor, pero no sería rehén de ello. Eso no ayudaría a ninguno de los dos.

–No puedes retenerme aquí, Bird, como la simpática ama de casa que limpia mientras los hombres se van y corren riesgos. Tengo que correr mis propios riesgos”.

“Lo sé”, asintió.

“Quiero tener hijos”, dijo. “Algún día. Cuando no tenga que preocuparme de que se los lleven y los rompan en los corrales. Cuando ya no haya más corrales. No hay nada que desee más que verlos correr por las calles en las pistas de aprendizaje y a ti enseñándoles a andar en patineta”.

Él estaba mirando el fuego con esa mirada cerrada en su rostro, y ella podía decir que sus palabras de alguna manera lo estaban lastimando, empujándolo a mirar ese pozo de dolor que llevaba justo debajo de la superficie. El escudo que lo protegía era frágil y fino, como una capa de hielo. ¿Se preguntaba si tenía razón al romperlo tan constantemente, al seguir agitando las aguas y negarse a dejar que se solidificaran?

Pero sabía o no, ella era una sanadora. Sabía lo que sucede cuando se forma una costra demasiado pronto sobre una infección profunda. ¿Estaba echando sal sobre sus heridas o solución salina para limpiarlas y liberar el pus?

“Quiero tus hijos”, continuó. “No solo tu semilla; quiero que los disfrutemos juntos, viéndolos crecer y decir sus primeras palabras y dar sus primeros pasos, y emocionarnos

juntos cada vez que hagan algo perfectamente común y corriente como todo niño hace. Quiero saber qué clase de padre serás”.

“Sé qué clase de madre serás”, dijo en voz baja.

“¿Qué?”

“Dedicada. Desinteresada. Y da miedo”.

“¿Aterrador?”

Él levantó la vista y le sonrió. “Pórtense bien ahora, pequeños Johnny y Janie. Limpiad vuestra habitación y, hagáis lo que hagáis, ¡no enojéis a mami! ¡Porque papá no quiere volver a casa y descubrir que un enjambre de abejas os ha picado hasta la muerte!”

Acostaron a los niños en su nueva habitación y Madrone abrió el libro que había encontrado esa mañana. Habían sido necesarias amenazas y sobornos para que se callaran lo suficiente como para escuchar. El concepto de “historia” les era ajeno.

“¿Qué pasa?”, preguntó Zoom con sospecha mientras se sentaba con *El conejo de terciopelo*.

“Es un libro.”

“¿Para qué es eso?”

“Es para leer. Os lo voy a leer”.

La miraron con recelo, como si fuera a infligirles algo doloroso.

“¿Por qué?” –preguntó Zap. Él había comenzado a preguntar mucho “por qué”, y ella lo tomó como un signo de salud, como si se estuviera convirtiendo algo más en un niño normal.

“Es una buena historia”, dijo.

“¿Qué es una historia?” –Preguntó Zoom.

Ella no supo responder. Por un momento la invadió la desolación. ¿Cómo han hecho esto? Ella se preguntó. ¿Cómo han eliminado no sólo los mitos y las canciones, sino el concepto mismo de lo que podría ser una historia?

Recordó a Johanna sentada junto a su cama, leyendo un libro de cuentos africanos. Y al abuelo Rio, que empezó con el primero de los libros de Harry Potter y le leyó al menos tres de ellos antes de que tuviera la edad suficiente y la paciencia para terminar el resto de la serie. Y acurrucarse en el sofá con Maya, escucharla tejer historias a partir de su rica imaginación. De repente, le vino a la mente un recuerdo nítido de mucho antes de eso, antes de venir a vivir con ellos a California. Era pequeña y se acurrucaba en un cuerpo

cálido, y una voz baja murmuraba mientras unas manos oscuras pasaban las páginas de un libro de colores brillantes. Había un pájaro, con plumas azules, rojas y verdes, y un mono...

Tenía muy pocos recuerdos de su propia madre. Cada uno era precioso. Bendijo a los niños por evocar éste.

“Una historia es... algo divertido”, les aseguró. “Es como contar algo que le pasó a alguien. Puede ser real o imaginario”.

“¿Qué es 'imaginario'?”

“Es algo que uno se inventa y que en realidad no sucedió”.

“¿Como una mentira?” –Preguntó Zoom. Últimamente Bird se había esforzado por inculcarles el valor de decir la verdad.

Maya siempre había dicho que escribir ficción era decir la verdad en forma de mentiras. ¿Pero cómo explicarles eso a los chicos?

“No es una mentira, porque la gente sabe que no es verdad”, dijo.

“Entonces, ¿por qué contarlo?”

“Porque... porque incluso si no es cierto, podría enseñarte algo sobre el mundo. Sobre las personas.”

“¿Cómo, si es mentira?”

“Leamos la historia y tal vez lo entiendas”.

“¡No quiero!” Zap se sumergió en sus mantas y se tapó los oídos.

“Entonces te perderás una buena historia”, dijo Madrone con calma y comenzó a leer. “Había una vez un conejo de pana, y al principio era realmente espléndido...”

“¿Qué es espléndido?” –Preguntó Zoom.

“Excelente. Fantástico. Maravilloso.”

“¿Qué es pana?”

“Es una especie de material, como una tela suave. Era como esos juguetes de peluche que les di a ustedes dos y con los que se golpeaban”.

“¿Qué es un conejo?”

“Un animalito, con orejas grandes, que salta sobre sus grandes patas traseras. Pero un conejo de pana es un juguete, un conejo de juguete.

Para entonces Zap ya había asomado la cabeza por debajo de las sábanas. “¿Por qué?”

Le había parecido una eternidad leer la primera página, porque tenía que explicar sobre la Navidad, las medias, los regalos, los tíos y las tías, e incluso los padres.

Pero a medida que avanzaba la historia, su interés aumentó. Les asombraba pensar en un niño afortunado de tener padres y en las cosas con las que con él podrían divertirse. Y, sin embargo, cada página parecía iluminar más claramente su privación. Antes, no tenían idea de lo que les faltaba en sus pequeñas vidas, ningún concepto de familia, riqueza o comodidad, y por eso no lo echaban de menos. No se sentían privados ni inferiores. Pero a medida que aprendieran más, los “por qué” crecerían. ¿Por qué no tengo una madre? ¿Por qué nací para ser golpeado y maltratado? ¿Hay algo malo en mí, que estaba destinado a este destino?

Cuando el conejito de pana finalmente saltó para unirse a sus compañeros de carne y hueso, Madrone estaba lista para unirse a él. Cerró el libro con un suspiro de alivio.

“A dormir ahora”, dijo, plantando un beso en cada una de sus frentes. Zoom inmediatamente se frotó la suya, mirándolo, Zap hizo lo mismo. “Bird y yo estaremos en la habitación de al lado, no muy lejos. ¡Pero ustedes duermen aquí, en sus propias camas!

Cerraron la puerta y echaron la llave. Madrone se quitó los vaqueros y la camisola, bajó las mantas e invitó a Bird a la suavidad de un colchón real y sábanas limpias. Durante una hora maravillosa, hicieron buen uso de su nueva privacidad, redescubriéndose el uno al otro.

Luego oyeron risitas en la puerta y el picaporte sonó.

“Ignóralos”, murmuró Bird, mordisqueándole la oreja. Y lo hicieron.

Pero más tarde, mientras yacían exhaustos en los brazos del otro, las risas se convirtieron en llantos.

“¡Mado! ¡Mado!” escuchó la voz lastimera de Zap. Su corazón dio un vuelco. Nunca antes la había llamado por su nombre.

Se puso la camisola y salió hacia él.

“¿Qué te pasa? ¿Qué pasa, cariño?”

“¡Mierda de conejo apestoso!” chilló y se alejó, riendo como un maníaco.

“El tiempo de la penitencia ha terminado. La Retribución llega a su fin y el tiempo de la regeneración se acerca. ¡Encontrad un refugio, dice el Único! Bird varió su canto y su

comercio de agua con un poco de profecía. Madrone, que había anunciado esa mañana que había dejado de ser ama de casa, vertió agua de sus recipientes en los vasos y botellas de la larga fila de personas ansiosas por comerciar.

Zap y Zoom estaban en algún lugar no muy lejos. Corrían como cachorros de chacal que salían a buscar comida y explorar.

Ese día se habían aventurado más lejos, instalando la carreta en lo que una vez había sido el estacionamiento de un centro comercial. Ahora era un campamento improvisado para personas sin hogar que construyeron toscos refugios con viejos trozos de revestimiento y palés. Pero ya habían salido de los peores barrios marginales, y en las calles circundantes los trabajadores y profesionales vivían todavía con sus familias en casas y apartamentos. Es cierto que muchos de los patios traseros ahora estaban atestados de unidades de alquiler de mala calidad, abarrotadas de familias en decadencia. Y muchas de las casas estaban tapiadas, con carteles descoloridos de “Se vende” en los jardines pavimentados del frente.

Pero aquí todavía había familias trabajadoras, niños con sus mochilas llenas de libros, hombres decididos vestidos para la oficina, mujeres con faldas y chaquetas y uñas de mecanógrafas en las manos, otras con el pelo envuelto en bufandas y las manos ásperas de las limpiadoras.

Calcularon su llegada a primera hora de la mañana, cuando los estudiantes y profesores se dirigían a la escuela y los trabajadores del turno diurno llegaban a las fábricas que reciclaban aparatos electrónicos viejos para convertirlos en nuevas pantallas de vídeo.

“Oh, pueblo mío, os han mentido y oprimido pero el tiempo del cambio se acerca...”

“Eres un poco inconsistente en tu inglés del siglo XVII”, le dijo Madrone. El bullicio de la mañana había amainado y ahora las calles estaban vacías. “Si es 'dice', debería ser 'dijo'”.

“‘Una coherencia tonta es el duende de las mentes pequeñas’. Eso decía Emerson”, siseó Bird.

“Dijo”, respondió ella.

“Diría”, dijo una voz. De pie ante ellos había un hombre delgado de poco más de cuarenta años, con el pelo oscuro, muy corto, empezando a clarearse en la parte superior y los pantalones informales y ligeramente deshilachados en el dobladillo, pero de buena confección, como si alguna vez hubieran pertenecido a un traje de negocios. Su suéter había sido cuidadosamente zurcido en los codos, sus mocasines de cuero, bien hechos, estaban desgastados. Todo en él hablaba de un profesional o incluso de un gestor de

hipotecas de alto riesgo. Su rostro alargado estaba demacrado y sus ojos oscuros parecían atormentados.

“Diría”, repitió. “Yo solía enseñar teatro del siglo XVII. Puedes confiar en mí sobre eso”.

Bird asintió y sonrió. Los ojos del hombre se oscurecieron. Le temblaron los dedos al tomar el vaso de agua que le ofreció Madrone.

“Felicitó su desempeño”, dijo. Bebió, lenta y profundamente, y luego se armó de valor. “Dime, ¿eso es todo? ¿O hay algo de verdad en la profecía?”

“El profeta habla con la voz de la verdad”, dijo con certeza Madrone.

Su voz bajó a un susurro.

“¿Existe? ¿Hay algún refugio? Miró rápidamente a su alrededor, como para atrapar a cualquiera que pudiera estar escuchando a escondidas.

Bird y Madrone intercambiaron miradas preocupadas. Podría ser un agente del Lash, enviado para atraparlos. Pero si alguna vez poblaran el Refugio con otras personas además de ellos, tarde o temprano tendrían que decirle a la gente dónde estaba.

Bird empezó a cantar.

*“Sigue el antiguo camino de la libertad,
Atraviesa el bosque de color verde navideño,
El legado del poeta latino,
Será tu guía a un mundo invisible”.*

El hombre parecía consternado. Su rostro se arrugó, como si la última esperanza que lo había sostenido se hubiera derrumbado de repente. Y luego, lentamente, empezó a darse cuenta de algo nuevo.

“El antiguo camino de la libertad...” respiró, y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

“Atraviesa el bosque de color verde navideño...” dijo Bird con un guiño.

Cantaron el verso una y otra vez, hasta que el hombre lo memorizó. Luego Bird le enseñó dos más. Justo cuando repasaban la canción por última vez, escucharon un silbido agudo.

“Lo siento mucho, buen hombre, pero mi voz profética me dice que el látigo (el lash) se acerca. Y aún no ha llegado el momento de revelar estas enseñanzas a los indignos”.

Madrone había preparado el carro casi antes de terminar de hablar. El hombre se dio vuelta y se alejó apresuradamente por una calle lateral, tarareando suavemente para sí mismo. Regresaron a un callejón que conducía en la dirección opuesta.

“¿Crees que lo entendió?” dijo Bird. “¿Es demasiado oscuro?”

“Ya veremos”, dijo Madrone. “Si tiene un mapa antiguo, debería resolverlo”.

Capítulo treinta y uno

¡Brindemos por el ejército! Matthews levantó su copa, una luz dura en sus ojos gris acero, su rostro inmóvil, la piel con ese brillo tenso de un aseo reciente. Su cabello gris estaba perfectamente ondulado, pero Wendell pensó que podía determinar el patrón de los implantes en la cúpula de su cráneo. De repente, se sintió consciente de las entradas de su propio cabello. ¿Debería hacer algo al respecto? ¿O dejarlo como una señal de su preocupación por cosas más importantes?

La familia de Matthews era propietaria de las instalaciones portuarias donde los barcos del Giro descargaban su carga, y Wendell ni siquiera podía especular sobre el alcance de su riqueza.

“¡Por el ejército!” –repitió Culbertson, y los tres chocaron sus vasos.

A su alrededor circulaban la mayoría de los principales Primes de las Tierras del Sur, herederos de fábricas de armamento, plantaciones de patatas e imperios de pantallas de vídeo. Todos hombres, porque ésta no era una de esas ocasiones sociales en las que se invitaba a esposas y Trofeos. Camareras ligeras de ropa circulaban con las bebidas, y en un rincón acordonado del pabellón un grupo de mascotas jugaban en una estructura para trepar, con sus batas transparentes que apenas les cubrían el cuerpo.

Wendell tomó un sorbo de su bebida con cautela. Era whisky de pura malta, una reliquia rara e increíblemente cara del viejo mundo, y paladeó el sabor ahumado en su lengua. Pero posiblemente mezclado con... ¿algo?

Era un honor ser invitado a esta fiesta, ser llevado al mundo privado de los Primes. ¿O era una prueba?

Culbertson le clavó una mirada como de láser y volvió a levantar su copa.

“¿Por el ejército... que ha permitido que un grupo de arborícolas del Norte se apoderen de seis plantaciones? ¿O estoy mal informado?

Wendell bebió un trago de whisky mucho mayor del que pretendía. Una prueba. Levantó su copa y se mostró duro y confiado. “¡De acuerdo al plan!”

“¿Qué tipo de plan?” La voz de Matthews tenía un silbido parecido al de una serpiente.

“Atraerlos hacia las profundidades del Valle, dejarles pensar que están teniendo éxito y luego ¡zas! Cerrar la trampa”.

Matthews y Culbertson intercambiaron miradas.

“Costoso”, dijo Matthews.

“No tanto como atacarlos demasiado pronto, cuando puedan reagruparse”. Wendell esperaba que sonara sólido y seguro. Temió que pudiera haber una nota petulante en su voz, un tono de queja que reprimió. Y cuando no tenemos las tropas necesarias para perseguirlos y acabar con ellos, las tropas que ustedes se niegan a proporcionar.

En ese momento se escuchó una explosión de música. Los focos iluminaron el vasto patio ajardinado, la amplia vista de más allá, y convergieron en la piscina infinita que parecía derramarse directamente en el mar de luces muy por debajo de ellos.

Culbertson asintió y caminaron hacia el borde de la piscina. De los altavoces salía el dulce tono de una orquesta que

tocaba *El lago de los cisnes*. Una a una, las mascotas que habían estado jugando corrieron hacia el trampolín y se lanzaron con los brazos extendidos. Habían cambiado sus camisas por tutús de plumas de cisne que se elevaban de forma excitante sobre sus infantiles traseros. Wendell se sintió mal, pero también sintió una pequeña chispa de calor en la entrepierna. Había algo en su perfecta belleza, su completa sumisión a los ojos lascivos de los hombres que los observaban...

Una vez en el agua, comenzaron un ballet. Wendell quería desesperadamente mirar hacia otro lado, pero sabía que no podía. Esa serpiente que se alzaba en sus países bajos... ese no era él. Eso no es lo que soy. Es la bebida, se dijo. Es algo que ponen en la bebida.

Culbertson levantó la mano.

“En un momento, señores, repartiremos los obsequios”. Hubo un aplauso cortés.

Yo no, se dijo Wendell con firmeza. Encontraré una salida. Prueba o no prueba.

“Pero primero, me gustaría pedirle a nuestro honorable General del Ejército que nos diga unas palabras a todos”.

Y entonces Wendell supo por qué estaba allí. Habían oído los rumores. Cada Prime digno de su posición tenía su propio grupo de espías e informantes. Sabían que la guerra no iba

bien. Su trabajo consistía en tranquilizarlos, convencerlos de que efectivamente no era así.

Tomó otro trago de whisky para armarse de valor. “¡Señores, les traigo saludos desde el victorioso Ejército de la Mayordomía! ¡Brindemos!” Todos levantaron sus vasos y él volvió a beber. Sintió el whisky calentándolo, deslizándose por sus venas como fuego líquido. “Es posible que hayáis oído rumores de grupos de rebeldes y desertores que se dirigen hacia el sur. ¡Como ratas que abandonan un barco que se hunde, huyen de la humillación a manos del ejército! Y así como se pone el cebo en una trampa para una rata, nosotros hemos colocado el cebo. ¡Mientras hablamos, las mandíbulas se cerrarán de golpe! ¡Tendremos las Tierras del Sur, seguras para siempre! Levantó su copa nuevamente ante un fuerte coro de vítores.

“¡Y yo se lo otorgo a usted, general Wendell!” –gritó Culbertson–. “¡General, el ejército es suyo!”

Sonrió y Wendell vio en sus ojos una fría satisfacción. Esto no es una prueba, pensó. Es disciplina. Él lo sabe. Él sabe que todo esto me horroriza y me enferma, que va en contra de las enseñanzas de mi iglesia. Y ahora me ha puesto en esta posición para demostrarme, como si tuviera alguna duda, que él tiene todo el poder aquí.

Porque no puedo decir que no. Una docena de excusas pasaron por su mente. No soy digno de este honor. Tengo

un caso repentino de gripe estomacal. Incluso simplemente podría decir: lo siento, estoy felizmente casado y no me gusta esto.

Pero había más en juego que su propia comodidad moral. Allí estaba el ejército, las vidas de los hombres.

Y su iglesia. Culbertson podía anular su protección con una palabra, llamando a los perros Retro, arrestando al viejo y honrado reverendo Barr como hereje...

Seguramente podría armarse de valor por el bien de ellos.

Al pensarlo, el calor comenzó a aumentar. La droga. El whisky tenía que estar drogado.

Observó a las figuras en la piscina al azar. “Aquél.”

Culbertson volvió a dedicarle esa sonrisa del gato jugando con el ratón. “¡Excelente opción! Se lo entregarán en su sala de juegos”.

La multitud alrededor de la piscina se disolvió en risas y discusiones sobre quién se quedaba con cuál de las mascotas. Culbertson rodeó a Wendell con un brazo y se lo llevó.

“No te preocupes por los restos”, dijo mientras llevaba a Wendell a la puerta de una cabina. “Serán eliminados”.

A medida que el Ejército de Liberación avanzaba hacia el sur, Cress se encontraba cada noche caminando por la tierra, tratando de imaginarla recuperada y sanada. A veces estaba solo. Algunas noches él y Erik Farmer caminaban juntos.

“¿Cuándo crees que podremos volver a poner todo esto en producción?” Preguntó Cress mientras contemplaban una amplia extensión de campos que habían liberado en la primera semana de campaña. Suaves y onduladas colinas se alzaban más allá del terreno seco y llano, donde enfermizos tallos de maíz trepaban con dificultad a través de la tierra blanqueada y quemada.

Erik negó con la cabeza. Se agachó, recogió un puñado de tierra, la olió, se frotó un poco entre los dedos, escupió e intentó hacer una bola con ella.

“Esto no es tierra”, dijo. “Es un desierto químico. Y sin una infusión constante de más productos químicos, nada crecerá en su estado actual. Si algo lograra sobrevivir a duras penas, no habría mucha nutrición en ello”.

Cress asintió. No era agricultor, pero todos los niños de la ciudad conocían los conceptos básicos de la jardinería orgánica y la producción de alimentos. Como miembro del Consejo del Agua, se dio cuenta de que esta tierra tenía un ciclo del agua profundamente dañado. El suelo seco como

polvo parecía repeler absolutamente el agua, no retenerla. A su alrededor, en las colinas, podía ver áridos pozos que alguna vez se habían llenado estacionalmente con las escorrentías de las lluvias invernales y habrían retenido la humedad subterránea durante todo el año. Ahora, vegetación marchita y esqueletos ennegrecidos de árboles se alineaban en las rutas donde, en tiempos más felices, habrían gorgoteando los manantiales. Las ondulaciones del suelo sobre los escarpes rocosos desnudos le indicaron que cuando llegaba la lluvia, corría por el paisaje en láminas, llevándose consigo la capa superior del suelo.

“¿Así que qué hacemos?” –Preguntó Cress. “¿Vamos a tener que abandonar todo el Valle Central? Entonces, ¿de dónde diablos sacaremos la tierra para alimentar a la gente?”

“No es inútil”, le aseguró Erik. “Pero tampoco es instantáneo. Por suerte, las lluvias aún están por llegar este año. Tan pronto como considere que es seguro, traeremos nuestros arados de línea clave y romperemos la capa dura. Lo inocularemos con microorganismos y le infundiremos bacterias biológicas. Luego plantaremos un cultivo de cobertura resistente que podamos cultivar la próxima primavera. Podemos poner a pastar algo de ganado de forma intensiva para producir abono y añadir perturbaciones beneficiosas a la tierra. Y plantaremos árboles: tenemos muchos esquejes para algunas acacias de rápido crecimiento y arbustos de guisantes siberianos. Son resistentes: pueden crecer en casi cualquier cosa. Todos

ustedes en el Consejo del Agua pueden preparar la tierra para que el agua pueda penetrar y podamos comenzar a rellenar los acuíferos”.

“Está bien, está bien, ¡no necesito saber hasta la última receta para el té del abono!” Cuando Erik empezaba a hablar de la regeneración de tierras, su tema favorito, era difícil detenerlo. “¿Cuánto tiempo estimas que tomará?” –Preguntó Cress.

“No tanto como podrías pensar”, le aseguró Erik. “Comenzaremos a ver mejoras dentro de un año. En cinco años, esto podría ser un paraíso”.

“¿Pero, cómo vamos a alimentar a la gente durante ese año? Es mucho tiempo de espera para la cena”.

“¡Acuaponía!” proclamó Erik con entusiasmo. “Instalemos piscifactorías a gran escala, producirán proteínas y verduras a partir de plantas que limpian el agua”.

“¿Hay suficiente agua para eso?”

“Utiliza aproximadamente un noventa por ciento menos que la agricultura convencional. Todo recircula. Criaremos lombrices para pienso, y cochinillas. Y con el exceso, siempre quedan hamburguesas de harina”.

“¡Qué asco!” Cress hizo una mueca.

“Nos ayudaron a superar el año posterior al Levantamiento. Saben bastante bien, siempre y cuando no pienses en lo que contienen”, continuó Erik alegremente. “Podemos proporcionar proteínas y verduras, y en cuanto al trigo y el maíz, bueno, yo diría que construyamos hileras de mantillo y plantemos patatas. Aquí les irá bien durante el invierno y son nutritivos. Además, se pueden convertir fácilmente en patatas fritas”.

“¡No más patatas fritas, por favor!”, objetó Cress. “Ya ha sido bastante difícil destetar a los razas y a las chicas de compañía”.

Medianoche. Una luna baja se elevó sobre la llanura del desierto donde River se agazapaba detrás de una artemisa. La luna se curvó hacia la izquierda y pensó para sí mismo que estaba menguando, y que alguna vez no lo habría notado ni le habría importado, pero ahora lo sabía, gracias a los niños de la Ciudad y la Ruta de Aprendizaje de la Luna. Se pondría a la mañana siguiente y estaría más delgada al día siguiente y al día siguiente y al siguiente, hasta que oscureciera por completo. Información útil para operaciones de planificación de los sojuh.

Antes de su deserción a la Ciudad, nunca había pensado en la luna. Apenas había notado la mayor parte del mundo; había mundos dentro de mundos dentro de mundos a su

alrededor a los que había estado ciego. Mundos vegetales, animales, insectos y mundos misteriosos dentro de los cerebros y corazones de otras personas.

Ahora sabía muchas más cosas. Sabía que algunas personas adoraban a la luna como a una diosa. La llamaban “Doncella” cuando era una cosita delgada y parecida a una jovencita. “Madre”, cuando era grande, redonda y llena. “Anciana” cuando volvía a adelgazarse hasta convertirse en una vieja astilla como había sido Maya.

Se preguntó si podría hablar con esta luna como una vez había hablado con Maya, y si la luna podría oír, y cómo sabría él si ella respondería.

Pero también sabía otras cosas sobre la luna. Era un lugar de roca desnuda, un lugar de calor y frío extremos, sin aire para respirar. Hace mucho, mucho tiempo, se había desprendido de la tierra, cuando la tierra era sólo una masa de roca y metal fundidos. Los niños le habían explicado las órbitas y cómo la Tierra giraba sobre un eje, aunque todavía estaba tratando de entender eso.

¿Y era la luna una diosa o una bola de roca? ¿Cómo podría ser ambas cosas? Nadie había podido explicárselo del todo.

“Puede ser ambas cosas o ninguna”, le había dicho Maya cuando él le preguntó. Esa había sido una de las últimas conversaciones que habían tenido alrededor de la vieja

mesa de su cocina. “La luna no cambia, sólo la ventana a través de la cual se mira”.

Él no lo había entendido en absoluto, pero ella se había hundido nuevamente en el silencio y en el sueño despierto en el que habitaba esos últimos días.

Los hombres habían caminado sobre la Luna hace ya casi cien años. Reflexionó, por un momento, cómo aquellas personas de antaño habían tenido el poder y el conocimiento para esa gran aventura, cuando hoy en día apenas podían sobrevivir aquí en la Tierra. El ejército no lo había criado para que se hiciera preguntas, pero ahora que su mente había despertado parecía estar haciéndolo todo el rato.

Y pasó el tiempo reflexionando mientras hacía aquello para lo que *estaban* entrenados los sojuhs: esperar. A su alrededor, diez miembros de su unidad esperaban con él, refugiados detrás de grupos de maleza o pegados a ligeras depresiones en la tierra. El paisaje de colinas estaba ahora detrás de ellos, y esta sección del Valle era plana como un patio de armas y completamente seca. Aparte de los campos de maíz de un blanco abrasador, alineados en hileras militares, no crecía nada más que matorrales del desierto.

Espera. El sojuh estaba mayoritariamente esperando, y eso se aplicaba tanto al Ejército de Liberación como al de los viejos tiempos. Podía oler la frescura del aire claro de la

noche que llevaba el fuerte hedor químico de los campos, y un aroma más terroso y penetrante a salvia. El aire era frío y se arremangó la chaqueta. En el silencio, el woosh, woosh de su propia respiración sonaba como el de un motor a reacción al que le faltara un ciclo. Abrió la boca, intentando respirar más suavemente.

Odiaba esperar. En el mejor de los casos, era aburrido e incómodo, difícil quedarse quieto con el jugo en las venas bombeado para una operación. Pero esta noche algo le parecía más profundamente mal, como la música que sonaba cuando la mierda iba a golpear el ventilador en una película de terror.

Todo había ido bien hasta el momento. Quizás demasiado bien. Habían tomado plantación tras plantación, sin mucha oposición. Pero aquellas granjas anteriores eran las más atípicas: pobres y mal vigiladas. Su equipo estaba remendado y su mando eran los idiotas que el resto del ejército cagaba, perdedores y fracasados que no podían tener un mando real.

Pero ahora estaban atacando el núcleo de las operaciones agrícolas de los Stewards, plantaciones establecidas desde hacía mucho tiempo y bien defendidas. La sorpresa ya no estaba de su lado y, tarde o temprano, llegarían las represalias.

Podría ser esta noche. Esta podría ser su última noche para mirar la luna, esa reconfortante fuente de luz, para asegurarse de que después de que desapareciera hasta convertirse en oscuridad comenzaría a crecer de nuevo.

A lo lejos ladró un perro. Oyó el chirrido de una llave en una cerradura de metal. Alguien había entrado en las dependencias de los esclavos, probablemente para divertirse y jugar. Después de un rato, escuchó algo entre un grito y un gemido.

Entonces oyó el tromp, tromp de pies que marchaban. Los centinelas hablaban en voz baja al pasar, levantando el polvo químico que se metió en la nariz de River y amenazó con hacerlo estornudar. Se pellizcó la nariz. Un paso, otro paso. El murmullo de voces empezó a resolverse en palabras.

“Beaner es como un perro en un montón de mierda, revolcándose en baba”.

“No hay baba en esas grietas de guardapolvo. Todo es áspero y seco”.

Se estaban acercando... después estuvieron al nivel del escondite de River, luego pasaron. Dejó escapar un silbido grave y saltó hacia adelante, arrojando una manta sobre los centinelas. Gritaron, desorientados, luego los gritos se apagaron cuando el gas somnífero del que estaban empapadas las mantas hizo efecto.

River agarró una pierna de un centinela, Ace tomó la otra y lo arrastraron detrás de la línea mientras otras tropas lo seguían con el segundo centinela. Rápidamente les ataron las manos, les ataron las piernas y los amordazaron. Entonces River dió el visto bueno.

Ace cortó la cerca y él y su banda la arrastraron. Cress condujo rápidamente a doscientos de los mejores soldados del ejército hasta el hueco en la alambrada. Atravesaron el lugar, un torrente de hombres y mujeres silenciosos en la oscuridad. River se unió a Cress al frente mientras rodeaban la granja que servía como sede de esta plantación.

Cuando estuvieron en su lugar, Cress disparó un tiro al aire. Levantó el megáfono y gritó:

“Ciudadanos de la Mayordomía, por la presente liberamos esta granja en nombre de la libertad. Salid y rendíos, y no sufriréis daño”.

Una bala pasó silbando junto a su oreja. Se abalanzó al suelo cuando una ráfaga de fuego salió de las habitaciones de los supervisores. Disparaban desde todas las ventanas, en todas direcciones a la vez, y muchas de las tropas de River fueron alcanzadas y cayeron gimiendo o gritando si no las mataron en el acto.

“¡Abajo!” Gritó Cress, un poco tarde. Alrededor del círculo, las tropas se arrojaron al suelo, pero las balas y las ráfagas láser alcanzaron más abajo. “¡Atrás!”, gritó Cress.

Era una trampa. Un muro de potencia de fuego los golpeó por todos lados. El patio árido y el terreno llano no ofrecían refugio. Algunas tropas llegaron a los cuarteles metálicos y se refugiaron detrás de ellos. Otros se agacharon detrás de las patas de la torre de agua mientras las balas levantaban polvo y los rastros de láser la iluminaban con líneas de colores brillantes.

Cress y River se pegaron al suelo en un hueco detrás de un camión donde las grandes ruedas los ocultaban. Alguien se arrastró hacia ellos desde la valla. Era Smokee, serpenteando entre el polvo.

Se abrió una ventana en la choza de metal y un potente rayo de luz jugueteó sobre el suelo, lleno de muertos y heridos. Mientras observaban con horror, una ráfaga de balas cayó sobre cada cuerpo que se movía o mostraba signos de vida. Los cadáveres saltaron y se retorcieron en una danza final y terrible.

Desde el interior de las dependencias de los esclavos se escucharon gritos.

“¡Retiraos!” –tronó una voz por los altavoces del campamento. “Rendíos o seguiremos infligiendo dolor en nuestra legítima propiedad”.

“Mierda”, dijo Cress. “¿Qué hacemos?”

“¡Abrirnos paso!” dijo Smokee.

“¿A que costo?” dijo Cress. “¡No voy a luchar otra vez en la Primera Guerra Mundial, por encima de un montón de hombres, bajo una lluvia de balas!”

“¡Imbéciles!”, resopló Smokee.

“Sólo hay una cosa que hacer”, dijo River.

Antes de que Smokee pudiera objetar, silbó la retirada.

Regresaron a través del hueco de la valla, bajo fuego durante todo el camino, y las nuevas bajas aumentaron tan rápido como pudieron arrastrar a los heridos a través del alambre de púas. River dirigió su antigua unidad, lo que quedaba de ella, para mantener una retaguardia mientras se retiraban a través de las tierras desnudas y planas hasta el refugio de un anillo de colinas bajas que rodeaban la última granja que habían liberado. Aquí por fin los perseguidores retrocedieron y la noche quedó en silencio excepto por los gemidos y gritos de los heridos.

Los médicos rápidamente establecieron una estación de curación, mientras River duplicó los centinelas para vigilar en caso de que los Stewards intentaran tomar represalias. Él y los demás comandantes celebraron una conferencia apresurada en la parte trasera de las dependencias de los antiguos supervisores.

Cress no podía hablar. Estaba temblando. Las unidades todavía estaban contando a los suyos, reuniendo una lista de muertos. Pero esos cuerpos que yacían retorciéndose y sacudiéndose mientras las balas impactaban contra ellos eran sus viejos amigos, gente de la ciudad con la que había crecido, con la que había discutido y reído. El obstinado Consejo de Aguas nunca más volvería a sentarse en una reunión a debatir con él. Blowsy Jennie, con su figura amplia y voz fuerte, su vecina durante décadas en Bernal Hill, nunca volvería a organizar otra fiesta de baile salvaje, con música a todo volumen hasta el amanecer. Nunca más Salim, el de ojos brillantes, hablaría sobre los créditos laborales y las asignaciones laborales de la ciudad con su gran entusiasmo.

Cress había tomado decisiones, había tomado esta decisión y estaban muertos. Le temblaban las manos y apretó con fuerza su taza de chai para ocultar su temblor. Desde aquella primera noche, aquella primera ejecución, no había cedido a la necesidad de correr hacia los arbustos y purgarse. Quería hacerlo ahora. Pero él estaba al mando.

Se obligó a pensar en el agua, en cómo podía temblar y estremecerse, y luego volver a la quietud y la calma. Estoy hecho de agua, se dijo. El setenta por ciento, si quieres precisión. Soy agua.

“Sabían que íbamos a venir”, dijo River. “Estaban esperándonos. Se acabó el tiempo de fiesta”.

Smokee ardía de rabia, caminaba de un lado a otro, se posaba por un momento en el brazo de un viejo sofá y luego se levantaba de nuevo para pasear por la habitación. Si no la hubieran hecho retroceder físicamente, ella habría entrado corriendo, disparando ella sola, y habría sido asesinada a tiros. Lo cual habría resuelto un problema, pensó Cress, aunque habría creado otros. Los sojuhs y las ex chicas de consolación confiaban en Smokee más que en él.

“Volveremos a entrar con más fuerza”, dijo Smokee. “Necesitamos más mano de obra”.

“Poder personal”, la corrigió Cress automáticamente.

“¡Vete a la mierda!”

“No lo entiendo”, dijo River rápidamente. “Los Billies se atrincheraron con fuerza. Esperándonos. Todo un puto ejército se enfrenta a eso y acaba siendo aniquilado.

“Tenemos que ser como el agua”, dijo Cress, con sólo un pequeño temblor en la voz. Respiró profundamente,

concentrándose en frenar los latidos de su corazón. “Cuando bloqueas un flujo en una dirección, pasa por encima, por debajo, alrededor o se filtra hacia abajo. O se acumula hasta alcanzar una altura suficiente como para desbordar la presa”.

“Así que los mantendremos bajo asedio”, sugirió Erik. “No podemos entrar, pero podemos lograr que ellos no puedan salir”.

“Toma mucho tiempo”, dijo River. “Probablemente ese búnker esté bien abastecido por dentro con patatas fritas y agua. Mientras tanto, los billies torturan a los esclavos. Pasan la corriente y las comunicaciones bajo tierra. Allí no hay ninguna torre de radio que destruir. Lo tienen conectado bajo tierra.

“¿Alguna forma de cortar la corriente?” –Preguntó Cress. “¿Algo así como un pulso electromagnético?”

“Claro”, dijo Beryl. “Si tuviéramos una bomba nuclear. Una pequeño bastaría”.

“Tengo una idea”, dijo Topaz.

“Si al principio no lo logras...” dijo Cress mientras serpenteaban sobre el terreno llano una vez más. El MUC cabía en su mano como un teléfono inteligente antiguo, y si

su pantalla era correcta, la mayoría de los guardias se habían ido de las instalaciones, persiguiendo una ilusión hacia el este, en la dirección equivocada.

Los técnicos habían impedido que los médicos rompieran los chips que les quitaron a los liberados. En lugar de ello, los habían incrustado en el cuello de un rebaño de resistentes ovejas del desierto que el Gremio de Granjeros había traído con el ejército. Los chips necesitaban contacto con un cuerpo vivo de sangre caliente para transmitir sus pulsos. Los pastores condujeron el rebaño hacia el este, esperando que los guardias los siguieran, ansiosos por recuperar al menos parte de la fuerza laboral perdida. Y, con suerte, caminar directamente hacia una emboscada que el amigo de River, Ace, y sus tropas escogidas habían preparado.

Mientras estuvieran fuera, el Ejército Libertador haría un nuevo intento contra la plantación.

“¿Listo?” Preguntó Cress, aunque la verdad es que él mismo no se sentía preparado. Sintió un frío enfermizo en la boca del estómago, que lo había enviado una y otra vez a los baños durante la mayor parte de la noche. Deseaba poder ser como Smokee, que se envolvía en un manto de ira como si fuera un escudo de invencibilidad. O como River, que parecía inmune a las emociones. Pero su propia rabia parecía haberse desangrado en el suelo pedregoso con las vidas de sus *compas*. No era un veterano curtido en la

batalla, todavía no. No podía verse a sí mismo ni a sus amigos como herramientas o armas, útiles pero prescindibles.

“Listo”, respondió River.

Cress y River se arrastraron cautelosamente alrededor de la valla hacia la parte trasera del almacén de metal que albergaba el centro de mando de los supervisores. Esta plantación no tenía una antigua granja, sólo búnkeres de hormigón y metal para el personal y los esclavos por deudas. Pero el almacén del personal mostraba una mancha de musgo verde húmedo debajo del tubo de escape que goteaba del aire acondicionado. Ese era su objetivo.

Se movieron con cuidado. Aunque el puesto de mando tuviera ahora poco personal, todavía tendrían centinelas y vigilantes atentos a cualquier movimiento. Y los observadores tendrían miras infrarrojas además de ojos. Cress y River llevaban trajes de neopreno aislantes para ocultar el calor corporal. Desafortunadamente, observó Cress, eso significaba que el calor de su cuerpo permanecía dentro y los hacía sentir tortuosamente incómodos. Pero sólo por un tiempo, si tenían suerte.

Atado a la espalda de Cress había un arco. Una tontería, tal vez, enfrentarse a armas con arcos y flechas, pero le había parecido el mejor plan y había sido campeón de tiro con arco durante sus días universitarios.

Una ráfaga de disparos destrozó el aire. Ese era Smokee, quien finalmente estaba cumpliendo su deseo. Ella y algunos otros comandos igualmente locos atacaron desde el frente, principalmente para distraer. Más disparos... y el estallido de una bomba sonora. Era inofensiva, pero sonaría como un proyectil que no había alcanzado los muros del puesto de mando. Podría preocuparlos.

“Ahora”, siseó Cress, y él y River corrieron hacia la pared. Abandonaron el ocultamiento y recorrieron dos tercios del camino antes de que el fuego láser comenzara a pasar zumbando a su lado. Cayeron y se hicieron los muertos durante cinco largos minutos antes de que River se levantara de un salto y corriera un rumbo errático hacia su portería. Había recorrido bastante distancia antes de que comenzaran de nuevo los disparos. Mientras tanto, Cress avanzó arrastrándose lo más rápido que pudo.

River se arrojó al suelo mientras las balas pasaban silbando sobre su cabeza. Cress yacía inmóvil, con el corazón acelerado. Esperaron un largo momento y luego sonó una explosión en el lado opuesto del edificio. Cress oró para que eso llamara su atención mientras se ponía de rodillas, colocaba su flecha de carga útil especial y tensaba la cuerda de su arco. Todavía estaba oscuro y sólo tendría una oportunidad. Era un buen arquero, pero no era un Robin Hood. Respiró hondo, murmuró una oración a alguien, miró a su objetivo y disparó.

Diana. ¡Alabado sea el flujo! La flecha iba directamente al sistema de admisión del aire acondicionado. Ahora bien, si todo iba bien, la cápsula de gas somnífero que llevaba estallaría, y en poco tiempo, sería nochebuena para los guardias.

Se arrojó de nuevo al suelo justo cuando una bala pasó silbando tan cerca que podía oler el hedor a goma quemada de su traje de neopreno. Permaneció inmóvil durante diez, larguísimos minutos. Luego, lenta y cautelosamente, levantó el arco. Nada. Le siguió la mano, luego la cabeza y el torso. Silbando a River, corrió hacia el edificio poniéndose la máscara antigás.

River lo siguió. Cojeaba ligeramente y le salía sangre de un corte en el traje de neopreno a la altura del muslo.

“¿Herido?”

“Un rasguño. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!”

River disparó a la cerradura que mantenía cerrada la puerta de metal. Sonó una alarma, pero nadie respondió con disparos ni disparos láser. Patearon la puerta y rápidamente miraron a su alrededor. En cada esquina, sobresalía un puesto de vigilancia como un ventanal con vidrio a prueba de balas en tres lados. Cada uno tenía emplazamientos de armas y respiraderos de tiro. Y en cada uno de ellos, dos guardias estaban inconscientes.

River y Cress los ataron y examinaron cautelosamente el resto del edificio. Encontraron y aseguraron a diez o más guardias y supervisores en total, algunos en el comedor y más en sus cuarteles.

Todo tomó tiempo, y los primeros guardias comenzaron a gemir y moverse cuando terminaron. Todavía había una puerta más, reforzada y fuertemente cerrada, que Cress sospechaba conducía al centro de mando.

Ojo, le hizo una señal a River. La puerta podría haber protegido del gas a los hombres que estaban dentro.

River agarró un rifle láser de uno de los guardias inconscientes y disparó para abrir la cerradura. Abrieron la puerta lenta y cautelosamente, manteniéndola como un escudo entre ellos y cualquier cosa que pudiera haber detrás de ella. Conducía a una escalera y al final había otra puerta para cerrar con llave.

Cress revisó el MUC y silenciosamente deslizó la pantalla hacia River. Todavía había dos puntos parpadeando, dos hombres vivos en el búnker de abajo.

River fue primero, disparando desde arriba. Empujaron la segunda puerta y se aplastaron contra la pared. Una bala pasó junto a ellos y rebotó en el hueco de la escalera. River se inclinó hacia adelante y disparó una ráfaga de tiros con las

dos manos, láser con la mano izquierda y balas con la derecha.

Silencio cauteloso, luego se devolvieron los disparos.

El búnker fue diseñado para ser defendido. El pasillo se curvaba y zigzagueaba para impedir la entrada de intrusos. Volvieron a intercambiar disparos.

Un zumbido. La voz de Smokee sonó en su auricular.

“¿Qué carajo está pasando?” –Preguntó Smokee.
“¿Ustedes dos están muertos o qué?”

“Hemos limpiado los niveles superiores”, le dijo. “Pero estamos teniendo problemas para bajar al búnker donde está el centro de comunicaciones. Está bien defendido”.

“Bajando”.

“¡No, no lo hagas!”, protestó él, pero ella había avanzado.

La escalera estaba ardiendo de los disparos cuando Smokee llegó. Se refugió detrás de la puerta y miró a su alrededor, observando. Los láseres zumbaban en las esquinas y las balas rebotaban entre los muros de hormigón. Un rifle láser, uno automático, pensó. Podría haber otros detrás de ese, pero de alguna manera lo dudaba.

Estaba ardiendo de ira. Las Valquirias habían irrumpido en el cuartel de los trabajadores y lo que vio allí alimentó su ira. Estos cuarteles eran los peores hasta el momento: sofocantes hornos de metal, con la gente reducida a cáscaras secas, apenas vivas con sus escasas raciones de patatas fritas y agua. Algunos de ellos tenían los ojos demasiado apagados para siquiera mirar hacia arriba cuando las Valquirias bajaron la puerta y proclamaron el cuartel como zona liberada. Si estos pobres palos murieran, pensó Smokee, no apestarían ni se pudrirían, simplemente se convertirían en polvo y volarían. Pero algunas de las personas más animadas dejaron escapar un débil aplauso.

En la parte trasera del cuartel estaba la sala de placer. Algún capataz había sido interrumpido por el ataque, atrapado literalmente con los pantalones bajados. Todavía yacía en el suelo un cinturón donde lo había dejado caer mientras corría para unirse a la defensa.

Sobre la mesa, atados con correas, yacían los restos de su víctima.

Smokee miró el trozo de carne destrozado y, de repente, estaba de nuevo en los corrales, gritando, atada e indefensa, furiosa y luchando hasta el final de lo que era soportable, y luego soportando más. Ella sacudió la cabeza y parpadeó. Una correa sujetaba una muñeca atada a la mesa, tan apretada que la mano estaba hinchada y azul. Podía sentir esa correa en su propia muñeca, el dolor y el latido, escuchar

la voz rogando que la aflojaran un poco, prometiendo cualquier cosa para aliviar el dolor. Y luego el entumecimiento, cuando ese dolor era eclipsado por un dolor mayor.

Apenas podía soportar mirar las otras heridas. Dejando su arma en el suelo, aflojó la correa. Fue un acto de ternura por lo que había sobre la mesa, una pequeña bondad. Luego tomó su rifle, su instrumento de justicia y venganza, y salió.

Ahora la ira la invadió. Estaba encendida, se sentía brillar como un faro. Nada podía detenerla, ni los imbéciles del búnker ni los idiotas de su propio bando. ¡Malditos hombres! Los mejores de ellos eran inútiles y los peores...

Hubo una pausa en los disparos y Smokee se impulsó escaleras abajo con un grito de alma en pena, lanzando una tormenta de balas delante de ella. Agarró un objeto incendiario de su mochila y su brazo se estaba levantando para lanzarlo a través de la puerta abierta cuando River la sujetó contra la pared.

“¿Qué diablos crees que estás haciendo?”, le gritó Cress.

“¡Suéltame! ¿A qué están jugando ustedes dos?

Era fuerte y enjuta, y estaba impulsada por esa ira instintiva que no permitiría que ningún hombre la inmovilizara. River pesaba más que ella y la empujó contra el cemento. Le dio un rodillazo en la ingle y, mientras él se

tambaleaba, Cress se abalanzó sobre sus pies y se los sujetó. Cayó con fuerza y dejó caer el incendiario que se alejó rodando hacia la línea de fuego de la puerta abierta. Mientras observaban con horror entumecido, entró rodando en el búnker justo cuando una ráfaga de fuego láser atravesaba la puerta.

“¡Santo cielo!”, gritó Cress y empujó a River escaleras arriba, agarrando el brazo de Smokee y empujándola delante de él, moviéndose con una velocidad alimentada por el puro terror. Casi habían subido las escaleras cuando una bola de fuego explotó detrás de ellos. Una ráfaga de calor y viento arrojó a Cress contra los demás. Cayó, pero Smokee lo levantó y lo sacó al pasillo mientras una ráfaga de fuego rugía por la puerta. El fuego se apagó, pero dejó papeles humeantes y una alfombra apestosa y nociva ardiendo.

“¡Afuera!” –gritó Cress–. “¡Contened la respiración!” Los vapores llenaron el aire. Le lloraban tanto los ojos que apenas podía ver, pero encontró la puerta tanto por suerte y por la memoria como por la vista. Los tres salieron tambaleándose, tosiendo, con los ojos llorosos, hacia el patio y siguieron corriendo mientras el edificio detrás de ellos estalló en llamas.

River cojeaba. Tenía una quemadura con láser en el muslo. El pelo de la nuca de Cress estaba chamuscado y la piel de la

parte posterior de sus piernas se sentía quemada. Respiró profundamente una bocanada de aire fresco y dulce, ligeramente teñido de humo. Por un momento se quedó mudo ante la pura maravilla de estar vivo. Sus pulmones todavía aspiraban aire. Su corazón todavía latía. ¡Un milagro!

“¡Mierda por cerebro con cabeza de limo!” River le gritó a Smokee. “¿Qué carajo fue eso? ¿Quieres que maten el trasero de esta perra? ¡Está bien, pero no interfieras con la misión!

“¿Para qué carajo estaban ustedes dos haciendo eso?” Smokee respondió al fuego, pero en el fondo empezaba a sentirse gris y enferma. El incendio había pasado y dejó tras de sí cenizas frías y un miedo sordo.

“Los técnicos querían el equipo intacto”, dijo Cress con una voz tranquila que le daba más miedo que todos los gritos de River. “Tú lo sabías. Ese era uno de los principales objetivos de esta misión”.

Ella sí lo sabía, en algún lugar muy dentro de sí, pero ese conocimiento había desaparecido en el calor de su ira. Su ira disminuyó y luchó por aferrarse a ella, por aferrarse a su rectitud porque sin ella era una cosa fría y temblorosa en una jaula que ni siquiera podía morir.

“Y había hombres atados en ese edificio”, continuó Cress. “Tal vez algunos de ellos merecían morir. Pero nadie merece ser asado vivo, atado e indefenso y mirando a la muerte a la cara. Eso es cruel e inhumano y me has hecho cómplice de ello”.

“¡Estás relevada del mando!” River remató una serie de blasfemias inventivas.

Eso encendió un nuevo y pequeño incendio, y Smokee lo acogió con gratitud. “¡No puedes hacer eso!”, replicó ella. “¡Somos los tres iguales!”

“¡Oh, sí, este comandante puede!” Dijo River. “Dos sobre uno. ¡Este es un ejército real, te dispararán!”

“¡Que te jodan! ¡Que te jodan a ti y a tu ejército!”

“Ya lo hiciste”, dijo River.

“¡Para!” Dijo Cress, interponiéndose rápidamente entre ellos. “River, será mejor que vayas a buscar a los médicos para que atiendan esa quemadura.

River empezó a objetar, pero Cress le lanzó una mirada que lo silenció y se fue.

Cress miró a Smokee. Ella lo miró desafiante, pero él notó que se estaba frotando las muñecas, retorciéndolas como si estuviera tratando de dar vida a sus manos entumecidas.

“¿Estás bien?” preguntó.

Ella asintió.

“¿Te lastimaste las manos?”

Los dejó caer a sus costados, como si fuera sorprendida en un acto vergonzoso. Cress suspiró. Su propia ira se estaba disipando de repente, dejando un agotamiento tan profundo que apenas podía mantenerse erguido.

“No vamos a dispararte”, dijo. “O incluso despedirte. Te necesitamos, Smokee. Los liberados confían en ti, más que en River o en mí. Confían en ti porque saben que eres uno de ellos.

“No quiero quitarte el mando. Quiero que estés a la altura. Y eso significa que tienes que controlar tu ira”.

Ella asintió. No confiaba en sí misma para hablar.

Cress recordaba a un niño nuevo en la ciudad que caminaba por las calles con la cabeza gacha. Las calles todavía eran calles entonces, justo antes del Levantamiento, todavía no eran jardines, pero estaban iluminadas con murales a donde su padre los había llevado a vivir en un apartamento lleno de gente con su tío y cinco primos. Todavía tenían escuelas regulares, y Cress había estado en problemas todos los días, hablando mal, respondiendo a sus maestros, gritándoles a los otros niños y peleándose. Todo

para poder escuchar algún ruido en sus oídos que pudiera ahogar los gritos de su hermana en su cabeza.

“Sé lo que es la ira”, le dijo. “A veces la ira es todo lo que tienes para detener el diluvio. Pero tienes que superarla. No puedes dejar que te controle o te matará. Y por muy mala que sea, lo peor es que podría llevarse consigo a muchas de esas personas que confían en ti. ¿Tú entiendes? Ya no eres sólo una chica de placer, Smokee. No eres sólo tú. Es más que tú. Eres una líder, alguien en quien la gente confía. Tienes que dar un paso adelante y merecer esa confianza”.

Ella asintió de nuevo. No podía decirlo en la oscuridad, pero creyó ver una lágrima salir de sus ojos. Algún instinto le dijo que se alejara, que la dejara sola para pensar en las cosas. Se dio la vuelta y salió al patio.

Encontró a River en la estación de clasificación que los médicos habían instalado fuera del cuartel. Un médico le vendaba la herida y la cubría con una gasa grande.

“¿Eso duele?” preguntó.

“Un verdadero luchador no siente dolor”, dijo River.

“Por supuesto que no”, asintió Cress.

River hizo una mueca. “¡Duele como una perra gritando!”

“¿Entonces, qué hacemos ahora?” –Preguntó Cress.

“Tira a Smokee y despelleja vivo el trapo”.

“No hay tiempo para eso. He estado pensando.”

“¡Oh, no! ¡Problemas en el futuro!”

“Si hubiéramos capturado su equipo, nuestros técnicos podrían haberse puesto a trabajar en él. Pero no lo hicimos y debemos suponer que enviaron un mensaje mientras atacábamos. Las otras bases serán advertidas. Las próximas misiones serán más difíciles”.

River se encogió de hombros. “La guerra era fácil, todos debían ser luchadores”.

“Pero esperarán que regresemos a la base para reagruparnos. No esperarán otro ataque esta noche”, continuó Cress.

“¿Has oído hablar alguna vez del sueño?”

“Me gustaría dormir”, admitió Cress. “Me gustaría dormir una semana o una década. Pero hay otra plantación a menos de tres millas de aquí, y si podemos eliminarla, será nuestra mejor oportunidad de capturar algún equipo intacto. Ese truco con el gas y los orificios de ventilación podría funcionar una vez más esta noche. Mañana sospecho que los encontraremos conectados. Y esta vez también traeremos gasolina para el búnker”.

River suspiró cansado. “Está bien, chico provocador. De todos modos, este luchador es demasiado tonto para tumbarse. ¿Y Smokee?”

“Ella se siente arrepentida”, dijo Cress. “No podemos dispararle por varias razones, entre ellas el impacto en la moral. Así que démosle la oportunidad de redimirse”.

River sacudió la cabeza con tristeza. “¡Mierda! ¡Lamer toda esa porquería es malo para el cerebro!”

El segundo ataque se desarrolló sin problemas, a pesar de que Cress estaba tan agotado que sentía como si se moviera en cámara lenta. Las plantaciones se construyeron a partir de los mismos planos, y en las amplias llanuras del Valle Central había poca variación sobre el terreno, por lo que los planos podían ejecutarse tal como se dibujaron. Esta granja también tenía un cuartel más grande y un centro de mando y alojamiento de supervisores combinados.

Cress y River pudieron acercarse al centro de mando sin dar ninguna alarma y entregar su carga útil de gas somnífero. Al ingresar al edificio, esta vez pudieron lanzar el gas al búnker y capturar el equipo y el personal intactos.

“Eso probablemente no volverá a suceder”, dijo Cress. “Pero ahora los técnicos pueden tener su día y nosotros podemos dormir un poco”.

Capítulo treinta y dos

*Estoy bajando ahora
Pedaleando en espirales,
Empezando a aterrizar.
Bajando...
Así es como solíamos llamarlo
Después de algún viaje a la estratosfera astral
con un poco de ayuda química...
Recuerdos.
Recuerdos como los jirones deshilachados
de algún viejo par de ropa interior...
del tipo que solía guardar en el fondo del cajón
para usar el día de la lavandería cuando el resto
estaba sucio. Bragas de último recurso.
Yo, el “yo” que mantiene unidos estos restos
deshilachados.
Siento que comienzan a formarse de nuevo,
a recuperarse del impacto del pasaje.*

*He sido el corazón de una estrella.
El polvo de las galaxias.
He regresado al lugar donde comenzó el tiempo
y he salido por el otro lado.
Sin embargo, de alguna manera aquí estoy de nuevo.
No corpóreo, pero sí coherente, como lo es una
historia.
Sí, la historia. Las historias son la banda de elástico
que une la parte delantera y trasera,
perpetuando una prenda a partir de retazos y
harapos.
Cuento la historia de mí mismo, y así soy.*

Los dientes negros y dentados de los rascacielos rotos perforaron un infierno resplandeciente de cielo. Bird, Madrone y los niños se habían subido a las paredes para contemplar la puesta de sol. Era su ritual nocturno. Zap y Zoom estaban en silencio, a veces durante minutos, mientras se sentaban juntos y observaban el sol brillar y hundirse bajo el horizonte. La quietud, el silencio parecían un presagio de lo que vendría.

“Es algo hermoso”, admitió Madrone. “Las ruinas del viejo mundo”.

“Atardecer sobre el imperio”, dijo Bird con voz profunda y pretenciosa.

Madrone le hizo una mueca. “Es pacífico”.

“Como el final de una tragedia, cuando todos los personajes principales han muerto”.

Zap se había acercado a ella y con cautela ella dejó que su brazo se deslizara alrededor de él. Él no se retorció y ella sintió que se relajaba ligeramente mientras permitía que su cuerpo se apoyara contra el de ella. Apenas se atrevió a respirar mientras él se acurrucaba contra ella, un animal medio salvaje que lentamente comenzaba a confiar.

Un movimiento furtivo muy abajo llamó su atención. Una figura oscura saltaba de una sombra a otra. Vacilante como un pájaro que se aventura a salir de su escondite para coger una semilla, ladeó la cabeza, se giró y luego se detuvo en seco con un profundo suspiro. La guardia de honor de esqueletos, con velas parpadeando en su base, bailaba en la oscuridad.

Bird empezó a tararear suavemente la *Canción del Refugio*.

Un eco tembloroso volvió, aventurando algunas líneas valientes.

*“El camino es largo, el camino es polvoriento,
La puerta está custodiada por los muertos”.*

El tono claro de Bird resonó.

*“Pero esas manos frías nunca te harán daño,
Cuando por la fe, tu corazón es guiado”.*

Rápidamente, él y Madrone abandonaron su lugar y se dirigieron hacia la puerta, seguidos por los chicos. Se dispusieron como guardia de honor justo a tiempo para ver pasar al hombre delgado con el que habían hablado esa mañana. Cantaba como si intentara convencerse a sí mismo.

*“Vengan todos los que están impulsados por el miedo,
Venid al lugar donde todos son libres...”*

Y Bird y Madrone respondieron juntos:

*“Aquí todas las deudas serán perdonadas
En el hogar y en el árbol sagrado”.*

“Bienvenido”, dijo Madrone. “¡Felicitaciones por descifrar esa canción!”

“¿Entonces es real?” preguntó vacilante.

“¡Es real!” le aseguró Madrone. “¡Y de nada!”

“Es real, pero ¿qué es?” preguntó con un poco más de confianza. “¿Y quién eres tú?”

“Soy Madrone. Soy una sanadora”.

“Y yo soy Bird”. Dio un paso adelante, sonriendo, y estrechó la mano del hombre. “Una especie de cantante.

Estos son Zap y Zoom. Hacedores de travesuras profesionales”.

“¿Y esto es?” preguntó el hombre de nuevo.

“Un refugio”, dijo Bird. “Un comienzo.”

El hombre miró dubitativo los esqueletos.

“Los muertos nos protegen, pero no os harán daño”, dijo Madrone.

“Nosotros tampoco”, le aseguró Bird. “No somos una extraña secta a la muerte. Somos del Norte”.

“Oh, el Norte”, dijo el hombre, como si la gente del Norte fuera conocida por viajar con un séquito de esqueletos. “¿Hay muchos de ustedes?”

“Solo nosotros”, dijo Madrone antes de que Bird pudiera detenerla con una mirada de advertencia. Está bien, pensó, tal vez no fuera prudente hacerle saber que no tenían refuerzos. Pero ella no sintió ninguna amenaza en él, ningún engaño, sólo desesperación. “Eres el primero en unirse a nosotros”.

El hombre sacudió su cabeza. “Todo el mundo decía que estaba loco. Pero pensé que podía escuchar instrucciones en la canción y las seguimos, mi familia y yo. Los dejé atrás

mientras continuaba para ver si era seguro. Tenemos dos niñas...”

“Iré contigo a buscarlas”, ofreció Bird.

Cuando regresaron, Madrone tenía una olla de estofado burbujeando y, con la ayuda reticente de Zap y Zoom, había abierto uno de los apartamentos familiares que habían limpiado tan laboriosamente. Bird y el hombre, que dijo llamarse Anthony Springer, llevaban cada uno a una niña cansada, mientras su madre, Emily, tiraba de una carreta con un paquete de sus pertenencias.

Se sentaron alrededor de la gran mesa de café redonda en el centro de su alojamiento. Madrone sirvió estofado y té de hierbas en su vajilla recuperada.

Las dos chicas comieron con avidez, sorbiendo el guiso en su afán por llenar sus barrigas, ignorando las miradas severas de Emily. La mayor parecía tener unos diez años y la menor unos siete. Tenían cabello rubio pálido, rasgos delicados y gran suavidad y confianza, con la apariencia de ser niñas queridas y protegidas.

El cabello rubio y liso de Emily caía en mechones alrededor de su rostro. Los huesos afilados de su rostro sobresalían bajo una piel cenicienta que mostraba la palidez del hambre crónica. Sus rasgos finamente dibujados eran delicadamente

hermosos pero demacrados, como si fuera una estrella de cine interpretando a la esposa de un granjero. Al igual que Anthony, vestía ropa gastada y remendada, pero que alguna vez había sido buena: pantalones Capri marrones y una camisa blanca de batista sobre una camiseta color canela. Parecía como si la adversidad la hubiera sobrevenido de repente, mientras se vestía para un paseo por el parque.

Bird se llenó de una euforia apenas controlada. Gran parte de ello fue alivio. Había empezado a temer que nadie viniera nunca, que la canción fuera demasiado oscura. ¡Pero realmente había funcionado!

“Entonces, ¿encontraste el camino desde la canción? ¿Fue lo suficientemente clara como para seguirlo?” dijo con entusiasmo.

“Quizás me haya ayudado haber hecho mi tesis sobre los poetas simbólicos”, dijo Anthony. Todavía parecía un poco cauteloso, como un animal en terreno desconocido, pero la mirada perseguida ya no estaba en sus ojos. “Yo era profesor de literatura. Estoy acostumbrado a buscar significados. Pero las instrucciones eran muy claras una vez que te dabas cuenta de que eso es lo que son. 'El antiguo camino de la libertad'; nunca antes había oído llamar así a una autopista, pero ¿por qué no?

“Estaba escéptica”, dijo Emily. “Podríamos haber venido hace semanas si no me hubiera resistido. Yo era profesora

de matemáticas; me gustan las cosas cuantificadas, claro. Pero ayer lo único que quedó claro fue que teníamos que ir a alguna parte, o...

Miró a sus hijas, que se estaban metiendo estofado en la boca. “¡Más espacio, Heather! ¡Hannah, modales, por favor!

“¿O qué, mamá?” preguntó Hannah, la niña mayor, que había estado siguiendo atentamente la conversación.

“O pasarían cosas malas”, finalizó Emily. “No importa qué”.

Zap y Zoom habían despreciado el estofado, hasta que vieron a las chicas comiendo, tras lo cual exigieron tazones. Inhalaron el suyo con fuertes sonidos y chasquidos.

“No es de buena educación hacer ruido mientras comes”, les informó Hannah.

Zoom le sacó la lengua.

“Vete a la mierda, cara de perro”, respondió Zoom.

“¡Zoom! ¡No hablamos así con nuestros amigos! Madrone se volvió hacia Emily, disculpándose. “Lo lamento.”

“¡No mi amiga!”, proclamó Zoom.

“Lo será”, dijo Bird con severidad. “Di que lo sientes.”

“Lo sientes”, dijo Zoom, y él y Zap estallaron en un ataque de risa maníaca.

“Está bien, dejad la mesa”, dijo Bird. Madrone lo miró con una sonrisa que ocultó. Había algo en él cuando empleaba la Voz de Papá que ella encontraba dulce y absurda al mismo tiempo. Zap y Zoom se escabulleron.

“¿Podemos ser excusadas?” –Preguntó Hannah.

“Quiero jugar con esos niños”, anunció Heather.

Sus padres asintieron y las niñas salieron corriendo.

“Lo siento”, dijo Madrone. “Estamos tratando de civilizarlos, pero es un proceso largo”.

“¿Son vuestros?” –preguntó Emily.

“Sí”, dijo Madrone. “No”, dijo Bird, simultáneamente.

“Son algo así como nuestros por defecto”, dijo Bird. “Los rescatamos de los ladrones de agua. Hace más o menos un mes.” Les contó la historia.

“Hasta ahora hemos conseguido que coman comida real, no sólo patatas fritas, al menos parte del tiempo”, dijo Madrone. “Y que se bañaran con regularidad fue una batalla”.

“¿Dijiste 'bañarse'?” –preguntó Emily. “¿Como 'tomar una ducha'?”

“¡Lo hice!”, sonrió Madrone.

“¿Tenéis tanta agua?”

“Espera hasta después de la cena. Ya verás.”

Cuando terminaron de comer y limpiar, Madrone llevó a Emily y a las niñas a los manantiales. Emily se quedó temblando al borde de la piscina. Agarró la mano de Madrone y Madrone pudo sentirla temblar.

“Dios mío, nunca imaginé...”

Se dejó caer en uno de los viejos bancos de mármol que Madrone y los chicos habían fregado. “¡Miren, chicas! ¡Esto es...! ¡Esto es realmente extraordinario! Como en los viejos tiempos, ¿recordáis? Probablemente no lo recuerden. Pero hay... ¿Estáis seguros de que hay suficiente agua?

“Mucha”, le aseguró Madrone. “Aquí prepararemos baños para vosotros y las niñas; nos gusta lavarnos antes de sumergirnos en la piscina caliente, para evitar que se llene de espuma. Y guardamos en baldes toda el agua usada del baño para los jardines, así que no os preocupéis por desperdiciarla. ¡El próximo proyecto de la lista es construir una bomba!

Emily lavó y enjuagó a las niñas, luego las dejó explorar la piscina. Al principio, entraron con cautela, descendiendo centímetro a centímetro como si no pudieran confiar en lo que el elemento extraño podría hacerles a sus cuerpos. Emily se deslizó hacia abajo y dejó escapar un profundo suspiro que pronto se convirtió en lágrimas.

“Lo siento”, resopló. “No quiero ser tonta... es solo... ¡Oh Dios, ha sido una pesadilla!”

“Está bien”, dijo Madrone. “Adelante, llora si es necesario”.

Emily negó con la cabeza. “Si realmente lo dejara ir, si lo dejara salir, estaría gritando y chillando. Y eso asustaría a las chicas”.

Las chicas estaban ahora completamente sumergidas, riendo y salpicándose una a la otra.

“Las protegéis bien”, observó Madrone. “Tienen ese aire, esa mirada de niños que alguien ama y cuida. Como los niños del Norte”.

“¡Oh Dios, si supieras!”

Madrone esperó, con su paciencia de partera, a que la historia saliera a la luz. “¿Qué hacer?” –preguntó Emily. “¿Los amas y los crías como te criaron a ti, como todo niño tiene derecho a ser criado, manteniendo alejada de ellos la

dureza? Pero cuando triunfa la dureza, no estarán preparadas. Nunca sobrevivirían...”

Sus ojos adquirieron esa mirada atormentada, como si estuviera imaginando a sus encantadoras niñas en los corrales.

“No pienses en eso”, dijo Madrone. “No te tortures con esas fotos. Estás aquí ahora. Pase lo que pase, no será eso”.

Emily sacudió la cabeza, como para ahuyentar las imágenes de pesadilla.

“Entonces, ¿qué es este lugar?”, preguntó ella.

“Bird y yo venimos del Norte”, dijo Madrone. “Allí expulsamos a los Stewards hace veinte años y este verano volvimos a hacer retroceder a su ejército”.

“Las pantallas de televisión dijeron que la invasión fue un gran éxito”, intervino Emily, dubitativa.

“Sí, bueno, al principio sí, ¿no? Pero créeme, fue una derrota para ellos. Para nosotros... destruyeron mucho. Murió buena gente. Pagamos un precio enorme, pero los vencimos y protegimos lo que habíamos construido”.

“Pero volverán. No podemos simplemente sentarnos en nuestra hermosa ciudad y esperar el próximo ataque. No podemos ser verdaderamente libres mientras las Tierras del

Sur estén esclavizadas. Así que celebramos una asamblea y decidimos que teníamos que luchar aquí. Algunos miembros del ejército de Stewards, los que se acercaron a nosotros, están regresando a luchar. A ellos se han sumado algunas personas de nuestra Ciudad”.

“Pero Bird y yo queríamos luchar de una manera diferente. No creo que podamos liberar las Tierras del Sur por la fuerza. Pero si la gente puede ver una alternativa, es posible que se levanten y se liberen”.

La niña más joven se acercó a su madre y se acurrucó contra ella por un momento.

“¡Mami, esto es lindo!”, dijo ella.

“Sí, cariño, ¡es muy, muy lindo!” Emily besó la parte superior de su cabeza.

“¿Podemos venir aquí de nuevo?”

“Nos vamos a quedar aquí. Aquí con esta gente. Para que podamos venir aquí todas las noches”.

“¿Pero, qué pasa con nuestra casa?” La niña mayor se acercó y se puso de pie, con una mirada preocupada en sus grandes ojos azules. “¿Qué tal la escuela?”

Emily sacudió la cabeza con tristeza. “Nuestra casa ya no existe, cariño. Pero traje a Grumblebear y Peaches en la carreta. Y estamos juntos, eso es lo que cuenta”.

“¿Ibáis a tener que renunciar a nosotras?” preguntó la niña mayor en voz baja.

“Silencio, cariño. ¡Nunca permitiremos que eso suceda! Emily habló con seguridad, pero sus ojos todavía parecían atormentados.

Más tarde esa noche, Bird leyó el comienzo de otra historia a los niños mientras Emily arropaba a las niñas en su nueva cama en sus habitaciones próximas. Luego, los adultos se sentaron en la nueva sala de estar de los Springer, en sillas de jardín de plástico que habían rescatado, y bebieron té de diente de león.

“Supongo que es nuestro turno de contar nuestra historia”, dijo Anthony. “No es tan heroica; en realidad, es bastante común. ¡Lo único poco común es cuánto tiempo logramos mantener la creencia de que esto nunca nos sucedería a nosotros!

Emily le dio unas palmaditas en el brazo. “Hiciste lo mejor que pudiste. Lo mejor que cualquiera podría hacer”.

“Y eso al final no importaría ni un comino, si 'mejor' no se tradujera en 'suficientemente bueno'”, dijo Anthony, inclinando hacia atrás su endeble silla y apoyando sus pies contra una de las cajas que habían colocado para servir como mesas. “Enseñaba literatura en la universidad. Quería especializarme en historia y ciencias políticas, eso fue antes del Colapso y los Cambios. Pero cuando los Stewards se hicieron cargo, pude ver la escritura en la pared”.

“No podía soportar la tontería retribucionista, así que cambié a la literatura inglesa. Tenía la idea de que habría menos posibilidades de problemas en los poetas muertos que con la teoría política viva. Y sobre todo soy un hombre al que le gusta evitar los problemas. No soy un héroe ni un pistolero. Tanto la naturaleza como la educación me prepararon para ser un erudito pacífico en una torre de marfil. ¡Mi desgracia fue haber nacido precisamente en el momento equivocado!”

“Oh, silencio, idiota”, dijo Emily, acurrucándose cerca de él. “No lo hiciste tan mal. Tú nos trajiste aquí, ¿no?”

“Incluso un erudito pálido y poco sociable podría acceder a su guerrero interior cuando está desesperado”, dijo Anthony.

“¿Y tú?” Madrone le preguntó a Emily.

“Tenía sólo dieciocho años cuando llegaron los Cambios”, dijo Emily. “Había estado planeando ir a la universidad y especializarme en economía; siempre me habían gustado las matemáticas. Pasó un año mientras los Stewards consolidaban su poder. Ahí fue donde Anthony y yo nos conocimos. Pero luego empezaron a aprobar las Leyes de Pureza Familiar. Las mujeres ya no podían continuar sus estudios de posgrado ni trabajar en muchos campos. Celebraron una gran ceremonia en la que todas las profesoras tuvieron que quemar sus diplomas”.

Hizo una pausa por un momento y sus ojos adquirieron una mirada lejana. Su voz perdió resonancia.

“¡Nunca olvidaré ese día! Hicieron que todos los estudiantes se alinearan y miraran, el guante por el que las mujeres tenían que pasar. Y algunos de los chicos cooptados de la fraternidad que lamían traseros, fruncían el ceño y escupían. Era repugnante. Quería llorar pero sabía que no podía decepcionarlos porque ya tenían a la mitad de la clase informando sobre la otra mitad. Nuestros profesores tuvieron que caminar entre esa multitud que se burlaba, acercarse a esta gran hoguera encendida y arrojar sus diplomas. Entonces el rector dio un paso adelante. Se acercó a cada una y le arrancó la túnica. Y luego, estaba este gran Jesús en un carro con un látigo... ¿por qué estoy hablando de esto?”

Ella se estremeció y Anthony la apretó con fuerza.

“Porque es tu historia”, dijo. “Un evento trascendental. Sigue. Esta gente necesita saberlo”.

“Tenían que acercarse, con sus camisitas ligeras que casi se transparentaban, besar el látigo y decir: 'Purifícame de mis pecados de orgullo y arrogancia'. Y luego pararse, con los brazos extendidos como Jesús en la cruz, mientras caía el látigo. Y la sangre, a veces no salía con el primer golpe, ni siquiera con el segundo, pero con el tercero, o el cuarto, o el quinto, primero eran gotitas, manchando la muselina, luego una mancha oscura y después un entrecruzamiento de líneas como marcas de una plancha caliente...”

Ella paró. En el silencio, Anthony retomó la historia.

“Y aquellos que resistieron, que todavía pensaban que la educación, la inteligencia y la inocencia los protegerían de las malas acciones, que se aferraban a alguna creencia errónea de un mundo de cordura y derechos humanos, fueron desnudados delante de todos nosotros y azotados a muerte. Vi a mi mentora, una mujer brillante que fue como una abuela para mí, que me abrió el mundo de la poesía, las metáforas y los símbolos; la vi morir así. Luchando por mantener la cabeza erguida, hasta el final, mientras el mundo entero contemplaba sus pechos envejecidos y caídos y sus estrías, tratando desesperadamente de mantener un halo de dignidad mientras el cuerpo se vaciaba en sus extremidades y se convertía en nada más que carne. Carne muerta y cruda”.

Nadie habló durante un largo momento. El silencio se asentó en la habitación como un sudario.

Entonces Emily dejó escapar una pequeña y amarga risa. “Así que cambié a la enseñanza en la escuela primaria. Era eso, o enfermería, o algo que llamaban “ciencia doméstica”. Esperamos para casarnos hasta que terminé mis estudios, porque a las mujeres casadas no se les permitía asistir a la universidad. Pero en aquella época todavía nos permitían trabajar. Entonces comencé a enseñar en la escuela, Anthony terminó su tesis y lo contrataron para enseñar en la universidad.

“Fue una época bastante feliz, a pesar de todo. Anthony y yo nos teníamos el uno al otro. Disfruté enseñando a jóvenes, aunque esa no había sido mi primera opción en la vida. A Anthony le iba bien, no estábamos muy endeudados por nuestros préstamos estudiantiles e incluso pudimos comprar una casa cerca del trabajo de Anthony.

“Nos quedamos en una casa muy modesta, con una hipoteca que podíamos pagar sobre nuestros salarios, porque conocíamos los peligros de quedarnos sin dinero. Pero aún así, no había manera de vivir realmente sin endeudarse. La universidad era cara y la única manera de hacerlo era pedir préstamos, a menos que fueras un Prime súper rico. Todos lo hicieron. Queríamos tener una familia y queríamos tener un hogar para nuestros hijos, con un jardín

para jugar y un columpio en un árbol, como el que tuvimos nosotros cuando éramos pequeños.

“De todos modos, estábamos casados, teníamos una casa. Después de un tiempo, tuvimos a Hannah y luego a Heather. No teníamos mucho, pero teníamos un trabajo que disfrutábamos, y a nuestras hijas y a nosotros mismos”.

“Pero luego las tasas de interés subieron”, dijo Anthony. “Aún estábamos haciendo los pagos de la casa, y tuvimos que eliminar algunas cosas, como el ballet para las niñas. Y cenas fuera. Pero estábamos comiendo, no pasando hambre, a diferencia de mucha gente”.

“Y eso estuvo bien, hasta que las tarifas volvieron a subir”, dijo Emily. “Anthony intentó conseguir horas extra o un segundo trabajo, pero no hubo ninguno. Seguíamos comiendo, pero no tanto. Luego perdí mi trabajo. Los retribucionistas emprendieron una campaña, afirmaron que todo el mundo era poco estricto con la Pureza y decidieron que cuando Paul o quienquiera que fuese dijo “Una mujer no debería hablar en público” eso incluía la enseñanza.

“Así que todas las maestras fueron despedidas. Pero habían aprobado otra ley que decía que no podías inscribir a tu hijo en la escuela si tenías deudas en mora, por lo que de todos modos eso eliminó a una gran parte del cuerpo estudiantil”.

“Pero aguantamos”, dijo Anthony. “Ambos dimos clases particulares, hicimos un pequeño apartamento en nuestro sótano y lo alquilamos a otra familia que estaba en peores problemas que nosotros. Seguimos con los pagos y seguimos comiendo”.

“Incluso si fueron principalmente patatas”, admitió Emily. “O frijoles”.

“No hay nada malo con los frijoles”, dijo Anthony con firmeza.

“No en un buen guiso, con zanahorias, tomates y un poco de carne”, coincidió Emily. “Pero solos, día tras día, no era a lo que estábamos acostumbrados. Me criaron para considerar que una comida significaba vegetales, proteínas y algún hidrato de carbono. Intentamos cultivar un jardín, pero los precios del agua se dispararon y no pudimos mantenerlo vivo. Al principio usábamos el agua de la bañera, igual que vosotros, pero luego llegó el momento en que no podíamos permitirnos más que una esponjada una vez al día.

“Luego, el mes pasado, Anthony perdió su trabajo. Vendieron la universidad a un consorcio privado, lo que les permitió despedir a todos los profesores titulares. Y hace tres días, encontramos un aviso colocado en la puerta de entrada que decía que nos habían citado por mantener un espacio habitable ilegal. No se permite alquilar habitaciones,

como hacíamos nosotros, sin solicitar un permiso, que siempre es increíblemente caro y muy limitado”.

“Habíamos agotado nuestros ahorros el último mes”, dijo Anthony en voz baja. “No sabíamos qué hacer. Sabíamos que pronto incumpliríamos nuestros préstamos y eso significaría consecuencias en las que no queríamos pensar”.

“¡Podrían venir y llevarse a nuestras hijas!”, dijo Emily en un susurro.

“Y con el aviso vino una multa, mucho más de lo que podríamos pagar. Tendríamos que endeudarnos más, una deuda impagable. Nos había sucedido a nosotros, ¡lo que siempre juré que nunca dejaría que le pasara a mi familia! Nos deslizamos cuesta abajo y la siguiente parada eran corrales para las niñas y granjas de trabajo para nosotros”.

Emily estaba sollozando y Madrone la abrazó.

“Está bien. No va a suceder ahora. En lugar de eso, vinisteis aquí”.

“No puedo expresar lo agradecidos que estamos”, dijo Anthony. “Cuando escuché tu canción, me dio esperanza. Una esperanza loca. Pensé que probablemente estaba loco, pero no teníamos nada que perder”.

“No seas agradecido”, dijo Bird. “Solo ayúdanos. Probablemente hay miles de familias, como la vuestra, por ahí”.

“Decenas de miles”, coincidió Anthony. “Una ciudad llena”.

“No pueden venir todos aquí”, dijo Emily.

“Algunos pueden”, dijo Bird. “Y cuando lo hagan suficientes, entonces...” vaciló.

“¿Qué?” –Preguntó Anthony.

“Luego pasaremos a la siguiente fase”.

Capítulo treinta y tres

Resultó que Emily era una organizadora nata. La familia había dormido durante un día, aturdida y exhausta, y ella pasó el segundo día siguiendo a Madrone. Pero al tercer día se despertó llena de energía, sacó una libreta de su bolso y estableció un horario. Por las mañanas, todos rescataban y limpiaban, preparando nuevos espacios para que vinieran otros. Por las tardes, Bird hacía sus rondas. Ella y Anthony se turnaban para enseñar a los niños. Las niñas estaban muy avanzadas en sus estudios y ayudarían a enseñar a los niños a leer y hacer figuras sencillas.

Ya fueran sus años enseñando en un aula llena de niños de ocho años, o simplemente alguna autoridad innata que ella tenía, los niños realmente la obedecieron, al menos parte del tiempo. Cuando les ordenó que se sentaran y guardaran

silencio, ellos la miraron con los ojos muy abiertos y asombrados, pero hicieron lo que ella dijo.

Anthony no era un gran constructor, pero era fuerte y estaba dispuesto a aprender. Con Emily en la patrulla de limpieza, Madrone podría dedicar más tiempo a los jardines y a la construcción, y a buscar suministros y montar el centro de curación.

“¿Ese es el árbol sagrado?” Preguntó Emily con escepticismo, observando el ailanto bastante desvencijado en el centro de la plaza.

“Es un superviviente, como todos nosotros”, dijo lealmente Madrone.

Estaban empezando a despejar la plaza central. Con cuatro adultos trabajando juntos, podían mover trozos de escombros más pesados. Madrone instaló palancas y Bird hizo eslingas de cuerda para arrastrar algunos de los escombros más grandes.

Mientras los adultos trabajaban, los niños debían pisotear arcilla y arena hasta obtener una especie de cemento natural llamado mazorca. Requerían supervisión, sobre todo porque a los muchachos les gustaba convertir el trabajo en una pelea de barro. Pero las chicas estaban aprendiendo a defenderse. La primera vez que Zap frotó barro en el cabello

de Heather, ella lloró. La segunda vez, le golpeó entre los omóplatos con una bola de barro.

“Necesitamos una ceremonia”, dijo Anthony, mirando el árbol. “La canción dice: 'Todas las deudas serán perdonadas en el hogar y en el árbol sagrado'. Necesitamos una ceremonia para limpiarnos de deudas”.

“Escribiré las canciones”, dijo Bird. “Todos ustedes pueden construir los altares”.

“De ninguna manera, vago”, le dijo Madrone. “La Diosa en su infinita sabiduría te regaló testosterona para un propósito sagrado...”

Él la miró de reojo. “Y estoy listo, dispuesto y esperando para servir con esa capacidad”.

“¡Acarreando piedras!”

Instalaron altares en las cuatro direcciones, contruidos con trozos de escombros que Bird llamó urbanita. Estaban cubiertos con la mazorca que hicieron los niños, y Madrone les enseñó cómo aplicarla, golpeándola y empujando cada capa hacia las de abajo para darle fuerza y estabilidad. Esculplieron cada altar en honor a una de las Cuatro Cosas Sagradas: Aire, Fuego, Agua y Tierra. El árbol, el hogar y la entrada a los manantiales representarían el Quinto, el Espíritu sagrado.

En las entrañas de una tienda de artículos de jardinería, encontraron un alijo de hilo y cintas. Anthony sugirió que cada nueva persona que llegara a la Ciudad de Refugio tomara una cinta y la atara a las ramas del árbol. A medida que la ciudad creciera, el árbol se cubriría de colores.

Cuando todo estuvo listo, se tomaron de las manos formando un círculo.

“Soy agnóstico”, admitió Anthony. “Todos ustedes tendrán que idear la liturgia”.

“Pero eres tú quien quería la ceremonia”, dijo Madrone.

“El ritual es para el pueblo”, dijo. “En última instancia, tiene poco que ver con los dioses”.

“¿A qué le rezáis?” –preguntó Emily.

“A quién”, la corrigió Anthony, y ella lo pateó suavemente.

“La llamamos la Diosa, aunque tiene muchos aspectos y su género puede ser bastante fluido”, dijo Bird. “El ser vivo que es la tierra y todas sus criaturas, incluidos nosotros. Las grandes fuerzas de la creación y la transformación”.

“Ella es la rueda del nacimiento, el crecimiento, la muerte y el renacimiento, y todas las formas en que ese ciclo se desarrolla en la naturaleza y en nuestras vidas humanas”, añadió Madrone. “Y honramos los cuatro elementos: Tierra,

Aire, Fuego y Agua, y el quinto, que surge cuando los cuatro están en equilibrio. Como en nuestros altares”.

“Arquetípico”, Anthony asintió con aprobación.

“¡Suenan bien para mí!” dijo Emily.

Esa noche encendieron el sagrado hogar. Madrone realizó un nuevo intento de encender fuego. Se enorgullecía de su capacidad para encender sólo con palos y yesca. Era otra habilidad útil que les habían enseñado cuando su grupo de scouts fue a las montañas. Le encantaba la sensación del palo girando en sus manos, el olor a madera carbonizada, la emoción: ¿cuándo se calentaría lo suficiente como para chispear? ¿Se encendería la chispa? Por supuesto, también recordaba con tristeza varias ocasiones en las que su habilidad la había abandonado justo en el momento crucial cuando hacía frío a altas horas de la noche después de una larga caminata.

Pero esta vez funcionó bien. Ella misma sacó una pequeña chispa, la atrapó en la yesca y añadió delicadamente ramitas hasta que el hogar cobró vida con un cálido fuego.

Cada uno alimentó el fuego con papeles que simbolizaban sus deudas, morales y financieras, y los vieron arder, transformándose nuevamente en energía pura.

Bird había estado sentado frente a un periódico durante mucho tiempo. ¿Podría ser tan simple como esto: quemar

sus transgresiones; sus fracasos? Los momentos en los que había cedido, los momentos en que sus captores habían sido demasiado fuertes para él. ¿Dejar caer sus errores en el fuego y ser libre?

No creía que realmente pudiera funcionar de esa manera. Pero recordó algo de uno de los libros de la biblioteca de Maya. Había leído su colección de ocultismo cuando tenía trece años y le encantaba especialmente Dion Fortune y sus novelas *Moon Magic* (Luna mágica) y *The Sea Priestess* (La sacerdotisa del mar). Le gustaba citar a Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas.

“Póngase en posición de oración”, decía Loyola, “y pronto tendrá ganas de orar”.

O como había dicho Maya: “Finge hasta que se vuelva real”.

Tal vez seguir los movimientos, incluso si no creyera que merecía el perdón, de alguna manera evocaría en él cierta liberación. Tal vez el fuego podría cauterizar alguna herida en su alma, aunque no pudiera borrar las cicatrices.

Arrojó su periódico a las llamas. Aterrizó justo al borde del fuego y permaneció allí sin quemarse. Como mis pecados, pensó.

Entonces se encendió una chispa y un borde del papel comenzó a brillar con una línea roja. Se apagó hasta

convertirse en una hosca y negra carbonilla. El papel permaneció allí hasta que Zap, atizando el fuego con un palo, lo empujó hacia el corazón ardiente. Ardió y se convirtió en cenizas, un ala cortada y ennegrecida que flotó hacia arriba y luego se desmoronó.

Bird cantó el Himno del Perdón que escribió para el ritual:

*“Acuéstate, deja tus cargas,
Deja tus fracasos también.
No te culpes por las manos que perdiste
Cuando la baraja estaba en tu contra.
“Sé besado por el Aire, sé limpiado por el Fuego,
Sé curado por el Agua y por la Tierra,
Y abrid vuestros corazones a vuestro verdadero deseo,
En el árbol y en el hogar sagrado”.*

Todos juntos bajaron a los manantiales sagrados, sacaron agua limpia de su estanque, la subieron y dejaron que las niñas la derramaran sobre todas sus manos.

“¡Nosotros también queremos hacer el agua!” Dijo Zap.

Madrone les dirigió la mirada: los labios fruncidos, los ojos intensos y penetrantes.

“Suavemente”, dijo. “Despacio. Sólo sobre las manos. ¡Sin salpicaduras, sin peleas!

Los chicos asintieron y por una vez obedecieron. La solemnidad de la ocasión los impresionó y cuidadosamente vertieron agua sobre los dedos extendidos de Anthony y las palmas de Emily, mientras las niñas la administraban a Madrone y Bird.

“Estáis limpios de deudas, de tristeza y de esclavitud”, dijo Anthony.

“Estoy limpio”, repitió Bird. Y tal vez lo sea, pero no puedo sentirlo, pensó, mirándose las manos maltratadas y retorcidas. En mí, la esclavitud es más profunda que la piel. Me ha torcido los huesos.

“Ahora elegid vuestras cintas y atadlas al árbol, comprometiéndoos con esta nueva ciudad y su obra de refugio”, continuó Anthony.

“Para ser agnóstico, eres un excelente predicador”, le dijo Emily.

“Proviene del estudio de todo ese simbolismo”, dijo. “Respondemos a un nivel arquetípico. No tiene nada que ver con la fe”.

“Madrone primero”, dijo Bird. “Fue su visión la que nos trajo aquí. Y no hay visión que se haga realidad sin curación”.

Ató una cinta verde a una rama y Bird ató una tira de tela de color violeta oscuro a la base de una rama.

Anthony añadió una cinta azul, Emily de un amarillo muy claro y los niños ataron trozos de tela de los colores del arco iris.

“Está hecho”, dijo Anthony. “Se enciende el hogar, se honra el árbol sagrado, se limpian las deudas. ¡La Ciudad de Refugio está abierta al público!

“¿Mantendremos siempre encendido el fuego sagrado?” –Preguntó Hannah.

Madrone sonrió. “Tal vez, con el tiempo. Por ahora, lo apagaremos de forma sagrada y lo volveremos a encender cuando lo necesitemos”.

“¿Por qué no podemos simplemente seguir así?” –preguntó Heather.

“Alguien podría verlo, y tenemos mucho más que hacer”.

“Quiero verlo”, dijo Hannah.

“Te diré una cosa, míralo ahora, todo el tiempo que quieras, y cuando te canses, o cuando tu mamá te diga que es hora de acostarte, vendré y lo apagaré”, dijo Madrone. “¿Vale?”

“Voy a citar a mi abuela Maya, quien fue una de las líderes espirituales de nuestra Ciudad”, dijo Bird. “A ella siempre le

gustó decir que la religión es algo que la gente inventó para generar un montón de trabajo innecesario”.

“Trabajo, tal vez, pero no innecesario”, dijo Emily. “La gente necesita sentir que algo es especial. Las personas que han sido derrotadas deben sentir que tal vez podrían levantarse. Valía la pena trabajar por eso”.

El día después de la ceremonia, Bird vistió a Anthony con la túnica de los Buscadores de la Expiación. Él y Bird cantaron *la Canción del Refugio* por los barrios donde los últimos restos de una clase media se aferraban a una existencia miserable. Deambularon por los barrios de los trabajadores de las fábricas y las calles inquietas y enojadas de los desesperados y desempleados. Cambiaron agua por basura hasta que se acabó el agua, y luego simplemente deambularon y cantaron.

A última hora de la tarde regresaron al antiguo barrio de los Springer. Anthony había prometido a algunos amigos de confianza que les harían saber si la promesa de la canción resultaba ser real. Mientras Bird soltaba su charla, Anthony estaba atento a los antiguos vecinos. Vio al adolescente de la familia que les había alquilado.

“¡He encontrado un refugio!” –proclamó Anthony. “¡Me refugio en el Señor!”

El chico le lanzó una mirada de sorpresa y luego salió corriendo. Pronto reapareció acompañado de su padre.

“¡Springer!”, dijo el hombre. Era un pelirrojo cuya piel pálida colgaba lacia sobre huesos anchos, como si hasta hacía poco hubiera sido fornido y fuerte. Le daba el aire, pensó Bird, de un globo inerte, y sus ojos reflejaban algo del mismo pánico apenas contenido que tenía Anthony cuando se conocieron.

“¡Refúgiate en el Señor!”, proclamó Anthony de nuevo. “¡Oh pecadores, buscad el camino para refugiaros en el seno de Jesús!”

“¿Cómo encontramos el camino a la redención?” preguntó su vecino.

“Ah, ¿dónde se podría encontrar una hoja de ruta del viaje del alma? ¿Qué himno podría ser la guía hacia el corazón de la habitación del alma pura?”

Bird, amablemente, empezó a tocar la canción. El vecino de Anthony escuchó atentamente, pero simplemente parecía confundido. Echó un rápido vistazo a su alrededor. No había nadie más cerca.

“¿Poeta latino?” preguntó. “No entiendo nada sobre un poeta latino”.

“La vieja autopista de Hollywood, rampa de salida de Virgil, dirigirse hacia el sur, a la derecha en la Tercera”, siseó Anthony, y Bird aumentó el volumen de la canción mientras un grupo de trabajadores de la fábrica se dirigía hacia ellos.

“¡No te demores, porque el Día del Juicio está cerca!”
–proclamó Anthony. Bird cantó:

*“Vengan todos los que tienen hambre y están cansados,
Todos los que trabajan sin recompensa.*

*Venid y tomad el camino hacia el lugar de Refugio,
Aunque el camino sea largo y duro.*

*“Encontrad el manantial de agua infinita,
Donde todas las personas puedan ser libres.*

*Allí todas las deudas serán perdonadas,
En el hogar y en el árbol sagrado”.*

Y la gente empezó a venir.

Al principio fue un goteo: Bob, el inquilino pelirrojo de los Springer, vino con su esposa, Marjorie, y su hijo de quince años, Tom. Otro profesor de la universidad de Anthony llegó con su esposa embarazada. Emily los organizó a todos en hogares y grupos de trabajo, y todas las noches realizaban la Ceremonia del Perdón en el hogar sagrado. Todos los que asistieron fueron invitados a contar su historia alrededor del fuego, y una y otra vez escucharon variaciones del mismo

cuento: “Trabajamos duro, simplemente lo estábamos logrando; luego aumentaron las tasas de interés, cerraron las escuelas o cambiaron las cosas”. “Las leyes....”

Algunas familias seguían pagando intereses por las deudas contraídas por sus abuelos que habían tenido la temeridad de aspirar a una educación. Algunos habían trabajado duro toda su vida; otros nunca habían encontrado trabajo o habían sido despedidos cuando eran demasiado mayores para trabajar turnos consecutivos de doce horas. Llegaron tres chicas jóvenes, ninguna mayor de catorce años, que de alguna manera habían logrado escapar del transporte que las llevaba a los corrales. Hubo tragedias: madres que no encontraron el Refugio a tiempo para salvar a sus hijos de los rediles, niños que perdieron a sus padres en las granjas o en las prisiones. El hilo se convirtió en un arroyo.

“Aquí”, dijo Madrone. Tomó el pico de las manos de un joven pálido que había estado arañando débilmente el suelo con él. Sus brazos parecían como si nunca hubieran hecho un día de trabajo físico en su vida. “Este terreno es duro como una roca, pero puedes atravesarlo. El secreto es utilizar las manos como punto de apoyo. Mira, la mano derecha se desliza hacia la cabeza cuando la levantas, y la mano izquierda empuja hacia abajo”. Él la estaba mirando con los ojos en blanco, pero ella continuó. “Luego, cuando lo balanceas, dejas que tu mano derecha se deslice hacia abajo

hasta el final, para que el peso de la púa haga el trabajo. Como esto.”

Lo dejó caer, dándole impulso. Con un ruido sordo se hundió profundamente en el duro suelo.

“Es fácil, una vez que lo dominas. Algo relajante”.

“¿Relajante?” Sacudió la cabeza. “¿A qué llamas trabajo?”

Haciendo caso omiso de todas sus instrucciones, agarró el extremo del mango y golpeó con el pico la tierra cocida. Aterrizó de lado, patinando inofensivamente por el suelo.

Madrone respiró hondo. Paciencia, se dijo. La pobreza, en las Tierras del Sur, no siempre fue la vida de trabajo físico agotador e interminable en las granjas de trabajo y los campos de esclavos. Para muchos, la pobreza había significado una vida de ociosidad forzada, esperando en las filas. El trabajo duro era algo que beneficiaba a alguien más, nunca a ti.

El resultado fue que muchos de los nuevos *refugiados* no tenían idea de cómo usar una herramienta o cómo usar sus cuerpos. Sus músculos no estaban desarrollados para blandir picos o golpear con una pala. Su actitud hacia el trabajo físico era evitarlo siempre que fuera posible.

Para ella era mucho más agotador supervisarlos y enseñarles que simplemente cavar el suelo ella misma.

Porque a ella le gustaba blandir un pico. Comparado con perseguir el alma de un virus a través de lo astral, o tomar la mano de la madre de un niño moribundo, era realmente relajante.

“Déjame mostrártelo de nuevo”, dijo suavemente, pero él lo agarró con fuerza.

“¡Puedo hacerlo! Déjame solo.”

Ella se alejó y lo dejó con su lucha.

Estaban plantando un pequeño espacio abierto cerca de la entrada de los manantiales, que Madrone había encargado para hacer un jardín para el centro de curación. Durante el último mes, el Refugio había crecido hasta contar con unas cincuenta personas, y estaban en apuros para alimentar a todos. Algunos de los refugiados tenían algo de dinero en efectivo que juntaron para comprar mijo a granel y sacos de frijoles. Algunos de ellos trajeron sus propias provisiones de patatas o cajas de papas fritas que habían acumulado para emergencias. Aún así, los suministros escaseaban constantemente.

Fueron Hijohn y sus montañeses quienes los habían salvado hasta ahora. Ella y Bird se estaban acurrucando juntos para dormir cuando escucharon el llamado de un coyote desde la plaza. Por un momento Madrone pensó que

un coyote real de alguna manera había bajado de las colinas salvajes y había encontrado su camino hacia el Refugio. Entonces reconoció la señal de los montañeses.

Bird ya estaba saliendo de la cama y poniéndose la ropa. Madrone lo siguió hasta la plaza.

“¡Hola, John!” Bird le dio una palmada en los hombros. Hijohn contemplaba el árbol sagrado del que colgaban las cintas. Una luna de tres cuartos iluminaba la plaza y su rostro arrugado con su sonrisa perpleja.

“Feliz Navidad”, dijo, señalando con la barbilla el árbol adornado con cintas.

“Ese es nuestro árbol sagrado”, le dijo Bird. “¡No seas sarcástico o los espíritus te morderán el trasero!”

“¿Va todo bien?”, preguntó Madrone con ansiedad.

“No peor que siempre”, le aseguró Hijohn. “Les traje a todos un regalo. ¡Pero tenemos que abrirlo rápido!”

El presente resultó ser un camión secuestrado lleno de patatas. Madrone despertó a Emily, quien organizó equipos para despertar a todos y ponerlos a trabajar descargando. Durante toda la noche, transportaron carretillas llenas y cubos de patatas a un contenedor de almacenamiento construido apresuradamente que habían armado los carpinteros.

“¿Alguna noticia del Norte?” Preguntó Madrone mientras ella e Hijohn tomaban un breve descanso junto a la chimenea, donde las hijas de Emily servían tazas de lo que llamaban té de marihuana silvestre.

Una de las cosas más difíciles de su exilio en las Tierras del Sur era que recibir noticias del Norte fuera tan difícil. Las redes de los montañeses transmitían mensajes, pero era lento e incierto. Los cristales vivientes que llevaban Madrone y Bird no podían conectarse a la Red desde aquí abajo. No había contacto por radio ni redes de satélite como en los viejos tiempos. Madrone dedicó un pensamiento perdido a preguntarse qué había pasado con todos los satélites después del Colapso. ¿Continuarían girando en sus órbitas, sin mantenimiento y sin vigilancia? ¿Tenían una vida útil? ¿Caerían a la tierra en un incendio de fuego y aterrizarían en el Refugio? ¿Era esa otra cosa de la que debería preocuparse y que no podía controlar?

Pero los montañeses tenían sus propios corredores y mensajeros, y se coordinaban con los piratas en sus pequeñas embarcaciones. Las tecnologías más antiguas todavía funcionaban, aunque lentamente.

“Katy envía amor”, dijo Hijohn. “¡Me envió otra foto de la bebé!”

Sacó una pequeña caja de su bolsillo que contenía una fotografía del tamaño de una miniatura de la bebé

sonriente, que ahora lucía dos dientes. Hijohn le sonrió con orgullo.

“Deberías ir al norte”, le dijo Madrone. “¡Deberías ver a la bebé antes de que crezca mucho!”

Hijohn suspiró. “Tu ejército viene hacia el sur. Tu refugio aquí está empezando a atraer gente como la miel llama a las abejas. Las cosas se están agitando. No es el momento”.

Echó un último vistazo a la fotografía, luego cerró la caja y la guardó. Madrone lo observaba, un hombre pequeño y duro con dulzura en el rostro. Quería abrazarlo de repente, abrazarlo y envolverlo en plumas y crema batida y ver en qué se convertía. Una vez, hace mucho tiempo, hubo cierta atracción entre ellos. Ahora había aprendido que permitirse tales cosas fuera de los refugios de la Ciudad causaba más problemas y dolor de lo que valía la pena. Y lo que sentía por él no era lujuria, sino más bien una tristeza que nunca podría compartir, una sensación de pérdida por todo a lo que él había renunciado, la dulzura, el consuelo y la alegría que todos merecían. Pero era un dolor que él probablemente nunca sintió, y ella no abriría esas compuertas.

“Gracias por las patatas”, dijo en cambio. “Por supuesto, irían mucho mejor con algunos huevos, verduras y un poco de tocino. ¡Pero bueno, no me quejo!”

Al amanecer, descargado el camión, los montañeses se habían ido.

Madrone estaba parada a la luz de la mañana, comiendo una papa asada que Emily le entregó. Miró su jardín curativo, complacida por lo que habían logrado. Habían retirado los escombros y habían usado algunos para construir camas y bases para bancos. Bandejas de plántulas crecían bajo una tela de gasa que las protegía del sol abrasador. Lechos estaban siendo excavados, o más bien cincelados en la dura tierra. Con un poco de tiempo y un poco de lluvia tendrían un jardín.

Junto a la entrada a los manantiales, habían limpiado la gran sala abierta que Madrone había elegido para el centro de curación. Todavía tenía las ventanas intactas y los equipos de trabajo habían preparado camas y palés y los habían colocado para que entrara luz natural. El recién formado Gremio de Exploradores que continuó el trabajo de sondear las ruinas había encontrado las existencias enterradas de una farmacia destrozada. Si bien todas las medicinas habían caducado hace mucho tiempo, Madrone podía olerlas y saborearlas y sus sentidos de abeja le decían si todavía albergaban alguna potencia. Y había reservas de otras cosas útiles: vendas y gasas, esparadrapo y alcohol isopropílico.

Prepararon nichos para convertirlos en salas de examen, y tenían pacientes en abundancia. La mayoría de los recién llegados tenían alguna queja y pocos, si es que alguno, había recibido mucha atención médica. Muchos de los niños simplemente estaban desnutridos, pero otros sufrieron abusos y algunos llegaron con heridas abiertas o infecciones profundas. Otros llegaron con viejas heridas, y el duro trabajo físico de construir el Refugio resultó en su propia cuota de rasguños y esguinces.

Madrone había reclamado a cualquier persona con experiencia en enfermería o primeros auxilios y reunió un pequeño equipo de ayudantes. Pero no había ningún médico ni sanador que hubiera llegado todavía al Refugio, y su presencia y juicio eran muy solicitados.

Ella suspiró. El joven al que había intentado entrenar el día anterior había vuelto a su elección. Finalmente estaba causando algún tipo de impacto en la tierra, usando cinco veces más energía y músculo de lo que necesitaba. Pero al menos la púa llegaba primero al suelo. Eso era un progreso. Era hora de comenzar su día.

Llevó su cuenco a los lavavajillas junto a la chimenea y se volvió hacia el centro de curación, donde ya había una fila de pacientes esperándola. Anna, la joven que se había ofrecido voluntaria para ayudarla, tenía un recipiente con agua tibia esperando a que se lavara. Se lavó la cara, se lavó las manos y los brazos y se puso a trabajar.

Bird presidió la ceremonia esa noche. Madrone y Anthony se turnaron para hacer de sacerdotisa/predicador. El árbol sagrado, ahora adornado con cintas de colores, parecía menos desaliñado y más impresionante, como si disfrutara de la atención que recibía y alzaba la cabeza con nuevo orgullo. El agua que recibía también merecía algo de crédito, pensó Bird.

Mientras se quedaban sin espacio en las ramas del árbol, comenzaron a atar cintas con cintas para hacer largas serpentinas que se agitaban alegremente con la brisa, haciendo un ruido de whap, whap que formaba un suave acompañamiento a las discusiones en el anfiteatro.

Esa noche había cinco nuevos reclutas, una familia de cuatro miembros que compartían la historia común de deudas que seguían multiplicándose y una joven soltera. Un coro de voces retomó el *Himno del Perdón*. Luego de la ceremonia, se presentaron los nuevos refugiados.

“Mi nombre es Tianne Liu”, dijo la joven. Su sedoso cabello negro fue teñido para darle un brillo azul. Estaba cortado con flequillo cuadrado para enmarcar una cara redonda con ojos muy separados en forma de media luna que miraban fijamente como si estuvieran tan acostumbrados a mirar una pantalla que centrarse en cualquier otra cosa requiriera un esfuerzo consciente. Su cuerpo era suave y pesado, como el

de un gato mimado que nunca había tenido que buscar comida ni cazar. “Fui diseñadora de juegos para Vidmark, hasta que tuve demasiado éxito. Creé la nueva encarnación de *Sinnerslayer* (Asesino de pecadores)”.

Hubo gritos de asombro por parte de algunos de los adolescentes.

“Como probablemente sepáis, saldrá al mercado la próxima semana, lo que significa que se suponía que recibiría una bonificación. Pero uno de los Primes decidió que les costaría demasiado dinero, así que inventaron una razón para despedirme por insubordinación. ¡Y por eso estoy aquí!”

Bird le sonrió. “Eres bienvenida aquí. ¡Insubordinación es nuestro segundo nombre!

“Bueno, quiero proponer una campaña”, dijo. “Soy una artista. Sugiero que adoptemos un nuevo lema. ¡Haz algo hermoso! Y quien venga a sumarse al Refugio será invitado a realizar algo bonito. Angel City está llena de gente creativa. Deberíamos ponerlos a trabajar”.

“¡Esa es la cosa más estúpida que he oído jamás!” gritó un hombre desde atrás.

“¡Ey!” –tronó Pájaro. “¡Recuerden que acordamos hablarnos respetuosamente unos a otros!”

“¡No recuerdo eso!” –gritó una mujer.

“¡Digo lo que quiero decir!” El hombre avanzó. Era delgado como un látigo, tenía barba negra y un cuerpo musculoso, y Bird lo había observado antes como un elemento problemático, siempre enfadado, siempre dispuesto a gritar una sugerencia. “¿Por qué respetar una idea estúpida?”

“Escuchémosla antes de condenarla. ¡Que hable la mujer!” gritó Maddie, una de las amigas de Emily.

“Sí, Frank, ¡cierra la boca y deja que la señora dé su opinión!” –dijo Bob, el hombretón pelirrojo que había sido el inquilino de los Springer.

“¿Qué tal esto como lema: ¡Cultive algo para comer!” respondió Frank.

“Podemos hacerlo”, continuó Tianne, imperturbable por los ataques. “Pero lo haremos mucho mejor si tenemos algo de espacio para la creatividad. ¡El arte no es un lujo! Si queremos que este Refugio se destaque como algo diferente a lo que ofrecen los Stewards, el arte es una necesidad. Créame, he estado en la industria de la propaganda toda mi vida. Haremos que este lugar sea hermoso porque todo lo que tocan los Stewards es feo”.

“¡Esa es la verdad!” Hubo un coro de acuerdo.

“Así que tenemos la oportunidad de dejar claro el contraste. E invitamos a todos a ser parte de ello, porque todos tenemos la capacidad en algún lugar dentro de nosotros de hacer algo hermoso. A la mayoría de nosotros aquí los Stewards nos han dicho toda la vida que somos sobrantes, inútiles. Haz algo hermoso y de inmediato demostrarás que están equivocados”.

“¡Haz algo con qué luchar!”, gritó Frank.

“Un arma puede ser algo hermoso, te salva la vida”, gritó una mujer corpulenta.

“Averigüemos quién quiere hacerlo”, sugirió Bird. Todavía no habían instituido ningún tipo de consejo formal o estructura social, pero siempre que era posible pasaban las decisiones al grupo. “Levanten la mano si quieren hacer algo hermoso”.

Una gran proporción del grupo levantó la mano, incluidos casi todos los adolescentes.

“Está bien, hagámoslo”, dijo. “¡Aquellos de ustedes que se opongan, no tienen que hacerlo! ¡Simplemente no interferir con aquellos que lo hacen!

Bird lamentó su compromiso con la democracia al día siguiente cuando la mitad de los adolescentes abandonaron los equipos de excavación para buscar materiales de arte con Tianne. A él, ella le parecía un poco torpe y nerd,

caminando con sus piernas rígidas como si sus extremidades no estuvieran acostumbradas al movimiento, dando órdenes a su tripulación con aire serio. Pero los adolescentes la siguieron como en un trance de adoración a Hera. De todas las privaciones en el Refugio, las que más parecían extrañar eran sus pantallas de video y los juegos de fantasía en los que solían sumergirse durante horas cada día.

“¡Pero esto es mejor que un juego!”, les dijo Tianne. “Esto es real. Y ahora todos nos convertimos en arquitectos de la realidad alternativa”.

Al tercer día, él estaba empezando a admitir que ella podría tener razón. El equipo de artistas concentró sus esfuerzos primero en la pequeña área abierta en la entrada a la Puerta de los Muertos. Tianne encontró harina mohosa y plagada de gorgojos, que no era apta para el consumo, e hizo pasta de trigo para papel maché. Sus ayudantes desenterraron escondites de cemento y lechada y buscaron azulejos rotos y vajilla en busca de mosaicos. Cortaron trozos de barras de refuerzo retorcidas para formar armaduras para esculturas. Algunos de los adolescentes más resistentes, aquellos que habían arrastrado sus cuerpos de mala gana para ir a trabajar todos los días y golpeaban débilmente sus palas en el suelo duro, ahora estaban sudando con entusiasmo.

“Primero nos concentraremos en la entrada”, dijo Tianne. “Para que después del paso por la muerte, llegues a un lugar de bienvenida, el Útero del Renacimiento”.

Para ella, los muros de hormigón eran lienzos en blanco que pedían a gritos murales pintados o mosaicos. Tenía su propia receta especial que mezclaba papel triturado y hierbajos con arcilla, un poco de cemento y pintura vieja para crear un medio escultórico ligero e impermeable. A partir de esto, creó lo que llamó los Ángeles de Bienvenida.

“Esta ciudad se llamaba Los Ángeles”, dijo. “¿Pero dónde están? ¡Nosotros se los proporcionaremos!

Eran grandes figuras escultóricas con los brazos alzados que le recordaban a Bird las figurillas que Maya había coleccionado en sus viajes, antiguas diosas pájaro de Grecia y Creta con alas levantadas en forma de luna creciente, figuras egipcias predinásticas en posturas de fuerza y victoria. En una pared se estaba construyendo un enorme y colorido mural, en el que figuras sufrientes de ancestros en grises, negros y marrones enmarcaban un pasillo hacia un jardín colorido, lleno de luz, lleno de flores y frutas brillantes. Le recordaba los murales que cubrían casi todas las paredes en blanco en casa, algunos nuevos, otros que databan del movimiento Orgullo Latino de los años setenta, inspirados en Diego Rivera y los muralistas mexicanos y renovados cuidadosamente cada vez que se decoloraban y desconchaban.

Se dio cuenta de que extrañaba los murales. Extrañaba pasear por una calle donde a cada paso había algo nuevo que ver.

De repente, lo invadió una punzada de pura y cruda nostalgia tan fuerte que tuvo que sentarse en un trozo de suelo urbano que Tianne estaba considerando como base para un banco. Extrañaba el color, la vida, el sonido de los arroyos que fluían por las calles ajardinadas, la fruta colgada y lista a mano donde quiera que mirara. Extrañaba la multitud de personas con sus ropas coloridas y modas salvajes, como si estuvieran compitiendo con las flores por la admiración. Los fragmentos de música de los artistas callejeros o las plataformas de baile que en los autobuses se transformaban en dragones gigantes, veleros o bestias imaginarias. Esa sensación de estar constantemente colmado de los dones de la creatividad, mil artistas haciendo obras para complacer la vista, cantando canciones para complacer el oído.

Lo extrañaba y le molestaba. ¿Podría alguna vez regresar? Ya no pertenecía a los jardines. Llevaba dentro de sí a los sombríos ancestros; pertenecía a las sombras, a los grises, a los negros y a los marrones, no al turquesa, el viridian y el ciruela.

En la pared opuesta, Tianne y su círculo habían comenzado un enorme mosaico. El Jardín de las Mil Flores, lo llamó, e

invitó a todos en el Refugio a hacer su propia flor, a dejar su huella en la pared. Ahora se acercó a Bird.

“¿Vas a hacer una flor?”, le preguntó ella.

“No soy muy bueno en las artes visuales”, respondió.

“Ésa es la belleza del mosaico. No es necesario tener talento. El material mismo creará la belleza, a partir de su misma fragmentación. ¡Vamos! Si lo haces, otros seguirán tus pasos”. Ella tomó su mano y lo llevó hacia la pared, le mostró cómo aplicar el cemento y presionar las baldosas.

¿Y cuáles son mis colores? Pensó Pájaro. Eligió un corazón negro, presionó trozos de rojo y púrpura en forma de pétalos ásperos a su alrededor. Era fuerte, brillante y más esperanzador de lo que realmente sentía.

“Ahora has dejado tu huella en la Ciudad de Refugio”, dijo solemnemente Tianne.

Bird miró en círculo a su alrededor. La plaza alrededor del fuego estaba ahora abarrotada de gente. Cada noche celebraban nuevas Ceremonias de Perdón y escuchaban más y más historias de desesperación.

“No podemos soportar esto. La gente se hundirá bajo el peso de todo este dolor”, dijo Anthony. Él y Emily comían a

menudo con Bird y Madrone y algunos de los otros que estaban emergiendo como líderes.

“¿Que sugieres?” Preguntó Bird.

“Necesitamos relajarnos. Necesitamos entretenimiento. Algunas de estas personas tienen que poder cantar canciones o contar chistes. ¡La mitad de ellos probablemente eran aspirantes a actores!

“Podríamos hacer una convocatoria para artistas y músicos”, sugirió Bird.

“No”, objetó Madrone. “Con el debido respeto a nuestro representante del Gremio de Músicos aquí, no creo que lo que necesitamos sea entretenimiento profesional. Todo el mundo tiene algún talento, algo que puede hacer. Necesitamos dejar que lo demuestren. Escuchamos todas sus historias de fracaso y desesperación, pero eso no es todo lo que son. Que cada uno tenga la oportunidad de brillar”.

Bird la favoreció con una sonrisa malvada. “¡Así que tú también te levantarás y contarás un chiste!”

“¡Yo no!”, respondió Madrone alarmada. “¡No recuerdo los chistes!”

“Yo puedo”, intervino Hannah. “¿Qué le dijo la puerta a la ventana?”

“No lo sé”, dijo Madrone.

“¡No intentes engañarme, puedo ver a través de ti!”
Hannah y Heather se echaron a reír.

La noche siguiente, siguieron la ceremonia con un espectáculo de talentos improvisado. Se animó a todos a dar un paso adelante, a compartir una canción, una historia o un poema. Madrone fue presionada para actuar como el hombre serio de la rutina de acertijos y chistes de Heather y Hannah. Si bien no podía ofrecer una rutina cómica para salvar su vida, tenía una habilidad bien desarrollada para parecer en blanco y confundida, y para su sorpresa descubrió que disfrutaba la risa.

La risa cura, pensó. Y una vez que la hubieran visto en el escenario, luciendo tonta, se sentirían más cómodos con ella si necesitaran sus servicios como sanadora. Bird les había enseñado a Zap y Zoom a cantar una vieja canción de Woody Guthrie. Pero cuando llegaron al frente, Anthony le puso una mano en el hombro.

“Tenemos algo para usted”, dijo.

Bob, el vecino de Anthony, se acercó al frente y les acercó una guitarra. Bird alargó la mano para cogerla, sintió su peso y equilibrio, probó su tono. Era buena, una Gibson vieja.

“Esto es para ti”, dijo Bob. “La traje, pero ya no toco mucho. Queremos que la tengas porque estamos agradecidos por todo lo que tú y la señorita Madrone habéis hecho al iniciar este lugar”.

Bird tragó con fuerza. Había un nudo en su garganta. Sabía el sacrificio que representaba el instrumento: una guitarra, como cualquier cosa portátil que pudiera venderse, representaba una parte fundamental de los ahorros de una familia, su seguridad. Sin duda Bob la había traído para venderla, no para tocarla o regalarla. ¡Era realmente un regalo magnífico!

Sus manos la acunaron, la acariciaron con una especie de lujuria. Se pasó la desgastada correa por el cuello, punteó las cuerdas y apretó las clavijas para afinarla. Sus dedos todavía estaban rígidos y un poco torpes, pero encontraban los acordes con una sensación de profunda familiaridad, como si la guitarra fuera una parte de sí mismo que había extrañado durante mucho tiempo.

*“Esta tierra es tu tierra, esta tierra es mi tierra,
Desde California, hasta las islas de Nueva York...”³⁶*

Él y los niños cantaron, y otros se unieron. Cantaron el coro como un himno, una afirmación, como si finalmente comenzaran a creerlo.

³⁶ *This land is your land*, la canción más conocida de Woody Guthrie.

“Esta tierra fue hecha para ti y para mí...”

Para la segunda noche, algunos estaban creando pequeñas parodias u ofreciendo sus monólogos de audición, ya que muchos eran actores frustrados que alguna vez habían esperado protagonizar las pantallas de video. Las reuniones se prolongaban hasta bien entrada la noche y la gente se veía de otra manera. No sólo una víctima, sino un poeta; no sólo un esclavo fugitivo de las deudas, sino un cantante. No sólo un padre desconsolado, sino un cómico.

El trabajo de limpieza de escombros y construcción de refugios fue incesante y continuaba durante todo el día, pero Emily decretó que el trabajo debería terminar al final de la tarde, para que todos pudieran tener algunas horas de asueto. Algunos lo utilizaban para estar con sus familias, otros para practicar una nueva canción o elaborar un poema. Los músicos se juntaron para formar bandas. Eve McDaniels, que había dirigido un coro hasta que los retribucionistas prohibieron la Iglesia católica, formó un coro y escribió canciones sencillas para acompañar la Ceremonia del Perdón. Anthony encontró un viejo volumen de Shakespeare en un apartamento abandonado y formó un grupo de teatro para representar las obras.

La propia Tianne estaba poseída por una visión. Se adentró profundamente en las zonas peligrosas, buscando madera, metal y trozos de tela. Engatusó a los mecánicos para que le prestaran el equipo de soldadura que habían rescatado de

un viejo taller de carrocería y acaparó todas las varillas de repuesto y piezas de hierro oxidadas.

Planearon la inauguración para la mañana del solsticio. Madrone y Bird mantuvieron la vigilia durante la noche más larga, y muchos de los refugiados se unieron a ellos. Al atardecer, apagaban ritualmente el fuego del hogar y se turnaban para encenderlo de nuevo. Habían reservado las aguas termales esa noche para baños ceremoniales, porque ahora el Refugio había crecido tanto que los baños estaban racionados a una vez por semana, en una rotación que iba por vecindario. Eran necesarias horas para que todos pasaran. Mientras tanto, los que esperaban su turno o que ya estaban limpios se sentaban alrededor del fuego, cantando y tamborileando sobre cubos volcados, cantando canciones a la luz que regresaba.

“Todas somos parteras en esta noche”, proclamó Madrone, “vigilando a la Madre Noche mientras ella trabaja para dar a luz al nuevo sol, el nuevo día. Mira al fuego y pregúntate, ¿qué nacerá en este nuevo año? ¿Qué nuevo día sacaremos a la luz juntos?”

Recordaba tantas vigiliass en casa. Comenzaban con una zambullida en la bahía o el océano, al atardecer, y una fogata en la playa, todos bailando salvajemente alrededor del fuego, desnudos y extasiados. Regresaban a casa para darse un festín con calabazas de invierno, jabalí ahumado y pastel de castañas. Maya mezclaba una gran cantidad de masa de

pan y amasaba sus esperanzas y deseos para el año siguiente. Mientras el sol subía, subían a la sala de rituales, adornada con vegetación y brillante con velas de cera de abejas, y cantaban, cantaban y hacían trance juntos. Luego volvían a bajar, para amasar y hornear, para más festines y rondas de tarot del destino y narraciones.

Aquí en el Refugio, utilizaron parte de su preciada reserva de velas recuperadas para iluminar los baños y la plaza. Les faltaba harina para hornear suficiente pan para todos, pero habían construido un horno de barro junto al hogar y lo usaban para cocer patatas. Al amanecer, encabezaron una procesión a través del Refugio hasta la puerta oriental. Portal del Sol Naciente, la llamaban, y el equipo de Tianne estaba en el proceso de decorarla con un mosaico dorado. Treparon a las paredes y Bird los guió en la *Canción del Naciente* mientras cantaban al sol recién nacido.

*“Abrid vuestros corazones,
hay un nuevo día despertando,
La libertad surgirá,
como el sol naciente...”*

Ese día estuvo dedicado a la celebración. Todo comenzó con un grupo de trabajo para erigir y descubrir la escultura de Tianne. Un centenar de personas se reunieron para prestar sus fuerzas. Juntos levantaron enormes secciones mientras los soldadores se apresuraban a unir las piezas. Finalmente, cuando estuvo lista, ataron cuerdas y tiraron,

todos juntos, en un enorme tira y afloja, y la escultura se levantó.

Se elevaba muy por encima de los escombros, por encima de los muros que rodeaban la plaza, y cuando Madrone la miró se le animó el corazón. Parecía una asamblea de alas, enmarcadas en acero pesado pero ingravidas, que se elevaban hacia el cielo y la luz del sol. Se elevó más y más, forma tras forma en un equilibrio delicado e imposible. En lo alto, una figura reluciente levantaba las manos, de su espalda brotaban alas, coronadas de rayos como el sol, con la luna a sus pies.

“En la lengua prohibida”³⁷, anunció Tianne, “esta ciudad se llamaba *Ciudad de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles*, Los Stewards intentaron echarla. La obligaron a esconderse. Pensaron que la habían matado. Pero se equivocaron. ¡Ella está de vuelta! Ella está aquí con nosotros ahora. ¡Ella nos está cuidando!

Seguramente los padres misioneros que habían fundado la ciudad estaban pensando en María, pensó Madrone. Pero lo que obtuvieron fue algo más antiguo que María, la Madre de Dioses original, la Diosa misma, Lilith con garras y grandes alas de pájaro, progenitora de todos los ángeles que vinieron después de ella. Ella era la tierra anhelando el cielo, rodeada

37 Recordemos que los Stewards habían prohibido el castellano.

por el sol y la luna, radiante en su manto azul de agua. Un emblema de esperanza, en la mañana del renacimiento.

Los músicos tocaron y todos bailaron bajo la mirada de la Reina de los Ángeles. Madrone miró los rostros que la rodeaban, demasiado delgados, marcados por líneas de preocupación y cuidado, pero ahora iluminados. Sacaban sonrisas oxidadas como una reliquia de los viejos tiempos que habían mantenido escondidas y rara vez usaban.

Tianne tenía razón. Valió la pena dedicarle el tiempo y los recursos al arte. Los corazones de las personas fueron levantados por las alas.

Ya no somos sólo un grupo de refugiados acurrucados en las ruinas, pensó. Tenemos una cultura. Somos una ciudad.

Capítulo treinta y cuatro

“Necesitamos formar un Consejo”, dijo Bird. “El Refugio ha crecido más allá de la posibilidad de que solo nosotros coordinemos y Emily organice a todos”.

Él y Anthony estaban preparando una comida en el apartamento. Las dos familias disfrutaron escapar del gran hogar comunitario y tener un respiro de las constantes preguntas y exigencias. Habían instalado una pequeña estufa que quemaba trozos de madera con gran eficacia y una bomba manual para subir agua. Madrone se uniría a ellos cuando tuviera un descanso de los pacientes en el centro de curación. Emily vendría tan pronto como terminara el trabajo del día.

Habían tenido una semana de celebraciones, el Solsticio mezclándose con la Navidad y Hanukah³⁸ combinados, y luego el Año Nuevo, con los adolescentes y ex técnicos como DJ en una fiesta de baile que duró toda la noche. Pero ahora sentía que había llegado el momento de volver a trabajar.

“Funciona que ella organice a todos. Para eso nació”, dijo Anthony. “Ella ha estado tratando de organizarnos a mí y a los niños durante años”.

“Sea como sea, la gente tiene que organizarse”, Bird añadió una pizca de su preciada sal a la quinua.

“Ninguno de ellos lo había hecho antes”, dijo Anthony, partiendo una cebolla en dos con un cuchillo afilado. “No esperan hacerlo”.

El Refugio aún no producía cultivos a largo plazo como cebollas, pero cultivaba verduras y hierbas que podían comercializar en los mercados negros de Angel City y artesanías que a veces podían vender. Su dieta mejoró mucho desde los primeros días de atole de bellota y pan de ruta rancio.

38 Conocida también como la 'Fiesta de las Luces' o 'Luminarias', conmemora la reedificación del Segundo Templo de Jerusalén, así como la rebelión de los macabeos contra el Imperio seléucida. Por sus tradiciones y por su ubicación en el calendario lunar judío, se compara con la Navidad cristiana.

Bird encontró respuestas que saltaban a sus labios como: Pero así es como lo hacemos en el Norte.

“¿Qué hay de malo en el liderazgo?” –Preguntó Anthony. “¿Siempre y cuando sea justo y responsable? La mayoría de la gente no quiere liderar, sólo quiere ser bien dirigida”.

“Pero la gente necesita tener voz y voto en las cosas que les importan”, protestó Bird.

“¿Por qué?”

No supo responder. Era una de esas suposiciones incuestionables, tan fundamentales para todo lo que era el Norte, para todo lo que él era, que examinarla era correr el riesgo de sentir vértigo. “Porque esa es la manera en que las personas se vuelven completas: asumiendo responsabilidad, ejerciendo su libertad. ¿No crees que la gente quiere tomar sus propias decisiones?”

“No necesariamente. No en todos los aspectos de la vida. No. Estoy feliz de decidir quién toma el liderazgo en *Macbeth*, pero me importa un bledo cómo organices las redadas de comida mientras yo coma”. Anthony vertió las cebollas en una sartén cubierta con un poco de su escaso ypreciado aceite de cocina. “De hecho, no quiero que cincuenta personas opinen sobre cómo interpreto a *Macbeth*”.

Las cebollas chisporrotearon y su penetrante fragancia llenó la habitación mientras Bird las revolvía con un tenedor.

“Pero si estamos tratando de derrocar a los Stewards y reemplazarlos con algo diferente, tenemos que modelar esa diferencia”, dijo Bird. “No podemos simplemente ser una tiranía más amable y gentil. Tenemos que ser una democracia real”.

“No estamos acostumbrados a ello. La mayoría de estas personas nunca han votado en una elección; no se puede votar si hay un gravamen sobre su nombre por deudas impagadas. No están acostumbrados a hablar en público, ni a debatir, ni a tomar decisiones. No están preparados para la democracia”.

“Ese es el argumento que toda tiranía ha utilizado para mantenerse en el poder desde el principio de los tiempos”.

“¡Sí, pero en este caso resulta que es cierto!” Anthony afirmó con una sonrisa.

No obstante, Bird sacó a relucir el tema esa noche, después de la Ceremonia del Perdón, cuando la gente abarrotaba el anfiteatro para el espectáculo de talentos nocturno.

“Gente, antes de comenzar, tenemos algo serio que discutir”, anunció. “Hemos crecido en tamaño y seguimos creciendo. Hasta ahora, algunos de nosotros hemos tomado la iniciativa y organizado las cosas. Pero es hora de que

tengamos una forma más igualitaria de hacerlo. Es hora de que formemos un Consejo”.

“¿Por qué?” gritó una mujer desde la última fila. “¡Estás haciendo un buen trabajo, continúa!”

“Pero tenemos que tomar algunas decisiones clave”, dijo Bird.

“¡Entonces tómalas!” gritó Bob con una nueva bravuconería nacida en el Refugio.

“Es hora de que empecemos a hacerlo todos juntos”, dijo Bird.

“¿Por qué? ¡Ustedes son los líderes! dijo la mujer ruidosa en la parte de atrás.

“Pero estamos tratando de construir una ciudad donde todos sean líderes. Como lo hemos hecho en el Norte”.

“¡Pero no estamos en el Norte!”

“No voy a renunciar, todavía no”, les aseguró Bird. “Pero es hora de que todos den un paso al frente. ¿Cuántos de ustedes están aquí porque los Stewards aumentaron las tasas de interés de su deuda? ¿Habrían podido hacer eso si ustedes hubieran sido parte de la toma de esa decisión? ¿Cuántos de ustedes fueron despedidos de sus trabajos cuando los patronos decidieron cerrar una fábrica, un centro

de servicios o una escuela? ¿No le gustaría haber tenido algún poder sobre esas decisiones?

“Entonces, ¿qué tenemos que decidir?” preguntó la mujer.

“Cada día más personas se unen a nosotros”, dijo Bird. “¿Dónde los vamos a poner?”

Hubo conversaciones en voz alta y un caos cuando todos comenzaron a hablar a la vez.

“Salal hacía que la gente se dividiera en pequeños grupos, discutieran el tema y trajeran sugerencias”, le susurró Madrone.

“Bien”, le siseó. “¿Quieres dirigir esta reunión?”

“Solo trato de ser útil”.

Se volvió hacia el grupo. “Está bien, gente, todos queremos ser parte de esta decisión, pero no podemos hablar todos a la vez. ¿Por qué no buscan seis u ocho personas más, se agrupan y hablan de ello en un círculo pequeño? Luego todos escucharemos cuáles son las sugerencias”.

Madrone y Bird deambularon y escucharon las discusiones del grupo. Bird inmediatamente se dio cuenta de que había cometido un error táctico al no decirle a la gente *cómo* hablar entre sí. En el Norte, automáticamente se hacía un círculo, dando a cada persona la oportunidad de hablar. Pero

aquí no tenían experiencia en rondas ni en Consejos. Algunos de los grupos se sentaron en silencio. En otro, una persona habló en una larga diatriba sobre los mensajes que escuchaba de los ángeles de la Retribución, que pedían a los Stewards que se arrepintieran. En la mayoría, una o dos personas discutían en voz alta mientras los demás miraban.

“Esto no está funcionando”, dijo Bird cuando él y Madrone se reunieron nuevamente.

“Creo que hay que darles instrucciones más específicas”.

Bird dejó escapar un silbido penetrante. “¡Gente, prueben esto!” gritó. “Formad un círculo y dadle a todos la oportunidad de hablar sin ser interrumpidos. Las personas más tranquilas a veces tienen las cosas más importantes que decir”.

La discusión pareció ir mejor después de eso. Cuando los grupos informaron, a varios de ellos se les ocurrió la misma idea. Sugirieron que los veteranos se mudaran a las zonas periféricas y que las familias pudieran arreglar sus propias viviendas a su gusto. Cada nuevo barrio podría tener su propio hogar. Eso permitiría a los recién llegados ocupar las áreas desarrolladas en el centro y orientarse entre los caminos del Refugio.

El principal desacuerdo fue sobre la manera de expandirse. Algunos de los grupos querían moverse hacia el Este, otros

para rellenar algunos de los edificios destruidos hacia el Norte, de regreso a la antigua autopista. Estalló una gran discusión que amenazó con convertirse en una pelea a puñetazos. Bird hizo todo lo posible por mantener el control de la reunión, pero degeneró en una pelea a gritos.

“¡Callarse la boca!” gritó la señorita Ruby, una mujer corpulenta de mediana edad que había sido maestra en la escuela de Emily. A Madrone le recordaba a Johanna, con un pañuelo rojo brillante en el cuello que resaltaba los tonos caoba de su piel y los pies bien plantados, listos para mantenerse firmes. Puso las manos en sus amplias caderas, ladeó la cabeza y miró a la multitud con sus ojos negros en su propia versión de la Apariencia. “¡Todos, cállense!”

“Y Azrael descendió con un trueno de gloria, y su trompeta resonó sobre las multitudes. Vosotros que pretendéis hablar en nombre de la gran Retribución, ¿no sabéis qué es la Retribución! Porque habéis caído en pecado...”

El orador era el Profeta Jed, un hombre alto con barba negra y ojos negros salvajes y fijos, coronados por cejas que terminaban en largas colas. Estaba vestido con una túnica gris y llevaba un cayado de pastor, y le parecía a todo el mundo como Juan el Bautista regresado.

“¡Tú también, Jed!”, le dijo a señorita Ruby con firmeza.

“¿Silenciarías la voz del profeta?”, respondió Jed con un trueno.

“¡Déjalo hablar!” Alguien gritó entre la multitud y otras voces se alzaron en apoyo.

La señorita Ruby no se desanimó. Ella levantó una mano. “No lo voy a silenciar, pero sí lo voy a poner en 'pausa' por un momento. Ahora, gente, tenemos que encontrar algo de unidad aquí. ¡Si peleamos entre nosotros, estaremos todos en los rediles de esclavos antes de que podamos masticar una ficha!

Hubo un murmullo de descontento entre la multitud.

“¿Por qué no nos expandimos en ambas direcciones?” –sugirió Anthony. “¡Necesitaremos espacio adicional muy pronto si seguimos creciendo a este ritmo!”

“¿Tenemos suficiente personal para hacer eso?” preguntó un joven.

“Al principio hicimos esta área solo dos de nosotros”, respondió Madrone.

Hubo un murmullo de asentimiento y Bird sugirió que se dividieran en grupos para planificar. La multitud se dividió en tres: un contingente oriental, un grupo norteño y una base de personas para defender el centro. Hablaron y discutieron hasta bien entrada la noche, no con fluidez,

porque hubo amargas disputas y un par de peleas a puñetazos y un flujo constante de personas descontentas que simplemente se alejaban de las reuniones. Pero al final, cada grupo tenía un plan. Y por la mañana comenzaron los trabajos de construcción y traslado.

El Refugio ahora tenía barrios.

Una semana después, una joven pareja se puso de pie después de terminar la reunión de la noche. No podían ser más de veinte. Tenía el color de lo que habían llegado a llamar newgen: la nueva generación, una mezcla de herencias que en su caso producían una piel de color caramelo oscuro y una mata salvaje de cabello intensamente rizado. Tenían un rostro delicado en forma de corazón con una cascada de cabello oscuro y sedoso y ojos como dos medias lunas negras. Se tomaron de la mano y sus ojos se acariciaron.

“Madrone, ¿te casarás con nosotros?” preguntó el joven.

“Pero esto es tan repentino”, dijo Madrone. “¡Nos acabamos de conocer!”

La multitud se rió. ¡Hice una broma! Pensó Madrone con cierta sorpresa. Funcionó. Fue divertido. Estaba tratando de relajarse, de no hablar siempre en serio, pero no tenía el ingenio de Maya ni su cínico sentido del humor. Aun así, casi

podía sentir a la anciana asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

“Sabes lo que quiero decir”, continuó el joven cuando la risa se apagó. “Queremos casarnos. Nos amamos. Con los Stewards no podemos, porque venimos de familias deudoras. Pero no nos importa. ¿Quieres casarnos?”

“Soy una sanadora”, protestó Madrone. “No soy sacerdote”.

“Eres lo más parecido que tenemos a uno, alguien en quien podemos confiar”, dijo la joven.

El joven se volvió hacia Bird.

“Podrías hacerlo”, dijo.

“¿Yo? Soy músico.”

“Eres como un capitán, el capitán de un barco”.

“Todos somos capitanes de este barco”, afirmó Bird.

“Lo sé, lo sé”, dijo el joven. “Pero eres como el capitán de capitanes”.

“¿Cómo se casa la gente del Norte?”, gritó alguien.

“No es necesario casarse en el Norte”, dijo Bird. “No para tener sexo, y no para estar seguros de que se cuide a los

bebés. Todos nos aseguramos de que cada niño que nace sea atendido. Pero si quieres casarte, asumir ese compromiso, puedes hacerlo. No tenemos deudas, ni deudores, ni ley de deuda en el Norte”.

“Entonces, ¿quién te casa?” preguntó la joven.

“Si eres parte de una religión que tenga sacerdotes, ministros, rabinos o imanes, ellos lo hacen”, dijo Bird. “Si eres pagano, consigues que tu círculo te ayude a hacer la unión”.

“¿Qué es eso?”

“Es como una ceremonia de matrimonio pagana. Dices votos frente a la comunidad, votos que escribes tú mismo. Compartís el pan y la sal y bebéis de la misma copa. Luego la comunidad te ata las manos y saltas por encima de una escoba. Puedes agregarle mucho más, pero eso es lo básico”.

“Eso me gusta”, dijo la joven. Al menos no me gustaría que me casara ningún banquero, al menos no Retro. ¿Podemos hacer eso?”

“¿Por qué no?” dijo Pájaro.

“¿Alguien tiene una escoba?”

“¿Por qué no hacerlo mañana?” –sugirió Madrone–. “La luna estará llena y eso nos dará algo de tiempo para prepararnos. Bird no lo dijo, pero generalmente sigue una gran fiesta”.

“¡Nosotros también queremos casarnos!”, gritó otro joven.

Un coro de voces se unió al clamor.

“Mañana, entonces”, dijo Bird. “El día de la boda masiva!”

Hubo un murmullo de feliz emoción en la plaza que quedó en silencio cuando dos mujeres jóvenes se levantaron, tomadas de la mano. Eran oscura y clara, chocolate y caramelo, ambas con ese cuerpo delgado y flaco que hablaba de años de raciones escasas, ambas con rasgos delicados que, sin embargo, eran duros y remotos, como si se hubieran blindado hace mucho tiempo.

“Nosotras también queremos casarnos”, dijo la chica morena.

“Nos amamos”, dijo la rubia.

En el silencio sepulcral que siguió, alguien detrás de la multitud gritó: “¡Abominación!”

La multitud estalló en una mezcla de vítores, abucheos y rechiflas. Bird pidió silencio, pero pasó mucho tiempo antes

de que su voz resonante pudiera oírse por encima del estrépito.

“¡Tranquilos! ¿Podemos hablar de esto como gente civilizada?, gritó.

La única burbuja de tranquilidad, observó Madrone, rodeaba al pequeño contingente de rubios de ojos acerados y rasgos perfectos, los Ángeles, incómodos aliados de la Resistencia. No vivían en el Refugio, porque tenían sus propios refugios seguros establecidos desde hacía mucho tiempo en varios barrios y sectores. Pero a menudo enviaban un pequeño contingente a las reuniones para observar y escuchar.

Los Ángeles habían sido criados para servir a aquellos Primes cuyos gustos mezclaban el sexo con la tortura y el dolor y el exquisito placer de matar algo diminuto, perfecto e indefenso. Los que sobrevivieron y escaparon se unieron y disfrutaron exquisitamente de la venganza. Hacían que Madrone se sintiera incómoda, permaneciendo en silencio detrás de la multitud, con los brazos cruzados, sus rostros perfectos no revelaban ninguna expresión excepto posiblemente un leve desprecio por cualquiera lo suficientemente ingenuo como para creer en el amor.

“¡Abominación!” gritó otra voz.

“¡Eso es una tontería retribucionista! ¡Son dos personas que se aman, no una abominación!”, dijo otra voz.

“La Biblia dice...”

“¡Oh, no es así! ¿Quién diablos te dijo eso? ¿Algún predicador Retro chupasangre que probablemente ni siquiera leyó esa cosa? Hay un puto libro entero en la Biblia sobre David y Jonatán, ¿y sabes lo que dice sobre ellos? Dice: “Lo amaba como a una mujer”. ¡Eso es lo que dice la Biblia! –le respondió la mujer de color caramelo.

“¡David era un pecador!”

“¿Qué pasa con Ruth y Noemí?” gritó otra voz.

“¡Eran solo amigas!”

“¿Quién lo dice? ¿Estuviste allí?”

“¡Noemí tenía edad suficiente para ser madre de Ruth, por el amor de Jesús!”

“¿Podemos por favor dejar de discutir sobre chismes que tienen tres mil años?” –tronó Bird. “Hemos venido aquí para hacer algo diferente a los Stewards y retribucionistas. Hemos venido aquí para construir un mundo diferente. Dicen: 'Puedes hacer esto y no eso'. “Eres digno y no lo eres.” Yo digo, todos somos dignos. ¡Si uno de nosotros se casa, nos casaremos todos!

“¡Pensé que habías dicho que todos tenemos voz y voto!” gritó un hombre alto.

“¿Por qué diablos alguna vez pensé que era una buena idea?”, murmuró Bird, pero sólo Madrone lo escuchó. Ella deslizó su brazo en el de él.

“¡Sí! ¡Deberíamos votar!” gritó un joven.

“¡No votamos! Trabajamos por consenso”, gritó Bob.

“¿Y por qué pensaste que era una buena idea enseñarles eso?”, murmuró Madrone en respuesta. Habían pasado tres reuniones entrenando al Refugio en el proceso, y ahora ella se arrepentía de cada una de ellas.

“¡Yo bloqueo! ¡Bloqueo el matrimonio de dos mujeres!” gritó una mujer desde atrás.

“Por favor, Jesús, arrebatame ahora”, murmuró Bird a Madrone.

“¡No puedes bloquear eso!” Gritó un hombre alto.

“¡Sí, puedo! ¡Es una objeción moral!

“¡Bueno, bloqueo tu bloque! ¡Tengo una objeción moral a tu estúpida objeción moral!” gritó el hombre alto.

“Haga algo, Capitán”, lo incitó Madrone. “¡Oh Capitán, mi Capitán!”³⁹

Bird dio un paso adelante y levantó la mano.

“No se pueden bloquear los derechos o libertades de otra persona”, dijo Bird en voz alta, que sólo con un gran esfuerzo logró un tono de calma y paciencia. “Así no es cómo funciona.”

“¿Qué hacéis en el Norte?”, intervino Anthony rápidamente.

“¡Oh, que se joda el Norte! ¡Estoy tan jodidamente harto de escuchar 'qué haces en el Norte'! ¡No somos el Norte, somos las Tierras del Sur y hacemos lo que queremos! gritó la mujer desde detrás de la multitud.

“¡En el Norte, cada uno es libre de casarse o no, como quiera!” –gritó Pájaro.

“¡Abominación!” Tronó el profeta Jed mientras avanzaba hacia el frente de la multitud. “¡Abominación! ¡Abominación bajo el Señor! Y el Señor envía a su profeta para deciros: Arrepentíos, porque grande es la Retribución del Señor, y pesado su puño. Él envía el fuego mortal, envía la sequía mortal. Secará el grano en los campos y arruinará...

39 Alusión al poema titulado *¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!* Que Walt Whitman escribió en homenaje a Abraham Lincoln.

“¡Oh, cállate, idiota!” –gritó una mujer corpulenta.

En un sector de la plaza se produjo una pelea a puñetazos. Otros se apresuraron a disolverla.

“Está perdiendo el control del barco, capitán”, dijo Madrone. “¿Llamo a las abejas?”

“¡Abominación!”, gritó Bird y la voz de su canto resonó entre la multitud. “¡Abominación! ¡Abominación! ¡Abominación!”

El ruido se calmó cuando la gente se volvió para mirarlo.

“¡Estamos rodeados de abominación! Está por todas partes a nuestro alrededor. Es lo que nos trajo aquí. ¡La verdadera abominación! Como tomar las casas de la gente y enviar a sus hijas a los rediles. Como mantener a la gente escasa de comida y agua. Como crear enfermedades para matar gente y crear soldados para mantener el orden. ¡Todos sabemos mucho sobre la abominación!

“¿Pero dos personas que se aman? Lo siento, pero eso no juega en la misma liga. Si conocemos nuestra historia, sabremos cómo los Stewards y sus precursores utilizaron ese tema para mantener separadas a personas que deberían haber permanecido unidas, para mantener débiles a personas que deberían haber sido fuertes. ¡Y si nos dejamos dividir, caeremos!

“Estamos creciendo. Estamos creciendo rápidamente y nos estamos volviendo fuertes. ¡Eso es bueno! Pero estamos creciendo más allá de los límites de la invisibilidad. En cualquier momento, los Stewards pueden detectarnos. Cualquier día de estos, podrían entrar aquí con sus drones y sus botas militares, y debemos estar preparados para eso.

“No necesitamos votar para que dos personas se casen, sea cual sea su género. Más de lo que querías que toda la asamblea votara sobre con quién te casas, con quién te acuestas o con quién cenas. Libertad significa que estas cosas son personales. Son tu elección personal.

“Así que mañana, cualquiera que quiera casarse, utilizaremos una escoba y haremos una fiesta. Escribid vuestros votos esta noche y todos seremos testigos. Y si no lo apruebas, es tu elección. No tienes que venir. ¡Por supuesto que sería muy bueno!

“Voy a venir y seré testigo de esos votos. No como su capitán, sino como un ciudadano libre de la Ciudad de Refugio, para honrar y celebrar a otros que quieren ejercer su libertad. ¡Para honrar a la Diosa del amor, quien dice: 'Todos los actos de amor y placer son mis rituales'!

Se escucharon fuertes vítores.

“Y ahora, ¿podemos seguir con el show de talentos?”

“Buen discurso”, le dijo Madrone después mientras presionaban el bendito botón de bloqueo en la puerta de su dormitorio. Presumiblemente, Zap y Zoom estaban dormidos y la ciudad ya estaba acostada para pasar la noche. “Oh Capitán, mi Capitán”.

“¿Podrías dejar de decir eso?” Bird sacudió la cabeza con molestia mientras se quitaba la camiseta.

“¿Qué? ¿No te gusta Walt Whitman?”

“Fue un poema que escribió para Lincoln después de su asesinato, ¿recuerdas? Es mala magia”. Arrojó su camisa al cesto de ropa que había en la esquina, pero falló y cayó al suelo.

“Entiendo tu argumento.” Madrone lo recogió y lo dejó caer sobre la pila de ropa sucia.

“De todos modos, no resolvimos completamente el problema”, dijo Bird. “Todavía había un contingente quejumbroso que se marchaba con el Profeta Jed”.

“Siempre hay un contingente quejándose, sin importar lo que hagamos. Y siempre hay alguien completamente loco que se siente obligado a levantarse y hablar largo y tendido”.

“Trato de controlarlos. Pero no hay fuerza en la tierra que pueda detenerlos. Y Jesús nunca me arrebató, no importa cuántas veces se lo pregunte”, se lamentó Bird.

“Kegels”, sonrió Madrone. “Eso es lo que Maya solía decir que siempre hacía cuando personas un poco chifladas hablaban y hablaban en las reuniones”.

“¿Ejercicios de Kegel?”

“Los ejercicios de fortalecimiento vaginal. Contracción, contracción, contracción... liberación. Te quedas ahí sentado mientras algún idiota sigue parlotando y haces tus ejercicios de fortalecimiento. Solía darle crédito al movimiento por el hecho de que, incluso en la vejez, nunca tuvo que preocuparse por la incontinencia”.

“Ojalá no me hubieras dicho eso”, dijo Bird.

“¿Por qué?”

“Porque ahora, cada vez que te mire en una reunión, estaré pensando en tu tono muscular”.

“Podrías ayudarme a trabajar en ello, ¿sabes?” La sonrisa de Madrone se hizo más profunda.

“¿Oh? ¿Crees que podría proporcionarte algo... de estimulación?”

“Vamos a ejercitarnos.”

Después, cuando yacieron en aquel resplandor de satisfacción y afecto, Bird se volvió hacia ella.

“Entonces, ¿quieres hacerlo?”

“Simplemente lo hicimos”. Ella le mordió la nariz. ¡Qué rápido te olvidas!

“Eso no. Bueno, sí, eso. ¿Quieres saltar la escoba mañana?”

“¿Me estás proponiendo matrimonio?” –Preguntó Madrone.

“Solo preguntaba.”

“Arrodíllate”.

“Me siento muy cómodo aquí”, dijo, acomodando su espalda en la curva de su cuerpo, sintiendo sus pechos presionar contra sus omóplatos.

“¡Perezoso! ¡Ciertamente no me casaré con un holgazán!

“¿Entonces me estás rechazando?” Él se bajó de la cama, se arrodilló junto a ella y le tomó la mano. “Madroño, ¿me harías el honor de ser mi esposa?”

Ella le besó la mano y sintió con ternura los dedos rotos y llenos de cicatrices.

“No.”

“¿No?” Él la miró sorprendido.

“No.”

“¿Por qué no? Mis perspectivas son buenas y vengo de una buena familia”.

“Si lo hacemos, me gustaría hacerlo en casa, con nuestros amigos y familiares”, dijo.

Retiró la mano y se sentó, apoyándose en la cama. Hubo un largo silencio, lleno de todo lo que no dijeron. El Norte sigue siendo su hogar, pensó Bird. Y no sé si lo es para mí o si algún día podré volver a sentirme como en casa allí.

“Pero no es sólo eso”, dijo finalmente Madrone. “Y no es que no te ame como a la vida misma. Son estas personas aquí. El matrimonio significa algo diferente para ellos de lo que significaría para nosotros. Si estuviéramos en casa, no lo dudaría. Pero aquí... tengo miedo de que dejen de verme como a mí misma y empiecen a verme como tu apéndice. Capitán.”

“Hay algo de verdad en eso”, admitió Bird.

“Además, aunque odio ser egoísta, cuando lo hagamos me gustaría tener una ceremonia solo para nosotros”.

“¿Con un vestido blanco?”

“¿Para ti o para mí?”, le preguntó ella.

“Lo justo es lo justo: ¡si tú consigues uno, yo obtengo uno!”

“Y Zap y Zoom como portadores del anillo. ¿Puedes verlos con trajes de Little Lord Fauntleroy⁴⁰?”

“¡Holybear sería una hermosa dama de honor!”

La boda en sí fue una ocasión alegre, la culminación de la esperanza y el optimismo que el Refugio había fomentado. En total, fueron treinta y tres parejas las que decidieron casarse ese día, la mayoría hombres y mujeres, pero también mujeres que se casaban con mujeres y hombres que se casaban con hombres. La gente se tomó un descanso de sus rutinas de trabajo habituales para decorar la plaza con todo el verdor y las flores que pudieron encontrar, junto con banderines hechos con sábanas recogidas de la basura y marquesinas de encaje para dar sombra.

Las felices parejas estaban ataviadas con una asombrosa colección de harapos y galas. Unos vaqueros viejos y andrajosos con una blusa de encaje encima o una toga de seda blanca con un cinturón de flores que la sujeta. Compartieron tazas de agua dulce, partieron hogazas de pan que habían reunido, y leyeron sus votos a pequeños grupos de amigos cercanos. Luego se alinearon y saltaron una

40 *El pequeño lord* (Little Lord Fauntleroy) es una novela infantil de la autora angloestadounidense Frances Hodgson Burnett.

carrera de obstáculos con cada escoba que el Refugio podía proporcionar, sostenida por parejas de niños.

Crazy Janus, una mujer pequeña con una maraña de rizos oscuros y brillantes ojos negros, dio un paso al frente y pronunció un sermón improvisado.

“La gran nave espacial madre tiene sus espías: ¡sus miradas están puestos en nosotros, sus ojos en el premio! ¡Sorpresa! Ámense unos a otros, dice, y los llevaré a casa. El amor desmiente las mentiras, no es sabio, de ninguna manera, el amor yace sangrando, el amor es la respuesta. La pregunta es... la búsqueda, el descanso, lo mejor, la plaga, la plaga del amor es el odio, no esperes, observa su peso, somos la pesada carga de los ángeles de luz, ¡pero el amor iluminará, asustará, alegrará!”

A lo lejos, en la distancia, apenas podían escuchar los acordes pesados de un himno retribucionista. Era un zumbido bajo, como el zumbido de las abejas acercándose a una partida de guerra. Eso hizo que Madrone se sintiera incómoda.

Pero la multitud que la rodeaba se reía y aplaudía, y ahogaba todos los matices siniestros.

“Regocíjate y haz un ruido feliz a los ángeles, los ángeles de Angel City, los alados esperan”, proclamó Jano. “Nos esperan arriba, los ángeles del amor...”

La fiesta posterior fue legendaria. Los refugiados sacaron toda la comida que pudieron reunir para un festín, y los carroñeros sacaron una caja de champán, con décadas de antigüedad y muy maduro. Hubo canciones, poesía y parodias en abundancia.

Janus se había subido a un pedestal de hormigón roto, levantó sus flacos brazos y volvió el rostro hacia el cielo en exaltación. “Ángeles que nos llevan, nos llevan lejos, nos llevan hacia arriba, arriba y lejos con sus grandes alas batientes...”

El cielo estaba surcado de finas nubes que parecían alas de encaje y delicados velos de novia extendidos contra el azul. El sol se puso, los velos brillaron con un resplandor dorado como una promesa brillante que se hizo más profunda a medida que el azul se atenuaba hasta convertirse en índigo y luego en el naranja y carmesí del fuego y la sangre.

Capítulo treinta y cinco

“Es espeluznante”, dijo Rosa mientras tiraba del cabo para izar la vela mayor. “¡Espeluznante, espeluznante, espeluznante!” Con cada reiteración, daba un fuerte tirón al cabo y la vela se izaba.

“Te escucho, marinera”, dijo Isis. Ella estaba supervisando la operación, apoyada en la barandilla y con los brazos cruzados. “Pero ahora veamos qué tan rápido puedes arriar y guardar esa vela”.

Estaba ensayando con la niña, una y otra vez, todas las operaciones necesarias para navegar en el *Victory*, de cara al día en que entrarían en acción y Rosa llevaría el velero al norte hacia un lugar seguro. Por ahora, estaban ancladas con el grueso de la marina a sotavento de las Islas del Canal.

Algunos de los catamaranes más rápidos se dirigieron a las rutas marítimas para realizar un reconocimiento.

“No confío en él”, dijo Rosa mientras la vela se arriaba bruscamente.

“¡Lentamente lentamente!”, le advirtió Isis. “¡Suave como la teta de un Trofeo!”

“Bueno, ya lo hago”, afirmó Rosa, extendiendo la línea ahora con mayor suavidad. “¿Y si es un espía? ¿Qué pasa si simplemente está tratando de atarnos aquí, impedirnos hacer algo?”

Isis había pensado lo mismo, pero no quería alimentar las sospechas de la niña. Estar parados; era el plan de Livingston, y ya llevaban semanas con el grueso de la marina agazapado mientras el transporte marítimo continuaba sin ser molestado. Ya es hora de ver algo de acción.

“Está pagado de sí mismo, lo admito”, dijo Isis. Maldita sea, pero deseaba que Sara estuviera aquí para hablarlo. No quería que la chica se enojara y asustara, así que trató de restar importancia a sus propias sospechas. Pero sería de gran ayuda que alguien más los coordinara.

Se había llevado a Miguel aparte, después de que Rosa le contara su historia. Habían informado a Bronwyn y Belle, y Belle había dicho que hablaría con Sara. Mientras consideraban enfrentarse a Livingston, habían decidido

observar y esperar, porque en realidad no tenían pruebas de que hubiera hecho algo más que visitar la ciudad antes de la rendición del buque de guerra. Sin duda, diría que sólo estaba haciendo un reconocimiento, tal vez considerando si desertar o no.

No, mejor observarlo de cerca y no hacerle saber que lo estaban mirando. Verificar toda su información lo mejor que pudieran y adivinar sus motivos.

Aun así, deseaba hablar del asunto con Sara. ¿Qué daño podría hacer eso?

“¡Es peligroso!”, dijo Rosa con convicción.

“Ya basta de entrenamiento”, dijo Isis. “Guarda esa vela y consigamos algo de comida”.

“Entonces, ¿cómo te convertiste en pirata?” –Preguntó Rosa.

Estaban cenando en la terraza. Rosa les había preparado quesadillas con tortillas que ella misma preparó y un poco de salsa que había pedido en la cocina principal del barco de guerra. Le gustaba cocinar y a Isis le gustaba dejarla ganarse la vida. Sus propios días a menudo los ocupaba en reuniones que le parecían cada vez más frustrantes e infructuosas. Por mucho que entrenaran y exploraran, Livingston siempre

lograba posponer el día en que realmente pudieran actuar, bloquear un barco y hacerlo retroceder. Sí, la chica del foque tenía razón con él.

Las reuniones también eran frustrantes porque Sara estaba presente en muchas de ellas. Isis tenía que mantener un muro invisible, una barrera como una gruesa lámina de vidrio entre ellas, porque de lo contrario sentía el calor y el deseo y eso la volvía loca. Pero no sentir eso también requería energía. En serio, ¿por qué la maldita mujer no podía simplemente haberse quedado a salvo en el Norte, donde Isis podría soñar con ella sin el miedo que le carcomía las entrañas?

“¿Estás buscando una carrera?”, respondió Isis.

“Sólo me preguntaba.”

“Fui criada para ser corredora”, le dijo Isis. “Los Primes, en las Tierras del Sur, algunos de los realmente ricos, son dueños de equipos. No es una mala vida. Nos quedamos con nuestras mamás hasta tarde, hasta los seis o los siete años. Consumimos una buena dieta especial formulada para desarrollar músculo. Consigues los 'esteroides' y los 'potenciadores', entrenando todos los días. Si crees que ahora soy fuerte, deberías haberme visto en óptimas condiciones. Cada músculo como una escultura. Correr como el viento”.

“¿Te gustaba?”, preguntó Rosa con la boca llena de salsa goteante.

“Nunca pensé si me gustaba o no. No era una pregunta que se animara a hacer a un corredor. Simplemente lo hacía, porque así era”, dijo Isis, mordiendo su propia quesadilla con agradecimiento.

“Fui la mejor de mi equipo en la división junior”, continuó. “Luego, cuando tuvimos doce, trece años, nos graduamos. Obtuvimos hormonas y esteroides para controlar nuestro desarrollo, ¿entiendes? Cuando una chica normal empieza a sangrar, lo cortan. Pero a los Primes les gusta un poco de acción en los pechos, no demasiado, sólo lo suficiente para que se muevan cuando corres desnuda.

“¿Desnuda?”

“No en las grandes carreras públicas. Entonces teníamos pedacitos de uniformes, un trozo de tela en todas las partes pertinentes. Pero después, a los grandes Prime les gusta ver una carrera privada. Sólo los principales ganadores y algunos peces gordos. Y luego llegamos a atender a los grandes apostadores”.

“¿Qué quieres decir?” –Preguntó Rosa.

“Tú sabes lo que quiero decir. No te lo voy a explicar.

“Desagradable.” Rosa dejó su quesadilla.

“Era lo que era”, Isis se encogió de hombros. “Algunos de los Primes tenían un gusto especial por una potranca u otra. Eso es lo que esperas, porque entonces te dan botín. Tal vez instalarte en una reserva privada para que no te conviertas en criadora cuando seas demasiado mayor para competir.

Se reclinó y miró furtivamente a la chica. Es hora de que aprenda un poco más sobre el mundo, pensó Isis, y ponga sus propios problemas en perspectiva.

“Tenía un Prime, le gustaba salir en su propio barquito. Él apostó por mí. Gana, nos vamos a navegar. Vamos al océano, lejos de los Trofeos, de la costa... bueno, como dije, no te lo voy a explicar. Pero me gustó la navegación. Me gustaba el viento y el océano, y observé todo lo que hacía para navegar en ese barco. A veces me dejaba llevar el timón. Y aprendí.

“Pero era un palito de pescado retorcido, con una veta mezquina que se volvía cada vez más mezquina. Un día, en el océano, no había nadie alrededor. Él comenzó a atacarme con algunas de sus cosas malvadas y se me ocurrió una idea. El pensamiento fue: sé cómo navegar este barco...

“Vino hacia mí, le gustaba perseguirme por la cubierta, ya sabes, parte del juego, y simplemente lo dejé venir, y luego, cuando el mazo tuvo impulso, lo golpeé en el hombro y el pinchazo salió volando por encima de la barandilla. Eran aguas profundas, allí. Había tiburones. Estábamos un poco lejos para nadar de regreso a la orilla”.

“¿Qué hiciste?”

Isis se encogió de hombros. “Arranqué el motor y me dirigí hacia el mar”.

“¡Guau!” Los ojos de Rosa estaban muy abiertos. “¿Te sentiste mal después? ¿Como culpable?”

“Más asustada que mala”, dijo Isis. “No, si alguna vez un chorro mereció una tumba de agua, ese la mereció. El mismo Jesús sólo podría agradecerme por mejorar el mundo.

“Pero no sabía adónde ir ni qué hacer. No sabía nada sobre el mundo ni nada en él. Sabía lo suficiente como para ver hacia dónde se dirigía mi vida en tierra firme, y eso era ninguna parte.

“Ahora tenía un barco. ¡Ese fue un premio que ningún corredor esperaba ganar! Pensé que cuando no regresáramos, su Trofeo o su oficina darían la alarma, así que me dirigí al Norte. Con el viento.

“Sabía lo suficiente como para entender que los Stewards mantenían un cordón en las rutas marítimas alrededor de las Tierras del Sur. Tenía que salir más allá antes de que emitieran una alerta. Navegué todo ese día y toda esa noche, al día siguiente estaba empezando a cabecear ante el timón. Seguí adelante hasta que encontré una pequeña cala donde fondear.”

“Estaba demasiado asustada para dormir, y demasiado cansada para mantenerme despierta. Seguía desmayándome, luego llegaba algún sonido en la noche, me sobresaltaba y el corazón latía con fuerza como un motor diésel. Pero nadie vino. Por la mañana me dirigí de nuevo hacia el Norte. Más allá de Slottown, hay una zona tóxica. Pensé que no sería tan tóxica como los azotadores si me atrapaban, así que ahí fue donde fui. Me encontré con los monstruos. Me acogieron y me enseñaron qué pasa con el mundo”.

“¿Los monstruos?”

“Viven en la zona de radiación alrededor del antiguo reactor. Algunos de ellos sufren deformidades, otros simplemente tienen vidas cortas. Pero al igual que esta marinera, todos tienen algo que temer fuera de la zona que es más tóxico que lo que hay dentro.

“Había allí una anciana, una curandera. Ella me acogió, me enseñó mucho. Para empezar, a leer”.

“¿No sabías leer?”

“No es necesario leer para competir. Empiezas a leer y puede que empieces a pensar, y eso es un problema”.

Rosa se recostó, digiriendo tanto la comida como la historia.

“No es algo de lo que hable mucho”, dijo Isis.

“¿Por qué me lo dijiste?”

“Has pasado por una mierda. Tienes que saber que puedes pasar por un infierno y aun así salir fuerte. No tienes que dejar que eso te controle ni te diga quién eres”.

“Soy fuerte”, dijo Rosa. “Pero no era lo suficientemente fuerte”.

“Nadie es tan fuerte”.

Rosa se quedó mirando las manchas de grasa en su plato. Había tantas cosas dentro de ella que presionaban por salir. Pero si ella lo dijera... ¿Y si Isis la despreciara entonces? ¿Adónde iría? Sin embargo, de alguna manera sintió que Isis era la única persona que podría entenderlo.

“Pájaro cedió ante ellos. Por mí.” Sus palabras salieron en voz tan baja que Isis tuvo que esforzarse para escucharla.

Isis negó con la cabeza. “No, marinera. No por tu culpa. Porque son unos locos y malvados cerdos que hacen de la crueldad una ciencia. Todo el mundo cede ante ellos, tarde o temprano”.

“Fui estúpida. Pensé que estaba siendo valiente, pero en realidad no sabía lo que iba a pasar. Que ellos... –Se detuvo. Su rostro se había puesto pálido y su piel se sentía húmeda.

Su respiración era rápida y superficial, en pequeños jadeos, recordando. El dolor. La cara de Bird; su agonía. Luego la de ella. El peso, el hedor, el dolor desgarrador, punzante...

“Está bien, niña, ya entiendo”, dijo Isis rápidamente. Parecía que la chica iba a hiperventilarse o vomitar. Isis se levantó, llenó un vaso con agua y lo dejó caer frente a Rosa, quien tomó un trago rápido. Tenía los ojos rojos, como si fuera a llorar.

¿Cómo consolarla? Si fuera mayor, la llevaría a la cama, pensó Isis, pero eso sólo conseguiría aterrorizarla y abusar de ella aún más. Sin embargo, Isis se sintió incómoda al acercarse para darle un abrazo o una palmadita en la espalda. No tenía ningún modelo para ello.

¿Qué haría Sara? ¡La perra! ¿O Madrone?

“No vayas allí”, dijo Isis. “Lo que pasó... es como una pequeña isla diminuta. Quizás tengas que visitarla de vez en cuando, pero no te quedes. Tienes todo el ancho océano para vivir”.

“Fui estúpida”, dijo Rosa con tono definitivo, como si se tratara de una sentencia dictada y sellada. “¡Estúpida, estúpida, estúpida!”

¿Cómo terminé en este papel? Se preguntó Isis. ¡Ella no era una niñera, era el puto Terror de los Mares! Y, sin embargo, algo en ella se sentía bien. Como si hubiera un tipo

diferente de fuerza dentro de ella que todavía nunca había aprovechado.

Vacilante, se acercó y le dio unas palmaditas en la mano a Rosa.

“Tú y todos los demás que alguna vez pensaron que eran un héroe”, dijo Isis. “Nunca hubo una persona en este mundo que se dijera a sí misma: '¡Ahora me van a disparar, a torturar, a volarme la cabeza, pero no me importa porque soy tan valiente como el culo de Beejus!' No, todos los héroes idiotas que existieron se fueron diciendo: '¡Me saldré con la mía!' Eso es simplemente humano”.

Rosa guardó silencio. Estaba examinando su plato vacío como si contuviera alguna respuesta misteriosa. Pero sus hombros se habían levantado ligeramente.

“No te culpes”, le dijo Isis. “No culpes a Bird. Guarda la culpa para quienes la merecen. Si te castigas, sólo conseguirás ahorrarles el problema a los golpeadores.

“La gente en casa me culpa”, dijo finalmente Rosa.

“Entonces son un montón de bolas de grasa estúpidas”.

Eso provocó una leve sonrisa. “¿Bolas de grasa?”

“Gordas y rancias”.

“Culpan a Bird”.

“Como digo. Pero les digo esto: no importa a quién culpen. Importa a quién *culpas*. Mantén la cabeza en alto con orgullo, debes saber que mereces respeto; todos te lo darán”.

“Como tú”, Rosa miró hacia arriba, ahora. “Todo el mundo te respeta”.

“Por ejemplo”, sonrió Isis, y lentamente Rosa le devolvió la sonrisa. Los ojos de la niña estaban llenos de admiración, y tal vez de algo más.

“Ahora ve a ganarte la vida”, dijo Isis rápidamente. “Lava los platos.”

“Es tu turno. Yo cociné”, replicó Rosa.

Funcionó, pensó Isis. La cabeza de Rosa estaba erguida, los hombros hacia atrás, y si no parecía feliz, ya no parecía miserable.

“¡Eso es gratitud para ti!”, replicó ella.

Pero estaba sumida en sus pensamientos mientras recogía los platos y los llevaba a la cocina. La chica era inteligente. Podía detectar un olor a pescado a través de un uniforme elegante.

Necesito hablar con Sara, admitió. No es sólo una excusa; está bien, admítelo. Es una excusa. Pero también es real. Necesito vigilar al tiburón. Necesito un plan.

El general Wendell estaba tumbado en un sillón junto a su modesta piscina, observando a sus hijos jugar un partido de voleibol acuático. Habían tendido una red de lado a lado y se reían y chapoteaban, esquivándose ocasionalmente unos a otros.

“Oye”, gritó cuando un chapoteo particularmente vigoroso envió agua peligrosamente a punto de contaminar su martini y los informes que se suponía que debía estar leyendo. Lo recogió y se lo bebió. ¿Estaba bebiendo más últimamente? No, siempre había disfrutado de un martini los sábados por la tarde. Nada de malo en eso.

“¡Papá lo siento!” llamó Palin mientras lanzaba el balón por encima de la red. Al observarla, Wendell intentó con todas sus fuerzas borrar el recuerdo de aquella otra piscina, de los niños que había en ella y de lo que había seguido.

Niños no, se dijo con firmeza. Mascotas, sin almas inmortales. Recordaba esos ojos apagados y fijos.

Tuvo que hacerlo. No había tenido elección. Era un soldado y había muchas cosas desagradables que había tenido que hacer en su vida. Déjalo ir. Déjalo atrás y sigue adelante.

Pero no podía olvidarlo. De algún modo seguía contaminándolo, contaminando el simple placer de ver a sus propios hijos retozar, mancillando la pureza de su lecho conyugal. Se encontró duchándose por más tiempo, sumergiéndose en un baño tan caliente que lo puso rojo como una remolacha. Cuando se había escaldado lo suficiente como para sentirse limpio para el acto matrimonial, en medio de ello encontraba recuerdos no deseados que salían a la superficie, y de repente su propia esposa comenzaba a parecerle vieja, con la piel seca y arrugada. Sus pechos se hundían.

Nunca volvería a suceder, se dijo con firmeza. Se negaría a que lo volvieran a poner en esa situación.

Sin embargo, una parte de él sospechaba que podría ser así. Maniobrarían para lograrlo y él sería tan incapaz de negarse como cualquiera de las baratijas que pudieran ofrecerle. La idea le repugnaba. Y, sin embargo, incluso en esa enfermiza repulsión había un pequeño núcleo de calor, de excitación, como si ansiara esa disciplina, la mereciera. El placer ilícito y el castigo exquisito; ambos.

Las cosas no iban bien. Habían tendido su trampa sobre el ejército del Norte, y esa heterogénea banda de chusma había regresado y capturado tanto la plantación en cuestión como otra más. A este ritmo, pronto tendrían un impacto en los suministros. Y aunque los Primes se apresuraron a

culparlo, se demoraron en desembolsar el dinero que necesitaba para más tropas y equipo.

¡Y Livingston! ¡Toda una maldita armada, lista para interferir con sus envíos! Claro, el hombre afirmó que los tenía atrapados al otro lado de las Islas del Canal, pero Wendell no confiaba en él. ¿Estaban realmente atrapados, listos para ser hundidos, como afirmaba?

¿O eran la amenaza privada de Livingston, su chantaje?

Dejó los informes y se levantó, demasiado frustrado para quedarse allí relajándose por más tiempo. Los chillidos de la piscina le hacían doler la cabeza y su copa de martini estaba vacía. ¿Dónde estaba la maldita chica de la piscina? Se suponía que ella debía estar al tanto de estas cosas.

Allí llegó ella, con un martini recién hecho en una bandeja. No era una mascota infantil, llevaba el pelo oscuro recogido en un moño decoroso y su modesto uniforme abotonado hasta la barbilla. La esposa la había contratado, la había entrenado y ella mantenía la mirada modestamente baja. No hay nada en ella que excite a un hombre, que le haga querer darle un revés o levantarle el vestido e inclinarla. ¿Gritaría de terror o lo disfrutaría en secreto? Tal vez bajo esa mirada remilgada hacia abajo, sus ojos escaneaban sus regiones varoniles, deseándolo.

¡Suficiente! Había cosas importantes en su mente. Informes inquietantes de la ciudad. Desapariciones. Niños que no se presentaron a la escuela. Padres que no se presentaron a trabajar. Morosos que no estaban cuando los Escuadrones de Renuncia vinieron a cobrar. Vagabundos que deberían haber estado trabajando para liquidar sus sobregiros con sudor honesto en las plantaciones pero que en cambio no aparecían por ningún lado.

Por supuesto, algo de eso era normal, pero esto estaba yendo más allá de ese punto. Algo estaba pasando. ¿Pero que? Era como si hubiera algún veneno secreto trabajando, arrastrándose por las venas de la Mayordomía.

Tendría que descubrir qué era. ¡Lo eliminaría de raíz! Entró en su camerino y comenzó a ponerse la ropa.

Puede que los Primes fueran tacaños con las tropas, pero eran generosos con el suministro de drones. Culbertson provenía de la familia que los hacía. Ordenaría vigilancia con drones, establecería una red aérea y obtendría una fotografía de cada calle de Angel City.

Si hubiera algo mal, lo descubriría y lo destruiría.

Mientras tanto, utilizaría las tropas que tenía para fortificar las granjas locales.

Capítulo treinta y seis

Emily abrió una escuela. Como directora, reclutó a la señorita Ruby, cuya sólida presencia transmitía una fuerte sensación de seguridad.

Pero aunque la señorita Ruby seguía recordándole a Madrone a su abuela, su filosofía educativa no podría haber sido más diferente de la de Johanna. Hizo que los niños se sentaran en filas, con los pies debajo de las sillas, insistiendo en una concentración tranquila. Los equipos de trabajo habían recogido algunos libros infantiles y ella hizo que los mayores copiaran las historias para que los más pequeños practicasen la lectura. Emily venía y les enseñaba matemáticas, y durante horas cada día se esperaba que permanecieran sentados y quietos.

Algunos de los niños prosperaron en la atmósfera de calma y orden. Zap y Zoom, sin embargo, estaban constantemente en problemas. Tenían demasiada energía para quedarse quietos por mucho tiempo y muy poca capacidad para concentrarse.

A Bird le gustaba acompañar a los niños a la escuela todas las mañanas, sobre todo para asegurarse de que realmente fueran a clase. Una vez depositados allí, generalmente se quedaban. Pero también disfrutaba de pasar unos momentos con ellos antes de que comenzara el día. Las calles del Refugio estaban tranquilas y podía observar el progreso de los jardines y disfrutar de un momento de orgullo privado sin que docenas de personas clamaran por su atención.

“Compórtense ahora, ¿vale, muchachos? ¡Quiero escuchar un buen informe! Les dijo Bird mientras entraban corriendo al salón de clases. Sólo por un momento, escuchó su propia voz y le trajo un vívido recuerdo de su propio padre, acompañándolo al primer grado y dejándolo en la puerta con una severa advertencia. Odiaba el primer grado, con ese profesor de labios fruncidos que siempre los hacía cruzar las manos sobre sus escritorios.

Recordó a sus propios padres peleando amargamente sobre si debían mantenerlo en la escuela pública o enviarlo

a una privada. Eso fue antes del Levantamiento, antes de que la abuela de Madrone, Johanna, transformara las escuelas.

“Si creemos en las escuelas públicas, debemos mantener a nuestros hijos en ellas”, había dicho su padre.

“Pero Bird es demasiado inteligente para ellas. ¡Tiene talento!, objetó su madre, Brigid. “Él está aburrido. No pueden satisfacer sus necesidades”.

“Entonces tenemos que presionarlo, no sólo por él sino por todos los demás inteligentes que necesitan algo más”.

“Pero odiará la escuela. ¡Lo arruinarán... toda esa hermosa curiosidad! ¡Estás sacrificando a nuestro propio hijo por la política!

Había escuchado las peleas y había visto su oportunidad para emprender su propia campaña, que, según recordaba, implicaba imitar a la maestra cuando estaba de espaldas y hacer todo lo que ella le pedía muy, muy lentamente, como si se estuviera moviendo bajo el agua, e inventar canciones sobre ella que se difundieron por el patio de recreo. El final llegó cuando trajo un frasco de arañas para mostrar y contar que accidentalmente se escaparon y se extendieron por el salón de clases. Eran inofensivas, pero suficientes personas, incluida la maestra, estaban aterrorizadas por ellas como para evacuar la sala. ¿Cómo se llamaba? Señorita Darly, eso

fue todo. Lo suspendieron por dos semanas y al final de ellas, su papá cedió y lo envió a la academia de Johanna, donde no había escritorios y cada día era una aventura.

Un insurreccional de seis años, eso es lo que había sido. Ahora que lo pienso, esas semanas podrían haber sido una mejor preparación para este trabajo que todas las maravillosas experiencias de aprendizaje que siguieron. Había aprendido mucho sobre el poder y cómo contrarrestarlo.

¿Y ahora? Ahora seguía componiendo canciones sobre los poderosos. Pero en lo que respecta a Zap y Zoom, se había convertido en su propio padre. Quizás eso fuera inevitable. Tal vez le pasase a todo el mundo: esa voz paterna que se reproducía, transmitida de generación en generación, encapsulada como el ADN mitocondrial. Hace mucho tiempo, un simio en evolución se dejó caer de los árboles y le dijo a su descendencia: “¡Comportaos! Quiero escuchar un buen informe”. Y lo habían estado diciendo desde entonces.

La señorita Ruby arrinconó a Bird mientras dejaba a Zap y Zoom para sus lecciones matutinas.

“Señor. Bird, tengo un asunto pendiente contigo”, lo abordó.

“Si se trata de Zap y Zoom, estamos haciendo lo mejor que podemos”, dijo apresuradamente.

“No se trata de ellos, ¡se trata de ese predicador de mala vida y la cueva de serpientes que está cultivando!” Se plantó frente a Bird, con las manos en las caderas. “¡Tienes que hacer algo al respecto! Vinimos aquí para alejarnos de ese estiércol de toro retribucionista, no para reproducirlo”.

“Él tiene derecho a adorar lo que quiera, señorita Ruby”, dijo Bird en tono razonable. “Puede que a ti y a mí no nos guste, pero de eso trata la libertad de religión”.

“Sí, bueno, él no está predicando el amor de Jesús, te lo aseguro. Está predicando el odio al señor Bird y la señorita Madrone. Diciendo que son agentes del Diablo, enviados para seducirnos hacia caminos de abominación. Y todo este montaje es para que puedas conseguir que todos luchemos contra los Stewards por ti, y luego tú tomarás el control y nos gobernarás a todos”.

“Él puede decir lo que quiera”, respondió Bird bruscamente. “La gente no lo va a creer”.

“Oh, sí lo harán”, le aseguró la señorita Ruby. “La gente generalmente no es demasiado brillante. Si repites una mentira el tiempo suficiente, empieza a parecer cierta”.

“¿Qué hay de creer en sus propios ojos y oídos? Unas veinte veces al día la gente viene a mí y me dice: 'Bird, tú

decides esto' y 'Pájaro, dinos qué hacer al respecto', ¿y qué digo siempre? 'No soy el líder aquí; todos lo somos. ¿Qué opinas?'“

“Eso es parte del problema”, dijo la señorita Ruby. “No tomas el control y algunos se resienten por ello”.

“Tendrán que hacer cola detrás de los muchos que simplemente me odian”.

“Hay que abordar las mentiras, enfrentarlas de cara”, aconsejó la señorita Ruby.

“Pero si hago eso, sólo les estaré dando credibilidad”.

“Si no arrancas las malas hierbas, se apoderarán del jardín”.

Más tarde esa mañana, Zap y Zoom faltaron a la escuela, solo para ser acorralados por un equipo de trabajo y traídos de regreso. Escupieron a la señorita Ruby y la llamaron cabrona de mierda, y luego volvieron a salir corriendo. Pero logró atrapar a Zoom, lo puso sobre sus rodillas y lo apalizó.

Madrone estaba furiosa. Cuando se enteró de los azotes, se llenó de una ira tan grande que salió pisando fuerte del centro de curación en medio de un examen de una adolescente embarazada y corrió furiosa para enfrentarse a

la señorita Ruby. La encontró recogiendo los libros de texto y guardándolos con cuidado en los estantes que habían construido en el escaparate en ruinas que habían despejado como salón de clases.

Madrone se plantó en el camino de la señorita Ruby, con las manos en las caderas y los ojos centelleantes.

“¡Nunca te atrevas a pegarle a mis hijos!”, gritó ella.

“Necesitaban un buen golpe en el trasero”, dijo la señorita Ruby con calma.

“¡Ningún niño necesita ser golpeado!” Madrone escupió. “¡Especialmente no ese pobre niño abusado! ¿En qué estabas pensando, en nombre de Hella?

“Fue grosero y desobediente”. La señorita Ruby se mantuvo firme. “¡Necesitas enseñarle algunos modales!”

“¡Modales! ¡Hemos estado tratando de enseñarle durante malditos meses cómo tener una mínima confianza en otros seres humanos, cómo comer comida de personas, no patatas fritas, cómo esperar más de la vida que el abuso constante y una muerte temprana! ¡Y ahora vas y lo golpeas!

“Sobrevivirá”.

¡No lo harás si alguna vez vuelves a poner la mano encima de uno de ellos!

La señorita Ruby abrió mucho los ojos. La propia Madrone quedó sorprendida por la intensidad de su ira. Respira, se recordó. Ella dio un paso atrás.

“Él necesita aprender a concentrarse”, continuó la señorita Ruby con su voz enloquecedoramente tranquila.

“¡Está mortalmente aburrido con tus métodos de enseñanza arcaicos!” –espetó Madrone.

“He enseñado en la escuela durante treinta años, ¡creo que sé lo que estoy haciendo!” Ahora la señorita Ruby se estaba enojando. Sus labios se apretaron y sus ojos brillaron. Apretó los libros contra su pecho como un escudo. “¿Cuántas clases has impartido?”

“¡Mi abuela inició todo el sistema educativo en el Norte!” respondió Madrone, con los ojos brillando.

“¡Bueno, no estamos en el Norte!” Dijo la señorita Ruby con un movimiento decidido de la barbilla. “Estamos aquí y así aprenden estos niños, con algo de orden y disciplina”.

“*¡Caca de toro!* ¡Así aprenden a ser buenos pequeños esclavos!”

Bird había interceptado a un Zoom enojado y lloroso camino a cenar y escuchó la historia. Se dirigió al salón de

clases inmediatamente justo a tiempo para escuchar a la señorita Ruby gritar.

¡No vengas aquí con tus malas costumbres y empieces a devolvernos el Norte! Vuelve allí, si tanto te gusta. ¡No nos estás haciendo ningún favor!

Un siniestro zumbido llenó el cielo fuera del aula. Bird miró alarmado.

“¡Madroño!”, gritó el.

“¡Mantente al margen de esto!”, le dijo ella.

“¡Para! ¡Contrólate! ¡Llámalas!

Levantó la vista y vio un enjambre de abejas enojadas cayendo del cielo afuera, dirigiéndose hacia la puerta abierta.

¿De dónde habían venido?, se preguntó ella. ¿Las habían atraído los jardines? ¿Había colmenas en algún lugar de las profundidades de las Zonas de la Muerte, subsistiendo de recuerdos de flores?

Fueron como una gracia, un regalo inesperado, ¡y ella les irradió amor, aprecio y bienvenida! Por un momento, olvidó su ira, luego volvió a ella, amplificada diez veces por la ola de alarma e ira de la colmena, y su yo humano se disolvió en una gran necesidad abrumadora de proteger a la prole.

“¡Madrone!” La voz de Bird apenas llegó hasta ella, pero rompió el hechizo. Respiró hondo y trató de calmarse.

Bird cerró la puerta de golpe. La señorita Ruby abrió la boca para lanzar otra salva, pero Bird la silenció mientras abejas furiosas se lanzaban contra el cristal de los escaparates. Uno o dos de los insectos habían entrado al salón de clases y apuntaban a la señorita Ruby como balas. Bird la protegió, golpeándolas y, a causa de su acción, recibió una picadura en la oreja y el labio. Los ojos de Madrone estaban cerrados, estaba profundamente concentrada.

El enjambre flotó en espiral, un pequeño torbellino de abejas, y luego se fue volando.

“¿Qué fue eso en el nombre de Jesús?” Preguntó la señorita Ruby.

“Manténgase en su lado afable”, aconsejó Bird.

“Si quieres que la gente tome sus propias decisiones, tienes que dejarles tomar sus propias decisiones. Si los pones a cargo de algo, debes dejar que se hagan cargo”. Bird hablaba a través de labios que se habían hinchado al doble de su tamaño normal, en una cabeza cuya oreja izquierda lucía un bulto del tamaño de una toronja. Yacía en una cama de plataforma en una de las salas de tratamiento del centro de curación, y Madrone, arrepentida, le aplicó arcilla en las

picaduras. “¡*Mierda*, podrías haberla matado! ¡Y a mí también!”

“¡Pero es de los niños de lo que estamos hablando!” ella objetó. “Esta es toda nuestra generación futura. No van a aprender así. ¡También odiarán la escuela y el aprendizaje!”

“Bueno, ahora tienes a la señorita Ruby tan irritada que no hay muchas posibilidades de discutirlo, al menos no por un tiempo. Sólo retrocede un poco, ¿de acuerdo?”

“¡Abejas, Pájaro! ¡Aquí hay abejas y eso me da esperanza!” dijo, acariciando y cubriendo su oreja con arcilla.

“¡Eso no te da licencia para usarlas como tu escuadrón de ataque personal! ¡Madrone, tienes que controlar esa cosa!”

“¡Ella golpeó a nuestro hijo! Ella golpeó a nuestro hijo... ¡y a ti no te importa!, cargó Madrone.

“¡Me importa! Pero admítelo, has querido hacer exactamente lo mismo cientos de veces. ¡Ay!”

Madrone golpeó la arcilla con movimientos que estaban lejos de ser suaves. “¡Nunca quise pegarles! ¡Matarlos, tal vez, pero no golpearlos!”

Ella se aferró a su ira, atesorándola como una brasa que podría encender. Porque tan pronto como dejara que se apagara, sabía que comenzaría a sentirse disgustada y

avergonzada. Pájaro tenía razón. Tenía que controlar la mente-abeja, no dejar que ésta se apoderara de ella. ¿Pero cómo? No había nadie que la guiara, la entrenara. ¿Cómo se suponía que iba a entrenarse cuando las exigencias del Refugio le agotaban cada gramo de energía y devoraban cada momento de su tiempo?

Se encontró enojándose de nuevo. La ira era mejor que quejarse, se dijo. Pero más que eso, su ira representaba algún instinto profundo y primario de madre osa. Esos niños molestos y desagradables que ella misma había considerado mocosos, de alguna manera se habían vuelto queridos para ella a pesar de todo. Su rabia era una medida de su amor.

“Son sólo niños pequeños”, dijo. “Niños pequeños que llevan dentro grandes fardos de dolor. Necesitan amor y paciencia para abrirse y dejar esas cargas. ¡No violencia!

“¡Pero no puedes atacar así a la gente! Tú eres la sanadora aquí. ¿Qué pasa si necesitan acudir a ti en busca de ayuda?

“¿Qué, se supone que debo ser, un recipiente santo, tranquilo y sin emociones?”

“¡Ay!” Bird volvió a gritar. “¿Cómo es que siempre termino siendo yo el que sale herido en estas peleas?”

“¡Tal vez porque no tienes el suficiente sentido común como para mantenerte al margen de ellas!”

–¿Crees que sería mejor si la señorita Ruby estuviera aquí tumbada convertida en un alfiletero?

“No”, admitió.

“¿Qué tal si dices: 'Gracias, Bird, tus rápidos reflejos y tu acción intrépida y desinteresada salvaron el día?’”

“¿Qué tal si te preparo algo para bajar la hinchazón?” sugirió en un tono más suave. “A menos que prefieras ir al Consejo luciendo como un extraterrestre del planeta Edema”.

Ella se inclinó y trató de besarlo, pero él se dio la vuelta.

“No he terminado”, dijo. “No estoy listo para hacer las paces. O incluso para besarnos”.

“Esto es puramente medicinal”, le aseguró ella, saboreando una gota de sudor en su frente. Cerró los ojos y dejó que sus sentidos de abeja trabajaran en el sabor, la firma del veneno de abeja y las hormonas aceleradas. Una gota de sudor de miel se formó en su mancha de abeja.

“Puedes lamer eso”, le dijo. “O puedo convertirlo en una tintura”.

Se inclinó y le tocó la frente con la lengua. Su cercanía, su aroma, el calor que irradiaba su cuerpo lo invadió y de repente quiso abrazarla, besarla y achucharla, todo eso

mezclaba dulzura y aguijón agudo. Dejó que sus brazos siguieran su propia voluntad y la acercaron.

“Uno llega a tener sentimientos. Incluso puedes tener opiniones”, susurró. Sintió que la hinchazón empezaba a desaparecer de su cara, pero fue contrarrestada por una nueva hinchazón, un dulce palpar que sintió en su eje. ¡Diosa, él la deseaba! Él estaría feliz de ascender en espiral, persiguiéndola en un loco vuelo nupcial. Incluso si la consumación le arrancara las entrañas.

“Oh, gracias, gran padre”, murmuró.

Se obligó a retroceder y puso una mano de distancia entre ellos. Porque esto es importante, se dijo. No sólo para nosotros, sino para este Refugio. Esto podría deshacer todo nuestro trabajo.

“Pero ten cuidado con cómo lo expresas”, prosiguió. “¡Desde que hiciste lo de las abejas, has tenido un temperamento como el de una avispa!”

“¡Yo no!”

“Tú sí.”

“¡No!”

“¡Sí!”

“¡Tengo un temperamento increíblemente dulce, considerando lo que tengo que soportar!” Ella respondió bruscamente, aunque en algún lugar muy profundo sabía que él tenía razón.

“Nombra una cosa”.

“¡Tú! ¡Tú, con todo tu mal humor, tu mirada ceñuda y tu andar por ahí como Heathcliff⁴¹ en los páramos!, contraatacó ella.

“¡No estoy de mal humor!”

“¡Lo haces!”

“¡No!”

“¡Lo haces, lo haces y lo haces! ¡Te pones de mal humor y te cierras y te regodeas en tu trastorno de estrés postraumático!

“¡No tengo trastorno de estrés postraumático!” Gritó Bird. Él se alejó de ella, su estado de ánimo hecho añicos.

“¡Visto para sentencia!” dijo con aire de triunfo.

41 Heathcliff es un personaje de ficción de la novela de Cumbres Borrascosas (1847), escrita por Emily Brontë. Hombre amargado, extraño y hosco, es acogido y criado en su infancia por la familia Earnshaw.

“¡Y si lo hago, lo he logrado honestamente! ¡Ahora déjame en paz!

“¡Enfurruñado! ¡Con el ceño fruncido! Excluyéndome”.

“¡No te estoy excluyendo! ¡Solo te cuido!”

“¡No, no lo haces!”

Se quedaron de pie, gritándose el uno al otro, cara a cara. Estaban tan enojados que todo lo que pudo hacer fue controlar sus manos, para evitar que la agarraran por los hombros y trataran de hacerla entrar en razón. Se habían gritado durante un buen rato hasta que de repente, como si hubiera pasado una borrasca, ambos se quedaron en silencio. Había un rubor rojo bajo el color canela de sus mejillas, sus ojos oscuros ardían pero también estaban húmedos, como si la estuvieran alejando de él, hundiéndose en las olas de su furia.

Instintivamente extendió la mano hacia ella y de repente una sonrisa comenzó a jugar con las comisuras de su boca apretada. ¿Por qué estaban peleando, de todos modos? Una sonrisa de respuesta comenzó a animar sus labios, y luego se rieron, rieron tan fuerte que las lágrimas brotaron de sus ojos, y él cerró los brazos alrededor de ella y presionó sus labios contra los suyos. La abrazó fuerte, fuerte, y ahora quería más que nada abrirse, dejar que ella infundiera cada célula de él, penetrándolo como él hacía cuando hacían el

amor. Para abrir esas heridas oscuras y purulentas, que no dejaba ver a nadie, ni siquiera a él mismo.

Madrone sintió que algo se estaba abriendo en él. No podía dejarlo ir, ni siquiera por un momento. Pero logró cerrar la puerta del centro de curación y conducirse a ambos a una de las camas. Se abrazaron como bailarines lentos. Ella lo atrajo hacia abajo y de alguna manera se quitaron la ropa y se entrelazaron, piel con piel.

Él estaba cálido contra ella, caliente, como si su piel pudiera fusionarse, y luego estuvo dentro de ella, y ella lo rodeó, se mecía con él y le ordeñó el dolor. Cada vez más cerca, como si pudieran disolver cada límite y separación en el gran calor abrasador.

Cuando terminaron, ella todavía lo abrazaba y él comenzó a sollozar. Sollozos grandes, profundos y ahogados, como si tuvieran que abrirse paso a través de una barrera de hormigón. Ella lo abrazó mientras él lloraba las lágrimas que sabía que hacía mucho que necesitaba llorar. Ella lo abrazaría y lo tocaría en los lugares profundos y heridos y con su amor lavaría el dolor y la vergüenza.

Estaba tratando de hablar, pero seguía ahogándose con las palabras.

“¿Qué es? ¿Qué es?”, murmuró ella. “Tú puedes decirme cualquier cosa.”

“No puedo... no puedo”. Él se atragantó; por un momento ella temió que dejara de respirar por completo. Pero se obligó a pronunciar las palabras.

“No puedo volver allí”.

“Lo sé”, dijo.

“No puedo regresar, sentarme en el jardín y darte el bebé que deseas. Los decepcioné, Madrone. Los decepcioné a todos”.

No, no lo hiciste, quería decir. Quería discutir con él, razonar y hacerle entrar en razón. Pero ella fue lo suficientemente inteligente como para permanecer en silencio.

“Me entregué a ellos. Me rompieron.”

Ella simplemente lo abrazó y lo dejó llorar. Era una herida profunda y, aunque estaba lejos de sanar, al menos ahora estaba abierta y desbrida por sus lágrimas ardientes.

“La ciudad no me perdonará”, pronunció Bird las palabras como un juicio, uno que había pronunciado una y otra vez en su propia cabeza.

“Te perdono”, dijo Madrone.

Le dio unas palmaditas en el hombro. “Eso es dulce.”

“Eso no lo hace mejor”, reconoció.

“No lo empeora”, dijo.

“¿Te perdonas a ti mismo?”

“Tal vez. Con el tiempo. Cuando haga algo para merecerlo”.

“No. No funciona de esa manera. Nunca harás lo suficiente para merecerlo. Podrías liberar todas las Tierras del Sur, y las Tierras del Corazón, la Costa Este, el Giro y Panasia, y nunca será suficiente”. Ella se echó hacia atrás y lo miró, con toda la intensidad de la mirada de una abeja, observando las energías que se arremolinaban a su alrededor y dentro de él, su coraje rojo brillante y su dolor oscuro. “El perdón no es algo que se gana. Es algo que das. ¿Eres lo suficientemente valiente y generoso como para dártelo a ti mismo?”

“No lo sé”, admitió.

“Estamos aquí, en el corazón de la Ciudad Refugio, donde todas las deudas son perdonadas. ¡Todas las deudas! ¿Cómo puedes guiarnos si no perdonas las tuyas?”

Ella tomó sus manos entre las suyas y las juntó como lo hacían durante la Ceremonia del Perdón. “Acepta la promesa. Di las palabras después de mí, incluso si no las crees. Yo, Bird, me perdono...”

Permaneció en silencio durante un largo, largo momento. Él iba a resistirse, pensó, y a aferrarse al dolor porque, de algún modo, dejarlo ir significaba finalmente aceptarlo, la pérdida y el fracaso.

Pero por fin habló.

“Yo, Bird, me perdono...”

“Por ser humano...”

“Por ser humano...”

“Y susceptible al dolor...”

“Y susceptible al dolor...”

“Ante elecciones intolerables...”

“Ante elecciones intolerables...”

“Hice lo mejor que pude.”

“Hice lo mejor que pude.”

“Sigue diciendo eso”, susurró Madrone. “Lo creas o no. Sigue diciéndolo”.

“La Ciudad no me lo perdonará. No lo olvidarán”, susurró Bird.

Su única respuesta fue rodearlo con sus brazos, un pequeño y cálido círculo de absolución.

Capítulo treinta y siete

Cuanto más al sur iba el Ejército de Liberación, cuanto más se acercaba a Angel City, mejor defendidas estaban las plantaciones. Los guardias patrullaban los perímetros en turnos dobles. Las instalaciones y antenas de comunicación ya no estaban expuestas, sino enterradas bajo tierra. Los complejos no estaban protegidos sólo con unos pocos hilos de alambre de púas, sino con muros de hormigón y barreras de alambre de púas.

“Los Stewards lo entendieron al revés, si le preguntas a este sojuh”, dijo River. “Deberían fortificar las granjas periféricas, no las cercanas. Entonces serían protección para las granjas locales. Ni el mismo diablo podría desenterrarlas”.

“Tienes una mente estratégica”, le dijo Cress. Le sorprendió cómo alguien que había aprendido en sólo un par de meses a leer más que un memorándum podía captar tantos elementos esenciales de táctica y estrategia. River parecía tener un sentido innato para muchas cosas, cómo reunir a sus tropas para obtener la mejor ventaja, cómo utilizar el terreno, cómo crear el elemento sorpresa.

En cuanto a él, estaba cansado. Cansado de la rutina, cansado de esforzarse más allá de lo soportable, animándose a enfrentar el miedo sombrío de cada ataque, relajándose hacia un lugar seguro sólo para saber que tendría que acelerar nuevamente mañana y pasado. Estaba listo para regresar a casa, o mejor, quedarse aquí y trabajar con el Gremio de Agricultores para restaurar la tierra. Miró el desierto, con sus sutiles oleajes y contornos, y vio pantanos para capturar agua y franjas de acacia y mezquite. Por las noches se tranquilizaba imaginando fiestas de cosecha en las que molían algarrobas y mezquites hasta convertirlos en harina y hacían tortitas endulzadas con gelatina de frutos de tunas⁴². Sacaría su vieja guitarra y cantaría canciones para los niños, niños que serían sus hijos, algunos de ellos, suyos y de una mujer sonriente cuyo rostro aún no estaba claro...

42 La tuna es una planta de la familia de las cactáceas, conocida en España como chumbera, y sus frutos higos chumbos.

Pero no, no estaba preparado para eso.

Porque no era cierto que no pudiera ver el rostro de la mujer de sus sueños. Tenía cara. El rostro de Valeria. Él todavía no estaba listo para renunciar a ella.

Se había despedido de Flo en la ciudad con una mezcla de leve arrepentimiento y alivio. Había mujeres en las filas que le lanzaban miradas llenas de humo y le acosaban con tazas de té y miradas esperanzadas. Pero aquí, en este camino polvoriento con el Ejército, prefirió mantener su enfoque claro.

El enfoque trajo recompensas. Cansado como estaba de la lucha, los resultados fueron emocionantes. Después de un mes y medio, la primera de las zonas liberadas apenas comenzaba a producir pescado y microverduras. Más miembros del Gremio de Agricultores y una horda de adolescentes en su año de servicio social habían bajado para plantar árboles y cubrir cultivos que brotaban de las lluvias invernales. Los rebaños de ovejas del desierto pastaban intensamente la hierba nueva, comían el techo de paja, removían el suelo, lo fertilizaban y luego pasaban al siguiente prado. El Gremio de Constructores excavó la tierra para construir nuevas viviendas que estuvieran protegidas del calor del verano y enseñó a los liberados cómo construir sus propias casas de paredes gruesas de arcilla y paja.

Ahora, cuando se acercaban a una nueva operación, Cress exploraba el terreno con visión doble. Un ojo veía sus posibilidades y desafíos militares, el otro planeaba la captación de lluvia y los desvíos y zanjas de escorrentía.

Podría ser una ventaja, pensó, tener un comandante militar que también fuera un hidrólogo clave en el Gremio de las Aguas. Cuando cavaron trincheras para cubrirse, las puso en curvas de nivel para que, cuando llegaran las lluvias, capturaran agua y la infiltraran en la tierra. Cuando necesitaron un búnker, lo construyó para que se convirtiera en una piscina efímera una vez que cesaran los combates. Cuando ubicaron un puesto de vigilancia en un terreno elevado, construyó túneles que podían canalizar el agua hacia las crestas y rehidratarlas. Cuando excavaron líneas eléctricas enterradas, les pidió que arrojaran la tierra suelta en terraplenes cuesta abajo para recoger la escorrentía. Le complacía que incluso al prepararse para la guerra ya estuvieran regando la paz venidera.

“Entonces, ¿cómo crees que atacaremos esta?” le preguntó a River. Estaban acostados boca abajo en una colina baja mirando hacia la plantación que era su próximo objetivo. Estaba fuertemente fortificada y se asentaba en medio de una extensión de terreno llano que no ofrecía ninguna cobertura útil.

River se encogió de hombros. “Podríamos ir a la puerta y pedir amablemente que nos dejen entrar”.

“¿O?” Cress barrió la zona con sus prismáticos, observando la puerta blindada y reforzada y las altas vallas. Le entregó los binoculares a River.

“Podría trepar por la pared, si no fuera por todo ese alambre de púas en la parte superior. Y los francotiradores”. River le devolvió los prismáticos y señaló un par de torres altas que lucían cofas⁴³ donde los soldados montaban guardia.

“Sí, no podemos olvidarnos de los francotiradores”, coincidió Cress. “No quiero que se sientan menospreciados de ninguna manera”.

“Podríamos cavar por debajo”.

“Están los francotiradores, ¿recuerdas?”

“Podríamos cavar desde muy atrás y estar a cubierto cuando lleguemos al muro”, sugirió River.

“Es mucha tierra para palear. Y en esta arena, los túneles no aguantarán bien”.

43 Cofa: meseta colocada horizontalmente en el cuello de un palo para fijar los obenques de gavia, facilitar la maniobra de las velas altas en un barco, y antiguamente, también para hacer fuego desde allí en los combates.

“Podríamos montar algún tipo de escudo. Podríamos tomar la parte superior de algunos de esos autos chatarra. Cuatro hombres por capó, dos la sostienen, dos excavan debajo. Si haces un túnel debajo de suficiente pared, tal vez se derrumbe. Pero si lo haces solo un poco, llevas a ese cabrón al paraíso.

“Una 'tortuga'”, dijo Cress. “Los antiguos romanos usaban una formación así. Te lo dije, tienes una mente estratégica. Y cuando entremos, ¿luego qué?

“Pedirles amablemente que se rindan”. Sonrió River.

“¿O?”

“O tomar los cuarteles, liberar a los esclavos por deudas, rodear el comando central y esperar a que salgan”.

“¿Y si no salen?” –Preguntó Cress.

“Esperar un poco más. O abrirse camino para entrar.

–¿Y si mientras tanto piden refuerzos por radio?

River se encogió de hombros. “Que llamen. Han estado llamando todo el tiempo. No viene ningún ejército. Quizás los Stewards ya no tengan un ejército. La mitad del ejército está aquí con nosotros. Tienen problemas en Angel City, problemas en las colinas. Si el ejército viene, tiene que

cruzar el paso y tomar este camino. Este ejército está preparado para ellos”.

Al final, idearon un plan.

Cress se sintió desnudo y vulnerable mientras caminaba hacia la puerta, tratando de proyectar una confianza que no sentía. Estaba protegido desde arriba por un capó metálico de un viejo BMW, sostenido en alto por postes. Llevaba un poste y otros tres combatientes llevaban los demás. Pero no se sentía protegido. Se había ofrecido como voluntario para este trabajo porque no confiaba en que Smokee mantuviera la calma y porque confiaba en que River sería mejor que él a la hora de comandar la fuerza de ataque. El plan era peligroso, incluso imprudente, pero eso no le importaba. Lo que le preocupaba era la sospecha de que pudiera resultar una estupidez terminal.

La puerta era una reja de barras de metal incrustadas en la cara de hormigón de la pared. Se abría en el centro hasta la mitad para los peatones, y en todo su ancho para automóviles y camiones. Su puño hizo un ruido metálico y hueco mientras golpeaba las barras.

“¡Abrid!” gritó con la voz más fuerte que pudo. “¡Abran y admitan al Ejército Libertador! Declaramos esta plantación

zona liberada. Rendíos y habrá un lugar para vosotros en nuestra mesa”.

El fuego láser le respondió. El escudo brillaba al rojo vivo. Él y sus *compas* se agacharon debajo de él. Cuando los disparos cesaron por un momento, Cress se lanzó hacia adelante para golpear de nuevo la puerta.

“¡Abrid!”, llamó. “¡Esta es vuestra última oportunidad!”

Una nueva ráfaga de fuego láser acentuó su grito. Oyó el chisporroteo al golpear el escudo, y luego un grito de terror y un ruido sordo. Algo pesado aterrizó sobre el escudo al rojo vivo. Los gritos le partieron los oídos cuando el escudo fue derribado por el golpe. Él y los soldados se apresuraron a ponerse detrás de él, mientras los gritos se hacían más fuertes y luego se calmaban hasta convertirse en un gemido rítmico y terrible. Cress miró desde detrás del capó, que habían levantado como una barricada frente a ellos. En el suelo yacía una mujer joven, vestida con los harapos de una esclava por deudas, con el costado derecho terriblemente quemado y ennegrecido, la pierna izquierda doblada hacia atrás y una mano arañando el suelo como si buscara un asidero que le permitiera salir de allí, de este infierno.

Él miró hacia arriba. En lo alto del muro había una fila de esclavos por deudas, con las manos atadas. Detrás de cada uno había un guardia o supervisor.

“¡Libera esto!” Gritó un guardia y empujó a un anciano de la pared. Cayó, gritando de terror y agitando las piernas. Se escuchó un ruido sordo cuando cayó al suelo y se quedó tumbado, gimiendo, con espuma roja gorgoteando entre sus labios.

“¡Ahora váyanse a la mierda, mamones!” –gritó el guardia.
“¡O liberarán un montón de huesos!”

“*Mierda*, ¿qué hacemos?” siseó el soldado junto a Cress.

“Ganemos tiempo”, dijo Cress. Se sentía enfermo. La mujer seguía gimiendo, aunque débilmente. El anciano se había quedado en silencio, con los ojos vidriosos.

Sosteniendo su escudo ante ellos, se arrastraron lentamente hacia atrás.

“¡Más rápido!” –gritó el jefe de guardia.

“¡Nos estamos retirando!”, respondió Cress. Paso a paso, retrocedieron hasta la larga trinchera que el Ejército de Liberación había cavado en la base de una pequeña elevación del terreno. Llamarlo colina sería una exageración. Su suave pendiente podría recoger un poco de lluvia en una tormenta, pero ofrecía pocas ventajas para un ejército atacante.

Justo antes de llegar a la trinchera, oyeron un gemido y el ruido de disparos de rifles.

“¡Zambúllete para cubrirte!”, gritó Cress y se metieron en la zanja, pero no lo suficientemente rápido como para escapar del fuego que los perseguía. Cress escuchó un gorgoteo y un grito ahogado, luego un chorro de sangre y algo gris lo bañó. Se arrojó detrás de la barricada baja cuando el cuerpo del *compa* que acababa de estar a su lado cayó al suelo. Cress resopló, estornudando sangre y motas de materia gris que se dio cuenta con horror que eran el cerebro del hombre. ¡*Diosa*, iba a enfermarse otra vez! Pero no podía ceder ante eso ahora, tenía que seguir gritando órdenes.

“¡A cubierto! ¡Escudos en lo alto!

Las balas rebotaron en sus escudos y el fuego láser puso el metal al rojo vivo. Sostuvieron las capuchas con piedras y se protegieron las manos con los harapos de sus uniformes. Una lluvia de balas golpeó los escudos como una lluvia maligna. Algunas encontraron grietas y aterrizaron en carne viva, y los gritos de los heridos hendieron el aire.

Cress se pegó a la pared de la zanja. Se sentía enfermo de terror, inmovilizado aunque realmente no había nada que pudiera hacer incluso si hubiera sido capaz de reunir la voluntad para hacerlo.

“¡*Madre de Diosa*, por favor, por favor, por favor!” No estaba seguro de si estaba orando dentro de su cabeza o en voz alta, de todos modos no podía oír nada excepto el

zumbido de las balas y los gritos de los desafortunados. No estaba seguro de a quién o qué estaba rogando, lo único que sabía era que no podía soportar esto. En un momento su corazón explotaría. Luchó contra el loco impulso de saltar de la trinchera y ofrecer su cuerpo a la lluvia de fuego, sólo para terminar de una vez.

Y entonces las balas cesaron.

Los gemidos y gritos continuaron, pero no se oyeron más disparos de rifle ni disparos láser.

Escuchó una orden gritada y otro fuerte grito seguido de un ruido sordo. Con cautela, se asomó por debajo de la cubierta de su escudo y vio otro cuerpo volar desde la pared.

Luego, los prisioneros atados en la pared y los guardias se balanceaban juntos, empujándose hacia adelante y hacia atrás en una danza macabra.

De repente, el propio jefe de guardia dejó escapar un grito y cayó hacia atrás. Hubo una pausa, un momento de quietud en el que todo pareció detenerse y hasta los gemidos de los heridos quedaron suspendidos entre respiraciones.

Uno a uno, los guardias retrocedieron, dejaron caer sus armas, se arrodillaron y se alejaron arrastrándose de la pared.

Entonces la puerta se abrió de golpe y River y sus tropas hicieron una seña.

“¡Despejado!”, gritó él.

Funcionó, pensó Cress.

River y sus tropas habían cavado durante la noche, apuntalando sus túneles hasta casi llegar a las murallas fortificadas. Luego, aunque Cress y su tripulación representaban una distracción, lograron abrirse paso.

Saltó de la trinchera y corrió hacia adelante, con el ejército detrás de él.

Entraron en masa en el recinto donde el pelotón de River tenía acorralados y atados a los guardias. Otros combatientes treparon al muro para liberar a los rehenes que aún vivían y ayudarlos a bajar.

Este complejo no era una colección improvisada de viejas chozas o granjas restauradas. El cuartel era un búnker de hormigón gigante, sin ventanas y cubierto con láminas de metal y alambre de púas. El centro de mando era una cúpula baja de hormigón, excavada en el suelo, con una puerta de metal que sellaba la abertura. Un anillo de emplazamientos de armas rodeaba la cúpula, pero River ya había enviado a sus tropas para sellarlos y romper los ojos de cristal de las cámaras que vigilaban en cada dirección. El mando podía

estar seguro en el interior, pero también estaban inmovilizados.

“Buen trabajo”, le dijo Cress a River.

River se encogió de hombros. “El plan funcionó. Pero esto, un comando central como este, tiene que tener una salida en alguna parte. Quizás haya túneles que conduzcan hacia allí.

Cress asintió. “Enviaremos exploradores a buscar una salida y los atraparemos cuando escapen”.

“Tal vez. Podría estar en cualquier lugar. A una milla de distancia. Diez millas. Podría enlazar con la siguiente plantación”.

De repente oyeron un chillido estridente. Una joven que había sido rescatada de la pared se agarró el cuello y tenía la boca echada hacia atrás por el dolor. Los gritos resonaron a su alrededor, y desde los barracones de cemento resonó un gran grito, amplificado en lugar de amortiguado por las paredes, como si las mismas rocas estuvieran siendo torturadas. Mientras observaban con horror, la mujer se retorció y arqueaba, su cuerpo se sacudía en convulsiones, su terror y dolor se perdían en la agonía de la muerte. Antes de que pudieran moverse, ella se estremeció y se quedó quieta, con un agujero negro y humeante ardiendo en su nuca.

“¿Qué Jesús fue eso?”, exclamó uno de los reclutas de la gente de la Ciudad.

River y Cress corrieron hacia el cuartel. Smokee ya estaba allí, sus Valquirias derribando la puerta con un poste que habían arrancado de la valla circundante.

Entraron en una cámara de terror. Los dormitorios estaban llenos de cadáveres recientes, cada rostro retorcido en una mueca de dolor. Cada cuerpo congelado en su último abrazo por la vida, algunos de ellos arañaban sus cuellos quemados donde yacían incrustados los fragmentos, otros agarraban la mano de otro en un último abrazo inútil.

Cress se abrió paso entre ellos y tropezó hasta los arbustos para vomitar.

Incluso River parecía aturdido, de pie contemplando la carnicería. Sin hablar.

Smokee miró los cadáveres y sintió un horror enfermizo. Pero debajo había algo más, casi una sensación de triunfo, de reivindicación. Como si su propio dolor secreto se hiciera ahora visible para que todos lo vieran.

Sí, esto, esto es lo que parece, pensó. No es algo en mí. Está aquí, fuera de mí.

Ella sabía lo que tenía que hacer. Llamó a que trajeran a los prisioneros, a los guardias que habían cogido del muro. Les

ataron las manos, les confiscaron las armas y los alineó contra la pared, donde sabía que uno de los últimos ojos de vigilancia ilesos captaría sus rostros pálidos y sus ojos llenos de miedo.

“Sabes, aquí en el Ejército de Liberación somos un grupo amable”, dijo en tono conversacional. “No nos gusta lastimar a nadie, realmente no nos gusta matar. Capturamos una granja, dejamos que los liberados nos digan quién merece vivir y quién morir. Pero aquí eso no es una opción”.

Ella sacó su pistola. Se sentía bien en su mano, cómoda, familiar. La acercó a la frente del primer guardia, que era joven y rubio, con ojos azules que giraban hacia atrás con terror.

“Esto es por la mujer en la pared”, dijo, y apretó el gatillo.

Él se dejó caer y ella dio un paso atrás para evitar el chorro de sangre. Caminó hacia el segundo guardia, cuya piel bronceada ahora tenía un tono gris de miedo.

“Esto es por el viejo”, dijo y disparó.

Mientras él caía, ella se paró frente al tercer soldado. Miró a los ojos de color marrón oscuro que parecían retroceder y retirarse incluso cuando levantó el hocico y dijo: “Esto es por lo que vemos a nuestro alrededor”.

Debería detenerla, pensó River, pero parecía que no podía moverse.

El cuarto soldado era joven, más joven que ella. Su piel cremosa se había vuelto blanca como la muerte, sus pecas resaltaban como semáforos. Tenía los ojos cerrados.

“Abre los malditos ojos”, le dijo Smokee. “Bolas de gelatina. Si eres feliz de repartir la muerte, echa un buen vistazo a la tuya”.

Él parpadeó y la miró con ojos azules que parecían contener no sólo miedo sino una pena infinita.

“Esto es por Ellis y Mary Carmen Dawson”, dijo.

Nunca supo qué la hizo dudar, sólo un segundo, antes de disparar, qué la hizo mirar una vez más esos ojos. Tal vez fue la anticipación del placer, esa oleada de poder que llegó cuando se apagaron las luces y el miedo se vació en la oscuridad. Pero los ojos que la miraban de repente dejaron de tener miedo. Más bien parecían sorprendidos y confundidos.

“¿Cómo sabes quiénes eran mis padres?” preguntó.

Ella se detuvo, repentinamente fría.

“¿Tus padres?” dijo ella, indignada. “¡Tus malditos padres no! ¡Los míos!”

Él la miró de nuevo, fijamente, como si la viera por primera vez.

Su mano temblaba y de repente todo su cuerpo temblaba. River salió de su trance y le quitó el arma de una mano que no se resistía.

“Suficiente”, dijo. “Expusiste tu punto”.

“¿Smokee?” el soldado susurró tentativamente, y luego otra vez, con seguridad, “¡Smokee!”

Estaba dando vueltas en el tiempo, corriendo por la playa con un niño pequeño con una galaxia de pecas en su piel blanca, muy blanca y sus ojos azules que reflejaban el mar.

–¿Travis? dijo suavemente, sin poder creerlo. El asintió.

Ella no sabía qué hacer. Quería tomar su mano y correr con él, hacia el desierto y las estrellas lejanas, lejos de toda la muerte y matanza hasta que volvieran a ser jóvenes en la playa. Y quería abofetearlo y preguntarle cómo se había convertido en un enemigo, en un asesino.

Al mismo tiempo, ella lo sabía. Sabía que él no había tenido otra opción, como tampoco la había tenido ella. De repente se sintió invadida por la vergüenza. ¿Qué había hecho? ¿En quién se había convertido? ¿Cómo había llegado su propio hermano pequeño a encontrarla en el momento en que ella se había convertido en una asesina de hermanos?

River sacó un cuchillo y cortó las ataduras de Travis, y el joven agarró a Smokee y la abrazó. Ella se aferró a él, sintiéndose casi mareada, como si diferentes versiones de sí misma se tambalearan a su alrededor. Una vez había una niña que era sorprendentemente buena en álgebra y estaba enamorada de Danny McIver. Tenía una madre que la había ayudado a coser parches de flores en su colcha vieja y manchada. Su familia compartía una habitación grande con una estufa y un fregadero a lo largo de una pared, y ella siempre había mantenido su rincón muy ordenado, con todo guardado en su propio lugar. Tenía un par de zapatillas rosas que su madre había rescatado de un contenedor de basura y limpiado. Su padre tenía un trabajo nocturno además de su trabajo diurno para que ella pudiera permanecer en la escuela. Tenía un suéter rojo que su madre había tejido a crochet con una vieja manta afgana. Tenía una mejor amiga llamada Mary Lou y un hermano pequeño molesto que cantaba hasta dormir todas las noches con los jingles⁴⁴ de las pantallas de vídeo y se peleaba con los chicos del pasillo.

Y ella fue una criatura en una jaula, un trapo para recoger los derrames de sojuhs, un pedazo de basura usado que ni siquiera podía morir.

44 Un jingle es un tema musical pegadizo o canción breve utilizada con fines publicitarios.

Y todo eso lo había borrado, con la pistola en la mano. Ahora era una Valquiria, una furia, una vengadora. Había recuperado su vida y su poder.

Pero no pudo recuperar a la chica de las zapatillas rosas. Este asesino pecosito que tenía ante ella, ¿cómo podía ser al mismo tiempo el enemigo y el chico de la playa?

“¿Entonces, qué hacemos ahora?” –Preguntó Cress. Se sentó con Smokee y River alrededor de una pequeña fogata en las afueras del complejo. Estaban observando al ejército cavar tumbas en un terreno más elevado que Cress había identificado como poco probable que inundara o lixiviera toxinas de las aguas subterráneas.

Dejaron suavemente descansar cada cadáver con oraciones y dolor. Había una serie de sacerdotes, sacerdotisas, rabinos, imanes, ministros y capellanes que acompañaban al Ejército de Liberación, y uno a uno administraban los últimos ritos y oficiaban los servicios a los muertos mientras continuaba el triste desfile de cadáveres.

Los guardias que se habían salvado estaban encantados de pagar por sus vidas con información. El Consejo de Mando sabía ahora que menos de diez guardias custodiaban el búnker.

Pero no sería fácil sacarlos. Los técnicos se habían puesto a trabajar en sus sistemas, pero aún no habían podido vulnerar sus cortafuegos.

“Están pidiendo refuerzos”, dijo Cress con tristeza. “Y quién sabe qué más tenían planeado. Por lo que sabemos, podrían presionar un botón y volarnos a todos por los aires”.

“Que llamen”, dijo River. “Los peces gordos ya saben que las plantaciones han sido afectadas. Tarde o temprano, tendrán que enviar su ejército, y este es un buen lugar para encontrarlo. Construido como una maldita fortaleza.

“No con un nido de serpientes enterrado en el medio”, objetó Cress. “Si podemos sacarlos, entonces sí, podría ser una gran base delantera. Pero con ellos ahí, controlando la *Diosa* sabe qué tecnología, todos podríamos despertar muertos mientras dormimos.

“De hecho, creo que deberíamos tener la mayor parte del campamento del ejército afuera, dejar un equipo mínimo aquí para proteger el búnker. Por lo que sabemos, todo el lugar está minado”.

Smokee permaneció en silencio. Su cabeza todavía daba vueltas. La noticia de su reencuentro con su hermano se había extendido por el campamento y los liberados estaban entusiasmados. Ofrecía esperanza a todos los que habían perdido a sus familias.

Ella no sabía qué sentir. O mejor dicho, sabía lo que debía sentirse: feliz. Pero en algún lugar parecía haber perdido la capacidad. Todo lo que pudo reunir fue un asombro vacío, que drenó parte de la furia que la había sostenido. Por dentro, se sentía fría, cansada y desinflada. Su hermano no era el niño que ella recordaba con ojos brillantes, corriendo por la playa.

De hecho, apenas recordaba la playa. Se sentaron juntos, frente a tazas de chai que la cocina les preparó, y trataron de hablar.

“¿Te acuerdas?”, había preguntado, vacilante, como si estuviera a punto de exponer la parte más preciosa y vulnerable de sí misma. “Fuimos a la playa una vez”.

Él simplemente la había mirado con ojos de mármol azul, vacíos como piedras.

Lo que recordaba eran los panqueques de su madre, de los que ella se había olvidado. O si los recordaba, era sólo que a veces, durante semanas, eso era todo lo que comían: panqueques para el desayuno, panqueques con un poco de carne picada, cuestionable, o unos cuantos granos de queso para el almuerzo y la cena, su madre los llamaba “crepes”, pero eran panqueques, hechos con un afortunado saco de harina de veinticinco libras que su padre había adquirido a precio de ganga.

Pero Travis recordaba que su madre les daba formas, les ponía orejas de conejo o caras de gatito, y que a veces los espolvoreaba con una preciosa capa de azúcar. Él sonrió ante ese recuerdo, y por un momento el fantasma de ese niño pequeño correteó por la arena.

No sabía qué les había pasado a sus padres. El terrible día en que la llevaron a los rediles, a él lo arrojaron al ejército. Él no quería hablar de eso, pero ella sabía por las historias de otros cómo era eso. Golpeaban a los nuevos reclutas para enseñarles respeto: Travis era un niño que nunca en su vida había sido golpeado por sus amables padres. Hacían que los chicos se golpearan unos a otros. A veces escogían a alguien pequeño y afeminado y obligaban a los otros a matarlo a golpes. Después de eso todo eran ejercicios, entrenamiento y patatas fritas y, cuando crecían lo suficiente, la sala de recreación.

Había sido muy joven, sólo doce años. Y ella acababa de cumplir catorce años. Y ahora debía tener, ¿qué? Unos quince. Un hombre joven, pero todavía un niño, en realidad. Un chico entre una cohorte de chicos, como los que ella había ejecutado con tanta altivez, con apenas un flequillo de pelo en la barbilla. Pero ese era un pensamiento incómodo; ella lo apartó.

“Podemos desenterrarlos, podemos ahumarlos o podemos esperar a que desaparezcan”, estaba diciendo Cress.

“No podemos cavar. Esos cimientos, de hormigón sólido, son profundos”, objetó River.

“¿Ahumarlos?”

River lo consideró. “Explota la puerta, echa gas somnífero y luego entra. Podrían tener máscaras. Podría ser un maldito desastre”.

“Entonces esperamos”, dijo Cress. “Dejaremos tropas atrás para mantener la guardia y seguiremos adelante”.

River negó con la cabeza. “No me gusta”. Se volvió hacia Smokee.

“¿Qué piensas?”

“¿Qué?” Levantó la vista, su mente todavía estaba claramente a kilómetros de distancia. “Lo siento.”

“¿Por qué no te tomas un descanso?” dijo Cress. “Ve a pasar un tiempo con tu hermano”.

“Pasé tiempo”. Habían tomado una hora de esa larga tarde caminando por el desierto. Pero después de su primera ronda de ¿te acuerdas?, les resultó difícil encontrar algo de qué hablar. No podía contarle sobre su tiempo en los rediles. Todavía estaba demasiado crudo. Pero verlo le devolvió todo lo que había perdido, quién había sido antes.

Ella no era una hermana mayor tan alegre. Y él ya no era su dulce hermanito. Ella era una asesina y él lo había visto. Pero él no parecía culparla ni guardarle rencor.

Después de todo, él también era un asesino.

Se sintió triste, muy triste, por ese niño y esa niña en la playa. Ahora se sentían más perdidos que nunca para ella.

“No hay nada que hacer”, dijo finalmente River. “Tenemos que ahuyentarlos. Quizás sea costoso, pero tenemos que hacerlo. No podemos correr el riesgo de dejarlos ahí, y éste es el mejor lugar hasta ahora para montar una defensa cuando llegue el ejército.

Cress asintió. Miró a Smokee, que estaba sumida en sus propios pensamientos. “¿Tú o yo?”

River negó con la cabeza. “Más allá de ese punto en el que tú y yo hacemos todas las operaciones. El ejército necesita un general, y tú eres mejor en eso que en operaciones. Sin ofender. Pero no te entrenaste para ello como un sojuh.

“Eres mejor general que yo”, objetó Cress.

“No conozco esa mierda de pantano”.

“Eso no es estrictamente generalizar. Eso es más ingeniería ambiental. Lo hago porque simplemente no puedo evitarlo. Pero tú eres el que tiene la mente estratégica”.

“Y también fui entrenado para entrar y eliminar al enemigo”.

Pero cuando River intentó reclutar a su antigua unidad para que lo respaldara, se enfrentó a una rebelión. Estaban terminando de cenar en la tienda de la cocina, demorándose con las tazas calientes de chai de hierbas que preparaban los cocineros. Al principio los antiguos sojuhs hacían muecas y lo escupían, pero con el tiempo se acostumbraron y algunos incluso lo disfrutaron, algo caliente para entrar en calor cuando las noches se volvían frías.

“Mala idea”, dijo Ace. Dejó su propia taza y señaló con un dedo largo y delgado el pecho de River. “Comandante”. Ace se señaló después a sí mismo con el dedo. “Sojuh. Estos tubos hacen la operación. Es hora de que estos luchadores se diviertan un poco”.

“No es divertido”, dijo River. “Es probable que maten a algunos sojuhs”.

Ace se encogió de hombros. “Sin peligro, no hay diversión. Sojuhs nacidos para morir. Todos nacen para morir. Pero si el comandante muere, la campaña se va a la mierda. Confía en la unidad”.

River negó con la cabeza. “Aquí no hay comandantes. ¡Hay democracia!”

Ace se rió. “En el ejército no hay democracia. Alguien tiene que ser el jefe y dar las órdenes”.

“Bueno. ¡Te ordeno que hagas la operación conmigo!, sonrió River.

“El comandante no dirige las operaciones. Tiene que seguir con vida para dar las órdenes”.

River reconoció que había perdido la discusión. Y en el fondo, sabía que Ace tenía razón. Simplemente no quería admitirlo, porque eso significaría que efectivamente se había convertido en alguien más de lo que jamás había esperado. No sólo una persona real, sino importante.

Eso me parece mal. No es lo que se suponía que debía ser.

Se suponía que él era quien debía enfrentar el peligro, si había peligro que enfrentar. Se suponía que debía soportar el dolor si había dolor que soportar. Si había un trabajo sucio y desagradable que hacer, se suponía que él era quien debía hacerlo.

Los Sojuhs no se convertían en líderes del ejército de Stewards. Al menos no los razas. Los líderes procedían de los Primes y Subprimes, aunque de vez en cuando, algún recluta talentoso podía ascender de rango. Pero los razas siguieron siendo aquello para lo que fueron criados: subordinados, prescindibles. Herramientas y armas.

Pero ahora estaba en un tipo diferente de ejército, donde se *había* convertido en líder. Alguien en quien los luchadores confiaban y al que seguirían. Alguien responsable ante algo más que ante sí mismo.

Así que asintió hacia Ace. “Bueno. Tú haces la redada. Tú la planificas”. Ace sonrió, empujó su cuerpo largo y delgado hacia atrás de la mesa y se alejó para encontrar el resto de la unidad y hacer su plan.

River esperó con Cress mientras los hombres hacían un agujero en las puertas metálicas que sellaban el búnker y lanzaban gas somnífero. Enmascarados, protegidos con chalecos de Kevlar que les habían quitado a los guardias muertos, entraron.

Y River esperó. Caminó por el perímetro de las paredes, revisando periódicamente su radio para escuchar las comunicaciones. Pero las paredes de hormigón del búnker bloqueaban la transmisión y todo lo que obtuvo fue estática.

River odiaba esperar. Habría preferido estar con la unidad respirando gas y polvo y esquivando disparos láser que quedarse afuera, sin saber lo que estaba sucediendo.

La tensión creció y creció, hasta que no pudo soportarla. Se pondría el traje y se dirigiría él mismo al búnker para descubrir qué carajo estaba pasando.

“No puedo soportar esto”, le dijo a Cress, quien había salido al exterior para caminar con él. “Tengo que entrar y descubrir qué pasa”.

Cress lo agarró del brazo. “No, no lo harás”.

River se sacudió el brazo con brusquedad. “¡No toques a este luchador!”, advirtió el.

“Sólo digo”, Cress respiró hondo y mantuvo la calma, “tomaste una decisión y debes cumplirla. Ace tiene razón. No puedes hacer todas las operaciones peligrosas. Ahora juegas un papel diferente”.

“No quiero jugar”, dijo River y pateó una piedra contra la pared y se alejó hacia los desiertos de tierras de cultivo, lejos del búnker.

No se había dado cuenta de que estaba buscando a Kit, pero regresó al campamento y la encontró en la cocina, pelando patatas para la cena. Él se cernió sobre ella, tropezó alrededor de la tienda de la cocina y derribó una bandeja de pimientos. No podía decir lo que quería decir, que era: déjalo, ven a hablar conmigo, abrázame, te necesito. Ni siquiera a sí mismo. Todo lo que pudo hacer fue pisotear, maldecir y suspirar profundamente hasta que ella finalmente miró hacia arriba.

“¿El luchador consiguió los cangrejos?”, preguntó ella. “¿Te pica todo?”

“A este luchador le gusta pelear”, dijo. “No esperar.”

“Es mejor esperar que pelear”, dijo. “La lucha hace que maten a un sojuh, tarde o temprano”.

“¿Te importaría?” preguntó esperanzado. “¿Te importaría si matan a este luchador?”

Ella se encogió de hombros. “¿Por qué no?”

“No '¿por qué no?' ¡Simplemente di 'sí' o 'no'! Su voz se elevó.

“El ejército necesita que su comandante esté vivo”, dijo.

“¿Pero qué hay de ti?”

Hablaba en voz alta, casi gritando. Todos los demás cocineros los miraban fijamente, algunos con ávido interés, otros con fastidio. Kit dejó su recipiente con patatas y se levantó.

“Dar un paseo”, dijo.

Caminaron juntos hacia los campos desiertos, llanos, blancos y áridos. Por encima de ellos, el cielo despejado parecía oprimir sus cabezas.

“Aún estoy esperando una respuesta”, refunfuñó River.

“¿Qué tubo quieres?” Ella lo observó de cerca. Estaba electrizado por la tensión, su piel brillante por el sudor, su respiración acelerada. Ella sabía lo que eso significaba. Un luchador tiene necesidades, le habían dicho toda su vida. ¿Realmente la mataría satisfacerlas? Ella no lo deseaba, no podía imaginarse realmente deseando a alguien que la manoseara y resoplara, pero él no sería lo peor que había soportado, y le gustaría hacer algo para hacerlo feliz, algo para pagarle su esfuerzos de cortejo y amabilidad. Y después de todo, eso debía ser lo que él quería de ella, al final. ¿Por qué no dárselo?

“Luchador muy nervioso”, dijo. “Quizás necesites la sala de recreación”.

“No más sala de recreación”.

“Ahí está la glorieta”, dijo. Así lo llamaban aquí. Un nombre diferente, y la diferencia clave, en realidad, era que nadie estaba obligado a ir. Era una tienda de campaña grande, apartada, y ella nunca había estado en ella. Pero iría con él si eso lo calmara.

“¿Quieres ir conmigo?” preguntó esperanzado.

“No me harás daño”.

“¡No digas eso! Sólo dime, ¿quieres ir conmigo?”

“Esta cocinera dice que lo hará”.

“¡Di 'yo', maldita seas! ¡Solo di 'yo'!

“Yo.”

“¿Yo que?”

“Yo lo haré.”

“¿Pero quieres?”

“Quiero, quiero... ¿qué importa? Yo digo que voy, voy”. Ella no lo entendió. ¿Qué le pasaba? Ella le había ofrecido lo que él quería, lo que tenía que querer. ¿Qué más podría haber?

River la miró furioso, frustrado. En ese estado de ánimo, podría tirarla al suelo y tomarla allí mismo, en el suelo del desierto, con agujas en el trasero, sólo por frustración. ¿Por qué no podía simplemente responder una maldita pregunta, decir Sí, me gustas o No, no me gustas? Tal vez porque en realidad no le gustaba. Ella simplemente lo estaba aguantando, como la habían moldeado para aguantar a los hombres, o usándolo para recuperar a su bebé, o porque él era el comandante y las otras chicas la admiraban. ¡Maldita perra!

Había sido muy cuidadoso con ella, tratándola con tanta delicadeza como un escuadrón antiexplosivos desarmando una mina, sin empujarla ni presionarla, deseando que ella viniera a él, como las mujeres en el Templo del Amor, para verlo y conocerlo y confirmarlo con su deseo. Pero ella no lo

entendía. Sólo veía a otro sojuh, otro usuario. Bueno, ¡que se joda! Él la usaría.

Él la agarró y metió las manos por sus pantalones sueltos, agarrando su trasero, empujando su pelvis contra la de ella. Ella permaneció pasiva, sin resistirse pero sin responder, y eso lo enfureció aún más. No, esto no era lo que quería, aunque podía sentir que su polla comenzaba a hincharse con la sensación de poder. Se sintió retroceder, deslizarse hacia lo que solía ser. Y sintió una repentina sensación de pánico. Si se dejaba llevar hasta allí, quizá nunca regresaría al lento y difícil ascenso hacia la personalidad. Ella lo estaba derribando, con su oferta, con su estoica placidez.

Él la alejó de sí. Con demasiada brusquedad, de modo que cayó con fuerza, justo en el costado de uno de los cactus espinosos. Dejó escapar un pequeño grito y luego lo ahogó como hacían las chicas cuando sentían dolor.

“Kit”, dijo débilmente. “Kit, ¡lo siento!”

Pero ella se alejó de él en busca de ayuda y ya no lo miró. Él le ofreció la mano, pero ella lo ignoró. No sabía qué hacer. ¿Debería obligarla físicamente y violarla? ¿O dejarla allí sentada en su sufrimiento? Mierda, ¿qué había hecho?

En ese momento llegó Cress corriendo. “Han vuelto”, llamó, y luego vio a Kit. “*Diosa*, ¿qué pasó?”

“Ella se cayó”, dijo River. Se sintió sencillamente desdichado. Se dio la vuelta y dejó que Cress ayudara a Kit a levantarse. “Voy a buscar un médico”. Se alejó y luego echó a correr, como si pudiera huir de la escena, de su dolor, de sí mismo.

La incursión tuvo éxito, pero a un precio. De hecho, los guardias que estaban dentro estaban equipados para el gas, y los sojuhs habían tenido que abrirse camino a través de la batalla. Todos los guardias estaban muertos, y tres miembros de la antigua unidad de River se unieron a ellos. Ace tenía una profunda quemadura con láser en el muslo derecho, la carne ennegrecida y arrugada hasta el hueso, y un chamusco en la cara y el ojo izquierdo. Los médicos lo sedaron y le aplicaron hielo, preparándolo para transportarlo de regreso al Norte, a la Ciudad para recibir tratamiento.

River se acercó y se paró a su lado, mirando hacia la forma inconsciente. ¿Había sido divertido?, se preguntó él. Ace era lo más cercano que River tenía a un amigo, pensó, y ahora se iba, y había arruinado su asunto con Kit sin posibilidad de reparación, y estaba solo. O tal vez siempre había estado solo, desde aquel momento en que lo arrancaron de los brazos de su madre. Tal vez siempre estaría solo, atrapado en algún lugar entre raza y persona, casi real pero siempre

en riesgo de retroceder, capaz a veces de elegir y otras veces incapaz de hacer nada más que reaccionar.

O tal vez eso era lo que significaba ser una persona. La soledad.

Capítulo treinta y ocho

Durante un interludio, sería una abeja, sumergiéndome en el corazón aterciopelado y perfumado de una flor. O un cuervo, dando vueltas y zambulléndose, haciendo giros en el aire, volando cabeza abajo. O un albatros, planeando sobre las grandes corrientes de aire de océanos lejanos, durmiendo con la cabeza metida bajo un ala. Tan pacífico, tan tranquilo, aunque supongo que tendría mis tormentas, mis salvajes ráfagas de viento.

Sería algo ligero, con plumas, un pájaro cantor en las grandes rutas migratorias del continente.

O tal vez simplemente un simple pájaro de carne. Una Cruz de Cornualles, como la que solíamos levantar de vez en cuando. Nacido para comer. Salir tambaleándose del montón de pollitos nocturnos para atiborrarse todo el día

y volver a dormir. Pronto se volvería demasiado pesado para hacer mucho más.

Sí, serían unas vacaciones después de mi última vida. Sin hacer dieta. Sin privaciones. Unas pocas semanas y luego ¡vaya! Que le corten la cabeza y sigamos con la siguiente aventura.

Pero di mi lealtad a una Diosa para quien la muerte lleva al renacimiento, la decadencia a la regeneración. No es un final, sino un ciclo.

Y entonces descubro que incluso en la muerte tengo responsabilidades.

Es tarea de los ancestros vigilar, advertir.

Aunque la situación había sido mala cuando los líderes de los profetas celebraban servicios durante el tiempo de asamblea, empeoró cuando cambiaron las fechas de sus reuniones y comenzaron a asistir a las asambleas. Un pequeño grupo de ellos parecía obstaculizar cualquier decisión a tomar. Se opusieron, bloquearon, discutieron sin cesar. Se fijaban en puntos menores y los convertían en cuestiones importantes, y parecían decididos principalmente a impedir que se decidiera algo o se avanzara. Las reuniones que ya eran desafiantes se convirtieron en ejercicios de frustración.

“Estábamos discutiendo la *Declaración de las Cuatro Cosas Sagradas*”, dijo Emily. Ella estaba coordinando y facilitando la gran asamblea general en la plaza principal. “Bird y Madrone nos contaron su historia, cómo unió a la gente después del Levantamiento en torno a cosas en las que todos podían estar de acuerdo. Y se ha sugerido que tal vez queramos adoptarla. Estoy abriendo la discusión ahora. Preguntas e inquietudes. Profeta Jed, veo tu mano. No es necesario que le pegues a tu vecino en la cara. Pero primero daré voz a las personas que no han hablado a menudo”.

El profeta Jed se sentó, se cruzó de brazos y frunció el ceño, mientras un hombre delgado y calvo se levantaba y hablaba.

“Con el debido respeto, soy un científico. ¿Dónde está la evidencia de que la Tierra es un ser vivo, y mucho menos consciente?

Madrone miró a Emily, quien asintió con la cabeza. Se levantó.

“Yo también soy una científica. Sé que las personas que elaboraron la *Declaración* se basaron en su propio misticismo y mucha sabiduría indígena. Pero el racionalismo científico es propiamente un sistema de creencias. Y hay muchas cosas que no tiene en cuenta. Mis propias formas de curación incorporan la medicina occidental, pero algo más, algo que funciona con energías y conciencia. No hay que

negar lo racional. No es necesario creer en la *Declaración*. Pero si pudieras suspender la incredulidad y probarlo, verías qué podríamos hacer con ello”.

El hombre delgado asintió pensativamente y se sentó. Muy al fondo, estaba una mujer rolliza con cabello negro azabache y piel canela. Su nombre, recordó Bird, era Faith Prophet, y era una de las seguidoras de Jed, posiblemente parte de su harén.

“¿Dónde está Dios?” preguntó con voz acusadora. “¿Dónde hay lugar para Dios en su *Declaración*?”

Esa fue la señal de Janus. Ella se levantó de un salto y empezó a declamar. “Dios, Diosa, Dios es extraño y la Diosa es aún más extraña. Dios está en todas partes, en cada cuidado, en cada oso, un oso de muy poco cerebro, desnuda tu piel y todos somos iguales...”

“¡Gracias, Jano!” Emily gritó fuertemente. “Ahora siéntate y le daremos el turno a otra persona para hablar. ¿Recuerdas de qué hablamos?”

La señorita Ruby le había advertido severamente a Janus que la expulsarían del Consejo si hablaba fuera de turno. Ella arrugó los labios, como para atrapar palabras en su interior, pero se sentó.

Emily asintió con la cabeza hacia Bird, quien se levantó y habló. “Dios está donde quieras ponerlo. Si quieres creer en

un Creador que hizo la tierra, el aire y las aguas, eso depende de ti. Simplemente no queremos legislar lo que la gente tiene que creer. Por mi parte, creo que si Dios se tomara la molestia de crear el mundo, querría que honrásemos las fuerzas que sostienen nuestras vidas”.

El profeta Jed ya había tenido suficiente. “¡Abominación!” gritó.

“Estás fuera de turno”, objetó Emily.

“¡Déjalo hablar! ¡Déjalo hablar! Gritaron sus seguidores.

“¡Que espere su turno como todos los demás!” –exclamó la señorita Ruby.

“¡Espera tu propio turno! ¡Estás fuera de turno!

“¿Dónde está Jesús en su Declaración?”

A medida que avanzaba la discusión, Madrone notó una presencia oscura que permanecía en silencio al borde de la reunión. Rafael, uno de los Ángeles, observaba a la multitud, con una postura relajada pero alerta, como un gato listo para saltar. Cada curva de sus músculos esculpidos estaba acentuada por sus ajustados jeans oscuros y su camiseta negra. Sus rasgos perfectos eran impasibles, su cabello rubio brillaba como un sol pálido visto a través de una ventana helada.

Atrajo muchas miradas encubiertas: miradas de admiración de los adolescentes, miradas cautelosas y asustadas de sus mayores que los alejaban. La multitud se separaba a su alrededor como filamentos de agua evitando una roca. Se encontraba en su propio espacio libre en medio de la multitud.

Cuando vio a Madrone, asintió levemente e hizo una seña. Ella se acercó a él con cautela, sin saber exactamente cómo saludarlo. Rafael era uno de los Ángeles que la había salvado cuando los Stewards asaltaron la versión de refugio de Katy. Y la habían abandonado cuando más ayuda necesitaba, dejándola sola con un ejército de policías y guardias persiguiéndola. ¿Se lo agradecía o lo condenaba?

Pero Rafe no le dio oportunidad de hacer ninguna de las dos cosas, ni saludó, ni “¡Oye, Madrone, me alegro de verte después de todo este tiempo!”. En cambio, simplemente hizo un gesto con su mandíbula perfecta y ladró tres palabras cortas.

“Beth dice que vengas”.

Rápidamente se despidió de Bird en un susurro, le dejó instrucciones apresuradas para los niños y siguió a Rafe por el túnel trasero de la entrada y por un camino en zigzag a través de las calles en sombras hasta una camioneta negra que esperaba en un callejón. Un ángel silencioso la conducía. Ella y Rafe se agacharon mientras la furgoneta avanzaba por

calles laterales y callejones para evitar los puestos de control en las vías principales. Rafe guardó silencio y Madrone no intentó entablar conversación con él.

Estaba agradecida por el transporte. Era una larga caminata hasta casa de Beth, o un peligroso paseo en bicicleta. Pero se sintió aliviada cuando terminó el viaje y la camioneta se detuvo en una esquina de una calle a pocas cuadras de la casa de Beth. Podía entender por qué los Ángeles eran quienes eran, pero aun así la inquietaban profundamente.

La mujer estaba encorvada en la cama de invitados de Beth, doblada en posición fetal, con la piel pálida y húmeda como una ostra, pero ardiendo. Su cabello rubio plateado estaba pegado a su cuello en mechones laxos, y gemía de dolor, más allá de toda comunicación o consuelo.

“¿Podemos darle la vuelta?” –Preguntó Madrone. Ella y Beth estaban juntas junto a la cama de la mujer. Beth asintió y suavemente aflojó las manos de la mujer de sus rodillas. Juntos la pusieron boca arriba.

En realidad, era una niña, pensó Madrone. Parecía tener apenas más de catorce años, lo que significaba que probablemente era más joven aún, porque el cabello plateado, los rasgos perfectos y la piel blanca como la

porcelana proclamaban que era una mascota, criada para el placer y el dolor, y en su mayoría estaban agotados cuando llegaban a la adolescencia. A menos, por supuesto, que fueran rescatados primero y llevados con los Ángeles. Como rescataron a esta pobre niña y la llevaron a Beth para que la ayudara cuando comenzaron sus dolores.

“Todo va a estar bien, cariño”, murmuró Beth. “No tengas miedo. La sanadora está aquí y te curará”.

Madrone esperaba fervientemente que eso fuera cierto. Puso una mano sobre el vientre de la niña y buscó su fuerza vital a través de una camisa de gasa manchada de color melocotón.

“Ha sangrado algo, pero no demasiado”, dijo Beth esperanzada. “Pero estos terribles calambres...”

Madrone asintió y cerró los ojos, sintiendo con sus sentidos internos. Colores brillantes, carmesí y dorado, pero entretejiendo a través de ellos una siniestra mancha de gris verdoso. Un pequeño globo de luz, atrapado en un tubo estrecho, que se abre camino contra una masa grisácea.

“Sospecho que se trata de un embarazo ectópico”⁴⁵, decía Beth.

45 Un embarazo ectópico es una complicación del embarazo en la que el óvulo fertilizado o blastocito se desarrolla en tejidos distintos de la pared

Madrone llevó su conciencia a la habitación y llevó a Beth a un lado a la cocina, fuera del alcance de la niña.

“Ectópico”, estuvo de acuerdo. “Pero ella es una masa de infecciones y enfermedades venéreas. ¿Gonorrea, tal vez? ¿Clamidia? No lo sé, rara vez las vemos en el Norte. No estoy tan familiarizada con sus firmas”.

Beth suspiró. “Probablemente todo lo anterior. ¿Puedes hacer algo por ella?

“¿Aquí? ¿O en un quirófano estéril y bien equipado?

Beth simplemente se encogió de hombros. Ambas sabían que un hospital no era una opción para un Ángel ilegal.

Madrone consideró las opciones. Un embarazo ectópico era aquel en el que el óvulo fertilizado no lograba descender por la trompa. En cambio, el feto en crecimiento se había implantado en el propio tubo, donde quedó atrapado. Incluso en el Norte, con todos sus recursos, era una situación difícil de manejar. Operarían, extraerían el feto e intentarían salvar el ovario y la trompa. Pero aquí, en condiciones no estériles, y dado el nivel de infección que ella sentía que ya tenía la niña, eso sería una sentencia de muerte.

uterina, ya sea en la trompa de Falopio, en el ovario, en el canal cervical, en la cavidad pélvica o en la abdominal.

Quizás sería mejor ahorrarle eso y simplemente dejarla morir, tratando de aliviar su dolor. Pero ella se resistía a la idea. Iba contra la corriente rendirse tan fácilmente.

De vuelta en la habitación, la niña se había vuelto a hacer un ovillo, envuelta alrededor de su centro de agonía. Madrone le puso una mano suave en la espalda, mientras Beth le cantaba. Sintió su conciencia para *ver* con su visión de sanadora.

Esa pequeña bola de luz emitía un gemido punzante y agudo, un chillido de miedo y frustración. Aún no es humano, aún no es consciente, sólo la vida se fuerza a sí misma en una resistencia desesperada a la muerte.

Bueno, puedo ayudar a que pase la chispa del bebé, pensó. Ella misma era luz, una esfera de colores cambiantes, y se envolvió alrededor de la chispa, acunándola como una madre acunando a un bebé. Luego comenzó a moverse hacia la luz mayor.

“Mamá, Johanna, Gran Madre, ayudadme”, murmuró. “Recibe esta vasija para un alma y ayúdala a hacer el paso”.

Había dos grandes pilares, uno negro y otro blanco, y más allá de ellos había una fuente de resplandor, brillante y caliente como un fuego en una noche fría. Era demasiado brillante para ella, no podía mirarlo, pero sintió unas manos cálidas sosteniéndola, olió el aroma de los cuerpos de las

mujeres, sintió su comodidad y calidez. Se acercó más y más hacia la puerta, hasta que llegó al umbral y abrió su abrazo. La chispa se escapó de su alcance y se disolvió en la luz mayor.

Pero el daño fue hecho. El tubo estaba desmenuzado y dentro de él el grano de carne que se estaba formando ya estaba empezando a descomponerse. Criaturas grises, parecidas a insectos, se arrastraban sobre él en un frenesí de alimentación.

De mala gana, Madrone perdió la conciencia. Ella abrió los ojos y sacudió la cabeza.

“Podemos probar antibióticos, si tenemos algunos de amplio espectro”, dijo. “No me gusta usarlos, pero en algunos casos es la mejor opción. Quizás si podemos combatir la infección su cuerpo reabsorberá el feto. No es probable, pero existe la posibilidad. Mientras tanto, démosle lo que tengas para el dolor.

Madrone complementó los antibióticos con miel mezclada con una gota de su propia bebida de abeja. Beth le dio a la niña un sedante y ella se relajó y durmió.

Se retiraron a la pequeña cocina de Beth en la habitación contigua y Beth puso a hervir el té.

“Lo siento”, dijo Madrone.

“Hiciste todo lo que pudiste”.

“Sólo otro pobrecito cuya vida sería un infierno de todos modos”, dijo Madrone con amargura. “La mayoría de la gente diría que no fue una gran pérdida. Y me preocupo por mí misma. Me preocupa que me resulte demasiado fácil sentirme así”.

“Es eso o volverte loca”, dijo Beth. “Nadie puede soportar todo el dolor”.

“Me estoy cansando. He oído demasiadas historias de terror. Ni siquiera siento indignación, sólo una especie de letargo”.

“Eso se llama supervivencia”, le aseguró Beth. “No se puede andar en un estado de ira perpetua”.

“Y cuando sale a la superficie, tengo problemas para mantenerlo bajo control”, admitió Madrone. “Bird dice que desde que pasé por la iniciación con las abejas, he desarrollado un temperamento cruel”.

“Posiblemente.” Beth llenó la taza con la tetera hirviendo. El aroma a menta llenó la habitación. “Por supuesto, puede que haya algunos otros factores en juego. Como la invasión, la guerra y el nivel general de terquedad con el que nos enfrentamos todos los días”.

“Existe eso”, admitió Madrone. “La vida no ha sido exactamente tranquila y pacífica. Justo cuando el Norte empezaba a calmarse, vinimos aquí”.

“¿Lo extrañas?”

“Creo que lo que más extraño es esto”, le sonrió Madrone. “Amistad. Alguien con quien hablar que entienda y no intente arreglarlo”.

“No todos los pacientes pueden salvarse”, dijo Beth. “No todas las injusticias pueden remediarse. Eso lo aprendes desde el principio y lo aceptas, o perderías la cabeza”.

“Siempre hay gente a mi alrededor, siempre queriendo algo, clamando por mi atención”, dijo Madrone, sintiendo el alivio de dejar que todo se derrame. “Y estoy dentro y fuera de la mente de abeja y de lo astral la mitad del tiempo, y siempre me reclaman para que le diga a alguien la dosis adecuada de lomatium⁴⁶, o cómo envolver el tobillo en una venda. Pero no debería quejarme. ¡Estoy agradecida por mis poderes curativos, en realidad!”

46 El lomatium es un género de plantas de la familia Apiaceae. Consta de unas 100 especies. Sus nombres comunes incluyen perejil indio, perejil del desierto y perejil de la India. Tradicionalmente, se le ha utilizado para limpiar el tracto respiratorio y aliviar las dificultades para respirar. Esto lo convierte en una hierba valiosa para aquellos que buscan mantener pulmones sanos y un sistema respiratorio adecuado.

“¡Receto una dosis regular de queja!”, sonrió Beth. “Es un placer que no pueden racionar. ¿No tienes amigos que te escuchen entre los refugiados?”

“Simplemente cabreé a mis mejores amigos”, dijo Madrone. “Lo del temperamento otra vez”.

Beth puso otra taza de té de menta delante de ella. “¿No eres sanadora? ¡Cura eso!”

Madrone suspiró y tomó un largo sorbo de la bebida picante y caliente. “Podríamos ser amigas, ¿no crees?” –le preguntó a Beth.

“Creo que somos amigas”.

“Ya sabes a qué me refiero: el tipo de amigas que salen a caminar y hablan sobre sus casos difíciles y sus vidas amorosas. ¡Anhelo eso! Anhelo la normalidad. Estaría feliz de ser la audaz Hera revolucionaria por el resto de mi vida si pudiera tomarme un descanso. Unas semanas de té, charlas y consuelo, en un mundo diferente”.

Beth le dio unas palmaditas en la mano. “Incluso aquí, la gente se crea pequeños espacios de normalidad. En cierto sentido, para eso vivimos, y a eso nos aferramos cuando nos quitan todo lo demás. Así que déjame rellenarte la taza y podrás contarme todo sobre tu vida amorosa. Desearía poder corresponder, pero ha sido un período de sequía muy, muy largo”.

Madrone sonrió. “Eso sería lindo. Pero probablemente sería más relevante hablarte sobre el Refugio y la ayuda que necesitamos. Estamos creciendo día a día y las necesidades médicas están más allá del alcance de lo que puedo manejar. Tenemos algunas enfermeras más, pero no las suficientes. Y ningún otro médico todavía.

Beth asintió. “Aún así, los médicos son demasiado valiosos para el sistema; tienden a asegurarse de que no se hunda por completo. Entonces, ¿quieres que reclute para ti?

“Seguramente te encontrarás con algunos médicos que necesiten un refugio. Te diré cómo encontrarnos... y no en poesía.

“¿Y si voy yo misma?”

“Podrías dirigir el centro de curación”, dijo Madrone con entusiasmo. “Podrías volver a ser médico”.

“Mis habilidades están oxidadas”.

“Probablemente no estés tan oxidada. Sé lo que haces. De todos modos, no hacemos cirugía cerebral, principalmente primeros auxilios, apoyo nutricional, atención de heridas, ese tipo de cosas”.

“Soy útil aquí. Pero tal vez no por mucho más tiempo. Creo que la casa está siendo vigilada. No te siguieron, ¿verdad?

preguntó ansiosamente Beth. “¿Después de que los Ángeles te dejaran?”

Madrone negó con la cabeza. “Para ser una sanadora inocente, me he vuelto muy buena en cosas como asegurarme de que no me sigan”.

“Probablemente sea mejor que no vengas con frecuencia”, dijo Beth. “Por mucho que disfrutaría esos paseos y tazas de té.

Madrone asintió.

“Beth, no puedo prometerte que el Refugio estará a salvo para siempre. Ni siquiera puedo prometerte que ganaremos aquí. Pero si crees que necesitas refugio, no esperes demasiado para venir. Si esperas hasta el último minuto, cuando los soldados estén en la puerta, puede que sea demasiado tarde”.

La niña murió. La revisaban cada cuarto de hora y encontraron que su respiración se hacía cada vez más débil y su piel más sonrojada y caliente. Pero ella durmió y ya no sufría. Beth y Madrone le tomaron la mano y le cantaron mientras ella se alejaba. Cuando Madrone cerró los ojos, volvió a ver las puertas. Y la niña era una niña pequeña, con los ojos muy abiertos, vestida de blanco, joven y feliz como nunca lo había sido en la vida.

“No tengas miedo”, murmuró Madrone. “Vas a ser mecida en los brazos de la Madre. Déjate llevar y entrégate al amor”.

La niña soltó sus manos y corrió hacia el resplandor. La chica que había en la cama dio un último y áspero jadeo, el estertor de la muerte, y falleció.

“Que el viento lleve dulcemente su espíritu...” Madrone inició la oración por los difuntos.

“Le facilitamos el paso”, dijo Beth. “Si los Ángeles no la hubieran traído aquí, habría muerto abandonada en las frías calles, con terribles dolores, asustada y sola”.

“¿Vale la pena arriesgar tu vida por eso?”

“Oh sí.”

Madrone se fue con Oldjohn, uno de los montañeses, poco antes del amanecer. Él apareció por la noche y le pidió que fuera al campamento con él y examinara algunos casos críticos.

Oldjohn se llamaba así por su calva y su barba canosa, aunque aún no tenía cuarenta años. Pero las vidas de los maquis pagaban un alto precio. Como algunas tribus paleolíticas, su esperanza de vida era corta y cualquier persona mayor de treinta años era un anciano. No obstante,

Oldjohn estaba en forma y era fuerte y escaló laderas empinadas sin siquiera respirar con dificultad, mientras Madrone jadeaba detrás.

Aquella noche se sentó alrededor del fuego, bebiendo una escasa ración de agua y masticando una taza de guiso de bellotas. Me estoy ablandando, pensó, acostumbrada a nuestra abundancia de agua en el Refugio, las verduras frescas, el ocasional bocado de pescado del sistema de acuaponía que habían instalado en uno de los patios. Ahora sentía las viejas y familiares punzadas del hambre, la dura sequedad en el fondo de la garganta que los sorbos de agua no podían aliviar.

Ella estaba cansada. Después del largo día subiendo por senderos secundarios, había pasado horas agachada sobre los jergones de una nueva erupción de víctimas de la gripe, dentro y fuera de la mente de las abejas, sintiendo lo que los atormentaba y preparando antídotos. Ahora lo que quería, más que nada, era un largo baño en la piscina caliente del Refugio.

Y lo conseguiré, pensó, aunque no sea esta noche. A diferencia de estos tipos, que probablemente nunca en su vida han tenido un baño largo y caliente.

Hijohn se sentó frente a ella, masticando cada bocado de su estofado una docena de veces, para que durara. ¿Cómo lo hace?, se preguntaba, año tras año. Por supuesto, esto era

normal para él, sólo era un niño cuando sus padres huyeron durante la toma de poder de los Stewards y se echaron al monte. Lo habían criado como un montañés.

Trató de imaginarlo visitando el Norte, cómo serían para él esas calles verdes con sus arroyos, sus murales y la fruta colgando pesadamente al alcance de la mano. Su rostro estaba profundamente arrugado, su piel bronceada por el sol y correosa, como si los taninos de las bellotas⁴⁷ estuvieran abriéndose paso hacia afuera. Tenía los músculos fibrosos y tensos, y sus ojos recorrían periódicamente la periferia como si estuviera siempre alerta ante un ataque. Intentó imaginárselo en una piscina caliente, con los ojos cerrados, relajándose, con una mano suave frotando loción sobre su piel curtida. Algo imposible de visualizar.

“El ejército está haciendo progresos”, decía. “Recibimos informes periódicos. Recorrieron la mayor parte del Valle Central”.

Madrone asintió. “Esas son buenas noticias.”

“Los Mayordomos están empezando a sentir la presión. Por supuesto, será el año que viene cuando llegue la escasez.

47 Los taninos son sustancias naturales que se encuentran en el mundo vegetal: en la madera, la corteza, rizomas, raíces y frutas. Son parte de la familia de los polifenoles, sustancias antioxidantes que se encuentran en las frutas, en las verduras y alimentos de origen vegetal, que ayudan a preservar los tejidos y a combatir el envejecimiento celular.

Tenemos almacenes llenos de patatas fritas y otros suministros. No estamos demasiado preocupados, todavía. ¿Y ustedes, amigos?

“Estamos bien. Construyendo y organizando el Refugio. Deberías venir a visitarnos, Hijohn. ¡Es hermoso! Podríamos hidratarte bien y de verdad, por una vez.

“Tal vez”, dijo Hijohn. “O tal vez tengamos trabajo que hacer. Como dije, los Stewards tienen reservas y no sentirán la presión hasta el próximo año. Pero si esas reservas desaparecen...

“Y ahora es el momento”, dijo Madrone, pensativa. “Porque todavía no han reconstruido el ejército”.

“Han tenido un poco de tiempo para construir su Refugio”, dijo Hijohn. “Los Stewards se centran principalmente en el ejército y en nosotros. Pero últimamente han intensificado el uso de drones. Parece que hay una red de vigilancia por toda Angel City. Empezando por los barrios ricos, por supuesto, y de todos modos siempre están sobre estas colinas. Nos da la oportunidad de derribarlos y hacer mella en su inventario. Pero tarde o temprano llegarán a la Zona de la Muerte. Estad preparados.”

Sus palabras alimentaron su propia sensación de inquietud. Dentro del Refugio, las exigencias del trabajo diario, la planificación y la construcción eran casi

abrumadoras y la distraían de cualquier pregunta sobre cuál sería su destino final o cómo podrían defenderlo si fuera atacado. Pero desde aquí parecía una hermosa burbuja, iridiscente, brillante, fácil de perforar.

Hablaron hasta bien entrada la noche y luego Hijohn le dijo que un pequeño equipo de maquis podría escoltarla de regreso a las llanuras al día siguiente. Pero ella negó con la cabeza. Ahora que estaba allí, con el aroma de la salvia silvestre en el aire, sabía que tenía otra misión más.

Se acercó cautelosamente a la colmena de las Melissa al amanecer de la mañana siguiente. Las abejas sacerdotisas no alentaban las visitas sin cita previa. Cuando había entrado o salido de la colmena en el pasado, nunca había estado en un estado de conciencia capaz de registrar puntos de referencia o recordar direcciones. Pero cuando el sol de la mañana calentó las flores de las lilas silvestres y liberó su aroma, descubrió que no tenía problemas para identificar dónde estaba la colmena. Podía oler un camino hacia ella, y en todas partes de las colinas podía escuchar su canción subyacente, un dulce murmullo de abundancia, crecimiento y miel.

Las abejas la escoltaron. Se acercaron a ella como a un amigo añorado, la rodearon y volaron en dirección a la colmena, como instándola a seguirlas. Trazaron una ruta por

senderos de venados y de zorros, serpenteando a través de espesas matas de coyotes y ceanotos, hasta adentrarse en una profunda hendidura en las colinas donde un hilo de agua fluía desde un cañón escondido.

Retrocedió mucho, balanceándose sobre piedras y avanzando río arriba entre escarpados acantilados de roca escarpada que se alzaban sobre ella. Por fin se abrieron a una amplia pradera salpicada de cola de caballo y helechos woodwardia⁴⁸ que señalaban los manantiales. Detrás se alzaban empinadas laderas cubiertas de salvia negra y arbustos de coyote. Un grupo de cúpulas con forma de colmena se encontraban a sus pies. Algunos estaban de pie solos, otros apiñados en grupos de tres o de seis. Todos estaban revocados con una tierra rojiza y cubiertos con cientos de pequeños trozos de arcilla moldeados en las paredes de tierra. Enjambre tras enjambre de abejas doradas entraban y salían afanosamente, creando un zumbido que resonaba en la cañada como los matices de una campana tibetana.

En el centro se alzaba una cúpula particularmente grande e imponente, con patrones hexagonales decorando su portal

48 Woodwardia es un género con 14-20 especies de helechos perteneciente a la familia Blechnaceae, son originarias de las regiones templadas y subtropicales del Hemisferio Norte. Son grandes helechos con frondas que alcanzan los 50-300 cm de longitud, dependiendo de la especie.

y una familia de colmenas aferradas a sus lados. Cuando Madrone se acercó, la puerta se abrió y Melissa salió.

No era una mujer mayor, pero sus ojos oscuros estaban ensombrecidos y su cabello era completamente blanco, colgando hasta su cintura en mechones largos y brillantes. Llevaba una sencilla funda blanca. Mientras avanzaba, enjambres de abejas descendieron sobre ella hasta formar un manto viviente de cuerpos giratorios y zumbidos.

Melissa miró a Madrone. Ella no dijo nada, pero Madrone podía oír su pregunta dentro de su mente.

“Necesito ayuda, hermana”, dijo Madrone en voz baja, tratando de igualar el tono de las abejas. “Sé que me dijiste que no podías ayudarme, pero necesito tu sabiduría, si no tu consejo. Me estoy perdiendo en la mente de las abejas. Estoy perdiendo mi capacidad de cambiar, perdiendo la perspectiva. Perdiendo el control.”

Lentamente, casi imperceptiblemente, Melissa negó con la cabeza. “Eso no es lo que enseñamos”, dijo. Madrone saltó, estaba tan sorprendida al escuchar la voz física de Melissa, resonante, profunda, tarareando en la garganta de la sacerdotisa. “Nos entregamos a la colmena y no reservamos una parte de nosotros para una vida media en el mundo humano. Si esa es tu elección no podemos asesorarte, porque nuestro asesoramiento ya lo has descartado. Pero

puedes preguntárselo tú misma directamente a las hermanas”.

Detrás de la colmena había un pequeño hueco en la cara sur de la ladera, bordeado de lilas silvestres, arbustos de coyote, toyones⁴⁹ y madroños. Estaba alfombrado de flores silvestres donde las abejas trabajaban duramente y fragantes de flores. La primavera comenzaba temprano en las Tierras del Sur y ahora, a principios de febrero, ya estaba en marcha.

“A esto lo llamamos el Claro de los Sueños”, dijo Melissa. “Túmbate aquí, lleva tus preguntas a las abejas y tal vez encuentres una respuesta”.

Madrone se sentó en el suelo, en un trozo de hierba seca que cubría los pies de una gran roca. Se reclinó y sintió que irradiaba un suave calor. El aire estaba fragante con el aroma de las primeras flores silvestres y de los ciruelos. Las abejas cantaban la abundancia.

Se acurrucó contra la roca, el sol calentaba su rostro mientras cerraba los ojos y abría sus sentidos de abeja.

49 El toyón puede ser un arbusto de hoja perenne o un árbol pequeño que crece hasta 5 m de altura y 1-3 m de ancho. Tiene corteza grisácea y ramitas minuciosamente peludas, con hojas largas y rígidas que tienen dientes afilados en el margen. Se distingue por sus bayas de color rojo brillante con forma de acebo que cubren las ramas superiores.

¿Qué estoy haciendo? preguntó a las abejas. ¿Estoy siguiendo mi verdadero propósito aquí abajo? ¿Cómo equilibrio vuestra dulce canción con la fría realidad del mundo humano?

Miel dulce y oro cantor. El olor y el perfume, entró en ella. El mundo cambió cuando su mente se fusionó con la mente colmena.

Filamentos de olor fluían por el aire como corrientes de un arroyo de arcoíris, un acre arbusto de coyote y un roble almizclado. Los olores eran senderos. Cada uno era un viaje, una epopeya. En este mundo de color, fragancia y tacto, los siguió, descubrió las fuentes de la dulzura, sumergiéndose de cabeza en el brillante polen dorado y rojo rosa.

Pero debajo había algo más, no dorado, sino gris. No era un perfume dulce, sino pútrido, antinatural. Su rastro conducía a lugares fríos y tóxicos que les quemaban las alas, enredaban los delicados pelos de su abdomen y recubrían sus finas antenas de exploración con un desagradable gel.

Ella continuó. ¿Cuál era el meollo de todo esto? ¿Cómo había llegado a producirse semejante error? Siguió y siguió, hasta que el arroyo se convirtió en un río lento, apestoso y de color gris verdoso como pus. Quería vomitar.

¿Por qué? ¿Por qué la Diosa permitía esto? Las almas se ahogaban, se disolvían, hebras carmesí en el barro pálido,

tiñendo el arroyo de color rojo sangre. La estaban llevando al inframundo, como a Inanna⁵⁰ en una visita al reino de la muerte.

Dos grandes pilares de piedra se alzaban sobre ella, uno a cada lado del río, uno de un negro intenso y el otro de un blanco purísimo. La salida. Ella pasó entre ellos.

El río se disolvió, como una ventana que se rompe en pedazos de vidrio, y cada fragmento se astillaba en fragmentos más pequeños que se hacían añicos una y otra vez, brillando con destellos del color más puro. Hasta que no quedó más que la luz y el juego de luces: rojo, violeta, verde.

Eso es todo lo que somos, se dio cuenta. Astillas de resplandor. Luz pulsante, y detrás, oscuridad aterciopelada. Negro como el pelaje de una pantera, negro como un cielo sin luna entre las estrellas. Luz en el corazón de las tinieblas, oscuridad en el corazón de la luz.

Fragmentos de luz vibraron como cuerdas, los hilos de la gran red vibraron. Entonces, de repente, se escuchó un zumbido diferente, un zumbido quejumbroso que partió la red brillante como un cuchillo afilado partiendo carne. Una joven de cabello plateado y vestida con una camisa blanca

50 Inanna es la antigua diosa sumeria del amor, la sensualidad, la fertilidad, la procreación y también de la guerra. Más tarde, los acadios y los asirios la identificaron como la diosa Ishtar, y también con la hitita Sauska, la fenicia Astarté y la griega Afrodita, entre muchas otras.

corría, ya no de alegría sino de terror. Un niño de piel cobriza y una nube de pelo oscuro se agachaba junto al cuerpo de una mujer.

“*¡Despierta, mamá! ¡Despierta!*” Madrone se arrodilló junto al cuerpo de su madre. Pero su madre no se despertaba. No, era ella, Madrone, quien necesitaba despertarse, recordar respirar, tragar aire.

No había podido salvar a su madre, asesinada por escuadrones de la muerte cuando ella era apenas una niña pequeña en Guadalupe. Pero ese recuerdo, esa experiencia visceral del corazón arrancado del mundo de una niña, nunca dejaría de intentar corregirlo de alguna manera. Era la esencia de quién era ella. Nunca le permitiría descansar en la mente-abeja, o en la perfección más allá del sufrimiento. La mantendría esforzándose continuamente por aliviar el sufrimiento y aliviar el dolor.

Así que ayúdenme en ese propósito, les dijo a las abejas, a su madre, a las grandes fuerzas del espíritu que la rodeaban. Me comprometí al lado de mi madre cuando era demasiado joven para ser consciente. Pero me comprometo a ello ahora. Con conciencia y reconocimiento de que toda curación tiene sus límites. Así que ayúdenme, por favor, abejas, ancestros, espíritus. ¿Qué necesito ver?

Y de repente no sólo se le abrieron la mente de abeja, sino también otras mentes: las de ocupadas hormigas con sus

cuerpos lacados y lisos, las de arañas que tejían telas, los graznidos de los cuervos y los chillidos de los arrendajos. Los árboles hablaban mientras agitaban sus ramas sobre ella, las flores gritaban tentaciones, la roca contra la que yacía cantaba un canto lento y cristalino.

Entonces comprendió que la mente de abeja era sólo el comienzo. Lo que había aprendido de las abejas podía abrirle la puerta a alianzas inimaginables con pieles y plumas, escamas y quitina, con piedras y estrellas.

¿Y quién seré entonces? ¿Quiénes seremos todos cuando la ciencia y la magia se fusionen?

Me imagino que eres la misma niña testaruda que siempre has sido.

La voz se parecía mucho a la de su abuela, Johanna.

¿Dónde estás, abuela? ¿Sigues siendo una nota en la armonía o me lo estoy inventando todo?

Sólo por un momento pudo oírlo, la única canción de todo lo que existe, las armonías, las melodías y el contrapunto, los ritmos danzantes. Todos hablando, todos cantando, cada uno con su propia voz, y ella también era parte de ello, los armónicos de cada inspiración, el ritmo de su pulso.

Pero entonces volvió a oírse el agudo gemido.

Puedes volverte cósmica, niña. Pero si quieres armonía, tienes que crear armonía.

Sí, esa era su abuela.

Entonces oyó otra voz, ronca y sonora como la risa de una oveja, una voz que tanto había echado de menos desde la muerte de Maya.

La única salida es a través.

¿Qué quiso decir? Madrone escuchó el eco del acorde disonante a su alrededor. Sintió una premonición de peligro que la sacudió de regreso a su cuerpo.

El gemido se hizo más fuerte, como un zumbido furioso.

Madrone abrió los ojos. Volvía a ser humana, finita y frágil, tumbada en un cálido prado bajo el sol.

Y por encima de las colmenas y los enjambres, de color gris oscuro contra el azul, una V de drones volaba sobre su cabezas, con cámaras digitales en sus vientres que capturaban todo lo que había debajo.

Capítulo treinta y nueve

Isis llevó a Sara a un lado después de otra reunión interminable en la cantina del *Harvey Milk*.

“Tengo que hablarte”, dijo y Sara la siguió hasta un lugar privado junto a la barandilla con una mirada tan esperanzada en sus ojos que Isis tuvo que darle la espalda.

“¿Qué es?” Preguntó Sara, poniendo una mano suave sobre el brazo de Isis.

Isis sintió el tacto a través de la manga de su suéter, un calor que recorrió sus venas hasta su corazón y luego hasta su vientre y muslos y todo lo que había entre ellos.

Ella apartó el brazo.

“¿Qué piensas de Livingston?” –preguntó bruscamente.

Sara, decepcionada, volvió el rostro hacia el mar. “Livingston no es en quien pienso”.

Isis ignoró el anzuelo. Mantente concentrada, se dijo a sí misma.

“¿Aún confías en él?”

“Nunca confié en él. Él busca ser el número uno. Pero parece haber decidido ingenuamente que la victoria de la Ciudad sería lo mejor para el número uno”.

“¿A qué se debe este retraso?” –Preguntó Isis. “¿Cuánto tiempo vamos a mirar y esperar?”

“¿Qué estás diciendo? ¿Crees que su plan es mantenernos inmovilizados?”

“Supongamos que lo es. Mantenernos estancados. Fuera de la acción.”

“Neutralizados, con muy bajo costo para los Stewards”, dijo Sara, pensativa. “Podría ser su estrategia. O vulnerables. Podría ser una trampa”.

“¿Así que qué hacemos?”

Sara agarró la mano de Isis y atrajo a la pirata hacia ella.

“Romper el punto muerto”, respiró, tan cerca que Isis podía sentir el toque cálido y húmedo de su aliento.

“Cambiar la situación. ¡Impulsar a la acción!” Sus labios estaban muy cerca, sus ojos muy abiertos y esperanzados como los de un cachorro.

“Piensa qué pasa si lo hacemos”, dijo Isis abruptamente y huyó, caminando por la cubierta.

Pero, para su sorpresa, cuando sacaron el tema a relucir en la reunión del día siguiente, Livingston simplemente les regaló a ambas su amplia y encantadora sonrisa.

“Justo lo que yo mismo estaba pensando”, dijo. “¡Ya es hora! Tenemos las rutas marítimas mapeadas, tenemos una idea de lo que viene y de dónde. Hay una entrega de plásticos del Giro dentro de tres días. Vendrán a descargar y luego recogerán un montón de esclavos de deudas para utilizarlos. ¿Qué os parece si nos divertimos un poco con ello?

A la luz nacarada previa al amanecer, Isis observó cómo el gran barco aparecía a la vista. Esta vez el buque de guerra se encontraba de lleno en su camino, los otros barcos más pequeños de la Armada de California estaban alineados en una media luna que podía cerrarse como las fauces de una trampa.

Isis había dejado a Rosa al mando del Día de la Victoria, con instrucciones estrictas de mantenerse lejos del peligro y regresar al Norte si algo salía mal. Ahora los barcos más grandes se acercaban a la flota desde el Giro.

Ella misma estaba en el puente del buque de guerra, escudriñando el horizonte. Un punto blanco, un destello de algo que capta la luz del sol, un destello. Poco a poco fue creciendo hasta que pudo ver un barco de juguete, una miniatura que crecía y crecía a medida que se acercaba. El elegante movimiento de las velas de trinquete, las altas y orgullosas velas mayores, todas brillando a la luz del sol como si estuvieran hechas de vidrio, transformando la luz del sol en energía incluso cuando atrapaban el viento: la vista hizo que Isis contuviera el aliento. ¡Era hermoso! Esperaba que no tuvieran que hundirlo.

Consideró de dónde había venido: el Giro, un área del tamaño de un continente en el centro de una espiral donde rotaban las corrientes globales. Durante cien años o más, había estado recolectando escombros, el tesoro de botellas de plástico, flotadores de pesca y restos radiactivos de los desastres nucleares de hace mucho tiempo. ISIS había oído todo tipo de rumores al respecto: sobre ciudades repletas de gente construidas en islas flotantes lo suficientemente grandes como para resistir tormentas, sobre enormes fábricas mineras de plástico construidas a partir de viejos barcos donde desafortunados esclavos trabajaban hasta la muerte, sobre granjas de órganos ilegales y barcos de cría

que llevaban a cabo actividades indebidas, experimentos que incluso los Stewards encontrarían horribles.

Tal vez, después de que esta guerra terminara, ella y Sara volverían a estar juntas y seguirían navegando hasta allí, viéndolo por sí mismas. Sí, a ella le gustaría eso, en el océano abierto y salvaje con Sara a su lado...

¡Para! El barco se acercaba. Más cerca ahora, parecía menos la visión de un clíper orgulloso y más algo improvisado a partir de una colisión entre un depósito de chatarra y una carpa de circo. Tenía la larga carrocería de un viejo carguero portacontenedores, remendada y oxidada bajo aquellas relucientes velas. En su proa lucía una sirena lasciva que llevaba gafas de plástico gigantes, con enormes pechos de plástico en forma de globo y una falda de anillos de plástico. Ondeaba una gigantesca bandera negra, con lo que parecía el emblema pirata de una calavera y tibias cruzadas. Pero a medida que se acercaba, vieron que los huesos eran una X de botellas de plástico.

“La legendaria bandera del Giro”, dijo Livingston. “¿Los llamamos?”

“Haz los honores”, Isis le entregó el micrófono de comunicaciones, mientras Sara regresaba al otro lado del barco para preparar a sus buzos, en caso de que fueran necesarios.

“¡Barco a la vista!”, gritó Livingston. “Somos de la Armada de Califia. Hemos puesto las Tierras del Sur bajo embargo. Identifíquense y expongan su negocio”.

“¡Identifica tu trasero!” fue la respuesta por un megáfono chirriante.

“¡Vamos, marinero, no seas grosero!” Livingston respondió alegremente. Su hermoso rostro tenía esa pequeña sonrisa secreta que tanto molestaba a Isis. Claramente el hombre se estaba divirtiendo.

Ella lo estaba observando de cerca, sintiendo una profunda sensación de inquietud. Livingston estaba haciendo un buen trabajo y tenía la confianza y la autoridad innata para tratar con los Giros, quienes eran mucho más propensos a respetar a un hombre blanco con uniforme que a un pirata de ébano como ella. No tenía ningún problema en que él negociara, siempre y cuando el resto de ellos estuvieran allí para observar, Miguel, Bronwyn y ella misma.

Esa sonrisa... como la de un gato con un ratón bajo la pata.

Pero, ¿eran los Giros el ratón o lo era la Armada de Califia?

“¡Lo que quieras!” ladró el Capitán Giro. “Mis hombres están ansiosos por llegar al puerto”.

“El puerto está cerrado. Los Stewards están bajo asedio. ¡Ya no les permitiremos pagar bienes con dinero ensangrentado! –proclamó Livingston.

“¿No? ¡Tenemos un contrato!

“Le haremos una oferta mejor”.

“¿Qué tienes que podamos querer?”

“Madera.”

“¡No necesito madera! ¡Extraemos plástico!

“Tecnología. Contamos con sistemas avanzados de los que los Stewards nunca han oído hablar”.

Unas fuertes carcajadas volvieron a ellos.

“¡Tecnología! ¡Ustedes son devoradores que están décadas detrás de nosotros! ¡Lo más probable es que tengamos lo que queréis!

“¿Cuánto te pagan los Stewards?” Preguntó Livingston, imperturbable.

“Nos proporcionan huéspedes. Trabajadores invitados, para las minas. Y chicas y chicos agraciados para el entretenimiento”.

“Me temo que ese intercambio se acabó”, dijo Livingston con firmeza. “Pero estamos dispuestos a compensaros por la pérdida de comercio y beneficios”.

“¿Con que?”

“Enviad a vuestros representantes para que suban a bordo y negocien, y garantizaremos su seguridad”.

“¿Cómo?”

Livingston señaló con la cabeza a los artilleros y estos enviaron un proyectil volando sobre la proa del barco que estalló en el agua.

“Con eso. Podríamos volar su barco si quisiéramos. Pero no lo hacemos. Preferimos negociar y resolver esto pacíficamente. Así que confíen en nosotros y llegaremos a un acuerdo”.

El parlamento tuvo lugar en la sala de conferencias del buque de guerra. El Capitán Giro parecía alguien que hubiera decidido jugar el papel de un pirata, con botas altas de mar sobre pantalones holgados, una sudadera gris rematada por un chaleco de lona decorado con muchos bolsillos y un cabello negro y grasiento que le caía hasta el cuello sobre sus hombros. Tenía un rostro alargado, una barba aceitosa que cubría sus mejillas hundidas y ojos de un azul acerado bajo una piel cetrina. Su primer oficial era imberbe, tenía la cabeza oscura afeitada, una hilera de anillos de antiguas

latas de refresco en el lóbulo de la oreja y vestía una camisa escarlata sobre pantalones cortos con estampado hawaiano.

“Así que el comercio de ‘trabajadores invitados’, como usted lo llama, está acabado”, afirmó Livingston con calma. “Ya no permitiremos que los Stewards paguen el plástico con vidas ni lleven a cabo su vil comercio de carne humana. Pero estamos dispuestos a compensarle con dinero u otros bienes”.

Oh, estoy bien, tuvo que admitirse a sí mismo. Nací para esto. Alcanzando el tono perfecto de un hombre disgustado pero trabajando duro para no demostrarlo. Tranquilo y sereno mientras adopto mi postura moral.

“¿Dinero?” el compañero resopló. “Sin valor. Necesitamos trabajadores invitados para hacer el trabajo”.

“Con eso supongo que te refieres a esclavos”, dijo Livingston. “Y como dije, ese intercambio está acabado”.

“Tenemos que tener trabajadores para trabajar nuestras minas”, dijo el Capitán.

“Intenta alimentar a los que tienes, para que duren más de unas pocas semanas”.

El Capitán le lanzó una mirada mortalmente fría. “El Giro presta un servicio al mundo. Limpia el caos de desperdicios”.

“Y estamos profundamente agradecidos por ese servicio y estamos dispuestos a negociar con cualquier empresa que pueda certificar que trata a sus trabajadores de manera justa”, dijo Livingston. “Califia les compensará por su carga, pero no compraremos materiales extraídos con mano de obra esclava”.

“Entonces no compres materiales”.

“Y eso, estoy seguro, será nuestra pérdida”.

En ese momento, Isis sintió vibrar su cristal. Era el patrón de timbre de Rosa, pero estaba intercalado con el antiguo código Morse de puntos y rayas para SOS. Se levantó de la silla y, con un gesto de disculpa, salió por la puerta.

“Habiéndose llevado perfectamente bien sin el plástico durante las últimas dos décadas, Califia tendrá que madurar y sufrir”, decía Livingston mientras se marchaba. “Mientras tanto, estamos dispuestos a proporcionarle un cargamento de patatas fritas para que se las lleve, o comida real si lo prefiere”.

Rosa había tenido toda la intención de no meterse en problemas. Pero no tenía intención de permanecer amarrada a salvo en el puerto, no cuando tenía la oportunidad de navegar sola en el *Victory* en un día con una

brisa perfecta y fuerte. Esperó hasta que la flota se retiró, y luego izó velas y salió de la bahía.

Es sólo práctica, se dijo mientras salía, no demasiado lejos. Abrazaría la costa escarpada, mejoraría su habilidad para correr cerca de la costa, compensando la forma en que el viento subía y bajaba alrededor de los afloramientos de tierra, colocando las sondas de profundidad que alertarían a su cristal sobre cualquier banco de arena invisible.

¡A ella realmente le encantaba navegar! Sola en el barco, se sentía viva y libre. Disfrutaba usando toda su habilidad para navegar por las corrientes, obteniendo toda la velocidad posible del más mínimo cambio en el viento. Si no podía ir con la flota a desafiar a los piratas del Giro, bueno, esto era una compensación.

Había rodeado un promontorio y se había acercado a un afloramiento de roca, donde la sonda le aseguró que había agua profunda debajo. Desde el exterior, desde el hangar abierto, oyó el zumbido de los motores. Pasaba un barco rápido y de gran tamaño. Luego otro. Y otro.

Agarrando los binoculares, miró por la entrada de la cala. Uno por uno pasaron como un rayo. Cúteres de la Armada, adornados con el símbolo de las Fuerzas Armadas de los Stewards.

Se dirigían hacia la bahía donde había estado anclada la armada de Califia. Luego, con un gemido y un chirrido de engranajes, los escuchó girar y los vio dirigirse hacia mar abierto, en la dirección en la que había ido la marina.

Agarró su unidad de comunicaciones, marcó el código de Isis y el SOS.

La advertencia les dio un poco de tiempo. Isis cruzó velozmente la cubierta, la amplia llanura del viejo portaaviones, aprovechando al máximo su velocidad de corredora. ¡Sara! Allí estaba ella, en la popa, con su equipo de buzos listos para desplegarse.

Qué suerte que ya estuvieran preparados, esperando en caso de que fueran necesarios para manejar la nave Giro, esperando hasta que se completaran las negociaciones antes de retirarse. Sara estaba dando órdenes, su gorro rubio brillando a la luz del sol. Incluso en la urgencia del momento, Isis no pudo evitar notar lo ágil que se veía su cuerpo bajo el resbaladizo traje de neopreno.

Llamaron a los otros líderes del equipo, se reunieron y rápidamente formaron un plan. Un plan que no compartirían con Livingston, decidió Isis. ¿De dónde habían salido esas patrullas enemigas? ¿Quién les había alertado?

En cuestión de minutos, los equipos estaban bajando por largas escaleras de cuerda que arrojaron por el costado del barco, adentrándose en las olas y sumergiéndose justo cuando el tambor de los motores de los Stewards comenzaba a reverberar en el agua.

La propia Sara fue la última en bajar. Mientras balanceaba las piernas por la borda y agarraba la escalera con la mano, Isis de repente corrió hacia adelante y colocó su mano oscura sobre la de Sara.

“¡Sara!” Un pánico repentino y abrumador se apoderó de ella, el terror de no volver a tomar esa mano nunca más. Había tantas cosas que quería decir, pero no podía ahogar las palabras con su garganta apretada y, de todos modos, no había tiempo para decirlas. “¡Sara!” dijo de nuevo, y tragó una bocanada de aire, tragando con dificultad.

“Cuídate”, escupió finalmente. No era lo que quería decir, pero era algo.

Sara sonrió.

“¡Yo también te amo!” dijo, y bajó la escalera.

Isis volvió a acelerar a toda velocidad y corrió a través de la amplia cubierta hacia la torreta, donde Miguel estaba de servicio. Subió corriendo las escaleras de metal, jadeando. Maldita sea, iba a tener que empezar a hacer ejercicio de nuevo, si esta pequeña carrera la dejaba sin aliento. Pero

sabía que no era la carrera, sino la dificultad para respirar que le producía ver a Sara hundirse bajo el costado del barco.

Rápidamente, le contó a Miguel lo que estaba pasando. Dieron la alarma y su grito resonó sobre la cubierta del barco mientras la tripulación corría hacia sus puestos de batalla. Miguel presionó el interruptor para encender las pistolas láser y el lanzador de proyectiles, y monitoreó el radar mientras Isis sacaba los binoculares.

El buque de combate que iba en cabeza giró sobre sí mismo. Era una embarcación amenazadora, que se elevaba muy por encima de las olas como una pirámide de armadura de metal gris, coronada con una alta torreta que giraba para apuntarles con un lanzagranadas.

“¡Entrando!” Isis llamó.

“¡Están despegando ahora!” Miguel volvió a llamar.

Se escuchó una explosión y el arma grande de los Stewards lanzó un proyectil que zumbó por el aire. Explotó a unos cien metros delante de la proa del barco californiano líder con un sonido como de trueno y un chorro de agua. Isis rezó para que los buzos no estuvieran debajo. Especialmente... no. Ella no pensaría en ella. De todos modos, ella no estaría ahí con los escuadrones de ataque. Se suponía que debía permanecer cerca de este barco, en uno de los zodiacs, fuera

del agua para poder seguir las comunicaciones y dar órdenes, móvil y rápida en caso de que necesitara rescatar a los supervivientes, y vestida para el caso de que fuera necesario bucear.

El *Harvey Milk* no fue diseñado para maniobras rápidas. Tenía dos propósitos originales: transportar tropas y material, y luchar. Apuntaron sus grandes cañones a los barcos de combate de los Stewards, mientras a su alrededor los remolcadores y transbordadores más pequeños de la Armada de California surcaban el agua, atrayendo fuego y devolviéndolo. Se escuchó un fuerte crujido y un disparo láser atravesó la borda del *Milk*, dejando una cicatriz irregular. Otro estallido y uno de los barcos de combate explotó en una fuente de fuego.

Entonces no hubo tiempo para pensar, no hubo tiempo para preocuparse o preguntarse cómo le iría a un pequeño bote de goma en medio de este infierno. Sólo hubo tiempo para apuntar, disparar y maniobrar.

Debajo de la cubierta, Livingston y los negociadores del Giro se sorprendieron por la primera explosión. Los sonidos de la detonación y el impacto reverberaron a través del casco.

“¡Mierda!” –gritó el Capitán del Giro, poniéndose de pie de un salto. “A la mierda tus tonterías y tus tratos. ¡Barco bajo ataque!

“¡Tengo que volver!” gritó.

“¿Y cómo sabemos que no te unirás al ataque?” Preguntó Livingston, todavía tranquilo y sin prisas. “Danos alguna seguridad de que abandonarás la zona y estaremos encantados de acompañarte de regreso”.

“¡A la mierda eso!” –gritó el oficial, y sacó un cuchillo de su bota, agarró a Livingston con fuerza para estrangularlo y le apuntó la hoja en el cuello.

“¡Garantía!” dijo, mientras Bronwyn y los otros califianos permanecían petrificados en estado de shock durante un largo momento. Entonces Bronwyn se lanzó hacia el giro. El Capitán le cortó la cara. Ella tropezó. Los giros salieron rápidamente por la puerta de la cabina y subieron la escalera, llevándose a Livingston con ellos.

Sara se aferró al timón del zodiac mientras éste cabeceaba y corcoveaba como un toro de rodeo. Estaba mirando la pantalla de comunicaciones de su unidad de muñeca, tratando de realizar un seguimiento de los puntos verdes que representaban a sus buzos y al mismo tiempo siguiendo un rumbo en zigzag que la haría más difícil de apuntar,

siempre que no zigzagueara hacia un caparazón destinado a alguien más. Los proyectiles caían por todas partes y el agua estallaba en ciclones de espuma y sangre. No había tiempo para contar los puntos, para rastrear cuántos desaparecieron.

Era una mala idea, admitió para sí misma. Debería haberse quedado en el *Harvey Milk*, arriesgarse allí donde podría haberse concentrado en ejecutar la misión en lugar de correr un slalom acuático.

Pero ella estaba aquí. Trataría con ello. Bien, el Equipo Rojo estaba en posición. Ella gritó el visto bueno para intentar minar uno de los barcos de los Stewards. El Equipo Azul había estado cerca de esa primera explosión. No lo pienses ahora. Equipo Amarillo: allí estaban, acercándose a la popa de otro barco de combate. ¡Sí, hacedlo! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Estaba empujando el acelerador con una mano, sujetando del timón con la otra y tratando desesperadamente de acercar la radio de su muñeca lo suficiente a su boca para gritar un informe a Isis en el puente y aún así comandar a los equipos.

“El Equipo Rojo informó, misión completada. ¡Tomando medidas evasivas!

Isis se sintió tan aliviada al escuchar la voz de Sara que sus rodillas casi se doblaron. ¡No puedo permitirme esto! se dijo a sí misma con severidad.

“Equipo Rojo completo”, le espetó a Miguel.

“Denles tiempo para que se vayan”, dijo.

En ese momento oyeron un silbido y un chirrido desgarrador, como si el propio barco estuviera chillando. El alto palo mayor se desplomó sobre el puente, rompiendo las portillas de cristal y las luces, aplastando el lado de estribor hasta convertirlo en una torta de metal dentado.

Isis y Miguel se lanzaron a cubrirse. Isis agarró su unidad de control portátil contra su corazón y rodó, cayendo sobre su hombro. La nave se sacudió y la arrojó contra el alojamiento del timón, luego volvió a tambalearse mientras se deslizaba sobre la mesa de mapas.

Se preparó, sostuvo la unidad y presionó el comando para detonar, rezando para que la maldita cosa todavía funcionara.

Luego luchó por ponerse de pie. Miguel quedó atrapado bajo una viga de metal, gimiendo. Volvió a guardar la unidad de comunicaciones en su chaqueta, se preparó y se acercó tambaleándose a él.

“¿Estás bien?”

“¡Mi brazo!”

Su brazo estaba inmovilizado por la viga y yacía en un ángulo antinatural. ¡Mierda! No podía moverlo ella sola y ahora el barco seguía cabeceando y dando vueltas, necesitando desesperadamente una mano en el timón. Y una mano en el arma... ¡joder! ¿Dónde estaba Livingston? Podría ser un espía idiota, pero sabía cómo dirigir esta cosa.

“Equipo Azul completo”, ladraron las comunicaciones desde el interior de su camisa. Lo sacó y pulsó una orden mientras agarraba el volante. Luego lo puso en las comunicaciones de la nave y su propia voz resonó en las paredes.

“¡Livingston al puente! ¡Médicos al puente!”

Miró el radar. Estaba congelado, nada se movía. ¡Mierda! Lo golpeó con el puño y por un momento el rayo giró en círculos y las luces se encendieron. Luego volvió a morir. ¿Qué carajo estaba pasando? Había tantos escombros ahora frente al puente que no podía ver mucho.

“Radar perdido”, ladró en el canal de Sara. “¿Qué ves?”

“Un barco enemigo recibió un proyectil y no quedó nada. Dos tienen daños por las cargas de los buzos y regresan renqueando hacia el Sur. Todavía hay dos que se acercan a nosotros. La nave del Giro movió la cola y está corriendo hacia el Oeste”.

“Déjalo ir”, gruñó Miguel, su voz en agonía. “Todo ese plástico destrozado: ¡húndelo y todas las aves marinas desde aquí hasta Hawaii morirán en una semana!”

“¿Dónde carajo está Livingston?” Isis ladró por las comunicaciones de la nave.

Los médicos se lo dijeron mientras subían las escaleras para atender a Miguel. Isis luchó con el timón para controlar el barco. Parecía inclinarse hacia un lado y algo andaba mal con el mecanismo de dirección. Respondió de una manera lenta y hosca.

“Equipo Amarillo completo”, escuchó llamar a Sara. De nuevo apretó un botón. De nuevo, desde lejos, escuchó un rugido ahogado.

“Otro enemigo recibiendo daño”, habló Sara con una nota de satisfacción. “Eso hace que cuatro de ellos se dirijan a casa, y sí, parece que el número cinco también está girando”.

“Yo lo llamaría empate”, dijo Miguel cuando finalmente se reagruparon en la sala de reuniones a la una de la madrugada. Tenía el brazo pegado al pecho en un cabestrillo apretado y la cabeza vendada. La propia Isis estaba magullada en una docena de lugares, pero había tenido suerte. No se rompió nada.

Sara también había tenido mala suerte. Gracias... lo que sea. Jesús, Diosa, puto Neptuno, Dios del Mar.

“Yo lo llamaría un desastre”, dijo Sara. Estaba bebiendo té caliente de una taza que sostenía con manos temblorosas, todavía tratando de calentarse. Pero había una frialdad dentro de ella que no tenía nada que ver con las horas que había pasado medio sumergida en el rocío y la repercusión de las explosiones. Había perdido a cinco de sus buzos. Cinco de treinta. Amigos. Amigos a quienes ella había entrenado, enseñado y comandado.

“Podría haber sido peor.” Miguel se encogió de hombros y luego dejó escapar un involuntario grito de dolor. “Tuvimos algunas bajas, pero ellos sufrieron más. Tuvieron que retirarse. Perdimos el barco Giro, pero no llegó al puerto con su carga”.

“Lo intentaré de nuevo”, dijo Bronwyn. Tenía un corte largo en la mejilla izquierda que se había hecho en la pelea con los Giros y una marca de quemadura en su cabello rojo brillante. “Y no estaremos en condiciones de detenerlo por un tiempo”.

“Pero les hemos avisado”, dijo Miguel, todavía tratando obstinadamente de ver el lado bueno. “Sus envíos no pueden pasar sin ser molestados”.

“¿Qué pasa con Livingston?” –preguntó Bronwyn.

“¿Qué hay de él?” dijo Isis. “¿Cómo supieron los Stewards dónde encontrarnos?”

“¿Qué estás diciendo?”

“Podría haber sido un espía”.

“Podría haber sido una llamada de socorro de la nave Giro”, dijo Bronwyn.

Ella tenía razón, por supuesto. Podría haber sido. Pero si Livingston los hubiera traicionado... Podría haber acordado de antemano con los Giros tomarlo como rehén. Una forma de abandonar el barco, tal vez regresar a casa e informar, sin ser sospechoso, en caso de que quisiera regresar y espiar un poco más. Es curioso que ninguno de los barcos de combate haya abierto fuego contra el barco Giro. O tal vez no sea curioso. ¿Por qué deberían hacerlo? Déjándolo en paz aún podrían hacer su negocio.

“¿No deberíamos intentar rescatarlo?” –preguntó Bronwyn.

“¿Cómo?” –Preguntó Sara.

Bronwyn no respondió.

Si era un espía, pensó Isis, entonces los Giros estaban involucrados en el plan y lo dejarían ir. Volvería a aparecer, en las Tierras del Sur.

Si era inocente, sería horrible que lo llevaran a la fuerza al Giro. Pero no tenían ningún barco del que pudieran prescindir y que estuviera en condiciones suficientes para perseguir a la nave Giro, y mucho menos luchar contra ella cuando llegaran allí.

No, honesto o no, el hombre era como un gato. Ella creía que él tenía todas las posibilidades de aterrizar de pie.

Capítulo cuarenta

Cuando Madrone se acercó al Refugio, sintió una sensación de profundo alivio. Se había convertido en su hogar, ese lugar surrealista con su guardia de honor de esqueletos, que ahora le parecían acogedores y amigables, más como amables *Catrin*⁵¹ de una procesión del Día de los Muertos y menos como sombríos heraldos de la muerte.

Envolvió esa sensación de seguridad a su alrededor como una manta mientras miraba nerviosamente hacia arriba. La Puerta de los Muertos había sido sutilmente adornada con paredes más altas y toldos para convertirse en un túnel oscuro. Pero pequeños espacios permitían ver fragmentos

⁵¹ La Catrina es un personaje creado por el pintor, ilustrador y caricaturista mexicano de Aguascalientes, José Guadalupe Posada, es la figura que más se asocia al Día de Muertos y a la muerte en general en México, siendo uno de los iconos con los que México es conocido en el mundo.

de cielo. Ahora estaban claros, sin ni siquiera una nube que estropeará las tiras de zafiro. ¿Pero por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo tardarían los drones en encontrarlos? ¿Qué verían debajo de ellos mientras volaran sobre sus cabezas: manchas de verde donde no debería haber verde? ¿Reuniones de personas en medio de una zona que se supone que está vacía y muerta?

Rayos de luz asomaban por las aberturas de arriba para brillar sobre un esqueleto con los brazos levantados y la mano huesuda extendida como diciendo: ¡Para! Otros ejes apuntaban a nichos llenos de calaveras. Por la noche, se encendían velas y, en todo caso, los huesos tendrían un aspecto aún más espeluznante. Pero el impacto era el de caminar en la oscuridad, en un lugar estrecho, cerrado, amenazado por la muerte...

... Y luego, de repente, emerge a la luz de la Plaza de la Bienvenida. La plaza estaba profusamente plantada, llena de vida y color. Las lluvias invernales habían llegado y ahora todo brillaba con los colores de la primavera, que se sumaban al invierno aquí en las Tierras del Sur. Capuchinas amarillas y anaranjadas cayeron sobre el pavimento. El jazmín trepaba por la pared del patio que daba al norte, emitiendo un dulce aroma, mientras que en la pared que daba al Sur los guisantes tempranos corrían hacia el cielo detrás de un huerto de coles. La mostaza con flores de color amarillo brillante crecía junto al brócoli con cabezas gruesas y fractales. Cajas colocadas sobre postes altos contenían

nidos de golondrinas y una aguileña de flores rosadas albergaba a una mariposa alimentándose.

Y por todas partes las flores atraían abejas. Habían plantado romero, lavanda y salvia en todos los rincones sobrantes, que requerían poca agua, y habían instalado colmenas en nichos orientados al Este en los niveles más altos de las ruinas. Y las abejas habían llegado, desde las colinas o desde los desiertos salvajes del este; exploradoras de colmenas rebeldes que habían sobrevivido, de alguna manera, a los años de pesticidas y enfermedades. La plaza estaba viva con su canto de abundancia y salud.

Madrone pasó de la oscuridad a la luz y el color, del infierno al paraíso.

El Ángel de la Acogida extendía brazos colosales para acoger a los necesitados. Mosaicos brillantes brillaban a la luz del sol. Sobre su cabeza, una pancarta de batik⁵² proclamaba Bienvenidos a la Ciudad de Refugio.

Esto tiene que perdurar de algún modo, pensó. Tenemos que encontrar una manera de protegerlo.

52 Batik, 'pintado'. Técnica de estampado de tejidos al estilo javanés. Se utiliza para colorear tejidos y consiste en aplicar capas de cera sobre las regiones que no se desean teñir (zonas reservadas), fijándose las anilinas en aquellas zonas no preservadas.

Un dosel brillante se extendía desde la pared norte, creando una zona de sombra. Debajo había cómodas sillas y una *chaise longue* (tumbona) rescatadas de una tienda de jardinería. Con una mesa de hierro forjado, formaban una estación de bienvenida que contaba con personal día y noche.

Una adolescente de cabello negro se puso de pie de un salto, tomó las manos de Madrone y la saludó calurosamente.

“¡Estás de vuelta! ¡Alabada sea la creación!”

La joven estaba vestida a la última moda que ya se había arraigado en el Refugio, arte que sacaba lo mejor de la necesidad. Llevaba pantalones holgados y una túnica hecha de tela gris que era un producto omnipresente en las fábricas de los Stewards para uniformes, una de las pocas cosas que producían en cantidad. Pero estaba adornada con una sobrecamisa de color amarillo brillante, decorada con trozos de estampados recuperados, como flores que cubrieran una pared de hormigón.

Y el Refugio estaba desarrollando un lenguaje propio. Alabada sea la creación, donde Madrone podría haber dicho alabada sea la Diosa, y su bisabuela habría dicho alabado sea Jesús. Pero los retribucionistas le habían dado a Jesús un mal nombre; injusto para él, pensó Madrone, y para los verdaderos cristianos entre ellos. La creación de alabanza

era un compromiso justo. Después de todo, eso es lo que estaban haciendo, crear para contrarrestar la destrucción. La creación de Dios, la creatividad humana, todo era digno de alabanza.

Pasó a otra plaza interior. La formación del Refugio a partir de los escombros había dado como resultado un extraño y orgánico plan urbano de pequeñas plazas abiertas unidas por estrechos pasillos, como una ciudad medieval amurallada o una antigua casbah⁵³. Ofrecía sorpresa tras sorpresa, como abrir un conjunto de cajas encajadas, cada una de las cuales revelaba un nuevo misterio. La siguiente plaza era más ancha, y alguien con un fuerte sentido de la geometría la había dividido en un mandala⁵⁴ de parches alternados de quinua y frijoles, rodeados por lechos de chía, extremadamente tolerante a la sequía. Realmente era sorprendente cuánto podía crecer en este espacio.

Atravesó otro corredor y fue recibida por la música del agua que fluía, gorgoteando a través de las bombas y chapoteando en las piscinas de acuaponía que rebosaban de

53 Se llama casbah a diferentes tipos de fortificaciones de origen islámico, como medinas amuralladas, fortalezas o ciudadelas. El significado de qasbah es amplio, implicando también “torreón”, “casco antiguo”, “atalaya” o “blocao”.

54 Los mandalas son representaciones simbólicas espirituales y rituales del macrocosmos y el microcosmos, utilizadas en el budismo y el hinduismo. Un mandala es un diseño geométrico o un patrón de dibujo, a menudo representado dentro de una circunferencia, que puede representar el cosmos, las diferentes deidades o la esencia de la vida.

tilapias y bagres⁵⁵. Sus aguas residuales circulaban por lechos flotantes de verduras que se alimentaban de los desechos de los peces y que, a su vez, purificaban el agua antes de que volviera a los tanques.

Los sistemas más antiguos estaban contruidos con tanques de plástico recuperados y cadenas de bañeras viejas, hermosas en cierto modo con plantas y peces. Pero un nuevo sistema de piscinas esculpidas que fluyen y bandejas de plantas como nenúfares redondos y suspendidos, estaba en progreso, obra del equipo de Tianne. Habían mezclado cubas de la mezcla escultórica especial de Tianne y los artistas se estaban volviendo bastante locos con ella.

Pero al fin y al cabo estaban en Hollywood, o no muy lejos de allí, sonrió Madrone para sus adentros. Durante su vida, este había sido el centro mundial de la industria del entretenimiento, e incluso después de que los retribucionistas cerraran la mayor parte, mantuvieron estudios para producir sus propias películas de propaganda y los interminables circos de los reality shows. De modo que el Refugio había recibido una afluencia de artesanos y escenógrafos que estaban encantados de convertir sus

55 La tilapia es principalmente un pez de agua dulce que habita en arroyos poco profundos, estanques, ríos y lagos, y es menos común que viva en aguas salobres. El Bagre es un género de peces actinopeterigios marinos y de agua dulce, distribuidos por costas y ríos de América.

talentos en un escenario viviente para una nueva forma de vida.

Agachándose por un pasillo de techo bajo, salió a la Plaza Central. Se estaba preparando una comida junto al hogar. Rápidamente habían establecido un horario de cocina y la mayoría de la gente del Refugio comía aquí o en otras cocinas comunitarias en las zonas más nuevas de la ciudad. Simplemente no tenían forma de suministrar combustible y agua a cientos de cocinas individuales.

El gremio que habían formado los cocineros se mantuvo ocupado entrenando a nuevos miembros en las habilidades necesarias para abastecer a una gran multitud con los suministros limitados y a veces extraños que tenían. Recientemente, habían comenzado a surgir pequeños pop-ups⁵⁶ en otros rincones de la ciudad, donde algún grupo de amigos creaba un café espontáneo durante algunas noches, a menudo cuando querían tocar música o actuar. El Refugio estaba empezando a desarrollar una vida nocturna: señal de que habían superado el punto de mera supervivencia.

Madrone sintió un cálido resplandor de orgullo. Su sueño, su visión, esa pequeña semilla, se había convertido en esto. Tal vez una madre se sintiera así al ver a un niño crecer hasta

⁵⁶ Pop-up, evento emergente es una reunión temporal diseñada para atraer a las personas de una manera única.

convertirse en un adulto con una mente y una misión propias.

Pero en el fondo seguía esa preocupación creciente, una nota discordante en la armonía. ¿Cuánto tiempo tendrían para regocijarse en su creación? ¿Qué significaría si toda esta belleza y sudor terminaran en sangre?

Se estaba celebrando una reunión alrededor del hogar. Se alzaron voces en discusión, como para demostrar que, con todo lo que hemos logrado, todavía hay problemas en el paraíso, pensó Madrone. Ella se detuvo para escuchar.

La loca Jano, con su cabello oscuro y revuelto, saltó a un banco y comenzó a declamar.

“Ahora escúchenme, hermanos y hermanas. Este es el ojo del despertar cósmico. Somos el ojo y el ojo nos observa. Ojo en el cielo. Pastel en el cielo. Pero Él flota arriba, arriba está el amor. Amaos unos a otros, dijo Jesús, y aunque los retribucionistas lo han olvidado, la Madre no. Ella viene, viene por sus hijos. Fuera de las estrellas, fuera de la noche. Para contrarrestar el poder. ¿Estarás listo? Ella rodeará la montaña, cuando venga, cuando venga... Conducirá seis caballos blancos, rugirá en las mareas cósmicas, montará la marea, la novia de las mareas. Aférrate a tu orgullo porque el viejo mundo murió. Murió por tus pecados. Arrepiéntete y gana. Deja que comience.”

Madrone rodeó la multitud y se dirigió a casa. Janus podía seguir así durante horas y no envidiaba a quien estuviera coordinando la reunión. Pero ese no era su problema esta noche, ¡alabada sea la creación!

Sin embargo, tenía razón, a pesar de toda su locura. Ojos en el cielo. Los drones vuelan y la gente muere.

Ahora estoy empezando a sonar como ella. ¡Para! Llévaselo a Bird o al Consejo, pero no dejes que arruine tu regreso a casa. Porque si dejamos que las preocupaciones y el miedo infecten estos momentos, entonces no tendremos nada, ni siquiera dulces recuerdos, que nos consuelen cuando los miedos se hagan realidad.

Se acercó a su apartamento. Un cuerpo pequeño, mojado y desnudo salió por la puerta y corrió por el pasillo. Se detuvo en seco cuando vio a Madrone, luego le rodeó la cintura con sus pequeños brazos y le dio un largo y feroz abrazo.

Madrone se arrodilló y lo tomó en brazos.

“¡Oh, Zap, cariño, me alegro de verte!”

Le había tomado mucho tiempo estar dispuesto a abrazarla y ella quería llorar de alegría cada vez que lo hacía. Ella lo abrazó, acariciándolo, el niño salvaje, su cuerpo marcado por viejas cicatrices y los moretones recientes de cien caídas. Se estaba llenando, notó, ya no era tan

lamentablemente delgado, convirtiéndose en el chico robusto que estaba destinado a ser. “¡Oh, Zap!”

La puerta del baño estaba cerrada. El Gremio de Fontaneros, uno de los colectivos más valorados y respetados de la ciudad, les había sorprendido hace unas semanas haciéndoles llegar agua hasta su apartamento, como agradecimiento especial por todo su trabajo. Por los sonidos del interior, Bird estaba inmerso en la lucha continua por llevar a los niños al baño.

“Entra ahí o te meto allí”.

“¡No! De todos modos, ¿por qué necesito un estúpido baño? escuchó la voz apagada de Zoom.

“¡Porque no has tomado uno en una semana y apestas!”

“¡No me importa!”

“¡A nosotros sí! Tenemos que vivir contigo”.

“¡No eres mi jefe!”

“¿Oh sí? ¡Soy más grande que tú, soy más fuerte que tú y, a fin de cuentas, soy más malo que tú!

Golpes, el sonido de algo rompiéndose, un ruido sordo y un chapoteo.

“¡Frótate! ¡No te atrevas a salir de esa bañera! Estás descalzo y ahora el suelo está lleno de cristales rotos”.

“Mado se enojará cuando llegue a casa. ¡Rompieste su jabonera!

“Mado se enfadará si no echas ese jabón en la bañera para lavarte. ¡Ahora hazlo!

¿Debería rescatarlo? Se preguntó Madrone. Pero Zap todavía estaba abrazándola, y ella se balanceó sobre sus talones y dejó que él se acurrucara en sus brazos. Tal vez, después de todo, había esperanza para él, esperanza de que aún pudiera ser sólo un niño, un niño pequeño capaz de aceptar el consuelo y dejarse querer. Sabía que al cabo de unos minutos el hechizo se rompería y él volvería a ser tan salvaje y molesto como siempre, pero por el momento, atesoraría esa dulzura y la mantendría cerca.

Después de un largo rato de chapotear y gritar, la puerta del baño se abrió.

“¡No te muevas de esa tina hasta que regrese con la escoba!”

Y allí estaba él, empapado como si se hubiera bañado completamente vestido, con el ceño fruncido y refunfuñando. Se detuvo cuando la vio, vio a Zap acurrucado y presionado en el regazo, y una gran sonrisa iluminó su rostro. Ella le devolvió la sonrisa y él permaneció allí durante

un largo momento, devorándola con los ojos, los dos sonriéndose el uno al otro en una ola de pura felicidad. Entonces Zap salió disparado, ella se levantó con gracia y él la rodeó con sus brazos mojados. Permanecieron juntos, chorreando y besándose.

Un grito desde el baño los hizo retroceder.

“¡Me estoy ahogando aquí!”

“Tengo que coger la escoba”, dijo Bird.

Ella lo siguió al baño mientras él recogía la jabonera destrozada con estampado de rosas que había en el apartamento cuando lo encontraron.

Zoom estaba tumbado en el fondo de la bañera, sumergido en el agua, con los labios apretados y las mejillas hinchadas por el esfuerzo de contener la respiración. Ella se inclinó sobre él y él exhaló un estallido de burbujas y se sentó de golpe.

“¡Estás de vuelta!”

“Lo estoy. ¿Te alegras de verme?”

“¡Me hizo ahogarme!”

“No me parece.”

“Me sentí tentado”, admitió Bird, sonriendo. “Está bien, puedes salir ahora y secarte. Te vestiremos y podremos bajar todos al hogar a comer algo.

Zoom salió de la bañera y se dirigió a su habitación en un instante. Madrone se sentó en el borde de la bañera y abrió el desagüe. El agua borboteó hacia el sistema de aguas grises y hacia los jardines. Observó a Bird fregar el suelo. Se dio cuenta de que algo dentro de ella había cambiado. Ya no estaba inquieta ni enojada por la precariedad de su felicidad. Ahora podía apreciarlo, el precioso momento, este dulce, brillante y ordinario momento con su genio héroe profeta trapeando el piso del baño. El tipo de velada normal que formaba parte de la vida normal: bañar a los niños, darles de comer, llevarlos a la cama.

En un mundo diferente, ella podría esperar toda una vida de noches así. Podría haberse aburrido de ellos, irritarse por su aburrimiento y falta de emoción. Pero en esta vida, con la amenaza de un ataque siempre sobre ellos y los drones surcando el cielo, esta felicidad ordinaria era infinitamente precaria y aún más preciosa.

La toalla secó el agua, dejando tras de sí un rastro de gotas enjoyadas. Las voces de los chicos se alzaron en gritos desde la habitación de al lado. Escuchó a Zap gritar indignado. La cabeza de Bird estaba inclinada. Sobre los rizos enroscados de su cabello muy corto había gotas de agua brillantes,

cuentas enjoyadas de resplandor. Gruñó y el sonido contenía la música del mundo.

Se sentaron en una mesa bajo las estrellas, deleitándose con platos de guiso de quinua y ollas de col rizada. Zap y Zoom estaban en algún lugar jugando con otros niños. La reunión alrededor del fuego había terminado, pero las parejas permanecían en el aire templado, charlando, paseando o terminando tranquilamente una comida.

“Me pregunto si podríamos elaborar cerveza con quinua o amaranto”, dijo distraídamente Bird.

Estaba observando a Madrone, pensando en lo hermosa que se veía a la luz parpadeante de las velas, dejando que el alivio de su regreso lo inundara.

Madrone resopló. “Ya tenemos suficientes problemas con el alcohol ilegal que los adolescentes trafican y el vodka de contrabando que elaboran con cáscaras de papa. Representa una gran proporción de nuestro trabajo en el centro de curación”.

Él disfrutó del sonido de su voz. Realmente no importaba lo que ella estuviera diciendo. Por el momento ella estaba de regreso, y tan a salvo como cualquiera de ellos. Independientemente de lo que hubiera sucedido antes, de lo que estuviera por venir, ese era el secreto de la felicidad:

saborear el momento y mantenerlo sin arrepentimientos ni miedo.

“Pájaro”, dijo abruptamente, “tienen drones de vigilancia patrullando la ciudad. Los vi.”

Los momentos pasan, pensó. Y el miedo volvió.

“Sabíamos que tenía que suceder tarde o temprano”, dijo. “Necesitamos una estrategia”.

“O un dispositivo de camuflaje”, dijo Madrone.

“Deberíamos convocar un Consejo”.

Bird miró fijamente hacia la mesa no muy lejos, donde estaban sentados Emily, Anthony y la señorita Ruby. No habían hablado desde la pelea, y Anthony la había saludado con sólo un gesto frío. No podían unir al Refugio para lidiar con los drones si ella estaba peleando con las otras personalidades clave.

Con un suspiro, Madrone se levantó. Ella sabía lo que tenía que hacer.

“Voy a disculparme”, le dijo a Bird.

Él asintió y se levantó para seguirla mientras ella caminaba lentamente hacia la mesa de la señorita Ruby.

La señorita Ruby la recibió con una mirada furiosa. Madrone le devolvió la mirada, sólo para ver a Bird hacerle *su* mejor imitación de Johanna, con las cejas arqueadas y los labios apretados.

Madrone respiró hondo y se obligó a sonreír.

“Lamento haber perdido los estribos”, dijo.

Ruby se cruzó de brazos y dio su propia versión de la mirada, en la que sobresalía, pensó Madrone. Tenía la cabeza ladeada, los labios fruncidos y los ojos penetrantes. Bueno, ¡al diablo con ella! Madrone se cruzó de brazos y la miró, con la cabeza en ángulo opuesto y las cejas subiendo hacia la línea del cabello.

“Simplemente no le pegues a mis hijos”, dijo Madrone. Bird tosió detrás de ella. “¡Discúlpame!” siseó.

“Tienes que controlar a ese niño”, dijo la señorita Ruby.

La mirada de Madrone se intensificó. Bird le pisó el pie.

“¡Ay!”

Bird desdobló el brazo cerrado de Madrone y lo bajó a su costado, sosteniendo su mano.

“Señorita Ruby”, dijo en tono conciliador, “sabemos que los niños tienen problemas. Eran agentes de una banda de

ladrones de agua. No tenían nada en sus vidas además de violencia y terror hasta que los rescatamos. Sí, son salvajes. Todavía tienen miedo. No podemos romper eso golpeándolos. Y, en el fondo, tienen buen corazón”.

“Mmm. Eso aún está por verse.”

“Me encantaría que todos nos sentáramos y discutiéramos la filosofía educativa de la escuela cuando estemos más tranquilos”. Madrone hizo un gran esfuerzo por mantener su voz neutral, sobre todo porque Bird la estaba pellizcando.

“Después de treinta años en el aula, ¿crees que no sé cómo manejar a un grupo de niños problemáticos?”

Bird pellizcó con más fuerza. Madrone le apartó el brazo.

“Estoy segura que sí. Pero señorita Ruby, usted tenía un trabajo diferente en ese salón de clases. Un trabajo difícil, un trabajo horrible. No te envidio, no sé cómo lo lograste. Había que tomar a niños que nacieron en un sistema podrido y enseñarles cómo sobrevivir. Estaban entrando en un juego amañado y había que prepararlos para navegarlo lo mejor que pudieran. Estoy segura de que eras la mejor maestra que un niño podría tener en esas condiciones”.

Los ojos de la señorita Ruby se entrecerraron y sus labios se apretaron.

“¡Lo digo en serio!”, le aseguró Madrone. “Tú, Emily, también; teníais que enseñarles a estar callados, a callarse y a soportar las cosas que odiaban, a trabajar duro y no esperar demasiado. ¿Estoy en lo cierto?”

La señorita Ruby no respondió, pero su cabeza se movió ligeramente, ladeada en un nuevo ángulo. Ella estaba escuchando.

“Pero ahora tenemos un desafío diferente. Tenemos que alentarlos a querer más, a quererlo todo y a luchar por ello. Su trabajo aquí no es sobrevivir a un juego podrido, sino crear un juego nuevo, un mundo nuevo. Tienen que ser capaces de pensar por sí mismos y desafiar la autoridad, incluso la nuestra”.

“¿Y qué pasará con ellos si fallamos?” –Preguntó Ruby. “¿Crees que los Stewards dejarán este lugar en paz una vez que lo encuentren? Y eso es sólo cuestión de tiempo”.

Se hizo un silencio.

“Pueden morir”, dijo Madrone en voz baja. “Todos podemos morir. Es el resultado más probable, ¿no?”

“¿Entonces, porque estás aquí?” –espetó Emily.

“Porque siempre hay una posibilidad. Porque si no lo cambiamos aquí, tarde o temprano volverá a nuestros jardines de casa”.

“Hablas de morir como si fuera así de simple”. La señorita Ruby negó con la cabeza. “Pero en realidad la gente no muere. Se ajustan. Hacen lo que tienen que hacer para sobrevivir. Entonces, ¿no es mejor aprovechar esta oportunidad para enseñarles algunas cosas más que de otro modo nunca aprenderían?, ¿para darles una mejor oportunidad?”

Madrone la miró sombríamente. “No sé. Quizás hay cosas que es mejor no soportar”.

“¡No digas eso!” –espetó la señorita Ruby. “¡Mírate! Usted, yo y el señor Bird, cada uno de nosotros tuvo algún antepasado que perduró. Atados en barcos de esclavos, rodando en sus propios desechos, encadenados en esclavitud, ¡ellos aguantaron y tú estás aquí por eso! ¿Estás tratando de decirme que eso no valió la pena?”

“No”, dijo Madrone. “Estoy agradecida por ello. Intento ser digna de ello. Pero...”

“¡No me pongas 'peros'!” Dijo la señorita Ruby bruscamente. “¡Pero nada!”

“Pero no quiero conformarme con eso”, prosiguió Madrone. “¡Esos ancestros que sobrevivieron a los barcos de esclavos no fueron criados para ser esclavos, fueron criados para ser aldeanos! Se mantuvieron con vida porque sabían en el fondo cómo se suponía que debía comportarse la gente

decente y mantenían cierta esperanza de poder recrear eso dondequiera que aterrizaran. Se lo transmitieron a sus hijos y a los hijos de sus hijos. No estoy dispuesta a preparar la próxima generación de futuros esclavos de los Stewards. Criémoslos con una experiencia real de libertad y fomentemos su curiosidad y creatividad y confiemos en que pase lo que pase, llevarán esa semilla hacia adelante”.

“Como usted, señorita Ruby”, intervino rápidamente Bird. “Sabemos que está tratando de enseñar a los niños a comportarse como seres humanos solidarios. Y que nunca ha perdido la esperanza. ¿No es por eso que está aquí?”

“Estoy aquí porque no tenía otra opción”, dijo la señorita Ruby.

“Siempre hay una opción”, dijo Bird. “Si hubieras traicionado a tus vecinos para no que se quedaran con tu casa, esa habría sido una elección”.

“¡No para mí!” La señorita Ruby afirmó enfáticamente.

“Si no hubieras hecho nada”, continuó Bird, “si hubieras esperado hasta que vinieran y te llevaran, eso también habría sido una elección. En lugar de eso, elegiste arriesgarte y venir aquí”.

“Estoy aquí porque si existe la posibilidad, como dices, de hacer un juego diferente, bueno, esa es una oportunidad

que vale la pena aprovechar. Y le agradezco mucho que me la ofrezca –concedió la señorita Ruby.

“Entonces, ¿no podemos ser amigos?” –suplicó Bird. “Después de todo, se supone que aquí somos adultos”.

“Hábleme de sus escuelas en el norte”, dijo la señorita Ruby. “Es posible que tengan una o dos ideas”.

“Una cierta dosis de disciplina no es mala”, admitió Madrone. “Es posible que estos niños necesiten una estructura sólida”.

Terminaron hablando hasta bien entrada la noche, y se dirigieron en tropel a la sala de estar de Bird y Madrone. Madrone les preparó té y Bird sacó una rara y preciada botella de cerveza auténtica que alguien había metido en su carrito un día mientras tocaba en la calle. Madrone les contó a Miss Ruby y Emily todo sobre el sistema del que su abuela Johanna había sido pionera, los Grupos de Aprendizaje, las lecciones basadas en la construcción y la jardinería y la exploración y reparación de cosas, las Rutas de Aprendizaje a través de la Ciudad, la forma en que se animaba a los estudiantes mayores a ayudar y enseñar a los más jóvenes.

“Mi abuela siempre hablaba de las tres C en lugar de las tres R”, dijo Madrone. “Conexión, creatividad, cooperación. Dijo que los niños tienen que conectarse con el material, con sus manos, sus corazones y sus cuerpos, no simplemente

que se los introduzcan en sus mentes. Necesitan que se fomente y apoye su creatividad, y eso significa un entorno que fomente la cooperación, no la competencia. Y realmente creo que ella sentó las bases de todo lo que tenemos en el Norte: la abundancia de alimentos que proviene del trabajo conjunto con la tierra, las plantas, los microbios y los animales, la química que coopera con las moléculas y descubre cómo combinar, la energía que obtenemos al cooperar con el sol, los vientos y las mareas, la Red que coopera con los cristales de silicio, todo ello unido de maneras nuevas, creativas y alegres. Ese es el tipo de educación que estos niños necesitan, para sanar el daño que hay aquí”.

“Me gusta la idea de aprender haciendo”, admitió Emily.

“Trabajarlos por las mañanas”, sugirió la señorita Ruby. “Cansarlos, entonces tal vez se queden sentados tranquilos y aprendan por las tardes”.

Lo planearon con entusiasmo. Involucrarían a los niños en la construcción de la primera Ruta de Aprendizaje a través de la Ciudad Refugio. Y luego, en un área central, conseguirían la ayuda de los niños para construir su propio Centro de Aprendizaje. Los niños trabajarían juntos por las mañanas y por las tardes leerían, investigarían y recibirían lecciones formales para abordar las preguntas que se les ocurrían al realizar el trabajo.

Ayudarían a Madrone a plantar hierbas curativas y aprenderían sus usos. Emily y Madrone reclutarían a otros miembros de la comunidad para que vinieran y compartieran sus conocimientos. Anthony los dirigiría en obras de teatro que los niños podían representar junto al fuego del hogar.

La conversación se prolongó mucho más allá de la medianoche, hasta que Emily finalmente se levantó, se estiró y recordó que tenía que dar una clase temprano por la mañana.

“¿Todos amigos otra vez?” dijo Pájaro.

La señorita Ruby asintió.

“Para ser sincera, lamento haber golpeado al niño. Jesús sabe que se lo merecía, pero no es así como yo quiero ser”.

“La Diosa sabe que quiero golpearlo veinte veces al día”, coincidió Madrone. Extendió la mano y le dio un abrazo a la señorita Ruby. Emily se unió a ellos y Bird los rodeó a todos con sus brazos.

“Tenemos que apoyarnos mutuamente”, dijo la señorita Ruby, con los ojos húmedos. “Hemos hecho algo hermoso. Pero tengo la sensación de que lo difícil aún está por llegar”.

Madrone asintió. Había estado tan absorta en sus planes, tan contenta de volver a ser amigas, que había dejado la

amenaza de los drones en el fondo de su mente. Simplemente no podía soportar decir: y ahora que se nos han ocurrido todos estos hermosos planes, debes saber que quizás nos quede muy poco tiempo para realizarlos.

Mañana, pensó. Mañana lo llevarían al Consejo.

Capítulo cuarenta y uno

“Así que vamos a discutir qué hacer con los drones”, dijo Emily. Esa noche volvió a estar frente a la gran asamblea general, fortalecida por un chute de estimulantes a base de hierbas, un fundamento y una piedra de la suerte que Madrone le había administrado antes de la reunión. “¿Quién tiene ideas?”

Una mujer baja en la parte de atrás levantó la mano con entusiasmo. “Sé dónde hay un suministro de tela de camuflaje. Podríamos colocarla sobre las plazas y los jardines”.

“Pero los jardines necesitan luz para crecer”, objetó un joven.

“Podríamos montar patrullas y derribar cualquier dron que veamos”, gritó uno de los adolescentes de Tianne, y un grito de acuerdo se elevó entre la multitud.

Bird se puso de pie y levantó una mano. “No es fácil atacarlos”, dijo. “Por supuesto, podríamos conseguir algunos rifles de los montañeses del maquis, pero pensadlo por un momento. Eres un operador de drones. Cada vez que envías uno a una determinada parte de la ciudad, es derribado. ¿Qué haces a continuación?”

“Vas a ver qué pasó con él”, dijo Anthony en voz baja.

“Si tuviéramos algunos miembros de nuestro equipo técnico del Norte”, reflexionó Bird en voz alta, “tal vez podrían piratear el sistema y proporcionarles información falsa”.

Tianne dio un paso adelante. Su cabello de seda negra ahora colgaba en cien pequeñas trenzas, cada una de ellas unida con un hilo de un color diferente. Tenía una fina y fría sonrisa en su rostro.

“¿Qué le pasa al equipo técnico que hay aquí?”, preguntó ella. “Con el debido respeto al Norte, diría que aquí tenemos hackers que pueden defendernos de cualquiera”.

Se levantó otra ovación.

Bird reprimió sus ganas de protestar, de decir: pero no hablas con los cristales, no te comunicas con ellos. Simplemente manipulas los números. En cambio, simplemente dijo: “¿Crees que puedes entrar en su sistema?”

Un hombre alto y delgado con cabello como un cepillo de alambre rubio se puso de pie. “Yo solía trabajar en seguridad”, dijo. “Todavía tengo amigos. Podemos entrar. Podemos hacer mucho. Pero cuánto tiempo podemos pasar desapercibidos depende de muchos factores que no están bajo nuestro control. Si están en alerta máxima y son inteligentes, lo notarán de inmediato. Si son unos trolls vagos, les llevará más tiempo. Pero tarde o temprano se darán cuenta de que los datos están siendo manipulados. Entonces sabrán que definitivamente hay algo que buscar”.

“Así que puedes ganarnos algo de tiempo”, dijo Emily. “Bien. ¡Hazlo!”

“Y no hablemos más de esto en el Consejo”, intervino Anthony apresuradamente. “Estoy totalmente a favor de un Consejo abierto, pero si tienen drones en el cielo podrían tener otros espías y agentes aquí entre nosotros. No, lo siento, ¡hay que decirlo! Lo mejor es dejar los detalles del hackeo para aquellos que necesiten saberlos”.

Hubo un murmullo de acuerdo y enojo, y Emily tuvo que gritar varias veces pidiendo silencio.

“Así que, con suerte, podremos tener algo de tiempo”, dijo Bird. “Pero sí necesitamos un plan sobre qué hacer si se acaba la suerte”.

“¿Luchamos o corremos?” gritó uno de los adolescentes.

“No hay ningún lugar al que huir”, gritó una mujer desde atrás. “¡Estamos todos aquí porque huimos de lo que hay ahí fuera!”

Hubo risas, pero con un trasfondo serio. Tenía razón y todos lo sabían. Nuestro refugio, nuestra última esperanza, nuestra trampa mortal, pensó Bird con gravedad. Sí, defenderlo, pero ¿cómo? ¿Podemos ganar? ¿O estamos condenados a convertirnos en otra última resistencia desesperada, nuestra propia Masada, nuestras Termópilas, nuestra Colina de San Jorge, nuestro gueto de Varsovia?

“Necesitamos almacenar algunas armas”, dijo Tianne. “Y aprender a usarlas”.

La señorita Ruby se enfureció. “¡Este Refugio fue fundado sobre los principios de la no violencia!”, proclamó. “¡Estamos siguiendo los pasos de Martin Luther King!”

Miradas en blanco respondieron a su pronunciamiento. El sistema educativo de los Stewards no contaba con héroes de la no violencia, ni tampoco con héroes revolucionarios posteriores a 1776.

La fina sonrisa de Tianne se tensó hasta convertirse en una línea dura. “Por favor, señorita Ruby, no tiene sentido hablar de Martin Luther King. ¡Estamos luchando contra los Stewards!

Su multitud de seguidores se echó a reír, pero ella hizo un gesto con la mano y los silenció.

“Yo prefiero luchar con el arte”, dijo. “Creo que la belleza es más fuerte que la fealdad y la violencia es fea. Pero soy una persona práctica. Cuando los Stewards descubran que estamos aquí y que somos más que otro campamento para personas sin hogar, vendrán por nosotros. Y no con un montón de idiotas listos para desertar. Enviarán a sus tropas de choque, los razas y las langostas que trepan sobre los lomos de sus superiores para elevarse un poco. Y sus drones militares. No vamos a ganárnoslos con nuestra bonita Plaza de Bienvenida y nuestras estatuas de ángeles. Vamos a tener que luchar”.

“¿Con que?” Preguntó Bird. “Tenemos exactamente ocho rifles, tres rifles láser y catorce pistolas en el Refugio”. Lo sabía, porque todavía era bastante montañés y se había propuesto saberlo.

“¡Pensé que habíamos acordado que los recién llegados tenían que entregar sus armas!” La señorita Ruby estaba indignada.

Bird se encogió de hombros. Sí, habían estado de acuerdo. Así como habían acordado no beber ni consumir drogas. Pero no todos cumplían. Podía mirar a su alrededor entre la multitud y contar docenas de pares de ojos llorosos, y algunas de las voces más fuertes estaban amplificadas por algo más que adrenalina natural.

Aún así, las armas eran escasas y la mayoría de los refugiados sólo tenían un cuchillo de cocina o una navaja para defenderse. Las bandas de afuera, por supuesto, estaban bien armadas, pero también estaban fuera del control inmediato de los Stewards y por eso rara vez se encontraban en el tipo de desesperación que los llevaría a buscar refugio.

“Aquí hay familias”, objetó Emily. “¡Niños!”

Bob, su antiguo vecino, se levantó para responderle. “Y eso no impedirá que los azotadores usaran fuerza letal ni por un minuto. Tú lo sabes. Todos sabemos eso. Por eso estamos aquí, con nuestras familias, porque sabemos que a los Stewards les importan un carajo nuestras vidas”.

Hubo un fuerte murmullo de acuerdo.

Necesito a Lily, pensó Bird. O a Maya, o a alguien con una clara devoción por los ideales no violentos. No estoy haciendo un buen trabajo defendiéndolos, porque una parte

de mí está de acuerdo con Tianne. No vamos a ganarnos a esos cabrones. Entonces, ¿cómo ganamos?

La fortaleza cae cuando el suelo debajo de ella se mueve, escuchó en su profunda memoria. Pero, en nombre de Hella, ¿qué significa eso en la práctica?

Tianne se volvió esperanzada hacia Rafe y el contingente de los Ángeles. “¿Podemos conseguir más armas?”, preguntó ella.

Rafe asintió lentamente con su elegante cabeza. Estallidos de luz brillaban en su cabello sedoso.

“Algunas”, dijo en voz baja y tranquila. “No muchas. Demasiado peligroso, asaltar armerías. No es lo que les gusta hacer a los Ángeles”.

“¿Pero puedes conseguirnos algo?”, preguntó Tianne con entusiasmo.

“No lo suficiente”, dijo Rafe. “No lo suficiente para defenderse de un ataque total”.

Un pesado silencio se apoderó de la multitud. Bird podía sentir la desesperanza filtrándose desde el suelo. Todos estos habitantes del Sur habían sido criados con eso y se les había enseñado, desde el momento en que podían enfocar sus ojos infantiles, que podían suceder cosas terribles y que no podían detenerlas. Podían detenerlo por un tiempo,

inmersos en la construcción, organización y creación del Refugio, pero siempre, justo debajo de la superficie, habría allí, un viento frío que soplaba desde el subsuelo, una voz fantasmal susurrando: ¿De qué sirve?

El profeta Jed se levantó de un salto. “El Señor es nuestro defensor. ¡El Señor es nuestro vengador! Esto dice el Señor: '¡Dejad que florezca la abominación, y yo os heriré!'”

Al menos despertó a la gente de su estupor, pensó Bird, mientras una oleada de molestia se extendía entre la multitud. La ira es más movilizadora que la desesperación.

“Jed, estás fuera de turno”, dijo Emily con firmeza.

“¡Déjalo hablar! ¡Déjalo hablar! Gritaron sus seguidores.

“¡Cállate! ¡Cállate! Llegó un contracántico.

“No penséis que mantendremos este Refugio si se convierte en un refugio para el pecado y la inmundicia. ¡Nuestra defensa está en nuestra pureza moral!

Janus saltó sobre un banco. “¿Pero cuándo empezamos a pecar? Pecar es ganar, necesitamos ganar, los ganadores se lo llevan todo. Perder es elegir, elegir perder y no ganar y no pecar, pero los perdedores son borrachos, que niegan la sangre, no me hacen gracia, dice la Gran Madre. Escuchad lo que digo, las alas de los ángeles os llevarán lejos. No hay

necesidad de defenderse, abrid vuestros corazones al amor y Yo descenderé”.

“¡La Gran Madre es la Ramera de Babilonia! ¡Engañadora! ¡Sierva de Satán!, rugió Jed en respuesta.

“¿Qué es una puta? ¡Hemos escuchado eso antes! Prostituir es ser más”.

“¡Trece demonios te poseen, mujer escarlata! ¡Ramera mentirosa!

“Ramera escarlata, estrella ramera, la sangre fluye escarlata. Escarlata, carta de la vergüenza, sin culpas, todos somos iguales”.

“¿Qué debo hacer?” Emily le susurró a Bird.

“Se podría pensar en ello como una sinfonía, punto y contrapunto. Simplemente deja que te invada”, dijo Bird con gravedad.

“Me quedo con los ejercicios de Kegel”, siseó Madrone.

“¡Arde en las llamas!”, gritó Jed. “¡Las llamas del infierno te consumirán!”

“¡Silencio!” Rugió Pájaro.

Pero los partidarios del profeta respondieron a coro. “¡No acalléis la voz del profeta del Señor!”

“¡Que calle!” gritó una voz arrastrada desde atrás, donde una botella de algo pasaba de mano en mano. Algo salió volando de esa sección de la multitud y aterrizó entre los seguidores del profeta, quienes rugieron de indignación.

Emily reunió toda su determinación. “¡Él tiene que tomar la palabra, como cualquier otra persona! Podéis levantar la mano y podéis callaros de vez en cuando y dejar que alguien más tenga la oportunidad de hablar”.

Una mano se levantó y ella la señaló. Desafortunadamente, la joven a la que pertenecía era Faith Prophet.

“¡Solo estás tratando de silenciar al Profeta Jed porque está diciendo verdades que no quieres escuchar! ¡Hay un sesgo antirreligioso en este lugar, y aquellos de nosotros que venimos de la fe nunca tenemos un trato justo!

“Puedes tener tu audiencia”, dijo Emily, “pero debes mantenerte en el tema. Sólo así podremos decidir algo”.

“¡La única decisión que cuenta es la de volverse hacia el Señor o ponerse contra él!” –intervino Jed–. “Porque el que se entrega al pecado en este mundo, lo pagará en el otro”.

“¡Cállate!” Gritó la mayor parte de la asamblea. El contingente de bebedores lo interpretó como un canto.

“¡Cállense todos!” –gritó Emily–.

“Ésa es tu respuesta a las críticas: ¡guardar silencio! ¡Callarse la boca! ¡Esa es siempre tu respuesta! –gritó Faith.

“¡No, te callas tú! ¡Tenemos cosas importantes que discutir! gritó un hombre.

“¿Qué son ustedes, de todos modos?” preguntó una mujer mayor al contingente del profeta. “¿Agentes de los Stewards, enviados aquí para crear discordia?”

“Oh, esa es tu respuesta a cualquier crítica. ¡No estás de acuerdo, así que debes ser un infiltrado!

“¡Me parece sospechoso que cada vez que intentamos hablar sobre defensa, todos ustedes entren e interrumpan!”

“¡No hay defensa contra la venganza del Señor! ¡No hay seguridad en el pecado! ¡No hay seguridad sino en los brazos de Jesús!, entonó Jed.

“Las personas que acusan a otras personas de ser agentes normalmente son ellos mismos agentes”, gruñó su partidario.

Al final de la reunión, Emily gritaba de furia. La señorita Ruby había abofeteado a Faith Prophet en la cara, y Bird había tenido que saltar y usar todas sus habilidades en artes marciales para evitar que un par de los seguidores más ardientes del profeta la golpearan. Se había desatado una pelea en la parte de atrás y los médicos habían tratado una

fractura en la cabeza y la mandíbula. La reunión terminó sin lograr nada.

“Cristo Jesús Salvador, si no son agentes de la Administración, los Stewards están desaprovechando su mejor apuesta”, dijo la señorita Ruby mientras se reunían en el apartamento para un informe a altas horas de la noche.

“Los Stewards no son tan sutiles”, dijo Bird, frotándose el codo donde el Profeta Jed lo había atacado con una barra de hierro.

“¿Estás bien?” –Preguntó Madrone. El asintió. El golpe había sido indirecto, y él se agachó y rodó para aguantarlo, se acercó por detrás y agarró a Jed por las rodillas para derribarlo.

“Claramente estoy en un estado de pecado”.

La señorita Ruby negó con la cabeza. “Para ellos el pecado no es un estado, es una nación. Un universo. Esas personas no son cristianos, son sinianos⁵⁷. Han eliminado a Cristo y todo lo que él representaba. No dejaron nada más que el pecado”.

⁵⁷ Sin es pecado, de modo que siniano, podría traducirse como pecacionista.

“Tenemos que hacer algo”, dijo Emily. “Cada día nos acerca más al momento en que los Stewards se acercan a nosotros y debemos tener un plan”.

“Ojalá Salal estuviera aquí”, dijo Madrone. “Ella es buena con las reuniones. Yo, particularmente, no lo soy,”.

“¿Qué haría Salal?”

“Ella los llevaría aparte, uno por uno, y razonaría con ellos”.

“Eso funcionaría, si no fueran inmunes a la razón”, dijo Anthony.

“¡Deberíamos expulsarlos a todos!” Dijo la señorita Ruby.

“Bien, y que vayan directamente a los Stewards y nos denuncien”, dijo Bird.

“¿Qué haría Lily?” –Preguntó Madrone.

“Ella diría que debemos ser mejores sanadores que ellos perturbadores”.

“Tengo una idea”, dijo la señorita Ruby. “Yo facilitaré la próxima reunión. Será breve”.

La señorita Ruby subió al estrado.

“Está bien, gente, escuchen. Estoy facilitando esta asamblea y así es como será. Enseñé en séptimo grado durante treinta años, así que no os paséis conmigo. ¿Lo entendéis?

“Ahora todos nos escucharemos y cada uno tomará su turno. Vamos a levantar las manos para pedir la voz. Cualquiera lo estropea, cualquiera interrumpe y eso es todo. Se acabó la reunión. Todos damos la espalda y nos marchamos. ¿Oís lo que digo? Ya no recompensamos el mal comportamiento”.

Un adolescente pecoso y con granos comenzó a objetar y la señorita Ruby lo miró fijamente. “¿Tienes algo que decir, jovencito? ¡Levanta tu mano!”

Obedientemente, lo hizo y ella asintió con la cabeza.

“¡Pero tenemos que reunirnos, señorita Ruby! Tenemos cosas importantes que discutir”.

“¿Y hasta dónde hemos llegado discutiéndolas en estas reuniones? No, tenemos que entrenarnos en cómo comportarnos y luego podremos escucharnos. Ahora, esto es lo que está en la agenda: ¿cómo nos defenderemos si vienen los Stewards?

El profeta Jed hizo su señal. Se puso de pie de un salto, golpeó su bastón y comenzó a despotricar.

“No podemos defendernos en estado de pecado. Sólo Dios puede defendernos y él no salvará a los impenitentes. No hay refugio contra la ira del Todopoderoso”.

Sin decir una palabra, la señorita Ruby bajó del estrado y salió. Bird, Madrone, Emily y Anthony la siguieron. Después de un momento de vacilación, también lo hizo la mayoría de la multitud, dejando al profeta rodeado sólo por un pequeño grupo de seguidores.

“Os dije que sería breve”, dijo la señorita Ruby.

Los drones atacaban, escupían muerte desde el cielo, zumbaban sobre los patios y la plaza. Pero en la plaza estaban teniendo una reunión, y cada vez que Bird intentaba contarles sobre el peligro, alguien los interrumpía.

“Los drones... ¡cuidado! ¡Ponerse a cubierto!” Gritó, pero ningún sonido salió de su boca, sólo el rugido de la voz del Profeta Jed.

“¡Arrepentirse! ¡Arrepentirse!”

Uno a uno fueron cayendo, pero nadie se dio cuenta. La sangre fluyó hacia la plaza, se acumuló, se elevó como los mares, cada vez más alto...

¡Estar atentos! Intentó gritar, pero lo que salió de su boca fue “¡Arrepiéntanse, arrepiéntanse!”

Alguien lo estaba sacudiendo....

Abrió los ojos para encontrarse con la mirada ansiosa de Madrone. La habitación estaba a oscuras y había estado teniendo otra pesadilla. ¿O era un sueño profético? Mejor no pensar en eso.

Ella lo rodeó con sus brazos. No necesitaban hablar. No había nada que decir. Aspiró su aroma, sintió su calidez. Ella estaba cálida y viva, y estaban juntos en ese momento. Quedarse en el momento. Ese era el camino. No pensar en el patrón del pasado ni en lo que vendría después. Quedarse en este momento en el que ella estaba allí con él, ofreciéndole consuelo en la oscuridad.

Capítulo cuarenta y dos

Livingston se despertó en la oscuridad con palpitaciones en la cabeza y una fuerte sensación de náuseas. Estaba tendido sobre una superficie dura que se balanceaba y se sacudía, y cada sacudida hacía que le doliera más la cabeza. La habitación le parecía pequeña, aunque sólo podía ver un gris opaco a su alrededor, y apestaba a orina rancia y mierda vieja, lo que no ayudaba a su estómago.

¡Mierda! ¿Dónde carajo estaba?

Soy Adam Livingston, ex oficial de inteligencia de la Armada de los Stewards, se dijo.

El fondo de la habitación cayó y él se estrelló, luego se levantó de nuevo y se volvió a estrellar contra él. El suelo se balanceaba.

Soy marino, repitió. El movimiento, las náuseas, le resultaban familiares. Ahora lo sabía. Soy un marino y estoy en el mar.

Con eso, el recuerdo de su misión volvió a él. Sí, había logrado llevar a la Armada de Calafia a la trampa preparada. Y conseguir su liberación, como estaba previsto. Entonces, ¿qué carajo había pasado?

¡Bolas de santos! ¡Qué ganas tenía de vomitar! ¿Había siquiera un cubo en este apestoso agujero? Para descubrirlo, tendría que moverse, y no podía, no todavía, no podía levantar ese palpitante saco de dolor que era su cabeza sin vomitar sobre sí mismo.

Sin embargo, tendría que moverse o terminaría rebozado en su propio vómito.

Un gemido involuntario escapó de sus labios mientras lentamente se daba vuelta. Comenzar con eso, simplemente girar la cabeza ya era bastante doloroso. Algo debía haberse estrellado contra él. ¿Qué carajo había pasado?

¿Habían descubierto los pichones su juego? Pero no, no harían eso. ¿Lo harían? Lo más probable es que lo encerrasen en algún salón acolchado con un inodoro de compostaje y una cinta de música para meditación.

Estaba en un barco. No estaba mareado, se dijo con firmeza. Adam Livingston no sufría mareos.

Tenía una conmoción cerebral. Alguien debió haberle golpeado en la cabeza. Por eso le dolía.

¿Pero qué barco? ¿Por qué? Sentía una sensación de malestar en el estómago que no tenía nada que ver con la conmoción cerebral. Algo había salido terriblemente mal.

Otro gemido, y con un enorme esfuerzo de voluntad contrajo los músculos del estómago, enderezó la cabeza y el torso. Cerró las mandíbulas con fuerza para contener la garganta.

Ahora sus ojos se estaban adaptando a la tenue luz, aunque todo todavía parecía girar y dividirse en múltiples. Una pequeña habitación metálica, como un armario para velas. No había ojos de buey, pero una luz tenue se filtraba en la habitación por debajo de la puerta. Tenía alrededor de cinco pies cuadrados, lo suficientemente larga como para que él pudiera estirarse en toda su longitud sólo si se acostaba en diagonal. En un rincón había un pequeño cubo, y eso era una especie de misericordia.

Se tambaleó hacia allí, arrastrándose por el suelo de metal con las manos, apoyó la barbilla en el borde y vomitó.

Sintió alivio. Pero el imbécil de Madre María, ¡qué no daría por un poco de agua!

Apoyó la cabeza, se apartó débilmente del cubo y dejó que la misericordiosa oscuridad lo envolviera nuevamente.

Cuando despertó de nuevo, la luz que se filtraba por las rendijas parecía un poco más brillante. ¿Cuánto tiempo había pasado? Sintió una sed atroz, la garganta áspera y la boca llena de ácido y sabor a bilis.

El suelo todavía se movía, con el largo cabeceo y balanceo de un barco rápido en el mar. Podía escuchar golpes desde arriba, como si alguien se estuviera moviendo. Y ahora empezó a recordar.

La batalla, las explosiones, la armada califiense atacada. Los parlamentarios del Giro. El cuchillo en su garganta.

Los piratas del Giro lo habían sacado a empujones del salón, hasta la cubierta, por la borda y bajado por la escalerilla de regreso a su zodiac. El cuchillo en su garganta de alguna manera se había transformado en un arma en su espalda. Bajó con presteza y regresaron a la nave giro, con proyectiles estallando a su alrededor y el zumbido de láseres y balas en el aire.

Luego subieron una escalera hasta otra cubierta, el capitán ladraba órdenes y la tripulación saltaba para enrollar las velas y acelerar los motores. Se alejaron corriendo de la zona de batalla tan rápido como pudieron maniobrar.

Livingston recordaba haber estado apoyado en la borda, observando todo. Uno de los giros había permanecido a su lado, sin dejar de presionarle las costillas con una pistola. El

hombre tenía el pelo negro y grasiento, un aro en la nariz y olía a calcetines sucios que llevaban demasiado tiempo metidos en botas de mar.

“Uh, muchas gracias por la liberación, pero no creo que eso sea estrictamente necesario”, había dicho, señalando la pistola.

Los ojos del hombre estaban vacíos como perdigones de acero. ¿Quizás no entendía inglés?

Había sido una larga espera hasta que el Capitán regresara. No fue hasta que estuvieron a salvo fuera de la zona de peligro, con el trueno de las explosiones convertido en un murmullo sordo a sus espaldas, que el Capitán no emergió del puente y cruzó la cubierta a zancadas, flanqueado por dos oficiales fuertemente armados.

Livingston había ofrecido su sonrisa más encantadora.

“Misión cumplida”, dijo. “Estoy en deuda contigo. Ahora, si ustedes, caballeros, están dispuestos a proporcionarme una zodiac o algo parecido, regresaré a la costa por mi cuenta y no los molestaré más. Estoy seguro de que el alto mando se encargará de la recompensa.

El Capitán le devolvió la sonrisa, pero definitivamente la suya no era una sonrisa encantadora. Más bien se parecía a los dientes de una cobra antes de atacar, pensó Livingston. Cuanto antes abandonara este barco, mejor.

Recordó un chasquido bajo, el sonido del seguro de una pistola al soltarse.

Y la repentina sensación de frío en sus entrañas.

“No hay problema”, dijo el Capitán. “Invitado.”

En su boca, la palabra tenía un tono siniestro.

“Estoy encantado, seguro”, Livingston había mantenido cuidadosamente su tono informal. “Pero tengo el deber de presentar mi informe”.

“Relevado del cargo”, dijo el Capitán. De repente hubo tres armas más apuntando al corazón de Livingston. “Invitado, para el viaje de regreso a Giro”.

La mente de Livingston había trabajado a toda velocidad, evaluando sus posibilidades si intentaba correr... no eran buenas. ¿Podría voltearse hacia atrás por la borda y caer al mar sin que le disparasen? ¿A qué se encontraban, a diez millas de la costa? ¡Muy lejos! ¿Dominar a uno de los compañeros y agarrar el arma? Atascado en las costillas, hay que ser rápido. Súper rápido. ¿Vale la pena intentarlo?

“Mi placer.”

Girando, atacando el arma, agarrando el cañón en sus dedos, casi en su puño, el gatillo... puño en el estómago...

Luego oscuridad.

¡Mierda!

¿Realmente pensaban que podrían salirse con la suya? ¡Era un secuestro descarado! El General les cortaría la cabeza.

Seguramente no valía tanto como esclavo como para correr el riesgo de desagradar al alto mando. Tarde o temprano lo reconocerían.

Fue un pensamiento reconfortante. Pero pronto fue desplazado por un pensamiento mucho menos reconfortante.

No, no se arriesgarían.

Por lo tanto... por lo tanto...

Mierda, le dolía la cabeza. No podía seguir un pensamiento hasta su conclusión lógica.

No quería.

Porque la conclusión lógica era... no estaban desagradando al alto mando.

Esto fue lo que Wendell debió haber ordenado.

¡Maldito chorro de pus traicionero!

De alguna manera debo haberlo cabreado. Nunca confió en mí. Uno pensaría que devolverle el buque de guerra y la Armada de California sería prueba suficiente...

Pero una vez que hubieran atrapado a la marina, sería prescindible. Su trabajo estaría hecho. Su potencial como amenaza o competidor neutralizado para siempre.

¡Mierda!

Por supuesto, tenía que admitir que había descubierto a la marina, pero no la había *atrapado*. Había informado de su ubicación, destino... pero no había incapacitado a los barcos ni destruido su gobierno ni cortado las cuerdas. Podría haberlo hecho, pero le gustaba mantener abiertas sus opciones.

Bueno. ¿Cuáles eran sus opciones ahora?

Se da la vuelta, vomita de nuevo, reza para que al menos le traigan un poco de agua. Tendrían que hacerlo si pretendían mantenerlo con vida para llegar al Giro.

¿Y qué?

¿Intentar sobornar a quien le trajera comida?

¿Con qué?

Dominarlo, mantenerlo como rehén, obligarlo a subirme a cubierta. Usar mis increíbles poderes de judo de superhéroe para eliminar a toda la tripulación, capturar el barco, llevarlo yo mismo a... ¿dónde?

Si tan solo tuviera poderes de superhéroe, eso podría funcionar.

¡Seguramente ni siquiera ese maldito imbécil de general se habría planteado que él terminara su vida como esclavo en las fábricas de plásticos del Giro! Quizás esto era sólo temporal. Una lección que aprender. Una medida disciplinaria. El general Cara Sucia lo necesitaría de nuevo, le devolvería la llamada. Él tenía que... La alternativa era impensable.

Dio vueltas y vueltas a las posibilidades durante mucho tiempo. Después de todo, no tenía más que tiempo. ¡Más irritante incluso que el dolor en su cabeza o el miedo en sus entrañas era el pensamiento de que había sido superado por esa pequeña salchicha idiota, pomposa y podrida! Eso estaba mal. No podría ser. No a él, no a Adam Livingston, ¡más inteligente que el oso promedio!

Después de mucho, mucho tiempo, la luz se hizo ligeramente más tenue. Escuchó pasos. Un ruido metálico.

La puerta se abrió un poco. Una mano metió un tarro de cristal lleno de agua y un par de paquetes de patatas fritas.

Luego la puerta se cerró de nuevo, antes de que tuviera tiempo de reaccionar.

Se preocuparía por eso en un minuto. ¡Por el momento tenía agua, agua bendita, más dulce que las tetas de la Madre María! Se permitió un precioso sorbo para enjuagarse la boca y luego se obligó a sorber lentamente. Un sorbo. Dos sorbos. Comer una o dos patatas fritas: cosas viles pero que sustentaban la vida. Luego otro sorbo. Otro.

No había mucho que pudiera hacer mientras estuvieran en mar abierto. ¿Pero regresarían al Giro? Él no lo creía. No con una carga que descargar. No si la amenaza califiana hubiera sido neutralizada, como estaba seguro de que había sido así. ¿No fue así?

No, podrían alejarse de la batalla, pero regresarían y se dirigirían al puerto de Long Beach o a las terminales de transferencia de Saint Kat's. Anclarían cerca. Lo sabría por el movimiento del barco. O la falta de él.

Entonces él haría su movimiento. ¿Qué movimiento? No estaba seguro, pero encontraría alguna oportunidad. Se mantendría discreto por ahora, recuperaría sus fuerzas.

¿Saldría de este infierno olvidado de Dios y luego... entonces...?

¿Cuál debería ser su plan de juego?

Capítulo cuarenta y tres

A pesar del peligro (los drones de vigilancia que patrullaban los cielos, el caos dentro del propio Refugio) o tal vez debido a él, Madrone hacía visitas regulares a casa de Beth. Las patrullas a pie eran menos en estos días, ya que los recursos de los Stewards se estaban agotando por los avances del ejército en el Valle Central. A veces se arriesgaba a dar un paseo en bicicleta por la noche. Otras veces iba con Bird y Anthony en sus rondas de música callejera y luego se separaba para serpentear por las calles tranquilas y llamar a la puerta trasera de Beth.

“Este lugar es un refugio para mí”, le dijo Madrone a Beth mientras tomaba una taza de té de hierbas humeante.

“¿Un refugio del Refugio?”, dijo Beth con una sonrisa.

“Exactamente.”

“¿Todos siguen quejándose y peleando?”

“Los técnicos han instalado una especie de codificador que parece mantener alejados a los drones por ahora. Pero cuánto durará, o qué haremos si atacan... ¡*Diosa*, nunca imaginé que sería tan difícil trabajar juntos!

De repente, sobre sus cabezas oyeron tres fuertes golpes que resonaron en el suelo. Beth se detuvo, con la taza a medio camino de la boca y el rostro pálido.

“¿Qué es?” –Preguntó Madrone.

“Nuestra señal”. La mano de Beth tembló cuando dejó la taza. “Ellos están aquí. ¡Los Lash!

Se oyeron tres golpes más desde la parte trasera de la casa.

“En la puerta trasera también”. Beth se levantó de un salto. “¡Vamos!”

“¿Ir a dónde?”

“¡La puerta lateral, obviamente! Joder, tengo que orinar. Pero no hay tiempo. ¡Las chicas intentarán retrasarlos, pero tenemos que salir!

Madrone se echó la mochila a la espalda. Beth cogió un pequeño paquete y cogió un par de túnicas de Buscadores de la Expiación de unos ganchos en el laberinto de

polvorientas habitaciones del sótano. En el espacio de unas pocas respiraciones, salieron por la puerta lateral y subieron a un corto tramo de escalones de cemento que conducían a un túnel verde, arrastrándose a través de la densa maraña de arbustos que se apretaban contra el costado de la casa.

El túnel conducía a un agujero en una pared de ladrillos que lindaba con la finca de los vecinos. Beth arrancó la tabla que la cerraba y empujó a Madrone a través de la estrecha abertura. Las ásperas tablas rasparon sus vaqueros. Fue un aprieto que requirió esfuerzo, como nacer.

Madrone agarró la mano de Beth y tiró mientras ella se retorció, jadeando. Su mano estaba fría y húmeda.

“¡Me estoy poniendo demasiado rígida para esto!” Beth volvió a colocar la tabla contra la abertura.

Siguieron la línea de la pared, protegida por pequeños árboles y arbustos desde las ventanas de la casa de al lado que daba al césped abierto. En el rincón más alejado, otra abertura conducía a un amplio patio trasero, éste bordeado de rosas trepadoras y fragantes jazmines. Detrás de los arbustos se abría un sendero estrecho, pero estaba cubierto de maleza y Madrone encontró su capa atrapada en las espinas.

Se quitó la capa, se abrigó y empujó entre las zarzas. Ahora su piel se llevaba la peor parte de los arañazos, pero podía

moverse con mayor facilidad y la adrenalina era el mejor anestésico, decía siempre el doctor Sam.

La siguiente abertura las llevó a una amplia franja de árboles ornamentales que bordeaban un amplio césped. En la casa se estaba celebrando una fiesta. La música sonaba a través de las puertas francesas abiertas a un amplio patio de ladrillos donde las parejas bailaban. Madrone podía oler la barbacoa y oír gritos y risas. También escuchó un suave zumbido detrás de ella cuando Beth se levantó la falda para orinar.

“Tenía que hacerlo, incluso si muero por ello”, susurró.
“Despacio, ahora.”

Se arrastraron a lo largo de la pared. Madrone sabía que las brillantes luces del patio cegarían la visión nocturna de los jaraneros, pero los movimientos, especialmente rápidos y repentinos, se destacarían. Los árboles detrás de los cuales se escondían eran sólo una protección parcial, con mucho espacio abierto alrededor de sus troncos y sólo plantas bajas que cubrían el suelo. Se movían como si estuvieran bajo el agua, cada paso medido, en cámara lenta. Un perro ladró y se quedaron paralizadas. Un perro pequeño, por lo que parecía, la mascota de alguien que detectaba u olía a los intrusos.

El perro ladró más fuerte.

“¿Por qué está ladrando?” Llegó la voz impaciente de un joven.

“Tiene una fijación por las ardillas, el viejo Petey. ¡Que alguien lo haga callar!

Oyeron los ladridos alejándose en la distancia y una puerta se cerró. Respirando tranquilos suspiros de alivio, reanudaron su lento avance.

Por fin llegaron a la valla de tablas del otro extremo del patio. Beth empujó la tercera tabla desde el final y ésta giró hacia adentro. Se abrió paso, seguida por Madrone. También en ese patio se estaba celebrando una fiesta. Todas las ventanas de la enorme mansión estaban iluminadas y los graves atronadores de la música a todo volumen resonaban a través de las paredes.

“Día de fraternidad, gran noche de fiesta”, siseó Beth.

Esta fraternidad parecía menos próspera que las demás. El césped estaba pelado y no había ninguna pantalla paisajística conveniente a lo largo de la pared, sólo algunas grandes araucarias con montones de agujas caídas debajo, cubriendo latas de cerveza.

“Desafortunadamente, aquí tenemos que salir por el pasillo lateral”, murmuró Beth. “¡Arregla tu bata y corre!”

Beth tomó su mano y cruzaron corriendo el patio. Casi habían llegado a la pared lateral cuando las puertas corredizas de vidrio se abrieron y se encendieron los reflectores.

Beth y Madrone cayeron al suelo y se quedaron quietas. Estaban medio ocultas en un charco de sombras, pero medio expuestas.

“¡Fiesta bajo las estrellas!” Gritó una voz masculina algo arrastrada. “¡De vuelta a la naturaleza, cariño! ¡Vamos!”

Se tambaleó hacia los árboles, pero una mano lo hizo retroceder.

“Volvamos adentro, Jimmie”.

“¿Qué, te estás burlando de mí?”

“No, sólo quiero volver a entrar”.

“¡Yo, rey de la jungla! ¡Tú, sabroso trozo de carne de la selva!

“Jimmie, hay bichos debajo de esos árboles”.

“Oh, ¿preciosa bebé tiene miedo de los buggie-wuggies? ¿Qué tal las serpientes? ¡Así, siéntelo!

“Estas borracho.”

“¡Gloriosamente! Vamos, no seas tímida. No eres virgen.

“¡Jimmie, espera! Hay algo ahí fuera, ¡mira! ¡Quizás sea una serpiente!

“¿Esperar qué? ¡Eso es sólo un pedazo de basura!

“¡No, se movió! ¡Jimmie, ve a ver qué es!

“¿Qué, crees que estoy loco?”

“¡Voy a conseguir seguridad!”

Beth rodó encima de Madrone. “¡Gime!”, susurró ella. “Jadea como si te gustara”.

Madrone comenzó a gemir, jadear y, por si acaso, soltó un ronco “¡Por favor, Jesús! ¡Dámelo!

Jimmie se rió. “Ahí tienes, cariño. ¡No todo el mundo le teme a los insectos!

“Busquemos un lugar más privado”, suplicó la mujer.

Oyeron que la puerta se cerraba de nuevo. Beth corrió hacia el patio lateral, seguida de cerca por Madrone. Pasaron por una abertura en la cerca y salieron a la calle.

Un taxi se detenía ante la puerta de la casa de la fiesta de la fraternidad y Beth condujo a Madrone en la dirección opuesta. Los coches particulares circulaban, pero no había

nadie caminando por las aceras y todavía no había señales de persecución activa. Pero más abajo en la calle, frente a la casa de Beth, había un siniestro sedán oscuro estacionado, flanqueado por un par de Cuatro por cuatros.

Beth tomó la mano de Madrone y la llevó a un callejón estrecho.

A medio camino había un cobertizo cerrado con llave. Beth sacó una llave y la metió en el candado. La cerradura se atascó y ella maldijo, pero finalmente abrió.

Dentro había estantes para bicicletas. Beth tomó la suya y sacó una azul para Madrone.

“Odio robar la bicicleta de Cissy, pero ella lo entenderá”, dijo. “¡Tenemos que salir del vecindario antes de que lo acordonen!”

Madrone asintió, metió su bata en su mochila y sostuvo las bicicletas mientras Beth volvía a cerrar el cobertizo. Se alejaron a toda velocidad por el callejón, distanciándose de las casas de fiesta hacia calles oscuras y sinuosas donde las grandes casas daban a amplios jardines. Beth las condujo por una ruta laberíntica, apegándose a calles secundarias tranquilas pero siempre saliendo de las colinas hacia las llanuras. Cruzaron una calle importante y luego se abrieron paso a través de un vecindario donde las casas se iban

haciendo cada vez más pequeñas y el césped era reemplazado por concreto.

Después de aproximadamente una hora, se encontraron de nuevo en vastas áreas de barrios marginales llenos de escombros. A Madrone le empezaba a doler la espalda: la bicicleta era demasiado pequeña para ella y tenía que pedalear agachada en un ángulo incómodo.

“Creo que podemos descansar un momento”, dijo.

Beth respiraba con dificultad y se aferraba a los manillares de su bicicleta mientras estaba sentada a horcajadas. Madrone se acercó con su bicicleta y tomó la mano de la mujer mayor. Estaba temblando.

“Está bien”, dijo Madrone. “Va a estar bien.”

“Estaba tan tranquilo, hasta hace un momento”.

“Cuando te detienes, te alcanza”.

Beth respiraba con dificultad ahora, casi hiperventilando.

“Respira profundamente”, dijo Madrone. “Así es, dentro... cuenta hasta cinco... y fuera. Lento y fácil”.

“¡Oh Dios! Sabía que podría llegar algún día... Pensé que estaba preparada... Beth soltó una risa temblorosa.

“Yo diría que hiciste un trabajo ejemplar de preparación”, dijo Madrone.

“Esa puerta del sótano lo sugirió”, dijo Beth. “Simplemente dejamos que los arbustos crecieran hasta que se hicieron cargo. Hemos usado esa ruta para pacientes antes. Ahora supongo que la encontrarán. Espero que las chicas estén bien. Saben hacerse las inocentes, y la mayoría de ellas realmente lo son”.

“¿Lista para continuar?” –Preguntó Madrone.

Giraron sus bicicletas y pedalearon en la oscuridad por las silenciosas calles nocturnas.

Capítulo cuarenta y cuatro

Sólo los técnicos estaban realmente felices, pensó Cress. River estaba deprimido como un burro de ojos tristes. Él mismo estaba tan nervioso como un tritón sobre una valla electrificada. Pero los técnicos estaban como cerdos en el barro.

Habían desmontando las consolas y los cables del centro de mando, introduciéndose en el sistema, entrando en trance en la base de datos y examinando los cortafuegos desde todas las direcciones. En las raras ocasiones en que emergieron, parecían haberse vuelto aún más pálidos y delgados que antes, como si se estuvieran convirtiendo en cables o en la materia de cuerdas vibrantes que subyacen al cosmos. Sus ojos brillaban como bombillas fluorescentes, su piel parecía frágil y estirada como si la carne misma fuera simplemente una ocurrencia tardía.

“Tienes que comer”, le dijo Cress a Beryl. “No puede haber un montón de esqueletos caminando en el desfile de la victoria. Los sureños pensarán que matamos de hambre a nuestros técnicos.

Beryl simplemente asintió y tomó la bandeja de sopa y sándwiches que le entregó Cress. Lo siguió y éste le entregó un barril de agua fresca.

“Todos necesitan beber más”, les dijo. “Ocho vasos de agua al día. Si te deshidratas y te lleva el viento del desierto, ¿dónde estaremos entonces?

“Gracias, mamá”, dijo Topaz.

“No te estoy regañando”, dijo Cress. “Te estoy dando una orden militar”.

“Claro que sí, mamá”, sonrió Topaz, y luego procedieron a charlar sobre puertas traseras, trampillas, algoritmos y autopistas, y Cress no pudo entender ni una palabra. Pero al final, dedujo que estaban trabajando en una forma de hackear el sistema principal de los Stewards, y hacerlo de forma invisible.

“Todas las guerras son, en última instancia, guerras de información”, proclamó Beryl. “Algún día no nos molestaremos con todas estas marchas sudorosas y este caos sangriento, y seremos sólo nosotros, hackers contra guardianes, luchando en el ciberespacio”.

“Ese día no puede llegar demasiado pronto para mí”, dijo Cress. “Ahora déjame verte comer algo”.

Habían decidido reforzar la base para el día en que el ejército de Stewards los buscara. Lo llamaron “el Castillo”, porque tenía algo de aire medieval con sus altos muros y cámaras secretas. Llamaron al búnker donde trabajaban los técnicos “el Calabozo”.

Cress se dispuso a robustecer las fortificaciones, limpiando el terreno alrededor de la muralla para que no hubiera cobertura para los enemigos. Odiaba arrancar los matorrales, el escaso y precioso crecimiento que proporcionaba el desierto. Hizo que las tropas lo cortaran finamente y lo colocaran en capas en los pantanos que habían cavado, y cubrió las tumbas con él, de modo que cuando el agua fluyera comenzara a descomponerse y alimentar el suelo. No muy lejos, el Valle Central llegaba a su fin y una cadena de montañas se elevaba para bloquear el camino a Angel City. Tenía que haber agua en aquellas montañas, pensó, manantiales escondidos, lagos secretos. Pronto, muy pronto, tomarían esas colinas y comenzarían a canalizar el agua hacia abajo, para infundir y renovar la tierra.

Y entonces... justo más allá de esas colinas se encontraban las ruinas y las viviendas de Angel City, extendidas como una

manta hecha jirones sobre tierra seca. ¿Qué encontrarían cuando llegaran allí? ¿Los Stewards todavía tenían la fuerza para montar un ejército vengador que viniera a desenterrarlas? ¿Y luego repoblar el Valle con nuevos reclutas y esclavos? ¿O el Ejército de Liberación encontraría a Angel City desmoronándose, ardiendo por sus propias contradicciones, lista para caer?

Hubo una película que River vio en el Old Movie Club (Club de Cine Antiguo) de la Ciudad, donde todo era en blanco y negro, y luego la niña entraba en otro mundo y de repente todo estaba en colores, azules, amarillos y verdes. Sentía todo lo contrario, como si de repente su mundo se hubiera vuelto gris. Ace se había ido, de regreso a la Ciudad en los transportes para los heridos, y no pudo evitar pensar que si hubiera estado con ellos en ese búnker, Ace todavía estaría sano, aunque sabía que probablemente eso no era cierto. Pero si hubiera estado en el búnker, no habría estado empujando a Kit hacia los arbustos espinosos y arruinando todas sus oportunidades con ella. Los médicos la habían curado, extrayendo con cuidado cada espina, pero nada podía arreglar el desastre que había causado en su relación, y se sentía simplemente desdichado.

“¿Alguna vez tuviste una... una mujer?” –le preguntó a Cress. “Quiero decir, ¿no una prostituta o una sacerdotisa, sino una novia?”

“Tenía una esposa”, le dijo Cress. Él se detuvo. Se dio cuenta de que en realidad no había estado pensando en Valeria. Los dolores más antiguos, por su madre y su hermana, habían encubierto las pérdidas más recientes. Pero todos los duelos eran el mismo duelo, ¿no lo decían los psicólogos? Todas las pérdidas vaciaban el mismo pozo profundo.

“Estaba embarazada de nuestro primer hijo”, le dijo a River. Su voz era neutral, entrecortada. Sólo los hechos desnudos, no el dolor subyacente. “Luego murió en la epidemia”.

“Lo siento”, dijo River.

Pero ahora no puedo soportar ese dolor, pensó Cress. No puedo permitirme recordar lo felices que éramos, lo emocionados que estábamos por el bebé, no puedo revivir ese momento sangriento en el que la madre y el bebé se fueron. Que permanezcan bajo tierra, como los profundos flujos subterráneos de magma que presionan hacia arriba para sacudir las montañas.

“Mira, River, si tienes problemas con Kit, ve a hablar con ella”, sugirió. “Discúlpate. Eso es lo que hace la gente: se pelean, incluso en las mejores relaciones. Se reconcilian. Lo superan”.

River negó con la cabeza. “La lastimé”.

“¡Así que di que lo sientes!”

Kit estaba de vuelta en la cocina, pelando ajos y con pequeñas tiritas en el brazo. Levantó la vista cuando River entró y luego volvió a bajar la mirada.

Él se puso de pie y la miró por un momento.

“Eres muy rápida en eso”, dijo.

Ella asintió.

“Kit... sólo quería decirte que lo siento. No quise hacerte daño.

“Me han herido peor”, le murmuró al ajo.

Esperó mucho tiempo, pero ella no dijo nada más y no levantó la vista. Finalmente se alejó.

He sido herida peor. Sabía que eso era verdad. Ella había resultado herida y él también. Dos animales heridos que se golpeaban con la cabeza ensangrentada, eso era lo que eran. Él la había buscado para aliviar su dolor, pero tal vez ella no podía. Tal vez ella había sido demasiado herida, como él había sido herido de maneras que ni siquiera podía sentir. Tal vez ese dolor fuera demasiado profundo, hasta sus huesos, sus cimientos. Quizás nunca pueda repararse realmente.

“Hablé con ella”, dijo River. Estaban agazapados sobre las paredes, comiendo sus raciones de cena, supuestamente teniendo una sesión informativa estratégica antes de la reunión nocturna del Consejo de Mando. “No sirvió de nada. Odia a esta raza”.

“Bueno, no puedes agradarle”, dijo Cress, mojando una sopa en un guiso hecho de frijoles y quinua. La cocina debe haber recibido una gran cantidad de chile en polvo, pensó. Sería bueno si hicieran algo más que variaciones de chile, solo para variar.

“No puedo hacer nada”, dijo River con amargura.

“¿Nada?” Cress se rió. “¿Qué tal si liberamos a unos diez mil miserables esclavos por deudas? Yo no llamaría a eso nada”.

“¿No fui yo quien hizo todo eso?”, dijo River. “No solo.”

“Eres nuestro comandante estratégico”, le dijo Cress. “Tienes un don para ello. Yo soy el triturador. No me importa, hago mi parte. Pero sin ti, no estaríamos aquí”.

River se encogió de hombros. “Un sojuh fue criado para luchar”.

“Pero también piensas”, respondió Cress. “El pensamiento y la planificación, las decisiones que tomas todos los días, aquellas que puedes reclamar, son tuyas. Ellas son tú. Pero esta es la cuestión, puedes liberar las granjas, puedes comandar el ejército, puedes conquistar todas las malditas Tierras del Sur, pero al final, todavía no puedes convertir a una pequeña y liberada chica del corral si ella no te quiere. Y esa es la triste verdad de la condición humana”.

“Entonces, ¿este raza está condenado a ser sólo un sojuh toda su vida?” Dijo River.

Cress negó con la cabeza. “El amor no correspondido no te hace menos persona. De hecho, diría que es probable que no haya ninguna persona en la Tierra a lo largo de la historia que no se haya enamorado al menos una vez de alguien que no la amó o no pudo corresponderle. Bienvenido al terreno de la tragedia y la inspiración del noventa por ciento de las canciones de amor del mundo. 'Te amo, tú no me amas. ¡Duele!'

“Pero mientras tanto, todavía queda una campaña por planificar. Una revolución por concluir. Entonces, llora bien, luego anímate, muerde el rígido labio superior y sigue adelante. ¿Ahora podemos ir a la reunión?

River asintió y se levantó. Iría a la reunión. Seguiría adelante. Y si resultaba que esa era su perdición, que nunca fuera más que el arma que ellos habían criado y entrenado,

se vengaría. Sería el arma más mortífera que jamás hubieran forjado.

En el búnker había una gran sala donde los guardias habían colocado una cafetera y una provisión de patatas fritas, con algunas mesas y sillas destartaladas. Allí se reunió el Consejo, sentados en círculo, representantes de todas las divisiones y grupos de trabajo del ejército, tratando de elaborar una estrategia para el próximo asalto.

A River le dolía la cabeza. Le dolía un dolor físico que le resonaba en los huesos, pero era un sojuh, dejó el dolor a un lado y trató de concentrarse. Pero había un zumbido en el aire que resonaba en su cabeza, palpitante y pulsante.

“¿Qué es eso?” –Preguntó Jasper.

De repente River se dio cuenta de lo que estaba escuchando. Su cuerpo reaccionó casi antes de que su mente pudiera formar la palabra y su boca pudiera gritar “¡Cóptero!”

Estaba fuera de la puerta, gritándole al corneta que hiciera sonar la llamada para refugiarse. Cruzó el patio corriendo en zigzag mientras el zumbido se hacía más fuerte. Los láseres atravesaron el patio y él se pegó a la pared y luego corrió hacia la armería. Había un mapa en su mente, iluminado como una pantalla de vídeo: dónde estaban las grandes

bazucas apilados contra la pared, dónde estaban los proyectiles. Los encontró y cargó uno, luego otro y otro, más rápido de lo que podría haber emitido una orden. Detrás de él vinieron algunos de los hombres de su antigua unidad, Deuce y Trace, y les arrojó armas cargadas y luego los siguió.

El helicóptero había ametrallado el campamento y escuchó gemidos y gritos, pero los borró de su mente. Los médicos se encargarían de eso. En cambio, buscó algún lugar desde donde pudiera ponerse a cubierto y disparar, mientras el helicóptero se inclinaba y giraba sobre el desierto y se dirigía de regreso para una segunda carrera.

“¡Cubre la puerta!” le gritó a Deuce. “¡Muro norte!” le ladró a Trace. “¡No dispaes demasiado pronto! ¡Espera a ver los números! Antiguo entrenamiento, todavía grabado en sus nervios y músculos.

Se arrodilló, medio resguardado en la puerta del búnker.

“¡Quedarse atrás!” les gritó a los representantes que todavía estaban retirando las sillas y mirándose fijamente unos a otros mientras el zumbido volvía a crecer. El helicóptero volaba bajo, dejando un rastro de fuego y sangre. Lo vio descender sobre el campamento de los cocineros y la necesidad de disparar y gritar le resultó casi insoportable. Tuvo que cerrar la mente, borrar la imagen de Kit y sus amigos y concentrarse.

Era un sojuh. Fue entrenado para esto. Oyó una explosión: Deuce había disparado, pero demasiado pronto. El proyectil se perdió, el helicóptero se ladeó y ahora esquivó y zigzagueó, lo que hacía más difícil alcanzarlo. Pero se fijó en él y esperó.

Esperad, les habían dicho los instructores, esperad hasta que los números de identificación pintados en la parte más vulnerable queden claros.

Esperó, mientras el zumbido se convertía en un rugido palpitante, un sonido que cortaba todo pensamiento. Esperó mientras el helicóptero volvía a descender, mientras su contracorriente levantaba una nube de polvo asfixiante que oscurecía su vista, mientras el fuego láser pasaba zumbando a su lado para atrapar a un sojuh herido y retorciéndose que estalló en llamas. Esperó, con el hedor a carne quemada en sus fosas nasales, hasta que el helicóptero estuvo encima de él, los láseres apuntando a él, cada número distinto...

Disparó. El arma rugió; el contragolpe lo estrelló contra la pared, pero se preparó y disparó una y otra vez. Un estallido de llamas en la parte inferior del helicóptero; el zumbido perdió su ritmo, la gran cola comenzó a girar, fuera de control...

“¡Ponerse a cubierto!” gritó aunque nadie podía oírlo por el rugido. Se empujó hacia la puerta mientras la gran bestia

caía en picado. Su rotor se estrelló contra la torre de vigilancia y escupió chispas y llamas. El enorme tren de aterrizaje patinó y se estrelló contra la pared del patio. Un rugido de llamas... luego un sonido lo golpeó como un garrote cuando la cosa explotó formando una bola en llamas.

Cress pasó junto a él, gritando pidiendo agua. De todas partes, los supervivientes del ataque llegaron corriendo con cubos, ollas y extintores arrancados de las paredes. Pero el helicóptero siguió ardiendo.

Horas más tarde, cuando los incendios se habían apagado, revisaron a los muertos. El personal de cocina y los médicos habían sido los más afectados, y los cuerpos tendidos en una triste fila en el desierto eran en su mayoría mujeres, personal de apoyo, muchos de ellos ex empleadas de corrales que habían seguido a Smokee y que asumieron roles que se suponía que debían ser seguros.

Smokee caminaba por la fila, mirando los cuerpos de las chicas que reconocía de los días en la Ciudad cuando había organizado sus Valquirias. Debería sentirse triste, pensó, o llena de rabia, o algo así, pero todo lo que sentía era vacío, como si no pudiera encontrar ese núcleo de sí misma que sí *sentía*. Desde que conoció a su hermano, no sabía muy bien quién ser. Era como si se hubiera dividido en varias Smokees,

como una foto copiada y recopiada, alterada un poco cada vez. Travis trajo de vuelta a la joven con todas las dolorosas esperanzas y temores que ella pensaba que estaban enterrados en el concreto de los corrales. Estaba ese niño libre y feliz que había corrido por la playa, y estaba la servicial Smokee, desesperada y tratando de morir, y la madre Smokee, feroz por la rabia y el anhelo de su hija, y la guerrera Smokee, ardiendo de deseo por venganza, y allí estaba la líder de las Valkirias Smokee, que nacía lentamente, luchando por apagar las llamas y convertir la venganza salvaje en una estrategia cuidadosa y en responsabilidad. Y no sabía cuál ser ni cómo honrarlas a todas.

River caminó por la línea en un estado de entumecida desesperación. Estaba Deuce: había olvidado su entrenamiento, disparó demasiado pronto y falló. El artillero del helicóptero había seguido el rastro del proyectil y el fuego láser lo había quemado hasta los huesos. La vida de un sojuh, la muerte de un sojuh, pensó River. ¿Dónde estaba ahora? ¿Volvió a los antepasados, como creían los habitantes de la ciudad? ¿O a algún infierno retribucionista? ¿Tenía siquiera alma ese pobre tonto? ¿O simplemente fue extinguido, un insecto más, aplastado bajo el talón de los Stewards?

Estaba postergando el momento en que llegaría al final de la fila, donde estaban dispuestos los cocineros y el personal de cocina. Nadie había corrido hacia él para decirle que estaba viva. Aquellos que podrían saberlo habían mirado hacia el suelo, pero no lograron mirarlo a los ojos. Pero era un sojuh, criado para afrontar la mierda dura. Siguió caminando.

Parecía pacífica, trató de decirse a sí mismo. Tenía los ojos cerrados, estaba en reposo. Pero había una enorme quemadura de láser que bajaba desde su ojo derecho hasta su corazón, la piel ennegrecida y curvada, los huesos blancos de su rostro expuestos. Se paró encima de ella y de repente no podía respirar. Era como si un peso gigante presionara su pecho. No sentía pena ni tristeza, ni nada parecido, sólo el peso de un vacío cavernoso y una renuencia a inhalar o exhalar o a dejar que su corazón latiera.

Se terminó. Él nunca la abrazaría ahora, ni le enseñaría a obtener su propio placer como le había enseñado el Templo del Amor. Él nunca sabría si en alguna parte profunda de ella misma se había atrevido a agradarle. Podría haber sido más amable con ella, podría haber comprendido sus profundas heridas. Podría simplemente haber aceptado su oferta, tenerla en la glorieta, llenarla con su semilla y darle un hijo para reemplazar a los perdidos, un hijo que ella pudiera conservar.

Él se arrodilló y le tomó la mano por última vez. Qué fría sentía esa mano pequeña y delicada en su enorme zarpa. Ella era sólo una chica de placer, y lo había enfurecido la mitad del tiempo y lo había dejado enojado y frustrado, pero ¡cuánto mejor era tener en quien pensar, a quien maldecir, preguntarse, quejarse e incluso a veces casi odiarla!, que tener sólo este gran vacío que resuena.

Una marea de ira se elevó en su interior, densa y ardiendo lentamente como lava, atravesando la nada. Su cuerpo se movió por voluntad propia, como lo había hecho durante el ataque. Agarró un rifle y lo vació sobre los restos humeantes del helicóptero. Pero eso no fue suficiente, ni mucho menos. Lo giró por la culata, lo estrelló contra el casco metálico una y otra vez, rompiendo todos los paneles de vidrio que aún estaban intactos, golpeándose la nariz mientras dejaba escapar gruñidos animales y gritos angustiados. Hasta que ni siquiera eso fue suficiente. Dejó caer el rifle y usó sus propios puños, golpeando el metal inflexible, haciendo abolladuras en el costado, agradeciendo el dolor que expulsaba el dolor más profundo.

Cress no sabía qué hacer. River se estaba lastimando y debía detenerlo. Los técnicos murmuraban alarmados: querían que los componentes electrónicos se mantuvieran intactos. Pero River estaba furioso. Nadie podía acercarse a él.

En lugar de eso, Cress se quedó mirando el polvo de sus botas, cómo formaba patrones que casi eran ondas, la falsa ilusión del agua. Recordó cómo se había sentido cuando Valeria murió, y el bebé con ella, cómo de repente se había convertido en otra persona, no en el orgulloso y expectante padre, en el amado esposo, sino en el hombre enojado, solitario y amargado que de alguna manera sentía algo más profundo, familiar, como si nunca hubiera confiado realmente en la alegría. El duelo era como el inframundo de los griegos, un lugar oscuro y lleno de sombras del que nadie podía sacarte. Cualquiera que lo intentara, que mirara hacia atrás con demasiada nostalgia a esos recuerdos, se convertía en piedra.

Fue Smokee, de entre todas las personas, quien fue a River cuando se apagó la primera oleada de su furia. Se quedó mirando fijamente el helicóptero y sus propias manos ensangrentadas. Ella se acercó, se paró a su lado y recogió suavemente su brazo magullado.

“Oye”, dijo, una y otra vez hasta que llamó su atención. Él estaba mirando hacia el abismo vacío que ella conocía demasiado bien.

“Crees que no puedes soportarlo”, dijo en voz baja. “Pero puedes. Le diste a esa chica algo que nadie más en su pobre vida le ofreció jamás: tu precioso amor. Tal vez fue demasiado tonta para aceptarlo, pero ahora está con ella. Si ella va al cielo o regresa con sus antepasados o dondequiera

que vayan los muertos, sabrán que ella fue una persona real. Alguien que fue amado. Eso es todo lo que puedes darle. Eso es suficiente.”

Y mientras lo decía, supo que era verdad. Que ella siempre lo había sabido, de alguna manera. El amor la había mantenido viva en los corrales: el amor y el recuerdo del amor de sus padres y su hermano. Y luego el amor por su hijo, que seguramente también la amaba. El amor era el combustible que alimentaba su ira, y el amor era la razón por la que sus Valquirias la seguían y los liberados la respetaban, no por su ira, no por su poder, sino porque sentían el amor feroz que la impulsaba y anhelaban el calor de ese fuego que arde.

Y el caleidoscopio de Smokee cambió y se convirtió en otra cosa. Un amante despiadado dispuesto a matar o morir al servicio de un amor abrasador y purificador.

“Ahora tienes que levantar la cabeza y salir y amar a tu ejército”, le dijo a River. Pero en realidad se lo estaba diciendo a sí misma.

Ella cubrió su mano con la suya, liberándolo suavemente del frío agarre de los muertos con su propio calor cálido. Permanecieron juntos durante mucho tiempo, mientras caía la noche y el aire del desierto se volvía frío. Por fin pudo llevárselo, arroparlo en un jergón en el búnker y cubrirlo con una manta como habría cubierto a su propia hija.

“Duerme”, murmuró. “Duerme, River”. Ella le acarició la cabeza y empezó a cantar una canción de cuna, la canción que les había cantado su propia madre, la canción que le había tarareado a su propia hija perdida y que pensó que nunca volvería a cantar.

*“Silencio, no llores,
Sé un pequeño bebé que tiene sueño...”*

Su propia voz sonaba pequeña e insegura. El viento del desierto le respondía con un canturreo, como para superarla y dejarla en evidencia, como para afirmar que el dolor y la desecación siempre aullaban en los bordes de cada tienda. Sin embargo, siguió cantando, reclamando un derecho con cada nota, marcando un territorio que ni siquiera la muerte podía asaltar.

*“Cuando despiertes, tendrás
Todos los lindos caballitos...”*

Esto es lo que soy. Puedes llevarte a mi familia, mi cuerpo, mi hija. Pero esto nunca lo podrás tomar, no podrás tocarlo. Esta canción de cuna. Tortitas con orejas de conejo. Un castillo de arena. No sólo memoria, sino poder, y soy más fuerte que tú por eso. Es mi poder, mi victoria, mi amor.

Capítulo cuarenta y cinco

Livingston había intentado llevar la cuenta del tiempo, había intentado trazar una línea en las paredes metálicas de su jaula con el borde del botón metálico de su chaqueta. Pero no estaba del todo seguro de que su recuento fuera exacto. Creía que habían sido tres días, pero podría haber perdido un día o una noche. Todavía le dolía la cabeza y tenía episodios de pérdida de conocimiento. Contó paquetes de patatas fritas, pero a veces le traían dos, a veces sólo uno, y todavía tenía que encontrar un patrón en ello. Alineó los envoltorios, los reorganizó contra la pared, los dobló en forma de aviones de papel y los hizo circular por su celda. De todos los tormentos (dolor, hambre, miedo, impotencia), el puro aburrimiento era el más difícil de soportar. A veces pensaba que simplemente se volvería loco.

Pero no podía volverse loco. Tenía que mantenerse alerta. Estar atento a cualquier oportunidad.

¡Tenía que salir de esto!

Ahora, por fin, oía un cambio en los motores y sentía diferencia en el movimiento del barco. ¡Sí, alabado sea Jesús! Estaba seguro de ello. Se dirigían hacia la costa.

Eso significaba que descargarían algo y recibirían más carga. ¡Eso significaba cambio y oportunidad!

Pasó mucho tiempo examinando la puerta de su celda. No era una celda propiamente dicha, se dio cuenta, sino sólo un pequeño casillero reutilizado. Es posible que se pueda abrir la cerradura en sí. Si tuviera algo con qué intentarlo. Pero estaba cerrada con llave desde fuera. Pudo oírla deslizarse hacia adelante y hacia atrás.

Tenía muy poco con qué trabajar. Le habían quitado la pistola, el cuchillo, la cartera y el cristal que le habían dado los cojines de la ciudad. Lástima: probablemente no habría funcionado para las comunicaciones. Demasiado fuera de alcance. Pero contenía toda una biblioteca, y eso habría aliviado el aburrimiento. Podría haber leído *Moby Dick*, algo que siempre había querido hacer y que nunca había logrado. O *Dos años al pie del mástil*. O *Doce años de esclavitud*. Recoger algunos consejos.

Pero todavía tenía algunos trucos bajo la manga. Literalmente. Un clip y un par de imperdibles escondidos en sus puños.

Pasó el día agachado junto a la puerta, esperando, preparado. Como un tigre a punto de saltar, se dijo. Bueno, tal vez eso fuera una exageración. Más bien, como en una trampa para ratones a punto de estallar. Pero los motores se habían parado y hoy tenía que ser el día. Estarían descargando y lo suficientemente cerca de la orilla como para que, si de algún modo pudiera salir de la maldita bañera, pudiera nadar si fuera necesario. Todavía estaba un poco mareado pero ya nada iba a detenerlo.

Esperó, moviéndose y estirándose de vez en cuando para mantenerse ágil. Habría orado si hubiera sido un hombre religioso. En lugar de eso, pasó el tiempo ensayando sus opciones y maldiciendo. General Limpiamocos. General Follador de culos.

¡Aquí venía! Oyó correr el cerrojo. Respiró larga y lentamente y dejó escapar el aire en silencio. Tendría un instante, nada más. Mantente relajado, alerta....

La rendija de luz se hizo más amplia y la puerta se abrió. Golpeó como un tigre, clavando su imperdible profundamente en una mano. Un aullido: la mano se echó

hacia atrás y él la siguió, metiendo el brazo en la puerta, empujándola para abrirla, agarrando la muñeca, el brazo, el cuello del giro. Agarró la mandíbula del filibustero con un tirón y la giró, rompiéndole el cuello.

El marinero se desplomó y Livingston lo empujó dentro de la celda y cerró la puerta con llave.

Le habían quitado los zapatos, así que corría descalzo, silenciosamente como un gato. Avanzó por los pasillos, sin apenas atreverse a respirar, hasta la bodega donde cargaban en contenedores una montaña de restos de plástico gris.

Dos hisopos paleaban plástico, con el pelo grasiento recogido con cintas y la cara cubierta de sudor. Livingston se pegó a una pared y se agachó detrás de un montón de restos. ¿Se tomarían un descanso? ¿Le darían la espalda?

Pareció tomar una eternidad, esperando, agachado, sobre el pie izquierdo durmiéndosele. Bajaron por la enorme bodega, riendo y bromeando en un idioma que él no entendía. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que alguien echara de menos al scut que él había matado y viniera a buscarlo? Tenía que hacer un movimiento.

¿Podría con dos de ellos a la vez? Pero eso podría causar disturbios, haría saltar la alarma. No, podía ver una manera mejor: arriesgada, pero todas las formas eran arriesgadas.

Estaban al final del pasillo. Estaban de espaldas. Estaban hablando entre ellos, sin esperar problemas. Ahora... ahora era su momento.

Se lanzó hacia arriba, saltando hacia la cima del contenedor. Se agarró con los dedos, se asió y se subió por la borda, mientras sus doloridos músculos gritaban. Había perdido peso en estos últimos días, ¡qué bueno!

Dio un salto mortal por encima del borde, entró en el contenedor y se sumergió en la pila de restos. El polvo de plástico llenó sus fosas nasales y, por un momento, entró en pánico. ¡No puedo respirar! Pero logró subir la camisa hasta la nariz y respirar a través de ella. Sí, estuvo bien. Circulaba suficiente aire a través de los restos para no asfixiarse. Si inhalara parte del polvo y muriera de cáncer de pulmón dentro de veinte años, ¡ese sería un destino mucho mejor que el que le esperaba en el Giro!

Ahora todo lo que tenía que hacer era quedarse quieto, rezar para no tener que orinar y esperar.

Aproximadamente una hora después escuchó otro fuerte raspado. La luz que se filtraba a través del gris de su montículo se hizo más clara. Oyó nuevas voces ásperas, el chirrido de contenedores raspando cubiertas metálicas, el bip, bip de una carretilla elevadora retrocediendo.

Sí Sí. ¡Por favor, Jesús! ¡Lamento cada mal nombre con el que te he llamado!

Luego sintió un chirrido de metal, un escalofrío que recorrió el metal debajo de él. Toda la enorme caja fue levantada, más alta, moviéndose, golpeando contra los rieles, ahora deslizándose con un chirrido como un tenedor en una cacerola... ¡oh, hermoso sonido!

Se escuchó un ruido metálico y el vehículo chocó contra algo sólido y se detuvo.

Jesús Dios, Santa María, ¿lo había hecho? Tendrían algún tipo de barcaza para transportar los contenedores a la costa. ¿O posiblemente una grúa?

¿Qué pasaría con ellos una vez que llegaran a tierra? Con suerte, se asentarían en algún lugar, esperando ser transportados a alguna fábrica. Esperar. Sólo esperar.

Capítulo cuarenta y seis

Beth se puso a trabajar en la gestión del centro de curación como un pony al que se le deja pastar.

“Uno guarda sus fuerzas para lo que mejor sabe hacer”, le dijo a Madrone. “A mí me gusta estar al cargo”.

Organizó turnos y rotaciones. Reclutó entre todos los recién llegados al Refugio y pronto encontró a todos los que tenían experiencia médica o capacitación en primeros auxilios. Supervisó los procedimientos y guió a quienes lo necesitaban durante el retiro de refuerzo. Organizó la farmacia y redactó solicitudes para transmitir las a los maquis montañeses.

De repente, Madrone tenía tiempo libre, tiempo en el que no tenía que sentirse vagamente culpable y ansiosa. Lo mejor de todo era que tenía alguien con quien hablar

durante la pausa para el té por la tarde, mientras preparaba los suministros por la mañana o revisaba los casos por la noche. Alguien que no sólo no esperaba que ella hiciera milagros, sino que conocía los detalles aburridos y las rutinas agotadoras que realmente requería la curación.

“Mis habilidades están realmente oxidadas”, le dijo Beth a Madrone en un momento de tranquilidad mientras compartían una taza de té de hierbas en el patio fuera del centro de curación. “Proviene de veinte años y pico de practicar en el sótano. No puedo acostumbrarme a lo que estoy haciendo”.

“Tus habilidades están bien”, le aseguró Madrone. A su alrededor, el jardín de hierbas curativas perfumaba el aire. Las flores índigo de la salvia de hojas grises brillaban a la luz de la tarde y llenaban el aire con su penetrante fragancia. El verdor coronaba los escombros con romero tachonado de azul y tomillo de flores rosadas. Ahora lo cuidaba el Gremio de Jardineros, y Madrone sintió una pequeña punzada de arrepentimiento por la época en la que había tenido tiempo de cavar la tierra endurecida y plantar sus tiernas plántulas.

“No me he mantenido al día con la investigación”, dijo Beth. “No tuve acceso a las revistas”.

“De todos modos, la mayor parte de las investigaciones de los Stewards eran cosas con las que no querías estar al día. 'Métodos comparativos de tortura en sujetos que no

cooperan'. 'Efectos del virus 32109b en la hembra primípara envejecida'. Esa clase de cosas. Y si fuera útil, probablemente requiriese medicamentos e instalaciones que de todos modos no tenemos. Aquí no vamos a realizar cirugías de bypass cardíaco ni trasplantes de riñón. Principalmente tratamos heridas y lesiones y tratamos de mantener a las personas lo más saludables posible”.

Con Beth allí, decidieron formar un Consejo de Sanadores. En total había unas quince personas con formación médica real. Aparte de Madrone, Beth y Thomas, habían sido anesthesiólogos, las otras doce eran todas mujeres jóvenes que habían sido enfermeras o asistentes. Tres o cuatro más entre los refugiados conocían algunos primeros auxilios. Madrone consiguió que un equipo de trabajo transportara una vieja antena parabólica que hacía un perfecto fogón en el centro del patio, y se reunían todas las noches alrededor de lo que pronto se llamó el hogar de los sanadores para hablar sobre sus pacientes, compartir información y habilidades y hacer planes.

“Necesitamos más formación”. Dijo Hepsie, una de las asistentes de enfermeras. Generalmente guardaban silencio, esperando que Thomas, Beth o Madrone hablaran. Se referían a los tres como los Doctores, en tono reverencial. Pero poco a poco con el paso de los días se fueron volviendo más audaces. “Deberíamos mejorar nuestras habilidades; en caso de que algo le suceda a uno de los médicos, ¡Jesús no lo quiera!”

Hubo un breve momento de silencio, conteniendo el aliento como si esperara que Dios mismo la bombardeara con un rayo por su descaró. El momento pasó y no pasó nada excepto que Madrone le sonrió animándola. Envalentonada, prosiguió.

“Y si los Stewards encuentran este lugar y tenemos que luchar, necesitaremos mucha más gente capacitada en primeros auxilios”.

“¡Esa es una idea realmente genial!” Dijo Madrone. Se alegró tanto de escuchar a una de las mujeres hablar y tomar la iniciativa, que habría aplaudido incluso si la sugerencia hubiera sido que todas aprendieran a hacer malabarismos. Pero la propuesta era realmente buena. Después de algunas discusiones, decidieron ofrecer un poco de capacitación básica en primeros auxilios en cada reunión importante. Beth también se ofreció como voluntaria para capacitar a un cuerpo de médicos no profesionales para que estuvieran preparados en caso de que los Stewards invadieran el Refugio.

“Solíamos hacer eso en las protestas, en el pasado”, dijo. “La Cruz Roja no iría a una zona de disturbios, pero nosotros lo hacíamos. De hecho, así fue como me interesé en la medicina”.

“Y necesitamos capacitar a más personas”, dijo Thomas. “Madrone, creo que ese es tu trabajo. Tienes los

conocimientos más relevantes. Deberíamos impartir una clase para los estudiantes mayores de la escuela”.

“Haz eso”, dijo Madrone. Ella y la señorita Ruby habían logrado una tregua, incluso una alianza, pero era mejor no ponerla a prueba demasiado de cerca.

Madrone de repente se encontró añorando las colinas. Pasaba sus días en el centro de curación y sus noches en reuniones, rodeada de ruinas de cemento. Salpicada de plantas, sin duda, pero estaba hambrienta de verdadera naturaleza salvaje. O a casa, donde la Ciudad era un mar verde, sus parques y jardines un derroche de hierbas, arbustos y flores, y bosques reales se extendían al otro lado de la bahía, con secuoyas, tanoaks y madroños arqueados de corteza roja, su homónimo.

Estaba perdiendo vitalidad. Todos los días, durante horas, viajaba por los mundos de trance, curándose, y eso agotaba su energía de forma lenta pero segura, como un agujero de alfiler en el revestimiento de un estanque. Para mantener el equilibrio, necesitaba llenarse de nuevo, sumergirse en fuertes energías elementales.

Si había una fuente de poder elemental aquí, estaba en los manantiales. Empezó a pasar tiempo sola allí, no sin dolores de culpa, donde el agua se filtraba del suelo y se acumulaba en depósitos profundos. Tuvo que obligarse a no saltar después de cinco minutos de meditación para comprobar

algún problema en el centro de curación o asegurarse de que Zap y Zoom estuvieran bien. Y los drones, acercándose cada día más, ¿cómo podía darse ese gusto cuando estaban al borde de la destrucción?

La única salida es a través de.

Esa era la voz de Maya otra vez. La escuchó como un eco profundo en su mente. ¿Qué querría decir?

Tal vez la única forma en que realmente podía integrar la mente de abeja era atravesarla hacia una mente más profunda, la mente de agua, la roca. Hasta donde la mente se disuelve por completo.

Al borde de la piscina había un revoltijo de ruinas de hormigón, pero dentro de ellas las losas se habían caído formando una grieta. Un día se abrió paso y descubrió que un pasadizo conducía hacia abajo. Se metió en un túnel que se hacía cada vez más estrecho hasta que tuvo que pasar los hombros. ¿Debería seguir adelante y, con suerte, encontrar un lugar al que acudir? ¿O comenzar el laborioso proceso de retorcerse hacia atrás cuesta arriba?

La única salida es a través de.

Su linterna arrojó un haz estrecho hacia adelante. A través de la grieta que tenía delante captó un destello de luz, un brillante reflejo del agua tranquila. El túnel se estrechaba aún más, de modo que apenas podía lograr girar los

hombros, retorciéndose como un bebé mal colocado en el canal del parto. Ella salió, casi hundiéndose de cabeza a una piscina a tres metros debajo de ella.

Se aferró a la estrecha repisa que había encima, escuchando la nota musical del agua que caía gota a gota, sonando como una campana en el profundo silencio. Cuando apagó la linterna, la oscuridad la envolvió como la carne protectora de un útero.

Ella estaba en un útero terrenal. Bueno, no exactamente de la tierra, pero el hormigón era una forma de tierra, y la solidez la abrazó. El silencio y la oscuridad parecían preñados de posibilidades. En tales cuevas, los antiguos chamanes trazaban los contornos de los rebaños de espíritus para dar a luz a la abundancia de las bestias. Ella era partera. ¿No podría sacar algo de aquí? Si podía comunicarse con las abejas, perdiéndose en la mente de la colmena, ¿no podría comunicarse con los manantiales?

Ralentizó su respiración, calmó su mente y dejó que los límites y las divisiones desaparecieran. Ella era un recipiente. Por sus venas corría el recuerdo vivo de los mares primitivos que fluían en corrientes circulares y se hinchaban con las mareas provocadas por la luna.

Así como la roca era conciencia congelada, el agua era conciencia en movimiento. Cada gota estaba viva. Cada una llevaba sus propios recuerdos, huellas de dónde había

estado y de lo que sabía. Cada una buscaba a otra igual a ella.

El agua llama al agua. La gota de lluvia llama a la gota de lluvia. La molécula se escinde de la molécula.

El agua busca el abrazo de la tierra, se filtra en sus lugares secretos, como si el mundo entero estuviera envuelto por un gran amor, y el agua fuera el flujo visible y tangible, el sacramento, el signo exterior de la gracia.

Y yo soy sólo una gota de lluvia. Una mota de antiguo polvo de estrellas, la perla que se congela alrededor de la arena. Onda estacionaria que surge donde una piedra corta la corriente.

El flujo continuaría, ganaran o perdieran, si ella viviera o muriera.

Estaba llena de un río de amor, por este Refugio que habían construido, por Bird, Zap y Zoom, y la eficiente Emily y la franca Miss Ruby y el soñador Anthony y la loca Janus e incluso su chiflado Profeta Jed.

Por un momento, pensó que podía oír la risa de Maya.

Amar. ¿Qué es realmente sino la gran ilusión de que esa otra persona es especial, singularmente preciosa en todo el universo? Y, sin embargo, es un engaño que anhelamos. No podemos vivir sin una base, unos ojos que reflejen nuestras

sonrisas infantiles con admiración y asombro, como si ningún niño hubiera sonreído antes.

Delirio y verdad. Porque somos, cada uno de nosotros, únicos y preciosos. Somos especiales, cada vejete aquejado de lumbago o cada matrona bulliciosa y mandona, tan radiantes como las estrellas ardientes.

El amor levanta el velo, la Gran Ilusión, la mentira de que somos prescindibles, intercambiables. El amor es gracia, derramada por lo divino sobre el mundo ordinario. Y en el acto de amar, de valorar, nos volvemos reales.

Pero entonces ella regresó, ya no era un filamento sino simplemente una mujer agachada bajo el frío cemento sobre un estanque oscuro. Algún reloj interno le alertó de que Zap y Zoom pronto saldrían de la escuela ese día y que podrían asustarse si no la localizaban.

Eso también es amor, pensó. Me he convertido en madre, no dando a luz sino asumiendo el cuidado de estos niños. Así como me criaste como madre, Maya. Cuando me enseñaste a extender una masa de pastel, cuando la abuela Johanna se sentó conmigo durante mis pesadillas; cada vez que le doy un sándwich a Zap o le froto la cara a Zoom, canalizamos las fuerzas que dieron origen a las estrellas.

Seguramente si podemos hacer eso, de alguna manera podremos mantener y proteger este Refugio. Podemos

defender una pequeña isla de atención y curación en este mundo vicioso. Seguramente, a pesar de toda la evidencia en contrario, podemos seguir creyendo que los poderes de la vida, el amor y la crianza, al final, prevalecerán.

Capítulo cuarenta y siete

La luz que se filtraba a través del montón de plástico se atenuó lentamente hasta oscurecerse. El frío de la noche se apoderó de Livingston en su escondite. Él se estremeció. Tal vez había dormido unas horas, o posiblemente simplemente se había desmayado. ¡Peligro! Sentía que la cabeza se le iba a partir; la intensa actividad de su fuga no había ayudado a su conmoción cerebral. Además, ahora estaba peligrosamente deshidratado. Tenía la boca y la garganta reseca.

Noche. Hora de irse. ¿Pero dónde? ¿Cómo? Se quedaría quieto por un momento y haría un plan.

Había escapado del barco y eso tenía que ser algo bueno.

Pero estaba solo en las entrañas de aquel contenedor, herido y maltratado, terriblemente hambriento,

desesperadamente sediento, sin identificación ni dinero y sin ningún lugar adonde ir.

Sólo por un momento, lo invadió una feroz punzada de nostalgia por Califia, con sus calles verdes, sus aguas corrientes y sus ramas colgantes cargadas de frutas. ¡Ah, sumergir su cabeza dolorida en esas aguas frescas, beber hasta saciarse! Arrancar un melocotón de una rama y chupar su dulce pulpa.

No sirve de nada desear. ¡Acción! Eso es lo que necesitaba.

Lo mejor era escapar ahora, en la oscuridad, antes de que llegara la mañana y llegara algún inspector de carga oficioso, o antes de que arrojaran los contenedores a las tinas de fusión. Long Beach era su ciudad natal. Tenía amigos allí, o alguna vez los tuvo. Ahora era el tipo de momento en el que un hombre necesitaba un amigo. ¿A quién podría recurrir?

Subió por el costado del contenedor y se sacudió el plástico. Le picaba horriblemente, como si pequeños granos se le hubieran pegado a la piel, pero no había nada que hacer al respecto. Si viviera, se aseguraría de tener una ducha en su futuro cercano, sin importar a quién tuviera que follar o matar para ello.

Escuchó un sonido y un gruñido bajo y, de repente, un ladrido furioso hendió el aire. ¡Ay carajo! ¡Perros guardianes! Podía volver a saltar al contenedor, pero de

repente sintió una aversión hacia esa tumba de plástico que hacía que incluso los dientes de los Rottweilers parecieran preferibles. En lugar de eso, corrió hacia la valla, impulsado por el terror a pesar de su cabeza palpitante y sus extremidades rígidas. Saltó más alto de lo que jamás hubiera imaginado que podía y logró agarrarse a los eslabones de la cadena y levantarse mientras los perros gruñían debajo de él y le desgarraban los talones. Sintió que se le rasgaban los pantalones y algo afilado le rozó la pantorrilla mientras ascendía.

La valla de tres metros de altura estaba rematada con alambre de púas, pero estaba diseñada para evitar que los ladrones entraran, no para que salieran los marineros secuestrados. Se inclinaba sobre el pavimento en ángulo, y él se armó de valor, sacrificó su camisa para amortiguar las púas y se arrastró. La camisa fue sólo una ayuda parcial: podía sentir su piel rasgarse y pequeños hilos de sangre goteando. ¡Maldita sea, no podía permitirse el lujo de perder la humedad! Pero las bestias que ladraban y babeaban debajo de él, y los guardias que podrían salir en cualquier momento para comprobar a qué se debía la conmoción, eso era suficiente para aliviar cualquier dolor.

No había forma de agarrar realmente el cable. Todo lo que pudo hacer fue deslizarse por el borde del panel de púas en ángulo y dejarse caer.

A menudo se había caído tres metros en la escuela de salto y sabía que el truco consistía en relajarse y rodar. Es bastante fácil de decir, pero más difícil de hacer con los colmillos de un lobo a sólo unos metros de distancia provocando una conmoción lo suficientemente fuerte como para despertar a un ejército de zombis. Aterrizó con un ruido sordo que sacudió su dolorida cabeza con tanta fuerza que tuvo que morderse los labios para no gritar. Durante unos largos momentos, no existió nada en el universo excepto un dolor cegador y envolvente. Cada ladrido profundo de los perros hacía que su cerebro rebotara contra su cráneo.

Pero tenía que salir de allí. Mucho antes de estar listo, partió.

“¿Marilee?”

Un grito estridente atravesó la noche.

“¡Shhh, por favor! Soy yo, Adam. ¡Adam Livingston! Estaba agachado contra la pared de la casa de su antigua novia de la secundaria, apenas oculto por un esqueleto disecado de lo que una vez había sido un arbusto. Todavía era lo suficientemente arbustivo como para rascarlo, pero esa era la menor de sus preocupaciones.

“¿Adam?”

La ventana se cerró de golpe. Apenas apartó las manos a tiempo para evitar que le rompieran los dedos.

Muy bien, es cierto que la había abandonado en el baile de graduación y se había ido a casa con Betsy Ferguson, la Betty de los Pechos Grandes, como la llamaban los chicos. Pero esto era mucho, mucho tiempo para guardar rencor.

Una luz penetrante asaltó su cráneo aún palpitante. El potente haz de una linterna atravesó la ventana. Se abrió una rendija y el rostro de Marilee se asomó. Estaba demasiado cegado por la luz para verla con claridad, pero su voz sonaba más vieja y más áspera de lo que recordaba.

“¿Qué carajo quieres?”

“Marilee, es una larga historia. ¿No puedo entrar?”

“¿Estás bromeando? Mi marido está en la casa. Tengo hijos. Te dejaré contar hasta tres para que te expliques antes de llamar a la policía.

“¡No he hecho nada malo, lo juro! Por favor... Livingston percibió una especie de gemido vergonzoso en su voz. ¡Mierda!

“Uno...”

“Fui secuestrado por unos esclavistas del Giro; logré escapar... estoy herido... sólo necesito limpiarme, descansar un poco... agua...”

“Dos. ¡Y prueba la verdad!

“¡Marilee, te lo juro, esa es la verdad!”

“¡Tres!” La ventana volvió a cerrarse de golpe.

Mierda. Maldita perra sin corazón. ¿Por qué la llevó al baile de graduación en primer lugar? ¡Era una perra!

Abrió la boca para gritarle, pero luego se detuvo. Era un hombre que huía, no tenía tiempo para enzarzarse en una pelea a gritos.

Entonces se abrió la ventana. Extendió una mano y colocó una botella de plástico en la cornisa.

“Toma eso, por si acaso alguna parte de tu fábula es cierta. ¡Ahora vete y no me molestes nunca más!

La ventana se cerró de golpe.

Ella le había dejado una botella de zumo de plástico llena de agua, ¡agua preciosa! No era mucha, pero se deslizó suavemente por su garganta áspera como una bendición.

Eres un ángel, quiso gritar a través del cristal, pero tampoco se lo permitió. O al menos, sólo una puta parcial con cara de perro.

Está bien, vieja novia, adiós. Pero tenía un hermano.

Su hermano Tom y su esposa Millie vivían en un pequeño apartamento a pocas cuerdas de la casa donde habían crecido los niños Livingston. Su sala de estar tenía puertas corredizas de vidrio que daban a un pequeño patio amurallado de unos dos metros y medio cuadrados que Millie había llenado de plantas en macetas, recordó Livingston. Debería facilitar la elección. Livingston se preguntó por qué se molestaba y cómo podían pagar el agua. O tal vez por eso se molestaban en hacer alarde de que podían permitirse el lujo de desperdiciar agua en plantas ornamentales.

Mierda. Si eran tan adinerados y engreídos, ¿por qué no alquilaron un lugar más grande?

Su diminuto patio daba al callejón donde Livingston exploraba cautelosamente. Sí, esa era, reconoció la buganvilla. Había una puerta de madera que conducía al callejón, pero estaba cerrada con llave. Volcó un cubo de basura y lo usó como plataforma para saltar la pared.

Aterrizó pesadamente con una sacudida que provocó una nueva carrera de dolor alrededor de su cráneo. Quédate quieto por un momento. Todas esas plantas... ¿tendrían aquí un grifo para regarlas? No, eso sería como dejar su dinero en efectivo para que los ladrones se ayudasen a sí mismos.

Los ojos de Livingston se habían acostumbrado a la oscuridad y se filtraba suficiente luz de las casas cercanas y de las farolas como para distinguir la pequeña mesa, las dos sillas y las macetas con flores. Había una pequeña regadera verde entre dos macetas y la recogió con entusiasmo. Era pesada: algo chapoteaba en su interior. Con entusiasmo, tragó el líquido que contenía, aunque sabía un poco a agua de baño usada. Probablemente lo era, aunque eso iba en contra de la ley. Quizás así era como ella mantenía las plantas, una abusadora ilegal del agua. ¿Era ese jabón lo que estaba probando? No importa, no lo pienses. Estaba húmedo.

¿Ahora qué? Las puertas corredizas estaban, por supuesto, cerradas con llave y aseguradas e incluso si forzaba las cerraduras, tendrían una barra en la base. En cualquier caso, colarse en la casa de su hermano fue una mala idea. Tom podría pensar que era un intruso y dispararle.

Estaba cerca del amanecer y el patio estaba oculto a miradas indiscretas o patrullas. Lo mejor era esperar y, cuando amaneciera, intentar el acercamiento directo.

Se puso en cuclillas, se reclinó contra la pared de hormigón y cerró los ojos.

Un clic lo despertó. Algo frío y duro presionó su frente dolorida.

“Un movimiento y estás muerto”, dijo una voz fría.

Livingston abrió los ojos.

“¡Tommy! ¡Yo también te amo!”

El frío y duro cañón de la pistola de su hermano se alejó, para ser reemplazado por un rayo de luz cegador.

“¿Adam? ¡Se supone que deberías estar jodidamente muerto!

“Lamento decepcionarte.”

“¿Qué estás haciendo aquí?” Tommy bajó la luz y lo miró fijamente con ojos fríos. Adam notó que estaba empezando a perder el cabello y esperó que eso no fuera una señal de su propio futuro. Siempre suponiendo que tuviera uno.

Intentó esbozar una sonrisa cálida y fraternal. “Esperando un poco de amor fraternal. ¿Puedo entrar?”

Tom lo miró con recelo. “¿Estas en problemas?”

“¿Quién, yo?”

“¿Qué hiciste, desertar?”

“No exactamente”, Adam estaba empezando a perder la paciencia. “Tom, estoy herido, tengo sed, tengo que orinar, aunque solo Jesús sabe cómo tengo suficiente agua dentro para orinar, y no he comido desde que el Señor pinchó a la Virgen”.

“Orina en las macetas”. Tom bajó el arma. “Yo lo hago todo el tiempo. Adam, no puedes entrar. Estoy listo para una autorización de seguridad, tendrán sensores biométricos colocados por toda la casa. Dios mío, si me has jodido eso...

“¡Tom, no he hecho nada malo!”, declaró Adam.

“Al parecer, alguien piensa que sí”, dijo Tom. Parecía arrepentido, pero decidido. “Y tu familia es el primer lugar donde buscarán”.

“¡Tienes que ayudarme!”

“Espera.”

Como si tuviera un lugar adonde ir, pensó Adam con amargura.

Después de unos momentos, Tom regresó, puso algo en la mano de Livingston y abrió la puerta trasera.

“Hay un sándwich y cincuenta dólares. Consíguete una habitación en algún lugar y duerme. ¡Y no vuelvas, es demasiado peligroso!

Levantó a Livingston de un tirón y lo impulsó hacia afuera por la puerta.

“¡Y no vayas a casa!” siseó. “¡No les montes esto a mamá y papá! Lo que sea que es. Creen que estás muerto. Quizás sea mejor que lo sigan haciendo”.

Hogar. Había evitado pensar en casa, porque prefería casi cualquier otro puerto durante una tormenta. En el mejor de los casos, su padre se retorcería las manos y le sermonearía, y su madre se enredaría en nudos de angustia. Pero eran su madre y su padre, y cincuenta dólares no le darían mucho más que un sórdido y miserable agujero en la pared por una noche o dos. Cuando lo que necesitaba era tranquilidad, descanso, buena comida y como un mes de sueño.

Pero si Tom tenía razón y lo estaban buscando... ¿Qué habría hecho Wendell? Si lo hubieran reportado muerto, no lo estarían buscando. Pero si el General le hubiera acusado de algún delito...

Que se joda. No había hecho nada malo. Nada más que lo que se le encargó hacer.

Bueno, tal vez no del modo en que se le encargó que lo hiciera. Pero sus pequeñas transgresiones... una matanza aquí o allá... ¡no tenían forma de saberlo!

Pero no necesitaban saberlo. Si Wendell quisiera quitarlo del camino, podría inventar lo que quisiera.

¡Joder!

Livingston no era un hombre dado a la autocompasión, pero ahora una pequeña punzada de ella se apoderó de él. ¿No había nadie en el mundo que se preocupara por él? ¿Quién estaría feliz de que hubiera aparecido con vida?

Bueno, estaba su hermana pequeña. Mallory. Ahora tendría catorce años, sería una estudiante de la Escuela para Señoritas de Miss Frances y estaría siendo preparada para un partido ligeramente superior a su posición, tal vez incluso para el estatus de Trofeo. No es que tuviera aspecto de Trofeo, siempre había tenido rasgos sencillos, los ojos demasiado grandes, el rostro demasiado ancho, los ojos azules demasiado llorosos detrás de las gafas. Pero su hermana tenía un corazón bondadoso y, con suerte, la vida aún no le había arrancado esa bondad.

Por supuesto, la casa de la Señorita Frances estaba vigilada como el harén de un califa, pero en sus días de colegial, había considerado un desafío al honor de la Academia Naval

de St. Anthony superar esas defensas y visitar a su novia del momento. Si la suerte estuviera con él, aún podría hacerlo.

Sabía qué habitación tenía su hermana. Estaba en el tercer piso, en la cuarta puerta del pasillo. Por costumbre, la última vez que la visitó, había notado que el viejo roble que le había proporcionado rutas de entrada y salida en su juventud todavía estaba allí, y no lejos de su ventana. Por supuesto, la última vez que había hecho esto, era quince años más joven, pesaba diez kilos menos y no padecía los mareos ni la agonía intermitente de una conmoción cerebral. Pero por el momento no se le ocurría ningún plan mejor.

Caminó rápidamente por las calles, con los ojos alerta a los Lash que podrían estar patrullando, en busca de infractores del toque de queda. Los terrenos de la señorita Frances estaban rodeados por un alto muro de hierro con púas, pero él se balanceó sobre un cubo de basura y luego trepó con solo algunos nuevos moretones y cortes para agregar a su colección. Fue la dura caída al suelo lo que una vez más hizo que su cabeza palpitara y girara. Esta vez se dio tiempo para recuperarse.

Pero no mucho tiempo. El horizonte oriental ya estaba pasando del negro al índigo. Una vez que saliera el sol, le resultaría mucho más difícil permanecer escondido.

Rápidamente encontró el viejo roble, plantado mucho antes de los Cambios y que ahora se extendía alto y

majestuoso hacia el cielo. No fue difícil subir, y se aupó hasta la gran horquilla a la altura de sus hombros y desde allí trepó por una serie de enormes tramos hasta llegar a una rama superior tan gruesa como su cintura. Solía poder abandonarla. Ahora se sentía tembloroso y mareado, pero aun así, ¿qué tan difícil podía ser?

Más difícil de lo que hubiera imaginado. A cada paso sentía que su vértigo empeoraba, hasta que tuvo que ceder, agacharse y arrastrarse por la extremidad. Pero logró llegar al final, al lugar donde solo había un corto salto hacia la repisa que corría a lo largo de la pared de ladrillos de la Academia.

No pudo hacerlo. Su cabeza daba vueltas y sus piernas se doblaban y simplemente no podía abalanzarse y saltar.

Está bien, piensa en tus opciones, se dijo. Puedes quedarte aquí y que te descubran por la mañana y probablemente te arresten. Puedes terminar en los corrales o de regreso en un barco de esclavos, con destino al Giro.

O puedes saltar. Y espero que, si fallas, aterrices de cabeza y se acabe todo.

No había esperanza para él. Tenía que hacerlo.

Ponte de pie, se dijo. Ese es el primer paso.

Puso sus rodillas debajo de él. Con cuidado, agitando los brazos para encontrar el equilibrio, se puso de pie. La rama se arqueó y se balanceó debajo de él como un barco. Solía disfrutar eso.

La pared. Era una repisa estrecha, de sólo unos cuarenta centímetros de ancho, pero si aterrizaba bien lo sostendría fácilmente y si aterrizaba mal, había un bajante que podía usar para estabilizarse.

No más pensamientos, se dijo mirando el cielo cada vez más claro. ¡Ahora!

Él saltó. Su juicio estaba aturdido y aterrizó con fuerza, su cabeza volvió a gritar, perdió el equilibrio, agarró el tubo y resbaló. Se deslizó por la pared, pero logró agarrar la tubería con sus dedos sudorosos. Se estaba resbalando... su mano libre tanteando... ¡zas! Su otra mano se conectó con la tubería. Ahora ambas se aferraban al bajante mientras él colgaba pegado a la pared, con las piernas agitándose y la cabeza como una bola de agonía. No pudo reprimir por completo un profundo gemido cuando encontró un apoyo en la pared para sus pies y se izó, de regreso a la cornisa. Con un giro, se enderezó.

Luego era fácil para un joven en forma caminar hasta la cuarta ventana. Desafortunadamente, fue una prueba tortuosa y aterradora en su condición actual. Pero lo hizo,

avanzando centímetro a centímetro a lo largo de la pared, siempre consciente de que el amanecer estaba cerca.

Finalmente estuvo allí. El cielo ahora estaba lo suficientemente claro como para permitirle ver un poco, y con cautela deslizó la ventana hacia arriba y rodó dentro de la habitación.

Estaba tan concentrado en guardar silencio que casi se olvidó de respirar. Escuchó un suave sonido proveniente de la cama que esperaba fervientemente fuera la de su hermana. Sí, sobre el escritorio estaba el retrato de sus padres y otro de él y Tom. Gracias a la calumnia, las chicas de Miss Frances tenían cada una su propia habitación, no dormitorios compartidos. Escuchó otro sonido y de repente se dio cuenta de que debajo de las sábanas alguien estaba sollozando.

“¿Mallory?” respiró. “Mallory, no te asustes, soy Adam. Tu hermano, Adam.

Otro sonido, como un resoplido o un sollozo ahogado. La manta salió volando y, a la pálida luz del amanecer, vio una expresión de tal asombro y alegría en el rostro de su hermana que por un momento casi se desplomó de felicidad.

“¿Adam? ¡Oh Jesús, Adam! ¡Todos pensaron que estabas muerto!

Ella se impulsó fuera de la cama y se arrojó a sus brazos, sacudiendo aún más su dolor de cabeza. Pero a él no le importó. Sus brazos se cerraron alrededor de ella y ella comenzó a sollozar en serio, pero ahora de alegría.

“Aún no estoy muerto”, dijo. “Pero Mal, necesito tu ayuda”.

Ella se apartó entonces y lo miró. La alegría se convirtió en sorpresa y preocupación en sus ojos.

“¿Qué te pasó?”

“Oh, esa es una larga historia. Y la tendrás, pero si es posible, necesito un lugar para descansar y dormir y algo de comida y agua. Y un lavado”.

“¿Qué tal un médico?” preguntó con preocupación.

“Estaré bien si puedo conseguir el resto”.

Ella no le pidió explicaciones, no puso objeciones ni puso excusas.

“Puedes quedarte aquí”, dijo después de pensarlo un momento. “Las criadas acaban de arreglar nuestras habitaciones ayer y no volverán hasta el jueves. Si viene alguien, puedes deslizarte debajo de la cama. Tomaré algo de comida extra del desayuno y aquí tendremos toda el agua

que queramos. El lavado puede ser otro problema, pero ya se me ocurrirá algo”.

“¡Mallory, siempre dije que eras una princesa!” Dijo Livingston.

“No precisamente.”

Ella se levantó de la cama, él entró y se dejó caer sobre el fino colchón. Mojó un paño de su jarra de agua y suavemente comenzó a limpiarle la sangre de la cabeza con una esponja. Livingston dejó escapar un largo suspiro y cayó en una bendita inconsciencia.

Capítulo cuarenta y ocho

Vale, A, B, C, ¿quién recuerda qué significa eso? Madrone se puso de pie ante el Consejo vespertino. Comenzar con una formación en primeros auxilios resultó ser una buena idea. Por un lado, reunía a todos en una actividad común sobre la que no necesitaban discutir. Por otro lado, les recordaba lo que estaba en juego.

Una adolescente se levantó de un salto y gritó: “¡Vías respiratorias, respiración, cardio!”

“¡Bien! Déjame escucharlo...”

“¡Vías respiratorias! ¡Respiración! ¡Cardio!” la multitud rugió en respuesta.

Ella había reclutado a Zoom para que fuera el paciente inconsciente, un papel que él disfrutaba mucho, y mientras

yacía boca abajo en el centro del anfiteatro, la misma adolescente inteligente demostró cómo verificar si había obstrucción de las vías respiratorias, ver si respiraba y verificar el latido del corazón.

Luego Madrone los hizo dividirse en parejas para trabajar, y para practicar las compresiones cardiovasculares y la respiración boca a boca en los muñecos que ella y Beth habían hecho con tela rellena de trapos.

Esto es algo bueno, pensó Madrone mientras hacía rondas entre las parejas practicantes. La gente estaba comprometida. Tenían esa mirada alerta y concentrada que le indicaba que estaban prestando atención, no la mirada aburrida que a menudo acompañaba a las reuniones. Cada habilidad que aprendieran, cada cosa nueva que dominaran, construirían ese sentido de confianza y ayudarían a construir ese yo que a muchos de ellos nunca se les había permitido formar. ¿Quién soy? Ya no es simplemente un deudor o un portero al acecho. Soy una persona que sabe cómo salvar una vida.

Bird se quedó mirándola, sonriendo. Este era uno de los buenos momentos, en los que podía creer que el Refugio aún se uniría y aprendería a trabajar en armonía. Había recibido noticias de los montañeses esa misma mañana. El ejército de Califia avanzaba hacia el sur. Su armada había obtenido una victoria. Si los técnicos pudieran seguir

ganándoles tiempo, el Refugio podría convertirse en el núcleo del levantamiento que él imaginaba que sería.

Pero de repente el Profeta Jed entró en la plaza, seguido de cerca por su contingente de seguidores. “¡Jesús es el único sanador!” gritó con su voz atronadora. “¡Dios es nuestro único defensor y protector!”

“¿Dónde estaba Jesús cuando se llevaron a mi hijo?” Una mujer demacrada se levantó de un salto y empezó a gritar. “¡Mi bebé, mi Annabel, mi hermosa niña!”

Se abrió paso entre la multitud hacia el Profeta Jed, casi tropezando con los pacientes que intentaban apartarse rápidamente del camino. “¿Dónde estaba tu maldito Dios entonces?”

Ella era nueva en el Refugio. Bird la había visto entrar por el pasillo el día anterior. Le gustaba tomar su turno para trabajar en el centro de bienvenida cuando no estaba haciendo sus rondas, le gustaba ver los ojos muy abiertos y asustados de los recién llegados que se asombraban cuando entraban a la plaza. Pero esta mujer había estado palpitando de pena y angustia tan intensas que todo su cuerpo trepidaba y sus manos temblaban mientras mostraba una fotografía de la niña que los agarres le habían robado de su clase de jardín de infantes.

“Annabel, su nombre es Annabel”, repetía una y otra vez, como si el nombre pudiera hacer que la niña volviera a ella. “Estábamos al día con nuestras deudas, ¡no tenían derecho a llevársela!”

Bird le había cogido la fotografía y le había dedicado una larga y pensativa mirada. Era una niña particularmente hermosa, rubia, delicada y de ojos inocentes. Un juguete perfecto para un Prime cansado. Se abstuvo de decir mucho, porque ¿qué podía decir? No había consuelo ante tal pérdida.

“¡No nos quedamos atrás!” –siguió repitiendo la mujer, como si de alguna manera hubiera sido menos odioso si realmente se hubieran retrasado en sus pagos. Su marido había ido a protestar ante las autoridades. Eso fue hace dos días y no había regresado.

Bird la había llevado a Madrone, aunque ni siquiera ella tenía una verdadera curación que ofrecer por tal pérdida. Le había dado a la mujer un sedante a base de hierbas y había intentado hacerla dormir. Pero, ¿cómo podría descansar cuando probablemente su hija estaba siendo violada y torturada? ¿Cómo no intentar seguir cada agonía imaginada, intentando asumirlo? ¿Cómo es posible que el descanso no parezca abandono y traición?

Había pedido prestada la foto de la niña, pensando que se la llevaría a los Ángeles. Era una esperanza vana, pero hacían

redadas en los corrales y en las celdas de placer, y era mejor que no tener ninguna esperanza.

La madre de Annabel, Lila, se llamaba, abofeteó al profeta Jed. “¿Dónde estaba Jesús?” gritó. “¡Dímelo tú, maldita sea! ¡Dime! ¿Donde estuvo el?” Ella lo abofeteó de nuevo. La fuerza de su dolor y furia era tan grande que él simplemente se quedó allí, impactado hasta quedar inmóvil.

El profeta intentó agarrarla del brazo y Lila se lo quitó de encima y se giró hacia la multitud.

“¡Esto es todo lo que tenemos!” ella lloró. “¡Este es el último lugar! ¡Es todo lo que nos queda! ¿Cómo pueden quedarse ahí mintiendo y discutiendo cuando esto es todo lo que tenemos?

Madrone se apresuró entre la multitud para llegar al lado de Lila. La rodeó con sus brazos y la envolvió en un gran abrazo. Lila rompió a llorar y Madrone simplemente la abrazó y la dejó llorar.

Las reuniones habían mejorado ligeramente una vez que la señorita Ruby instituyó su régimen de abandono de la asamblea. Una vez más, los amigos del profeta y los peores disruptores simplemente dejaron de aparecer. Pero con un contingente considerable boicoteando la organización del Refugio, el desorden comenzó a alterar todas sus rutinas

diarias. Había turnos de trabajo que no se hacían. No se cumplieron todas las guardias. En una de las grandes peceras se produjo una extinción porque nadie revisó la bomba, que estaba obstruida. Los niños estaban de mal humor y la señorita Ruby sacó la palmeta más de una vez. Cuando Madrone protestó, recibió una mirada que decía: ¡Tú ya no estás a cargo aquí!

Circulaba más licor casero, y Beth fue llamada a arreglar narices rotas y coser labios partidos por varias peleas. Bird sospechaba que también había otras drogas en circulación. No había puertas cerradas con llave en el Refugio y nunca habían sido necesarias. Pero ahora la gente empezó a acudir al Ayuntamiento con quejas por pertenencias perdidas. Una noche, Bob escuchó gritos desde un rincón oscuro y ahuyentó a dos hombres que habían acorralado a una de las adolescentes y estaban procediendo a arrancarle la ropa. Después de eso, muchas de las mujeres tuvieron miedo de caminar solas por la noche.

Madrone pasó de sentirse enojada y desconsolada a sentirse asustada. Si los Stewards atacaran ahora, destruirían el Refugio y no estarían lo suficientemente unidos para detenerlos.

Bird estaba contento de escapar de los conflictos en el Refugio para realizar sus rondas de reclutamiento, aunque

había comenzado a preguntarse para qué estaba reclutando gente. Ese día era un cantante ciego. Llevó su guitarra al “centro comercial” del este de Angel City, un laberinto de pequeñas tiendas que vendían artículos de primera necesidad a los pobres. Los fines de semana se convertía en un mercadillo improvisado.

No se producía mucho en las Tierras del Sur, pero los bienes que allí se producían competían con el animado comercio de productos rescatados. Los vendedores ponían mesas llenas de ropa usada y zapatos gastados, mezclados con ropa de cama todavía precintada de veinte años antes y juguetes estropeados y electrodomésticos reparados “con funcionamiento garantizado”.

Bird se puso unas gafas oscuras, cogió un palo blanco y se abrió paso por el mercado, buscando un buen lugar. Había un pequeño espacio abierto en el centro de las mesas abarrotadas, pero lo rechazó. Estaba demasiado confinado y no había una salida fácil. Le gustó un lugar apartado de la multitud, donde una calle lateral conducía a un callejón estrecho.

Exploró la calle y el callejón detrás en busca de posibles rutas de escape. Zap y Zoom ya no funcionaban como sus vigías, ahora que estaban en la escuela. Si surgieran problemas, recibiría pocas advertencias y no tendría a nadie cerca para ayudarlo.

Comprobó si había alguien cerca. El callejón estaba vacío. Un contenedor de basura estaba apoyado contra una pared de hormigón rematada con alambre de púas. Detrás había un tejado bajo y plano. Al lado del contenedor de basura había un montón de pertenencias rotas de alguien, como si hubieran sacado una habitación con una pala. Sábanas sucias y rotas, una manta andrajosa, almohadas rotas y un par de sillas destrozadas yacían en un pequeño montón encima de un sofá mohoso con resortes rotos. Una vieja silla de jardín con el respaldo roto yacía de lado. La enderezó y la probó. Bastante resistente, pensó. La apoyó contra el contenedor de basura y se sentó un momento, como si descansara.

De la silla al contenedor de basura, de la pared al techo. El alambre de púas sería un obstáculo, pero la manta rasgada y enmohecida podría cubrir las púas. La sacó de debajo de un triste y manchado osito de peluche rosa y la amontonó al lado de la silla. Súbete a la silla, tira la manta sobre el alambre de púas, trepa y corre por el techo. Ensayó los movimientos en su mente hasta que estuvo satisfecho de que la ruta funcionaría para él.

Luego regresó al mercado y se colocó en un muro bajo que corría junto a un edificio de concreto en la esquina. El muro formaba un pequeño patio lleno de vendedores ambulantes que vendían una triste variedad de naranjas arrugadas y limones deformes a precios inflados. Sacó su sombrero en busca de monedas y empezó a cantar y tocar. Si bien nunca

volvería a ser el guitarrista que alguna vez fue, horas y horas de práctica le habían devuelto cierta facilidad a sus manos destrozadas, suficiente para hacer un acompañamiento simple para sus canciones.

Puso a prueba a la multitud con algunos himnos retribucionistas mientras observaba cuidadosamente al par de azotes que patrullaban, oficiales del Lash. Una vez que estuvo familiarizado con sus patrones, esperó hasta que estuvieron en el otro lado de la plaza y se lanzó a la *Canción del Refugio*. Eso atrajo a una multitud para escucharlo. Se quedaron mirándolo con una especie de hambre en los ojos, como si quisieran desesperadamente que la canción fuera cierta. Su gorra se llenó de monedas, en su mayoría centavos.

Esto estuvo bien, pensó Bird. Fue algo. Pero ya no parecía suficiente. Lo atormentaban los ojos torturados de Lila, las interminables discusiones en sus consejos y la sensación de que las cosas se estaban desmoronando. Era necesario hacer algo más y, sin embargo, ya era bastante difícil mantener junto lo que ya habían construido.

Pero ahora los Lash estaban dando media vuelta y cruzando la plaza. Rápidamente pasó a viejas canciones de amor, los primeros Beatles, “Michelle” y “Norwegian Wood”. La multitud empezó a alejarse.

Los dos Lash se acercaron a él, lo miraron de arriba abajo mientras él fingía cuidadosamente no verlos. En voz alta le exigieron ver su permiso y él sacó un papel maltratado, manipulado con pericia por el Grupo de Trabajo de Documentos del Refugio.

El mayor de los dos Lash tomó el permiso y lo examinó con recelo. Bird se obligó a respirar lentamente, pero empezó a planificar mentalmente su ruta de escape. Soltar la guitarra; sería una pérdida muy, muy triste, pero no podía correr rápido con ella y le obstaculizaría si necesitaba trepar o saltar. Por el patio, entre la anciana que vendía limones y naranjas y la pared. Por la calle lateral, hacia el callejón y sobre los tejados. La adrenalina corría por sus venas, pero se obligó a permanecer de pie con calma mientras el segundo oficial recogía su sombrero lleno de monedas y se guardaba todo menos unas pocas monedas. Estaba ciego, no podía verlo, aunque un hombre verdaderamente ciego habría oído el tintineo y habría sabido que le estaban robando. Pero un ciego habría hecho exactamente lo que Bird estaba haciendo al respecto: nada. Nadie discutía con los Lash.

El azote le devolvió el papel. Bird se quedó allí de pie, con cuidado de no ver la mano extendida.

“Toma tu permiso”, ladró el Lash, y Bird se acercó a la voz. El Lash arrojó el papel en la mano de Bird y los dos se marcharon.

Bird se permitió un largo y silencioso suspiro de alivio y continuó cantando himnos hasta que estuvieron muy lejos.

El resto de la mañana transcurrió sin incidentes. Bird cantaba, y cuando el Lash estaba ocupado en otra cosa, pasaba a la *Canción del Refugio* y luego, si el público parecía receptivo, cantaba la *Canción del Resurgimiento*. Fue recompensado con murmullos, miradas de complicidad y conversaciones paralelas que comenzaron entre la multitud.

Cuando se detuvo para volver a sintonizar, una anciana le puso una naranja en la mano. Palpó con el pulgar su piel cerosa y miró hacia abajo detrás de sus gafas para ver un símbolo grabado en la capa exterior de piel naranja. La médula blanca de abajo mostraba una espiral atravesada por un horizonte, coronado por los rayos del sol naciente. El símbolo del nuevo amanecer, del nuevo día.

Rápidamente peló la naranja y se la comió, descansando su voz y agradeciendo la humedad y la energía. Era un día largo sin alimento ni agua, y probablemente debería tomar las monedas que le habían dejado los Lash y comprarse una bebida y un plato de sopa de uno de los vendedores, aunque sólo fuera para mantenerse a cubierto. La sopa debería ser lo suficientemente segura para comer. Una vez comió el error de comprar un perrito caliente en un carrito y después estuvo corriendo durante tres días.

La tarde transcurrió. En otra hora, empacaría y daría por terminado el día. Los Lash estaban al otro lado del mercado, probando la cerveza, y él decidió arriesgarse a una última ronda de canciones. Entonces, cuando la multitud se reunió para escuchar la *Canción del Levantamiento*, él se lanzó a su mejor imitación del Profeta Jed, aunque con un mensaje ligeramente diferente.

“Así dice el Señor: los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. Llegará un día, un día del juicio, en el que los codiciosos serán castigados y amanecerá un nuevo día. ¡Entonces se levantará el ejército justiciero y se hará justicia! Entonces los poderosos serán derribados y los más pequeños entre vosotros se levantarán para ser iguales. Todas las deudas serán perdonadas a quienes marchen con el ejército de la justicia. ¡Todos serán iguales, cada uno capitán de su propia alma!

“Pregúntese: ¿Estoy listo? ¿Seré de esa empresa? ¿Estoy preparado? Porque la justicia exige un gran sacrificio, pero la justicia ofrece una gran recompensa. ¡Prepárense!”

Se sentía un poco engreído. No había escuchado al Profeta Jed durante todas esas horas sin aprender algunos trucos. Pero un pequeño hilo de inquietud comenzó a recorrer su espalda. Sintió una sensación de amenaza en algún lugar cercano. Girándose lentamente, escudriñó a la multitud lo mejor que pudo mientras mantenía la cabeza gacha y su personalidad ciega intacta. Un hombre de rostro cerrado

hacía guardia detrás. Estaba demasiado bien vestido para esta parte de la ciudad, y su aura dura olía a militar o a inteligencia. Sus fríos ojos estaban fijos en Bird.

“Pero basta de tonterías”, gritó Bird. “¡Es hora de una canción!”

Se lanzó al viejo favorito de los retribucionistas, “Este mundo pecaminoso”. Pero la multitud no estaba de acuerdo.

“¡Canta sobre el Levantamiento!”, gritó un niño.

“¡La canción ascendente! ¡El ascenso!”, clamaba la gente.

De repente, se hizo el silencio. El hombre de rostro duro se paró directamente frente a Bird, mirándolo.

Bird se obligó a no reaccionar, sino a seguir afinando su guitarra.

“¿Qué es exactamente ese Levantamiento sobre el que cantas, rata?” preguntó el hombre. Su voz tenía la total falta de tono de un interrogador. Bird reprimió su miedo, se obligó a no sudar y dijo con voz de profeta:

“Jesús resucitó del sepulcro al tercer día. Y con su resurrección venció a la muerte y abrió las puertas a la vida inmortal”.

El hombre se adelantó, en un gesto rápido y mortal, como el de una cascabel golpeando, y le quitó las gafas a Bird. Bird vio un destello de luz, incluso cuando intentaba poner los ojos en blanco, y con su visión periférica vio al hombre meter la mano debajo de su abrigo.

Se movió rápidamente, agarró al hombre por el codo, giró, usando su pierna como palanca, y arrojó al espía a lo lejos. Se estrelló entre las naranjas y Bird saltó a lo alto de la pared, deteniéndose sólo por un instante para llamar a la multitud.

“¡Vosotros sois el Levantamiento! ¡Lo seremos! ¡Seremos el ejército de la justicia! ¡Traeremos el nuevo amanecer y el nuevo día!

Luego saltó el muro y corrió calle abajo. Se metió en el callejón. Su silla todavía estaba allí, donde la había colocado, y agarró la manta mohosa, saltó hasta la pared alta, arrojó la manta sobre el alambre de púas y rodó sobre ella hasta el techo. Se aupó y se fue.

Debajo de él escuchó sirenas y gritos. Frenéticamente, escaneó el lugar en busca de una buena ruta de salida. Sabía que encontrarían su rastro rápidamente. Corrió, terriblemente consciente de que tenía que salir de la zona antes de que pusieran un cordón a su alrededor. La manzana era como una isla rodeada de calles demasiado anchas para saltar. Podía saltar de un tejado a otro, pero para escapar

tendría que bajar rápidamente a la calle y cruzar un amplio bulevar.

Su pierna mala comenzaba a dolerle y pronto disminuiría su velocidad. ¿Dónde ir? De alguna manera tenía que salir de los tejados. Como para confirmar su pensamiento, un láser pasó rápidamente por su cabeza. Se arrojó y gateó. Había una trampilla que conducía al edificio, sujeta por una cerradura endeble. La abrió y se dejó caer en un pasillo oscuro que olía a orina y licor rancio. Pasó corriendo por puertas con pintura descascarada y empujó a un anciano con los ojos llorosos que lo abordó en la escalera.

“¡Ey!”

Entró en el hueco de la escalera y bajó, bajó, saltando las escaleras de dos en tres hasta que aterrizó demasiado fuerte sobre su pierna mala y ésta cedió debajo de él. Se agarró a la barandilla y se contuvo para no caer de cabeza. Ahora su pierna le gritaba mientras avanzaba a un ritmo más lento.

En el primer piso, dudó. Es posible que ya hubiera guardias en la puerta principal, incluso en la trasera. El pasillo estaba lleno de puertas que daban a habitaciones diminutas. Lo intentó una tras otra, todas cerradas. Pero a mitad de camino encontró una manija que giraba.

Irrumpió en un dormitorio diminuto, poco más que un cubículo, donde un par de fumadores yacían en feliz estupor.

Levantaron la vista mientras él cerraba la puerta detrás de él y empujaba la cerradura.

“Sólo estoy de paso”, dijo Bird mientras yacían, con la boca abierta por la sorpresa. La única ventana era pequeña. La abrió, sacó la cabeza por la abertura y movió los hombros para pasar. Por un horrible momento pensó que estaba atrancado. Los guardias lo encontrarían en esta posición humillante y él no podría hacer nada al respecto. Empujó con más fuerza, raspándose la piel del hombro, y luego salió. Sus caderas y piernas se liberaron y se lanzó al suelo, rodando hasta convertirse en una bola para amortiguar la caída. Algo afilado atravesó su camisa y le desgarró la espalda. Estaba en un patio lleno de basura cercado por el edificio. Otra trampa. Pero tenía que haber una salida, alguna manera de poder salir de este espacio.

Estaba oscureciendo, pero dejó que sus ojos se acostumbraran mientras miraba a su alrededor. Allí... una puerta. Tenía un candado pero estaba roto, alabado sea la Diosa. Se deslizó por el estrecho pasillo lateral lleno de cubos de basura y se obligó a moverse con cuidado y en silencio. Una puerta conducía al exterior. Se cerraba desde adentro y con cuidado giró la cerradura y lentamente la abrió un poco.

Estaba en medio de una larga cuadra. Podía escuchar sirenas y ver el reflejo de las luces intermitentes en la esquina, pero frente a él, todo estaba oscuro y silencioso. Escuchó gritos y un disparo sonó desde la esquina opuesta,

pero la puerta le impedía ver lo que estaba sucediendo. Podría arriesgarse a abrirla lentamente, pero no. Era mejor hacerlo rápido y salir de allí.

No dudó, sino que la abrió, salió y la cerró detrás de él. Se obligó a cruzar la calle oscura a paso normal. Si alguien estuviera mirando, correr le alertaría de que algo andaba mal.

El otro lado de la calle era un campo de escombros y ruinas. *¡Gracias a la Diosa!* De una zona oscura de sombras, pasó a una zona más oscura. Se abrió camino a través del laberinto de losas caídas y paredes a medio levantar, alejándose del mercado, moviéndose tan silenciosamente como un gato. Había logrado salir del cordón, pero no había tiempo para detenerse y relajarse. El peligro todavía era demasiado grande.

Le tomó otro día completo llegar a casa. Siguió moviéndose durante toda esa larga noche, y al amanecer encontró una cueva hueca debajo de una pared de ladrillos medio derrumbada donde podría refugiarse durante el día. Los técnicos le había mostrado algo, probablemente un programa biométrico de reconocimiento facial. Estarían circulando su descripción, si no su fotografía, por lo que tendría que esperar hasta que oscureciera para moverse. Por suerte aún conservaba su bolsa, con su botella de

preciada agua, y lo que quedaba de la naranja. Excavó más profundamente debajo de la pared, asegurándose de estar completamente oculto, y luego durmió.

Se despertó al atardecer, con un hambre voraz. Cuando el cielo se oscureció, salió sigilosamente de su guarida y se refugió detrás de una pared para hacer sus necesidades. La noche estaba tranquila, no había ruidos de persecución, y regresó sin incidentes. Pero le tomó mucho, mucho tiempo, porque al principio no sabía exactamente dónde estaba, y pasaron tres horas antes de que encontrara un punto de referencia familiar. Luego dio un amplio rodeo, para acercarse al Refugio no por la entrada sino por el pasadizo oculto del lado norte.

Los niños estaban dormidos cuando entró en su apartamento. La puerta del dormitorio estaba cerrada, pero cuando la abrió silenciosamente, Madrone se sentó muy erguida en la cama.

“¿Quién está ahí?” exigió.

“Soy yo. Regresé”.

“¡Gracias Diosa!” Ella se arrojó en sus brazos y lo abrazó. Olía a sudor, podredumbre y miedo, pero a ella no le importaba. Estuvieron abrazados durante mucho tiempo, sin hablar. No necesitaban hablar, pensó Madrone. Mejor no hacerlo. No cargarlo con sus miedos, con el frío temor que

se había apoderado de ella cuando él no regresó la noche anterior, con sus decididos esfuerzos toda la noche por obligarse a dormir. Pero ella se había despertado, una y otra vez, de sueños inquietantes, para alcanzarlo y encontrar sólo mantas vacías. Y luego se volvió a tumbar, con el corazón acelerado, utilizando todas las técnicas de respiración y meditación que conocía para desconectar su mente y calmar su cuerpo.

No, si ella expresara sus temores en voz alta, no serviría más que para encogerse y esconderse.

“Sabía que lo harías”, dijo en cambio.

“Algún día no lo haré”, dijo Bird.

“¡No digas eso!” –protestó ella, apretándolo con más fuerza. “¡No pienses eso! ¡Esa es mala magia!

“Es simplemente lo que es”, dijo con la voz vieja y fría. Estaba empezando a sentir la reacción ahora. La euforia de haber regresado y la gélida certeza de que estaba agotando su reserva de suerte con cada incursión en el mundo. Después de hoy, sería más difícil. Ahora lo tenían marcado, fotografiado.

“¡No, no lo es!” Dijo Madrone con firmeza.

“Bueno, ya he vuelto”, se obligó a sonreír. “¡Y gracias a la Diosa, tenemos un lugar con nuestra propia bañera! Voy a

sumergirme en ella, y si realmente me quisieras, me prepararías algo de comer y me lo traerías”.

“¿Es esa la prueba de nuestro amor?” ella le devolvió la sonrisa.

“Bueno, podrías arrastrarte conmigo y frotarme la espalda, pero de todos modos probablemente estoy demasiado cansado para hacer algo al respecto ahora mismo”.

Ésa es la manera, pensó, mantenerlo ligero. Estaba mareado de alivio y aturdido por el hambre y la adrenalina. Cierra de golpe las puertas de todas esas realidades alternativas a las que no regresó, donde yacía una vez más en una celda cerrada con llave en algún lugar, su mundo reducido al dolor y su resistencia, su única pregunta era cuánto tiempo podría evitar la traición definitiva. Y, sin embargo, sabía que nunca volvería a ceder ante ellos. Cualquiera que fuera el precio que le exigieran, el tormento a largo plazo que se infligió después a sí mismo fue peor. Así que, al final, tendría que contar con su propio cuerpo para acabar con ello, con su aliento negándose a alimentar su sangre y su corazón negándose a latir.

Capítulo cuarenta y nueve

Livingston bostezó y se recostó en la cama mientras sus ojos recorrían la habitación de su hermana. Las estanterías estaban llenas de libros que se derramaban sobre el escritorio y se apilaban en el suelo. Su armario, por el contrario, estaba escasamente amueblado. El tocador estaba cubierto de cepillos y espejos, los cajones tenían una cantidad adecuada de rímel y lápices labiales, todo perfectamente organizado. Pero no se parecía en nada a las desbordantes cornucopias de productos de belleza que recordaba en los tocadores de sus amantes.

Tuvo mucho tiempo para examinar la habitación en detalle, entre episodios de siesta. Había dormido, exhausto, hasta primera hora de la tarde, luego se despertó y descubrió una bandeja de sándwiches y una jarra de agua que Mallory le había dejado. Con su habitual organización y

minuciosidad, también le había proporcionado un orinal.
¡Una niña admirable!

Inspeccionó sus libros. Prefería temas pesados (tomos sobre biología, psicología y filosofía), algunos de ellos que se remontaban al antiguo régimen y muy probablemente de contrabando. No eran para ella, los romances esponjosos que gustaban la mayoría de las chicas. Buscó algo con qué pasar el tiempo. *Human Sexual Deviation* (La desviación sexual humana) parecía prometedor, pero cuando se lo llevó a la cama resultó ser un árido texto médico. Leyó algunos párrafos y rápidamente se volvió a dormir.

Cuando despertó de nuevo, ya había anochecido. Se tumbó en la cama, sin atreverse a encender la luz, contemplando la habitación y lo que decía sobre su hermana. Ahora se dio cuenta de que apenas la conocía. Ella siempre había sido una de sus favoritas, una pequeña y linda niña que lo seguía a todas partes y lo miraba con adoración, pero había nacido un año después de que él se fuera de casa a la escuela naval y su contacto había sido principalmente durante las vacaciones cuando estaban rodeados por las exigencias de la familia.

Ella era inteligente, él lo sabía. Siempre la mejor de su clase. Socialmente, un poco tímida. Había preocupado a su madre, que había insistido en enviarla a casa de la señorita Frances con la esperanza de sacarla de su caparazón. La verdad es que no había muchas otras opciones. Podría ir a la

universidad más tarde, pero las niñas estaban limitadas a las carreras de enfermería y economía doméstica. En las Tierras del Sur no había lugar para una chica que quisiera leer a Kierkegaard o *La base biológica de la conciencia*.

En el Norte, ahora... Ah, eso era un pensamiento peligroso. Si Mallory hubiera nacido en Calificia, no enfrentaría barreras ni restricciones. Podía entregarse a pensamientos profundos hasta que su frente se arrugara como un maní y nadie diría una palabra de reproche. Podía estudiar cualquier cosa que quisiera, convertirse en científica, filósofa o ingeniera.

¿Sería eso mejor para ella que ser el Trofeo favorito de algún Prime? O más probablemente, la esclava de algún oficial subalterno en un pequeño antro, regando subrepticamente sus plantas con agua del baño para apuntalar su estatus.

Se preguntó cómo le iría en casa de la señorita Frances. Ella había estado llorando cuando él entró. ¿A qué se debía eso?

De nuevo se quedó dormido. El clic de la puerta al abrirse lo despertó. Olió algo rico y carnosos.

Ella le dedicó una sonrisa y sacó de debajo de la chaqueta un paquete envuelto en una servilleta.

“Pollo esta noche. ¡Estás de suerte!”

Ella le había traído dos muslos, un puñado de brócoli y un trozo de pan, y él se los tragó. ¡Jesús Dios, qué hambre tenía!

“¡Gracias!”

“¿Te sientes mejor?” preguntó mientras recogía la servilleta, abría la ventana y sacudía las migajas.

“Mucho, mucho mejor. Eres una perla entre las mujeres”.

“Me alegra que alguien piense eso”. Se dejó caer en el sillón junto a la ventana y de repente pareció triste.

“¿Qué pasa? ¿Por qué llorabas antes?”

“Nada. Es solo... Me expulsaron del programa de preparación para Trofeos”.

“¿Por qué? Siempre has sido la mejor de tu clase en todas las materias”. Livingston pasó las piernas por el borde de la cama y se volvió hacia ella. Sí, todavía le dolía la cabeza, pero no tanto como antes. Estaba empezando a sentirse más como un hombre y menos como un desastre andante.

“Dijeron que nunca sería lo suficientemente bonita”, dijo en voz baja.

“¡Bolas de sapo!”, maldijo Livingston. “¡Maldita orina por cerebro! Perdón por mi francés. ¿Pero las viejas ciruelas no pueden ver lo inteligente que eres?”

“A los hombres no les gustan las mujeres inteligentes, a los hombres les gustan las mujeres que los hacen sentir inteligentes'”, dijo con voz tonta. “Eso es lo que dice la señorita Frances”.

¡La señorita Frances es una vieja murciélago con tetas de cerdo!

Ella se rió. “¡Eres horrible!”

“Soy tu hermano mayor. Se supone que debo cuidar de ti”. En verdad, podía entender el punto de vista de la señorita Frances. Las facciones de Mallory eran sencillas y su sentido del estilo mediocre. Realmente no es material para un Trofeo, a menos que algún Prime quisiera conversar y no solo un florero. Lo haría, si algún día consiguiera el estatus Prime. ¿O lo haría él? En verdad, sus mujeres siempre habían sido más decorativas que profundas. Por otro lado, siempre se aburría de ellas al poco tiempo. Parte de la razón por la que aún no se había casado. Pero aquellas eran aguas turbias para un hombre en su condición. “Debería decirle lo que pienso. Pero... tal vez no, sólo por el momento”.

“¿Qué te pasó?” –Preguntó Mallory.

Él le dio una versión cuidadosamente editada de la verdad. “Así que ya ves, sólo el General sabe cuál era mi verdadera misión, y todos los demás pensarán que he desertado de

verdad. De algún modo tengo que permanecer fuera de la cárcel el tiempo suficiente para volver a presentarme.

“¿Por qué no lo hiciste?” –preguntó abruptamente.

“¿Por qué no hice qué?”

“Desertar de verdad. Yo lo haría.”

“¿Lo harías?”

“¿Por qué no? Podría ser médico allá arriba, según dicen. Y no tener que casarme con algún contador de frijoles Subprime con cara de espinilla”.

Él arregló su rostro en una expresión de leve decepción. “¡Mallory! Las Tierras del Sur son tu patria”.

Ella le sacó la lengua.

“Sólo prométeme una cosa”, dijo, ahora serio.

“¿Qué?”

“¡Nunca le dirás eso a nadie más que a mí!”

Capítulo cincuenta

Tengo algo que podría interesarte.

Wendell levantó la vista. De pie frente a su escritorio estaba Ravitch, uno de los hombres anónimos de Inteligencia que había enviado a recorrer la ciudad, buscando la fuente de su propio malestar. Algo estaba podrido, algo no iba bien. Lo sentía, la corrupción, el creciente olor a descomposición. Los drones aún no habían aportado nada concluyente. Pero los ojos humanos podrían descubrir anomalías que los orbes mecánicos pasarían por alto.

Ravitch tenía los fríos ojos grises de un asesino, el semblante suave y gris del agente nato de Intel. Nada en él destacaba o era distintivo, a menos que fuera cierto escalofrío que parecía rodearlo.

Dejó un fajo de fotografías sobre el escritorio de Wendell. Eran de un joven negro de color excremento, un mestizo, en múltiples encarnaciones. Allí estaba él, con el pelo lanudo recogido alrededor de un rostro delgado, vestido con un camuflaje de montañés. Y allí, con el rostro más delgado y demacrado por líneas de dolor alrededor de los ojos y la boca, con los ojos curiosamente vacíos, con un uniforme de prisión. Y aquí, ahora de nuevo, con el uniforme del ejército de los Stewards.

¡Él! Wendell lo reconoció de repente y miró los expedientes. Bird era el nombre pagano que usaba. Pájaro Dragón Negro Lavanda, si pudieras creerlo. Leyó con avidez el expediente. Su padre había sido Durrell Parker y en algún momento músico. Su madre, Brigid Greenwood, hija de una famosa bruja y hereje. Al parecer le habían dado un nombre de pila: Charles Parker, pero no lo había usado.

Y había estado en el centro de la insurrección en el Norte.

Oh, sí, Wendell se acordaba de él. Traidor y traicionero, había sido notoriamente insensible a la tortura, pero finalmente lo persuadieron a cooperar cuando amenazaron a alguna pequeña mascota suya. Pero él no había permanecido convencido. Cuando todo el infierno estalló el día fatal en que fueron expulsados, él había estado en el centro de todo, graznando algún encantamiento demoníaco, escupiendo su inmundicia venenosa.

¡Ahora él estaba aquí! ¡Sí, eso lo explicaba todo; explicaba muchas cosas! Estaba allí y ahora Wendell conocía la fuente de la infección, el origen de la enfermedad. ¡A por él!

Había que erradicarlo. Y él, Wendell, sería quien lo hiciera. Sí, ahora que conocía la fuente, podría destruirla.

La idea lo excitó, hizo que el fuego palpitara en sus entrañas. Pero éste era un fuego que podía avivar sin culpa, el fuego de la pureza que quemaría esas otras brasas humeantes. ¿Cómo sería tenerlo de nuevo en su poder, tocar el instrumento de ese cuerpo, un cuerpo que merecía la disciplina y el dolor, que clamaba al cielo para someterse a la voluntad de Dios?

Esta vez la escoria se había escapado, pero no por mucho tiempo. Sí, Ravitch lo encontraría y lo llevaría ante el tribunal. Wendell no lo mataría simplemente, aunque eso llegaría con el tiempo, sino que expulsaría el mal de él, lo purgaría y purificaría, y al hacerlo expulsaría la corrupción y el hedor, y se redimiría a sí mismo.

“Publicaremos un boletín con todos los datos”, dijo. “Ravitch, buen trabajo. Te anotaré para una mención de honor”.

“Gracias Señor.”

Se volvió hacia su ayudante, el joven rubio y serio Finch. “Quiero que su foto aparezca en todas las pantallas de video,

1000 \$ en efectivo y que se eliminen todas las deudas para obtener información que conduzca a su captura. Quiero que sus estadísticas lleguen a todas las cámaras de vigilancia, fijas y móviles. Cuando lo atrapen, quiero que me lo traigan. Lo interrogaré personalmente”.

“¡Sí, señor!” Finch dijo con entusiasmo. “¿Qué imagen usamos, señor? ¿La más reciente?”

Wendell contempló la galería y luego sacó la de Bird con el uniforme de los Stewards.

“Oh, no. ¡Ésta! Luce mejor con el uniforme, y si tiene seguidores en su rebelión, les dará algo en qué pensar”.

Bird durmió todo el día y se despertó justo a tiempo para la asamblea. Pero cuando entró entre la multitud que se había reunido en el anfiteatro, algo pareció mal. Las personas que normalmente le sonreían giraron la cabeza. Los amigos que siempre lo saludaban miraban en silencio hacia otra parte.

“¿Qué está sucediendo?” –le preguntó a Emily, que estaba parada cerca del estrado delantero. Corrina, una de las otras maestras, estaba facilitando.

“¡Estás de vuelta!”, dijo ella. Había en su voz una nota de duda, casi de acusación, que a él le pareció desconcertante.

“Evidentemente.”

“Tu rostro está pegado en cada pantalla de video en cada rincón de Angel City”.

“Sí, me tomaron una foto”, admitió Bird. “Pero estoy cien por ciento seguro de que no me siguieron”.

“Una foto”, continuó con voz pétrea, “con el uniforme del ejército de los Stewards”.

Bird sintió frío, de repente, congelado.

Alguien que no conocía estaba gritando al frente. “¡Es un traidor! ¡Es un agente que trabaja para ellos, tal como dijo el Profeta Jed! ¡Nos han traído a todos aquí y aquí estamos sentados, como ganado esperando ser sacrificados!

“Todo el tiempo, todo el tiempo estuvo trabajando para ellos”.

Madrone lo vio envejecer ante sus ojos, su columna se encogió, su pecho se hundió, tal vez imperceptiblemente, excepto para sus ojos. Se estaba alejando cada vez más sin moverse ni un centímetro de donde estaba, como si una marea en retroceso absorbiera su fuerza vital, dejando una cáscara en la arena.

“¿Qué dices, Bird?”, preguntó Emily fríamente. “O debería decir, sargento Parker”.

Bird le dio la espalda y se alejó, entre la multitud. Madrone empezó a seguirlo, pero se detuvo.

“Así que es verdad”, dijo Emily, con la voz llena de consternación.

“¡No, eso no es verdad!”, le espetó Madrone. “*Diosa*, después de todo lo que ha hecho por ti, ¿esta es la confianza que recibe?”

Sus palabras resonaron en un repentino y frío silencio. Los ojos se volvieron para mirarla.

“¡Todos ustedes han trabajado con Bird durante meses! Han visto lo que ha hecho y lo que le ha dado a este lugar, y los riesgos que ha corrido. ¿Vais a tirar todo eso por la borda por una foto y un montón de mentiras de la mayordomía?”

Entonces, ¿por qué no responde a los cargos? –Preguntó Anthony. “¿Por qué se escapó?”

“Porque está herido”, dijo Madrone. “Él estará de vuelta. Sólo dale algo de tiempo”.

“¿Cuanto tiempo?” –preguntó Emily. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que los Lash entren aquí?

Madrone no pudo responder. Se dio la vuelta para seguir a Bird.

Bird se encerró en el baño y abrió el grifo del agua caliente. Bien podría disfrutarlo antes de que lo acosaran para expulsarlo de aquí y lo echaran del Refugio. El sonido del agua corriendo trajo una especie de olvido. Podría perderse en ello y olvidarse del pensamiento. El licor sería mejor, pero ninguno de los vendedores ambulantes de rotgut probablemente lo compartiría con él ahora. Era mejor confiar en el agua, sólo agua, vertida en la bañera, caliente, tan caliente que casi escaldaba, como si pudiera eliminar la culpa y la vergüenza.

Se sumergió, agradeciendo el dolor. Fue una distracción lo suficientemente intensa como para ahuyentar los pensamientos y los recuerdos. Lo más cerca que pudo llegar de reproducir el efecto de una sonda neuronal. Dolor sin lesión. Nervios chillando, un dolor como ningún otro. Bienvenido. Dentro de su gracia todo era sencillo. Sin pensamientos, sin preguntas, nada que decidir. Sólo resistencia.

Era, al menos, duradero. Es decir, lo que era insoportable, él podría soportarlo.

Unos fuertes golpes perturbaron su ensoñación.

“Pájaro”, gritó Madrone, “¡déjame entrar!”

Después de mucho tiempo, cuando los golpes comenzaron a provocarle dolor de cabeza, gritó: “¡Vete!”.

“¡Déjame entrar!”

Ése era, pensó Madrone, el núcleo de su relación. ¡Vete! ¡Déjame entrar! Se dio cuenta de que esa era la verdadera razón por la que todavía no se casaría con él.

“¡Es mi baño también!” Llamó, consciente de que eso no era en absoluto lo que quería decir.

Zap y Zoom la miraban fijamente, con los ojos muy abiertos y congelados por la ansiedad. Intentó calmarse por ellos.

“Vamos, Bird. Estás asustando a los niños”.

Silencio. Zoom tiró de su brazo y le entregó un trozo de plástico rígido. Ella lo miró sin comprender. Suspiró con exasperación ante su oscuridad, él lo tomó e introdujo el plástico en la rendija entre la puerta y su jamba, deslizándolo hacia arriba y abriendo la cerradura. Madrone le plantó un ligero beso en la cabeza, luego entró y volvió a cerrar la puerta detrás de ella.

“Vete. No sé cómo entraste, pero déjame en paz”, dijo, con los ojos fijos en la pared opuesta.

“No voy a dejarte en paz”.

Silencio. Se sumergió bajo el agua.

Esperó un largo momento. Cuando él no subió a la superficie, ella se metió entre sus piernas y desconectó el tapón.

“¡Oye, no hagas eso!” Él se sentó y cogió el tapón, pero ella lo apartó. Detuvo el desagüe con el talón.

“¡Devuélveme eso!”

“No, a menos que hables conmigo. ¿Por qué huiste del Consejo?”

“No hui”.

“Lo hiciste. Corriste. Y no tienes motivos para huir. ¡No tienes nada de qué avergonzarte!” dijo desesperadamente.

Pero lo hizo. Ése era el quid de la cuestión, pensó. Racional o irracional. Sabía cómo funcionaba. Te hicieron cosas terribles y luego te dejaron sintiendo vergüenza. Culpa. Pero saberlo no ayudaba. Tenía cosas de qué avergonzarse. Había usado su uniforme. Él les había servido.

“Bird, sólo tienes que explicárselo a la gente. Cuando les cuentes cómo fue, lo entenderán”, suplicó Madrone.

Pero no pudo. Era su lugar más privado y doloroso, y no podía exponerlo al escrutinio de personas hostiles hacia él.

Saltó de la bañera y la dejó con Zoom clamando por un baño y Zap quejándose de que tenía que orinar. Para cuando ella los hubo acomodado y lo siguió afuera, él ya se había ido.

Capítulo cincuenta y uno

La fortaleza se alzaba donde la antigua Interestatal 5 se unía a la autopista 99. Se alzaba, un bloque sólido contra el cielo iluminado por las estrellas, elevándose sobre la zanja donde Cress y River se agachaban entre las plantas rodadoras. Fuerte e inexpugnable, se extendía a ambos lados de las carreteras en el cruce, rodeando las antiguas rampas de salida con barreras de hormigón y alambre de púas. Arriba, las torres de francotiradores hacían guardia.

Dentro había cuarteles lo suficientemente grandes como para albergar a mil o más tropas, y almacenes gigantes donde se almacenaba el grano del Valle, para ser enviado a las fábricas que producían las patatas fritas. Al ver las enormes estructuras, Cress comprendió cómo los Stewards eran capaces de resistir los cortes de suministro de las plantaciones que el Ejército de Liberación ya había liberado.

Debía haber suficientes provisiones en los silos frente a ellos para que durasen mucho, mucho tiempo.

A ambos lados se extendían murallas de hormigón y, más allá de ellas, se excavaban zanjaz empinadas en la tierra seca, lo que hacía imposible asediarlas o rodearlas. Las armerías y las plataformas de aterrizaje de helicópteros estaban rodeadas por un muro de hormigón de seis metros de altura rematado con alambre de púas. El camino a Angel City estaba bloqueado de forma segura.

“El lugar donde se encuentran tres caminos”, murmuró Cress. “El cruce. Lo sagrado en la antigüedad, ya sabes. A Hécate, la diosa del inframundo, la diosa de la muerte. El lugar tiene un aire griego. Como una tragedia, donde al final todos mueren. ¿Pero quién diablos esperaban que los invadiera? ¿El ejército zombie?”

“Los Stewards no están tan preocupados por la llegada de invasores”, dijo River. “Lo que les preocupa es que salgan los esclavos”.

“De cualquier manera, no va a ser fácil”, dijo Cress, examinando las sólidas paredes y el peligroso alambre de púas que las coronaba. “¿Qué hacemos? ¿Rodearlo y mantenerlo bajo asedio?”

“Eso toma mucho tiempo”, dijo River. “Y este ejército estará expuesto a su fuego o a un ataque de helicópteros”.

“¿Podemos rodearlo?”

“A pie, claro. Con transporte para un ejército, atrapado como un taladro en una trampa.

“¿Así que qué hacemos?”

“¿Por qué preguntas a este tubo? Tú, el pichón educado de la Ciudad.

“Eres más inteligente que yo”, dijo Cress. “Al menos para esto”.

“Hay que tomarlo desde adentro”, dijo River pensativamente. “No es posible entrar desde afuera: los ingenieros son demasiado inteligentes”.

“Necesitamos un caballo de Troya”, dijo Cress, con la mente todavía en las epopeyas y los mitos arcaicos.

“¿Un qué?”

“Es una historia griega muy, muy antigua. Homero, el poeta, escribió sobre ello. Los griegos llevaban diez años sitiando la ciudad de Troya y no podían atravesar las murallas ni las puertas. Entonces fingieron que se iban, pero dejaron un regalo: un enorme caballo de madera que recogieron los troyanos. Pero estaba hueco y dentro había soldados. Salieron de noche, abrieron las puertas y tomaron la ciudad.

River le sonrió. “Como dijiste. Yo... inteligente, pero ignorante. Tú... un poco tonto, pero educado.

“¿Quieres construir un caballo de madera gigante?”
–Preguntó Cress. “Dudo que los razas hayan leído la *Ilíada*, pero algunos de los comandantes pueden haberlo hecho”.

“¿Cuál es el caballo moderno?”

“¡Estás pensando! ¿No te lo advertí?”

La línea de transporte llegó desde el norte poco después del anochecer. Los guardias de la puerta norte se sorprendieron: no se los esperaba. Pero sus papeles estaban en orden, y cuando volvieron a comunicarse por radio con la Comandancia, y ésta envió un mensaje de texto a la Comandancia central que presumiblemente los había enviado, todas las respuestas fueron correctas. Ésta tenía más tropas de las que necesitaba, por lo que estaba enviando cinco transportes para reforzar la base, ya que Intel informó de una posible fuerza enemiga en el área.

Reunieron los transportes y encontraron fácilmente espacio para los cien sojuhs a bordo. Los barracones, notó River mientras levantaban sus bolsas de lona y elegían sus literas, estaban medio vacíos. ¡Bien! Entre las deserciones en el Norte y los problemas reportados en la propia Angel City, las fuerzas de los Stewards estaban al límite.

Aunque nunca había estado allí antes, el lugar le resultaba inquietantemente familiar. Todos los cuarteles de los Stewards se construían según planos parecidos. Dos largas hileras de literas, con un baño común con ducha en la parte trasera. Se tumbó por un momento en el duro y delgado colchón, contemplando el fondo de la litera superior y preguntándose cuántas horas de su preciosa vida había pasado así, sin saber nada más, sin esperar nada más. Todo era tan familiar como su piel, el ejercicio, la rutina, la cuenta de la noche y la cola para la cena, la escasa comida de patatas fritas y el “café” mezclado con estimulantes elaborado con granos de desecho tostados. Había una partida de cartas en el comedor y los hombres estaban sentados juntos en sus unidades, haciendo las mismas bromas groseras e intercambiándose los mismos insultos que había oído toda su vida. Podría volver a esta vida y toda su estancia en la ciudad le parecería un sueño largo y fantástico.

O podría desempeñar el papel que se había ofrecido a desempeñar. Oh, habían discutido sobre eso, y Trace hizo todo lo posible para tratar de persuadir a River para que se quedara con el ejército, para proteger su vida y el mando, pero ya había tenido suficiente de eso. La verdad era que no sabía si Trace podría llevar a cabo esta operación, y no conocía a nadie más en quien pudiera confiar, que tuviera la experiencia y las agallas para hacerlo. Lo había pensado, estaba bien. Él lo llevaría a cabo.

No sentía exactamente miedo, sólo una mayor sensación de conciencia. Sentía la sangre bombear en su corazón, el aliento entrando y saliendo de sus pulmones, como si pidieran ser notados, apreciados en caso de que llegaran a su fin. Observó las mesas metálicas desnudas, las sillas frías, el ligero hedor de los hombres reunidos, el sudor y los calcetines sucios y el aliento agrio. Se sentía bien oler, sentir su corazón latir, estar vivo en un cuerpo aún intacto e ileso. Tenía una sensación de vacío en el estómago y no le apetecían las patatas fritas, pero se obligó a masticarlas, porque ningún sojuh jamás rechazaba una comida. Tomó un sorbo de café lentamente, deseando en su lugar una taza de agua dulce y clara. Demasiados estimulantes harían mucho más difícil de soportar lo que se avecinaba.

La comida terminó rápidamente y los hombres se reunieron para jugar y disfrutar de una preciosa hora de relax. Sabía que los trenzas superiores comían en un salón separado, donde les servían comida de verdad. Pero los suboficiales comían con los hombres y se esparcían por toda la habitación. No tardarían en reaccionar. Aguanta un poco más. Un sorbo más. Un respiro más.

De repente, el miedo a perderse su momento se volvió mucho más fuerte que el miedo a lo que ese momento traería. No podía esperar demasiado o enviarían a los hombres de regreso a sus cuarteles y él perdería su oportunidad. ¡Ahora era el momento!

Se levantó, se aclaró la garganta y empezó a hablar.

“¡Sojuhs de la Mayordomía, escuchen! Este luchador... viene del Norte, con un mensaje. ¡Sojuhs, los peces gordos, mienten! ¡Los Stewards no ganaron la guerra, el Norte los expulsó como a una manada de perros débiles con la cola arrastrándose por el polvo! ¿Y por qué? Porque nosotros, los combatientes, vimos lo que tenían en el Norte: ¡un lugar donde podíamos ser libres! Así es: ¡razas, quiebras y todos! Libres para ser más que un brote de tubo, libre para ser una persona real”.

Estaban escuchando, se dio cuenta. Los ojos se volvieron y se fijaron en él como una batería de rifles. Tenía que continuar, tenía que aprovechar esta oportunidad para alcanzarlos. Y decidió dirigirse a ellos no como gruñidos sojuh sino como personas reales. Usaría “yo” y “tú”.

“A ti, tal vez te pillaron robando agua y no quieres estar aquí. ¿Tal vez te vendiste al ejército para pagar las deudas de tu familia? Tú, el de allí, ¿eres un raza? Yo soy un raza. Sí, así es, yo, yo nací y me crié para el ejército. Oh nueve cinco treinta y tres mil seiscientos. Unidad Cinco. Pero en el Norte, yo... ¡me oís! Yo, yo, no soy sólo un raza. Puedo ser lo que quiera ser.

“Construyeron calles en el Norte donde el agua corre libre, gratuita y disponible para que cualquiera pueda tomar la que necesite. Tienen jardines en las calles, frutas colgando

de los árboles, así que sólo tienes que levantar la mano para comerlas, ¡saben como nada que los lamentables chipsters hayan puesto en tu madriguera! Tienen mujeres como el cielo. ¡Mierda, no puedo empezar a decírtelo! Y puedes tenerlo todo, probarlo todo, porque ellos no quieren guerra y ni siquiera quieren venganza. Sólo quieren paz”.

Un suboficial corpulento se puso de pie. “¡Cállate, basura mentirosa!”, gritó. Caminó hacia River.

“No estoy mintiendo”, gritó River rápidamente. Le quedaba poco tiempo, ¿cómo aprovecharlo bien? “¡Digo la pura verdad! ¿Por qué estoy aquí abajo? ¡Porque ustedes, son mis hermanos, cada tubo, rastreador y raza! Y tienen una opción ahora. ¡Podéis ser libres! Simplemente abrid las puertas y salid. El ejército de Liberación os acogerá. Abrid las...”

El suboficial corpulento le golpeó en la cabeza con una silla.

Cuando volvió en sí, estaba atado de pies y manos, tendido sobre una mesa de acero en una sala de interrogatorios, mirando una luz brillante que apuñalaba su cerebro.

“Ya voy”, dijo una voz áspera.

“Dale al limo una llamada de atención”.

Está bien, pensó River. Ahora este sojuh llega a experimentar el otro lado. Se sintió tranquilo. Sólo la

sensación de vacío en la boca del estómago le dijo que no lo estaba. Pero todo lo que tenía que hacer era aguantar. Espera, espera. Todavía llevaba el uniforme; no lo habían desnudado. Y eso significaba que su misión estaba cumplida. Habría sonreído, pero en ese momento le tocaron el cuello con la sonda neural, justo debajo de la línea de la mandíbula.

El dolor estaba más allá de todo lo que recordaba de sus días de entrenamiento, más allá de lo imaginable. Cada uno de sus nervios chilló en rebelión. El dolor se apoderó de él: ya no era nada, ni una persona, ni una raza, sólo un nervio chillón.

Espera, espera, se dijo. Todo lo que tengo que hacer es aguantar. Es fácil.

Pero no fue fácil. Quería temblar, lloriquear y suplicar mientras el dolor remitía. Ruégales que nunca más vuelvan a hacer eso.

Pensó en Pájaro. Mierda, pasó semanas así, meses, años. Peor. ¿Qué haría Bird ahora? Cerrar la mandíbula. Cerrar la mente.

“Eso fue sólo un calentamiento”. Había un gran garrote parado frente a él, no sólo un suboficial o un tubo exprimidor, sino uno con trenzas sobre los hombros. “Y podría ser el final, siempre y cuando nos digas honestamente por qué estás aquí y quién está contigo”.

River se lamió los labios secos. Sabía que era más seguro permanecer inmovilizado. Pero “seguridad” no era la razón por la que estaba aquí. El suboficial volvió a levantar la sonda, abrió la boca y jadeó: “¡Espera!”

“Estoy esperando”, dijo fríamente el gran garrote. “No esperaré mucho”.

“Ustedes son mis hermanos”, jadeó River. “Incluso tú. ¡Estoy aquí para liberarte!

Esta vez el dolor fue aún peor, si eso fuera posible. Quizás pueda acostumbrarme, pensó River. Pero no estaba diseñado para permitir que el cuerpo se acostumbrara. Quizás simplemente merezco esto por Kit, por lastimarla. Pero ese era el verdadero peligro. Mejor simplemente rendirse, pero su cuerpo instintivamente se preparó contra ello y esa resistencia empeoraba aún más el dolor. Dejarse llevar por ello sería aceptarlo, aceptar todas las cosas inaceptables. Y, sin embargo, había en ello un extraño alivio. Mientras estuvo en ello, todo lo demás desapareció. Incluso ese dolor más grande y más profundo, el abismo del vacío, de la muerte de Kit y su propia traición hacia ella.

“No puedo creer que incluso un raza pueda ser tan estúpido”, dijo el gran garrote. “Ni siquiera uno corrompido por los demonios del Norte. ¿Vas a seguir protegiendo a tus amos? No te están ayudando, ¿verdad? Te envían aquí

cuando incluso un imbécil enloquecido por los demonios podría predecir que esto es lo que obtendrás.

La sonda otra vez. Hizo que la muerte pareciera dulce. La nada, no sentir nada en absoluto. Pero espera, se dijo. No puedo morir, tengo un ejército que cuidar. Y había un pensamiento allí, si el dolor lo liberara aunque fuera por un momento para seguirlo. Un ejército que lo necesitaba, River...

El dolor pareció durar una eternidad. Cuando la sonda en el cuello empezó a resultarle demasiado familiar, cambiaron y pasaron a otras partes sensibles. Debajo de los brazos, la base de los testículos. Podían cambiar la calidad y el ritmo: ahora ardía, ardía desde adentro hacia afuera, ahora era una picazón que no se podía rascar, una irritación que crecía y crecía hasta que era peor que el dolor extremo en sí. Bird habría desviado su mente. Pero él, River, tenía algo que rastrear...

“¿Quién más está contigo?”

“¿Cómo llegaste a las filas? ¿Quién falsificó tus documentos?”

... Un ejército que lo necesitaba. A él. A River. Entonces había un “él”. Esto, este ardor, este grito crudo de nervios, era una elección. Él, River, lo había logrado. Él lo había hecho. Se había convertido en una persona, en un elector. El

creciente incremento del dolor era simplemente una prueba.

De repente, en lugar de resistirse, le dio la bienvenida. Vamos, pensó. Gire el dial hacia arriba. Cada nervio que gritaba, gritaba que él era real. Esta agonía era su tributo, los dolores de parto de River, la Persona Real. Hazlo fuerte, hazlo caliente, llévalo al límite intolerable, y él nacería aún más fuerte por ello.

Y luego se detuvo. Le metieron la sonda en el hueco de la base de la garganta... y nada.

El exprimidor miró sorprendido el monitor.

“Sin jugo”, dijo.

El gran garrote golpeó a River en la boca. El dolor ordinario se sentía como un golpe de amor, una distracción bienvenida contra sus nervios aún aullando.

Entonces las luces se apagaron.

Lo hicieron, pensó. Los técnicos llegaron. Les llevó bastante tiempo.

En la manga de su chaqueta pulsaba el transmisor que les había permitido acceder al sistema. Ese era el plan, llevarlo al corazón de la fortaleza de los Stewards, y había funcionado. A un costo. Ahora bien, si tan solo no estuviera

atado e indefenso aquí. Y si tan solo sus queridos hermanos se acordaran de no tirar un objeto incendiario...

Un olor dulce empezó a flotar a través de la puerta. El gran garrote abrió la boca para dar una orden, pero su cabeza se inclinó y cayó al suelo. El exprimidor lo siguió, arrugándose como un trozo de pañuelo de papel. Y River asentía, cerraba los ojos y su dolor se convertía en una bienvenida insensibilidad...

Oscuridad. Aire frío y limpio, penetrante en sus pulmones. Oscuridad, pero cuando abrió los ojos, la oscuridad no era completa. En un resplandor brumoso desviado por los reflectores, un médico estaba inclinado sobre él.

“¿Estás bien?” preguntó el médico.

Reflexionó sobre la pregunta durante un largo momento. Estaba vivo y su cuerpo volvía a sentirse suyo. Le dolía la mandíbula y le dolía la cabeza como las bolas palpitantes del diablo, pero podía moverse. Todos sus miembros parecían intactos.

“Tengo que ir a comandar la unidad”, dijo.

Se sentó. El médico lo empujó hacia abajo nuevamente. “Tienes que descansar, recuperar fuerzas”.

A su alrededor se oían los sonidos de la batalla. Estaban tumbados contra una pared, fuera del comando central, y se podían oír disparos, pies corriendo y el estruendo de las explosiones.

“Estamos ganando”, le dijo el médico. “Los técnicos abrieron las puertas, irrumpimos, sus transportes marcharon hacia arriba, arrojaron las armas en un gesto dramático y se unieron al Ejército de Liberación. Muchos otros soldados hicieron lo mismo y nosotros simplemente estamos acabando con el resto. Tenemos a los peces gordos acorralados y atados, tal como dijiste. ¡Buen trabajo! Espero que no te haya costado demasiado”.

River se sentó e instantáneamente deseó no haberlo hecho. “No querría hacerlo todos los días”.

“Levántame ahora”, insistió, a pesar de que le palpitaba la cabeza, y el médico cedió y lo ayudó a ponerse de pie. Al principio se tambaleó un poco, pero pronto encontró el equilibrio.

Caminó cautelosamente a lo largo de la pared, manteniéndose fuera de la línea de fuego, hasta que encontró a Trace al mando de una unidad intercambiando disparos con tropas atrincheradas en un búnker.

“Los deudas vienen en masa”, dijo Trace. “Sin embargo, tenemos un nido de razas difíciles de quemar”.

“Déjame hablar con ellos”, dijo River.

Trace puso los ojos en blanco. “¡Si quieres ser un folla tigres, y que te arranquen la cabeza, adelante!”

“Apaguen los reflectores”, ordenó River. “No quiero destacar como un objetivo en el campo de prácticas”.

Trace asintió y ladró por sus comunicaciones. La dura luz se atenuó. Ahora había suficiente luz procedente de las torres de francotiradores para ver sombras y movimiento.

River se agachó detrás de un pilar de hormigón para cubrirse, miró a su alrededor y gritó.

“Sojuhs del ejército de los Stewards...”

Un disparo pasó cerca de él y le rozó por poco la barbilla, pero siguió adelante. “¿Por quién estáis peleando? Tenemos a los peces gordos rodeados. La mitad del ejército se ha puesto de nuestro lado. ¿Por qué morir por nada? ¡Bajad las armas, únanse a nosotros y sean libres!

“¡Bajen las armas y morid!”, gritó alguien desde el otro lado.

River respiró hondo. “¡Lo juro por la maldita bolsa de la presa de este sojuh!” Era el juramento más fuerte de los razas. “No hay esclavos en el Ejército de Liberación. Sin razas, sin tubos, sin peces gordos. Todos iguales. Como dicen

en la Ciudad: “Hay un lugar para ti en nuestra mesa, si decides unirte a nosotros”.

“Ahora saldré de las sombras, donde puedas verme. Mírame a los ojos, mira, te digo la verdad. Dispárame si quieres. Y digo “tú”, porque eres una persona, no sólo un arma. Hasta el último de ustedes. No sólo un raza, no sólo un sojuh o un luchador. Igual a la trenza más grande, al Prime con el culo más rígido del mundo... ¡Igual a todos!

Salió a la fría luz azul y nunca se había sentido más desnudo y vulnerable. Sentía un frío agujero de miedo en el estómago, pero lo superó y de repente se sintió fuerte y ligero, como si pudiera navegar sobre la fortaleza con el fuerte viento y las nubes veloces. De repente, no importó si le dispararan o lo escucharan, si viviera o muriera a pesar de que en ese momento amaba la vida, los latidos de su corazón y el frío en su piel e incluso el olor fétido de su sudor y el propio miedo. El mundo entero se sentía nuevo, y él era nuevo, este “yo” que sentía, olía y tomaba esta decisión.

“Ohnine 53031600, Unidad 5”, gritó. “Yo era eso. Ahora tengo un nombre. Río del Dragón Negro. Tengo una familia. Soy líder del Ejército de Liberación. Y he visto maravillas en el Norte que ni siquiera sabes que existen, pero que también pueden ser tuyas. Agua que fluye libre por las calles. Fruta que ni siquiera probaste, pende de los árboles, libre para recoger. Los conocimientos que los peces gordos te ocultan, allí es gratis aprenderlos. También es tu derecho de

nacimiento, si eres lo suficientemente valiente para aceptarlo.

Fue el momento más largo de su vida, bajo el frío cielo del desierto. Una loca tirada de dados, arriesgarlo todo, toda esa nueva vida que se le había abierto, todos sus dolores y pérdidas que también formaban parte de él.

Sin embargo, también intuyó que así sería como ganarían al final. No mediante estrategia, no mediante armamento, sino convirtiendo en personas reales a razas y esclavos por deudas. No matando hombres, sino creándolos.

Ofreció una opción. Y él mismo se hizo esa ofrenda.

Una luna gibosa tardía se elevó sobre el muro de hormigón. Una luz suave iluminaba el patio y al grupo de hombres detrás del búnker, la multitud pegada a las paredes y refugiada detrás de postes, observando el drama. Una luz fresca y suave que bañaba todo lo que tocaba con una belleza plateada. Y de repente se sintió feliz. Recordó haber bailado en el Templo del Amor, entregándose a la música.

Este era simplemente otro tipo de baile.

El gran agujero dentro de él, el abismo de la pérdida y el dolor, todo eso se llenó con la luz de la luna y se desbordó hasta que la tierra compacta ante él parecía un mar plateado.

Se escuchó un sonido, un suave raspado de la tierra, y uno de los sojuhs dio un paso adelante. Era moreno, más oscuro que River, y miraba a su alrededor con cautela, como si esperara que en cualquier momento le dispararan o lo capturaran. Agarró su rifle como un niño pequeño agarra una manta. Pero siguió adelante.

“Trescuarenta setenta y dos oh seis once cincuenta”, dijo. “De la Unidad Treinta, División Siete”.

River se puso de pie y lo miró, la postura cautelosa, los ojos negros como agujeros en la noche. De repente pensó en Kit, en su cautela, en su sospecha. Pero su memoria fue tocada ahora por ese mismo suave brillo. Le gustaría honrarla, recordarla.

“Te llamo León”, dijo. Suavemente tomó el rifle de la mano del sojuh que no oponía resistencia. “Bienvenido al Ejército Libertador”.

Uno por uno, los hombres dieron un paso adelante, entregaron sus armas y recibieron un nombre. River corrió por Tigre y Lobo y luego se quedó sin inspiraciones. Sabía que había más felinos grandes y animales feroces, pero no recordaba cómo se llamaban. Pero entonces Cress estaba a su lado, susurrándole sugerencias.

“Lince.” “Pantera.” “Jaguar.” “Coyote.”

“Bienvenidos al Ejército Libertador”.

Capítulo cincuenta y dos

Bird esquivó de sombra en sombra. Estaba más allá de pensar, más allá de sentir, sin saber realmente lo que estaba haciendo, sólo que había tenido que moverse, para salir del Refugio, lejos de los ojos acusadores y de la mirada preocupada de Madrone. Estaba en peligro en las calles, pero no le importaba. Peor que eso, saboreaba el peligro, la adrenalina corriendo por sus venas, el desafío de esquivar de un rincón oscuro al siguiente. Buscando a los Lash, manteniendo la vista baja para no mirar por error a una de las cámaras de seguridad. Una pura cautela animal que ocupaba todo su espacio mental y no dejaba lugar al sentimiento.

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando ni hacia dónde se dirigía. Era una noche oscura, todavía no había luna y se encontraba en las zonas donde las farolas habían sido apagadas hacía mucho tiempo.

Pero a lo lejos había un resplandor, como si unos reflectores iluminaran el aire brumoso, y se encontró dirigiéndose hacia allí. Estas calles estaban oscuras y desiertas. Los Lash rara vez patrullaban por aquí y no había nada que asegurar, ni cámaras biométricas salpicaban los postes quemados ni las paredes estaban marcadas por las balas. Siguió corriendo, sin saber por qué corría, sólo que necesitaba velocidad y aire bombeando a través de sus pulmones.

Los reflectores iluminaban un enorme complejo rodeado por vallas metálicas que rodeaban acres de pavimento de asfalto y una colección de barracones de hormigón. Y de repente supo dónde estaba.

El Astillero, lo llamaban. Los Ángeles se lo habían descrito. El sitio de transición para chicas para el sexo, corredores, baratijas y todos los cachorros de placer que daban servicio a los peces gordos y a los Primes. En las afueras estaban los cuarteles de mascotas y, en el fondo, los corrales.

Metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sintió algo allí. Un pedazo de papel. Lo sacó. Era la foto de la hija perdida de Lila, Annabel.

Le había mostrado la foto a los Ángeles, temprano en la mañana, antes de emprender su desafortunada misión de cantante ciego. Gabriel había negado con su dorada cabeza.

“Es difícil distinguir una chuchería en la tienda de juguetes”, había dicho.

“Quédate con lo salvaje”, había dicho Rafael. “Esa joven... valía más intacta”. Siguió una larga discusión, pero al final le devolvieron la foto y se negaron a hacer ninguna promesa.

No importa. Una repentina y loca idea se apoderó de él. Encontraría a la chica. Él la salvaría.

Era una idea imprudente, probablemente suicida, pero no le importaba. Es más, la aceptó. Sería su liberación, su salida. Tal vez moriría, pero estaría bien. Más que bien, sería un dulce olvido logrado con una pequeña medida de honor. Tal vez terminaría de regreso a sus prisiones, de regreso a ese infierno de dolor y decisiones tortuosas. Pero no, no lo haría. Tomó una decisión. Nunca más permitiría que se lo llevaran. No tenía armas, pero sí un cuchillo. Tendrían que matarlo para llevárselo, o él mismo haría el trabajo.

Se acuclilló en el suelo. Había salido corriendo sin pensar ni planificar, simplemente se puso su ropa más oscura y se escabulló antes de que Madrone pudiera detenerlo. Pero había agarrado su mochila y dentro había una preciosa jarra de agua. Derramó una poca ahora, en el suelo, recogió el barro y se ennegreció la cara y los párpados. Se convertiría en una sombra.

Su mente se sentía anormalmente aguda y clara. En la oscuridad, con lo poco que sus ojos físicos podían ver, sus sentidos internos se hicieron cargo y pudo *ver* las líneas de fuerza eléctrica que recorrían los cables. *Verlas*, pero ¿podría hacer algo al respecto? Si hubiera tenido una pistola láser, podría haberlas cortado, pero eso sin duda activaría una alarma mayor. Permaneciendo en las sombras, continuó a lo largo de la valla, siguiendo las líneas hasta que convergieron y se sumergieron bajo tierra.

Verlas, ¿podría *oírlas* si se lo proponía? La luz era vibración, la vibración era sonido. Y esa noche era inmortal, estaba poseído por algo más grande que él mismo. Las líneas de fuerza le zumbaban, cada una con su propia nota. Juntas hicieron un acorde.

¿Qué pasaría si él cantara la música de vuelta? ¿Vibración combinada con vibración, tono con tono? Tarareó una nota, la dejó reverberar en su pecho y hacer que sus labios zumbaran. Con cautela, extendió una mano y tocó la valla por donde sabía que pasaba el alambre invisible. Un zumbido más profundo lo recorrió, no dolor sino pura energía.

En un instante terminó, tarareando a través de los cables, acolchando el alambre de púas en la parte superior con su chaqueta, agarrándolo y saltando hacia abajo. Su pierna mala gritó, pero lo sostuvo. Estaba dentro de los corrales.

Se agachó en una zona de sombra junto a la valla y observó cómo los reflectores iluminaban la amplia extensión de asfalto que se extendía ante él. Contó el tiempo y cantó para sí mismo la *Canción del Levantamiento*, una estrofa para que pasara la luz, dos estrofas para la sombra. Si permaneciera en lugares oscuros, con los ojos cerrados y los dientes ocultos, sería muy difícil verlo, incluso a la luz. Escogió una ruta, desde un charco de oscuridad hasta una zona de penumbra. ¡Listo, listo, corre!

Te duele la pierna mala, ignórala, no dejes que te frene. Detente. Agáchate. Quédate quieto mientras pasa la luz. Listo y vuelta a empezar. No hay lugar para otros pensamientos. Abajo. Adelante. Arriba. ¡Muévete!

Lo había logrado. Se metió en una grieta entre dos edificios. Espera. Respira profundo y calmate. Medita para frenar ese corazón acelerado. Observa y sigue el ritmo de las patrullas. No pienses más que en el momento, en la respiración, en los latidos del corazón.

Y por un momento se dio cuenta de que era feliz. Completamente vivo, con toda duda, arrepentimiento y vínculo humano desechados, simplemente presente aquí en su cuerpo, los latidos de su corazón, su respiración a la altura del peligro.

Ante él se extendía una calle ancha, bordeada por las paredes lisas de lo que parecían almacenes de hormigón o

barracones sin ventanas. Siguió unos cientos de metros y luego desembocó en una avenida bien iluminada. El mercado, reconoció. Donde acudirían compradores de la policía y de los Primes top para reponer sus existencias.

Estaría iluminado y patrullado, y ocupado incluso en las últimas horas de la noche. Había una instalación, lo sabía por lo que le habían dicho los Ángeles, que estaba reservada para los “salvajes”, es decir, los niños que no eran criados como juguetes sino que eran capturados o confiscados a sus padres. Todavía no habían aprendido a no llorar ni gritar, ni a hacer intentos inútiles de defenderse. Eso se sumaba a la emoción y al precio.

Si tuviera alguna posibilidad de encontrar a Annabel, sería allí. Necesitaba un punto de observación, una forma de inspeccionar la calle y encontrarla. Una azotea.

Había una puerta cerrada entre la calle en la que se encontraba y la avenida iluminada, y otra valla alta. Esperó hasta que la patrulla pasase, luego salió silenciosamente de su rincón y esquivó de grieta en grieta, regresando detrás del enorme almacén que se encontraba más cerca de la puerta. La parte trasera del edificio estaba apagada, ¡*gracias a la Diosa!* Tenía cobertura para alcanzar la valla y saltar hacia arriba y por encima. Desde el otro lado, saltó a una escalera de incendios de metal en la parte trasera de una de las tiendas y rápidamente la escaló hasta el techo.

Se arrojó al suelo y se arrastró hasta el borde, desde donde se asomó por encima de un parapeto y contempló el centro comercial que había debajo.

La luz deslumbró sus ojos. Las pantallas de vídeo encima de los escaparates brillaban con exhibiciones a todo color de los productos del interior, mujeres vestidas de lentejuelas con ojos pintados y lenguas fuera, bailarinas deslizándose por postes o envolviéndose sobre una sucesión de bestias salvajes, haciendo posturitas con tacones altos y corsés. Había algo para todos los gustos: mujeres con cuerpos perfectos, hombres musculosos atados y encadenados, disfraces de todo tipo, desde sirvientas hasta policías, niños pequeños desnudos retozando en una piscina. Como una versión tóxica del Templo del Amor, pensó, y se estremeció, sintiéndose repentinamente enfermo.

Al otro lado de la calle y por la avenida, vio su objetivo. Se llamaba El Lado Salvaje, y la pantalla de vídeo mostraba una transmisión en vivo de un grupo de niños pequeños, algunos durmiendo, otros sollozando. Una de ellas, pensó, podría ser Annabel.

También podría ser cualquier niña rubia, y Annabel ya podría estar vendida y sufriendo su destino. Pero era su mejor tiro.

¿Cómo cruzar la calle bien iluminada y entrar a la tienda? ¿Y qué hacer cuando llegase allí? Estaba empezando a

formular un plan que, mientras no se detuviera a calcular las probabilidades, podría parecer un plan razonable con posibilidades de éxito.

Con cuidado, bajó la escalera. Volvió a cambiar su visión para seguir las líneas de fuerza eléctrica, hasta sus cables subterráneos. En algún lugar habría un transformador, una caja de energía. Bajo tierra, sin duda, pero si pudiera determinar el cable que conducía hasta allí...

Allí, alabados sean los dioses, cerca de él en la valla. Se tumbó en el suelo, acercó la boca lo más que pudo al cable y tarareó un tono que lo llevó a la mezcla de corrientes. Luego empezó a cantar una disonancia, una falta de armonía. No siempre podía convocar la conciencia abierta que le permitía canalizar el poder, pero esta noche sentía que la energía fluía. El poder de su madre, la que le había enseñado a cantar sobre metal y trazar líneas de fuerza eléctrica a través de paredes sólidas. Cuando ella no lo estaba regañando para que lavara los platos y dejara de molestar a su hermano.

Los cables protestaron. Le gritaron. Sintiendo un poco culpable, cantó más fuerte y con más intención.

Las luces de la calle parpadearon bruscamente y se apagaron.

Sabía que los habitantes del sur no eran ajenos a los cortes de energía. No verían nada fuera de lo común en ello y tendrían un generador de emergencia.

Antes de que pudiera conectarse, se deslizó a través de la repentina oscuridad hacia el lado opuesto de la avenida y de regreso detrás de las tiendas. Las escaleras de incendios terminaban a unos buenos dos metros del suelo, pero esta noche estaba emocionado y su fuerza se sentía sobrehumana. Saltó y agarró el peldaño más bajo de una de las escaleras con las manos, se levantó para deslizar las piernas y trepó hasta la cima, donde podía correr de techo en techo. Los edificios estaban muy juntos, con una separación de como máximo un metro entre ellos. No era un salto fácil con su pierna mala, pero si tenía cuidado de aterrizar sobre la buena, podía hacerlo.

Había anotado cuidadosamente cuántos techos tendría que cruzar para alcanzar su objetivo, y ya estaba allí antes de que las luces de abajo comenzaran a parpadear.

Sabía que habría una trampilla. Gracias a Gaia, tenía cerradura electrónica. Se había cerrado con el apagón, pero cantó con un acorde lo suficientemente dulce como para abrirla. Bajó las escaleras, en silencio. Habría guardias. Aún no había pensado qué haría. Una vez había jurado que sus manos nunca volverían a matar, pero parecía el Pájaro diferente de un mundo diferente. Ahora ya no estaba pensando, sino haciendo.

Algún instinto lo detuvo justo antes de que la estrecha escalera desembocara en un pasillo oscuro. Alguien estaba ahí abajo. Sintió, más que escuchó, a alguien respirando, esperando...

Cayó al suelo justo cuando una ráfaga de fuego láser rasgó el aire donde había estado parado un momento antes. Se deslizó escaleras abajo y se lanzó hacia los pies de su atacante, haciéndole perder el equilibrio. El guardia cayó con estrépito y un grito, su rifle láser se le escapó de la mano y cayó al suelo. Bird estaba sobre él con un golpe con un punto de presión en su columna que lo dejó inconsciente y podría haberle roto el cuello. Él no lo creía, pero no tenía tiempo para preocuparse.

Una puerta se abrió de golpe al final del pasillo y las balas silbaron. Bird se agachó, rodó y se acercó a una bota que aterrizó en su mandíbula con una poderosa patada. Se tambaleó por el dolor, pero agarró la pierna y derribó al guardia. Cayó con un ruido sordo encima de Bird y luchó por su garganta. Bird se giró pero las manos estaban sobre él, apretándolo. Estaba jadeando, casi desmayado...

Le dio un rodillazo al golpeador en la ingle. Las manos se aflojaron y él se liberó, buscó a tientas el cinturón del guardia y agarró su arma. Antes de que pudiera pensar, lanzó una ráfaga de fuego.

El guardia cayó, inerte. Al final del pasillo, escuchó otro grito y un ruido sordo.

Abrió la puerta más cercana de una patada, vio la luz de la cámara que transmitía arriba y la rompió con el cañón de su arma.

Minutos, segundos ahora. Escuchó el llanto de un niño. Se arriesgó a llamar.

“¿Anabel?”

Mientras sus ojos se adaptaban a la tenue luz, sintió que una niña miraba hacia arriba.

“¿Anabel? Tu mamá me envió a buscarte”. Luchó por hacer que su voz fuera suave y gentil.

Una niña pequeña se arrojó sobre él y se pegó a su pierna. Bajó el brazo izquierdo y la levantó, manteniendo el arma lista en el derecho.

“¿Qué pasa con mi mamá?” preguntó otra pequeña voz desde la esquina. Había ojos por toda la habitación, fijos en él.

“¡Si alguno de ustedes quiere salir de aquí, venga conmigo!”, gritó él. “¡Pero ahora! ¡Tenéis que moveros!”

Pies pequeños se agitaron y cuerpos diminutos atravesaron la puerta. Los guió por la estrecha escalera hasta el tejado. ¡Santo cielo, no había pensado en esto! ¿Cómo, en nombre de Hella, iba a bajarlos y sacarlos de aquí?

Cuando el último de ellos terminó, cerró la cerradura. Podría conseguirles un breve retraso. Todavía no había luz en media calle, lo que podría confundir las cosas.

“Agárrate de mi espalda”, le dijo a Annabel, y colocó a una niña aún más pequeña sobre sus hombros. “El resto de ustedes, síganme”.

Bajó la escalera, saltó del peldaño bajo y se puso en cuclillas. ¡*Mierda*, a su pierna mala eso no le gustó! Pero estaba en marcha y ahora venía un niño pequeño tras él.

“Balancea desde el peldaño bajo”, indicó. “Ahora déjate caer. Te atraparé.” Con un gruñido, atrapó al niño. Lo siguieron dos niñas. La última se aferró al peldaño por mucho tiempo con miedo, hasta que finalmente gritó: “¡Suéltate o te dejamos aquí!”.

Ella se dejó caer y, haciendo un gesto a todos para que lo siguieran, él aceleró por el oscuro callejón detrás de las fachadas de las tiendas, llevando a la niña más pequeña.

Había un nicho profundo detrás de un contenedor de basura, y los metió dentro uno tras otro.

“Quedaos ahí”, ordenó. “Regresaré enseguida. No hagáis ningún sonido”.

Corrió y su pierna mala le provocaba punzadas de agonía en la cadera con cada paso. Pero ignoró el dolor, aceleró por el callejón y un corto tramo de asfalto hasta llegar a la valla perimetral. Apuntó con la pistola láser y abrió un enorme agujero en la barrera de alambre.

Allá. Si los guardias fueran a buscar su ruta de escape, comenzarían por ahí.

Luego corrió tan rápido como pudo para que sus piernas regresaran a por los niños.

Estaban gimiendo de miedo pero él no tuvo tiempo de calmarlos. Agarró de nuevo a la pequeña y ella se aferró a su espalda. Agarró la mano de Annabel con una mano, su arma con la otra, y con los otros tres siguiéndolo, corrieron en dirección opuesta a su agujero.

Cuando llegaron a la valla de ese lado del complejo, tomó el arma y la bajó al nivel más bajo. Con cuidado y delicadeza, cortó los cables uno por uno para hacer una puerta. La abrió y los niños entraron. Él los siguió y la cerró detrás de ellos. En la oscuridad, era casi invisible.

“Vamos”, susurró, y corrieron, esquivando calles secundarias y callejones hasta que encontró un arbusto

cubierto de maleza con espacio detrás para acurrucarse y esconderse.

Detrás de ellos, sonaban las alarmas y los reflectores enviaban rayos de luz por los callejones e iluminaban el cielo. Pero ya era más claro, ya no era negro sino índigo.

Respirar. Calmar el corazón acelerado. Respirar de nuevo.

Cinco pares de ojos lo miraron con confianza.

Entonces, el loco espíritu ninja que lo había poseído de repente lo abandonó. Fue como si toda la adrenalina se le escapara por las venas a la vez, dejándolo exhausto y aterrorizado.

Oh Diosa, ¿qué había hecho? Estaba allí solo, con cinco vidas en sus manos y todas las fuerzas del infierno empeñadas en rastrearlos. No tenía ni la más mínima idea de un plan. Sin vía de escape. Sin estrategia de salida.

Y el cielo se estaba aclarando.

Capítulo cincuenta y tres

“Duerme”, se dijo Madrone. “Tengo que dormir. Tengo trabajo que hacer mañana y curarme, y el hecho de no dormir no puede ayudar a Bird en lo más mínimo.

Pero ella no podía dormir. Estaba llena de furia y terror alternados. ¡La *cacacita* idiota! Salir corriendo así, poniéndose a él y a todos ellos en peligro de muerte, porque fuera lo que fuera lo que creyera sobre su heroísmo, si lo atrapaban podrían torturarlo lo suficiente o torcer el cuchillo correcto para obligarlo a revelar el Refugio. Hella lo tomaría por esquivar y dar peso a todas sus sospechas. ¡Déjalo morir! ¡Sírvale bien!

Pero oh Diosa, ¿qué haría sin él? ¿Cómo sobreviviría si se lo llevaban de nuevo?

¿Y qué pasaría con el Refugio?

Zap y Zoom habían percibido su estado de ánimo y se habían portado anormalmente bien, un síntoma de su propia ansiedad. Habría preferido que fueran los alborotadores habituales. Le habría dado algo más que afrontar y en qué pensar. Pero se pusieron el pijama y se fueron tranquilamente a la cama.

Lo que la dejó completamente sola, sin nada que hacer más que caminar y rabiar ante su propia impotencia.

Ella bajó a los manantiales. Los niños estaban dormidos y, si se despertaban con alguna necesidad, Anthony y Emily no estaban lejos. Necesitaba algo de consuelo, alguna manera de encontrar ese lugar donde todo fuera perfecto. Porque claramente no todo era así.

En lo profundo de su cueva, ella yacía quieta. Calmó su respiración, trató de disolverse en la corriente. Dentro y fuera. Nada más que el aliento y el sonido del agua.

Pero los pensamientos sobre Bird seguían irrumpiendo, pequeñas y agudas oleadas de miedo. Estaba en problemas, en alguna parte. Ella podía sentirlo. No, eso era su propio pánico. Déjalo ir y sé parte de la unidad. Eso era la obra de lo místico. La revitalizaría, le daría fuerzas para lo que estuviera por venir.

¡Ah, pero eso no es obra de una bruja!

¿Maya?

La entrega a lo último no es tu tarea. No, déjalo en manos de los gurús y los místicos de las montañas. El tuyo es un desafío diferente.

¿Qué? ¿Qué puedo hacer?

Podrás aprender la geografía de los otros mundos y navegar entre ellos, encontrando el nivel adecuado para el trabajo a realizar. Eso requiere intención, no disolución.

Por favor, *madrina*, ¿qué carajos significa eso?

¡Y pensé que ella era la más brillante de mis nietos!

Ella es tu única nieta.

Eso lo explica. El listón está bajo.

¿Johanna? ¿Abuela? ¡Oh querida Diosa, por qué estar muerta significa que no puedes hablar con sentido común!

Entonces déjame explicártelo de esta manera.

¿Rio?

Si puedes comulgar con el alma de la colmena, ¿por qué no comulgar con el alma del Refugio?

¿Qué quieres decir?

Si un virus tiene un alma superior con la que puedes luchar, el Refugio también la tiene.

Ve a cazar.

Y así lo hizo. Se hizo una pequeña ancla de regreso al espacio físico y al tiempo, un hilo de energía que imaginó y que la conectaba con el hormigón sólido como una roca de su cueva. Dondequiera que fuera en los otros mundos, podría seguirlo.

Luego mentalmente se sumergió profundamente en el flujo de los manantiales para reponer su propia energía vital. Poco a poco, recuperó su conciencia, como un buzo subiendo por etapas para evitar la descompresión. Si la realidad fuera un pastel de varias capas, entonces no elegiría el nivel inferior ni el superior, sino algo intermedio, alguna capa de glaseado, mermelada de frutas o crema espesa.

Allí, se dio cuenta, estaba la capa de la mente colmena, el nivel de la abeja, dorada y dulce como la miel. Subió un poco más, a un nivel que de alguna manera se sentía más humana. Como una imagen en color hecha de muchos puntos. En la mente de las abejas, era una masa sólida. Pero aquí podía ver los puntos individuales y aún ver el campo de color, la imagen que formaban juntos.

El Refugio. Un resplandor verde vivo en un campo gris. Una niebla que se congeló en algo parecido a un velo, o una

pancarta ondeando al viento, estampada con escenas cambiantes de su historia mutua. Aquí estaba ella con Bird y sus bicicletas, y allí estaba el osario de los Muertos, y allí estaban Anthony y Emily llegando...

Si observaba lo suficiente, podría ver todo lo que había sucedido. Y tal vez, si observara aún más, vería lo que estaba por venir.

Un estandarte valiente pero andrajoso, una bandera raída. Una ráfaga de brisa la inquietó y el viento la azotó resoplando y aleteando. Podía ver los hilos deshilachándose, tensos por las enormes fuerzas que los desgarraban. Había huecos, agujeros y manchas marrones donde el moho había carcomido la tela.

Se agitaba de un lado a otro y ella empezó a temer que se desintegrara.

Se dio cuenta de que los agujeros eran heridas. Estaban vacíos, pero de ellos surgía un brillo de dolor como una neblina de calor y un hedor como de gangrena.

Todas nuestras heridas, pensó, todas nuestras heridas nos están devorando vivos. ¿Cómo tejemos un mundo nuevo con hilos rotos?

Ponle un poco de amor.

Esa era la voz de su abuela, lo que solía decir cuando alguien tenía una rodilla desollada o un corte en el dedo. Sacaba el yodo y decía: “No tengas miedo ahora. Sólo voy a ponerte un poco de amor”.

Madrone se sumergió en la corriente como si estuviera sacando agua de un pozo. Agua para lavar esa bandera hecha jirones, para cambiar los patrones de probabilidad que gobernaban su destino como podía torcer el destino de una enfermedad.

Filamentos y corrientes se hilaban formando hilos, acariciando y retejiendo la tela.

Y allí, en el medio, había un gran pájaro negro, con las alas rotas y sangre goteando de sus ojos. Le limpió las laceraciones y le arregló los huesos, pero sus peores heridas eran internas. Para curarse habría que beber.

Puedes llevar un pájaro al agua, pero no puedes obligarlo a beber.

Esa era Maya, sentada en un pico alto con la bandera ondeando arriba.

Caballo.

Rio se veía bien y fuerte, con la barba abundante y blanca como cuando había venido por primera vez a traerla de

regreso de Guadalupe después de que le dispararan a su madre.

Mula, más bien. Johanna parecía fuerte y capaz, no joven pero sí llena de tranquila dignidad y poder. El novio siempre fue testarudo como una mula.

“¿Qué puedo hacer?” –Preguntó Madrone. “No puedo comunicarme con él. ¿Podéis?”

Podemos llamar a la puerta. Eso es lo que hacemos. Los Muertos, los ancestros, siempre estamos llamando a la puerta.

La voz de Maya sonaba triste.

Puedes alcanzarlo y nosotros llamaremos. Pero tiene que dejarnos entrar.

Capítulo cincuenta y cuatro

Cress y River estaban al pie de la campiña, mirando hacia el camino que subía las colinas que rodeaban el Valle Central. A su izquierda se encontraban los restos de la antigua estación de bombeo, ahora en ruinas, donde una vez el agua del Norte había sido elevada sobre las montañas para alimentar las fauces de Angel City, cuando todavía era Los Ángeles. Ahora el acueducto estaba en ruinas, nunca reparado después del Colapso y los terremotos de los años veinte. La gran tubería estaba llena de enormes huecos de donde se había extraído el metal para fundirlo. Sus tubos de hormigón yacían sobre la arena como los caparazones vacíos de un gusano marino gigante en alguna playa antediluviana.

Habían acampado en el fondo. En lo alto de la colina, en la cima, se alzaba una fortaleza diez veces más grande y más fuerte que la que habían capturado en el cruce de caminos.

Dominaba el terreno elevado. No podían verla, pero los informes de los exploradores la habían descrito muy bien.

No sería fácil de aceptar, pensó Cress. Incluso los griegos sólo habían trabajado una vez el Caballo de Troya. Tendrían que atacar desde abajo, sin cobertura. No podían asediarla, porque no había forma de rodearla y la propia fortaleza controlaba su propia línea de suministro, el camino a Angel City. Sin embargo, si no la tomaban, los Stewards podrían usarla como una base desde la cual lanzar un ataque a todo el Valle Central. Todas las tierras que habían liberado podrían ser recuperadas.

River los había empujado a actuar con rapidez hasta este punto. Quería un puesto de avanzada mientras refortificaban la fortaleza que habían apodado Troya detrás de ellos. Más tropas estaban en camino desde el Norte, donde los liberados habían estado entrenando y la gente de la ciudad había estado llegando mientras las noticias de sus victorias llegaban a casa.

Pero ahora llevaban una semana acampados allí, agazapados con trincheras y cunetas para cubrirse, y con bazucas antiaéreos vigilando día y noche. Estaban esperando y Cress estaba cansado de ello.

El sol se ponía. River lo vio hundirse detrás de las colinas, deseando que Kit pudiera verlo. Deseando poder mostrarle el Valle, la larga extensión de tierra que habían conquistado

y ponerlo a sus pies. Mira, decía, esto para ti. Todo para ti, para tus bebés y los bebés de tus bebés.

Se preguntó si ella podría oírlo, en cualquier lugar extraño al que hubiera ido. La anciana hablaba con los muertos todo el tiempo. Pero tal vez te tomaba un tiempo, cuando estabas muerto, descubrir cómo usar las comunicaciones. Quizás por eso Maya nunca habló con él.

De repente ya no quiso mirar el sol, verlo hundirse detrás de la roca y esfumarse, desaparecer como se había ido la anciana, como Kit se había ido. Podía hablar con ella, pero incluso en la vida había sido difícil lograr que ella hablara con él. Y ahora no había nada más que tristeza. Por muchas victorias ganadas con tanto esfuerzo que le aguardasen, ella nunca las vería, nunca volvería a abrazar a su hijo, nunca echaría sus brazos alrededor del cuello de River en la exuberancia de un beso de victoria.

Saludó a Cress con la cabeza y regresó al campamento.

“¿Entonces, qué hacemos ahora?”, preguntó Cress más tarde en la reunión del Consejo de Comando. Se sentaban alrededor de una fogata en un gran hoyo redondo excavado en el suelo del desierto. Algún día, se dijo Cress, sería un estanque efímero; tal vez algún día, mucho después, si ganaban, si se permitía que el proceso de curación

continuara durante generaciones, tal vez en algún futuro lejano contendría agua preciosa durante todo el año. Pero por ahora, ofrecía un poco de refugio, y los muros bajos de tierra reflejaban las llamas de la fogata y mantenían el calor contra la fría noche del desierto.

“Ahora nos hemos apoderado de una parte importante de su suministro de alimentos”, afirmó Erik Farmer. “Seguramente volverán después de eso. Nuestros exploradores están informando que ya hay disturbios por alimentos en Angel City”.

“Tenemos que tomar el fuerte Grapevine”, dijo Jasper. “Los técnicos pueden brindarle soporte, pero están construyendo cortafuegos tan rápido como nosotros podemos derribarlos. Entonces lo que podemos hacer es limitado, a menos que River quiera meter un transmisor por segunda vez”.

“¡No!” Dijo River. Se estremeció involuntariamente.

“No funcionaría una segunda vez”, dijo Cress. “Sólo funcionó una vez porque no se lo esperaban”.

“No podemos tomarlo fácilmente desde abajo”, dijo Beryl.

“No podemos soportarlo”, dijo River rotundamente. Todos los ojos se volvieron hacia él y él los miró fijamente. “No puedo soportarlo. El poder aéreo podría, o más bombas de las que tenemos. Pero con lo que tenemos, no. Imposible.”

“¿Así que, qué hacemos?”

River sonrió. “Hacemos como el agua. Damos vueltas.”

Al cabo de un día, salió la primera oleada de transportes. Cada camión de comida, furgoneta de suministros y vehículo capturado que pudieron encontrar o poner en servicio estaba lleno de tropas organizadas en pelotones. Los mecánicos trabajaron las veinticuatro horas del día para ponerlos operativos, y los cocineros se quedaron despiertos toda la noche, horneando pan de ruta y pemmican⁵⁸ y filtrando agua para las cantimploras.

River iba en el vehículo de cabeza, un jeep abierto recuperado del parque de vehículos de la fortaleza. También había estado despierto toda la noche, organizando la línea de marcha y supervisando a las tropas mientras revisaban las armas y preparaban su equipo. Había consultado con los técnicos de comunicaciones para asegurarse de que el convoy tuviera buenas comunicaciones y pudiera permanecer unido. Se había defendido de los médicos que querían administrarle analgésicos para calmar las punzadas

58 El pemmican es una comida de supervivencia fue inventada por los indígenas precolombinos de Norteamérica, y fue muy utilizada por los europeos durante la época del comercio de pieles y posteriormente por los exploradores árticos y antárticos como una comida hipercalórica. Está compuesto por carne magra desecada y pulverizada, grasa animal y bayas.

fantasmales que lo asaltaban en espasmos periódicos, residuos de la sonda neural. El dolor pasaría y necesitaba tener la cabeza despejada para realizar un seguimiento de todas las piezas de esta operación.

Cuando llegaron a la cima de la cresta, detuvo el jeep por un momento, se levantó del asiento y dio media vuelta. Detrás de ellos fluía un río de luces, espaciadas uniforme y ordenadamente. Sus tropas. Sus hombres. Sus órdenes.

Lo había logrado, se dio cuenta con orgullo. Había pensado el sistema, lo había puesto en marcha y lo había hecho funcionar. No Cress, ni ningún técnico de la ciudad, sino él. Tal vez fueron todos esos años de marchar en formación y realizar maniobras de entrenamiento, cuando niños reales estaban en la escuela o jugando con sus juguetes. Pero él era bueno en esto.

Cress subió a una de las colinas, siguiendo un sendero arenoso sobre las rocas hasta que pudo mirar hacia atrás, hacia toda la extensión plana hacia el Norte, toda la tierra por la que habían luchado y liberado. Bajo el resplandor dorado del sol poniente, el Valle parecía encantado, un lugar lleno de promesas donde podían suceder cosas maravillosas.

Pero él lo sabía mejor. Esta era la tierra seca y agrietada en la que nació. Secciones enteras se habían derrumbado en

sumideros debido a los terremotos y al vaciado del nivel freático de abajo. Vastas extensiones se habían convertido en tierras baldías y yermas, e incluso la llanura plana y monótona que todavía sustentaba la agricultura estaba salada y moría a causa de los venenos con los que los Stewards empapaban sus campos.

Sin embargo, recordaba a su padre contándole historias de los días en que el aire estaba claro y se podían ver las Altas Sierras alzándose en el Este. Recordó el juego del viento en los campos, cómo se ondulaban como las olas del mar, lanzando la luz de un lado a otro como espuma.

Era un hombre del Gremio del agua. Podía sentir las aguas, ahora retiradas profundamente bajo la tierra, clamando ser repuestas. Su visión se onduló y vio cómo la tierra podía ser suavemente tallada con pantanos y bermas⁵⁹ para capturar cada escasa gota de lluvia, para proteger y apreciar cada goteo, para infundir cada hilo de nuevo en la tierra. Luego, una vez más, brotarían manantiales y los estanques primaverales albergarían delicadas y efímeras flores silvestres. Se formarían humedales, con grullas y garzas que vendrían a alimentarse y gansos salvajes descansando en sus largas migraciones. Cinturones de refugio de árboles frutales y nogales rodearían campos verdes, y en las laderas, los prados se vestirían cada primavera con brillantes tapices de flores silvestres, rosas, naranjas y azules. Los agricultores

59 Espacio llano, cornisa, o barrera elevada que separa dos zonas.

libres cultivarían suelos ricos y sanos, oscuros, vivos y fértiles, y sus hijos nadarían en las joyas azules de los lagos y se darían un festín con melocotones y almendras, libres y sin miedo.

Y de repente estaba llorando, abrazado a una roca bajo la luz roja dorada del sol moribundo. Bajo esta tierra yacían su madre y su hermana, y nada de lo que él pudiera hacer podría traerlas de regreso o aliviar la terrible sed de su paso. Pero podría llevar agua a sus tumbas.

La rabia y el impulso que lo habían impulsado durante tanto tiempo parecieron hundirse en la tierra como el agua de una tormenta, dejándolo agotado y cansado. Cansado de los asaltos, de las matanzas, del miedo a ser asesinado. Cansado de ese margen donde el miedo desaparece en una especie de claridad silenciosa, donde todo se ralentiza y el mundo entero parece perfilado por una luz fría y azul.

Aburrido, incluso. Habían llegado al final ahora. Desde aquí, las colinas redondeadas se elevaban y luego se inclinaban hacia las empinadas laderas de las montañas, cadena tras cadena, hasta que se abrían a los amplios valles que rodeaban Angel City. Una subida y un último empujón, una batalla final, o más probablemente, semanas o meses de lucha, casa por casa y calle por calle. Pero al final, las Tierras del Sur serían libres.

Una vez había vivido y respirado para ese día; ahora simplemente se sentía cansado. Lo que ansiaba ahora era sólo la tierra y una pala para esculpirla con una mano abierta, ahuecada para recibir y apreciar el agua.

Capítulo cincuenta y cinco

El cielo se había aclarado del índigo al gris y pronto saldría el sol. La gente estaría en las calles y la búsqueda comenzaría. Era vital que Bird se pusiera a salvo él y a los niños rescatados.

Pero ¿dónde estaba la seguridad y cómo podría llevarlos allí? ¿Un criminal y cinco niños buscados?

Oh Diosa, había sido estúpido. Había estado en una especie de borrachera, una juerga de adrenalina, drogado como una cometa y sin pensar en nada, sin seguir ninguna de las reglas básicas que había enseñado a otros cientos de veces. Pensar. Planificar. No entrar sin una estrategia de salida.

La culpa y las recriminaciones flotaban sobre él como un montón de ladrillos sueltos a punto de caer. Relaje sus

hombros, respire demasiado y lo enterrarán. No podía permitírselo ahora. Tenía que pensar. Tenía que sacarlos de allí.

Pero no podía pensar. Le zumbaba la cabeza y le dolía el lugar donde el guardia le había pateado y estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos. Johanna, Maya y Rio estaban teniendo una discusión estúpida y él se estaba quedando dormido. Y no podía conciliar el sueño. Tenía que pensar y actuar. Pero él no sabía qué hacer.

Es un clásico. Una de las grandes obras musicales de nuestro tiempo.

Esa era la voz de Maya.

Es una nadería popular.

Y ese era Rio. Juró que podía oír a Johanna resoplar.

Música de gente blanca.

Led Zeppelin cantaba detrás en un falsete alto.

¿Por qué me estáis molestando con esto ahora mismo?

“Escalera al cielo.” Esa era la canción. ¿Por qué este argumento rondaba por su cabeza?

Escalera al cielo.

Cielo.

Donde vivían los ángeles.

Cerró los ojos, deseando que apareciera un mapa en su cabeza. Espera, allí estaba su cristal. Piensa, idiota. Pronunció una palabra y surgió un holo. No podía captar una señal para decirle dónde estaban, pero él podía descubrirlo por sí mismo. Sí, allí estaba el corral, allí el callejón, aquí es donde deben estar.

Y el Cielo no estaba muy lejos.

“¡Rafael!” Dijo Bird, mareado por el alivio y la fatiga. Había llevado a los niños a toda prisa por los callejones, de arbusto en arbusto, de hueco en escondite, hasta que llegaron a la puerta oculta donde le había dado la contraseña a un ángel guardián con ojos de acero. El guardia los envió a esta cavernosa cámara de concreto llena de colchones dispuestos en pequeñas calas separadas por cortinas de terciopelo. Ágiles rubios estaban tumbados sobre cojines de terciopelo, compartiendo pipas o platos de galletas. Era poco después del amanecer, pero varios ya estaban bebiendo copas de vino.

A salvo, pensó. Contra todo pronóstico, habían logrado llegar a un lugar seguro. ¡Gracias Maya! Gracias, Rio y Johanna, y a todos los ancestros, aliados y ángeles

guardianes de todo tipo que lo absolvieron de su idiotez y le permitieron rescatar a estos inocentes.

El ángel frente a él se levantó de su sofá como una serpiente y se quedó mirando a Bird y a los niños a través de ojos fríos y marmóreos.

“Idiota”, dijo Rafael con frialdad, y le dio un puñetazo a Bird en el estómago.

Bird jadeó y se dobló, y cuando se enderezó, los ángeles tenían los brazos de los niños inmovilizados detrás de sus espaldas. Gabriel tenía a Annabel en una llave de cabeza y Rafael tenía un cuchillo en su garganta.

“¡No!” –gritó Pájaro. “¡No les hagas daño! Mátame, haz lo que carajo quieras. ¡Lo que sea que creas que he hecho, no es culpa suya!

El cuchillo se movió. Annabel gritó.

Algo pequeño y plateado brillaba en un cuenco de sangre.

Los otros niños gritaban aterrorizados. Pájaro se lanzó hacia Gabriel, quien le dio una fuerte patada en la pierna. Cayó mientras los cuchillos brillaban una y otra vez.

Se puso en cuclillas, tratando de levantarse sobre unas piernas que no querían cargarlo.

Los niños seguían vivos y gritaban de dolor. Un ángel más joven les puso trapos en el cuello sangrante.

“¡Callarse la boca!”, les ladró Rafael, sosteniendo el cuchillo en alto. Se tragaron sus gritos y se quedaron mirando a Bird con ojos sombríos por la traición.

Los otros Ángeles se movieron para rodear a Bird con un anillo de ojos azul hielo y miradas heladas.

“¡Gilipollas!”, dijo Rafael de nuevo, y escupió a Bird.
“¡Limo!”

“¿Qué he hecho?”

“¡Trabajar para ellos!”

“¡No! No nunca.”

“Las pantallas de vídeo muestran algo diferente”.

El cuchillo todavía estaba fuera. Bird sabía que Rafael podía mover su muñeca y enviarlo volando hacia su corazón. Era extraño lo poco que le importaba vivir apenas unas horas antes y lo mucho que deseaba seguir viviendo ahora.

“Por favor, no lastimes a los niños”, dijo en voz baja. “Por favor, llévalos de regreso al Refugio, hagas lo que hagas conmigo. La madre de la pequeña...”

Gabriel le dio una patada en los riñones. “La madre de la niña”, se burló. “¿Eso hace que un animal capturado en la naturaleza valga mucho más que un ángel?”

“¡No!”

“A nadie le importan un carajo los Ángeles”.

Rafael levantó el cuenco ensangrentado. “Chips de seguimiento”, dijo. “¿Ese es el plan, traer a los Stewards hasta aquí?”

“¡No! No lo sabía”.

Rafe le entregó el cuenco a uno de la multitud de Ángeles más jóvenes. “Deshazte de ellos. Usa los gatos”.

Volvió a golpear a Bird mientras la delgada chica rubia le daba una patada feroz a su pierna mala. Se dobló y cayó, y luego se lanzaron sobre él, pateándolo con fuerza mientras Gabe le gritaba.

“¡Si quieres hacer un rescate, ven a los Ángeles! ¡Si quieres hacer un alboroto, pregúntale a los ángeles! ¡Si quieres mear, tirarte un pedo o masturbarte en este lado de la ciudad, pregúntale a los Ángeles!

Bird se hizo una bola, juntó las manos detrás del cuello y aguantó. No podía luchar contra ellos, no con las vidas de los niños en juego. Lo que le hicieran, se lo merecía.

Por fin Rafael levantó una mano y los golpes cesaron. Agarró la muñeca de Bird y tiró de él hasta dejarlo sentado.

“Ahora habla. ¡Quiero vivir, explica!

Bueno, él sí quería vivir. ¿Pero explicar? Preferiría que empezaran a patearlo de nuevo. Pero él no tenía esa opción. Había cinco niños inocentes a los que había arrastrado por su propia locura. Su destino dependía de su voluntad de justificarse ante estos jueces.

Sin embargo, él fue su juez más severo. No podía justificarse ante sí mismo. Y ese era el meollo del problema.

“Me obligaron”, dijo. Sonaba débil, quejoso, como un niño pequeño quejándose, ¡me obligaron a hacerlo!

“No fue el dolor ni la tortura”, comenzó de nuevo. “¡*Diosa mía*, tú más que nadie deberías saber que a veces haces cosas de las que te avergüenzas para poder sobrevivir!”

Algo cambió en la energía, una onda en el acero.

“O ni siquiera para sobrevivir”, continuó, y a pesar de sí mismo estaba temblando, una parte de él allí atrás, los ojos de Rosa mirándolo a través de los de Annabel. Y ahora las palabras se desbordaban, entrecortadas, y su voz se quebraba. “Para proteger... para tratar de proteger. Y no puedes. No importa lo que hagas, lo bajo que caigas....

“Me puse su uniforme. Me sentaba en la plaza, día tras día, repartiendo sus cartillas de racionamiento de agua que nadie tomaba. ¿Te imaginas cómo fue eso? Fingí que nunca les serví, pero ellos hicieron un espectáculo. Los obedecí. No era lo suficientemente fuerte...”

Había sido débil, como lo era ahora, demasiado débil para contener los sollozos, aunque sabía que esa era exactamente la táctica equivocada de cara a los Ángeles, quienes sólo lo despreciarían. Le darían el desprecio que merecía.

¿Era de eso de lo que realmente se trataba esta noche? ¿Una forma de borrar esa debilidad con un acto de bravuconería tan loca que nadie podría volver a acusarlo de cobardía, excepto él mismo?

Uno por uno, los Ángeles se alejaron. Rafe le arrojó una manta. Era áspera, basta y olía a moho y sexo viejo. La fragancia del perdón.

“Duerme un poco”, gruñó Rafe y se alejó.

Los niños estaban acurrucados sobre el colchón del rincón. Bird se acostó en un colchón cubierto de terciopelo que olía levemente a vino derramado y sueños húmedos. ¡Si tan solo pudiera dormir! Simplemente quedar inconsciente, en el olvido, sin pensamientos, sin pesadillas.

Estaba oscuro en este Cielo, un crepúsculo perpetuo. Los fantasmas gorjeaban a su alrededor, como si se hubiera convertido en un canal abierto para todos los antepasados que alguna vez se encontraron en circunstancias desesperadas. Cada esclavo que se inclinó ante el látigo, cada prisionero de un campo de exterminio obligado a cargar cadáveres en los hornos, cada sacerdote que había arrancado el corazón de un cautivo para alimentar a un codicioso Dios de la guerra. *Diosa*, tuvo demasiados antepasados, todos cómplices.

¿Qué había hecho? Al salir así, todos en el Refugio lo tomarían como una admisión de su culpa. Todo por lo que habían trabajado, todo lo que habían construido... ¿lo había destruido él? ¿Había derribado la visión de Madrone, como si fuera menos importante que su dolor o su orgullo personal?

Algunos chicos simplemente se emborrachan.

Era la voz de Rio en su cabeza nuevamente.

Quizás eso sería mejor.

Rio se encogió de hombros. Estaba sentado en el colchón frente al de Bird, con el rostro estriado y arrugado pero todavía fuerte, el pelo blanco y la barba incipiente canosa.

Rescatar a los niños no fue algo malo.

Estaba tratando de morir. Mi misión suicida. Pero cuando llegó el momento, en lugar de morir maté, lo que pensé que nunca volvería a hacer. Bang, bang, bang, así sin más. Sin pensarlo dos veces. ¿Quién carajo soy yo?

¡Un idiota!

Maya se unió a Rio en el colchón.

¡Ah, pero él es nuestro idiota!

Johanna intervino, empujando a Maya con las caderas para ganar un poco más de espacio.

Iros a la mierda. ¡No sois reales! ¡Estáis en mi imaginación!

Estamos en tu sangre y en tus huesos.

Nosotros te formamos.

¿Qué tan real es eso?

Pensé que había un lugar al que podía ir donde no tendría que cargar con esos recuerdos y soportar esos errores. Pero ahora me han seguido y no hay refugio.

Johanna le dedicó una pequeña sonrisa.

No puedes refugiarte de ti mismo. No puedes esconderte de tu pasado y de tus elecciones. Pero también has hecho algo bueno en el camino. No eres un completo imbécil.

Bueno, eso es algo.

Los ojos de Rio estaban sobre él, de un azul luminoso como si fueran agujeros a través de los cuales brillaba el cielo.

El arrepentimiento puede comerte vivo. Y si dejas que eso suceda, entonces habrán ganado. Pero puedes hacer algo más. Puedes tomar esa vergüenza y ese arrepentimiento, ir más allá de ellos y seguir adelante.

¿Cómo puedo hacer eso? ¿Cómo van a volver a confiar en mí?

Johanna le dirigió su mirada. *¿Alguna vez pensaste en decir la verdad?*

Capítulo cincuenta y seis

Cuando cayó el anochecer, los Ángeles llevaron a Bird y a los niños al Refugio en las entrañas de un carro de Buscador de Expiación. Se habían peleado por los otros cuatro niños. Rafael quería mantenerlos con los Ángeles. Bird quería traerlos al Refugio y encontrar familias que los adoptaran. Al final prevaleció con el argumento de que si sus familias aún estuvieran vivas, podrían estar en el Refugio o alguien allí podría saber lo que les había sucedido.

Llegó justo cuando había comenzado el Consejo. Llevó a los niños por la entrada trasera y los condujo hacia la Plaza Central. Al final, había dormido unas pocas horas, pero no le habían atendido las heridas ni había tenido oportunidad de lavarse el barro de la cara, e imaginó que se veía tan magullado y maltrecho como se sentía.

Cuando llegó a la plaza y se abrió paso entre la multitud, con los niños detrás, comenzó el murmullo. Sorpresa, shock, acusaciones. La multitud se abrió como un guante y él caminó entre hileras de rostros hostiles. Entonces una pequeña figura se arrojó contra Bird como un misil, casi derribándolo.

“¡Papá! ¡Papá!” Zap apretó sus rodillas y Bird se arrodilló para abrazarlo.

Zap se alejó. “¡Apesta! ¡Pantalones apestosos! Se escapó riéndose.

Bird se puso de pie trastabillando. Zoom se paró frente a él, con los brazos cruzados sobre su pequeño pecho.

“¡Mado está enojada contigo!”, anunció él. Luego se dio la vuelta.

Fue una caminata muy, muy larga hasta el centro. Lo superó con la reconfortante fantasía de que se acercaba a un pelotón de fusilamiento. Unos cuantos pasos más, la venda en los ojos, por favor, y todo habría terminado.

Pero cuando llegó al frente, todo lo que enfrentó fueron ojos: ojos acusadores, ojos curiosos, algunos pares de ojos cálidos y amigables, otros que lo miraban con fría sospecha.

Los niños que había rescatado esperaban detrás de él mientras se acercaba al lugar de los oradores y se giraba para

mirarlos a todos. Esto era todo, pensó. Si iba a pedirle a esta gente, a su pueblo, que lo aceptara, tenía que aceptarse a sí mismo. Ni el héroe impermeable, ni el líder visionario y desinteresado. Justo el hombre que era, humano, susceptible a la presión y al dolor.

*Todas las deudas serán perdonadas,
En el hogar y el árbol sagrado.*

La canción pasó por su cabeza. De repente lo creyó. Podría dejar esta carga, dejar de lado sus fracasos y su vergüenza y simplemente decir la verdad.

“Lamento no haber intervenido antes para explicar algunas cosas”, comenzó. “La verdad es que me resulta difícil hablar de esto. Me recuerda el momento más doloroso de mi vida”.

Hubo un silencio sepulcral en la multitud mientras Bird luchaba por recuperar el aliento. Sentía falta de aire, como si estuviera rodeado de vacío.

En el silencio, el Profeta Jed gritó con su voz profunda: “¡El dolor es la paga del pecado! ¡El dolor es el salario de la traición! Así dice el Señor: 'El que me abandona tendrá tormento sin fin, mientras que el que...'”

“¡CALLATE LA BOCA!” coreó la mayor parte de la multitud, y esta vez nadie, ni siquiera el seguidor más devoto de Jed, clamó para dejarlo hablar.

Tranquilo, se dijo Bird. El caos al menos le permitió un momento para recuperar el aliento. El caos no se calmó hasta que el Profeta Jed y sus seguidores salieron pisando fuerte con una furia tan tangible que dejó un olor en el aire, como el residuo de plástico humeante.

De nuevo la multitud se calmó y Bird prosiguió.

“Me duele hablar de esto, pero os debo una explicación. Estuve en prisión, aquí en las Tierras del Sur, durante muchos años. Me enfrenté a las palizas, a la tortura, a la desesperación. Sufrí, pero nunca cedí. Me rompieron las manos; podéis pensar que ahora soy músico, pero no es nada, nada comparado con lo que fui o pude haber sido. De todos modos, finalmente escapé y regresé a mi casa en el Norte, justo a tiempo para prepararme para la invasión.

“Cuando los invasores tomaron el poder, me capturaron. Me torturaron de nuevo, pero eso lo podía manejar. Pero amenazaron con matar y torturar a las personas que más amaba. Y entonces hice lo que tenía que hacer para protegerlos. O lo intenté. No sé si tomé la decisión correcta o incorrecta. Pero llevaba su uniforme. Y, sin embargo, nunca les serví. Cometí grandes errores, ¡lo sé! Pero hice todo lo que pude para socavar su gobierno.

“No tenéis que creerme. Tenéis derecho a tener dudas y sospechas. Si lo que he hecho aquí durante los últimos

meses con todos ustedes no se ha ganado su confianza, entonces lo siento.

“Me preguntáis si os traje aquí a una trampa. Creedme, eso me lo pregunto todos los días. Quizás esto no fue lo más inteligente ni lo más estratégico que se podía hacer. Pero les digo esto: no comenzamos este Refugio como un lugar para estar seguros. Lo iniciamos para tener una base, una base para provocar un nuevo Levantamiento.

“Cada vez que intentamos discutir nuestra estrategia de defensa, terminábamos envueltos en alguna discusión de mierda. Bueno, tal vez haya una razón para eso. Tal vez no se supone que debemos simplemente defender este lugar cuando los Stewards entren, lo cual todos sabemos en nuestro corazón que no podemos hacer si realmente deciden ir tras nosotros. Tal vez se supone que debemos tener una ofensiva, traerles la lucha y derribarlos. Para que ya no necesitemos un refugio.

“Y podemos hacer eso. Creo que si nos unimos y actuamos juntos, podemos lograrlo. No habría venido aquí y me habría arriesgado a mí y a alguien a quien amo más que a mí mismo, si no hubiera creído que podríamos hacerlo.

“Les pido perdón, ahora. Y os pido que confiéis en lo que sabéis de mí, en cómo me habéis visto comportarme. Si dejamos que los Stewards destruyan eso, nuestra capacidad

de unirnos y trabajar juntos, esa será toda el arma que necesiten.

“Sobre todo, les pido que confíen en ustedes mismos y en los demás. Si llevamos adelante esta lucha, enfrentaremos peligros mayores y decisiones más dolorosas. No siempre haremos lo correcto. A veces no habrá nada correcto.

“Pero creo que podemos confiar en que las grandes fuerzas de la creación y la compasión del universo trabajarán con nosotros y a través de nosotros. Al final, ese debe ser nuestro refugio y nuestra esperanza.

“¿Estáis conmigo?”

Hubo una onda de movimiento al fondo de la plaza. Alguien se precipitaba entre la multitud, abriéndose camino hacia adelante, gritando entrecortadamente mientras corría.

“¡Annie, Annie, Annabel!” gritó, y la niña corrió hacia adelante sollozando: “¡Mami! ¡Mami!”

Lila agarró a la niña en un fuerte abrazo. Bird observó cómo Lila lloraba de alegría y alivio. Éste era su momento de recompensa, se dijo. Lo que viniera después, sería una pequeña reparación por sus fallas y, por difícil que fuera abrirse y sentirlo, se obligó a respirar y permanecer presente en el momento, y dejó que algo de la felicidad de Lila lo penetrara.

Los otros niños rescatados miraron esperanzados a la multitud, como si sus propios padres estuvieran esperando allí. Lila se volvió hacia Bird maravillada. “¡Lo hiciste!” ella lloró. “¡La encontraste y me la trajiste!”

Se volvió hacia la multitud. “¡Abran los ojos, gente! ¿No véis que, sea lo que sea que le hayan obligado a hacer, es un buen hombre? ¡Confío en él y digo que todos deberíamos hacerlo!”

Un rugido de aprobación surgió de la asamblea. Cantaron el nombre de Bird una y otra vez.

“¡Pájaro! ¡Pájaro! ¡Pájaro!”

*“Abre tus ojos,
hay un nuevo día despertando,
La libertad surgirá,
como el sol naciente...”*

La *Canción del Levantamiento* surgió de cien gargantas.

Debería acercarme a él, pensó Madrone. Cuando Bob entró corriendo al centro de curación con la noticia de que Bird había regresado, ella dejó caer el vendaje que estaba aplicando en un esguince de muñeca y corrió hacia la plaza. Ahora estaba atrapada en la parte trasera de la multitudinaria asamblea.

Ella se abrió camino hacia adelante hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para que él pudiera captar su atención. Él le dedicó una pequeña sonrisa tímida. Podía ver el hematoma en su barbilla, el ojo morado, la forma en que se paraba como si le doliera la espalda y su pierna mala estuviera a punto de desmoronarse. ¡Oh, ella quería vendarle las heridas y darle una bofetada en la cabeza de una vez!

Ella siguió adelante y se dirigió hacia él.

Parecía pesado, como si todavía cargara con el peso de todos sus errores. Y, sin embargo, ya no parecían doblegarlo. La ligereza juvenil que ella amaba había desaparecido, como si él hubiera crecido de la noche a la mañana. Pero mantuvo la cabeza en alto y sus hombros rectos y fuertes sobre una espalda que podía soportar el peso de todas sus esperanzas y temores.

Gravitas, lo llamaban. Él lo tenía y ella también.

Cogió el micrófono y empezó a cantar con la multitud.

*“Abrid vuestros corazones,
Hay un nuevo día despertando.
La libertad surgirá
¡Como el sol naciente!
“Ahora comienza,
Está amaneciendo.*

*Abre tus ojos,
¡Ha comenzado un mundo nuevo!*

Bird miró a la multitud, cuyos rostros ahora brillaban con esperanza y determinación. Ningún coro de ángeles, ningún coro de dioses, podría sonar más dulce, pensó. Lo que sea que se nos presente ahora, lo que sea que enfrentemos a continuación, nos mantendremos en este terreno.

Madrone se paró a su lado y extendió la mano para tomarle la suya, mareado por el alivio y una renovada sensación de esperanza. La *Canción del Levantamiento* resonó en la plaza, haciendo eco en los escombros de hormigón que habían convertido en una ciudad, y pudo sentir cómo los unía a todos en un todo nuevamente. Los heridos y los sanadores... todos eran ambas cosas. Cobardes y héroes, los débiles y los firmes, un arco iris de hilos, todos ellos deshilachados y defectuosos. Sin embargo, juntos tejieron una valiente bandera de desafío para izarla contra la tiranía.

Zap y Zoom se deslizaron entre la multitud para agarrarse a su cintura. Anthony, Emily y la señorita Ruby subieron y se unieron a ellos. Tianne y sus hijos adolescentes treparon a las paredes e incluso algunas de las cabezas de profetas se unieron al coro.

Ellos cantaron. Y cuando terminó la canción, cuando el último estribillo se hubo desvanecido, volvieron a sentarse para hacer sus planes.

A la mañana siguiente, el Profeta Jed y la mayor parte de sus seguidores ya no estaban.

Parte III

CUANDO CAMBIA EL SUBSUELO

Capítulo cincuenta y siete

Cómo hacer una revolución II

Debes entender que la revolución es una forma de magia. Un truco de prestidigitación, una ilusión que hacemos realidad.

Impresionante, embriagadora, como acompañar a un egipcio loco que recién está aprendiendo a conducir, que acelera y frena a tirones, se sale de los carriles de la calzada; conduce lo mejor que puede, pero nunca tiene el control total.

O tal vez siempre me pareció así porque recibí lecciones sobre la revolución de uno de los egipcios locos que provocaron la Primavera Árabe allá por el 2011. Se llamaba Ahmed Salah y estuvo exiliado aquí cuando era adolescente. Le di lecciones de conducción en el peor

coche del mundo, un viejo y chirriante Ford con palanca de cambios que se calaba y moría incesantemente.

Es irónico, pensé, que mi contribución a la revolución equivaliera a un estacionamiento en paralelo. Sin embargo, conducir exige que establezca sus marcas, aplique combustible y frenos con prudencia y vigile su sincronización. Que sepa cuándo acelerar y cuándo parar.

Entre riesgos de colisiones a centímetros de distancia y experiencias cercanas a la muerte, Ahmed me contó cómo hicieron la revolución. Él y sus amigos habían estado trabajando durante años, décadas, para derribar al dictador Mubarak. Habían sido arrestados, torturados, proscritos y parecían tener pocas esperanzas de éxito.

Entonces llegó la llamada a través de Internet, no de los grupos que habían estado planificando y organizando, sino de algún solitario frente a su computadora a altas horas de la noche: ¡el 25 de enero sería el día!

Los organizadores estaban consternados. No había nada planeado. De ninguna manera estaban preparadas las condiciones. Pero se sintieron obligados a organizar algo.

Ahmed y sus amigos se hicieron pasar por periodistas. Entrevistaron a personas y, cuando encontraron a

alguien que admitía que se oponía al régimen de Mubarak, le preguntaron si tenían intención de tomar medidas. Y la mayoría dijo que no.

La gente tenía miedo. Sintieron que la acción era inútil. O eran tan pobres y estaban tan desesperados, que no podían permitirse el lujo de ausentarse del trabajo ni siquiera unas pocas horas, o sus familias no podrían comer.

Pero había una condición bajo la cual todos estaban de acuerdo en que saldrían a las calles:

Cuando todos los demás salieran.

Ahmed se dio cuenta de que la tarea del revolucionario era ser el nigromante del escenario, el ilusionista, el Mago de Oz: hacer creer a la gente que había llegado el momento.

Él y sus amigos iniciaron rumores. Fueron a los mercados y aconsejaron a las amas de casa que se abastecieran porque pronto se declarararía la ley marcial. Dijeron mentiras que se convirtieron en predicciones. Planearon pequeñas marchas por calles estrechas donde unas pocas personas parecían una multitud.

La mañana del día 25, Ahmed se despertó asustado. No de ser arrestado. No de ser golpeado o torturado. Él había experimentado todo eso.

Su temor era que todo el asunto fuera un enorme fracaso.

Pero en cambio, ese fue el día en que todos salieron porque todos los demás salieron. Las calles estaban llenas, multitudes llenaron la plaza Tahrir, se levantaron barricadas y se derribó la tiranía. Un gran día en que el mundo cambió.

Los compromisos y las traiciones vinieron después. Pero ninguna decepción puede eliminar el recuerdo, la posibilidad inherente a ese momento embriagador en el que el miedo desaparece y la gente se levanta para romper sus cadenas y abrir los brazos a un nuevo y brillante amanecer.

¿Cómo hacer que eso suceda? Ah, ese es el misterio.

Todo lo que puedo decirles es esto: para que la gente crea en una ilusión, alguien debe tejerla. Para hacer realidad una visión, alguien debe crearla.

Para que la historia se desarrolle, alguien debe contarla.

***Un siglo de buenos consejos:
La autobiografía de Maya Greenwood***

Yerba Buena: Prensa Califia, 2049

El sol salió sobre Angel City, sobre las amplias avenidas, las estrechas aceras y las hectáreas de ruinas. Un suave resplandor iluminaba los rostros desgastados de los trabajadores que se apresuraban a hacer sus compras en los abarrotados mercados antes de que comenzaran sus turnos. Beatificó los rostros preocupados de las madres jóvenes que llevaban a sus hijos a la escuela y se preguntaban cuánto tiempo podrían mantenerse a flote. La luz del sol besaba las cejas de los empleados domésticos que tomaban un rápido estimulante mientras hacían fila para tomar el transporte a las mejores partes de la ciudad, y les hacía cosquillas en la barbilla a los serios ejecutivos de alto riesgo que se apresuraban a llegar a sus escritorios.

Dedos de luz acariciaron el pavimento, y donde se tocaron, como por arte de magia, aparecieron palabras. Una sombra azul, al principio débil como un susurro, que luego se profundiza con la luz creciente hasta convertirse en la silueta de un sol naciente que encierra un mensaje de esperanza e insurrección: ¡Levántate y únete! ¡Cancelar las deudas! ¡No renunciamos a nada!

Los mensajes aparecieron por toda la ciudad. Fuera de los lugares de distribución de agua, a la entrada de los comedores de las fábricas, junto a las paradas de transporte, en las esquinas donde los parados esperaban con la esperanza de encontrar trabajo, en las aceras donde los

mendigos se sentaban con las ansiosas manos extendidas y debajo de las paredes donde se apoyaban las hoscas prostitutas, el sol naciente apareció adornado con consignas de liberación.

La Oficina de Orden Público envió un ejército de barrenderos para eliminar los ofensivos grafitis, pero las manchas penetraban profundamente en el concreto y no se podían limpiar. Recurrieron a pintar sobre las consignas, dejando por todas partes manchas blancas que atestiguaban la resistencia oculta.

El Consejo estalló en vítores esa noche mientras un explorador tras otro informaba. Tianne, que llevaba un sombrero coronado con un sol naciente y un muñeco de peluche, se lo quitó e hizo una reverencia en homenaje a Bird.

“Lo admito, ¡eso fue brillante!”, dijo ella.

“Gracias a mi tía abuela Gisela, que estuvo en la Resistencia alemana”, dijo Bird. “Le contó la historia a mi abuela, quien la incluyó en su autobiografía”. Había revisado el libro de Maya, proyectándolo desde la biblioteca en su cristal por la noche, ansioso por encontrar estrategias y cosas prácticas. “El marido de Gisela era impresor y preparó una maleta con consignas escritas con tinta que permanecía

invisible hasta que le daba la luz del sol. Solía pasear por Berlín por las noches, dejando su maleta aquí y allá, y por la mañana... ¡shazam! ¡Abajo Hitler! Aparecía por toda la ciudad”.

Ésa era la idea que Maya tenía de una buena historia, pensó Bird. Los acostaba por las noches contándoles historias de resistencia y revolución. Sólo cuando crecieron aprendieron las partes más sombrías, la tortura en los campos, los transportes de la muerte.

Debiste contarnos toda la historia, le dijo a Maya en su memoria. Deberías habernos preparado para el coste.

Pero eso era lo que pasaba con la revolución y los actos heroicos de liberación. Nadie te dice el precio.

Unas noches más tarde, otro equipo salió de la Ciudad Refugio, deambulando por las calles de Angel City con pesadas bolsas que a menudo dejaban para descansar. Y a la mañana siguiente, nuevamente aparecieron el sol naciente y las palabras de esperanza. ¡La disidencia no puede ser silenciada! ¡Acabemos con la tiranía de los Stewards!

En las calles, la gente levantaba la cabeza y se miraba a los ojos. Vieron los blasones y guiñaban un ojo con una sensación de conspiración y posibilidad, como si algo pudiera pasar. En las largas colas que esperaban por agua,

unas horas de trabajo remunerado o una limosna, la gente susurraba entre sí. Murmuraron entre dientes, gruñeron su odio por las Renuncias y las deudas interminables. La ciudad retumbó de descontento.

Después de la primera semana, las señales empezaron a cambiar. ¡No más Renuncias! ¡Haz ruido! ¡En toque de queda, todos los días!

Todo comenzaba cada noche cuando las sirenas aullaban anunciando el toque de queda de las nueve de la noche que los Stewards imponían en los barrios más oprimidos. De las ventanas de cada bloque de viviendas abarrotado o de cada casucha de un rascacielos en ruinas llegaba el ruido de cucharas de metal contra cacerolas. Al principio sólo unas pocas, luego cada vez más. Cada día el ruido crecía, más y más fuerte, hasta que los ecos resonaron incluso hasta la Ciudad de Refugio.

“Esto es genial, pero todo es simbólico. No perjudicará a los Stewards si algunas personas golpean ollas y sartenes”, dijo Anthony. Estaban en medio de lo que Madrone llamó una metareunión, una reunión para planificar la próxima reunión del Consejo. Diez de ellos estaban sentados apiñados en la sala de estar de Madrone y Bird, mientras Rafael y Gabriel se apoyaban en la puerta del vestíbulo, relajados como gatos, con los brazos cruzados y los ojos

inexpresivos. Como gárgolas, pensó Madrone, o carámbanos gemelos. Zap y Zoom les tenían miedo y eso tenía sus ventajas. Mientras protegían la puerta, los niños se quedaban donde los habían puesto, en la cama de la habitación de Madrone y Bird.

“¡Está ahogando el noticiero nocturno!” Dijo Tianne, con los ojos brillantes.

“Es más que eso”, dijo Bird. “Los símbolos tienen poder. Todo lo que la gente hace es un mensaje. Dice que se puede resistir al régimen, que la gente no son víctimas indefensas condenadas a la pasividad. Pueden actuar. Pueden tener voz. Sólo por eso vale la pena correr el riesgo. Pero esto no es todo lo que haremos, es sólo el comienzo”.

“Entonces, ¿adónde vamos ahora?” –Preguntó Anthony.

“¿Cuáles son los pilares de apoyo al régimen?” Preguntó Bird. “Lo descubrimos y luego los derribamos, uno por uno”.

“¡Oye, copiaste eso del informe de mi libro en nuestro módulo de Teoría de la Revolución!” Madrone le dio un golpe.

“Diligentemente”, Bird le dio un empujón en la espalda. “Gene Sharp: *198 métodos de resistencia no violenta*. “Ningún sistema puede sostenerse por sí mismo si tiene que utilizar la fuerza para hacer cumplir cada decreto”. O algo

así, estoy seguro de que lo expresó con más gracia. Pero la fuerza es costosa, ese es el punto”.

“Pero siempre es el elemento principal de su presupuesto”, dijo Anthony. “No dudan en pagar ese costo”.

“Tomemos la Renuncia, por ejemplo”, continuó Bird. “Pueden hacerlo en parte porque la gente tiene miedo de oponerse a ellos. Si tuvieran que abrirse camino a través de un disturbio callejero cada vez que intentaran quitarle el hijo o la casa a alguien, no podrían hacerlo a gran escala”.

“Entonces, ¿esa es nuestra campaña?” –preguntó Emily. “¿La Renuncia?”

“Miremos los pilares. La deuda es sin duda uno de ellos, y la Renuncia es su ejecutor último. ¿Cuáles son algunos de los otros?

“Control del agua”, dijo Madrone.

“Y comida”, añadió la señorita Ruby.

“Y refuerzos”, dijo Beth.

“Control de todos los sistemas de información”, dijo Anthony.

“Control de la imaginación”, añadió Tianne.

“¡Deteneos, me estoy deprimiendo!” dijo Anthony.

“No, es esperanzador”, proclamó Bird. “Es lo que los militares llamarían un entorno rico en objetivos”.

“¡Tienes una definición única de 'esperanzador'!", le dijo la señorita Ruby.

“Qué va. El hecho de que necesiten controlar tantos aspectos básicos de la vida demuestra cuán frágiles son los cimientos de su sistema”.

“Sí, pero *controlan* todos los aspectos básicos de la vida”, dijo Tianne. “Salvo la imaginación, pero silencian cualquier evidencia de ello”.

“¿Y cómo mantienen el control?”, prosiguió Bird. “Con el ejército y la policía. Bueno, el ejército tiene dos partes. Los deudas y los razas. Los deudas realmente no apoyan al régimen, se ven obligados a alistarse o ir ellos mismos a las plantaciones. Una vez dentro, son controlados por los capataces. Deberían ser fáciles de darles la vuelta”.

“Eso todavía deja los razas. Y la policía”, dijo Anthony.

“La policía es una mezcla de cosas”, dijo Emily. “Algunos lo son porque no hay muchas otras oportunidades laborales”.

“Y algunos porque son bastardos corruptos y sádicos”, dijo Anthony.

“Los razas son otra historia”, dijo Bird.

La conversación se prolongó durante mucho tiempo. Pero al final acordaron hacer de la Renuncia su primera campaña. De todas las políticas de los Stewards, era la más temida y odiada. Si pudieran lograr proteger a la gente de la Renuncia, tendrían un éxito poderoso que acreditar en su haber, y la gente podría animarse y estar lista para otras luchas.

Mientras debatían, Rafael y Gabriel simplemente se quedaron de pie y observaron. Haced planes, parecía decir su silencio. Sacad las fantasías. Sabemos la cruda y sangrienta verdad.

Bird impartía entrenamientos en la plaza todos los días, guiando a la gente a través de líneas conflictivas y juegos de roles, enseñándoles todo lo que había aprendido de Lily y Maya sobre cómo mantener la calma en una situación difícil, cómo reducir la violencia, cómo proteger a la gente vulnerable en una multitud. Madrone y Beth capacitaban a médicos: cómo detener una hemorragia, cómo mover con seguridad a un paciente inconsciente, cómo tratar gases lacrimógenos, heridas de bala y quemaduras con láser. Emily organizó grupos de afinidad: pequeños grupos que actuarían juntos en las calles y se apoyarían unos a otros. Anthony y su grupo de actores favorito crearon sketches de teatro callejero con mensajes insurreccionales, mientras que Tianne y su equipo construyeron accesorios. El Refugio

estaba lleno de una sensación de excitación que se superponía a cualquier temor no expresado.

Para la tercera semana, los mensajes en las aceras decían: ¡Marcha contra la Renuncia! ¡Sábado a las cinco de la tarde!

Los preparativos para la marcha duraron una semana. Los artistas saquearon las ruinas de grandes almacenes y tiendas de telas, cortaron láminas y crearon plantillas para pancartas que podían enrollarse y ocultarse hasta el momento crucial. Hicieron camisetas con lemas y el propio diseño simbólico de Tianne: dos puños, uno negro y otro rojo, levantándose, rompiendo las cadenas que los ataban y curvándose para formar un corazón.

Bird estudió minuciosamente la autobiografía de Maya. Fue reconfortante. Ella todavía estaba con él, aconsejándole y ofreciéndole consejos útiles. Mientras leía sus palabras empezó a sentirla cobrar vida de nuevo, como si su atención y su gratitud, alimentaran su espíritu.

De Lisa, una de sus antiguas compañeras organizadoras, aprendió cómo mantener la cola de una marcha conectada a su cabeza y cómo tomar una calle frente a la oposición policial. De Stella, veterana de un millón de reuniones, aprendió cómo agilizar la toma de decisiones. De Ahmed, el viejo amigo de Maya de la Primavera Árabe, aprendió a repartir folletos en medio de una tiranía. Pusieron en práctica su consejo, enviaron equipos con exploradores y

refuerzos, y los folletos desaparecieron más rápido de lo que podían encontrar papel para imprimirlos.

Los Stewards controlaban lo que quedaba de Internet en las Tierras del Sur. Tenían controladas todas las pantallas de televisión y las pocas radios que quedaban. Pero había una red que no podían controlar: la red de rumores y chismes boca a boca. Los refugiados regresaron a sus vecindarios y alertaron a sus amigos de confianza sobre los planes para la marcha. Advirtieron a los vecinos que se abastecieran de comida y agua.

“Todo el mundo va a salir a por ello”, sisearon. “¡Esto es algo grande! ¡No querrás perdértelo!”

“Hay dos impulsos humanos básicos”, escribió Maya. “El impulso para mantenerse a salvo y el deseo imperioso de no perderse la acción. Juega con el segundo y anulará el primero”.

El plan era que Anthony y Emily encabezaran la marcha. Como Bird y Madrone estaban ambos en la lista de buscados de los Stewards, y Bird corría más peligro que nunca desde su casi captura, habían prometido permanecer en medio de la multitud, en relativa seguridad. La señorita Ruby y Emily habían tratado de persuadirlos para que permanecieran en el Refugio, pero ellos se negaron a hacerlo. Llegaron a un acuerdo de aceptar irse si los arrestos parecían inminentes.

La señorita Ruby iba y venía presa de una agonía de indecisión. Estaba aterrorizada, pero también entusiasmada ante la idea de marchar como lo había hecho su abuela durante la era de los derechos civiles. Un día decidió que iría y al día siguiente se convenció de que los niños y la escuela necesitaban que ella permaneciera libre y segura.

Pero al final, cuando se reunieron en la plaza de entrada la mañana de la marcha, ella estaba allí, con la cabeza en alto y sonriendo con orgullo. Debajo del suéter llevaba una de esas camisetas estampadas con un brillante sol naciente que decía: ¡Todas las deudas serán perdonadas en el nuevo y brillante día!

Unos cincuenta refugiados se reunieron en la plaza para revisar sus planes. Querían venir más, pero habían decidido que era mejor no arriesgar a toda la comunidad. O la gente de la ciudad se uniría a ellos o no, y si no lo hacían, compensar el número con refugiados sería demasiado arriesgado.

Bird se había levantado a las tres de la mañana para organizar las cuadrillas que salían a almacenar suministros cruciales en lugares estratégicos, y estaba demasiado nervioso para volver a dormir. Tendría que contar con la adrenalina para pasar el día.

“Recuerden el plan”, dijo a la multitud reunida. “Tómaros vuestro tiempo hoy. No os apresuréis. Sois compradores,

buscadores de empleo o desempleados que simplemente matais el tiempo. No vayáis directamente hacia la zona. Planead llegar allí a las cuatro o las cuatro y media, no antes. No os preocupéis si veis policías allí. Sólo manteneos atentos a la ruta de salida”.

“¿Qué pasa si los Lash ya están ahí?” preguntó una joven nerviosamente. “¿Y si nos impiden marchar?”

“Habrá policías”, le aseguró Bird. “Pero no impedirán marchar, si la gente quiere marchar”. Parecía más confiado de lo que se sentía.

“¿Podemos decir una oración?” preguntó una joven. Su voz temblaba y sus ojos estaban asustados.

“¡En el árbol!” gritó uno de los adolescentes mayores. “Atemos una cinta al árbol para nuestra marcha”.

Se escuchó un clamor de asentimiento y alguien corrió hacia el almacén y regresó con un largo trozo de cinta roja. Bird pensó que era una elección desafortunada: el color de la sangre, pero no lo dijo. La asamblea formó un círculo con ella, sosteniéndola en sus manos para que los uniera a todos. El árbol parecía estirarse con orgullo, sosteniendo en alto sus ramas adornadas con cintas y sus finas hojas plateadas chispeando a la brillante luz del sol. Era un día hermoso, como la mayoría de los días en Angel City, el sol ahora se

levantaba y brillaba dorado en un cielo límpido y sin nubes. Un día en el que todo podría cambiar.

“¿A quién le rezamos?” preguntó un joven lleno de granos.

“A las cuatro cosas sagradas”, dijo Madrone. “Que el Aire nos traiga claridad. Que el Fuego nos dé coraje y protección. Que fluyamos por las calles como Agua purificadora. Que la Tierra nos mantenga firmes, seguros y tranquilos. Y que la quinta cosa sagrada nos una en el amor”.

“Y recemos a los ángeles”, dijo Tianne.

“¡Será mejor rezar para que no aparezcan!”, dijo Bird alarmado. “No si queremos que esta marcha siga siendo pacífica”.

“Esos ángeles no”, dijo Tianne. “Los verdaderos ángeles, aquellos que dan nombre a la ciudad. ¡Que los ángeles de Angel City extiendan sus alas de protección sobre nosotros!

“¿Qué pasa con la Reina de los Ángeles?” –sugirió Bird. “*Nuestra Señora la Reina de los Ángeles*. Virgen Madre de Dios. Donde se encuentran lo cristiano y lo pagano. ¿Le rezamos?

“Reina de los Ángeles”, tronó de repente la señorita Ruby. Parecía un poco sorprendida, como si su propia voz saliera no del todo por su propia voluntad. “Eres madre. Abrázanos en el corazón y envuélvenos en tus brazos, ¿entiendes? Te

pedimos que nos mantengas a salvo, que abras el camino.
¡Escucha nuestra oración!”

Bird levantó los brazos y cantó uno de los himnos de Samhain al Hacedor de Cambios.

*“Yo soy el cambio,
Yo soy la marea que está cambiando.
Tu amor y tu rabia,
¡Pasión por la justicia ardiendo!
Y cuando tomas una posición,
Soy el coraje que te guía.
Estoy en las calles, tomo tu mano,
Estoy marchando a tu lado”.*

“Quédate con nosotros, Diosa del Cambio”, gritó Madrone. “Y que estemos en el lugar correcto, en el momento correcto, de la manera correcta, con toda la protección, suerte, fuerza y coraje que necesitamos para hacer el trabajo”.

Un coro mixto de “amén” y “bendito sea” llenó el aire.

Bird y Anthony caminaron casualmente por la gran intersección en la esquina de Sunset y Cheney. Habían elegido el lugar porque no estaba demasiado cerca del Refugio, pero tampoco demasiado lejos. Y había una ruta recta por Sunset hasta el Centro de Renuncia. Las calles eran

anchas, construidas en la época en que casi todo el mundo tenía un automóvil privado. Ahora los coches eran un lujo escaso, pero había suficientes transportes colectivos, militares, camiones de reparto y furgonetas de la policía para hacer de cruzar la calle una aventura.

También había suficientes policías apostados en la calle, dirigiendo el tráfico y mirando con recelo las calles laterales, como para que Bird se preguntara cómo, en nombre de Hella, iban a llegar a la calle, y mucho menos marchar por ella. Unos cincuenta policías con equipo antidisturbios estaban formados en el aparcamiento de la hamburguesería. Una veintena más merodeaban por los pasos de peatones.

Bird y Anthony conversaron en voz baja y trataron de parecer casuales mientras se dirigían a un pequeño puesto en la acera donde Madrone estaba sentada con Emily y Miss Ruby en sillas de plástico destartaladas alrededor de una mesa grasienta. La señorita Ruby estaba bebiendo un refresco. Madrone fruncía los labios y jugaba con su pajita, tratando de fingir que estaba disfrutando del dulce empalagoso.

“Fue una mala idea”, anunció Anthony mientras él y Bird tomaban sillas de una mesa vecina y se sentaban. “Nunca va a funcionar. La policía sabe que vendremos y está lista para recibirnos”.

“De todos modos tenemos que seguir adelante”, dijo la señorita Ruby. “La policía sabía que Martin Luther King llegaría a ese puente en las afueras de Birmingham, pero eso no los detuvo”.

“Sí, y todos fueron golpeados a un centímetro de la pérdida de sus vidas”, murmuró Anthony. “¿Cuándo me uní a la brigada de mártires?”

“No lo escuches”, dijo Emily. “Refunfuñar lo hace sentir mejor”.

“Los equipos de noticias ya salieron”, dijo Bird. Había divisado un pequeño enclave de periodistas y, en La Brea, esperaba un grupo de furgonetas con transmisores en el techo.

“Eso es algo”, murmuró Emily.

“Sólo están aquí para mostrar cuán inútil será esta marcha. Eso si aparece alguien”, dijo Anthony. “Si tiene éxito, los censores suprimirán las imágenes”. Buscó en lo que le quedaba de cambio y les compró a cada uno una bolsa de patatas fritas, un excedente de algún depósito del ejército y otra bebida.

“Nuestra última comida”, dijo.

“¡Oh, no digas eso!” dijo Emily. “Ya estamos bastante asustados, ¿vale? Puedes volver a casa, ¿sabes?”

“Esto es asqueroso”, Madrone mordió una patata e hizo una mueca. “No puedo creer que la gente viva de esto”.

“Te mantendrán en pie”, dijo Bird. “Es algo nutricionalmente completo”. Él se acercó y le arrebató la bolsa.

“¡Oye eso es mío!” Ella la pidió de vuelta.

“No te las estás comiendo”. Ella la agarró y la sostuvo detrás de su espalda.

“Es el principio del asunto. ¡Pregunta primero! ¡Con educación!”

“Por favor, señorita Madrone, ¿me puede dar las patatas fritas que no va a comer?”

“¿En serio?” En su asombro, ella bajó la guardia y él se las arrebató de las manos.

“Los comí durante años en prisión”, dijo.

“¡Ah, los felices recuerdos!” dijo Anthony.

“Ahora tengo que orinar”, se lamentó la señorita Ruby.

“Hagámoslo y luego nos vamos”, dijo Anthony.

Todos se turnaron para ir al sucio baño que había detrás de la tienda. Cuando terminaron, eran las cinco en punto.

Obviamente no vieron a nadie allí para la marcha, aunque la multitud parecía densa. No pudieron ver a ninguno de los otros refugiados.

“¿Deberíamos esperar?”, preguntó Madrone con ansiedad.

Bird negó con la cabeza. “Hicimos un plan, fijamos un tiempo. ¡Lo mejor es seguir así!”

“Aquí va”, dijo Anthony.

“Hazlo”, dijo Bird. “Hazlo a lo grande, rápido y con confianza”.

Detrás de los puestos de frutas en la esquina había un pequeño espacio entre la parte trasera del puesto y la pared detrás de él. Anthony metió la mano y sacó las varas de bambú que sostenían la pancarta de lona que habían escondido allí la noche anterior. Moviéndose rápidamente, desplegó el estandarte que proclamaba en grandes letras rojas: ¡Fin de la Renuncia! La señorita Ruby tomó el otro palo. Emily marchó al frente con una bandera que también estaba escondida detrás del stand.

“¡Hey, Hey, eh, eh!”, gritó Anthony en voz alta. “¡La Renuncia tiene que desaparecer!”

Emily y la señorita Ruby retomaron el cántico y se pusieron en marcha, las tres, en una pequeña protesta triste pero

valiente. Madrone se dispuso a seguirla, pero Bird le puso una mano en el brazo. Habían acordado que, a menos que pudieran unirse a una marcha real, aunque fuera pequeña, simplemente se desvanecerían entre la multitud y emprenderían el camino de regreso al Refugio. Se miraron uno al otro, a las valientes y delgadas figuras de sus tres amigos, y sin hablar ambos avanzaron para respaldar la pancarta. No podían permitir que Anthony, Emily y la señorita Ruby llevaran la bandera solos.

“Seremos una marcha de cinco”, pensó Bird, con una sensación de malestar en el estómago. Él y Madrone quedarían atrapados sin una multitud que los protegiera. Pero él no sintió miedo. Se sintió, más que nada, avergonzado, agitando una bandera, entonando un canto con otras tres personas. Bueno, si tuviera que morir, moriría como un tonto.

Los policías, a pesar de patrullar la intersección durante horas, todavía parecían sorprendidos por el hecho de que realmente se estaba llevando a cabo una marcha. Comenzaron a avanzar hacia la pancarta, pero lentamente, y la pancarta ganó algo de terreno.

“Al menos llegamos a la calle”, murmuró Bird. “Eso es más de lo que ha logrado cualquier otra marcha aquí en las últimas dos décadas”.

De hecho, estaban a unos seis metros de la avenida que conducía al Centro de Renuncia. De repente una nueva voz se unió al canto. Fred y Bob del Refugio desplegaron su propia pancarta. ¡Todas las deudas serán perdonadas en el nuevo y brillante día! leyó. Diez refugiados marchaban detrás de ellos.

Luego, en medio de una multitud en uno de los cruces peatonales, un adolescente se quitó la camiseta y dejó al descubierto una leyenda que decía ¡No a la esclavitud por deudas! y corrió hacia el estandarte. Detrás de él venía una mujer de mediana edad, agitando una bandera que sacó de su bolso, y luego un hombre cantando con una camisa con rayos de sol, y luego otro, y otro.

La marea de gente rodeó a los sorprendidos policías y salió a la calle, y la marcha ganó aún más terreno. De repente, Bird y Madrone se encontraron en medio de la corriente, con cincuenta, cien, doscientas personas apiñadas a su alrededor.

Desde un callejón lateral, Tianne y un grupo de sus artistas tiraban de un carro con un ángel de papel maché, con sus grandes alas extendidas y su rostro picudo como el de una Diosa pájaro arcaica. En el pectoral del ángel estaba escrito: ¡La dignidad y la libertad son nuestros derechos sagrados!

“¡Diosa mía, está funcionando!” Madrone respiró. Bird le agarró la mano y la apretó con fuerza.

Más y más gente se les unió, todo tipo de gente. Algunos eran pobres y andrajosos, otros parecían haber terminado un día de trabajo en una oficina limpia. Eran de todos los colores y de todas las edades: algunos lo suficientemente mayores como para haber marchado contra el ascenso de los Stewards mucho antes de la toma del poder, otros jóvenes adolescentes nacidos bajo el gobierno de los Mayordomos. Todos ellos tenían una luz en sus ojos y una expresión en sus rostros que parecía decir: “¡Mírenme, realmente estoy haciendo esto!”.

La policía se agrupó para bloquear la intersección delante de ellos, pero la gente se dispersó por los bordes. Alguien encontró la manera de entrar a la gran tienda de descuento de la esquina y una masa de gente entró y salió por las puertas dobles que daban a la calle. Los policías se lanzaron hacia adelante, empujando a la multitud con sus porras, pero de repente aparecieron más personas, y más, hasta que no hubo ningún lugar donde ser empujados. La gente se rozaba una con otra. Una mujer mayor fue empujada al suelo. Un joven recibió el impacto de una porra en la cara y cayó de rodillas. A otro, uno de los policías le golpeó en la cabeza.

Bird agarró la mano de Madrone y comenzó a abrirse paso entre la multitud, como un salmón nadando contra la corriente, apretándose entre la gente y tratando de mantener el equilibrio entre las corrientes que continuaban creciendo y pasando a su lado. Algunos refugiados a los que

Bird había entrenado se abrieron paso hasta la fila de policías.

Un adolescente delgado como un palo se acurrucó en el suelo, con los brazos sobre la cabeza mientras los policías lo golpeaban. Una adolescente con una larga trenza rubia se arrojó sobre su espalda. Un hombre con una cola de caballo gris y un tatuaje de calavera en el brazo se lanzó encima de ella, luego otro y otro, hasta que formaron una pila alta rodeada por una multitud creciente.

Frustrados, los policías comenzaron a separar a la gente y a empujarla bruscamente entre la multitud. Aunque el frente de la marcha siguió avanzando, más y más personas se unieron al tumulto y la multitud siguió creciendo.

Madrone se arrodilló detrás de la pila de gente, encontró los brazos de la víctima de la parte inferior y le dio un tirón. Él se retorció y ella le dio su hombro para que se apoyara mientras se alejaban cojeando, protegidos por la multitud.

Bird hizo sonar una nota estridente con el silbato que colgaba de su cuello. Estaba en medio del tumulto, cerca de la fila de policías, y aunque era consciente de que la situación era peligrosa, había entrado en ese estado más allá del miedo, la calma clara donde podía observar la situación y evaluar qué hacer. En algún lugar lejano de sí mismo, donde todavía podía sentir emociones, estaba radiantemente feliz. Lo habían hecho... ¡realmente lo habían hecho! ¡Estaban

marchando y todo el poder de los Stewards no había podido detenerlos!

La pila de golpeados se disolvió y los refugiados rápidamente se pusieron de pie, entrelazaron los brazos y formaron una fila frente a los policías. Los policías agarraron sus porras para hacer retroceder la fila. Los refugiados retrocedieron ante el ataque, lentamente, dando un pequeño paso, luego otro, hablándoles todo el tiempo.

“No tienes que hacer esto. Podrías unirme a nosotros. ¿Cuánta deuda tiene su familia?”

“Mi padre era policía. ¡Recuerdo aquella época en la que la policía tenía un sindicato!

“¿Qué tipo de pensión recibe?”

“¿Qué pasa con tu familia si te lastimas?”

Uno de los policías se echó hacia atrás el casco antidisturbios para dejar al descubierto su rostro.

“Estoy de vuestro lado”, articuló.

Pero otros simplemente estaban furiosos, pinchando y golpeando con sus porras. Bird recibió un golpe en el estómago, aunque se giró para que el golpe rebotara. Otro policía golpeó a una mujer de pelo gris en la cara, haciéndole

sangrar la nariz. Ella mantuvo la calma y siguió hablando con él.

“¿Por qué hiciste eso, jovencito? No tenías ninguna necesidad de hacer eso. ¿Le harías eso a tu abuela?

Él vaciló. Dos de los policías a cada lado de él se movieron juntos, expulsando al matón de la línea del frente.

*“Banqueros y políticos,
¡Contadnos lo que debemos!
Decís: ¡Pagar!
Nosotros decimos: ¡No!”*

El canto resonó y retumbó por las calles. La marcha continuó, seguida ahora por una mansa línea de policías que hicieron esfuerzos simbólicos para seguir controlando la línea.

“¡Marchemos!”, gritó la señorita Ruby con su voz de maestra de escuela que se escuchó muy por encima de la multitud. “¡Marchemos todos!”

Marcharon. Por la amplia avenida hacia el Este, hacia el Centro de Renuncia donde llevaban a los desesperados. Equipos del Refugio aparecieron a lo largo del recorrido para repartir más banderas y camisetas. La gente se estaba uniendo ahora, algunos de ellos asustados y vacilantes, mirando hacia atrás a cada paso, algunos de ellos preparados con sus propios carteles caseros. Los refugiados

salieron de las puertas de las tiendas de comida rápida y de las esquinas de los callejones, y desplegaron pancartas que habían metido en mochilas o escondido debajo de sus camisas. Colores brillantes volaban sobre ellos.

*“¡Decís que os debemos
Todo nuestro sueldo!
Pero todas las deudas serán perdonadas.
¡En el nuevo y brillante día!*

Marcharon y ganaron confianza: su número aumentó a medida que más y más personas a lo largo de la ruta se animaron a unirse a ellos. Fue una gran ola atronadora, una bestia suelta, y Madrone se sintió repentinamente invadida por una sensación de alegría. Por eso la gente asistía a cien reuniones agotadoras, por eso asumía riesgos tan terribles. Todo para sentir esta gran sensación de esperanza y júbilo, como si estuvieran nadando en un río que podría barrer toda injusticia y regar las orillas de un mundo nuevo.

La policía los dejó marchar. En realidad, se dio cuenta, probablemente los habían pillado por sorpresa. Nadie esperaba el tamaño de esta multitud. Cuando llegaron a una pequeña elevación y pudo mirar detrás de ella, quedó asombrada al ver a la gente llenando cuadra tras cuadra con sus carteles y su presencia. Más de cientos... miles habían salido.

El Centro de Renuncia se encontraba a sólo un par de millas por Sunset Boulevard. Antaño había sido un estudio de Hollywood. Ahora las puertas estaban bordeadas de alambre de púas y guardias armados, y en el interior, los viejos escenarios de sonido estaban llenos de familias miserables retenidas hasta que pudieran ser asignadas a plantaciones, unidades militares o corrales.

El frente de la marcha llegó a la entrada, casi demasiado rápido, pensó Madrone. Podría haber caminado otras diez millas, o veinte, o seguir caminando para siempre. Pero llegaron y colocaron la pancarta frente a la entrada, frente a la puerta donde grandes filas de policías antidisturbios hacían guardia.

Los exploradores se alejaron silenciosamente para circular entre la multitud y patrullar las calles circundantes. Alertarían a Anthony y Emily si la policía empezaba a acercarse. Un refugiado trajo un sistema de sonido que uno de los técnicos había montado con algunas piezas recuperadas y la señorita Ruby tomó el micrófono.

“¡Amigos!” gritó con su voz sonora. “¡Hemos hecho algo hermoso hoy! Hemos dado nuestros primeros pasos hacia la libertad en estas calles. ¡Escuchemos un gran aplauso por nuestro coraje!”

Un rugido atronador llegó hasta ella.

Madrone se dirigió rápidamente a la estación médica, estratégicamente ubicada en medio de la multitud, pero no muy lejos de una ruta de escape. Se comunicó con los demás. Hasta el momento, había pocos heridos y la mayor parte de las necesidades médicas fueron de agua, que los refugiados habían traído en sus mochilas.

“¡Algún día derribaremos estas puertas y liberaremos a los prisioneros!”, gritó la señorita Ruby. “¡Algún día esos hermanos de azul que hoy custodian la prisión se unirán a nosotros para crear un mundo nuevo y brillante!”

Bird se acercó y apretó los hombros de Madrone. Ella se inclinó hacia él, permitiéndose saborear el momento. Todavía podían suceder cosas terribles, sucederían, tarde o temprano. Habría heridas, sangre y muerte para lograr esta liberación. Pero en ese momento, el sol brillaba, la estación médica estaba casi vacía, las calles estaban llenas de gente cantando, la señorita Ruby estaba descubriendo su talento para la oratoria y ella y Bird estaban juntos.

“¡La señorita Ruby está pasando el mejor momento de su vida!”, dijo ella.

“Mmm. Ella es una oradora nata. Pero creo que aquí es cuando recordamos que somos criminales buscados y nos vamos. ¿Estás preparada?”

Madrone asintió. “La demanda es escasa y los demás médicos la cubren. ¿De verdad crees que deberíamos irnos ahora?”

“Acordamos que la manifestación fuera breve y no presionar nuestra suerte si llegábamos hasta aquí. Y el fin de estas cosas es siempre el momento más peligroso para los arrestos”.

“Maya siempre dijo que parte de su estrategia de supervivencia como activista de toda la vida era 'saltarse los discursos'”.

Pájaro sonrió. “Sí. Aunque ella siempre agregaba: 'A menos, por supuesto, que fuera yo quien los hiciera'”.

Se deslizaron entre la multitud, alejándose del improvisado escenario del frente. La multitud era más grande de lo que habían imaginado, se extendía por cuadras y cuadras, mucho más allá del alcance del sistema de sonido. Pero eso no preocupaba a la gente: estaban organizando sus propias manifestaciones improvisadas, encabezadas por algunos de los refugiados que instalaron tribunas y organizaron un “micrófono del pueblo”. Un orador decía una o dos frases y la multitud las repetía para que las escucharan los que estaban más atrás. La gente contaba sus historias y, cuando ella y Bird retrocedieron, captaron fragmentos de historias como fragmentos de vidas.

“Yo era maestra, hasta que cerraron la escuela”.

“Quería estudiar enfermería, pero no teníamos dinero...”

“Mi padre no podía hacer los pagos de la finca, así que se lo llevaron...”

“Mi hermano, mi cuñada y mis dos sobrinas fueron abandonados cuando no pudieron hacer los pagos de su casa. Intenté ayudar, pero apenas pude...”

Era como un ritual, pensó Madrone, con la multitud coreando la historia de cada persona como una afirmación de su sufrimiento y coraje. Era mucho mejor que los discursos y deseaba poder quedarse y escuchar. Pero probablemente Bird tenía razón. Aún les quedaba por delante la parte más difícil del día, encontrar la manera de volver al Refugio sin que las patrullas los detectaran.

La multitud llenó las calles rodeando la enorme manzana ocupada por el Centro de Renuncia. Pero mientras Bird y Madrone avanzaban entre la multitud de manifestantes, de regreso hacia donde las filas se reducían, se abrió una puerta en la cerca de tela metálica. Aquí la multitud era lo suficientemente escasa como para que un autobús pudiera salir, sólo para encontrarse atrapado en medio de una masa de gente.

El autobús estaba pintado de gris y tenía las ventanas cubiertas con rejas de metal: un autobús de transporte, lleno

de personas detenidas. Mientras la multitud lo espiaba, alguien dejó escapar un gran grito, y de repente un enjambre de gente lo rodeó, golpeando sus costados, cantando y gritando. Un altavoz advirtió a la multitud que se alejara y el motor aceleró.

Hubo un destello de luz, y una cabeza rubia blanca atravesó la multitud, seguida por otra, y otra. Los Ángeles, se dio cuenta Madrone, sus rasgos perfectos enmascarados por bufandas, sus cuerpos angélicos rápidos y ágiles. Se formaron a ambos lados del autobús y comenzaron a empujarlo de un lado a otro. La multitud se unió a ellos, balanceando el autobús de un lado a otro, cada vez más salvajemente, hasta que al final lo volcaron con gran estrépito.

Los ángeles se movieron rápidamente, abrieron la puerta y comenzaron a sacar a los prisioneros.

Pero los prisioneros se retorcían y gritaban de agonía por los brazaletes que les encadenaban las muñecas. Uno de los Ángeles se lanzó a través de la puerta, derribó al guardia que estaba adentro y lo arrojó a la multitud. Bird y Madrone ya corrían hacia el lugar. El guardia estaba ahora desarmado y gritaba de terror. La gente tiraba de sus brazos y piernas y la furia era tan grande que Madrone temió que lo destrozaran.

“No le hagáis daño”, gritó, pero su voz se perdió en el ruido.

Bird realizó una ráfaga de velocidad casi sobrehumana y alcanzó a la multitud mientras levantaban al guardia y lo lanzaban al aire como un gato gigante jugando con un ratón. Lo arrojaron, luego dieron un paso atrás y lo dejaron caer con fuerza al suelo. Bird se colocó encima de él.

“No protejas a esa escoria”, le gritó alguien a Bird con furia.

Alguien más le apuntó con una palanca a la cabeza, pero Madrone estaba allí y le bloqueó el brazo con un golpe que había aprendido en la clase de artes marciales. La barra de hierro se alejó, el hombre la maldijo y Bird se puso de pie.

“¡Silencio!” Gritó con todo el poder que pudo poner detrás de su voz de cantante, y Madrone y algunos de los manifestantes retomaron el grito. La multitud quedó en silencio, un silencio frío y mortal.

En el interior, los prisioneros seguían gimiendo y gritando. Dos hombres ayudaron al guardia a ponerse de pie.

Bird lo señaló con el pulgar.

“Apaga el dolor”, dijo.

El guardia se metió las manos en las axilas.

“Hazlo y trataré de salvar tu miserable trasero”, dijo Bird.

De mala gana, el guardia le tendió la mano. Bird le pasó el dispositivo y él pulsó.

Los gritos cesaron y fueron reemplazados por suspiros de alivio.

“Ahora abre las pulseras”, ordenó Bird.

“En tus sueños. ¿Crees que puedes salirte con la tuya?”

“No importa. ¿Crees que podrás sobrevivir a esta multitud jugando al tira y afloja con partes de tu cuerpo mientras lo descubrimos?”

El guardia miró a su alrededor, hacia el mar de furia hirviente. Volvió a tocar el teclado.

¡Fuera los brazaletes! Llegó un grito desde el interior.

“¡Saquen al conductor!”, gritó Bird.

Manos ásperas sacaron a un hombre flaco, de pelo gris, con los pantalones mojados por una mancha de orina.

“¡Micrófono de la gente!” gritó Pájaro.

“Sé que todos estamos enojados”, gritó, y la multitud rugió en eco.

“¡*Estoy* enojado!” –gritó Bird.

“Estoy enojado”, gritaron al unísono.

“Pero tenemos que pensar, gente”.

“Tenemos que pensar en el futuro”.

“Ahora podríamos matar a estos dos limos”.

“¡Merecen morir!”

“Pero tenemos cincuenta personas aquí que hemos rescatado”.

“Que merecen vivir”.

“Y tenemos que darles esa oportunidad”.

“Y no estamos aquí sólo para una marcha”.

“O sólo por un día”.

“Estamos aquí para marcar el comienzo...”

“... ¡de un nuevo día brillante!”

“¡Un nuevo día brillante!”, gritó la multitud, una y otra vez, vitoreando y rugiendo. Finalmente Bird levantó la mano y gritó por encima del ruido.

“Tenemos que pensar...”

“Lo que traerá este día si comenzamos con el asesinato”.

“Por eso digo que los mantenemos como rehenes...”

“...mientras nuestros amigos desaparecen...”

“... ¡y encuentran refugio!”

“Y luego, digo, los devolvemos”.

“Pero los enviamos con un mensaje”.

Se volvió hacia el conductor. “Súbete la camisa”, siseó.

El conductor lo miró fijamente.

“Hazlo.” El conductor dejó al descubierto una espalda pálida y huesuda, salpicada de granos.

Bird sacó un marcador de su bolso y escribió en letras grandes: ¡No a la esclavitud por deudas!

Las risas se extendieron entre la multitud. Alguien más sujetó los brazos del guardia y le bajó los pantalones, empujándolo para mostrar sus nalgas desnudas a la multitud.

“¿Y ahora qué mensaje deberíamos escribir aquí?”, gritó Bird.

Gritos y gritos y una variedad de sugerencias obscenas volvieron a él. Los detuvo y continuó la discusión mientras

ayudaban a los prisioneros en el autobús a mezclarse discretamente con la multitud.

El éxodo del autobús pareció durar una eternidad. Bird siguió parloteando, pero por dentro estaba tenso por la ansiedad. Seguramente la policía habría pedido refuerzos, y el tiempo era corto para dispersar a la multitud antes de que las tropas se acercaran. Mientras tanto, invitó a algunos ayudantes para condecorar al guardia y al conductor.

“Vas a pagar por esto”, advirtió el guardia.

“Ya lo he hecho”, dijo Bird en voz baja.

Desde su posición ventajosa, pudo ver movimiento detrás de las puertas: filas de policías formándose. Por fin el autobús quedó vacío. Bird hizo sonar su silbato y luego emitió un patrón para alertar al equipo de comunicaciones que significaba: “¡Declaren la victoria, lárguense!”

“¡Está bien, gente!” gritó. “¡Nuestro mensaje está preparado! ¡Pero veo que nuestros amigos de azul también están preparando algo para nosotros! Y a menos que queráis luchar contra las pistolas láser con piedras y botellas, ¡os sugiero que llamemos a este día una victoria! ¿Estás conmigo?”

Se escuchó una ovación.

“¡Entonces enviemos estos perros de regreso con sus cuidadores y volvamos a casa!”

Otro fuerte aplauso.

“Cuando vayan, formen grupos. Cuídense unos a otros, no dejen que sus amigos desaparezcan. Volved a casa hoy, pero debéis saber que este no es el final. ¡Este es el comienzo! ¡Volveremos una y otra vez, hasta que llegue el día en que derribemos este lugar!

Con una gran alegría, muchos en la multitud comenzaron a seguir su consejo y desaparecieron por las calles laterales y retrocedieron por la avenida. Cuando el grupo se redujo, un grupo de manifestantes se acercó y se llevó al guardia y al conductor.

“Acérquelos lo más que puedan a un lugar seguro”, dijo Bird. “No arriesguen sus vidas. Pueden correr si es necesario”.

Ellos asintieron y se llevaron a los rehenes.

Madrone corrió hacia Bird y lo empujó hacia el suelo. Cuando se levantaron, llevaba una camiseta de otro color. tenía el pelo recogido bajo una gorra, su piel era tres tonos más oscuro y caminaban tranquila pero rápidamente de regreso por la avenida, manteniéndose en la parte más densa de la multitud.

“¡Si antes no te querían, seguro que ahora te desean!”, dijo ella. “¡Pero buen trabajo!”

Un hombre alto y delgado, con la cabeza cubierta de blanco, se acercó detrás de ellos.

“Vamos”, dijo. “Tu ángel de la guarda está contigo”.

Detrás de ellos, un contingente considerable *quería* aparentemente luchar contra los policías con piedras y botellas. Se estaba librando una batalla y Bird percibió el olor a gas lacrimógeno. Pronto acordonarían la zona. Moverse por las calles sería muy, muy difícil esta noche. Pero los Ángeles tenían refugios, casas seguras y pasadizos secretos.

“Vamos”, dijo.

Esa noche la *cacerolada*, la cacofonía de ollas y sartenes golpeando, resonó por las calles como si la ciudad fuera una campana de la libertad, haciendo sonar una advertencia como decía la vieja canción. El metal tiene resonancia, al igual que las estructuras. ¡A través del ¡bang! ¡bang! de las cacerolas cantaba una vibración que podía derribar muros, romper barreras. Pájaro la oyó mientras él y Madrone se refugiaban en las entrañas de un piso franco de los Ángeles. Sonaba como el toque de difuntos del viejo orden. Emocionante y ominoso, lleno de la promesa de lo nuevo.

Capítulo cincuenta y ocho

Wendell estaba sentado solo en su santuario interior, observando la debacle en su pantalla de vídeo. Tenía consigo una botella de whisky, un regalo de Culbertson después de la última fiesta. Viejo e irremplazable, como su preciosa colección de jarrones que lo rodeaban. Algo que quedaba de un mundo más amable.

Sí, las fiestas continuaron. Después de cada una, Wendell se decía a sí mismo que esa sería la última. La próxima vez, sería más fuerte. Tendría una excusa irrefutable para decir que no.

Pero en el fondo sabía que ninguna circunstancia atenuante lo excusaría jamás. Porque las fiestas eran simplemente una forma más por la que Culbertson ejercía su control. Cuanto más fuerte se volviera Wendell, cuanto

más ascendiera al mando, más respeto se le ofreciera o más victorias obtuviera, más lo necesitaría Culbertson para demostrar su mayor poder, no sólo sobre las asignaciones y armamentos de Wendell, sino sobre sus fantasías más íntimas, sus propias intenciones. Su alma.

Aunque últimamente no conseguía muchas victorias.

Se enorgullecía de no beber nunca solo. Pero el propio Jesús no le envidiaría una o dos gotas de consuelo en este momento, mientras observaba el disturbio en la pantalla de vídeo.

Al principio, todo parecía ir según lo planeado. La policía se desplegó y los equipos de noticias estaban listos para capturar el desastre que seguramente sería para los rebeldes cuando su ridículo pequeño grupo fuera aplastado como una cucaracha.

Pero, como cucarachas, de alguna manera habían evadido a esos policías idiotas y torpes, y de repente ya no era una patética tropa de una docena de perdedores, sino una oleada tras otra que inundaba las calles, superando con creces a los policías enviados para controlarlos.

Los censores rápidamente eliminaron cualquier transmisión pública, pero no lo suficientemente rápido. No antes de que se mostraran en todas las pantallas de vídeo de la zona tomas de una multitud enorme y creciente.

¡Chapuceros! ¡Como los policías de la ciudad y los malditos Lash!

Wendell no estaba al mando del Lash ni de la fuerza policial de la ciudad. Bannerman, el chupatiburones que lo hacía, había fallado en la respuesta. ¡Miedo de quedar mal si disparaba contra manifestantes “pacíficos”! Lo siguiente que supiste fue que los “manifestantes pacíficos” habían capturado un autobús lleno de trabajadores que se dirigían a las plantaciones, aterrorizaron al guardia y al conductor, ¡y organizaron una insurrección sangrienta!

Pero eso no fue lo que impulsó a Wendell a servirse una segunda copa mientras miraba la transmisión privada desde la red de cámaras de seguridad. No, era él. De pie allí, en medio de la multitud, presumido como una mosca en la mierda, escupiendo su apestosa propaganda a sus estúpidos seguidores. Incitándolos a una destrucción más ciega, infectándolos con su odio inmundo.

¡Él!

Wendell había jurado erradicar esa podredumbre. Lo haría aunque fuera con su último aliento. Encontraría el asqueroso agujero donde se escondían los rebeldes. Intensificaría la vigilancia con drones, enviaría Intel y Lash, haría lo que fuera necesario para poner fin a la infección antes de que continuara propagándose.

¿Y la infección en tu propia alma?, le susurró una vocecita.

Purgaría la enfermedad mayor, y eso también lo aliviaría a él. Ya no sería tan dependiente de los Primes, ni estaría tan obligado a complacerlos y hacer su voluntad.

Al pensarlo, sintió una pizca de decepción. Imágenes pasaron por su mente, recuerdos de aquellos cuartos traseros a los que iba tan de mala gana y en los que sin embargo, se desempeñaba tan bien.

¡A por él! Se puso de pie y concentró toda su furia en la pantalla de vídeo donde Bird estaba garabateando consignas en el gordo trasero del guardia. Enfocaría esa ira, soplaría esas brasas cuando se apagasen, dejaría que se convirtiera en un fuego rugiente que quemaría todo y cualquier cosa impura.

Levantó la vista hacia el máspreciado de sus jarrones. Una kylix⁶⁰ de figuras rojas de Atenas de la era de Eurípides. Algo hermoso, infinitamente valioso e irremplazable. Una obra de arte histórica, representando el libertinaje. Lo agarró del estante y, sin detenerse a pensar, lo estrelló contra la pantalla de vídeo, contra la multitud y el mal que había en

60 La cílica (del griego κύλιξ kýlix ‘copa’), también conocida como kíl意思, kylix o quíl意思, es una forma típica de la cerámica griega clásica, semejante a un cáliz o al enócoe, y usada para beber vino. Presenta un cuerpo poco profundo y ancho con dos asas opuestas, todo ello levantado sobre un “pie vertical de poca altura”

su corazón. Jarrón tras jarrón, el ánfora de Tebas y los cántaros de Delfos, tazas, cuencos y jarrones, fueron arrojados, destrozados y aplastados bajo los pies.

Como él los aplastaría a todos, a las cucarachas, a los vectores de contaminación, a los esparcidores de inmundicia. ¡Empezando por él!

River se sentó incómodo en el jeep mientras avanzaba pesadamente por el camino de tierra, su motor gimiendo con la empinada subida. Cuatro de ellos estaban apiñados en un asiento destinado a albergar a tres, y la parte trasera estaba repleta de tropas, colgando del borde y aferrándose a las barras antivuelco. La rodilla de River estaba doblada en un ángulo inquietante, y cada vez que topaban con un bache, lo que ocurría aproximadamente cada cuarenta y cinco segundos, el codo de Erik Farmer se clavaba en sus costillas.

Habían dejado a Cress en Troya, con suficiente Ejército de Liberación como para mantener la ilusión de que estaban contemplando un asalto al fuerte de los Stewards en lo alto de la campiña. La ficción no duraría mucho y siempre era posible que los Stewards tomaran la ofensiva y atacaran. River esperaba que eso no sucediera, o que si sucediera, Cress y los demás tuvieran el suficiente sentido común como para refugiarse en la base y esperar. Pero ahora no podía

hacer nada más al respecto, excepto liderar esta fuerza de ataque hasta el corazón de las Tierras del Sur, con la esperanza de aislar a los defensores de los pasos de la ayuda y los refuerzos.

Los exploradores habían trazado esta ruta, mirando mapas antiguos y recorriéndola ellos mismos primero con sus bicicletas eléctricas. Evitaba la carretera principal, con sus puestos de control y tropas, y los llevaría por las montañas hasta el valle de St. Ferd desde el este. Pero el camino no se había utilizado durante mucho tiempo y era tan accidentado y rocoso como el Camino de la Justicia que predicaban los retribucionistas. La noche era oscura y corrían con mínimas luces, por lo que era difícil ver los baches y las rocas. Caía una ligera lluvia, pero a medida que ascendieron y la noche se hizo más fría, la lluvia comenzó a caer como un aguanieve helado y luego una cortina blanca.

El camión se detuvo.

“¿Qué es esta mierda?” se quejó el conductor.

Se amontonaron. Fue un bienvenido alivio estirar las piernas, y River decidió que cuando volvieran a entrar, maniobraría hasta el asiento de la ventana. La noche era helada y él se estremeció, abrazándose los costados para protegerse del fuerte viento. Ante ellos se extendía una alfombra blanca y, cuando sus ojos se acostumbraron a la

oscuridad, vio que un fino polvo plateado rozaba las laderas de las colinas y cubría la maleza.

Extendió la mano hacia una rama cubierta y la tocó. Le quemó y apartó la mano.

“¡Esto es una mierda química!” dijo alarmado. Se arriesgó a conseguir una linterna y alumbró con su potente linterna la ladera de la colina, el camino que tenía delante. Reveló un paisaje de muerte. La materia blanca cubría las colinas más allá, y se extendía más profundamente. El camino por delante estaba enterrado en él. No se veía nada encima. Nada parecía vivo.

Erik Farmer sonrió. “Esto, señores, es lo que llamamos nieve”.

“¿Nieve?” Dijo River. “¿En las Tierras del Sur?”

“Nieve en las montañas, en las zonas más altas”, le aseguró Erik.

“¿En marzo?” –preguntó el conductor con incredulidad.

“No es inusual.”

“¡Pero esta mierda arde! ¡Es mierda química! –exclamó River.

“Lo que sientes es simplemente frío”, dijo Erik. No te hará daño, a menos que permanezcas allí tanto tiempo que se te congelen los dedos de los pies. Básicamente, es agua”.

“¿Qué pasó con el calentamiento global?” –gruñó el conductor.

“Esto es todo”, dijo Erik. “'Calentamiento' probablemente siempre fue un nombre inapropiado. Piensa en los extremos. Olas de calor más intensas. Tormentas más extrañas”.

“Entonces, ¿cómo va a superar esto este ejército?”, volvió River a la pregunta inmediata.

“Podríamos esperar y podría derretirse”, sugirió Erik. “Podría llevar unos días”.

“No tengo días”.

“Podríamos palear, si tuviéramos palas”.

“No tengo palas”.

“Podríamos arar, si tuviéramos un quitanieves. O una topadora podría ser suficiente”.

“Tómate el tiempo para conseguirlo, tráelo aquí. No tengo tiempo. En cualquier momento, los Stewards podrían espiarnos.

“O podríamos dejar los vehículos y caminar penosamente”, concluyó Erik con una sonrisa irritante.

Detuvieron el convoy y se refugiaron en los camiones para calentarse mientras elaboraban un plan.

Los exploradores de la Ciudad improvisaron raquetas de nieve con ramas dobladas y cuerdas. Tenían experiencia con la nieve, porque cuando eran niños, todos los inviernos los llevaban a las montañas. Allí aprendieron a esquiar, a andar con raquetas de nieve, a acampar en invierno e incluso, cuando las condiciones eran propicias, a construir iglús y todas las técnicas de supervivencia. Por la noche, se sentaban alrededor de fogatas o en cálidas cabañas con estufas de leña y aprendían sobre la tierra, los pueblos y la ecología del antiguo Ártico, antes de que el cambio climático hubiera arruinado tantas cosas. La nieve no les preocupaba.

Pero sí preocupó a River y al resto de sus tropas, que nunca antes habían visto ese fenómeno. Tenía los pies terriblemente fríos dentro de sus finas botas. Pisoteó el suelo y se acercó para ver qué estaban haciendo los pichones.

Algunas tropas califias que eran buenas con el hacha habían derribado un sicomoro. River los observó dividirlo en tablas y tallarlas en toscas palas con mangos atados. Mientras tanto, las tropas sacaron de sus mochilas la ropa de abrigo o se pusieron capas de su equipo más ligero. Los

tubos y deudas del ejército de Stewards tenían sus botas. Los californianos del norte tenían botas de montaña resistentes o botas de trabajo. Pero la mayoría de los liberados sólo tenían zapatos de lona endebles o, peor aún, sandalias.

Los exploradores regresaron pronto y los líderes del pelotón celebraron un consejo apresurado. La nieve estaba muy por delante, pero se extendía sólo por un par de millas a lo largo de las partes más altas de su ruta.

Irían a pie, rotando los pelotones de cabeza que abrirían el camino, cavando la carretera detrás de ellos para que los camiones pudieran pasar. A medida que las tropas se cansaran, tropas frescas escogidas entre aquellas con buen calzado ocuparían sus lugares.

Fue una caminata larga y fría durante toda la noche. Se levantó viento y la nieve fresca se arremolinaba a su alrededor y empapaba sus prendas más finas. La nieve se derritió en el cuello de River y goteó por su espalda. Los dedos de sus pies se enfriaron aún más, luego se entumecieron y se preguntó si estarían congelados. Sentía los pies pesados y torpes, como bloques de hielo.

Pero siguieron adelante. Tomó su propio turno al frente, hundiendo su pala improvisada en la nieve y apartándola del camino, pateándola a un lado cuando no tenía una herramienta para usar. Los que venían detrás lo tuvieron

más fácil, caminando penosamente por las huellas que habían dejado los pioneros.

Los camiones, aligerados de sus pesadas cargas, subieron pesadamente las empinadas colinas. Donde la nieve estaba demasiado compacta para moverla, las tropas abrieron un sendero ancho y sólido y palearon tierra encima para darle a las ruedas algo donde agarrarse. De vez en cuando, se hacía un llamado y los marchantes saltaban a la parte trasera de los camiones para darles más peso y tracción. Poco a poco, avanzaron.

Smokee y sus Valquirias marcharon como una unidad hacia la parte trasera de la línea. Una vez ella habría luchado por su derecho a estar al frente, a tomar su turno para abrir camino tal como lo hacían los hombres, pero se sentía extrañamente apagada, renuente, como si la ira que la había alimentado hubiera desaparecido. ¿Dónde estaba su ira, su fuego? Le vendría bien el calor en este momento, estaba temblando con sus tres suéteres y una chaqueta ligera que no los cubría completamente.

Se encontró lamentando no haber pasado más tiempo en la Ciudad explorando sus ofertas y disfrutando de su belleza, no haber almacenado más días como perlas en una sarta de recuerdos para contar durante la noche. Se encontró entreteniendo pensamientos no deseados, como, si River pudiera enamorarse de una chica de placer. Tal vez alguien, algún día, podría amarla. Había otro tipo de calidez, brazos

a su alrededor, como los brazos de su madre la habían protegido en el pasado lejano. Pero eso era demasiado arriesgado para siquiera pensar en ello. Ella no lo quería. Ella no sabía qué hacer con ello.

Ahora sólo quería unos pies calientes, una taza de té caliente y recuperar su pequeño apartamento. Qué generosa fue la Ciudad al haberle dado eso. Qué maravilloso sería ahora tener una habitación y una puerta para cerrar, encerrar a todos fuera y acurrucarnos con una manta, y no tener que hablar con nadie durante días seguidos.

Su hermano se había unido a una unidad de desertores del ejército de Stewards y marchaba delante de ella. Todavía se sentían tímidos e incómodos el uno con el otro, sin saber muy bien qué decir o cómo llenar los vacíos. Smokee pensó que debería sentir una oleada de calidez por él, pero lo que realmente sintió fue asombro y se quedó un poco paralizada. Él no era el niño que ella recordaba. Era un extraño al que apenas conocía, del mismo modo que ella debía serle igualmente extraña a él.

Pero él estaba allí, y si lo encontró, podría encontrar a otros, a su madre, a su hija perdida. Y, sin embargo, no podía reunir la mezcla de esperanza y rabia que la había impulsado durante tanto tiempo. Sólo sentía un gran cansancio y un dolor desgarrador por la matanza y el sufrimiento. De alguna manera había vuelto a ser ella misma, y su yo real no era la víctima amarga ni la furiosa frenética, ni el instrumento de

la justicia ni la punta de lanza de la venganza. Solo una chica con los pies fríos, caminando penosamente a través de una noche larga y fría, con su calor reducido a una brasa que anhela ser un simple fuego de hogar.

Por fin pasó la larga noche. Lucharon por llegar a la cima de las colinas y el camino empezó a descender, de manera no constante, porque había barrancos que cruzar y cañones por los que subir y bajar. Pero la tendencia general era a la baja y, a medida que avanzaban, la nieve disminuía y el camino se hacía más fácil.

El cielo se iluminó y los primeros rayos del sol besaron las blancas cimas de las montañas, tiñéndolas de un brillo dorado. El pelotón que iba en cabeza trepó hasta lo alto de una elevación y luego se detuvo. River y Erik Farmer se apresuraron hacia el mirador.

Debajo de ellos se extendía un lago azul, cuyos brazos serpenteaban hacia el abrazo de las montañas. El sol la golpeaba y el agua brillaba con un brillo dorado.

A su alrededor ardían pequeños fuegos. No era un campamento de montañeses, lo sabía, pero en las colinas había otros campamentos de delincuentes y refugiados que habían escapado de los gravámenes por la deuda y de las prisiones de las Tierras del Sur. Los habían enviado con bastante frecuencia para erradicarlos, en sus días de sojuhs.

De repente oyeron un sonido, el chasquido de un arma al dispararse.

Examinaron el camino de abajo y luego miraron hacia las colinas de arriba. Captaron un destello de metal, otro...

“¡Emboscada!” gritaron. “¡Retroceder!”

Al instante, sus propios francotiradores prepararon sus rifles y apuntaron a la maleza que los rodeaba. Pero estaban en una mala situación, vulnerables a sus enemigos en las tierras más altas. Si comenzaran los tiroteos, no les iría bien.

River respiró hondo y dio un paso adelante con los brazos en alto. Si se trataba de un puesto avanzado del ejército de Stewards, estaba muerto. Pero él no lo creía así. El patrón desordenado de las fogatas no era el de los militares.

Si este fuera un campamento de criminales, podría tener una oportunidad. Deseó que Smokee estuviera aquí. Ella era la que hablaba. Él podía hablar con los razas y los reclutas: ellos lo entendían y él los entendía. Pero para aquellos que alguna vez habían sido personas reales, los abandonados y los renegados, ella tenía el don. Era dolorosamente consciente de sus propias limitaciones, de las palabras crudas y simples que eran todo lo que conocía. Pero no había tiempo para llamarla y todo dependía de él.

“¡Gente del lago!” gritó. “¡Alto el fuego! Dejar que este luchador hable un minuto”.

“¿Qué tienes que decir?” Fue la respuesta burlona.

La voz, el acento, el uso de “tú” le dijeron que no se trataba de razas. Se relajó, sólo un milímetro, porque todavía podría morir aquí. Sin embargo, lo que necesitaba para salvar su vida no era potencia de fuego ni fuerza ni la pura y despiadada brutalidad que sabía reunir. Lo que le salvaría la vida serían las palabras, las palabras adecuadas, si pudiera encontrarlas.

“¡No somos el enemigo!” gritó. “Nosotros” todavía no le resultaba fácil, pero lo usó deliberadamente, porque el raza que todavía fuera parte del ejército nunca lo haría, y los francotiradores en el monte estarían escuchando cada matiz, tratando de decidir quién era a quien estaban enfrentando. “No estoy aquí para echaros o arrestaros. Estoy de paso.

“¿A dónde?” llamó una voz ronca.

“¡A la liberación de las Tierras del Sur!”, gritó River en un tono sonoro.

Una risa cínica fue la respuesta. “¿Tú y quién? ¿Jesús y la banda de Marte? ¿De qué carajo estás hablando?

“Hablo de ti”, dijo River. Las palabras empezaron a llegarle y las dejó fluir. “Ustedes, ¿por qué están aquí? Porque no tenían nada ni adónde ir. ¿Es así?”

“Cierto”, respondió una cautelosa voz de acuerdo.

“¿Pero por qué?” preguntó River. “Sois fuertes, o no sobreviviríais. Sois listos, o seríais esclavos de la deuda sudando en las plantaciones. ¿Por qué tenéis que huir, esconderos y rascar la tierra para comer?”

“Te diré por qué: porque los Primes se lo llevan todo. Chupan sangre como vampiros. Se alimentan de sudor y carne. Y tienen un ejército para mantener el orden.

“¿Pero qué pasará cuando el ejército despierte? ¿Cuando la gente despierte? Nosotros somos el ejército, el ejército enviado a tomar el Norte. Pero cuando llegamos allí, decimos, espera un minuto. Aquí en el Norte, no tienen Primes. Ni esclavos por deudas, ni Renuncias, ni razas, ni corrales. Aquí, todo el mundo tiene derecho a ser quien quiera ser. Quizá estemos en el puto ejército equivocado”.

No podía ver a su público, pero oyó una ligera risita. Tuvo la sensación de que les estaba llegando, al menos aún no le habían disparado. Tomó aire y continuó.

“¡Así que este es el Ejército de Liberación! Junto con nuestros amigos del Norte, marchamos juntos, liberando esclavos endeudados y plantaciones por todo el Valle Central. Marchando hacia Angel City para unirnos a la insurrección allí. ¡Vamos a echar a los Primes de una patada

sobre sus gordos e hinchados culos y a recuperar nuestra tierra y a recuperar a nuestra gente!

“¡Así que uníos a nosotros! Si lo logramos, este lugar será vuestro, libre y claro. Sin deudas. No más esconderse, husmear y raspar. Tenéis derecho a vivir libres, en vuestro propio terreno, a criar a vuestros hijos al sol, sin la sombra de los corrales ni de las plantaciones. ¡Luchamos por eso!

Aclamaciones vinieron detrás de él, y le pareció escuchar un débil aplauso en las colinas.

“¿Cómo sabemos que estás diciendo la verdad?” Llegó el desafío. “¿Cómo sabemos que esto no es un truco de los Stewards?”

“Los mayordomos no hacen trucos”, respondió River. “Si quieren desarraigarte, entran con un par de tanques y bombardean el lugar. O esperan un día despejado y lo bombardean desde el aire. Si fuéramos los Stewards, ya estarían muertos”.

Un largo, largo momento.

Entonces llegó la respuesta.

“De acuerdo, hablemos”.

Capítulo cincuenta y nueve

Cómo hacer una revolución III

Sé como los hongos.

Extiende sus hilos de micelio bajo tierra y conéctalos fuera de la vista. Extrúyelos, extiéndelos, sujetándolos uno con otro en un patrón sin centro que destruir, sin cabeza que cortar.

Luego exuda. Suda el fervor revolucionario que disuelve las viejas estructuras, que desintegra las toxinas.

Amplía tu alcance, vincula rizoma con rizoma. Los arbustos alimentan a sus brotes a través de redes subterráneas de rizomas. Sé un conducto. Toma. Comparte.

Se efímero, mayormente invisible. Aparece en todas partes, durante la noche y luego desaparece.

Pero también sé como los árboles.

Crece lentamente. Empuja hacia arriba desde abajo, cuando estés listo.

Aprovecha las fuentes profundas, pero también aprovecha la luz.

Construye estructura. Flexiona y fortalece tu fibra para que, cuando lleguen las tormentas, puedas mantenerte firme.

Aliméntate de luz, de aire y de agua. Crece.

Crece tan alto que te pueden ver desde todas partes, una silueta valiente que da forma a un nuevo horizonte.

Y no crezcas solo.

***Un siglo de buenos consejos:
La autobiografía de Maya Greenwood***

Yerba Buena: Prensa Califia, 2049

Fuerte e impenetrable, el enorme almacén presentaba una fachada de hormigón en blanco al mundo exterior. Antes del

Colapso, había sido un centro comercial. Ahora la maleza asomaba entre las grietas de un acre de asfalto picado, un estacionamiento para autos que nunca volverían a aparcar. Un camino recién repavimentado, parecido a un río oscuro, conducía a un muelle de recepción donde los camiones retrocedían para ser cargados con astillas. A su alrededor, en la oscuridad, se alzaban casas bajas y en ruinas que alguna vez habían sido prósperos suburbios. Ahora sus fachadas de estuco se estaban cayendo a pedazos, sus céspedes estaban convertidos en tierra dura o estaban llenos de chabolas y apartamentos de mala construcción.

Un río de fuego brotó de la oscuridad circundante. Se encendieron antorchas y voces enojadas entonaron un cántico. A la cabeza estaban las llamas pálidas y frías, los Ángeles vengadores, con su cabello rubio brillando de color rojo con el fuego reflejado. Detrás de ellos, la turba, algunos armados con pistolas y rifles, otros con palos y botellas rotas, otros simplemente con su rabia.

Una línea de soldados custodiaba la entrada. Levantaron sus armas antidisturbios y abrieron fuego, pero la presión de los cuerpos era tan grande que los de cabeza no pudieron detenerse aunque hubieran querido. La multitud se abalanzó sobre soldados y víctimas por igual, pisoteándolos bajo miles de pies furiosos.

Las primeras líneas de los alborotadores corrían peligro de ser aplastadas contra las paredes. Uriel brincó sobre los

hombros de Gabe y saltaron sobre las ruinas de la antigua carpa que había coronado la entrada cuando los compradores se agolpaban allí. Hizo sonar un instrumento y gritó con su voz fuerte y clara, y la multitud se detuvo.

Rafael trepó a un poste de luz, ató una cuerda y saltó mientras cien manos agarraron la cuerda y tiraron de ella. Con gran estrépito, el poste se desplomó. Seis hombres corpulentos lo recogieron sobre sus hombros, lo empujaron entre la multitud que había junto a las puertas y embistieron las puertas del muelle de recepción. ¡Bam! Nada.

“¡Más fuerte!”, gritó alguien. ¡BAM! Una abolladura. Una grieta en la abertura entre la bahía y la cubierta. ¡Bam! ¡Bam! La puerta empezó a combarse. Unos cuantos golpes más y se derrumbó. La multitud se agolpaba, demasiada para pasar por la puerta.

Uriel organizó una fila y pronto comenzaron a salir cajas de patatas fritas y a abrirse y mordisquear paquetes. Los alborotadores sedientos perforaron latas de refresco y bebieron la dulce y oscura bebida. Algunos se sentaron a disfrutar de un picnic, mientras que otros corrieron a casa con su botín para alimentar a sus familias hambrientas.

Cuando el almacén estuvo casi vacío, los Ángeles celebraron una conferencia apresurada.

“¡Celestial!” Dijo Uriel con satisfacción, mirando a su alrededor mientras un último puñado de saqueadores despojaban los estantes. “¿Ahora qué?”

“¿Siguiente objetivo?” –Preguntó Gabe.

Rafael negó con la cabeza. “Esta chusma está acabada por el momento. Los gruñidos atacarán, tarde o temprano. ¡Es hora de volar a casa, al cielo!

Cuando llegaron los escuadrones antidisturbios, el saqueo había terminado. Sólo quedaban unos cuantos carroñeros inconexos. Al oír el ruido de pasos, huyeron. Los Ángeles observaron desde las sombras mientras los soldados tomaban el mando de un almacén vacío y de los tristes cadáveres que cubrían el suelo. Mientras tanto, la multitud estaba de regreso en casa, disfrutando de su botín. Para algunos de ellos, ésta sería la primera vez que comían en días.

Un Ángel trajo la noticia al Refugio, anunciándola al Consejo.

“Hay disturbios por comida en las calles. La turba atacó un almacén y lo saqueó. No será el último. No tienen suficiente ejército para controlarlos”.

Hablaron en voz alta y estalló el caos. Emily estuvo facilitando nuevamente la asamblea esa noche e hizo todo lo posible para que la multitud volviera a algo parecido a una conversación grupal.

“¿Qué significa esto para nosotros?”, planteó la pregunta Bob.

¡Nos estarán buscando!, gritó alarmada una joven madre.

“Los Lash buscarán el Refugio”, coincidió Gabriel. “No tardarán mucho”.

Los técnicos con sus hackeos les habían ganado un tiempo precioso, tiempo para organizar las marchas y las protestas, que habían crecido en las últimas semanas hasta que Angel City pareciera una tinaja rebotante de fermento. Pero ningún codificador podría engañar a los ojos reales de un policía o un Lash.

“¿Huimos o lo defendemos?” Bird se puso de pie. “Eso es lo que tenemos que decidir”.

“¡Defenderlo!” Se escuchó un fuerte grito de la multitud.

“No tenemos a dónde huir”, dijo Tianne. “Este es el lugar que hemos construido. Incluso si morimos defendiéndolo, eso será más de lo que teníamos antes”.

“Todo eso está muy bien para nosotros”, dijo Emily, saliendo de su papel de facilitadora. “¿Pero qué pasa con nuestros hijos? ¡No podemos sacrificarlos!

“Tal vez podríamos enviarlos a un lugar seguro”, sugirió Madrone. Sintió un frío nudo de miedo en sus entrañas por sí misma, pero abrumado por un terror aún mayor. Se imaginó mirando los cuerpos destrozados y ensangrentados de Zap y Zoom, y los otros niños de brillante rostro con los que jugaban. No, era impensable. Apenas empezaban a volver a ser niños. ¿Cómo podía dejar que les robaran la vida?

“¿Enviarlos a dónde?” Preguntó la señorita Ruby.

“Al Norte”, dijo Madrone.

“¿Cómo?”

Bird pensó rápidamente. Sí, con la ayuda de los montañeses y la marina, era posible.

“Descubriremos el 'cómo'”, dijo. “La pregunta es, ¿es eso lo que queremos hacer? ¿Enviar a los niños a un lugar seguro mientras nosotros nos quedamos y defendemos el Refugio?

“¡Sí!” fue la atronadora respuesta.

Madrone se ofreció voluntaria para contactar a los montañeses, de mala gana porque realmente quería

quedarse y preparar el centro de curación para la batalla. Pero los montañeses la conocían y confiaban en ella, y Beth era bastante capaz de establecer áreas de clasificación e inventariar los suministros.

Ella estaba asustada. Ésa era la verdadera fuente de su desgana. Aunque no estaba segura de si tenía más miedo de quedar atrapada fuera del Refugio o de quedar atrapada dentro cuando estuviera bajo asedio. Pero al menos entonces estaría con Bird y los demás.

Subió en bicicleta hasta las colinas, esforzándose por hacer el viaje más rápido que nunca antes, y llegó al campamento al amanecer, sudorosa, sin aliento y sedienta. Una conferencia apresurada con Hijohn les aseguró un camión para esa misma noche. Mientras él y los otros montañeses trazaban una ruta, ella se alejó del campamento y subió a una colina alta desde donde podía comunicarse por radio con la marina sin temor a que rastrearan la señal.

“Recibido”, llegó la voz de una joven.

“Copiado, aquí Árbol Rojo”, dijo Madrone, usando su nombre en clave.

“Copiado Árbol Rojo. Aquí Big Pink.

“¿Gran Rosa?” Algo en la voz, incluso por encima del crujido de la radio, le sonaba demasiado familiar. Alarmada,

rompió todos los códigos de protocolo. “¿Rosa? ¿Qué demonios estás haciendo aquí abajo?

“Gran Rosa”, respondió la niña con calma. “Estoy atendiendo las comunicaciones. ¿Tenías a alguien con quien quisieras hablar?

Madrone tenía mil cosas que quería decir, pero se contuvo. Ahora no era el momento. Aún así, cuando viera a Rosa e Isis y a Sara también, las diría ¡Fuerte!

“Chica pirata”, dijo.

Una conferencia apresurada con Isis consiguió la ayuda de la marina.

“Sufrió algunos daños graves y muchas víctimas”, le dijo Isis. “Pero tenemos uno o dos transbordadores viejos que podemos desplegar para hacer eso”.

Rápidamente, elaboraron un plan. No fue hasta que se cubrieron todos los detalles que Madrone dijo: “¿Cómo diablos Hécate llegó Rosa a esta misión?”

“Esa es una historia”, dijo Isis. “Mejor contarla en otro momento. Pero no te preocupes por ella. La mantendremos a salvo”.

“¡Enviarla de regreso con el transporte!” –suplicó Madrone.

“Ese es el plan.”

Madrone, después de una hora intermitente de sueño bajo el sol, pasó la tarde atendiendo las enfermedades de los montañeses y las heridas que habían adquirido en las redadas. Les preparó una buena cantidad del elixir de refuerzo para la abstinencia y del antiviral y antibiótico general. Luego partió después del anochecer para regresar al Refugio.

“Estoy fuera de forma”, pensó. “Demasiada curación y trance, y poco ejercicio aeróbico”. Pero el camino de regreso fue cuesta abajo y avanzó a buen ritmo, impulsada por la ansiedad. ¿Estaría rodeado el lugar? ¿Podrían sacar a los niños?

Evitó la entrada principal y se dirigió a uno de los caminos secretos, el túnel que conducía a través de un laberinto de ruinas y salía al Sector Este. Nadie parecía estar mirando, y el guardia la reconoció y la dejó pasar.

Convocaron un consejo especial al amanecer y dedicaron el día a preparar a los niños. Fue un día terrible y lleno de lágrimas que Madrone nunca quiso revivir. Ella estaba en el meollo de todo, haciendo las maletas para Zap y Zoom, asegurándose de que tuvieran su ropa favorita y que Zap tuviera su osito de peluche con el que sabía que dormía en secreto. Ella y Bird dejaron a los niños en el suelo para despedirse.

“Chicos, tengo algo serio que contarles”, comenzó. “Sabéis que esperamos que los Stewards ataquen este lugar en cualquier momento. Cuando lo hagan, no nos iremos simplemente”.

“Vamos a luchar”, dijo Zoom con satisfacción.

“Lo haremos”, dijo Bird. “Al menos vamos a defender este lugar, con suerte, con otras armas que no sean pistolas. Pero queremos que ustedes, muchachos, estén a salvo, y todos los demás niños también. Así que os enviaremos a un lugar seguro”.

“No quiero ir”, dijo Zap.

“Lo sé”, dijo Madrone. “No quiero que te vayas. Pero quiero que estés protegido”.

“Dijiste que nunca nos despedirías”, dijo Zoom, con el labio tembloroso.

“¡Oh cariño, no te despedimos porque no te queramos! Te queremos. ¡Te amamos! Por eso queremos que estés a salvo, lejos de la batalla”.

“Iremos a buscarte de nuevo”, prometió Bird. “Vas al Norte, de donde venimos. A la Ciudad hermosa. Iremos a buscarte allí y te mostraremos todos los parques, las áreas de juego y las Rutas de Aprendizaje”.

“No si te matan a ti primero”, dijo Zap.

“Bueno, esperamos que no lo hagan”, dijo Bird. “Pero si lo hacen, moriremos más fácilmente sabiendo que estás a salvo y que otros cuidarán de ti”.

“¡No quiero ir!”, repitió Zap obstinadamente.

Esas conversaciones y discusiones se desarrollaron aquel día en un centenar de familias, entre lágrimas y gritos, en medio del frenético embalaje y de los continuos preparativos para un posible asedio. La escena en la plaza esa noche fue desgarradora, con los padres abrazando a sus hijos posiblemente por última vez y dándoles frenéticas últimas instrucciones. El rostro de Emily estaba gris de preocupación cuando se despidió de Hannah y Heather. Lila había elegido ir con el convoy y Annabel se aferró a ella mientras se hacía cargo de los otros salvajes rescatados y de los niños asustados.

Al final se acercó la medianoche, se dijeron las últimas despedidas y, mientras Beth administraba té calmantes a los angustiados padres, Madrone, Lila y los exploradores condujeron a los niños en grupos de veinte (algunos por la entrada principal, otros por la trasera) hacia el exterior, a dos puntos de encuentro que habían acordado. Ambos

estaban a pocas cuadras del Refugio, pero en direcciones diferentes, para el caso de que alguien fuera visto.

Madrone lideró uno de los primeros grupos y luego regresó al Refugio para otra ronda. Algunos de los exploradores irían con el convoy, junto con Lila y un par de adultos que se habían ofrecido como voluntarios para ayudar a escoltar a los niños en lugar de quedarse a ver la pelea. La primera ola pasó sin problemas, y la segunda ola la siguió de cerca. Zap y Zoom estaban en la tercera ola y Madrone había decidido dejar que alguien más los dirigiera. Mejor despedirme en el Refugio, como todos los demás padres.

Pero cuando fue a la plaza donde estaban reunidos los últimos niños, encontró a Bird buscando frenéticamente.

“Falta Zap”, dijo. “Se está escondiendo. ¡Maldita sea!”

“Has comprobado...”

“Revisé por todas partes. Su habitación, nuestra habitación, la escuela, sus escondites favoritos. Pero ese chico no es estúpido. Si no quiere que lo encuentren, no lo encontrarán”.

“El convoy está saliendo”, dijo Madrone. “No puede esperar”.

“Entonces tiene que aparecer”, dijo Bird.

“¡Yo voy!”, dijo Zoom con orgullo. “¡Quiero navegar en un barco y ver el Norte!”

Madrone le dio un fuerte abrazo, estrechándolo tan cerca que se apartó en señal de protesta.

“¡Me estás asfixiando!”, se quejó él.

“Te amo”, dijo, dándose cuenta de lo mucho que lo hacía. Este niño herido, engreído e irritante al que habían salvado de la muerte... ¡se había vuelto tan querido para ella!

“Yo también te amo”, dijo Bird.

Madrone se arrodilló y le dio a Zoom un beso en la mejilla. Para su sorpresa, él la abrazó, la achuchó y le devolvió el beso.

Nunca antes había hecho eso.

Entonces la fila de niños y exploradores se alejó y él desapareció.

Zap salió a tiempo para desayunar, sonriendo e impenitente. Madrone estaba tan enojada que se soltó y le gritó.

“¡No me sonrías así, mocoso desobediente! ¿No sabes lo que has hecho?”

Pero, por supuesto, él sí lo sabía, y permaneció tranquilo, estoico y satisfecho de sí mismo bajo el bombardeo. El convoy se había ido y no había forma de que pudieran enviarlo ahora. Temblaba tanto de ira que Bird finalmente la empujó suavemente hacia el dormitorio y cerró la puerta.

“Me ocuparé de él”, dijo. “Vas a tener las abejas encima en un minuto”.

Bird se agachó para mirar a Zap y abrió la boca para pronunciar un sermón sobre seguridad y obediencia. Pero no pudo evitar recordar a otro niño, de diez años, que se escapó de casa con su patineta la mañana del Levantamiento.

Había sido muy diferente de Zap: un niño amado e inocente que nunca había conocido el miedo o el dolor hasta esa mañana. Lo recordaba muy vívidamente, rebuscando en su armario su guante de béisbol para estar equipado para lanzar botes de gas lacrimógeno caliente. Agarró su patineta y luego remolcó a Madrone, reacia y aterrorizada, hasta la clínica de emergencia improvisada en el garaje del sótano y la abandonó allí. Se sintió un poco culpable por eso. Pero allí era donde ella había exigido ir. Siempre había dicho que quería ser doctora, como su madre, y perdió el miedo mientras ayudaba a los médicos a lavar los ojos de las víctimas de los gases lacrimógenos.

Recordó haberla visto en la puerta de la clínica improvisada, iluminada por el sol, con su cabello rebelde como un halo. Una fila de pacientes se arrodilló ante ella como adoradores, mientras ella atendía sus ojos, un pequeño ángel de misericordia.

Tal vez fue ese momento el que la convirtió en sanadora. Sin duda, fue el momento en que algo cambió en él, cuando la vio no sólo como su pequeña y molesta amiga, sino como algo mucho, mucho más.

Luego volvía corriendo a la calle: el ruido, los cánticos, la loca emoción de todo eso. Maya, Johanna y las otras ancianas estaban en el centro de una gran multitud, blandiendo picos y plantando pequeños árboles jóvenes. Detrás de la multitud estaban los tanques y los soldados del ejército. El gas se arremolinaba a su alrededor en nubes brumosas, pero se pusieron pañuelos y siguieron adelante.

Había observado a su abuela, asombrado por la admiración. Entonces algo llamó su atención. En las filas de las tropas había un artillero, sentado en un vehículo blindado de transporte de personal. Bird lo vio blandir su rifle y apuntar a Maya y las mujeres. Durante un largo momento, el tiempo pareció detenerse. Todo lo que podía pensar era: ella va a morir y no hay nada que pueda hacer.

Entonces una bomba lacrimógena pasó volando a su lado. Y de repente había algo que podía hacer.

Saltó y lo atrapó con su guante, saltó a su patineta y corrió hacia el APC⁶¹, chorreando gas, gritando a la gente que se apartara de su camino. Tenía algunos recuerdos locos de saltar escalones, deslizarse por bordillos increíblemente estrechos, pero todo sucedió en menos de un momento, y luego estuvo dentro del alcance y lanzó.

Después de veinte años, todavía podía sentir ese globo en su brazo lanzador, con los ojos fijos en el artillero, su mente confiando en su cuerpo para enviar la lata en la trayectoria correcta para alcanzar su objetivo.

Y lo hizo, golpeando al artillero en su estómago, arruinando su puntería y el disparo salió desviado. Mejor que eso, el bote cayó dentro del APC, escupiendo gas, y todos los soldados que lo tripulaban escaparon corriendo.

Estaba inundado de pura alegría y orgullo. Todavía lo sentía, veinte años después, al recordar aquel lanzamiento. Quizás ese fue el momento que lo convirtió en un guerrero.

Entonces su padre, entre los médicos, lo espió y le gritó, y Bird le gritó: “¡Mira lo que hice!”. Su padre se giró y dio un paso adelante...

61 El transporte blindado de personal (TBP), también conocido por sus siglas en inglés APC (Armoured Personnel Carrier), es un vehículo blindado de combate ligero diseñado para el traslado de la infantería.

Una bala explotó en el pecho de su padre y Bird vio cómo se hundía en un charco de su propia sangre y moría.

O tal vez ese otro fue el momento que lo convirtió en un guerrero.

Se sentó por un momento, mirando a Zap, quien ahora había apretado la mandíbula en una línea obstinada. Su propio padre debería haberlo encerrado en el sótano, pensó. Un niño de diez años no tenía nada que hacer en medio de una batalla. Zap sólo tenía seis o siete años, por lo que podían suponer. Pero aquí no había ningún sótano seguro donde encerrarlo. La seguridad había desaparecido con el convoy, y Zap había tomado su decisión.

“Sabes”, le dijo Bird, “yo era un poco mayor que tú durante el Levantamiento en el Norte. El día que llegaron los tanques, mis padres me prohibieron absolutamente salir de casa. Se suponía que debía quedarme en casa y cuidar de Madrone. Pero tenía muchas ganas de salir a la calle y entrar en acción. Entonces sé cómo te sientes”.

“¿Qué hiciste?” Preguntó Zap, mirándolo furtivamente.

Pájaro sonrió. “¿Qué piensas? Me escapé. Tenía mi patineta para poder enviar mensajes. Tenía un guante de receptor para recoger latas de gas lacrimógeno calientes. Puede que haya salvado la vida de mi abuela. Probablemente causé la muerte de mi padre”.

“¿Le disparaste?”

“No. Lo distraí, lo hice estar en el lugar equivocado en el momento equivocado”.

Zap negó con la cabeza. “La mala suerte lo mata a él, no tú”.

¿Era eso cierto?, se preguntó Bird. O mejor dicho, ¿cómo no era cierto? ¿Había estado cargando con la culpa por la muerte de su padre todos estos años, con razón o sin ella? Sí Zap, este niño testarudo demasiado familiarizado con la muerte, le había ofrecido la absolución que no sabía que necesitaba.

Debería sentir ligereza, liberación, pensó. Pero lo que realmente sintió fue una repentina sensación de vértigo, como si estuviera tambaleándose en un estrecho saliente sobre un profundo abismo. Su culpa había sido su cuerda de amarre, su cuerda de seguridad. Lo mantuvo atado a algo sólido, a algún sentido de estructura. Sin él, podría caer en este vórtice donde no había causa, ni agencia, ni control, sólo fuerzas impersonales de la suerte y el azar.

Sin embargo, por más que lo intentó, no pudo recuperar su sentimiento de culpabilidad. Tendría que escalar libremente sin él. La batalla se avecinaba, y el hecho de que él y sus seres queridos vivieran o murieran no estaba, nunca había estado, bajo su mando.

“Bueno, ya estás metido en esto”, le dijo a Zap. “Así que trata de tener buena suerte”.

Capítulo sesenta

El general Wendell estaba sentado encorvado sobre su escritorio en su centro de mando, redactando un memorando para los principales Primes y políticos. Estaba dolorido y cansado después de una larga noche de rodillas, una noche de penitencia y oración. Dios lo estaba castigando por algo, pensó. ¿O era el mismo diablo, enviando a sus secuaces tras él? ¿Era por eso que seguía sin conseguir la captura, la ayuda demoníaca?

Pureza. Eso es lo que se necesitaba para luchar contra los demonios. Pureza de mente y cuerpo, pero aún más importante, pureza de propósito. Estaba poniendo en riesgo su carrera con este memorándum, pero estaba bien. Ya no tenía que adularlos más, engatusarlos y pretender estar de acuerdo con su decadencia. Un militar mantiene su concentración en el objetivo e ignora las distracciones.

Y la situación requería un militar al mando. Así que recomendaba que pusieran a Angel City bajo la ley marcial.

Entonces controlaría a la policía, a los Lash y a los escuadrones antidisturbios, y a todos los demás. Podría coordinar sus propias tropas y los escuadrones de drones. ¡Él sería quien sometería a la ciudad!

¡Y él no se mostraría débil al respecto! Este trabajo era demasiado difícil para que lo hiciera un sentimental. Haría lo que fuera necesario para ganar.

Porque si no ganara ahora, no quedaría nada.

La chusma se había despertado, el ejército de los pichones estaba en marcha y, debido a los fracasos, las tropas eran escasas sobre el terreno. Pero si reunimos todas las fuerzas bajo un solo mando, golpearían como un puño.

Finch, su ayudante, entró silenciosamente y se puso firme.

“Señor.”

“¿Qué sucede?”

“Señor, atacaron el Depósito de Distribución 113 y lo abrieron. Los guardias estaban pidiendo refuerzos cuando cayeron...”

“¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?”

“Una turba, señor”.

Así había comenzado. Tal vez esto le vendría bien: mostrarles a los Primes lo que estaba en riesgo.

“¿Qué respaldo tenemos para enviarles?” –Preguntó Wendell.

“Podríamos suspender la búsqueda del escondite de los rebeldes en la 101...”

“¡No!” Wendell sacudió la cabeza con vehemencia. Necesitaban encontrarlo, eliminar a los líderes de esta insurrección. La primera regla de la guerra. Córtales la cabeza al monstruo y el monstruo caerá.

Eso era mucho más importante que disputar cada licorería que la chusma decidiera saquear. Se necesitaba un líder con una mente estratégica para verlo y mantener el enfoque claro.

“¡Pero no quiero volver al Norte!” Rosa apretó una cuerda alrededor de la cornamusa de la vela mayor como si estuviera estrangulando a un enemigo mortal, con los labios apretados en un gesto de mal humor.

Isis la miró con las manos en las caderas y suspiró. No tenía energía para esta discusión, sobre todo porque si fuera por ella, dejaría que la chica se quedara.

“Teníamos un trato”, le dijo Isis a Rosa con firmeza.

“Pero un acuerdo puede cambiar”. Rosa se giró y probó una sonrisa dulce y cautivadora. “Me gusta ser parte de la marina”.

Mejor que estar de mal humor, pensó Isis, pero no estaba dispuesta a aceptarlo. “Eres parte de la marina, estás bajo órdenes. Las órdenes dicen que debes regresar a la zona segura. Ya has estado demasiado cerca del fuego”.

“¡Eso es discriminación por edad!”

“Absolutamente.”

Rosa abrió la boca para discutir, pero Isis se limitó a mirarla fijamente, con cara de piedra y ojos duros. Rosa huyó a la cocina, donde alivió sus sentimientos golpeando ollas y sartenes y arrojándolas contra el fuego. El arroz estaba ligeramente quemado y el pescado demasiado cocido, pero Isis no dijo una palabra cuando bajó a cenar. Ella simplemente tomó un sorbo de vino y le sonrió a la niña.

Después de media hora de silencio, Isis finalmente perdió la paciencia.

“Mira, tienes edad suficiente para estar en la marina, edad suficiente para no ponerte de mal humor y quejarte ante las órdenes. Harás un trabajo para nosotros, acompañando el transporte de regreso al norte. Si no eres tú, alguna otra sal tiene que hacerlo y no podrá quejarse”.

“Es un trabajo inventado”, se quejó Rosa.

“¡No! Es una regla. Cada barco tiene una escolta por si hay problemas”.

“Entonces, ¿qué hago en el Día de la Victoria si el Winstanley se hunde? ¿Meter a todos los supervivientes en el bauprés?

“Corres en busca de ayuda”, le dijo Isis.

Su papel no era tan malo, admitió Rosa un día después. Por supuesto, ella nunca lo admitiría ante Isis. Había seguido al Winstanley, un ferry recuperado que una vez había surcado la bahía desde la Ciudad hasta Marín. Regresaron a la costa, un viaje tranquilo pero, aun así, reconoció, era divertido ser la capitana del Día de la Victoria, tomar sus propias decisiones e izar sus propias velas. Sabía que Isis confiaba en ella; de lo contrario, no la habría dejado irse en el barco de la propia pirata, su orgullo y alegría.

De todos modos, el resto de la marina todavía estaba lamiéndose las heridas, reparando el buque de guerra y explorando las rutas marítimas de nuevo. Livingston no había regresado de la nave Giro. Todos los demás sintieron lástima pero ella todavía no confiaba en él. Tal vez le había pagado al Capitán del Giro para que fingiera secuestrarlo. ¡Quizás había sido él quien había enviado a la armada de los Stewards contra ellos!

Lo que fuera. Se había ido y eso era un alivio. Ella había evitado las reuniones en el buque de guerra, las comidas comunes y las fiestas, quedándose sola en el *Victory*, fuera de su camino. Pero ahora, cuando fondearon por la noche, ella remó hasta el Winstanley y cenó con la tripulación. También era agradable tener compañía, alguien más cocinando para variar y pasar el rato con los marineros, jugar a las cartas e intercambiar historias. No la miraban con lástima ni con acusaciones, simplemente la aceptaron como una más.

La cita estaba prevista para las tres de la madrugada. El cielo estaba nublado y sólo la tenue luz de las estrellas proyectaba un suave resplandor a través del velo de bruma. Los montañeses habían elegido un tramo de playa desierta donde las montañas costeras llegaban hasta la orilla. Habían llevado a los niños a las colinas en camiones y los llevaban cuesta abajo los últimos kilómetros, cargando a los más pequeños, por un sendero secreto a través de la maleza que sólo la Resistencia conocía.

El Winstanley ancló lejos de la costa. Todos los botes, botes de remos y balsas de goma de la flotilla estaban reunidos, listos para enviar lanzaderas de regreso a la costa.

Rosa aproximó el Día de la Victoria. Con su quilla poco profunda, podía anclar en aguas de apenas cinco metros de profundidad. Esperaron, mientras el estallido de las olas comenzaba a relajarse y suavizarse a medida que el viento amainaba. Y siguieron esperando...

Por fin... un destello de luz en las colinas. Rosa forzó la vista para ver a través de la oscuridad cómo pequeños barcos surcaban las olas a su alrededor.

“¡Ahoy!” oyó un grito y arrojó la escalera de cuerda hacia abajo. Un bote rozó el costado y ella hizo una mueca de dolor temiendo el trabajo de pintura del *Victoria*. Una por una, cinco pequeñas figuras se acercaron corriendo. Entonces el barco se alejó con otro doloroso chirrido y una zodiac de lados blandos se aferró.

A medida que la cubierta se llenaba con un barco tras otro, levó el ancla para estar lista para partir. Cuando las cubiertas estuvieron llenas de treinta o más niños, encendió los silenciosos motores eléctricos y salió.

“Apuraos, apuraos”, instó a los niños mientras colocaba con destreza el *Día de la Victoria* junto al Winstanley. La tripulación a bordo arrojó escaleras de cuerda y algunos de

ellos bajaron para cargar a los que eran demasiado jóvenes para subir.

Tan pronto como estuvieron a salvo a bordo, Rosa volvió a acelerar los motores mientras la tripulación subía las escaleras. Había arriado las velas. Había mucha energía en las baterías y ésta era una misión que necesitaba velocidad y eficiencia, no los caprichos del viento. Regresó y mantuvo el barco firme mientras un enjambre de zodiacs lo rodeaba, con niños trepando por los costados y sobre las barandillas. Los organizó, enviando algunos a la cocina mientras otros se aferraban a las barandillas y pululaban por la cubierta.

Se sintió regocijada. Después de todo, esto era peligroso y emocionante, y sabía que su habilidad con el barco, su eficiente dirección y navegación, ayudaban a ahorrar preciosos minutos del tiempo necesario para transportar a más de cien niños de la costa al barco. Cada momento aumentaba el riesgo de ser descubiertos.

Un viaje, dos viajes. Un tercero... y había niños apiñados en la cabina, sentados de dos en dos en las literas, colgados de las barandillas.

“Una última carga”, gritó un montañés mientras llegaba en un bote de remos con siete niños a bordo. “¿Puedes llevarlos? A continuación nos iremos de aquí”.

De algún modo encontraría sitio. Hasta el momento su suerte había sido buena, pero ella realmente quería que este transbordador fuera el último. Ella le arrojó una cuerda y él acercó el bote de remos a la escalerilla del barco. Los niños más grandes treparon y luego el niño más alto se inclinó para agarrar a una pequeña mientras el montañés la levantaba. Pero él no era un marinero, se dio cuenta Rosa, ahogando un grito de advertencia cuando él se inclinó demasiado, perdiendo el equilibrio con un fuerte grito. Se recuperó justo a tiempo antes de que el barco se volcara, se arrojara hacia atrás y se estrellara contra la borda, dejando a la pequeña niña colgando en las manos de un niño de diez años.

La niña gritaba y pataleaba frenéticamente mientras el niño mayor se aferraba a ella y le gritaba. Todos los niños gritaban y lloraban, olvidando la necesidad del silencio, y el sonido resonaba sobre el agua.

Rosa se quedó helada. Necesitaba un momento para apagar el motor y correr hacia el lugar del desastre. Pero antes de que pudiera llegar allí, un niño saltó por la borda, bajó la escalera y agarró a la niña por la cintura. La abrazó con fuerza contra la escalera y el costado del barco mientras ella lloraba. Luego, las manos serviciales de algunos de los niños mayores y más fuertes se alargaron y la levantaron. El niño se levantó como un mono.

En algún lugar lejano de la playa oscura, se encendió una luz, como si el ruido hubiera despertado a algunos Primes en su finca frente al mar.

“¡Suelta el cabo!”, gritó Rosa al montañés que se frotaba el brazo dolorido. Él la miró sin comprender.

“¡La cuerda! ¡Desata tu barco!

“¡Me rompí el maldito brazo!”

Escuchó un zumbido proveniente del aire. ¿Un dron de reconocimiento?

“No importa. ¡Sólo déjate llevar!

Ella no esperó a ver si él obedecía, simplemente aceleró el motor y salió corriendo hacia el Winstanley. Su corazón latía con fuerza. ¿Qué pasaría si el dron les colocaba rastreadores? ¿Y si no fuera sólo de reconocimiento, sino que estuviera armado?

La niña seguía llorando. Ruido: ¡un dron podría captarlo!

“Llevala a la cabina”, gritó Rosa. “¡Cerrad la maldita puerta!”

Los gritos se convirtieron en un gemido más ahogado y luego se desvanecieron lentamente. Esperaba que alguien estuviera consolando a la niña además de silenciándola.

Agarró el timón con fuerza y respiró hondo varias veces para calmarse. No podía permitirse el lujo de entrar en pánico; después de todo, ¿no había defendido su derecho a ser parte de las misiones peligrosas? ¿Quería demostrarles que tenían razón, que era demasiado joven para esto?

Se obligó a mantener la calma y seguir el rumbo de regreso al barco. Allí yacía, y de nuevo se abalanzó sobre él, ató la cuerda y ayudó a impulsar a los niños a subir las escaleras, uno tras otro.

Casi todos estaban despiertos cuando el zumbido se hizo más fuerte. Un rayo de luz barrió el mar y el ardiente silbido de un láser quemó una de las zodiacs, que reventó con un fuerte estallido.

Entonces sonó un disparo desde la cubierta del Winstanley *y el dron estalló en una explosión de llamas.*

“¡Muévanse!” les gritó a los dos últimos niños en la escalera. Se apresuraron, aterrorizados, y ella deseó desesperadamente seguirlos hasta la relativa seguridad del gran barco. Pero Isis le había confiado el *Victoria*. Ella no podía abandonarlo.

Con manos temblorosas, soltó el barco, se alejó del Winstanley y rápidamente izó las velas para aprovechar la brisa. Le quedaba algo de energía en la batería, pero no la suficiente para pasar una larga noche evadiendo la

persecución y siguiendo al gran barco. Necesitaba viento. La Diosa no proporcionaba mucho, pero usaría el que había. El Winstanley puso rumbo al norte y ella lo siguió.

“Gran Madre Noche”, murmuró, “extiende tu manto de oscuridad y escóndenlos. Agítalo suavemente y llena nuestras velas de viento”.

Era la primera vez que oraba desde que murió su propia madre. “Está en los brazos de la Madre María”, habían dicho las monjas. “Está en los brazos de la Gran Madre”, le había asegurado Allie. ¡Que se joda eso! Quería que su madre la rodeara con los brazos y la protegiera. ¿Qué clase de Madre estúpida deja morir a madres y bebés? ¿Que los hombres hicieran las cosas que le habían hecho a ella?....

Ella se estremeció. Se levantó una ligera brisa, como si la noche y el océano estuvieran respondiendo a su oración.

No siempre puedo protegerte. No puedo evitar que te hagan daño. Pero mis brazos siempre están abiertos y nunca he dejado de amarte.

El viento en las velas cantaba con voz de mujer. ¿Era su madre? ¿O la Madre? ¿O simplemente alguna gran fuerza maternal en el universo que levanta el rocío de las olas y lo envía de regreso a la costa en forma de la lluvia que da vida?

Ella no lo sabía y realmente no le importaba. Simplemente dejó que la envolviera y la llevara al abrazo de la noche.

Capítulo sesenta y uno

Cómo hacer una revolución IV

¿Cómo se enciende un fuego?

Sepa cuál será su yesca, cómo hará una chispa, cómo la capturará y la alimentará con llamas.

Ponga leña, un trozo de papel, ramitas pequeñas, agujas de pino, cosas que sean livianas, que se incendien fácilmente pero que no tengan resistencia.

Coloque las ramitas más grandes, ramas delgadas. Necesitarán estímulo para ponerse en marcha y se agotarán rápidamente. Pero ese es su propósito: no sostener, sino encender.

Coloca las ramas más grandes, las que arden calientes e intensifica tu pequeño fuego hasta convertirlo en llamas.

Por último, los troncos. Aquellos que dan mucho calor y tardan en incendiarse. Ten paciencia, porque cuando lo hagan arderán durante mucho tiempo, de forma constante. Ahora puedes cocinar: ahora puedes hacer la verdadera transformación.

Cuando las llamas se apaguen y parezca que no queda nada, revuelve las brasas.

Cuanto más profunda es la ceniza, más probabilidades hay de encontrar algo ardiendo: una última brasa, una chispa para encender la siguiente conflagración.

***Un siglo de buenos consejos:
La autobiografía de Maya Greenwood***

Yerba Buena: Prensa Calafia, 2049

Los camiones bajaban de las montañas, repletos de reclutas, con nuevos voluntarios apiñados en los techos y colgados de los costados. Debajo de ellos se extendía el amplio panorama del valle de Saint Ferd, una extensión plana de tierra que en tiempos había sido campos de

naranjos y granjas y luego suburbios y centros comerciales. Ahora estaban volviendo a ser franjas de tierras de cultivo repletas de almacenes, divididas por franjas más densamente pobladas alrededor de las antiguas autopistas.

Llamaradas rojas de edificios en llamas salpicaban la llanura, y de ellas salía humo, que se convertía en una neblina opaca, como si no tuviera el espíritu que necesitaba para elevarse. Borraba las pocas estrellas visibles, pero reflejaba suficiente luz como para que el resplandor rojo de los fuegos y el blanco de las luces artificiales se combinaran para crear una neblina rosada y brillante.

Smokee resopló. El aire transportaba el fuerte hedor del fuego mezclado con productos químicos. Lo saboreó: el perfume de la insurrección. Ahumada, como su nombre.

A lo lejos, al otro lado del valle, una cadena montañosa más baja albergaba los refugios de los montañeses y los cañones cerrados donde la élite de los Primes construía sus mansiones. Más allá de eso, en las llanuras de abajo, se encontraba el corazón urbano de Angel City.

Pero primero tenían que cruzar esta llanura, cubierta de llamaradas rojas y nubes arremolinadas como rabia visible, oscuras contra el brillo rubí.

De repente sintió un gran anhelo de algo más. Un viento limpio y fresco del océano para barrerlo todo y dejar el aire

limpio. Una brisa con sabor a sal en sus pulmones, cielos azules y el amanecer dorado de un nuevo día...

Basta de cavilaciones. Se estaban mudando.

Bajaron de las colinas y marcharon por las antiguas autopistas. Ahora empezaron a oír el rugido de la multitud. Debajo de ellos, podían ver enjambres rodeando una de las grandes tiendas que servían a los Stewards como almacenes. Por todo el Valle estaban en llamas.

Desde hacía días, las turbas habían estado atacando los almacenes, saqueando las reservas de alimentos y bienes que los pobres no podían permitirse comprar. La policía y las tropas de los Stewards se vieron en apuros para mantener cualquier apariencia de orden. Tan pronto como sofocaban un motín, estallaba otro en otra parte de la ciudad. Abajo ardían cien fuegos, como si un ejército de gigantes estuviera acampado en la amplia llanura.

El Ejército de Liberación bajó por una vieja rampa de salida y se detuvo en una ligera elevación del terreno que dominaba la escena de caos que rodeaba uno de los almacenes. Grupos de hombres decididos derribaban las puertas y abrían agujeros en las paredes con mazas. Los alborotadores gritaban y bailaban sobre el capó del auto privado de algún Prime, que se abollaba bajo su peso.

Un coche viejo se precipitó hacia la pared del almacén. Justo antes de chocar, el conductor saltó, dejándolo estrellarse contra la pared como un misil.

La multitud entró. Se oyó el débil estampido de algunos disparos desde la entrada, pero pronto fueron silenciados. Nada pudo resistir ese torrente de ira.

Smokee, que observaba, se sintió al mismo tiempo eufórica y asustada. Esta furia eclipsaba incluso la suya propia y la hacía sentirse pequeña y vacía. ¿Qué podría hacer ella ante esto? ¿Cómo se podrían escuchar palabras sobre este rugido ensordecedor?

Y, sin embargo, Erik Farmer le estaba entregando un micrófono, regalo de la Ciudad con su amor por las manifestaciones, los festivales al aire libre y las reuniones masivas, y de sus técnicos que habían pasado veinte años perfeccionando sus sistemas de sonido para dirigirse a las multitudes. Su voz podría superar el trueno. ¿Pero qué diría ella? ¿Qué palabras podrían convertir a esta turba en una lanza de liberación?

Algún instinto le dijo que simplemente igualara la energía. Ella gritó un canto:

*“¡No más esclavitud, no más deuda!
¡Los Stewards aún no han visto nada!”*

Detrás de ella, el ejército retumbó y poco a poco la multitud empezó a escucharlo, al principio sólo unos pocos, luego más y más. Los cláxones de los autos comenzaron a sonar al unísono. Un grupo de hombres con un poste de teléfono estaba trabajando en un nuevo tramo de pared y lo balanceaban al ritmo, golpeando el concreto.

*“¡NO MÁS ESCLAVITUD, NO MÁS DEUDAS!
¡LOS STEWARDS AÚN NO HAN VISTO NADA!”*

Era una afirmación, un canto de orgullo y desafío, que se disolvió en una gran ovación cuando el ariete abrió una segunda abertura en la pared. La multitud avanzó y Smokee alzó la voz y gritó por encima de ellos.

“Gente de Angel City”, gritó, “¡esta es la hora de la victoria! ¡Ha llegado el Día de la Liberación! ¡Así que no muramos ahora! Si nos metemos todos en esa caja de regalos, nos aplastaremos unos a otros como cucarachas en una botella. ¡Así que mantengámonos fuertes, mantengámonos firmes y dejemos que los atacantes de adentro nos lancen toda la mierda!

Tenía pocas esperanzas de que sus palabras pudieran detener la marea que se precipitaba, pero suficientes personas entendieron el sentido de lo que dijo, o vieron el peligro por sí mismas, de modo que poco a poco la multitud comenzó a disminuir. Rápidamente improvisó un nuevo canto:

*“Sacar la comida
¡A la gente!
Sacar la comida
¡A la gente!”*

No rimaba, pero tenía ritmo y decía lo que había que decir. Y se dio cuenta de que cuando cantaban juntos, se unían. El canto formó un todo con las partes enojadas. Escuchó gritos desde el interior del almacén, y luego latas, cajas y hogazas de pan comenzaron a salir volando por la brecha. Rápidamente se le ocurrió una nueva rima:

*“Pásalo de vuelta,
Extiéndelo,
Comparte la riqueza
¡Por toda la ciudad!*

Ella estaba en racha. El ejército se hizo eco de ella y, abajo, la multitud retomó tanto el canto como las instrucciones. Los que estaban cerca de la grieta arrojaron pan, paquetes de patatas fritas y latas de sopa. Volaban de mano en mano, un confeti salvaje de abundancia cubría a la multitud que ahora reía y vitoreaba y ocasionalmente aullaba como una lata voladora conectada a una cabeza desprotegida.

“Gente de Angel City”, gritó Smokee. “¡Somos generosos! No somos los Stewards, no vamos a acaparar y matar de hambre a nuestros hermanos. ¡Vamos a compartir la riqueza para que haya suficiente para todos!

Se levantó una gran ovación. Erik Farmer la miraba asombrado. “¡Joder, Smokee!” respiró. River asentía y sonreía como si no esperara menos.

“¡El Día de la Liberación está aquí!” –gritó Smokee–. “¡El gobierno de los Stewards va a terminar!”

Se levantó un rugido. Como un león, pensó Smokee, despertando y sintiendo su poder.

“¡Juntos, los derrotaremos! ¡Pero tenemos más peleas por delante! ¡Somos el Ejército de Liberación! Hemos luchado desde el Norte. ¡Hemos liberado a nuestras hermanas y hermanos de las plantaciones de esclavos y ahora están marchando con nosotros, como personas libres!

Otro rugido enorme, como si todos los leones del mundo estuvieran reunidos. Luego un extraño silencio. Estaban escuchando.

“Pero incluso ahora, el ejército de Stewards se está preparando y se dirige hacia aquí para aplastarnos bajo sus sucios talones. ¿Vamos a dejarlos?”

“¡No!”, respondió la multitud.

“¡No puedo oírlos!” –gritó Smokee–.

“¡NO!”

“Cuando vengan por nosotros, ¿huiremos?”, preguntó ella.

“¡NO!”

“¿Vamos a escondernos?”

“¡NO!”

“¿Vamos a pelear?”

“¡SÍ!” Un rugido atronador y estremecedor.

Smokee levantó la mano. “¡Os escucho! ¡Vamos a pelear! Y sé que no tenemos miedo. No tenemos nada que perder y mucho que ganar. ¿Pero queréis luchar como una turba que puede dispersarse con el primer disparo?

“NO”, la respuesta llegó con una nota de incertidumbre.

“¿O vamos a luchar como un ejército, un ejército invencible de liberación?”

“¡SÍ!”

“¡Un ejército para luchar por sus hijos, sus vidas y sus derechos!”

“¡SÍ!”

“¡Un ejército para acabar con las deudas y las Renuncias!”

“¡SÍ!”

“¡Un ejército para crear un espacio para un mundo nuevo,
un mundo libre!”

“¡SÍ!”

“¡Somos un Levantamiento!”

“¡SÍ!”

“¡Somos el amanecer de un nuevo y brillante día!”

“¡SÍ!”

Y el sol estaba saliendo, arrastrándose sobre el anillo de colinas hacia el Este. Smokee lo sentía, una calidez filtrándose a través de la neblina humeante, como el calor que sentía en sus palabras, en su voz. Estaba encendida de amor, incandescente. Si explotaba en una lluvia de fuego, resurgiría de sus propias cenizas y alzaría el vuelo, invencible.

Este gentío de alborotadores, enloquecidos por la desesperación, podrían ser sus padres, su hermano y ella misma. Los amaba, con toda su furia y destructividad, como había amado a sus padres y a su hermano, como amaba este terreno plano y miserable y el jardín en el que podría convertirse, como algún día podría volver a amarse a sí misma una vez más.

Ella era buena, pensó River. Tenía las palabras, el toque mágico. Mientras tanto, calculaba rápidamente su estrategia.

Envío a veinte de sus líderes más confiables para formar unidades con la gente. No vendrían todos los alborotadores, pero sí los suficientes. Avanzarían a pie y los camiones llevarían los suministros detrás. Eso haría que el progreso fuera más lento, pero por el camino estarían reclutando, preparándose, entrenando.

Rápidamente pensó en todas las posibilidades, en cómo contrarrestar las ofensivas y cómo proteger a sus propias tropas harapientas que tenían mucha furia, pero eran débiles en armas o entrenamiento. Pensó en balas, láseres, proyectiles y drones. Miró mapas. Y él hizo sus planes.

Al final de la mañana, la turba se había convertido en un ejército en movimiento.

El general Wendell miró con ojos llorosos la pantalla de vídeo, que mostraba imagen tras imagen del caos y la destrucción por todo el valle de St. Ferd. Y eso sólo por las cámaras que de alguna manera permanecieron intactas. Cuando pasó a la vista general, había grandes espacios donde se habían saboteado las cámaras. Había ordenado que enviaran drones de vigilancia para llenar los espacios en

blanco, pero la mitad de ellos habían sido derribados. Sintió que una gota de sudor le bajaba por la sien.

Los almacenes iban cayendo, uno a uno. Eso era malo, pero Wendell todavía sabía en su corazón que no era el peor de sus problemas. No, en algún lugar de la ciudad estaba el nido, y de él los terroristas saldrían como hormigas, esparciendo su veneno por todas partes. Atrápalo, arráncale la cabeza y todo morirá como un enjambre privado de su reina.

Sólo que en este caso no era una reina sino un rey. *¡A por él!*

Oyó una tos suave y levantó la vista de la pantalla del centro de mando para ver a Finch en posición de firmes. Demasiado joven para el trabajo, pensó Wendell, pero sus mayores ya estaban al mando de las unidades de campo. Finch lo molestaba, con sus mejillas regordetas y rosadas, su corte de pelo rubio blanquecino y su afán por ayudar cuando no necesitaba su ayuda.

“Descanse”, ladró. “¿Qué ocurre?”

“Señor, el Valle está en llamas. Deberíamos enviar todas las divisiones que tengamos para sofocar los disturbios o perderemos...”

“¡No me digas que perderemos!” –espetó Wendell. “¡Sé lo que perderemos! He ordenado a todas las divisiones de repuesto que tenemos que barran el valle.

“Con el debido respeto, señor, puede que eso no sea suficiente”, dijo Finch, con sus débiles ojos azules fijos en la pared sobre la cabeza de Wendell. Parecía un conejo, pensó Wendell. Un conejo oficioso, engreído y sabelotodo. “Está el 101 y ahora el 57...”

“Son necesarios para los registros casa por casa”.

“¿Pero no pueden encargarse de eso los equipos SWAT y la policía civil, señor?”

Wendell se puso de pie furioso, superando a su tembloroso ayudante.

“¡Hay un nido de ratas en alguna parte y vamos a erradicarlo! ¡Haremos lo que sea necesario!”

“Sí, señor.”

Wendell tomó una decisión.

“Ordene operaciones con drones a los equipos de búsqueda”.

“Íbamos a desplegarlos en el Valle, señor”, dijo Finch con su voz chillona y conejita.

“El Valle es un grupo de turbas tontas. ¡Muéstrales algo de potencia de fuego y volverán arrastrándose a sus agujeros!

“Señor, parecen estar un poco más organizados que eso. De los informes...”

Un conejo demasiado estúpido para saber cuándo rendirse. “¿Hasta cuándo me vas a insultar y cuestionar mi autoridad?” La voz de Wendell se elevó. “Si eliminamos su liderazgo, toda su estructura se desmoronará, con disturbios y todo”.

“Señor, no estoy seguro...”

“¡Suficiente! Si quieres discutir, puedes hacerlo con los supervisores. ¡Si quieres pelear, cállate y no cuestiones a tus superiores! Joder, no tenía que defender sus decisiones ante este pequeño trapo mocososo.

“Sí, señor.” Finch saludó y se alejó.

Así estaba mejor. Pero las preguntas inquietaron a Wendell. ¿Cómo se atrevía el pequeño idiota a intentar socavar su mando?

Tengo razón, se aseguró Wendell. Podía sentir el mal que emanaba, tenía que erradicar su origen. Valdría la pena lo que gastaran en drones u hombres.

¡Consíguelo!

Capítulo sesenta y dos

Rosa se despertó de repente, fría y rígida. ¿Dónde estaba? Se estremeció y miró a su alrededor, sintió la dura longitud del timón bajo el brazo. Ella estaba en la cubierta del Día de la Victoria. Debía haberse quedado dormida.

Había sido una larga navegación que duró toda la noche. La tripulación del Winstanley se había ofrecido a enviar a alguien para que la ayudara, pero ella había insistido en que podía hacerlo sola. A medianoche, empezó a preguntarse si había cometido un error. Se dio cuenta de que se le cerraban los párpados y se le caía la cabeza. De vez en cuando, se despertaba con una sacudida. Una vez incluso había perdido de vista el Winstanley, pero un rápido ajuste de la vela y un aumento de velocidad habían hecho que el gran barco volviera a estar a la vista. Había trabado el timón, por si acaso.

Pero, después de todo, parecía que el sueño la había reclamado. Los primeros rayos del sol le calentaron las mejillas mientras se deslizaba sobre las montañas costeras. Ella miró a su alrededor alarmada. No había señales del Winstanley y sus propias velas ondeaban. Necesitaba desesperadamente orinar, así que rápidamente bajó hacia la cabina, hizo sus necesidades, volvió a llenar su botella de agua y tomó un panecillo y un trozo de queso para un desayuno rápido. Luego volvió corriendo a cubierta, arregló las velas y ajustó el timón.

Las baterías se habían cargado durante la noche desde los molinetes situados sobre los mástiles, y ahora el sol naciente les daría energía extra procedente de las velas solares. Urgió al motor y aceleró a toda velocidad hacia el norte.

Pasó media hora antes de que apareciera el Winstanley y, cuando lo hizo, supo de inmediato que algo andaba mal. El gran barco se inclinaba hacia un lado, como si estuviera haciendo agua, y bloqueando su proa se encontraba una lancha patrullera blindada adornada con el sello de la Stewardship.

¡Mierda! Se suponía que estaban en aguas seguras, demasiado al Norte para que la marina enemiga pudiera patrullar. Isis dijo que las fuerzas de los Stewards nunca llegaron más allá de Lompoc. Era una de las informaciones útiles que habían obtenido de Livingston...

¡Livingston!

Rosa se sintió enferma. Rápidamente, izó las velas y sacó los binoculares de Isis. Barrió la cubierta de la patrullera y vio armas amenazadoras apuntando al Winstanley. ¡Mierda! Intentó llamar a la tripulación con sus auriculares de radio, pero no obtuvo nada más que estática.

Probó la frecuencia de los montañeses, probó la línea principal hasta el destructor. Nada. Estaban demasiado lejos del alcance.

¿Qué hacer? Le temblaban las manos. Correr en busca de ayuda, habría dicho Isis. Pero para cuando recibiera ayuda, el barco ya se habría ido, remolcado de regreso a la base de los Stewards, y los niños estarían... No, no puedo pensar en eso. Se sintió terriblemente culpable por quedarse dormida; tal vez si hubiera estado despierta, podría haber... No, no vayas allí. Piensa en el ahora. ¿Qué hacer ahora?

A través de sus binoculares, vislumbró movimiento en cubierta. Una figura que se escabullía y corría, un niño, con tres grandes soldados de la marina vestidos de negro que le perseguían.

Uno de ellos lo agarró por el cuello, pero él se quitó la chaqueta y siguió corriendo. Otro lo empujó contra la pared; pero él arremetió brutalmente con el pie y le dio una fuerte patada en las pelotas. Luego el niño se fue, sólo para correr

hacia los brazos de un marinero que lo agarró de las extremidades e intentó sujetarlo. Pero el niño lo pateó, se retorció y le dio un codazo en la nariz, retorciéndose y mordiéndolo como un ser salvaje, hasta que de repente se liberó, saltó por encima de la barandilla y se precipitó hacia abajo, cayendo y retorciéndose en una especie de zambullida, en las profundidades del mar.

Nada rompió la superficie del agua. ¿Sabría nadar? Se preguntó Rosa. ¿Dónde aprendería un niño de las Tierras del Sur?

Un marinero se inclinó sobre la cubierta y cubrió el mar con disparos de rifle. No brotaron chorros rojos de sangre. Pero algo llamó su atención, a cien metros de la estela del barco. Un destello de cabello rubio reflejado en el sol. Él estaba allí, vivo. Estaba nadando, balanceándose torpemente y luego hundiéndose de nuevo, flotando sobre las olas. La guardia del barco no lo vio o no le importó. Probablemente pensaron que tarde o temprano se ahogaría o que los tiburones se lo comerían. ¿Qué es un esclavo más o menos? No vale la pena perder tiempo ni munición.

De repente supo lo que tenía que hacer. Tenía que salvarlo y de alguna manera tenía que reducir la velocidad del barco.

Amarró el timón, izó las velas y echó el ancla. Luego corrió hacia abajo. Aquí no hay tiempo para ponerse el traje, ni equipo de buceo a bordo. Deseó que Isis le hubiera dejado

un arma, pero se suponía que no la necesitaba. Sin embargo, estaba el arpón de tiburones de Isis. Eso podría funcionar, incluso mejor porque fue diseñado para funcionar bajo el agua. Un plan se estaba formulando en su mente. Arrojó el arpón junto con un par de chalecos salvavidas al bote, cubrió el pequeño bote con una lona gris y se tumbó mientras tiraba del cable que ponía en marcha el motor.

Sostener el timón mientras intentaba agacharse y de alguna manera mirar por encima de la lona al mismo tiempo era, en el mejor de los casos, incómodo. Pensó que se le iba a torcer el brazo a la altura del hombro. Pero si se incorporaba, corría el riesgo de que ojos hostiles la espieran. Mientras permaneciera bajo la lona, el bote parecería un gran trozo de escombros flotante en su radar. O eso esperaba.

Cuando se acercó al Winstanley, apagó el motor. El volumen del barco lo ocultaría de la patrullera, pero sin duda los oficiales de los Stewards habrían colocado vigías a bordo del ferry capturado. Se arriesgó a mirar desde debajo de la lona, sus ojos barriendo el agua en busca de ese mechón de cabello rubio.

Al principio ella no vio nada. ¡Diosa! –¿Ya se había ahogado? ¿Llegó demasiado tarde? Las olas eran pequeñas pero agitadas, podía ver un pájaro flotando en el agua que flotaba en un minuto y desaparecía al siguiente. Todavía podría estar ahí afuera.

Recorrió la zona con los ojos y volvió a mirar. Allí... había algo. Preparó los binoculares. Una gaviota descansando sobre las olas. Pero ahí... no, eso era una foca, pensó, algo elegante y marrón. Maldita sea, era un gran océano y él era un niño muy, muy pequeño...

Allá. Algo amarillo... sí, allí estaba. Puso rumbo y aceleró sobre las olas, alejándose del Winstanley. Él estaba a la deriva mar adentro con una marea rápida, y el motor de ella aceleró la corriente que la arrastró a ella también. Ahora estaba lo suficientemente lejos del Winstanley como para arriesgarse a sentarse. De nuevo barrió las olas con los prismáticos. Sí, era una mata de pelo rubio en una cabeza pequeña.

Aceleró el motor al máximo y acercó el bote.

“¡Chico, por aquí!”, gritó ella. El viento le devolvió las palabras, pero ella continuó acortando la distancia entre ellos. “¡Aquí!”

Se volvió. Levantó los binoculares y pudo ver sus ojos desesperados y ensombrecidos de azul. Ella soltó un fuerte silbido y le arrojó el salvavidas. Le faltaron unos seis metros, pero se dio la vuelta y se abrió paso a través de las olas, hasta que finalmente su mano se cerró sobre él. Cuando estuvo segura de que él lo había agarrado con fuerza, lo atrajo hacia sí.

Cuando llegó a la borda del barco, Rosa enganchó la cuerda, se preparó y lo subió. Él yacía en el fondo, jadeando y farfullando. Ella le entregó el chaleco salvavidas.

“Aquí, muchacho, ponte eso por si te vuelves a caer. ¿Estás bien?”

Él asintió, pero tosió cuando intentó hablar. Tiró del cable del motor y aceleró hacia el barco de la marina que desaparecía. Avanzaba lentamente, remolcando al Winstanley, pero Rosa sabía que no tenía mucho tiempo. En cualquier momento podrían decidir abandonar el ferry o hundirlo. Podrían simplemente dirigirse hacia el Oeste con su cargamento capturado, o atracar en uno de los puertos de los Stewards y entregar a los niños a cambio de dinero en efectivo.

“Espera”, le dijo al niño, y aceleró hacia el Oeste.

“¿Qué estás haciendo'?” preguntó el niño finalmente, cuando pudo volver a hablar.

“Los estoy persiguiendo”, dijo Rosa. “Tenemos que frenarlos. ¿Puedes manejar un barco?”

“Puedo hacer cualquier cosa”, dijo el niño.

“¿Alguna vez has manejado un barco?”

“No. Pero puedo hacer...”

“Bueno. Cuando lleguemos allí, puedes mantenerlo firme. Voy a apagar el motor. Pero ahora te explico como encenderlo de nuevo si es necesario...”

Rosa acercó el bote a la popa del Winstanley. Hizo que el niño se tumbara bajo la lona con ella y, cuando su cauteloso reconocimiento le dijo que estaban dentro del alcance, apagó el motor.

Puso la mano del niño sobre el timón. “Mantenlo firme”, siseó ella. “Sólo mantenlo ahí. No lo muevas ni lo gires hacia un lado ni lo scudas demasiado”.

Agarró el arpón y se deslizó por la borda.

¡Maldita sea, el agua estaba fría! Pero moverse ayudaría con eso. Si tan solo tuviera algo de equipo de buceo, incluso un tubo de respiración. Pero era una gran nadadora y podía contener la respiración durante tres minutos seguidos si era necesario.

Rosa avanzó junto al Winstanley, nadando bajo el agua y saliendo a la superficie lo menos posible para tomar un respiro. Colocándose junto al barco, se dirigió hacia la proa y la cuerda de remolque que conducía a la popa del barco patrullero.

La patrullera corría con fuerza, remolcando al gran barco detrás. Respiró hondo, se zambulló y tomó sus cuentas. La hélice levantó una masa turbulenta de burbujas que

dificultaba la visión. Está bien, ella arreglaría eso. Regresó a la superficie, tragó aire con fuerza y preparó el arpón. Un trago profundo, otro descenso... apunta, con firmeza. ¡Fuego!

¡Hermoso! El arpón se deslizó entre las palas, cortando una de ellas al pasar, haciéndola caer y arrojarse contra el mecanismo, y su resistente hilo de fibra de carbono se enredó en las palas. El barco dejó escapar un chirrido parecido a un chillido metálico y redujo la velocidad.

Un arpón más. Una cosa más por hacer. La estela todavía era fuerte, pero tragó otra bocanada de aire y la atravesó. Allí estaba el timón y allí los delicados pasadores que lo conectaban a los mecanismos de dirección. Necesitaba un respiro, estaba perdiendo el tiempo, pero se obligó a apuntar con firmeza...

¡Un gran tiro! El arpón se atascó entre el timón y la popa, la cuerda se enroscó alrededor del timón y ella se impulsó hacia arriba, alcanzando la superficie con un gran suspiro de alivio y regresando hacia la popa del Winstanley lo más rápido que pudo. Abandonando la precaución por la velocidad, utilizó su brazada más rápida en la superficie y se arrojó a bordo del bote, casi aplastando al niño que graznó en señal de protesta.

“¡Callarse la boca!” Ladró mientras aceleraba el motor y se alejaba.

A los marineros les llevaría algún tiempo, pensó, darse cuenta de lo que había sucedido. Tendrían que enviar un buzo para que revisara el timón y la hélice y luego los liberara. Les había ganado algo de tiempo. Pero no mucho.

“¿Adónde vamos?” preguntó el chico.

“De vuelta a mi barco”, dijo Rosa. Si puedo encontrarlo, pensó para sí misma. Sabía cuánto tiempo había acelerado hacia el Oeste y cuál era el rumbo. Ahí, ¿no era eso? No, sólo otra gaviota sobre las olas. ¿No deberían haberlo alcanzado ya? ¿Y si se hubiera hundido? ¿Qué pasaría si ella no lo encontrara?

“¿Por qué?”

“Para que podamos ir a buscar ayuda”, le dijo.

“¿Que ayuda?”

“La Armada de Califia”.

Pero ningún mástil rompía la línea del amplio horizonte azul. No se veía nada por encima del oleaje de las olas.

Capítulo sesenta y tres

¡Malditos Primes arrogantes! Wendell se enfureció mientras él y Finch subían en el ascensor desde el búnker de la sala de guerra. ¡Culbertson, ese globo de cerdo! Ni que decir tiene que exigiría una reunión... ¡y en su territorio! ¿No podían entender que estaba en medio de una guerra? Tenían que arrastrar sus culos llenos de granos hasta aquí, no esperar que él interrumpa sus deberes y venga a presentarse en su puerta. ¡Payasos!

Caminó por el pasillo seguido por Finch, saludó al guardia de turno y bajó las escaleras norte del antiguo templo mormón que servía como central de mando del ejército. Había sido construido como una fortaleza de Dios, con altos muros de hormigón embellecidos por celosías cuadradas de concreto. Ahora servía como fortaleza de un poder marcial más secular.

Abajo, en la acera, lo esperaban un coche y un conductor. Pero en las escaleras se produjo un altercado. Dos miembros de su guardia de honor estaban luchando contra un hombre de ojos desorbitados y melena blanca que vestía una toga blanca sucia.

“¡Iniquidad! ¡El mal y la iniquidad se pudren, y los justos decaen! gritaba el viejo.

“Sigue adelante, abuelo”. Uno de los guardias lo empujó escaleras abajo, pero él volvió a subir de un salto blandiendo un bastón alto.

¡Más incompetencia! Dios mío, ¿ni siquiera podían mantener los escalones libres de locos?

“¡He venido a predicar la palabra de Dios! ¡No me niegues la entrada a la casa de Dios!

“¡Ya no es la casa de Dios, este es el cuartel general del ejército!” dijo el segundo guardia. “¡Ahora muévete o cállate para siempre!”

“¡Yo soy el camino, la verdad y la luz! Admíteme en los salones del poder, porque hay un nido de demonios criándose en el corazón de esta tierra, y debemos erradicarlo”.

Wendell se detuvo. De repente toda su atención se centró en el anciano.

“¿Qué dijo él?”

El anciano despotricando levantó los brazos en alto y miró a Wendell con ojos ardientes.

“¡El pecado y la transgresión se vuelven locos, mientras que la justicia se marchita! ¡Extirpa a los malhechores, oh mano del Señor, y él te recompensará! ¡Porque se reproducen juntos y conspiran, fuera de la vista, y su número crece y crece!

Era como si los pensamientos más íntimos de Wendell estuvieran gritando en voz alta. Sin embargo, ¿era posible que el viejo tuviera la información que necesitaban?

“Déjalo suelto”, ordenó Wendell. Los guardias soltaron los brazos del anciano. “¿Quién eres?”

“¿Quién? ¿Quién será mi mano del castigo? dice el Señor. Oh, ¿quién será el instrumento de mi venganza? ¡Soy Jededías, profeta del Señor, y pido una lluvia de fuego para herir a los malhechores y llevarlos ante la justicia!

“Profeta Jededías”. Wendell hizo una pequeña reverencia en señal de sumisión. “¡Muéstranos dónde yacen estos malhechores y yo seré el brazo fuerte de la venganza del Señor!”

Era un largo camino a través del Valle, treinta kilómetros o más, que se hizo más largo por las paradas que hizo el Ejército de Liberación para intervenir en el saqueo y reclutar a las turbas para formar una fuerza disciplinada. Acamparon para descansar un poco al mediodía, colocaron guardias y enviaron exploradores para que las tropas pudieran dormir un poco sobre el duro asfalto.

Se encontraron con una multitud tras otra de alborotadores. Al parecer, todos los almacenes del Valle estaban sitiados. La insurrección se estaba extendiendo como la gripe, y los saqueadores se habían vuelto lo suficientemente audaces como para atacar a sus objetivos a plena luz del día, confiando en un pañuelo o un pasamontañas para ocultar su identidad, o simplemente destruyendo todas las cámaras de seguridad que pudieran encontrar.

Algunos de los almacenes ya habían caído y estaban vacíos. En otros, se produjeron feroces combates allí donde las autoridades habían concentrado defensas más fuertes. Algunos de los alborotadores estaban decididos a saquear y se resistían incluso al fervor revolucionario de Smokee. Pero en la mayoría de los sitios recogieron nuevos reclutas y durante la tarde y la noche siguientes el ejército llegó a tener más de cinco mil efectivos.

Era mucha gente a la que alimentar. La cocina distribuyó las patatas fritas saqueadas a todos los que quisieran

comerlas, pero a mucha gente le dieron náuseas. Los cocineros repartieron sus menguantes provisiones de pan de ruta y comida auténtica para los civiles. Cada vez que el ejército encontraba una tubería que funcionaba, se detenía para llenar todos los barriles y recipientes de agua. Todo tomaba tiempo, un tiempo precioso, incluso cuando los exploradores informaron que una unidad completa de las tropas de los Stewards se dirigía hacia ellos por la antigua autopista 405.

Al atardecer, River pidió un alto. Se habían dirigido a la 405, la autopista que era la columna vertebral del Valle y su ruta directa al templo, donde los exploradores informaron que el comando central de los Stewards tenía su cuartel general. Todavía les quedaba un largo camino por recorrer, al menos otros dos días, calculó, al ritmo actual. Pero estaban en un cruce de edificios saqueados, con rampas de fácil acceso a la autopista cercana. Aquí levantaría su barricada, bloqueando la ruta del avance del enemigo.

Porque los Stewards avanzaban. Los exploradores informaron de una fuerza masiva marchando desde Angel City, multiplicando fácilmente tres veces su propio número. River sintió un miedo frío en la boca del estómago. Había hecho mucho, ganado tantas batallas y clavado una lanza mortal en las entrañas de los Stewards. Pero aún podrían perderlo todo. Con los drones, los tanques y las tropas que aún tenían los Mayordomos, podrían barrer a su propio ejército de desharrapados tan rápido como una bota pisotea

un insecto. Y si vaciaban la campiña y enviaban a esas tropas a marchar hacia el sur para defender el corazón de Angel City en lugar de hacia el norte para recuperar el Valle, el Ejército de Liberación no tendría esperanzas.

Su esperanza ahora era que Cress mantuviera completamente entretenidas a las divisiones de la campiña en Troy. Mientras tanto, envió tropas a recolectar materiales, cargándolas en camiones cuando podían o transportándolos a sus espaldas. Puertas rotas y escritorios destrozados, pesados trozos de hormigón y postes arrancados de raíz, todo lo que pudieron encontrar se acumuló en el control de carretera. Creció cada vez más alto, hasta que se alzó sobre ellos, un muro de tres metros de altura que cruzaba la autopista.

Luego convocó una reunión de los líderes de las tropas. Se refugiaron detrás de la imponente construcción y River miró al demacrado y polvoriento grupo. Se preguntó si tenía tan mal aspecto como ellos, con los ojos llorosos y el rostro gris por el cansancio, mientras estaban agazapados en el polvo de la carretera. Allí estaban todos sus propios líderes de tropas, deudas y tubos, pichones de la ciudad y ex esclavos de las plantaciones. Entre ellos también se agazapaban hombres lacustres de las colinas limítrofes, con los rostros cubiertos de barro gris seco, y Ángeles, delgados y fríos como cuchillos bien afilados. Todos ellos estaban curtidos en la batalla y eran dignos de confianza, pero los líderes sombríos y de ojos desolados de las turbas de saqueadores

fueron elegidos apresuradamente y eran completamente inexpertos.

“Quizás mantengamos a raya a los robots durante una hora aquí”, dijo. “Quizás más. Menos si traen un tanque y lo vuelan”.

“Entonces, ¿por qué lo estamos construyendo?”
–Preguntó Erik Farmer. Su rostro normalmente alegre estaba cubierto de suciedad y demacrado por la preocupación.

“Para ganar tiempo. Cada hora es un tiempo precioso”.

“¿Para qué?”

“Para que la ciudad explote”, dijo fríamente Rafael.

“Para que la gente se levante”, intervino Smokee. “Cada hora que mantenemos a las tropas aquí es una hora más para que no vuelen casas ni ejecuten a rebeldes”.

Estaban en una zona de viviendas unifamiliares, ahora abarrotada de varias familias en cada habitación, pero todavía baja, aislada, demasiado pequeña para ser una buena base. No hay tiempo para cavar trincheras. Necesitaban algo grande y sólido, que tal vez pudiera resistir algunos proyectiles.

River envió exploradores a buscar un lugar donde resistir. Regresaron con la sugerencia de un edificio de oficinas, a media milla de distancia. Estaba rodeado por las ruinas humeantes de un distrito comercial y las luces y la electricidad estaban cortadas, pero parecía intacto.

River dejó a Deuce y al resto de su antigua unidad para defender la barricada, junto con unos cientos de miembros del ejército improvisado. Contarían con algo de ayuda de los técnicos que instalaron altavoces que transmitían los gritos y vítores de mil voces, para crear al menos una ilusión temporal de que la barricada contenía muchos más defensores de los que tenía.

“Esperad, pero no seáis estúpidos”, les dijo River. “Liberaos cuando podáis y uniros a nosotros. Retraso, eso es todo lo que esperamos”.

El rascacielos de oficinas que eligieron para su fortaleza improvisada fue construido pensando en la insurrección, su piso inferior era una fachada vacía de concreto, con el logo de un banco grabado pero sólido e impenetrable. Las ventanas comenzaban sólo en el tercer piso. Eso era una desventaja, ya que significaba que tenían que subir para ver o disparar, pero haría que el edificio fuera mucho más fácil de defender en un asedio.

Desplegó sus tropas para cubrir los cuatro lados del edificio y se apresuró a regresar afuera, donde las tropas estaban

concentradas en el estacionamiento. Allí encontró a Smokee lidiando con un motín de las tropas recién reclutadas.

“No voy a entrar allí. ¡Es una trampa!” gritaba uno de los recientes reclutas. River no se sorprendió. Los saqueadores serían valientes mientras los preparasen para atacar un almacén, pero no eran luchadores experimentados acostumbrados a mantenerse firmes ante el peligro. Ya veía muchos menos de los que recordaba. A lo largo de los bordes de la multitud, notó un hilo de figuras oscuras que se desvanecían en la oscuridad.

¡Malditos civiles! ¿Cómo sujetarlos? No podría retenerlos si quisieran irse. Mierda. Pero realmente no podía culparlos. Las posibilidades de aguantar la noche no parecían buenas.

¡Boom! Una fuerte explosión se produjo en la autopista. El humo se elevaba iluminado por los focos. Otro fuerte estallido: la barricada estaba cayendo. Mierda. Tenía que conseguir que las tropas entraran y estuvieran en posición.

“¿Qué vamos a hacer? Los escarbadores están regresando corriendo a sus madrigueras”, dijo Smokee, con la voz tensa por la ansiedad. Sintió una profunda decepción, sobre todo consigo misma. Se había sentido orgullosa al pensar que ella los había inspirado. Pero debería haber sabido que era como una llamarada de papel higiénico, que ardía rápidamente y se apagaba rápidamente.

“Tengo que dejarlos ir”, dijo River. “No hay nada más que hacer.”

“¡No!” dijo Smokee.

“No puedo detenerlos”, dijo River.

“Entonces ordenémosles que se vayan”, instó Smokee. “Ordenárselo y así mantendremos el control. Si se quedan en el ejército quizás regresen.

River parecía desconcertado. “No seguir eso”.

Smokee agarró el megáfono.

“Gente libre de las Tierras del Sur”, gritó. “¡Hoy hemos dado un golpe de liberación! ¡Todos nosotros, juntos! ¡Déjame oírte decir que sí!

Un sí un tanto reacio llegó a ella.

“Ahora el ejército de Stewards está detrás de nosotros. Tomarán represalias. Oh sí. Intentarán vengarse. ¿Y tienes familiares y amigos que proteger? ¡Decir que sí!”

“¡SÍ!” –tronó en respuesta a ella.

“¡Entonces ve con ellos!”

Estalló una gran ovación y le tomó mucho tiempo ser escuchada.

“Es una orden. ¡Sí, porque sigues siendo parte del Ejército Libertador! ¡Ve con ellos y nosotros, que hemos bajado del Norte, intentaremos mantener aquí a las fuerzas de los Stewards!

Otro gran aplauso.

“Mientras los mantengamos ocupados aquí, sus hogares, familias y vecindarios estarán seguros por un tiempo. Pero cuando acaben con nosotros, ¿luego qué?

Hizo una pausa para dejarles pensar en ello y comenzó de nuevo en un tono más suave. “Luego comienzan los registros casa por casa, las detenciones, las golpizas, las ejecuciones. Encontrarán esas cintas de vídeo ilegales, las botellas de alcohol y las cajas de patatas fritas, y en pago se llevarán a vuestros hijos y vuestras vidas.

Un silencio de muerte. Incluso el goteo de desertores se detuvo.

“Pero no si regresas. Ve ahora y corre mientras puedas. Pero si realmente aman sus vidas, sus familias y sus hijos, ¡regresen! Reúne a tus amigos y vecinos, encuentra qué armas y herramientas puedes reunir y regresa a esta lucha. Podemos morir aquí, defendiendo vuestros hogares de los Stewards. Estamos listos para morir. Pero si lo hacemos, entonces tienes que terminar el trabajo o moriremos por nada.

“Pero si no morimos, si conservamos este lugar, ¡terminaremos el trabajo juntos! ¡Encuéntranos mañana al amanecer en la 405 y marcharemos juntos y recuperaremos las Tierras del Sur! Contamos contigo. ¡Regresa! ¡Y vuelve más fuerte! Trae a tus vecinos y a tus amigos. ¡Convierte nuestras centenas en miles, nuestros miles en decenas de miles! ¡Con o sin nosotros, termina el trabajo! ¡Expulsa a los Stewards y construye el nuevo mundo a la luz de ese nuevo y brillante día!

Se produjo una gran ovación, la más fuerte de todas, y luego la multitud se disolvió tan rápidamente como se había formado, dejando sólo a los pichones de la Ciudad y a los desertores del sojuh, los limpiadores y los ex esclavos para contener a un ejército que los superaba con creces en número.

Pero no había nada que hacer. River desplegó silenciosamente sus fuerzas. Puso a lo mejor de las tropas de los sojuhs, los francotiradores entrenados, en las ventanas inferiores con refuerzos para el caso de que cayeran. A los liberados los ubicó en la puerta, la zona de servicio en las entrañas del edificio, con una puerta de chapa que era el punto más vulnerable. Pero no se requería mucho entrenamiento ni disparos sofisticados para sostenerlo, solo cuerpos con algún tipo de arma para atacar a cualquiera de los enemigos que se acercaran.

Otros equipos sostendrían cada puerta y entrada en la planta baja. “Si los trilladores irrumpen, hagan que el limo pelee por cada centímetro”, les dijo. “Hay que correr, intentar correr hacia abajo y salir. La tentación siempre es correr hacia arriba, pero eso es una trampa. No hay salida. Lo mejor es hacer una pausa. Vayan a los barrios y traigan más reclutas”.

Envío a Smokee a comandar a los francotiradores, que necesitaban poca instrucción. Ocupó su lugar en el punto débil, con el equipo vigilando la zona de servicio. Su puerta de metal era lo suficientemente grande como para dejar pasar camiones de reparto y, aunque estaba cerrada con llave, seguía siendo el punto más vulnerable. Si estuviera atacando, ahí es donde empezaría.

Y entonces comenzó la espera.

Capítulo sesenta y cuatro

Rosa se acurrucó con el niño en el fondo del bote. Cuando cayó la noche se había levantado una fuerte brisa y nunca había tenido oportunidad de secarse después de nadar. Estaba entumecida por el frío y el niño se sentía como un pez muerto y frío en sus brazos. Tenía sed, tenía la boca seca y la garganta áspera. Deseó haber pensado en poner una botella de agua en el bote, pero se fue corriendo sin pensar y ahora pagaron el precio. Durante horas habían estado buscando al *Victory*, zigzagueando de un lado a otro a través del mar, sin suerte. Lo había hecho de nuevo: había corrido precipitadamente hacia el peligro, tratando de ser una heroína, ¡y todo lo que había sido era estúpida, estúpida!

Ahora ella iba a morir por ello, y el niño también. Y todos los niños.

No vayas ahí, marinera.

Era como si pudiera escuchar la voz de Isis en su cabeza, de repente. Eso es lo que diría la pirata, lo sabía. *Los matones siempre están dispuestos a darle una paliza a una chica, no hagas el trabajo por ellos.*

El niño se estremeció y ella se acurrucó más cerca de él, aunque su propia carne estaba tan fría que no ofrecía nada de calor. Pero todavía estaban vivos y él no se había ahogado en el océano gracias a ella. Si pudieran resistir toda la noche, seguramente encontrarían el barco por la mañana. ¿No lo harían?

La luna colgaba baja en el cielo, una gruesa media luna curvándose hacia la derecha, descendiendo hacia el horizonte donde las olas reflejaban un collar de perlas. De modo que si se curvaba hacia la derecha, estaba aumentando, pensó Rosa, y habría ascendido, invisible, durante el día y ahora se estaría preparando lentamente para ponerse. En el Oeste, allí era donde se ponía la luna. Y así era, aquello era el Oeste, se dio cuenta con un repentino arrebató de esperanza. Ahora no estamos completamente perdidos.

¿Era eso algo... algo así como un palo asomando, recortado contra el brillo de la luna? ¿Podrían haber llegado demasiado al Este y no haberlo visto?

Emocionada, se sentó, tomó el timón y aceleró el motor. El bote avanzó sobre las olas hacia el Oeste, y sí, el palo se hizo cada vez más alto.

Y luego el motor se apagó.

¡Oh Diosa! Se les acabó la corriente.

Ahora estaban a la deriva, y el oleaje los alejaba cada vez más del palo que podría ser o no el mástil del *Victory*. Rosa se inclinó sobre la borda y trató de remar, pero sus pequeñas manos no podían mover suficiente agua para luchar contra la corriente.

¡No, no era justo! No cuando podía ver el barco. ¿Sería el barco?

Podía nadar para lograrlo. La idea la hizo estremecerse. Ya tenía tanto frío que no sabía si podría obligarse a volver al agua.

Podría ser un espejismo, como el que veían los sedientos en el desierto. Si creyera que era un espejismo, no tendría que internarse en ese océano frío y nadar en la oscuridad.

Si se arriesgaba a nadar y ese palo resultaba no ser el *Victory*, entonces probablemente se ahogaría.

Era una elusiva línea oscura en el resplandor de la luna. Le pareció ver algo girando encima: podría ser el molinillo de viento. O no.

Bueno, no había nada más que hacer. Podría morir si se equivocaba respecto al barco. Pero si ella no hacía nada, morirían de todos modos.

Despertó al niño con una sacudida y le puso las manos en el timón.

“Mantenlo así”, dijo. “Voy a nadar y remolcarnos. Veo el barco”.

Parecía mucho más segura de lo que se sentía, pero ¿por qué cargarlo con sus miedos? Si ella moría en el océano, él también moriría, una larga, lenta y desesperada muerte de sed e hipotermia, pero ella no tendría que verlo ni disculparse.

Se deslizó por la borda y cayó al agua.

Diosa, ¡hacía frío! Con los dedos entumecidos, se ató la cuerda de remolque alrededor de la cintura y se dirigió en la dirección donde creía haber visto el mástil. Al principio sintió los brazos y las piernas como plomo, tan pesados por el frío que apenas podía moverlos. Pero después de un rato el movimiento empezó a calentarla, y eso fue un consuelo.

Golpe, golpe, golpe. Detente, mira hacia arriba, intenta ver el palo. Golpe, golpe, golpe. Mira de nuevo.

Había desaparecido. No estaba segura de estar nadando en la dirección correcta, pero la luna dejaba un rastro plateado hacia el Oeste y ella lo siguió.

Golpe, golpe. Una y otra vez. ¡No pienses en lo cansada que estás! Sólo sigue adelante. No hay nada que hacer más que seguir.

Lo estoy intentando, le dijo a la luna. Yo no me doy por vencida.

Y la luna le hablaba, con la voz de Isis, animándola. *¡Vamos, marinera! ¡Nada, sigue!*

De repente ahí estaba. Miró hacia arriba y justo en el horizonte, oscuro contra la luz de la luna, estaba la silueta de un velero con un molinete en el mástil.

Estaba casi al límite de sus fuerzas, pero la vista le dio nuevas esperanzas y determinación. Aceleró y nadó hacia allí.

Era lo más hermoso que había visto en su vida, el elegante casco del *Day of Victory* balanceándose sobre las olas. Se sintió débil de alivio, pero aún no podía relajarse. Resollando por el cansancio, arrastró el bote los últimos cien metros hasta el barco. Se sentía más y más pesado con cada golpe.

Lo llevó hasta donde todavía estaba la escalera de cuerda, tal como la había dejado. Con una oración de agradecimiento a la luna y a todos los dioses, ató la cuerda del remolque. El niño yacía inmóvil en el fondo del lúgubre, dormido, esperaba, y no muerto. Ella le sacudió el brazo y, para su alivio, él gruñó y se sentó.

“Estamos aquí”, dijo. “¿Puedes subir la escalera?”

Porque no creo que tenga fuerzas para ayudarte si tú no puedes, pensó, pero no lo dijo en voz alta. Esperaba tener la energía para subirse a bordo.

El chico miró hacia arriba. “Recuerdo este barco”, dijo. “Ésa es la escalera de la que cogieron a la niña”.

Se mantuvo en equilibrio precario en el borde del bote, pero logró agarrar la escalera y trepar. Rosa lo siguió, sintiendo sus brazos y piernas pesados como piedras. Pero allá arriba había agua, mantas y calor. Eso era todo en lo que podía pensar ahora.

Cayó sobre el mamparo hasta la cubierta y se quedó quieta por un momento, agradecida por la superficie sólida debajo de ella. El niño ya estaba en la cocina y, mientras ella todavía intentaba convencer a su cuerpo tembloroso de que se moviera, él se acercó y la cubrió con una manta. Llevaba otra sobre sus propios hombros.

Se envolvió con la manta y se arrastró hasta los escalones de la cocina, casi cayéndose por ellos. Hacía calor en la cocina, pero necesitaba más calor. Sabía por todo su entrenamiento de supervivencia que tenía una hipotermia peligrosa.

Le temblaban las manos con tanta fuerza que apenas podía sostener una taza para llenarla con agua, pero cuando la bebió empezó a sentirse un poco más viva. La tetera eléctrica estaba llena, ¡gracias a Diosa! La encendió y pronto tuvo una taza de té caliente en sus manos. Lo sorbió lentamente, sintiendo que la vida regresaba.

El niño parecía más cálido y lleno de energía. Ella le pidió que sacara las bolsas de agua caliente del almacenamiento debajo de las literas y las llenara con agua de la tetera. Apretó una contra su vientre y puso otra bajo sus entumecidos pies. ¡Fue la mejor sensación del mundo! Poco a poco dejó de temblar.

“¿Cómo te llamas, muchacho?” –Preguntó Rosa.

“Zoom.”

“Rosa. Un placer conocerte. ¡Eres un niño inteligente!

“Lo sé.”

“¿Has estado alguna vez en un velero?”, preguntó ella.

“No. Sólo esa vez cuando nos llevaste al barco”.

“En un minuto, sólo otro minuto, subiremos e intentaremos llegar a un lugar donde podamos comunicarnos con la marina”. De repente se sintió culpable al pensar en los otros niños en el barco capturado. Debería volver a probar la radio. En un minuto. “Solo tengo que calentarme primero. Hay un poco de sopa de ayer en la nevera portátil. ¿Quizás puedas calentarla?”

Su cabeza apenas llegaba a la estufa, pero era un niño competente. Siguió sus instrucciones de encender la estufa, calentó la sopa y la sirvió en tazas grandes. Rosa la bebió agradecida, deseando poder simplemente tirarse en la litera y dormir durante una semana.

Pero no hasta que se pusiera en contacto con la marina. Ya habían pasado horas desde que había dejado el barco averiado. ¿Cuánto tiempo les llevaría volver a ponerse en marcha? ¿O empezar a buscar a sus atacantes?

Ella se estremeció, con un tipo diferente de frío. Lo mejor es levantarse, lejos de la tentadora litera. Se puso un par de pantalones deportivos y una camisa abrigada. Probaría con la radio y, si aún así no podía conseguir ayuda, llevaría ella misma el *Victory* a las Tierras del Sur.

Sacó la radio y probó el canal de la marina. “Gran Rosa aquí. ¡May Day! ¡May Day!” Nada. Lo intentó de nuevo, en la frecuencia de los montañeses. Nada más que estática.

Bueno. Estaba cansada, pero estaba viva y los había traído hasta aquí. No estaban muertos en el océano ni eran esclavos en el barco capturado. Podría obligarse a permanecer despierta un rato más, levar anclas y zarpar. De regreso a las Tierras del Sur, de regreso al alcance de las colinas, si no a la marina.

Ella era fuerte. De repente se sintió mucho mayor y más inteligente que esa lamentable niña a la que le importaba lo que un grupo de tontos escolares pensarán de ella. No importaba lo que pensarán. Sabía quién era, y el hecho de que estuviera viva en este barco, bebiendo lo último de la sopa con el niño que había rescatado, era toda la prueba que necesitaba.

¡Ella y el niño, juntos, podrían hacer cualquier cosa!

Capítulo sesenta y cinco

Los ojos de Cress ardían por su propio sudor goteante, y sus pómulos estaban en carne viva por el paño áspero de su manga que se lo secaba. Estaba agachado en una zanja cavada apresuradamente, una de una red de zanjas y bermas que habían excavado en la ladera de la colina para darles un poco de refugio contra la lluvia de balas y disparos láser. Se arquearon para proteger los importantísimos cañones antiaéreos colocados en los lugares que River había sugerido que eran más estratégicos.

Guerra de trincheras, pensó Cress. Tenía la boca reseca y dolorida, la lengua parecía papel de lija, pero era difícil reponer agua, por lo que racionó su cuota, un sorbo a la vez. Volvamos a la Primera Guerra Mundial, pero al menos se salvarían del barro y la lluvia. En lugar de eso, sufrían el calor abrasador del valle y esa combinación de tensión y

aburrimiento que él había llegado a detestar como característica de la guerra.

“Sujétalos”, le había dicho River. “Mientras puedas. Luego regresa a Troya y mantenlos allí. Sobre todo, distrae a esos bastardos, hacerles creer que todo el ejército se ha atrincherado aquí.

Entonces estaban aguantando. Cress se había colocado en una trinchera avanzada, desde donde podía echar una vista furtiva del terreno en general. Los Stewards habían desatado un ataque con helicóptero desde el principio, sólo para que lo derribaran sobre el desierto, explotando en llamas. ¿Cuánto poder aéreo podrían tener?

Las tropas de los Stewards avanzaron en oleadas, empujando barricadas de hormigón móviles ante ellos que ofrecían escasa protección contra los bombardeos del Ejército de Liberación. Los Sojuhs cayeron como fichas de dominó, pero cada ola diezmada era reemplazada por otra, y otra más.

Cress se sintió mal. Tuvo que obligarse a disparar, cerrando los ojos y apuntando a ciegas, reprendiéndose luego por desperdiciar municiones, que cada vez escaseaban más. Y aun así los sojuhs seguían llegando. A la Mayordomía no le importaba cuántos de ellos se perdieran: eran prescindibles. Pero Cress no pudo evitar pensar en River, Deuce y Trace.

Pensé que era duro, pero después de todo sólo soy un tierno peludo, admitió. Una vida es una vida y no puedo matar sin estremecerme. Sin odiar el desperdicio de todo.

Hora tras hora, ola tras ola de matanza, hasta que pensó que nunca terminaría, que nunca se liberaría de este infierno de sed, hedor y calor implacable que parecía cocerle el cerebro. Y con cada ola, el ejército de Stewards avanzaba, ahora unos pocos metros, ahora la distancia de un campo de fútbol. Parecía que no tenían fin, pero sus fuerzas y sus municiones sí lo tenían y, lo peor de todo, su agua, que ya se había acabado. No habían tenido tiempo de cavar túneles de conexión entre trincheras que les permitieran reabastecerse de forma segura. Ese fue un mal descuido. Para conseguir más, tendrían que exponerse a las armas de los Stewards.

Sólo unos pocos metros separaban las trincheras, y una y otra vez, a medida que tenía más sed, se sintió tentado de lanzarse corriendo hacia allí. Pero sería más seguro esperar hasta que oscureciera, para lo cual faltaban sólo una o dos horas. Ciertamente no moriría de sed en una hora. Pero incluso una deshidratación leve podría afectar su juicio.

Entonces el mundo estalló en sonido y llamas. El desierto estalló en una nube de arena y una fina lluvia roja cayó cuando un proyectil destruyó una sección de sus defensas, justo al otro lado de la antigua carretera. No podía ver a través del polvo. Débilmente, a través del zumbido de sus oídos, podía oír gritos. Mierda. Debieron haberse retirado

mucho antes. River lo habría percibido y habría llevado a las tropas de regreso a la seguridad de Troya.

Otro ataque. Se dio cuenta de que el polvo ofrecía un escondite y, sin pensarlo dos veces, salió de su trinchera y se lanzó hacia las fortificaciones interconectadas que custodiaban los cañones. Estaba tosiendo por el polvo pero no se detuvo a colocarse un pañuelo, simplemente corrió para salvar su vida. Saltó la berma y cayó en una trinchera gritando la contraseña mientras un fuerte brazo lo arrastraba hacia adentro.

“¡Retirarse!” gritaron por sus auriculares. ¿Estaba funcionando la maldita cosa? Pero poco tiempo después escuchó el toque de una corneta que entonaba “Repliegue” con la vieja tecnología de la guerra. Sigue siendo un buen respaldo cuando la nueva tecnología falla, como solía ocurrir en condiciones de polvo y calor.

Serpenteó por los túneles y enlaces hasta llegar a los bazucas. Trace y un par de sojuhs de la antigua unidad de River se habían quedado atrás para trabajar con las armas.

Trace puso una máscara antipolvo sobre la boca de Cress.

“Proteja las vías respiratorias”, dijo Trace. “La primera regla del luchador. No puede respirar, no puede luchar”.

Cress jadeó pesadamente y asintió hacia él.

“Tengo un tanque o algo así”, dijo Trace. “Cansado de la galería de tiro”.

“¿Podemos sacarlo?” –Preguntó Cress.

“Poder intentar. Tengo un blindaje pesado, no como los helicópteros.

“Intentémoslo.”

“Señorita, saque a nuestra propia gente”.

“No falles”.

Otro estallido, un proyectil cayó en la trinchera que Cress acababa de abandonar, atravesó la tierra y explotó con una fuerza que los derribó a todos. Trace se levantó, giró el arma y disparó al origen del bombardeo. Una columna de polvo se levantó con un rugido, pero cuando se disipó, el tanque todavía estaba allí. El proyectil no alcanzó, pero destruyó la carretera frente al tanque, levantando grandes trozos de asfalto hacia las crestas de una cadena montañosa improvisada. El tanque estaba parado, pero seguía siendo mortal, y apuntaba hacia el bazuca...

“¡Retirarse!” Gritó Cress. “¡Muévanse!”

Trace y su compañero colocaron el arma entre ellos, la levantaron y corrieron a través de las trincheras. Cress y los

otros sojuhs los siguieron, mientras una nueva explosión atravesaba la berma detrás de ellos.

Fue una pesadilla de castigo con sonido y fuego. Corrieron aterrorizados mientras las balas silbaban sobre sus cabezas y los proyectiles explotaban detrás de ellos. Trace y su compañero cargaron el arma pesada al hombro, Cress y los otros dos sojuhs siguieron adelante para limpiar los escombros y ayudarlos a pasar las bermas y el alambre de espino, esperando morir cada segundo.

Finalmente llegaron a una ligera subida. Trace y su compañero, en alguna comunicación tácita, se detuvieron, se dieron vuelta y apuntaron el arma. El polvo era tan espeso que el aire mismo parecía medio sólido. A Cress le dolía la garganta por la sequedad y le ardían los ojos. No podía ver nada más que ondulantes nubes de humo, polvo y escombros de color rojo sangre con la luz del atardecer. Pero de alguna manera Trace apuntó detrás de él y disparó.

Hubo una última explosión, un muro de sonido que los golpeó y una nueva erupción de humo. Y luego, de repente, silencio. Le zumbaban los oídos; tal vez se había quedado sordo por el ruido, pero no, podía oír el ruido de los escombros cayendo, su propia respiración entrecortada...

El polvo se posó como el sueño de un niño cansado, y el atardecer extendió un manto carmesí sobre las llanuras de abajo.

“Retirada”, ladró Cress de nuevo. Tal vez River hubiera seguido adelante, pero este le parecía el momento de gracia que necesitaban para obtener la mayor seguridad del fuerte amurallado detrás de ellos. Tal vez se estaba debilitando, pero su objetivo no era apoderarse de la campiña. El propio River había dicho que eso no se podía hacer. Era para distraerlos, retrasarlos, reducir la fuerza que pudieran aportar a la defensa de Angel City. Eso ya lo habían conseguido.

“Retirada”, gritó de nuevo, y a lo lejos sonó una débil corneta. Trace y los demás asintieron y una vez más tomaron el arma grande. El enemigo no emitía ningún sonido, ni siquiera el tintineo de las balas o el silbido del fuego láser. Un buen momento para hacer su jugada.

Los sojuhs corrieron hacia adelante con las armas, y él barrió la retaguardia, empujando a otros combatientes delante de él mientras navegaban por el laberinto de trincheras y zanjas.

De regreso, de vuelta a Troya, donde tendrían gruesos muros que los cobijarían, al menos por un tiempo. Troya, dominando el lugar donde se unen tres caminos, bloqueando el camino hacia el Norte hacia las plantaciones que habían liberado con tanto sudor y sangre. Troya, en la encrucijada, donde se decidiría el destino del Valle.

Los cruces de caminos eran lugares sagrados, pensó mientras corría para salvar su vida, ahogándose con el humo y el polvo. Sagrados para Hécate, quien posee las llaves del inframundo. Antigua diosa bruja.

Un proyectil explotó, tan cerca que pudo sentir su cálido aliento empujándolo hacia adelante. Sus oídos se llenaron de un zumbido agudo, como voces de espíritus chillando, o tal vez cantando. O suplicando.

Hécate, diosa de la muerte. Por favor, abuela, un poquito más de tiempo...

Corrieron, esquivando las trincheras y subiendo por encima de los bordes. Se sentía casi débil ahora por la adrenalina y todavía quedaba un largo camino por recorrer. Pero quedó asombrado y muy feliz de encontrarse aún vivo.

Vida. Las trincheras eran profundas y se las imaginó llenándose de agua cuando llegaran las escasas lluvias, infiltrándose nuevamente en la tierra. Las plantas del desierto florecerían en la afortunada primavera en un resplandor de color por todo el Valle. Los pájaros volverían a alimentarse de las semillas y su canto alabaría el amanecer.

Alguna vez había querido ser músico, pero ahora lo único que quería era ser público de ese coro, escuchar el coro de ranas en los estanques primaverales, la percusión de los saltamontes en los matorrales del atardecer. Saldría de esto

y nunca más perdería un precioso momento de la vida masticando viejas heridas y dolores y alimentando sus resentimientos. Amaría de nuevo y sembraría su propia semilla para criar hijos que nunca tendrían sed. Y rió de alegría, con la sangre bombeando en su corazón y el aliento sibilando en su garganta aún seca.

La bala lo alcanzó mientras trepaba por una última trinchera. Una sacudida, un pinchazo, una fuente roja brotando ante él que miró con sorpresa. ¿De dónde salió eso?

Y entonces lo supo. Como siempre había sospechado, estaba hecho de agua. Salpicó y brotó de un agujero abierto en su garganta, hundiéndose nuevamente en la tierra. No tuvo tiempo ni de taparse la herida con una mano.

¡Si hubiera podido emitir algún sonido, habría gritado un gran no! ¡Aún no! No cuando tenía tanto que hacer, tantas zanjás que cavar, canales que diseñar, cinturones de protección que sembrar y cubrir con mantillo. Para eso nació. Él lo sabía. Devolver agua a esta tierra y llenarla de vida.

Pero sus rodillas se doblaron y cayó al suelo. Sus pulmones sufrieron espasmos y jadearon en una búsqueda desesperada por un último aliento. Flores destellaron ante sus ojos, flores que nunca vería florecer. Y caras. Rostros de niños. Hijos que nunca engendraría.

Había perdido a su madre, a su hermana, a su esposa, a su hijo. No tenía nada que perder, excepto su tarea inacabada, su destino no vivido.

Si tenía que morir, no le importaba hacerlo aquí, en su propio terreno. No, no le envidiaba ni una sola gota a la tierra, pero no ahora, todavía no.

No cuando tenía tanto más para dar.

Sus manos escarbaron en la tierra, manos de la tierra, manos que la tierra había desarrollado para curarse a sí misma. Ojos nublados, ojos nacidos para ver todo el potencial verde de este país seco.

Eso era él, la tierra hecha carne, la carne un recipiente para el agua. Se aferró a la tierra como si pudiera aferrarse a ese yo, abrazar todo lo que lo hacía quien era y evitar su disolución.

Diosa, Diosa, por favor, por favor, ¡un poquito más! ¡No para mí, te lo pido, sino para ser todo lo que la tierra me pide!

No esto. No simplemente este gran surtidor, que derramaba su sangre sobre la tierra, llevando por fin agua a los huesos de su madre y su hermana.

Capítulo sesenta y seis

¡Boom! ¡Crack! Un olor a algo acre asaltó las fosas nasales de River.

“Tranquilos”, llamó a las tropas. “Manténgase alejados de la puerta, podrían disparar un proyectil a través de...”

Una explosión hendió el aire, un ruido tan fuerte que pareció engullir al mundo. Fue golpeado contra la pared, aturdido. Por un momento no pudo respirar, le dolían las costillas y sus pulmones y diafragma no parecían funcionar. Frenéticamente, jadeó por respirar.

Se enfrentó a la puerta metálica de la bahía, que ahora tenía un agujero del tamaño de un camión grande. Las fuerzas de mayordomía comenzaron a llegar.

Con un gemido, tragó aire, lleno de polvo amargo, y luchó hasta ponerse en posición de disparar sobre una rodilla.

“¡Mantenedlos a raya!” gritó y comenzó a disparar. Las balas y los láseres rebotaron alrededor del área. Cayó un sojuh Steward, y luego otro y otro. Dejaron escapar gritos de alarma y se agacharon para ponerse a cubierto, pero aún entraban más por el agujero, y tan pronto como uno caía, otro ocupaba su lugar.

River siguió disparando. Pero había más tropas enemigas que las balas que tenía. Tan rápido como él y los demás los eliminaron, sus filas se reformaron.

“¡Retrocedan!” Gritó la orden a su unidad de comunicaciones y la gritó tan fuerte como pudo por encima del estruendo. Un grupo de defensores estaba agrupado junto a la puerta que conducía al sótano del edificio de oficinas. Desafortunadamente, él no estaba entre ellos; estaba en el lado opuesto de la rada y no podía llegar hasta ellos a través de la lluvia de fuego.

“¡Retroceded y luego bloquead la puerta!” ordenó, consciente de que probablemente estaba dando su última orden.

Pero todavía no estoy muerto, pensó. Una pasarela recorría toda la rada y subió corriendo la escalera de metal que conducía hasta allí. Había otra puerta al final... si pudiera

llegar a ella. ¿Había otras opciones? No. Así que tendría que hacer que esto funcionara.

Se giró y disparó un rayo láser a los soportes de la escalera. El rayo conectó y con un chisporroteo candente se derritieron. La escalera se estrelló contra el caos de abajo. De ese modo no podría retirarse, pero retrasaría a sus perseguidores.

Agachado, corrió por la pasarela, lento, rápido, lento otra vez, variando la velocidad por si algún francotirador intentaba apuntar y anticipar sus movimientos. Una cortina de balas le bloqueó el camino y se pegó a la pared. Detrás de él, el fuego láser pasó tan cerca que pudo sentir que el dobladillo de su camisa comenzaba a arder. Lo golpeó con la mano y siguió adelante, corriendo a toda velocidad ahora.

Una ráfaga de fuego láser brilló frente a él, revelando un espacio de un metro justo delante de él, donde la pasarela desaparecía abruptamente. Sin perder el paso, dio un gran salto y aterrizó en el lado opuesto, dejando que su impulso lo llevara hacia adelante. Aquí los disparos eran un poco menores. Se deslizó a lo largo de la pared. Ahora, si tan solo la puerta estuviera abierta...

Estaba bloqueada. La golpeó con un código, el código que habían acordado, gritando tan fuerte como pudo aunque sabía que nadie podía oírlo al otro lado. Apoyó el hombro en la puerta y se estrelló contra ella, lastimándose sin dejar

huella. Golpeó más fuerte. Si fuera necesario, dispararía a la cerradura, pero su munición casi se había agotado y quemar la cerradura haría que la puerta fuera mucho más difícil de defender contra aquellos que pudieran venir tras él.

Un intento más. Golpeó con el cañón de su arma, apretó el gatillo y se arrojó sobre la pasarela justo cuando una ráfaga de fuego láser rastrillaba la pared donde había estado parado. El metal debajo de él se sentía caliente. ¡Se acabó el tiempo!

En ese momento se abrió la puerta y él entró mientras el fuego láser quemaba la pasarela.

“Último hombre en entrar”, jadeó. “¡Sostened esa puerta de verdad, ahora!”

Les había dicho a todos que no corrieran, pero no había otras opciones. De todos modos quería subir al tercer piso, para ver cómo iba la defensa allí. Corrió por los pasillos, brumosos por el humo pero claros por lo demás, y dio un rápido desvío para animar a la defensa en el hueco de la escalera.

“Quédense a un lado y atrás de las puertas”, ordenó. “Pueden atravesarlas, pero luego los elimináis desde los lados y desde arriba”.

Silbidos, disparos y gritos abajo, un rugido atronador y luego ráfagas de disparos. Él corrió.

Smokee estaba de pie contra la pared, junto a una ventana alta de cristal con un agujero irregular. De vez en cuando miraba hacia afuera, disparaba a las cabezas de las tropas que se abrían paso por la puerta del piso inferior y luego volvía a esconderse. Pero escuchar algunos gruñidos no hizo mucha diferencia para el enjambre que fluía hacia la rada de servicio.

“¡Smokee!”, llamó River. Se giró y lo vio justo cuando un proyectil atravesó la pared con una explosión. Smokee fue arrojada al suelo y River fue arrojado contra la pared. Se puso de pie, se arrastró hasta Smokee y la arrastró con él hacia la escalera central. A su alrededor, el humo llenaba la habitación. Los papeles ardían y las llamas lamían el techo. Se arrastraron a través de una espesa neblina que rápidamente se llenó con un torrente de balas. Empujó su cabeza hacia abajo, hacia el aire ligeramente más limpio cerca del suelo, y se arrastraron hacia la puerta. River empujó a Smokee y luego la siguió, cerrándola de golpe detrás de ellos.

Estaban en la escalera central, el corazón fortificado del edificio. Debajo de ellos oyeron un rugido y un crujido y olieron humo fresco. Los niveles inferiores estaban en llamas.

No corras, había dicho, pero no había ningún otro lugar adonde ir. Subieron las escaleras con el estallido

entrecortado de los disparos detrás de ellos y el chirrido de las alarmas en sus oídos.

Arriba y arriba. Ahora golpear debajo de ellos y gritar. Humo subiendo. Mierda. Serían capturados o quemados vivos. Ninguno de los dos apeló a River. Pero no era un edificio muy alto, sólo unos seis pisos y pronto llegaron al final de la escalera. No había ningún otro lugar adonde ir.

De acuerdo entonces. Tenía que terminar en alguna parte. Habían tenido una buena racha. No servía de nada llorar porque ya se acabó. Mientras tanto, haría lo que pudiera para seguir luchando hasta el último y amargo momento.

Este piso estaba oscuro. Completamente negro, como una cueva sin ventanas. Buscó a tientas algo debajo de lo cual esconderse. Tal vez, en la oscuridad, los buscadores los pasarían por alto. Quizás no llegarían tan alto. Pero sabía que esa era una esperanza inútil. Las tropas de los Stewards tendrían luces, luces brillantes, y nunca abandonarían un edificio capturado sin registrar cada rincón.

Su propia luz había sido aplastada de alguna manera en una de las veces que había sido lanzado contra la pared. Él y Smokee se arrastraron a lo largo de la pared, buscando algún tipo de refugio o ruta de escape. Tal vez habría una segunda escalera, en alguna parte. Una escalera de incendios. Pero no había nada. Finalmente cayeron en un pequeño nicho de

tres lados que no ofrecía ninguna seguridad real sino una ligera ilusión de refugio.

Estaban solos. Tranquilo. No se oyen disparos ni explosiones. La defensa estaba rota. Bueno, no esperaban poder retener el edificio para siempre, pero admitió que en el fondo de su corazón esperaba retenerlo toda la noche. Oh bien. Debajo de ellos, sin duda, había comenzado la limpieza. Podían escuchar ruidos y golpes ocasionales.

Debajo de ellos había hombres muertos que habían confiado en él. Prisioneros que habían contado con él para que los liberarse. Sojuhs que habían creído que él podría llevarlos a la victoria. River se sintió enfermo.

No se había dado cuenta de que había emitido ningún sonido, pero debió soltar algo entre un ahogo y un sollozo, porque de repente la mano de Smokee lo alcanzó.

“River”, su voz surgió de la oscuridad, “no te culpes. No es tu culpa.”

“Estúpido”, dijo. “Los pandilleros tenían razón, era una trampa”.

“Lo sabíamos. Todos lo sabíamos. Pero si no les hubiéramos dado batalla, nos habrían perseguido por todos los barrios y habrían matado a mucha gente inocente. Estábamos dispuestos a pagar el precio”.

“¿Lo sientes?” preguntó en voz baja.

“No, no lo siento. Agradecida. Agradecida a usted, a todos en esta loca excusa de ejército. Agradecida de morir luchando”, dijo. Y para su sorpresa, se dio cuenta de que así era. No sentía miedo, sólo gratitud y un gran y sorprendente amor por todos ellos, por ese brusco muchacho que estaba agachado a su lado.

“¿Asustada?” preguntó en voz baja.

“No. No tengo miedo de morir”, le dijo. Pero entonces, de repente, un nuevo miedo surgió en ella, tan fuerte que casi la dejó sin aliento. “Solo tengo miedo de una cosa. Sabes que.”

¿Estaba asustado?, se preguntó. Morir le parecía irreal, demasiado grande para él. Dolería, pero no por mucho tiempo, no como aquella vez bajo sus sondas. ¿Estaba asustado por eso? ¿De soportarlo una y otra vez, hasta que destrozara a la persona que había en él por la que tanto había luchado para que naciera?

“River, tengo que pedirte un favor”, respiró Smokee. “Si llega el momento, si nos van a llevar, no dejes que me lleven a mí. ¡Por favor! ¿Todavía tienes una o dos balas?

“Sí.”

“¿Harías eso por mí?”

Ella le estaba pidiendo que la matara. Bueno, una cosa que sabía era cómo matar. Él asintió y luego se dio cuenta de que ella no podía verlo.

“Bueno. Puedo hacerlo”, dijo.

“Gracias. Sé que lo harás rápido y limpio. No me importa morir, de verdad. No he tenido mucha vida, pero he tenido algunos días en el océano”.

“Tuve el Templo del Amor”, dijo River soñadoramente.

Smokee resopló. “¡Puedes tenerlo!”

“Quería más”, admitió River. “Quería algo diferente, con Kit. Como Bird y Madrone. Quería ser más que un raza. Una persona real”. Parecía seguro decírselo, aquí en la oscuridad, al final. Bueno, en cierto modo, compartir esas tristes esperanzas perdidas que ahora nunca llegarían a realizarse. Pero al decírselo, de alguna manera los honró, honró la posibilidad.

Smokee se rió. “¡Oh, River, piensa en lo que has hecho! Liberaste el Valle y les diste a todos esos lamentables trapos otra oportunidad de vida.

“Los Stewards lo recuperarán todo ahora. Entonces, ¿de qué sirvió?

“No”, dijo Smokee. “Quizás gane la gente. Quizás nos maten ahora. Pero la gente terminará el trabajo si nosotros no podemos”.

“¿Eso crees? ¿Ese lamentable grupo de saqueadores?”

“Eso es lo que creo”, dijo con fe repentina. “Nunca creí en Dios, Jesús, la Diosa o incluso las Cuatro Cosas Sagradas, en realidad no. Pero creo que la gente terminará lo que empezamos”.

Debajo de ellos, oyeron gritos provenientes del hueco de la escalera y el fuerte ruido de unas botas.

“Ahora, River”, susurró Smokee. “Hazlo ahora. Quiero morir mientras todavía lo creo”.

No podía verla en la oscuridad, así que se acercó y tocó su rostro. Sus dedos trazaron su mejilla, sus suaves pestañas, la curva de su frente. Como si hubiera trazado la frente de Lilith en el Templo del Amor. Era un acto de amor lo que ella quería de él. De repente sintió que necesitaba pedir permiso, como en el templo, para cada paso del camino.

“Smokee, tengo que acercarme a ti. ¿Puedo ponerte la pistola en la cabeza? preguntó suavemente. “No quiero estropearlo en la oscuridad. ¿Puedes hacer eso?”

Un largo suspiro. “Sí. Simplemente hazlo”, dijo. “No hables de eso. Eso me dará miedo. Hazlo.”

Sintió su sien, su suave cabello creciendo más ahora. En un momento, él apretaría el gatillo, y ese sería el final de sus ojos parpadeando, o de su voz que a veces tanto lo irritaba y a veces movía a una multitud para convertirse en una unidad. Había apretado muchos gatillos, pero nunca se había sentido tan reacio. No quería clavarle el clavo, no era así, pero de repente quería tocarla por todas partes, atesorar su piel, su cuerpo y su vida una vez antes de terminar con ella.

Se oyeron golpes en la puerta. Debería hacerlo, hacerlo ahora. Pero se necesitaba algo más; no estaba bien dejar que terminara sin algo más. ¿Qué diría Maya? Un rito. Un rito de paso.

“Smokee, primero tengo que decírtelo. Tienes que saberlo. Tú... tú, eres una luchadora muy valiente. Tienes un don fuerte. Para mover a la gente. Dices que la gente terminará el trabajo. Es por tu culpa. Los convertiste en personas, no sólo en una horda”.

Eso no era exactamente lo que quería decir: ella merecía algo más suave, más elocuente para marcar el final de su vida. Maldijo su falta de palabras, su torpeza.

Los gritos se hacían más fuertes y los pasos se acercaban. Le puso la pistola en la sien, se acercó y le acarició el pelo. Suavemente, como si hubiera acariciado la cara de Maya, como si tal vez su yegua hubiera acariciado su pelusa de

bebé. Él la rodeó con el brazo y la besó suavemente en la cabeza. Nada sexual, sólo gentil, como si hubiera acariciado la mano de Maya.

Ella le puso una mano en la cara. Algo estaba mojado. Se dio cuenta de que eran sus propios ojos. Él estaba llorando. Él, River, un raza dura que nunca lloraba.

“Hazlo, River”, susurró. “No llores por mí, porque yo no estoy llorando. Hazlo. Por favor.”

“Cuenta hasta tres”, dijo. “Uno.”

Ahora estaban golpeando, golpeando la puerta.

“Dos.” Le dispararía a ella y luego a sí mismo. Mejor que no se lo llevaran vivo. Estaría con Maya y Kit.

Pero no, eso no le parecía bien. No era quien era él, la persona en la que se había convertido. Seguía siendo un luchador, principio y fin. Saldría a pelear y, si la suerte lo acompañaba, eliminaría a algunos enemigos más cuando muriera.

La puerta se abrió de golpe y gritos llenaron el aire, las voces ásperas de chicos-hombres cargados de adrenalina, llenos de valentía y miedo. Rayos de luz jugaban sobre las paredes.

Ahora, ahora era el momento. No más demoras.

“Tres.”

Un resplandor de luz llenó la habitación y el mundo desapareció.

Capítulo sesenta y siete

Cómo hacer una revolución V

Consejo para el insurreccional urbano: las calles de la ciudad son tu terreno. Apréndelas. Se como la zorra, que conoce su territorio, que traza senderos y atajos. Conoce el olor de la seguridad, el olor de la alarma.

Los edificios son montañas, las calles son ríos, los callejones son cañones. Sabe dónde puedes esconderte, excava y recupérate de la persecución.

Sé como la ardilla. Planifica con anticipación, guarda nueces y comida para los tiempos difíciles.

Si planeas una marcha, guarde suministros a lo largo de la ruta: agua, alimentos que puedas tomar y comer sin problemas, una mezcla de frutos secos es buena,

algunas nueces para obtener proteínas, un poco de azúcar para obtener energía.

Sé como el ratón. Busca las grietas, las aberturas pequeñas e imperceptibles. Nada puede mantenerte fuera o dentro. Ten siempre una estrategia de salida. Y si no hay abertura, roe los zócalos hasta hacer una.

Anúnciate, como el arrendajo azul. Sabe cuál es tu mensaje y exprésalo en voz alta, con calor y convicción.

Vuela libre, como el ganso salvaje, pero en bandada. Toma la delantera y, cuando estés cansado, retrocede y deja que otro lidere.

Si uno de ustedes cae, acompañadlo hacia abajo, pregonando su ira y dolor como un toque de corneta a la batalla.

Y si todos caéis a la tierra, convertíos en semilla. Cubríos con una capa protectora y esperad.

Los incendios forestales arrasan un bosque, pero la destrucción nunca es uniforme. El incendio más feroz deja manchas verdes, bolsas de humedad y grietas donde una semilla puede sobrevivir.

Las condiciones cambiarán. El sol se calentará más. Las lluvias volverán y empaparán el suelo. Llegará

nuevamente el momento de echar raíces y echar brotes.

Llegará nuevamente el momento de que te levantes.

***Un siglo de buenos consejos:
La autobiografía de Maya Greenwood***

Yerba Buena: Prensa Califia, 2049

El cristal de Bird lo despertó con un repique en la oscuridad previa al amanecer. Se quedó quieto por un momento, despertándose lentamente, asombrado y agradecido de haber podido dormir a pesar de toda la adrenalina de la tensión y la anticipación. Alcanzó a Madrone, quien se acurrucó en sus brazos con un murmullo. No había tiempo para hacer el amor esa mañana, pero aspiró su aroma como si ella pudiera vacunarlos contra las pérdidas que el día podría traer.

Hoy era el día, la culminación de toda la planificación y los preparativos que habían hecho desde que enviaron a los niños. Porque los refugiados no se habían quedado pasivos ante la amenaza de ataque.

“La mejor defensa es la ofensiva”, había dicho Bird en la asamblea donde forjaron su estrategia. “Las turbas se están amotinando por toda la ciudad. Nuestro ejército se está

abriendo camino a través del valle. Hemos tenido marchas y protestas durante muchas semanas. El equinoccio de primavera está a la vuelta de la esquina y la Pascua está también al llegar. ¡Parece un buen momento para el Levantamiento!

Los refugiados aplaudieron y luego se organizaron. Ahora Bird revisó los planos. Se habían colocado pancartas y carteles en lugares estratégicos a lo largo de la ruta. Tianne y su grupo de artistas y técnicos habían salido del Refugio hacía dos noches con esculturas gigantes en pedazos escondidas bajo lonas en carros de Expiación, e incluso ahora las estaban ensamblando en garajes proporcionados por simpatizantes. Durante semanas se habían almacenado alimentos, agua y suministros médicos en casas seguras. Los refugiados habían circulado por los barrios, reclutando a sus viejos amigos y vecinos, difundiendo rumores en los depósitos de alimentos y los mercados, y esperando en las colas del agua. “Abasteceos: ¡se acerca el Levantamiento!”

Todo estaba listo. Esta mañana, cuando saliera el sol, su emblema aparecería por todas las calles y aceras de Angel City, adornado con el llamado a la acción. ¡Hoy es el nuevo y brillante día! ¡Levántate!

Dejó que sus brazos rodearan a Madrone e inclinó la cabeza para rozarle la frente con los labios. Ella abrió los ojos, extendió la mano y lo besó. Durante un largo momento, se bebieron el uno al otro. Esta podría ser la

última vez que nos despertemos juntos así, pensó. La última vez que siento que su suavidad y fuerza me envuelven.

O el comienzo. El primer dulce beso de una nueva era. Antes del anochecer, para bien o para mal, el mundo cambiaría. Todo estaba listo.

Entonces escuchó la alarma.

Los vigilantes en los muros del Refugio habían estado avizores toda la noche. El cielo apenas empezaba a aclararse cuando vieron pasar el avión no tripulado sobre ellos. Ladraron a las unidades de comunicaciones que los técnicos habían improvisado con piezas recuperadas y dieron la alerta. Hicieron sonar las trompetas recuperadas, y por todo el Refugio los centinelas tocaron una advertencia con tambores improvisados y ollas de metal.

Se escuchó un silbido y, cuando cayó la bomba, la gente se había puesto máscaras respiratorias improvisadas con carbón entre telas y se había puesto a cubierto.

Nada explotó. Pero la bomba, situada en la Plaza Este, dejó escapar un rastro de gas gris. El escuadrón antiexplosivos arrojó mantas sobre el lugar y preparó ventiladores para disipar el vapor mientras la gente huía del área.

Madrone se vistió, agarró a Zap, que había dormido con su ropa, y corrió con él a su puesto en el centro de curación. Incluso a través de su máscara, captó un leve olor a algo

empalagosamente dulce. Sus sentidos de abeja se aceleraron, analizándolo y neutralizándolo. Gas paralizante. No letal, pero sí peligroso. Evidentemente, los Stewards prefirieron no asesinarlos a todos, sino mantenerlos con vida para sus propios fines. La muerte podría ser la mejor opción.

Los observadores hicieron una nueva llamada. Soldados en el horizonte. Mantenían la distancia, pero estaban allí, cientos de ellos, rodeando el Refugio. Madrone sintió por un momento un pánico absoluto y primario. ¿Qué pasaría si vinieran más drones y más ataques con gas? Sus máscaras respiratorias apenas fueron efectivas. ¿Qué pasaría si se estuvieran ahogando y no pudieran salir?

Al sonar la alarma, Bird saltó de la cama, agarró su ropa y sus botas y corrió hacia la Plaza de la Bienvenida, donde habían escondido todos los rifles y armas que los montañeses y los Ángeles pudieron proporcionarles. Anthony le arrojó un rifle y él rápidamente lo miró y sintió su acción. Se sintió un poco avergonzado al admitir lo bien que se sentía en sus manos llenas de cicatrices, lo familiar que era. Había echado de menos esa sensación de poder aumentado, ese aliado letal e insensible. Había renunciado a ello en favor de un poder más profundo y menos tangible que ahora parecía fuera de su alcance. No podía cantar a los drones del cielo ni ofrecerles un lugar en la mesa.

Un zumbido, un zumbido siniestro. Una corneta hizo sonar la llamada de Entrante. No más tiempo para pensar. Bird se

arrodilló detrás de un muro bajo de escombros y apuntó con cuidado. Las malditas cosas eran tan pequeñas y se movían tan rápido que era difícil golpearlas. Pero tenían que volar bajo, dentro del alcance de los rifles. Quería derribarlos antes de que arrojara una carga sobre el Refugio. Después sería demasiado tarde.

Dejó caer una lluvia de fuego como un abanico frente a su trayectoria... ¡falló! Pero más abajo en la pared, la suerte de alguien más fue mejor. El dron explotó a treinta metros de los límites de la ciudad. Bird agarró su máscara, una verdadera máscara de gas que Hijohn le había enviado personalmente. Cuando la levantó, el aire se llenó de un vapor dulce y nocivo.

Después de eso dejó de pensar, dejó de preocuparse, dejó de hacer cualquier cosa excepto luchar por respirar y mirar a través de la neblina, observar las reveladoras luces láser rojas de los sistemas de guía de los drones y calcular trayectorias y disparar. A veces pensaba que había acertado, pero la mayoría de las veces no tenía idea. El aire, incluso a través de su máscara respiratoria, era caliente y acre y le quemaba la garganta. Pero no podía parar, ni siquiera para tomar un trago de agua.

Ahora los drones estaban lanzando balas, no sólo gas paralizante. Y había otros más grandes detrás de ellos, disparando ráfagas de explosivos que arrancaban trozos de hormigón y llenaban el aire de escombros voladores.

Apunta, dispara, apunta de nuevo. El tiempo se detuvo. Dispara y luego corre hacia un nuevo escondite antes de que las computadoras de los drones puedan calcular tu posición. Arrodíllate, apunta, dispara...

No podría soportar esto para siempre. Eventualmente tendría que detenerse para cargar otro cargador de munición. Comenzó a sentir una creciente sensación de inutilidad. Tarde o temprano lo desgastarían y se quedaría sin munición o se desplomaría por agotamiento o seguirían sus disparos y lo seguirían de regreso y moriría.

De repente el viento cambió. Del Oeste soplabla una fuerte brisa, un dedo de viento del océano. Llevó el gas y el humo hacia arriba en una gran columna de nube y los hizo retroceder sobre los atacantes. La plaza estaba despejada y podía ver con claridad. Había cuerpos esparcidos por el pavimento, cascos muertos que alguna vez habían sido sus amigos. No podía pensar en eso ahora.

Se bajó la máscara y tragó aire limpio, y fue como si su mente se aclarara al mismo tiempo. Recordó algunas de las sesiones informativas de River, allá en la City.

El conductor de drones. Estará en alguna parte, entre las filas. Pero si pudieran encontrarlo, elimínenlo...

Tenía la garganta reseca. Buscó a tientas su botella de agua. Pero estaba vacía. Había una amplia marca

chamuscada en su costado, un impacto de un láser que había derretido el acero. Se estremeció de repente al darse cuenta de lo cerca que había estado.

¿Por qué había este respiro? Deben estar poniendo algo en posición. ¿Un tanque, tal vez? ¿La puerta caería con una explosión?

El viento amainó y la neblina empalagosa volvió a envolver el lugar. Su sed era un tormento furioso. Ignórala, se dijo. Has sufrido cosas peores. Intenta ver a través del gas, para mantenerte alerta por lo que esta por venir.

“¡Papá!”

Una pequeña voz lo llamó a través de la oscuridad. Miró hacia atrás.

Zap salió disparado de la niebla y puso un nuevo cargador de munición en sus manos, ¡y oh bendita Diosa! Una botella de agua. Se subió la máscara y bebió. Tal vez debería dejar algo para más tarde, pero ahora lo único en lo que podía pensar era en saciar su sed. Tenía un sabor ligeramente dulce, un toque de miel, como si Madrone la hubiera mezclado con una de sus infusiones.

“¡Gracias!” graznó.

“¿Puedo quedarme contigo?” Preguntó Zap, apoyándose en la pierna de Bird como si pudiera encontrar seguridad allí.

“¡Diablos, no! ¡Devuelve tu trasero a Madrone!, ladró Bird. El niño no dijo nada, sólo miró hacia arriba con súplica, como un cachorro pidiendo que no lo rechazaran.

“¡Sin argumentos!” Bird hizo que su voz quebrada fuera severa. Se sintió enfermo de preocupación. *¡Diosa!* Tenía que sacar a Zap de este infierno y devolverlo a la relativa seguridad del centro de curación.

Por una vez, Zap obedeció. Se giró para retroceder por el túnel.

Bird se permitió el lujo, sólo por un momento, de verlo partir: esa pequeña figura que se escabullía y que al final era por lo que estaba luchando.

Y de repente el túnel explotó en una explosión de fuego. Un proyectil, pensó Bird aturdido mientras la barricada de la puerta era derribada y los tanques entraban. ¿Lo había logrado Zap? *Madre de la Diosa*, santa Madre de todos los Dioses, por favor que haya avanzado lo suficiente antes del golpe.

Pero Bird lo sabía. Otra ráfaga de brisa rebelde volvió a levantar el humo, lo suficientemente alto como para que él pudiera verlo, tirado en el suelo, con una pequeña mano cortada agarrando un cargador de munición vacío.

¡No! ¡No, no, no, joder, no! No lo creería, no lo aceptaría, no por ese niño pequeño al que había reprendido, bañado y

tratado de darle una pequeña oportunidad de ser *un* niño pequeño. El aire estaba demasiado denso por las balas y el gas voladores como para siquiera llegar al cuerpecito roto, y nuevos drones llegaban minuto a minuto. No hay tiempo para llorar por él; para llorar.

Los malditos finales de mi vida, pensó Bird. Mi padre muriendo en un charco de sangre, y ahora mi hijo.

“¡Retroceder!” escuchó el grito. Pero estaba poseído por una ola de furia fría y ciega y no podía persuadir a sus pies para que se movieran hacia atrás. Si pudiera retroceder el tiempo sólo un momento, si pudiera decir sí, sí, quédate conmigo, me preocupo por ti, ¡te amo! Qué infinitamente triste que las últimas palabras que el niño llevaría consigo hasta la muerte fueran gritos de rechazo.

El dolor lo atravesó. Pero no podía darse el lujo de sentir pena en ese momento. Era hora de ponerse, una vez más, su armadura de guerrero. ¡Qué familiar era, qué extrañamente cómoda! Un caparazón para proteger las partes blandas, para encerrar en quitina impermeable al amante, al padre, al cantante. No los necesitaría otra vez.

Se arrojó al suelo y empezó a arrastrarse hacia adelante. El gas y el humo se elevaban a su alrededor, le quemaban la piel y le provocaban dolor en los pulmones. Abajo, a lo largo del suelo, el gas era más denso, como si fuera una sustancia pesada que se sedimentaba y se acumulaba. Siguió adelante,

arrastrándose a través de un miasma de veneno, entre los escombros de la arruinada Plaza de la Bienvenida, el desorden de alas de ángel rotas y los colores destrozados de los mosaicos.

Aquí el aire era un poco más claro y podía respirar. A través de la neblina, distinguió la ola de tropas y maquinaria que llegaban. *Mierda*, parecía que tenían la mitad del ejército aquí, al menos diez tanques, fila tras fila de tropas. Pero su objetivo estaba detrás de ellos. Sería muy atrás, como les había informado River. Estaría bien protegido.

La puerta y el túnel quedaron destruidos. El Ángel de la Bienvenida yacía sin cabeza y las tropas apartaron los fragmentos a patadas. Bird, se aplastaba contra los restos de la pared de mosaico, con sus flores ahora desconchadas, agrietadas y destrozadas. Se deslizó hacia abajo para arrastrarse entre los escombros. Sólo podía esperar que los demás, en lo más profundo del Refugio, hubieran oído la explosión y estuvieran saliendo.

No había forma de resistir esta potencia de fuego. Pero había una última manera de protegerlos de la persecución. Tal vez el Refugio que habían construido caería, tal vez todos morirían. No podría salvarlos. No era un superhéroe capaz de acabar con un ejército él solo. Pero había una cosa que podía hacer. Y lo haría, costase lo que costase.

Por suerte, pensó, estoy tan cubierto de polvo de cemento que me camufló perfectamente. Utilizó un truco que Maya les había enseñado hace mucho tiempo y se imaginó envolviéndose en una capa de invisibilidad. La invisibilidad no se trata de ser invisible, solía decir. Se trata de pasar desapercibido.

Se mantuvo cerca de las paredes, moviéndose lentamente, excepto cuando podía refugiarse en alguna grieta y correr agachado, o cuando una nueva ráfaga de gas creaba una neblina aún más espesa.

A través de las ruinas de la antigua puerta, esquivó de refugio en refugio a través de lo que ahora era una madriguera destrozada llena de trozos de concreto y escombros destrozados. Al final, los esqueletos no los habían protegido. Habían sido destrozados. Aquí y allá se topaba con el hueso de un dedo o con la rodilla presionada dolorosamente contra la afilada astilla de un cráneo.

Allí estaba. Su objetivo. Su premio. Con su antena girando sobre el techo como un ojo rojo en busca, un remolque blindado que estaba rodeado por un círculo protector de APCs con sus torretas y sus sojuhs armados y vigilantes. Operaciones con drones. Una medida del poder tecnológico de los Stewards y de su debilidad.

Antaño, los operadores podían haberse sentado con seguridad en Nebraska y presionar algunos botones para

causar estragos en Afganistán. Pero ahora los satélites que habían transmitido esas señales estaban quemados o en mal estado. Ahora las manos y los ojos que guiaban a los cazadores debían estar dentro del alcance de la radio. Podrían enviar Buscadores por toda la ciudad para rastrear y seguir cualquier cosa que estuviera viva, pero para guiar un ataque como este, con sus cientos de drones y su logística compleja, cuanto más cerca estuvieran de sus objetivos, mayor sería su precisión.

No podía derrotar a un ejército. Pero podría darle algo de tiempo a su gente.

Los artilleros de los vehículos blindados eran descuidados y se sentaban expuestos detrás de sus torretas. Lo más probable es que llevaran chalecos de Kevlar, pero él podría eludirlos. Tenía un tiro lo suficientemente bueno para eso, dándoles entre los ojos o en la nuca. Ya había renunciado a su voto de no matar, y ahora habían matado a su niño, a su hijo. Nadie, ni siquiera el propio Gandhi, podría culparlo.

Pero esa no era su misión. Por mucho que quisiera soltar una ráfaga de fuego, tenía un objetivo más vital. Haz eso primero y luego podrás vengarte.

El remolque. ¿Cómo llegar hasta allí, rodeado por toda esa potencia de fuego, esos ojos vigilantes?

Vio una posible apertura. Un trozo de pared había caído y ahora yacía en una precaria inclinación, apoyado sobre otro segmento inclinado. Uno del círculo de APCs estaba cerca de él, lo suficientemente cerca como para que si pudiera arrastrarse hasta él...

Serpenteó a lo largo del túnel triangular bajo donde se unían las dos paredes, rezando para que no eligieran ese momento para caer y aplastarlo. El túnel desembocaba directamente detrás del APC. Cinco pies de terreno abierto entre él y su objetivo. Tendría que cruzarlo, arriesgarse. Se arrojó sobre el polvo y se deslizó por el suelo, moviéndose lentamente, sosteniendo la imagen de una capa sobre él. Maya, abuela, ¡ayúdame ahora!

Parece que estás bien por tu cuenta.

Casi sonrió. Pronto, pronto estaría con ella en alguna dimensión inimaginable. Eso no estuvo tan mal. Eso no era algo que temer.

Se deslizó bajo el APC. Había suficiente espacio para que él se moviera y rezó para que no eligieran ese momento para encender los motores y salir. Tumbado debajo, tenía una clara oportunidad de alcanzar el remolque. Tragó aire, se obligó a inhalar lentamente la sustancia acre y polvorienta, para conectarse a tierra. Raíces excavando, aprovechando el poder de la tierra misma. Envía miedo, rabia y dolor, cálmate, piensa. ¿Cuántos tiros podría lograr? Sabía dónde

estarían las consolas de ordenador, junto a la pared que tenía enfrente. Podrían pasar treinta segundos, tal vez hasta un minuto, antes de que se dieran cuenta de dónde venían los disparos. No pienses en lo que pasará entonces.

Alcanzar las consolas, esa era la primera prioridad. Entonces, tal vez, apuntar a la línea de combustible. Tenía un cargador de munición, no más. Tendría que usarlo con prudencia.

Sacó con cautela la parte superior de su cuerpo de debajo del chasis y se levantó sobre los codos. Colocando el arma con cuidado, respiró hondo y envió un tatuaje de balas a la pared del remolque, en un patrón en zigzag que tendría la oportunidad óptima de causar un daño crucial. Desde su nueva posición, tenía una visión clara de la parte inferior del camión que arrastraba el remolque. No era un tiro fácil, pero tranquilizó su mente y se concentró en su objetivo, como le había enseñado su instructor de tiro con arco muchos años antes. Respira, aprieta, aprieta el gatillo poco a poco, poco a poco. ¡Silbido! Se alegró de ver salir un chorro de gasolina. Pero no tuvo tiempo de felicitarse.

Sin pensar, su cuerpo se retorció hacia atrás, sus piernas lo llevaban en una rápida carrera de regreso al refugio del muro de concreto antes de que los artilleros del APC tuvieran tiempo de girarse y seguirlo.

Él estaba vivo. Vivo, salvo e ileso, para este precioso momento. Sospechaba que no por mucho tiempo. Oyó gritos y una ráfaga de fuego láser barrió las paredes, arriba y abajo. Se arrojó detrás de un bloque de hormigón, justo a tiempo. La parte posterior de sus piernas ardía con el calor. La siguiente ronda lo atraparía, o la siguiente. Pero ahora todavía le quedaba munición. Podría morir escondido entre los escombros, o podría salir abriendo el rastro de su ira en sus carnes.

Salió de las sombras y alzó la mira hacia el tanque más cercano mientras éste giraba su torreta hacia él. Durante un largo momento permaneció inmóvil, con el cañón del rifle enfrentado al cañón del tanque...

El aire se convulsionó cuando el proyectil impactó. Un rugido de sonido lo envolvió. El hormigón se agrietó y se partió, y enormes trozos cayeron. Un estruendo profundo... y el Refugio se derrumbó a su alrededor, llevándolo hacia una tumba de escombros y polvo, hacia el oscuro abrazo del silencio, mientras todo se quedaba quieto.

Capítulo sesenta y ocho

Un sonido como de trueno retumbó en la Plaza Central, y un estremecimiento recorrió el suelo como un terremoto. La multitud apiñada gritó alarmada.

“¡Están bombardeando las puertas!” gritó un adolescente que estaba encaramado en lo alto de las paredes.

Zap, pensó Madrone alarmada. No había regresado todavía. Y Bird... él estaba allí. ¡Oh *Diosa, Madre de la vida*, que estén bien!

Los refugiados estaban agrupados alrededor del hogar y el árbol sagrado, agarrando máscaras respiratorias y posesiones preciadas. Madrone podía oler su miedo, una nota acre bajo los rastros empalagosos y dulces del gas paralizante. No todos habían resistido el gas. Algunos yacían desplomados en brazos de amigos, apenas conscientes. Se

las había arreglado para preparar un antídoto y lo había enviado, pero los que se despertaron todavía parecían lentos y confundidos.

Encontró a los otros líderes junto al hogar.

“¿Qué fue eso?”, preguntó Emily alarmada cuando otro fuerte estallido resonó en el Refugio.

“¡Tenemos que salir de aquí!” Dijo la señorita Ruby. “Están entrando”.

“Pensé que íbamos a permanecer firmes y luchar”, dijo Bob con firmeza.

“Estamos peleando”, dijo Anthony suavemente. “Desafortunadamente, estamos perdiendo”.

“Ese era el plan A”, dijo Emily. “Cuando pensábamos que podrían traer algunos policías o un escuadrón de policías antidisturbios. ¡No estábamos pensando en tanques, drones y la mitad de su ejército!

“Recomiendo el plan B”, dijo Beth. “Nos largamos y vivimos para luchar otro día”.

“¡Pero destruirán todo lo que hemos construido!”, lloró uno de los artistas adolescentes.

“¡Constrúyelo, derribalo, somos la broma del Payaso Cósmico!” –declamó Jano.

De repente todos estaban gritando. En un momento, pensó Madrone, descenderemos al caos y los Stewards nos derribarán a todos si no logramos llegar a un consenso. ¿Dónde estaba Pájaro? Podía moverlos. La señorita Ruby intentaba gritar pidiendo orden pero no la escuchaban. Y no podía confiar en Bird para hacer esto. Reprimió el miedo de no poder volver a apoyarse en él nunca más.

Madrone dio un paso al frente. “Podemos construir de nuevo”, gritó. “Queríamos crear un refugio y lo logramos. Queríamos inspirar un levantamiento y lo hemos hecho. En este momento, toda la ciudad está en marcha. No sé ustedes, pero este es el día del Levantamiento, el momento que hemos soñado y planeado. ¡Quiero verlo! No quiero morir aquí en algún puesto suicida inútil. Quiero unirme a ellos. Porque cuando esto termine, no importará si destruyen este lugar, incluso con todo el amor que le hemos dedicado. ¡Cuando esto termine, toda la ciudad será nuestro refugio!

Se elevó un gran grito de aprobación.

“Para que sepas qué hacer y adónde ir”. La señorita Ruby subió al escenario. “¡Vamos a hacerlo! Esta ciudad nos necesitará a todos los que hemos estado aquí juntos, a los que hemos aprendido a organizarnos y gobernarnos a

nosotros mismos. Vámonos, mientras podamos irnos. ¡Nos vemos en las calles!

Pero estaba muy bien llorar: ¡Nos vemos en las calles! Pensó Madrone. El problema era cómo llegar allí. La entrada principal era una zona de batalla. No podían salir así. Enviaron exploradores a las otras salidas para encontrar al menos una de sus puertas traseras o túneles secretos que les permitiera escapar. Madrone regresó al centro de curación para preparar a los heridos para el transporte.

Sintió una creciente sensación de miedo, pero la reprimió. Ahora no había tiempo para preguntarse por Bird y Zap, ni para dejarse llevar por el pánico a medida que los estruendos de las explosiones sonaban cada vez más cerca. Tenía pacientes para cargar en camillas que habían preparado de antemano con postes y mantas, y muletas improvisadas con palos toscos para repartir. Había gemidos de dolor que aliviar de alguna manera, últimas dosis de medicamento que distribuir, nuevos brebajes que preparar con sus poderes de abeja. La mente de abeja exigía calma y concentración. Si cedía al pánico, no podrían sanar.

Pero los rumores llegaron hasta ella en angustiados susurros de su equipo de sanadores, de los voluntarios que reunió para transportar camillas, de las víctimas que llegaban tambaleándose desde las líneas de batalla. El camino de regreso estaba bloqueado. Pelotones de sojuhs patrullaban las calles, con círculos de tanques y vehículos

blindados rodeando todas las salidas. El mismo aire estaba lleno de drones que lanzaban balas y disparaban a todo lo que se movía.

Encontrarán la manera, se dijo a sí misma mientras envolvía un vendaje alrededor del muñón sangrante de un brazo y sostenía un vaso de agua mientras el adolescente delgado al que pertenecía se tragaba la última de las tabletas de morfina. Había sido parte del equipo de Tianne, un artista en ciernes.

Tendrán que encontrar una manera. La historia no podía terminar así.

Entonces el aire pareció hendirse con un sonido, una explosión tan cercana que el impacto la arrojó contra la pared y derribó los estantes de suministros. En medio del tintineo de los cristales que caían, oyó gritos y el sonido de pies corriendo.

De repente, el centro de curación se vio inundado de gente que entraba por las puertas presa del pánico.

“¡Deténganse!” –gritó Madrone–. “¿Por qué vienen todos aquí? ¡Tenemos heridos que cuidar!

Pero su voz se perdió en la ola de ruido.

“¡A los manantiales!” escuchó el tenor de Anthony por encima del rugido. La señorita Ruby repitió la llamada.

“¡A los manantiales!”

Madrone se abrió paso entre la multitud y logró agarrar el brazo de Anthony mientras éste formaba una fila de voluntarios para proteger a los pacientes de la estampida. La señorita Ruby continuó gritando la llamada mientras los conducía a través de la clínica hasta la entrada de los manantiales.

“¿Estás loca?” –siseó Madrone. “¡No hay manera de salir de allí!”

“¡No hay manera de salir!”, le dijo Anthony. “Estamos atrapados. Quizás allí abajo podamos bloquear la entrada y mantenerlos a raya. Y tendremos agua...”

Era un plan terrible. No era ningún plan en absoluto. Pero ella no tenía nada mejor que ofrecer.

Dejaron que los sanos pasaran corriendo junto a ellos, y los heridos que caminaban cojeaban tras ellos. Luego, ella y Anthony rápidamente ordenaron a los equipos de camillas que los siguieran. Tuvo que luchar contra su propio pánico creciente, su instinto de correr en busca de refugio, como si los manantiales pudieran protegerlos, como si la seguridad de cualquier tipo no fuera una mera ilusión. Pero no pienses en eso.

Echó una última mirada a la clínica mientras sacaban la última camilla. Sus estantes cuidadosamente ordenados con

valiosos suministros, ahora derribados. Su suelo limpio y las ordenadas hileras de catres ahora estaban cubiertos de polvo. El lugar donde ella había atendido, consolado y sanado a tantos, estaba a punto de convertirse en escombros. Le hubiera gustado hacer algún ritual final, algún cierre para toda la magia que había derramado en este lugar. Pero otro fuerte estallido la hizo correr hacia abajo para seguir a los demás.

Se precipitó a través de la puerta del antiguo spa, y un equipo liderado por Anthony la bloqueó inmediatamente con trozos de concreto, apuntalándola con todas las vigas y palos viejos que pudieron encontrar.

Pájaro, pensó. Y Zap. Si regresaban de la batalla en busca de refugio, quedarían amurallados.

Pero ella no podía pensar en eso. Tenía pacientes a los que cuidar, gente a la que tranquilizar y calmar y...

¿Y qué? *Madre de las Diosas*, ¿qué iban a hacer en el reino de Hella?

Esto fue. Este era el final. Un proyectil más, una explosión más, un estallido al patético bloqueo en la entrada, y todas estas personas, sus amigos, sus pacientes, sus aliados en la visión que los había traído a esta pesadilla, todos iban a morir.

A lo mejor.

¿Cómo te preparas para morir con todos los que te importan?

Maya, Johanna, ¿dónde estáis ahora? ¿Por qué no me guiáis a través de esto?

Quería rodearse la cabeza con los brazos y gritar. Pero ella no podía. Ella era Madrone, la sanadora. Otras personas dependían de ella para mantener la calma y mantener la esperanza.

¿Por qué importaba eso? ¿Me comprará algo de crédito en la otra vida si voy con la curación brotando de mis manos, o me condenará a algún infierno astral si estoy gritando como loca? ¿Qué se supone que debo hacer cuando todo esté por terminar, pero nada haya terminado todavía?

Ésta era mi visión, pensó. Todas estas muertes son por mi cuenta.

Soy la sanadora. Me mirarán, se volverán hacia mí para que les muestre el camino.

Y no tengo nada que dar.

Capítulo sesenta y nueve

“¡Sí!” Wendell levantó el brazo en el aire mientras sus ojos pasaban de una pantalla de vídeo a otra. Se encontraba frente a una serie de pantallas en la sala de guerra en el sótano del Comando Central, y todas mostraban buenas noticias. ¡Por fin!

En una, sus tropas limpiaban los restos de ese patético ejército de chusma. En otra, una patrullera remolcaba un barco capturado lleno de niños rebeldes. En una tercera, su ejército rodeaba la fortaleza a las puertas del Valle Central. Mientras observaba, un proyectil voló una sección de la pared.

Lo mejor de todo, su triunfo final. En la pantalla central más grande vio cómo un tanque disparaba un proyectil contra ese montículo de escombros decorados que habían

encontrado por fin, el corazón de la rebelión, la fuente del mal, la fuente de la mancha.

Respiró profundamente. El aire en la sala de guerra estaba viciado y acre debido al humo de los cigarrillos, pero él lo aspiró con alegría. Lo sintió como la primera respiración libre que había tomado en semanas.

¡Lo había hecho! Los compromisos, los sacrificios, todo valió la pena. Había erradicado la enfermedad y detenido la destrucción. Los pecados, las iniquidades, la corrupción, las tentaciones, todo eso ahora podría caer al montón de basura del pasado, dejándolo libre y puro una vez más.

“General. Señor”, Finch interrumpió su momento privado de pura felicidad. “La 101 está pidiendo órdenes. Están entrando al cuartel general de los rebeldes ahora, señor. ¿Qué hacer con los supervivientes?”

“¿Sobrevivientes?” Wendell se alejó de la pantalla. Ah, era tentador pensar en cómo podrían purgar lentamente el pecado de los sobrevivientes, aplicar las disciplinas del castigo y el dolor. Pero los supervivientes eran como las bacterias que sobrevivían a los antibióticos: aún más resistentes y peligrosas. Ya no quería correr riesgos. Se acabó el riesgo de *sobrevivir* y seguir propagando la contaminación una vez más.

“Oh, no tengamos supervivientes”, dijo Wendell con una sonrisa fría. “Yo creo que no. Haz volar este lugar en pedazos, Finch. Diles eso. No tomar prisioneros. ¡Librarnos de este hedor de una vez por todas!

Bird abrió lentamente los ojos. Le zumbaban los oídos y tenía la boca llena de polvo. Estoy enterrado, pensó. Le dolía todo el cuerpo, como si todos los soldados del ejército de Stewards lo hubieran pisoteado sistemáticamente.

Pero estoy vivo. No podría estar muerto y sentirme tan mal.

Un espasmo de tos atravesó su cuerpo y algo pesado lo presionó. Se puso un borde de la camisa sobre la boca y la nariz y jadeó en busca de aire.

Estaba tendido en las ruinas humeantes del Refugio, con una enorme losa de hormigón inclinada en ángulo sobre él. Lo había protegido de la explosión, como si el Refugio mismo lo estuviera protegiendo incluso mientras caía. Pero mientras yacía reuniendo fuerzas, escuchó un crujido siniestro. La losa podría moverse en cualquier momento y aplastarlo. Tenía que moverse.

Buscó a tientas su rifle, que todavía estaba amarrado alrededor de su cuerpo, se dio la vuelta y salió rápidamente.

Oyó gritos y el crujido de las comunicaciones. Las ruinas estaban repletas de sojuhs. Pero estaba vivo, y aunque se sentía magullado por todas partes, todavía parecía tener todas sus partes en funcionamiento. Un milagro.

Vivo, pero no por mucho tiempo. No con esta horda de sojuhs buscando entre las ruinas, no con el artillero todavía encaramado sobre el APC a quien vio mientras el polvo comenzaba a asentarse. Pero lo había hecho. Había sacado el remolque de operaciones con drones y los refugiados podrían escapar sin que los drones los persiguieran.

Dedicó un último pensamiento arrepentido a Madrone, a los años de amar y discutir que ya nunca tendrían; al bebé que ella anhelaba. Pero ella tendría bebés y sus hijos jugarían sin miedo en las verdes calles de su Ciudad, y si él les compraba esa seguridad con este sacrificio, en cierto sentido también sería su padre.

No tenía miedo. Había pasado más allá del miedo a un lugar de absoluta serenidad, como si ya estuviera muerto. Su historia había terminado. Cada momento que siguiera viviendo era simplemente una ventaja.

Pero tampoco estaba dispuesto a darse por vencido. No cuando todavía estaba vivo y prácticamente ileso, un luchador con una pistola en la mano, algunas balas restantes y un hijo al que vengar.

Se retorció bajo la losa que lo había protegido del proyectil y comenzó a arrastrarse hacia las ruinas del Refugio. Lo conocía muy bien, hasta el último túnel, grieta y pasadizo ocultos. Esa era una ventaja.

Pero la mitad desapareció y había más de ellos que de él. Esa era la desventaja.

Se abrió camino entre las ruinas, apretándose a través de estrechos pozos y arrastrándose por túneles donde siniestros crujidos le advertían que los escombros aún podrían moverse y aplastarlo vivo.

Fue un viaje de pesadilla. La explosión había destrozado su segunda botella de agua y su boca y garganta llenas de polvo estaban doloridas y en carne viva. Durante largos momentos, se encontró completamente perdido, sin saber qué dirección lo llevaría más profundamente entre las ruinas y cuál la llevaría a un lugar seguro. Encontró recuerdos, aquí la cabeza arrancada de una muñeca, allí un zapato que creyó reconocer.

Mientras tanto oía gritos, detrás de él, arriba, a su alrededor. Las ruinas estaban repletas de sojuhs. Las voces de sus perseguidores rebotaban en extrañas reverberaciones y ecos. No podía decir si estaban detrás de él o delante. Unos cuantos ladridos fuertes resonaron a través del cemento. Perros. ¿Podrían olfatear un olor de humano vivo en medio del olor a azufre y muerte?

En los escombros de uno de los apartamentos, yacía agachado debajo de una pared de vigas caída mientras las botas resonaban sobre su cabeza. Se escuchó un crujido y la delgada cubierta de paneles de yeso cedió. Una bota se abrió paso y aterrizó sobre la cabeza de Bird, empujándola hacia el suelo. Se quedó tendido, apenas atreviéndose a respirar, mientras encima de él el sojuh maldecía en voz alta y trataba de levantar la pierna. Cada tirón aplastaba la cabeza de Bird contra un trozo de concreto áspero debajo de él, y se quedó congelado, obligándose a no emitir ningún sonido.

Estaba tumbado sobre algo blando. Un rayo de luz atravesó los bordes del agujero y abrió un poco los ojos.

Brillantes motas de polvo voltearon en un lento giro cuando la bota crujió su cráneo. A través de ellos, como a través de una nube brillante, un rostro le devolvía la mirada.

Bird contuvo un grito. Ojos ciegos lo miraron fijamente, tristes y conmocionados, como si no hubieran esperado que la muerte los atrapara.

Yacía sobre el cuerpo como si fueran amantes conocidos desde hacía mucho tiempo. Necesitó todo el control que pudo reunir para no salir corriendo gritando de esa cámara de muerte.

Pero la bota del sojuh todavía le golpeaba la mejilla con un trozo afilado de roca, y el pesado paso de los pies de otros

sojuhs desalojaba nuevos pequeños desprendimientos de piedras y polvo. No se atrevía a moverse, retorcerse o toser. No podía ceder a su impulso de vomitar y purgarse. Si quería vivir, todo lo que podía hacer era quedarse allí y mirar fijamente el rostro de los muertos.

Su piel estaba cenicienta por el polvo de hormigón, como si ya se estuviera convirtiendo en piedra. Pero después de mucho, mucho tiempo, empezó a registrar los rasgos, los ojos negros que miraban sin ver, el espeso bigote ahora cubierto de un fino polvo gris.

Beto. El vecino de Anthony. Uno de los primeros en unirse al Refugio.

Bob, que le había regalado a Bird su preciosa guitarra. Bird lo recordaba en el Consejo, serio y lleno de fervor. Tenía una familia, chicos que habían ido a la escuela con las hijas de Anthony y Emily. Mecánico, eso era lo que había sido antes de huir a este Refugio que al final lo había traicionado hasta la muerte. Muy bueno arreglando cosas.

Si Bird pudiera fijar su mente en esos recuerdos, simplemente mantener al hombre vivo en su cabeza, podría mantener a raya el horror, la repulsión ante ese trozo de carne que se encontraba frente a él, con los labios aplastados, las mejillas distorsionadas, las fosas nasales goteando sangre oscura. Sólo los ojos sorprendidos todavía pertenecían a algo humano. Porque a Bird le parecía que

estaba mirando a los ojos de su propia muerte, y que no había nada noble en ello. Ninguna gran luz blanca, ningún resplandor, ninguna apertura a otro mundo, ninguna Gran Aventura.

Sólo carne y podredumbre.

Y esto era el infierno, esta eternidad yaciendo inmovilizada mientras la muerte lo aplastaba desde arriba y lo miraba fijamente a la cara.

Que el viento lleve suavemente su espíritu... No dijo la oración en voz alta, sino que la murmuró dentro de su cabeza, aunque no podía en ese momento creer que hubiera espíritu en aquello que lo miraba fijamente. Pero la oración ayudó a estabilizarlo, a mantenerlo cuerdo. Le dio cierta dignidad al sombrío rostro que tenía ante él.

Que la tierra lo reciba y lo haga renacer.

Necesitamos creer en eso, se dijo. Necesitamos creer en algo que amortigüe la cruda finalidad de esto. Algún cuento de hadas reconfortante. Algo para evitar que los niños lloren por la noche.

Todas esas historias con las que había crecido: la Isla de las Manzanas donde los muertos vuelven a ser jóvenes en la Rueda del Renacimiento. El cielo y el infierno de sus abuelos por parte de padre. Fantasías, decían los ojos en blanco de Bob. Autoengaño. Nos apagamos y en un momento tú

desapareces y no queda nada. No hay brazos acogedores de la Diosa, ni manos de tus seres queridos que te alcancen, ni un gran consejo cósmico para decir: ¡Bien hecho! Nada, como no queda nada de tu hijo, de tu padre, de este Refugio que tanto arriesgaste por construir.

Ja ja. Bromea contigo mismo.

Sintió un momento de abrumadora tentación de saltar fuera de este agujero, disparando, gritando, ofreciéndose a la lluvia de balas que lo recibirían y listo. Una explosión de dolor y luego el olvido.

Cuenta la historia. Canta la canción.

Escuchó la voz de Maya. ¿Era ella, sobreviviendo después de la muerte en algún reino de los antepasados? ¿Burlándose de su crisis de fe? ¿O sólo su recuerdo de ella?

Significa lo que tu quieras que signifique, recordó que ella había dicho hace mucho tiempo cuando alguien le preguntó sobre el simbolismo de una de sus historias.

Memoria o supervivencia del espíritu, mientras podía escuchar su voz, una parte de ella aún vivía.

Significa lo que nosotros hacemos que signifique, con nuestras elecciones, nuestras historias, sacando significado de la nada, como el oro de la paja.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y el rostro de Bob brillaba ahora, un resplandor infundiéndolo, una luz dorada.

Luz desde arriba. Se dio cuenta de que la bota ya no le presionaba la cabeza. El agujero se hizo más ancho, dejando que un rayo de sol acariciara el rostro de Bob. Un gruñido, un grito final, y ahora la luz del sol entró a raudales por el agujero mientras la pierna se retiraba.

Bird contuvo la respiración, rezando para que los sojuhs de arriba no miraran hacia abajo. O si lo hacían, que pareciera ser simplemente otro cadáver.

Poco a poco se dio cuenta de que los pasos habían cesado. Escuchó con atención y sólo escuchó silencio. Gracia.

Tengo que largarme de aquí, pensó. No estoy muerto. Su corazón vivo latía con fuerza y su sangre aceleraba, una oleada de miedo lo empujaba a correr, luchar y sobrevivir.

Agarró su rifle y abrió más el agujero sobre él para poder impulsarse a través. Rápido, rápido, antes de que regresaran los sojuhs. Quizás sólo tenga un momento...

Levantó la cabeza y tragó una bocanada de aire, acre por el humo pero libre por el momento de polvo y muerte.

Pero luego se detuvo. Cada instinto lo impulsaba a correr y correr, pero se obligó a agacharse por un último momento

y cerrar los ojos de Bob. No tanto para Bob, a quien después de todo ya no le importaba, sino para él mismo.

Comprometerse, una vez más, al lado de los cantantes y los narradores, los creadores de sentido. Honrar la muerte con lo único que podría contrarrestarla, un pequeño acto de bondad, de amor.

Después de eso se volvió imprudente y ya no se arrastraba por los túneles. No podía obligarse a volver a la clandestinidad. En lugar de eso, corrió a través de espacios abiertos, metiéndose en grietas, metiéndose en las sombras. Había perdido esa bendita claridad, pero se obligó a luchar contra el pánico que podría haberlo enviado a estrellarse ciegamente entre los escombros del Refugio hacia los brazos de su propia muerte. Ya no estaba dispuesto a que la historia terminara. No, tenía más capítulos que escribir, más versos propios que cantar.

Tenía que pensar, concentrarse a pesar del miedo, recordar rutas, orientarse, mantener los oídos abiertos a gritos y pasos. ¡*Diosa*, daría diez años de su vida por un trago de agua!

Lentamente llegó a partes del Refugio que no habían sido destruidas por los proyectiles. Se movió con rapidez pero con cautela, porque el enemigo ya tendría patrullas y

guardias repartidos por toda el área. Ahora llegó a puntos de referencia que reconoció y, por fin, a una pequeña estatua de un petirrojo que Tianne había hecho con los niños más pequeños de la escuela. Marcaba el camino hacia un pasaje de salida.

Dejó su cautela y echó a correr. Habían trabajado tan duro para construir el Refugio y ahora lo único que quería era huir de él, salir a las calles y callejones abiertos, evadir las patrullas, encontrar a Madrone. El aire limpio volvió a soplar por el pasillo con olor a libertad, y salió disparado hacia allí.

Y se detuvo. Recortado contra la luz en la abertura había un guardia, que se giró y apuntó con su rifle a la pasarela.

Bird se aplastó hasta formar una grieta en la pared. Durante un largo, largo momento, el guardia miró fijamente el pasillo.

Y luego se dio la vuelta.

Estaba allí, envuelto por la luz, un blanco perfecto. Ahora, pensó Bird. Ahora. Me quedan algunas balas. Dispara y sé libre.

Un disparo y podría vengar a su hijo, a Bob y a todos ellos. Un tiro para igualarlos a todos, luego la dulce libertad. Por ese momento él era un Dios, ejerciendo el poder de la vida y la muerte.

Nadie lo culparía. Ni siquiera sus críticos más severos, los que juzgaban tan duramente sus fracasos, le culparían de ello.

El artillero volvió la cabeza. Y algo en el gesto le recordó a Bird de repente a Zap, cómo escaneaba una calle antes de entrar, lo cauteloso que había sido, lo alerta que había estado ante el peligro o la persecución. O de River, cómo escrutaba una multitud. O de cualquiera de los mil sojuhs que se habían unido a la Ciudad. Incluso de sí mismo. Era tan humano ese miedo, esa cautela.

Era como mirarse en un espejo.

¿Hacer carne del significado o significado de la carne? Recorrió su mente como un gusano, como un estribillo publicitario de su infancia antes de que el Levantamiento en el Norte acabara con la publicidad.

Habían matado a su hijo. Ahora él también mataría. Así era. Una y otra vez, a través de generaciones, milenios. Matar y morir. Vengar a los caídos y sufrir a su vez la venganza del enemigo.

O podría hacer otra cosa.

Antes de que pudiera pensar demasiado en ello, se echó el rifle al hombro y caminó hacia adelante con las manos extendidas.

“Sojuh”, dijo suavemente, pero salió de su garganta reseca más bien como un graznido.

El sojuh se giró y apuntó con su arma a Bird. Llevaba el gris de los deudas, y ese fue el único fragmento de esperanza que Bird pudo reunir mientras tragaba una última bocanada de aire.

Se miraban fijamente como dos gallos jóvenes y a Bird se le ocurrió que, si éste era su último pensamiento, no era un gran pensamiento. El sojuh era joven, sus ojos eran de un azul lloroso, su rostro tenía esa fina palidez y sus extremidades esa flacidez propia de los crónicamente desnutridos.

Todavía no estoy muerto, pensó Bird. Y empezó a cantar.

Su voz era áspera, las notas salían ásperas del pasaje seco de su garganta, casi desafinadas.

*“Abre tus ojos,
Hay un nuevo día que amanece,
La libertad surgirá
Con el sol naciente...”*

Cantando por mi vida a través de una garganta de papel de lija, pensó Bird. No es mi idea más brillante. Él se detuvo. El sojuh seguía mirándolo.

“Podría haberte disparado”, dijo Bird. “No quería. Puedes dispararme. Pero no creo que quieras hacerlo, en realidad. Si lo quisieras, ya estaría muerto. Creo que sabes que los Stewards están cayendo. El nuevo día está amaneciendo. Y lo que quiero, y lo que espero que tú quieras, es que estemos juntos en ese nuevo y brillante mundo”.

El sojuh seguía de pie, mirando a Bird como si estuviera estupefacto. Era muy joven, se dio cuenta Bird. Quizás todavía nunca había matado a un hombre a sangre fría.

Lentamente, Bird salió del pasillo y avanzó sigilosamente por la calle. El sojuh giró, manteniendo el cañón del rifle todavía apuntando al corazón de Bird.

“Así que no voy a hacerte daño”, continuó Bird con la voz más tranquilizadora que pudo producir. “Voy a invitarte a unirte a nosotros. Para soñarlo juntos. Para construirlo uno al lado del otro. O en su defecto, simplemente fingir que no me ves y me dejes ir. No hay nadie más alrededor. Nadie más lo sabrá”.

Había una pared, y si podía sortearla, podría llegar a cubrirse, si el chico tenía mal tiro y fallaba la primera vez.

El sojuh miró a Bird, miró su rifle, volvió a mirar a Bird y se miraron a los ojos.

“Déjame ir y te prometo que haremos un mundo donde no tendrás que robar agua. Donde tú, tu madre y tus hermanas

nunca tendréis que temer a los Primes. Donde compartiremos lo que tenemos y haremos lo suficiente para todos”.

Otro paso y otro. El deuda aún no había disparado, y cada momento que se detenía aumentaba las posibilidades de que no lo hiciera. Pero tómallo con calma, con calma, como si fuera una bestia salvaje a la que no quisieras asustar.

“Hemos liberado las plantaciones”, prosiguió Bird. “Tal vez tu familia ya sea libre”.

Entonces algo parpadeó en los ojos del chico, como si Bird hubiera dado en el blanco.

“¡Ir!” siseó. “¡Solo vete!”

Bird se agachó para rodear la pared, manteniéndola entre él y el sojuh en caso de que el chico cambiara de opinión. Luego se adentró en los callejones y pasadizos que rodeaban el Refugio, buscando distanciarse de sus sitiadores, manteniendo su cauteloso ojo atento a las patrullas.

Finalmente, cuando el Refugio quedó muy atrás, redujo el paso y empezó a caminar. Estaba jadeando y tenía un pinchazo en el costado. Su garganta ardía de sed. Habría dado cualquier cosa por encontrar un grifo abierto, algún lugar donde pudiera beber y calmar su garganta áspera y lavarse el hedor. Nunca le molestó más la manera avariciosa de Angel City con el agua.

Lentamente, la adrenalina se fue desvaneciendo y dejando una oleada de cansancio. Se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que había comido o dormido. Pero obligó a sus pesados pies a seguir moviéndose.

Había llegado al borde de la Zona de la Muerte y se dirigió ciegamente hacia el Norte, hacia zonas más pobladas. Poco a poco, se dio cuenta de que había otras personas en la calle que se dirigían en la misma dirección. Miraban furtivamente a su alrededor, como si temieran que los vieran o los siguieran, pero caminaban con determinación, no con el andar desesperado de los perpetuamente desempleados. Se apresuraban, como si tuvieran una cita que cumplir.

Ningún policía acechaba en las intersecciones de estos callejones, donde el estuco se desconchaba de las fachadas de las viviendas y la basura se acumulaba alrededor de las escaleras. No merodeaba ningún tanque del ejército. Detrás de él, el humo se elevaba desde las ruinas del Refugio y el trueno lejano de las explosiones. Mantenían al ejército ocupado.

Su agotamiento era tan profundo que lo aislaba como un traje de materiales peligrosos. Todo parecía oscuro, como si una película lo separara de las calles. Aún le zumbaban los oídos, estaba vivo, pero caminaba como un muerto, a ciegas, sin propósito y sobre todo sin sentir ni pensar. Un desgarró en la tela, una grieta en el casco y el vacío del espacio vacío lo absorbería.

¿Habían salido los demás? ¿Madrone? ¿La volvería a ver alguna vez?

El miedo lo puso del revés. ¿Y si ella estuviera muerta? ¿Y si hubiera escapado del Refugio sólo para dejarla a ella en su tumba?

Poco a poco fue tomando conciencia de que la calle se iba llenando de gente. Más y más, dirigiéndose hacia el Norte, arrastrándolo como una corriente.

Allí apareció un joven audaz, avanzando a grandes zancadas con una camiseta adornada con un sol naciente. Y ahora una mujer, mirando atentamente a su alrededor, sacó de su bolso una bandera del amanecer y la agitó desafiante.

¡La marcha! ¡Santa y dulce Madre de todos los Dioses, hoy era el día en que habían convocado el Levantamiento! En medio del pánico y la destrucción, lo había olvidado.

Y con todo lo que había pasado, todavía era temprano. El sol todavía ascendía hacia su punto máximo del mediodía y la marcha comenzaba a formarse.

Ahora pasó junto a él un anciano que llevaba un cartel que proclamaba ¡Poner fin a la esclavitud por deudas ahora! Una joven madre que empujaba un viejo y destartalado cochecito de bebé se detuvo y buscó debajo de la manta. Sacó una bandera del arco iris toscamente cosida con trozos de tela y una bendita y preciosa botella de agua.

“Aquí”, dijo, entregándole el agua. “¡Parece que necesitas esto más que yo!”

No podía hablar, sólo podía asentir en señal de agradecimiento y beber. El agua estaba fresca y dulce en su garganta reseca, y lo último de su aislamiento se disolvió.

¿Dónde estaba Madrone? ¿Había escapado? ¿Estaba viva?

La mujer le sonrió, con los dientes torcidos y el rostro demacrado de alguien que nunca se alimenta lo suficiente. Pero su rostro estaba brillante mientras le ponía el parche del arcoíris en su camisa rasgada y manchada de sangre.

“Todas las deudas serán perdonadas en el nuevo y brillante día”, dijo, y empujó su cochecito por la carretera.

Él seguiría la marcha. Si los refugiados hubieran escapado, allí irían. Había un largo, largo camino hasta la sede de los Stewards, su destino. Pero aunque el Refugio había caído, el Levantamiento apenas comenzaba. Sucio, sudoroso, apestando a sangre y humo, aún así se sentía limpio, como si hubiera pasado por alguna prueba, como si hubiera superado intacto alguna gran tentación. A pesar de todos sus defectos y fallas, todavía eligió ser un cantante, un creador de significado.

Seguramente eso le había valido algo. Había estado dispuesto a morir para salvar a los demás y a Madrone. ¿No

contaba eso para algo? Seguramente la gracia que le había salvado la vida le permitiría volver a ella.

Capítulo setenta

La señorita Ruby les gritaba a todos que mantuvieran la calma. Madrone se dejó caer, apoyándose en un pilar que todavía sostenía un trozo de techo intacto. Lo que más deseaba era no moverse, hundirse en el cemento y convertirse en piedra. Estaba agotada y desconsolada.

En las tragedias no se habla de esto, pensó. Suena tan simple y definitivo, incluso relajante. Todos mueren. No hables de esos momentos anteriores, cuando el barco se hunde, el avión cae, el monstruo se acerca y, sin embargo, sigues vivo, con el corazón latiendo con fuerza, todas las facultades funcionando, todos los sistemas del cuerpo milagroso aún ilesos.

¿No puedo simplemente saltarme esta parte? Aparecer directamente a la Isla de las Manzanas, arrojarme a los

brazos de Maya, a los brazos de Johanna, a los brazos de Bird que seguramente ya la estará esperando allí. ¿No puedo simplemente saltar sobre el terror y el dolor, la dolorosa y desgarradora pérdida?

Pero ella lo sabía mejor. El hábito la impulsó a ponerse de pie y se encontró poniendo una mano tranquilizadora sobre una mujer que sufría y dirigiendo una palabra de consuelo a un adolescente que sollozaba.

Importe o no, esto es lo que soy, pensó. Una sanadora hasta el amargo final. Bien podría morir siendo yo misma.

Y más que eso. Soy quien he elegido ser y sigo tomando esa decisión, ya sea por cinco minutos más o por otros cincuenta años.

Quien soy no es alguien que se rinde.

¿No había algo que pudieran hacer?

La única salida es a través.

¿Qué significaba eso, en nombre de Hella? ¿A través de la muerte?

¿O a través de otra cosa? ¿Podría haber otra entrada? Allí estaba su túnel secreto, su cueva de meditación. Pero era demasiado pequeño para que todos pudieran pasar, imposible traer camillas o heridos.

¿Pero tal vez no fuera a través de la cueva, sino a través de la meditación? Si pudiera hundirse en la mente de las abejas, o más bien, en la mente detrás de la mente de las abejas. Mente de roca. Mente de agua.

Ella cambia todo lo que toca...

Soy todo posibilidad.

... Y todo lo que toca, cambia....

El cántico zumbaba en su mente, y detrás de él, fragmentos de palabras...

Soy el resplandor de la luz de las estrellas y el polvo de su disolución...

Hundirse tan profundamente que pudiera sentir las estructuras a su alrededor, ver cualquier pasadizo...

Polvo de estrellas hecho carne, hecho roca... todo forma una danza de energías....

Valdría la pena intentar cualquier cosa. Encontró un rincón donde podía agacharse contra una losa de concreto, cerrar los ojos y contener la respiración...

Encuentra el patrón en el corazón....

¡Boom! La explosión más fuerte de todas resonó a través de la roca sobre ellos. Fue invadida por una oleada de puro

terror corporal, se le cortó la respiración y le temblaron las manos.

Respira. Entrenamiento, recuerda tu entrenamiento...

¡Boom! La tierra volvió a temblar. Gritos de miedo resonaron por la cámara.

Respira a través de ello, atraviésalo. El miedo es el bloqueo. La única salida es a través.

Sumérgete en la ola, decía Bird en su época de surfista.

Respiró hondo, como un buceador, y dejó que el miedo la invadiera. Estaba envuelta por el miedo, incapaz de respirar, su corazón latía con fuerza, su sangre aceleraba...

Corazón. Sangre. Vida.

Y el miedo se disolvió o transmutó. Era vida, nada más que vida afirmándose, el corazón luchando por seguir bombeando, la sangre corriendo para continuar su flujo. Sintió la cruda exuberancia animal de su cuerpo, los nervios disparados, los músculos listos para saltar. Ella era parte de esa gran fuerza creativa que se reinventaba sin cesar, un río que fluía, ya sea que su filo particular durara un parpadeo o un eón.

Carne efímera presionada contra el hormigón inmutable. Tan diferente de su cuerpo suave y maleable, de la cosa fría

y dura en su espalda. Sin embargo, después de todo, no era tan diferente. Estaba hecho de los mismos elementos. Tanto ella como las rocas, al final, no son más que restos de estrellas.

Y luego la roca se disolvió, o ella se disolvió en la roca, en capas de arcilla y arena por las que burbujeaba el agua, y ella estaba sondeando el agua, y ella era la gran atracción gravitacional, los brazos envolventes de la tierra que mantenían cerca a sus amantes.

Brujería, decía Maya. Es la aplicación práctica del misticismo.

¿Qué haces aquí, *madrina*? ¿Dónde has estado? ¿Puedes mostrarnos una salida?

Disolución budista sin desapego. Trascendencia absoluta, soldada a la voluntad. La máxima perfección del ser, combinada con el buen y tradicional conocimiento.

Maya, *madrina*, por favor, ¡díme en inglés sencillo lo que se supone que debo hacer!

“Tú eres Diosa”, pero Diosa con una misión.

Una misión. Una meta. Su objetivo. Vida, vida jadeante y palpitante. Ese era su objetivo. Continuar. Fluyendo, fluyendo como el agua. Como agua que fluye por la caverna.

Encuentra el patrón en el corazón.

Podía sentir las estructuras cristalinas de la roca y el cemento, y a través de ellas fluía un patrón tras otro, una danza tras otra. Podía dejarse llevar por esa corriente, pero si mantenía dentro de sí un único punto, un enfoque, podía moverse con voluntad. Impulsada por la gravedad, cambiando patrones a medida que avanzaba, cambiando y tomando forma, como el agua, podía abrir una abertura.

Y la apertura estaba ahí. Las explosiones, esos estallidos de energía, habían desplazado los planos de los bloques que sostenían estas cámaras y habían abierto un paso.

Un paso a través de planos de hormigón cristalino, en precario equilibrio, listos para cambiar de nuevo.

Una apertura, pero peligrosa. Una explosión, un rayo chirriante deslizándose hacia abajo, y todos serían aplastados.

Pero ella era polvo de estrellas, material de roca. Y la roca era polvo de estrellas, materia de la mente.

Si pudiera hablar con las paredes, conseguir la cooperación del hormigón como lo hicieron los técnicos con los cristales que alimentaban la Red... mantener su estructura...

¿Era lo suficientemente fuerte para eso? Pero si se quedaban aquí, si no lo intentaban, seguramente todos morirían.

Su primera tarea fue permanecer en la mente-roca y aun así mantenerse en pie, trabajar esos músculos animales, levantarse, moverse. Un patrón que se mueve a través de un patrón, un fluido a través de una estructura cristalina.

Y luego, algo mil veces más difícil... encontrar palabras. Se movía torpemente por las habitaciones, gritos y sollozos resonaban a su alrededor. Es difícil mantener el equilibrio. Meciéndose como un borracho.

Necesitaba un ancla. Alguien a quien aferrarse. ¿Quién?

¿Anthony? El nombre le llegó, un manojo resbaladizo de fibras brillantes que se disolvían cuando su mente las tocaba. Emily, un frágil caparazón de luz que apenas contenía su propio terror.

Pero allí, en el centro de la caverna, como una roca brillando con un calor interior pero aún sólida, impávida ante el terror, el dolor o la muerte, estaba la señorita Ruby, gritando sus órdenes frente al destino. Rubí, sí. Adamante, cristalina, roja como la sangre viva.

Madrone se acercó tambaleante a ella y le agarró la mano.

La señorita Ruby la miró alarmada.

“¿Qué te pasa, niña?”, preguntó ella.

Madrone de repente quiso reír. Oh, nada, pensó, sólo ruina, destrucción, muerte inminente. No pudo pronunciar las palabras, pero la devolvieron a la mente humana lo suficiente como para jadear.

“¡Anclame!”

La señorita Ruby le apretó la mano con fuerza.

El objetivo. La meta.

“Hay un pasaje”, jadeó Madrone. “Afuera. ¡Por ahí!” Ella apuntó. “No... no es estable. Pero puedo sostenerlo... sostener la roca. Pero tengo que quedarme... quedarme así...”

La señorita Ruby asintió. Continuó agarrando la mano de Madrone mientras gritaba una nueva serie de órdenes.

“¡Está bien, ahora dejad de aullar! Madrone, dice que hay una manera de salir de aquí. Ahora formaremos en una línea ordenada, sin pánico ni empujones. Camillas al frente, luego los heridos. No dejaremos ni un alma atrás. Marigold, ayuda a Marcus con esa camilla de ahí. Arthur, échale un hombro a la señorita Vanessa. Janus, camina entre ellos. ¡Así es!”

Sus palabras inundaron a Madrone como otra especie de corriente. Sí, ahora ella era roca, manteniendo unida una

frágil geometría, fuerzas equilibradas una contra la otra. Y a través de ellos, una apertura...

Ahora caminaban hacia adelante, moviéndose lentamente. Madrone y Miss Ruby al frente, abriendo el camino. La señorita Ruby la agarró con fuerza de la mano. Un paso. Luego otro. Músculo y hueso. Hueso otra forma de roca. Roca sólida bajo sus pies. Roca en equilibrio arriba.

Un soplo podría cambiarlo, o una palabra desagradable.

Un paso. Otro paso.

“La roca es polvo de estrellas, polvo lejano, nuestro polvo. Del polvo venimos y al polvo vamos, por los cerros y a través del polvo hasta la casa de la abuela, vamos, vamos...”

El murmullo de Janus pareció hacer eco de su propia voz. ¿Quizás estoy tan loca como ella? El pensamiento irrumpió como un caparazón y el mundo se estremeció.

“¡Ay abuela, qué ojos tan grandes tienes! ¡Para verte mejor, querida, querida! Los ojos son sabios, gran sorpresa. Qué orejas tan grandes tienes, orejas para oír... sin miedo, sin miedo en la casa de la abuela”.

O tal vez Janus tenga una sabiduría loca. Las palabras hilaron hilos de araña con los que Madrone podía tejer, ayudando a apuntalar su propio poder, a unir la roca.

Quédate en la casa de la Abuela, la Anciana, la Ancestral, ¿y qué hay que temer?

De regreso pasaron por la sala de baños, corrientes de agua moviéndose por un espacio de agua. El lugar donde había estado su pequeño pasaje ahora se abría en una amplia grieta. Lo suficientemente ancho como para moverse. Un paso. Otro paso.

Oscuridad. Siente con los pies, carne sobre hueso. Un agujero. Una obstrucción.

Palabras como cascadas.

El comentario de Miss Ruby, un salvavidas. “¡Cuidado con tus pasos allí!”

La vida fluye a través de la roca. Losas de ella, balanceándose sobre ellos, moviéndose detrás de ellos...

Luego vino otra explosión, una ráfaga de fuego y fuerza que sacudió todas las estructuras a su alrededor. Podía sentir el equilibrio cambiando, inclinándose...

Ella suplicaba sin palabras, sostenía sin manos, se apoyaba sin espalda ni muslos con los que apoyarse...

Iba a caer y aplastarlos a todos. En un minuto... sólo tuvo fuerzas para un minuto...

“¡Correr!” ella gritó. Se presionó contra la pared del pasillo, hacia un nicho poco profundo, y pasaron a su lado como un trueno; cada paso era un nuevo estremecimiento en las paredes, un temblor en el techo...

“¡Correr!” le ladró a la señorita Ruby, que todavía sostenía su mano, pero la señorita Ruby no la soltó.

Manos adicionales se agarraron a las camillas. Nuevos hombros sostenían a los cojos. Siguieron adelante, tropezando y corriendo para salvar sus vidas.

“¡Correr!” Lloró de nuevo cuando pasó el último de ellos, pero la señorita Ruby no entendió. No sabía que Madrone era roca y agua y que nada podía dañarla realmente. Todavía pensaba que Madrone era carne suave, y la sacó de su nicho de refugio y la arrastró por el pasillo mientras la concentración pura de Madrone vacilaba y las rocas comenzaban a caer a su alrededor.

Se oyó un estruendo y, detrás de ellas, los muros de hormigón caían, las losas se derrumbaban, el polvo las asfixiaba y las astillas afiladas herían.

Y luego volvió a la mente humana, de nuevo en puro terror, agarrando la mano de la señorita Ruby para salvar su vida y ahora Madrone arrastró a la mujer, precipitándose por el pasillo mientras este se desplomaba detrás de ellas.

Los condujo, no hacia la luz, sino hacia abajo, más profundamente en la oscuridad.

Salieron a un espacio amplio y oscuro que olía a la muerte misma. La podredumbre, y el olor a la descomposición y los excrementos asaltaron sus narices, y una oleada de gritos golpeó sus oídos. Madrone y la señorita Ruby se abrazaron mientras algo pasaba por sus pies, una avalancha de algo, chirriando y chirriando.

Un pálido haz de luz de la linterna de alguien iluminó la oscuridad. A través del remolino de polvo, vieron un río de ratas corriendo por el largo y oscuro túnel. Se lanzaron de cabeza hacia los grupos apiñados de refugiados, quienes chillaron cuando las ratas se deslizaron alrededor de sus tobillos y huyeron a través del fétido arroyo que fluía por el centro del túnel debajo de ellos.

La señorita Ruby dejó escapar un grito agudo y estridente y Madrone sintió que un chillido escapaba de sus propios labios antes de cerrarlos con fuerza. El alma de su sanadora se estremeció de repulsión.

La vida, se recordó a sí misma. Toda la vida es una.

Pero ella ya no estaba en el Gran Flujo donde todo era perfecto. Estaba de vuelta en la mente de Madrone, donde estaban atrapados en una alcantarilla y los roedores le erizaban la piel. Y las ratas siguieron llegando durante lo que

parecieron horas, miles de ellas, sin duda asustadas por los bombardeos.

Finalmente su número empezó a disminuir. Cientos de ratas, no miles, con espacio para esquivar las patas que les daban patadas. Luego docenas, luego sólo unas pocas rezagadas.

“Las alcantarillas”, comentó Anthony. “¿Ahora cómo diablos vamos a encontrar la salida?”

La señorita Ruby lo miró como si fuera un estudiante particularmente tonto de su clase.

“Sigue a las ratas”, dijo.

Siguieron a las ratas y el pálido haz de la linterna de Anthony a través de los largos y sinuosos túneles subterráneos, tapándose la nariz con los pliegues de sus camisas y tomándose de las manos para evitar perderse. Nuevamente pusieron las camillas y los heridos al frente, y nuevamente Madrone y Miss Ruby cerraban la marcha.

Madrone estaba exhausta y le temblaban las piernas de cansancio. El trance la había dejado sin energía y apenas podía obligarse a moverse. Pero preferiría caminar tambaleándose antes que sentarse aquí, entre la suciedad y el hedor. ¡Si tan solo pudiera respirar una bocanada de aire limpio y claro!

La señorita Ruby la sujetaba con fuerza y Madrone estaba agradecida por cada gramo de terquedad que alguna vez la había irritado tanto. Paso a paso, durante lo que pareció una eternidad, avanzaron.

Finalmente Anthony hizo alto. En la pared había una escalera de hierro oxidada que conducía hacia arriba. Uno de los exploradores más jóvenes subió y abrió una alcantarilla en la parte superior.

“¡Todo claro!” llamó hacia abajo. ¡Aquí arriba no hay señales del ejército!

Madrone cerró los ojos y se balanceó sobre sus pies, mientras Anthony y Emily organizaban el ascenso entre ellos. Primero enviaron a la mayoría de los que estaban sanos y luego instalaron una eslinga de cuerda para subir las camillas y a los heridos que no podían subir.

“¡Ahora sube!”, le dijo la señorita Ruby mientras todavía había un buen equipo abajo para ayudar a los menos móviles. Madrone empezó a objetar, pero en realidad no tenía fuerzas para discutir e intentó subir. Ya era bastante difícil levantar su cuerpo exhausto, sus piernas todavía temblaban y sus manos parecían incapaces de reunir la fuerza para un agarre fuerte. Tuvo que detenerse a medio camino, para reunir voluntad y fuerzas.

¡No puedo hacerlo! Quería llorar, como tantas de las madres a las que había ayudado a dar a luz. Pero al final lo hacían porque no podías detenerte a mitad de camino, y ella tampoco podía hacerlo ahora. Una mano, un pie, luego otro, y otro, y sí, ahora podía oler el aire libre, ver la luz arriba. Unas manos fuertes se acercaron a ella y la ayudaron a atravesar la abertura que daba a la calle.

La luz del sol la cegó. Era poco antes del mediodía y parpadeó para contener las lágrimas.

Estaban en una calle de pequeñas tiendas destartadas y apartamentos con estuco desmoronado. Y a su alrededor la gente corría con carteles y pancartas hacia alguna convocatoria en algún lugar.

Era una señal de la revolución que alguien hubiera abierto una boca de incendio. El agua salpicaba la calle, diamantes de luz bailando en el rocío, y los refugiados se limpiaban agradecidos del hedor de las alcantarillas y del terror, riendo y salpicándose unos a otros.

Después de todo, lo habían logrado. De la muerte y la oscuridad a la luz de un nuevo y brillante día.

Capítulo setenta y uno

Un resplandor de luz llenó la habitación. River parpadeó y luego una pared se cerró a lo largo de su recinto, la luz se atenuó y el suelo cayó. O no, exactamente. El suelo estaba cayendo y él y Smokee caían con él, pegados a él, y de repente el aire cobró vida con el zumbido eléctrico de la maquinaria que volvía a la vida.

Parpadeó, se quedó ciego y bajó el arma con cuidado. Su estómago dio un vuelco cuando cayeron.

¿Qué carajo?

Smokee reía, reía y lloraba, una risa que se convirtió en lágrimas de asombro y alivio.

¿Qué carajo? ¿Qué carajo?

Cayeron, pero lentamente, como si las manos de los dioses los estuvieran amortiguando, y Smokee estaba histérica, respirando entre risas que se convirtieron en sollozos. Había una luz tenue a su alrededor, y ahora River pudo ver que se había apoyado en un panel de botones de colores con números y símbolos que no entendía.

“¿Dónde carajo estamos?” preguntó.

“Oh Dios, me voy a orinar”, se atragantó Smokee, luego pasó la mano por encima de River para presionar uno de los botones con fuerza. “¡Oh Dios, River, casi te cagas en los pantalones!”

“¿Qué es esto?”

“¡Es un ascensor, idiota! Deben tener un generador de reserva funcionando”.

“¿Ascensor?”

“Te lleva arriba y abajo de edificios altos. ¿Nunca has estado en uno antes?”

Río negó con la cabeza. Los cuarteles del ejército estaban todos en un mismo nivel, y nunca había tenido motivos para asistir a ninguna reunión en el cuartel general de los peces gordos.

Pero habían hablado de ascensores en sus sesiones de entrenamiento de guerrilla urbana. Debería haberlo recordado. Ahora se sentía como un tonto. Un momento antes se había mostrado muy noble, dispuesto a morir, y le había dicho a Smokee cuánto la admiraba e incluso la amaba. Ahora quería matarla de nuevo.

Ella se estiró por encima de su hombro para presionar un botón. “Mantén la puerta cerrada”, dijo. “Bajemos hasta el sótano y veamos si podemos salir. ¡Quién sabe, quizá todavía terminemos el trabajo nosotros mismos!

Descendieron lentamente, las luces encima de la puerta parpadearon en secuencia, cuatro, tres, dos, uno, B. El ascensor se detuvo con una sacudida estremecedora.

“Podría haber un guardia en la puerta”, advirtió River. Smokee asintió. Con las armas listas, esperaron mientras se abría la puerta.

Allí estaba un joven sojuh, mirándolos con la boca abierta. Antes de que pudiera levantar su arma, River le disparó.

“Lo siento”, dijo mientras el niño caía. Rápidamente le quitó la chaqueta y la gorra, se las puso y luego le dijo a Smokee que se pusiera las manos detrás de la espalda.

“¿Para qué?”

“Sé mi prisionera, ahora”, dijo. “¡Nos sacará de aquí!”

Le colocó holgadamente un par de esposas de plástico en las muñecas, le metió la pistola en el cinturón, le apuntó de nuevo a la cabeza y juntos marcharon por el pasillo en busca de una salida.

Ninguno de los sojuhs los desafió mientras salían. Cada vez que un sojuh se acercaba demasiado, River simplemente gruñía: “Prisionero de alto valor para interrogatorio”, y seguía adelante. Serpentearon por el laberinto de pasillos subterráneos, a través del sótano, a través de puertas destrozadas y pasillos chamuscados hasta que llegaron al agujero del proyectil que había sido abierto en la zona de servicio. Las tropas entraban y salían libremente, y se deslizaron entre la multitud, hasta el borde oscuro de la multitud alrededor del estacionamiento.

“Prisionero de alto valor”, ladró River mientras un guardia los desafiaba en la puerta de la cerca de tela metálica al borde del asfalto.

“Por allí”, señaló el guardia con la boca de su rifle.

En una esquina del estacionamiento, dos guardias rodeaban lo que quedaba del Ejército Libertador. Era una imagen lamentable, tal vez un par de cientos de defensores ahora arrodillados en la acera con los brazos detrás de la cabeza.

A River no le pareció bien. Parecía un procedimiento estándar para una ejecución masiva.

“Éste es un prisionero de gran valor”, le dijo al guardia. “No para ejecución”.

El guardia se encogió de hombros. “Pedidos. Los peces gordos dicen: matad a todos los rebeldes”.

“Tengo una idea mejor”, dijo River mientras Smokee pateaba al guardia con fuerza en las pelotas. Se dobló y River le dio un golpe en el cuello que lo dejó inconsciente. Agarró el rifle, le arrojó una pistola a Smokee y corrieron a refugiarse detrás de un contenedor de basura donde podían apuntar a los guardias que rodeaban a los cautivos arrodillados.

“¿Vas a hacer esto?”, le preguntó River en voz baja.

“Sólo una docena de guardias, y somos dos”, dijo. “Mejores probabilidades que las que hemos tenido durante toda la noche”.

“Más guardias de donde vienen esos tubos”, dijo.

“¿Tienes un plan entonces?”

“Siempre tengo un plan”.

“¿Invitarlos a la mesa?” –sugirió Smokee con tono irónico. “¿Ofrecerles la oportunidad de unirse al invencible Ejército de Liberación?”

“Bueno como cualquier otro”, dijo River, y salió de detrás del contenedor de basura y gritó en su voz más fuerte. “Sojuhs de la Mayordomía, dejen sus armas. ¡El Ejército de Liberación os tiene cubiertos! ¡No nos obligues a disparar!

Hubo un momento de sorpresa, cuando se dieron vuelta y se volvieron hacia su voz. Rápidamente se escondió detrás del contenedor de basura cuando una andanada de fuego se volvió hacia él. Pero cuando el polvo se disipó, vio que los prisioneros, como esperaba, habían aprovechado la sorpresa. Algunos de los guardias estaban en el suelo, otros luchaban con bandas de liberados y combatientes del Ejército de Liberación. Escuchó disparos y gritos de agonía, pero estaba demasiado oscuro y él y Smokee estaban demasiado lejos para arriesgarse a disparar a cambio.

En lugar de eso, corrió hacia adelante y apuntó el rifle láser que le había quitado al guardia hacia la cerca de tela metálica. Lanzó una línea de fuego hacia arriba, una y otra vez, abriendo una puerta en llamas. Él y Smokee corrieron hacia adelante, él golpeó su hombro contra ella y toda la sección de la cerca se cayó, dejando una amplia abertura a las calles, más allá.

No habían tardado mucho los doscientos en superar a la docena que los custodiaban. Pero unas figuras oscuras cruzaban el aparcamiento del edificio, de donde salía humo blanco. Respaldo. Hora de irse.

“¡Ejército de Liberación!” River volvió a llamar. “Este es un buen momento para desaparecer. Es hora de que el ejército desaparezca”.

“Sabes cuándo y dónde nos volveremos a encontrar”, gritó Smokee. “Búscate refugio ahora. Descansar. ¡Y luego regresa al encuentro con todos los que puedas traer contigo! ¡Te veremos al amanecer de un nuevo y brillante día!

“O moriremos todos miserables en la oscuridad”, añadió en voz baja sólo para River. “¿Qué será, me pregunto?”

“Aún no estoy muerto”, dijo River mientras se metían por el agujero en la cerca y salían a las calles oscuras para encontrar un escondite donde pudieran esperar durante largas horas.

Capítulo setenta y dos

Como riachuelos de agua que convergen en arroyos, grupos de amigos y vecinos confluyeron y comenzaron a marchar, formando grupos, luego multitudes y luego ríos que fluían hacia el templo. Procedían de las llanuras y de los campos de escombros, de las vastas hordas de vagabundos, trabajadores y desesperados. Una oleada de gente provenía de las multitudes que asediaron los lugares de distribución, esparciendo bolsas de patatas fritas a su paso.

Incluso las omnipresentes pantallas de vídeo parecían poseídas por algún espíritu de liberación. Mostraban las multitudes formándose, las corrientes convergiendo.

¡El ascenso! Con todo lo sucedido, Madrone había olvidado que hoy era el día. Pero ahora las calles estaban llenas de gente y comenzaron a verse brillantes parches de

tela del color del sol. Deseó, por un momento, poder cancelarlo, poder esperar un día, descansar, recuperarse y llorar. Seguramente debería llorar, porque ¿cómo podrían Bird y Zap haber escapado de ese caos?

Pero no había ningún lugar donde refugiarse y esconderse, no había reconfortantes tazas de té esperándolos en casa de Beth, no había más un dulce apartamento secreto donde ella y Bird pudieran cerrar una puerta y robar un momento juntos. No, no podía permitirse pensar que nunca volvería a haberlo. No ahora, no cuando todavía les quedaba un día muy, muy largo por delante.

Con todas las pérdidas, los refugiados todavía superaban el centenar. Y había otros que se unirían a ellos, que se habían desplazado en la noche mucho antes del asalto para preparar obras de arte o posicionarse para liderar las marchas de avance. Habían convocado a este río de manifestantes y ahora se unirían a la corriente.

Madrone envió a Beth con un contingente para transportar las camillas y los heridos a una de las casas seguras. Serían atendidos allí. Por una vez, decidió que su lugar no estaba entre los médicos y sanadores. Ella pertenecía a la marcha de hoy.

Porque si hubiera ocurrido un milagro, si de alguna manera Bird y el pequeño Zap hubieran logrado salir de esos

escombros, ellos serían arrastrados por esta misma corriente. Ella lo sabía.

Junto con Anthony, Emily y la señorita Ruby, avanzaba a tropezones entre la masa de gente que se movía. Alguien le puso una bandera en la mano y ella levantó al viento el estandarte del sol naciente. Había pasado del agotamiento a un trance entumecido que la arrastraba.

Luego se escuchó una gran ovación y desde una calle lateral llegaron Tianne y su contingente de adolescentes, remolcando el carro con la estatua de la Diosa Ángel sobre él. Se unieron a la procesión en medio de gritos de alegría y tomaron la delantera, la Reina de los Ángeles brillaba a la luz del sol, con los brazos en alto en señal de triunfo.

Lo habían hecho. Habían escapado del Refugio y habían despertado a la ciudad, y el sol brillaba en el nuevo y brillante día.

Pero Madrone apenas podía sentir el júbilo. Por dentro, se sentía fría y vacía. Bird no estaba allí para compartir este triunfo. No estaba allí para tomar su mano.

Bird y Zap. ¿Sabría alguna vez qué les había pasado? ¿Podría regresar y buscar los cadáveres en las ruinas? Si hubieran sido arrojados al olvido, ¿encontrarían...?

No, no pienses en eso. Piensa en los dulces momentos que habían tenido, el regalo que había sido. Verlo bañar a los

niños, verlos retorcerse, moverse y huir. O no, ni se te ocurra pensar en eso ahora. Piensa en este momento, el gran momento del Levantamiento, y en cómo podrías nutrirlo, protegerlo.

Ahora estaba demasiado agotada para arriesgar la mente de las abejas. Si se hundiera en ello, no tendría fuerzas para salir. Pero ella expresó una oración silenciosa, a las abejas, a la Diosa, a los ancestros, a todos y cada uno de los poderes que pudieran estar dispuestos a ayudar.

Buscad, dijo, mientras recordaba su olor, cómo podía inhalarlo cuando él la rodeaba con sus brazos, su piel, su cabello. Buscad, y si hay algo que encontrar. Tráedmelos.

La marcha de los refugiados llegó a la amplia Avenida del Juicio, que estaba bañada de riadas de gente. A lo lejos, alguien se acercaba a ellos, caminando contra la corriente, moviéndose contra la corriente. Algo en el ritmo de su movimiento le pareció familiar a Madrone. No, era sólo su imaginación, su deseo. No podría ser.

Pero la figura se acercaba cada vez más, abriéndose paso entre la multitud con la misma determinación testaruda que tendría Bird. Pero él no era el único idiota testarudo que habría...

Ahora podía ver... *Diosa*, era alguien que se parecía mucho a él. ¿Podría ser? ¿Podría ser realmente?

Él echó a correr, acercándose a ella. Y era su ligera cojera, su andar torcido lo que ella conocía tan bien.

Se detuvo, inmóvil, sin apenas atreverse a respirar. Si esto era una ilusión, por favor Diosa, déjame retenerlo un momento más, déjame detener este instante para creer que es real.

Y luego fue real. Él se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Diosa, estaba sucio, cubierto de manchas de sudor y sangre, pero ella nunca había visto algo tan hermoso.

Luego él se apartó y ella vio sus ojos, su rostro sombrío.

“Zap”, gruñó en un áspero susurro.

Y ella lo sabía.

Ella estaba sollozando ahora, y con o sin marcha, él se detuvo y simplemente la abrazó, sintiéndola jadear mientras los sollozos ahogados brotaban de su garganta. Los manifestantes se separaron a su alrededor y se quedaron inmóviles por un momento como una piedra en un río.

Él la abrazó, apenas capaz de respirar por el alivio y la gratitud y el profundo dolor por Zap girando a través de él. Había visto el brillo dorado en las alas del ángel cuando el

grupo con el que estaba se unió a la procesión principal. Su cansancio había desaparecido y había sido poseído por la fuerza salvaje de los salmones que se abrían paso contra la corriente, sin permitirse tener esperanzas ni creer, pero esperando.

Y ahora la había encontrado. La rodeó con sus brazos, un círculo mágico, un círculo de protección. Pero eso era una ilusión. No podía mantenerla a salvo, como no podía mantener a salvo el Refugio, ni a Zap, ni a Rosa, ni a su propio padre hace mucho tiempo.

Él lo sabía ahora. Aún escuchaba las voces interiores, acusando, culpando, Es tu culpa... si lo hubieras mantenido contigo... dijo sí, en lugar de no...

Pero ahora eran débiles, como los ecos de las voces que escuchas desde arriba cuando te ponen una bota en la cabeza. Ya no les creía. Había un lugar dentro de él al que ya no podrían llegar, donde las enredaderas crecían sobre los escombros y las semillas echaban raíces en el polvo.

Él la acercó a ese refugio.

Se dio cuenta de que el Refugio nunca fue destruido. Está aquí, en mis brazos, en su corazón palpitante. Todas las armas y bombas del mundo no pueden destruir el refugio que nos ofrecemos unos a otros.

La marcha se había detenido a su alrededor y finalmente la señorita Ruby se acercó y les entregó a ambos un pañuelo.

“Lo siento mucho”, dijo. “Era un niño valiente, a pesar de todo lo que había pasado. Pero tenemos que seguir ahora. ¿Estáis listos?”

Madrone asintió.

“Y al menos el pequeño Zoom está a salvo. Y los otros niños”.

“Sí”, dijo Madrone. “Al menos están a salvo”.

Capítulo setenta y tres

Isis se paró en la cubierta del buque de guerra Harvey Milk y observó el barco de los Stewards en el horizonte a medida que crecía con sus binoculares. Al parecer habían podido reparar parcialmente lo que Rosa le había hecho, mientras se movía, pero su dirección parecía estar todavía algo fuera de control. Trazaba un curso en zigzag a través del agua, tambaleándose como un marinero borracho al escuchar una vieja canción.

La chica lo había hecho bien, ralentizándolo, paralizándolo y dando tiempo a la Armada de Califia para alcanzarlo. Habían necesitado ese tiempo, porque a Rosa le llevó un par de horas de navegación antes de poder comunicar con los montañeses. Habían pasado el mensaje a la marina, que había cambiado de rumbo inmediatamente hacia el Norte, trayendo una fuerte flotilla: el buque de guerra, dos de los

transbordadores reacondicionados y media docena de embarcaciones más pequeñas. Dejaron al resto de la armada en aguas de las Tierras del Sur para continuar bloqueando las líneas navieras.

Era media tarde cuando divisaron el Día de la Victoria. Rosa y el niño que la acompañaba dormían profundamente en sus literas, pero se despertaron cuando los llamaron y contaron rápidamente lo que habían visto. Luego la niña los había guiado con una brújula hacia el lugar donde había visto los barcos por última vez.

Una hora después, encontraron al Winstanley abandonado y a la deriva, con la cubierta llena de los cuerpos ensangrentados de sus defensores. Habían enganchado uno de los remolcadores y lo habían dispuesto para remolcarlo hacia el norte, hasta Avalon Beach, en la zona tóxica, donde los Monstruos y los montañeses se harían cargo de él y enterrarían a los muertos. No tuvieron tiempo de hacer eso mientras los vivos todavía estuvieran en peligro.

Isis había hecho todo lo posible para que Rosa subiera al remolcador, pero la chica se había negado rotundamente a ir y no tuvo valor para discutir con ella. El niño simplemente había huido hacia el laberinto de camarotes y pasillos bajo cubierta del *Milk*. Isis se rindió. No tenía tiempo para perseguir a niños decididos a meterse en problemas y, a decir verdad, simpatizaba con Rosa. Si hubiera sido ella, tampoco habría querido irse.

En verdad la muchacha había sido una Hera. Inteligente, valiente y eficaz. Si lograran salvar a los niños, sería gracias a ella e Isis se aseguró de que ella lo supiera. Ella merecía estar presente en el resultado.

El niño describió cómo el barco les había disparado sin previo aviso, abriendo un agujero en el casco justo al nivel del agua. Mientras la tripulación se apresuraba a hacer frente a los daños, hombres armados subieron a bordo, dispararon a algunos miembros de la tripulación y tomaron prisioneros al resto, empujándolos hacia la bodega.

“Tienen una máquina en ese barco”, dijo. “Te hace débil. Te sientes como un gusano, todo flojo. Casi no podía moverme. Pero pensé, siéntete como un gusano, gatea como un gusano. No nos estaban mirando porque creían que esa máquina mantendría a todos callados. Subí arrastrándome por la escalera, luego, en la puerta, tenían algo que te hace doler como una rata ardiendo. Pero no me importó. Lo atravesé y luego subí a cubierta y traté de esconderme. Pero me persiguieron y luego me atraparon, pero luché contra ellos, me escapé y salté al agua. ¡Sé nadar! Mama Mado me hizo aprender. Así que me alejé nadando lo más rápido que pude. Pero nunca antes nadé en el océano. Tienes olas grandes que se estrellan contra tu cabeza. ¡Pero luego apareció ella y me salvó!

Sonrió con orgullo, un héroe diminuto. Ya está lleno de sí mismo, pensó Isis, el hombre bebé, pavoneándose como un

ganador destacado. Bueno, dale eso. Al menos tenía algo de qué pavonearse.

“Buen trabajo”, dijo Isis. “Ahora ustedes dos, punks, bajen. Los cocineros os darán de comer. Luego dormir un poco. ¡Será un día largo!

No era el momento adecuado, pensó Isis mientras el *Harvey Milk* se acercaba al barco de la marina. No hay oscuridad para sus buceadores. No hay tormenta que oculte sus movimientos. No hay niebla como pantalla para mostrar su barco fantasma.

Pero no tenían elección. Había que impedir que los hisopos Stewards se salieran con la suya con los niños del Refugio.

Sintió una mano suave sobre su hombro.

“¿Qué hacemos?” La voz ronca de Sara envió un pequeño escalofrío secreto por la columna de Isis.

Por un momento, Isis se imaginó diciendo: haz lo que deberíamos haber estado haciendo todo el tiempo. Olvídate de intentar olvidarte; de todos modos no funciona, ¡y te quiero! Aquí y ahora, porque te he dejado pasar demasiado tiempo.

Pero ella reprimió el pensamiento. Ahora no era el momento. De todos modos, Miguel estaba justo detrás de Sara, su habitual amplia sonrisa reemplazada por un ceño de preocupación.

“Existe el viejo truco de minar el casco”, sugirió. “¿Hasta dónde pueden nadar nuestros buzos?”

“Hasta donde sea necesario”, dijo Sara.

“¿Vamos a hundir el barco con todos los niños a bordo?”
–Preguntó Isis.

“Podemos amenazar”, dijo Miguel.

“¿Qué tal abordar y disparar?” –sugirió Isis.

“¿Con los niños como rehenes potenciales?”, respondió Sara.

“Primero coloquen las minas y luego, si podemos, abordamos”, sugirió Miguel.

“No será fácil”, advirtió Isis. “Probablemente suframos muchas bajas”.

“Aprendamos una lección de Rosa”, sugirió Sara. “Extraer el mecanismo de dirección y la hélice. No tenemos que hundir el barco, sólo incapacitarlo”.

“Buena idea”, dijo Miguel. “Entonces esperemos que entren en razón”.

“¿Razón?”, resopló Isis. “¡Mete el cañón de una pistola en la garganta de los robos, tal vez escuchen eso!”

“Simplemente haz que hablen”, dijo Sara. “Dales algo de tiempo a mis buzos”.

“Ahoy”, gritó Isis por el megáfono. “¡Tenéis algo que nos pertenece!”

El barco enemigo era una versión más grande y con mayor blindaje de los cúteres contra los que habían luchado antes. Se alzaba como una pirámide flotante de placas de acero, con torres de armas a proa y a popa, amenazadoras e invulnerables.

Un disparo por encima del arco fue la respuesta.

Isis resopló. “La diplomacia... ¡Puedo decir que es un gran arte en las Tierras del Sur! He aquí una sugerencia. Devuélvanos a los niños y a nuestra tripulación, de manera pacífica, y dejaremos ir sus lamentables traseros”.

“¡Aquí tienes una sugerencia mejor!” llegó la respuesta.

Un proyectil astilló la vela mayor y el mástil del barco de Ming, provocando ondas de choque en el agua.

“¡Espera!”, gritó Isis mientras su buque de guerra se movía bruscamente con el contragolpe. Agarró el timón y luchó por girar la proa hacia el oleaje.

El velero de Ming quedó escorado de costado. Rodó y volcó. Pequeñas figuras se lanzaron desde los lados.

Isis gritó la orden de acelerar el motor. Maldijo en voz alta, deseando estar de regreso en el Día de la Victoria, pequeño y maniobrable. No había manera de que pudiera girar este gigante con la suficiente rapidez para recogerlos. Pero Bronwyn estaba lista en cubierta, tirando los cinturones salvavidas y llamando a la tripulación del bote salvavidas para que lo botaran.

“¡Recalibrando!” Advirtió el barco de los Stewards.

“¡Movéos fuera del alcance!” gritó Isis a través del sistema de comunicaciones mientras se alejaba rápidamente de la nave enemiga. Los barcos califianos comenzaron a esquivar y virar, tratando de evadir el fuego enemigo. Otro proyectil explotó justo más allá de la cubierta del remolcador. Se balanceó y se escoró de manera alarmante, pero permaneció erguido.

“Acercaos, llevaremos la carga a cubierta. Le quitaremos algunas extremidades y alimentaremos a algunos tiburones

hambrientos”, ladró el megáfono de los Stewards. “Lo haremos con los más pequeños primero mientras los demás miran”.

“Retrocede”, ordenó Isis. “Ganemos tiempo.”

Sara nadó, esforzándose para moverse rápidamente a través del agua contra la fuerte resistencia de sus botellas de oxígeno. Cada uno de los buzos llevaba botellas extra, un suministro para cuatro horas. Se movían a través del agua en profundidad, siguiendo la baliza del sonar de sus faros que emitía un tono bajo para guiar su dirección. El sonar era más preciso que las luces y no atraería la atención desde arriba.

Estaba nadando a cinco metros bajo la superficie, lo suficientemente bajo como para no ser fácilmente visible desde la cubierta del barco enemigo, lo suficientemente alto como para salir a la superficie con rapidez y seguridad si fuera necesario. Era un baño largo y Sara se obligó a respirar con calma y a adaptarse al ritmo. Brazada, brazada, inhalar. Brazada, brazada, exhalar. Rápido, pero no tan rápido como para quedarse sin energía cuando alcanzara su objetivo.

Ya había hecho esto tantas veces que ya no era una novedad; aun así, nunca perdió del todo esa sensación de asombro, esa voz que quería alardear: ¡Mírame, estoy viviendo una aventura! Pero esto era más que una aventura.

No podía permitirse pensar en los niños, en lo que les esperaba al final del viaje si fracasaban en este intento de rescate. Terminarían en los rediles o vendidos a los barcos de esclavos del Giro.

Por un momento, se imaginó a ella e Isis, juntas en el Día de la Victoria, navegando hacia el Oeste en esa misión de rescate. Juntas, ese era el punto. Aún mejor sería no tener una misión, simplemente salir a buscar alguna isla tropical con una playa de arena blanca. Navegando juntas, hacia el atardecer, ¡si esa marsopa testaruda alguna vez admitiera que se había equivocado! Por un momento, esa mañana, en cubierta, Sara había sentido un ablandamiento. Había captado una mirada en los ojos de Isis que parecía decir: Lo siento. Te deseo.

Sara le había dado su espacio. Había esperado a que ella volviera en sí. Pero tal vez esa fue la táctica equivocada. Esta noche, después de que esta misión terminara, después de que los niños estuvieran a salvo y la celebración comenzara, ese sería el momento de cambiar de rumbo. Sí, sintió que era el momento adecuado. Ella empujó hacia adelante con un fuerte golpe, animada por una sensación de esperanzada anticipación.

Fue un nado muy, muy largo, pero ella estaba fuerte y en forma, y si el peligro aguardaba en el otro extremo, bueno, esa era después de todo la definición de “aventura”. Continuó hasta que le dolieron los brazos y sintió las piernas

como plomo. Una y otra vez, esperando que Isis y el resto mantuvieran a los marineros profundamente involucrados en la conversación.

Finalmente vio la masa del barco delante de ella. Era algo feo, como una torre de cajas de acero precariamente sostenidas por el agua, con el casco blindado y armas erizadas sobre las bordas.

Cuando llegó al perímetro del barco, escuchó un estruendo profundo y ahogado. A lo lejos, algo explotó bajo el agua, provocando una onda expansiva que la acercó al barco. Se armó de valor para el impacto. No muy lejos, pudo ver las formas de otros buceadores vestidos con trajes negros. Uno de ellos, probablemente Annie, se acercó al barco y se sumergió detrás de la popa, cerca de la hélice y el timón.

Un eco de un sonido agudo sobre la superficie resonó a través del agua. Una nube roja surgió de la espalda de Annie, arremolinándose en patrones inquietantemente hermosos. Annie se arqueó como una bailarina, con la cabeza inclinada hacia atrás en una dolorosa curva. Su tubo respiratorio salió de su boca floja. Luego su peso comenzó a tirar de ella hacia abajo, lentamente, lentamente.

Sara instintivamente se sumergió más profundamente. Estaban rociando la superficie del agua con fuego de rifle, protegiendo las partes vulnerables del barco. ¿A qué profundidad podrían penetrar las balas contra la fricción del

agua y aun así tener impacto? No lo sabía, pero sospechaba que más profundo era más seguro. Abajo, abajo: era un bombardeo, una tormenta submarina de muerte. ¿Annie todavía estaba viva? ¿Podría ayudarla?

Pero ¿cómo podría encontrarla y qué podría hacer? El agua estaba llena de balas y sangre, y si intentaba buscar a Annie, podría terminar uniéndose a ella en la muerte. Eso podría suceder de todos modos. Lo importante era plantar su gel primero. Había cien vidas de niños en juego.

Si pudiera llegar al casco, el propio barco le proporcionaría cobertura. Ella pateó hacia adelante y luego hacia abajo.

Con un ruido sordo, se sujetó al casco de acero. Podría colocar su gel aquí, pero sería mejor llegar al mecanismo de dirección o a la hélice, algo que inutilizaría la nave permanentemente. Pero eso llevaría tiempo, siguiendo el casco hacia atrás, evitando las palas de la hélice que giraban lentamente...

Debajo de ella, pudo ver una forma a la deriva. Sara se impulsó y descendió como un rayo.

Los ojos de Annie estaban abiertos, mirando fijamente sin comprender. Sara la agarró, le metió el tubo de respiración en la boca y trató de apretarle los pulmones para que funcionaran. Ella buscó el pulso. Nada. Una nube de sangre

los rodeó, tiñendo el agua de rojo. No había nada que ella pudiera hacer.

Que el viento lleve... ¿cómo era?, lleve tu espíritu con suavidad, murmuró para sí misma. Que el agua te limpie. ¿Cómo era la oración por los muertos? Pero a través de la neblina de sangre, pudo ver nuevas formas dando vueltas, elegantes, blancas y siniestras, con aletas triangulares en la espalda. ¡Tiburones! Atraídos por la sangre. ¡Mierda! No quería dejar a Annie por ello, pero se estaban acercando. Agarró el cuchillo de Annie de su cinturón, deseando que fuera un arpón o algo que pudiera matar a mayor distancia. Su propio cuchillo sería una copia de seguridad.

Un destello, una estocada rápida: dientes acercándose a ella, afilados y feroces. El hocico, pensó, ese es el lugar vulnerable. Mantén la calma, concéntrate, no entres en pánico, ¡ahora ataca! Ella golpeó la protuberancia abultada sobre esa boca viciosa. Una flor roja, un golpe que agitó el agua y arrancó el cuerpo de Annie de su agarre. Sin pensarlo, dio una patada hacia arriba. Un dolor agudo y ardiente le atravesó la pantorrilla. Miró hacia atrás y vio su propia sangre corriendo detrás de ella. Pateó con más fuerza, se dio la vuelta y volvió a golpear una mandíbula prominente. Hizo un corte profundo en el hocico de la criatura y volvió a pincharle en un ojo. El tiburón chorreó sangre y desde abajo sus hermanos lo atacaron, dándole un momento de respiro.

Ella huyó. Pateando más fuerte, hacia arriba y hacia arriba, arriesgándose a doblarse o cualquier otra cosa para escapar de los dientes afilados que se encontraban debajo.

De nuevo llegó al casco del barco. Quizás abordar y capturar no fuera el mejor plan, pero ahora no tenía otra opción. Tenía que salir del agua antes de que los tiburones terminaran con Annie y entre ellos y fueran por ella. Pero antes de eso, todavía tenía una misión.

Buscó una correa en su mochila y se ató un rápido torniquete alrededor de la pierna. La sangre ya no manaba, pero seguía goteando. Ella apretó la correa. Ahora apenas podía usar la pierna, pero se arrastró por el fondo del casco.

El corte era profundo y el agua salada ardía, pero la sangre se detuvo lentamente. Aún así, podría volver a abrirse en cualquier momento. Retrocedió a lo largo del casco, y más atrás, hasta que encontró el timón y la hélice. Podía ver el palo roto del arpón de Rosa todavía encajado en el mecanismo de dirección. Se estaba soltando lentamente, siendo empujado hacia afuera cada vez que el timón se movía hacia adelante y hacia atrás. Sólo un poco de gel bastaría, pero la hélice, a pesar de lo estropeada que estaba, creaba un fuerte contraflujo. Se aferró al costado del barco y avanzó poco a poco. Apúrate. Debajo de ella vio una forma blanca que comenzaba a nadar hacia la nube de sangre que había dejado detrás de ella. No por mucho tiempo.

Ella se impulsó y fue a por ello. La hélice creó un vórtice lo suficientemente fuerte como para atraerla. Si hubiera estado funcionando a toda velocidad, no tendría esperanzas de mantenerse fuera de ella, pero ahora giraba lentamente y ella tenía fuerza suficiente para luchar libre, incluso arrastrando la pierna herida. Arriba, arriba y allí, estaba el punto ideal donde la cadena de transmisión se unía al timón. Ella puso el gel....

Su pierna estaba sangrando nuevamente mientras la correa se aflojaba con sus movimientos. La hélice se sacudió. Dio una enorme patada y escapó de su vórtice a costa de un enorme chorro de sangre.

La forma blanca corrió hacia ella.

Aferrándose al casco, rodeó el barco. Seguramente en algún lugar tenía que haber una escalera, una cuerda, algo a lo que agarrarse para ayudarla a subir por los lados resbaladizos. Allí lo encontró: una cuerda colgando del costado. Podría ser una trampa. Podría haber un marinero ahí arriba con un arma, listo para matarla o capturarla. Pero permanecer en el agua era una muerte segura. La idea de esos dientes, arrancando más de su carne, desgarrando su vientre... no, no vayas allí. No lo pienses.

Un terror absoluto la impulsó hacia la cuerda. La agarró y empezó a elevarse, mano sobre mano. Bajo el agua fue fácil. Ella no pesaba. Pero para salir del agua tendría que tirar de

su propio peso. Llevaba veinte libras de botellas de oxígeno. De mala gana, las dejó ir. Sin ellas, no podría volver a escapar a través del agua, pero con la pierna sangrando, el mar era una trampa mortal de todos modos. Ella abandonó la manada. Si de alguna manera sobreviviera a los siguientes momentos, podría arrepentirse, pero con eso sus posibilidades de vivir eran mucho menores.

Descansó sólo por un momento. Pero la forma blanca estaba justo debajo de ella y sabía lo rápido que podía atravesar el agua. Respiró hondo y luego se impulsó, elevándose sobre la cuerda, mano sobre mano, mientras sus piernas la llevaban por el costado del casco. Su pierna herida ardía pero se obligó a ignorarla, trepando rápidamente mientras una cabeza blanca con forma de bala estalló debajo de ella, chasqueando y babeando. Se levantó rápidamente, antes de que pudieran verla y dispararle desde arriba, y luego lo había hecho, saltando sobre la barandilla y aterrizando en cuclillas en la cubierta que, afortunadamente, estaba vacía.

La suerte estuvo con ella. Estaba en un pequeño rincón protegido de la vista. Se presionó contra la pared y se obligó a respirar lentamente para reoxigenar sus aullantes músculos. Su pierna estaba sangrando nuevamente y la presionó con fuerza pero siguió goteando.

¿Ahora que? pensó. Si fuera un héroe de acción, acabaría con la tripulación sin ayuda de nadie. Pero soy sólo una

mujer, buena saltando y la última de la clase en combate cuerpo a cuerpo. No quiero morir. Quiero salvar a los niños y llevarlos a casa con sus felices padres. Quiero bajarme aquí y regresar a la costa y encontrar a Isis y convencerla de que abandone su estúpida testarudez y llevarla a la cama por días y días y días.

En ese momento, escuchó pasos que venían desde la esquina. Ella se agachó. ¿Qué hacen los débiles y los impotentes? Toman un rehén. Tal vez sólo tal vez...

Un joven marinero dobló la esquina. Sara saltó hacia él. Aunque arrastraba la pierna herida, tenía la sorpresa de su lado y lo derribó, rodó, lo agarró del brazo y se lo jaló hacia atrás. En segundos, lo tenía atrapado por el brazo y con el cuchillo en la garganta.

“Silencio”, siseó ella. Se preguntó si realmente usaría el cuchillo si él se resistía. Probablemente no, pero con suerte él no lo adivinaría.

Él le dijo algo con voz temblorosa que ella no pudo oír claramente.

“Hay un lugar para ti en nuestra mesa, si decides unirme a nosotros”, dijo experimentalmente. Una avalancha de palabrotas volvió a ella.

“Capitán”, dijo finalmente. “Llévame con él”.

Sacudió la barbilla para indicar una dirección. Ella lo llevó a lo largo de la cubierta.

Otro proyectil pasó silbando sobre la proa del *Harvey Milk* y explotó justo más allá de la cubierta. ¡Maldita sea, eso estuvo demasiado cerca! Pensó Isis.

Bronwyn se acercó a ella y se ofreció a tomar el timón. Isis asintió y le dejó tener el control. El buque de guerra continuó alejándose rápidamente del barco de los Stewards. Se dirigió a la cubierta. ¿Tal vez llevaban un lanzacohetes a bordo o un rifle de francotirador?

“¡Persona al agua!”

El grito provino de Nick desde la cubierta de proa, y ella corrió rápidamente para unirse a él en la barandilla. Pero ya estaba saltando por la borda y zambulléndose.

Flotando en el agua había un buzo vestido de negro. Él no se movía. Nick le dio la vuelta e Isis le arrojó una cuerda. Él lo agarró y ella comenzó a levantarlo, junto con un par de chicos fornidos.

Lo agarraron, lo subieron a cubierta y un médico comenzó a golpearle el corazón y a soplarle en la boca.

Pronto estaba farfullando y tosiendo.

“Llegué al barco”, dijo. “Entonces la explosión me atrapó de regreso aquí”.

“¿Las minas?” –Preguntó Isis.

“Algunos de nosotros logramos pasar. Algunos recibieron disparos. Luego, los tiburones...”

¡Sara! Pensó Isis. Pero no podía permitirse el lujo de pensar. No. Sara no significaba nada para ella, no más que cualquier otra persona. La misión, esa era la cuestión. Este desastre de misión jodido y plagado de demonios.

Agarró el altavoz.

“¡Alto el fuego!”, gritó. “Vuestro barco está minado. Un tiro más y te partimos como a una nuez.

“¿Y hundir vuestra preciosa carga?” fue la respuesta risueña.

“Mejor muertos que esclavos”, respondió Isis con una bravuconería que realmente no sentía.

Pero ella ya estaba regresando velozmente a través de la cubierta, en dirección a la timonera. Otro proyectil cayó, éste justo delante de ellos. Nuevamente el barco se balanceó e Isis bailó con el movimiento y aceleró hacia el dial rojo fijado a la pared que activaría la señal de radio que haría explotar las minas.

Espero que esto funcione, pensó mientras presionaba el detonador. No pasó nada. Probó con otra frecuencia. Aún nada. Una vez más. Alguien debería haber logrado pasar. Se escuchó una explosión y el agua se agitó alrededor de la popa del barco de los Stewards. Osciló y se tambaleó en el agua.

La respuesta fue una andanada de proyectiles.

Sara, al doblar la esquina con su rehén, lo agarró con fuerza mientras el barco se balanceaba por el impacto de la explosión. Una sacudida repentina y fueron arrojados a la cubierta, pero ella aguantó, incluso a costa de un fuerte golpe en el codo cuando aterrizaron. El dolor recorrió su brazo, pero apretó los dientes y apretó con más fuerza.

Luego los arrastró a ambos hacia las sombras de un nicho mientras una guardia de marineros sacaba a dos de sus buzos, Matt y Harmony. Los scuts clavaron pistolas en las bases de los cráneos de los buzos y los empujaron hacia adelante, en medio de una tosca reunión en la cubierta de proa.

El Capitán era un hombre con forma de barril y el pelo rubio tan cortado que parecía casi calvo. Un saltador más joven le entregó un megáfono y él ladró.

“¡Una oferta!” dijo el Capitán. “Ríndanse y les perdonaremos la vida a su patético grupo de abordaje y a ustedes mismos. Iremos todos de regreso a Angel city, donde tendrán un juicio justo. Si se niegan, ellos mueren. Y después todos moriréis”.

Isis tenía binoculares apuntando a la cubierta. Oh, mierda, pensó. ¿Ahora qué?

“Si les disparas, te hundes”, respondió Isis. “Déjenlos ir y nuestra oferta se mantendrá”.

El Capitán respondió amartillando su pistola y apuntando a la sien de Matt.

Mi señal, pensó Sara. No pienses en eso, no pienses en morir o vivir o que Isis finalmente se dé cuenta de lo mucho que me ama. Hazlo. Ella dio un paso adelante con su rehén.

“Ellos mueren, él muere”, dijo.

El capitán y los marineros se volvieron hacia ella. Su rehén se abalanzó y luego gritó de dolor mientras ella le tiraba del brazo. Maldita sea, ella realmente no pretendía lastimarlo tanto. Ella pensó que su hombro podría estar dislocado.

“Lo siento”, murmuró.

En el momento en que la atención se centró en ella, Matt se agachó, Harmony rodó, ambos regresaron para voltear a

sus guardias y dieron saltos desde la cubierta, sumergiéndose en el agua. Ambos todavía tenían oxígeno. Se hundieron muy por debajo del alcance de los disparos y, si los tiburones permanecían distraídos en otra parte, tenían muchas posibilidades de regresar a casa.

Bien. Eso era algo bueno que había hecho. No podía salvar a Annie, todavía tenía que salvar a los niños, pero los había salvado.

El Capitán ladró una serie de órdenes enfurecidas. De repente, le apuntaron con rifles.

“Él muere, tú mueres”, dijo el Capitán. “Es prescindible”.

Fue en ese momento que Sara se dio cuenta de que no lo lograría. Su pierna sangraba con más fuerza, un charco de sangre manchaba la cubierta dondequiera que estuviera. El agua no era ningún refugio para ella. Le había ido bien, había tenido algo de suerte, buena y mala, pero no era una superheroína, ni una figura de acción que pudiera luchar sola contra un barco lleno de marineros armados. Su única esperanza de supervivencia era que Isis se rindiera, e Isis debía estar en agonía mental.

Isis la amaba. Ella lo sabía. Amaba a Isis. Y aunque nunca volverían a hacer el amor, nunca se tumbarían juntas en la bodega mecidas dulcemente por suaves olas, nunca se reirían cuando Isis ladraba órdenes ni compartirían una

botella de buen vino y una larga charla, Sara sabía que le quedaba un regalo que le podía dar.

Isis nunca le revelaría ese núcleo dulce y suave que tan bien escondía, tan atrincherado. Pero Sara sabía que estaba ahí. Y Sara podría protegerlo.

Isis estaba de pie, agarrada a la barandilla de la cubierta, congelada como una estatua. ¡Sara, esa perra estúpida! ¿Cómo carajo se había metido en esa situación? ¿Y qué se suponía que debía hacer ella, Isis, ahora? ¿Matar a la perra? ¡Ella lo quería! Oh, cómo querría hacerlo, porque esto dolía demasiado. Pero eso no era lo que ella quería. Lo que quería era decir: Sara, me he equivocado muchísimo y ahora sé que te necesito. ¡No puedo seguir sin ti!

Sin embargo, no podía entregar la flota, la misión y los niños a ese amor. Ella tendría que hacerlo. En un momento, tendría que dar la orden y matar a su amor. Y eso también mataría algo dentro de ella, algo que nunca tuvo realmente la oportunidad de vivir. Cuenta hasta diez. Date diez segundos más para vivir en un mundo que incluyera a Sara. Nueve más. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos...

En ese momento Sara dejó caer el cuchillo, le dio un empujón a su rehén y lo liberó. Lenta y tranquilamente caminó hacia el Capitán.

“Ya terminé con este juego”, dijo. “Realmente no es el juego que queremos jugar. Lo que queremos decirles a todos ustedes es esto: pueden unirse a nosotros. Realmente hay un lugar para ustedes en nuestra mesa, si deciden unirse a nosotros. Podéis venir y vivir en un mundo donde no haya esclavos de deudas ni transportes de placer, ni ricos ni pobres, donde todos tengan lo suficiente”.

Mientras hablaba, pudo verlo. Sí, tomó forma en su mente, más brillante y más fuerte que la escena en cubierta: un mundo verde, donde las calles de Angel City estaban cubiertas de naranjos, donde un enjambre de barcos con velas plateadas descendía sobre los sombríos barcos factoría del Giro. Y se aferró a la idea de que estaba caminando hacia ese mundo. No había nada que temer.

“No nos detendremos. No tendremos miedo. Puedes rechazarnos, puedes matarnos, pero otros vendrán detrás de nosotros para construir ese mundo. Liberarán tus plantaciones y liberarán a tus esclavos. Y aquellos que cumplen tus órdenes y empuñan tus armas por ti las arrojarán al suelo porque saben lo que podría ser el mundo. Elegirán ser libres”.

El Capitán levantó su pistola.

Sara sonrió y siguió caminando. No tenía idea de si los scuts la estaban escuchando, pero de todos modos siguió hablando.

“Usted, Capitán, ahora, en este momento, tiene una opción. Dame esa arma y la arrojaré al mar, haremos la paz y construiremos ese nuevo mundo juntos. Baje el arma y todos seremos libres”.

Dio un paso más, y luego otro, y otro, sonriendo, radiante, resplandeciente con su visión.

La primera bala la alcanzó entre las costillas. Ella dio un profundo suspiro y continuó caminando. El siguiente golpeó su hombro, pero se había mudado a un lugar nuevo más allá del miedo, más allá del dolor. Estaba caminando por Isis, por su amor, dándole el único regalo que ahora podía darle. Y cuando otra bala impactó en su cadera, se llenó de amor. Amor por Isis, amor por la Ciudad, amor por todos los locos idealistas californianos y amor por las posibilidades de paz, incluso amor y compasión por aquellos demasiado miopes para captarlas. Sí, lo sabía, llegaría el día en que barcos como elegantes cisnes navegarían por océanos llenos de cosas hermosas, cuando las calles ajardinadas de Angel City tejerían una red verde sobre las llanuras desérticas, cuando bancos de ballenas navegarían por mares limpios de nuevo, cantando sus antiguos cantos.

Podía oírlas. Podía verlas, tan vívidamente que creía en su corazón que los marineros también podían verlas. No el barco fantasma, ningún holo en la niebla, sino el barco de los sueños, el barco de la promesa, navegando hacia ellos a la brillante luz del día.

Sobre todo, se dio cuenta con cierta sorpresa, estaba llena de amor por sí misma, por esa persona en la que se había convertido, esa gran dadora de regalos, esa amante intrépida. El amor floreció en su interior, y cuando la última bala le alcanzó en el corazón, éste se abrió como una gran flor roja.

Una última rosa para reposar a los pies de Isis.

Capítulo setenta y cuatro

Había un largo, largo camino desde el Refugio hasta el antiguo Templo Mormón, el centro de mando de las fuerzas de los Stewards y el eje central de su gobierno.

Tianne y su tripulación tomaron la delantera en la marcha, con sus brillantes estandartes y su Ángel Reina. Detrás de ellos, la gente seguía saliendo de sus casas, de sus refugios improvisados, de sus atestadas viviendas. El llamado se difundió por susurros, por rumores, por discursos improvisados en las esquinas, por canciones. Los técnicos de Tianne piratearon la red vidscreen y desplegaron un cartel en todas las pantallas de la ciudad:

Marcha sobre el Templo. ¡Ahora es el momento, sale el sol!

Mantuvieron un ritmo rápido, deteniéndose cada hora para tomar agua y tomar refrigerios. A lo largo del recorrido, la gente se acercaba, desde los callejones y las sombras, para ofrecer lo que tenían, una hogaza de pan seco, un puñado de galletas, una jarra llena de agua.

Tianne había observado detenidamente a Bird y Madrone, atónitos por el dolor y el cansancio, y les había dejado espacio para montar en el Carro del Ángel. Durante aproximadamente una hora, descansaron, tomados de la mano, y se quedaron dormidos durante largos momentos. Pero a medida que avanzaba el día, su dolor disminuyó por el momento y recuperaron fuerzas. Saltaron del carro para marchar junto a los demás y dejar espacio para que otros caminantes cansados tuvieran un respiro.

Hora tras hora avanzaron y más y más personas se unieron a ellos. Desde los barrios más alejados de la ciudad llegaron marchas que convergieron. Cuando llegaron a los terrenos del templo a última hora de la tarde, se habían convertido en un gran río que desembocaba en un mar de gente que se amontonaba alrededor de las vallas que protegían el enorme edificio.

Algunos de los manifestantes cantaban y enfurecían, o arrojaban piedras contra los inexpugnables muros del templo. Pero muchos simplemente estaban dando vueltas, luciendo ligeramente perdidos, como si se estuvieran preguntando: ¿Qué hacemos ahora?

Madrone miró hacia la estructura parecida a una fortaleza. Al coronar una colina que sobresalía de una amplia planicie, dominaba una vista de las llanuras hasta el mar, muy al Oeste. Construido por los mormones más de cien años antes, había servido como su templo central en el sur de California hasta que los Stewards prohibieron la Iglesia de los Santos de los Últimos Días junto con todas las demás denominaciones que los retribucionistas decidieron que eran desviadas.

El templo era un bloque sólido de piedra y hormigón. Una alta aguja se elevaba desde su centro y se elevaba hacia el cielo. Una vez estuvo coronado con una estatua dorada del Ángel Moroni. Ahora un Cristo enojado, con el látigo en alto, conducía un par de caballos con bocas de espuma que tiraban del carro de los retribucionistas. Su fachada en blanco estaba perforada por una celosía de hormigón de gran tamaño, pero no había ninguna abertura que ella pudiera ver. Parecía sólido e inexpugnable.

Durante décadas había sido una fortaleza digna de un Dios militante. Ahora era sólo una fortaleza, pensó Madrone. Y una fuerte.

La fortaleza cae cuando el suelo debajo de ella se mueve, recordó. Ese era el sueño de Bird.

Y nosotros somos el suelo, pensó. Por fuertes que parezcan, los cimientos del poder de los Stewards descansan

invisiblemente en el consentimiento del pueblo. Ahora los gobernantes se anclan en arenas movedizas y caerán.

El mar de gente rodeó la colina y se desparramó por las calles vecinas, hasta llegar a la amplia Avenida del Juicio. Las multitudes se acercaron a la sólida valla de hierro que rodeaba el recinto. Ignorando el alambre de púas en la parte superior, golpearon las barras, trepando sobre los hombros del otro para agarrar los rieles de lo alto y balancearlos hacia adelante y hacia atrás, sacudiendo los postes para soltarlos de sus anclajes. En cuestión de minutos, la barrera se derrumbó y la multitud retrocedió, solo para avanzar en tropel.

Detrás del templo, en el lado norte, había una pequeña base militar, reconvertida de lo que una vez había sido una escuela secundaria. Su propósito era formar la guardia de honor del templo, y la avalancha de la multitud había superado rápidamente sus escasas defensas. La mayoría de las tropas estaban fuera, ya sea tratando de sofocar los disturbios y saqueos que aún continuaban, o desplegadas para fortificar la campaña contra el Ejército de Liberación. No esperaban este estallido de insurrección en su corazón.

Volverían. Pero por ahora, Madrone se reunió con Bird y los otros líderes refugiados en una mesa de picnic detrás de lo que alguna vez fue el gimnasio.

Una comprensión repentina golpeó a Bird con una sacudida.

“¡Aquí es donde Maya y Johanna fueron a la escuela!” le dijo a Madrone. “Recuerda, cuando hablamos de que el Comando de Stewards se hizo cargo del Templo Mormón, ella dijo que pasaban por aquí todos los días de camino a la escuela secundaria. Podrían haberse sentado en esta misma mesa, almorzando”.

Madrone le apretó la mano. Su abuela y la de él habían crecido juntas, vecinas de al lado, mejores amigas, mucho antes de convertirse en amantes en el futuro. Se las imaginó, no del todo adolescentes, ambas un poco nerds, con sus libros escolares bajo el brazo, sus cabezas juntas, riéndose. Maya con sus gafas y el pelo rizado que había planchado la noche anterior y colocado sobre grandes rulos para alisarlo, Johanna con el suyo encrespado, curvándose alrededor de su cabeza como un casco. Madrone se sintió reconfortada por su presencia.

“Estarían contentas de saber que hemos liberado el antiguo templo”, dijo sonriendo. De algún modo, se sorprendió de poder sonreír y el dolor la golpeó de nuevo. ¿Estaba traicionando a Zap con esa sonrisa irreflexiva?

“Lo más probable es que Maya simplemente resoplara y dijera: 'Ja. Siempre me pareció como un campo de entrenamiento'”, dijo Bird.

“El mando está escondido dentro del templo”, informó Anthony. “Ellos no pueden salir, pero no será fácil para nosotros entrar”.

“Así que esperaremos”, dijo Bird.

“Eso podría llevar mucho tiempo”, objetó Emily.

“No tenemos nada más que tiempo”, sonrió. Pero una de las bendiciones de la escuela de Maya fue un grifo que podían abrir para dar acceso al agua de la ciudad, y finalmente pudo beber hasta saciarse y lavar parte de su suciedad. Madrone le había frotado linimento en los moretones y vendado los lugares doloridos donde le habían raspado las manos y los brazos. Ella había limpiado sus heridas con bastante más rigor de lo que él creía que era absolutamente necesario, de modo que todavía le picaban por el antiséptico que habían encontrado en la enfermería de la base. Incluso había tomado una breve siesta en un rincón tranquilo.

Ahora, aunque había un sordo nudo de pena por Zap en lo profundo de su estómago, no podía evitar sentirse eufórico por el puro placer animal de sobrevivir. Madrone estaba a su lado, la ciudad se levantaba y verdaderamente era un nuevo día brillante.

“Está jodido”, dijo Darren, uno de los líderes del barrio del lado sur de la ciudad. Tenía unos labios gigantes tatuados a

cada lado de su cuello, como si lo estuvieran besando perpetuamente, y ahora estaban sonrojados de un rojo aún más intenso. “Los Stewards están atrincherados como en un nido de ratas. Estamos atrapados aquí, los nativos se están inquietando. Y el ejército de Stewards podría regresar en cualquier momento”.

“Es un regalo”, dijo Bird rápidamente. “Tenemos a todos aquí, a toda la ciudad, concentrados en las calles o mirando en las pantallas de video. Esta es nuestra oportunidad de marcar la pauta para el nuevo mundo”.

“¿Cómo es eso?” –preguntó Emily.

“Organicemos a la gente. Utilicemos nuestros equipos del Refugio, comencemos a formar a todos en grupos de afinidad y consejos de barrio y equipos de trabajo. Si nos quedamos aquí unos días, podremos enseñarles cómo organizar un Consejo y tomar decisiones juntos. Para cuando regresen a los barrios, tendremos una democracia directa”.

Bird subió al escenario. El equipo técnico de Tianne había instalado un sistema de sonido. Más que eso, en algún lugar había encontrado una guitarra maltrecha y la había escondido debajo de la falda de la Reina de los Ángeles. Ella se la entregó con una sonrisa engreída, y él estaba más conmovido de lo que hubiera imaginado de que a ella le

importara tanto su música aburrida y entrecortada, sus canciones remendadas.

Era una guitarra vieja, sin mucho tono. Pero esta multitud no juzgaría sus dedos ni su trémolo. Algo bueno también, con la garganta todavía en carne viva y ronca. Rápidamente afinó la guitarra y comenzó a cantar la Canción del Resurgimiento.

*“Abre tus ojos,
Hay un nuevo día despertando.
La libertad surgirá,
¡Como el sol naciente!*

Su voz se elevó entre la multitud y miles de voces se unieron a él. La gente se tomó del brazo y se abrazó con lágrimas en los ojos. Y sintió lágrimas en las suyas.

Durante muchos días había cantado esta canción en las calles. Mucha gente entre la multitud la había tarareado en voz baja, en el trabajo en alguna fábrica, esperando en las interminables colas de agua, alejándose de las ventanillas de las cajas donde entregaban la mayor parte de sus salarios para pagar su deuda. Lo tararearon desafiantemente, como un gesto, una visión, un cuento de hadas de un hermoso sueño que nunca podría ser más que una fantasía. Y ahora estaban aquí, juntos, haciéndolo realidad.

El coro creció y se elevó y llenó las calles con el sonido de la esperanza. Y estaba contento, muy contento, de estar aquí. Porque éste era un momento de gracia, uno de los grandes momentos de su vida. Agradeció a todos los dioses que no se lo hubiera perdido.

Cuando terminó la canción, Bird dio un paso atrás y tomó la mano de la señorita Ruby para atraerla hacia adelante.

“¿Por qué yo?” ella protestó. “No soy una oradora pública. ¡Hazlo tú!”

“Eres la agitadora más carismática que tenemos”, le dijo con firmeza. “Y si vamos a tener un mundo nuevo, que sea uno al que nos guíen las abuelas”.

A pesar de sus protestas, no había nada que a la señorita Ruby le gustara más que una audiencia. Dio un paso adelante mientras Bird le colocaba el micrófono en el cuello.

“¡Gente, estamos aquí al comienzo de un nuevo y brillante día!”, lloró ella. “Decidlo conmigo: ¡ha amanecido un nuevo y brillante día!”

“¡Ha amanecido un nuevo y brillante día!”, rugió la multitud en respuesta.

“¡Somos el amanecer! ¡Somos el cambio que queremos ver!”

“¡Somos el amanecer! ¡Somos el cambio que queremos ver! –repitieron.

“¡El gobierno de los Stewards ha terminado! Algunos de ellos no parecen darse cuenta todavía, pero nosotros lo sabemos. ¡Estamos aquí y no vamos a regresar! Pero para seguir adelante, debemos saber adónde queremos ir y cómo llegaremos allí.

“¿Quién nos llevará a la tierra prometida? ¿Véis a Moisés por algún lado? ¿Qué hay de él? Sr. Bird aquí el de la voz plateada, ¿queréis que nos guíe?

Gritos de “¡Pájaro! ¡Pájaro!” se levantaron.

“¿Qué hay de mí? ¿Quizás las otras abuelas y yo deberíamos hacernos cargo?”

Se levantó un rugido de aprobación.

La señorita Ruby levantó la mano. “Oh, no. No, no es el Sr. Bird ni yo ni ningún héroe que vendrá montado en un caballo blanco. Te diré quién nos guiará. Tú. Tú y tú y tú y todos ustedes. A todos. Vamos a hacer un mundo nuevo, no vamos a tener gobernantes. Todos seremos los líderes. Vamos a hacer que este país vuelva a ser lo que debía ser y lo que nunca fue, excepto tal vez en la época de los nativos. ¡Una verdadera democracia! Un lugar donde tomamos juntos todas las decisiones que determinan nuestras vidas. ¿Estáis a favor? ¡Decir que sí!”

“¡Sí!” respondieron a coro.

“¡No puedo oírlos!”

“¡Sí!”

“Pero esto no va a ser fácil”. La señorita Ruby observó a la multitud como si fuera una clase rebelde de subadolescentes. Ahora estaba a toda velocidad, disfrutando cada momento. “La mayoría de nosotros no fuimos entrenados para ello y no fuimos educados para ello. Pero sabemos que es posible. Algunos de nosotros lo hemos visto en el Norte. Cómo dirigen su ciudad. Algunos de nosotros hemos estado practicando en el Refugio. Y ahora, ahora mismo, mientras estamos aquí eliminando a los últimos restos de los Stewards, esperando que salgan, ahora podemos comenzar. ¿Estás conmigo?”

“¡Sí!”

“Así que esto es lo que vamos a hacer. Nos vamos a organizar. Así que mira a tu alrededor y consigue algunos amigos para que sean tu grupo. Comience con sus amigos, su familia o cualquier persona a su alrededor con la que parezca llevarse bien. Permanecerán juntos cuando regresemos a casa y serán el primer pilar del nuevo orden. Así que intenten encontrar gente de su propio barrio. Serán responsable de ayudar a que todos se alimenten, se acuesten y se mantengan lo más seguros posible...”

Rápidamente, describió la organización. Los responsables se reunirían para tomar decisiones y elegirían un portavoz para ir al consejo del barrio al que pertenezcan. Los barrios organizarían sus secciones, instalarían hogares para alimentar a la gente y sanitarios de compost. Establecerán turnos para que la gente pueda irse a casa a dormir, los que tengan casa a donde ir.

Personas con habilidades especiales formaron equipos de trabajo y pronto Beth tuvo una clínica central en funcionamiento con satélites en cada área. Había multitudes cubriendo los jardines que rodeaban el templo, pero más atrás se extendieron hacia la calle, alfombrando kilómetros de la Avenida del Juicio en ambas direcciones. Los refugiados se desplegaron en diferentes secciones para realizar capacitaciones improvisadas sobre toma de decisiones y tácticas. Instalaron tribunas cada pocos cientos de pies, donde cualquiera podía acercarse y arengar a una multitud siempre que la gente estuviera dispuesta a escuchar. Las reuniones se transmitieron en vivo a través de pantallas de video y Miss Ruby hizo un llamado especial a todos aquellos que estaban en casa para que se conectaran con sus vecinos y comenzaran a organizarse también.

También formaron un Consejo de Defensa. Participaban representantes de todos los barrios y pandillas, ángeles, montañeses y refugiados. Organizaron grupos de exploración para informar sobre lo que estaba sucediendo

en toda la ciudad, así como patrullas alrededor de los límites del campamento.

Bird y Madrone observaron. Él permaneció cerca de ella, sintiendo que ella necesitaba su presencia, su consuelo. De vez en cuando ella se detenía, sus ojos perdían el foco y él podía sentir el dolor que la invadía. Él la tocaba, o la rodeaba con un brazo, y luego ella también lo pasaba por encima de él.

Pero era un dolor limpio, no contaminado por falsas culpas o autorrecriminaciones, como un acorde menor que da alma a una sinfonía.

“Él nos compró esto”, dijo Bird. “Me trajo lo que necesitaba para anular el tráiler de operaciones con drones. Pagó con su vida, pero si no lo hubiera hecho, los drones os habrían eliminado en el Refugio”.

“¿Anulaste el tráiler de operaciones con drones?” Ella lo miró a él. Tenía sólo un atisbo de sonrisa en las comisuras de su boca, un poco de la mirada de un gato satisfecho. “Estás alardeando de ello, ¿verdad?”

“Solo digo...”

“Creemos que somos sutiles, ¿verdad? ¿Supongo que crees que eso merece una recompensa?”

“Hay mujeres que besarían a un hombre por menos”.

“¿Y crees que soy una de esas mujeres?”

“Sólo puedo tener esperanza”.

Ella le inclinó la cabeza y tocó sus labios con los de él. Entonces, de repente, ella lo abrazó con fuerza, pegados sus cuerpos. Lo quería allí mismo, en la pasarela donde Maya y Johanna se habían quejado del álgebra, con la multitud cantando y el trueno de las armas a lo lejos. Quería borrar el dolor con pasión, borrar su terrible pérdida encendiendo la chispa de una nueva vida.

“Ejem”, la señorita Ruby tosió fuertemente. “Si me permite interrumpir, señorita Madrone, Beth le pide ayuda en el centro de curación. Y señor Bird, esos Ángeles están tramando algo, están a punto de marcharse con toda una facción que tiene armas y malas expresiones.

De mala gana, Bird se alejó. Madrone dejó escapar un largo suspiro.

“Yo iré”, dijo.

“Sé lo que están haciendo”, dijo Bird. “O lo que estaría haciendo yo si fuera ellos. Se van a liberar los corrales”.

“¿Intentamos detenerlos?” Preguntó la señorita Ruby.

“Yo no lo haría”, dijo Bird.

“Pero esperábamos que ésta fuera una revolución no violenta”.

“Para los Ángeles, liberar los corrales es no violencia. Como sea que lo hagan. Sólo podemos modelar. No podemos imponer”.

Al caer la noche, en las cocinas se servía comida caliente, comida sencilla pero auténtica que la gente traía de casa, no patatas fritas. Bird entregó los micrófonos a otros cantantes y poetas. Establecer el patrón de cultura, dijo. Actuaron los músicos de Anthony y otros músicos, y las pantallas de vídeo mostraban a personas corrientes compartiendo sus dones entre sí.

A medianoche se levantó un gran clamor y llamaron a Bird para que volviera a cantar. Su voz era más suave ahora y les cantó la *Canción del Refugio* como una canción de cuna antes de dormir. La *Canción del Levantamiento* era una canción para la mañana, todo sobre el amanecer, la salida del sol y un nuevo día brillante. Pero la noche pedía algo más, lúgubre como toques para honrar a los caídos del día, alguna melodía para llevar el dolor de los finales. Pensó en una vieja canción que Maya solía cantarle.

¿Le había cantado alguna vez una canción de cuna a un niño? ¿Alguien lo había hecho? ¿Alguna madre perdida le

había canturreado mientras yacía, con un bebé en brazos, ignorante de lo que les esperaba a ambos?

Te la canto, Zap, pensó. Para ti, para Bob y para todos los que no verán el amanecer. Dormir bien.

*“Acuéstate, recuesta tu cabeza cansada.
Deja tu tarea y vete a la cama.
Tu carga será ligera.
La luna brilla mucho en la colina.
La mañana será aún más luminosa.
Y más sabia que la noche”.*

Capítulo setenta y cinco

“Sara...”

Fue como si el mundo se hubiera detenido en seco por un momento. Un momento de silencio, como si Isis pudiera detener el tiempo, impedir que el conocimiento le llegara como un superhéroe detiene las balas en el aire. O como esos viejos dibujos animados que solían mostrar a los corredores, cuando algún personaje corría por el borde de un acantilado y seguía corriendo, con las piernas moviéndose en el aire, suspendido. Estaba suspendida y en un momento iba a caer en picado.

Sara, Sara hermosa, blanca nacarada y grácil como un lirio, su Sara. Podría haber sido su Sara si no la hubiera alejado, si no la hubiera excluido para protegerse de sentir esto. Y luego golpeó el suelo con fuerza. Su pecho palpitaba como

si le hubieran quitado todo el aire. Un gemido quedó atrapado dentro de ella, luchando por salir. Estaba gritando, sin emitir sonido, sollozando sin una lágrima, y sus pulmones se trabaron mientras su garganta tenía espasmos, tratando de aspirar aire, tratando de expulsar el aire y dejarse seguir a Sara hasta la muerte.

Era vagamente consciente de su propia voz dando órdenes. Su mano se cernió sobre una pantalla, pulsó un botón...

Sara yacía en la cubierta, con el cuerpo retorcido y roto, pero iluminado por un resplandor, bañado de luz.

Un gran estallido sacudió el barco de los Stewards. Lentamente, lentamente comenzó a escorarse a estribor a medida que se llenaba la bodega.

“Se acabó el tiempo de negociar”, escucharon los marineros una voz fría desde el altavoz del *Milk*. “Rendíos o el barco se hunde”.

Los hombres miraban fijamente el cuerpo de Sara, como si todavía escucharan sus palabras. Luego, como uno solo, levantaron la vista, donde ondulantes nubes flotaban en el horizonte, como si pudieran ver un banco de ballenas azules nadando en el cielo, o una flota de barcos plateados dirigiéndose hacia el Oeste hacia el sol poniente.

Uno de los hombres dio un paso adelante. Levantó su rifle hacia el cielo: un saludo, un homenaje. Luego lo puso a los pies de Sara.

Otro dio un paso adelante, y otro, hasta que el cuerpo de Sara quedó cubierto de rifles, protegiéndolo como los sépalos de una flor encerrando un capullo.

El Capitán cogió de mala gana su megáfono.

“Remólquennos”, dijo.

Isis se sentía como una impostora con su rostro y su voz continuando con un comando silencioso y eficiente mientras la verdadera ella se acurrucaba dentro, invisible, con los brazos sobre su cabeza, gritando en silencio. Ella dio órdenes. Ella indicó a su tripulación que conectara cuerdas de remolque al barco de los Stewards, transfiriera a los aterrorizados niños al *Harvey Milk* y asegurara a los marineros enemigos en la bodega hasta que pudieran ocuparse de ellos.

Un comandante zombi que funciona sin vivir realmente. Ella era buena en eso. Ahora se dio cuenta de que eso era lo que había sido toda su vida hasta que apareció Sara: una especie de fantasma, sin sangre, moviéndose entre el mundo de los vivos sin tocarlo realmente. Actuando sin miedo, porque ¿a qué tienen que temer los muertos? Y, sin

embargo, todo lo que hizo, cada elección que tomó fue esculpida y limitada por el miedo, el miedo de enfrentar este momento, este dolor abrumador.

Los gritos exuberantes de un centenar de niños liberados resonaron en la cubierta, pero Isis apenas los escuchó, apenas se dio cuenta cuando Bronwyn llegó y la relevó en el timón. Lentamente, la flotilla giró y se dirigió de regreso a la costa, remolcando el barco dañado.

Habían subido a bordo el cuerpo de Sara, envuelto en una sábana, y ahora yacía en la cubierta de popa. Isis se acercó a ella y miró fijamente el bulto blanco que una vez había sido su amor. Perdió la noción del tiempo, apenas se dio cuenta cuando el sol se puso y cayó la oscuridad, cuando Miguel le trajo una manta para envolverse contra la fría brisa nocturna.

Al final, todas las barreras que había erigido no la habían protegido en absoluto. Ella sólo había agravado la pérdida.

Si Sara tenía que morir, podría haberse ido engalanada de recuerdos como una guirnalda de flores, ésta un dulce, dulce día, ésta una oscura orquídea orlada de noche. Podrían haber tenido un tiempo de gracia.

Ahora todo lo que Isis podía hacer era recordar cada sonrisa, cada copa de vino compartida, cada dulce noche y cada día azotado por el viento en el agua, contándolos una y

otra vez como perlas en un collar. ¡Podría haber tenido más, muchísimos más!

En cambio, no tenía nada más que este abismo de pérdida y arrepentimiento.

No por mucho tiempo, se dijo. No por mucho tiempo. En tierra firme todavía se libraba una batalla. Se avecinaban muchas oportunidades para unirse a Sara. Incluso si no cediera a la necesidad de simplemente acostarse a su lado ahora y cubrirse la cabeza con esa sábana.

Y de repente sintió una punzada de miedo. Sí, sería muy fácil. Dejarse ir. Rendirse. Por tierra o por mar, por bala o por agua salada, había muchas maneras de acabar con este dolor. Nadie la culparía. Nadie más que ella sabría que su propia voluntad inflexible, al final, le había fallado.

Podía sentir la brisa salada en su rostro, la aspereza de la manta contra su piel, escuchar el soplo del viento en las velas, oler el rocío de yodo del agua a pesar de que cada toque quemaba y cada sonido parecía gritar que no! ¡No! ¡No en un mundo donde Sara ya no pueda compartir esto contigo!

Sara hacía señas y la marea la estaba arrastrando.

Pero los piratas contrarrestan la marea.

Tal vez, antes que nada, era demasiado terca para ceder. Para darles esa doble victoria: la vida de Sara y la de ella.

Sara querría que ella continuara. Ella lo sabía, prácticamente podía escuchar a la maldita mujer susurrándole al oído. *¡Vive! ¡Ten las aventuras que yo no puedo tener! ¡Ábrete!*

Abierta. Abierta a los riesgos incalculables y al dolor que un latido del corazón podría provocar.

Encuentra el coraje para amar en un mundo donde el amor puede morir y ¡no hay nada que puedas hacer al respecto!

O navegar para siempre en el barco fantasma, sin tocar nunca la costa.

Capítulo setenta y seis

Wendell, encerrado en el búnker de mando situado en las profundidades del templo, observaba la pantalla de vídeo de la sala de conferencias con fría furia. Todavía no estaba preocupado por el asedio. Tenían agua, baños que funcionaban y reservas de patatas fritas. Si bien eran cosas de sabor repugnante, mantendrían la vida tanto tiempo como fuera necesario.

Pero cuando Bird se levantó para cantar, Wendell se enfureció glacialmente. ¿Cómo diablos había sobrevivido ese pequeño pedazo de escoria demoníaca? ¿Qué estaba haciendo entre esa multitud en lugar de yacer en su lugar, frío y muerto entre un montón de escombros?

¿Y por qué las pantallas de vídeo mostraban esta basura? ¿Alguien había hackeado las redes?

Estaba sentado a la cabecera de la mesa y delante de él estaba la consola de comunicaciones. Deslizó la pantalla y apareció un enorme mapa de pantalla plana en la pared a su izquierda. Sus propias tropas aparecieron como círculos azules. Los objetivos enemigos estaban resaltados en rojo. La mancha roja más grande se encontraba cerca del antiguo centro de la ciudad, donde se encontraba el Refugio. Estaba rodeado por un anillo azul. Bien. Si no habían sido arrojadas ya al olvido, las ratas estaban atrapadas.

Pero si ese demonio que balbuceaba estaba aquí, en el templo, ya no tenía sentido atar sus tropas en el Refugio. Era hora de traerlos a casa, dejar que dispersasen a la chusma y seguir con sus asuntos. Gritó una orden a su unidad de comunicaciones.

Una voz crepitante volvió.

“Señor, las comunicaciones están bloqueadas. No podemos comunicarnos”.

Wendell maldijo. Con los idiotas torpes que lo rodeaban, era un milagro que alguna vez hubiera logrado algo.

¡Vuelvan a conectar las malditas comunicaciones!, gritó.

“Los técnicos están trabajando en ello, señor”.

Wendell sintió una pequeña punzada de verdadera preocupación en sus entrañas. Por primera vez, se le ocurrió

que en realidad podría perder esta batalla. Desechó ese pensamiento. ¿Un grupo de chusma derribaría a la Mayordomía? ¡Imposible! Aun así, empezó a parecerle cada vez más urgente traer tropas y despejar a la multitud.

“¿Qué mano de obra nos queda?” –le preguntó a Finch, que esperaba impasible detrás de su silla.

“Señor, tenemos una división completa en el Valle que se dirige al norte para retomar las plantaciones. Tenemos al batallón 101 sitiando el bastión rebelde y otras dos brigadas patrullando las colinas, asegurándose de que los rebeldes no bajen y quemen las propiedades”.

Wendell pensó mucho durante un momento.

“Ordéneles a todos que regresen aquí. Nuestra primera prioridad tiene que ser expulsar a esta mafia”, dijo.

“Señor, los Primes no le agradecerán eso”, dijo Finch con voz vacilante. “Dependen de nosotros para protegerlos”.

“La mejor manera de protegerlos es rompiendo el lomo de esta rebelión”, dijo Wendell.

Mientras hablaba, el mapa empezó a parpadear.

Wendell maldijo. Como si lo hubiera escuchado, el mapa se estabilizó. Pero ahora aparecieron manchas oscuras y vacías, como la sarna que se extiende por el lomo de un

perro. Gran parte del Valle quedó a oscuras, y donde había estado el Refugio no había más que una mancha negra gigante.

Sin embargo, aparentemente las comunicaciones todavía estaban abiertas para las fincas. A los pocos momentos de dar órdenes a las patrullas de montaña, su auricular sonó con un timbre musical.

“¿Cómo te atreves a retirar las tropas?” Zumbó una voz profunda que reconoció como la de Culbertson. Era una muy mala señal si le llamaba él mismo en lugar de delegar el asunto a un subordinado. “¡Necesitamos esa protección!”

“Es mi orden, mi decisión”, dijo Wendell con firmeza.

“¡Qué diablos es eso! ¡Te pusimos y podemos quitarte!

Razona con él, pensó Wendell. Culbertson no llegó a ser el jefe principal por ser estúpido.

“Mire, señor, si los rebeldes tienen éxito, ningún ejército en la tierra podrá proteger su propiedad”. Wendell obligó a su voz a sonar conciliadora. “Y una vez que aclaremos esta rebelión, el peligro desaparecerá”.

“¿Me estás diciendo que no puedes protegernos?”

Wendell tragó. “No, si no expulsamos a la turba que está aquí en nuestras puertas”, admitió.

“¡Entonces eres peor idiota de lo que imaginaba!”

Livingston se balanceó sobre lo que tenía que ser una silla de comedor de valor incalculable, tallada a mano y decorada con pan de oro auténtico, y observó a los tres hombres anodinos con trajes de negocios frente a él. Se sentaron alrededor de una mesa que engañaba por su sencillez: una sencilla losa de madera negra. Pero Livingston reconoció que era ébano. Las paredes del comedor estaban revestidas de ese material, con sus bordes tallados de flores estilizadas también dorados y relucientes.

Se permitió un momento de autosatisfacción mientras pasaba un dedo por la suave madera. No es una mala carrera para su origen, desde la bodega de un barco de esclavos del Giro hasta esta habitación de élite y aislada.

Por supuesto, tenía una enorme deuda con su hermana, quien le había proporcionado un refugio, lo había alimentado y cuidado hasta que recuperó sus fuerzas. ¡Y ella sería recompensada, él se encargaría de eso!

Pero fue él quien planeó, maniobró, llamó a sus contactos e interpretó los puntos más finos de los chismes que había oído para llegar hasta allí. Es cierto que Wendell lo había apuñalado por la espalda. Ningún problema. Simplemente había ido por encima de Wendell, había encontrado a los

directores que manejaban los hilos de Wendell y que estaban cada vez más consternados por su incompetencia. Encontrar el verdadero poder y ponerse a su servicio. Ése siempre había sido el lema de Livingston.

Los negociadores sentados a la mesa no parecían tan diferentes a primera vista de cualquier grupo de gerentes de nivel medio en una reunión. Era necesario un ojo educado para evaluar la sutil confección, los detalles hechos a mano en los zapatos, los gemelos con destellos de oro y diamantes.

De hecho, eran tres de los principales Primes, que controlaban la venta y fabricación de ese salvavidas de la Mayordomía: las armas.

“Tenemos una propuesta que hacer”, dijo Culbertson.

“Caballeros, soy todo oídos”. Livingston les dedicó su mejor sonrisa.

El Prime habló en un tono mesurado y cultivado. Su voz era suave y sedosa, como si esperara que la gente se inclinara para escucharlo en lugar de que tuviera que esforzarse para ser escuchado. “No estamos de acuerdo en que la Administración esté fallando. Pero reconocemos que hay algunos desafíos que enfrentamos en este momento, principalmente debido a la incompetencia de nuestro ejército y nuestros reveses en el Norte. No llegamos a la posición que ocupamos ignorando posibilidades

desagradables. Por eso queremos hacer un plan de contingencia.

“Tenemos un buque de guerra, reacondicionado y mantenido de forma privada. Lo mantenemos atracado en Saint Cat's Island. Si los acontecimientos lo justifican, necesitamos que alguien tome el mando y navegue hasta donde queremos ir. A cambio de ese pequeño favor, llevaremos a bordo a tantos miembros de su familia como deseen. Y pagaremos en oro”.

“¿A dónde queréis ir?” –preguntó Livingston.

“Te lo diremos cuando llegue el momento”.

Livingston se levantó con una sonrisa afable. “Gracias por su tiempo, caballeros. Me iré ahora”.

“¡Siéntate. Siéntate!” La orden vino del segundo Prime, un hombre corpulento y sonrosado con un brillo de sudor en el rostro. Lo gritó con voz acostumbrada a ser obedecido. Livingston consideró por un momento los placeres de la desobediencia. Podría salir o permanecer de pie el tiempo suficiente para provocar a los Primes a un estado de furia.

Eso sería divertido. Pero eso no le daría lo que quería. Volvió a sentarse.

“Necesito saber adónde vamos”, dijo. “Necesitaría trazar un rumbo, navegar y abastecerme de suficiente combustible

y suministros. No se puede simplemente apuntar un barco hacia el Oeste y esperar llegar a Hawaii”.

“¿Quién te dijo eso?” preguntó el segundo Prime.

Livingston se limitó a sonreír.

Se dispusieron a negociar.

Los exploradores que llegaron en bicicleta a los barrios ricos de las colinas regresaron con un informe alarmante.

Los Prime estaban abandonando sus propiedades, acumulando su riqueza portátil en limusinas y dirigiéndose hacia los muelles privados del Oeste.

“¿Deberíamos intentar detenerlos?” Preguntó Anthony.

Bird ahogó un gemido. Habían trasladado su improvisado cuartel general de la mesa de picnic al comedor de la cafetería de la vieja escuela, donde él y algunos de los otros líderes se agolpaban alrededor de una mesa en un rincón. La dura silla de plástico se estaba clavando en uno de los lugares en carne viva de su muslo. Al parecer, habían estado allí durante horas, y cada vez que intentaba levantarse, se desarrollaba alguna nueva crisis que necesitaba una decisión. Él quería salir. Quería una ducha larga y caliente y

un largo sueño. Más que eso, quería salir y ver con sus propios ojos lo que estaba pasando con la multitud.

“Tendríamos que desviar nuestras fuerzas y acordonar las calles”, dijo Margaret, la representante canosa del Barrio Oeste.

“Déjalos ir”, dijo Bird con cansancio. “Mejor fuera que dentro, como decía mi madre”.

“¡Pero estarán robando a la Ciudad y llevándose lo más valioso de su botín!” –objetó un representante fornido con un espeso bigote negro.

“¿Dónde irán?” –Preguntó Anthony.

“No sé.” Bird se encogió de hombros. “¿Dónde hay oportunidades para un gran número de parásitos arrogantes e inútiles con inclinación a dar órdenes y algunas propiedades portátiles?”

“¿Panasia, tal vez?” –sugirió Anthony. “¿Hawai? ¿Quizás creen que pueden establecer una base en el Giro? O podrían dirigirse al Este, a Arizona o Texas”.

“Dejemos que la gente decida”, dijo la señorita Ruby. “Puede ser una primera prueba de nuestra nueva estructura”.

“¡Eso podría llevar días!” –objetó el hombre del bigote.

“Tal vez no”, dijo la señorita Ruby.

Fue el turno de Madrone de subir a los micrófonos y las pantallas de vídeo. Habían acordado rotar a los oradores clave para modelar un liderazgo compartido.

Se pasó una mano cansada por el cabello, que pareció expandirse en su exuberancia nervuda incluso cuando ella se marchitó por la fatiga. La revolución, para una sanadora, significaba más horas y peores condiciones laborales. Había estado de servicio en el centro de curación improvisado que Beth había instalado en el gimnasio de la vieja escuela durante más tiempo del que podía recordar, tomando siestas cortas, pero ningún sueño realmente sostenido. La emoción por su éxito en provocar el Levantamiento estaba empezando a hundirse en un pantano de puro agotamiento.

Pero se obligó a subir al podio y tomó el micrófono. Entusiasmo. Confianza, se dijo a sí misma. Sé brillante. Positiva. Optimista.

“¡Gente, tenemos que tomar una decisión!” empezó. “Tenemos al comando central de los Stewards atrapado aquí. Pero mientras tanto, nos hemos enterado de que sus amos corporativos, la gente que se beneficia de las plantaciones de esclavos y que poseen los intereses de las deudas, se están subiendo a sus coches y escapando con

todo lo que pueden llevar ¿qué hacemos? Si los dejamos ir, podrían conseguir una nueva base en otro lugar y volver a atacarnos nuevamente. Pero si vamos tras ellos, desviaremos nuestras fuerzas.

“El Consejo de Defensa no quiere decidir esto solo. Vosotros decidís. Entonces, tenemos veinte minutos para que se reúnan con sus compañeros y expongan sus pensamientos y preguntas. Luego envíen sus portavoces al Consejo y veremos qué deciden los consejeros. Sé que no es mucho tiempo, pero si vamos a seguir adelante con esto, tenemos que hacerlo dentro de una hora o será demasiado tarde”.

Los responsables se encontraron. Algunos se atascaron en amargas discusiones o se fueron por la tangente, pero a la mayoría se les ocurrieron preguntas coherentes, si no un plan. Los Consejos tardaron más, pero los refugiados enviaron a sus facilitadores más hábiles y la respuesta llegó.

Algunos preferían enviar pequeños equipos en persecución. Pero la mayoría dijo: Déjenlos ir. Nuestra fuerza está en nuestra unidad. No nos desviemos.

Un mensajero, pensó Wendell. ¿Qué hacían los ejércitos antes de las comunicaciones electrónicas y las radios?

Enviaremos un mensajero a la 101 y los traeremos de vuelta aquí.

Habían pasado horas de este día maldito por los demonios, minutos tediosos en los que la multitud en las pantallas de vídeo se hacía más grande y la eficiencia de sus comunicaciones se deterioraba. Vital para recuperar las tropas. Vital para despejar a la mafia. Por los pantalones de Jesús, eran la fuerza superior del último imperio que quedaba. ¿Cómo podía una chusma de chupa-ladridos hacerles esto?

Cuando la tecnología falla, hagan lo que hacían antes de tener tecnología. El general Alexander, su predecesor y mentor, siempre decía eso. Al diablo con las pantallas de vídeo y las comunicaciones, todo lo que se necesitaba era un mensajero sencillo y competente que enviar a las fuerzas periféricas.

Pero eso no resultó tan fácil de hacer. El templo había sido construido para mantener a la gente fuera, pero era aún más eficaz para mantener a la gente dentro. Y estaba rodeado por miles y miles de manifestantes enojados, que no parecía que fueran a irse pronto. Las pantallas de vídeo retransmitían cómo se servían las comidas y se montaban las tiendas de campaña. Había una multitud de personas acampadas frente a la entrada principal, y cada puerta trasera tenía vigilancia.

Envió un equipo a investigar en los sótanos, buscando una trampilla de escape, cualquier cosa. Por lo que sabía sobre los mormones, que no era mucho, eran una especie de extraño culto conspirativo con una inclinación mística. Seguramente en su paranoia espiritual se habrían provisto de algún túnel secreto, alguna trampilla de escape.

Finalmente lo encontraron, un túnel debajo del antiguo estacionamiento que conducía a lo que hacía mucho tiempo había sido el centro de bienvenida pública. Estaba medio derrumbado por los terremotos, pero el mensajero logró trepar y emerger entre la multitud al amparo de la oscuridad.

Le llevó muchas horas recorrer la ciudad, esquivando bandas ambulantes que seguían provocando disturbios y saqueos sin una agenda mucho más importante.

Pero finalmente llegó a la 101 y entregó su mensaje. Las tropas de los Stewards mejor armadas comenzaron a marchar hacia el sitio del templo.

En las últimas horas de la noche, la 101 llegó al borde del asedio y levantó una barricada a su alrededor. Desde el Oeste, tres de las divisiones que habían estado custodiando las fincas hicieron lo propio.

Los propios sitiadores estaban rodeados.

Capítulo setenta y siete

El sol salió, ascendiendo sobre las montañas bajas que rodeaban Angel City hacia el Este. Arrojó una pálida luz sobre las ruinas, los escombros, las amplias avenidas y los enclaves verdes de los Primes en sus propiedades cerradas, donde limusinas y furgonetas de seguridad seguían alejando a los ricos del conflicto. Envío un rayo curioso hacia la colina donde se encontraba el templo, asediado por la gente indignada de Angel City. Y mientras se elevaba en todo su esplendor de luz, reveló a su alrededor un profundo anillo de brazos relucientes, todas las fuerzas de asedio que quedaban del Ejército de Stewards. El levantamiento quedó atrapado.

Bird, Anthony y Miss Ruby subieron al punto más alto de la colina para observar la fuerza amenazadora que los rodeaba. Filas de sojuhs se extendían sobre la llanura y los tanques

merodeaban por los terrenos más altos cerca de la escuela. El asedio era una isla en un mar azul y gris.

Bird observó a los atacantes con una sensación de malestar en la boca del estómago. El Ejército de Stewards podría estar diezmado, pero todavía le quedaba suficiente fuerza para destruir lo que estaban construyendo aquí. Sería más que una vergüenza y un revés. Eso disuadiría a todos los palos de Angel City de pensar en rebelarse nuevamente.

Un grupo de vehículos de mando y una falange de tanques marcaban el mando central del ejército. Una pequeña figura de abajo se levantó de la escotilla de un tanque y sacó un megáfono. A través del crepitar de la estática, una voz áspera chilló. “¡Rebeldes y traidores, estáis rodeados! ¡Rendirse!”

“Si la tecnología sólida es la medida de la victoria, seguramente ganarán”, dijo Bird, porque era mejor que decir: ¡Estamos jodidos, estamos condenados!

“Sí, es una lástima que ellos tengan armas y nosotros no”, dijo Anthony.

“Entonces tendremos que luchar con lo que tenemos”, dijo la señorita Ruby con confianza. Bird la miró asombrado. Ella no se sintió intimidada, en lo más mínimo. Tenía la cabeza erguida y sus ojos reflejaban la luz de la batalla.

“¿Qué es eso?” –Preguntó Anthony.

“Palabras”, dijo la señorita Ruby.

“Soldados de la Mayordomía”, gritó la señorita Ruby, “¡no somos sus enemigos! ¡Vuestro viejo sistema está cayendo! Depongan sus armas y únanse a nosotros”.

Ella se paró encima del escenario, que habían colocado contra la pared del templo, con la esperanza de que eso disuadiera al ejército de bombardearlo. Miraron por encima de la multitud las barricadas improvisadas que el Levantamiento había levantado contra cualquier cosa que pudieran encontrar, arrancando las mesas de picnic de la escuela (Maya lo habría aprobado, pensó Bird) y apilando las vallas de hierro y el alambre de púas. Los defensores se refugiaron detrás de los edificios y cavaron trincheras en la ladera, pero aún eran vulnerables.

“Que sigan hablando”, había dicho Bird al Consejo de emergencia que se reunió. “Cuanto más podamos retrasar el ataque, más tiempo tendremos para reunir apoyo”.

Intentaron enviar exploradores y mensajeros, pero el círculo alrededor del templo era estrecho. Pudieron transmitir una llamada de auxilio a través de las pantallas de vídeo. Pero, ¿vendría la gente para enfrentar la ira del ejército, las armas, los drones y los láseres?

“Pueden matarnos a todos, pero no pueden matar a toda la ciudad una vez que se haya levantado”, había asegurado Bird a los demás con más confianza de la que sentía.

“No, pero pueden intimidarlos para que vuelvan a sus agujeros”, había respondido Anthony con gravedad.

Luego las pantallas de vídeo se apagaron.

“¡Uníos a nosotros!”, volvió a decir la señorita Ruby. “¡Juntos haremos un mundo hermoso para todos!”

La respuesta fue un proyectil que atravesó la ladera y abrió un cráter en el césped del templo.

“¡Ríndete o enfrenta más de eso!” Fue la respuesta, un poco menos intimidante por los chirridos y la estática del megáfono.

Bird le quitó el micrófono a la señorita Ruby. “¡Ríndete y te conseguiremos un megáfono que realmente funcione!”

Una fuerte carcajada surgió de la multitud. Pura bravuconería, pero levantó el ánimo de todos.

“¡Se acabó la Mayordomía!”, prosiguió Bird. “El pueblo ya ha tenido suficiente hambre y esclavitud. Soldados de la Mayordomía, la mayor parte de su ejército se ha pasado a nuestro lado. No queremos mataros, preferiríamos daros la bienvenida a nuestra mesa, sentarnos juntos como familia y

reconstruir esta lamentable tierra. ¡Bajen las armas, como han hecho sus hermanos! ¡Uníos a nosotros!”

La respuesta fue una ráfaga de disparos de rifle.

“No puedo decir que no les solicité amablemente”, comentó Bird.

Los montañeses, los Ángeles y otros voluntarios que tenían armas se apostaron justo detrás de las barricadas y lanzaron una oleada de fuego al enemigo.

“¡Ya está!” La señorita Ruby lloró. “¡Eso ha arruinado nuestras posibilidades de persuasión!”

“Que no eran muchas para empezar”, admitió Bird. Pero ahora, en el lado Oeste del templo, los disparos respondían a los disparos y el ruido era demasiado ensordecedor para seguir súplicas o conversar. “Bajemos a un lugar seguro”.

“¿Seguro?” –Preguntó Anthony.

“Todas las cosas son relativas”.

A lo largo del día se produjeron una y otra vez intercambios esporádicos de disparos, puntuados por los intensos disparos de los láseres. Madrone y los demás médicos del centro de curación trabajaron como autómatas para curar

heridas y atender quemaduras. Tan rápido como ayudaban a un paciente, siguieron llegando nuevas víctimas.

“¿Por qué diablos no entran y acaban con nosotros?”, murmuró Beth mientras vendaba el miembro destrozado de una niña que gemía y Madrone luchaba por preparar un elixir analgésico con su propio sudor de abeja.

Madrone luchó por mantener la concentración. Se estaban quedando sin agua y ella estaba agotada y deshidratada. Amapolas, pensó. Piensa en las amapolas, huélelas, haz ese cambio químico que puede aliviar el dolor. Pero esta chica destrozada ante ellos era sólo una de las cientos que se alineaban sobre palés en las paredes del gimnasio de la vieja escuela, gimiendo y gritando. Y ya casi no me quedan milagros.

El día interminable se convirtió en una noche sombría. Madrone se tambaleó a través de los movimientos de curación, vendando heridas, vendando miembros demasiado destrozados para sanar, cerrando sus oídos a los ayes y gritos.

A medianoche, las pantallas de vídeo en blanco soltaron un horrible graznido y cobraron vida, mostrando fila tras fila de soldados.

“¡Volved a vuestras casas!” Un militar de rostro duro ordenaba desde cada pantalla. “Vuelvan a sus trabajos. ¿De

verdad pensasteis que podríais oponeros al poder de la Mayordomía con vuestras patéticas herejías?

Había una pantalla en la cafetería donde se reunía un Consejo muy desanimado. Apareció un retribucionista y exhortó a la multitud a abandonar sus caminos pecaminosos.

“Apaga esa maldita cosa, ¿quieres?”, suplicó Anthony. “Puede que tengamos que morir, pero no tenemos que morir con esa mierda en los oídos”.

“Espera”, dijo Bird. Estaba mirando la pantalla atentamente. “Mirad. ¿Veis lo que veo?”

“Evidentemente no”, dijo Emily, quien dejó una bandeja de pan delante de todos. “Comed. Tenéis que mantener las fuerzas”.

Bird estaba demasiado concentrado en la pantalla para recoger su ración y Emily se la puso en la mano.

“Es lo último que tenemos”, dijo. “Sacar el máximo provecho de ella.”

“¡Mirad!”, dijo él. “Muestran las mismas filas de soldados una y otra vez. Mira, ahí está el que tiene la mancha negra en el uniforme... y ahora, ahí está una vez... y otra vez. Están tratando de hacer que parezca que tienen más tropas de las que realmente tienen. Creo que están muy estirados”.

“Excelente. Prefiero que me dispare un soldado delgado que uno gordo”, dijo Anthony.

“Mira bien. ¿Lo ves? Hay espacio detrás de esa última fila de tropas. Espacio vacío. Es solo una fina capa lo que nos rodea. Si pudiéramos abrirnos paso...”

“Entonces nos dividiríamos en dos facciones desarmadas con las armas entre nosotros, disparándonos desde todos lados”, dijo el representante de un vecindario del Westside. “No, sigamos hablando...”

Instalaron un micrófono detrás de la más fuerte de las barricadas de concreto, y en cada momento de la pelea hablaron hasta que la voz de Bird se volvió ronca, sin resultados. Tal vez los Stewards se habían vuelto inteligentes y habían entregado a los soldados tapones para los oídos como Odiseo con las sirenas, pensó Bird. ¿Les enseñaban mitología clásica en las Tierras del Sur? Lo más probable es que tuvieran a sus comandantes más leales apostados detrás de los soldados, listos para disparar a cualquiera que pareciera desertar.

Por fin llegó otro amanecer cansado. Bird levantó una pesada cabeza de la almohada de cemento donde finalmente había caído en un sueño exhausto. El sol los calentaba, pero también los haría visibles, aún más vulnerables.

Miró a su alrededor. Estaban clavados en la ladera. La señorita Ruby estaba sentada desplomada, de espaldas al suelo, con la boca abierta, roncando ligeramente. Anthony estaba despierto, mirando nerviosamente por encima del montículo de tierra y luego retrocediendo. Bird pensó en Emily, en Tianne y en Janus con su loca sabiduría, y en todos ellos, en todas las peleas que habían tenido, el trabajo que habían realizado, las reuniones y las comidas y ese momento estimulante en el que habían salido a la calle a la cabeza de la primera marcha.

Habían tenido una buena racha y habían logrado mucho. El sol estaba saliendo y el nuevo y brillante día ya estaba aquí. Qué irónico morir ahora y dejar que el mundo volviera a caer en una pesadilla.

Con ese pensamiento se produjo una ráfaga de disparos como una tormenta infernal, un granizo salpicado de gritos. Las balas ametrallaron la ladera y golpearon las barricadas. El fuego láser devastó el césped y arrasó cada metro cuadrado de terreno abierto. Un olor acre a pólvora y carne quemada llenó sus fosas nasales. Se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos, abrumado por el rugido y la ferocidad, el chirrido de los proyectiles entrantes y el profundo estruendo de las explosiones. No había forma de resistirlo, no había forma de hacer nada más que agacharse profundamente en el suelo y resistir o morir.

Un alto, una pausa. La señorita Ruby estaba pegada a la pared, con los ojos muy abiertos por el terror. Anthony estaba acurrucado al lado de Bird. Madrone... *Diosa*, que esté a salvo.

Pero ya no quedaba seguridad. Habían apostado y finalmente fracasaron. El poder de las armas era de hecho más fuerte que el de las palabras, y no le quedaban más que palabras para luchar. Palabras y tal vez una canción.

Pero a la mierda, pensó. Era un nuevo día. Y un nuevo día merecía un himno.

Si tuviera que morir, preferiría morir cantando, no acobardado.

Tocó el micrófono. Devolvió un zumbido tranquilizador. Todavía trabajando, por algún milagro, como por algún milagro todavía estaba vivo.

Lentamente, luchando contra todos los instintos de su cuerpo para encogerse y ponerse a salvo, se obligó a levantarse. Se paró por encima de la protección de su berma, donde la luz del sol podía calentarle la cara. Levantó la cabeza y cantó alto y claro con una voz cruda y ronca.

*“Abre tus ojos,
Un nuevo día está despertando.
La libertad surgirá,
Como el sol naciente”.*

Cerró los ojos y esperó el disparo, el proyectil, el último estallido de dolor que acabaría con todo. Pero mientras espero, pensó, seguiré cantando.

*“Alza tu voz,
Siente temblar la fortaleza.
Esta es nuestra elección,
La sombría noche ha terminado.
“En tus manos fuertes,
Las cadenas se están rompiendo.
Reclamemos nuestras tierras,
Porque la batalla está ganada”.*

Él todavía estaba vivo. Bueno, todavía tenía otra estrofa.

*“Abrid vuestros corazones,
Al mundo que estamos haciendo.
Y ahora comienza,
¡Ha comenzado un nuevo día!*

Y llegó una voz, desde muy lejos pero clara y profunda.

“¡Escuchen al hombre!” gimió. “Dejen sus armas, sojuhs. ¡Quiero oiros cantar!

Y de repente Bird escuchó otras voces, uniéndose a la suya, tomando el coro. Abrió los ojos.

El ejército todavía estaba allí, formando un profundo círculo alrededor de los terrenos del templo, humeantes y llenos de cadáveres.

Pero alrededor de las líneas de sojuhs, tanques y vehículos blindados había otro círculo más denso. Fila tras fila de tropas polvorientas, con el sello de Califia cosido en sus uniformes de vaqueros, los voluntarios de la Ciudad y los sojuhs que se habían unido al Norte, y detrás de ellos, legiones de otros, los esclavos por deudas liberados con pañuelos envueltos alrededor de sus cabezas polvorientas, las filas de los maquis montañeses de piel de cuero bajando con sus rifles y bolsas de bellotas, los Ángeles rubios, de ojos fríos y rostros perfectos, la gente común y corriente de Angel City, todos en una multitud de cien mil personas.

“Así que tenéis una opción”, dijo la voz, y ahora Bird la reconoció. Profunda y resonante, pero con un nuevo tono, ya no la voz vacilante del raza humilde, sino la voz orgullosa de una persona real. River.

“Sigan luchando y protejan a los imbéciles que no han hecho más que cagaros durante toda vuestra lamentable vida. O bajen las armas y únase a nosotros y vivan libres. No sé ustedes, pero yo sé cuál elegiría.

“Y yo elegí. Yo era un raza, como algunos de ustedes. Criado para ser nada más que una herramienta para mantener a los Primes en el poder. Un arma. Pero el arma

giró. Y ahora soy el comandante del ejército que lucha por ti, por mí y por todos nosotros para ser libres”.

Después de un largo momento, en el silencio que reinó en la cima de la colina, se escuchó el tintineo de un arma cayendo al suelo.

Y luego otra, y otra, un estrépito como el de una tormenta cayendo sobre un suelo reseco.

Capítulo setenta y ocho

Los Primes habían acercado el buque de guerra a la costa. Livingston lo recorrió, comprobando los instrumentos, las cabinas y las bodegas de carga. Si iba a ser capitán, le gustaba saber de qué era capitán.

Estaba provisto de armas suficientes para armar una invasión. Claramente no estaban planeando una simple luau hawaiana⁶². Pero esa no era su preocupación.

Las limusinas bajaban por Sunset Boulevard en convoyes custodiados por tropas; tropas que, en su opinión, podrían haberse empleado mejor, para despejar a la multitud de los alrededores del templo, o al menos, si él hubiera estado al

62 Un luau es una fiesta hawaiana tradicional donde siempre interviene la comida —siendo protagonistas los platos típicos hawaianos—, hay música tradicional donde está presente la melodía del ukulele, los collares de lei en los cuellos de todos los participantes y mucho baile hula.

mando, eso es lo que habría hecho. Pero los Primes tomaban las decisiones y, como siempre, cuidarían primero de sus propios pellejos.

Salieron de los coches, trajes impecablemente confeccionados, seguidos por sus pulidos Trofeos, esposas y amantes, y sus hijos como muñecos cuidadosamente vestidos. Algunos llevaban bolsas y arrastraban maletas con ruedas. Otros habían traído sirvientes para transportar el botín.

Debajo de la cubierta había algunos camarotes diseñados para oficiales y tripulación. Había literas más grandes para los soldados y quedaban muchos compartimentos de carga abiertos. Él y su tripulación no habían hecho ningún intento de asignar alojamiento, excepto el suyo. En lo que a él respectaba, los Primes podrían luchar entre ellos por el espacio.

Culbertson lo abordó en la cubierta de popa.

“¿Dónde está nuestra cabina?”, demandó.

“Las cabinas están debajo de las escaleras”, dijo Livingston.
“El primero en llegar, el primero en escoger”.

“Eso no es aceptable”, le fulminó con la mirada Culbertson, claramente esperando que Livingston se acobardara y temblara.

En lugar de eso, se encogió de hombros. “Tengo un lugar especial reservado para ti. Pero ahora tenemos que ponernos en marcha”.

Esquivó a Culbertson, logró esquivar a otro Prime descontento y llegó a la sala de máquinas. Encendieron los motores, las hélices giraron y el barco zarpó de la orilla.

A Livingston siempre le había encantado el mar abierto. Estaba feliz en la timonera, silbando para sí mismo mientras imaginaba a los machos alfa abajo peleándose por las cabinas.

Estaban cinco horas mar adentro cuando ordenó un cambio de rumbo. Para entonces ya estaba oscuro. Tenía el sistema de navegación electrónico, pero le encantaba guiarse por las estrellas, como habrían hecho los capitanes de antaño. Hawaii estaba de Oeste a Suroeste. Más allá, el Giro. Y más lejos aún, Panasia. Tenían suficiente combustible y comida para un viaje muy, muy largo.

A medianoche ordenó que se detuvieran los motores.

“¿Qué está sucediendo?”, lo abordó Culbertson en el pasillo de debajo de las escaleras. El Prime estaba de muy mal humor, ya que el alojamiento especial que Livingston le había prometido resultó ser una pequeña cabina sin ventanas cerca de la proa.

“Mantenimiento estándar”, le aseguró Livingston. “Lo dejamos funcionar durante unas horas y luego lo enfriamos para hacer una revisión final. Nada de que preocuparse.”

Culbertson lo miró con recelo y luego volvió a quejarse de su cabina. Livingston simplemente asintió y le aseguró que todo estaría resuelto por la mañana.

Luego se retiró a su litera y durmió profundamente hasta el amanecer.

La ciudad había caído. Por toda Angel City, los refugiados y los liberados estaban ocupados organizando Consejos y sitios de distribución de alimentos, clínicas improvisadas y voluntarios para establecer lugares de reunión y escuelas.

Pero dentro del templo, el general todavía se mantenía firme.

“Salga, general. Se acabó. Es hora de poner fin a esto”, gritó Bird por el altavoz. Encabezaba una multitud concentrada junto a la entrada principal del templo, puertas gigantes dobles talladas por donde antes los fieles entraban y salían. No estaba seguro de si se le podía oír dentro, pero sospechaba firmemente que los Stewards restantes estarían mirando en la pantalla de vídeo incluso si su voz no traspasaba las puertas. Un antiguo intercomunicador dejó

escapar un crujido de estática y un altavoz arcaico junto a la puerta escupió una voz.

“Negociaré... contigo. Entra.”

“¡No lo hagas!”, dijo alarmado Erik Farmer. “¡Seguramente será una trampa!”

“No entraré”, gritó Bird a través del micrófono. “Tienes que salir. Garantizamos su seguridad.”

“No. Entra. Garantizaremos *tu* seguridad”.

“No. No haré reuniones a puerta cerrada ni tratos secretos. Negociaré afuera, a plena vista. O nada en absoluto. Todo el mundo merece ver esto. Es su levantamiento, no el mío”.

Mientras continuaban las discusiones, la señorita Ruby hizo un llamado a los grupos, las pandillas y el Consejo.

“Dígannos los términos que debemos ofrecerles”, dijo.

La respuesta que obtuvo fue simple.

Hemos hecho nuestros términos. Controlamos la ciudad. Los peces gordos pueden quedarse, si así lo desean, y ser parte de la construcción de una ciudad libre. O pueden irse. Pero ya no tienen el control.

No fue hasta el día siguiente que recibieron respuesta del General.

“Libera un espacio”, sonó el intercomunicador. “Saldré y me encontrarás. Sin armas”.

“Sin armas”, estuvo de acuerdo Bird. “Todas las negociaciones se llevarán a cabo al aire libre, visibles para todos y retransmitidas en directo. No te preocupes, nuestros técnicos se encargarán de eso”.

“Acordado.”

El equipo de logística recién formado despejó un espacio en el lado norte, en el alto pedestal frente a las grandes puertas. Lo rodearon con una cuerda y todos los que entraran al espacio debían dejar sus armas en un montón custodiado por lo que quedaba de la antigua unidad de River. Los técnicos instalaron cámaras de transmisión en vivo y micrófonos para obtener un sonido claro. Una fila de ex soldados contuvo a la multitud.

“¿Estás seguro de que es una buena idea?”, le preguntó Madrone a Bird con ansiedad. Finalmente se había liberado de las demandas del centro de curación, al menos el tiempo suficiente para presenciar esta confrontación final. No sabía por qué, pero se sentía incómoda. Habían ganado, ¿no? Pero Maya siempre decía que la parte más peligrosa de cualquier acción era cuando creías que había terminado.

“No”, dijo Bird. “Creo que probablemente sea una mala idea. Pero no tengo una mejor, ¿y tú? Podría llevarnos

semanas sacarlos de ese búnker y, mientras tanto, quién sabe qué tipo de poder podrían ejercer aún. Hay una gran parte del ejército en el Grapevine, la campiña, dice River. Y otro grupo entero que aún conserva la Carretera de la Costa. Necesitamos poner fin a esto”.

Madrone asintió, tratando de ignorar la sensación de malestar en la boca del estómago. Ella se inclinó hacia adelante y lo besó suavemente en la frente.

Él sonrió. “¿Eso es todo lo que obtengo? Bésame como si nunca pudieras volver a besarme”.

“¡No, no digas eso! ¡Esa es mala magia!

“Sí, pero apuesto a que será un gran beso”.

Él la apretó con fuerza y se abrazaron el uno al otro, con los labios cerrados, las lenguas explorando, respirando el aliento y el olor del otro. Madrone lo rodeó con sus brazos, sosteniendo su solidez, sintiendo su calidez y el latido de su corazón. Querida Diosa, Madre, Abuela, Anciana, Coatlicue, Muerte y Vida, por favor. Esto es todo lo que pido, todo lo que quiero. Te has llevado a mi hijo. Por favor protegéd a este hombre. Y os serviré todos mis días y mis noches.

Le pareció oír una leve risa en el aire.

¡Ja! ¿Tienes alguna otra opción?

La risa se profundizó hasta convertirse en una carcajada.

Las puertas se abrieron y salió el general Wendell. A pesar de los días de encierro y del conocimiento de su derrota, estaba cuidadosamente arreglado, vestía un impecable uniforme de gala y avanzaba con aire seguro y marcial, como si hubiera ganado la guerra y no la hubiera perdido. Bird tuvo que admirar su pura valentía.

Por el contrario, era consciente de que debía parecer alguien que hubiera dormido en una zanja. Sucio, sin afeitarse, cubierto de sudor, suciedad y quemaduras de pólvora, el pelo lleno de polvo de cemento y pedazos de escombros, la camisa rota y los pantalones salpicados de agujeros hechos por chispas. Bueno, esto no era un concurso de moda.

Las manos de Wendell estaban levantadas y abiertas. Erik Farmer se acercó y lo palpó, mientras el ayudante de Wendell se acercaba y pasaba sus manos expertas por la cintura y los bolsillos de Bird.

Bird avanzó. De pronto se detuvo. Se le erizaron los pelos del cuello. Sintió algo. Un nexo, uno de esos nudos donde las líneas de la probabilidad se enredan y el destino interviene. No había forma de evitar esos lugares, sólo navegar por ellos. Podría estar caminando hacia su triunfo o hacia su muerte. El resultado no era seguro.

Todo lo que podía hacer era caminar hacia adelante, con los ojos abiertos, listo para enfrentar lo que pudiera venir.

“¿Estás listo para entregar el control de la ciudad al pueblo?” Preguntó Bird.

“Nunca”, dijo Wendell.

Bird le dirigió una larga mirada perpleja.

“Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí en nombre de Hella?” preguntó.

“Crees que has ganado”, dijo Wendell. “Pero no voy a caer solo. Morirás y tu movimiento contigo”.

Entonces algo voló por el aire, desde detrás de la multitud cerca de la puerta donde los ayudantes de Wendell estaban observando. El general levantó una mano, cogió una pistola en el aire y disparó...

Bird captó el movimiento por el rabillo del ojo y se giró. Sintió un golpe en el costado. Se echó hacia atrás, dejando un chorro de sangre detrás. Wendell volvió a disparar. Se escuchó un zumbido y de la nada un dron escupió balas. Bird sintió otro golpe caliente en el muslo. El dron se acercaba a él, y Wendell se acercaba a él, y sintió un agudo momento de tristeza al morir en ese momento de gracia y victoria.

¡No es justo! quería llorar. Le perdoné una vida. Cerré los ojos de los muertos.

¿Quieres una medalla?

El chico sigue pensando en causa y efecto, recompensa y castigo. ¡No funciona de esa manera!

No, Maya, Johanna... ¡no vengan por mí todavía!

Puedes estar del lado del amor y aun así encontrarte con el odio.

Esa era la voz de Johanna. El odio lo recibió con otro golpe seco, un disparo de dron en su muslo. Y un pinchazo en el hombro. ¡Y mierda, mierda! Siguieron viniendo y viniendo, y él no estaba listo. ¡Él no estaba listo!

Nadie está nunca preparado. Y nadie te prometió justicia.

¡Cállate, Río! ¡No tomes mi mano! ¡No voy contigo!

Puedes ofrecer compasión y encontrar sólo retribución, aliarte con los creadores de significado y aun así quedar reducido a carne.

No es una ganga. Es quien soy.

Se obligó a mantener los ojos abiertos, a concentrarse a través del dolor punzante. Aunque lo que se encontraron fueron los ojos fijos de Wendell, llenos de un odio palpable,

que lo atravesó como un láser mientras el general amartillaba su pistola y apuntaba a la frente de Bird.

¡No! ¡Él no iría por este camino!

Sintió fuego en su cadera mala y se dobló debajo de él. Cayó, agarrando la mano del arma de Wendell mientras caía, tirando al general encima de él justo cuando el dron soltó otro chorro. Las balas impactaron en la espalda de Wendell y Bird se refugió debajo de él como una manta. Wendell abrió la boca con una mirada de asombro, luego la sangre se filtró y sus ojos se quedaron en blanco. Pero aun así el dron siguió acercándose, indagando a través de su cuerpo, buscando a Bird.

Una ola de drones salió volando del templo y se abrió paso entre la multitud, buscando sus objetivos...

“¡Estad atentos!” Bird logró gritar. “Vienen por los que ellos creen los líderes...”

En un instante comprendió lo que estaba pasando. Todos los que habían estado en las pantallas de vídeo, todos los que habían pronunciado discursos, cuyas imágenes habían sido mostradas, podían ser un objetivo. Eliminarían a la señorita Ruby, a Emily y a Madrone...

El maldito dron estaba rebuscando entre el cuerpo de Wendell. Nunca se detendría. Nunca pararía.

¿Dónde estaba Madrone? Las abejas no podrían ayudarla aquí. Nada podría. Felizmente moriría para salvarla, pero este sería su último y postrer fracaso...

Anthony se arrojó sobre Emily y la tiró al suelo mientras un dron pasaba silbando.

Madrone agarró una púa de hierro de la barricada y corrió hacia Bird. Lo levantó en alto y golpeó al dron que aún perforaba el cuerpo de Wendell. Una y otra vez golpeó, hasta que se quedó quieto.

“¡No!”, lloró Bird, porque podía sentir lo que venía detrás de ella. Una avalancha de ellos, un semicírculo de muerte apuntando hacia ella, y él trató de levantar su cuerpo sangrante bajo el pesado peso de Wendell. Pero era demasiado débil, demasiado lento...

River, a la primera señal de ataque, había gritado una orden a sus tropas. Ahora sus antiguos compañeros de unidad se abrieron paso entre la multitud y le arrojaron un rifle. Se arrodilló y disparó. Una lluvia de fuego: uno de los drones explotó en una pequeña ráfaga de fuego y los demás se desviaron de su rumbo y se estrellaron.

Smokee agarró un arma y atravesó las puertas hacia el templo. Clavó su revólver en la cabeza del asistente de Wendell. “¡Operaciones con drones! Guíame hasta allí”.

Cada vez más drones salían por la puerta. Disparaban ráfagas de balas y escupían gases nocivos. Madrone estaba inclinada sobre Bird, tratando de apartar a Wendell de él, sin percibir cuando un dron cambió de dirección en el aire y se dirigió hacia ella.

Janus, la loca se levantó de un salto, con los brazos extendidos, gritando: “Bienvenida la Madre, el Otro, hermanas y hermanos, la luz, la luz, los ángeles emprenden el vuelo...” El dron la golpeó en el estómago. Lo rodeó con sus brazos como si lo abrazara y luego se desplomó en un charco de sangre.

River agarró a Madrone por el cabello y tiró de ella hacia atrás mientras un nuevo vuelo de drones se estrellaba contra el cuerpo postrado de Wendell. Se quedó de pie durante un largo momento de horror mientras una ráfaga de fuego láser quemaba lo que quedaba del cadáver de Wendell, dejando rayas de fuego en el cemento. Luego, tan repentinamente como comenzó, el asalto cesó.

Madrone corrió hacia Bird, empujó el cuerpo de Wendell y se arrodilló. Detrás de ella, refugiados y soldados inmovilizaron al resto del personal del general, o simplemente les dispararon donde estaban. Un enorme y furioso rugido surgió de la multitud, y la gente se apresuró a entrar por la puerta abierta para arrasar el templo. En vano Miss Ruby tomó el micrófono e intentó llamar al orden.

Bird sangraba por todo el pavimento y su mano izquierda estaba quemada por el fuego láser. Pero respiraba y tenía pulso. Ella tocó sus labios con los de él, probó su sudor, tratando de calmarse para preparar algo que curara esas heridas. Hace apenas un momento, había estado vivo y coleando, y ahora... ahora...

“¡No te atrevas a morir ahora!”, recriminó ella.

Pájaro abrió los ojos. El dolor lo envolvió. Era fuego, era hielo, era una campana que daba una alarma tan fuerte y tan larga que dejó de oírla. Detrás del ruido y el rugido había un bendito silencio. Una quietud, un dulce descanso. Estaba flotando en un mar cálido, el mar de su propia sangre acunándolo, meciéndolo y arrullándolo hasta que se durmiera.

Y la luz. Entonces no es sólo carne, pensó. Me equivoqué. Eso fue sólo el residuo. Estaba amaneciendo y éste era el verdadero amanecer. Lo estoy viendo, la luz del nuevo y brillante día. Un amanecer radiante con alas de ángeles, que retomaban el latido que su propio corazón abandonado, palpitando, elevándose. Levantándolo de su cuerpo roto, hacia nubes nacaradas, rosadas y doradas que se abrieron como brazos acogedores. ¡Esto, esto era el Levantamiento!

Un fuerte pinchazo lo hizo regresar. Abrió los ojos. Un rostro oscuro pero iluminado por una luz dorada. Alas de abeja y alas de ángel golpeaban el aire. Una nube de pelo

salvaje, viva con el canto de las abejas doradas. Ella era su reina. Una abeja reina. *La Reina de las Abejas. La Reina de los Ángeles.* Un sonido, como un zumbido, un torbellino. Reina de los Ángeles.

Ella lo abofeteó de nuevo.

¡Mírame, idiota con cerebro de garrapata y cabeza mohosa! ¡Mantén tus ojos abiertos! ¡No te atrevas a alejarte! No te estás muriendo, ¿me oyes? ¡No lo permitiré!

Las alas lo empujaban hacia arriba y hacia arriba. Ella era su reina, pero no podía mandarles. Ella lo estaba reteniendo, alejándolo de la gloria y el ascenso, hundiéndolo en la pesadez y el dolor. Quería soltarse y flotar hacia arriba, pero eso la enojaría y odiaba que ella estuviera enojada con él. Loco glorioso, loco aterrador. Pero la luz era más fuerte. El sol, demasiado brillante para mirarlo.

Quería cerrar los ojos, pero ella no lo dejaba, no lo dejaba ir. Y, sin embargo, su voluntad por sí sola no era suficiente para retenerlo. Tendría que unir su propia voluntad a la de ella y luchar. Pero estaba cansado, muy cansado. Había estado peleando toda su vida, y ya había terminado de pelear con su fuerza filtrándose a su alrededor. Sólo hay luz, quiso decirle. No hay nada que temer.

Él le diría eso y ella lo dejaría ir. Abriría la boca para un último adiós y entonces la lucha terminaría y todo sería fácil.

Sus labios se separaron. Respiró hondo. Sus sentidos se intensificaron, podía olerla, la miel dorada de su piel, el almizcle de ella teñido de miedo acre. Y a su alrededor, humo, sudor y el olor a gas. El hedor de la vida. La fragancia.

Entró en él, en lo más profundo, a través de las nubes de sus pulmones, en lo que quedaba de su sangre, aliento que había tocado los pulmones de su amante y de su enemigo, aire antiguo que en su tiempo había entrado y salido de los pulmones de héroes y villanos, enemigos y amantes, dinosaurios y trilobites, y los primeros respiradores primigenios de los mares antiguos. Aliento, don de los ancestros. Algo empujaba su pecho, un peso, un tamborilero golpeaba su corazón inactivo.

Ella se inclinó, rozó sus labios con los de él y le sopló en la boca. Era un regalo, un regalo de vida, que se derramaba en él, y él quería volver a derramarlo en ella, dándole y recibiendo, llevándola consigo en un ascenso no sólo de alas sino de luz hecha carne.

“Quédate conmigo”, dijo, mitad orden, mitad súplica.

Ella era la Reina. Su cuerpo la obedeció, sus pulmones convulsionaron para aspirar su propia bocanada de aire. Oh, era pesado y duro y le dolía más de lo que podría haber imaginado. Pero él no era un cobarde. No temía al dolor.

Así es el nacimiento, pensó. Esto es trabajo.

Los ángeles rodeaban el templo como enormes pájaros blancos, llamándolo para que se disolviera con ellos en la gran música. Pero él los dejó ir y se alejó. Sus ojos se encontraron con los de ella, estanques oscuros que albergaban vida.

“Quiero tener tu bebé”, murmuró. Eso fue lo último que dijo en mucho, mucho tiempo.

Capítulo setenta y nueve

Al atardecer, el templo quedó limpio de defensores Stewards. El Consejo actuó rápidamente para establecer Consejos satélites en cada vecindario en preparación para un Gran Consejo que tres días después establecería una nueva forma de coordinar la vida. River se encontró respondiendo cien preguntas por hora, y Smokee nada menos. Pero en la luz dorada del final del día, él la agarró del brazo.

“Vamos”, dijo. “Vayamos a ver por qué hemos estado luchando”.

Subieron a la torre del templo, subieron y subieron por una estrecha escalera hasta que finalmente llegaron a la plataforma muy por encima de la ciudad. Un grupo ya había arrojado el carro y había colocado el ángel dorado de Tianne,

con las alas extendidas para envolver a los vencedores y a los muertos por igual.

Contemplaron la llanura de Angel City, kilómetro tras kilómetro de chozas y escombros atravesados por bulevares con edificios altos y casas caras. Vieron la cadena de montañas al Norte. Ahora los montañeses podrían bajar de las colinas o convertir sus campamentos en verdaderos hogares. Ahora la gente podría construir a partir de los escombros y plantar los espacios abiertos con comida real, comenzarían a curar el suelo y cosechar la lluvia y hacer de la llanura el lugar exuberante y fértil que podría ser.

“Para un raza y una chica del corral”, dijo River, “lo hicimos bien”.

Smokee miró hacia la llanura y suspiró.

“Adelante. Siéntete bien. No te matará”, dijo River.

“Cress debería estar aquí”, dijo. “Los comunicadores dicen que murió defendiendo Troya”.

“Él está aquí”, dijo River. “Cress está aquí porque estamos pensando en él”.

“¿Entonces, qué hacemos ahora?” –Preguntó Smokee. “¿Te quedarás y serás el nuevo comandante de Angel City?”

River negó con la cabeza. “No hay comandantes, solo los Consejos. Pero... no sé. ¿Sabes lo que me gustaría hacer?”

“¿Qué?”

“Aprender más cosas. Palabras. Aprender más palabras. Hablar como una persona real”.

“River, créeme”, negó Smokee con la cabeza. “Eres la persona más real que he conocido”.

Livingston se despertó justo antes del amanecer y subió a cubierta. Todavía estaba oscuro cuando miró hacia un mar índigo, pero el cielo se estaba aclarando y el pálido amanecer reveló la masa oscura de una isla frente a la proa.

Culbertson también se levantó temprano. Encabezó una delegación de Primes enojados que acorralaron a Livingston mientras se dirigía a la cocina para tomar un merecido desayuno.

“¿Dónde diablos estamos? ¡Se supone que íbamos de camino a Hawaii! –dijo Culbertson.

“Ha habido un ligero cambio de planes”, dijo Livingston con su sonrisa irónica.

El sol se asomó sobre las colinas costeras y dejó una huella dorada en el mar detrás de ellas. De pronto el aire se llenó con el zumbido de los motores. Del resplandor de la luz de la mañana surgió una flota heterogénea de pequeñas embarcaciones, viejos transbordadores reacondicionados, veleros y remolcadores, arrastreros con soportes para armas fijados a la proa y zodiacs que zumbaban como cachorros de agua.

“¿Qué diablos?” El rostro de Culbertson estaba lívido. Su mano se metió dentro de su chaqueta, pero antes de que pudiera sacar un arma, un cuerpo de hombres cuidadosamente seleccionados por Livingston rodeó al grupo de Primes con rifles amartillados.

“¡Traidor!” –escupió Culbertson.

Livingston se encogió de hombros. “Esa es una palabra difícil, caballeros. Prefiero considerarme un hombre al que le gusta jugar en el equipo ganador”.

Y eso era sólo la verdad, pensó, con cierta sensación de satisfacción engreída. Al final, elegí el lado correcto.

La marina lo había aceptado de regreso, con sólo unos pocos ceños sospechosos en algunas caras. Pero habían creído su historia de captura, encarcelamiento y fuga, que después de todo era la verdad. Todo lo que había tenido que

hacer era dejar de lado la traición de Wendell y la suya propia.

Había luchado con la decisión durante días, acostado en el dormitorio de Mallory, trazando tramas intrincadas que le permitirían cubrir cada apuesta. En aquel momento no estaba nada claro que un puñado de pichones y mariquitas lograran derrocar lo que todavía era la concentración de poder más impresionante que quedaba en el planeta. Tal vez Mallory había influido en él, con su entusiasmo por sus historias del Norte y su descontento por la suerte de una mujer inteligente en el régimen de los Stewards. Tal vez esos destellos de calles verdes y aguas corrientes se habían hundido más profundamente en él de lo que pensaba.

Pero se encontró haciéndose preguntas inquietantes. ¿Tendría que esforzarse por conseguir una gran propiedad con cinco jardineros, si el mundo entero fuera un jardín? ¿Qué compraría con oro cuando el agua fluyera libremente y los frutos colgaran para ser recogidos a lo largo de cada camino? ¿Y estaría eternamente atrapado bajo el mando de imbéciles, habiendo un mundo donde todos eran libres?

Una apuesta inteligente, sí, pero tenía que reconocer que en el fondo había estado luchando por la liberación durante más tiempo del que quería admitir.

Por supuesto, siempre existiría esa satisfacción incomparable que proviene no sólo de tener lo que quieres,

sino de tener más que otra persona. El dulce sabor del triunfo y el poder.

Lo cual estaba disfrutando muchísimo en este momento.

“Teníamos un acuerdo”, dijo fríamente Culbertson.

Livingston sonrió a los Primes como un gato sonríe a un plato de crema.

“Hay un equipo ganador”, repitió. “Y ustedes, caballeros, lamento decirlo, son los perdedores”.

Ahora la cubierta se estaba llenando de Primes enojados y sus mujeres y niños, que parecían simplemente aterrorizados. Livingston tomó el micrófono del barco y les habló.

“No hay por qué tener miedo”, les aseguró. “Nadie les hará daño a ustedes ni a sus familias. Incluso os alimentaremos y apoyaremos. Ni siquiera tenéis que trabajar si no queréis; estoy seguro de que recibiréis el mismo estipendio básico que todos los demás. Si queréis más que eso, tendréis que hacer alguna contribución útil a la sociedad. Si ha cometido delitos, se esperará que haga una restitución.

“Tómense unos minutos, amigos. Charlen entre ustedes. Ya no sois los gobernantes del mundo. Acostúmbrense a ello. Ha amanecido un nuevo día”.

Un convoy salió al Valle para enterrar a Cress. Lo habían dejado en la fortaleza, pero en realidad no sabían qué hacer con él. Shakir, del Consejo del Agua, que había venido de la Ciudad, quería llevárselo para enterrarlo. Pero Beryl insistió en que eso no sería lo que querría.

“Nació en el Valle. Le encantaba este lugar”, dijo. “Habría querido ser enterrado aquí”.

Topaz le dedicó una sonrisa irónica y triste. “Y en el entorno, sin duda”.

River y Smokee tomaron un coche de personal y Madrone, de mala gana, dejó la cama de Bird para ir con ellos al funeral de Cress. Bird todavía estaba inconsciente y querría estar allí cuando despertara. Pero los cirujanos lo mantenían sedado, y la distancia que tanto tiempo había tomado al Ejército de Liberación atravesar ahora podía recorrerse en poco más de un par de horas.

Así que se reunieron a su alrededor viejos amigos de la Ciudad, esclavos liberados por deudas, razas y voluntarios. Le organizaron un funeral al estilo de la ciudad, en el que sus amigos y camaradas se acercaron uno por uno y contaron historias de su vida, compartiendo recuerdos. Hicieron libaciones de agua.

En lo alto, las nubes se acumularon, como si hubieran venido para el funeral y se apiñaran cerca para escuchar los tributos. Nubes, y luego grandes nubarrones, ondeando en forma de almohadas blancas con vientres de color gris oscuro.

Y la lluvia cayó como una bendición. Llenaba las trincheras y se acumulaba en los huecos de las tumbas recién construidas, se hundía en los pantanos y zanjas que Cress había cavado, acumulándose en cada rasguño que con tanto cuidado había perfilado. Luego, lentamente, lentamente, se hundió en la tierra reseca. Como si los cielos mismos estuvieran llorando grandes lágrimas de dolor, por Cress, Kit, Sara y Zap, por todos los muertos. Hora tras hora de una tormenta que rara vez se veía en las Tierras del Sur, una lluvia fuerte, torrencial y dadora de vida.

La tierra bebió profundamente, e incluso los huesos blancos de los muertos brillaban como perlas, una vez saciada su sed. Lluvia que evocaría cintas de flores, grandes bandas de azul salpicadas de franjas blancas, con manchas arlequín de púrpura y oro y franjas de los tonos naranja y carmesí del amanecer: una promesa cumplida, una confesión de que la vida regresa, una corona de tributo que se extendía por quinientas millas.

Capítulo Ochenta

Con la mirada puesta en las velas, Isis maniobró el timón con precisión. Este barco era más grande que el Día de la Victoria, que había regresado al Norte ahora bajo la dirección de Rosa. Afortunadamente ambos estaban ahora por fin fuera de peligro.

Pero perdió el rumbo. Incluso extrañaba a la niña, con su terquedad y su profunda tristeza. Bueno, ella regresaría como una Hera, y eso debería borrar las miradas de lástima y reemplazarlas con admiración.

Pero sobre todo lo que extrañaba... tuvo un momento agudo de anhelo, cuando sintió a Sara a su lado. Podía ver su cabello dorado, azotado por el viento, sus ojos azul mar. Reía. Quizás eso fuera una buena señal. Tal vez, dondequiera que estuviera, ahora se estaba riendo.

No pienses en eso. Piensa en este barco, mucho mejor equipado que el *Victory*. No le habían faltado yates y veleros para elegir. Podría haber elegido uno de quince metros, con una bañera de hidromasaje, un baño con espejos y una sala de proyección privada debajo. Pero a ella le había gustado el aspecto de éste: no demasiado grande, fácil de maniobrar y de líneas elegantes. Y se alegró de salir de las literas del gran destructor y regresar a su propia nave.

La escotilla se abrió y la cabeza de Smokee asomó.

“¿Necesitas cualquier cosa?”

“Algo caliente será agradable. Y compañía.”

La chica era un nervio en carne viva, una masa agitada de esperanza y miedo, mientras se dirigían a Saint Cat's. Subiendo y bajando, tratando de caminar por la cubierta del barco que era demasiado pequeña para caminar.

Saint Cat's había sido una vez una isla de placer, un lugar semisalvaje de matorrales y reservas naturales salpicado de pequeñas ciudades turísticas llenas de hoteles y cafés. A un viaje en ferry de Long Beach, era un lugar para realizar excursiones, remoto y mágico. Pero los Stewards habían cambiado todo eso. Oh, algunos de los principales Prime todavía tenían sus propiedades amuralladas y cerradas en los confines de la isla. Pero la ciudad de Avalon resultó ser un lugar perfecto para un negocio más brutal.

A sus pies se alzaba una alta torre de piedra, redonda e inexpugnable. Construida como casino en la década de 1920, se alzaba sobre el puerto. Desde sus balcones superiores, donde antes los bailarines salían a tomar un respiro, ahora los artilleros patrullaban los mares. Y en sus entrañas sin ventanas se guardaban esclavos para el transporte.

Aquí, los esclavos del Giro venían a comprar esclavos destinados a las fábricas de procesamiento de plástico de las profundidades marinas o a los burdeles que servían a los capataces. Los comerciantes de islas lejanas venían aquí para cubrir sus cuotas para las plantaciones, y los emisarios de señores de la guerra distantes buscaron cautivos para servir a sus ejércitos o cuerpos vivos para las granjas de órganos. Desde aquí, la carga humana se enviaba a través de océanos hacia puertos y destinos desconocidos.

Según los registros que los técnicos habían encontrado en la base de datos de los Stewards, aquí se traían a los bebés de las chicas de los corrales de entretenimiento. Eso en sí mismo era inusual: los Stewards debían haber estado en apuros para conseguir dinero en efectivo, pensó Isis, si estaban vendiendo bebés tan pequeños al Giro. Valdrían más si fueran un poco mayores y tuvieran menos probabilidades de morir. Los de menos de dos años, probablemente estaban destinados a las granjas de órganos.

Isis no tenía esperanzas de encontrarlos con vida. Hacía tiempo que habían muerto de dolor y abandono o, si

sobrevivían, habrían sido enviados a un destino inimaginable. Pero ella no era madre. No tenía motivos para aferrarse a la esperanza, como hacían las chicas de los corrales. Abarrotaban el ferry requisado y los pocos barcos que lo acompañaban.

¿Encontrarían la fortaleza en su contra? Isis esperaba que no. Estaba cansada de las batallas, cansada de luchar, cansada de la muerte. Todo lo que quería ahora era navegar lejos, hacia algún lugar del ancho mar vacío donde pudiera estar sola con su dolor y dejar que las tormentas del océano la limpiaran.

Smokee esperó con impaciencia a que el recipiente hirviera. Se sentía como la tetera, con la tensión hirviendo en su interior hasta que pensó que iba a soltar un grito estridente y desgarrador. La esperanza, la tramposa peligrosa, volvió a gritarle. Ella siguió intentando alejarla. Todos decían que era poco probable que encontraran a los bebés en la isla. A lo sumo, podrían esperar encontrar registros de lo que les había sucedido, adónde los habían enviado.

Es muy peligroso tener esperanza. Es mucho más sabio prepararse para la desesperación.

Sin embargo, había encontrado a su hermano. De todos los miles de tropas y cientos de lugares, el destino los había unido. Tal vez el mismo destino le devolviera a su hija perdida.

La tetera hirvió, preparó un poco de té de menta fuerte y se lo llevó a Isis.

“Quédate”, ordenó Isis. “Háblame. Es un lugar muy solitario aquí arriba”.

Smokee la miró con recelo. Por lo que sabía de Isis, la mujer nunca en su vida se había sentido sola al timón de un barco en el océano. Sólo decía eso para que Smokee no estuviera sola, cavilando en las entrañas del barco.

“¿Tú? ¿Solitaria? ¡No lo creo!

“Te siento ahí abajo. Pica como un mono con piojos. Será mejor que te quedes aquí arriba, donde el viento es fresco.

Smokee intentó sentarse en el banco frente a Isis, sosteniendo una taza de té en sus propias manos. Pero ella estaba inquieta. Siguió agitándose y moviéndose, y ajustando su asiento. Finalmente, aunque sabía que la pregunta era inútil y que era mejor no hacerla, soltó: “¿Crees que los encontraremos?”.

“Lo sabré pronto”, dijo Isis con calma. “¡Mira!”

Había una mancha en el horizonte que se solidificó, a medida que se acercaban, hasta convertirse en una masa de tierra.

Un puerto azul, acunado en los brazos de colinas marrones, con una sólida y redonda torre de hormigón revestida de piedra que lo protegía. Isis sacó sus binoculares y escudriñó los balcones que se alineaban en la parte superior. Podía ver los emplazamientos de armas, feos baluartes de metal que contrastaban fuertemente con los elegantes arcos de arriba. Parecían vacíos. Pero ella no confiaba en ello. Los exploradores habían salido la noche anterior, desembarcaron un pequeño bote en el otro lado de la isla y caminaron a campo traviesa en la oscuridad. Pero todavía tenían que presentarse.

Habló por las comunicaciones y ordenó al convoy que se detuviera a una distancia segura, justo fuera del campo de tiro. Saludó a la torre por los altavoces.

Ninguna respuesta.

“Esperemos”, ordenó Isis, para consternación de Smokee. Incapaz de quedarse quieta, Smokee recogió sus tazas y las llevó a la cocina para lavarlas. Volvió a subir la escalera y se paró en la cubierta, luego volvió a bajar y contempló la pequeña cabina, tratando de recordar para qué había bajado. Ella volvió a subir. Más té, eso era lo que quería si iban a quedarse atrapadas allí, esperando. Oh, tenía sentido

ser cauteloso, pero todo en ella quería apresurarse, asaltar las puertas, saber de una forma u otra cuál era la respuesta.

Por fin Isis asintió y ladró por sus auriculares. Llamó a Smokee para que izara el ancla mientras ella izaba las velas y se pusieron en marcha.

“Los exploradores dicen que parece desierto”, dijo. “Espero que tengan razón”.

El convoy avanzó hacia el pequeño puerto. Nadie los desafió. El ferry se detuvo en el antiguo muelle, pero Isis les pidió que enviaran una pequeña fuerza de reconocimiento antes de que todos fueran. Ella la dirigió y Smokee la acompañó.

Caminaron por un malecón en ruinas que bordeaba el mar. Antiguamente, la pequeña ciudad debía ser un lugar encantador para pasar unas vacaciones. Todavía había íconos descoloridos de conos de helado y delicias de chocolate colgando sobre los escaparates de las tiendas. Pero ahora estaban hundidos hasta la mitad en el mar, con los techos derrumbándose y las ventanas visibles cerradas con madera contrachapada y pintadas con números militares.

Era un lugar triste, inquietantemente silencioso. Nadie miró desde las ventanas ni los desafió. Avanzaron a lo largo

de un alto malecón que aún protegía la torre, aunque no había salvaguardado la ciudad.

La torre, cuando llegaron, estaba cerrada y trancada. Los azulejos estaban rotos o faltaban en lo que alguna vez fue un mural en la entrada, pero podían ver suficientes líneas elegantes para imaginar lo distinguida que debió haber sido alguna vez. El lugar parecía y se sentía vacío, pero Isis hizo que los técnicos trajeran su escáner de infrarrojos. Mostraba formas de vida en su interior.

Sacó su megáfono y saludó a la torre. Nuevamente no hubo respuesta.

Aún cautelosa, hizo que todos retrocedieran mientras un pequeño equipo se dedicaba a trabajar en las puertas, cortando los cerrojos con láser. Smokee ahora podía caminar, y lo hizo con impaciencia, mientras su tensión aumentaba a un nivel que Isis podía sentir como un calor palpable que irradiaba la chica.

Pareció que les llevó una eternidad tallar el pesado acero de las puertas y cortar las cerraduras. Pero finalmente se abrieron de par en par y las tropas entraron.

Puertas de acero y paredes de hormigón dividían lo que alguna vez debió ser un agradable vestíbulo. Todavía había restos de alfombra floreada bajo los pies que ahora estaba gris por la tierra pisada. El piso inferior parecían ser oficinas,

y los técnicos se pusieron rápidamente a trabajar en las computadoras y los registros físicos que se guardaban en los archivadores. Parecía que alguien había realizado un esfuerzo por destruirlos: estaban desmenuzados, medio quemados y arrojados al suelo. El equipo técnico los empaquetó cuidadosamente y se los llevó de regreso a su base, donde se extraería cualquier rastro de información que aún tuvieran.

Isis y Smokee, con el equipo de avanzada, subieron por una escalera de caracol hasta el siguiente piso. Aquí el espacio había sido dividido en celdas, con sus puertas metálicas bien cerradas. Pero en el interior podían oír algo, un sonido como un gemido grave.

Ella gritó una orden por sus comunicaciones y tres técnicos sacaron los láseres y se pusieron a trabajar. Cortaron las cerraduras con destreza, teniendo cuidado de no dejar que sus rayos se extendieran más allá del ancho de la puerta y correr el riesgo de freír algo más allá.

Por fin se abrió. Isis hizo que los demás esperaran detrás. Arma en mano, entró sola y se quedó helada de horror. El hedor la asaltó primero, un hedor a orina rancia, mierda y muerte. Entre los bajos gemidos, escuchó los chillidos de los roedores molestos por esta perturbación en su festín. El suelo estaba sembrado de cuerpos, algunos muertos, otros apenas vivos, débiles por la sed y apenas conscientes. Las ratas huyeron de la carne desgarrada.

Soy una pirata, se dijo Isis con firmeza. Pirata, no vomites por ver algunos cadáveres. Pero tuvo que apretar la mandíbula para evitar que su garganta se derramara por el suelo.

Era como si sus captores simplemente hubieran huido y abandonado a sus esclavos, todavía encerrados. Isis sintió que una ira ardiente comenzaba a hervir.

¿Y Smokee? Ella no necesitaba ver esto.

Ella salió y cerró la puerta de golpe.

“Consigue a los médicos”, ordenó. “¡Traer agua!”

Agarró firmemente el brazo de Smokee y la alejó de la puerta.

“¿Qué, qué es?” –Preguntó Smokee.

“No hay bebés allí”.

“Quiero ver.” Smokee apartó su brazo.

“Tal vez no sea necesario”, dijo Isis.

“¡Lo necesito!” Smokee insistió y se soltó del alcance de Isis. Ella siguió mientras un equipo entraba para separar a los vivos de los muertos, y rápidamente volvió a salir, con el rostro pálido.

Isis continuó subiendo las escaleras y Smokee se quedó a su lado. Por horrible que fuera, preferiría saberlo. Ninguna matanza podría ser peor que sus pesadillas.

Encontraron celda tras celda de los desventurados de los transportes, algunos muertos, otros todavía jadeando un poco de vida. ¿En qué momento los habían abandonado los guardias?, se preguntó Isis. ¿Se habían reunido y habían salido a defender el templo de Angel City hacía cinco días? ¿O esperaron hasta que finalmente cayó?

Lentamente, se dirigieron a los niveles superiores, donde alguna vez estuvieron las mesas de juego y, más allá, un gran salón de baile. En las paredes todavía había algunos cuadros de los días de gloria, con los cristales de los marcos rotos. El suelo ahora estaba lleno de hoyos y cicatrices, lleno de colillas de cigarrillos y manchas de tierra. Una rata salió corriendo chillando con un trozo de algo ensangrentado en la boca.

Algunas de las armas habían sido arrancadas de sus soportes, algunas otras permanecían como si a los desertores se les hubiera acabado el tiempo para rescatarlas.

Y eso era todo. En total encontraron alrededor de un centenar de supervivientes, a los que los médicos trataron con electrolitos y agua, convirtiendo el ferry en un barco

hospital para llevarlos de regreso a tierra firme. Había diez veces más cadáveres.

Pero los supervivientes eran todos adolescentes o adultos. No había bebés, ni entre los vivos ni entre los muertos.

Isis arrió las velas y echó el ancla. Estaban en las afueras del puerto de Long Beach, todavía en mar abierto después del triste viaje de regreso desde Saint Cat's. Las cuadrillas permanecerían allí durante los días siguientes para enterrar a los muertos, pero los supervivientes y la mayor parte de los escoltas habían regresado.

La tristeza impregnaba el pequeño barco como un olor, y no podía sacar el hedor a muerte de sus fosas nasales. Necesitaba unas horas más en el océano, bajo una luna menguante, con aire limpio en los pulmones.

“¿Por qué nos detenemos?” –Preguntó Smokee. La chica estaba sentada acurrucada bajo una manta en la terraza, con los ojos fijos en las tablas debajo de ella y el rostro gris.

“Necesitamos un poco más de tiempo aquí, lejos de todo el clamor”, dijo Isis. “Te doy algo de tiempo también”.

Smokee no respondió. A ella no le importaba, en realidad. Una vez más la esperanza la había engañado y estaba enfadada, sobre todo consigo misma, por ser una tonta y

dejarse seducir. Su hija ya no estaba, estaba muy lejos de su alcance, hacia la muerte o hacia un destino demasiado horrible para ser imaginado. Las naves sexuales del Giro, o peor aún, las granjas de órganos. ¿Qué otra cosa harían con niños tan pequeños, demasiado jóvenes para trabajar en las plantaciones de plástico, demasiado jóvenes para cualquier otro uso que no fuera el peor? Esperaba, rezaba, que el niño hubiera encontrado una muerte rápida y fácil.

Entonces sintió los brazos de Isis rodeándola.

Por un momento, ella entró en pánico. La constriñeron, eran como cadenas para contener su dolor, y ella atacó.

“¡No me toques! ¡No me toques!

Isis retrocedió.

“Estaba ofreciéndote algo de consuelo”, dijo. “Nada mas. Quizás yo también necesite un poco”.

De repente, Smokee sintió frío donde habían estado esos cálidos brazos.

“Bueno.”

Luego fue envuelta en el abrazo de Isis y un profundo sollozo se abrió paso desde algún lugar de su interior. El sollozo se soltó y fue seguido por otro y otro. Estaba inundada de dolor, sollozando como si sus pulmones fueran

a estallar, y los brazos ahora eran un refugio, un anillo para sostener este dolor antes de que se derramara y ahogara al mundo.

“Está bien, marinera. Simplemente llora todo”.

Isis se dio cuenta de que abrazarla se sentía bien. En medio del dolor desenfrenado de Smokee, ella podía soltar algo del suyo. Ella no era de las que sollozaban, pero también tenía sentimientos. Podía dejar que Smokee llorara por Sara, por ella y por todos ellos.

Después de mucho, mucho tiempo, los sollozos de Smokee amainaron. Ella tragó una profunda bocanada de aire.

“Se han ido”, dijo. “Nunca los recuperaremos. Con todo el camino que hemos recorrido, todo lo que hemos hecho, y nunca los recuperaremos ni sabremos qué les pasó”.

“Tal vez no”, dijo Isis. “Yo siempre quise ver el Giro”.

Smokee se sentó.

“¿Lo dices en serio?”

“¿Por qué no? ¿Por qué no zarpar y echarle un vistazo? Quizás las Tierras del Sur no sean el único lugar que necesita ser liberado. Un poco le coge el gusto”.

Smokee se sentó y la miró durante un largo, largo momento. Había suficiente luna para trazar el contorno de su rostro oscuro y cincelado, de su cuello esculpido. Ella era hermosa. ¿Qué estaba preguntando?

“No me gusta el sexo”, dijo Smokee abruptamente. “Tuve demasiado. No lo quiero nunca más”.

Isis arqueó las cejas. “¿Quién habla de sexo, niña? Estoy hablando de aventuras. ¿Crees que te quiero para tener sexo?”

Smokee se encogió de hombros.

Isis sonrió. “Si quiero sexo, no hay problema para encontrarlo. ¡Hay muchas mujeres atraídas por esta pirata, no lo dudes!

Era más que nada la costumbre de alardear y coquetear un poco. Sara no lo envidiaría. Isis todavía sentía que estaba viviendo los movimientos de la vida, no realmente la vida. Pero sólo por un momento, cuando sus brazos rodearon a Smokee, sintió... algo. No tanto un alivio del dolor en su corazón, sino una sensación de que tal vez algún día ese dolor cambiaría.

Smokee asintió. Para su sorpresa, descubrió que una sonrisa tímida levantaba sus labios. “No lo dudo en absoluto.”

“No”, dijo Isis en voz tan baja que Smokee apenas pudo oír. “Solo quiero una amiga”.

¿Alguna vez le había admitido eso a Sara? Pero ella no lo había necesitado. Sara lo sabía.

“¿Extrañas a Sara?” –Preguntó Smokee en voz baja. Tentativamente, extendió una mano y le dio unas palmaditas en el brazo a Isis.

Más de lo que perderías los latidos de tu corazón si se detuviera. Más del aire que perderías si tus pulmones dejaran de respirar. Pero ella nunca diría eso. En lugar de eso, Isis miró largamente a Smokee por debajo de los párpados encapuchados. “Por supuesto, no estoy diciendo que si cambias de opinión, no te encuentre atractiva”.

“Las chicas de los corrales no se preocupan por eso”, dijo Smokee con amargura.

“¡Esa mierda ya pasó! ¿Me escuchas? ¡Aquí no hay chicas de entretenimiento, solo lo que yo llamo una insurreccional ardiente! Si no estuviera de luto y tú te cerraras a todo... Sí, diría que algo podría pasar. Algo agradable.”

Isis se dio cuenta de que, por primera vez desde la muerte de Sara, sentía la agitación del deseo. Deseo por Smokee, con todas sus heridas y sus campos minados de dolor y el poder que se movía a través de ella. El dolor de Smokee hablaba al suyo, lo reflejaba. Anhelaba aliviarlo, ver esos

ojos verde mar, tan heridos y cerrados, volverse suaves y nublados por el deseo.

Qué dulce desafío sería desbloquear lenta y cuidadosamente esa caja del tesoro. No para robar sus joyas, sino para devolverlas, todos esos potenciales de placer que con tanta brusquedad le habían sido arrebatados.

“Pero está bien”, murmuró. “Soy paciente como el mar. Esperaré a que llegue el momento adecuado. Si llega alguna vez.”

“Lo más probable es que no llegue nunca”, dijo Smokee, pero ya no parecía totalmente segura.

“Por mí está bien”, sonrió Isis. “Simplemente disfruta de la anticipación”.

Se acurrucó un poco más cerca y deslizó su brazo sólo un milímetro más alrededor de la cintura de Smokee.

“Si decides que estás lista para intentarlo”, le susurró al oído a Smokee, “no será como esos idiotas pateando y martillando. Una pirata sabe lo que quiere una mujer. Pero tú eres la que tiene el control. Dices que sí o dices que no, y por mí todo está bien”.

“No”, dijo Smokee.

“¡No preguntar!” Isis le dedicó una larga y lenta sonrisa. “Si lo fuera, lo tomaría con calma y gentileza. Dí: 'Smokee, ¿cómo te sentirías si te tocara la mejilla, delicadamente, con un solo dedo?' Pasándolo por tu piel. Si dices que sí, te sentirás como una pluma. Muy liviana.”

“Bueno, eso podría estar bien”, admitió Smokee.

“Y si te gusta, tal vez te diga: 'Smokee, ¿y si tuviera que pasar ese dedo por tus labios?' Tienes unos labios preciosos, una curva preciosa. Y tal vez eso sea todo lo que haga, durante aproximadamente una hora. Simplemente trazar los bordes y tal vez acariciar la superficie. ¿Crees que te podría gustar eso? Ahora no, por supuesto, ¿pero algún día?

Smokee sintió que algo se agitaba en lo más profundo de su interior. Su pena y decepción la habían vaciado, pero era como si ese lugar vacío ahora ansiara ser llenado. Con algo, cualquier cosa, algo dulce y agradable, para quitarle el sabor de la decepción. Algo que la hiciera querer vivir de nuevo.

Isis estaba cerca de ella, todavía abrazada con su brazo alrededor de ella como una hermana, ofreciéndole consuelo. Pero podía sentir el calor de su piel, su calor. Podía respirar su aroma limpio, como el viento del océano con un toque especiado.

Fue atrevido, fue aterrador. Pero sintió que el calor aumentaba en ese lugar vacío.

“Podrías intentar eso”, respiró ella. “Pero nada más”.

Isis le dedicó una larga sonrisa. “Si dices que pare, yo me detengo”. Dejó que un delicado dedo índice trazara la línea de la mejilla de Smokee. Suavemente, tan suavemente que apenas la tocaba.

“¿Te sientes bien?”, murmuró.

Smokee contuvo el aliento. Se sentía eléctrica, como si Isis estuviera trazando una línea de fuego, un buen fuego, uno que calentaba sin quemar.

“Y ahora, muy suavemente, toco tus labios”.

Colocó su dedo índice en la hendidura del labio superior de Smokee, lo dejó deslizarse hasta la comisura y regresó a lo largo de la curva completa de su labio inferior. Smokee sintió un hormigueo en la boca y cobró vida.

Ella apartó el dedo.

“¿Porque te detuviste?” –Preguntó Smokee.

“¿Quieres que continúe?”

Smokee asintió.

“¿Qué tal dos dedos? ¿Te gustaría ver cómo se siente eso? Di que sí si lo quieres”.

“Sí.”

Isis trazó una espiral en su mejilla, dejó que sus dedos rozaran sus labios y alrededor de la curva de su barbilla.

“¿Y supongamos, supongamos ahora, que rozara tus labios con los míos? ¿Crees que podrías desear eso?”

“Sí, creo que podría hacerlo”.

Isis le dio un beso ligero como una pluma, solo labios tocando labios. Y ahora los labios de Smokee ardían.

“Bien”, murmuró Isis. “Probablemente sea suficiente por ahora. Como dije, no es sólo sexo lo que quiero de ti. No vayamos demasiado rápido”.

De repente, Smokee supo que eso estaba mal. Ahora, ahora era el momento en que estaba vacía, abierta y profundamente necesitada. Ahora, si alguna vez iba a conocer el placer y no sólo el dolor.

“No”, dijo ella. “Continuemos. Vamos a hacerlo.”

“¿Seguro?”

“Tengo miedo.”

“Por supuesto que sí”.

“Pero intentalo. Intentémoslo”.

“Entonces podría preguntar si puedo dejar que mis labios hagan lo que han hecho mis dedos. Y tal vez quiera besarte otra vez, no tan a la ligera, esta vez. Quizás quiera probarte”.

“Sí”, dijo Smokee. Y fue fácil dejarse llevar por el placer de esa lengua recorriendo su mejilla, sus labios. Cuando Isis se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra la boca de Smokee, sí, lo deseaba, la suavidad y el calor, quería que la lengua de Isis acariciara la suya como dos serpientes apareándose. Fácil también, porque nunca antes la habían besado. No era así como los tubos disfrutaban en los corrales.

“Y eso es suficiente por esta noche”, dijo Isis. “Como dije, lo tomamos muy, muy lento. No quiero que te asustes”.

“¿Qué pasa si no quiero tomármelo con calma?”

“Eso es bueno. Genera anticipación”.

“Por favor”, dijo. “Sigue.”

“¿De verdad quieres?”

“¡Por favor!”

“Está bien, marinera. Siente la magia esta noche. Tengo magia en mis dedos. Son como esa cosa en la parte de atrás de un lápiz. El borrador. Te tocaré por todas partes, cada parte de tu cuerpo. Y cada lugar que toque, eliminaré

cualquier toque que haya estado allí antes, a menos que sea un toque de amor”.

Isis respiró suavemente, soplando sobre el cuello de Smokee mientras sus dedos desabotonaban rápidamente la ligera blusa de algodón de Smokee. Recorrieron la suave piel de sus hombros y trazaron círculos alrededor de sus pequeños y respingones senos, girando en espiral con infinita lentitud hasta llegar a las areolas aún más suaves, con los pezones hinchándose de deseo.

Abajo, abajo sobre el vientre, los muslos y las espinillas. Pasó mucho tiempo sobre los pies de Smokee, acariciando las plantas, sintiendo los callos de las largas marchas. Luego le dio la vuelta a la chica y se dirigió lenta y suavemente hacia arriba sobre las pantorrillas y los isquiotibiales⁶³, demorándose mucho tiempo en las colinas gemelas y curvas de su trasero. La espalda de Smokee era un paisaje, un viaje hasta el cuello, el cabello y los dulces y carnosos lóbulos de sus orejas. O un océano, donde podría navegar con la luz como un velero sobre las olas, virar con el viento, sintiendo cada brisa.

63 Los músculos isquiotibiales comprenden un grupo de tres músculos que se extienden a lo largo de la parte posterior del muslo desde la cadera hasta la zona justo debajo de la rodilla. Estos músculos facilitan la extensión de la pierna en forma recta hacia atrás y la flexión de la rodilla.

Volviendo a bajar por la columna, corriendo a favor del viento, una pluma ligera tocó la raja del culo justo hasta el borde de la suavidad húmeda de debajo.

Heridas, las llamaban los tubos. Y sí, ese era el lugar más herido de todos.

Suavemente hizo girar a Smokee.

“Tengo que verte”, susurró. “Tengo que cuidar tus ojos. Allá vamos, marinera. ¿Lista para bucear?”

Los labios de Smokee estaban entreabiertos, sus ojos nublados por el deseo y su respiración entraba en ráfagas. Isis deslizó sus dedos hacia abajo. Allí estaba, la cueva marina, la perla en la ostra. Primero el tacto, luego el aliento, luego la suavidad de los labios y de la lengua, el sabor de la sal y del pescado. Estaban nadando juntas, sumergiéndose en fuertes corrientes, soltándose, deslizándose, sumergiéndose de nuevo. Hasta que las olas se las llevaron y se convirtieron en el mar, palpitando, batiendo, rompiendo en un chorro de espuma de arcoíris.

Smokee yacía sobre la manta, mirando las estrellas que parecían guiñarle un ojo con complicidad. Se sentía limpia, como un naufrago que llega a una playa nueva con todo su equipaje y sus recuerdos hundidos detrás de ella.

Isis se agitó. “Cómo estás?”

La pirata yacía a su lado. El cuerpo de Smokee se acurrucaba en el de ella, ansiando calor y tacto. Su mente se alejó repentinamente en un agudo momento de pánico. ¿Qué diablos había hecho ella?

“¿Asustada?”, preguntó Isis en voz baja.

Smokee se obligó a respirar profundamente.

“En mi opinión”, admitió. “No es mi cuerpo”.

“A veces el cuerpo es más inteligente”, dijo Isis.

“Lo sé.”

“Tengo que confiar en ello”.

Smokee se apoyó en un codo y miró el rostro fuerte y esculpido de Isis.

“¿Y tú?” –Preguntó Smokee. “¿Tienes miedo?”

“Estoy aterrorizada.” Isis le dedicó una larga sonrisa arrepentida. “Te amo, podría perderte. Como Sara. Tú y yo, si vamos al Giro, ambas podríamos terminar muertas. Pero perdí a Sara, mucho antes de que los hisopos le dispararan. La perdí por miedo. La empujé. Ahora aprendí la lección”.

“¿Qué lección?” Preguntó Smokee, sintiendo una repentina necesidad de trazar los labios del pirata con su propio dedo índice.

“No puedo aferrarme al amor”, dijo Isis. “No puedo hacerlo seguro. Pero cuando llegue, tendrás que agarrarlo si quieres vivir. Y lo hago. Te quiero, niña. Creo que podría amarte”.

“Creo que tal vez podría amarte, si pudiera amar a alguien. Pero no sé si puedo”, admitió Smokee.

“Siempre me gustó vivir peligrosamente”. Isis le sonrió y luego sus ojos se pusieron serios. “Me arriesgaré, marinera, si así lo deseas. Ya terminé de navegar en el barco fantasma.

Capítulo ochenta y uno

Madrone esperaba junto a la cama de Bird. Se mantenía alerta allí, dejando por una vez que otros sanadores y médicos cargaran con su carga de trabajo. Zoom y los otros niños estaban a salvo en la Ciudad, en el Norte. En unos días más, cuando las condiciones se estabilizaran en Angel City, volverían a subir. Pero ahora, por una vez, no tenía otras exigencias apremiantes que pudieran alejarla de donde más quería estar. Aquí. Esperar. Orando.

Los cirujanos habían luchado por su vida; gracias a la Diosa, todavía quedaban algunos de ellos en las Tierras del Sur y un hospital en funcionamiento al que enviarlo. Las filas de personas que se ofrecían a donar sangre se habían extendido alrededor de la cuadra. Ahora tendría la sangre de las Tierras del Sur corriendo por sus venas. Había perdido

mucha y estaba débil, pero sus signos vitales eran buenos y esperaban que saliera adelante.

Su mano izquierda se había quemado gravemente, pero habían hecho contacto con el Dr. Sam en el Norte y él estaba enviando a su equipo ortopédico de choque. ¡Es extraño cómo ese largo y peligroso viaje se reducía ahora a un largo día de viaje! Los cirujanos estaban sorprendentemente esperanzados. Una vez quemado lo peor del viejo tejido cicatricial, tenían un campo más claro para la reconstrucción. Tomaría tiempo y muchas cirugías. Pero con trabajo debería poder recuperar el uso de la mano.

Madrone había pasado el día ayudando a atender a los heridos críticos y usando sus sentidos de abeja para preparar elixires que ahuyentaban a los insectos diseñados por los Stewards. Ella masajeó, vendó heridas e hizo lo que era necesario, mientras anhelaba simplemente sentarse con él, tomarle la mano, acariciarle la cara y estar con él cuando despertara.

Ahora ella le había robado estas preciosas horas. Tal vez sería más prudente usarlas para dormir, pero se sentó y esperó, dormitando en su silla. De todos modos ya casi amanecía, hora de su próximo turno.

Oyó un sonido, un susurro bajo. Ansiosamente se acercó e inclinó la cabeza.

“Estoy vivo”, susurró.

“Apenas”, murmuró ella en respuesta, y lo besó ligeramente en la frente.

Sus ojos se abrieron, recorrieron la habitación y se fijaron en su rostro durante un largo momento. Él sonrió. Luego miró su mano vendada.

“No hay respuesta sobre eso todavía. Pero hay esperanza para ello”.

“Esperanza. La esperanza apestosa”.

“No siempre”, dijo, sonriéndole, permitiéndose finalmente relajarse en la pura felicidad de que él estuviera vivo.

“¿Cuánto tiempo he estado fuera?”

“Casi una semana”, le dijo.

“¡Una semana!” Cerró los ojos como si pudiera volver a quedarse dormido y luego los abrió bruscamente. “¿Qué está sucediendo?”

“Ganamos.”

“Me lo imaginaba. O no estaría vivo. ¿Qué otra cosa?”

“Hemos enviado a todos de regreso para organizar sus barrios. Tenemos un Gremio del Agua recién creado que

repara todas las tuberías, los agricultores instalan sitios de abono en los vecindarios y comienzan a plantar, y hay estaciones médicas en cada sección. Hay Consejos en los barrios todas las noches a las cinco, el Gran Consejo comienza a las ocho en el estadio. La señorita Ruby se está divirtiendo como nunca montando las escuelas. Emily está dirigiendo todo”. Madrone sonrió. “Justo lo que esperarías.”

“¿Cuándo podré levantarme?” Luchó por sentarse erguido y luego volvió a caer.

“Cuando yo lo diga. ¡Y ni un momento antes!

“Lo que debe ser obedecido”, le hizo un gesto con la cabeza. Sus ojos estaban otra vez lejos ahora, medio de regreso a algún otro mundo. “Reina de los Ángeles, eso es lo que eres. ¿Sabes que las vi, a tu alrededor, alas, cientos de alas?”.

Ella se inclinó y lo besó de nuevo, esta vez en la boca.

“¿Un beso de ángel?” preguntó ella.

“¡Celestial!” dijo, como decían los Ángeles.

Ella le sonrió. “¡Lo hicimos! ¡Realmente lo logramos, Bird! Tómame un momento y asimílalo. No más esclavos de la deuda. No más corrales, ni niños soldados, ni epidemias fabricadas, ni amenazas de que el ejército entre en acción. Podemos volver a casa, si queremos. O quedarnos aquí y

ayudar a Angel City a transformarse en el paraíso que debía ser”.

“¿Qué deseas?” preguntó.

“¿Qué deseas?”, respondió ella.

“Yo pregunté primero.”

“Salvarte la vida”.

“Todas las deudas serán perdonadas en el nuevo y brillante día”, dijo, y luego se recostó, con los ojos cerrados, descansando del esfuerzo. Después de unos largos momentos, él se quedó dormido y ella se limitó a mirarlo, disfrutando de su felicidad.

Él volvió a abrir los ojos, le sonrió y dijo: “Tengamos bebés. Muchos bebés”.

Ella sonrió. “Eso es lo que dijiste. Es dulce. Nunca antes ningún hombre se había ofrecido a tener mis bebés”.

“¿Qué tan pronto podemos empezar?” Él guiñó un ojo.

“¡Debes estar recuperándote!”

“Un hombre necesita algo por lo que vivir”.

Primero tienes que reparar algunos desperfectos. Y otras cosas. Tendremos que practicar un poco”. Ella dudó. “Pero

Bird... no estoy tan segura... Tal vez haya algunas cosas que deba hacer antes de eso..."

"Todavía podemos practicar, ¿no?" dijo esperanzado.

"La práctica hace la perfección", coincidió.

"Quiero hacer un viaje en bicicleta. Quiero salir a navegar", suspiró. "¡*Diosa*, habrá muchísimo que hacer!"

Pero les esperaba un buen trabajo, pensó, el trabajo de curación y regeneración. El trabajo de la guerra estaba hecho, y él estaba listo para terminarlo, para dejar atrás al luchador y ser el cantante, el jardinero, el amante. Volvió a quedarse dormido, soñando con la tierra rica en sus manos heridas y el regreso del trino de los pájaros cantores.

Ella se sentó, sosteniendo su mano sana, mientras él volvía a quedarse dormido, y ella medio se quedó dormida con él. Podía sentir a Maya mirando por encima del hombro, a su abuela Johanna y a Rio, sus amantes mutuos. Sonriendo y asintiendo; estaban acunados por ángeles y antepasados.

Él sanaría. Y tendrían ese gran regalo de tiempo juntos, largos años por delante en un mundo que habían transformado en un gran refugio para todos los heridos, los desconsolados y los cansados. Estarían juntos, para sanar, plantar, construir, viajar más profundamente hacia la mente-abeja, la mente-roca, la mente-agua y ver adónde los conducía, para descubrir qué mundo podían crear,

cuando toda la creación estuviera viva y hablando, y se convirtieran en las manos sanadoras de la tierra, su voz para cantar sus alabanzas.

Los Primes estaban retenidos en su nave, mientras el Consejo debatía qué hacer con ellos. Continuó reuniéndose, de momento, en la cafetería del antiguo colegio. El templo era demasiado lúgubre, estaba demasiado alejado de la gente, y ellos se habían encariñado con esta habitación destartalada con sus sillas de plástico y mesas de formica talladas con las iniciales de escolares que ya habían crecido y desaparecido hacía mucho tiempo. Ya sentían nostalgia por los tensos días del asedio, ahora que había concluido la victoria.

Isis sugirió que los Primes formaran parte del equipo de limpieza de la torre de esclavos en Saint Cat's.

“Que limpien su desorden”, dijo. “Que prueben lo que repartieron”.

La mayoría de los representantes de los barrios simplemente querían dispararles.

“No”, dijo la señorita Ruby con firmeza. “Son un montón de excusas lamentables de seres humanos, pero no queremos bautizar el nuevo mundo con un baño de sangre”.

“¿Podemos curarlos?” –preguntó Emily. “Sabemos cómo curar a los sojuhs y a las chicas de corrales, cómo liberar a los esclavos de la deuda y devolverles la humanidad y la dignidad. ¿Pero qué hacemos con los Primes? ¿Son accesibles?”

Madrone se había apartado de la cama de Bird para unirse a este debate. Se sentó frente a River, quien la miró y sonrió.

“Podemos intentarlo”, dijo.

“No hay nadie desesperado”, estuvo de acuerdo.

Reunieron a los Primes en círculos, uno por uno, los sentaron en el centro de grupos de esclavos por deudas liberados y de los rescatados y de la gente común y corriente que había vivido tanto tiempo con tanto miedo. Uno por uno, la gente contó sus historias, historias del hambre, el miedo, las largas noches de dolor y trabajo.

“Escuchad.”

“Sed testigos.”

“Este es el sufrimiento que os compró lujos”.

“Estos son los huesos de mis hijos sacrificados para que vuestros hijos gobernasen”.

Las historias eran ricas en drama y lágrimas. La gente de Angel City lo dijeron una y otra vez, grabándolas y escribiéndolas, transmitiendo por los círculos por vidnet para que todos las vieran.

Algunos de los Primes fueron conmovidos. Con los ojos llorosos, pusieron sus suaves manos en el trabajo de reparar, curar, plantar y construir. Otros permanecieron insensibles, contando una y otra vez sus propias historias de cómo habían sido engañados y agraviados, conspirando y maquinando en amargos grupos de tristes instigadores hasta el final de sus días.

Pero a medida que la gente de Angel City escuchaba historia tras historia, mientras los artistas inmortalizaban las historias en esculturas y murales, y los cantantes transmutaban los cuentos en canciones, comenzaron a darse cuenta de que lo más importante no era lo que la historia le hacía a la gente. Primero era lo que la narración hacía por el narrador. Le daba significado al sufrimiento, tejiendo a partir de crudas pérdidas y humillaciones hilos de triunfo y esperanza.

Anthony formó un gremio de teatro para representarlas. Los adolescentes de Tianne reunieron equipos para limpiar el Centro de Renuncia y devolverlo a lo que había sido originalmente, un estudio con enormes escenarios de sonido donde podían filmar las historias y transmitir las y enviarlas al Norte con los habitantes de la ciudad que

regresaban y al Oeste con los barcos mercantes para inspirar al mundo.

Y mientras tanto, los equipos se desplegaron por la ciudad, acondicionando las calles, esculpiendo la tierra para capturar y retener la lluvia, liberando las tuberías para el agua. Plantaron huertos de cítricos y bordearon las avenidas con palmeras datileras, cortaron esquejes de higos y comenzaron nuevos huertos. En las laderas más secas de las colinas plantaron árboles jóvenes de olivos que podían vivir mil años, plantando debajo fragantes setos de lavanda, romero y tomillo. Resucitaron el triste hilo que una vez había sido un río, lo sacaron del cemento aprisionador para alimentar espadañas, juncos y pájaros.

En lo alto del templo, la Reina de los Ángeles brillaba dorada, reflejando los rayos del sol naciente. Bajo su mirada, las cabezas inclinadas se alzaron. Las espaldas encorvadas permanecían erguidas y orgullosas.

Salid, salid, parecía decir. Fuera de vuestros escondites, fuera de los cañones de los cerros y de los refugios subterráneos, fuera de vuestros miedos y timideces. Hacer de este lugar un jardín por donde corra un río vivo, un cálido emparrado de naranjas y rosas, un hábitat digno de ángeles y dioses.

¿Qué viene después de la revolución? Haces bien en hacer esa pregunta antes de emprender una. Es más fácil derribar el viejo sistema que crear el nuevo. El crecimiento y la evolución toman tiempo. Aprendemos por prueba y error, cometiendo fallos y volviendo a intentarlo.

La revolución, cuando llega, a veces es rápida. Reconstruir, remodelar, siempre es lento.

Y el cambio plantea preguntas difíciles de responder. ¿Cómo creamos justicia? ¿Hacemos responsables a los perpetradores de los crímenes? Si perdonamos, ¿permite eso que continúe la injusticia? Si nos vengamos, ¿en quiénes nos convertimos?

Por mi parte, si pudiera, declarararía una amnistía general para todos nosotros, en todas partes. Perdonar nuestras deudas y nuestros errores, nuestros pasos en falso, fracasos y traiciones, incluso nuestras crueldades ocasionales o devotas, todas las formas en que expresamos nuestro tormento interior unos a otros. Somos criaturas heridas, todos nosotros, atacando con miembros ensangrentados. Nunca tuvimos la oportunidad de ser otra cosa. Perdónalo todo y comienza de nuevo.

Perdonemos todas las formas en que deambulamos en círculos, tomamos el camino equivocado. Todos perdemos el camino. Déjalo ir y recuerda que todo lo que tienes que hacer, en realidad, es regresar. Levántate de nuevo cuando

te caigas. Cuando no puedas ver hacia adelante, regresa a tuestas al sendero.

Eso es todo lo que pedimos, todo lo que podemos pedir. No perfección, sino corrección del rumbo.

No una sinfonía, sino unas cuantas notas extraídas del aire y moldeadas en algo con significado. Una canción, por simple que sea, incluso si olvidas la letra y fallas la armonía. Incluso si crees que no hace ninguna diferencia.

Solo cantar. Estar del lado de los creadores y formadores, los cantantes y los narradores. Eso es todo lo que necesitas hacer.

No para cantar con voz de ángel, pero por muy agrietado y roto que sea tu instrumento, cantar de todos modos.

Epílogo y agradecimientos

Ciudad de Refugio es un libro animado por una visión de comunidad y es en sí mismo un ejemplo de comunidad en acción. Sin la ayuda de muchísimas personas, no habría podido escribirlo y publicarlo, y estoy muy agradecida por todo el apoyo que he recibido.

Hace más de veinte años escribí una novela llamada *La quinta cosa sagrada*, el libro precursor de Ciudad de refugio. *The Fifth Sacred Thing* fue publicado por Bantam en 1993, seguido dos años más tarde por su precuela, *Walking to Mercury* (Caminando hacia Mercurio). Luego, durante muchos años, dejé en paz ese mundo.

En el invierno de 2008, me contactó un cineasta del Área de la Bahía, Philip Wood, que quería llevar *La Quinta Cosa*

Sagrada a la pantalla. Así comenzó un largo camino que aún hoy continúa. En el proceso de escribir varios borradores de guión y, más tarde, un episodio piloto, el mundo volvió a cobrar vida para mí. Los personajes comenzaron a clamar por contar más de su historia.

En 2011, llevamos a cabo una campaña en Kickstarter para financiar el desarrollo del proyecto cinematográfico. Cientos de personas me dijeron cuánto había significado para ellos *La Quinta Cosa Sagrada* y aportaron dinero para ayudarnos. Animada, comencé una secuela.

¡Escribir una secuela de un libro de hace veinte años no es un ejercicio que recomiendo! Siendo especialmente un libro muy querido, tuve que luchar continuamente contra esas molestas voces interiores que susurraban: “¿Qué pasa si no es tan bueno como el otro? ¿Qué pasa si a la gente no le gusta?”

Pero pronto los personajes y la historia tomaron el control y desarrollaron vida propia. He tratado de mantener la coherencia con los libros anteriores, pero en el transcurso de dos décadas, el mundo ha cambiado, y yo también. El lector astuto puede notar algunas diferencias.

La diferencia más obvia está en el lenguaje de los sojuhs de las Tierras del Sur, que en este libro tiene muchas más peculiaridades y características únicas que en el primero. La verdad es que nunca estuve del todo satisfecha con la jerga

de las Tierras del Sur en *Quinta*, así que aquí he aprovechado la oportunidad para desarrollarla más, además de trabajar en las expresiones y el lenguaje de los californianos y los demás grupos y facciones. Me he hecho preguntas como: “¿Las personas que creen que la sexualidad es sagrada usarían 'joder' como una mala palabra? Si no, ¿qué? Tolkien creó lenguajes completos para los elfos y orcos en *El señor de los anillos*. No he llegado tan lejos, pero he creado léxicos de blasfemia alternativa.

Una diferencia más profunda está en los enfoques de los libros sobre la no violencia. En *La Quinta Cosa Sagrada*, los califianos adoptan una estrategia profunda, de base espiritual, de resistencia no violenta a la invasión de los Stewards. En Ciudad de Refugio, ante el desafío de liberar las Tierras del Sur, los califianos adoptan una variedad de enfoques, desde la creatividad prefigurativa del Refugio hasta los tiroteos del Ejército de Liberación.

En parte, los cambios reflejan mis propias experiencias a lo largo de los años. Cuando escribí *Quinta*, había estado profundamente involucrada durante una década en movimientos estrictamente no violentos contra la energía nuclear, las armas nucleares, la intervención en América Latina y otras cuestiones de justicia social. Estaba luchando con la pregunta: ¿Puede nuestra estrategia de resistencia pacífica funcionar contra un oponente verdaderamente despiadado?

En las décadas posteriores, y especialmente después del 11 de septiembre, hemos visto a la policía militarizarse mucho más y el uso de fuerza brutal incluso contra manifestantes no violentos ha aumentado. Vemos continuas agresiones y asesinatos descarados de personas de color por parte de autoridades que, en la mayoría de los casos, quedan impunes. Como activista, me he encontrado inmersa en movimientos como las acciones de justicia global de la primera década del 2000 que abrazaron una diversidad de tácticas en lugar de un pacifismo puro. He apoyado la resistencia no violenta en Palestina y me he encontrado con la desesperación y la resiliencia de un pueblo que ha vivido su vida en una zona de guerra. Estuve en las calles bajo la lluvia con el movimiento Occupy y experimenté la insoportable frustración de tratar de facilitar algunas de sus reuniones.

La pregunta que anima a *Ciudad de Refugio* es muy diferente a *La Quinta cosa sagrada*. Es simplemente esta: ¿Cómo se construye un mundo nuevo cuando la gente está tan profundamente dañada por el viejo?

Si bien personalmente sigo profundamente comprometida con la no violencia, creo que el trabajo de la ficción no es adoptar una posición sino explorar profundamente la cuestión, a través de las acciones, comportamientos y realizaciones de los personajes, vividas a través de los incidentes de la trama. Espero que los lectores comprendan que *Ciudad de Refugio* no pretende ser prescriptiva, sino

más bien experimentar con posibilidades que son más fáciles de vivir en la ficción que en la vida real.

Mucha gente contribuyó a este libro. Este libro no habría existido sin el apoyo de Philip Wood, conocido por sus amigos como “Mouse”, y Katy Bell, Maya Lily y Paradox Pollack, el equipo que ha trabajado tan diligentemente para presentar el libro al cine y la televisión.

El libro es ficción, pero gran parte se inspiró en mis aventuras reales con amigos del Grupo Pagano, un grupo informal de activistas arraigados en una espiritualidad terrenal que corrieron juntos en las calles a través de muchas de las movilizaciones por la justicia global de los primeros años 2000, y todavía lo hacen de vez en cuando. La visión de Bird de la fortaleza se originó en algunas de las imágenes que nos han ayudado a mantener la esperanza y el optimismo incluso en tiempos sombríos. Podría nombrar cientos de colaboradores, pero me limitaré a agradecer a Lisa Fithian y Juniper Ross, miembros principales de nuestro colectivo organizador Alliance of Community Trainers.

Baza Novic y Johnny Hornung leyeron las escenas de navegación desde el principio y me ayudaron con información y términos náuticos. Sin embargo, todas las imprecisiones en esas áreas son mías.

Al principio, una subvención de la Fundación Curry Stone me proporcionó tiempo para escribir, al igual que algunos de

los fondos de quienes apoyaron nuestra campaña Kickstarter de 2011, y estoy profundamente agradecida por su fe en este proyecto.

El apoyo moral y emocional provino de muchas fuentes: mi esposo David, mis principales compañeros de casa Rose, Bill, Kore y Akerah, mi compañero de tierras y profesor de permacultura Charles Williams, mi compañera de cine Donna Read Cooper y muchos queridos amigos, así como mi agente Ken Sherman, quien ha defendido mi trabajo a lo largo de mi carrera. El apoyo logístico lo brindó mi asistente Akasha Madron, junto con una astuta consulta astrológica, y Jodi Selene, quien me ayudó a gestionar las complejidades de todos mis viajes, conferencias, talleres y agenda de enseñanza.

La tía abuela de Bird, Gisela, quien le dio la idea de las plantillas de graffiti en el fondo de las maletas, se basó en Gisela Konopka, quien era una vieja amiga de la familia y mentora de mis padres cuando estudiaban trabajo social en la Universidad de Minnesota. Durante la Segunda Guerra Mundial, ella y su marido formaron parte de la Resistencia alemana, y la historia de las maletas se cuenta en su autobiografía, *Coraje y Amor*.

Ahmed Salah también es una persona real, uno de los arquitectos de la Primavera Árabe de 2011, y amablemente me ha dado permiso para contar un poco de su inspiradora historia, aunque todavía no he conseguido enseñarle a

aparcar en paralelo. Cuenta su propia historia de manera más completa en su libro *The Spark: Starting the Revolution* (La chispa: el inicio de la revolución).

Todos los demás personajes e incidentes de este libro son enteramente ficticios, producto de mi propia imaginación y no pretenden representar a nadie vivo o muerto.

Este libro es mi primera incursión en el nuevo mundo de la autoedición digital y no habría sido posible sin el apoyo de los patrocinadores de Kickstarter de este verano de 2015. ¡Muchas gracias! Cuando los editores corporativos se negaron a correr el riesgo de publicar una secuela de un libro de hace veinte años, demostrasteis que efectivamente hay un público ansioso por esta historia.

Alli Gallixsee me ayudó a lanzar y gestionar esa campaña y no podría haberlo hecho sin ella. También estoy muy agradecida a las muchas personas que compartieron nuestros enlaces y transmitieron la información a sus amigos y contactos.

Cherise Fisher hizo la edición de desarrollo. Su comprensión de mis intenciones fundamentales para el libro me ayudó a realizarlas más plenamente. Mary DeDanan se encargó de la corrección y su sorprendente ojo para los detalles, su capacidad para realizar un seguimiento de mil hilos diferentes de información y su rigurosa eliminación de los signos de exclamación ayudaron a mantener claros el

lenguaje, las líneas de tiempo y las fases lunares. Jennifer Ruby Privateer manejó ingeniosamente los aspectos de producción y corrigió el libro con gran habilidad, profesionalismo y gracia bajo presión. Jessica Perlstein creó la hermosa imagen de portada, tanto para la edición Kickstarter como para la edición regular. Diane Rigoli realizó el elegante diseño tanto del interior como de la portada. Y un agradecimiento especial a todo el equipo que trabajó tan duro para lograr esto en un plazo muy ajustado.

Este libro está dedicado a la memoria de dos personas especiales.

Andy Paik estuvo hombro con hombro conmigo muchas veces mientras los gases lacrimógenos volaban y los policías antidisturbios avanzaban. Me ayudó a explorar el Templo Mormón en Angel City en busca del bastión del general y la isla Catalina en busca de la base de envío de los Primes. Además, fue el creador del tarot del destino. Andy era un activista valiente e incondicional, un mago escénico consumado con un irónico sentido del humor y un verdadero mago con un enorme compromiso para crear el mundo de justicia imaginado en estas páginas.

Isis Rebecca Coble era mi querida amiga de nuestros días juntas en la escuela secundaria. Durante muchos años, ella fue mi primera lectora, tanto de *Caminando hacia Mercurio* como de *La Quinta Cosa Sagrada*. Sus contribuciones ayudaron a dar forma a esas historias, a los personajes y sus

voces, y la he extrañado más de lo que puedo decir al escribir este libro.

Y también me gustaría dedicar este libro al futuro, a algunos de esos jóvenes que ocuparán su lugar en los tiempos que este libro imagina: Scarlet, Phoebe, Nolan Orion, Solas, Brighid, Skyler, Cedar William Huckleberry y Charles. Oliver Francisco.

Y un sincero agradecimiento a nuestros patrocinadores de Kickstarter que hicieron posible *Ciudad de Refugio*



ACERCA DE LA AUTORA

Starhawk es autora o coautora de trece libros, entre ellos *The Spiral Dance: A Rebirth of the Ancient Religion of the Great Goddess*, *The Fifth Sacred Thing*, ahora en desarrollo para cine y televisión, y su precuela, *Walking to Mercury*. Su libro de no ficción más reciente es *The Empowerment Manual: A Guide for Collaborative Groups*, sobre dinámica de grupo, poder, conflicto y comunicaciones. Sus obras han sido traducidas al español, francés, alemán, danés, holandés, italiano, portugués, polaco, checo, griego, japonés y birmano.

Ella es una de las líderes prominentes en el resurgimiento de la espiritualidad terrestre y la religión de la Diosa. Es cofundadora de Reclaiming, una rama activista de la religión pagana moderna. Sus archivos se mantienen en la biblioteca de Graduate Theological Union en Berkeley, California.

Fue consultora y coautora de tres documentales para el National Film Board de Canadá: *Goddess Remembered*, *The Burning Times* y *Full Circle*. Starhawk y la directora Donna Read Cooper formaron Belili Productions para hacer documentales sobre las mujeres y la tierra. Sus trabajos incluyen *Signs Out of Time* (2004), sobre la arqueóloga Marija Gimbutas, y *Permaculture: The Growing Edge* (2010).

Starhawk es una veterana de movimientos progresistas, desde los pacifistas hasta los antinucleares, y está profundamente comprometida a llevar las técnicas y el poder creativo de la espiritualidad al activismo político. Es fundadora de Earth Activist Training (EAT), que enseña diseño de permacultura basado en el espíritu y con un enfoque en la organización y el activismo. También defiende la “permacultura social”: la aplicación de los principios de la permacultura a los grupos y las relaciones humanas.

Tiene una licenciatura en Bellas Artes de UCLA y una maestría en Psicología con especialización en Terapia Feminista de Antioch University West. Actualmente es profesora adjunta en el Instituto de Estudios Integrales de California.

Starhawk viaja internacionalmente, dando conferencias y enseñando permacultura, espiritualidad y rituales basados en la tierra y habilidades de activismo. Vive a tiempo parcial en San Francisco, en una casa colectiva con su pareja y amigos. Pero gran parte de su tiempo lo pasa en Golden Rabbit Ranch en el Oeste del condado de Sonoma, donde, junto con el administrador de tierras Charles Williams, está desarrollando un modelo de ganadería con secuestro de carbono, incorporando una gestión holística del pastoreo rotativo con ovejas y cabras, silvicultura restaurativa y bosques alimentarios. y sistemas perennes.

Sitio web de Starhawk: starhawk.org

Encuentre su página de autora en Facebook en:
facebook.com/pages/Starhawk

En Twitter en: twitter.com/starhawk17

Capacitación de activistas de la Tierra:
Earthactivisttraining.org

Belili Producciones: belili.org